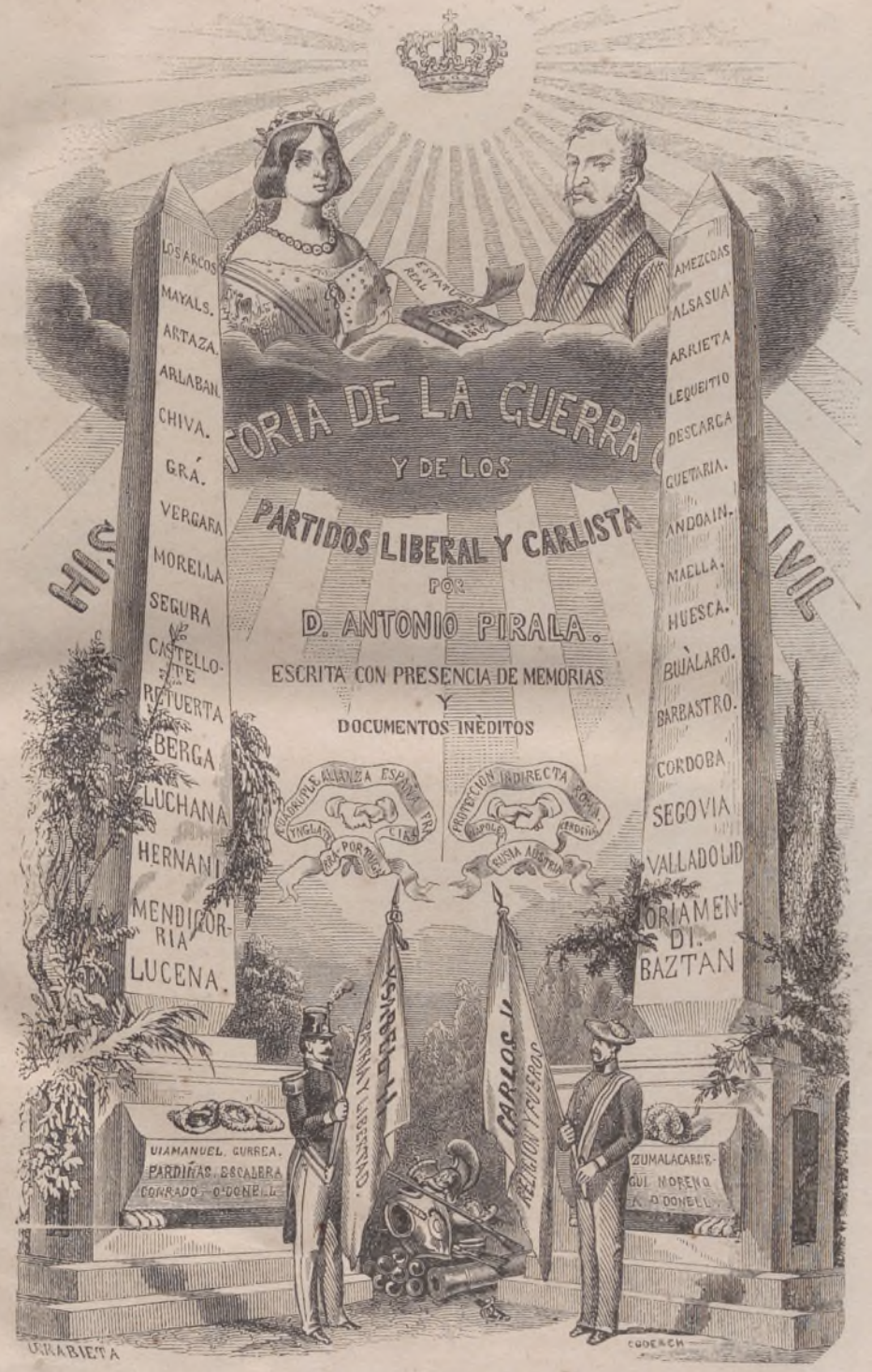


calibrite

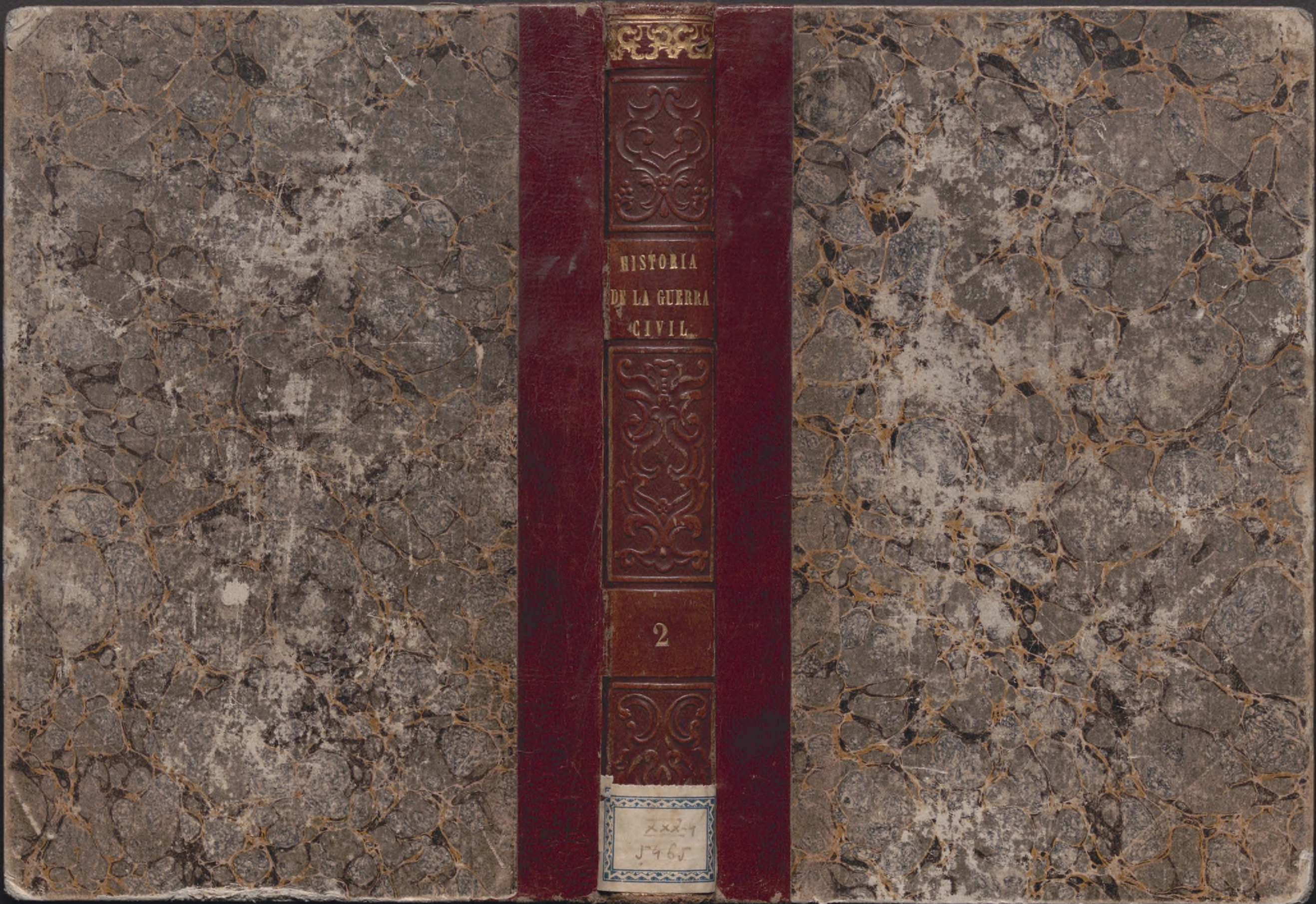
colorchecker classic



TOMO II.

R. 7216

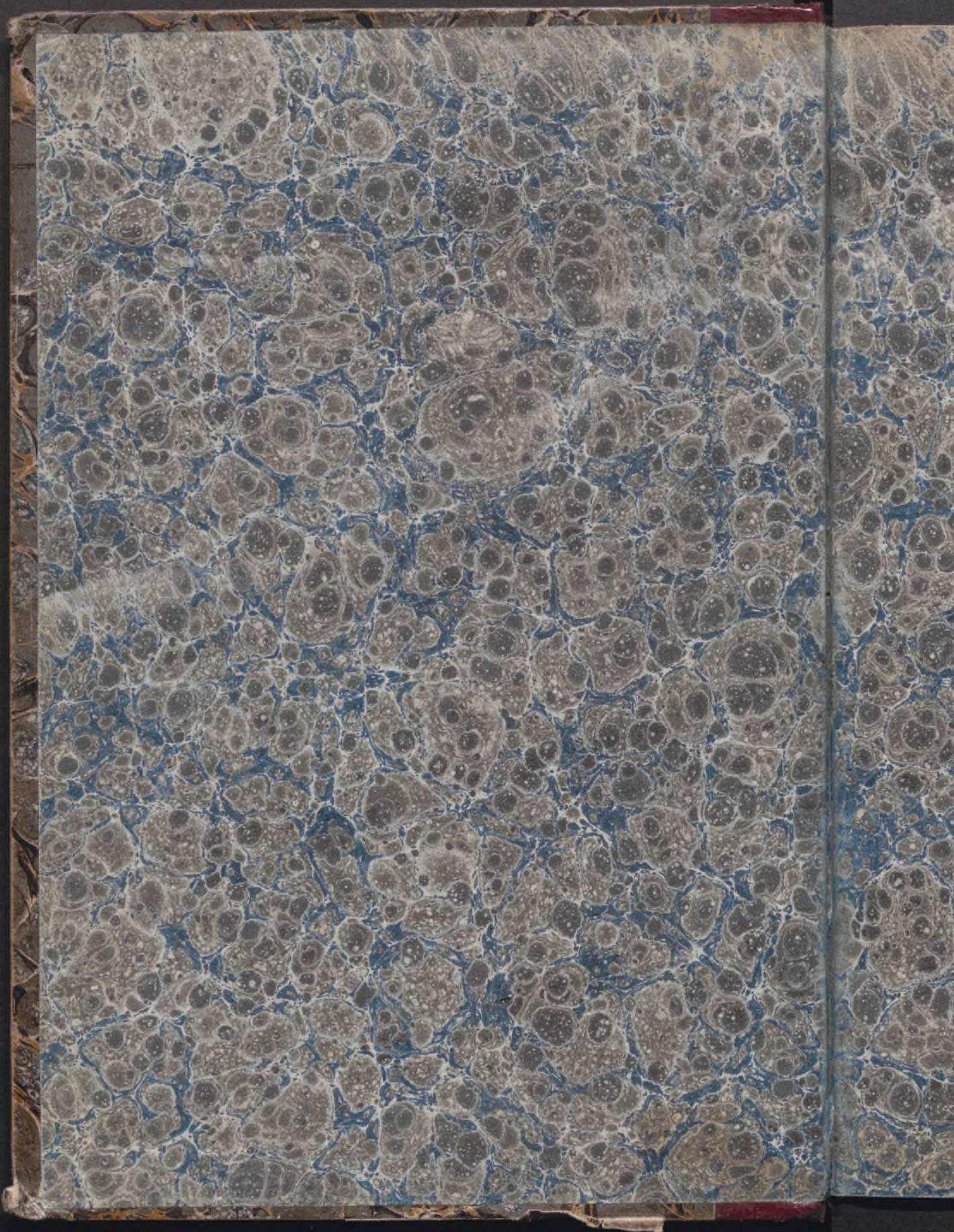
100mm



HISTORIA  
DE LA GUERRA  
CIVIL

2

222-4  
5465



xxx-4  
J46J

Mea. 6. 1V - 6. 3 =  $\sqrt{3} = 3 = 5$  vol?



# HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL,

Y DE LOS PARTIDOS

**LIBERAL Y CARLISTA.**



HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL

A DE LOS ESPAÑOL

LIBRERIA Y CARLISTA

---

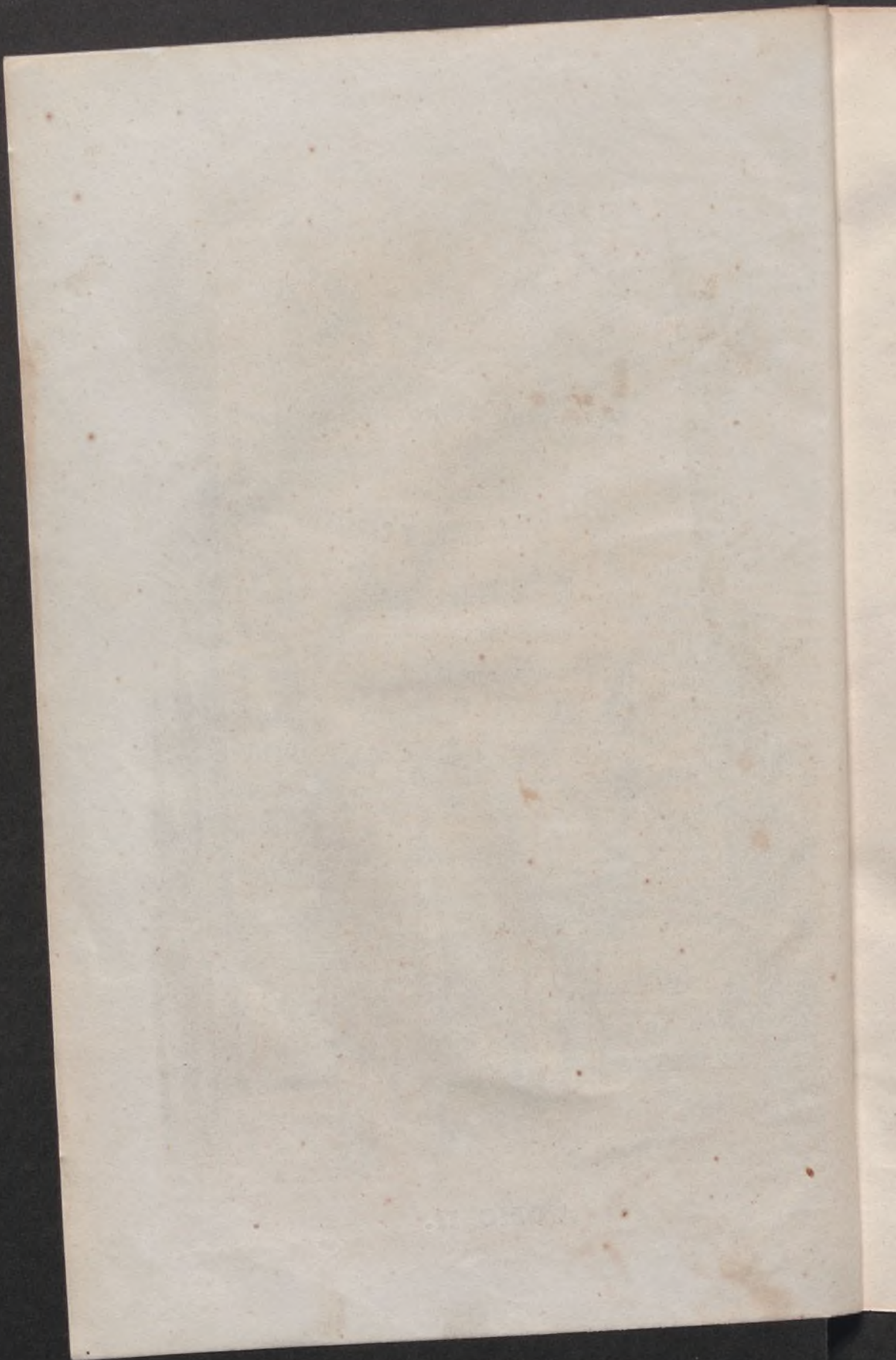
MADRID:—ESTABL. TIPOG. DE MELLADO,  
Calle de Santa Teresa, núm. 8.

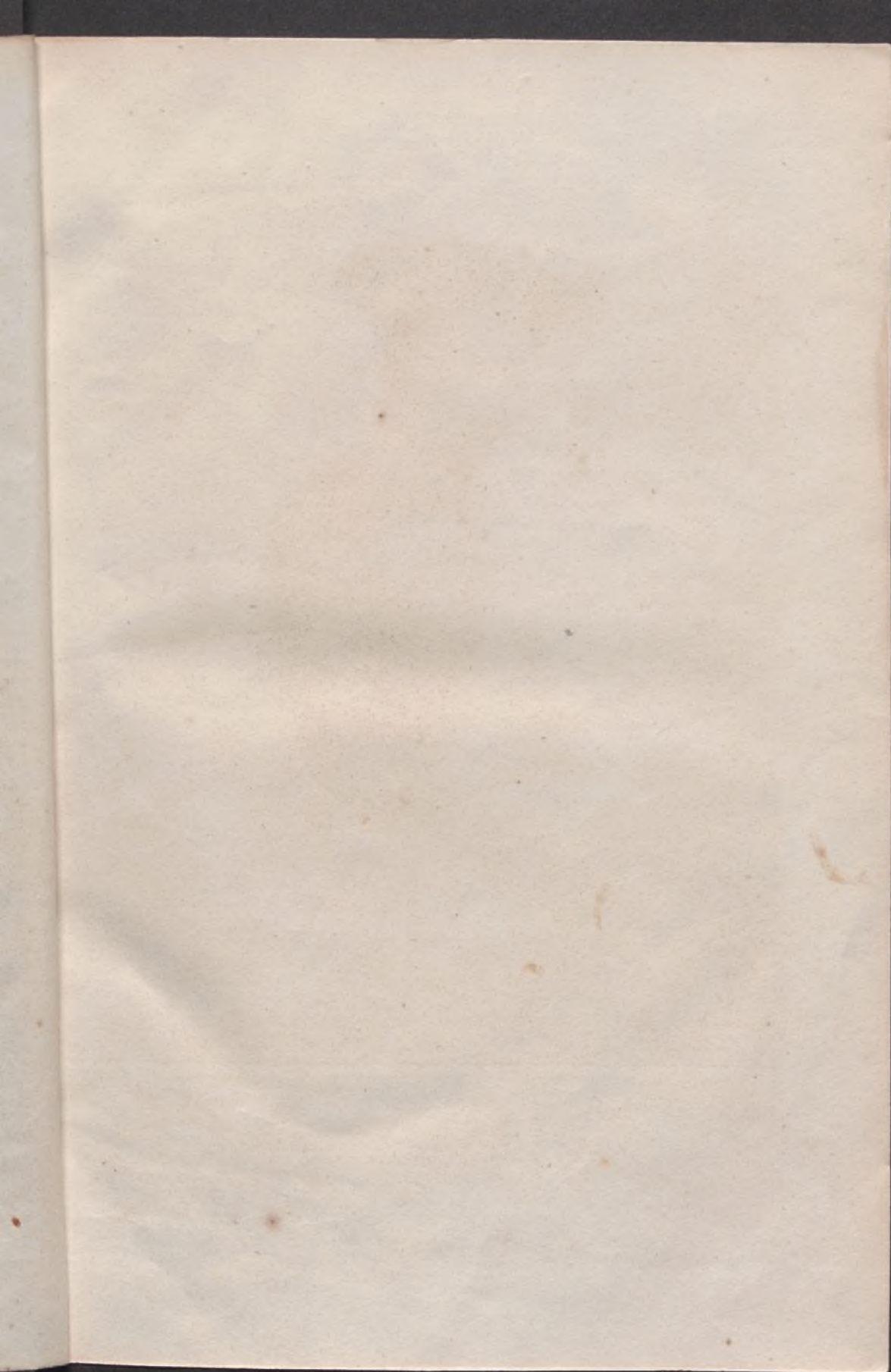


**TOMO II.**

R. 7216









D. TOMAS ZUMALACARREGUI



# HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL.

## LIBRO IV.

1835.

CELANDIETA.—ORMAIZTEGUI.

### I.

Zumalacárregui, considerando reducido á la nulidad el ejército liberal de Navarra, de resultas de la accion en los campos de Arquijas, deseó medir sus armas con sus contrarios en Guipúzcoa y Vizcaya; y sabiendo que Jáuregui se hallaba en Vergara, y se movia continuamente de una á otra guarnicion, marchó con rapidez á caer sobre Villarreal y Zumárraga, á donde llegó el primer día del año con los batallones de guias, primero, segundo, tercero, cuarto, sexto y décimo de Navarra, y los primeros de Guipúzcoa y Alava.

No consiguió su objeto de sorprender á Jáuregui, quien, en vez de pasar á Villafranca fué á Mondragon, donde se reunió con Carratalá, Espartero y Lorenzo. Al saber estos gefes la posicion del carlista entre dos guarniciones próximas, contaron segura su derrota y se prepararon á atacarle; pero la interceptacion de un parte, avisó á Zumalacárregui de su peligro, y le orientó del proyecto de sus contrarios.

Caminaban estos ya en su busca el 2 de enero, registrando las alturas inmediatas al camino real. Cerca de Zumalacárregui temió las considerables fuerzas que sobre él se dirigian, é indeciso de la posicion que mejor le convenia, se retiró en direccion á Ormaiztegui, y variando á la derecha, colocó las tropas en la altura de Celandieta, fuerte por su posicion, eligiéndola para teatro de

accion, pues contaba con que le acometeria el enemigo.

El terreno presentaba desde luego parapetos en sus cercas, y permitia colocarse á cubierto gran parte de los soldados. También hallaron parapetos los liberales á su llegada, que fué pronta.

Impuso á Zumalacárregui la perspectiva de una accion mas sangrienta que gloriosa, y lleno de desconfianza, si no de temor, intentó por medio de una retirada falsa llevar el combate á otro terreno mas ventajoso para sus armas; pero el contrario no le dió tiempo, y Lorenzo logró, bizarro, desalojar al batallon de guias guarecido tras de las cercas.

No hizo esto retroceder á los carlistas, antes haciendo frente á los liberales, que avanzaban, sostuvieron con valor la accion va generalizada por todas partes, estrechándose mas á cada instante la distancia de ambos combatientes.

La resistencia que hallaban los soldados de la reina, aumentaba su entusiasmo, y acrecia á la vez el empeño de los carlistas, que sin cejar un paso iban cansando á sus enemigos, que veian estrellarse en aquellos naturales parapetos su decidido ardor. Es entonces herido el caballo del gefe carlista Sanz, le arrastra en su caída, produce este incidente alguna confusion en el campo; pero se levanta Sanz, pone en órden y entusiasmo á su gente, y retroceden los contrarios, volviendo á poco con doble brio, y cargando á los batallones parapetados, y á los que bajaban en su auxilio.

Decisivo pareció aquel momento, por lo

fuerte de la embestida; pero, recorre Zumalacárregui las filas, y aumenta el denuedo de los suyos, que resisten valientes una carga á la bayoneta ordenada por Carratalá; mas los cuerpos francos de la division de Jáuregui, permiten avanzar á los carlistas. No se desordenan por eso los liberales, y la noche pone fin á tan porfiado empeño, dejando indecisa la lucha, y cubierto el campo de cadáveres.

Aquellos acamparon en Segura y Cegama, y en Ormaiztegui estos. Unos y otros lamentaron la pérdida de mas de quinientos hombres, y se propusieron vengar sus muertos. Los liberales tenian ademas interés en forzar tan terrible paso: los carlistas tenian empeño en impedirlo. Zumalacárregui á fin de asegurar el éxito de la contienda, avisó á Iturralde para que viniese sobre la retaguardia del enemigo.

Al amanecer del 3, ocupó Zumalacárregui las posiciones ensangrentadas del día anterior; pero no queriendo Carratalá sacrificar en ellas su gente, porque era escesiva la ventaja del carlista, presenció la batida que hizo por el campo el primer batallon de Navarra, á fin de recoger los despojos, y se dirigió á ocupar el alto de Celandieta, colocando en tres puntos, y sobre una misma linea, todas sus masas.

Lo mismo hizo Zumalacárregui en el pueblo de Segura, y en sus pequeñas colinas de derecha é izquierda, presentó sus tropas de una manera tan admirable como imponente.

Las guerrillas liberales dispararon contra los carlistas; y la artillería contra las masas; mas estas no contestaron. Hubo algunas horas de inaccion, al cabo de las cuales emprendieron los liberales su retirada á Vergara; habiéndose celebrado antes un consejo de generales, del que resultó dividirse el ejército y marchar cada uno á su distrito, no queriendo ó temiendo aventurar una accion. Los carlistas creyeron entonces llegada la oportunidad que deseaban, y marcharon sobre sus contrarios, molestándoles y causándoles continuas bajas. Carratalá se veia apurado, y en terreno á propósito desplegó rápidamente el regimiento del Príncipe, cuyos fuegos contuvieron á los carlistas. Pudo así continuar su retirada mas desahogadamente, y entró en Vergara á las diez de la noche.

No se guareciera Carratalá, si Córdoba hubiera estado mas cerca; pero al saber su distancia, cuando justamente le es-

peraba, dispuso su marcha á Vergara, y fraccionó su division, por conocer Carratalá el ningun fruto de las acciones aisladas, con el fin de ocupar posiciones dificiles en aquel pais y en aquella clase de guerra.

La noticia de esta accion llegó á algunos puntos tan desfigurada, que en San Sebastian se celebró ruidosamente como uno de los mas importantes triunfos para la causa liberal, llegando á tal punto el entusiasmo, que se arrestó á un ordinario que procuró decir la verdad, hasta que sabida se le dió libertad y cesaron las músicas, campaneos y aclamaciones.

#### PARTIDAS CARLISTAS.—RIVALIDAD ENTRE ALGUNOS JEFE LIBERALES.

### II.

Fatigadas quedaron de aquellas jornadas las tropas de Zumalacárregui, y para descansar y reparar sus armas, se retiraron la mayor parte á las Amezcoas.

Ya se habian aumentado algunas de las partidas que molestaban á las guarniciones de los fuertes, bloqueándoles y acechando la salida de cualquier soldado, que por lo general mataban. Entre aquellas partidas se distinguan la de Cordeu y la de Lucus (a) *Manolin*, queridísimo entre los carlistas por su arrojo y valentía, y que ganó dos veces la cruz laureada de San Fernando (1).

Estas partidas ayudaban á sostener el espíritu de los pueblos en favor de los carlistas, que veian engrosar sus filas y formarse nuevos batallones, como sucedió en el primer mes del año que nos ocupa, viendo la junta guipuzcoana coronados sus esfuerzos con la creacion de los batallones tercero y cuarto de su provincia: ejemplo que seguian las demas vascongadas.

(1) «Valiente sin jactancia, y reservado sin ser misterioso, era conocido entre los navarros por Manolin, uno de los mas modestos militares que ha podido producir la España en estos tiempos.... Perseguidos los veinte caballos que mandaba por gruesos destacamentos que simultáneamente salian contra él de todos los puntos de la Ribera, que ocupaban los cristinos, fué un dia sorprendido al entrar en un pueblo de Navarra. Solo y á pié con la espada en la mano se abrió paso por en medio de sus enemigos, quedando en poder de estos todos los caballos y algunos de sus soldados. Avergonzado con la idea de tener que presentarse á su general en tal estado despues de este revés, hizo juramento de morir antes de hacerlo sin una fuerza por lo menos igual á la que per-

En tanto que en el campo carlista se iba dando así consistencia á su organizacion, en el liberal surgian rivalidades entre los gefes, y se aumentaba el descontento. Fundado fué el de Córdoba al ver que no se publicaban los partes de sus acciones, y añadiéndose á esto el mal estado de su salud, valiése de él para solicitar con instancias ir á restablecerse á Madrid. La concesion de tal solicitud apareció á los ojos de todos como una persecucion, como su separacion del ejército, deseada por sus rivales, y esta especie de desgracia bastó para que aumentara su crédito, pues siempre acoge y defiende la opinion al que no es tratado con justicia.

De tal manera se pronunció aquella en favor de Córdoba que los mismos que condenaron antes su marcha al ejército, pedian ahora su vuelta, que tuvo lugar al dejar la cartera de la Guerra su enemigo.

Restituído Córdoba al ejército, corrió á él presuroso, llevando consigo dos cuerpos de milicias provinciales, y dos batallones de linea, y reemplazando á Canterac en el mando de las Provincias Vascongadas. A su paso fortificó á Vitoria, con sujecion á un plan que él mismo había formado, y con los recursos que pudo proporcionarse.

Sediento de gloria, deseaba terminar todas las rivalidades entre sus compañeros y derrotar á los carlistas; cosa, que si no veia enteramente fácil, le parecia probable, aglomerando tropas á sus órdenes, y ejecutando sus bien meditados planes.

ORBISO.

## III.

Ya dejaba el invierno de ser obstáculo para que unos y otros prosiguieran con ardor la campaña, y la continuasen con encarnizamiento. En Navarra, en Alava, en Guipúzcoa, en Vizcaya, en todas partes, se peleaba sin tregua, y se derramaba copiosa sangre, inmolándose infelices prisioneros, en cuya agonía se gozaban sus verdugos.

diera. Despojóse en seguida de las espuelas y espada de montar, junto con los que tenia hasta veinte y dos hombres, los armó de escopetas y fusiles que con mucha dificultad pudo recoger en los pueblos, y puesto á su cabeza y moviéndose de aquí para allí, dió al fin con un destacamento de caballeria cristina que pasaba escoltando un correo. Lucus apostó convenientemente sus soldados, y tomó con tanto

Los carlistas tenian sus fuerzas por la Amezcua é inmediaciones. Las tropas liberales ocupaban los puntos fortificados, y estaban alojadas en las grandes poblaciones. Lorenzo, que estaba en Pamplona, se aprestó á vengar las víctimas inmoladas por el carlismo en los ya célebres campos de Orbiso, Zúñiga y Arquijas, y salió de la plaza á Puente la Reina y Estella, mientras Oráa, á quien avisó su movimiento, emprendió su marcha por el valle de Echarri, para unirse á ambos en un punto dado.

Al llegar á este sitio ninguno sabia de cierto el en que estaba Zumalacárregui; tal era la combinacion de sus marchas y tal el espíritu público de aquellos pueblos. Solo tenian noticia de que estaba al otro lado del rio Ega, y que para batirle se tenia que franquear el puente de Arquijas; paso terrible, si, como era de presumir, estaba defendido.

En tal inteligencia, se dirigió á él Lorenzo el 17 de enero, y resistiendo poco la escasa fuerza que trató de impedir su paso, siguió, y los defensores del puente se guarecieron en las masas colocadas en escalones en los altos situados á la espalda de Orbiso. Estas masas solo consistian en dos batallones navarros y dos alaveses, pues los demas cuerpos se hallaban en la llanada de Vitoria, á bastante distancia.

Los liberales pasaron el puente y formaron en masa al otro lado del rio, presentando mayor número de fuerzas que sus contrarios, si bien estos contaban con la superioridad del terreno, que les ofrecia buena defensa. No intimidó esta ventaja á Lorenzo, que formó tres columnas; la primera al mando de Oráa; la segunda al del coronel don Joaquin Quiñones, y la tercera al de igual clase don Bruno Alaix, quien debia atacar por la izquierda, por la derecha Oráa, y Quiñones por el centro. Precedió á sus movimientos el despliegue y ataque de las guerrillas avanzadas, con orden de envolver á las carlistas. Estas esperaron, y resistieron valientes, hasta que atacando las columnas, se replegaron.

aciertó sus medidas, y los atacó con tal resolucion, que consiguió hacerlos á todos prisioneros. Entonces montando su gente en los caballos cogidos y poniendo entre filas á los ginetes cristinos, se dirigió donde estaba Zumalacárregui, y le presentó treinta y dos, en lugar de veinte y un caballos que había perdido en la sorpresa.»—Vida de Zumalacárregui por Zaratiegui.

Sin cejar un paso aguardó Zumalacárregui el ataque, el cual no se hizo esperar, y fué decidido y valiente, causándole admiración ver el arrojo con que los liberales trepaban á ganar unas posiciones tenazmente defendidas. Generalizada la acción á la entrada de la tarde, peleaban todos envueltos en una densísima nube de humo: tal era el vivo fuego que se sostenía.

Algunas compañías de la Princesa hicieron allí denodados esfuerzos; y los hicieron por parte de los carlistas los guías de Navarra. Acometiendo unos y rechazando otros, se batían todos con ardor, y despreciaban todos sus vidas. La guardia real provincial, y la de infantería, ganando aquella el terreno, y cargando esta con sereno arrojo, decidieron la victoria, que costó la vida al valiente don Bruno Alaix. Conquistadas las posiciones, cedió el carlista al mayor número, y el pendon liberal ondeó en las alturas de Orbiso, en cuyos campos quedaron cerca de cien cadáveres de uno y otro bando, y otros tantos heridos, contándose entre estos, por parte de los liberales, don Jorge Flinter, jefe, y varios oficiales; y por la de los carlistas, don Francisco García y varios de sus compañeros.

Zumalacárregui se atribuyó, sin embargo, la victoria, en su parte fechado en Abárzuza el 20.

El campo de batalla fué luego abandonado por los vencedores. De nada les servían aquellas alturas ensangrentadas. Unos y otros combatientes tomaron distintas direcciones para encontrarse en breve. Los dos ejércitos parecían dos gladiadores que luchan, se lastiman, se causan, ceden y dan una vuelta al circo en dirección inversa para volverse á encontrar, y al hallarse, luchan de nuevo con mas tesón.

SORPRESA EN LA VENTA DE RIVERO.—URBANAS DE LEQUEITIO.—DON CARLOS.

#### IV.

En otros puntos de las Provincias Vascongadas tenían lugar acontecimientos de no mucha importancia, á escepcion del encuentro de la columna de Eraso con la del marqués de Campoverde en la venta de Rivero.

Salió Eraso de Villasana el 3 de enero hacia Medina del Pomar y sus inmediaciones, y las guerrillas que le precedían, se encontraron con las del marqués, que salió

de Medina, á socorrer sin duda la guarnición de Mercadillo, que fué atacada el día anterior por los carlistas. Rompióse el fuego; pero mas afortunados, ó mas valientes los de Eraso, vencieron á sus enemigos, haciendo en ellos considerable destrozo, pues corrió la voz entre los carlistas, que aquellos soldados, del provincial de Granada, habían estado en Madrid en la matanza de los frailes. Así estimulado el fanatismo de los carlistas, mataban sin compasión, con encarnizamiento, y solo á la presencia de Eraso debieron por el momento unos ciento sesenta y un prisioneros la vida. El marqués de Campoverde se puso oportunamente en seguridad con el escaso resto de su columna, sacrificada por su descuido, sino por su impericia.

Eraso en su marcha desarmó algunos urbanos, y fué aumentando su gente y su prestigio.

El partido liberal al mismo tiempo, no descuidaba sostener el entusiasmo, particularmente en las poblaciones que no estaban al alcancé de los carlistas, y á cada revés que estos le hacían experimentar, redoblaban sus esfuerzos, llegando hasta escitar el patriotismo de esa preciosa mitad del género humano, que se brindó gustosa en Lequeitio á imitar á las antiguas cántabras, y se formó una compañía de urbanas.

«Deseoso de dar impulso (dice la persona que concibió el pensamiento) *de acción y vida* en favor de la hermosa causa que defendemos á esta población alucinada en su mayor parte por los enemigos *de las libertades patrias*, he creído que haría un servicio á S. M. la reina nuestra señora si conseguía interesar en el triunfo de la segunda Isabel al bello sexo, que tanta influencia tiene sobre el nuestro. Con este objeto, he invitado á las mugeres *notables* de este pueblo á inscribirse en una compañía, que se denominará de *antiguas cántabras*, y he tenido la satisfacción de ver en un momento mis inscriptas con la mejor voluntad á las que se espresan en la adjunta lista. Venerables matronas, esposas amantes, y doncellas hermosas y entusiastas forman esta nueva milicia, cuyo principal instituto será el de proporcionar á los bravos defensores de nuestra angelical reina que yacen postrados en los lechos del dolor á resultas de heridas y enfermedades contraídas en la gloriosa lucha que sostienen, los esmerados auxilios y delicado cuidado que reclama la humanidad doliente, y si alguna vez contra

nuestras esperanzas se atreviesen los hombres del *obscurantismo y partido retrógrado* á darnos el gusto de dar un ataque en forma, serán destinadas, siendo necesario, á la conduccion de municiones y otros servicios análogos á su sexo, y confío en que su presencia reanimará el espíritu de los combatientes, entusiasmando, cual las *antiguas cántabras*, á sus fogosos hijos, apasionados esposos y *tiernos amantes*. Me persuado que esta disposicion causará muy buen efecto *moral*, y llegará á su colmo mi complacencia si merece la aprobacion de V. S. Lo que comunico á V. S. para su *completo* conocimiento.—Dios guarde á V. S. muchos años. Lequeitio 10 de enero de 1835.—Hipólito de Mugica.—Señor gobernador de la villa de Bilbao »

Don Carlos seguía en tanto variando su córte. Los primeros días del año los pasó en Huici, de donde salió el 6 á Aldaz, el 7 á Beruete, el 8 á Bareibar, pasando por Aldaz, el 9 á Lizarraga, el 10 á Gollano, el 18 á Aranarache, y así continuó moviéndose diariamente, por la aproximacion de los liberales unas veces, por exigirlo su causa otras, y por no ser gravoso á los pueblos las mas.

## ELIZONDO.

## V.

Elizondo, lugarejo insignificante en el valle del Baztan, fué uno de los puntos disputados en la pasada guerra. Fortificado algun tanto, se hallaba guarnecido por tropa y urbanos, porque interesaba su conservacion. Tambien interesaba al carlista poseerle; y dispuesto á conseguirlo al oscurecer del 10 de enero, un batallon carlista ocupó los pueblos de Irurita y Lecaroz, y otro el de Garzain.

A la mitad del día siguiente se presentaron las guerrillas á la vista del fuerte, del que salieron diez hombres é hirieron ó mataron á un carlista. Este estrechó su bloqueo; si bien dejaba de acercarse al fuerte, cuya poderosa defensa conocia. Corrieron quince dias sin muy notables sucesos, y el 26 deseosos los liberales de atraer á los carlistas al alcance del cañon del fuerte, dispusieron las piezas, é hicieron que al mismo tiempo que los tiradores defendian el flanco que mira á la parte de Francia, subieran los urbanos á ocupar el sitio de la avanzada que tenian los carlistas por la parte de Le-

caroz, lo cual fué ejecutado como se propusieron.

Replegaronse á tomar posiciones á medio camino, y el sitiador avanzó sus guerrillas, sobre las que se dispararon algunos metrallazos y granadas, que les causaron cuatro bajas.

El grueso de los carlistas se iba reconcentrando en Elvetea, á donde se arrojaron algunas granadas y balas rasas, así como al barrio de Anzamborda en el mismo pueblo.

Algunas partidas se aproximaban á las aspilleras, se cambiaban algunos tiros, y se retiraban. Si se aumentaban las fuerzas sitiadoras, se sacaba el obus, y á los dos ó tres disparos quedaba despejado el terreno.

El 30 salieron á las dos de la tarde los urbanos con el objeto de ejercitarse en el manejo del arma, y al verlos los carlistas se acercaron algunos á incomodarlos: los urbanos entonces, abandonan de repente el ejercicio, y cargan á la bayoneta hiriendo á dos. Acuden mas carlistas en su auxilio, pero la salida del cañon, que era el coco de los sitiadores, les detuvo, y sus disparos les hicieron dispersarse. Y á las ocho de la noche se acercaron á las aspilleras, aunque sin resultado.

Con el fin de sorprender á una descubierta, salieron doce hombres de Elizondo á emboscarse en la casa de Ascoa de Elvetea, á donde se dirigian los carlistas; pero se les adelantaron estos, y el observarlo á tiempo salvó á los doce tiradores y urbanos. Dirigiéronse estos entonces hácia Lecaroz, donde deshicieron una trinchera, desde la cual ofendian á Elizondo, y al verse cargados por mayores fuerzas, se replegaron, conteniendo á los que les seguian la salida del obus, que disparó cuatro granadas.

Aquella noche llegó un batallon carlista guipuzcoano á Arrayoz. Esto apuró á los bloqueados; pero esperaban confiadamente no ser abandonados, y á esto debieron la retirada de los carlistas el 2 de febrero, descansando seguros por entonces los defensores de Elizondo, que hicieron gastar á su enemigo cerca de veinte mil cartuchos, causándole una docena de bajas.

## APRESAMIENTO DE LA GOLETA ISABEL ANA.

## VI.

La prosperidad de la causa carlista redoblaba los esfuerzos de sus amigos y partidarios, y en España y en el extranjero se



procuraba aumentar los medios, no ya de resistencia, sino de triunfo.

De lo que mas necesitaba, como hemos espuesto, era de municiones, las cuales se procuraron con eficacia de todas partes, acompañándolas expediciones, que, alguno de los que las componian, han llamado quijotescas, y no sin falta de razon.

Frente de la costa cantábrica y surcando sus aguas, estaba ya el 2 de febrero una goleta con seiscientos medios barriles de pólvora, doscientos cuarenta y siete galápagos de plomo, una imprenta, y una bandera con la Virgen de los Dolores, bordada por la princesa de la Beira y sus camaristas, cuando avistado y reconocido el buque como sospechoso por la goleta Nueva Maria, avisó al vapor Reina Gobernadora, que se hallaba sobre Machichaco, el cual emprendió tras la goleta, la dió caza, y halló ser la Isabel Ana, con bandera inglesa, y llevar, ademas del referido cargamento, trece hombres de tripulacion, y veinte y siete oficiales españoles carlistas, entre los que se contaban, Urbiztondo, Cisneros, Montegut, Martitegui, Eguia (don Leandro), Curten, Fulgoso (don Fernando), don Manuel Toledo, Leiva y otros.

Los carlistas carecian de oficiales de capacidad, especialmente de caballeria, y los pedia Zumalacárregui de continuo. Cuando se compró y aprestó la goleta Isabel Ana, hubo grande empeño, especialmente por parte de la princesa, de que fuesen en ella los veinte y siete oficiales, que si hubieran obrado como otros por sus propias inspiraciones, habrian llegado salvos á las Provincias.

«Pudimos venir á España atravesando la Francia, nos dice uno de los oficiales allí apresados, atravesándola, como hicieron cuantos quisieron, sin esponernos á morir sin gloria ni provecho para la causa, que quedó privada por mucho tiempo de la cooperacion de muchos oficiales, algunos sobresalientes.»

El plomo y la pólvora se hubiera adquirido con mas facilidad y baratura en Francia; pero si en esto hubo torpeza, no la hubo menos en tener á la goleta á su arribada en Plymouth una porcion de dias á la vista del cónsul español, que no podia menos de enterarse de todo, como sucedió.

Pero este no era mas que uno de tantos casos en que interviniendo la malicia y el monopolio, hacian se desgraciaran las mejores empresas, sin cuidarse de sus víctimas.

Los veinte y siete oficiales pudieron tener á gran fortuna el ser desterrados á lejanos paises.

ACCION EN EL PUENTE DE ARQUIJAS, EL 5 DE FEBRERO.

## VII.

El 4 reconoció Lorenzo personalmente el valle de Berrueza, descubriendo entre Asarta y Mondaza seis batallones carlistas con toda su caballeria. Al participarlo asi desde Los Arcos en el mismo dia al general en gefe, en una comunicacion interceptada, añadia que le habian asegurado que en la Barranca de Santa Cruz tenian los carlistas fuerzas considerables: que la primera division liberal estaba en Sausol y la de Gurrea en Sesma, con órden ambas para unirse al amanecer y marchar contra el enemigo, prometiéndose, si le esperaban, dar un dia de gloria á las armas de Isabel.

Zumalacárregui se proponia lo mismo en obsequio de las de su amo, y permaneció algun tiempo en el valle de Berrueza con la gente que vió Lorenzo. Al saber que éste reunia fuerzas para atacarle, redobló el carlista sus avisos y órdenes para que los batallones cuarto, sexto y décimo, que operaban en Guipúzcoa, avanzasen á incorporársele; mas no sabiendo á punto fijo su paradero, desistió del proyecto de defender las posiciones de Asarta, y escogió la del puente de Arquijas, distante media hora de aquel pueblo.

Lorenzo y Zumalacárregui se buscaban siempre uno á otro con avidez: rivales ambos en actividad y valor, deseaban medir sus armas, y hacer cada uno ostentoso alarde de sus recursos. Asi que, cuando uno perdía una accion, no descansaba hasta reparar el descalabro: retábanse mutuamente y se batian con resolucion y empeño.

Lorenzo al frente de diez mil hombres, marchó al combate, manifestando una confianza de que no participaba el soldado, por lo terribles que fueran para él aquellos campos.

A cosa de las doce se dejó ver en el valle, y se acercó á Asarta en actitud de combate, mas al ver que ya no estaba su contrario, apoyándose en la caballeria, avanzó hácia el alto de Arquijas, persuadido de que marchando rápidamente, podria coger desprevenido al enemigo y pasar el puente. Pero Zumalacárregui habia conocido ó pre-

visto su intencion, y descendió á este paso, colocando sin tardanza varias compañías de los batallones de guias primero y tercero de Navarra, y segundo de Guipúzcoa, en las posiciones de derecha é izquierda del puente, dejando inmediatas las distantes de reserva. La llegada en este momento de los ansiados batallones cuarto, sexto y décimo á Zúñiga, le proporcionó emplearlas sin echar mano de otras tropas que se colocaron en el camino de Zúñiga á Santa Cruz, para observar el flanco derecho, al mismo tiempo que el segundo batallon navarro cubria el izquierdo de la línea por el puente de Acedo. Seis compañías al mando del segundo comandante Lazaroti, cubrian la bajada llamada la Escalera, que va á Santa Cruz de Campezu.

Lorenzo se presentó á las dos en el puente, en el que halló enérgica resistencia. Observando las posiciones del enemigo, dispuso el ataque por tres puntos: por el puente de Arquijas, que tenia á la vista, por Santa Cruz de Campezu, y por los molinos de Santa Cruz. En el interin colocó la artillería en la ermita, la cual comenzó á arrojar balas y granadas, por ahorrar de este modo la sangre del soldado.

Pero los cañones con sus lentos disparos, no hacian el estrago que Lorenzo deseaba, ni daban los resultados que apetecia, é impaciente por acabar de una vez, se coloca denodado á la cabeza de un batallon, y se precipita á la bayoneta sobre el puente. Los carlistas asombrados ceden el paso á aquellos valientes, y al ver caer bañado en su sangre al intrépido gefe que los mandaba, se replegan fugitivos á las masas. Lorenzo confia ya en la victoria, la ve cercana, y se sonrie; pero lo conoce Zumalacárregui, y se la disputa. Vésele encendido el rostro, y centellando sus ojos, ponerse al frente de su querido batallon de guias de Navarra, animarle mas con el semblante que con la palabra, y lanzarse como una exalacion al encuentro de su valiente y afortunado enemigo.

El choque, fué como no podia menos de esperarse. El entusiasmo y el ardor de que estaban poseidos ambos gefes se comunicó eléctricamente á los soldados, que peleaban con saña y se herian con crueldad. Pequeño era, pero suficiente, el campo del combate: nadie avanzaba porque nadie huia, y si bien los que caian aumentaban el espacio, obstruian el suelo sus cuerpos moribundos los mas. Espantosa fué la carnicería:

preciosas vidas llenas de esperanza fueron allí segadas en flor.

Cejan las fuerzas de Lorenzo, mas las detiene, y se sostiene entonces un fuego nutrido y mortífero entre las masas de uno y otro campo, y no el cansancio, ni la sangre que se derrama le hacen cesar, sino la noche que acude á cubrir con su velo el teatro de tanta desolacion.

Oraa, en tanto, destinado á flanquear al enemigo pasando el Ega por Santa Cruz, se halló á la media hora de separarse de Lorenzo con un batallon carlista, que fué dificultando su marcha, experimentando ademas el obstáculo de hallar el rio invadable. Cargándole nuevas fuerzas, le obligan á escoger posiciones, en las que continúan persiguiéndole los carlistas, que le acometen por la espalda y el flanco, y le encierran por último en Santa Cruz de Campezu, donde pasó terrible noche, esperando á cada instante ser acometido, por lo cual tomó sobradas precauciones.

Lorenzo se retiró llevándose trescientos heridos y dejando bastantes muertos. La pérdida de Zumalacárregui, sibien considerable, no fué tanta (1).

(1) No deja de ofrecer interés la siguiente carta que interceptaron los carlistas, y la nota que le sigue, cuya redaccion no pertece al autor de la carta, sino al que redactaba el periódico oficial de los carlistas; advertencia que debe tenerse en cuenta.

«Amigo mio: el 5 por la mañana salieron de aqui las columnas dirigiéndose por el camino de Mués: la canalla estaba sobre Piedramillera, Mendaza, etc., y tratando los nuestros de flanquearles, se fueron retirando sobre el puente de Arquijas, el que no pudo pasarse por estar obstruido: aquella noche se acamparon en las posiciones que tenian, y creimos que al amanecer lo pasarían, pues no se oyó fuego hasta muy tarde. Aquella misma noche (el 5) entre once y doce trajeron aqui ciento catorce heridos (a) resultado de la accion, entre ellos un comandante (Alfonso del Infante) y unos once oficiales mas: los escoltaba un batallon de Soria y una mitad de caballería, los cuales recibieron orden á las cuatro de la mañana para hallarse en Arquijas á las ocho en punto, y habiendo salido de aqui á las ocho muy dadas, creimos que el fuego de ayer seria á este batallon, asegurándose que se vió precisado á retirarse sobre Asarta, etc. etc. Es cuanto se, y cuanto se dice hasta ahora, que son las doce y media de la mañana. Considere vd. como estaré con los heridos sin proporcion en el hospital, pues está lleno: esto no

(a) Estos heridos son del puente, pues los que resultaron de la columna de Oraa, cerca de Santa Cruz, fueron conducidos á Maestu.

Al día siguiente de la acción se avistaron ambos combatientes, contemplaron el campo ensangrentado, y á pesar del provocador aspecto de los carlistas, ocupando orgullosos sus bien defendidas posiciones, Lorenzo, describiendo un arco por el valle de Berrueza, Aguilar y Genevilla, se incorporó á Oráa en Santa Cruz, y juntos marcharon por Bargota, Torres y Sausol, Los Arcos, Estella y Puente la Reina, pernoctando el 11 en Orol y pueblos inmediatos.

ACCION EN EL PUERTO DE BELATE.—SITIO DE GIGA.

VIII.

Empeñado el carlista en la ocupacion de Elizondo, el coronel Sagastibelza hizo se trasladaran á Irurita las cuatro piezas de artillería para batir al fuerte en la noche del 4 al 5, durante la cual se construyó la batería destinada á los morteros, y se adelantó en la de los obuses. En el nuevo día se perfeccionó el primero de estos trabajos, y concluidas las comunicaciones y ramales de trinchera que debían cubrir á los carlistas, y colocados estos en los puntos que les estaban designados, marchaban las piezas á ocupar sus puestos, cuando supo Sagastibelza que los liberales estacionados en Villaba habían llegado á Lanz, y se disponían á pasar el puerto de Belate.

es vivir.—Adios, amigo, paciencia.—7 de febrero á las doce y media, suyo *Leon.*»

NOTA. *El general de los apuros, el rebelde Oráa*, que siempre por alejarse de las balas elige un flanco para sus operaciones, durante el combate; y por último se encuentra donde puede atribuir á milagro su salida, eligió el flanco derecho del puente de Arquijas en la acción del 15 de diciembre, y cuando menos lo pensaba, se vió batido, arrollado y en precison de guarecerse con mil trabajos á la Peña de la Gallina: en la del 5 del actual no le pareció conveniente esponerse á nuevo engallinamiento, y habiéndose encargado del flanco izquierdo, bajó su columna con mucho disimulo por el camino de la Escalera, cerca de Santa Cruz: quiso pasar por allí el río, pero rechazado cuantas veces lo intentó, llegó al apuradísimo y vergonzoso caso de no poder regresar á incorporarse con las restantes fuerzas, que ya lloraban en Arquijas el terrible golpe que acababan de recibir. Despavorido y sin aliento, se metió en Santa Cruz, reunió todas las maderas sueltas que había en el pueblo, y con ellas cerró sus avenidas; no pareciéndole esto suficiente, hizo parapetos en las calles con colchones, muebles y otros efectos, pero todo fué inútil, porque observando su

Para desembarazarse Sagastibelza, y poderse dirigir donde la necesidad reclamase la totalidad de sus fuerzas, dispuso retirar las piezas, municiones y efectos, concentrando los tres batallones que sitiaban á Irurita y Lecaroz.

El aprieto en que los carlistas ponían á esta y otras poblaciones, hizo que Mina aumentando la brigada provisional al mando del coronel Ocaña, saliera de Villaba, como lo efectuó el 6, día terrible en que el agua, el viento y la niebla apenas les permitía andar. Después de un pequeño descanso en Lanz, marchó Ocaña al puerto, en cuya formidable posición le esperaban dos batallones, y después de un vivísimo fuego se abrió paso con pérdida de dos muertos, ocho heridos y seis contusos. Pernoctó en Berrueta y Onís, y allí pudo averiguar tarde y difícilmente, la posición de los carlistas: tres batallones le aguardaban en las alturas que dominan el camino de Giga, y otros tres emboscados á la izquierda.

Trató de arrollar á los primeros, y marchar por la montaña á caer sobre Irurita. Para conseguirlo, mandó á Azpeitegui con alguna gente á tomar por retaguardia la altura que ocupaba el carlista, y cuando se hallaba á bastante distancia, Ocaña con el resto de la fuerza fué á desalojarlos por el frente, y lo consiguió. Estaba ya casi en la cima de la montaña y los carlistas se retiraban en precipitada fuga cuando se rehicie-

oficialidad que se había cerrado y atrancado en su alojamiento, que puso seis centinelas en cada ventana, y aun quiso defender la puerta con una enorme piedra que en su inmediación sirve de mesa para golpear cáñamos, siguieron este brillante ejemplo los restantes gefes y oficiales, todos se cerraron y fortificaron: acopiaron cantos y agua caliente para defenderse desde las casas, y pasaron la noche mas cruel de toda su vida, sin que en medio de tan terribles angustias tuvieran mas consuelo que la esperanza en la llegada de la gruesa columna de Arquijas, la que al fin retirándose vergonzosamente al día siguiente desde el lugar del combate, se le incorporó á costa de rodeos desconcertados. Estos son los valientes de Isabel II: aquellos cuyo denuedo tanto elogian los papeles del gobierno usurpador: en fin, estos son los que por sus públicas operaciones dan á conocer su verdadero mérito, acreditando á la Europa entera la falsedad de sus partes, y las continuas victorias con que se coronan de gloria las armas del mejor de los soberanos.

El día 6 pasaron á las filas del rey nuestro señor un oficial, un sargento y dos soldados de la columna del rebelde Lorenzo.

ron unos cuantos y cargaron impetuosos sobre el batallon que mas de cerca los perseguia, obligándole á retroceder en desorden. En esta oportunidad cargaron las demas fuerzas carlistas con decision, tratando de arrollar á otro batallon que se hallaba en segunda línea; pero Ocaña tomó tan acertadas medidas en tan criticos momentos, que se salvaron todos los batallones, aunque con bastante pérdida el de la guardia, y el segundo del 6.º ligero.

Si bien con trabajo, pudo Ocaña reunir la tropa en Ciga, proponiéndose despues del necesario descanso seguir su marcha á todo trance á Elizondo, como así lo avisó á su gobernador para que distrajera por aquella parte á los carlistas.

La empresa, como lo conocia bien Ocaña, era árdua; porque se hallaba completamente rodeado de enemigos, y veia la imposibilidad de seguir adelante, ni retroceder. «Mi posicion, decia el liberal al general en jefe, es sumamente critica, y espero que considerándola V. E. tal, se servirá dictar las medidas que estime convenientes para sacarme cuanto antes de semejante apuro, que es mayor por la conduccion de los heridos, faltando bagages y paisanos que los lleven.»

Acrecia su conflicto, pues cercándole los carlistas, le tenian estrechamente sitiado, y al participarlo así en otra comunicacion, esponiendo hasta la falta de víveres que se iba á hacer sentir, por lo que esperaba un pronto socorro, ú órdenes, decia: en caso de no llegar ni uno ni otro, obraré segun las circunstancias, *abriéndome paso con la bayoneta*. Valeroso arranque, digno de quien le hubiera efectuado, pues conocemos la rigidez con que sabe cumplir sus deberes militares, y el valor de quien defendió á la inmortal Zaragoza en sus dos memorables sitios, en aquella escuela de heroismo donde recibió las primeras lecciones de la guerra.

Mina, al saber *con sorpresa, admiracion y sentimiento* la situacion de Ocaña, se decidió á salvarle, pero no podia ser esto inmediatamente, y en el interin, se estrechaba el cerco, y el carlista llevando alguna artillería, comenzó á disparar granadas y balas rasas, haciendo así mas crítica la situacion del liberal.

Ocaña procuraba en tanto sostenerse en Ciga, y trataba de animar á su hueste, que no participaba en general de su valiente resolucion por componerse parte de ella de

soldados bisoños. Colocó sus heridos en la iglesia como punto mas fuerte y seguro, distribuyó la tropa en las casas, y estableció sus guardias y puestos avanzados para resistir cualquiera invasion. Apoderóse de los víveres que el soldado necesitaba, á lo cual se prestó el vecindario, y tomó en fin una actitud hostil é imponente.

En los días 7, 8 y 9, estuvo cercado de seis batallones, y el 10 llegaron dos mas con Zumalacárregui, y dos compañías de guías. Desde entonces se notó gran movimiento en los carlistas que ocupaban las casas de campo, bordas y paredes inmediatas al pueblo, poniéndose á tiro de pistola. Al amanecer del 11 era mayor el movimiento, y á la mitad del día comenzaron los disparos de proyectiles contra el pueblo, lo cual causó profunda sorpresa y turbacion en la tropa. Hasta el anochecer se hicieron ciento seis disparos, que destrozaron algunas casas, y mataron un soldado.

Ocaña esperaba el asalto aquella noche, porque no podia menos de entrar en los planes de los carlistas apoderarse de toda una brigada, y justamente la que les habia siempre perjudicado, la *Cachetera*, llamada así porque solia acudir á decidir las acciones, como sucedió en la del Carascal.

El 12 aparecieron retiradas las piezas, y en todo el día se sostuvo un vivo fuego de fusil, asestado con especialidad por los carlistas contra la única fuente que habia en el pueblo; pero noticiosos estos de la llegada á Lanz y á Ulzama de las columnas enviadas en auxilio de los sitiadores, se retiraron á las once con rapidez y por distintas direcciones, á reunirse en el barranco de Ciga, y tomar el camino de Santisteban.

Al notar Ocaña el movimiento de retirada, destacó las compañías de cazadores á reconocer el campo, y formando la brigada, se trasladó con todos los heridos á Elizondo, á donde llegó á las cinco de la tarde del 12.

La pérdida liberal desde la accion del 6 hasta su salida de Ciga fué de unos noventa hombres entre muertos, heridos y contusos, lamentando Ocaña la de los gefes y oficiales don Francisco Yarto, don Pedro Rubio, don José Salgado, muerto en los brazos de su hijo, y don Antonio Viluti. Los oficiales don Ignacio Tapia y don Tomás del Prado, con cinco soldados mas que cayeron prisioneros y fueron fusilados.

El carlista perdió unos cuarenta á cincuenta hombres.

En aquella brigada operaban entonces Clemente, Narvaez, Messina, Serrano, Ros de Olano y otros conocidos generales españoles.

APUROS DE LA BRIGADA PROVISIONAL.

IX.

El 13 de febrero se hallaba Mina en Lanz, impaciente por no tener seguras noticias de la salida de Ocaña de Ciga y de su llegada á Elizondo. Desde este sitio y en aquel mismo dia participaba el gefe de la brigada provisional al que lo era del ejército, su llegada en la tarde anterior á aquel punto, donde continuaba dando descanso á la tropa y esperando sus órdenes. Le repetía las comunicaciones anteriores en que le daba cuenta de todo lo sucedido, y le hacia saber que, sin caberle la menor duda, los fundidores de los morteros, obuses y cañones, eran un tal Guillen, natural de Baigorri, y un tal Santiago, francés, vecino de Pamplona, y el constructor de moldes, uno de Orbaiceta con dos hijos, trabajando todos bajo la direccion de don Vicente Reina, en la ferrería de Donámara. Que tenian dos obuses y un mortero, y otro de esta clase acabado de fundir en la ferrería de Zumarrista; que habian hecho tres fundiciones de bala de metralla, construido moldes para otro mortero, y obuses iguales á los anteriores, y que procuraban otras obras importantes, sobre las cuales llamaba la atencion de Mina para que procurase su destruccion.

En tanto Ocaña permanecía en las inmediaciones de Elizondo, pero rodeado siempre de carlistas, que sin separársele, esperaban el menor descuido para echarsele encima. Al ver que para sostener la comunicacion con Elizondo habia diseminado alguna fuerza, se prepararon á atacarle en Irurita al amanecer del 25; pero lo supo oportunamente, y se trasladó á Elizondo, donde podria defenderse mejor, imposibilitado de tomar la ofensiva.

Los carlistas se presentaron ante Irurita, inutilizaron los dos molinos y la ermita que domina al pueblo, situándose dos batallones en Lecaroz, otros dos en Irurita, y Guibeldalde con uno en Garzain.

En la mañana del 26 salió Ocaña con toda la fuerza disponible á llamar la atencion de los que acampaban en Lecaroz, y

ver si podia atraerlos al punto de ataque que les tenia preparado: dióles cara, fogueáronse unos y otros por espacio de una hora en las inmediaciones del pueblo sin resultado alguno, y retiróse Ocaña con el mayor orden á Elizondo, en donde iban escaseando los víveres, hasta el punto de que el pan empezó á darse solamente á los enfermos.

La situacion se iba haciendo bastante crítica y no ofrecia pronto alivio, pues que el número de los carlistas aumentaba, y se disponian á acercar artillería para sitiar formalmente á Elizondo.

Mina, que en su impaciencia solo deseaba triunfos, molestado por la forzosa inaccion de Ocaña, le amonestó á que saliera de ella y destruyese al enemigo; dejándose llevar en esto de sus buenos deseos.

Las fuerzas de Ocaña eran inferiores á las contrarias, y estas dominaban al pais, con noticias exactas de los mas pequeños movimientos, al paso que el liberal carecia de datos, por mas que quisiera buscarlos y comprarlos á fuerza de oro. Y no era extraño que tal sucediera á Ocaña, pues antes, cuando el carlista tenia menos fuerza y preponderancia en aquel valle, numerosas columnas liberales no pudieron dominarle ni batir á sus ocupadores.

Bien deseaba Ocaña batir al enemigo, pero le era absolutamente imposible, á no tratar de esponer la brigada á un desastre seguro. Superior en piernas y en buenos prácticos el carlista, Ocaña no queria caminar á ciegas. Conocedores del pais iban con su brigada, y le decian sin cesar que no tenian sugeto de quien valerse para observar al contrario, así que se limitó á unas salidas á Arizcun para proporcionarse víveres, teniendo siempre encima al enemigo.

En la mañana del 3 de marzo destacó Ocaña las compañías de cazadores á Azpiricueta por víveres, y en tanto que se practicaba esta operacion, mandó que otras de la Guardia Real reconocieran el campo carlista hasta las inmediaciones de Lecaroz, y al ejecutarlo, mataron cinco carlistas. Alentadas las tropas con este pequeño triunfo, y regresando con cuarenta vacas las compañías que fueron á Azpiricueta, dispuso el gefe liberal para las dos de la tarde una accion general sobre Lecaroz, con toda la fuerza disponible de la brigada, y las dos piezas de artillería del fuerte. Al efecto encargó al coronel Mazarredo, que con la poca tropa franca de su cuerpo, los guias y

urbanos, llamase la atención del carlista por la parte de Garzain, mientras Ocaña con Zugarramurdi le atacaba con decisión por la de Lecaroz. Los carlistas se replegaron sobre este pueblo, sufrieron algunos disparos de obus, y á poco empezaron á mover sus columnas en diferentes direcciones para arrollar á las liberales. Trabóse entonces el combate con empeño; cargó el carlista con valentía sobre las primeras posiciones, reuniendo las fuerzas de Irurita y Garzain, y la brigada entonces, con el mayor orden, por escalones, y disputando el terreno palmo á palmo, se reconcentró á las inmediaciones de Elizondo, á cuyo terreno deseaba atraer á los carlistas. La noche puso término á una acción que no fué decisiva, contando ambos combatientes unos cuarenta hombres fuera de combate.

Estos sucesos en nada mejoraban la situación de la brigada, que por el contrario, iba haciéndose cada vez mas crítica, por ver próximo otro sitio, cuando tan reciente estaba la memoria del de Ciga, y no se habia borrado todavía la impresión causada por el estruendo y esplosion de las granadas y bala rasa en el ánimo de los reclutas.

Pronto se vieron realizados estos temores: al amanecer del 9 presentó el carlista toda su fuerza en los alrededores de Elizondo, encerrando á los liberales en el recinto del pueblo y casas inmediatas. Desde el momento de su aparición empezaron á disparar granadas con tres obuses, ocupándose al mismo tiempo en construir á toda prisa otras baterías en puntos diferentes. Estrechando cada vez mas el sitio, jugaron todas las piezas contra el fuerte y la población, causando gran destrozo en los edificios, varias desgracias en las personas, y poniendo á toda prueba el valor del soldado, ya bastante gastado, logrando la decisión de los gefes sostenerle por el honor, único estímulo que podia obrar en tan críticos momentos.

Sin llegar el tan esperado socorro, Ocaña se cansaba en esponer á Mina lo difícil de su situación, lo inminente de su peligro; en vano le suplicaba fuese á Elizondo, principal teatro de la guerra, y oficiaba á Oráa, que estaba en Lizaso, para que adelantara sus fuerzas.

Y tan apurada era efectivamente la situación de Ocaña, que hasta tuvo que hacer frente al pánico de los habitantes de Elizondo, señaladamente de las mugeres, que hallándose en la iglesia, y cayendo en

ella una de las cien bombas que vendrian á arrojar los sitiadores sobre el pueblo, empezaron á alborotar con desaforados gritos, desalentando á los paisanos, lo cual puso á Ocaña en la terrible precisión de hacerlas salir de Elizondo.

Los hechos de la brigada privisional se comprenden desde ahora en los movimientos de Mina, que referimos mas adelante.

Los tres batallones que se confiaron á Ocaña en el Baztan para defenderle, no eran bastantes, pues si bien se contaba era liberal la mayoría de los habitantes del valle, eran muy decididos los carlistas, y tenia mucho empeño Zumalacárregui en sostener alli algunas tropas, y ganar algunos puntos.

El Baztan ofrecia recursos al necesitado carlista, á quien importaba poco sacrificar unos pocos de sus soldados á trueque de sostener á varios batallones, y conquistar el concepto de los liberales baztaneses para que no le combatieran al menos, pues contaba conseguir en el Baztan los resultados que obtuvo en los valles de Ayezcoa, Salazar y Roncal.

Por esto tuvo tanto empeño en batir á la brigada privisional, cuyo gefe, combatiendo contra tantos elementos, supo salvarse y salvarla con honra.

Asi, pues, no nos parecen, sino que, consideramos infundados los cargos que se dirigen á Mina por el redactor de sus Memorias en estas líneas (1).

«Tambien le censuraremos, dice, la blandura con que se condujo en esta ocasión respecto de dos sucesos en los cuales debió de haberse mostrado sumamente riguroso con algunos militares. Primero de los sucesos: apenas llegó á Elizondo en su reciente última salida, debió de haber disuelto la brigada privisional y reprender con muchísimo calor, si es que no mandaba formar los competentes sumarios, al gefe de ella, y á sus dos ayudantes que el 5 mandó desde Tafalla con espresas y decisivas órdenes para que la brigada durmiese cuando menos la noche del mismo dia 5 en el pueblo de Olave, para que al dia siguiente entrase con sol en Elizondo: órdenes fijas, dictadas con mucha prevision. Se faltó al cumplimiento de estas órdenes, y el gefe de la brigada y los dos ayudantes del general debian responder á este cargo, y los tres tambien al otro que debia hacerseles, de

(1) Tomo V, pág. 429.

haberse inutilizado, encerrándose en Ciga por comun acuerdo, según el parte de Ocaña. La primera falta en el cumplimiento de las órdenes del general fué la principal y acaso única causa del descalabro sufrido en el camino, y la sensible pérdida de los valientes que perecieron en él.»

Si Mina viviera rechazaría estas palabras, pues durante aquellos hechos las desmintió con los suyos. El jefe de la brigada provisional, y sus dos ayudantes Narvaez y Clemente, no solo llenaron cumplidamente sus deberes, sino que colmaron los deseos del general en jefe, según las gracias y recompensas que merecieron de él posteriormente, así como la confianza que continuó dispensándoles.

#### SOCORRO Á MAESTU.

##### X.

Si atención merecía Elizondo, no la reclamaba menos Maestu, cuya adquisición importaba igualmente al carlista. Sitiándole ahora con empeño, veía pronto el día de su rendición, no venciendo en combate á sus defensores, sino rindiéndoles por el hambre, pues empezaban ya á carecer de toda clase de alimento.

Para conjurar este peligro, se destinó á la división Oráa, á pesar de que guarnecía á Irurzun, Echarri-Aranaz y Olazagoitia.

Encaminóse el 26 á Maestu, con encargo de recoger las fuerzas que hallaría en Salvatierra, procedentes de Vitoria. Quiso impedir su paso la partida del Rojo, y quedó escarmentada.

En Salvatierra recibió orden del comandante general Carratalá, para que acudiese á Vitoria, en donde el 3 de marzo se reunió la división de Espartero.

Para hacer mas espedita la marcha, se distribuyó á los soldados el tocino, la galleta y el arroz que habian de llevar los bagages al fuerte de Maestu; pero el agua y las nieves pusieron tan intransitable el camino, que aun sin convoy era embarazosa la marcha.

Espartero quedó en Bersoain y Virga la Mayor, y Oráa llegó al fin á Maestu, con grande alegría de su apurada guarnición, viendo los auxiliares compensadas en aquellos momentos todas las penalidades de su empresa.

Oráa y Espartero regresaron el 5 á Vitoria sin el menor tropiezo, ni aun despues

de marchar solo el primero á su anterior posición de Huarte-Araquil y pueblos inmediatos.

Dignas de Oráa eran tales expediciones; mas esta empeoró su herida en el brazo, y cuando se decidió á tomar los baños que le mandaron, se concertó un plan de operaciones sobre el Baztan, para el que se contaba muy principalmente con él, y sacrificó su salud por no faltar á su puesto.

El movimiento al Baztan era importante; así lo conocía Oráa, y si bien aquella campaña debía ser penosa, podía tambien ser decisiva, si el carlista se hallaba en ánimo de reconcentrar allí sus principales fuerzas, y presentar formal batalla.

#### OBSTÁCULOS Á LA MARCHA DE MINA.

##### XI.

Retrocedamos algun tanto para la ilación de los sucesos.

Mina hacia todo lo que podia. Ocupado principalmente en surtir á Pamplona y al ejército de lo necesario, tenia que destinar gruesas columnas á convoyar las remesas de efectos y de dinero, y ocupaba así algunas brigadas, distinguiéndose por su pericia en estas operaciones el entendido coronel Ocaña, cuya probidad y celo rivalizaba con su patriotismo, como así lo declara el mismo Mina en sus Memorias, citando además á Esain, Clemente, Ros de Olano, Gurrea, Mauri, Narvaez, Echalecu, Navascues y otros.

Digna se hizo tambien en esta ocasion la milicia urbana de los elogios del general en jefe, por los servicios eminentes que prestó á la causa liberal. A esta fuerza cívica entregó Mina la plaza y la ciudadela, que supo guarnecer y conservar, asegurándole que antes que ceder, se sepultaría entre las ruinas del puesto que se le confiaba en defensa del partido que adoptó y del juramento que hiciera.

Uno de los mayores inconvenientes con que tropezaba Mina era la interrupción de las comunicaciones, tan espeditas para los carlistas. Esta dificultad ocasionaba desorden en las operaciones, que se aumentaba á los ojos del gobierno, pues entendiéndose directamente con él algunos jefes, llegaban á Madrid partes contradictorias. Mina creía, por ejemplo, ocupada la columna de Lorenzo en proteger la marcha de un convoy, y Carratalá hacia presente al ministe-

rio que se hallaba en puntos muy distintos. Recomendaba entonces Llauder á Mina tuviera espeditas las comunicaciones, regularidad en los partes, combinacion en los movimientos, y le hacia cargos que le lastimaban, tanto mas, cuanto que notaba que no procedia el ministro con él como ofreciera, y demostrando una rivalidad que no existia de parte de Mina. Pero el secretario de la Guerra pretendia separarle del mando, y ya se lo avisaban á Mina. En contraposicion á esta conducta, los demas secretarios del Despacho lo esperaban todo de Mina y le halagaban.

En su diario de operaciones vemos que despues de atender á la seguridad de los convoyes, y á varias otras operaciones, dispuso el 13 de enero la salida de todas las tropas á distintos puntos. El 15 llegó Lopez á Pamplona, acompañado de trescientos sesenta hombres del regimiento de Castilla, la mayor parte descalzos y medio desnudos, volviendo á salir la escolta que les acompañaba, llevando algun dinero para los lanceros de la Guardia Real.

El 16 participa Mina los movimientos de Lorenzo dos dias antes, en observacion de los carlistas reunidos con la caballeria entre Mondragon, Salinas y Arlaban. No podia ir á buscarlos sin caballeria, por lo que ordenó á Lopez se le uniese el 15 para emprender la marcha sobre ellos, sino se veia precisado á variar de plan, como sucedió, porque el gobierno ordenó directamente á Lorenzo que una de las divisiones del ejército de Navarra, cubriese la línea derecha del Ebro, desde el punto que el gefe de ella creyese oportuno para llenar el hueco que dejara Latre, quien con su division fué á operar en Castilla con motivo de la insurreccion de Villalobos. Marchó, pues, una division al mando de Seoane, disminuyéndose así las fuerzas del general en gefe, si bien por poco tiempo, pues el 22 se mandó á Seoane contramarchar.

Estaba en Lumbier el 18 Hurralde, reuniendo los dispersos de la accion de Unzué, y dispuso Mina se dirigiese á aquel punto la brigada que estaba en Villaba, de donde salió á las cuatro de la mañana del 19, y llegó á las dos de la tarde á la vista de Lumbier, en cuyas eras vió á los carlistas que se retiraban hácia Domeño, sin que pudiera darles alcance.

Linares desde Sangüesa pasó á Lumbier á reunirse con Ocaña: concertaron algunas operaciones, y despues de breves

dias volvió cada uno á sus acantonamientos.

En Madrid se trataba al mismo tiempo de reemplazar á Mina, en lo que tenia empeño el ministro de la Guerra, que pretestando la falta de salud de aquel caudillo, procuraba fundar en ella su separacion. Mina, á quien así se le participaba, y aun por persona del mismo gabinete, contestó con su acostumbrada llaneza, diciendo que no pretestaran la gravedad de su mal para reemplazarle en el mando, sino que dijeran que no era el hombre que les convenia, en lo cual no se ofenderia. «Si en estos últimos dias, añade, no se han dado grandes batallas, tampoco se ha aumentado la faccion, y ha sido batida en todos los encuentros que ha habido en esta provincia, y no creo que el mal espíritu de los pueblos haya crecido.... He dicho á vd. antes de ahora que son necesarios refuerzos, pero efectivos, y no como el del batallon de Castilla, que ha venido en cueros, sin oficiales ni instrucción, y mucha parte sin armas.»

Al ministro de la Guerra, decia oficialmente que para acorralar á Zumalacárregui en Navarra, ó empujarle á otro punto cualquiera, sin dejar de perseguirle, se necesitaba que llegasen precisamente á Navarra en todo el mes de febrero, lo mas tarde, diez mil hombres nuevos, pero efectivos (1).

(1) Creemos oportuno transcribir las siguientes líneas de las Memorias del general Mina.

«Diremos de paso que el general Mina estaba tan admirado de los temores que siempre manifestó el gobierno á las incursiones de los facciosos á Castilla, que si hubiese estado en posicion de perseguirlos, su plan acaso habria sido el de empujar su grueso precisamente á pasar el Ebro en cualquiera direccion, bien asegurado, por el conocimiento que tenia de los elementos de que se componia la faccion, de que si una vez abandonaban sus guaridas naturales en el pais de su origen, no volverian á ganarlas en masa, sino á la desbandada en desercion, y á las cuatro leguas de la orilla derecha del Ebro ya no habria grupo de faccion, y se terminaba la guerra. Y si nuestro juicio valiese algo en la materia, añadiríamos que esta opinion del general Mina es la que debió haber prevalecido y seguirse en Navarra desde el principio de la sublevacion.

«Con todo el temor que Zumalacárregui habia sabido inspirar al faccioso navarro, y por mas precauciones que tomara y castigos que hiciera, ni todos se decidirian fácilmente á separarse un gran trecho de sus propias familias, ni mucho menos avanzarían en pais desconocido para ellos y falto de los recursos, que tan abundantes tienen siempre en su suelo nativo. Los navarros fuertes que tiene la



Peró Llauder desconfiaba de Mina: le creia mas cuidadoso del triunfo de las ideas avanzadas que de terminar la guerra, y solo cuando al recibir el parte oficial de la sublevacion de Cardero en Madrid, puso espontáneamente una nota reprobando con energía aquella insurreccion, se vió que era hombre de órden, recibió mil parabienes, y se confió en él.

Esto no impedia que se creyese comprender mejor la guerra desde el despacho de los ministros que desde el campamento; y entre otras medidas dictadas entonces, resaltaba la tan absurda de declarar en estado de sitio á las cuatro provincias sublevadas. Alónito dejó la órden á Mina, segun él mismo confiesa, porque no podia llevarla á efecto sin un ejército numerosísimo: contemporizó, sin embargo, con aquella disposicion inconcebible é innecesaria, pues demasiado estado de sitio era el de la guerra, y ya el general en gefe estaba revestido de

faccion y que han servido de base y ejemplo para hacerla numerosa y valiente, son muy viciados en materia de comer y beber, y todo lo sufren sin quejarse, desnudez, porqueria, fatigas, males, como no les falte la carne, el pan y el vino. Estos articulos no faltan nunca en Navarra en gran abundancia; los facciosos los encuentran en todas partes, y es la causa poderosa para que se mantengan tenaces en su empresa. Fálteles esta facilidad de adquirir dichos articulos, como les sucederia separándose de su propio territorio, cuando menos en los primeros dias de su emigracion, y se les veria volver aislados abandonando á sus gefes, y muchos sus armas; y es muy posible que este solo movimiento retrógrado de las masas fuese suficiente para aniquilar las facciones de las cuatro provincias sublevadas, pues lo que pensamos con respecto á los navarros, debemos hacerlo estensivo á los alaveses, guipuzcoanos y vizcainos; porque aunque estos países carecen de los recursos de Navarra, todo hombre en general tiene el mismo apego á su pais natal, y cada uno en su propio terreno vale por muchos distantes de él.

«Esto lo conoce mejor que nadie, por experiencia propia de la guerra de la Independencia, el general Mina, y si hemos de juzgar de sus planes por lo que sus amigos hemos oido de su boca, si hubiese llegado el caso de encontrarse con salud y con suficientes medios, su mira principal habria sido la de obligar á los facciosos á cambiar de terreno, sin temor de que con sus incursiones á otros contornos causaran en la monarquía ni al gobierno sino males muy momentaneos; pero le faltaron á la vez la salud y los medios, y además el tiempo. Entretanto no quiso adelantarse en esta parte la esposicion de sus ideas, receloso de dispartar temores en el gobierno, que, á juzgar

facultades omnímodas; así que solo se estableció en Pamplona un tribunal provisional, compuesto de magistrados de la audiencia territorial y letrados, para que entendiera esclusivamente en las causas de infidencia que no estaban sujetas á la jurisdiccion militar.

Los sucesos en Madrid del 18 de enero y la salida de Llauder del ministerio disiparon la tormenta que se conjuraba contra Mina.

#### NOTABLE INCIDENTE.

#### XII.

La ferocidad con que se emprendiera el año anterior la guerra, habia hecho que desearan de respetarse, no solo las mugeres, sino aun las inocentes criaturas que apenas tenían un año.

Hallábase en Villaba con su nodriza una

por las medidas que sucesivamente ha ido tomando, hallaba cierta ceguiedad en la fuerte conservacion de los puntos del Ebro, para que las facciones no le atravesasen, y se viesen siempre obligadas á tener reconcentradas todas sus fuerzas en el limite de las cuatro provincias, creyendo sin duda que en ellas se consumirían faltos de alimentos: error de que podríamos sacarle desde luego por el conocimiento que tenemos del país, adquirido en muchos años de observacion, y aun de práctica en el manejo de sus negocios públicos, sino fuera porque es materia agena de los apuntamientos á que debemos concretar nuestros trabajos en este escrito. Advertiremos, no obstante, que la fuerza principal de Zumalacárregui consiste en tener ocupada la Navarra por los navarros mismos, pues estos fuera de la Navarra no serian tan sufridos y constantes en su empresa como en su país, porque no hallarian en otra parte una compensacion á sus penalidades, como aquel les ofrece en la abundancia de toda clase de suministros, á que están acostumbrados. Esta abundancia, que acaso en un siglo no falta en solo un año, es la que fomenta al aumento de individuos de la faccion de Navarra, mas principalmente que otra causa alguna. Los facciosos alaveses, guipuzcoanos y vizcainos marcharán en todas ocasiones muy contentos á Navarra; pero los navarros se escusarán siempre que puedan de salir de su provincia, en razon de que en ninguna otra hallarán los regalos que en la suya; y es en nuestro sentir mas fácil que Navarra sea el vehículo á donde de todas las provincias de la monarquía vayan á reunirse los facciosos, que el que los navarros hicieran progreso ninguno fuera de su país; y de aqui la consecuencia natural de que no se les debia temer en sus incursiones distantes de su limite natu-

hija de Zumalacárregui, llamada Micaela (1), que apenas contaba quince meses, cuando el conde Armildez de Toledo, desempeñando el vireinato de Navarra, la condujo en clase de represalia á la inclusa de Pamplona. Ahogó el jefe carlista en silencio este golpe, creyéndole un ultraje á la humanidad, y cuando Mina se encargó del mando, confiado en las relaciones que con él habia tenido estando éste en Cambó, pues llegó Zumalacárregui hasta ofrecerle el mando del ejército carlista, y en la distincion con que trató á su madre, le escribió el 24 de enero una carta que consideramos oportuno reproducir, porque habremos de remitirnos á este hecho al ocuparnos de otro bastante ruidoso, en el que fué víctima una madre.

«Hace ocho meses, dice, que uno de los antecesores de vd. concibió la baja idea de cautivar una niña de quince meses que tenia en Villaba al cargo de una nodriza, que tambien fué hecha prisionera, sin duda con el objeto de que el cariño paternal me obligase á retractar de la noble decision con que he jurado combatir por mi rey, ya que los sucesos de las armas se veian desde entonces que lisongearian tan justa causa. Quizá mi inocente hija hubiera sido bárbaramente asesinada, á no conocer su perseguidor y adictos el mal efecto que debiera causar una conducta tan inhumana, y desde entonces, si bien se la ha cuidado, no por eso se la ha restituido á su padre, ni se la ha puesto en libertad á ella y á su infeliz nodriza, que en nada pueden ser sensibles ni influir de modo alguno en nuestras contiendas político-militares; al menos el tiempo ha hecho conocer que sin embargo de ser un padre cariñoso, en nada ha alterado mi conducta aquel hecho, mas propio de tiempos bárbaros que de los sociales en que vivimos.—Creendo en vd. sentimientos mas honrosos que los que han manifestado sus antecesores, tanto en este asunto como en otros muchos con que se han hecho acreedores á la pública execracion de

ral. Zumalacárregui ha debido penetrarse bien del fondo y justicia de este raciocinio: no le han faltado ocasiones mil para estender sus operaciones mas allá de la base que ha ocupado en ellas sin cesar, pero no es maniobra que le habria producido ningun buen resultado, á pesar de los apoyos que pudieran haberle prestado las bandas de Merino, y antes bien hallaría en ellas su destruccion.»

(1) Esta señorita es la única hija que hoy resta á su desgraciada madre.

este reino, escribo á vd. directamente para que disponga se deje en libertad á mi hija y su nodriza, primeras prisioneras que ha visto el mundo de su edad y circunstancias; ó en caso de no acceder, se acabe con la vida de una inocente que rogará al Dios de los ejércitos en la morada de los justos, me continúe dando la fuerza y voluntad con que me siento para pelear y morir, si fuese necesario, en defensa del mejor de los reyes. Su señora madre de vd. le enterará de que mi conducta para con ella ha sido idéntica á la que espero que vd. me dispense; mas si por motivos que nunca justificarán estos hechos, no se accede á una cosa tan justa como indiferente para nuestras contiendas, esté vd. convencido de que no saldré por ello ni un ápice de lo que me dictan mis deberes.—Soy de vd., etc.»

Mina le contestó al momento:

«La primera noticia que he tenido de la existencia de la niña de vd. en esta ciudad, es la que me da su carta, que me ha entregado el portador. Ignoro, y ni quiero saber, los motivos que hubiesen podido influir en su traslacion desde Villaba; y como yo no hago la guerra á inocentes criaturas, ni la de vd. puede darme garantia ninguna, escusada habria sido la peticion de vd. para dejar libres, tanto á la niña cuanto á su nodriza, á la mas leve insinuacion que se me hubiera hecho por ésta ó por los encargados de su custodia, á los cuales no dejaré de hacer un cargo por haberme faltado este aviso. Por el adjunto papel se enterará vd. del estado de salud de la niña y de la nodriza, y cuando quiera puede enviar á quien guste á que se haga cargo de ella, que dejaré marchar sin la menor dificultad.»

Informóse Mina del estado de la niña, depositada en la inclusa por disposicion del regente del Consejo de Navarra y subdelegado de policia La Torre de Trasierra; reconvino á la directora por no haberle dado parte, y al ver que la niña era endeble y padecía bastante, hizo que constase asi en un certificado, porque no se atribuyese á otra causa su estado de salud.

A los tres ó cuatro dias, el presbítero don Eusebio, hermano de Zumalacárregui, se presentó á recoger la niña, llevando una atenta carta de su reconocido padre, que Mina agradeció, y cumplió en seguida debidamente como caballero, aprobando despues la Gobernadora su conducta.

## DIFICULTADES PARA SOCORRER Á LOS FUERTES.

## XIII.

El tiempo corría y la guerra adelantaba poco. Algunos movimientos bien combinados, algunos amagos de ataque, algunas escaramuzas era todo lo que ocurría. Se atendía exclusivamente á la conduccion de convoyes, y á la no menos importante de abastecer á las guarniciones fortificadas, de las provisiones que con frecuencia necesitaban. Unas veces Maestu, otras Elizondo, Irurzun, Echarri-Aranaz, Olazagoitia, etc., siempre habia que emplear alguna division en enviar municiones ó víveres, sucediendo á veces que se retardaban estos necesarios socorros, por la interposicion del carlista, ó por el plan de alguna otra operacion, como sucedió á la brigada provisional enviada por Mina á relevar á las guarniciones de los tres últimos fuertes citados, que al marchar Lorenzo, que debía protegerla, llamando hácia sí la atencion de los carlistas, participó al general en jefe las peligrosas posiciones que ocupaban, y por esto se entorpeció la marcha de la brigada y del convoy, hasta que cambió el enemigo de posiciones. La brigada cumplió su cometido, y el 30 ya estaba de vuelta en Pamplona sin tropiezo.

El 29, seis ó siete batallones carlistas ocupaban á Piedramillera; don Carlos con los guías á Mendaza; un batallon alavés á Zúñiga y la caballería á Santa Cruz.

## SITUACION APURADA DE MINA.

## XIV.

Creciendo de dia en dia los apuros de Mina, y esperando los auxilios que se le prometian y nunca llegaban, supó el 2 de febrero el estado crítico en que se hallaba la guarnicion del fuerte de Elizondo, y mandó con municiones á la brigada provisional, que estaba en Villaba, la cual volvió el 4, segun se le previno, ejecutada la operacion.

Al mismo tiempo vagaba Seoane sin objeto en la línea de Logroño, tomando á su cargo la conduccion de víveres desde aquella ciudad á los fuertes de la izquierda del Ebro; Lorenzo se hallaba en Estella, é iba á reunirsele Lopez; Gurrea estaba en Lerin, avisando que el grueso de los carlistas

acampaba en Piedramillera. Asi las cosas, salió Mina el 4 de Pamplona con dos compañías de tiradores, doce de flanqueadores de caballería de Isabel II, y sus ayudantes Esain, Clemente, Narvaez, Ros de Olano, Echalecu, Ayerra, etc., pernctando en Tafalla, y enviando á Agustino á fortificar á Lumbier y á guarnecerlo con trescientos hombres.

El 5 marchó á Caparrosos donde, recibió de Seoane y del comandante del fuerte de Lerin noticias de una reñida accion en Maestu; y habiendo sabido antes el nuevo apuro de Elizondo sobre el que cargaba el ejército carlista con bastante fuerza (1), ordenó volviese la brigada provisional, en cuya marcha la seguimos (2).

En Caparrosos recogió Mina el convoy de Tudela, y al siguiente dia, el 7, entró con él en Pamplona.

Supo aquí el retardo de la salida de la brigada provisional, y se llenó de sentimiento, dice, porque preveia (podemos probar lo contrario) los azares, y sabia los movimientos de Zumalacárregui, que dieron los tristes resultados que se han visto.

Apurada era la situacion de Mina sin poder contar con un soldado para salir de Pamplona, guarnecida por la milicia urbana, cuyos entusiastas individuos llevaban cinco dias sin desnudarse. Y aun se decia á Mina desde Madrid:—«Todo desapareceria (se habla de la intriga) si vd. pudiese dar en persona un golpe á Zumalacárregui; se salvaba el Estado, y se anonadarian los intrigantes y ambiciosos: urge, urge muchísimo esto, y que vaya vd., aunque sea en litera.»

Don Leon Iriarte, luchando hasta contra el temporal que era espantoso en nieves,

(1) Dice Mina que supo que el carlista llevaba ademas artillería. Perdónenos le contradigamos, pues podemos asegurar que no solo ignoraba entonces que el carlista tuviera tal arma, sino que aun cuando mucho despues le decia Ocaña que le batieron con ella en Ciga, no lo creia, y comunicaciones de aquel gefe hemos visto en que manifestaba conservar pruebas evidentes para que se convencieran de lo que no creian.

La artillería fué, como ya hemos dicho, la que causó el pavor en los soldados bisoños, hasta el punto de abandonar por temor á ella, alguna casa avanzada y prenderla fuego; visto lo cual por Ocaña, amenazó con fusilar al capitán y diezmar á los soldados de la compañía sino volvian, y lo hicieron, cumpliendo despues bizarramente.

(2) Véanse los capitulos IX y X.

ventiscas y hielos, entró en Elizondo, delirante, y hubieron de meterle en cama al momento.

Echalecu cumplió también bizarramente su comision.

El 10 estaba la primera division en Los Arcos; el 11 fué á Villaba en un estado lastimoso y con bastante trabajo á causa del mal tiempo; y la segunda division al mando de Lorenzo pernoctó en Ororbía. Seoane, comandante de la primera division, tuvo que ir enfermo á Pamplona y que atender á su salud.

Mina, á pesar del mal estado de la suya, salió de la capital de Navarra á las seis de la mañana del 12, y se puso á la cabeza de la primera division, á la que arengó, marchando al Baztan, y dando orden á Oráa siguiese por su izquierda el mismo rumbo, y á Linares ocupase el punto de Aoiz, y destacase setecientos hombres á cubrir el de Villaba.

Efecto del temporal y del cansancio tuvieron aquellas tropas, por el pronto, mas de mil quinientas bajas. El mismo Lorenzo, tan infatigable siempre, entró también en la plaza enfermo, y se quedó en ella.

Con entusiasta patriotismo acompañaron á Mina los urbanos de caballería de Pamplona, mandados por su gefe el subteniente don Nazario Carriquiri. Las cuatro compañías de sus valientes camaradas permanecieron sobre las armas cubriendo la ciudadela y otros puestos de la plaza.

#### MOVIMIENTO DE MINA.

#### XV.

El lastimoso estado de la tropa, el de los caminos, y el temporal, impidieron á Mina pasar el 12 de Lanz (1). El 13 recibió noticias mas satisfactorias de la brigada provisional, y el 14 se puso en marcha para Elizondo; y no queriendo esponer á sus soldados al difícil paso del puerto de Belate, les ordenó por medio del ayudante Vega que permaneciesen acantonados en Lanz y Lizaso, y él, acompañado de una escolta, subió el puerto con un temporal espantoso, y á las tres y media de la tarde llegó á Elizondo, donde permaneció del 15 al 20.

(1) Esta misma fué la causa de la detencion de la salida de Villaba de la brigada provisional, detencion que tanto incomodó á Mina contra su gefe, culpándole de lo que podemos culparle á él.

Zumalacárregui en tanto, reunido con don Carlos, tomó con algunos batallones el camino de la Burunda, dejando otros en observacion de la brigada provisional.

Lopez y Gurrea escoltaban al mismo tiempo convoyes, y recogian y conducian á Lerin la artillería de la division del primero, que la tenia en Los Arcos; acampando el 21 Lopez en Lerin, Gurrea en Miranda, y la brigada Linares, á quien sucedió en el mando el brigadier don Santiago Mendez Vigo, en Aoiz: Oráa estaba en Lizaso.

Mina hizo salir de Elizondo al gefe de la plana mayor don Laureano Sanz con los tiradores de Isabel II, al mando de Iriarte, en direccion de los Alduides para habilitar el convoy que debia estar allí pronto por haber dispuesto su traslacion desde Añoa; y al amanecer del 22, marchó el general en gefe á Urtiaga á reunirse con Sanz, entrando á las cinco de la tarde en Pamplona y el convoy á las dos horas, venciendo el obstáculo que presentaban los caminos.

La segunda division marchó á la Burunda á observar á los carlistas y la primera quedó en Villaba. A Estella y su fuerte protegian las divisiones de la ribera, sin perder á la vez de vista á Zumalacárregui, que amenazaba á Maestu y á Los Arcos.

Respecto á este último punto no se cumplieron estrictamente las ordenes de Mina, como ya vemos mas adelante, por lo cual le apesadumbró mas su pérdida; y cuando el 2 llegó á Pamplona la guarnicion que le habia abandonado, puso preso en la ciudadela al comandante, y á los oficiales en las prevenciones.

El 26 mandó Mina que la primera division marchase hácia Estella á ponerse en comunicacion con Lopez y Gurrea, para observar á los carlistas que estaban en las Amezcuas; y que la segunda, desde la Burunda, se pusiera á las ordenes del comandante general de las Provincias Vascongadas, y juntos marchasen á socorrer la guarnicion de Maestu que Carratalá presentaba en grande apuro. Para dar auxilio á la brigada provisional previno á Aldama que activase la organizacion de algunos batallones, de que estaba encargado á la raya de Aragon, nada menos, que para entrar en Navarra á la mayor brevedad; y después á Jáuregui que hiciese algun movimiento siguiendo la direccion del rio Bidasoa para ponerse en comunicacion con Ocaña y auxiliarle, pero no se movió á pesar de los oficios que le envió el gefe de la brigada.

Zumalacárregui estaba el 4 de marzo en Urbiola, su caballería en Luquin, dos batallones en Arroniz, uno en Arellano con cincuenta caballos, y entre Los Arcos y Luquin el resto de los carlistas navarros.

Gurrea al mismo tiempo marchaba á la Solana, Lopez estaba en Viana, y Seoane nuevamente enfermo en Sesma.

Don Joaquin Elio se pasó en uno de estos dias á los carlistas, colocándole estos de coronel del octavo batallon de Navarra.

El 6 llegó la primera division á Puente la Reina, reemplazando á su comandante Seoane, cada vez mas agravado en su dolencia. Don Felix Carrera, Lopez y Gurrea observaban á Zumalacárregui que amenazaba á Estella; y Carrera les oficiaba al mismo tiempo para que se dirigieran sobre Oteiro á donde él marchaba á fin de caer juntos sobre Estella; pero al emprender Carrera su movimiento fué atacado por el carlista, le hizo frente, sostuvo la accion con valentía, y retrocedió el enemigo con bastante pérdida, dejando unos sesenta heridos en Mendigorria, que los liberales respetaron. Carrera tuvo sobre setenta bajas, contándose entre los heridos de consideracion el coronel don Santos San Miguel, y el comandante Santiago. Si Lopez y Gurrea hubieran llegado media hora antes al campo de batalla, otro hubiera podido ser el resultado.

En tanto crecian los apuros de la brigada provisional, y Mina volvió á salir de Pamplona con ochocientos hombres, dejando órden á Oráa para que le siguiese, y á Mendez Vigo que moviese su brigada desde Aoz hácia Zubiri. El general en jefe tuvo avisos confidentiales y positivos de que Zumalacárregui con tres batallones y cuatro mas que le seguian queria ganar los puertos para impedir el socorro de Elizondo.

A las dos llegó Mina á Elizaso, y aqui se le unió Oráa, que tuvo aquella tarde un pequeño encuentro con Zumalacárregui en Harregui.

Despues de mandar á Vigo que pasase á Lauz, que Carrera marchase en la misma direccion que el general en jefe, y se fijase en Lizaso, siguió Mina su movimiento, previniendo á Gurrea hiciese lo propio.

Este movimiento fué acertado, y destruyó el principal proyecto de Zumalacárregui, porque los liberales se le anticiparon en ocupar los puertos.

## ACCION DE LARRAINZAR.

## XVI.

Era el constante cuidado de Mina salvar á Elizondo, y á ello se dirigieron todos sus esfuerzos. Zumalacárregui trataba de estorbarlo, y para ello le ayudaba el temporal de nieves y lluvias que ponian intransitables los caminos.

Zumalacárregui á la vista de Mina, creyó poder batirle con ventaja, y procuró hacerlo entre Harregui y Larrainzar, en cuyo monte colocó su reserva. Mina marchó á él, pero vaciló al descubrir lo importante de las posiciones que ocupaba, y notando Zumalacárregui la incertidumbre de su enemigo, la tuvo por buen presagio, y como hay circunstancias en que la oportuna celeridad es un triunfo, resolvió el combate, que mando comenzar por el flanco izquierdo.

Con valor se resistieron los soldados de la reina, y hasta dispersaron las guerrillas que defendian las posiciones de la izquierda, con lo cual se alentaron; mas al ver Zumalacárregui retroceder á sus cazadores, fué á ellos, arengó á los fugitivos, y en breve repararon su falta con heróico valor, y á costa de su sangre.

Mina necesitaba de colosales esfuerzos, no tanto por la valerosa porfía del enemigo, cuanto por habersele presentado á su espalda una columna que envió Zumalacárregui para cortarle la retirada que creyó emprenderia hácia Pamplona. De repente se vió Mina atacado por aquellas nuevas tropas, que batian con descargas cerradas á la caballería. Esto produjo el mayor desaliento en los soldados. Entre dos fuegos, próximo estuvo á caer prisionero su general, á pesar de haber acudido Oráa en su auxilio, y empleado uno y otro su valor é inteligencia. Pero era inútil, y se apeló á la astucia, único puerto de salvacion que Mina creyó le quedaba.

Suplantando diestramente la firma de Zumalacárregui, fingió una comunicacion en la que mandaba á Elio, jefe de la columna que batia por la retaguardia, ejecutara un movimiento favorable á los liberales. Elio obedeció la supuesta órden, y dejó á Mina espedito el paso para el Baztan, al que seguramente no hubiera llegado sin aquel subterfugio, que se ha procurado ocultar. Lícito es en la guerra; pero para apreciar el resultado de una accion, no deben conce-

derse los laureles de una victoria al que no la consigue por el heroísmo ó por la inteligencia: conseguirla por ardid es lícito, repletimos, mas no glorioso.

Cerca de trescientos hombres entre muertos y heridos perdió Mina, no llegando á doscientos la pérdida de los carlistas, superiores en número.

Entre los heridos se contó Mina, que recibió un balazo en el hombro izquierdo, el cual sin internar mucho, le hizo perder bastante sangre (1).

Sin detenerse siguió su marcha al Baztan, y á las cuatro de la mañana del 13 entró en Elizondo, con grande júbilo de sus habitantes y guarnicion.

Zumalacárregui desde el campo de batalla se trasladó á Oroquieta, estendiendo sus tropas por todo el valle de Ulzama, para que descansaran; y reuniéndolas el 14 corrió hácia el Araquil, pasó la derecha de este rio, destruyó los puentes de Izurdiaga, Irurzun y Erroz, dejando en aquellos puntos algunas tropas, y marchó á Echarri-Aranaz.

Ulibarrena en el camino de Donamaria, atacó, rechazó y dispersó á un batallon carlista; y al entrar ya de noche en el pueblo de Legasa la division Oráa, se encontró una partida de tiradores que iba de vanguardia con otra carlista, que llevaba municiones á Zumalacárregui, las cuales quedaron en poder de los tiradores.

## SUCESOS DE LECAROS Y SUS JUICIOS.

## XVII.

Lopez, despues de marchar á las cercanías de Pamplona, volvió á la Ribera; y Mina al saber que los carlistas eran dueños de Donamaria y Santisteban, marchó en su busca con la brigada provisional, no encontrándolos porque se habian retirado.

A su paso hizo Mina quemar la ferrería del liberal Goicochea y Laliégui, que residia en Pamplona, por construirse en ella cañones; y procuró averiguar el paradero de las piezas que escondieron los carlistas. Los vecinos de Lecaroz, afectos á don Cár-

(1) «Sin embargo de que la bala debió llevar algo fria, atravesó tres dobles de la esclavina de la capa, la levita, chaleco, camisa, y se quedó entre el cuero y la chaqueta de franela, por cuya manga cayó en la noche al tiempo de mudarse..... creyó la tenia penetrada en el hombro.» Mina, sus Memorias.

los, é irreconciliables enemigos de los liberales, fueron quintados, si bien no se fusiló á todos los que cupo la fatal suerte, y el pueblo mandado incendiar, quemándose solo una veintena de casas.

Este acontecimiento, presentado aun en el dia con marcada pasion de partido, le desfigura cada uno á su favor. Formado tenemos ya sobre él nuestro juicio; pero por si alguno le creyese parcial, prescindimos de él, y vamos á oír al autor del hecho y al partido que le sufrió: vamos á esponer la historia del acontecimiento, las reflexiones sobre él presentadas por cada parte contendiente, y el público sea el juez que sentencie el proceso que le ofrecemos.

Dicen las Memorias de Mina, hablando del hecho de Lecaroz.—«¿Y á qué se redujo esta prueba, que tanto ha disonado en muchos oídos? Se ha pensado sin duda que se ha pasado á cuchillo la quinta parte de hombres, mugeres y niños de una grande poblacion, sin tener cuenta que Mina no es hombre que á sangre fria haga derramar la de sus enemigos. Se quintaron en efecto solo los hombres que se hallaron en el pueblo, y resultaron siete, que segun la disposicion del general, debian ser pasados por las armas. No se hubiera hecho en ello mas que usar de justas represalias: el pueblo de Lecaroz por su localidad era el mas á propósito para hacer mal desde allí á la guarnicion de Elizondo; todo su vecindario estaba notado como el mas adicto á don Cárlos de todos los de aquella circunferencia; todo él se ocupaba en servicios de los facciosos, y principalmente en el espionage; sus burlas á la guarnicion del fuerte de Elizondo eran continuas; era el depósito de los proyectiles y toda clase de municiones de guerra de los facciosos, y acaso por sus delaciones, fueron sacrificados al furor de estos varios de los confidentes del general Mina encargados de llevar comunicaciones y en muy pocos dias ocurrió en aquellos mismos momentos que asesinaron á cinco de estos servidores del gobierno de la reina. ¿Y podia mirarse esto con indiferencia por el general? ¿No debia vengar á estas víctimas? ¿No debia presentar ninguna garantía á los que con el mejor celo y con el inminente riesgo que se ve, se esponian á desempeñar delicados encargos de confianza? ¿Todo debia ser permitido á los facciosos, y nada al ejército leal, llegados ciertos casos?

»Sin embargo, Mina, queriendo econo-

mizar la sangre aun de sus propios enemigos, mandó que solos tres de los siete quintados fuesen pasados por las armas, y á los otros cuatro los destinó al descubrimiento de los cañones con que los facciosos batian dias antes el fuerte de Elizondo; y á pesar de que su ayuda no fué de grande utilidad en las diligencias, descubiertos y recogidos que fueron dos morteros y un obús por los tiradores de Isabel II, ayudados de otros montañeses, dejó á los cuatro referidos de Lecaroz en entera libertad; por manera que todo el grande espanto y asombro que el hecho de Lecaroz ha causado lejos del sitio está reducido á tres vecinos fusilados, cuya pena tenia merecida todo el vecindario, y á la quema de una veintena de casas entre todas las que componen su poblacion desparamada, y que por cálculo (pues no tenemos á mano ningun libro ni otro documento que nos dé un estado exacto) juzgamos será de ciento treinta á ciento cuarenta. Y este hecho, sin tener cuenta con los antecedentes que quedan referidos, ha sido bastante para que el general Mina haya perdido, en la opinion de algunos señores, todo el mérito de los sacrificios que ha hecho por la causa de la reina; ha bastado para que no se tuviera cuenta ninguna ni con la accion de Larrainzar, que le precedia de dos dias, tan ventajosa para las armas de la reina, ni con el balazo que el general en jefe recibió en ellas ni con la libertad del fuerte de Elizondo y de la brigada provisional, que estaban próximos á caer en poder de los facciosos; ni con lo que sufrió en Elizondo mismo por resultas de sus fatigas, pues que le atacó tan fuertemente su mal que se temió de su vida; ni con los inmensos felices resultados que preparó aquella disposicion: todo se olvidó en un momento, y ya desde él no se pensó mas que en separarle del mando y presentarle al mundo como un hombre indigno de él, como una fieira. Pero el engaño y la mentira consiguen triunfos muy efimeros; la verdad se hace siempre lugar: si hay quien dude de nuestro relato, manifieste sus dudas con algun fundamento, y estamos seguros de que le dejaremos plenamente satisfecho con nuestra respuesta.

»Miras mas estensas tuvo Mina en la disposicion respetiva á Lecaroz que las mezinas de los que ven las cosas de lejos, y no conocen tal vez ni lo que traen entre sus manos. Dió un grande aparato en su publicidad á la quema de veinte casas y la

muerte de tres hombres con objeto de economizar sangre en la guerra y de acabarla hiriendo á su contrario por sus propios filos. Esta medida tuvo mas de política que de militar, y con ella sola hizo perder mucha fuerza moral á Zumalacárregui y á sus facciosos.

»En efecto, desde el dia inmediato empezó ya á picar la desercion en las filas rebeldes, y sus desertores aumentaban las de los leales; otros jóvenes se presentaban voluntariamente á tomar partido en las banderas de Isabel II, y otros que, por su estado, ó por su posicion no podian obligarse á un servicio activo de campaña, se apresuraban á inscribirse en la milicia urbana para el servicio pasivo, y pedian armas: se veia á los pueblos cambiar enteramente de espíritu, y creyendo segura la constante permanencia allí de una division del ejército las autoridades locales se prestaban sin repugnancia á surtir de viveres á la tropa; en fin, el suceso de Lecaroz, tan vituperado por los hombres de bufete de la córte, incapaces de conocer su valor ni de estar al alcance de sus consecuencias, los habria producido tan favorables é incesantes en pocos dias, que nada creeríamos aventurar si avanzásemos la proposicion de que á la vuelta de poquisimo tiempo ya los facciosos no volverian á pisar ni el valle del Baztan ni muchos otros de sus confinantes, porque el pais todo se habria armado contra ellos. Ya de esto tuvo una muestra el general Mina en la celeridad con que uno de los encargados de reunir hombres del pais, don Norverto Goyeneche, habia filiado el competente número para formar un batallon; era notable igualmente el aumento de reclutas en las otras comisiones dadas en el propio Baztan; y finalmente lo comprueba el pedido de armas y vestuarios que hacia el brigadier Oráa, encargado de la direccion de la guerra en aquel pais y de su administracion: de manera que el general en jefe, calculando sobre estos datos, contaba haber hecho perder á la faccion dentro del mes de mayo toda esperanza de pensar en el Baztan.»

Don Juan Antonio Zaratiegui en la vida militar y política de Zumalacárregui dice:

—«Exasperado Mina con la embestida pasada de Zumalacárregui; indignado de que el Baztan por sí solo fuese un foco donde nacian incidentes capaces de absorber por entero su atencion, sin poder subyugarlos con todas sus guarniciones y la conti-

na asistencia de un crecido número de sus fuerzas, aburrido hasta el extremo con el frecuente ensayo de obuses y morteros que los carlistas hacían diariamente contra los fuertes de Elizondo; creyó que mientras no les privase del material, las desgracias irían adelante, y sus guarniciones todas estaban en inminente peligro. Mina, aleccionado por la experiencia, sabía que el llevar un tren de batir, cualquiera que él fuese, bueno ó malo, grande ó pequeño, es empresa difícil en un país como el Baztan, aun cuando lo condujesen con las carretas de bueyes propias de la tierra. No podía ignorar tampoco la dificultad con que los carlistas habían fundido las piezas; por lo mismo lo que le interesaba era saber, no donde estas se hacían, si no donde se ocultaban las nuevas con que la Reina se había presentado hacia pocos momentos delante de Elizondo. Para saber tan importante noticia, recurrió Mina á uno de los medios mas terribles de averiguación. En la suposición de que los habitantes del pueblo de Lecaroz tan cercanos á Elizondo, serían sabedores del lugar donde se hallaban ocultas las piezas, acordó por primera providencia poner presos á todos los varones; y no satisfaciendo estos como él quería, á las preguntas que les hizo, los mandó sortear y pasar por las armas. Y como si con esto no quedase llena la medida de su crueldad, ordenó además se pusiera fuego á toda la población: acuerdo digno del incendiario de Castelfallit, de cuya ingratitude y dureza de corazón no debía esperar otra recompensa aquel leal país, su patria, que tanto había contribuido á encumbrarle sacándole de la clase mas ínfima del pueblo.

»No fueron suficientes para arrancar el secreto á los moradores de Lecaroz, si es que le sabían, ni la fría crueldad de Mina, ni los grandes ejemplos de terror que estaba dando, puesto que prefirieron el martirio. Otros medios y diligencias proporcionaron al fin á Mina el descubrir donde estaban las piezas, y hallándose este lugar tan cerca, pronto las tuvo en su poder. Pero ni aun estos trofeos con que de contado regresó ufano á Pamplona, bastaron para sostenerle en el mando; pues el gobierno había visto ya en las operaciones de estos últimos días, y especialmente en el suceso de Lecaroz, que Mina no era el hombre que le convenia, porque lejos de contrarrestar en el espíritu público el ascendiente de Zumalacárregui, le daba todos los días

nuevo valor y consistencia con su bárbaro proceder.»

Y por último, en un boletín extraordinario de los carlistas, especie de manifiesto de que nos ocuparemos mas adelante se lee este párrafo.

«Con efecto, en el espacio de tiempo transcurrido desde la toma de Los Arcos á la de Echarri-Aranaz, las columnas enemigas penetraron en Baztan y socorrieron á Elizondo. La población de Lecaroz, próxima á este último punto, había servido de cantón á dos de nuestros batallones, y Mina creyó, sin razón alguna, (como lo ha justificado la experiencia) que se hallaban en su jurisdicción las piezas de artillería últimamente fundidas: exige, pues, del ayuntamiento las entregase, y asesina á los individuos que lo componían porque dejaron de satisfacerle descubriendo un secreto que no sabían: destruye el pueblo entero, y á la luz de sus edificios devorados por el incendio, oficia á todos los pueblos comarcanos amenazándoles con la misma suerte sino cumplan en el acto sus órdenes. En vano el cañon carlista bate los muros de Echarri-Aranaz, en vano su guarnición reclama el socorro que le era debido; el adalid de los cristinos continúa sus pesquisas en los montes desiertos, fusila ó aterra á los paisanos desarmados, y conduce con aire de triunfo á Pamplona tres malas piezas de artillería, cuyo descubrimiento le ha costado tantos crímenes, al propio tiempo que Zumalacárregui se apoderaba en Echarri de otras tres destruyendo con gloria su caserna.»

TOMA DE LOS ARCOS.

### XVIII.

Bullia en la mente de Zumalacárregui atacar el punto fortificado de Los Arcos, sin embargo de que su situación topográfica le facilitaba pronto socorros; pero procurando alejar á las columnas auxiliadoras y fatigándolas, podía aprovecharse una ocasión.

Después de la acción en el puente de Arquijas el 5 de febrero, marchó rápidamente Zumalacárregui contra Elizondo, y obligó á su contrario á trasladarse al Baztan. Regresó entonces Zumalacárregui, por creer el momento oportuno, y dispuso el 22 que el primer batallón de Navarra, dirigido por Iturralde, tomase el pueblo de Los Arcos, y con el brigadier de artillería don



Joaquín Montenegro, reconociesen las fortificaciones, disponiendo las obras necesarias á su ataque.

A la mañana siguiente se trasladó Zumalacárregui á la Población con su estado mayor, algunos batallones y el vicario general del ejército, don Juan Echevarría, que conocedor del terreno, suministró acertadas noticias.

A las ocho de la mañana, despues de construida una batería en la altura del castillo, se rompió el fuego sobre las casas fuertes. Estas, como todas las fortificaciones que habian construido los liberales desde que empezó la guerra, eran débiles para tan poderosa arma, pues nunca creyeron llegara á poseerla el ejército carlista; y si bien parecia algun tanto mezquino su tren de batir, era, sin embargo, mas que suficiente para abrir brechas y deshacer murallas, que hubieran resistido al continuado fuego de fusilería de todos los carlistas.

Algunas de las principales casas, el castillo y el hospital, eran los puntos que mas resistencia ofrecian, y estaban defendidos por unos quinientos soldados, que debian confiar mas en su valor que en las tapias tras las cuales se guarecian.

A poco de comenzar el carlista sus certeros disparos, abrió brecha en la casa de Aizcorbe; mas los liberales reemplazaron con sus pechos el vacío de la pared, y al muro de tierra opusieron el de bayonetas. Pero fuera poco sostenido ó muy valerosamente atacado, lo arrolló todo el carlista, y se hizo dueño de aquella casa y despues de otras, hasta que cerca del anochecer dominaba ya en cinco de ellas, replegándose de una en otra los defensores, que se guarecieron al fin en el hospital.

Los carlistas al mismo tiempo adelantaban su batería á medio tiro de fusil, y continuaban haciendo un fuego terrible con el obús, demostrando así con tal resolución el empeño que tenian de conseguir una completa victoria.

Considerado como principal punto el hospital, encargó Zumalacárregui á don Juan O'Donnell y á don Carlos Vargas le tomasen. Despues de varios derribos, llegaron á su pared maestra; cuya operación tuvieron que suspender porque empezaron los sitiados á arrojar granadas de mano, oponiendo una resistencia tan tenaz, que obligó á los sitiadores á evacuar el edificio en que se hallaban, y del que trasladaron en aquellos críticos momentos, para no dejarle

perecer entre los escombros, á un oficial de la reina herido.

A las cinco de la tarde impaciente ya Zumalacárregui, dispuso que en el momento que hubiese brecha abierta, se asaltase la casa fuerte, y á la vez el hospital; pero declinaba el día, y para imposibilitar las operaciones, se desencadenó un terrible huracán con fuertes aguaceros, y cerró la noche.

Tales inconvenientes aguijoneaban mas y mas el deseo del caudillo carlista, que solo desistió por el pronto. Mientras llegaba el día preparaba los medios de conseguir su empeño, y como un elemento mas de combate, hizo arrojar al foso del fuerte grandes haces de paja para incendiar al día siguiente el edificio, ó si esto no se conseguia, para sofocar á sus defensores con el humo insufrible de las guindillas que mezcló con la paja, y en grande abundancia, porque no escaseasen en el país.

Los defensores del fuerte que comprendian lo apurado de su situación y la inutilidad de sus esfuerzos, veian claramente que iban á perecer, y que su desesperada resistencia lograria solo prolongar su agonía. Aumentábala el crecido número de enfermos y heridos que habia en el hospital, á los cuales sacrificaban con su resistencia. Dudando, pues, como proceder, decidióse al fin salvarse la guarnición. Se ahorraban así víctimas, y se tenia al menos la esperanza de que, sin saña ni muchas víctimas que vengar los carlistas, no sacrificarian á los que yacian en el hospital, que en último caso eran en número inferior á la guarnición; si bien cumpliendo con anteriores órdenes, los defensores de Los Arcos debieron haber seguido el ejemplo de otros valientes, y sepultádose entre las ruinas de las paredes encomendadas á su defensa.

Decidida la fuga, la emprendieron ocultándola con las tinieblas de la noche, y por una puerta escusada salieron al campo, ayudándoles el temporal. Sin detenerse tomaron el camino de Lerín, dejando en Los Arcos los centinelas, que continuaron recorriendo la palabra.

Unas tres horas pasaron cuando Zumalacárregui supo su fuga, y destacó al instante alguna caballería en su persecución, que logró apresar algunos de los rezagados, con los que volvieron ya de mañana.

Zumalacárregui se apoderó en seguida del hospital, en el que se encontró cerca de doscientos hombres entre enfermos y heri-

dos, y entre ellos varios oficiales, los que dispuso se trasladaran á otros alojamientos mas cómodos, y se les asistiera cuidadosamente. Halló ademas todo el vestuario del regimiento infantería de Soria; porcion de pantalones sin usar; fusiles, cajones de cartuchos, de sables y de otros pertrechos, y abundante botin de municiones de boca y guerra.

Algunos de los heridos y enfermos tomaron partido por don Carlos, y Zumalacárregui, queriendo escederse en generosidad, dejó recomendados á un coronel comandante y seis oficiales heridos, consecuentes con su juramento, y con órden de ser trasladados á Viana, donde estaban sus compañeros, así que fuesen curados.

Con la misma imparcialidad que hemos juzgado el indigno tratamiento de las desgraciadas de Villafranca, con la misma elogiámos este honroso paréntesis á las represalias. Y no se crea que obraba por otro impulso, no se crea que temia, porque á la vez que obedeciendo á los sentimientos de su alma daba vida y libertad á gefes enemigos, hacia fusilar al teniente coronel don José Echeverria, al teniente don Fermin Alzaga, y á once individuos de tropa, hechos prisioneros con las armas en la mano en la huida á Lerin.

Al gozo de Zumalacárregui por su triunfo, se añadió el de la presencia de don Carlos, que desde Zúñiga se trasladó á Los Arcos, donde fué victoreado por sus soldados, y recibido á la puerta de la iglesia por el cabildo eclesiástico, con palio y capa pluvial, asistiendo á un solemne *Te Deum*. Por la noche fué á Ubago, y al dia siguiente volvió á Zúñiga.

A los pocos dias marcharon las tropas á Cirauqui.

El comandante liberal de la guarnicion de Los Arcos y los oficiales, fueron arrestados por Mina, como dijimos.

## ACCION DE LARRAGA.

## XIX.

Carrera, con Lopez y Gurrea, trataba de concertar un movimiento para batir á Zumalacárregui que se hallaba en Cirauqui y sus inmediaciones, con objeto de marchar al Baztan para proteger las operaciones por aquella parte. Disponiase en la mañana del 8 de marzo á dejar á Cirauqui, cuando por avisos que recibió, y por ofi-

cios interceptados, supo el plan de los contrarios, y que una de sus columnas salió de Puente la Reina, tomando el camino de Mendigorria. Inmediatamente hizo salir para el puente de este nombre á los batallones y caballería, que al llegar, observaron que el enemigo caminaba aceleradamente para Larraga.

Carrera, con las debidas precauciones, dispuso pasara un destacamento á la orilla derecha del Arga para observar las intenciones del carlista, que suponía fuesen las de impedirle el paso del puente, é impedir tambien la reunion de Lopez y Gurrea con Carrera. Mas al ver avanzar á los carlistas aceleradamente hácia Mendigorria, retrocedió, no creyendo poder sostener ventajosamente el honor de sus armas, y cambió de direccion, encaminándose á Larraga, no atreviéndose á ir á Oteiza, punto que mas le convenia, por tener que invertir hora y media en atravesar una llanura, hallándose sin caballería.

La de los carlistas, al observar la retirada de Carrera, corrió á pasar el rio para cargar á la retaguardia; lo cual visto por el gefe de la reina, escalonó su gente por batallones, y desplegó los cazadores, á ambos lados del camino, al abrigo de unos viñedos.

El enemigo presentó solo su caballería, que cargó valiente, pero sostuvo y rechazó la carga el fuego de las guerrillas, se atemorizaron los ginetes, y en vano el ayudante general de estado mayor, don Carlos Vargas, les alentaba con su ejemplo, tratando de infundirles el valeroso entusiasmo que sentia; cayó herido y por poco no fué presa de sus adversarios.

Carrera, aprovechando el respiro que le daba la llegada de la infantería carlista, ganó el puente de Larraga, y formó en seguida tres batallones en batalla, dejando otros de reserva y estendiendo en guerrilla algunas compañías.

No agradó á Zumalacárregui la posicion en que vió á sus contrarios, máxime estando invadeable el Arga; pero le parecia vergonzoso retroceder, y emprendió resueltamente el ataque contra el puente. En él halló una decidida resistencia, que superó á la tenaz acometida, á pesar de ser hecha por los valientes batallones de guías, primero, segundo y tercero de Navarra.

Herido en su orgullo Zumalacárregui al ver burlado su empeño, él mismo se puso á la cabeza para forzar el puente y dar á sus

soldados el ejemplo de Napoleon en Lodi y Areole. Se arrojó, empero no produjo iguales resultados; sino el triste de la pérdida de algunos de los valientes oficiales que seguían al caudillo carlista, quien espuso su vida á un peligro inminente, que calificaron a gunos de imprudente temeridad.

Pero aun seguía obstinado Zumalacárregui en conquistar la victoria, ganando una accion que duraba ya tres horas, cuando vió que acudían Lopez y Gurrea, y conoció la inutilidad de seguir contra tan poderoso refuerzo. Sobrevenia tambien la noche, y se retiró á Cirauqui, conduciendo mas de doscientos heridos, y dejando considerable número de muertos en el campo. Los liberales contaron mas de cien bajas entre muertos y heridos, hallándose entre estos últimos don Santos San Miguel.

#### EL BAZTAN.

#### XX.

La expedicion y operaciones del Baztan fueron una verdadera é importante campaña, aplaudida por unos, y censurada por otros.

A liberales y carlistas importaba sobremanera dominar en aquel fértil valle y en las montañas que le rodean. Los primeros tenian un fuerte y guarnicion en Elizondo, que es la capital del Baztan; y los segundos podian, ocupándole, tener espedita su comunicacion con Francia y carecer así menos de lo que tanto necesitaban. El liberal, arrojando de allí á su enemigo la privaba de importantes recursos, y el carlista, dueño del valle, interesaria en su favor á la mayoría de sus habitantes, de opiniones contrarias. Por esto crecia el empeño de unos y otros.

Pero conozcamos el Baztan, cuyo suelo enrojó la sangre de españoles.

En la provincia de Navarra y entre Pamplona y Francia, pues se presenta como término divisorio, se halla el pintoresco y fértil valle del Baztan (1), de siete leguas de longitud, con siete mil seiscientos ochenta y dos almas, comprendiendo en su radio los pueblos de Almandoz, Berrueta, Aniz, Ciga, Oronoz, Arrayoz, Irurita, Garzain, Lecaroz, Elizondo, Elbetea, Arizeun, Errazu

(1) La palabra Baztan se cree una degeneracion de *Batnaz* que en el idioma del pais significa *soy uno*.

y Azpilcueta, cuya contigüidad y la de sus barrios les dan el aspecto de una no interrumpida poblacion, de bellísima perspectiva.

Es preciso haber visitado las Provincias Vascongadas, para comprender la hermosura de estos valles, siempre verdes, rodeados de montes y cordilleras, con abundantes fuentes y vistosas cascadas, sembrado todo el terreno de blancos caserios, que parecen enhiestadas azucenas en un campo de esmeralda; por todas partes arroyos, riachuelos, caminos tortuosos y pintorescos, una vegetacion lozana y una temperatura jamás fria ni arderosa. El caudaloso Baztan-Zubi ó Bidasoa, cruza tambien aquel hermoso valle, que sus laboriosos habitantes cultivan con el mayor esmero, y tienen poblado de rebaños.

Asi tienen los baztaneses tanto apego á su pais. Son patriarcales sus costumbres; pacíficos, atentos, dóciles, aplicados y religiosos: reinan allí la moralidad y la honradez, y por consecuencia la union que hace de todos los habitantes del valle una familia, y casi lo son, pues todos los matrimonios se celebran entre ellos, y se va extendiendo sobremana el parentesco, y ensanchando el círculo de cada familia.

Frugales en su comida, y dulces en su trato, ejercen la hospitalidad con esa generosidad de nuestros antiguos. Aficionados como todos los vascongados al juego de pelota y al zorcico, adquieren en sus rápidas evoluciones y en el ejercicio de la fuerza, esa agilidad y fortaleza que les distingue en la guerra, haciéndoles en ella tan temibles, como son queridos en la paz.

Los fueros de este valle (1) le constituian en una bien organizada república que, con el tiempo, fué degenerando, y los mismos habitantes, les fueron sucesivamente modificando en todo lo que les servia de obstáculo, haciéndoles ver la esperiencia la necesidad y conveniencia de la reforma; pero conservando siempre como inalterable la base de su gobierno, y sin la que desaparecía el Baztan, cual es la unidad del valle en sus prácticas constantes de administracion; un alcalde para los catorce pueblos, una sola tesorería, un solo ayuntamiento y la comunidad de pastos. Regíanse y aun se rigen, por unas ordenanzas propuestas por la junta general, despues de oír á los vecinos mas ilustrados, y aproba-

(1) Madoz.

das por el real y supremo Consejo de Navarra. Hasta la guerra contra Bonaparte, el cargo de alcalde, que siempre recaía en personas de distinción y propietarios en el pais, era trienal; y nombrado por el virey á propuesta en terna de todos los propietarios del valle. Obtenido el título, despachado por el virey, ejercía la jurisdicción civil y criminal, y asesorado imponía hasta la pena de azotes, y terminaba todos los negocios en primera instancia: era y es el ejecutor de las órdenes superiores que se le comunicaban, y aun de las resoluciones de la junta general. Como se hallaba revestido del título de *capitan á guerra*, mandaba á todos los vecinos armados, quienes estaban obligados á tener su fusil ó escopeta de calibre de bala, y en el día que señalaba, pasaba revista á mas de ochocientos baztaneses. En la guerra, como en la paz, prestaban muy buenos servicios, y eran vigilantes centinelas que custodiaban el territorio español contra las invasiones de los franceses. Esta medida política dió siempre buenos resultados, porque los baztaneses jamás abusaron de este privilegio, que tanto los honraba, y solo le ejercían cuando habia necesidad, por exigirlo el bien entendido patriotismo, y la defensa propia de un individuo que se veía acometido injustamente en caseríos aislados. Todo lo que en esta institucion habia de ventajoso, ya no existe por desgracia.

El valle del Baztan, teatro desde lo antiguo de sangrientas luchas y de desolacion, habiendo sido varias veces arrasados sus pueblos, lo era ahora de una guerra no menos sangrienta y asoladora, estando divididos los baztaneses, pues unos aclamaban á Isabel II, y otros á Carlos V, cruzándose entre amigos y entre parientes las armas fratricidas, y regando el mismo pueblo de su nacimiento la sangre de los contrarios combatientes.

Lisongeado Zumalacárregui con que se apoderaria de Elizondo, sitiándole formalmente, lo hizo, y conociendo Mina lo importante de su salvacion, la procuró y la consiguió como hemos visto.

## MOVIMIENTOS Y OPERACIONES.

## XXI.

Entre las divisiones que tomaron parte en aquella campaña, distinguióse tambien la de Oráa, que en un principio, y al mis-

mo tiempo que Jáuregui, obedeciendo á Mina, marchaba por el Bidasoa á desalojar á los carlistas de Lecaroz, Larayoz, Irurita, Garzain é inmediaciones. Oráa debia ejecutar un falso movimiento sobre Abarzuza, ó Salinas de Oro, para que los carlistas despusasen las posiciones que ocupaban y concentraran sus fuerzas, marchando luego sobre Lizaso ó Larrainzar, para estar mas cerca de Elizondo.

El 11 se dirigió Oráa por el valle de Ulzama á Lizaso, desde donde envió á la brigada Barrena á Anza, corriéndose él con la de Quiñones á Elzaburu. Los carlistas bajaban desfilando al mismo tiempo por el camino de Beunza hácia Ibarregui. Oráa destacó entonces dos compañías de cazadores con una veintena de caballos á reconocer el bosque inmediato, y apoderarse de la elevada montaña al Norte de ambos pueblos. Avisó ademas á Mina, y aunque se dispuso á sostener el combate, no le aceptaron los carlistas como creia, sino que ocultando su verdadera intencion con simulados movimientos, acometieron cuando Oráa retiraba su flanco izquierdo. Al oír el fuego de sus cazadores, acudió á sostener el repentino choque del enemigo; teniendo que sostener otro la segunda division, cuando iba á unirse con Oráa en cumplimiento de su orden, cómo lo verificó.

Ambos encuentros fueron casi insignificantes en objeto y en resultado, si bien Zumalacárregui no perdía la esperanza de dar un golpe terrible á Mina, á lo cual se encaminaban sus movimientos. Apurado empezó á verse el gefe liberal, mas le avisó Oráa, y se unieron en Elzaburu.

Trabóse luego la accion de Larrainzar, que ya conocemos, y en la que tomó Oráa una parte tan activa, quedando despues en Irurita, donde recibió orden de Mina, que entró en Elizondo, para que practicase un reconocimiento sobre Almandoz, el cual ejecutó el comandante Sarasa.

Tuvieron entonces lugar los sucesos de Lecaroz; Mina dió su amenazadora proclama á los navarros, y despues de algunas operaciones, se previno á Oráa que, con una brigada, se dirigiera el 17 á Santesteban. Así lo hizo, y desde ese pueblo ofició á Gurra y á Jáuregui, pidiendo al primero, que habia llegado á Saldias, noticias de los carlistas, y ordenando al segundo que, con la division de su mando cubriese el Baztan y las Cinco Villas.

El 19 recibió Oráa nuevas órdenes de

Mina, acompañadas de instrucciones que formaban el plan de campaña del general en jefe, y recomendaba muy especialmente su observancia (1).

(1) Decían así:

Artículo 1.º La segunda division, aumentada con el batallon provincial de Avila, se destina para maniobrar en el valle del Baztan, con el objeto de asegurarle contra las tentativas del enemigo, y conservarlo obediente á S. M.

2.º Se fortificará á Santesteban para que en union con Elizondo, sirva de base para las operaciones y de depósito para las municiones de boca y guerra.

3.º La casa contigua al puente de Oyeragui, se fortificará igualmente, en donde se establecerá un destacamento de fuerza proporcionada, que tendrá por objeto servir de punto intermedio entre Elizondo y Santesteban para asegurar las comunicaciones, dándole para el efecto con el competente repuesto de víveres y municiones.

4.º Se pondrá especialísimo cuidado en impedir la entrada de Francia de todos los efectos que ordinariamente reciben los enemigos, dedicando particular vigilancia á los puntos de Zugarramurdi, Urdax, Maya y demas de la frontera.

5.º El esterinio de los aduaneros formará igualmente un objeto especial, pues que interin permanezcan estos, no estarán aseguradas las comunicaciones, ni se podrá marchar por el pais con la libertad que exigen las operaciones de la guerra.

6.º El comandante general de la segunda division sostendrá con el de Gupúzcoa activa correspondencia, tanto para protegerle en caso conveniente, como para reclamar sus auxilios siempre que le fuesen necesarios. El desagüe del rio Bidasoa se presta naturalmente para el objeto, y la distancia que media facilita la operacion con seguridad.

7.º La compañía de tiradores del mando de don Norberto Goyeneche, debe unirse á la segunda division.

8.º Es de sumo interés consagrarse á reunir un cuerpo de hombres del pais, alistándolos por el tiempo de las actuales circunstancias. El comandante general se contraerá al objeto, analizando si será mas conveniente impulsarlos al reclutamiento voluntario ó sacarlos á la fuerza, por el método análogo que usan los enemigos.

9.º En la aduana de Añoa existen depositados mil cuatrocientos fusiles nuevos, de los cuales se hará uso únicamente para armar á los naturales del pais, y de Francia vendrá un ligero uniforme para los mismos á proporcion de que se manifieste el número de los alistados.

10. Se mantendrá con el Excmo. señor conde de Arispe y demas autoridades del territorio francés, la correspondencia y armonia que pertenece á la identidad de la causa que sostepemos.

El 20 supo Oráa que Gurrea, despues de haber sido atacado á su salida de Sal-dias, se hallaba en apuro, y tenia que marchar por Elizaburu á pernoctar en Lizaso; y

11. En Elizondo existen ochenta mil cartuchos: el 49 habrá en los Alduides cuarenta y cuatro mil, que deben ser trasladados á esta fortaleza; del mismo modo que cincuenta mil restantes que entregará el Excmo. señor conde de Arispe, cuya autoridad franqueará todos los pedidos que se le hagan de estas especies, prévio el plazo necesario para los aprontos.

12. Por los Alduides, por Lauz, por Eugui, por Roncesvalles y por el valle de Ulzama, procurará el comandante general sostener conmigo frecuente y activa comunicacion, teniendo presente que estas en la guerra forman la base principal de los buenos resultados.

13. La division podrá enlazar sus operaciones con las demas del ejército, cuando lo exija la conveniencia del servicio por el valle de Ulzama, amagando á Lecumberri y á otros puntos que es imposible el citar.

14. El plan general de la guerra se reduce á procurar encerrar á los enemigos en el terreno existente á la izquierda del camino real de Vitoria, cuyo pais miserable les obligará á intentar su operaciones sobre la Ribera ó puntos comarcanos, y al ejército le proporcionará la ventaja de reconcentrar el perímetro de sus operaciones.

15. Es imposible prescribir reglas para los diferentes casos en que podrá hallarse la division; pero declarado el objeto, y marcados los medios, al jefe toca aplicarlos con arreglo á las circunstancias.

16. De los mil cuatrocientos fusiles nuevos que existen depositados en la aduana de Añoa, empleará el comandante general cuatrocientos únicamente para armar á los naturales del pais que se alistén, conservando los mil restantes á su disposicion, sin tocarlos sin nueva orden.

17. La compañía de don Norberto Goyeneche tendrá por base de sus operaciones á Elizondo, respecto á que debe rendir sus cuentas relativas á organizacion y demas gastos, al comandante Zugarramurdi, comisionado por mí para recibirlas, sin perjuicio de que el comandante general de la division haga uso de ella para las operaciones del servicio que tenga por conveniente.

18. Es de sumo interés cerrar y vigilar la frontera de Francia, á fin de que los enemigos no reciban ninguna clase de auxilios de dicha nacion: para el efecto debe fortificarse una casa ó edificio en Urdax, estableciendo en ella el competente destacamento que estinga los aduaneros, recorra la linea limitrofe, y ejecute con actividad tan interesante servicio; sin olvidar á Arizun y demas pueblos rayanos, abrigo de la canalla.

19. Se formará una junta compuesta de todos los diputados de los valles que quedan al cargo y cuidado de la segunda division, que son el de Basaburua menor, Baztan, Bértiza-

para cubrir su retaguardia, quedó Oráa en Urroz, hasta que disipado el peligro, regresó á Santesteban á esperar á Barrena, que se le incorporó luego.

Los carlistas estuvieron aquella mañana en Erasun, Ecurra y Verruete.

TORPEZAS DE LOPEZ.—LLEGADA DE MINA Á PAMPLONA.—VARIAS OPERACIONES.—IMPORTANCIA DE LOS CARLISTAS.

### XXII.

Mina consiguió su objeto: dominó los valles del Baztan y Bertiz-Arana. Al mismo tiempo el brigadier Mendez Vigo estaba en Lanz, reforzado con dos batallones que acababan de llegar de Aragon al mando del coronel don Froilan Mendez Vigo, y al de Olavarría otros dos nuevos batallones colocados en los Berrios. Oráa durante su permanencia en Santesteban se ocupaba en fortificar este punto.

Aquella aglomeracion de fuerzas, ocupando todo el territorio, devolvió á sus habitantes liberales la confianza, armándose muchos para defenderle de nuevas incursiones, y alistándose otros en las filas del ejército, para compartir sus glorias y fatigas.

No dudó Mina que Zumalacárregui procuraria vengar esta derrota, dirigiéndose á obtener en otros puntos lo que en el Baztan perdía. Mandó al efecto que la primera division le siguiera muy de cerca, lo cual impidió el caudillo carlista cortando puentes y

rana, Villas y valle de San Esteban de Lerin, para que cuiden bajo su responsabilidad el suministro diario de raciones para las tropas y fortalezas, enseres y camas necesarias para los hospitales, y acopio de subsistencias para los fuertes; en la inteligencia de que el real erario satisfará con religiosidad los aprontos de pan, pienso y hospitalidades, presentando los recibos en la intervencion del ejército, y los demas suministros serán por cuenta del pais en donde se hace la guerra.

20. Se recomienda muy particularmente al comandante general de la segunda division, la estincion de los aduaneros en todos los valles de su distrito, y la cooperacion directa con las demas divisiones del ejército para la pronta conclusion de la guerra que nos ocupa; operando abiertamente en los casos y circunstancias que se requieran, ya por el valle de Ulzama, marchando por Lecumberri, ya por la linea de Laroz, y ya, en fin, por los de Roncesvalles y Buri.

abriendo zanjas en los caminos, á su entrada en la Burunda. Esto obligó á Carrera á presentarse en Pamplona el 13 dejando su division en Berrio-Yuso y Artica, y el 16 marchó hácia la Ribera para impedir con Lopez á Zumalacárregui descender á ella.

Lopez, con muy brillante y numerosa caballeria á sus órdenes, que nada podia ni debia temer, porque sobraba sola para tener asegurada la Ribera, permitió que una partida de carlistas se introdujese en Lodosa, quemara el fuerte y se llevara sus efectos.

El infortunado Lopez trató de disculpar tan punible descuido, increpando á las justicias de los pueblos inmediatos á Lodosa de no haberle participado los movimientos carlistas; y como si no bastara el culparlos, dió parte de que pensaba prender á todos los individuos de justicia de Sesma, y pidió permiso al general en jefe para destinarlos al canal de Castilla. ¡Magnífico espediente! «Asi se ha hecho una gran parte de la guerra de Navarra, dice una persona autorizada, cargando siempre la culpa de todas las desgracias experimentadas por causa de ellos al pobre paisano, á quien se ha llegado á aburrir y se le ha obligado á maldecir mil veces de los procedimientos de la tropa! Mas de seiscientos caballos dueños de todo aquel pais llano, y sin contrarios á la sazón, parece que bien pudieran tener exactos conocimientos de cuanto pasaba por el contorno mejor que los vecinos de los pueblos ocupados en sus haciendas y negocios domésticos!»

¡El que asi procedia con los pueblos, estaba destinado á ser el libertador de los esclavos de la Habana!

Zumalacárregui, desbaratando las com-

21. En las guerras de opinion los castigos pronto y ejecutivos, son el único antidoto conocido: los bandos vigentes del ejército, mi proclama del 14 del actual, y las demas leyes subsistentes marcan sobradamente la conducta que debe observar el jefe de las armas, por cuya razon me limito únicamente á decir que quiero y deseo que los castigos se apliquen con la mayor velocidad.

22. Inútil me parece hablar de la disciplina y subordinacion de las tropas, y de estenderme mas en estas instrucciones, en razon á que los conocimientos, pericia y conocida lealtad del comandante general de la segunda division, son mas que sobradas garantias para no dejarme nada que desear en los distintos y variados casos en que podrá encontrarse. Cuartel general de Elizondo, 19 de marzo de 1835.—Mina.

binaciones de sus contrarios con el fusilamiento de sus confidentes, pues en pocos dias fueron cinco las víctimas, llegó á verse mas desembarazado en sus movimientos, y pudo atender al sitio de Echarri-Aranaz, tanto tiempo codiciado.

La noticia de este suceso, y del estado del fuerte, obligó á Mina á salir de Elizondo el 20 y dirigirse á Pamplona, donde entró el 21, con los dos morteros y obuses que desenterró en el Baztan, disponiendo al instante la pronta marcha de fuerzas, y fueron ya inútiles.

Temiendo se perdiera tambien Olazagoitia, envió tropas en todas direcciones, marchando Aldama sobre el valle de Olla á pasar el rio por el puente de Asiain, por estar los otros cortados: Carrera, desde Puente la Reina, tomó la misma direccion, y los brigadieres Mendez Vigo y Gurrea debian introducirse en la Barunda por mas arriba á la derecha. El comandante general de las Provincias Vascongadas tenia orden de concurrir á la defensa de los fuertes.

Todos cumplieron con la posible exactitud su cometido, y al saberlo Zumalacárregui, apretó mas el cerco al fuerte de Olazagoitia.

El 25 tenia Aldama á sus órdenes todas las fuerzas y dispuso que Mendez Vigo y Gurrea marchasen por el puerto de Lezaraga, amagando al carlista, siguiendo Aldama con el resto, en el mismo sentido, lo que dió por resultado la salvacion de Olazagoitia, bastante estropeadas ya sus fortificaciones, y la retirada del enemigo, que se encaminó á las Amezcoas.

Aldama, Carrera y la brigada provisional bajaron á Estella, y Mendez Vigo y Gurrea recogieron los efectos de Olazagoitia, cuya importancia disminuyó con la pérdida de Echarri-Aranaz, y los trasladaron á Pamplona, á donde llegó igualmente su valerosa guarnicion, guiada por su comandante don Manuel Arregui.

Don Carlos y Zumalacárregui permanecian en los alrededores de Zúñiga, moviéndose luego sobre Estella once batallones y la caballería. Ansioso este de combates, los provocaba, si bien eligiendo siempre terreno favorable, lo cual retraia á los gefes del ejército de la reina, que tenian orden de no atacar sin conocer las posiciones de los carlistas, y los medios de causarles mal sin exposicion de su parte, de vigilar mucho, y procurar atraer al enemigo á terreno que conviniera, y no ir á buscarle en sus cam-

pamentos favoritos, lo que podria hacerse cuando hubiesen internado en la provincia los refuerzos que iban llegando, y pudiera obrarse en combinacion con superioridad de fuerzas.

Y sin embargo, se calificaba á los carlistas de despreciables huestes, de miserables facciosos, de quienes, cuando se retiraban ó corrian en una accion, se decia jactanciosamente que apelaban á su acostumbrado recurso, esto es, á la fuga.

Empeñados en desfigurar la guerra los que debieron haberla dado la importancia que tenia y no engañar funestamente al país, los males se aumentaban.

Examinense los partes oficiales, estúdiense lo que al público se decia, y se verá que se le faltaba, engañándole, por causas nada plausibles en verdad. No parece sino que interesaba á algunos prolongar la guerra, y por consecuencia las desgracias, la miseria de la nacion.

#### TOMA DE ECHARRI-ARANAZ.

#### XXIII.

Ya vimos á Zumalacárregui al frente de Echarri-Aranaz, cuyo fuerte empezó á ser batido al amanecer del 13 de marzo por el *Abuelo*, y un obus de los fundidos por el inteligente Reina.

Los cuatrocientos soldados que guarnecian á Echarri-Aranaz, con tres cañones de pequeño calibre, contestaron con resolucion; y conociendo Zumalacárregui que el vencer la resistencia seria tarde, y daria tiempo á que viniese auxilio á los sitiados, como no podia menos de suceder, encargó al brigadier de artillería don Joaquin Montenegro, abriese una mina. Apercebidos de los trabajos los sitiadores, comenzaron á arrojar á los minadores granadas de mano, logrando con ellas prender fuego en algunas casas inmediatas al fuerte, é impedir á Montenegro la prosecucion de sus trabajos.

Mas si cedia en un lado, los emprendia en otro, y entre ruinas humeantes abrió una nueva mina, que pudo concluir y disparar destruyendo un lienzo considerable, entre cuyos escombros y ruinas se sepultaron unos treinta defensores.

No les impuso este desastre, antes aumentó su valor, y continuaron resistiéndose con el mismo ó mayor teson con que eran acometidos. Esperaban auxilio, no llegaba,

y el 19, los soldados, desobedientes á la voz de su gefe, desmintieron en un momento el valor de cinco dias, saliendo por las brechas y entregándose á discrecion.

Todo el tiempo que duró el sitio, dice, con verdad, uno de los oficiales carlistas que en él se hallaron, estuvo Zumalacárregui dirigiend, en persona el obus, no por vana puerilidad, no por entretenimiento ni por falta de quien lo hiciese, sino por economizar las municiones de que habia siempre grande escasez en su ejército. Sin embargo de haberse apoderado del fuerte sin contraer empeño alguno, trató generosamente á la guarnicion: á los oficiales les dejó sus espadas, equipages y la libertad de retirarse á Pamplona; al gobernador ademas de haberle dispensado una acogida lisonjera, le dió un certificado en que decia, que habia cumplido fielmente con su deber; y á la tropa la incorporó á petición suya en las filas realistas; siendo los artilleros del fuerte de Echarri-Aranaz los primeros soldados que de esta arma hubo en el ejército de don Carlos.

En aquel sitio fué herido, aunque levemente, en la cabeza, al pasar por una calle el general don Bruno Villarreal. El mismo Zumalacárregui estuvo muy espuesto á perecer por un accidente bien singular. De la informacion que se hizo para conocer el origen de su riesgo, resultó que los artilleros del fuerte, engañados por las sombras de varios soldados que en medio de la noche giraban de uno á otro lado cerca de una gran fogata, dirigieron la punteria de sus piezas rasante al ángulo del edificio, tras del cual se ocultaba la hoguera; pero creyéndose que la bala seguiria aquella direccion, dió de lleno sobre el flanco de la casa que estaba al descubierto. Zumalacárregui se hallaba alojado hácia esta parte, y cuando estaba durmiendo, pasó la bala agujereando la pared y casi rasando su cabeza, hasta el punto de quedar su cama cubierta de escombros.

El *Abuelo*, en fuerza de lo mucho que trabajó aquel dia, comenzó á mostrar su decrepitud, rajándose por la boca. Con este motivo fué preciso cortarle mas de un pie de longitud, y ponerle dos fuertes argollas de hierro para que el mal no pasase adelante. Los soldados que para distraerse de las fatigas de la guerra suelen aprovechar la cosa mas insignificante, tomando de ella ocasion para algun chiste, decian entonces que el *Abuelo* habia obtenido el grado de

teniente coronel en recompensa de los grandes servicios hechos en aquel dia.

Justo es que hagamos en este lugar mencion honorífica del capitán de artilleria don Rufino Roman de Trovo, compañero inseparable del tan célebre cañon, pues era el único oficial que dirigió siempre sus fuegos, Zumalacárregui al ver la fatiga con que manejaba aquella roñosa mole, aunque siempre con entusiasmo, le animaba diciendo: «Trovo, dia llegará en que haga pinten á vd. junto al cañon.»

Antes de dejar Zumalacárregui á Echarri-Aranaz, no queriendo que su triunfo causase la desolacion de los infelices cuyas casas se habian incendiado durante el sitio, los hizo llamar á su presencia, y aunque su escasez de metálico era tan grande, mandó darles una cantidad suficiente á enjugar por el pronto sus lágrimas: ¡singular contraste con lo que al propio tiempo estaba haciendo Mina en el Baztan!

Al ver la cobarde traicion de los defensores del fuerte, su comandante, cuatro oficiales, y el capellan del regimiento de Valladolid, que lo prefirieron todo á faltar á sus banderas, marcharon á Pamplona. Al primero lo arrestó Mina, permitiéndole, por hallarse herido, permaneciera en su casa, haciendo lo mismo con los demas en el principal.

OLAZAGOITIA.

#### XXIV.

El triunfo que obtuvo Zumalacárregui en Echarri-Aranaz fué un poderoso estímulo para emprender la conquista del fuerte de Olazagoitia, asentado en el valle de la Burunda, y por cuyo pueblo atraviesa la carretera de Vitoria á Pamplona y otros caminos, lo cual daba á aquel punto una justa importancia; siendo por lo mismo sólidamente fortificado.

Bien lo sabia Zumalacárregui, pero confiaba en su artilleria, y en que le diera tiempo el enemigo, y emprendió el sitio, batiendo con decision las nuevas obras del exterior.

Mina, bastante alarmado con la pérdida de Echarri-Aranaz, temió la de Olazagoitia, y se dirigió á este fuerte, que abandonó á su aproximacion Zumalacárregui, con el sentimiento de no haber añadido á sus triunfos el que esperaba obtener entonces, sin embargo de que la guarnicion no pensaba imitar á la del fuerte abandonado.



Perdido este punto, disminuyó mucho la importancia de Olazagoitia, é hizo Mina demoler sus fortificaciones, llevándose la guarnicion que entró con él, como vimos en Pamplona.

Zumalacárregui celebró este acontecimiento, pues sino conquistó el fuerte, consiguió lo que se prometia de sus resultados; esto es, quitar el obstáculo que presentaba á la mayor brevedad y facilidad de sus comunicaciones de Guipúzcoa con Navarra.

PARTIDAS.—ESCUADRON DE LA LEGITIMIDAD.

### XXV.

Al volver Mina á Pamplona, llevó profundamente arraigada la conviccion que ya tenta, de que no podia acabar con los carlistas; y que aun para conservar ascendiente sobre ellos, ya que no pudiera contar con un numerosísimo ejército para ocupar con él todo el pais, habia que combatirles con el mismo genero de guerra con que hacian tanto daño. Por esto destinó columnas á todas partes para contrarestar á las pequeñas de los contrarios que, como las de Cordeu, Lucus y otros vejaban de continuo á los liberales.

Pero no servian todos para mandar estas fuerzas, para guiarlas con acierto, y no esponerlas á una sorpresa, á una derrota. Asi que Jáuregui, don Leon Iriarte y algun otro, eran los únicos para hacer aquella campaña de guerrillas.

Iriarte con un Batallon de intrépidos y poco aprensivos navarros, salia continuamente de Pamplona á recorrer los valles de Orba y Aybar, y la tierra entre Aoiz, Lumbier y Sangüesa apoderándose, cuando no los impedian, de los suministros con que estos pueblos contribuian á los carlistas.

Estos por su parte procuraban indemnizarse en unos puntos lo que en otros perdian, y se equilibraban asi las pérdidas y las ventajas.

En último resultado los carlistas iban progresando, y lo prueba evidentemente el que por este tiempo completó Zumalacárregui el brillante escuadrón que tituló de defensores de la legitimidad, compuesto de oficiales españoles y estrangeros, que se prestaron á servir de simples voluntarios, tales como Arjona, Cabañas, Balmaseda, Freire, el escritor Henninseng, La Torre, Sancho, Moral, Caraza, Quevedo, Soto, Hortelano, Sainz, Sarraminaga, Vial y otros,

teniendo por gefe á don Juan Bellengero.

Posteriormente se fué aumentando su número, y todos prestaron servicios importantes: casi todos eran valientes y caballeros.

MANIFIESTO DE LOS CARLISTAS.

### XXVI.

Los hechos que hemos ido narrando llamaban la atencion de una manera estrordinaria, y las personas imparciales daban ya á las armas carlistas la importancia que merecian.

Don Cárlos, ó mas bien Zumalacárregui, conocia lo que ganaba su posicion, y se propuso darla á conocer á todos, justificándose á los ojos de la opinion pública, y presentando con negro colorido la conducta del enemigo; y en un boletin estrordinario se publicó una especie de manifiesto sobrado notable, del cual reproduciremos algunos párrafos, por mas que no estemos conformes con su contenido. Les damos un lugar en nuestra obra, por útiles y necesarios, como haremos con todos los documentos de su importancia.

«Los últimos meses, dice, estériles en acontecimientos militares por la forzada inaccion de las tropas cristinas, han sido fértiles en sucesos que han hecho contrastar mas allá de toda ponderacion la conducta de ambos partidos. Zumalacárregui, despues de increíbles esfuerzos, llega á organizar (por decirlo asi, de la nada) un pequeño tren de artillería, y se dirige contra varias casernas enemigas; contra estos asilos de la tirania, dentro de los cuales se verifican en el siglo XIX los escesos brutales y las acciones atroces que, sucedidas ó no en los antiguos *Donjones*, han hecho odiosa su memoria y la de su siglo. El general carlista se apodera á viva fuerza de Los Arcos; respeta la desgracia de mas de cien heridos; perdona generosamente á la guarnicion; da á elegir partido á todos sus prisioneros; unos se incorporan en nuestras filas, otros son conducidos á los hospitales, llevándolos en hombros los mismos soldados que acaban de vencerlos, y saben que recobrada su salud podrán elegir libremente entre la legitimidad y la usurpacion; otros, en fin, que prefieren la última, marchan escoltados y seguros á las guarniciones mas próximas.

Estos, presentes el día de hoy en las banderas enemigas, son una prueba incontestable de la generosidad de sus adversarios, y nosotros tenemos bastante confianza en su honor personal para no recusar su testimonio; digan si hubo capitulación, digan como fueron tratados y conducidos.

»La caserna encerraba una multitud de efectos de propiedad particular, que fueron en el acto devueltos á sus legítimos dueños, reservando solo los granos pertenecientes al beneficiado de la población, que decidido desde el primer momento por la justa causa, ha querido hacer el sacrificio de su propiedad como antes había hecho el de su existencia. Así los revolucionarios en la abundancia, y proclamando su respeto á la propiedad, despojan y roban los pueblos. Así el ejército real, falto aun de los objetos mas precisos, cubre solo sus necesidades con los efectos pertenecientes al gobierno usurpador ó con los que le ofrece el mas puro patriotismo.

»El sitio de Echarri-Arabaz produce resultados del todo semejantes; destruidas las obras exteriores, y aun el cuerpo principal del fuerte, clama la tropa por una pronta rendición. Enterado Zumalacárregui de la situación de los cercados por las declaraciones contestes de mas de veinte desertores, hace arbolar la bandera blanca. La guarnición se precipita inmediatamente por las ruinas del fuerte, y corre á incorporarse en nuestras filas. La oficialidad queda sola, sin capitulación alguna que la cubriese; pero el general carlista, que había presentado aquella señal de paz y reconciliación, se considera obligado á conceder aun mas de lo que se le podría pedir: conservación de espadas y equipages, entrega de estos sin ser reconocidos; libertad para marchar al extranjero ó á las plazas enemigas; últimamente, la admisión en el ejército real con sus propias graduaciones: todo es concedido á nueve hombres abandonados é indefensos, á nueve hombres que solo podrían alegar en su favor la admisión forzada que hacían de una paz ofrecida del modo mas vago, la guerra á muerte que habían hecho, y los actos atroces que, como otros tantos postes de infamia, marcaban el paso de su general al través de Lerin y de Bertizarana.

»Terminada la espantosa escena de Lecaroz, se dirigió el ejército invasor al valle de Santesteban de Lerin, que debía ser

testigo de un suceso aun mas horrible.

»A la aproximación de las columnas cristinas, debía trasladarse el hospital militar de Ituren; pero el acontecimiento reciente de Los Arcos, y la generosa conducta de Zumalacárregui con los prisioneros enemigos persuadía á todos los gefes carlistas de que no debíamos recelar ningun mal tratamiento respecto á nuestros heridos; hubo, pues, diferentes pareceres, y aun se creyó conveniente que el hospital permaneciese tranquilo, fiando la suerte de los heridos y enfermos á la generosidad del enemigo: felizmente este dictámen no prevaleció, y quedaron solo en sus lechos de dolor los que no dejaban esperanza de vida. Llega la vanguardia de los vándalos, dirige una compañía al hospital, y encontrando veinte y cuatro moribundos, que recibidos los auxilios de la religion, terminaban en sus brazos la existencia, los arrastra cobarde é inhumanamente, los asesina á bayonetazos, y arroja sus cadáveres mutilados á la calle pública. ¡Frias cenizas de nuestros compañeros y amigos! ¡Ah! Siempre estareis presentes á la memoria de vuestros hermanos de armas. Si vuestra sangre humea delante del Eterno pidiendo venganza contra aquellos indignos asesinos, nosotros seremos los ejecutores de la justicia celestial; pedid al Todopoderoso, vosotros los que perecisteis en defensa de cuanto hay grande y santo sobre la tierra, que nunca nos manchemos los que seguimos el sagrado pendon real con semejantes delitos.

»Al referir los hechos que anteceden, no tratamos de estender una vana é inútil declaración; queremos trazar una relacion verídica de los sucesos: nosotros la presentamos á los hombres juiciosos de todos los paises; no importa que su opinion personal en nada contribuya al triunfo de nuestra causa; un hombre honrado y generoso desea ser tenido por tal y vindicarse de las calumnias con que se le ultraja. ¡Oh vosotros los que engañados por relaciones perfidias habeis visto con horror á los defensores de Carlos VI! Examinad los hechos que anteceden: ¿queréis saber si fueron ó no perdonados los prisioneros y heridos de Los Arcos? Leed la gaceta de Madrid: ella confiesa qué parte de la guarnición huyó, que el fuerte cayó en nuestras manos, y añade friamente, «el resto de la guarnición y todos los heridos llegaron á Viana sin novedad.» ¿Queréis certificaros de nuestra con-

ducta en Echarri-Aranaz? Leed la llegada á Pamplona de su gobernador y otros oficiales: los restantes de estos y toda la tropa combaten voluntariamente por Carlos V. ¿Resistís admitir nuestra relacion acerca del incendio de Lecaroz? Venid á ver sus ruinas calcinadas, venid á ser testigos de la desnudez y la miseria de un centenar de familias. Leed la proclama del mismo Mina de 14 de marzo. ¿No podeis concebir el asesinato á sangre fria de veinte y cuatro moribundos? Las villas de Ituren y Zubieta han sido testigos de este atroz suceso; todos sus habitantes os dirán que se verificó en pleno dia, que fué autorizado por los gefes cristinos, que no hubo en aquella manada de tigres quien se apiadara de tantos desgraciados: ellos os manifestarán la sangre inocente que manchó las casas y las calles de ambas poblaciones, el techo hospitalario que cubria los moribundos, y el lugar donde reposando sus restos mortales, advierten con voz muda y elocuente á Navarra, á España y á la Europa que todo lo deben temer de estos modernos vándalos.

»Que no hablen, pues, de justicia, de humanidad, de filantropía; estas hermosas voces se hallan si en sus labios, pero los seres morales que las representan están lejos de su corazón: que no calumnien á unos enemigos dignos de luchar con antagonistas más generosos; que no profanen nombres santos, augustos y estimables, proclamándose defensores de la religion, de la legitimidad y de la civilizacion. Estas hermosas causas no se defienden con crímenes; si conservan algun amor á su pais, dejen de oponer obstaculos á su felicidad impidiendo toda mejora. Del mismo modo que el agua mas pura careciendo de color parece siempre tomarlo del vaso que la contiene, del mismo cuantas variaciones, cuantas reformas, cuantas medidas presenten, serán miradas como impías, revolucionarias y bárbaras por el pueblo español. Este por su sensatez y sus virtudes, es digno de mejores legisladores; y si la divina Providencia, apiadándose de su largo sufrimiento nos concede la victoria; si triunfamos los que seguimos la opinion de nuestros compatriotas; los que no hemos abandonado á nuestro príncipe legítimo; los que arrostramos el destierro, la espatriacion, el hambre, la desnudez y la muerte; los que soportamos, en fin, con resignacion el odio injusto de la Europa que no nos conoce y pronuncia sin oirnos, entonces convendrá ésta en

su injusticia, entonces probará que no somos enemigos de las reformas útiles, y entonces verá demostrado que la España no ha podido ser feliz, que la Europa no ha podido mantener con ella relaciones estables, sino dominándola nuestros principios.»

## ACCION DE ARRONIZ.

## XXVII.

A fin de aumentar el ejército del Norte pasó el Ebro el general Aldama al frente de una division, que reforzada con la de Carrera, se dirigió á la aislada montaña de Montejurra, que parece el puesto avanzado de las que rodean á Estella.

Zumalacárregui, con ocho batallones, fué á buscar al mismo tiempo su caballería al valle de Ega, y supo allí el movimiento de Aldama. Nuevo éste en las provincias, creyó fácil obtener sobre él las ventajas que el conocimiento del terreno le daban, y deseó medir con él sus armas. Dirigióse en su busca, y marchando Zumalacárregui el primero, descubrió desde una eminencia del camino de Luquin á Arroniz, á la division liberal, que acababa de llegar á las inmediaciones del segundo pueblo.

Aldama ignoraba la situacion de los carlistas, porque ademas de ser escasos sus espías, lo eran mas bien del enemigo: así que sus noticias eran inexactas, y á veces pérdidas. Esto sin duda indujo á Aldama á estar siempre alerta, y valióle mucho en esta ocasion aquella vigilancia que jamás debe abandonar el buen militar, y que tan terribles consecuencias atrajo, como hemos visto, á los que la descuidaron.

Zumalacárregui en cuanto divisó á su enemigo, creyó asegurada su presa; apeóse y mandó hacer alto á la tropa, sentarse y guardar silencio. El caudillo carlista esperaba que Aldama diera descanso á su gente, y como parecia natural, la mandara formar pabellones. Pero nose entregaba Aldama á tan ciega confianza en aquel terreno: propúsose dar descanso á sus soldados, mas para que fuera tranquilo, envió á reconocer las cumbres vecinas, y descubiertos entonces los carlistas, tuvieron que dar la cara, y se comenzó el tiroteo á la mitad de la tarde del 29 de marzo.

No satisfizo á Aldama la aparicion del enemigo, por que conocia la desventajosa posicion que ocupaban sus tropas; pero no siendo tiempo de retroceder, mandó que la

primera division, contramarchando por batallones, se posesionase de la cordillera derecha; la brigada de la ermita de Arroniz, y una compañía, seguida de dos batallones tomara, ó reconociese por lo menos la altura de la izquierda.

Zumalacárregui combinó su plan en oposicion al de su contrario: él tenia que defender aquellas alturas, y que batir en ellas á los liberales. Estos, debian conquistarlas á los carlistas, y derrotarlos en ellas.

Asi lo comprendian unos y otros, á juzgar por el mortífero fuego que se hacian, por el empeño que manifestaban, en descender los carlistas, en subir los liberales. Ambos conseguian su intento, pero por breves instantes. Si dos batallones navarros flaqueaban, acudian Sanz y Gonzalez del Campillo y hacian retroceder á los que empezaban á cantar victoria. Repléganse al fin estos á su reserva, estímábase con esta ventaja el valor de sus enemigos, y se les ve luego adelantarse para doblar y envolver la izquierda de la línea de Aldama. Pero hay allí un batallon de la guardia y varias compañías ligeras que reciben el ataque serenos, y le rechazan valientes, y con lo cual herido el amor propio de Zumalacárregui, hace bajar de Montejurra á algunos batallones para decidir la accion, como lo hubiera quizás conseguido á no acudir la brigada de Rivero á contener el arrojamiento de los carlistas. Pero aun así disputaban estos unos laureles que creian seguros, y redoblaban su empeño, pero una brillante carga á la bayoneta que dirigió Rivero, amparado por los fuegos de la artillería, obtuvo el éxito mas completo, batiendo y arrojando á los carlistas no solo de su primera posicion, sino tambien de otras, donde procuraron, aunque en vano, rehacerse y resistir con teson, porque la segunda brigada, en apoyo de Rivero hizo marchar adelante un batallon por las alturas de Arellano, para envolver su flanco.

Desde entonces pudieron cantar su triunfo los liberales, si bien á mucha costa, pues pasaban de trescientos los heridos, en cuyo número se contaba el general Aldama. En el campo quedaron unos ochenta muertos.

Rivero á quien tanto se debió en esta accion, conquistó en ella la cruz laureada de San Fernando.

La pérdida de los carlistas se equilibró con la de sus contrarios; pero hubiera sido mayor, si la noche no hubiera puesto término á la pelea, pues aun quedaban á los

liberales fuerzas de refresco, y los carlistas carecian de artillería, la cual jugó en aquella accion un papel importante.

Zumalacárregui no se creyó derrotado; y al amanecer del siguiente dia ocupaba las mismas posiciones de que habia sido desalojado. ¡Para esto se derramaba tanta sangre!

Aldama no creyó prudente volver á conquistar con las bayonetas y la sangre de sus valientes aquellas escogidas alturas. Embarazado ademas por los heridos, obró cuerdamente, segun algunos, retirándose, sin ser hostilizado, hácia Sesma y Lerin, marchando triste por tantos beneméritos soldados, cuyo sacrificio era digno de decisivo resultado; y por comprender, sin duda, que no obró cual debia haber obrado.

Los carlistas ocuparon á Arroniz.

#### VIZCAYA Y OTROS PUNTOS.

#### XXVIII.

Zumalacárregui varió algunos cargos, volviendo á Eraso á la comandancia general de Vizcaya, y á Guibelalde á la de Guipúzcoa.

Las fuerzas que mandaba, se encontraban ya en un estado sobresaliente por su disciplina, equipo y valor. Pero si nada dejaba que desear el soldado, faltaba mucho á los gefes para dar con su ejemplo lecciones de union y de entusiasmo. Enemistados unos con otros, perjudicaron muchas veces á la causa que todos defendian. Estos, sin embargo, no dejaban de operar y conseguir triunfos de importancia. Hacian escursiones á Castilla, dirigiéndose unos al Ebro y á la costa de Santander otros, distraiendo todos la atencion de sus enemigos, cansándoles y animando el espíritu de los pueblos que les eran adictos.

Espartero, uno de los gefes mas activos, se cuidaba entonces mucho de custodiar los convoyes de Vitoria á Bilbao, y vice-versa. Tenia á veces serios choques con los carlistas; pero en todo el mes de febrero y hasta el 28 de marzo no tuvo encuentro de consideracion para sus armas. El citado dia 28, mandó la accion de Miravalles, en la que batió á cuatro batallones carlistas, causándoles algunos muertos.

Pero si sus triunfos aumentaban su crédito, se permitió algunos actos que, como el incendio de Luyando, no le hacian favor. Fuera por castigar á sus atrevidos y hosti-

les habitantes, ó por vengar el intentado asesinato en su persona, mandó incendiar algunas casas de dicha poblacion.

De estos actos se vengaban los carlistas por los mismos medios; pero no podian escederse, porque recaia frecuentemente la represalia sobre sus mismos amigos.

Eraso, reuniendo fuerzas en las inmediaciones de Bilbao, bloqueaba esta plaza, y ansiaba obtener un triunfo valioso, que atemorizase á sus habitantes. Eran los primeros dias de marzo, y el bloqueo se iba estrechando: los caminos estaban llenos de partidas considerables, que interceptaban los artículos que iban á la plaza, precisando á veces á su gobernador á tener que enviar una columna que protegiera su paso, como sucedió para salvar una conduccion de pan elaborado en los molinos que se encuentran hácia la parte de Villaro, la cual amenazada por los carlistas, fué salvada por una columna liberal, sosteniendo una ligera escaramuza.

La decision que cada dia mostraban los bloqueadores, obligó á don Miguel Arechavala, gobernador á la sazón de Bilbao, á ponerse en estado de defensa, señalando á varios gefes los puntos que se encomendaban á su cuidado, dándoles precisas y terminantes prevenciones, y arengando á los soldados para infundirles el espíritu de que se sentia animado. Colocado cada uno en su puesto, se reservó para sí el del fuerte de Larrizaga, el mas central de la línea, y el de mayor importancia, atacado, como se veia, por los carlistas.

El 6 de marzo sabe Eraso que Espartero pasaba á Vitoria á marchas forzadas para proteger á Maestu, dejando en Orduña mil ochocientos hombres mandados por Latre é Iriarte, y con objeto de llamar la atención, cayó de noche desde Arratia sobre Orduña. El ataque era á la guarnicion de un pequeño fuerte que defendian antes diez y siete hombres, y el siete se aumentaron veinte y uno mas, para que pudieran cumplir mejor su mision, que no era otra que la de proteger los molinos harineros de la villa, que distaba un cuarto de legua. Eraso se presentó con superioridad de fuerzas, y un cañon ademas, que aproximaron cuatro yuntas de bueyes. La segunda compañía de guias se dirigió por la izquierda del rio Ibaizabal, y la primera y el tercer batallon por el camino real, con orden de acercarse todo lo posible al edificio.

Imponiales á sus defensores el cañon, y

creyendo no poderle resistir, abandonaron el objeto de su defensa, que ocuparon al momento los carlistas, cortándoles luego y haciéndoles prisioneros, á escepcion de uno que se arrojó al rio, y permaneció en él oculto hasta el dia siguiente, en que se salvó.

Los treinta y siete prisioneros fueron fusilados en el mismo paseo de Miraflores, en represalia, segun dijo Eraso, del fusilamiento de tres heridos prisioneros.

La guarnicion de Bilbao, á cuya vista se inmolaron tantas víctimas, no pudo evitarlas por mas que lo intentó; como tampoco el incendio de algunos edificios, de donde antes sacaron los carlistas gran cantidad de viveres, volviéndose Eraso á los mismos acantonamientos, no sin haber antes hecho frente, y obligado á guarecerse en la plaza á una columna de doscientos hombres con un cañon de á cuatro, y las compañías de cazadores de los urbanos, que formaban las guerrillas flanqueadoras para proteger la marcha de aquella fuerza auxiliadora, que debió haber sido mayor para poder hacer frente al considerable número de las que se le opusieron, pues Eraso desplegó un verdadero lujo de fuerza. A pesar de ella, no se atrevió á provocar mas de veras á los de la plaza, y se contentó con su fácil triunfo, que solo le costó una docena de hombres.

Lo mismo que lograba Eraso acantonado en las inmediaciones de Bilbao, lo conseguian las partidas sueltas que ya conocemos, destinadas á bloquear las guarniciones de los fuertes, y aun poblaciones, como San Sebastian, Estella, Salvatierra y otras. Aumentábase así su gente, y se disminuia la de sus enemigos, ya matando, ó mas bien cazando al que se descuidaba, ya seduciendo á los soldados para que se les pasaran, lo cual era entonces tan frecuente, que solo en los diez primeros dias de marzo desertaron á las de don Carlos setenta y seis soldados y un oficial.

#### ACCION DE VILLARO.

#### XXIX.

Después de la accion de Miravalles, regresó Espartero á Bilbao, de donde salió el 1.º de abril en busca de los carlistas, pernoctando aquel dia en Durango.

Al mismo tiempo ejecutaban los carlistas vizcainos un movimiento desde Arratia

sobre Ubidia, tornando al valle que fué su punto de partida.

El 2 de abril continuó Espartero su marcha á Vitoria, y creyendo le esperase el contrario en los valles de Denias y Arrastia, dirigió algunos batallones al boquete de las Peñas de Mañario, á fin de caer desde tan estrecho paso en los valles.

Alli estaban en efecto los carlistas, pero no donde los suponía Espartero, sino ocupando con doble formacion las elevadas y terribles posiciones que, desde las márgenes del rio y el pueblo de Villaro se extienden hasta la Peña de Gorbea. Tan formidables montañas estaban defendidas nada menos que por tres mil hombres.

Espartero, que descubrió á los carlistas desde las alturas de Lancidana, conoció la superioridad que daba el terreno al enemigo; pero como Espartero ha vacilado pocas veces ante el peligro, se decidió á batir á su contrario, y dispuso atacarle por Villaro, donde la cordillera es más baja, y donde un puente le facilitaba sus operaciones. Este lado, que debió haber sido el más atendido por los carlistas, fué el más descuidado, cometiendo así una falta, que conoció al instante el jefe liberal, y que aprovechó. Dirigió al puente sus fuerzas, y cuando los carlistas conocieron su grave falta, corrieron á impedir el paso; pero llegaron tarde, porque dueño Espartero de Villaro, lo era del paso del rio, y tenía además flanqueada la línea carlista. Dispuso entonces un ataque general, y por el centro y los flancos fueron embestidas simultáneamente aquellas posiciones, que no solo eran formidables, sino valerosamente defendidas.

Alli peleaban todos bizarramente: alli se empeñaban los liberales en ganar las alturas, los carlistas en defenderlas. Espartero entusiasmaba á su gente con los gritos de Isabel II, que repetían los soldados, confundiendo sus ecos con los de los carlistas, que no aclamaban con menos entusiasmo á su señor.

El caudillo liberal necesitó emplear todos sus esfuerzos para conseguir el triunfo, y los empleó esponiendo su vida, pues fué herido su propio caballo de dos balazos. Pero al fin ocupó las bien sostenidas posiciones, retirándose sus anteriores dueños por escalones con el mayor orden, unos por la Peña de Gorbea y otros hácia Ceberio, sin que lograsen desordenar las fuerzas guiadas por Ozores que les acosaban por su derecha, y las de Iriarte por su izquierda,

quienes cuanto más serena veían la retirada, más se esforzaban por precipitarla, sin poderlo conseguir por completo.

Ansioso Espartero de más decisivos resultados, llegó con Iriarte hasta Orozco, teniendo que guarecerse de una lluvia extraordinaria. Allí pernoctó, y reunidas al día siguiente, el 3, todas las fuerzas en Miravalles, regresó á Bilbao, conduciendo sus heridos, en número de cuarenta, diez contusos, y unos cuantos soldados que quedaron muertos en el campo. La pérdida de los carlistas fué mayor, porque tuvo treinta y cinco prisioneros, y la guerra era encarnizada. Se pasaron tres carlistas, se rescataron veinte y seis soldados, y se cogieron algunas armas y efectos, entre ellos una bandera negra, con el lema de *victoria ó muerte*.

MAESTU.

XXX.

Córdoba acababa de llegar á Vitoria, llamado al teatro de la guerra por la opinión pública, y cuando más se ocupaba en revolver en su mente su plan de campaña, supo el bloqueo de Maestu, guarnecido por quinientos hombres de Borbon; y estimulado por su arrojado temerario, corrió en su ayuda con unos siete batallones, de los cuales dos únicamente estaban fogueados.

Con esta tropa se internó en las montañas que circundan á Maestu, y cuando después de una marcha de diez y nueve horas creyó haber salvado á la bloqueada guarnición y conseguido su propósito, vió la consecuencia de su temeridad, y el peligro inminente en que se hallaba.

Los carlistas le habían encerrado en aquellos barrancos y desfiladeros, su derrota era segura, la merecía como castigo de su falta, de aquel movimiento atrevido, imprudente, sí, como Córdoba dice, no lo desconoció al emprenderle, siquiera lo hiciese excusable la generosidad del motivo.

De creer es que tal vez por esto le coronara la fortuna haciendo que Aldama recibiese una comunicación que le dirigió, y que volase en su auxilio con trece batallones, cuando más crítica era su situación, de la que salió merced á tan oportuna ayuda.

Salvado Maestu, subió Córdoba la sierra de Andía, penetró en los valles de Arana y las Amezcetas, y se dirigió á Santa Cruz, Cabredo, Genevilla y Aguilar incen-

diando granos, molinos, fábricas y almacenes por todas partes. Esterminio que presenció el carlista impasible, porque no lo podía impedir; pero juró vengarse.

PLAN DE ORÁA.—ACCION DE ESCURRA.

### XXXI.

Oráa continuaba su mision en el Baztan consiguiendo ventajosos resultados, hasta el punto de carecer ya de fusiles para tantos como deseaban armarse en defensa de Isabel. Mina se los proporcionó, y le felicitó por su acierto, encargándole el restablecimiento de las aduanas en la frontera.

Casi sin variar de posicion los carlistas que ocupan los pueblos de Lavallen, Saldias, Erasun, Ecurra y Lesaca, donde atendian á la fabricacion de armas y municiones; preparándose para caer todos sobre Santesteban, que fortificaba Oráa, permanecieron hasta el 3 de abril, en cuya tarde, practicando un reconocimiento las tropas de la reina, se apoderaron de varios fuelles de fundicion, de un molde de un mortero, y de algunas granadas de mano. Al dia siguiente se hallaron otros efectos de valor, principalmente para los carlistas.

Condújose todo á Santesteban, cuya fortificacion, bastante adelantada, fué dotada con el tercer batallon de la Princesa á las órdenes de su primer comandante el marqués del Palacio, destinando ademas Oráa á guarnecer á Oyeregui á un capitán con cuatro compañías.

Mina supo entonces que la junta carlista de Navarra se hallaba el 5 en Huici, la de Guipúzcoa en Leiza, un batallon en Lavallen, otro en Erasun, otro en Leiza, y los armeros en Ecurra, de donde salieron por la tarde tres batallones hácia el valle de Larraun; que de los nueve cañones que ocultaron en el monte de Ecurra, dejaron tres en este punto, y los restantes entre Leiza y Huici; que los carlistas tenian trigos en Saldias, Erasun y Ecurra, y que habian pasado por Galzaron sesenta cargas de granadas y balas. Comunicó todo esto el 6 á Oráa, advirtiéndole que el general Aldama habia marchado hácia Viana, Gurrea hácia Huarte-Araquil, Vigo se hallaba en Aoiz, y Zumalacárregui hácia Maestu.

Estas noticias confirmaron las que ya tenia Oráa, que se propuso salir de Santesteban á la madrugada del 6, emprendiendo su division la marcha por distintas direcciones,

con objeto de caer al amanecer sobre Lavallen, y sorprender á los carlistas que le ocupaban.

Jáuregui debia emprender un movimiento sobre Goizueta, y realizado el proyecto de Oráa, debia este mismo llegar á Ecurra á ocupar los cañones y el depósito de fusiles y salitre entre Saldias y Zubieta. Terminada esta operacion, se proponia reunirse con Jáuregui, cuya maniobra habia interrumpido anteriormente el mal temporal, que le impidió hacer un movimiento acordado, y pasar al momento á Urdax, á establecer las aduanas.

El cielo frustró la operacion de Mina. Una noche sobrado oscura y lluviosa, no era la mas á propósito para su intento. Esta misma circunstancia hizo que los carlistas no variasen de posiciones, por lo cual se dispuso á efectuarla el dia siguiente en esta forma, segun el mismo Oráa la reseña. (1)

«La primera brigada debia emprender su movimiento por Oiz y Urroz hácia Lavallen, á cuyo frente debia encontrarse de cuatro y media á cinco de la mañana, atacando á los carlistas y dirigiendo uno ó dos batallones por la izquierda de la misma villa á fin de cortarles la retirada del punto de Ellue para los valles de Bazaburua Mayor y Larraun.

»La segunda brigada debia salir á la una y media por el alto de Topillo-berro y Amezitia, marchando á ocupar con un batallon la borda de Azcarate y con los dos restantes el portillo de Saldias, para impedir que los carlistas acantonados en este puesto y en el de Erasun socorriesen á sus compañeros de Lavallen, y cortarles la retirada; y en el caso de que el batallon que debia dirigirse por la izquierda de Lavallen no pudiese llegar á tiempo de ocupar la altura de aquel lado, destacase algunas de sus compañías que detuviesen la fuga de los carlistas; y como podria muy bien acontecer que reunidos los batallones de estos, que estaban en Saldias y Erasun, proyectasen algun ataque contra las fuerzas situadas en el portillo de Saldias por el brigadier Barrena, encargó á este gefe le avisase en el acto, indicándole el punto por donde se presentaban los contrarios, para reforzarle, si era posible, pudiendo entretanto reconcentrar las fuerzas de la brigada, pero teniendo cuidado de cubrir siempre la

(1) Memoria histórica de la conducta militar y política del general Oráa.

derecha de Lavallen por la borda de Azcarale. En el caso de que los carlistas abandonasen los pueblos de Saldias y Erasun, el brigadier Barrena debia dirigirse con dos batallones al último de ellos, donde permanecería hasta recibir nuevas órdenes, procurando en el interin averiguar los depósitos de armas y otros efectos que tuviesen los carlistas en la jurisdiccion de aquel valle.»

Convenimos en que estaba perfectamente combinado este plan, y en que con la cooperacion de los diversos gefes y fuerzas que debian secundarle, los carlistas habrian recibido un golpe terrible. Zumalacárregui hubiera visto, sin duda, frustrados sus planes sobre el Baztan; sus acopios y disposiciones se inutilizaban; su gente se hubiera mermado por el plomo liberal, y por el pase de un batallon, como se tenia tratado con uno de sus gefes; hubieran regresado á sus casas muchos mozos de los pueblos de la montaña; pero el plan de Oráa no pudo llevarse á cabo en todas sus partes. Reconocemos su importancia, que hubiera tenido terribles consecuencias para la causa carlista; pero no abundamos en la lisonjera idea del autor, de que hubiera sido su ejecucion el golpe de muerte para la causa de don Carlos. Profunda hubiera sido la herida que la causaria Oráa, pero no mortal, á no aprovechar todos con oportunidad las consecuencias inmediatas del malogrado proyecto.

La causa de desgraciarse fué el retardo de Barrena en acudir al sitio designado. Bien conoció su falta, y tanto le preocupó, que le acometió un ataque cerebral, que acabó con su vida.

A pesar de este contratiempo consiguió realizar Oráa una parte de su plan, con favorables resultados.

«La segunda brigada, dicen sus Memorias, que debia ocupar el portillo de Saldias, retardó algun tanto su movimiento: esta circunstancia salvó á los carlistas que se fugaron por el citado punto mientras Oráa practicaba en Ecurra el reconocimiento de los cañones, y tenia divididas sus fuerzas en Erasun y Saldias, donde se ejecutaba igual operacion; sin embargo, ademas de la pérdida que tuvieron en los pequeños choques á que dió lugar este movimiento, se les cogieron quince cajones de cartuchos, el botiquin, un arca de fondos, la mayoria de un cuerpo, los equipages de algunos gefes y oficiales, trece caballerias, la herra-

mienta de los armeros y parte de la imprenta.

«Como ademas de la sorpresa indicada, tenia esta operacion el objeto de hacer un escrupuloso reconocimiento en los puntos donde se le habia asegurado hallarse ocultos seis cañones de á cuatro, quinientos fusiles y noventa y tres sacos de salitre, dejó Oráa dos batallones en Saldias, uno y medio en Erasun, y pasó á Ecurra con los tres restantes por ser este punto el mas inmediato á los carlistas y el mas interesante. Acababan de repartirse á los soldados los cartuchos de los carlistas, y estaba Oráa dando órdenes para recoger los efectos encontrados en la última villa, é inutilizar los que no podian conducirse, cuando fueron atacadas las partidas de observacion que estaban en las avenidas de Leiza, ocupadas por tres batallones carlistas. Dejando entonces en el pueblo dos compañías para proteger el reconocimiento y la escavacion que se hizo para encontrar los cañones, mandó salir algunas fuerzas de cazadores y tiradores, sostenidas por un batallon sobre el frente atacado, otro por la derecha con direccion á la altura de Uzateguieta, y seis compañías por el centro. Los cazadores se arrojaron decididamente sobre los carlistas, cuyos puestos ocuparon persiguiéndoles hasta el boquete de la montaña citada; pero reforzados con dos batallones de reserva, y protegidos por tres que desde la cresta de la eminencia iban destacando guerrillas y envolviendo el ala derecha, se vió precisado el batallon de granaderos de la Guardia Real, que sostenia el frente, á entrar en accion, en la cual conservó denodadamente su puesto el tiempo necesario para reconocer donde estuvieron los cañones. Concluida la operacion, y conocido el empeño del carlista, de colocarse á la retaguardia de Oráa, dispuso éste la retirada por escalones, empleando tres batallones, sosteniéndose y protegiéndose mutuamente hasta la altura de la tejeria de Erasun, donde mandó con anticipacion posesionarse á cuatro compañías de Sigüenza y al batallon de Avila. Una guerrilla mandada por Cruz Alvarez cubrió la izquierda de la villa de Ecurra; para proteger la retirada del último escalon; pero se detuvo haciendo fuego, aun despues de recibida la órden para retirarse, y fué víctima de su bizarría. Zumalacárregui en tanto, que habia llegado la víspera á Lecumberri con dos batallones, y á quien se le incorporaron en aquella ma-



ñana los cuatro que le seguían, quiso aprovecharse de la situación en que Oráa se hallaba, y concibió el proyecto de cogerle en las gargantas de Saldias á Erasun y Eسcurra; pero descubierta su columna, cuando se asomaba por el camino de Berruete á la cresta de la montaña de Erasun, y sin detenerse Oráa mas que lo preciso para la reunión de los cuerpos, continuó su marcha á Saldias, dejando para cubrirla sobre aquel pueblo cuatro compañías de granaderos provinciales y otras cuatro de cazadores y tiradores. Cuando la retaguardia de Oráa llegaba á Saldias, entraban en Erasun los batallones de Zumalacárregui. El gefe liberal, despues de dar un pequeño descanso á su gente, viendo que la contraria marchaba con todas sus fuerzas sobre él, y destacaba dos batallones por el camino de Zubieta, para tomar las posiciones de su retaguardia, al propio tiempo que Sagastibelza, contramarchando rápidamente habia llegado de Almandoz al monte de Lavallen, donde esperaba al quinto batallon para ocupar el boquete de esta villa ó la altura de Topil'oberro, continuó su marcha por el alto de Amezcía á Santesteban; pero atacadas á la media hora las compañías de cazadores y tiradores que cubrían la retaguardia, hubo de colocar por escalones sus fuerzas para contener el ímpetu de los contrarios, que las acometían á la carrera en semicírculo, en cuyo orden siguieron hasta las bordas de Itarren, en donde les contuvieron los soldados de la reina, rechazando vigorosamente sus ataques, y causándoles bastante pérdida, desde cuyo momento se detuvieron y retiraron á los mencionados pueblos. Oráa regresó á Santesteban á las siete de la noche, despues de haber sostenido con poca intermision de tiempo, y en avance y retirada, tres ataques contra fuerzas muy superiores.»

La conferencia con Jáuregui no pudo tener lugar, desgraciado el plan, y le citó á Echalar para el dia siguiente, á donde se propuso marchar el 9, segun dijo á Mina el 8 desde Elizondo; añadiéndole que Zumalacárregui ocupaba á Lecumberrí con bastantes fuerzas, y á la expectativa de lo que pudiera suceder, porque supo el plan de Oráa, merced á un oficio interceptado. Por esto su insistencia en estar á la mira de los valles, pretendiendo internarse en ellos, con lo cual trastornaba los planes del gefe liberal, que deseaba reconcentrar sus fuerzas hácia la Ulzama y Bazaburua Mayor; pro-

poniéndose en el caso de la invasion de los carlistas dejarles penetrar hasta la línea fronteriza, ocupar entonces los puertos y puntos de retirada, y atacarles con el resto de las fuerzas donde quiera que se encontrasen, prometiéndose un éxito lisongero.

Estos planes, y los que formó para el alistamiento de los jóvenes del país, á quienes dirigió una proclama en vascoence, fueron aprobados completamente por Mina, que le envió ademas algunas instrucciones.

Oráa se dirigió al fin á Echalar y conferencia con Jáuregui; Sagastibelza entretanto atacó el 10 inútilmente el fuerte de Santesteban, retirándose aquella noche hácia Urroz.

Ventajoso fué á los carlistas este movimiento, que parecia proteger las escavaciones en las proximidades de Donamaria, estrayendo útiles de toda especie y moldes de fundicion para obuses y morteros, al mismo tiempo que cerca de Saldias y Lesaca fundían en una ferreria una pieza de grueso calibre, y construían espoletas.

¡Gran prueba de confianza daban con tales hechos los carlistas, siéndolo de decidido entusiasmo, sino se contaban seguros en aquellos sitios donde tanto arriesgaban!

Oráa, poniéndose de acuerdo con el general Arispe, comandante general de la division de los Pirineos occidentales, le pedia cartuchos por encargo de Mina, y aquel consultaba á su gobierno por el telégrafo, cosa que incomodaba á nuestros generales, pero tenían que aguardar la respuesta del gabinete aliado, y quizá malograr en el ínterin una operacion favorable á la causa liberal, por la que de público se mostraba, como debia, partidario el gobierno francés. Concedíanse al fin los pertrechos de guerra que se pedían, y la consulta venia á ser una mera formalidad, que debia escusarse, si como el buen sentido aconsejaba, merecia el conde de Arispe la confianza del ministerio, lo cual no podia menos de ser, hallándose colocado en punto de tanta consideracion por la vecindad del teatro de la guerra.

#### DISPOSICIONES DE ORÁA.—DECISION DE LOS VALCARLESES.

#### XXXII.

Zumalacárregui emprendió nuevos movimientos hácia la Berrueza, con intencion, al parecer, de dar otra embestida á Santes-

teban, cuyos habitantes tenian simpatías por la causa liberal, sin embargo de que los carlistas les habian refrenado llevándose su ayuntamiento. Se aumentó, sin embargo de este golpe, lo milicia activa, como en Elizondo, contando así Oráa con muy útiles auxiliares.

Para llamar este gefe la atencion de los carlistas, y continuar mas desembarazado la fortificacion de Urdax, ofició el 15 á Jáuregui, para que, si le era posible, se moviese sobre las alturas de Lesaca, ó donde mejor le pareciese, á fin de imponer al enemigo. Pero supo Jáuregui la reunion de diez y ocho batallones carlistas entre Salinas, Arechavaleta, Mondragon, Elorrio y Oñate, donde tenian nueve cañones, y que se sentia tiroteo y cañonazos hácia Vergara, y creyó mas conveniente dirigirse á este punto, que á donde le manifestaba Oráa.

Este continuó en Urdax hasta el 17, en que terminó las obras de fortificacion, y previno al comandante de la fuerza que la guarnecia:

1.º Que era ilícita y reprobada por las leyes toda clase de composicion ó capitulacion con los carlistas, debiendo en su consecuencia apurar cuantos recursos estuviesen á su alcance para conservar á toda costa el punto que se le confiaba.

2.º Que procurase granjearse el aprecio de los habitantes de la poblacion y fomentar la armonia entre estos y los individuos de la guarnicion, para adquirir de esta suerte noticias de los movimientos de los enemigos y de las tropas cristinas, y aumentar el número de los defensores en caso de ser atacado.

3.º Que estableciese, de acuerdo con la autoridad civil, entre el paisanage del pueblo y el de los inmediatos, un servicio continuo y diario de vigias en todas las alturas que rodeasen al pueblo, procurando que estos puestos le diesen continuos partes de las novedades que advirtiesen, tanto de dia como de noche.

4.º Que destacase partidas mas ó menos numerosas, segun las circunstancias, las cuales recorriendo las inmediaciones, mantuviesen en respeto al enemigo, alejándolo é imponiendo á las poblaciones circunvecinas.

5.º Caso de ser atacado, debia el comandante del fuerte de Urdax disputar el terreno exterior todo el tiempo que se lo permitiesen las fuerzas de que pudiese disponer, con relacion al número de los enemi-

gos, y á la mas ó menos decision que empleasen en el ataque.

6.º Si juzgare que el enemigo se hallase resuelto á bloquear el pueblo y á estrechar la guarnicion en las defensas construidas, defendiese primeramente las obras exteriores sin abandonarlas hasta que conociese la absoluta imposibilidad de sostenerlas, procurando averiguar y saber por medio de sus confidentes y por las disposiciones del enemigo el verdadero punto de ataque para obtener en él la defensa.

7.º En el caso de perder las obras exteriores se reduciria á la defensa del casco del pueblo, disputando el terreno palmo á palmo y casa por casa, sin abandonar ninguna de las que se propusiese defender hasta el caso de ver amenazada su comunicacion con el fuerte, la cual debia tener á todo trance espedita para efectuar su retirada y hacer en él el último esfuerzo. Y por último, que siendo el objeto de la fortificacion de los citados puntos, evitar que los enemigos recibiesen ninguna clase de auxilios del extranjero, quitarles los recursos que habian sacado con los derechos de aduanas y aumentar los fondos del erario, exigiendo los derechos de los géneros que se introdujesen del extranjero. El comandante del fuerte de Urdax debia conservar en el puesto avanzado treinta cazadores de Isabel II que protegiesen y auxiliasen las operaciones del administrador de rentas, y defendiendo el punto á toda costa, debia hacer salir frecuentemente partidas de los naturales del pais, que con arreglo á las noticias confidenciales que recibiese y en combinacion con otras fuerzas que saldrian de Vera y Elizondo, recorriesen la frontera, persiguiesen incesantemente á los aduaneros facciosos y al contrabando, é impidiesen la introduccion de municiones, caballos y otros efectos para los enemigos, como habia sucedido hasta el dia.

A pocas interpretaciones daban lugar tan terminantes articulos, que dan amplio asunto de discusion; pero los hechos hablarán por nosotros. No dejaremos de observar, sin embargo, que las guarniciones que bajo tal responsabilidad eran colocadas en los puntos fortificados, estaban resueltas á arrostrarla, cumpliendo con la ordenanza y sus juramentos.

Si no faltaban algunos gefes y oficiales temerosos, los mas eran valientes; si algunos soldados eran insubordinados, otros, la mayor parte, podia servir de modelo á las

huestes mas disciplinadas. De todo carecian sin murmurar, y sin ver término á sus sacrificios, todos los dias prodigaban su sangre con decision heróica. Tomando siempre á la bayoneta las formidables posiciones que siempre elegian los rebeldes para batirse. Si los generales no se hubiesen empeñado tantas veces en conquistar por el momento inútiles posiciones, economizando el heroismo de los soldados, y empleando su ardor cuando la necesidad ó la conveniencia lo requiriesen, otro fuera el estado de la guerra.

Oráa por este tiempo tuvo la satisfaccion de ver los resultados que iba produciendo su política: el pueblo de Valcarlos se pronunció por la causa liberal. Los mismos carlistas contribuyeron á su decision. Su comisario de guerra, don Narciso Taboada, ofició desde Arraras el 13 de abril, al alcalde de Valcarlos, pidiéndole tres mil raciones de carne, amenazándole con que de no presentarlas el 18 en el mismo Arraras, procedería contra él por desobediente á cuantos pedidos se le habian hecho. El alcalde convocó entonces á la mayoría de los vecinos del pueblo, y unánimes decidieron negarse á satisfacer el pedido y cualquiera otro que se hiciera por los carlistas, contestándolo asi en términos comedidos.

Dado este paso, presumieron fundadamente que los carlistas quisieran hacer alguna tentativa contra Valcarlos, y careciendo de armas y municiones para oponerse á cualquiera agresion, solicitaron de Mina una autorizacion ú orden para que ya en San Juan ó en Elizondo, les franqueasen las armas y municiones que necesitaban para poderse defender, pues la localidad del pueblo les prometia una fácil defensa, y el vecindario estaba decidido á hacerla.

Creóse la milicia urbana, y al comunicar esta disposicion á Mina su comisionado en el pueblo, don Juan Pedro Aguirre, le manifestaba «que urgía el armamento, porque el vecindario, poco tolerante, no habia podido resistir mas, y se habia determinado á negarse á toda exaccion de los carlistas, confiado en la proteccion de Mina» á quien dicho sugeto pedía instrucciones, y una orden ó facultad para organizar provisionalmente los mozos del pueblo en caso de necesidad.

No se ocultaba al general en jefe el compromiso que contraia Valcarlos, máxime no dominando los liberales los valles del Baztan, Bertiz-Arana y otros puntos

de la montaña, cómo se proponian; pero no creyó desaprovechar tan favorable coyuntura de asegurar á Valcarlos, como le ofrecia el decidido entusiasmo de los valcarloeses, el cual seria el mejor estímulo para los inmediatos valles de Ayezcoa, Val-de-Erro y Roncal, que abundando en sentimientos liberales, deseaban ser apoyados para declararse abiertamente por la causa liberal.

En su consecuencia. Mina dió al portador un oficio para el conde de Arispe, rogándole facilitase los fusiles que habia en Arnegui y las municiones que pudiera necesitar; y una orden al comandante de armas de Elizondo para que auxiliase con cuantos recursos tuviera á la mano á Valcarlos; otra á don Francisco Balasque, de Bayona, para que si tenia todavía á su disposicion armas y municiones de sus encargados de San Juan, Arnegui ó sus inmediaciones, las facilitase; y previno á Oráa á fin de que procurase saber siempre del pueblo, y concurriese á auxiliarle y protegerle. Por último, envió á Aguirre la autorizacion que pedía.

Estos acontecimientos, que parecerán á algunos de poco valer, tenian mucha importancia entonces y en aquel terreno.

#### TÉRMINO DEL MANDO DE MINA.

### XXXIII.

Despues de luchar y reluchar consiguió mismo, envió Mina el 8 de abril su dimision al ministro de la Guerra, manifestando en ella que cuando S. M. le honró con el mando del ejército, hallándose en Cambó, si su gratitud y sus sentimientos liberales le animaron á admitir este cargo, su delicadeza le obligó á esponer el mal estado de su salud, no solo confidencialmente y de oficio, sino con un certificado facultativo en debida forma. Las contestaciones lisongeras, añadía, y las súplicas de sus amigos, le hicieron resolverse á encargarse en tan mala situacion de un ejército desanimado, al tiempo de volver á su patria despues de once años de proscripcion. No hay duda que la presencia de un general mantiene á sus tropas en la subordinacion y disciplina, les inspira confianza, y prepara la victoria; Mina lo sabia bien, y era para él un tormento no poder participar á todas horas de las fatigas y riesgos de sus compañeros, y ver que se malograban ocasiones de triunfo, y de adelantar la pacificacion de las provincias. Desde que se encargó del mando, sa-

No cinco ó seis veces de Pamplona, y cada vez las fatigas le postraron de nuevo, y agravaron sus dolencias, convenciéndose por estos ensayo de no poder ejecutar por sí mismo una larga operacion capaz de producir resultados decisivos. La falta de tropas, además, hacia su posicion demasiado difícil y arriesgada, porque habria podido atribuirse á pusilanimidad y poco celo que hubiese dimitido en ocasion mas apurada. Pero ahora que los nuevos refuerzos y los que se preparaban no hacian tan difícil el coger laureles mas brillantes y dar mas actividad y estension á las maniobras, era llegado el caso de que otro general, que pudiese estar constantemente á la cabeza de las tropas, no solo respondiese de los resultados en un dia de combate, y siguiese el plan de operaciones preparado antes, sino que le modificase y variase bajo su responsabilidad.

En el mismo dia que Mina enviaba su dimision basada en tales razones, disponia el gobierno la salida del ministro de la Guerra, don Gerónimo Valdés, con el mando en jefe del ejército de operaciones y de reserva, y de las tropas que hubiese en las capitánias generales de Castilla y Aragon.

A los pocos dias ordenaba Valdés desde Bribiesca que todas las divisiones de Navarra marchasen sobre Miranda de Ebro, pasando este rio. Mina, al saber el 15 por Aldama estas disposiciones, mandó á Gurrea que, con los seis batallones de su brigada, marchase por el valle de Ollo y puerto de Lizarraga á ponerse en comunicacion por aquella parte con Valdés; y el brigadier Méndez Vigo le hizo pasar desde Aoiz á los Berrios para estar mas á mano de atender al Baztan y de cooperar á cualquiera combinacion.

Estos movimientos se ejecutaron el 16; y al siguiente dia remitió Mina su último parte diario al gobierno, diciéndole que Oráa le notificaba, según le manifestó Jáuregui, la llegada de Zumalacárregui á Vergara, á donde aproximó en la noche del 13 nueve cañones, que rompieron el fuego contra la fortificacion y el pueblo el 14; que por esto no podia prestar ayuda á Oráa, quien esperaba, si el tiempo lo permitia, tener concluidas el 17 las obras de fortificacion y puesto avanzado para el percibo de los derechos de aduanas, la cual quedaria establecida el 18; formando la guarnicion de ambos puntos una compañía del batallon de Orense y cuarenta cazadores de Isabel II,

que perseguirian el contrabando y recorreran toda la frontera hasta Echarlar con los que dejó en Vera. Concluido esto, debia llevar un gran convoy de viveres y municiones á Santesteban, y si los carlistas no le estorbaban, pasaria luego á Vera á hacer la misma operacion. Siendo el resultado de todo esto, favorable, como esperaba, creia se podia empezar el armamento de la juventud, que se hallaba bien dispuesta, y en seguida el de los pueblos; pero consideraba seria antes conveniente se alejasen los carlistas fuera del radio de cuatro leguas del distrito que se le habia confiado, y que mientras se formaban con los mozos las compañías y batallones, hubiera una fuerza respetable en Basabutua mayor y valle de Larraun, que impusiera al enemigo y le contuviese, al paso que protegiese sus operaciones y asegurase las personas y propiedades de los habitantes de los pueblos de estas montañas; creyendo necesarios otros mil ó mas fusiles, y que asi estos como las cananás, vestuarios y municiones se hallaran á su disposicion para fin del mes, porque la revista del próximo la pasaria como cuerpo la partida de Goyeneche.

Mina, á quien tanto lisongeaban estos resultados, lo facilitaba todo, y accedió á cuanto pedia Oráa. Asi que los últimos dias de su mando no fueron estériles para la causa liberal, porque coadyuvó en ellos poderosamente á aumentar sus defensores.

El 18 recibió varios oficios de Valdés fechados en Logroño, y entre ellos uno en que le manifestaba que el encargado en su ausencia del ministerio de la Guerra, le trasladaba una real orden del 13, admitiéndole la dimision de su mando por el progresivo mal estado de su salud; que S. M. deseaba se restableciese para que se empleara en bien de la nacion y defensa del trono de su hija; y que si era tal el estado de sus dolencias que no le permitian continuar en dicho mando hasta que se le diera sucesor, le entregase desde luego al mariscal de campo don Manuel Benedicto.

La real orden del 13, firmada por don Valentin Ferraz, venia á decir que dada cuenta á S. M. de su esposicion del 8, le admitia con sentimiento su dimision, siendo su real voluntad eligiera el pueblo mas á propósito para atender con tranquilidad al cuidado de su quebrantada salud, á fin de que restablecido, según deseaba S. M., volviera á emplearse en servicio de la nacion y del trono.

Sin dilacion entregó Mina el mando á Benedicto.

PLANES DE MINA.

XXXIV.

Mina fué uno de los pocos generales que comprendieron la guerra; pero de los que menos operaron, á causa de sus dolencias. No hemos visto durante su tiempo colosales resultados, es cierto; pero tampoco desastres; y esto era mucho en aquella lucha especial.

Pero examinemos detenidamente la época de su mando, que lo merece é interesa, sirviéndonos de mucho para nuestra tarea sus mismas Memorias.

Segun ellas, entraba en sus planes hacer la guerra á los carlistas con la gente del pais, mas apta para el caso, concedo-  
ra del terreno, y con relaciones en él: el ejército ocuparía útilmente las poblaciones donde hubiese fuertes. Convino en ello el gobierno, y aun le autorizó para admitir enganches de franceses limítrofes á Navarra, por lo cual no estaba Mina.

Ea su consecuencia, aumentó los dos pequeños cuerpos de naturales del pais, ya organizados, de infanteria el uno, y el otro de caballeria; tiradores los primeros y flanqueadores los últimos de Isabel II, que aunque mirados por el ejército con prevencion por su extraño trage y modo de vivir, les preferian los gefes porque iban siempre en la vanguardia, se batian heroicamente, y prestaban servicios que hubieran sido imposibles á la tropa. Proporcionaba Mina nuevos reclutas á estos cuerpos, cuya importancia conocia; pero no eran en el número que deseaba, porque la mayoría defendia á don Carlos; y aunque procuraba fomentar la desercion de los carlistas, el prestigio de Zumalacárregui, el temor que infundian sus providencias, y el no dejar espuestos á sus parientes á una venganza segura, contenia á algunos, á pesar de las seguridades que les ofrecia Mina.

Este, ya que no podia contar con todas las tropas que necesitaba, se sujetó por necesidad al sistema de fortificacion, hasta que llegaran los refuerzos de continuo prometidos, y que de continuo reclamaba.

Las dos líneas principales del Ebro á Pamplona que van desde Tudela y Logroño, estaban aseguradas con fuertes. Tambien los habia por la parte de Tudela, Tafalla y

Caparroso; en Peralta, Lerin y el puente de Lodosa. Desde Logroño se contaban las fortificaciones de Viana, Los Arcos, Estella y Puente la Reina, resultando un vacío entre estos últimos puntos y los que desde Puente dirigian á Lerin en los pueblos de Cirauqui y Mañeru, eminentemente carlistas, y donde eran interceptadas las comunicaciones.

En Salvatierra, Olazagoitia, Echarri-Aranaz é Irurzun estaba la linea de fuertes de Vitoria á Pamplona. Habia ademas de los que ya conocemos, otros aislados, como Elizondo, Maestu, etc., cuya conservacion era costosa, aunque importante.

Elizondo, por ejemplo, era la llave del Baztan, cuya posesion interesaba á unos ú otros, por lo que mantenía siempre Zumalacárregui en aquellos puntos, de cinco á siete batallones, que tenían en continuo conflicto á la guarnicion, y reprimido todo el pais. En él tenía las fraguas donde fundia sus cañones de mayor calibre; las fábricas de Orbaiceta, que abastecian de bombas, granadas y balas; dominaba toda la cordillera de los Pirineos, por donde recibia de Francia toda clase de auxilios, y habia establecido aduanas para cobrar los derechos de toda clase de comercio, legal ó de contrabando.

Para impedir todo esto tenía Mina interés en dominar al Baztan, golpe terrible para los carlistas, y quizá el principio de su destruccion, como decia Orma.

Este plan de Mina daba desde luego á conocer que comprendia la guerra, y que era el gefe que si podia hacer una verdadera campaña, obtendria los resultados que ninguno hasta entonces obtuvo.

Ocupado por Mina el Baztan, armaria á sus habitantes y á los de los valles y villas inmediatas á él, contra los carlistas, á los de Valcarlos y del valle de Ayezcoa, tan pobres como liberales, cortando así al enemigo su comunicacion con Francia, imposibilitando á sus aduaneros y confidentes, y quedando resuelto uno de los problemas de la guerra de Navarra en favor de la causa liberal, cual era el de hacerla con las gentes del pais, sin fatigar tanto al ejército, con menos derramamiento de sangre, porque es una verdad que el pueblo no desconoce, que los paisanos se habrian entendido entre sí antes y mejor en sus querellas, que mediando la tropa.

Mina pensaba conseguir todo esto cuando con los nuevos refuerzos pudiera desti-

nar tres ó cuatro batallones á ocupar á Le-cumberri, y á estar en inmediata comunicacion con Oráa y Jáuregui, cortando así á Zumalacárregui el cruceiro del camino real desde la Burunda al Baztan, y estrechándole hácia las Amezcoas por aquella parte; pues por el otro extremo á la raya de Aragon, estaba Sos y la nueva fortaleza de Lumbier, que habrian protegido el armamento de los liberales roncaleses, que pedian fusiles y proteccion. «Era llegado este caso, dicen las Memorias de Mina, y enclavado entre este valle y el de Ayezcoa, auxiliados de los valcarleses, el facciosísimo valle de Salazar, cuyos moradores son los que han hecho un mal inmenso á la causa desde el principio de la insurreccion, hubiera sucumbido y pagado la pena que tan bien merecida tenia, así como quedaria enteramente sujeta á merced de los leales toda la merindad de Sangüesa.»

Sin embargo de no ser lo mismo estudiar en el bufete sobre el mapa y los papeles estas combinaciones, que en el terreno y junto á los enemigos, no creemos aventurar mucho asegurando que el éxito, sino tan absolutamente ventajoso como el caudillo liberal se prometia, se presentaba muy lisongero. Sin una de esas peripecias de la guerra que podría tener lugar en una accion, no parecia difícil, porque ya empezó á ser un hecho, la ocupacion del Baztan y el empujar á Zumalacárregui á las Amezcoas. Aqui tambien hubiera establecido sus fundiciones, pero no tenia para ellas tantos elementos. A Zumalacárregui no le faltaban combinaciones de halagüeño porvenir; y no creemos, como Mina, que se viera estrechado á las Amezcoas, ú obligado á estenderse en el pais llano de la Ribera, ó en la llanada de Alava: tenia aun á Guipúzcoa y á Vizcaya, á donde por resultado de una accion, ó por un golpe de mano podía pasar; pero no le convenia dejar la Navarra; y así como Mina solo atendia en su plan á esta provincia, Zumalacárregui solo se cuidaba tambien de conservarse en ella.

El gefe liberal obtuvo algunas ventajas; pero tambien perdió puntos fortificados, que como Echarri-Aranaz, eran la base de muchos movimientos. El carlista no se descuidaba: era activo, astuto y valiente. Comprendia los intentos de Mina, y procuró contrarestarlos, teniendo que emplear toda su inteligencia, su actividad, su valor y su constancia, pues de todo necesitaba contra su enemigo, poderoso aunque enfermo, á

quien temia, porque sabia el medio de poderle perjudicar.

Así, pues, estudiando atentamente aquel periodo, veremos á los dos caudillos enemigos procurando estudiarse sus intenciones en el menor movimiento de sus tropas; seguir sus marchas, aprovecharse del menor descuido, y batirse con empeño, y con emulacion, por que el liberal no queria perder su prestigio, y el carlista aspiraba á ganarlo: al uno le abonaban sus gloriosos antecedentes; al otro su célebre presente: el uno habia ya conquistado un nombre, el otro queria conquistarle. ¡Digna lucha que les empeñaba mas en obséquio de su causa, y en perjuicio de la humanidad!

#### JUICIO CRÍTICO SOBRE EL MANDO POLÍTICO DE MINA.

#### XXXV.

Al aceptar Mina el mando del ejército del Norte, no solo se propuso un fin militar, sino tambien político, no siendo este el que menos atencion le merecia.

Como una demostracion palpable, (aunque indirecta) de la errada política de Quesada, se propuso emplear con los pueblos la bondad, la dulzura y la tolerancia, cualidades que distinguen al hombre verdaderamente político, y son una prueba de la rectitud de sus convicciones y de la justicia de su causa.

Empezó por armonizar con las autoridades locales y civiles; y prestando una decidida cooperacion á cuantas medidas de utilidad publica le presentaban, bien pronto conoció el pais lo que vale ese poderoso maridage entre la fuerza y la administracion. Los resultados, como no podia menos, fueron favorables al pais y á la causa liberal.

Accesible Mina á todos, ni el descanso, ni la mesa, ni la sociedad, ni las horas de recreo, eran un obstáculo para que le hablasen cuantos lo solicitaban; y cuando conocia la justicia de la demanda, no se hacia esperar mucho la resolucion.

A él acudieron las familias de los que desterraron anteriores gefes, y á todos, escepto á dos ó tres, les permitió regresar al seno de sus familias, prévio el dictámen del auditor de guerra. En el curso de su mando tuvo motivos de congratularse por su proceder, tan ventajoso para la causa liberal, como honroso para su persona.

Condenando con sus hechos la conduc-

la de Quesada, hizo beneficios que fueron indignamente correspondidos. Ni Zumalacárregui le agradeció la libertad de su hija, y nodriza, ni los prisioneros de Lumbier se portaron debidamente.

Eran veinte y tantos los que hizo Mina en una de sus primeras salidas, y les dejó en plena libertad para tomar el partido que quisieran, en vez de conducirlos á un puerto para ser embarcados á Ultramar, como estaba mandado. Estos mismos carlistas tratados con tanta generosidad, hallándose de nuevo en sus filas, concurren á una pequeña accion, y desde sus parapetos insultaban á los mismos á quienes debian vida y libertad, jaclándose de ser ellos los prisioneros de Lumbier, y de que tenian grandisimos deseos de acabar con todos los liberales. Los soldados que tuvieron la desgracia de caer en su poder fueron vilmente asesinados por aquellos desalmados en recompensa del buen trato que de ellos recibieron.

Tolerante con las opiniones de todos, con tal que se sujetaran á la ley, solo á dos personas, por faltar á ella, don N. Izco, vecino de Lumbier, y el capuchino padre Lárraga, de triste celebridad despues, fueron presos y puestos á disposicion del comisario régio, que los conservaba en prision al dejar Mina el mando.

Algunos procesos anteriormente instruidos, se terminaron bajo su autoridad, conformándose con las condenas de sentencia capital, impuestas por el juzgado, prévio el dictámen del auditor de guerra.

Un incidente en que figuró Mina, merece referirse.

Prendió Zumalacárregui á varias señoras del Baztan, cuyos maridos habian emigrado, y les hizo seguir á su cuartel general, dándolas un trato inhumano sin considerar la situacion delicada en que alguna se hallaba. Al cabo de varios dias de fatiga, de trabajos y de amarguissimas penas, las multó en 21,000 duros, pudiendo lograr se rebajasen á 14,000, que buscaron con mil trabajos y sacrificios.

Mina tenia extrajudicialmente conocimiento de todo esto: en su posicion debiera impedir que adquiriese su enemigo este recurso con que atender á sus necesidades; pero no podia mirar con indiferencia el lamentable estado de aquellas desgraciadas señoras, con quienes de nuevo se deshonró Zumalacárregui. El desamparo y abandono de sus casas y familias, y la emigracion de

sus maridos, merecian consideracion en su favor. Sino las leyes de conveniencia y de politica, las de humanidad abogaban por su suerte. Padecian por la causa liberal, y era justo salvarlas.

Decidióse por esto á tomar el partido mas equitativo. Hizose el desentendido con respecto á los negociadores del rescate y á los que aprontaron el dinero, y procuró que en su conduccion no hubiese tropiezo, pero sin tomar ninguna disposicion ostensible que comprometiese su autoridad. Libertáronse aquellas esposas desoladas mediante tan vil rescate, y para no quedar otra vez espuestas á insultos iguales, abandonaron sus casas y emigraron al lado de sus maridos y parientes.

Mina, que hasta entonces no habia usado de represalias, hizo prender á la madre del alcalde del Baztan, don N. Echeverría, que fué el primero que levantó en el mismo pendones por don Carlos, y cuya señora habia sido respetada hasta entonces á pesar de su exaltacion de opiniones. Tambien fueron presas otras mugeres, y algunos carlistas que se habian comprometido demasiado. Conducidos á la cárcel civil de Pamplona, se les impuso gubernativamente una multa de 14,000 duros, igual á la que habian satisfecho las señoras liberales, repartiendo á cada cual su cuota. Cuando Mina dejó el mando, todavia quedaban en la prision varias personas, y entre ellas la madre del alcalde, por no haber satisfecho su parte.

Destináronse estas cantidades al equipo de los cuerpos francos, mas no llegaron á invertirse y quedaron existentes al cesar Mina en el mando.

En conclusion, nada dice mas en favor de Mina, con respecto á la época que nos ocupa, como la proclama que Zumalacárregui publicó en los periódicos estrangeros, en la cual se hallan estas líneas:

«Bravos soldados, felicitémonos. El Dios de las batallas nos protege. Jamás su proteccion se ha manifestado de una manera mas patente que ahora. De débiles que éramos nos ha convertido en fuertes, de tímidos en bravos. El nos ha conducido por su mano protectora de victoria en victoria; él se ha servido de nuestras armas para abatir el orgullo de Sarsfield, del tráfuga Quesada, de un Rodil coronado de laureles en Portugal. El ha querido ademas manifestar á la Europa por un hecho singular, que los defensores de la legitimidad de nuestro buen

su  
le  
su  
ra  
  
lo  
on  
á  
te  
o  
te  
se  
il  
-  
t-  
y  
-  
e  
-  
el  
-  
á  
-  
os  
-  
a-  
r-  
a  
-  
a  
-  
e  
u  
-  
o  
á  
r  
-  
r  
s  
-  
,  
s  
-  
a  
-  
u  
el  
r  
-  
n  
r  
s  
n





D. GERONIMO VALDÉS.

amado rey don Carlos V de Castilla y VI de Navarra, son bien dignos de la victoria. ¡El nos ha presentado por el contrario á Mina! Mina solo podia balancear nuestra victoria. Mina solo podia detener todavia sobre los bordes del abismo el trono vacilante de la débil criatura que la bajeza y el crimen quieren imponernos por reina; él, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reúne una reputacion colosal, y por sus venas corre sangre navarra... Y sin embargo, él ha caído.»

Sincera era esta manifestacion de parte de Zumalacárregui: tenia muchos y poderosos motivos para congratularse por la retirada de Mina, el mas temible enemigo que hasta entonces tuviera.

Tal fué Mina en el mando del ejército del Norte. Los que le han acriminado por supuestas causas, han procedido con el mismo acierto que O'Connell y Price al llamarle monstruo en la sesion del 24 de junio en la cámara inglesa, porque no cangeó á O'Donnell, sin echar de ver aquellos eminentes hombres públicos de Inglaterra que O'Donnell fué fusilado en abril, y Mina no vino á España hasta el 30 de octubre del mismo año; con la particularidad de que cuando Zumalacárregui sacrificaba á O'Donnell, Mina estaba en Londres hacia tiempo, y permaneció algunos meses despues.

Con razon pudo decir un periódico *El Courier*:

«Los señores O'Connell y Price debieron haber esperado noticias mas auténticas antes de censurar tan ligeramente y con tanta injusticia en el parlamento la conducta de uno de los mas valientes y virtuosos patriotas que tiene la España, y no dudamos que muy pronto manifestarán su sentimiento por haberse producido tan inconsideradamente.»

DON GERONIMO VALDES.

### XXXVI.

El 6 de mayo de 1784 nació en la pequeña aldea de Villarin, del principado de Asturias, don Gerónimo Valdés, recibiendo de sus padres la educacion que le dió el característico sello de la honradez; educacion que instruye con el consejo y edifica con el ejemplo. Una vez se escapa del colegio y su padre le devuelve, presentándose á la vez como mediador y como juez. Juega Valdés una cantidad que debió haber entregado á un acreedor de su padre, y éste al

TOMO II.

cabo de algun tiempo le saca al campo á paseo, y despues de hablar de cosas generales, le dice de repente con tranquilidad y como sin premeditacion:

—No me has avisado haber satisfecho el dinero que te encargué entregases á don F. de T.

La contestacion fué fijar la vista en tierra y quedar enmudecido. Su padre guardó tambien silencio un rato, y con ademán cariñoso y dulce, y tierna voz le dijo:

—Ya lo sé todo, pero nada importa: solo tengo el sentimiento de que no me lo hayas comunicado con oportunidad para no caer en falta con el acreedor.

Tomó entonces á su hijo de la mano, y añadió conmovido:

—Otra vez, hijo mio, cuando te suceda alguna desgracia, que nadie lo sepa primero que tu padre ¿á qué otro amigo, á quién mas interesado que él puedes en el mundo acudir hallándote en cualquier conflicto?

En seguida, y como si nada hubiera pasado, toma un aire festivo, y continúa el paseo, hablando como antes de objetos indiferentes: jamás recordó el suceso, ni hizo acerca de él la mas mínima alusion.

Valdés no olvidó aquel rasgo de talento, de bondad y de amor paternal: su alma quedó profundamente impresionada; el odio que su padre tenia al juego y á los jugadores le hacia esperar un castigo ejemplar; por esto Valdés recuerda aquella escena con lágrimas de amor y agradecimiento.

Era bachiller en ambos derechos, cuando la invasion francesa provocó el alzamiento del principado de Asturias, en el que tomaron una parte activa los estudiantes, siendo Valdés de los que mas se distinguieron entre los de la universidad de Oviedo, debiéndose á esto sin duda, el que al organizar la juventud en regimientos, le nombrase en 18 de junio la junta del principado capitán del de Cangas de Tineo, que se habia constituido provisionalmente.

Marchó Valdés á Leon, donde se hallaba su regimiento, y al dia siguiente de haber tomado el mando de su compañía, fué batido en Rioseco el ejército á que pertenecía su cuerpo. Precísado á retirarse el ejército á sitios mas seguros, siguió con su regimiento, en el que prestó un importante servicio cuando se insurreccionó y marchó á Oviedo. Incorporado despues en Orduña al ejército, se halló en la accion de Balma-seda el 5 de noviembre, en la batalla de

Espinosa de los Monteros, que duró los días 10 y 11, y en la de San Vicente de la Barquera el día 19. En 1809 estuvo en la línea de Columbre, en la acción de Molleda el 18 de febrero, y en las de Barcas de Unguera, en Peña-Castillo, en el puente de Santa Lucía, en Cabezon de la Sal, en la batalla de Medina del Campo y en la de Alba de Tormes, ejerciendo en ambas el cargo de ayudante de órdenes del jefe de la brigada, para que fué elegido el 22 de noviembre. En marzo de 1810 fué nombrado ayudante de campo del general Ballesteros, y se halló en las acciones de Ronquillo y de Aracena, en la batalla de Canta el Gallo, y en la defensa del castillo de las Guardas.

El primer día de 1811 estuvo en el combate de Guadalcanal, el 4 en el de la Calera, y el 23 en la batalla de los Castillejos, por la que fué declarado benemérito de la patria. Hallóse despues en otras acciones, varias sorpresas, y en la batalla de Albuhera, en la que obtuvo el grado de teniente coronel, y fué declarado segunda vez benemérito de la patria. Concurrió despues á otras acciones, y se le encargaron comisiones importantes, en las cuales contribuyó en gran manera á que el enemigo evacuara prontamente el campo de Gibraltar.

En 1812 mandó seiscientos hombres en la acción de Puerto-Ojen. Terminada esta campaña, pasó de guarnición con el cuerpo de su mando á la plaza de Ceuta, hasta que fué nombrado primer sargento mayor de instrucción del regimiento de Castropol, y en esta clase se halló en las acciones del Campillo, del Burgo, de Málaga, en la sorpresa de Osuna, y en las acciones de Antequera y Alendín. Desempeñó despues varias comisiones, y al evacuar los franceses la Andalucía, fué destinado con su regimiento á Córdoba, y de aqui pasó á la Mancha, siendo ya teniente coronel efectivo. El 13 de julio de 1815 fué nombrado segundo ayudante general del estado mayor general de los ejércitos, encargándose al mismo tiempo del destino de jefe de estado mayor de la columna de granaderos de Castilla, que al comenzar Napoleon su reinado de cien días se estaba organizando en Salamanca.

En la guerra de la independencia, en aquella grande escuela práctica, fué donde Valdés aprendió los movimientos de las tropas, y adquirió aquel conocimiento de los terrenos, y ojeada militar que tanto le dis-

tinguió en toda su carrera. Llegó á tal punto su perfeccion en esta parte, que se decia de él que otro jefe cualquiera necesitaba tanto tiempo para reconocer el terreno que tenia debajo de los pies, como Valdés para examinar y apreciar las diferencias y circunstancias particulares de toda la estension que alcanzaba para su vista, que era tal, que no necesitaba antejo para resolver las dudas y disputas que frecuentemente se suscitan en campaña sobre el número de enemigos, sobre si es infantería ó caballería, ó si conducen artillería: el voto de Valdés era decisivo en esta parte. Estas campañas tan gloriosas para el general que las mandó, y de tanto provecho para el capitán Valdés, no solo porque cuando se verificaron se hallaba instruido en la parte elemental de la ciencia y empapado de los autores mas clásicos que escribieron sobre la guerra, sino porque por el doble carácter de ayudante de campo y comandante general de avanzadas, se hallaba mejor que ningun otro de sus compañeros de armas en estado de examinar y comprender los movimientos que se ejecutaban, y de saber el pensamiento secreto que tenia el general en cada uno, y las razones favorables ó adversas que los determinaban.

La América española presentaba á nuestros militares un nuevo campo donde lucir sus conocimientos, prestando importantes servicios á la patria, y adquiriendo gloria para sí propios.

En 1816 se embarcó Valdés en Cádiz con direccion al Perú. Pasó el cabo de Hornos y arribó al puerto de Arica á los cuatro meses. Se incorporó al ejército, pasando la penosa y célebre cordillera de los Andes, y al recibir La Serna el mando, se encargó á Valdés plantear el estado mayor general; lo cual ejecutó á satisfaccion de sus gefes.

En la campaña que entonces comenzó, no solo conquistó la mas señalada distincion de estos, sino que por su nobleza y valentía en la guerra mereció el aprecio y respeto de sus enemigos. El hizo expediciones, que como en la célebre de Jujui, demostró una casi increíble celeridad: él evitó se saqueara á la ciudad de Salta: él salvó de la muerte á un soldado que se ahogaba en el rio grande de Jujui, arrojándose con peligro inminente de su vida para libertarlo.

En 1818 se le vé ya mandando importantes expediciones, y consiguiendo en ellas brillantes resultados. A sus órdenes servian don Cayetano Ametller, Espartero y Seoane,

rivalizando con él en celo y valor; siendo ya por este tiempo Valdés subinspector de infantería y caballería del ejército.

Enviado á Lima, fué encargado por el virey Pezuela de una columna de doscientos infantes y trescientos caballos para observar de cerca los movimientos de los enemigos; siendo despues reforzada con dos batallones y algunas partidas, y recibiendo estas fuerzas el nombre de vanguardia. Con ella operó segun lo requerian las circunstancias; y como gefe de ella tuvo parte en la separación del general don Joaquin de la Pezuela, del virreinato, reemplazándole despues don José de La Serna en la campaña de 1821. Hallóse en las principales batallas de aquella guerra, y tuvo una parte muy activa en las negociaciones que entonces se entablaron y que fueron una tregua favorable á los insurgentes. La evacuacion de Lima se hizo inevitable, y al retirarse el ejército por el hermoso y fértil valle de Jauja, debió mucho á Valdés; asi como la causa de España le debió mucho tambien en las acciones de Tauripampa, de Piños, de Araos, y despues en Chacaralta, Boca-negra, Caballero, en Porochuco y en otras jornadas.

En 1822 fué encargado de las operaciones contra Tristan, por las que fué ascendido á brigadier. Despues de la extraordinaria victoria de Ica, volvió á Arequipa, de cuya provincia fué nombrado comandante general. Emprendió una nueva campaña no menos penosa que las anteriores; pero progresaba ya demasiado la causa de los insurgentes, y se hacian inútiles sus grandes esfuerzos, sus inauditos sacrificios. Ascendido á mariscal de campo, rehusó y fué obligado á admitirle para que pudiera encargarse del mando en gefe del ejército del Sur; tambien recibió otros honores y distinciones.

En la campaña de 1823 ganó el empleo de teniente general, pero nadie pudo hacer que lo admitiera; de lo cual se hallan pocos ejemplos. La pacificacion del Perú se presentaba favorable; Valdés iba á ver los resultados de sus acertadas operaciones; pero la defeccion de Olañeta influyó poderosamente en la suerte de aquella lucha. Valdés trató con él amigablemente, pero fuera por circunstancias casuales, ó por la conviccion de Olañeta, terminaron sin fruto aquellas negociaciones, declarándose éste en rebelion. Rompieron las hostilidades, terminadas con la célebre batalla de Ayacucho.

En los ocho años que permaneció Valdés en los dominios americanos, no tuvo tregua ni descanso en las operaciones militares, y asistió, influyó ó mandó en ocho campañas gloriosas para su nombre. Su hoja de servicios es un timbre de gloria para él.

Despues de la pérdida del Perú se embarcó Valdés en Quilca, repasó el cabo de Hornos, desembarcó en Burdeos, y regresó á España. Señalósele de cuartel en 1825 la ciudad de Vitoria, desde la cual espuso al rey sucesos pasados, y decia:

«Yo me gloriaré siempre de haberme embarcado para España sin un peso y sin camisa, no obstante de no haber tenido vicios, á lo menos de modo que me costaran dinero.»

Permaneció en Vitoria hasta setiembre de 1827 en que se le mandó pasar en posta á Zaragoza de segundo cabo de Aragon, y que se pudiese á la cabeza de las tropas que pudiera reunir para operar contra los insurrectos de Cataluña. Continuó en Aragon desempeñando su destino, hasta que en 1829 fué separado de él por enemistad de Calomarde. Pasó de cuartel á Madrid, y en 1832 se trasladó á Asturias al seno de su familia, siendo poco despues nombrado gobernador político y militar de la plaza de Cartagena, de cuyo cargo tomó posesion en el mes de noviembre.

De los primeros á reconocer á Isabel II, la proclamó en Cartagena; y al disponerse el desarme de los voluntarios realistas, contribuyó á vencer la resistencia que opusieron los de Murcia, Lorca y Orihuela, y otros pueblos.

En 13 de noviembre de 1833 se le nombró teniente general, confiándole á los pocos dias el mando en gefe del ejército del Norte; en cuyas operaciones ya le hemos seguido, asi como en sus posteriores mandos, hasta que fué nombrado ministro de la Guerra el 17 de febrero de este año 35, en reemplazo de Llauder, sucediéndole luego á su vez el marqués de las Amarillas el 13 de junio. Reuniendo Valdés el doble carácter de ministro de la Guerra y de general en gefe, se encargó del mando del ejército del Norte.

MOVIMIENTO DE VALDÉS.—SUS PROCLAMAS.

### XXXVII.

Los cuidados de Zumalacarregui, sus apuros á la conclusion del mando de Mina,

eran mucho mayores que al comenzar la guerra. Así lo conocía el mismo caudillo, y así lo manifestaba.

La necesidad le indujo á penetrar en Alava y Guipúzcoa, deteniéndose algun tiempo en Mondragón, combinando con los comandantes generales de las mismas, varias operaciones. Recibe en esto la noticia de la llegada de Valdés á Vitoria, donde habia reunidos veinte y cuatro batallones, y variando de plan, trató de escoger un terreno más á propósito para esperar á tan numerosas fuerzas.

No le convenia conservar reunidos los catorce batallones que habia congregado en aquel sitio, ni llamar otros en su auxilio, y destacó á los guipuzcoanos para que atendiesen á la defensa de su propio país, y se proporcionasen los recursos que necesitaban, haciendo lo mismo con los vizcainos que mandaba Sarasa, esponiendo, por último, á don Carlos, que tenia establecido su cuartel en Oñate, la conveniencia de trasladarle á Segura, por menos espuesto á una invasion.

Así las cosas, Zumalacárregui, con los seis batallones navarros que anteriormente le acompañaban, marchó al instante á la Amezcoa, donde se situó esperando noticias de Valdés, y enviando en tanto cuatro batallones á los valles circunvecinos para que sufrieran menos escaseces.

Valdés formando tres divisiones al respectivo mando de Córdoba, Aldama y Seoane, y poniendo á las órdenes de Bedolla seiscientos caballos, emprendió su campaña, precediéndole en sus movimientos las siguientes alocuciones:

«Soldados: llamado por la ilustre reina regente para ponerme á vuestra cabeza, es para mí un deber espresaros mi satisfaccion al verme por segunda vez entre vosotros, y sobre el mismo teatro donde he sido frecuentemente testigo de vuestro noble comportamiento.

»En medio de la amargura que causa á todo buen español la continuacion de esta guerra desastrosa, he visto con placer el buen espíritu de que estais animados, las pruebas de valor y de constancia que os hacen olvidar las fatigas y las privaciones que os impone la defensa de los derechos legítimos de nuestra amada reina, que están intimamente enlazados á otros derechos tan preciosos para la nación y que son la garantía de su felicidad, de su prosperidad y de sus libertades.

»La augusta reina regente, deseando haceros saber por cuantos medios están á su poder, cuan preciosos son vuestros servicios, me ha revestido de los mas amplios poderes para recompensaros segun su importancia y como lo exige la justicia.

»Nada será mas agradable para mí, que satisfacer los sentimientos de S. M., confiriendo recompensas y distinciones al valor y al talento, y á todas las cualidades que caracterizan al mérito militar tan digno de la estimacion de S. M. y de la gratitud de la nación entera. Para proceder segun mis instrucciones hágo saber lo siguiente:

1.º »Todos los oficiales del ejército de operaciones que antes del 1.º de enero del presente año, han hecho la guerra á esta parte del Ebro, y han dado pruebas de constancia, aplicacion y asiduidad, sin haber recibido grado ni distincion, obtendrán el grado inmediato superior si ya no tienen un grado mayor que el de su empleo efectivo. Los que se hallen en este caso, serán preferidos para los empleos inmediatos.

2.º »Obtendrán el grado de subteniente todos los cadetes y sargentos primeros que hayan hecho el mismo servicio, con las mismas circunstancias espresadas en el artículo precedente. El sargento segundo mas antiguo de cada compañía, será promovido al grado de sargento primero.

3.º »Serán condecorados con la cruz de San Fernando de segunda clase, todos los oficiales, y con la de Isabel II los demas individuos de las guarniciones de Olazagoitia y Maestu, sin perjuicio de las demas recompensas á que puedan tener derecho, ya en virtud de los artículos anteriores, ya por otros servicios que hayan prestado.

4.º »Obtendrán su licencia absoluta, aquellos á quienes falten dos años de servicio al fin de la campaña: los que en esta época estén mas distantes de su empeño aun cuando no lleven mas que un año de servicio, tiempo que se juzga necesario para hacer una nueva quinta y poner á los reemplazantes en estado de hacer el servicio convenientemente.

»Soldados, no necesito decirlos que la mano que recompensa el valor y los sacrificios del guerrero, castigará severamente las infracciones á la subordinacion y á la disciplina, y que será inexorable cuando se trate de otros delitos que no quiero nombrar, que degradan una profesion, cuya base es el valor, y para la cual es indispensable la resignacion en las privaciones.

«Compañeros de armas: la reina regente, la nacion entera, esperan que terminemos tan pronto como sea posible una guerra deplorable que compromete intereses tan sagrados. Vuestro valor y vuestro patriotismo me inspiran la justa confianza de que llenareis los deseos de todos los amigos de la legitimidad y de la justicia, que se interesan en los progresos de una sabia libertad, condicion indispensable de la civilizacion y de las luces.—Cuartel general de Vitoria.—18 de abril de 1835.—Valdés.»

«Habitantes de Navarra y de las Provincias Vascongadas, S. M. la reina regente, en nombre de su augusta hija nuestra legitima reina Isabel II, se ha servido confiarme la direccion general de todas las fuerzas empleadas en la pacificacion de vuestro pais, y de las que se hallan en Aragon y Castilla. Mi mision es esencialmente pacifica, y de vosotros solos depende el que no pierda este caracter. S. M. deplora los males que os abruma tanto tiempo hace, y ve con profundo dolor, los campos regados con vuestra sangre, la ruina de vuestras fortunas, y la devastacion de vuestros hogares. Es indispensable para nuestro bien y para la tranquilidad de la nacion, de que formais una débil parte, poner prontamente término á la guerra cruel y fratricida que han encendido en medio de vosotros, algunos hombres desmoralizados, á quienes nada importa vuestra total destruccion, con tal de que ellos satisfagan su ambicion y sacien su sed de sangre y rapiñas.

«Es indispensable, lo repito, que se termine esta funesta guerra, y que vuelvan para vosotros los dias de tranquilidad y ventura de que gozabais antes que la perfidia y la traicion os los arrebatasen. Tal es, habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas, la noble tarea que S. M. me ha confiado, y que llevaré á cabo á cualquier precio. Conocido de vosotros hace mucho tiempo, sabeis por esperiencia que soy humano é indulgente; pero si bien es cierto que siempre sabré seguir los impulsos naturales de mi corazón, tambien sabré sacrificarlos sin vacilar al deber que me impone la mision de que estoy encargado.

«S. M. en su inagotable clemencia, concede un completo y absoluto perdon y pone desde este momento bajo el amparo de las leyes y de las autoridades encargadas de ejecutarlas, á todos los individuos, sin distincion de clases ni de personas, que en el término de quince dias abandonen las

filas rebeldes y se presenten con sus armas á los gefes que mandan las divisiones ó brigadas que componen el ejército de operaciones, y á los comandantes de las localidades en donde haya guarnicion. Igualmente redime S. M. de las penas corporales establecidas contra el crimen de rebelion, á los que se presenten á las autoridades espresadas.

«S. M. espera que los padres, las esposas, los parientes y los amigos de aquellos á quienes la seduccion ha conducido á las filas rebeldes, se apresuraran á hacerles conocer este nuevo rasgo de su maternal solicitud, exortándoles á no dejar escapar este último medio de salud que se les ofrece: y S. M. no duda que las poblaciones corresponden á él, manifestando su reconocimiento por un cambio de conducta; pero si no se someten en el término pretijado, declaro desde este momento, y de la manera mas positiva, que entregaré á las llamas, sin miramiento, todas las poblaciones de ciertos valles que sirven ordinariamente de refugio á los rebeldes, en donde hallan una acogida criminal y nuevos recursos. Sin embargo, respetaré las personas y las propiedades de los que se retiren á los puntos donde haya guarnicion ó á las provincias tranquilas. Esta medida es dolorosa, pero cuando habla el bien de la patria, deben callar todos los sentimientos humanos. El incendio de Moskou salvó á la Rusia.

«Habitantes de Navarra y de las Provincias Vascongadas, os traigo el perdon y la paz, ó la persecucion y el esterminio. De vosotros depende la eleccion.

«Si desimpresionados de las ilusiones con que los verdaderos enemigos de vuestra felicidad os engañan y os estravian, desecharis sus pérdidas intrigas y os unis á mi de buena fé para que el órden legal y la obediencia legitima se restablezcan en vuestro pais, como lo están en el resto de la monarquia, hallareis en mi apoyo y proteccion, y un amigo, un defensor en cada uno de los que sirven bajo mis órdenes. Si al contrario, persistis en vuestra funesta ceguedad, y despreciais las palabras que os dirijo en nombre de la reina nuestra señora, con el sincero deseo de vuestra felicidad y bienestar futuros, seré inflexible en mi deber y no descuidaré ningun medio de llenarle, por rigoroso que sea: abandonad las vanas esperanzas con que os embaucean los que pretenden levantar su fortuna sobre vuestra ruina: volved los ojos á las demas provincias que, en la peninsula y al

otro lado de los mares, componen la vasta monarquía española y vereis la felicidad y la nueva existencia de que goza bajo el pacífico gobierno de nuestra legítima reina, situación dichosa garantida por la union de los ánimos, contra la cual no podrán prevalecer vuestros limitados recursos.

»Cese por fin esta lucha tan desigual como desastrosa para vosotros. Las naciones de Europa la contemplan con horror é indignacion, interesándose en su terminacion las mas poderosas, como la Francia y la Inglaterra, que se han unido á la justa causa de la reina nuestra señora, por los tratados mas sinceros y solemnes que han resuelto sostener irrevocablemente.

»La bondad de S. M. es vuestro único recurso, invocadla con confianza. Yo os la ofrezco sinceramente en su real nombre. Dado en el cuartel general de Vitoria á 18 de abril de 1835.—El ministro de la Guerra, Valdés.»

#### ACCION DE ARTAZA.

#### XXXVIII.

El 19 salió Valdés de Vitoria, y en la tarde del dia siguiente se presentó á la vista de Contrasta, que evacuó Villarreal al instante, cumpliendo con las órdenes que tenia, y replegándose con sus dos batallones hácia Eulate, donde estaba Zumalacárregui. Este mandó entonces con premura venir los batallones que descansaban en los valles de Ega y Berrueta, y el 21 tenia ya diez en su rededor.

Sabedor el gefe liberal de las posiciones que ocupaba su contrario, marchó en su busca y á socorrer de paso á Estella, cuya guarnicion lo necesitaba y víveres y pertrechos. Al efecto se dirigió desde Contrasta por dos diferentes caminos á Eulate, que evacuaron los carlistas, marchando á San Martin de Amezcoa, cuyo terreno se prestaba admirablemente á entorpecer la marcha de las tropas de la reina por aquellos estrechos caminos que les obligaban á ir muchas veces en hileras.

Llegados á San Martin los carlistas, emprendieron sus guerrillas un tiroteo bastante animado, al que apenas contestaron sus contrarios, que siguieron sus movimientos por los puertos de Arnanarache y Eulate á la sierra de Urbasa, lo cual desorientó á Zumalacárregui respecto á los proyectos de Valdés. Para observar su direccion, envió á

Carmona con su batallon á lo alto de la sierra, donde las guerrillas de unos y otros cambiaron algunos disparos, yendo los soldados de la reina á formar en la venta de Urbasa, que descuella en la elevada planicie de la sierra, donde acamparon.

Sabido por Zumalacárregui, tuvo la precaucion de hacer subir al puerto algunas compañías del cuarto batallon al mando de Garcia, y dispuso que el resto de sus tropas se alojasen en Zudaire, Baquedano, Gollano, Artaza, Barrudano, San Martin y Ecala. El caudillo carlista hizo notar entonces el contraste que ofrecia el que cinco mil hombres faltos de recursos, estuviesen alojados con toda comodidad, y Valdés, con triplicadas fuerzas, y en buena posicion, acampase á la inclemencia, sufriendo los rigores de una noche fria, y en un terreno árido, donde ni agua se encontraba.

El 22 prosiguió Valdés su marcha para el puerto de Artaza, cuya posesion le interesaba mas que descender á la Amezcoa por el cómodo puerto de Zudayre, donde le aguardaban los carlistas; Valdés atendia mas á ir sobre Estella que á batir á Zumalacárregui, mas éste ansioso de medir sus armas con su enemigo á quien veia trepar de puerto en puerto en vez de descender á batirle, corrió á su encuentro enviando antes un batallon á lo alto, el cual empezó á tirotearse con los soldados de Valdés cuando estos aparecieron.

Al oír los primeros tiros, envió Zumalacárregui á Iturralde con dos batallones de guias para que avanzase, y acudió él mismo en su auxilio.

En la superficie de una peña de muy difícil subida, que dominaba á medio tiro de fusil el sitio del combate, colocó Valdés algunos batallones que hicieron un fuego horroroso á los carlistas que se presentaban á cuerpo descubierto; pasando estos á su vez á cuchillo á cuantos intentan bajar de aquella posicion formidable.

Los liberales van aumentando el número de sus combatientes y la accion se hace tenaz y sangrienta. Un mismo terreno es varias veces perdido y conquistado; y por fin se abre paso Valdés, arrollando á los carlistas, á pesar de su tenaz resistencia. Seoane, Córdoba y los demas gefes se portaron como valientes, siendo herido el primero á la cabeza de su columna, puesto de honor de los bravos.

Habia en tanto pedido Zumalacárregui refuerzos, pero faltos sus soldados de mu-

niciones, tuvieron que estenderse por la sierra en direccion de los puertos de Valde-Aillin. Interpuestos los liberales, quedó incomunicada la linea y dispuso Zumalacárregui que los batallones mandados venir se retirasen al pie del puerto, y subsistiesen allí reunidos con los demas para atacar al enemigo en caso de que intentase bajar á la Amezcoa, mediante á que el puerto de Artaza estaba espedito.

Pero Valdés, firme en su propósito, solo pretendia ir á Estella, y conociéndolo Zumalacárregui organizó una columna móvil, para que, á las órdenes de Sanz, saliese por el flanco á atacar nuevamente la vanguardia contraria. El comandante general de Alava, don Bruno Villarreal, que con seis batallones quedó en reserva en el fondo de la Amezcoa baja, cansado de esperar, siendo ya las cuatro de la tarde, é ignorando la suerte del general y de sus tropas, envió con Iriarte una guerrilla de infantería y algunos caballos, y en su apoyo á Carmona, con el batallon de su mando, cuyas fuerzas al tropezar con los liberales, trabaron un vivo fuego, visto lo cual por Villarreal acudió en su refuerzo, yendo tambien á la cabeza el mariscal de campo don Joaquin Montenegro, el brigadier don Francisco Vivanco, y de ayudante de E. M. G. Zaratiegui.

Al llegar á la altura se encontraron formados algunos batallones de la reina para proteger la retirada del grueso del ejército, y tuvieron que retroceder al ver su imponente aspecto: pero reforzados conquistan el terreno antes perdido, y molestan la retirada de sus adversarios, que dando una carga de caballería, logran hacer retroceder á las guerrillas carlistas, mas no á las masas, que siguieron avanzando en seguimiento de los liberales, en cuya retaguardia se notó algun desorden.

En esto Zumalacárregui volvió á subir al puerto de Eraul, acometiendo el flanco derecho de Valdés, pero fuese por cansancio, falta de municiones, ó por la resistencia que halló, nada pudo conseguir.

Sabe Valdés el desorden de su retaguardia, y manda hacer alto, conteniendo á los carlistas; excepto los que seguian á la division de Buerens, que toda en confusion marchó á Abarzuza, acogiéndose á este punto los dispersos por los montes y aquellas escabrosidades, debiéndose á las mismas el no haber experimentado mayores pérdidas, pues entre las malezas se eludía fácilmente la persecucion.

«El día iba á concluir, (1) y las tropas de la reina continuaron su marcha. Y si bien muy en breve las densas sombras de la noche invadieron los caminos, los isabelinos pudieron continuar su ruta sin ser molestados por el enemigo. Avanzaba la noche, y como la senda que seguia el ejército era demasiado estrecha, y necesitaba del descanso, quisieron las tropas acortar el camino, y algunos batallones se desviaron marchando por los viñedos en busca de la tan deseada Estella. Existian á uno y otro lado del camino pequeñas colinas que hacian escabroso el terreno, y como ni unos ni otros tenian noticias de su marcha paralela, se creyeron enemigos, y se hicieron fuego.

»Desde este instante, los ánimos ya en zozobra por la lobreguez de la noche, y un tanto decaidos por la fatiga del día, se revelaron contra la disciplina; y mas preocupado el soldado por el temor que por la obediencia, dió en huir de sí mismo por aquellos campos pretendiendo buscar en Estella la seguridad que en las filas no encontraba.

»Así desbandados unos batallones, menos desordenados algunos, y en buen orden y concierto los restantes, entraron todos en Estella á horas bien avanzadas de la noche.

»Este suceso tan frecuente cuando los ejércitos al frente del enemigo, se ven precisados á hacer marchas nocturnas por malos y desconocidos terrenos, fué lamentado por sus resultas. Muchos equipages fueron abandonados, otros robados, entrando en el número de estos últimos el del general en jefe.

»El ejército, pues, ademas de haber perdido mucho en su espíritu, sufrió en su material pérdidas considerables.

»Al siguiente día, sin embargo del efecto moral que el pasado desorden habia producido en todas las clases del ejército, ordenóse y formó en la mejor disposicion marchando á Abarzuza, con objeto de salvar la brigada allí refugiada la noche anterior. Incorporóse al ejército aquella fuerza, y Córdoba y Aldama con todos los suyos tomaron á Estella sin azares ni contratiempo.

»La pérdida personal de esta expedicion consistió en dos oficiales y veinte y siete individuos de tropa muertos; en dos gefes, quince oficiales y ciento cincuenta y seis hombres heridos; y por último, en dos-

(1) Galeria militar contemporánea, tomo II.



cientos veinte y nueve hombres entre prisioneros y estraviados.»

Mas de cien hombres tuvieron de baja los carlistas, siéndoles sensible la de los capitanes Iduarte y Uriz, á quienes les costó la vida su arrojo, así como una herida al coronel comandante del sexto batallón, don Pablo Sanz.

No daremos fin á este capítulo sin hacer mención de una particularidad, nueva en esta guerra, como lo fué el uso que en esta acción se hizo de los cohetes á la *congreve*, que disparados en retirada de prisa, y mal dirigidos por consiguiente, fueron motivo de algazara entre los carlistas, que ignoraron su terrible efecto.

En la villa de Oñate, residencia entonces de don Carlos, se cantó el 3 de mayo un solemne *Te Deum* por las acciones del 22 en Artaza, y del día 1.º en Guernica, contra Iriarte.

CONDECCION DE UN CONVOY.—ORÁA EN VERA.

### XXXIX.

Benedicto, encargado interinamente del mando en jefe del ejército del Norte, formó un plan acertado de operaciones; y para las que debían efectuarse á fin de replegar á la division de Oráa la fuerza que le pertenecía, y conducir á Pamplona el convoy que se hallaba en los Alduides, prevenía que el 24 de abril todos los jefes, oficiales é individuos de tropa correspondientes á la segunda division del ejército al mando de Oráa, que no estuviesen incorporados á sus respectivos cuerpos se dispusiese á verificarlo, formándose con todas estas partidas ó destacamentos un batallón provisional al mando del jefe mas graduado ó antiguo, yendo esta tropa municionada y racionada para tres dias. Dispuso asimismo que la compañía de zapadores con dos cargas de útiles, marchase igualmente á reunirse á la division de Oráa, y que el escuadrón de flanqueadores, al mando del coronel Iriarte, se moviese al propio objeto.

El 23 pernoctarian en Villaba un batallón, la compañía de cazadores, el escuadrón de flanqueadores y el teniente coronel Iriarte, con dos oficiales de plana mayor, encargado por S. E. del mando en jefe, direccion y ejecucion de lo que ordenase.

El 26, al amanecer, marcharia la co-

lumna á Elizondo; y el comandante del batallón provisional se colocaria militarmente en Berruete.

El 27 saldrian de Elizondo los tiradores, flanqueadores, los empleados de la real hacienda, los oficiales de plana mayor é Iriarte con cien acémilas para los Alduides, en cuyo punto se harian cargo del convoy, le cargarían, y volverian á pernoctar á Elizondo. El batallón provisional y compañía de zapadores marcharia desde Berrueta á Irurita donde se acantonaria.

El 28 dispondria Iriarte lo oportuno para que con la debida anticipacion se cargasen las acémilas, y fuera el convoy desde Elizondo escoltado hasta Irurita, en donde le tomaria una ó dos secciones del batallón provisional, para que otras fuerzas que saldrian de Elizondo, franqueasen la marcha y protegiesen el frente, costados y retaguardia.

Oráa con su division protegeria este movimiento, y las tropas arriba designadas seguirian la marcha hasta el puerto de Velate, en donde hallarian dos batallones para relevar á las fuerzas que saldrian de Elizondo, que regresarian al mismo punto. Otras fuerzas irian á Irurita á recibir órdenes de Oráa para los movimientos sucesivos.

Los batallones situados en Velate, los tiradores y flanqueadores seguirian el movimiento con el convoy para Pamplona, quedándose los tiradores en Villaba y los batallones de Soria en Ororbia, por manera que solo entraria en la capital el convoy y los flanqueadores. Iriarte era el responsable de la seguridad del convoy, que debia defender á toda costa, disponiendo de las tropas como jefe de ellas, del modo que lo juzgase necesario.

Tales fueron las órdenes dadas por Benedicto, y tales las que se necesitaban para trasportar con alguna seguridad cualquier convoy.

En tanto disponia Benedicto tan acertada combinacion, estaban los carlistas en Yanci y Aranaz, é incendiaban en Vera, la tarde del 23, el edificio que parecia mas á propósito para ser fortificado por Oráa, que se halló con sus escombros cuando se presentó el dia siguiente á ponerle en estado de defensa. Esto no obstante, empezó su reedificacion el 25, en cuyo dia Sagastibelza, que no perdía de vista á Oráa, se propuso provocarle en el mismo Vera.

Reunidos sus batallones en Lesaca, emprendieron la marcha por dos diferentes caminos que los condujeron á las inmediacio-

nes de Vera, sin ser vistos de los contrarios.

El coronel don Joaquin Elio se adelantó con una compañía de cazadores hasta el puente de San Miguel, de donde desalojó á una avanzada: reforzó Oráa aquel punto, y Elio se retiró deseando atraer al enemigo, para que Sagastibelza le sorprendiese por la espalda.

Oráa avanzó con precaucion tres batallones que llegaron haciendo fuego hasta la altura que ocupaba una compañía del 8.º de Navarra, que reforzó oportunamente Sanz. Pero fuese la falta de municiones que prestó Sagastibelza, ó el denuedo de las tropas de la reina, el hecho fué que se retiraron los carlistas dejando tres muertos, uno de ellos el teniente Lozaya, y llevándose diez y siete heridos, siéndolo gravemente los gefes Mendoza, y don Jorge Cuevillas. Oráa tuvo dos muertos, el abogado Goicochea que mandaba una de las compañías de cazadores de Isabel II y el valiente tirador de la Guardia Real, Barrado, y diez y ocho heridos.

Oráa desembarazado por entonces de los carlistas, pudo continuar las obras de fortificacion el 28, sin perder de vista la interesante custodia del convoy, llegado á Irurita, y al cual acechaban los carlistas, que conocian su importancia, pues llevaba, entre porcion de efectos y útiles, 4,000 duros.

PRELIMINARES PARA EL TRATADO DE ELLIOT.

## XL.

El tratado denominado de Elliot ha sido mirado únicamente por el prisma de las pasiones. Considerándole en el interés de la humanidad, debemos aprobarle y enaltecerle. Como para nosotros es siempre lo primero cuanto contribuye á que el hombre se despoje de hábitos endurecidos que le hacen mas temible que las fieras, vemos en aquel pacto, generosos sentimientos y la mano de la civilizacion, cualquiera que sea el móvil que le ocasionara.

Han dicho algunos escritores blasonando de españolismo, que los estraños dieron el pfimer grito de alarma, y consignaron la primera reprobacion de los horribles escesos que se cometian en la guerra, aduciendo como prueba, la carta que el rey de la Gran Bretaña dirigió á su ministro de Relaciones esterores, vizconde de Palmerston, en 4 de

junio de 1834, quejándose del carácter sanguinario de la guerra civil de España; (1) y si bien no quitamos su importancia á esa humanitaria comunicacion, los generales en el ejército, la prensa de Madrid, y sobre todo la opinion pública, condenaban ya con la posible energia tales horrores, aunque equivocando algunos los medios de conjurarlos, pues pretendian evitar fusilamientos, fusilando; ahorrar desgracias con desgracias nuevas; imponer con la violencia por creer vergonzosa la persuacion. El escaso conocimiento que se tenia de los carlistas; el mal fundado desprecio con que se les miraba; la ignorancia de su poderío é importancia, y el orgullo de quien siendo superior se consideraba rebajado tratando de igual á igual, fueron las principales causas de aquellos desastres que tantas víctimas ocasionaron, y tantas lágrimas hicieron verter. Obraban entonces las pasiones, y nada podía refrenar su furor.

No negamos que hubiera sido mas honroso fuesen los mismos españoles quienes pusieran término á las represalias; pero conocemos que liberales y carlistas creian fundadamente poco digno iniciar proposiciones, que hubieran sido miradas por el contrario como un acto de transaccion, ó debilidad. Cuando dos enemigos se creen reciprocamente superiores, ninguno propone al otro lo que presume puede ser achacado á temor. Esta era la posicion de ambos combatientes.

Ya tenemos visto que unos y otros condenaban las represalias; que unos y otros se condolian de las vidas que sacrificaban para vengar otras; que ambos estampaban con terror sus firmas en bandos sanguinarios, y de esterminio; que ninguno, salvo ciertos casos particulares, proponia formalmente el término de tan deplorable situacion conviniendo en medidas posteriores y sobre todo en cangear los prisioneros.

Hallábase Mina al frente del ejército, y comenzaba el año 1833, cuando en su correspondencia con Martinez de la Rosa, le manifestaba éste el deseo general de moderar el rigor de la guerra respecto á los prisioneros, á pesar de que «desde que vd. ha tomado el mando, le añadia, se ha suavizado en lo posible aquel rigor»

Nada le decia de lo que ya se trataba en Lóndres con empeño, y la primera noticia que tuvo Mina de las negociaciones que

(1) Véase documento número 4.

allí se seguían fué recibir el 4 de abril un pliego, con inclusion de un oficio de 26 de marzo, participándole que, á petición del gobierno español iban á salir de Lóndres dos comisionados para el cuartel general de don Carlos, con el importante encargo de anunciarle «la inutilidad de la lucha en que estaba empeñado, por las ningunas esperanzas que debía tener de ser ayudado, no solamente por la Inglaterra, sino por otro ningun país de Europa, y la imposibilidad, por consiguiente, de lograr su objeto en España, vista la decision de esta á permanecer fiel á la causa de su soberana.» Añadiásele que esta era la comision reservada de los dos sugetos, pues la ostensible tenia por objeto dulcificar el modo de hacer la guerra, tal cual estaba admitido y establecido entre las naciones civilizadas. Para esto, y de acuerdo con nuestro gobierno, propondrán un cuartel ó cange de prisioneros entre ambas partés, lo cual conseguido, seria siempre un gran bien, que produciria un admirable efecto, porque todos sin distincion desaprobaban la terrible práctica de fusilar los oficiales, que es á quienes se aplicaba la pena de muerte, segun el decreto de la reina

No desconociendo el gobierno inglés seria desairada su amonestacion, propusieron á don Carlos, segun tenemos entendido con bastante fundamento, el matrimonio de su primogénito con la reina, consistiendo en esto la parte secreta de lo secreto de la mision; parte que Mina ignoraba.

Poco aficionado éste á la intervencion de estrangeros en nuestras contiendas, se propuso hacer solamente lo que de su posicion oficial se le exigiera, pues temia, como se lo escribia á Martinez de la Rosa, que por el pronto se produjese una peligrosa exaltacion en los carlistas, que vigorizase sus esfuerzos, al ver que se presentaban á su señor comisionados especiales del gobierno inglés; porque en la esperanza que conservaban de que habian de ir los ingleses á auxiliarlos, segun les aseguraban constantemente sus oficiales, se creerian ya seguros de su triunfo, y se transmitiria su confianza á los pueblos....

No era ya tiempo de escrúpulos ni observaciones, pues el mismo dia, el 5 de abril en que Mina escribia de esta manera á Martinez de la Rosa, lord Elliot le oficiaba desde Bayona anunciándole su arribo á aquella capital, y que marcharia inmediatamente al cuartel general de don Carlos, á

cuyo fin tuviera á bien dar las órdenes necesarias para no experimentar ningun obstáculo de parte de las tropas de la reina.

El 9 recibió Mina esta comunicacion con otra del general Harispe, trasmitiéndosela, y secundó los deseos de Elliot, quien al entrar en España se halló con Mr. Wilde, que desde el cuartel general de Mina marchó á tener una entrevista con su compatriota á fin de instruirle de la conducta del general y de su moderacion, y desechar de la mente de Elliot cualquiera prevencion desfavorable que trajera, ó cualquier idea equivocada sobre la clase de guerra en que iba á intervenir.

Mina, á quien no pudo menos de llamar la atencion aquel precipitado viage despues de los misteriosos y breves preliminares que le precedieron, revolvía su imaginacion discurriendo la causa que pudiera motivar aquella rápida intervencion de los ingleses, y cuando mas se agitaba su mente en contradicciones, cuando menos comprendia cuanto le rodeada, recibió cartas de Lóndres y de Paris, que le decian:—«Que observando el duque de Wellington la eficacia con que el ministro de la Guerra español Valdés promovía el envio de grandes refuerzos al ejército de operaciones del Norte, y conociendo la travesura de Mina, llegó á temer que de un momento á otro podia verse el Pretendiente estrechado, y acaso mal parado, y trató de sacarlo de sus apuros, enviando un comisario especial que neutralizase con su presencia el ardor de los dos generales españoles Valdés y Mina; añadiéndole que lejos de llevar á don Carlos proposiciones de abandonar el campo, el objeto era por el contrario, afirmarle en la esperanza de salir victorioso.»

Estas noticias le hicieron desconfiar á Mina de la mision de lord Elliot, y estar prevenido.

## XLI.

### TRATADO DE ELLIOT.

Llegaba en tanto el comisionado inglés al cuartel general carlista, siendo presentado á don Carlos, que le recibió lleno de gozo, bastando este acto y las voces que por consecuencia del mismo se esparcieron, para que en todos los pueblos afectos al príncipe, fuese recibido el enviado con las mayores demostraciones de alegría, confirmando así la exactitud del juicio de Mina,

Zumalacárregui, pretendiendo dar un golpe teatral, reunió en Asarta á la puerta de su alojamiento á los prisioneros que acababa de hacer, y les ostentó á Elliot como trofeo de su gloria.

Joven el comisionado, de gentil y airosa talla, cortesania española, finos modales y trage y aspecto sencillo, cautivaba de suyo, y era bien oido en sus pretensiones, que se recomendaban por sí mismas.

No tuvo en efecto que esforzarse mucho para que fuesen aceptadas, y el gefe carlista suscribió, prévia la venia de don Cárlos, al tratado que iba á regular la guerra, á despojarla de su rudeza y barbarie. Combatíase entonces con pasion, con fanatismo; y los mismos autores de tantas víctimas habían luego de llorar su pérdida, como hemos presenciado.

Llevado á Valdés el convenio, su generosidad y nobleza característica le aconsejaron firmarle y lo hizo luego, publicándose á poco aquel documento tan combatido por unos, tan aplaudido por otros. Ahora que se han amortiguado las pasiones que entonces le juzgaron, podrá apreciarse con el debido criterio, con ánimo tranquilo, serena la razon. ¡Ojalá no se hubiese retardado!

*Convenio para el cange de prisioneros, propuesto por lord Elliot, comisionado al efecto por S. M. británica, que ha de servir de regla á los generales en gefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, y en el reino de Navarra.*

Artículo 1.º «Los generales en gefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y en el reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y en cangearlos del modo siguiente.

Art. 2.º «El cange de los prisioneros será periódico dos ó tres veces al mes, y mas frecuente si las circunstancias lo exigen ó lo permiten.

Art. 3.º «El cange se hará en justa é igual proporcion del número de prisioneros que presente cada parte, y los escedentes permanecerán en el partido que se hallen hasta nueva ocasion de cange.

Art. 4.º «En cuanto á los oficiales, el cange se hará de grado á grado: entre los oficiales de todas categorías, empleos, clases y dependencias que sean cangeados por

ambas partes, segun el rango respectivo de cada uno.

Art. 5.º «Si terminado un cange entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un sitio seguro para guardar en él los prisioneros escedentes que no hubiesen sido cangeados, para seguridad buen tratamiento y honor de estos mismos prisioneros, se ha convenido que sean guardados en un depósito por el partido en cuyo poder se hallasen en uno ó mas pueblos que serán respetados por el partido contrario en caso de que éste pudiese penetrar alli, no podrá perjudicarlos en manera alguna, durante el tiempo que permanezcan en dicho depósito: bien entendido que en las ciudades, ó pueblos donde estén los prisioneros no se podrá fabricar armas, municiones, ni efectos militares.

«Las plazas serán designadas con anticipacion por los dos partidos beligerantes.

Art. 6.º «Durante esta lucha no se quitará la vida á persona alguna civil y militar por sus opiniones sin que haya sido juzgada, y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares que rigen en España.

«Esta condicion debe entenderse únicamente, para aquellos que realmente no son prisioneros de guerra, con respecto á estos, se observará lo estipulado en los artículos precedentes.

Art. 7.º «Cada partido beligerante respetará religiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que hallasen en los hospitales, pueblos y ciudades, cuarteles ó en cualquier otro parage, con tal que estén provistos de un certificado de uno de los cirujanos de su ejército.

Art. 8.º «Si la guerra se estiende á otras provincias se observarán las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y el reino de Navarra.

Art. 9.º «Estas condiciones se observarán religiosa y rigurosamente por todos los comandantes que puedan sucederse en ambos partidos.

«Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los dos generales, á fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos.—Cuartel general de Logroño á 27 de abril de 1835. El general en gefe del ejército de operaciones del Norte.—Gerónimo Valdés.—Cuartel general de Eulate, 28 de abril de 1835.—Tomás Zumalacárregui.—Firmado. Elliot.»

Existe otro convenio firmado por Zumalacárregui en Asarta, á 25 de abril; pero insistiendo Córdoba, que dirigia esta conferencia diplomática en representación de Valdés, en que se hiciesen las adiciones que van con letra bastardilla, hubo que redactar de nuevo el tratado que firmó Zumalacárregui el 28 de abril en Eulate.

Cuando se concluyó el tratado reunió Zumalacárregui los prisioneros procedentes de Artaza, y los presentó á Elliot, anunciándoles que en obsequio á este personaje, les otorgaba la vida y la libertad.

Aquellos infelices se presentaron estenuados de hambre y desnudos, en deshonra de Zumalacárregui y de la causa carlista.

Zumalacárregui y Elliot se trataron con deferencia, y al despedirse cambiaron prendas, conservando en la actualidad la familia del primero un antecójo que manifestó el segundo haber servido á Wellington en la guerra de España.

#### DERROTA DE IRIARTE EN GUERNICA

#### XLII.

A fines de abril se encarga don Juan Manuel Sarasa, en Villaro, de la comandancia general interina de la division vizcaína, y ofrece á sus soldados procurarles dias de gloria. Sabe á poco que Iriarte con su columna habia salido en direccion á los puertos y pernoctado en Bermeo y Mendata, tomando despues la direccion de Guernica, donde calculó Sarasa se detendria aquella noche para salir al dia inmediato hácia Lequeitio.

Confianza Sarasa en la superioridad de sus fuerzas, pues no llegaban á tres mil hombres los que conducia Iriarte, resolvió marchar á su encuentro, y noticioso de que en Oñate se hallaban cuatro batallones sin objeto particular, todavia quiso se le incorporasen en Mendata y Albiz, donde los esperaba.

A hora conveniente para ocultar su movimiento y llegar de noche, rompió la marcha en Arratia para Zornoza el dia 30 con cinco batallones, las compañías de gefes y oficiales excedentes y la primera y segunda de guías, con cincuenta lanceros. Iriarte habia continuado la suya para Lequeitio con un pequeño descanso en Guernica, y al mismo tiempo que recibió Sarasa esta noti-

cia, supo tambien que Gomez se le reuniría con dos batallones guipuzcoanos.

Viendo de este modo satisfechos sus deseos y lisonjeadas sus esperanzas, temia, sin embargo, que Iriarte se embarcase, y se decidió á salir de Zornoza al rayar el dia 1.º de mayo, dirigiéndose á las calzadas de Astuaqui, y señalando á Gomez los pueblos de Munitivar y Guérricalz para cubrirlos desde Mallaria.

Ejecutados estos movimientos, al llegar las fuerzas de Sarasa á la esplanada inmediata á la titulada del Hambre en el monte de Andracas, cubrióse este punto de una densa niebla, acompañada de una continua lluvia, que por espacio de dos horas y media en que mantuvo formadas sus columnas en el campo, por no tener edificios donde guarecerias, puso á la tropa en un estado muy desventajoso, é impidió á Gomez dejarse ver en el punto aplazado, por serle imposible caminar como queria, entre el fango y la lluvia.

Iriarte pernoctó en Mileste, á media hora del sitio que ocupaban los carlistas, tomó la direccion de Lequeitio, y contramarchando, se dirigió á Guernica. Conocido su intento por Sarasa, corrió á anticipársele, y ocupó la villa, distando aun Iriarte mas de una hora. Participó aquel á Gomez su posición, y esperó al gefe enemigo, tomando los medidas oportunas para batirle mas completamente, y escogiendo posiciones.

Presentóse Iriarte y se rompió el fuego por ambas partes, acometiéndolo con tal brio las tropas de la reina, que rechazó á los puestos avanzados carlistas, se apoderan de sus primeras posiciones, y lo arrollan todo á su paso marchando sobre cadáveres. Pero este valor se estrella al penetrar en las calles de la poblacion donde hallan en las masas una resistencia invencible; teniendo que replegarse y hacer jugar la artillería, que desde las huertas de Rentería disparó contra la villa y otros puntos.

Llegan á la sazón los batallones guipuzcoanos por la altura de Burgoa, y acometen impetuosamente á la izquierda liberal, obligando á Iriarte á destacar una gran parte de sus fuerzas contra aquellos nuevos y molestos enemigos. Mas no le daban estos tanto cuidado como los poseedores de Guernica, en la que se decidió á pernoctar. Estaba ya próxima la noche, y era necesario un esfuerzo, pero estremó. Conoce Iriarte lo difícil de su posición: ve insultado su orgullo por su arrogante enemigo, y descono-

ciendo el miedo, reune su gente, la arenga, la entusiasma, promete galardonar su valor, y puesto á su cabeza, se arroja brioso á conquistar el pueblo, acometiendo por última vez el puente que rebasa sobre cadáveres, penetra en la villa, y llega á la plaza, dejando el suelo lleno de muertos. Pero allí acometidos á la bayoneta con intrepidez por los valientes vizcainos, protegidos por los lanceros, y cansados de pelear los liberales contra fuerzas superiores, y no menos arrojadas, van cediendo el terreno ganado, declarándose al fin la victoria por los carlistas.

La derrota fué terrible y desastrosa para Iriarte. El único documento que acerca de la pérdida que sufrió hemos podido adquirir, y que atendida su procedencia, podrá ser exagerado, dice que, «solamente en el pequeño recinto desde la venta de Tablas, vegas de Renteria y calles de Guernica hasta Ereño, se recogieron y sepultaron, como aparece de varias certificaciones, cuatrocientos cincuenta y tres cadáveres de gefes, oficiales y tropa, sin contar con los que se ahogaron, por haberse volcado al paso de los primeros, la escalera que hacia de puente, y en su carrera se tiraban al agua; ni tampoco los que despues de Ereño mataron las partidas de observacion y compañías de bloqueo de Lequeitio, que pasan de ciento. Entre los prisioneros, solo se hallaron cincuenta y cinco heridos, que se dirigieron á los hospitales; pero sé que por haberlos tenido muy á retaguardia se llevaron multitud de ellos para Lequeitio. Ademas quedaron en nuestro poder entre pasados y prisioneros doscientos un individuos, toda la numerosa brigada, dos piezas de artilleria de montaña con su tren, y municiones, cajas de guerra, armamento y otros efectos. Fueron fusilados, en represalia del asesinato cometido últimamente por la misma columna con dos soldados nuestros hechos prisioneros en la última accion de Arratia, el coronel comandante de Gerona; otro coronel don Francisco Antonio Cronet, del Príncipe; el teniente coronel mayor de Córdoba don Fernando Balboa; los capitanes don Felix Quirós, del Príncipe; don Felipe Maldonado, de Córdoba; el teniente don Antonio Castro, del Príncipe; los subtenientes don Mariano Herrero, don Braulio del Sar, don Ramon Avesantile, de Gerona, Almansa y 3.º de linea, despues de haber recibido los auxilios espirituales.

«Nuestra pérdida, aunque muy sensi-

ble, ha sido insignificante comparada con una gran victoria, por consistir en un coronel, dos capitanes, dos subalternos, y diez y seis soldados muertos, y un capitán, cinco subalternos y cincuenta y cinco sargentos, cabos y soldados heridos en la division de mi mando, siendo de los primeros el valiente coronel don José María Pouso, presidente de la comision militar; los intrépidos capitanes don José de Arroe, adicido á este estado mayor, y don Juan Pedro Patiño, de tiradores del 4.º; el teniente don Ezequiel Loizaga, que fallecieron sosteniendo las cargas al puente; y el bizarro subteniente don José Ayesta, que lo fué á medio tiro de pistola del convento sitiado. Los batallones de Guipúzcoa perdieron al recomendado capitán del tercero, don Joaquin Elicegui, con tres soldados, y diez y seis heridos de estos en ambos cuerpos »

## DEFENSA DEL CONVENTO DE RENTERIA.

## XLIII.

Las fuerzas de Iriarte marcharon á las guarniciones de Lequeitio, Eibar y Durango, quedando cortados en el convento de monjas de Renteria unos doscientos hombres, que resolvieron en su abandono morir entre sus ruinas antes que rendirse.

Acude Sarasa á sitiarnos, y les intima la rendicion; mas no contestan. Les invita dejen salir á las religiosas y no responden. Intenta entonces el ataque é incendio del convento, aunque sin fruto alguno, pues si bien quemaba las puertas, se hallaban tras ellas fortísimas paredes de guardafuegos que improvisaban los sitiados.

Al ver la inutilidad de este medio, colocaron los sitiadores una pieza detras del altar mayor, con el fin de abrir en el coro, en cuya pared se abrigaban los valientes defensores del convento, una brecha capaz de que penetrase el humo de los combustibles; pero tampoco lograron su objeto.

Espartero acudia á impedirselo.

Acababa de ser nombrado el 1.º de mayo, comandante general de las Provincias Vascongadas, cuando tuvo lugar este hecho el 3, que le valió la gran cruz de San Fernando, con que premio el gobierno mas bien sus anteriores méritos.

Sabedor del desastre de Iriarte, marchó hacia Durango, á pesar de la copiosa é inciesante lluvia, que sin el poderoso motivo que le impulsaba, le hubiera detenido en

Ochandiano; pero llegó á Guernica, viendo desde el alto de Munisqueta las llamas del convento. Temiendo fuesen presa de ellas los valientes defensores de aquel lugar sagrado á que pusieron fuego los defensores del altar, enardecido su valor aquel espectáculo, y para avisar á los sitiados su aproximacion, disparó tres cañonazos.

Al oírlos, y divisar los carlistas la llegada de tales fuerzas, se retiraron los vizcainos hácia la Rabensa para Arratia, y los guipuzcoanos por Munitivar para su provincia. Trató Espartero de perseguir á estos últimos por las calzadas de Astoaga, pero no pudiendo darles alcance, é interesándole salvar cuanto antes á los defensores del convento, bajó por Mendata á Guernica, y aquel puñado de valientes, al ver adelantarse á Espartero con un piquete de caballería, salen del convento, se lanzan á un pantano con el agua á la rodilla, y corren á abrazarle inundados de lágrimas, que hicieron verter las del animoso caudillo de la reina, teniendo lugar una de esas sublimes escenas que indemnizan con superabundancia de las mayores fatigas y privaciones.

Corrió Espartero al convento, consoló é hizo que fuesen prontamente auxiliados los heridos, dió las gracias á las monjas por los eficaces y caritativos socorros que les prestaron, y reconoció en seguida el estado espantoso del edificio.

El gefe de aquellos valientes, el teniente Calvo, del batallon de Gerona, conquistó en aquella ocasion un nombre en el ejército.

Espartero, al presentar á las tropas los sitiados, dió la siguiente orden del dia, á de mayo.

«Soldados: van á desfilar por delante de vosotros ciento noventa y cuatro valientes que atacados por ocho batallones, batidos por la artillería á menos de tiro de pistola, y rodeados del incendio que devoraba el débil edificio á que se habian acogido, no han titubeado un instante entre el honor y la muerte que les amenazaba. Han sellado su lealtad con su sangre, y la patria admirada premiará á la posteridad los heroicos hechos de tres dias, en que el hierro, el plomo y las llamas han cercado á estos bizarros militares. Saludadlos en el nombre augusto de S. M., á cuyos reales pies elevaré la relacion de este suceso, suplicándola los premie y se consagré su memoria para eterno honor de los regimientos de Gerona y el Principe, á que pertenecen.

«He aquí, compañeros el fruto de las dos penosas marchas que habeis hecho desde Vitoria: sin vuestra constancia y sin vuestro sufrimiento, el enemigo no se hubiera ahuyentado, y estos héroes hubieran sido pasto de las llamas: los habeis salvado, los volveis á sus familias y á la patria, y yo os doy las gracias, satisfecho de vuestro proceder, y seguros de que no olvidareis esta leccion para llevar con alegría los trabajos que ofrezca la campaña, y en quo siempre os acompañará vuestro general.»

#### ATAQUE Á IRURZUN.

#### XLIV.

Zumalacárregui despues de la accion de Artaza, trató de obtener alguna ventaja sobre Valdés. No atreviéndose á atacarle, se propuso caer sobre aquellos puntos cuya conservacion era importante, tanto por su posicion como por su influencia en las operaciones.

Hallábase en este caso el castillo de Irurzun, y á él se dirigió Zumalacárregui, batiéndole con su artillería. Sin fuerzas de la reina bastantes en aquellas inmediaciones para salir al encuentro de los carlistas, (pues las que habia tenian contrarios á su frente), avisó el virey de Navarra á Oráa para que volase al socorro de la plaza. Pero se hallaba aislado este gefe, y temia con fundamento ser envuelto en algun paso peligroso, ó cuando menos, llegar tarde á causa de la cautela con que tenia que marchar. Las fuerzas avanzadas de Zumalacárregui ocupaban á Sarasa, y los batallones á Lecumberri y pueblos inmediatos. Las tropas de la reina estaban reunidas en los Berrios, á unas dos horas de Irurzun. Oráa se trasladó á Irurita, despues que los carlistas estaban en Aranz y Yanci, y luego marchó hácia Labayan. Era su objeto obrar segun los movimientos del contrario, y auxiliar las operaciones de sus compañeros.

Lo acertado de las de Oráa obligó á Zumalacárregui á abandonar el sitio, cuando ya no podia prolongarse la defensa. Tal quedó el fuerte combatido á la vez por la bala rasa y el fuego que fué preciso abandonarle, retirándose la guarnicion, que habria sido presa de las llamas á no acudir en su auxilio la Providencia que le deparó una lluvia benéfica, y el prudente Oráa.

IMPORTANCIA DE LA OCUPACION DEL BAZTAN.

LXV.

Zumalacárregui se dirigió por la Borunda á las Amezcuas, donde se internó precipitadamente seguido de Valdés.

Antes de salir éste de Pamplona, previno á Oráa, en 4 de mayo, operase de modo que pudiese evacuar con su division en el término de quince dias el Baztan, dejando dos batallones en Elizondo y uno en Santesteban, sin olvidar el punto de Oyeregui; aumentando en lo posible el armamento de los naturales, para que apoyados estos en los fuertes indicados, pudieran entretener á los carlistas con una columna volante de trescientos á cuatrocientos hombres. Pediale al mismo tiempo su opinion sobre el particular, indicándole que, «en el caso de no ser realizable el anterior proyecto por no ser útil á su juicio, se debía abandonar definitivamente el todo por los males de gran trascendencia que causaba la posesion de un punto que no podia proporcionar ventaja alguna.»

Mina esperaba la conclusion de la guerra de la ocupacion del Baztan por sus consecuencias inmediatas, que empezaron á realizarse, y Valdés ordena la evacuacion del mismo punto, por desventajoso. ¿Quién comprendia mejor la guerra? ¿quién obraba con mas acierto?

En vez de responder seguiremos reseñando los sucesos, que son la mejor contestacion á estas preguntas.

La ocupacion del valle del Baztan exigia fuerzas de consideracion. Las que dejaba Valdés trabajaban estérilmente, no impidiendo la introduccion desde Francia de los efectos de guerra que venian para los carlistas, ni á estos la posesion de pais tan abundoso, comprometiéndose ademas, á los naturales que habian abrazado la causa de la reina, y que ayudaban sus operaciones.

El armamento de la juventud del pais no daba los resultados que se propuso Mina, porque el gobierno no facilitaba las armas que se le pedian, y porque manteniéndose en las montañas los carlistas por falta de fuerzas suficientes para que se alejasen infundian de continuo temor á los pueblos.

«La esperiencia, dice Oráa, habia demostrado que la guerra de persecucion exclusiva no era la que daba mayores ventajas sobre el enemigo, causando al propio tiempo mas bajas en las tropas de la reina que en las acciones de la guerra. Los car-

listas debian ser atacados en su origen, destruyendo los recursos que tenian en el interior, é impidiendo la entrada de los que podian recibir del vecino reino. Para lograr esta empresa de incalculables consecuencias, no era menester mas que la ocupacion de estos valles y el armamento de sus naturales. . . . . armados estos valles, naturalmente se armaria la Ayezcoa, y los carlistas encontrarian un pais en estado de defensa, en lugar de una provincia resignada á sufrir sus correrías.»

Poderosas son estas razones, pero Valdés tenia otra de importancia. Cuando para impedir los progresos de los carlistas en toda su linea, necesitaba perentoriamente mas tropas que las de que podia disponer, no podia enviar un ejército á preparar unos resultados mas ó menos pronto, pero que no eran inmediatos.

La cuestion, pues, queda asi presentada, reducida á ver si con poca gente se lo graba arrojar á los carlistas del Baztan, y que fuese éste defendido en lo sucesivo por los naturales.

Algunos creian que guarnecidos los puntos de Elizondo, Oyeregui y Santesteban, estarian suficientemente apoyados los baztaneses; pero no era necesario mas que estudiar los acontecimientos pasados para ver claramente que tales guarniciones se verian precisadas á encerrarse en sus fuertes, y que sitiadas, distraerian en su socorro una division: asi habia sucedido, y asi habia de suceder.

La ocupacion del Baztan por las tropas de la reina era de utilidad incuestionable; pero no era posible ni oportuno destinar al valle un ejército. Pudo haberse hecho lo que no se pensó, y fué distraer la atencion de los carlistas que rodeaban á Oráa, dando á éste tiempo de distribuir las armas á los que se las pedian, y de ir arrojando á los carlistas de las montañas, con ayuda de los naturales.

Entonces ocupaban el Baztan unos y otros: los que se enseñoreasen de todo él podian cantar la victoria, no tanto por la ventajosa posesion del terreno, cuanto por aumentar á su causa algunos centenares mas de defensores, y privar de igual apoyo al enemigo. Asi lo manifestó Oráa á Valdés (1), y si luego evacuó el Baztan, fué cumpliendo con órdenes superiores.

(1) Véase el documento núm. 2.



Inculpable por su obediencia, pudo haber conseguido anteriormente auxilios que le hubieran dado alguna holgura en el Baztan, desalojando de él á los que tanto le molestaban; pero Oráa con toda su pericia y un valor personal acreditado, gustaba más de emplear sus conocimientos en eludir encuentros, estorbar los movimientos del enemigo trastornándole sus planes, que en buscarle y batirle resueltamente, pecando algunas veces de prudencia.

## SITIO Y TOMA DE TREVIÑO.

## XLVI.

Zumalacárregui buscó en Treviño lo que no pudo alcanzar en Irarzun. Instigado por la junta de Alava, á quien impedía la guarnición el ejercicio de sus funciones, y esponiéndole lo ventajoso que sería para su causa la ocupacion de aquel punto por su situacion y otras ventajas, se decidió á intentarla, á pesar de lo próximos que tenía los acantonamientos del ejército de la reina.

Al efecto previno en 8 de mayo al general de artillería don Joaquin Montenegro, pasase á hacer un reconocimiento del pueblo y fuerte. El 9 mandó se aproximase la artillería al condado, al mismo tiempo que él se trasladaba á Dordoniz desde Murguia con todas las fuerzas reunidas, consistentes en once batallones y seis escuadrones. Llegó á Treviño, y colocando convenientemente los cuerpos, salió la guarnición de las cercas del pueblo, y desde una altura cercana hizo fuego á algunos batallones que desfilaran próximos, replegándose á poco, hostigada por los carlistas.

A la mañana siguiente practicaron estos varios reconocimientos del castillo arruinado y de los puntos fortificados, notando que las bocas calles inmediatas á la iglesia par-

roquial, que era de sillería, y tenía bien defendida su elevada torre, se hallaban cercadas con parapetos de piedra y dobles puertas aspilleras, y que los ángulos de varias casas estaban reforzados con tambores igualmente aspilleros.

Acordando con Montenegro el sitio mejor donde colocar la artillería, esperaron la nueva aurora del 11, que apareció alumbrando á los cañones á la puerta del alojamiento de Zumalacárregui.

Guegué ocupó entonces con tres compañías el castillo arruinado que domina á Treviño, al propio tiempo que algunos batallones estrechaban por todos lados el bloqueo, y que Zumalacárregui se dirigía á ocupar la parte del pueblo que se hallaba libre. A las once quedó establecida y rompió el fuego una batería, que continuó todo el día sus disparos contra la caserna y casas contiguas.

El cuarto batallón de Alava, que estuvo tiroteándose, se lanzó lleno de impaciencia á las calles del pueblo, y á pecho descubierta atacó las posiciones de los sitiados, derribando las puertas, parapetos, tambores, y cuanto se oponía á su bravura. Los defensores del fuerte, no pudiendo, ó no queriendo hacer frente á tan bizarro empeño, se iban replegando á la caserna principal.

No deseaba otra cosa Zumalacárregui: reducidos así sus contrarios á un pequeño recinto, era más fácil batirlos, y más seguro el éxito. Traslado á este fin la artillería á las calles del pueblo, y protegida por los fuegos de la infantería, jugó toda la noche con acierto, hasta que ofrecieron entregarse á discrecion los sitiados.

Apoderanse al momento los carlistas del fuerte, y sale prisionera de guerra la guarnición, compuesta de nueve oficiales, incluso el gobernador (1), doscientos sesenta

(1) *Relacion de los oficiales que fueron hechos prisioneros por la rendicion de la caserna de Treviño.*

CUERPOS.	CLASES.	NOMBRES.
Provincial de Laredo.	Sargento mayor y gobernador. . . . .	Don Miguel Marin.
	Capitan. . . . .	Don Tomás Fidalgo.
	Otro. . . . .	Don Francisco Pineda.
	Teniente con grado de capitan. . . . .	Don Sebastian de Arias.
	Otro teniente. . . . .	Don Luis Maria Montero.
	Otro id. . . . .	Don Juan Peiro y Muñis.
	Subteniente abanderado. . . . .	Don José Gamborino.
	Otro. . . . .	Don Juan Ibañez.
	Teniente de infantería agregado al provincial de Salamanca. . . . .	Don Manuel Gonzalez.
	Capellan interino de id. . . . .	Fr. Anselmo Ibañez.

Cuartel general de Estella, 15 de mayo de 1835.—Tomás Zumalacárregui.

hombres de tropa, y ciento ochenta urbanos.

Los liberales tuvieron dos muertos y trece heridos, y los carlistas tres de los primeros y trece á quince de los segundos; entre ellos de gravedad el capitán ayudante de estado mayor don José Martínez, y de poca consideración el teniente don Simón Capapé.

Con el fuerte cayeron en su poder cuatro cargas de municiones, quinientos fusiles y otros efectos de importancia.

Trataba don Carlos por este tiempo de premiar los servicios de Zumalacárregui, y una de las personas de mas influencia, encargó á un íntimo amigo de éste le dijese que hallándose don Carlos dispuesto á elevarle á título de Castilla, solo esperaba saber qué denominación preferia. Al oírle, contestó Zumalacárregui con ceño: —«Después de entrar triunfantes en Cádiz lo pensaremos: por ahora no estamos seguros ni aun en el Pirineo, y un título cualquiera no sería hoy sino un paso hácia lo ridículo.»

Esto lo decia al día inmediato á la toma de Treviño, cuando era mas estensa la dominación de las armas carlistas en el Norte de España.

Al mismo tiempo que se anunció al público la conquista de Treviño, se insertaron los siguientes documentos.

«Comandancia general de Navarra.—Excmo. señor.—Antes de partir hoy á sus depósitos los individuos prisioneros procedentes de la guarnición de Treviño, les ha sido leída la allocucion de que tengo el honor de mandar á V. E. copia, á la que con grandes promesas han contestado que se les den armas para defender al rey de España don Carlos V. Con este motivo he mandado hacer la debida calificación de todos los dichos prisioneros, y me hallo dispuesto á incorporar á las filas los que pertenezcan á la clase de tropa y no sean urbanos, siempre que merezca la aprobacion soberana del rey nuestro señor esta determinacion. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Santa Cruz, 13 de mayo de 1835.—Excmo. Señor.—Tomás Zumalacárregui.—Excmo. señor secretario de Estado y de la Guerra.»

«Soldados.—No sé si por buena ó mala suerte habeis caído en manos de aquellos contra quienes combatiais. Los sucesos posteriores lo diran: sois prisioneros de guerra, pero no podeis dejar de ser españoles, y españoles son tambien los que os han vencido y hecho prisioneros. Por un tratado solem-

ne, sicado mediadora la nacion inglesa, está dispuesto entre ambos ejércitos beligerantes conservar la vida á todos ellos, y el que se cangeen conforme se pueda, teniendo entretanto á los sobrantes en depósitos. He reclamado el vuestro, y entretanto están ya señalados estos, á los cuales vais á partir luego, donde sereis tratados con arreglo al derecho de gentes, y aun con las atenciones que sean compatibles con la seguridad y la posibilidad. Pero, soldados, antes que partais escuchadme: educados en la religion católica y circulando por vuestras venas la sangre de aquellos castellanos tan ilustres como señalados por su fidelidad á los reyes, ¿acaso no reparais en Carlos V? ¿Cómo es posible que no hayais conocido mientras habeis estado en las filas de la impiedad y de la tiranía que su gobierno no va acorde con vuestros principios? ¡Cuántos de vuestros padres se estarán lamentando de que os hubiese cabido la suerte de estar defendiendo una causa tan injusta! ¡Cuántas madres gemirán haber dado á la usurpacion sus hijos para sostenerla! Si alguno sentís estos poderosos gritos en el fondo de vuestro corazon, y si conservais amor á la piadosa religion de vuestros padres, no os detengais para manifestarlos, pues todavía estais á tiempo para principiar una nueva serie uniéndoos á las filas que defienden la causa de Carlos V y combatiendo por ella.—El comandante general—Zumalacárregui.»

ABANDONO DE LOS PUNTOS FORTIFICADOS POR LOS LIBERALES.—ESTADO PROSPERO DE LOS CARLISTAS.

#### XLVII.

El día 15 tenia Zumalacárregui su cuartel general en Estella, que abandonaron los liberales, por haber adoptado Valdes el sistema de desguarnecer los puntos fortificados, en los que cifraron los anteriores gefes no solo lisongeras esperanzas, sino hasta la conclusion de la guerra. Valdés, que vió perderse á Treviño, sin poderlo evitar aunque estaba próximo, no quiso dejar espuestos los demas puntos, que solo servian para dar armas, municiones, efectos de guerra y soldados á los carlistas.

El primer punto de que hizo retirar la guarnición, fué Estella, en donde entró al instante Zumalacárregui, con aplauso de sus habitantes que le eran afectos.

A las tres de la tarde del 16 salió de es-

ta población, y pernoctó en Añorbe, Mendigorria, Tirapu y sus inmediaciones. Al día siguiente continuó su marcha, y sobre ella supo que una columna pasaba de Pamplona con dirección á Tafalla, siendo la suya por Undiano á Valde-Echauri. Salíó á su encuentro: avistáronse á poco ambos contendientes: mediaron provocaciones de una y otra parte, dando la escaramuza por resultado algunos heridos y prisioneros de la reina. Pero estimulado el ardor de unos y otros, llegó á tanto el arrojo del intrépido coronel del escuadrón de *oficiales de la Legitimidad*, don Carlos O'Donell, y de algunos otros que le siguieron, que no atendiendo al peligro se lanzaron á una muerte segura, siendo gravemente herido el primero, (1) cuya pérdida sintió en extremo Zumalacárregui, no bastando á mitigar su dolor las pequeñas ventajas que en hechos parciales conseguieron sus tropas.

Diariamente crecía la importancia y la osadía de estas. Ya se hacían dueños los carlistas de posiciones tenidas por inespugnables; ya provocaban á sus enemigos, casi á las mismas puertas de Pamplona; y ya en fin se enseñoreaban de un grande territorio, en el que establecían fundiciones, fábricas, talleres, almacenes, en el que se creían tan seguros como en la plaza mas fuerte. Es verdad que faltaba dinero, pero estaban acostumbrados á la escasez. Inmediatos progresos de importancia estaban próximos á conseguir, como veremos.

#### EVACUACION DEL BAZTAN.

#### XLVIII.

Demostrada la utilidad de la ocupacion del Baztan, y conociéndolo así Oráa, insistía en que se le facilitaran los necesarios recursos para armar el país y sostener en él sus tropas; pero ya fuese que hubiera que cubrir atenciones mas perentorias, ó que escaseasen los recursos que de uno y otro había, es lo cierto que Oráa no era atendido, y no podía por consiguiente conseguir su propósito. Procuró sin embargo, el armamento de Santesteban, si bien no produjo los mayores resultados, pues empezaban los paisanos á sentir el desaliento que en vano trataba de disimular el gene-

(1) Conducido á Echarri, espiró en los brazos de su hermano don Juan, que poco despues fué asesinado por el pueblo en Barcelona.

ral, y solo tomaron las armas diez y ocho individuos, á condicion de no salir del pueblo, y de no servir con los cazadores de Isabel II.

A esto quedó reducido el entusiasmo que tanto preconizó el ayuntamiento de Santesteban. Por semejantes hechos han juzgado muchos escritores el de otros pueblos.

Sabe Oráa que Zumalacárregui con todas sus fuerzas se preparaba á subir al Baztan para desalojarle. En efecto, el 13 de mayo ocupaba con bastantes tropas los pueblos de Iza, Izu y Artazu, estando situadas las de aquel en Berriozar, Ansoain y Artica.

Próximos ambos campos, parecia inminente un choque, pero el 14 varjaron de posiciones. Zumalacárregui intentó penetrar en Castilla, y Valdés, con todo el ejército, marchó á Logroño: contramarchó aquel repentinamente, y llegó á Santa Cruz de Campezu y sus inmediaciones, yendo las columnas liberales que habia en los Berrios, Orribia y Villaba, á acompañar á Mina,

El 15 estaban considerables fuerzas carlistas en Lesaca, Aranaz y Yanci, lo cual impuso á Oráa, quien en este mismo día participaba desde Irurita al general en jefe, la poca exactitud con que se cumplian por otros algunas órdenes, y lo que temia la audacia de los carlistas.

Respetables fuerzas de estos atacaron el 17 el fuerte de Laudivar; pero fueron rechazados vigorosamente, retirándose hácia la tejería.

A la madrugada del 18 desocuparon los liberales á Urdax, y á las tres ó cuatro horas ya le ocupaban los carlistas. Sábelo Oráa, y previendo que pretendian introducir algun convoy, dispuso impedirlo, pero le salió Elio al encuentro, y á pesar de sus movimientos estratégicos para hacerse dueño de las tres Mugas, lo fueron antes los carlistas, apoderándose de la montaña de Zugarramurdi. El jefe liberal, viendo burlado su deseo, conversó por la derecha, y desde Ezquiel desfiló por la espalda de la posicion al puerto de Anzola, trabándose una pequeña escaramuza entre una guerrilla que destacaron los carlistas y unas compañías de la Guardia Real que cubrian la retaguardia, siendo el resultado la pérdida del alférez de la guardia Maurelle, que con seis granaderos se perdió en el bosque, y cayó prisionero, muriendo uno de sus soldados que no quiso rendirse.

Oráa sufrió prudente los insultos de sus enemigos que le retaban al combate, y Sagastibelza llevó á cabo su encargo.

Apurado Oráa y como si no fuera suficiente el malogro de su empresa, sabe que Zumalacárregui, Eraso y Sagastibelza se mueven simultáneamente sobre Goizueta, y que vienen á caer todos sobre él.

En tal apuro, previene el 21 á Jáuregui se reconcentre sobre el valle, y que le dé anticipadamente conocimiento del día en que llegue para salir hácia las tres Mugas, ó Vera, con el fin de proteger su reunion, y salvar los cien mil cartuchos y ochocientas granadas de mano que le pidió. Pero los carlistas impidieron este movimiento, permaneciendo en Goizueta y Lecumberri, de donde no podía desalojarlos Oráa.

El 22 recibe dos órdenes, una reservada mandándole remitir á Pamplona las armas y municiones y consumir los viveres que hubiese en los fuertes; y otra de la misma fecha, prescribiéndole continuase ocupando los valles, toda vez que los carlistas no habian atacado á Puente la Reina. A una y otra contestó Oráa haciendo las debidas observaciones acerca de la cantidad de armas, municiones de boca y guerra y efectos militares que existian en Elizondo, Añoa, Santesteban, y añadiendo que en este punto y el primero habia cerca de cuatrocientos enfermos, todo lo cual era difícil de trasportar teniendo á la vista al enemigo.

La posicion escogida de sus contrarios, tan audaces ya y poderosos, hacia comprender á Oráa lo arriesgado de la retirada, y el conflicto en que podria colocarle el menor revés, añadiéndose á estos inconvenientes el gravísimo de dejar abandonados y en gran compromiso á los naturales que se habian comprometido por la causa liberal.

El 23 dejó Eraso á Goizueta, dirigiéndose á Santesteban: Sagastibelza no se movia de Aranaz, Yanci y Lesaca. Oráa, pues, se hallaba aislado: Valdés continuaba en Miranda de Ebro, y la incorporacion con Jáuregui era imposible, despues de la orden de aquel para el abandono del Baztan.

Teniendo Oráa ser á cada instante atacado, pensó, en tan crítica situacion, en el mejor modo de dar cumplimiento á las órdenes superiores. Al efecto comenzó por salvar las armas, municiones y efectos que contenia Elizondo. El 25 salió el convoy, y el 26 llegó ileso á Pamplona, y casi á la vista del enemigo, y sin el mas leve choque.

Pero si pudo lisongearse del buen éxito

de esta operacion, sus consecuencias fueron desagradables. Cunde la voz por el Baztan de que van á abandonarle las tropas liberales, y á la par de la noticia se difunde el desaliento, y muchos habitantes de Elizondo abandonan sus hogares, y se refugian en Francia. Lo sabe Oráa, reune al ayuntamiento, trata de disipar sus recelos, y les manifiesta que en el caso de verificarse la retirada de las tropas, se lo avisaria anticipadamente para que las familias comprometidas obrasen como les conviniera.

Cuando el mismo Oráa se ilusionaba con poder tranquilizar á los baztaneses liberales, recibe otra orden de Valdés en que manifiestándole que Zumalacárregui habia marchado sobre Guipuzcoa, y la precision de maniobrar contra él con todas las fuerzas posibles, le prevenia, bajo su responsabilidad, que se internara con toda la division de su mando en el pueblo de Aldaz y sus inmediaciones, ó en el mismo Lecumberri, dejando únicamente la fuerza que conceptuase necesaria en los fuertes para su defensa durante las operaciones; y que si Jáuregui podia reunirsele, le avisase lo verificara: «Debiendo V. S. tener entendido, añadia, que la llegada de la division á Aldaz debe verificarse en el día de mañana, si este oficio llegase á tiempo, y de no, pasado mañana. Yo me hallaré desde mañana á medio día en las inmediaciones de Irurzun hasta recibir avisos de V. S. En el caso de que Eraso permanezca por esas inmediaciones con sus siete batallones, lo dejará V. S. sin incomodarle, á no ser que sobre la marcha, y sin detencion, pudiese escarmentarle; pero lo que ahora importa es poner en contacto esas fuerzas con estas. No perdone V. S. medio ni gasto para avisarme el recibo de este, y darme frecuentes avisos de cuanto ocurra. Cuartel general de Pamplona, 27 de mayo de 1835.—Valdés.»

Oráa recibió este oficio en la noche del 28, y al amanecer del 29, desde Irurita, en donde reunió sus fuerzas partió á su frente, tomando el camino de Santesteban, en cuyo punto dejarian los soldados las mochilas y se racionarian para dos días, prosiguiendo á Ezalburu, por creer este camino menos peligroso.

La marcha era difícil, pero aunque solo era de nueve leguas, lo áspero y quebrado del terreno, el enemigo á la vista, que podia escoger puntos de ataque, un tiempo frio y lluvioso, lleno de fango el suelo, crecidos los arroyos, desbordados los rios, eran so-

brados motivos para que los soldados fueran descalzos, y en la situación mas lastimosa, empeorada á cada momento, por empeorarse el temporal.

Por los puertos de Vidarchico y de Odolaga, y despues de una marcha de trece horas, ganaron las tropas la altura de Larrainzar, donde hicieron alto, reconcentrándose. Algunas fuerzas tomaron posición sobre el camino de Oiz y Labayen, en cuyos pùeblos y en el de Urroz estaba el 29 Sagastibelza con los batallones 5.º, 7.º y 8.º de Navarra y 2.º de Guipuzcoa, decidido á impedir el paso á Oráa, y con esperanzas de batirle, como lo consiguió.

ACCION DE LARRAINZAR. — DERROTA DE ORÁA.

### XLIX.

Despues de un corto descanso, continuó Oráa su marcha, y al desfilar la vanguardia, se arrojaron sobre ellos carlistas tan impetuosamente que la desordenaron de un modo lastimoso. La confusión, el pánico de los soldados se comunicó al centro; al ver Oráa que todo era perdido, se puso, denodado, por dos veces á la cabeza de un batallon de la Princesa, cargó á los carlistas con brioso esfuerzo, y despues de inaudito empeño logró rechazarlos, y ocupar sus posiciones.

Mas no se dieron estos por vencidos; y en tanto que Oráa procuraba tenerles á una distancia respetuosa para reorganizar en tanto las descompuestas filas de su gente, infundiendo ánimo en el soldado, los carlistas se aprestaban á otro ataque tan brusco como el primero.

Coloca Oráa las compañías de cazadores á retaguardia, las despliega en guerrilla para contener al enemigo; pero aquellos soldados, despues de una marcha tan penosa, entumecidos por el frío, y empapados en agua, hacian un fuego lento, que mas parecia inspirado por el temor al castigo, que por el deber. Sagastibelza, entonces, ordena un nuevo ataque, y cargan los carlistas por segunda vez, arrollan á los cazadores, y matan á su capitán don José Malvar, que tuvo una muerte digna de su valiente vida.

Entonces, dicen las Memorias, Oráa ya no debia abrigar ninguna esperanza de buen éxito, ni aun la que se apoya en el valor de la desesperacion, porque sus tropas habian sufrido mucho anteriormente y apenas podian maniobrar. El enemigo pujante y empujado con sus ventajas siguió acosando

la retaguardia, y solo la constancia del tercer batallon de la Princesa colocado en la confluencia de los caminos para proteger la marcha, y el valor tranquilo de su gefe don Felix Sarasa, pudieron reprimir algo la arrogancia de los carlistas, y hasta rechazar su vanguardia, rescatando varios prisioneros. Tambien el denodado capitán de la Guardia Real don Lorenzo Marquina, al frente de cuatro compañías que habia conservado formadas, logró imponer y rechazar á los carlistas; pero destacándose mucho del cuerpo de la division, se baltó cortado por fuerzas superiores, y cayó prisionero. La retirada se hacia por momentos mas difícil y penosa; sin embargo, al amparo del tercer batallon de la Princesa, se formó una columna de granaderos que cubrió la retaguardia hasta el rio de Ulzama. Aqui iban á aumentarse los desastres de aquel dia aciago; el rio habia salido de sus bordes naturales, y con el copioso tributo de los arroyos salvaba los puentes presentando una anchura superficial de agua. De este modo perecieron ahogados mas de sesenta individuos, varias acémilas y caballos, creciendo el conflicto con la llegada de la noche, que se presentó oscura y nebulosa. Entonces se dispersaron muchos por el bosque, dirigiéndose á Ezalburu, punto que habia designado para reunirse la division, habiendo dispuesto tambien que arrojasen grandes piedras á los rios para facilitar el paso.

Tales fueron los hechos de aquel terrible dia, cuyas consecuencias hubieran sido aun mas funestas para los liberales sin el cansancio y la fatiga de los carlistas que no aprovecharon todas las ventajas con que la fortuna les convidó, venciendo á superiores fuerzas.

Goyeneche, puesto por Oráa á la cabeza de la vanguardia para ir á Ezalburu, marchó á Irarrioz con unos cinco oficiales y ochocientos soldados; tomó despues el camino de Pamplona, y llegó á esta plaza sin noticiarlo á su gefe, é infundiendo un pánico imprudente.

La pérdida liberal consistió en un capitán, un subteniente y sesenta soldados muertos y heridos; y tres gefes, veinte y cuatro oficiales y trescientos ochenta soldados prisioneros; la carlista fué de un comandante ó capitán, Oneca, dos oficiales y pocos soldados muertos, y unos doce á quince heridos.

El vulgo, propenso comunmente á la exajeracion, abultó las pérdidas de Oráa y

los resultados de esta jornada. El caudillo liberal, viendo así tan lastimada su honra, decía al día siguiente al general en jefe, que su espíritu no estaría tranquilo, ni su honor ocuparía el lugar que le correspondía mientras no se aclarase la conducta militar observada por él y los individuos de los cuerpos en la desgraciada acción del día anterior, por lo cual rogaba á S. E. se instruyera un sumario en averiguación de las disposiciones que tomó y de cuanto ocurrió en la acción, á fin de que elevándole á plenario, fuese examinado y fallado en consejo de guerra, destinándole entretanto al punto que se tuviera por conveniente.

El 29 tuvo lugar esta jornada, y á la una de la tarde del 30, salió Oráa de Ezalburu, pernoctó en Marcalain, continuando al día siguiente su marcha á Villaba, donde se le reunió Goyeneche con unos mil hombres, y donde hizo alto. También le haremos posotros para referir los notables sucesos en que tuvo parte Oráa en aquellos días.

#### CASTIGOS POR EL DESASTRE DE LARRAINZAR.

##### L.

Mucho incomodó á Valdés el desastre de Larrainzar, y dejándose llevar de la pasión mas que de la prudencia, increpó á los gefes y oficiales de la division de Oráa por aquella pérdida, y marchando mas adelante en su resentimiento, expidió el 1.º de junio una orden general en que haciendo pública la sorpresa é indignacion con que habia visto el descalabro sufrido y ocasionado por menores fuerzas, y no obstante que reconocia la crudeza del temporal, la fragosidad de las montañas, y la existencia de alguna de esas combinaciones, comunes en la guerra, que se burlan del valor y prudencia de los hombres, para no alentar la impunidad, y en castigo de aquella derrota, disponia que el comandante don Ignacio Ventura, que se hallaba en el punto donde comenzó el ataque, y que no cumplió con las prevenciones tan terminantes que se le dieron de contener el desorden, quedase por este acto suspenso de su empleo mientras que por los trámites legales no justificara plenamente su conducta.

Que los cuerpos no llevasen sus banderas en formacion, hasta que por una acción eminentemente distinguida no espiesen la falta en que habian incurrido.

Que tampoco disfrutasen raciones de vino y aguardiente, hasta que se hiciesen acreedores á este beneficio, con las mismas condiciones.

Que ningun oficial de capitán inclusive abajo podria usar caballo, á menos que con certificación del gefe de la division y brigada, probase que por su conducta en la refriega se habia hecho positivamente merecedor de una escepcion, estando escludidos de esta gracia, aun con tal requisito, los que habian llegado á Pamplona separados de sus gefes.

Esceptuábase exento de estas penas el primer batallon del regimiento de la Princesa, que contribuyó tan eficazmente á que este acontecimiento desastroso no hubiera tenido mas lamentables resultados.

Y por último, concluia la orden diciendo, que el general en jefe se atenia por entonces á estos castigos, (que calificaba de leves si se comparaban con la gravedad del hecho á que se aplicaban), pero que dado otro caso les emplearia mas terribles.

Esta orden, que, como brigadier gefe de la plana mayor, firmaba don Evaristo San Miguel, y cuyos efectos se suspendieron en breve, irritó á Oráa y á sus oficiales y soldados, y pidiendo aquel se sometiese á juicio su conducta, trató de apelar en tanto al del público, irrecusable juez en estas materias cuando por una y otra parte se presentan con exactitud los hechos. Escribió al efecto un notable comunicado en contestación al periódico *La Abeja*, que no se publicó entonces por circunstancias especiales (4), que fueron de lamentar, pues hubieran aclarado mucho los hechos, y dejado á cada uno en el lugar que le correspondia. Mas si no lo hicieron á la sazón las pasiones, hoy lo hace la historia, superior á ellas.

#### EVACUACION DEFINITIVA DEL BAZTAN.

##### LI.

Valdés siempre concertando planes, sin verse jamás sus resultados, meditaba un nuevo plan de operaciones, para cuya ejecución dispuso la concentracion de todas las fuerzas del ejército.

Oráa, tenia, pues, que evacuar completamente el Baztan, operacion difícil, arriesgada, y para la que se necesitaba grande habilidad y pericia.

(4) Véase, documento núm. 3.

Tenia que levantar las guarniciones de Santesteban, Oyeregui, Elizondo, los tres fuertes de Urdax que confinaban con Francia, y los hospitales, y que conducir á Pamplona los enfermos, el armamento, municiones, viveres y pertrechos, por entre las asperezas y escabrosidades de los montes que separan los valles de San Esteban, Lerin, Bertizarana y el Baztan, que ofrecian al enemigo una serie no interrumpida de ventajosas posiciones.

Oráa debía efectuar esta operacion auxiliado de don Santiago Mendez Vigo y de Gurra, y en su consecuencia salió el 2 de junio de Villaba, y al llegar á Lanz, supo que los carlistas ocupaban posiciones mas respetables de las que habia calculado, que los fuertes de Urdax, Oyeregui y Santesteban habian sido amenazados, que Sagastibelza ocupaba con dos batallones á Irurita, y que otros dos estaban en Ituren y Zubieta.

A la aproximacion de las fuerzas de la reina se fueron recorriendo los carlistas á Donamaria, Uroz, Zugarramurdi, Yanci, Lebayen, Saldias, Leiza, y á Lecumberri la caballeria, ocupando Oráa á Irurita, para donde estaban citadas las guarniciones y convoyes de los fuertes del valle, y señalando el medio dia del 3 para su reunion.

Tan acertadamente dispuso esta operacion arriesgada, que á las doce del dia prefijado emprendieron la marcha las dos divisiones al puente de Velate, protegido por Mendez Vigo; y en él, completa ya toda la fuerza, se contó segura. Púsole Oráa en conocimiento del general en jefe, y éste, que habia suspendido los efectos de su terrible orden del 1.º la revocó en otra general del 7, elogiando el movimiento de Oráa, que recibió á poco una ofensa en el nombramiento de general de brigada, habiéndolo sido de division.

Al frente de la brigada de vanguardia de las divisiones que salieron de Pamplona el 8, pasó por Mendigorria, Mendabia, Fuenmayor, Aro y Amiñon, llegando el 12 á Miranda, donde se hallaba Espartero con doce batallones, y donde se reunió el 13 el grueso del ejército, que partió el 29 á socorrer á Bilbao.

ATAQUE DE ZUMALACÁRREGUI Á VILAFRANCA.  
—SORPRESA DE DESCARGA.

### LII.

La causa carlista se hallaba en uno de sus periodos mas brillantes. Zumalacárre-

gui, que tanto dudaba poco hacia de los resultados, todo lo creia posible ahora.

No era ilusoria tal creencia: los sucesos que dejamos narrados eran bastantes para hacer sonreír á Zumalacárregui con la perspectiva de un éxito seguro y glorioso.

Sin recelo, pues, marchó el caudillo carlista á atacar á Villafranca de Guipúzcoa, en tanto que Valdés continuaba sobre la derecha del Ebro, quizá formando planes.

Es verdad que Villafranca no prometia la resistencia que otros puntos de Navarra; pero de cualquier modo casi era temerario avistarla, por estar situada en otra provincia.

Eran los últimos dias de mayo, cuando se presentaron los carlistas delante del pueblo, colocando *El Abuelo* y algun otro cañon, cuyos disparos hacian mas ruido que daño.

Los sitiados se defendian valientes, y contaban cuatro dias de resistencia, cuando cansado el jefe sitiador de la inutilidad de sus esfuerzos, envió al Baztan á su activo y celoso capellan don Miguel Antonio Legarra, para que dispusiera la conduccion de un mortero, que llegó á Villafranca, venciendo los que para muchos hubieran sido obstáculos insuperables. Acompañóle Reina en esta operacion, el cual reemplazó á Montenegro, herido dias antes.

Prolongábase el sitio con mengua del ejército liberal, y Jáuregui fué destinado á levantarlo, á cuyo fin se trasladó desde San Sebastian á Tolosa, colocandose asi á menos de tres leguas de distancia.

Noticioso Zumalacárregui de este movimiento, envió á Gomez para observar á Jáuregui, quien no se atrevió á salir por entonces de la plaza.

Espartero marchaba por otro lado á libertar á Villafranca. Con él iban el baron del Solar de Espinosa, el conde de Mirasol, y el coronel Ulibarri, mandando el primero la division de Alava, el segundo la de Vizcaya, y el tercero la brigada auxiliar de Navarra.

Sin las noticias de Valdés que esperaba en Mondragon, pasó por Vergara, y fué á pernoctar el 2 de junio en el alto de Descarga, eminencia respetable en el mismo camino de Francia, que se ve llena de barrancos, sinuosidades, y con esa lozana vegetacion que tiene el pais, ofreciendo excelente proporcion para el descanso de un cuerpo de tropas respetable.

En esta confianza se entregaron los sol-

dados al reposo. Cantando al rededor de las fogatas, veíase retratado en el semblante de la tropa la satisfaccion de sus gefes, que se prometian conquistar nuevos laureles salvando á Villagrancia y batiendo á Zumalacárregui.

Pero uno de esos azares de la guerra que como los del juego cambian la fortuna, vino á destruir las mas brillantes esperanzas de Espartero, y á desvanecer cual humo sus ilusiones; azar que pudo haber evitado con menos confianza, no dejándolo todo al valor, y contando con la prudencia, tan necesaria como él en la guerra.

Cerca del gefe liberal de Vizcaya, acampaba el comandante general carlista de la misma provincia, don Francisco Benito Eraso; y desde el alto de Descarga hasta Villarreal de Zumarraga, donde se hallaba éste, se contaba muy corta distancia. Sin los rodeos que forma el camino, y sin las desigualdades del terreno, se hubieran avistado; pero ni Eraso ignoraba la llegada de su contrario, ni éste dejaria de saber la proximidad de aquel.

Avisó Eraso á Zumalacárregui de la situacion de Espartero, y recibió orden de permanecer quieto ínterin no se moviese el liberal, dejándole libre el paso hácia Villagrancia si avanzaba; y adelantado que fuese mas allá de Villarreal, le atacase sin pérdida de tiempo por la retaguardia. De esta manera conseguiria Zumalacárregui su intento, que no era otro que el de atraer hácia él á Espartero, y encerrarle entre dos fuegos, á cuyo fin cañoneaba sin intervalo á Villagrancia.

Tal era el plan de Zumalacárregui; pero una circunstancia casual, deplorable para las tropas de la reina, dió á sus enemigos un triunfo de importancia.

Al anochecer destacó Eraso unos cuantos lanceros de Vizcaya con el batallon de guias de Alava, al mando todo de don Martin Bengoechea, á reconocer el camino real hasta el alto de Descarga, y mandó formar en tanto á los batallones en la carretera. Caminando los exploradores con celeridad, alojaron riendas los ginetes, y se vieron en medio del campamento contrario. La oscuridad de la noche, realzada por la llama de las hogueras, y el ruido inesperado de los caballos, infundieron tal pavor en todos, que abandonando los soldados las armas que tenian en pabellones, se dispersaron á la desbandada, arrojándose unos por los barrancos, ocultándose otros en las sinuosi-

dades del terreno, y corriendo todos sin atender mas que á su salvacion.

Al ruido acuden los batallones vizcainos, y completando la obra de los guias de Alava, solo se emplean en hacer prisioneros, librándose de esta suerte los que retrocedieron á Vergara.

Espartero en tanto, segun vemos en su hoja de servicios, puesto á la cabeza de cuarenta caballos, dió repetidas cargas, mezclándose varias veces entre los enemigos, y batiéndose desesperado cuerpo á cuerpo con ellos.

Sorprendido por esceso imprudente de confianza, quería espiar su falta, y le importaba poco hallar la muerte entre los aceros contrarios. ¡Digno comportamiento de un valiente que así purgaba su indisculpable descuido, de tantos desastres causal!

Dos mil hombres perdió en aquella noche el ejército de la reina, amontonados al día siguiente en los pórticos de la iglesia de Zumarraga; y si antes hubiesen acudido los vizcainos, mayor habria sido el número de los prisioneros, porque no se les habrian escapado muchísimos, como el conde de Mirasol (1), de entre las manos.

Espartero y sus restos entraron en Vergara, difundiendo la consternacion.

OCUPACION DE VILLAGRANCA, DE TOLOSA, DE VERGARA, DE EIBAR, DE DURANGO Y DE OCHANDIANO.

### LIII.

La sorpresa de Descarga decidió de la suerte de Villagrancia.

Suspende Zumalacárregui el fuego, y envia un parlamento á noticiar su fortuna. No la creen los sitiados, y se les permite pasen algunos á Zumarraga para que vean los prisioneros. Convencidos de tan triste realidad, era temeraria la resistencia, y capitularon.

Al mismo tiempo abandonaba Jáuregui á Tolosa, llevándose la guarnicion á San Sebastian, y dejando clavados algunos cañones, y las municiones y viveres que no pudo trasportar.

Algunos partidarios de don Carlos se arma-

(1) Debemos desmentir aqui lo que cuantos han escrito sobre esta sorpresa dicen respecto al conde de Mirasol, y es que se fingió tambor para que no conociesen su graduacion. El mismo señor conde nos ha manifestado ser inexacta esta anecdota.



ron al momento en Tolosa, y pidieron á Zumalacárregui la guarneciese. Gomez la ocupó con los ballones primero y tercero de Guipúzcoa, y trasportó á Segura, y de aquí á la Amezcua, los efectos quedados por Jáuregui.

Dueño ya Zumalacárregui de Tolosa y Villafranca, pasó á Segura, donde se hallaba á la sazón don Carlos rodeado de una corte en la que ya pululaban las malas pasiones ó intrigas miserables, empleadas en desvirtuar tan señaladas ventajas.

Pero si la corte no daba al que debía su existencia y tranquilidad toda la consideracion que por sus hechos se merecia, en el campamento eran apreciados sus servicios y talentos: todo en él era entusiasmo; todos aclamaban á Zumalacárregui; todos le ofrecian ciegos su voluntad y su vida; todos querian seguirle á todas partes, y le obedecian con fé, le amaban con pasion, y le admiraban con delirio.

Fundado era el prestigio de Zumalacárregui: justa y merecida aquella especie de apoteosis que le rendia el pueblo, que le tributaban sus soldados.

No les faltó á lo que les prometiera: les dió victorias, y con ellas recursos y gloria. Todo lo esperaban de él: el triunfo de la causa carlista no era para ellos problemático: ya no creian necesario mas que avanzar para conseguirle.

Zumalacárregui salió disgustado de Segura, y marchó á sitiar á Vergara, intimando la rendicion antes de comenzar el fuego.

El gobernador y los mil hombres que guarnecian la villa, capitularon sin hacer la menor resistencia. Sin duda no esperaban ayuda, y al verse abandonados, no quisieron sufrir una muerte cierta.

Los carlistas fueron así dueños de un rico botín de armas y municiones.

Tambien le recogieron en Eibar, de que igualmente se apoderaron, quedando prisionera de guerra su guarnicion.

Durango tambien cayó en poder de Erasó, despues de abandonarla sus defensores, dejando ciento catorce enfermos en los hospitales, varias piezas de artillería, fusiles, armas, municiones y efectos. Los encargados de la defensa de Durango, fueron sometidos en Bilbao á un consejo de guerra que les condenó á la última pena (1).

(1) No fueron fusilados por faltar la aprobacion de Espartero.

Uno de los presos, estando en Vitoria, pidió servir de soldado en las guerrillas para borrar con su heroísmo su falta, y deiante del castillo

La guarnicion de Ochandiano mandada por el marqués de San Gil, quiso igualmente retirarse, pero acudió con presteza Villarreal, que en todos estos triunfos tuvo parte, y la sitió. Dispuesta se halla á rendirse á Villarreal la guarnicion, cuando Zumalacárregui, mostrandose émulo del gefe alaves, y queriendo usurparle la gloria de aquella conquista, corrió á Ochandiano desde Vergara, y haciendo ostentoso alarde de la fuerza, colocó la artillería y embistió á la poblacion, cuando ya iban á capitular. Conoció el gefe liberal la ambiciosa rivalidad de Zumalacárregui y despues de una corta resistencia, manifestó que solo capitularia con Villarreal, como así lo efectuó, contento, en medio de su desgracia, de hallar un militar tan honrado y caballero como Villarreal, de quien ya nos ocuparemos especialmente.

El innecesario alarde de Zumalacárregui, costó á los carlistas la pérdida del coronel don José Francisco Alzaá, que murió á poco de la herida que recibió en este sitio.

La capitulacion que hizo el marqués de San Gil, fué mal recibida por los liberales, fuertemente criticada, y hasta en una obra inglesa leemos en un artículo adicional, que se cuidó mas de sus caballos, que de los urbanos, que fueron enviados á las minas de Barambio, donde casi todos perecieron, excepto unos pocos que se escaparon; pero los caballos del marqués de San Gil volvieron á su noble dueño (1).

de Guevara terminó su vida, atravesándole un balazo la cabeza.

El coronel don P. A. quedó preso en Bilbao en el convento de San Francisco, donde habia un almacén de pólvora y algunas granadas de mano; incendiado un cajon de ellas por tres bombas de las once que arrojaron sobre el edificio, se necesitaron esfuerzos heroicos para evitar una catástrofe, y los empleó tales el citado coronel, que le valió que Espartero mandara quemar la causa y se le pusiera en libertad.

(1) «Y have heard it asserted that this personage, one of the «regulars», of course, had an additional article attached to the capitulation, stipulating that *his horses* were to be given up to him; but not a word was stipulated in favour of the unhappy Nationals, of whom there were above eighty; these unfortunates were sent to the mines of Barambio, where, from ill treatment, and bad usage, they all perished, except a few, who contrived to escape: *but the horses of the marquis of San Gil, were restored to their noble master, with full license to bear him wheresoever he bade them which was some consolation.*»

Six Years in Biscay, pág. 205.

## DIMISION DE ZUMALACÁRREGUI.

## LIV.

Ya hemos dicho que Zumalacárregui salió disgustado de Segura. Tanto le afectaron las intrigas de la corte y sus malas pasiones que marchó decidido á presentar su dimision.

Es imposible deje de reinar la envidia donde tienen su imperio la vanidad y la ambicion. Estos vicios, que abundan en esos circulos que se forman alrededor de los poderosos, empezaron á tener seguro asiento en el que rodeaba á don Carlos. «La brillantez de los mayores hechos de armas, decimos en otra parte de esta obra (1), las glorias de la milicia, empañadas eran á veces por ciertos personajes parásitos de la corte; locuaces cortesanos, que en vez de manejar la espada, abusaban de la lengua, de ese don divino, haciéndole servir para ocultar la ruindad de sus miserables pasiones.»

Ofreceremos un ejemplo.

En el sitio de Villafranca, orgulloso justamente Zumalacárregui con el triunfo de Descarga, quedó satisfecho con la rendicion de sus defensores; y creyéndose autorizado como gefe del ejército, capituló con ellos. Pues este acto fué considerado por los cortesanos como una abrogacion del poder real, como un desacato á la magestad, á la que trataba de humillar, decian, llegando á darle el dictado de Tomás I. Tal se manejó esta intriga, y tales proporciones adquirió, que don Carlos, con tan poca prudencia como tacto, autorizó una real orden censurando su generosidad con los urbanos de Villafranca.

Recibió en Vergara Zumalacárregui una orden tan incalefiable, irritándole, no tanto por su contenido, como por ver en ella las armas de que se valian sus enemigos. Comprendió que no era don Carlos el autor de una disposicion que tan lejos estaba de esperar, y que tan poco favor hacia á su rey, sino el ministro Villemur, ó mas bien un oficial del ministerio, con quien no estaba al corriente.

En este y otros hechos pudo comprender Zumalacárregui la guerra que le hacian sus encubiertos enemigos, desairando sus descos y provocando su enojo. Sin su noticia siquiera, sacaron de entre los prisione-

ros dos ó trescientos hombres, con que reforzaron el batallon de Alava, que daba la guardia á don Carlos. Habia por otra parte, en Zumalacárregui una mal entendida rivalidad de provincialismo, y le incomodaban las ventajas que obtenian los alaveses; así es que se creyó doblemente ofendido cuando supo que esto habia sido cosa de Uranga.

Quería Zumalacárregui, y así lo manifestó á don Carlos, que alejase á Cruz Mayor, único ministro, de todos los negocios, escepto los de guerra, y que le reemplazase Alcudia ú otra persona, que en su sentir supiese, buscase y hallara los auxilios que necesitaba y pedía diariamente con descontento de los cortesanos, que suponiendo que en cada pueblo que tomaba hallaba recursos bastantes para mantener el ejército, le tildaban de ambicioso, forjando contra él mil calumnias, y presentándole de continuo á don Carlos como una calamidad para su causa.

Estos, entre otros, fueron los principales motivos que impulsaron á Zumalacárregui á presentar su dimision á los dos ó tres dias de su entrada en Vergara, pretestando segun costumbre, y por miramiento al trono, su falta de salud.

## DON CÁRLOS EN VERGARA.

## LV.

La toma de Vergara lisongeó extraordinariamente á don Carlos, y quiso establecer en ella su cuartel general, estimulándole á ello muchas y poderosas razones.

A las doce y media del 10 de junio, hizo su entrada en la villa con todos los honores soberanos: formáronse las tropas para su recibimiento; repicaron las campanas; unió su estruendo la artillería, y Zumalacárregui con todo el estado mayor, le escoltó hasta su alojamiento.

Los carlistas celebraron con verdadero entusiasmo este suceso; y los que habian otra vez intentado penetrar por la fuerza en Vergara, y ahora lo hacian con las puertas franqueadas, y con tal aparato, no podian menos de lisongearse al considerar lo que habia mejorado su causa.

Don Carlos estaba tambien satisfecho, y visitó por la tarde á las monjas de la Soledad, asistiendo á la Salve que cantaron, y examinando todo el convento.

Por la noche dispuso la municipalidad una iluminacion general.

(4) Discurso preliminar, pág. IX.

Una entrevista entre don Carlos y Zumalacárregui, aquietó á éste; no se volvió á hablar mas de la dimision, y se dirigió hácia Durango, y luego á Ochandiano, como ya hemos referido.

SITUACION DE LOS LIBERALES Y CARLISTAS DEL NORTE.

LVI.

La causa carlista se hallaba en estos momentos en una de esas crisis que deciden del porvenir. Un acertado movimiento, una idea feliz, podia ser como la espada de Breno arrojada en la balanza donde se decidía la suerte de Roma.

Perdidas por los liberales una tras otras tantas poblaciones de importancia, mandada retirar la guarnicion de muchas, abandonadas otras á pequeñas fuerzas, y replegado el ejército á Miranda de Ebro, despues de haber sufrido fuertes descabros que infundieron algun temor entre los soldados, se hallaban casi todas las Provincias Vascongadas á merced de los carlistas, que se enseñoreaban de ellas, aumentando prosélitos, recogiendo recursos, y acreciendo su prestigio moral de una manera prodigiosa.

En situacion tan favorable, iba el primer movimiento de Zumalacárregui á influir poderosamente en la suerte de su partido. Si era acertado, podria poner al contrario en peligro. Propúsose, y fué feliz el pensamiento, pero se sobrepusieron la ambicion y la intriga, y triunfaron ellas.

Cuando el ejército de la reina estaba agrupado en Miranda de Ebro dispuesto, lo mismo á penetrar en las provincias, que á internarse en Castilla, cuyos limites pisaba, parecia fuera de duda que los carlistas debian avanzar prolongando el territorio de su dominacion hasta las avanzadas enemigas, teniendo en jaque á su adversario, pues cuanto mas le contuviesen mas segura tenian los carlistas la dominacion de las plazas que, como Bilbao, se veian abandonadas, y aisladas en un campo de enemigos.

Asi pensaban los carlistas de buena fé, y entendidos. De aqui que cuando se inició el pensamiento de seguir á Bilbao, un grito de reprobacion salió de entre las filas de los buenos militares.

Perdoneunos algunos biógrafos, nuestros amigos, algunos escritores que, con la mejor intencion, con deseos, laudables sin du-

da, han supuesto, hablando de este suceso, lo que esta muy lejos de ser la verdad. Nosotros, que á nadie estamos obligados, la diremos, tal como la hemos comprendido.

Debemos advertir, que la toma de Bilbao se consideraba por todos como una empresa, si bien nada fácil, nada imposible; y por consiguiente, la cuestion era de ocasion, de oportunidad del sitio. Eraso tenia bloqueada á la villa, y aunque no la privaba de subsistencias, las hacia escasear, causando todo género de molestias y pérdidas, como ya hemos visto. Todo esto era ya un triunfo para los carlistas, que dominaban por lo demas en toda la provincia.

CAUSAS QUE ORIGINARON EL PRIMER SITIO DE BILBAO.

LVII.

La cuestion, era, pues, de seguir á Bilbao, ó retroceder á Alava.

Los cortesanos de don Carlos, anhelaban, sin vacitar, correr á la capital de Vizcaya, por asentar en ella una corte espléndida, llena de boato, de pompa, de magestad, donde pudieran vestir la librea los que no querian llevar la casaca militar, donde hollaran alfombras los que huian de pisar breñas, y donde pudieran insultar la miseria de los pueblos con su lujo, consumir en opíparos banquetes los recursos necesarios para el pobre rancho del soldado, y leer muellemente recostados el parte de una accion que costase la vida á centenares de valientes, ó de un movimiento en que se inutilizasen por el cansancio, el hambre, las nieves ó el calor las dos terceras partes de los soldados; reservándose, despues de todo, el derecho de criticar el movimiento, de censurar las operaciones de los gefes, el poco sufrimiento de los voluntarios, procurandolo, por fin, su desgracia.

Estos eran los hombres que rodeaban al débil don Carlos, y decidian su voluntad. Estos, los que posponiéndose á todo lo que era razonable, natural, justo y conveniente, querian anteponer sus caprichos interesados y necios, á los pensamientos llenos de desinterés y de patriotismo de los hombres que arriesgaban su vida, que derramaban su sangre con profusion en los campos de batalla, sosteniéndolos á fuerza de privaciones.

Cuando se habló de la marcha sobre Bilbao, don Bruno Villarreal, con pleno conocimiento de causa, con prudente consejo,

y firme resolución, manifestó enérgico que era imprudente, antimilitar y absurdo tal movimiento, que estaba indicado el de Victoria, cuya plaza sería tomada fácilmente, y para cuya empresa contaba con un fuerte, el de Guevara, cuyo gobernador le prometiera entregarle.

Muchos han sentido que Zumalacárregui era del mismo modo de pensar que Villarreal. Si así hubiera sido, habría mostrado mayor oposición de la que mostró á ir á Bilbao, y habría seguido el consejo de Villarreal. Uno de sus más autorizados biógrafos, ó el único de los que merecen entero crédito dice que, «en vez de combatir el proyecto, cedió fácilmente al espíritu dominante.» Como tratando de su disculpa, solo se dice luego, «creyendo sin duda que habiendo presentado su dimisión, no debía ser responsable de los sucesos que en adelante tuviesen lugar, puesto que no se le contestaba cosa alguna.»

Un hombre del carácter de Zumalacárregui, un general en jefe que poseía en tan alto grado la confianza de las tropas, no debía ceder á obrar contra sus convicciones, acometiendo una empresa en que tanto arriesgaba, en que tanta responsabilidad le cabía. La vida de sus soldados, la defensa de su causa, su honor estaban por cima de toda otra consideración, de todo poder por soberano que fuese, y el jefe que marchando á Bilbao *hablaba varias veces con desconfianza acerca de la operación que debía comenzar*, no debía continuar su ruta al frente del ejército.

O participaba Zumalacárregui de la preocupación común, ó fué demasiado débil: de cualquier modo que sea, cometió un error que le costó la vida, y que perjudicó extraordinariamente á su causa.

Hízose creer á don Carlos que en la conquista de Bilbao se cifraba el triunfo de su causa, porque afianzaba el crédito de su hacienda, siendo una segura garantía para préstamos, un centro de operaciones decisivas, y el puerto seguro de salvación, el sosten de su trono.

Con la misma facilidad que fué seducido el infante, lo fueron muchos de sus partidarios de buena fé, que llegaron á formar una opinión poderosa. Escaso el pueblo en comparación del ejército, la opinión de éste y la opinión de la corte eran decisivas.

Otros se contaban que, sin ser cortesanos, deseaban ir á Bilbao, no porque la corte estuviera mejor situada y segura, sino

porque siendo villa mercantil y rica esperaban coger rico botín; y tan rico y tan fácil le creyeron, que se vió seguir al ejército una falange de mugeres con sacos para recogerle. Con esta esperanza se gritaba con entusiasmo ¡á Bilbao! Con esta esperanza cantaban alegres los vizcainos al verse encaminados á su querida villa, sin igual para ellos.

Los que veían esta ilusión con amargura, en vano se esforzaban por impedir una marcha deplorable, bajo todos conceptos; en vano presagiaban lo que sucedió después; en vano tomaban sobre sus hombros la responsabilidad de otros movimientos; nada podía hacerse ya; inútil era su empeño; lo quería así don Carlos; era el ejecutor de su voluntad Zumalacárregui; no había más que obedecer.

El caudillo carlista, con catorce batallones, marchó sobre Bilbao, y Villarreal con algunos otros se quedó observando los movimientos del ejército de la reina, acantonado á orillas del Ebro, que vió con satisfacción que el enemigo no venía en su busca, y se alentaba á encontrarle.

El tren de batir á Bilbao se componía de cinco cañones, dos obuses y un mortero.

## PRIMER SITIO DE BILBAO.

## LVIII.

Asentada al Norte de la Península Ibérica entre los 42 y 43° latitud Norte la provincia de Vizcaya, bañada por el Océano Cantábrico, confina con la provincia de Guipúzcoa al Este, con la de Alava al Sud y la Peña de Orduña, que la separa de Castilla la Vieja, y con la montaña de Santander al Oeste.

Su terreno es montuoso, aunque no tanto como el de Guipúzcoa, pues tienen mayor amplitud las vegas y márgenes de los ríos, particularmente las del Nervión ó Ibaizabal, Plencia y Mundaca.

Su población en 1833, pasaba de ciento trece mil almas, pero en la actualidad se halla considerablemente aumentada, pues si bien durante la guerra que nos ocupa fueron diezmos los sus habitantes, quemada gran parte de sus caseríos, talados casi todos sus montes, y destruidas las propiedades, en el día apenas son posibles nuevos caseríos, se han repuesto lozanamente los montes, se ha mejorado y aumentado la propiedad, el comercio y la industria, y no

parece sino que la guerra ha sido el torrente que se desborda, pero que deja en su ciego el limo que fertiliza los campos, para que den mas ópimos frutos,

Recórrase la Vizcaya desde la Nestosa á Lequeitio, desde Portugalete á Ermua, y por ninguna parte se conocerán las huellas de la guerra, excepto en algunos palacios, ó conventos, que, presa de las llamas, no han sido reedificados por ausencia de sus pobladores.

La misma villa de Bilbao, que casi quedó convertida en ruinas, se ostenta hoy rejuvenecida al viajero, sin ofrecer otra señal de sus inmortales y destructores sitios que los restos acabados de arruinar ó abandonados de algunos conventos estramuros, el sitio donde estuvo el palacio de Begoña, y una bala que se conserva cuidadosamente en un árbol del Arenal. Vinieron á tierra algunos edificios inmediatos á la poblacion, pero casi todos se han reedificado elegantes, como se ha reedificado la villa, sin que en toda su hermosa ribera, ni en el Arenal, en la Cendeja, ni en todos los puntos que tanto padecieron, se vea hoy otra cosa que lindisimos edificios que revelan el buen gusto de los bilbainos.

Aunque segun los fueros de los vizcainos no hay capital en Vizcaya, por ser iguales todos los pueblos, nosotros consideramos políticamente á esta provincia, y llamaremos á Bilbao su capital.

Situada á la margen derecha del Nervion, y á dos leguas del mar, viene á ser, y está generalmente considerada, como una poblacion marítima, pues la profundidad del rio, permite llegar á la villa bergantines, y hasta fragatas mercantes.

Rodeada de altas montañas, está por fortuna (1) imposibilitada de ser plaza fuerte, y mas que para distinguirse en la guerra, parece destinada para brillar con la paz por su comercio y su industria, que ejercen sus naturales con inteligencia, laboriosidad y honradez.

Apasionados nosotros de las buenas costumbres de los vizcainos, á pesar de que nos juzgan desafectos, por la manera con que hemos tratado la cuestion de sus fueros, en lo cual hemos creído y creemos haber hecho un beneficio al pueblo, en vez de un agravio, como suponen, sin tener en cuenta nues-

(1) Decimos, por fortuna, por que las plazas abiertas estan exentas de los horrores de un asedio.

tra intencion, y nuestro deber, no hemos vacilado en mezclarnos nuevamente entre ellos, para comprender el heroismo de unos y otros, porque unos y otros de aquellos naturales han estado divididos.

Ya llegaremos al segundo y tercer sitio de Bilbao, y entonces veremos lo que puede el entusiasmo de un pueblo, de lo que es capaz el noble patriotismo, que hace abnegacion de todo.

Cuando al leer en nuestros pueriles años el heroismo de Zaragoza, Gerona y otros pueblos inmortales, oíamos pronunciar el nombre de Bilbao, acompañado de hechos heróicos y tan recientes que no estaban consignados en libro alguno, ambicionábamos poder leer su historia en sus calles, en sus plazas, en sus campos; y al entrar en Bilbao despues, procurábamos sorprender en sus habitantes á sus beneméritos defensores, nos parecia ver en cada bilbaino un centinela de las baterías del Circo ó de la Muerte, un miliciano de los que contrarestraron el asalto de los argelinos, un defensor, en fin, de Bilbao.

Las ilusiones de la juventud se suelen desvanecer con la realidad, pero las que formó nuestra mente acerca de los sitios de Bilbao, han sido corroboradas y aumentadas con la realidad. Lo que de oidas se creia un sueño, parece, al verlo un imposible, y sin embargo no lo fué. No era posible hablar de la heróica defensa de Bilbao, sin ver su posicion; de sus defensores sin conocerlos. El no haber sido uno de ellos, es una garantía para no dejarse dominar del entusiasmo.

#### SITIO DE BILBAO.

ESTADO DE LA PLAZA.—PRESENTACION DE LOS CARLISTAS.—ENTUSIASMO DE LOS BILBAINOS.—DESTRUCCION DEL FUERTE DEL CIRCO.

#### LIX.

Encargado el conde de Mirasol el 6 de junio del mando de la provincia de Vizcaya, dispuso Espartero, de acuerdo con una junta de brigadieres, que permaneciese en la capital para asegurar su defensa. Marchó el 8, y desde aquella mañana quedó Mirasol responsable de la defensa de Bilbao.

Las fortificaciones no estaban concluidas; faltaba artilleria de grueso calibre para contrarestrar á la de los carlistas, y para dominar los importantes puntos del Morro y Begoña, principales sitios de ataque, no ocu-



## ESPLICACION DEL PLANO DE BILBAO.

### ESPLICACION DEL CAMPO CARLISTA.

- I..... Alto de Miravilla.
- II..... Obus carlista en id.
- III..... Casa del alto de id.
- IV..... La isla.
- V..... Molinos y panadería incendiados por los carlistas el día 7 de marzo.
- VI..... Alto del Morro.
- VII..... Obus carlista en Landaverde.
- VIII..... Mortero id. en id.
- IX..... Batería id. en id.
- X..... Otra id. en id.
- XI..... Barrio llamado de Landaverde
- XII..... Palacio de Begoña.
- XIII..... Mortero carlista en id.
- XIV..... Iglesia y plaza de Begoña.
- XV..... Casa llamada Landacoche.
- XVI..... Batería en Begoña.
- XVII..... Obus en id.
- XVIII..... Casa de Begoña.
- XIX..... Alto de Artagan en id.
- XX..... Trabajos de los carlistas para formar una batería que no llegó á establecerla frente al fuerte de Mallona.

- XXI.... Cordelería del campo de Bolantín.
- XXII... La Estufa.
- XXIII.. Iglesia de Abando.
- XXIV... Casa consistorial de id.
- XXV... Convto. de Sta. Clara.
- XXVI.. Barrio de Mena.
- XXVII. Arbol de Peruariazaco.
- XXVIII Mortero carlista en Miravilla, frente al caserío de Aguirre.
- XXIX.. Caserío de id.

### OBRAS EJECUTADAS DURANTE EL SITIO.

- A.. Batería del emparrado.
- B.. Espaldon de tablas para camino cubierto y el aspillerado del reducto.
- C.. Segunda batería para reforzar á la primera.
- D.. Primera batería construída despues de haberse apagado los fuegos del fortin del Circo, número 23.
- E.. Batería y línea para fusilería, construída de barricas y sacos de lana, provisionalmente, en el Circo.
- F.. Otra id. para enfilear la avenida del barranco de Sto. Domingo.

- G.. Id. id. para reforzar la última.
- H.. Id. id. construída para contener las obras del número XX de los carlistas.
- I... Id. id. con espaldon.
- J... Id., id., id.
- K.. Id., id., id. para dirigir los fuegos á la parte opuesta del río.
- L.. Espaldon de la barricada en la calle de Zendeja.
- M.. Batería en las Cujas para la pieza de á 24.
- N.. Espaldon de tablas construído en el Arenal.
- O.. Batería en la ribera para la pieza de á 24.
- P.. Cerraduras de tablas en los arcos de la plaza Vieja, núm. 46, con aspilleras para la fusilería.
- Q.. Batería en Artecalle para la pieza de á 24.
- R.. Espaldon de tablas y barricas, construído en los S. San Juanes para formar camino cubierto al hospital civil.
- S.. Batería dispuesta para un obus en Larrinaga.
- T.. Segunda línea construída con una batería en su ángulo.

### ESPLICACION DE BILBAO EN EL RECINTO DE LA LINEA DE DEFENSA.

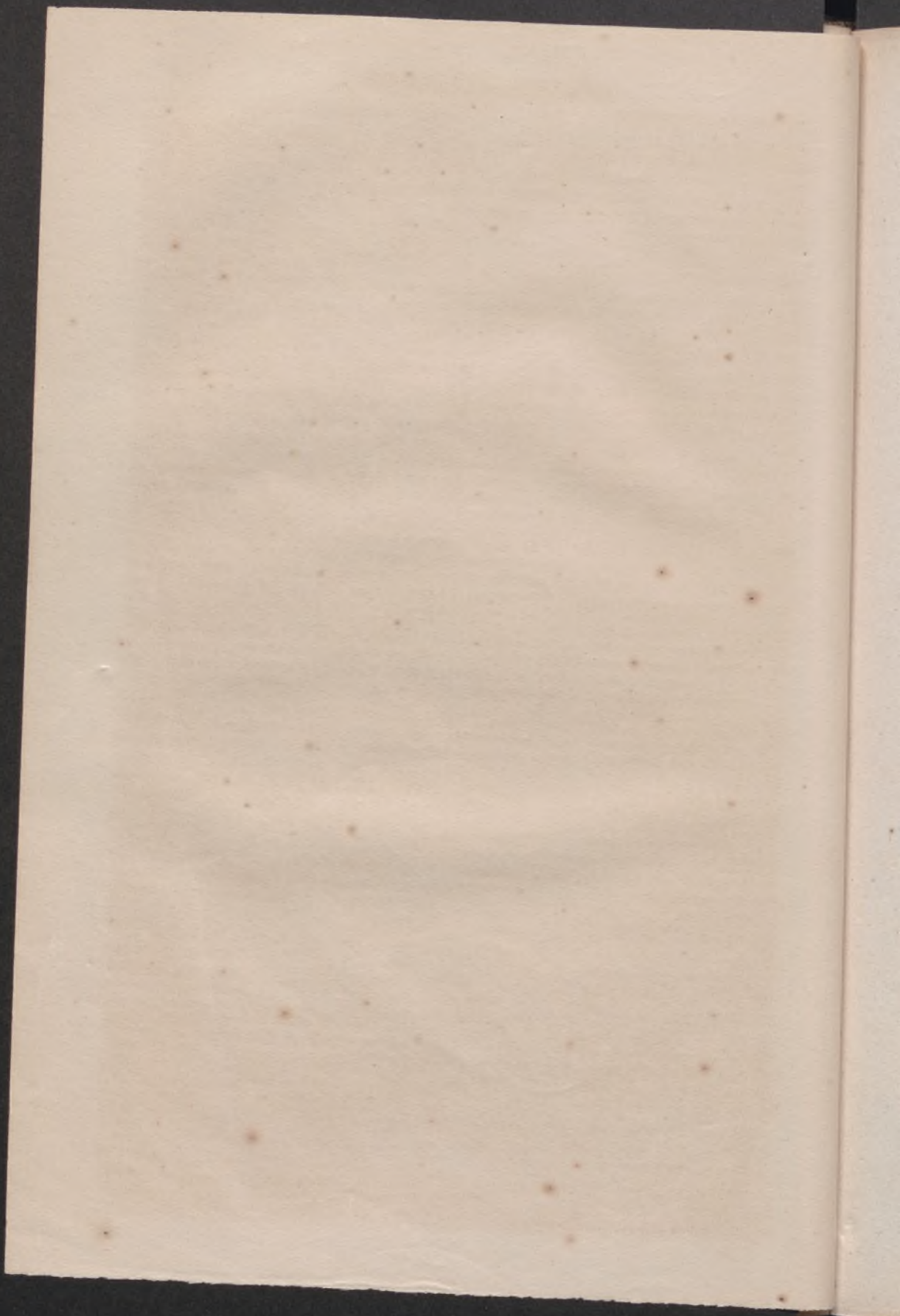
- 1.º Casa de Bilbao.
- 2.º Iglesia de Santiago.
- 3.º Casa de la villa y consulado.
- 4.º Iglesia de San Anton.
- 5.º Puerta de la segunda línea en el hospital.
- 6.º Id. en id. de Zabalbide.
- 7.º Hospital civil de Bilbao.
- 8.º Barrio de Achuri.
- 9.º Puerta de Castilla.
- 10.º Id. de las Hollerías.
- 11.º Cuartel ex-convento de la Encarnacion.
- 12.º Puerta del camino real de los Puertos.
- 13.º Fuerte de Larrinaga.
- 14.º Id. de Solocoeche.
- 15.º Iglesia de San Juan y casa de Misericordia.
- 16.º Id., id., id.
- 17.º Puerta de la segunda línea de Iturrivide.
- 18.º Cuartel ex-convento de la Cruz.

- 19.º Puerta de Iturrivide.
- 20.º Id. de la segunda línea de la Calzada.
- 21.º Fuerte de la Concepcion sobre el barranco de Iturrivide.
- 22.º Puerta de Begoña.
- 23.º Fuerte del Circo.
- 24.º Puerta de Santo Domingo.
- 25.º Campo santo.
- 26.º Fuerte de Mallona.
- 27.º Puerta de Uribarri.
- 28.º Cuartel ex-convento de San Agustin.
- 29.º Puerta de id.
- 30.º Id. en la segunda línea de las Cujas.
- 31.º Convento de la Esperanza.
- 32.º Hospital de sangre del ex-convento de Sta. Mónica.
- 33.º Iglesia de San Nicolás.
- 34.º Plaza Nueva.
- 35.º Paseo del Arenal.
- 36.º Cuartel ex-convento del Cármen.

- 37.º Teatro.
- 38.º Puerta sobre el Muelle en el camino de Ripa.
- 39.º Hospital militar del ex-convento de la Concepcion.
- 40.º Puerta de la Concepcion en el camino de San Marcos.
- 41.º Id. de la segunda línea que cierra el recinto fortificado del hospital militar.
- 42.º Convento de la Merced.
- 43.º Cuartel ex-convento de San Francisco.
- 44.º Puente de Hierro con puertas.
- 45.º Puente de San Anton, con idem.
- 46.º Plaza Vieja.
- 47.º Bilbao, la id.
- 48.º Cárcel de la Diputacion.
- 49.º Id. de la Villa.
- 50.º Almacén de lanas, fortificado.







pados por falta de recursos y de la fuerza que necesitaban. El convento de San Agustín, que ofrecía un punto accesible de ataque, y defendía una parte considerable de la ría, solo estaba resguardado con un tambor para fusilería.

La pólvora de cañon, las harinas, y el dinero escaseaban, y el repuesto general de municiones se hallaba en el convento de San Francisco, á la parte de allá del puente colgante, enfilado y dominado por alturas que podían y debían ocupar los carlistas en el sitio.

El conde, á vista de su nada lisonjera situación, hizo se entregaran al comisario de guerra 72,000 reales del producto de buelas; se apoderó de nuevecientos quintales de harinas decomisados; pidió y obtuvo de nuestra marina real dos cañones de á diez y ocho, una batería de cohetes y los artilleros necesarios para su uso; solicitó de lord John Hay, comandante de las fuerzas navales de S. M. B., que reemplazase con carronadas de sus buques de guerra los cañones que entregaba nuestra marina, pidióle además pólvora y municiones, y envió al vapor Reina Gobernadora á San Sebastian en demanda de artillería, despues de haber traído de Portugal una pieza de á veinte y cuatro.

Otras providencias convenientes adoptó para asegurar mejor la defensa de la villa, conviniendo con el comodoro en que se aseguraria el libre tránsito de la ría. Aumentadas las fortificaciones, y organizadas las fuerzas disponibles, esperó á los enemigos (1), que se presentaron cuando aun no estaban aquellas concluidas, pero faltaba cerrar la línea principal desde el fuerte de Larrinaga al de Solocoeche, cuya longitud era de quinientos ochenta pies. Mas no desalentó esta circunstancia á sus defensores, cuyo brio se aumentaba al aumentarse la esperanza en ellos.

El 10 de junio se presentó Zumalacárrégui delante de la plaza y se ocupó dos dias en bloquearla, sin conseguir cerrar del todo el paso del Nervion, por el ayuda que prestaban los vapores de guerra francés é inglés, súrtos en él. Reconocida la plaza por Zumalacárrégui, levantó á poca distancia, frente del elevado santuario de Nuestra Señora de Begoña, tres baterías de obuses y cañones; y dispuesto todo para el ataque, intimó la rendición en estos términos:

«Comandancia general del ejército real

de Vizcaya. — El Excmo. señor gefe del E. M. G. de los reales ejércitos don Tomás de Zumalacárrégui, me ha confiado la misión de anunciar á V. S. su próxima llegada. La artillería de grueso calibre, los mortíferos abusos, los horrendos morteros, anuncian la última ruina á la hermosa poblacion de Bilbao. En medio de este cruel, pero precioso aparato, por ser destinado á restablecer el reino de la justicia, intimo á V. S. formalmente la rendición de esa plaza, con su guarnicion, urbanos, peseteros, y toda clase de armados, en la inteligencia de que si, como lo dicta la prudencia y la razon cuando está V. S. destituido de toda clase de auxilio, no sigue el ejemplo de Vergara, Eibar y Ochandiano, sino que obstinado imita á Villafranca, tendrá el funesto resultado de aquella plaza, sepultando su oprobio en las ruinas del hermoso Bilbao. Tres horas quedan á V. S. para decidirse, pasadas las cuales reemplazará el rigor á la clemencia, la justicia á las consideraciones. Dios, etc. — Cuartel general de Bolueta, 12 de junio de 1835. — Francisco Benito de Eraso. — Señor don Ramon Solano, gobernador de Bilbao.»

Solano trasmitió á Mirasol esta intimacion, acusando á Eraso su recibo (1). No contestó Mirasol, y se rompió el fuego por los carlistas al romper el alba.

Entonces fué cuando el conde de Mirasol se dirigió á los habitantes de Bilbao, á la guarnicion, y á los urbanos, (2) espresando en enérgicas alocuciones sus sentimientos y sus deseos. «Los bilbainos, tan generosos como patriotas, les decia, se defenderán aunque se arruinen; esta es la persuasion de todos.» «El ejército no tiene ejemplos que ofreceros, (dijo á la milicia urbana) porque vosotros se los habeis dado en los combates; sea, pues, nuestra divisa, la union, y nuestros unicos gritos, viva Isabel II; viva la reina gobernadora; viva la libertad.»

Poseidos los bilbainos de verdadero entusiasmo, hijo del patriotismo, deseaban co-

(1) «En este momento, decia, que son las tres de la mañana, se me acaba de entregar el oficio de V. S. de 12 del corriente, y hallándose en esta villa el señor comandante general de la provincia, conde de Mirasol, he creído de mi deber transcribirlo á S. S. para que como autoridad superior á la mia, y enterado de su contenido, pueda contestar á V. S. si lo juzgare oportuno. Lo que digo á V. S. en contestacion á su referido escrito. — Dios etc., Bilbao 13 de junio de 1835. — Ramon Solano. — Señor don Francisco Benito Eraso.»

(2) Véase, documento número 5.

(1) Véase documento número 4.

menzara el enemigo su ataque para contestarle briosos, como lo hicieron.

Sostúvose el 13 un fuego de fusilería bastante vivo, y bastante animación por una y otra parte en los trabajos de ataque y defensa.

Por la noche reinó el silencio, interrumpido únicamente por el sordo rumor que formaban los constructores de las baterías de Begoña.

El día 14 amaneció con una niebla de las que son tan densas y frecuentes en aquel país, que lo ocultaba todo. A las ocho de la mañana se despejó algun tanto, y la batería sitiadora, colocada en Begoña junto á la casa de Landacoeche, rompió el fuego, disparando balas de grueso calibre, y desde otro punto, algo mas retirado, granadas de á siete pulgadas, y bombas de á catorce, desde otro sitio inmediato á la casa-palacio de Begoña.

Gran número de tiradores apostados en la torre de la iglesia de Begoña y casas inmediatas, á tiro de fusil de la plaza sostenían la artillería, cuyos principales disparos se dirigían contra el fuerte del Circo, que contestó con resolución, protegido por la batería del Emparrado.

Mas lo certero de sus no interrumpidos disparos no consiguieron evitar la ruina que le esperaba, y á la mitad del día ya tenía tres brechas practicables, apagados los fuegos, y destruida la batería. En vano se esforzaron por rehabilitarla los valientes oficiales de artillería Solís y Loriga; en vano emplea toda su actividad y celo, toda su pericia y decisión el jefe del puesto coronel Oliveras; nada deja hacer el fuego del enemigo, y á la derruida muralla de tierra se opone otra de carne humana; reemplaza al muro el pecho de los valientes; y una compañía de tiradores del 4.º ligero y otra de urbanos, (1) se unen á la guarnición del fuerte, y forman con su cuerpo un nuevo baluarte.

Nada temen; el peligro aumenta su entusiasmo, acrece su regocijo, y es fama que gritaron algunos á los carlistas:

(1) Al saber el destrozo del fuerte del Circo se presentó Mirasol á las fuerzas que tenía de reserva en la plaza, les espuso el peligro, y preguntó quien quería ir á él: todos salieron al frente, y al acaso eligió las dos compañías citadas, á las cuales se agregaron muchos voluntarios, cuyos nombres no pudo saber Mirasol, por el descuido del coronel Araoz, que ni siquiera redactó el diario de operaciones tan importantes.

—Venid al asalto; la brecha está abierta; no hay mas muros que nuestros pechos; pero estos son inespugnables.

Amparados de las mismas ruinas que de continuo se desplomaban, sostuvieron un nutrido fuego de fusilería, que contuvo al enemigo, animando á todos, si de ánimo necesitaban, y distinguiéndose personalmente el coronel Oliveras.

Al propio tiempo que de tal modo se defendía el fuerte del Circo, los de Mallona, Solocoeche y el Emparrado, sostenían regularmente sus fuegos.

La comisión permanente de guerra se ocupaba de reconstruir el fuerte del Circo, mas á pesar de los esfuerzos que se hicieron, de la cooperación que prestaron hasta las mugeres, no se pudo lograr la empresa, construyéndose únicamente una segunda línea á espaldas de sus escombros, línea que costó extraordinarios esfuerzos, y en cuya obra se vió de lo que es capaz el entusiasmo de un pueblo decidido, de un pueblo donde todos hacían alarde de esponderse al mayor peligro, donde competían en decisión los hombres con las mugeres, los ancianos con los niños. Todos rivalizaban en valor y patriotismo: dominaba á todos un mismo sentimiento; todos preferían la muerte á ser presa de los sitiadores, recibiendo las bombas y granadas con aclamaciones entusiastas á Isabel II y á la libertad.

Mirasol pasó la noche del 14 con los valientes defensores del Circo, esperando el asalto; que no dieron los carlistas.

Al día siguiente prosiguieron los sitiadores el fuego con la misma tenacidad, y especialmente contra las ruinas del Circo y su segunda línea; y á pesar de esparcirse la muerte por todas partes, de teñirse con sangre generosa aquellas humeantes ruinas, no cedía la defensa y se repetían los rasgos de sublime heroísmo.

Las baterías de Mallona, Solocoeche y Larrinaga hacían un fuego muy sostenido, llegando á ser tan certero, que la de Solocoeche apagó el de la principal de los carlistas que mas daño les hacía por enfilarles; la de Mallona hizo callar á la de Begoña, y la de Larrinaga deshizo una batería y barricada que amaneció á medio tiro de cañon, é hizo cesar los fuegos de Miravilla, destrozando uno de los morteros enemigos, dándole un balazo de á diez y ocho en el brocal, y saliendo de sus aspilleras la bala que hirió á Zumalacárregui, bala quizá perdida, de tan graves consecuencias, que cambió comple-

tamente la faz de la causa de don Carlos, y cuyo inmediato efecto fué considerado por los liberales como la mayor de las ventajas, como una pérdida por los carlistas.

Pero no anticipemos reflexiones sobre un suceso tan importante.

ERROR DE ZUMALACÁRREGUI.—DESTROZOS EN EL CAMPO SITIADOR.—DESCONTEÑO DE ZUMALACÁRREGUI.—SU HERIDA Y RETIRADA DEL SITIO.

### LX.

Pronto conoció Zumalacárregui la desigualdad que habia entre el ataque y la defensa, y trató de suplir la falta de medios con sobra de valor, preparando al efecto una columna para dar el asalto.

Ansioso de abrir una brecha practicable, corria de una á otra batería, daba órdenes, y veíasele muchas veces con el espeque en las manos removiendo el cañon, y animando á los artilleros con el ejemplo. La ruina del fuerte del Circo, fué el mejor testimonio de la actividad y acierto de los sitiadores; pero esta ventaja, tan pronta y completamente obtenida, no fué aprovechada. No comprendemos como Zumalacárregui, que no dejaria de ver las tres brechas del Circo y sus menudas ruinas, no lanzó á ellas á su gente. Ya no eran muros de tierra los que se oponian á la bravura de los suyos; eran de hombres, no menos valientes y entusiastas, pero bisonos los mas de ellos. No habia, pues, por qué temer el cruzar con ellos las bayonetas. Mas pasó la tarde y la noche, y el asalto, que como hemos dicho en el capítulo anterior, esperaban los sitiados, no se llevó á efecto, y Zumalacárregui incurrió en un error ó descuido que le fué caro. El asalto debió intentarle por lo menos.

Mucho sufría el campo sitiador. No arredraba á los carlistas, es cierto, ni el ardiente sol de junio, ni la sed, ni el peligro; pero las balas de cañon y granadas que llovian sobre sus obras, destruyéndolas y sembrando la muerte por toda la línea de ataque, hacian inútiles los mayores esfuerzos y estéril su valor.

Segun escribe uno de los que estaban mas al lado de Zumalacárregui en aquel sitio, «habia entre los carlistas hombres tan crédulos y tan extraordinariamente obstinados, que estaban en la persuasion de que arrojando unas cuantas bombas al centro de

la poblacion, los vecinos se rebelarian contra el gobernador y le obligarian á capitular. Aferrados en tal error, insistian sin cesar en que se hiciese la prueba; mas Zumalacárregui, como no podia prestarse á sus deseos, les solia decir entre otras cosas:— «Mientras el enemigo se sostenga en la línea de fortificaciones exteriores, yo no puedo mandar arrojar proyectiles sobre las casas; pero si lo haré en el momento que rechazado de los fuertes, trate de defenderse en ellas.»

Zumalacárregui avivaba con instancia el fuego de sus baterías, y tan repetidos fueron los disparos, que reventaron las dos piezas mayores, reduciéndose asi el tren de batir. No fué esta sola desgracia la que deploró entonces el caudillo carlista. En el pórtico de Begoña estaban en pabellones las armas del batallon de guias, y penetrando una granada horizontalmente, hizo pedazos setenta y seis fusiles, y mató dos centinelas; causando mayores estragos cerca de alli una segunda granada.

Las pérdidas que experimentaba hicieron pensar seriamente á Zumalacárregui en su posicion, y le harian recordar seguramente el plan acertado de Villarreal. Aquella noche debió ser para él terrible; y si como vemos escrito, se lamentó de lo perniciosas que habian sido ciertas voces acogidas con suma facilidad por los que rodeaban á don Carlos, doliéndose al propio tiempo de las trascendentales consecuencias que tendria la retirada de Bilbao sin tomar la plaza, debió incluirse á sí mismo entre los culpables, porque no era poca su culpa, y suya era toda la responsabilidad.

No es, pues, de estrañar que no comiese aquel dia ni durmiese, intranquilo su espíritu, hasta firmar el parte que dirigió á los ministros, anunciándoles que la desproporcion que habia entre sus fuerzas y las que le oponia el enemigo, le obligaria á levantar el sitio, y que no tenia dinero para pagar las tropas.

Envió esta comunicacion á Durango, residencia de don Carlos, y se trasladó del barrio de Bolueta á Begoña.

Era el dia 15, y desde muy temprano se cruzaban los fuegos de las baterías. Que-riendo el gefe carlista examinar por sí mismo los reparos hechos por los sitiados durante la noche, subió al piso principal de una casa situada cerca del santuario de Begoña, y desde un balcon abierto se puso á observar, sin salir á la parte exterior, la lí-

nea enemiga; y al instante una bala de fusil le hirió en el tercio superior de la pierna derecha, á unas dos pulgadas de la rodilla. Fué retirado de allí, y trasladado en una camilla á su alojamiento en Bolueta.

Hecha la primera cura, no quiso permanecer en el sitio. Sin duda le abrumaba, y mandó se le condujese á Cegama por el camino de Durango, cuya triste honra cupo á cuarenta granaderos.

BOMBARDEO.—AUXILIO FRUSTRADO É INÚTILES SALIDAS DE LA PLAZA.—INTERREGNO.

### LXI.

La ausencia de Zumalacárregui, cuya desgracia llenó á todos los suyos de pena, no impidió se continuase el sitio; y lo que sucedió el día 16, prueba cuan diferentes á los de otros eran los sentimientos que manifestó el caudillo, oponiéndose á bombardear la villa. A la una cesaron los fuegos contra los reparos de las baterías, enfilándose el mortero y los obuses á la población, que causaron los destrozos consiguientes.

Pero este nuevo alarde de terror no impuso á los bilbainos: llenóles, si, de indignación, porque dejaban los enemigos de atacar á las baterías que les hostilizaban, y destruían las casas, albergue inofensivo de las mugeres y los niños.

Acostumbrándose fueron á aquellos proyectiles, devolviendo á los sitiadores los que no reventaban.

Una constante actividad, y el entusiasmo por la reina y la libertad, mantenían el animado espíritu de los sitiados. Decaía en algunos momentos de calma, pero surgía con doble brío, unas veces por impulso propio, otras estimulado por alocuciones, no muy exactas, ó sobrado poéticas, como la dirigida el 16 á los soldados, que decía así:

«Tres mil de vuestros compañeros están desembarcando en Portugalete, y los buques de la marina real se preparan para subir la ria ahuyentando á cañonazos á los miserables que teneis delante. Nos sobran municiones, y como os veo constantes y alegres en las fatigas, y que el servicio lo haceis con exactitud, nada tengo que encargaros. En breve estará cumplido cuanto os ofrecí el día 13. VIVA ISABEL II.—M. el conde de Mirasol.»

La llegada de tropas de refuerzo era cierta, mas no en tanto número. Para proteger su entrada en la plaza, se dispuso la

salida por la puerta de San Agustín de una columna del ejército, al mando de Araoz (1).

(1) «En el momento que el señor don Gaspar de Jáuregui, comandante general de la provincia de Guipuzcoa, recibió el aviso para auxiliar esta plaza, con el celo, actividad y prontitud, que tanto le distinguen, hizo que en el término de dos horas se embarcaran, el 15 de junio, en la ciudad de San Sebastian, el primer batallón de San Fernando y el provincial de Jaen, á bordo del vapor Reina Gobernadora, y varias lanchas que este remolcaba: á la una de la tarde salió la expedición de San Sebastian, y á la misma hora de la noche fondeó delante de la barra de Portugalete; desembarcando á las seis de la mañana ambos batallones. El vapor siguió inmediatamente á Castro-Urdiales con el objeto de avisar al comandante de la balandra Atalaya, teniente de navío don N. Cagigos, para que viniese á Portugalete con este buque, el lugre Vigilante, y el pailebot Arequito, al mando respectivamente de don N. Martínez y don Cecilio Peri, guardia marina habilitado, ambos á las órdenes del señor Cagigos. En estos buques se embarcó artillería gruesa, municiones y harina, con destino á Bilbao, y llegaron á Portugalete á cosa de las once de la misma mañana del 16. Inmediatamente se fortificaron sus costados con tablas para debilitar los efectos de la fusilería á la subida por la ria. A las cinco de la tarde, hora en que crecía la marea, se emprendió el movimiento para Bilbao, que se verificó, habiéndose embarcado con la anterioridad oportuna la tropa para pasar al punto de las Arenas. Los buques navegaban un poco avanzados á la tropa, para que sus fuegos en la acción no pudiesen ofenderlos, y los batallones marchaban llenos de ardor y entusiasmo por socorrer á la plaza, arrojándose á esta empresa con un valor heroico la corta fuerza de ochocientos quinientos hombres, á pesar de que conocían la resistencia que les opondría un enemigo escesivamente mayor en número, favorecido por sus ventajosas posiciones, y noticioso de la salida, que descubría indudablemente desde el alto de las Banderas, que también ocupaba. A los tres cuartos de legua de la salida de Portugalete fué atacado el convoy por el flanco izquierdo, y aunque el enemigo aparentaba un arrojo decidido á favor de su superioridad numérica, y de las posiciones dominantes que ocupaba, y aunque se vieron descender tres batallones mas, que venían de la parte de las Banderas, nada pudo alterar en lo mas mínimo la decision y valor con que emprendieron su marcha los que componían esta expedición. No se oía otra voz á los gefes, oficiales, y soldados sino la de: «á Bilbao.» A fuerza de empeño llegó el convoy á Olaveaga á las ocho y media, en donde tuvieron el sentimiento de saber por varios urbanos de aquel punto, emigrados en Portugalete, y que con un ardiente patriotismo venían con los batallones, que los facciosos á las tres de aquella tarde habían cargado de piedras

Frustrado tan importante auxilio, y de regreso Araoz en Bilbao, comenzó de nuevo su bombardeo, que duró desde las cinco de la tarde á las diez de la noche, aumentando los estragos que producía, y ocasionaron entre otros daños la ruina del almacén de pólvora de la batería del Circo.

Ciento treinta proyectiles huecos, fueron arrojados á la población; y para reparar sus funestos estragos, se invirtió aquella noche en construir una nueva batería en el fuerte del Circo, en levantar otra á espaldas del de Larrinaga para colocar un obús contra Begoña, y en reparar lo mas necesario.

Otra nueva salida tuvo lugar el 18, al mando también de Araoz, con mayores fuerzas, protegidas por dos trincaduras, que procuraban ofender al propio tiempo á la

algunas gabarras, y barrenándolas, las habían echado al fondo, obstruyendo de un modo imposible de vencer, el paso de los buques. Vióse por algunos gefes y oficiales á mayor abundamiento el obstáculo que se oponía á proseguir, y con esta novedad, que fué estremadamente sensible para todos, el primer comandante del primer batallón de San Fernando, que lo era de la expedición, don Matías Casero, mandó al segundo del mismo cuerpo, don Gregorio Piñan, que pasase á bordo de la balandra, y dijese á Cagigos, que en vista de la novedad que se tocaba mandase virar, y volviese á Portugaleta, con la seguridad de que el convoy sería sostenido á todo trance. Los batallones permanecieron formados, y cubiertos con las casas de Olaveaga hasta las nueve y cuarto de la noche, en que se emprendió la retirada para Portugaleta, en cuya villa acabó de desembarcar la tropa á las dos de la madrugada. En todo este movimiento, la infantería fué sostenida por la artillería, y aun fusilería de los buques, jugada con un acierto y destreza, que houran al valiente comandante Cagigos, y demás gefes y tripulaciones. En esta expedición nuestra pérdida consistió en trece hombres heridos, y aunque se ignora la del enemigo, se calcula fuera superior.

«Los valientes que en aquellas apuradas circunstancias se abalanzaron por socorrer á esta plaza, merecen sin duda alguna un singular aprecio; pues aunque no lo consiguieron no fué porque ellos dejasen de poner por su parte cuanto estuvo á su alcance, sino por el invencible obstáculo de haber obstruido la ría. El arrojo en haber acometido semejante empresa, se honra por sí mismo. Los esforzados y valientes cazadores de Isabel II de Vizcaya, que guarnecían el punto de Burceña, y que tanta gloria han adquirido en este sitio, ayudaron con sus fuegos á la expedición en el escaso frente, que su situación les permitía; y con los gritos de *viva Isabel II* que daban á la otra parte de la ría, redoblaban, si era posible, el ardor de los que á no haber encontrado el

multitud de carlistas, que escudados por la naturaleza del terreno formaban una larga y continuada emboscada.

Replegáronse en breve los de la plaza, y aunque cargaban sobre ellos excesivas fuerzas, emprendieron la retirada con tal orden, que mas parecia un simulacro de acción, á pesar de la pérdida que sufrían de alguna gente.

Si los resultados no correspondieron á los esfuerzos, no fué culpa de las disposiciones que se tomaron, ni del valor con que fueron ejecutadas. Otra causa mas poderosa esterilizaba tantos sacrificios, y á vencerla se dirigían los conatos de todos.

En los días 19 y 20 solo se oyó algun cañonazo entre el tiroteo de fusilería.

Los sitiados aprovecharon esta favora-

obstáculo de las gabarras, estaban resueltos á penetrar en Bilbao, por pocos que llegasen salvos.

«La fuerza que salió de esta plaza en este día al mando del impertérrito gefe de la P. M. coronel don Miguel Araoz, se componía de las compañías de preferencia del 3.º y 4.º de ligeros, y de cien hombres del provincial de Compostela. Esta pequeña columna arrolló al enemigo en todas direcciones, arrojándose sobre él á la bayoneta el teniente graduado de capitán de la primera de tiradores del 4.º de ligeros don Francisco de la Huerta, y el subteniente de la misma don Manuel María Peñaranda, que mandaban la guerrilla. El teniente coronel graduado capitán del 4.º de ligeros don Antonio Ramos, que mandaba la vanguardia, se condujo con la bizarría que tenía acreditada; y todos hicieron prodigios de valor.

«En esta salida fueron heridos el comandante segundo del primer batallón de Almansa, coronel don Braulio Mallol; el teniente don Gregorio Gonzalez, agregado al 4.º de ligeros, y el subteniente del mismo cuerpo don Agustín Domínguez, de cuyas resultas murieron ambos. También fueron heridos los subtenientes don Manuel María de Peñaranda, y don José María Casati; y treinta y seis individuos de tropa de la clase de sargentos, cabos y soldados, incluso cinco ingleses del barco de vapor, muriendo dos soldados españoles y uno inglés. Cuantos heridos entraban por las puertas de la plaza, y podían articular una palabra, gritaban con admirable entusiasmo: *viva Isabel II: viva la libertad.*

«Al sostener la entrada en la plaza de la columna que salió, fué herido de gravedad en la puerta de San Agustín el valiente patriota don Pedro de Gane, capitán de la cuarta compañía de la milicia urbana.»

*Reseña histórica del memorable sitio de Bilbao, publicada por su M. N. y M. L. ayuntamiento.*

ble circunstancia, reparando sus maltratadas obras, cubriendo varios puntos enfilados, limpiando las armas, y pasando revista á sus filas. Observáronse algunos movimientos en los carlistas, que no se pudieron comprender; y que se atribuyeron á su retirada ó á la aproximacion de Espartero ó de Latre, que con sus respectivas fuerzas, acampaban no muy lejos de la villa, á la que se proponian socorrer.

Lo mismo que estos días se pasaron, poco mas ó menos, los 21, 22 y 23, especie de tregua que favoreció en extremo á los sitiados, á quienes importaba ganar tiempo, pues no dudaban les auxiliara Espartero á todo trance.

#### TRISTE SITUACION DEL EJÉRCITO LIBERAL.

#### LXII.

Las tropas liberales que procuraban salvar á Bilbao, obraban casi á la ventura, á ciegas, revelándose la situacion de Latre, exacta y fácilmente, en este parte dirigido al gefe de la plaza, y que tenemos original.

«Burceña, 22 de junio de 1835.—El Excmo. señor general en gefe de los ejércitos de operaciones y de reserva, en oficio del 19 me dice lo siguiente:—Excmo. señor: Con esta fecha digo al Excmo. señor general de la primera division del ejército de reserva lo que sigue: La division del general Espartero marchará en el dia de hoy al vallé de Losa á ponerse á las órdenes de V. E. El objeto de esta reunion es ver si V. E. puede llamar la atencion de los enemigos, distrayéndolos de su ataque sobre Bilbao, proporcionando á sus defensores medios de rehacerse y de alentarlos con la noticia de su llegada; de intentar, si le es posible, poner corriente la comunicacion de Bilbao con Portugaleta, para que se les pueda introducir los víveres y municiones de que carezcan, y sea posible proporcionarles; y en el caso de no ser esto asequible, y de que la poblacion tenga que entregarse falta de medios de defensa, hacer lo posible para que pueda retirarse su guarnicion. En fin, como *carezco de noticias exactas de la fuerza y posicion del enemigo, del estado en que se halla la plaza, y su guarnicion, y de los pormenores locales*, sin cuyos datos no es posible dar instrucciones terminantes y detalladas, me limito á poner á disposicion de V. E. estas fuerzas para que saque de ellas el partido mejor posible, atendidos

los objetos indicados, y recomendando solo á V. E. que no se comprometa á una accion general ó aventurada con los enemigos, que pudiera acarrear la pérdida de esa division y las consecuencias fatales de ella.—Como V. E. verá por el anterior oficio, mis facultades están sumamente limitadas, y no puedo, sin contravenir á las órdenes de S. E. traspasarlas. Hoy llegué á este punto, y encontré á la faccion dispuesta á impedirme el paso; y por la confianza con que se presentó, sospecho que está fuertemente apoyada: *carezco absolutamente de noticias*, y sin ellas ningun movimiento acertado puedo emprender. Sirvase V. S. decirme cuanto sepa de la situacion y fuerzas de los enemigos.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Manuel Latre.»

Júzguese lo que podria esperar Bilbao de los destinados á su auxilio, que sin saber el número y la posicion de los enemigos, no aventuraban una accion, estando inmediatos á la plaza sitiada, teniendo mayores fuerzas que los sitiadores, y pudiendo atraer á estos á terreno en el que podian ser batidos, donde no habia otro inaccesible Luchana.

#### PROSECUCION DEL SITIO.—PRESENTASE EN EL DON CARLOS.

#### LXIII.

En la mañana del 24, sintieron los sitiados algun fuego hácia el puente de Castrejana; comprendieron que se batian los carlistas con las fuerzas auxiliadoras, y aguardaron el éxito con ansiedad. De repente se replegaron las tropas liberales, y volvieron los carlistas á sus anteriores puestos.

Desvaneciése la esperanza de los sitiados, y un sentimiento profundo embargó el ánimo de todos. A lo triste de la situacion presente, se agregaba lo sombrío del porvenir; iba á comenzar una serie de nuevos males y desgracias, y comenzó, en efecto, arrojando los sitiadores catorce bombas de á catorce pulgadas, y setenta y cuatro granadas de á siete, que causaron daños de importancia y algunas víctimas.

Las casas, los templos, hasta el hospital civil de la villa, sirvió de blanco á los proyectiles enemigos.

El fuego de la fusilería no se interrumpió, siendo algunos tiradores tan certeros, que habia sitios en las calles donde recibia

al instante la muerte el que asomaba.

En la tarde del 25 siguió el bombardeo, y cayeron á la villa diez y ocho bombas y setenta y tres granadas, no perdidas por desgracia.

El 26 adelantaron los sitiadores sus trabajos contra la batería de Larrinaga, y por la noche hicieron un foso para poner á cubierto á los tiradores que molestaban á la población.

En este día se presentó don Carlos, y como si su presencia fuera un estímulo para sus defensores, redoblaron sus esfuerzos, y todos los cañones vomitaban de continuo la destrucción y la muerte. Todas las baterías de la plaza contestaron, y aunque sufrieron gran daño, lograron apagar los fuegos enemigos.

Por la noche repararon los sitiados las obras, y construyeron nuevas baterías y blindage en Mallona.

A las cuatro de la mañana del 27 se volvió á romper el fuego en toda la estension de la línea, dirigiéndose mas particularmente el ataque contra los fuertes de Larrinaga y Solocoeche, que contestaron con tanto acierto que lograron acallar el del enemigo. Treinta y una granadas cayeron en la batería de Larrinaga; su casa cuartel fué enteramente deshecha, y desaparecieron sus merlones de sacos de tierra; pero los carlistas no se atrevieron á atacarla, ni era posible semejante arrojo contra un puesto en el que habiendo caído una bomba sobre el merlon del ángulo saliente, roto el asta de la bandera, estropeado una cureña, y desbaratado enteramente el muro, por un movimiento unánime se lanzaron al hueco que habia producido aquel estrago los artilleros de línea y urbanos, los inalterables soldados ingleses, los de infantería y milicia urbana, presentando su pecho al descubierta contra una lluvia de fusilería que les asestaba, y provocando sin cesar al enemigo con sus vitores á la reina y á la libertad.

Don Carlos recorrió en este día la línea desde Santo Domingo á las Banderas. Los cañonazos que en su honor se dispararon, arrojaron cincuenta y siete bombas y ciento veinte y ocho granadas á la plaza, que, con el humo y la polvareda que producian aumentaban su horror.

Doce horas duró el fuego de este día, sucediendo á su estrépito un silencio imponente, interrumpido solo por las canciones patrióticas que entonaban urbanos y soldados. Los carlistas cantaron tambien las su-

yas, conversando unos y otros á intervalos, insultándose casi siempre, y demostrando los unos sus esperanzas de entrar en la codiciada villa, y los otros de destruir las baterías y las huestes de los sitiadores. Asi se enardecia el entusiasmo de todos, y arrosaban la muerte con impavidez.

PATRIOTISMO DEL AYUNTAMIENTO.—PARLAMENTARIOS CARLISTAS.—ENTUSIASMO DE LOS BILBAINOS.—PROSIGUE EL BOMBARDEO.

#### LXIV.

En la tarde de este mismo día se reunió el ayuntamiento bajo la presidencia del alcalde primero (1).

«Quince días, dice la memoria antes citada, de belicosas escenas, en los que sin cesar hubo retumbado en nuestros oídos el estrépito del cañon, en que se respiraba el aire enrarecido con el polvo de los escombros y el humo de la pólvora, en que la sangre vertida de los leales encendia la de los que habian jurado derramar la suya por la mejor de las reinas, escitaron todos los temperamentos, los elevaron á una altura en la que el hombre no escucha mas voz que la de vencer ó morir; pero el ayuntamiento debia conducirse como autoridad civil que á sus débiles hombros está encomendada la guarda de esta preciosa villa. Hicieron, pues, los individuos que lo componen, un esfuerzo extraordinario, sofocaron el entusiasmo que les animaba, se vencieron á si mismos, y empezaron á discutir el

(1) Los nombres de los individuos de esta corporacion merecen ser conocidos.

Sr. D. Juan Ramon de Arana, alcalde primero.  
 José Pio de Arechavala, regidor decano en ejercicio de alcalde.  
 Francisco de Gaminde.  
 Máximo de Aguirre. } En comision en Portu-  
 Juan Bautista de Magu- } galete.  
 regui.  
 Pablo de Epalza.  
 Federico Victoria de Le- } Regidores  
 zca. } capitula-  
 Pedro de Lemonauria. } res.  
 Eustaquio de Bengoa.  
 Hipólito de Jugo.  
 Juan José de Lama. } Diputados  
 Joaquin de Goyarrola. } del comun.  
 Ambrosio de Goicoechea. }  
 Eulogio de Larrinaga, sindico procu-  
 rador general.  
 Nicolás de Corcés, sindico personero.  
 José Plácido de Castañiza, secretario  
 del ayuntamiento.



grave asunto que motivaba la reunion con la misma sangre fria que si el enemigo estuviera á cien leguas de Bilbao. Por los antecedentes, que eran bien notorios, conoció el ayuntamiento que los rebeldes le intimarian para que entregase la villa, y queriendo todos los concejales caminar de acuerdo en tan interesante materia en la junta que tuvieron en casa del señor comandante general, trataron la cuestion preliminarmente, mirándola bajo cuantos puntos de vista pudiera considerarse. La resolucíon final fué que, «considerando el ayuntamiento que si bien los rebeldes causaban daños de muchísima cuantía en la villa, serian aun sobradamente mayores los que se experimentarían si cayese en su poder; íntimamente convencido de que los heroicos y honrados vecinos de Bilbao se habian pronunciado abiertamente, y clamaban por hacer una resistencia sin ejemplo, y teniendo presente el juramento de fidelidad prestado á la reina doña Isabel II, el ayuntamiento declaraba que no se prestaría á capitulacion de ninguna especie, y que antes los individuos que lo componen derramarían hasta la última gota de la sangre que circula por sus venas.» Tal fué la determinacion que se adoptó por unanimidad despues de una discusion tranquila, serena, llena de calma y de firmeza.»

Separados, por no llamar la atencion del público, fueron los concejales á la casa del conde de Mirasol, quien les entregó el oficio que recibiera de Eraso (1), intimando la rendicion, pues creia inútil toda resistencia, porque les decia, fué batida el 23 la columna que iba en socorro de la plaza; que no les quedaba otro recurso que rendirse, y que prometia tratar á los urbanos como lo habian sido en Villafranca, Vergara, Eibar y otros puntos.

Leyóse el oficio, y deseando Mirasol saber la opinion del ayuntamiento, la emitió el alcalde don Juan Ramon de Arana, diciendo:

—*Perecer en las ruinas de la villa antes que capitular.*

Un concejal añadió:

—*Hoy me han arruinado tres casas; mañana me destruirán las que me restan; pero mientras circule sangre por mis venas, yo no capitulo. Sabré, si sobrevivo á este sitio, mantenerme entre las ruinas de mi propiedad; pero no vivir con los que destrozan á mi patria.*

(1) Véase documento núm. 6.

Al ver Mirasol aquellos sentimientos tan decididos, tan espontáneos, tan unánimes, contestó:

—«Señores: no esperaba yo menos de un ayuntamiento que tiene la gloria de representar á un pueblo tan eminentemente leal, y heroico en tan alto grado: yo haré presente á S. M. la augusta reina gobernadora, la grandiosa escena que acabo de presenciar, y no dudo que el generoso y real corazon de S. M. se complacerá al saber la prueba de lealtad y firmeza que está dando este pueblo para siempre memorable.»

Se convino en entretener á los carlistas para ganar asi un tiempo precioso invertido en fabricar balas de cañon, y que Mirasol contestaria ocultando el verdadero propósito; y asi lo hizo en un oficio decoroso y digno, pues no es ilícito en la guerra ocultar los pensamientos é intenciones (1).

(1) Dice asi:—«He recibido la comunicacion que me habeis dirigido, y he visto el traslado que habeis hecho al ilustre ayuntamiento, que confiado en mi interés por la felicidad de este pais, ha depositado en mis manos el resultado de las comunicaciones que se han abierto y que pueden seguirse, si los acontecimientos y vuestra prudencia lo permiten. Tranquilo dentro de los muros de esta villa, sin provocar ni desdeñar el combate, no puedo nunca aparecer como el instrumento de su destruccion; vos seréis el responsable en todo tiempo, y los militares de todos los paises os echarán en cara el ataque dirigido á las casas de los pacíficos habitantes, antes de haber destruido los muros con el denuedo que merece el empeño que manifestais por apoderaros de este punto. Las casas de la hermosa villa de Bilbao, conocida y relacionada de toda Europa, no se defienden; son sus bayonetas y baterías las que os hacen la contra, y es á ellas á las que debeis de dirigiros con las vuestras. Ignoro que la columna acantonada en Portugaete haya sido batida, ni puedo comprender que un encuentro de guerrillas, que fué todo el hecho del día 23, haya podido desalentar á aquellos valientes, cuyo carácter y principios conozco; sin embargo, si teneis algun medio para comprobarlo, no me negaré á admitir las pruebas que puedan convenir á vuestro interés y á mi situacion, sobre la cual permitidme que os asegure estais equivocado, y que de ello puedo convencerlos si quereis comisionar oficial de vuestra confianza que venga á satisfacerse y á conferenciar conmigo, cierto de que será recibido con la atencion y noble franqueza que se usa entre valientes. La sangre que se derrama en una y otra linea, me conduele porque es de españoles, que debiendo acordarnos, reunimos para no entendernos, y de que sé economizarla usando de indulgencia hasta en lo personal; la historia de esta campaña os suministrará pruebas que son harto públicas y que

El ayuntamiento contestó por su parte manifestando que tenia puesta toda su confianza en el comandante general de la provincia, y que se atendría á lo que él decidiera.

Después del toque de diana, salen del campo carlista á la mañana siguiente á recoger la contestacion, y se les entrega. Un profundo silencio reina por todas partes, interrumpido solo por alguno que otro fusilazo.

Algunas horas después se presentan de parlamentarios Zaratiegui y Arjona. Se recomienda el orden mas severo en los bilbainos, y para mayor garantía Araoz y el alcalde primero reciben á los dos gefes carlistas y les acompañan, precediéndoles dos regidores que iban amonestando al público á fin de que contuviesen la natural efervescencia que su vista producía. No pudo evitarse que se prorumpiera en continuados vivas á Isabel II y á la libertad.

La conferencia con Mirasol fué corta. Los parlamentarios pedían la rendicion de la plaza á la que concedían los honores de

vituperadas ó aplaudidas por las diferentes opiniones, no han dejado por eso de satisfacer mi alma, y de ofrecerme el cuadro mas bello de mi vida, porque muy lejos de ser hombre de partido, escucho solo la voz de la razon, obedezco la ley, y atiende en cuanto lo alcanzan mis luces, al bien general de esta patria desgraciada. Si en la linea que cada uno ocupamos se prodiga, que no sea por nuestros intereses; yo os invito á adoptar medidas sobre este punto, demos al tiempo y á la conviccion lo que han de hacer las armas; reconozcámonos como hijos de un mismo suelo, conservemos nuestras posiciones, entendámonos mutuamente sin que medien nuestros subordinados, y apuremos los medios del raciocinio antes de sacar nuevamente la espada; si así lo apreciáis de justicia, personas teneis á vuestra inmediacion que pueden garantiros de mi proceder; me conocen lo bastante en cuanto á honrado; y en cuanto á militar, si vuelven á romperse las hostilidades, tendreis nuevos motivos para aseguraros de que no me intimidan las amenazas, y que sabré emplear todos mis recursos para hacerlos acaso arrepentir de vuestro empeño. Creedme, Bilbao está decidido á no ceder jamás por la fuerza de las armas, y su guarnicion es sobrado valiente para llevar al cabo este honroso empeño.

»Agradezco las consideraciones que ofrecéis á la milicia urbana, sin poderos contestar otra cosa en este punto, pues ignoro las que habeis guardado á Villafranca, Vergara y Eibar, y la voluntad de los individuos de este cuerpo en tan delicada materia.

»Pido al cielo os guarde muchos años.—Bilbao, 27 de junio de 1835.—A las once de la noche.—M. Conde de Mirasol.»

la capitulacion, advirtiendo que no esperaran socorro alguno porque «sobre Valdés, decían, habian caido fuerzas que le obstruían el paso, y Latre fué completamente derrotado en las inmediaciones de Castrejana.» Mirasol, consecuente en su propósito de ganar tiempo, propuso el medio de cerciorarse de lo que le decían, y quedaron los parlamentarios en hacerlo presente á su gefe, enviando á las tres y media la contestacion.

Con el mismo acompañamiento que entraron, salieron de la plaza; pero en el tránsito hubo sucesos notables.

En cuanto se supo la llegada de los parlamentarios, un numeroso gentío se agolpó al Arenal donde está la casa que habitaba Mirasol. (1) Aquella conferencia era el objeto de todas las conversaciones, y el pueblo murmuraba, porque ni aun quería oír la palabra capitulacion. Solo la confianza que tenia en sus gefes le hacia moderar su entusiasmo. Pero al ver á los parlamentarios, no pudo contener su ardor, y prorumpió nuevamente en unánimes vivas á Isabel y á la libertad.

Tal expansion la acogieron los parlamentarios carlistas como un insulto hecho á sus personas, puestas en aquellos momentos bajo la salvaguardia y proteccion de las leyes de la guerra y derecho de gentes.

Mirasol, advirtiendo tal bullicio, cuya causa acertó, salió presuroso á la calle, proclamó el orden, reconvino á muchos, y les dijo: «Esos vivas se reservan para los fuertes y aspilleras.» Al oírlo el comandante de la milicia don A. Arana, que se hallaba allí accidentalmente, exclamó sin poderse contener:

—«Los urbanos, mi general, saben dar esos vivas aquí, en las aspilleras y en todas partes: están resueltos á morir por Isabel II y la libertad, y yo con ellos á la cabeza.»

Mirasol, entonces, repuso entusiasmado.

—«Muy bien, señor comandante, yo tambien moriré con vds., y antes arrojaré sobre la cabeza de los enemigos esas mismas baterías que con tanto denuedo defendemos, que consentir en la rendicion de esta plaza.»

Prolongados vivas resuenan en seguida por todas partes. El entusiasmo no tenia límites, hasta las mugeres participan de él (2).

(1) La de Mazarredo.

(2) Cuando al marchar los parlamentarios se susurró que iban á romperse de nuevo las hostilidades, se reunieron bastantes señoras en una habitacion y se prepararon á bailar al

Durante la tregua varios urbanos suben á Miravilla, altura desde la cual los carlistas asestaron los mas de sus mortíferos fuegos. Hablan y beben juntos. El hermano tropieza con el hermano, sirviendo en diferentes filas. Una sola mirada compasiva puede dar á entender la amargura de su corazón. ¡Fenómenos lamentables que nos ofrecen las guerras civiles!

La última intimación de Eraso estaba concebida en estos términos. «Enterado de lo que V. S. ha manifestado á mis oficiales comisionados que acaban de presentármese de vuelta de esa plaza, tengo el sentimiento de anunciarle que si dentro de dos horas despues de recibir este oficio no se aviene á formar las bases de capitulación para la entrega de aquella, se continuarán las hostilidades contra la plaza.—Dios guarde á V. S. muchos años. Campo del honor, 28 junio de 1835.—Francisco Benito Eraso.—Señor conde de Mirasol »

La respuesta fué lacónica: *Se puede romper el fuego cuando se quiera.*

A breve rato el mismo Mirasol á la voz eléctrica de viva la reina, recorre toda la línea, y á las cuatro de la tarde un cañonazo de las baterías de Bilbao anuncia la señal de haber cesado la tregua. Rómpanse de nuevo las hostilidades, y vuelven todos á sus líneas, despidiéndose los mútuos enemigos para de nuevo combatir.

Hasta las siete cayeron en la plaza veinte y seis bombas y cincuenta y ocho granadas, continuando con un nutrido fuego de fusilería á que puso término la noche.

El 29 solo hubo de notable el arrojar á Bilbao algunas carcasas, que no produjeron el efecto que apetecian los sitiadores.

A la caída de la tarde se ven las señales que hacen las banderas del monte de Archanda, telégrafo de los carlistas, y se conciben esperanzas lisongeras, que se ven frustradas.

El 30 solo hicieron los carlistas algunos disparos de cañon y de fusil.

Era el término del sitio. Parecía la agonia de quien agotadas sus fuerzas, empleaba el resto de ellas en hacer un postrimer y débil esfuerzo, y así era. Nada podia hacer ya el carlista para vencer la indomable altivez de los bilbainos, de aquel pueblo de héroes.

primer cañonazo que se disparase. Cuando sonó, tocó el piano una mazurca y la bailaron.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO.—OPERACIONES DEL EJÉRCITO LIBERAL.

LXV.

El 1.º de julio fué el último del sitio.

La nueva aurora la saludan los tambores carlistas con la diana, y la música liberal con un himno patriótico desde el fuerte del Circo. Aquella naciente aurora lo era de alegría y felicidad para los sitiados, de tristeza y desgracia para los sitiadores.

Estos empiezan á retirarse: las fuerzas auxiliadoras estaban cerca. El sitio podia considerarse ya levantado. Ni las posiciones de los carlistas, ni la decision de Maroto, que se halló á lo último con las tropas sitiadoras, ni la llegada de Moreno, pudo contener al ejército de la reina, cuyos movimientos deben conocerse.

Las siguientes líneas de un ayudante de Latre, son un diario de aquellas operaciones.

«El día 15 de junio se avistó el general Latre en Berberana con el general Valdés, y convinieron en acudir al socorro de Bilbao, viniendo Latre por Arciniega y el ministro por Orduña; pero el día 17 estando ya Latre próximo á Arciniega, recibió una orden fecha del mismo día en Berberana, del general en jefe en que le decia «que despues de pesar el pro y contra de marchar sobre Bilbao, habia determinado reducir la operacion á solo enviar á Orduña una division aparentando que marchaba el ejército, cuya division llevaba orden de regresar á Berberana el 18 para seguir el movimiento del ejército, y le mandaba que el mismo día 18, se replegase tambien sobre sus posiciones, en el concepto de que el ejército tendria que atender á otros objetos.» En virtud de esta orden pernoctó Latre aquella noche en Arciniega y el día 18 retrocedió á Villasana de Mena. Desde este pueblo remitió Valdés dos comunicaciones de Bilbao, oficiando al mismo tiempo al general La Hera, participándole la orden del ministro y que no pasaba á ocupar sus posiciones y se detenia en este pueblo, por ver si el ministro resolvia otra cosa en vista de lo que se decia de Bilbao. No habiendo así sucedido, pasó el 19 á Castrobarro.

»El mismo día por la noche llegó por último la orden tan deseada de marchar sobre Bilbao con la division de reserva, y la del general Espartero, que ponía á las órdenes

de Latre: daba el ministro á este general varias instrucciones que no hacen al caso: decia que S. E. concurriria á la operacion «marchando sobre Murguia para llamar la atencion del enemigo, y distraer el todo ó parte de sus fuerzas, y le recomendaba solamente que no comprometiese una accion general ó aventurada.» Se puso en comunicacion Latre con el general Espartero que se hallaba en Quincoces, y el 20 emprendieron su marcha ambas divisiones, durmiendo la de Castilla en el valle de Mena, y en Balmaseda la de Espartero. El 21 por la mañana, al llegar á este último pueblo entregó Espartero á Latre un oficio que habia recibido del general en jefe, fecha 20 en Villalba de Losa, en que decia que en vez de marchar por Murguia, pensaba hacerlo por Amurrio á donde llegaria aquella noche, y Latre al contestarle le indicaba que su movimiento cuasi tendria un efecto seguro, si se adelantaba hasta Llodio, en el concepto de que las divisiones que estaban á sus órdenes, desde Burceña, podian observar sus movimientos, y siguió á pernoctar á Portugalete. El día 22 salió para Burceña, y llegó al medio día poco mas ó menos: aquella tarde se pasó en practicar algunos reconocimientos, y en acampar la tropa, y se corrió la noche sin novedad. Ofició al general Valdés viendo que ninguna orden recibia, y le manifestaba lo conveniente que seria el que S. E. viniese por el flanco derecho sobre los enemigos.

»En la mañana del día 23 tampoco hubo novedad, pero ya á cosa de la una empezaron los enemigos á hacer movimiento, y cayeron sobre la segunda brigada de la division de Castilla, que estaba sobre el puente de Castrejana, con el arrojo que dan sus primeros ataques y la confianza que les inspiraba la artillería que tenian, y mas que todo las ventajas conseguidas sobre nuestro ejército. El general Latre á los primeros tiros marchó sobre el punto atacado, y dió sus disposiciones para repeler al enemigo; y en el mismo momento recibió un pliego del general en jefe con dos órdenes fechadas en Villalba de Losa (en donde estaba el 20); una de 21 en que le decia «que el día siguiente pensaba retirar de Orduña las tropas que estaban allí situadas y dirigirse el 23 sobre Puentelarrá y Miranda, lo que le avisaba para que no se comprometiese con las tropas de su mando, que debian retirarse al valle de Losa,» y otra del 22 en la que daba razon de no poder hacer el movimien-

to sobre Llodio, «que estaba allí Villarreal, y muchas partidas de observacion sobre Orduña; que de consiguiente al ponerse en marcha para Llodio encontraria reunidas las fuerzas de aquel carlista, y se veria comprometido á una accion general que deseaba y tenia órdenes de evitar: que no podia adelantar mas el movimiento, y que al día siguiente salia para Miranda: «que Latre obrase en consecuencia con las fuerzas de su mando del modo que creyese mas conveniente, partiendo siempre del principio de la conservacion de la fuerza, y de no esponerla á una accion decisiva, limitándose á lo que en aquel día pudiera hacer en beneficio de la plaza de Bilbao, retirándose á donde no pudiera ser comprometido.»

»Aquella noche despues de la accion, se acampó al raso, y al día siguiente volvió el general Latre con las divisiones á Portugalete, y desde allí ofició al general en jefe, y se puso en comunicacion con la plaza de Bilbao. Trascibió órdenes al conde de Mirasol, para que no se atribuyese su retirada á otro motivo, y para que la guarnicion y el pueblo no perdiesen la esperanza de ser socorridos, le decia que permanecia en aquel pueblo hasta que se convenciese el general Valdés de la necesidad de socorrer á Bilbao ó le diese orden terminante de no hacerlo, y que entretanto mantendria en hacer al enemigo amagándole ya por uno, ya por otro lado de la ria, para distraerle y aliviar en algo al pueblo.

»El día 26 al amanecer llegó un oficio duplicado del general La Hera; le noticiaba haber tomado el mando del ejército de operaciones «y le ordenaba regresar con las divisiones al valle de Losa por los parages menos espuestos, que le diera aviso del recibimiento y cumplimiento de esta orden:» la contestacion de Latre fué, que «acababa de recibir dos papeles en que aparecia la firma de S. E., que temiendo fuesen supuestos, diferia el cumplimiento, y que entretanto le hacia presente que Bilbao contenia una guarnicion numerosa, inmensas riquezas y que su entrega era, decian, el plazo en que debia recibir su empréstito el Pretendiente; que nacionales y extranjeros los miraban, y que si se daba el escándalo de tan inconcebible abandono iba á recaer sobre ellos la ignominia; que quedaba esperando órdenes que no pudiera dudar fueran de S. E., y manteniendo á Bilbao y el puesto cuanto le fuese posible.» El general Espartero, á quien animaban los mismos deseos que á Latre,

propuso á éste ir á verse con el general en jefe La Hera, y convencerle de la necesidad de venir sobre Bilbao; y á pesar del mal estado de su salud montó á caballo y no pára hasta encontrarle. Vienen juntos hasta Portugalete el 30, (1) aquí se celebra

(1) En algunas publicaciones se halla una carta de Espartero fechada en Quincoces el 28 de junio de 1835 y dirigida á don José Santos de La Hera. La energía con que está escrita da lugar á interpretaciones muy desfavorables para La Hera; pero este general en un comunicado inserto en el *Imparcial* de 4 de julio de 1846, la califica de *documento apócrifo amañado y publicado despues del sitio de Bilbao con fines conocidos*.

Sin reproducir la carta que se supone de Espartero, porque no ha sido contestado el comunicado de La Hera, extractamos algunos párrafos de éste, no tanto por lo que afectan á la cuestion, sino porque aumentan interesantes pormenores á la historia.

«En el sitio de Bilbao las divisiones de Espartero y Latre se encontraban en Portugalete sin haber conseguido proveer de víveres y municiones á la plaza, habiendo sido rechazados el 25 en Castreña y Burceña con bastante pérdida. Valdés, que como ministro de la Guerra y comandante general en jefe de los ejércitos, mandaba los de operaciones y reserva, despues de varios movimientos sin resultado, se hallaba en Miranda de Ebro, en donde, lleno de disgustos innmerecidos, cayó enfermo de gravedad, y el 24 resignó el mando en el entonces brigadier don Juan Tello, por ser el mas antiguo, y solo mientras se presentaba Espartero, á quien tocaba accidentalmente el del Norte, ó restablecía su salud el general Breton.

«El ejército de reserva, del cual tuve yo el honor de ser su general en gefe desde marzo á julio de 1835, y bueno es se sepa de paso que ninguna desgracia ni contratiempo tuvo en ese período, quedaba desde aquel momento independiente de el del Norte, como lo habia estado antes. Yo me hallaba en Bribiesca cuando por comunicacion de Valdés supe el 23 este acontecimiento. En aquella situacion pude, sin riesgo de mi honor, circunscribirme al desempeño de mi cargo de general en jefe del ejército de reserva y capitán general de las cuatro provincias de Burgos, únicas á que mi autoridad alcanzaba; y tal habria sido mi conducta, si hubiera juzgado no debia socorrerse á Bilbao; mas sin desconocer el peligro de ir á empeñar contra las órdenes del gobierno, una batalla, quizá decisiva, en las quebradas inmediaciones de la villa; era este partido el que menos inconvenientes ofrecia á mi vista, y el único aceptable; monté, pues, á caballo y marché á Miranda, donde despues de conferenciar con Valdés, Breton, Tello y otros gefes, á su instancia me encargué del mando accidental del ejército de operaciones del Norte, al cual yo no pertenecia, aceptando con él la inmensa responsabilidad que sobre mi

una junta de generales y gefes de brigada. Latre y Espartero opinan por ir al socorro

debía recaer si me era adversa la fortuna: esto pasaba el 23 por la tarde. (a) Inmediatamente se espidieron las órdenes para hacer venir á Miranda desde Haro, Casa la Reina y otros puntos de Rioja á la brigada que mandaba Gurrea: se previno al general Vedoya y al brigadier Lopez que pasasen con las sayas á cubrir la línea del Ebro, y se dispuso la marcha del ejército, que la efectuó el 27, incorporada á él la vanguardia; y pasando por Puente Larrá continuó el movimiento por Espejo y Osma á Villalba, excepto la division de vanguardia que se dirigió á Berberana, con orden de salir al día siguiente hácia la Peña nueva de Orduña, y desde allí, cambiando de direccion por la Sopena sobre Menagaray y Arciniega. El 28 con las tropas del cuartel general bajé por la Peña de Haro á la tierra de Ayala y entré en Arciniega, donde tuve que esperar á la division de vanguardia, que por razones que no son del caso no llegó hasta el anochecer. El 29 al romper el día continuamos el movimiento por Balmaseda á Sopuerta, y el 30 por la tarde llegamos á Portugalete.

«El día que llegué á Arciniega recibí una comunicacion de Espartero, fechada en un pueblo que se hallaba á mi espalda, en la que sencillamente me decia que habia llegado allí y que al día siguiente se me reuniria sobre la marcha, como sucedió cerca de Balmaseda. Antes de llegar á Portugalete recibí en el camino pliegos del gobierno, en los cuales se me decia que el general Córdova habia sido nombrado general en jefe interino, y que S. M. habia tenido á bien admitir la renuncia que el 19 habia hecho yo del mando del ejército de reserva, señalándome la situacion de cuartel.

«Estas órdenes me ponian en un grave compromiso, porque si desde aquel momento me retiraba del ejército, podria atribuirse mi conducta á temor de llevar á cabo una operacion difícil aunque necesaria; y si seguia mandando el ejército, podria suponerse una desobediencia al gobierno y miras de ambicion de que estaba muy distante. Ademas de que si la fortuna no me era favorable, admitia una grave responsabilidad. En semejante compromiso, reuni en Portugalete una junta de todos los generales y gefes, y les manifesté francamen-

(a) El entendido general don Luis Fernandez de Córdoba, en la bien escrita memoria justificativa que publicó en Madrid en 1837, hablanuo de aquellos sucesos, entre otras cosas, dice lo siguiente: «Hallábame yo en Madrid desempeñando todavía la comision con que fui pocas semanas antes, cuando el general Valdés ofreció su dimision y se vió obligado por el mal estado de su salud á dejar el mando al gefe mas antiguo, que resultó ser el brigadier Tello, el cual, acabando de llegar al ejército no podia conocer aun ni el país ni la guerra que en él se hacia.» Y mas adelante: «El general La Hera, que mandaba el ejército de reserva, no habia llegado todavía al cuartel general del general Valdés, donde á muy poco tiempo se presentó á reclamar honrosamente el mando superior accidental, y la terrible responsabilidad que le era inherente en tan tristes y difíciles circunstancias.»

de Bilbao. El primero hace dimision de la faja en el caso de que se resuelva lo contrario, y éste dice: «mándese me tomar las posiciones y franquear el punto de Burceña con cuatro soldados ó solo, y no se me obligue á emprender una retirada vergonzosa.» (1)

Se decide, por fin, socorrer la plaza, y al día siguiente se pone en movimiento el ejército. Latre llevaba la vanguardia: sus tropas sufrieron el poco fuego que hicieron los enemigos, pasaron las primeras la ría, y ocuparon las posiciones. Entró el último en Bilbao, pero aun en esto sirvió á la plaza... «Diga vd. al general, contestó á un ayudante que de orden de S. E. le invitaba á pasar á la villa, que no pienso abandonar este punto, (la altura de Castrejana) hasta no estar asegurado de que las municiones y artillería que vienen por mar para la plaza, puedan entrar sin riesgo, porque este es el verdadero socorro para Bilbao, y no que nosotros entremos.»

El ejército liberal empieza á ocupar todas las inmediaciones de Bilbao, y á su paso, las casas de las inmediaciones de Begoña, Ulibarri y Miravilla son entregadas á las llamas, causando así tanto destrozo los salvadores como los carlistas.

Unos diez y siete batallones entraron en Bilbao á las dos y media, é igual ó mayor

te las órdenes que habia recibido, y la obligación que estas me imponian de entregar el mando del ejército de reserva al general Latre, y el de operaciones al general Espartero, á lo cual estaba resuelto, así como tambien á concurrir yo á las operaciones como un simple voluntario con lo cual cumpliría con un deber y conciliaría mis deseos. Latre el primero, Espartero despues, y todos los que componian aquella junta respetable, manifestaron sus deseos de que yo no resignara el mando mientras no se presentara el general destinado por el gobierno; que, por el contrario, debia seguir mis operaciones sobre Bilbao, pues que así lo exigia el bien público, la causa de la reina, que en aquellos momentos se hallaba tan en peligro, y que el gobierno de S. M., cuando llegara á enterarse de la situacion de las cosas, aprobaria una conducta que no podia menos de considerar digna y loable: de este acuerdo se estendió una acta solemne que suscribieron todos, y que conservo en mi poder. Latre y Espartero firmaron los primeros. El día 4.º de julio entré en Bilbao, salvando aquella heroica villa y haciendo huir á los enemigos que la hostilizaban. El día 2 por la noche entregué allí el mando al general Córdoba, que acababa de llegar, y era el designado por S. M.»

(1) En Sopuerta, en este día 30 dió La Hera la proclama que puede verse en el documento núm. 7.

número fué llegando á las inmediaciones.

Bilbao estaba ya salvado: el ayuntamiento dió las gracias á los bilbainos. (1)

A los dos días se presentó Córdoba á tomar el mando del ejército; pronunció las palabras de libertad ó muerte, dirigió la proclama que veremos en lugar oportuno, y el 4 se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.

Los carlistas arrojaron á la plaza unos mil quinientos ochenta proyectiles.

Las pérdidas de personas experimentadas por varios conceptos pasaron de doscientas. (2)

Las pérdidas de propiedades fueron grandes: los sacrificios de los bilbainos heroicos; hasta los ancianos se distinguieron de una manera notable, ya por los servicios que prestaron, ya por su entusiasmo y resolucion, pues llegó hasta el punto de pretender salir para arrebatár á los carlistas, por un atrevido golpe de mano sus morteros y obuses. (3)

#### INTRIGAS DE LOS CORTESANOS CARLISTAS.— OPERACIONES DE LAS FUERZAS SITIADORAS.

### LXVI.

Don Carlos, que no perdía de vista el sitio de Bilbao, en cuanto supo la herida de Zumalacárregui mandó se llamara al general Maroto por medio del secretario de la Guerra, quien le dijo: «Zumalacárregui está herido, y S. M. quiere que vd. marche al ejército á tomar el mando: vaya vd. inmediatamente á ver á S. M., y dispóngase para la marcha.»

Obedeció y le dijo don Carlos:

—Ya sabes lo que hay; Zumalacárregui está herido y quiero que marches inmediatamente al ejército; Villemur está poniendo ya la órden.

—Muy bien, señor, le contestó; V. M. sabe que no deseo sino sacrificarme en su obsequio y sin ambicion alguna. ¿Tiene V. M. algo que prevenirme?

—Nada: adios.

Volvió á verse con el ministro Villemur, á quien halló con el hermano del Sanz fusilado de pues en Estella; pero no estaban escribiendo tal órden sino procurando contrariarla, y manifestó Villemur á Maroto que

(1) Véase, documento núm. 8.

(2) Véase, documento núm. 9.

(3) Véase, documento núm. 40.

interesaba su pronta llegada al ejército, y que en el camino le alcanzaria una posta con la órden.

Marchó Maroto, y al encontrarse con Zumalacárregui en el camino, es fama le dijo entre otras cosas: «Amigo, yo estoy gravemente enfermo y no puedo ser superior á tanta fatiga: vd. vendrá á mandar el ejército, y de ello me alegro infinito.»

Este lenguaje no era franco: Zumalacárregui parece que dejó ciertas prevenciones á Eraso que le contradecian.

La órden que Maroto esperaba llegó; mas no como se le ofreciera, pues se decia en ella que «S. M. habia resuelto permaneciese en el ejército á las inmediatas órdenes de Eraso, para las atenciones del servicio, ínterin que dicho gefe dejaba el mando, como prometiera, en razon de sus enfermedades.»

Y Villemur en carta particular le añadia, que se habia acordado guardar esta consideracion á Eraso por la seguridad de que no tardaria en separarse del ejército por la falta de salud, que tuviera paciencia, que *observase las operaciones de dicho general, y que comunicase cuanto notara; pues se habia llegado á entender que tenia alguna inteligencia con los gefes de la plaza.*

Sufriendo Maroto por lo que le hacian pasar, y por verse, siendo teniente general, subordinado á un mariscal de campo, llegó al frente de Bilbao y procuró grangearse el afecto de gefes y soldados, moderando para ello su ceño adusto y su carácter grave.

Segun su opinion, notó bastantes defectos en el sitio, y criticó los trabajos para adelantar la línea de circunvalacion, la direccion de los fuegos, la lentitud del bombardeo y el servicio de las tropas.

Acercábanse entonces los liberales desde Portugaleta á socorrer á Bilbao, y fué enviado Maroto al frente de cinco batallones á su encuentro. Cambiaron algunos tiros las avanzadas en las alturas de Castrejana, y los carlistas se limitaron á impedir el paso, hasta que al tercero dia se presentó Eraso con un refuerzo que, sino insignificante era insuficiente para empeñar una accion, como queria obstinadamente Eraso, y la emprendió para ceder en breve, diciéndole Maroto al hablar de este hecho que, «si Espartero hubiese pensado en avanzar nos hubiera sido indispensable verificar la retirada de la circunferencia de Bilbao, en poco ó ningun órden, pues careciamos de las fuerzas necesarias para sostenerlo.»

Mientras Eraso y Maroto con noble emulacion procuraban ser merecedores del mando en gefe, era elevado á este puesto un militar que acababa de entrar de Francia, de mal carácter y peores amigos, y corrió al frente de Bilbao.

Este militar era don Vicente Gonzalez Moreno, cuya primera disposicion en el sitio fué enviar once batallones de la línea á atacar por retaguardia á las tropas de Espartero, y sin conocimiento del terreno, ni de las distancias, ni de los obstáculos que se opondrian, fué causa esto de que Eraso, que permaneció sobre Bilbao, tuviese que ceder el paso á las fuerzas liberales, que entraron en la plaza.

No podia Moreno haber inaugurado su mando de una manera mas desastrosa. Hizo estériles en un momento para su causa, los sacrificios de tanto tiempo, y el que fué elevado sin duda sobre el pavés de los intrigantes cortesanos, acreditó en este dia en Bilbao y á las dos semanas despues en Mendigorria el acierto de la eleccion.

El hizo la verdadera defensa de sus enemigos carlistas.

#### MUERTE DE ZUMALACÁRREGUI.

#### LXVII.

Herido Zumalacárregui y obstinado en su propósito, continuó alejándose cada vez mas de Bilbao, como si esta plaza fuera un espectro que le persiguiera, como si retumbaran en sus oidos los ayes de las víctimas que en uno y otro campo causaba el sitio.

Descansa dos horas en Zornoza, le vuelven á tomar los granaderos sobre sus hombros, y á pesar del calor, marcha á Durango, residencia de don Carlos. Se aumenta el número de sus facultativos, se reconoce la herida, y pronosticaron que antes de quince dias podria el enfermo estar en disposicion de montar á caballo, lo cual reanimó el abatido espíritu de los carlistas.

En la mañana del 17 fué á visitarle don Carlos, como lo anunciara la víspera; y en esta entrevista no resultó mas, al parecer, de notable, que reconvenir afectuosamente al herido por haberse espuesto tanto, á lo que contestó. — «Que no haciéndolo así, nada podria adelantarse: que demasiado habia vivido ya, y que en aquella guerra tan desigual y destructora por necesidad debian morir cuantos la habian comenzado.»

Zumalacárregui sin hacer caso de la.

amonestaciones de don Carlos para que se quedase en Durango, se empeñó en llevar á efecto su resolución de ir á Cegama, y emprendió al instante la marcha como el día anterior, siguiéndole los facultativos, á los cuales se agregó en el camino un famoso curandero llamado *Petriquillo*, en quien confiaba mucho Zumalacárregui por haberle conocido desde jóven y por la celebridad de sus curas. En Segura se incorporó también otro cirujano, retirándose el jóven facultativo inglés para incorporarse al escuadrón de oficiales de la Legitimidad á que pertenecía.

El mismo día 17 llegó á Cegama.

«Aunque Zumalacárregui llevaba á su lado al virtuoso Fr. Cirilo de Pamplona, su hermano político, hoy día misionero en la América, habiéndose encontrado en Segura con su ayudante secretario don Carlos Vargas apoyado todavía en dos muletas y sin acabar de curarse de la grave herida que había recibido, le ordenó que le acompañase. Luego que el general llegó á Cegama, á pesar de su estado de postración que se aumentaba de día en día, entabló formal correspondencia con don Francisco Benito Erasó, que como segundo jefe había quedado mandando el ejército. Zumalacárregui pedía entonces con las mayores instancias que se levantase el sitio de Bilbao, añadiendo que caso de que se continuase y las tropas carlistas ocupasen la plaza, se guardase inviolablemente la promesa hecha por él á los cónsules de Francia é Inglaterra...»

Habla luego el biógrafo de Zumalacárregui, de quien hemos tomado las anteriores líneas, de la rivalidad y antipatía que Grediaga, Gelos y Boloqui debían tener al curandero *Petriquillo*, y asienta con la convicción mas profunda que la ignorancia tuvo el primer lugar en la muerte del caudillo carlista.

De acuerdo todos en la poca importancia de la herida, son sin duda responsables de las consecuencias. Es verdad que las molestias del viage, el calor y disgustos posteriores le produjeron una enfermedad; pero no era esta mortal, y en su cura, y en la de la herida, obraron todos sin método, según las opiniones mas autorizadas (1).

Lastimando al paciente la bala que le internó, se procedió á su extracción en la mañana del 21, y lo verificaron causando un destrozo considerable en la pierna. La bala,

colocada en un plato, corria de casa en casa como una reliquia, y hasta se pensó enviarla á Durango. Pero á la alegría que produjo el creer ya curado á Zumalacárregui, sucedió la consternación. Sobrecogió al herido un gran temblor, y conociendo su próximo fin se dispuso á esperarle. A poco espiró.

La principal y creemos la única cláusula de su testamento fué la siguiente. — *Dejo mi muger y tres hijas, únicos bienes que poseo: nada más tengo que poder dejar* (1).

(1) «Así terminó su carrera el héroe carlista á los cuarenta y seis años de edad y diez y nueve meses de haber comenzado sus campañas.

»Zumalacárregui fué vestido antes de llevarle á la sepultura con todo lo mejor que poseía; mas como nunca tuvo uniforme de general, se le puso su frac y pantalon negro, chaleco blanco, corbata negra y la gran banda de la real y militar órden de San Fernando; la misma con que don Carlos le había condecorado por su propia mano despues de las acciones del 27 y 28 de octubre. Aun este único adorno era incompleto, porque solo consistia en la banda sin la placa ni cruz que le es propia. El funeral se celebró el 23 por los curas del pueblo, acompañando al cadáver varios parientes y amigos del difunto, y los ayudantes Lacy, Caces, Berdiel y Plaza.

.....  
 «Don Tomás Zumalacárregui era de estatura de cinco pies y dos pulgadas: tenia la espalda un poco ancha y algo torcida. De ordinario no llevaba la cabeza muy erguida, antes por el contrario, cuando caminaba á pie, marchaba con la vista fija en el suelo, como si fuese ocupado de una profunda meditacion. Sus ojos eran claros y castaños; el mirar penetrante, profundo como el águila, su tez clara, la nariz regular, el cabello castaño oscuro y espeso; en sus últimos años principiaba ya á encanecerse, y lo llevaba por lo comun muy corto. La patilla unida al bigote favorecia en extremo á su fisonomía, mostrándola tan singular como belicosa: nunca se veía en sus acciones ni públicas ni privadas, cosa que desmintiese aquel aire de imperio con que la naturaleza le había dotado. Zumalacárregui hablaba poco y no reía mucho: escuchaba con particular atención á cuantos le dirigian la palabra, y cuando daba audiencia, era tan enemigo de dejar negocios pendientes, y de hacer esperar á las personas, (especialmente desgraciadas), que se olvidaba hasta de comer. Jamás se sentó á la mesa hasta no haber oído al último de los que deseaban hablarle. Así sucedía con frecuencia que la comida dispuesta para el medio día le aguardaba todavía por la noche: esto acontecia todas las veces que pasaba veinte y cuatro horas en un pueblo. Sin embargo de haber residido en las principales capitales de España ocupando el lugar brillante que pertenece al jefe principal de un regimiento, Zumalacárre-

(1) Véase documento número 11.



Zumalacárregui, á quien su biógrafo retrata con recargado colorido, bajó á la tumba en el periodo mas crítico que hasta entonces tuvo la causa carlista. Esta perdió en él un buen servidor, un caudillo que habia de ser llorado aun por los mismos que en

gui frecuentaba poco la sociedad. De él puede decirse lo que Voltaire escribe de Cárlos XII, rey de Suecia: «Que este retraimiento era efecto de que todo entero se entregaba á los trabajos de la guerra.» Mas no se crea por eso que cuando llegaba el caso, no sabia conducirse con aquella galanteria tan propia de la oficialidad española; al contrario, era sumamente atento y urbano, y por lo mismo que no hacia alarde de ello resaltaban mas sus obsequios. Profesaba un odio implacable al juego y á la mentira. Su mayor diversion era la caza, siendo tal su pasion por esta, que dedicaba siempre á ella todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones. De este ejercicio le provino sin duda aquella soltura y agilidad de miembros que se le notaba, pues algunas veces, especialmente en invierno, hacia á pie jornadas enteras. El carácter de Zumalacárregui se resentia con facilidad de su temperamento bilioso, y como el gran Condé, llevaba á mal se le contradijese. No obstante, tan pronto como era en dejarse llevar de la impaciencia y aun del enojo, era fácil en calmarse. Arrogante con los soberbios, mientras daban muestras de altivez, se abatía, hasta ponerse á su nivel, con los modestos para infundirles el vigor que parecia habian perdido. Celoso por la religion de sus abuelos, estaba muy lejos del fanatismo y de la hipocrecia. Trataba á todos segun la moral de su conducta, y ni aun los eclesiásticos, si estaban faltos de virtudes, hallaban en él consideraciones particulares. Los talentos y la calidad de las personas eran tenidos en grande aprecio por Zumalacárregui. Como su afan le conducia á ser el primer actor de sus disposiciones, nada hay que estrañar que fuese el artillero que daba fuego al cañon, el ingeniero que hacia los reconocimientos, el polvorista que juntaba los mistos, y hasta el cabo, sargento, capitán y coronel en sus funciones respectivas: los mas minuciosos detalles le llamaban la atencion. Jamás espidió una orden ú oficio por escrito sin entregarlo por su propia mano y examinar antes la inteligencia ó capacidad del conductor, obligándole tambien á repetir palabra por palabra, lo mismo que acababa de decir. Con tal observador ningun hombre de mérito podia estar largo tiempo confundido, ningun criminal impune, ningun adulator bajo otro disfraz. Al contrario de lo que generalmente sucede, Zumalacárregui, conforme crecia en gloria y reputacion, iba depoiñendo la gravedad de su aspecto; y no solo al último soldado, sino al mendigo mas miserable, se mostraba á toda hora accesible. La generosidad era en él una virtud innata, y la energia la cualidad mas sublime de su carácter.»

*Vida de Zumalacárregui por Zaratiegui.*

esta ocasion creyeron triunfar con su muerte. Tal es la obcecacion de los partidos.

Los que hallaban en Zumalacárregui un freno á sus ambiciones, no podian llorar su muerte, y no la lloraron, atendiendo en esto mas á lo que ellos ganaban que á lo que la causa perdia; y si hemos de creer á uno de los personajes que se hallaba en la córte carlista, pero que no participaba de sus miserias, la noticia del fallecimiento de Zumalacárregui estuvo muy lejos de infundir tristeza en el cuartel real, habiéndole oido decir al mismo don Cárlos con la mayor indiferencia estas palabras: *¡Los altos juicios de Dios! ¡Son cosas que Dios hace!*

«Y al través del velo de esta conformidad religiosa, añade el personage citado, á pesar de algunos honores militares acordados al cadáver del ilustre guerrero, se descubria en el semblante del principe cierta tinta que indicaba la satisfaccion de verse libre del hombre temido y sospechado, del que ya no se creia necesario» . . . . .

Los soldados, el pueblo carlista, que como todas las masas sabe sentir y llorar, derramó sinceras lágrimas por la muerte de su caudillo. Esta misma opinion hizo que se honrara su memoria concediéndole titulos y honores. (1)

UNA CARTA INTERESANTE. (2)

LXVIII.

Bayona... de julio de 1835.

«Estimado amigo A.... acaban de entregarme su muy grata fecha del 17 del actual y me ha estrañado el ver que aun no han tenido vds. contestacion del gobierno francés, pues aunque sé ahora positivamente que quedó sin valor la peticion de ustedes por haber visto este gobierno que fueron vds. socorridos por nuestras tropas, sin embargo, me aseguró una persona que debia saberlo que se trataba de contestar al oficio de vds. por el mismo conducto del señor cónsul. Lo que hasta ahora he podido adquirir de noticias sobre este asunto es que asi que el gobierno francés recibió la peticion la puso en conocimiento de los emba-

(1) Véase documento número 42.

(2) Entre las puchas que tenemos de personas respetables sobre los sucesos que vamos narrando, consideramos á esta carta digna de la publicidad, aunque no de entero crédito en todas sus partes.

jadores español é inglés, y en union con ellos determinó el embarcar en los puertos del Oeste tres mil polacos de infantería, y aun se avisó á Inglaterra que del de Southampton viniese á reunirse á ellos otros quinientos de caballería de la misma nacion, á fin de dirigirlos á todos inmediatamente á Bilbao en buques franceses. Se le propuso á nuestro embajador una terna de generales polacos y eligió á Miniuski, el que defendió á Varsovia; pero el dia siguiente se volvió á dar contraórden por telégrafo, porque aquí sucede lo que en España, que se teme á los defensores de la libertad mucho mas que al mismo carlismo, y como á los polacos, sobre todo al soldado, era preciso decirles que iban á defender en España la Constitucion del año 12, pues de otro modo no se les mueve, se temia no fuesen á complicar mas nuestra cuestion. Entre ellos, bien que ninguno lo haya leído, tienen la idea de que dicho código es muy democrático y sinónimo de republica. por lo que están entusiasmados con él. Siento el que la referida expedicion no se haya efectuado, pues hubieran vds. visto un verdadero soldado que desde el primer dia no hubiera conocido mas cama que la paja, ni se hubiera desnudado hasta concluida la campaña. El pre que les iban á dar creo que era de ocho sueldos, con los que hubieran operado milagros, pues están acostumbrados á comer pan de centeno. En punto á valor y decision no hay nada que decir, pues es el primer soldado de Europa. La idea que el gobierno francés se habia formado de Bilbao era que ne se hallaba en el peligro en que se le creia en Francia, pues que los urbanos despreciaban altamente á la faccion y reanimarian el espíritu de la tropa, como realmente sucedió. Además, segun los avisos de los agentes en esa estaban en la persuasion de que era tal el entusiasmo de ese cuerpo que aun cuando no hubiesen vds. tenido municiones mas que para dos dias se hubieran vds. sostenido cuarenta. Sabia tambien que aun cuando Valdés y los demas gefes tuviesen órden de no empeñar ninguna accion, recibirian otras mas terminantes para socorrer á todo trance á Bilbao, como tambien ha sucedido, pues este gobierno tenia hechas recientemente diferentes representaciones al nuestro manifestándole la necesidad urgente de no abandonar un punto tan interesante, que en el concepto de este gobierno y del inglés era de mayor importancia que San Sebastian, Pamplona, y aun el

mismo Barcelona, y estaban persuadidos que á la toma de Bilbao seguiria inmediatamente y muy en breve la caída de Madrid, pues que la posesion del primero les hubiera proporcionado recursos para apoderarse del segundo, sublevando con ellos las Castillas. Pero un acontecimiento que no era fácil preveer vino á desvanecer estos bien fundados temores. La muerte de Zumalacárregui, á la que han dado en Francia é Inglaterra tan alta importancia que creen que con ella ha recibido la faccion un golpe mortal, y que ya no es necesaria la cooperacion de ambas potencias, por lo que no me estrañaré el que no se complete la expedicion inglesa. En Francia y en Bélgica se han suspendido los enganches, y de las legiones estrangeras de Argel compuestas de nueve á diez mil hombres, creo que solo se eche mano de la española, que creo no pasa de ochocientos hombres. Luis Felipe parece ha sentido la muerte de Zumalacárregui, pues tenia puestas sus miras en él como hombre de empresa, y lo tenia ganado, como creo haberlo indicado ya anteriormente á V.... ó á N.... V.... Parece cierto que en una conferencia que tuvo aquel gefe con Carlos el 2 de junio último, le dijo: V. M. nos está engañando con sus pretendidas relaciones y su gran partido en las demas provincias; pero le declaro que si en todo julio no se pronuncian estas, le daré á V. M. el pasaporte para que se retire al estranero, pues mis intenciones no son las de pasar el Ebro para colocar á V. M. en el trono. Asi es, que se asegura que Zumalacárregui, tomado que hubiese á Bilbao y con los recursos que esa villa le hubiese proporcionado, pensaba sublevar las provincias limítrofes y hacerlas marchar en masa sobre Madrid con Carlos á la cabeza, quedando él con sus fuerzas sobre el Ebro. No se sabe cuáles fueran las miras secretas de Zumalacárregui, aunque hay barruntos para creer trataba de declarar la independencia de las Provincias; pero sean cuales fueran, es probable se hayan sepultado con él sin que se las haya fiado á nadie, y le será difícil á Luis Felipe el encontrar otro gefe que sea tan capaz como él de llevarlas á cabo. Creo haber dicho á V... ó N.... anteriormente que uno de los principales emisarios que éste monarca tenia cerca de Zumalacárregui á su paso por Bayona habia dicho que Carlos era el medio, pero no el fin que éste se proponia.

»Si nuestros generales saben aprove-

chase del golpe que con su muerte ha recibido la faccion, no dudo sino que consigan destruirla en breve, pues que ningun otro gefe podia hallar los temores que él; porque no habrá ninguno que llegue á gozar de tanto prestigio en el extranjero. Ya se van sintiendo palpablemente los efectos de su pérdida, pues los carlistas tienen ya cerradas las puertas para sus futuros empréstitos, y aun los géneros que iban de aqui para ellos, están detenidos en la frontera, porque los que los envian no tienen ya confianza en el éxito de su causa. Creo tambien haber indicado en alguna de mis cartas á V.... que el viage á esa de una ex-monja llamada Tecla era muy sospechoso. Esta tal es una amiga del famoso magistrado de Bribiesca, y como este bribon, que es el mismo que estaba en el desierto, desde su llegada á París se hizo el confidente y confesor de Calomarde, le envió hace meses á la monja de parte de éste con unos papeles muy interesantes firmados por los principales agentes de los gobiernos del Norte, como tambien de los torys ingleses y de los carlistas franceses. De todas estas tramas urdidas por nuestros enemigos, nada habia que temer, pues que Luis Felipe estaba enterado de todo, y tanto él como la Inglaterra se hallaban decididos á oponerse con todo su poder para impedirles que pudiesen efectuar sus depravados intentos. Por eso deseaba el primero que se hiciese la intervencion en grande, y proponia á la Inglaterra que entrara en ella, pero esta contestó que no la creia por entonces necesaria; pero que la Francia podia hacerlo por sí sola, mirando la cuestion como de vecino á vecino, y que ella haria una demostracion por mar para quitar todo pretexto á los carlistas de que pudiesen decir que no trataba de apoyarla, y que la Francia sola estaba interesada en la lucha, y tengo para mí que hubiéramos venido á parar á este caso sin la resistencia heroica que han hecho vds., y la muerte que ha encontrado Zumalacárregui en esa, que ya le digo á vd. la miran estos gobiernos como la muerte de la faccion. Luis Felipe se va creando enemigos muchos y muy poderosos en la nacion francesa, y en París se habla ya abiertamente contra él por una porcion de medidas despóticas que va tomando, entre ellas contra algunos diarios, y aqui es muy delicado el tocar á la libertad de imprenta. Ha habido recientemente una conspiracion para asesinarle, y no seria extraño con-

cluyesen por verificarlo, pues los gefes de los republicanos han logrado entusiasmar hasta el fanatismo á una porcion de jóvenes y los han puesto en aptitud de acometer cualquier empresa por arriesgada y peligrosa que sea. Lo peor es que sus mismos amigos le van tambien abandonando, pues uno de los principales personajes de entre ellos fué llamado por él últimamente acerca del proceso monstruo y le dijo: cuento con la docilidad y la amistad de vd., yo era mas feliz siendo duque de Orleans que desde que me han puesto vds. en el trono. No le pido á vd. su voto en obsequio y defensa de mis intereses, pero los de la nacion toda están ligados con ellos y exigen de vd. el que me lo dé. El otro le contestó que su conciencia no le permitia votar una injusticia ó una cosa que á él asi le parecia. —Entonces, le dijo el rey, no conviene la presencia de vd. en la cámara.—Pues viajaré.—Bueno—y parece sacó el pasaporte. Tales ejemplares no pueden sino despopularizarle completamente. En este estado se hallan las cosas de este pais, y aunque Luis Felipe es un sagaz y profundo político, no sé si podrá conjurar una tempestad tan terrible como la que se está armando sobre su cabeza. Los republicanos son tenaces, atrevidos y de mucho talento, hablo de los gefes que los dirigen, quienes ademas son personas de un carácter respetable y adorados por las masas, cualidades todas para poder dar feliz cima á la empresa que han acometido. Están divididos en dos partidos: en el primero se hallan todos los hombres mas recomendables, que son los que dirigen el movimiento de las masas instruidas; y en el otro están los que quieren la ley agraria; pero en el estado de luces y de civilizacion en que se encuentra hoy la Francia, estos últimos no son temibles y tendrian que ceder á la opinion de la parte sensata de la nacion. Lo que les falta es una bandera, pues el gorro rojo es un objeto de horror en Francia, el bonete frigio ignoran la mayor parte de ellos lo que significa. La única divisa que hasta ahora hayan adoptado en tanto que se invente otra nueva es la de *Abas-Luis Philippe*.

»Acerca de Navarra corre hoy la voz como cosa indudable que el 16 hubo una grande accion en Mendigorria y otros puntos inmediatos entre nuestras tropas en número de diez y nueve mil hombres al mando de Córdoba, y la faccion compuesta de diez y nueve batallones al mando de Cár-

los y Eraso ó Moreno. El resultado ha sido brillante para nosotros; pues se dice que los facciosos han perdido por lo menos seiscientos hombres sin contar los que iban cayendo en la persecucion, y aun se añade que el 17 alcanzó Gurrea á tres batallones y los destrozó.

»Dicen que hoy ha salido de aqui el cónsul inglés para Pamplona, y que el objeto de su mision es hacer que los ingleses que, segun el último bando de Cárlos, están fuera de la ley como extranjeros, sean comprendidos en la estipulacion.»

### CATALUÑA.

INCREMENTO DE LAS PARTIDAS CARLISTAS.—  
ABATIMIENTO DE LOS LIBERALES.

#### LXIX.

La guerra presentaba en Cataluña el mismo aspecto en el principio de este año, que la de las Provincias Vascongadas en 1833.

Se reunen grandes partidas, corren á la desbandada, son batidas, se dispersan, se anulan; pero como si pasaran de un sobresalto, vuelven á reunirse individualmente, crecen los grupos, se forman partidas, engruesan, se agregan á la del mas osado ó de mas prestigio, y toman la ofensiva, para triunfar unas veces y verse otras derrotadas.

Pesada, por desnuda de interés, sería la narracion de tantos pequeños encuentros, de tan repetidas é insignificantes sorpresas, de tan continuas escaramuzas, que no tenían otro resultado que el de dejar sin vida alguna docena de hombres.

La activa persecucion que desde fines de 1834, como ya vimos, se hacia á los carlistas del principado, llegó á reducirlos casi á la nulidad al comenzar el año siguiente; pero ya fuese la confianza de las tropas, que apenas hallaban enemigos, ya el esfuerzo que los clubs carlistas hicieron, ó ya por ámbos motivos juntos, se ve en el segundo mes del año tomar nuevo incremento la guerra, y el vacío que dejaron los presentados á indulto, llenarse con briosos jóvenes, y muchas veces con los mismos indultados, que no hallando trabajo, preferían servir en unas filas indisciplinadas y con sus paisanos, que en las liberales.

Así vemos á Tristany en los primeros días de febrero, al frente de trescientos hombres, batirse con teson y retirarse con

orden; así le vemos descender á los valles, ejecutar sorpresas y sostener reñidos encuentros; así vemos aumentarse aquellas partidas, pasando de una veintena las que ya se contaban, mandándolas hombres nuevos y desconocidos, cuya mayor parte aparecian en la escena para morir en breve.

Algunos de estos gefes lograban organizar sus partidas y poner coto á los desórdenes, pero otros, como Grau (1), empezaban

(1) Don Pedro Grau, natural de Ceva, aunque hijo de una buena familia era un mal estudiante, cuando en 1834 cambió los libros por la espada. Empezó á levantar gente por la parte de Viladrau, y se llenó tanto de orgullo al verse mandando algun centenar de hombres, que ya no quiso obedecer á nadie. Burjó, comandante general á la sazón de la fuerza carlista de Cataluña, le pasaba órdenes, pero las despreciaba. Cuando las fuerzas de la reina abandonaron á Viladrau, entró triunfante en el pueblo, dió un convite á todos los oficiales, siendo uno de sus brindis decir en alta voz, «que si concluida la lucha, el rey no queria seguir sus consejos, él solo era capaz de hacerle la guerra.»

Desmandado para con sus gefes, y acostumbrado á una completa independencia, queria tambien supeditar al paisanage. Mil actos de vandalismo pudieran citarse, pero nos contentaremos con referir alguno.

Cuando los carlistas tenían apenas un momento de reposo, y no podían permanecer una hora en un pueblo, sin ser acosados por las tropas de la reina, Grau divagaba con su gente por las faldas de Monseny. Los dueños de las casas de campo de toda aquella comarca, fuese por miedo ó por simpatía, prestaban á su partida todo el apoyo posible; mas no atreviéndose á admitirle en sus casas por el temor que tenían de comprometerse, apenas sabían su aproximacion, mandaban uno de los criados para que le condujese á tal ó cual cueva, á donde le enviaban pan, carne, vino y dinero si lo necesitaba. Aquellos payeses manifestaban tal simpatía por Grau, que su celo le libró mil veces de ser cogido por sus enemigos. Apenas se vió con alguna fuerza, empezó á recorrer el país, y en todas partes era recibido con júbilo. El y todos los oficiales se sentaban en la mesa de los amos, y la tropa comía en seguida un abundante rancho, preparado algunas veces por las mismas dueñas: tan cierto es que nada hace á los hombres tan corteses como el miedo.

Tanta generosidad, tal afecto, hubiese inspirado en el corazón de todo hombre honrado un sentimiento de gratitud; pero sucedió lo contrario en Grau. Llamó un día á todos los propietarios de estas casas, que eran en número de siete ú ocho, y les impuso, al que menos, 100 duros de multa. Un pobre anciano de setenta y dos años, á quien exigía 700, se le arrodilló á los pies, jurándole que no tenía mas que 20 duros en casa; pero lejos de acce-

á ser conocidos por sus tropelías, y por estas y por su valor ó ferocidad, adquirieron una triste celebridad.

Los triunfos que iban obteniendo los carlistas, unidos á otras causas políticas, de que ya nos ocuparemos en su lugar, amortiguaban el espíritu liberal, y algunos pensaban mas en conspirar contra el gobierno que en batir á los enemigos, contribuyendo asi naturalmente á su poderío. Pero el peligro en que su crecimiento ponía á los liberales, y los escoses á que se entregaron los carlistas, pudieron reanimar algun tanto el espíritu público, á lo cual contribuyó no poco, al menos para regular algun tanto la guerra, el regreso de Llauder á Cataluña.

der, ordenó se le diesen setecientos palos. Afortunadamente para este anciano, su colono tuvo compasion de él, y suplicó á Grau respetase las canas y le llevase preso á él en lugar del amo; que si queria admitir 300 duros á cuenta, él los tenia y los daría de buena gana; lo que en efecto hizo, mandándole los restantes al cabo de tres dias.

Al poco tiempo de esto, impuso al pueblo de Tona una multa de 4,300 duros que debía satisfacerse dentro de tres dias. Viendo al cuarto que el pago no se habia efectuado todavía, sin hacerse cargo de la imposibilidad de encontrar pronto esta suma en un pueblo tan pequeño, llamó á Viladrau al ayuntamiento, y en medio de la plaza dió al alcalde y regidores tantos palos como duros les habia pedido, reteniéndoles presos, con la circunstancia de que si dentro de tres dias los 4,300 duros no se habian hecho efectivos, repetiría el castigo. Estos hechos llamaron la atencion de los gefes del ejército carlista, y á petición suya fué depuesto en 1836. Nombráronle jefe de distrito, y desde entonces no volvió á figurar. El conde de España le tuvo mucho tiempo preso, y al fin le confinó á la parte de Cande-  
navol.

Allí se hallaba en 1840, cuando arrastrado por la corriente emigró á Francia. Dos veces quiso penetrar en el principado á la cabeza de unos veinte hombres, y dos veces fué expulsado á los dos dias. Cuando la entrada de Castells, vino él tambien, y tuvo últimamente unos cien hombres. Este es un verdadero cabecilla, sino de derecho de hecho, pues no obedece á nadie, tan pronto anda por un lado como por otro. Posteriormente parece trataba de unirse á los Tristany, pero queria tomar el mando de las dos partidas, y estos no estaban dispuestos á cedérselo.

Cabrera fué el único, puede decirse, que se hizo obedecer completamente, tanto de Grau, como de la mayor parte de los cabecillas, acostumbrados al cosmopolitismo guerrero que siempre han observado los partidarios de Cataluña, al cual se presta la escabrosidad

Seguramente que sin la confianza ó inercia de los defensores de Isabel, no se levantarán los de don Carlos de la postracion en que quedaron al finalizar el año anterior.

VUELVE LLAUDER Á CATALUÑA. — ARRESTO DEL CÓNSUL DE CERDEÑA.

## LXX.

Llauder, después de una existencia borrascosa en el ministerio, y luchando hasta con sus mismos compañeros, fué derribado por la opinion pública, y volvió á Cataluña, aunque sin precederle aquel gran prestigio con que saliera, pues los acontecimientos de que habia sido teatro Madrid en enero, y mas que todo, el incremento que tomaban los carlistas en todas partes, contribuian á desprestigiar al ministro de la Guerra.

Así lo conoció el mismo Llauder, y como para dar una garantía á esa misma opinion que le era desfavorable, no esperó llegar á Barcelona para hablar á los catalanes, y en Lérida publicó la siguiente alocucion.

«Capitania general del ejército y principado de Cataluña.—Habitantes de Cataluña, é individuos del ejército y de la milicia urbana: vuelvo á este suelo para mí tan grato, á continuar al frente de vosotros para afirmar la paz y sosiego que disfrutais, conservando la pública tranquilidad.

» Graves eran las circunstancias cuando fui llamado á desempeñar el ministerio de la Guerra; ya os insinué que este delicado encargo era superior á mis fuerzas y conocimientos; pero la obediencia y gratitud á la mejor de las reinas, cuya confianza me honraba, decidieron mi marcha.

» Mi intencion era pura, y siempre arreglada á los principios que profeso, los cuales conoceis bien por mis obras en el mando de este principado; y mis deseos los mas decididos para mejorar el carácter de la sangrienta guerra civil en las provincias sublevadas, y cortar al fin aquel profundo cáncer. Sin embargo, aquella desconfianza de mí mismo con que subí al ministerio, me obligó á solicitar de S. M. la dimision, que logré obtener con bastante dificultad, en cuyo acto recibí nuevas pruebas de su real bondad y confianza.

» Vuelvo, pues, á unir mi suerte con la vuestra, cumpliendo la palabra que os di en mi despedida, para seguir combatiendo al fiero carlismo, unico y verdadero enemi-

go nuestro, que sabe presentarse bajo diferentes formas.

»No ha sido inútil mi corta permanencia en el ministerio. He tenido ocasion de experimentar la magnanimidad de S. M. la reina Gobernadora, su inagotable amor á los españoles, y conocer que es la princesa mas digna por sus virtudes de ejercer la autoridad real. La he interesado por la suerte de este precioso suelo, y está muy decidida por el bien de sus naturales, y llena de gratitud por los heroicos esfuerzos que aqui se han hecho por la sagrada causa de su augusta hija.

»Esta conviccion creo bastará para que aumentemos nuestros sacrificios hasta restablecer la paz en el reino, de que tanto necesitamos. El objeto de ellos ha de ser el trono de Isabel II, el Estatuto real, las libertades públicas que éste ha restablecido, y las leyes que en adelante se acuerden con la concurrencia de los poderes constituidos y la sancion real.

»Para la conservacion de estos caros y grandes objetos, únicos que pueden hacer nuestra felicidad, cuento con vuestra cooperacion y decidido valor. No dudeis de la mia, y de que en cualesquiera peligros, será el primero en arrostrarlos vuestro capitán general y compañero de armas. Lérida, 3 de febrero de 1835.—El marqués del Valle de Ribas.»

Siguió á Barcelona, y no dejó de asombrarle el estado en que halló los ánimos de los liberales, la osadía que vió en los carlistas y en sus agentes que minaban el espíritu público.

Uno de los que mas se distinguian, por contar con la impunidad que le daba su carácter diplomático, era el cónsul de Cerdeña, á quien envió arrestado á la ciudadela, pues su conducta le quitó el derecho á las consideraciones que hasta entonces se guardaran á su dignidad (1).

Pero ni estas prisiones, ni aun mayores castigos imponian á los carlistas ni se acababa así la guerra. Era en otra parte donde habia que combatirlos, en las montañas, y á ellas marchó Llauder.

(1) Arrestado por providencia del tribunal competente, fué á pocos dias puesto en libertad, y salió de Barcelona en virtud de real orden del ministro de Estado.

MAL SISTEMA DE LLAUDER.—HECHOS MILITARES.

## LXXI.

La milicia urbana, que era la base de las operaciones del ejército, y el agente mas eficaz, activo y decidido por la causa liberal, tuvo que ser necesariamente atendida por Llauder, y lo fué, aunque no á gusto de muchos que querian lo fuese mas. El reclutamiento de migueletes continuó estimulándole, y dispuso y adelantó la formacion de compañías de partido y de algunas otras fuerzas que fueron, á él y á sus sucesores, de bastante utilidad.

Atendió igualmente á las fortificaciones de muchos puntos, y no descuidó las principales líneas militares.

La del Segre se aseguraba desde la Seu de Urgel, con los puntos fortificados y armados del Plá, Orgañá, Nargó, Oliana, Pons, Camarasa y Balaguer. La del Llobregat, desde Pons á Calaf por Sanahuja, Torá y Biosca. La del alto Llobregat, por la Pobla de Lillet, Bagá, Serchs, Berga, Caseres, Puigreig, Balsereny, Sallent, Manresa, Monistrol, etc., y á semejanza de estas las otras líneas indicadas por la direccion de las cordilleras, el curso de los rios, ó la exigencia de las vias militares.

Útiles eran sin duda estos puntos fortificados; pero quiso hacer de ellos el núcleo de la guerra, y por atender á veces á una casa fuerte se abandonaba un pueblo, que era saqueado á la vista de la tropa, que tenia orden de no abandonar el fuerte. Así eran abandonadas las aldeas y pequeñas villas por sus habitantes; otras se mostraban por el temor ó las simpatías afectas á los carlistas, y el resultado de todo era el aumento de estos.

Llauder habia ya perdido su prestigio, y no inspiraba á los catalanes la confianza que anteriormente. Veian con dolor que se hacian sacrificios inmensos, y que los carlistas fomentaban: que los urbanos de Reus daban guarnicion á Horta, que dista quince leguas; los de Barcelona á Cervera y Manresa; los de San Andrés á Viladrau; los de Mataró á la Garriga, y así los de otros pueblos, y los resultados de un servicio tan gravoso, especialmente para los que no tenian otro recurso para sostener á su familia que un simple jornal, eran estériles. Pero no les disgustaba salir á campaña, sino el ir á encerrarse en un sitio aislado, en una casa mal fortifi-

cada, acechados siempre de enemigos, que, emboscados al regreso de los urbanos, les cazaban, pereciendo así los de Reus, Manresa y Camarasa, con los que cometieron las más inauditas crueldades.

El sistema de Llauder no podía ser más deplorable para la causa liberal, y á los que han defendido lo contrario les contestaremos con hechos.

De poco sirve que Tristany fuera desalojado de Sorba, precisándole á dispersarse, y que el gobernador de Berga por un lado y Van-Halen por otro salieran á su encuentro, cuando el uno vió frustrados sus intentos por la profunda oscuridad de la noche que facilitó á los cercados la evasión, y el otro solo consiguió que Boquica se separara de Tristany, cuya reunión no pudieron impedir antes. Siguen persiguiéndoles, y á pesar de los descabros que les causaron, según los partes oficiales, los documentos nos dicen que nuevas partidas de respetable fuerza se presentan en campaña.

Una de doscientos hombres va al portazgo de Siraña á tomar raciones; otra desarma al mismo tiempo á los urbanos de la Garriga; otra derrota á una de migueletes, teniendo que huir su comandante Bernoya con solo su asistente; y el 24 de febrero la del Ros de Eroles y Borges atacan á Oliana, y se hubiera rendido su guarnicion de tropa y urbanos, sin el socorro del general Varleta. Añádase á estos los pueblos que ocupaban y saqueaban, destacamentos de urbanos que sorprendian, y á los cuales degollaban sin piedad, y se comprenderá si era fecundo el descontento público, aquel mal estar que tuvo tan funestas consecuencias.

A pesar de lo mucho que se cuidaba Llauder de los deseos de los liberales, procurando reprimirlos, no pudo menos de alarmarle el terrible aspecto que tomaba la guerra, y desde Cardona se organizaron algunas partidas para que sirvieran de guías á las columnas destinadas á perseguir los dispersos y pequeños bandos, fortificó varios puntos, que era su tema favorito, y atendió algo más á la milicia urbana.

Pero no eran heroicos estos remedios, y las cosas continuaron en el mismo ser y estado que antes: los carlistas creciendo, el buen espíritu público liberal menguado.

La fortuna estaba entonces decididamente de parte de los carlistas en toda España.

De tan venturoso estado mucho tenían

que agradecer á los liberales, cuyas luchas intestinas eran la principal causa. Se cuidaban más de luchar mutuamente que de combatir al comun enemigo, y éste se aprovechó, aunque no como pudo hacerlo, de tan favorables circunstancias.

Los acontecimientos de que por entonces empezaba á ser teatro Cataluña, pertenecen á la parte política y en ella les trataremos con la debida estension.

## MAESTRAZGO,

ARAGON.—VALENCIA.—MURCIA.

LLEGADA DE CABRERA Á NAVARRA.—SU ENTREVISTA CON VILLEMUR Y CON DON CARLOS.  
—SU REGRESO.—PELIGROS.

### LXXII.

Dejamos á Cabrera caminando para Alloza, (1) donde halló bueno y seguro asilo y pacífico descanso, y prosiguió el 27 de enero su viage con dinero y pasaporte á nombre de Vicente Cortiella, y aumentada su compañía con una muger varonil, María la Albeitaresa, á cuya prudente reserva confió su vida. Cargaron en Hajar sus caballerías con jabon, fueron el 28 á pasar el Ebro por la barca de Velilla, y á los ocho dias entraron en Navarra, llegando á Zuñiga, que era el cuartel general carlista, el 9 de febrero.

En la noche del siguiente se avistó con el ministro Villemur, y le dirigió este discurso que se halla en su diario y en su biografía:

«Señor ministro: Al emprender con mi compañero este viage no hemos tenido otro objeto que poner en conocimiento del rey nuestro señor el estado afflictivo de sus defensores en Aragon y confines de Valencia y Cataluña. Dura y fuerte ha sido la persecucion que hemos sufrido en los últimos meses del año anterior, y crueles los medios de que se han valido los cristinos para esterminar el partido que defiende la legitimidad de España. Cerradas las masias y casas de campo, tapiadas las ermitas, prohibida la estraccion de toda clase de viveres de los pueblos bajo la última pena, que se aplica sin consideracion á categorías, de clase ni sexo, fortificadas las villas y aldeas, no tiene el partido realista otro abrigo que

(1) Véase, tomo I. pág. 207.

el de la inclemencia, ni otro conducto para buscarse la subsistencia que atacar algunos pueblos fortificados, y logrando encerrar las guarniciones dentro de los fuertes, apoderarse de los comestibles que hay en las casas de los vecinos pacíficos, para con ellos alimentar una vida tan penosa. Esto, unido á que los que caen en poder de los enemigos son fusilados, y si á alguno se le conceden momentos de existencia es para hacerle espirar en la puerta misma de su casa, de lo cual pudiéramos citar á V. E. muchos ejemplos, mientras nosotros por mucho tiempo enviábamos los prisioneros á sus casas, como lo hicimos con los aprehendidos cerca de Castellfort, Daroca, Castelloncillo y otros puntos, ha hecho decaer el ánimo de aquellos voluntarios defensores de la religion, del rey y de la patria. Tampoco se respetan los enfermos y heridos capturados en las cuevas y masías, degollando á los unos en las camas y á los otros quemándolos vivos, como lo ejecutó dos veces en los puertos de Beceite un gefe de la partida llamada del Oli, que desde Alcañiz hacia sus correrías á Beceite, asesinando á cuantos realistas cogia. — ¡Jesús! (esclamó Villemur) esto horroriza, y S. M. se conmovirá demasiado al saberlo. Pero siga vd. — Los padres, hijos, esposas, hermanos y hasta los remotos parientes de los llamados facciosos, son encarcelados unos y espulsados otros de sus domicilios, cuyas terribles medidas y las de enviarse á Ultramar á varios realistas, han hecho decaer hasta tal extremo la fuerza moral de nuestro partido, que la desconfianza impera en la mayor parte de los que con las armas en la mano le sostenian, escondiéndose hasta de sus amigos para buscar un asilo donde permanecer ocultos por miedo de ser descubiertos; y como en todos los partidos hay Judas, por desgracia en este los hay tambien, pues algunos han sido victimas por delaciones de sus mismos compañeros, mientras otros se presentaban á los indultos. En tal estado nadie alcanza un medio capaz de salvarnos, y esto me ha obligado á venir aqui para hacer presente que si fuese posible enviar una fuerza de estas provincias para que alentase el ánimo de aquel pais, que está en buen sentido, recobrarían los voluntarios su primitivo entusiasmo y se cimentaría una sólida organizacion. De otra suerte es imposible que ni el brigadier Carnicer ni nadie pueda progresar careciendo de medios, pues muchas veces contamos al anocheecer cuatro-

cientos ó quinientos hombres, y al amanecer, sin mediar otra causa que la persecucion revolucionaria, nos hallamos con una quinta ó sesta parte, y á veces con menos, teniendo que distraernos de las operaciones y perder el tiempo en recoger la gente. Si hubiese una fuerza que apoyase al gefe para impedir este abuso, el estado de nuestra causa tomaria otro aspecto en Aragon. En la actualidad, quizá y sin quizá, seria perjudicial adoptar medidas de rigor, pues la falta se reduce á mudar de gefe los voluntarios segun varia la persecucion, esto es, de Aragon pasan á Valencia, de Valencia á Cataluña, y así sucesivamente; y en estas correrías es cuando se causan á los pueblos males de consecuencias difíciles de preveer. Otro extremo hay tambien de mucha importancia, y es que en la division del brigadier Carnicer hemos usado un sistema de lenidad contrario al de rigor adoptado por los enemigos, y los voluntarios se quejan, pues dicen que si el enemigo los coge son fusilados, y nosotros lo hacemos al contrario dando libertad á los prisioneros, siendo así que en el pais que dominamos tenemos igual derecho que los otros, pues en las guerras civiles, como en todas, el que tiene la fuerza manda, y si los contrarios defienden á Isabel II nosotros defendemos á Carlos V, y no se nos puede considerar como salteadores ó ladrones, sino como defensores de unos principios políticos que para nosotros son los únicos que pueden hacer feliz á España, y como partidarios de una causa cuyo triunfo, si no es seguro es probable. Al hacer estas manifestaciones no tengo otro objeto que poner remedio á nuestros males en beneficio de la causa del rey, á la cual por conviccion y compromisos estamos intimamente unidos; y tanto yo como mi compañero venimos resueltos á prestar nuestros servicios en estas filas como simples voluntarios para que V. E. no crea que nos domina la ambicion, ya que en nuestro pais nos es tan contrario el éxito de nuestras fatigas y sufrimientos.»

Le repitió despues á don Carlos, que le hizo, y á García, algunas preguntas, y les despidió diciéndoles:

—Podeis retiraros: tomaré providencias; pero escribir una relacion circunstanciada de todo cuanto habeis manifestado, y presentadla al ministro.

A los cuatro ó cinco dias volvieron á ver á don Carlos y les dijo:

— Es preciso que volvais á Aragon, don-



de vuestros servicios serán de mas utilidad que aqui. Al efecto, Villemur os dará un pliego, que tú, Cabrera, pondrás en manos de Carnicer, pues interesa. Idos á preparar vuestro viage y el cielo os le conceda feliz.

Salieron el 18 con cartas para algunos sugetos de Zaragoza; pasaron dos dias en Sangüesa con pretesto de vender jabon y azáfran, y el 27 llegaron á Zaragoza, entrando Cabrera en la ciudad, y quedando García y la Albeitaresa en una casa de campo que fué de Villemur.

En ella volvieron á reunirse, y sin proporcionársele á Cabrera la ocasion que acechaba de robar algun caballo para huir mas pronto con él; siguieron los tres su viagé por el camino de Belchite y pernoctaron en una venta, en la que cenaron con bastantes arrieros, uno de los cuales miraba despues á Cabrera con atencion. Al hallarse éste solo con él, le preguntó:

—¿De dónde es vd.?

—De Montalvan, contestó.

—He observado, le añadió el carlista, que me ha mirado vd. mucho cuando estábamos sentados á la lumbre, y quisiera saber si vd. halla en mí alguna cosa de particular que llame la atencion.

—Toma ¿pues no he de mirar á vd. con atencion si le conozco? vd. es Cabrera.

Instantáneamente se lanzó sobre el arriero diciéndole:

—Chiton; si vd. habla, muere, vuélvase á la cocina, y siéntese allí como antes.

Encerróles luego á todos, amenazando con la muerte al que intentara salir: guardó la puerta como un centinela, relevándole García; y pensando en su situacion creyó lo mas prudente proseguir el viage hácia Belchite, de aqui á Lecera, donde descansaron dos dias en casa de una parienta de la Albeitaresa, y ya se contó seguro.

Alegróse aun mas al ver acudia al pueblo una partida de su gente; pero cuando mas entretenidos estaban con la relacion que Cabrera les hacia de su viage, fueron sorprendidos por una columna liberal, y tuvieron que romper por entre las filas para salvarse, á costa de alguna pérdida.

GUARIDAS DE LOS CARLISTAS. — ENCUENTROS.

### LXXIII.

El estado de los carlistas en el Maestrazgo al comenzar este año era mas triste que el de los de Cataluña. Menores las par-

tidas, no tenían el arrojo que las catalanas, ni valian tanto sus gefes, por lo general. Sus movimientos no eran tan osados, y de continuo se les veia en sus predilectas guaridas, que eran de Quilez los montes de Fornoles, Portellada y Alcañiz; de Torner los de Pauls y Fatarellas; de Miralles el barranco de la Estrella, y de Forcadell el de Villabona.

Alli, entre aquellas breñas estaba su cuartel general, sus depósitos, sus hospitales; alli se guarecian despues de sus escursiones á los pueblos pequeños que sorprendian, y saqueaban, é iban á esconder en ellas su presa; alli era donde fraguaban sus emboscadas y sorpresas, y á donde se refugiaban eludiendo la persecucion de las columnas liberales.

Sabian estas que alli se ocultaban; pero era casi imposible apresarles, y se acordó aumentar los puntos fortificados en las inmediaciones de sus escondrijos, para poner coto á las correrías de aquellas bandas que molestaban impunemente á los pueblos. Fortificóse por de pronto á Chiprana, Maella, Mazaleon y Valdetona, y se activó el armamento de la milicia urbana que seguia preslando importantes servicios.

Sin dejar pasara el rigor del invierno, comenzaron las operaciones, y vemos ya el 12 del primer mes, sorprendiendo y dispersando Forcadell á un destacamento que subia por el barranco de Villabona, y el 2 de febrero combatiendo con una partida de miliones de Zaragoza, y dispersándolos despues de un reñido combate.

Carnicer y Desy se encontraron el 19 en las cercanias de Portellada, y se batieron con bizarría. El carlista ponderó el valor de los carabineros, y el liberal el de sus enemigos que cargaron á la desesperada. Uno y otro lamentaron pérdidas; pero no están de acuerdo las que refiere Desy con las que dice el parte de Carnicer su contrario.

A todos estos encuentros superó la emboscada que el 25 preparó Forcadell en el barranco de Villabona á una partida liberal que dispersó con pérdida de 50 muertos y un rico botin, perdiendo los carlistas un hombre.

Estos hechos alarmaron justamente á las autoridades de la reina, que activaron la persecucion, obligando á Forcadell á correrse á la parte de Benifasá. Sorprende en los primeros dias de marzo á Canet; se repliega la guarnicion en el fuerte, recoge el carlista en el interin viveres y cuanto hubo á la mano, y deja un rastro de fuego en su reti-

rada, quemando las puertas de la villa.

Entró en Chert á los pocos dias y tambien se apoderó de abundantes provisiones, yendo á esconderlas presuroso en la escabrosidad de los montes, donde no pueden alcanzarle sus perseguidores.

Esta, con corta diferencia, era la historia de todas las partidas carlistas. Derrotadas unas veces, vencedoras otras, siempre estaban en continuo movimiento, y cuando no eran perseguidas, corrian á efectuar alguna sorpresa.

Asi se hacian aguerridos aquellos paisanos que jamás manejaran un fusil, y aprendian el ejercicio combatiendo y se hacian soldados en el campo de batalla.

La llegada de Cabrera lo hizo variar todo.

RECONOCIMIENTO DE CABRERA COMO JEFE DE LOS CARLISTAS DEL BAJO ARAGON.—VIAGE Y MUERTE DE CARNICER.—INCLUPACIONES Á CABRERA.

#### LXXIV.

Cabrera, impaciente, corria de pueblo en pueblo en busca de Carnicer; le incomodaba no hallarle, y mas su situacion, sin dinero y sin gente. Al fin supo el 7 de marzo en Ladriñan que le veria; y al dia siguiente, á pesar de una nevada abundante, le salió al encuentro y se abrazaron entre Ladriñan y Villarluengo.

Le entregó los pliegos, y le dijo Carnicer:

«Manda S. M. que entregue el mando al gefe de mas graduacion, y que me presente en Navarra á recibir sus soberanas instrucciones.» Mañana será vd. dado á reconocer como gefe accidental de todas las fuerzas que operan en el bajo Aragon y confines de Valencia y Cataluña.

Asi se efectuó al dia siguiente, y se comunicó á todos en la órden general que lleva la fecha de 9 de marzo, y firma Carnicer como brigadier comandante general interino.

Este no pensó ya en otra cosa que en preparar su viage. Ya que no quiso molestar á la Albeitaresa, consiguió le acompañara su antiguo compañero Garcia, que tan útil fué á Cabrera, y abrazándose á éste, partieron juntos, bien ageno el desgraciado Carnicer de que iba á encontrar la muerte.

Marchó disfrazado de arriero, y en el puente de Miranda de Ebro, fué conocido y

apresado, y fusilado el 6 de abril, llorando sus amigos su pérdida; porque entre todos los partidarios del Maestrazgo, se distinguia por su caballerosidad, siendo de los pocos que no eran crueles ensangrentándose con los vencidos.

De su muerte culparon muchos á Cabrera; en vista de tan grave inculpacion, debemos manifestar lo que sus acusadores y su mas autorizado defensor esponen, y el público sea juez. La historia no puede juzgar sin pruebas; pero puede acusar por indicios, por convicciones, y la inocencia de Cabrera no se ve muy clara en este importante asunto.

«La opinion pública (1) y cuantos sirvieron á las órdenes de aquel (Carnicer), señalaron á Cabrera como su asesino. Carnicer, carlista tolerante, y Cabrera, apostólico foribundo: Carnicer, valiente, pero humano; Cabrera, sanguinario y feroz: Carnicer que no desenvainaba su espada sino en el campo, y Cabrera que se gozaba en ensangrentarla con los rendidos. El primero gefe rígido y disciplinista, y el segundo subalterno discolo, no podian ser amigos. El que denostó la conducta y disposiciones de su gefe en la accion de Mayals: el que se sublevó en Castejoncillo porque no eran fusilados todos los prisioneros, aun despues de haber recabado que lo fueran los nueve nacionales y soldados que se defendieron en una casa: el que en público y en particular prometia á sus compañeros ascensos y proteccion para el dia de su mando: el que habló tan mal de Gomez á la vista de Requena y en Villarrobledo, hasta que se le desertó en Estremadura: el que conspiró contra Quilez vencedor en Terrer, en las Cabrillas y en Bañon: el que persiguió de muerte á Cabañero que le ofreció la entrada y posesion de Cantavieja, despues de haberle buscado en Almazán y llevádole herido á sus guaridas, no ha debido luego estrañar que se le señalara entre sus enemigos y parciales como el pérfido traidor que vendió á Carnicer, avisando á las autoridades del gobierno la ruta que llevaba á Navarra y el disfraz con que se encubria. Conocemos, es muy amigo nuestro, el alcalde que dió estas noticias á Teruel y Zaragoza; y si bien no hemos querido, ni intentado siquiera arrancarle este secreto, por que conocemos

(1) Historia de la guerra última en Aragon y Vizcaya por los señores Cabello, Santa Cruz, y Temprado.

su probidad, sabemos que la recibió del pueblo de Palomar el mismo día que estaba en él Cabrera. Sería infundada la creencia, sería una impostura, pero entre los facciosos, creció hasta el punto de prohibirse hablar de tal suceso. Hallándose Cabrera en Camarillas el 16 de febrero de 1836, á la misma hora que su madre era fusilada en Tortosa, fusilaba él á Cristóbaló Sevil Salvo, de Alcorisa, hermano de uno de los que acompañaban á Carnicer, porque tuvo la indiscrecion de decir que éste habia sido vendido por Cabrera. Tal rigor produjo, como era natural, el efecto contrario que queria; pues aunque pretestó que lo fusilaba por otras causas, como sus soldados sabian que eran falsas, se afirmaron mas en la sospecha, que dificilmente podrán desvanecer los parciales y admiradores de este cabecilla.

»El traje á Carnicer la orden de Carlos V para que se presentara en Navarra, y á pretesto de que los capitanes Salvo y García conocian el terreno, particularmente el último que acababa de llegar con él de aquella provincia, le aconsejó que le acompañase. Tendrian ó no parte estos dos capitanes en la prision de Carnicer, pero es lo cierto que á pesar de no darse un cuartel en Navarra, porque no se habia ajustado el tratado de Elliot, no fueron fusilados como su gefe, y por el contrario cangeados muy pronto. Esta calumnia, si realmente lo es, debia ser rechazada por Cabrera de todas maneras y en cualquier lance y posicion; y sin embargo que Cabañero se la echó en cara delante de muchas personas en la Iglesia, la sufrió muy resignadamente sin acordarse que ceñia una espada.

»Cabrera temia siempre las asechanzas de sus émulos, y cuando pernoctaba en los montes cambiaba el sitio que habia elegido para dormir despues que los demas estaban acostados; y habiendo dispuesto una noche en los términos de Alarcón que un soldado se echase en la cama que los demas creian era para él, este soldado fué asesinado de un pistoletazo. Cabrera estaba esta noche en el campamento. Como este hecho, por feo y repugnante que sea, no hace falta en la historia del Tigre tortosino no queremos gastar mas tiempo en reflexiones que lo agravarian. Basta á nuestro propósito haber dicho lo que se pensó en el pais y entre los facciosos.»

Córdoba, en la vida de Cabrera dice lo siguiente:

«Mientras en el campo de Cabrera tenian

lugar los sucesos hasta aqui mencionados, Carnicer disfrazado de arriero seguia su viage á Navarra; y es preciso consignar aqui, algunas particularidades de este viage, por haberse dicho que Cabrera envió un anónimo á las autoridades de la reina denunciando el itinerario y el disfráz de Carnicer. Aunque no se ha dado ninguna prueba de esta imputacion, y siempre se ha calificado de simple sospecha, existen datos (1) y razones que demuestran la inexactitud de un hecho tan vil y horroroso que haria abominable la memoria de Cabrera aun á sus mas ciegos partidarios y admiradores. Dos motivos podian obligarle á cometer esta alevosía, la ambicion ó la venganza. Si ha visto ya que Carnicer le invitó desde su principio con el mando y lo rehuyó; que Cabrera gozaba en el campo carlista mas prestigio y ascendiente que los demas gefes, y sin embargo, no se valió de estos elementos para sobreponerse á Carnicer; y que en la junta de Villarroya se mostró dispuesto á resignar su comandancia accidental en la persona que la misma junta nombra. Tampoco podia tener Cabrera el menor resentimiento con Carnicer. Era este su amigo predilecto, le honraba con su confianza, le distinguia entre todos y acababa de darle una prueba de singular aprecio prefiriéndole á los coroneles mas antiguos. Esto bastaria para probar que ni la ambicion, ni la venganza, ni otra pasion innoble, podian inducirle á proceder tan villanamente con Carnicer, y envolver en su suerte al fiel García que le acompañaba. La captura de Carnicer, fué ocasionada tan solo por su poca prevision ó por su infausta suerte. Mas de veinte personas vieron como salia de Ariño acompañado de García, Sevil, Manero y Pedro Ibañez: en el camino encontraron á seis arrieros del mismo pueblo, é Ibañez se detuvo á hablar con uno de ellos; cerca de Ateca, dijo Hdefonso Oroz á García que habia conocido á Carnicer. Particularidades son estas que unidas á las que espresa el documento número 13, demuestran que no era un secreto el viage de Carnicer, y quizás indican la persona que le delató... Su muerte, aunque sentida en el mando de Cabrera, renovó la comprimida ambicion de Quilez y las esperanzas de algun otro gefe.»

Por último, en una carta, que es para nosotros un testimonio respetable por la ca-

(1) Véase documento número 45.

tegoria de la persona, á la cual conocemos, y por los motivos que entonces tenia para saber todo lo que en el Maestrazgo pasaba, leemos este párrafo notable.

«Cabrerá fué portador de la órden del Pretendiente para que Carnicer se presentase en Navarra, y Cabrera la anunció con encargo del secreto á varias personas relacionadas con el capitán Desy y conmigo, y tanto *aquel como yo*, trasladamos la noticia al capitán general de Aragón en el momento que la supimos; cuya autoridad envió requisitorias á derecha é izquierda del Ebro, espresando el gran lunar que Carnicer tenia en un carrillo, y en su consecuencia fué conocido y capturado al paso de dicho río por Miranda.»

Podemos, pues, decir que, Cabrera, si no directa fué indirectamente la causa de la muerte de Carnicer. Sino hubo mala voluntad, hubo indiscrecion, imprudencia, y cuando Cabrera tenia motivos de saber lo que importaba el secreto, debió sepultarlo en su corazón.

El viage de Carnicer estaba rodeado de peligros: la muerte le acechaba en todas partes; y la mas leve insinuacion era su fatal sentencia.

En cuanto á García creemos no tuviera la menor parte.

CABRERA EN CAMPAÑA.—JUNTA DE GEFES.—OPERACIONES.—ACCION DE ALLOZA.

## LXXV.

El esclusivo mando de Cabrera iba á cambiar totalmente el aspecto de la guerra en el Oriente de España. Para los carlistas comenzaba una época de prosperidad, de ventura; para los liberales de esterminio. Combates, crueldades, horrores, iban á llenar las páginas de la historia, iban á hacer de ella un libro sangriento.

A la cabeza de veinte infantes y siete caballos se encuentra Cabrera en Ladríñan, y como nada podia emprender con tan poca gente, oficia á Quilez, Forcadell, Miralles y Torner para que se le reunan el 17 de marzo en la ermita de San Cristobal de Hervés, marchando él en el interin á los puertos á recoger los dispersos y escondidos, y procurar por cuantos medios estaban á su alcance no hacer ilusorio su mando, como lo seria sino tuviera hombres que le obedecieran.

Sus esfuerzos lograron reunir algunos

infantes mas y caballos, y pudo contar ochenta de los primeros y diez y seis de los segundos.

El dia señalado acudieron á la cita todos los gefes menos Miralles, y formando un cuerpo con estas partidas del Maestrazgo, salió Cabrera á campaña al frente de una columna de doscientos cuarenta infantes y treinta caballos.

El 19 se avistó en Tronchon con el infatigable Noguerras, su temido y constante perseguidor: cambiaron algunos tiros las guerrillas, y se dice que algunas palabras los gefes, y se retiraron por la noche, el liberal hácia Cantavieja, el carlista á Mirambel, y de aqui contramarchó con direccion á Zurita, y por Hervés á Fortanete, Tolodella, Mirambel y Mosqueruela.

En estos movimientos tuvo ocasion de comprender que ya existian rivalidades en su campo, pues Quilez llevaba á mal verse mandado por quien no era ni tan militar, ni tan antiguo como él; comprendió ademas que aquellas marchas no eran muy acertadas, y que la campaña iba á ser mas de azares que de combinaciones.

Cabrera para acallar murmuraciones que podrian perjudicarle, apeló á un medio justo. Reunió á los gefes y oficiales y les dijo, que se necesitaba la union de todos para obrar con éxito, y prestar al superior la debida obediencia. «Yo acabo de llegar de Navarra, añadia, y estoy conforme con la opinion de los gefes de aquel país respecto á que los mismos enemigos nos proporcionarán el triunfo si marchamos unidos. Los inhumanos asesinatos de los religiosos en la córte y otras partes, la sublevacion de la fuerza armada en la casa de Correos de Madrid, las sesiones de los Estamentos, los articulos de los periódicos, y otros sucesos que vds. saben como yo, (y los que aun nos faltan ver) descubren la desunion de los cristinos y sus tendencias. Esto aumenta el número de los partidarios del rey, que desmayarian si nosotros estuviésemos desunidos. Yo por mi parte abandoné mi casa, familia y estado, no por sobresalir en el mando, sino por el deber que tiene todo español de defender los derechos de la patria y del rey. No dudo que iguales sentimientos han conducido á vds. á estas filas, y que mirarán con madurez las circunstancias del momento, los males que se han seguido por haber cada uno obrado á su antojo, y la necesidad en que nos hallamos de obrar de distinto modo, tanto para la manutencion,

cuidado y conservacion de la fuerza, cuanto para escarmentar y batir al enemigo, pues aunque victoriosos en escaramuzas y hechos parciales, no hemos conseguido ventajas mas decisivas por nuestra desunion; y como la guerra va tomando un carácter de duracion mayor de lo que creiamos en un principio, repito, señores, que es menester marchar acordes y obedecer al que nos mande. Si vds. quieren esponer alguna razon contraria á estas ideas, pueden hacerlo con la mas ámplia libertad.»

Todos unánimes reconocieron por gefe á Cabrera, y Quilez «devoró en silencio su pesar y su envidia.» Envióle luego Cabrera á recorrer las márgenes del Guadalupe para adquirir dinero, calzado y raciones, y con el mismo objeto marchó el gefe hácia Miravete.

Quilez, despues de un encuentro en el que se batió su gente con extraordinaria valentia, haciendo uso de la bayoneta, terminó su expedicion, uniéndose á Cabrera en Enjulbe, donde manifestó que necesitaba descanso para restablecer su salud: se le concedió, y sus soldados se agregaron á los de Cabrera, quien por Alloza marchó á Chillen.

Antes, el 6, atacaron algunas partidas á Rafales; y su guarnicion de urbanos de Aloy, rechazó valiente á sus enemigos.

Cabrera, con mas ó menos gente, operaba sin descanso, y se vió mas de una vez en inminente peligro por fiarse de su valor; y á él, y á su serenidad debió en esta ocasion la vida, pues quedándose solo á retaguardia de su huerte fué alcanzado por un teniente de carabineros que al descargarle una cuchillada se vieron ginete y caballo envueltos en la capa de Cabrera, que éste le echó, y cayeron ambos al suelo.

Arrojado hasta la temeridad, espuso cien veces su vida y otras tantas salió ileso.

Despues de incorporada á su gente la de Quilez, revistó unos cuatrocientos infantes y treinta caballos, y preparándolos para el combate siguió sus operaciones. El 23 de abril hallándose en Alloza se avistó con Noguerras, que siempre le iba al encuentro, y le puso en la necesidad de tener que batirse.

La situacion era critica para Cabrera: lo conoció asi, y dijo á los suyos:

—Morir por morir que nos maten fuera de aqui. ¿Me seguireis, muchachos?

—Sí, don Ramon, hasta la muerte.

—Bien: el lance es crítico, ya lo veis; pero en la union consiste la fuerza. Tened ánimo y serenidad. Yo os aseguro que si me obedecéis, saldremos de este conflicto. Adelante: ¡viva el rey! ¡viva la patria! ¡viva la union!

Despues de tan original y notable preámbulo, divide y ordena su tropa: va él con la guerrilla, y descenden á la llanura.

Noguerras avanza tambien con los suyos, y tambien les dice:

—Corage y alegraos: hoy vamos á tener la gloria de acabar con la faccion de Cabrera.

Y dirigiéndose en alta voz á los carlistas añadió:

—No huyais, miserables, vuestra hora ha llegado: deponed esas armas y no corrais á vuestra perdicion.

Carga impetuosamente la caballería liberal, y la infantería carlista la recibe con una descarga á quema-ropa, que la desconcertó. La ordena Noguerras y repiten la carga, son nuevamente rechazados, y nuevamente cargan estimulados aquellos aterrados ginetes por el heroismo de sus gefes, esponiéndose todos hasta el punto que el caballo de Noguerras fué herido en la tercera carga.

Los carlistas no pudieron resistir tal impetuosidad, tal ardimiento, y emprendieron ordenadamente su retirada á posesionarse de la sierra de Arcos, donde volvieron á ser atacados á pesar del sostenido y horroso fuego que por todas partes hacian á los soldados de la reina, retirándose de posicion en posicion hasta la llegada de la noche, que puso término á una accion tan obstinada y en la que no sabemos que celebraran mas, si la bizarria de los que acometieron ó la intrepidez de los que resistian, siendo en menor número. Unos y otros eran españoles: ambos valientes: de todos se derramó sangre.

Nada puede dar idea mas aproximada del comportamiento de los carlistas en aquella accion, como este parte de Noguerras, que fué interceptado.

«Comandancia general del Bajo Aragon.—Excmo. Sr.: En los campos de Alloza he dado alcance á la faccion reunida de Cabrera, Quilez y Forner en número de cuatrocientos á cuatrocientos cincuenta infantes y algunos caballos: el dia mas á propósito para concluir la faccion ha sido este; pero no es creible que Cabrera ni los suyos sean hombres: jamás he visto mas decision,

valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleon hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano de cuatro horas con tanto orden. Lejos de obtener ninguna ventaja de las que creia, no he observado sino el desmayo de la tropa que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que han opuesto un puñado de hombres dignos de defender mejor causa. Si á Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer á la causa de la libertad: debe el gobierno tomar medidas fuertes y enérgicas para destruirle, pues de lo contrario aquel con el prestigio y arrojado valor, tiene alucinada su gente, y llena de confianza, asi como los pueblos. Tenemos que lamentar la pérdida del bravo coronel Zabala, que ha dejado su honor bien puesto y el de las armas. Mandaré á V. E. el parte circunstanciado de la victoria en este dia para que haga de él los usos que estime convenientes. — Dios, etc. — Alloza 23 de abril de 1835. — Excmo. Sr. — Agustin Noguerras. — Excmo. Sr. capitán general de este reino. »

Noguerras comprendió que se las habia con un enemigo fuerte, temible, que iba aprendiendo á ser militar en los combates y mandaba una tropa subordinada y brava.

Los carlistas se lisongearon con su poder: conocieron que eran fuertes: que siendo inferiores á sus enemigos, no eran vencidos, y que cuando tan bien resistian, vencerian alguna vez (1).

(1) Son dignos de referirse los siguientes pormenores que sobre la accion de Alloza, describe el señor Córdoba en la vida de Cabrera.

«Obligados los carlistas, dice, á guardar en su retirada una formacion compacta, atormentados por la sed y el hambre, rendidos de fatiga despues de seis horas de combate, empezaron á desmayar y quedarse rezagados. En vano Cabrera les alentaba con sus palabras y con su ejemplo, marchando á pie y recorriendo las filas. Un cuarto de legua faltaba apenas para llegar al término de la llanura y salir del peligro: sin embargo, aquellos hombres habian agotado sus fuerzas, necesitaban descansar y cobrar aliento; tocaban casi con las manos el lugar de su refugio, y les era imposible dar un paso. Sufrian el suplicio de Tántalo. «Por Dios, don Ramon, sálvenos vd.; ya no podemos mas; necesitamos un momento de descanso, aunque nos mate el enemigo aqui.» Efectivamente, la caballeria de Noguerras iba á darles alcance: su infanteria, cansada tambien, seguia á bastante distancia, y lo que importaba era evitar una carga. «Alto, muchachos, á descansar.» dijo Cabrera de repente. Esta voz tan desea-

ESCARAMUZAS. — BANDOS. — MOSQUERUELA Y CASPE.

## LXXVI.

En el dia siguiente y los sucesivos sostuvo Cabrera otros encuentros con mas ó menos fortuna. De todas partes acudian

de fué oida con asombro: dudaban los carlistas si era una ilusion ó un ensueño, y nadie hizo alto. Sucediales lo que á algunos hidrófobos, que atormentados por la sed piden agua, y al dársela rechazan el vaso para no beber la muerte. «Alto he dicho, repitió Cabrera, sentaos y descansad hasta nueva orden.» Todos obedecieron. Entonces Cabrera, con objeto de ganar tiempo, esperó á su rival, y le invitó á un combate particular, lo que sin duda no comprendió, pues la contestacion fué dirigirse con la caballeria á dar una carga á los carlistas. Advertido por Cabrera este movimiento se volvió á los suyos diciéndoles: «Arriba, compañeros, hagamos el último esfuerzo, y si morimos sea con valor. Vuestra suerte será la mia. Aguardad á pie firme y cuando yo os mande fuego, disparad.» Al llegar la caballeria de Noguerras á veinte pasos de los carlistas se oyó la voz de fuego, y una descarga mortífera resonó en los campos de Alloza. El caballo de Noguerras cayó atravesado de un balazo y dió en el suelo con su ginete. Difundiése la alarma, y volvió grupa la caballeria dejando algunos hombres y caballos muertos y heridos. Este accidente reanimó á los carlistas, que tuvieron tiempo para ganar la montaña, donde no podian ser hostilizados por la caballeria: la infanteria marchaba aun á bastante distancia. Cabrera tomó las posiciones que creyó mas ventajosas, é hizo sentar á su gente para que descansase hasta la llegada del enemigo. Formó Noguerras al pie de la montaña, y sin esperar Cabrera el ataque mandó á su asistente que le trajese una lanza y la maleta. Abrióla, y sacando una bandera la colocó en la punta de la lanza, y descendió solo hasta llegar á cuarenta pasos del gefe cristino. «Tú no has aceptado (le dijo) mi convite, ni has visto llegar la hora de nuestra destruccion, como decias: si tanto la descas, nueva ocasion te se presenta; ven á buscar esta bandera, aqui te aguardo.» Entonces Noguerras ordenó que Zabala con algunas fuerzas de infanteria atacase la izquierda de los carlistas, mientras él secundaba este movimiento por el centro y derecha. Era el fuego horroroso, violento el ataque y obstinada la resistencia. El bravo y bizarro Zabala (son palabras del parte de Cabrera) murió á la cabeza de su tropa, y es constante (continúa) que si el denuedo de este arrojado oficial hubiera sido imitado, segura tenia la victoria. Tambien recomienda Cabrera el valor de don Manuel Añon, coronel carlista, que al frente de veinte y tres malos caballos fué apoyando uno de los flancos, batiéndose cuantas veces cargó la caballeria enemiga.»

fuerzas contra él, hasta el punto de hostigarle de tal modo, que se vió precisado ha hacer marchar un rebaño de ovejas en pos de sus tropas para confundir las huellas, y desorientar así á sus perseguidores, que carecían de espías, ó no eran tan activos y exactos como los de los carlistas.

Interesándole mas entonces á Cabrera, engrosar su gente que batirse, marchó acosado á los puertos de Beceite. Torner fué á los de Arnés y Prat de Compte, hasta nueva orden de Cabrera.

Esta diseminacion de fuerzas fué fatal para los carlistas, porque eran batidos en detall. Lo fué Miralles el 28 en el barranco de la Estrella por Buil con pérdida de algunos muertos y dos prisioneros que fueron fusilados, y Forcade l fué tambien batido despues, y Torner atacó los fuertes de Arnés y Pinell sin resultado. Castigados en todos los encuentros, los evitaban con las columnas de la reina, y se dedicaron á sacar gente y recursos de los pueblos. Tanta fueron sacando que el capitán general de Aragon, don Antonio Maria Alvarez, publicó un bando en 30 de abril, en el que manifestando sus deseos de extinguir la rebelion y reprimir sus consecuencias con medidas que, aunque opuestas á su carácter, veía en ellas principios de justicia y severidad para contener á unos y reanimar á otros, mandaba, en uso de las facultades extraordinarias con que se hallaba revestido que, por cada individuo de los pueblos de aquel reino que se hallara entre los carlistas se exigieran 320 reales mensuales de multa desde el 15 de mayo en adelante, y hasta que constara haber sido aprehendido, presentado ó muerto: que los ayuntamientos harian efectiva dicha cantidad de los bienes de los rebeldes, sus familias y parientes inmediatos: que en el caso de que no los tuvieran, se hicieran efectivas por repartimiento entre el vecindario, con escepcion de los individuos de la milicia urbana voluntaria y terratenientes forasteros; respondiendo los ayuntamientos con sus personas y bienes mancomunadamente del puntual cumplimiento de estas disposiciones: que el producto de tales multas se aplicara por mitad al armamento de los cuerpos francos y de la milicia; que cesaria la multa en el momento que se presentaran los causantes de ella, y se redimiria la responsabilidad subsidiaria del vecindario por la captura de prófugos, desertores y facciosos, guardando proporción con el número de emigrados

rebeldes, y se tendrian en consideracion para exonerar á los pueblos de esta carga y responsabilidad, los servicios señalados que hiciesen y hubiesen hecho; que los que se presentaran en el término de treinta dias, quedaban indultados, sin perjuicio de que la multa impuesta se realizara desde el dia señalado, y por último, que los ayuntamientos formarian relaciones nominales de todos los que hubieran emigrado á los carlistas, pasando una al gobernador civil y otra al capitán general, quedando responsables mancomunadamente, incluso el secretario, al cumplimiento, y sujetos al duplo de la pena en caso de ocultacion.

En un segundo bando prohibia la extraccion y conduccion para Navarra de salitre, alpargatas, suela y zapatos por otro punto que el de Tudela, declarando tales géneros contrabando de guerra.

Los reveses sufridos por los carlistas, y las providencias que contra ellos se adoptaban, obligaron á Cabrera á reunir todas las partidas, y las convocó para el 12 de mayo en la masía de Cardona, término de Vallibona. Aquí se unieron á su gefe, Quilez, Torner, Forcadell y Añon, formándose un total de novecientos hombres, que los condujo Cabrera á la plana de Valencia, llegando el 14 á las cercanias de Mosqueruela, guarnecida á la sazón por la columna liberal de Decref y Buil, que se hallaba de paso para Villafranca.

Ocuparon los carlistas las alturas inmediatas, y aunque menores en fuerza los liberales, les atacaron briosos, y se sostuvo por algun tiempo la accion. Cabrera retiró su gente hácia Linares y Aliaga, y Decref y Buil, volvieron con la suya al pueblo, no atreviéndose á perseguir á los enemigos que aseguraban su retirada por los montes. Unos veinte muertos y doble número de heridos fué la pérdida de ambos contendientes.

Descendiendo Cabrera por la parte de Maella y Favara, proyectó sorprender á Caspe, asentada en la inmediacion del Ebro y Guadalupe, á catorce leguas de Zaragoza, con siete mil quinientas almas, envidiable riqueza, fama histórica por su célebre compromiso en el siglo XV, y á la sazón decididamente liberal.

Cae sobre ella al amanecer del 23 de mayo y logra sorprender un puesto avanzado; pero le acometen los liberales y despaes de una valiente escaramuza, logra apoderarse de algunas calles del pueblo, cuyas casas son saqueadas, y fusila á cua-

tro ó cinco nacionales que hizo prisioneros.

El aviso de la llegada de Nogueras, terrible sombra de Cabrera, le hace retirarse y dirigirse á los puertos de Beceite. En esta persecucion cortó Nogueras una guerrilla de seis individuos, que fueron fusilados en represalia de los urbanos de Caspe.

Serrador, que marchara con anterioridad á la parte de Benasal, para distraer la atencion de las columnas de la reina, llegó á la masía del Capuchino, donde fué sorprendido por Buil que le iba á los alcances, y completamente dispersado; contribuyendo á este hecho los urbanos de Benasal.

Quilez con su partida marchó desde Caspe al Comun de Huesa.

El hecho de Caspe alarmó justamente en Zaragoza, bastante agitada de por sí, á causa de las escenas que en ella habian tenido lugar. Las autoridades veian comprometida su dignidad, y la tranquilidad pública peligraba. El capitán general, para asegurar la calma y llamar la atencion hacia un objeto patriótico y digno, publicó un nuevo bando el 26 de mayo, en el que manifestando estar de acuerdo con sus subordinados, les estimulaba á enarbolar el pendón de guerra contra la rebelion y marchar á Navarra para aterrar á los carlistas á costa de sacrificios, adquiriendo glorias que sostuvieran el trono y la libertad. En uso, pues, de sus facultades invitaba y convocaba á un armamento, señalando la villa de Mallen por punto de reunion. A él citaba todos los patriotas que quisieran empuñar las armas ó acudir á este llamamiento con las que les habia confiado la patria. Desde el 8 de junio próximo, advertia, se encontrarían en aquel parage los gefes y oficiales necesarios para el alistamiento y movilizacion. «Aragoneses, terminaba diciéndoles, si vuestros votos y los míos se cumplen muy en breve, los campos de Mallen harán resonar las voces del entusiasmo por la patria; allí cuando desnudemos el temido acero de los libres para vengar la inocencia, será lícito á los valientes aclamar sus pendones, lanzando el grito de muerte contra el fanatismo: fuera de este caso y á la sombra de nuestros hogares las aclamaciones, tanto como las voces de proserpcion, son un vano y estéril desahogo que sin amedrentar á los contrarios producen tan solo el triste resultado de conmover los ánimos y aterrar las almas débiles ó tranquilas. No temo que entre vosotros puedan prevalecer los bullicios de la anarquía que celebraría como un

triunfo el carlismo, dándonos por consecuencia males sin término, luto y desolacion; pero si por desgracia os viese inclinados á dejaros seducir por los que estravian la opinion para sembrar las revueltas, medrar á su sombra ó saciar sus resentimientos privados, me contentaría con deciros, al frente se encuentra el enemigo: allí se clavan las bayonetas: solo en el campo se enardecen los valientes: de pasiones innobles es atacar al enemigo inerme ó teñirse en sangre de seres desgraciados.»

Este lenguaje no podia menos de ser atendido por los aragoneses; pero las ocurrencias políticas le hacian estéril. Entonces solo se pensaba en desórdenes, y la llegada de los carlistas á Caspe, y aunque fuera á las puertas de Zaragoza, solo seria un estímulo para una insurreccion, en la cual se combatiría mas en las calles que en el campo al frente del enemigo armado.

#### SITUACION DE LOS CARLISTAS EN EL MAESTRAZGO.

#### LXXVII.

En el Oriente de España no podia menos de sentirse la influencia que ejercia el estado de la guerra en el Norte, de espermentarse la confusion que empezaba á reinar entre los liberales.

Los triunfos de los carlistas en las Provincias Vascongadas, tenian eco en toda la Península, y le tenian las insurrecciones de las capitales, que en uno ú otro sentido entorpecian la accion, poco resuelta, de la autoridad, en lucha continua con encontrados elementos.

A la sombra de las conspiraciones liberales se organizaban clubs carlistas, y ni el suplicio en Zaragoza del canónigo Ferrer, ni los fusilamientos de otros conjurados, servían de funesto ejemplo á los demas, á quienes estimulaban los mismos desórdenes de sus enemigos.

Asi vemos desde estos acontecimientos y donde tuvieron lugar, adquirir nuevos prosélitos la causa carlista, y tomar la guerra en el Maestrazgo y en Cataluña un nuevo é imponente aspecto.

Los pronunciamientos de aquel verano iban á ser un manantial fecundo de desgracias, que pudo cegar y dejó correr el gobierno, que iluso y obstinado solo veia un motin donde habia una necesidad que satisfacer, un desórden en lo que no era sino



una espresion mal manifestada del sentimiento público.

Pero no anticipemos los sucesos. Sigamos esponiendo la situacion de la guerra en el Maestrazgo, ahora que habremos de hacer punto para volver á reanudar el hilo de nuestra narracion, hallando, no los novecientos hombres que mandaba el caudillo tortosino, sino mas que duplicada fuerza á pesar de las vicisitudes que experimentó.

A la parte con que indirectamente contribuian los liberales en pro de sus enemigos, Cabrera con su valor y actividad, supo conquistarse un grande ascendiente que le dió infinitos partidarios. El sucesor de Carnicer reanimó sus abatidas huestes, aumentándolas con reclutas y á algunos soldados que se le pasaban. Pronto no tuvo armas que darles, y ni racion á veces. Guardaba en lo mas áspero de las montañas algunos pelotones de presentados, dábales alguna instruccion, y á falta de fusiles, llevaban picas unos, lanzas otros, y palos los mas. Formaban estos en la retaguardia, y cuando huian las tropas de la reina, se lanzaban como perros de presa á apoderarse de un fusil para ser soldados, y soldados valientes, porque no se podia menos de serlo con Cabrera.

Todos los resultados de sus esfuerzos estuvieron á punto de desvanecerse como el humo, paralizándose por algun tiempo.

Los cortesanos de don Carlos, en su prurito de manejarlo todo, tambien se metieron á dirigir las fuerzas que tan penosamente habia creado Cabrera, y Villemur hizo firmar á don Carlos en Iturmendi una órden facultando á los gefes que hasta entonces operaban bajo las órdenes de Cabrera, para que con sus fuerzas respectivas pudiera cada uno obrar independientemente en el terreno de su creacion; lo cual equivalia á inutilizar á Cabrera, que se quedó á consecuencia de tan desatentada órden sin un hombre y en una posicion triste.

Y no mandaba en efecto un hombre, porque agregaba todos los presentados á los cuerpos de sus paisanos, mandados por gefes de sus respectivos países; así estaba Quilez al frente de los aragoneses, Forcadell al de los valencianos, y por este órden las demas; pues hasta los tortosinos tenian un gefe especial.

Todos, sin embargo, cedian su puesto á Cabrera, y éste se unió á Forcadell, que era su mayor amigo, y su partida la mas numerosa, pues contaba unos ochocientos hombres.

Organizaron reunidos su gente; y tratando de probar fortuna, se dirigieron hácia los montes de Chert, para emprender de acuerdo con Torner, á quien esperaban hallar, operaciones de que se prometian favorables resultados.

Movianse en el ínterin las demas partidas con varia fortuna, si bien engrosándose diariamente, y adquiriendo una osadía que hasta entonces no tuvieron.

## CASTILLA LA NUEVA.

EXCURSIONES DE LOS CARLISTAS.—SUS GUARDIAS.—ESCARAMUZAS.

### LXXVIII.

Los mismos partidarios que al concluir el año de 1834 hacian inútiles esfuerzos por organizar la guerra en los montes de Toledo y sus inmediaciones, empezaron á ir consiguiendo su objeto en el año que nos ocupa.

Constantes en su sistema de movilidad, se les ve en continuas correrias, haciendo sorpresas, é invadiendo pueblos. Unos entran en Ballesteros, provincia de Ciudad Real, otros en Villar del Pozo, y si bien son rechazados en algunas partes con pérdidas de consideracion, se enseñorean en otras, sacan abundante botin, y ocasionan numerosas víctimas.

En todas sus escursiones aumentaban su gente, estimulando el ardor de los mas osados que salian al campo á la cabeza de alguna docena de aventureros para emprender una vida que, aunque llena de peligros, ofrecia aliciente á la codicia, daba pábulo á las venganzas, y no carecia de porvenir.

Romo se presenta hácia Talavera al principio de febrero, y La Diosa, con su pequeña partida, sorprende en la noche del 13 á Puerto Lápiche. El comandante de los cincuenta urbanos que guarnecian este punto, les reune, y bate á los invasores, haciéndoles retirar con alguna pérdida de una y otra parte.

Si una activa y constante persecucion pone en aprieto á los carlistas en los valles, se guarecen en las sierras, y bajan al llano á efectuar una sorpresa calculada de antemano. Por esto era preciso perseguirlos en sus guardias, con bien escaso resultado.

En marzo es batida por Perceval la partida de Galan en las Peñas del Roble; pero al mismo tiempo La Diosa, Perfecto y Geró-

nimo con unos doscientos hombres sorprenden los pueblos de Navalmorales y Navalucillos. Al saberlo el comandante de la columna Solano de Zabala se dirige contra los carlistas, les alcanza en la Vega de la Vecea, y se traba una reñida escaramuza en que lleva Zabala, la mejor parte, y cuyo éxito habria sido completo, á no haber comenzado á la una de la noche la pelea.

De las pérdidas que experimentaban en estos encuentros, se reponian volviendo á los montes, donde se contaban seguros; siendo los de Alamin su mas predilecta guarida; porque su frondosidad, sus naturales cuevas, y las quebraduras del terreno les ofrecian seguro asilo, sirviéndoles además muchos árboles de atalaya, para observar sin ser vistos, la marcha de un solo hombre por cualquier camino.

Una partida se corrió á Robledo la Chavela, á proveerse de lo necesario; pero fué batida con ayuda de los urbanos de San Martín de Valdeiglesias, y con pérdida de veinte y siete muertos.

Esta correría alcanzó á algunos pueblos inmediatos á Madrid, que veian que ni aun la proximidad á la corte, centro del gobierno, intimidaba á aquellas partidas, que habrian consternado á la capital, á ser tan numerosas como osadas.

En los primeros dias del siguiente mes de mayo la columna de Benitez bate á unos doscientos carlistas reunidos en las Majadas y Solana de San Anton, y les dispersa matando veinte, y al cabecilla Checa, aunque á costa de alguna pérdida, y la sensible del subteniente Pernia.

El dia 6, el comandante general de la provincia de Toledo deshace en los valles de Galves á otra partida de doscientos, matándoles diez y siete, incluso el jefe, cogiéndoles treinta y un caballos y otros efectos. Como pendia de su persecucion su aniquilamiento, destinó á ella en seguida algunas columnas.

En cambio de este encuentro desfavorable á los carlistas, invade Orejita, el 15, la villa de Puerto Llano. El alcalde y algunos urbanos se refugian en la torre de la iglesia; tocan las campanas para alarmar al pueblo; pero no toma éste parte, y solo los de la torre se fogearon con los invasores, que se proveyeron de cuanto necesitaban.

El esquilador de Miguel-Torra, se presentó por entonces en el Corral con una docena de hombres que fué sucesivamente aumentando.

Por estos dias el comandante de Ciudad Real salió con una columna á poner nuevamente coto á las escursiones de los carlistas, alcanzándoles á los once dias de su salida en el Bonal de Pedro Murillo, situado en la sierra, en una fuerte posicion, donde les atacó causándoles alguna pérdida, y rescatando á varios urbanos de Pozoblanco, sin poder conseguir lo mismo respecto del alcalde mayor que se llevaban herido.

A principios de junio, despues de haber recorrido don Calisto Vargas el escabroso terreno que separa la Atalaya de Sierra Morena, supo la direccion que llevaba Orejita, y le alcanzó en el puerto de Calatrava, apoderado de una fuerte posicion, de la que se replegó, sin embargo, al atacarle Vargas, atrincherándose detrás de las peñas y castillo de Salvatierra. Pero cargado impetuosamente por Vargas, fué desalojado, y la noche puso fin á la pelea, ocultando algunos muertos. En esta jornada perdió Orejita veinte y un caballos.

Otras pequeñas columnas batian la sierra del Soto Viejo, y las Ventas de la Serrana y de la Zarzuela, matando á algunos fugitivos.

Pero nada impedia el progreso de los carlistas, y asi vemos á fines del mes formar una nueva partida á Monzon (a) el Valenciano, y al coronel don Francisco Javier de la Lastra, y entrar con ella en Almaden. Mas no tuvieron la fortuna que otros, porque se presentó allí al instante el capitán de caballería Fitor, y les batió y destrozó, muriendo á manos del valiente soldado Casimiro Torres el cabecilla Monzon, quedando gravemente herido Lastra, que falleció á poco. Dejaron en la villa y en el campo veinte y cinco muertos.

Estas ventajas alentaban el espíritu de los soldados y urbanos, que persiguen tenaces á los carlistas y logran dispersar las partidas reunidas á la de Mir. Dividense los liberales para continuar la persecucion de los grupos, y obtienen los mejores resultados, pues casi todos fueron alcanzados y batidos, muriendo en uno de estos encuentros el cura Huerta, que capitaneaba á varios rebeldes.

PROGRESO DE LOS CARLISTAS.—ACCION DE CAMBRON.—MUERTE DE MIR.

LXXIX.

Estos triunfos aislados eran, sin embargo, inútiles. Para los carlistas de Castilla

empezaba tambien su época de prosperidad, y así se les ve aumentar su gente y sus gefes, hacer estériles los sacrificios de las columnas en su persecucion, y cuantas medidas fuertes se empezaban ya á tomar contra ellos.

En el mes de julio ya estaba Peco en campaña. Desconocido entonces, adquirió su parte de celebridad despues. Joven, lleno de emulacion y valiente, queria medrar y nada le importaban los peligros; nada el sacrificio de su existencia. Se bate en Alcedia por primera vez, y desde entonces su vida es una continua série de azares.

Orejita es batido el 17 de julio cerca de Hortezueta por la columna móvil de la Calzada de Calatrava, y va aprendiendo á ser astuto, y enseñando á ser militares á sus bisoños soldados.

Hernandez, con menos fortuna, es derrotado el 8 de agosto por Ipola, en el barranco Quegical ó de las Vívoras, quedando tendido en el campo con seis compañeros mas. Pero nuevos partidarios le reemplazan, y los ya conocidos acometen empresas sobrado atrevidas.

Orejita entra en Andújar, y tienen que salir de Jaen la tropa y urbanos para arrojar á los invasores del terreno andalúz.

Reúnense luego las partidas carlistas para emprender operaciones en mayor escala; pero una accion desgraciada frustra su plan. El 23 salió de la Alameda don Luis Tenorio, llegó con su columna á Hortezueta, donde habia tenido Mir su cuartel general, y no hallándole, sin descansar un momento, continuó su marcha para el Viso del Marqués; á poco una parte del alcalde de este pueblo le enteró de que la faccion estaba saqueando á Almuradiel, ó el Visillo: forzose el paso, á pesar de que no habian comido los soldados en todo el dia, mas no pudo llegar al Viso hasta las ocho de la noche. Acampó su tropa en las inmediaciones del pueblo, y al amanecer emprendió la marcha hácia las ventas de Cárdenas, en las que supo que el enemigo se hallaba en las de las Correderas. Con esta novedad siguió el movimiento sin mas que el preciso descanso para beber, y al llegar á ellas, observó que por la cumbre marchaban algunos carlistas con direccion á Aldea Quemada: hizo entonces un alto de cinco minutos para darles á entender que se retiraba, y lo verificó muy despacio hácia las ventas, con objeto de seguir por una vereda escusada á Aldea Quemada, á cuya inme-

dacion llegó cuando ya no estaban los carlistas, que se habian retirado á las doce de la noche.

Al dia siguiente les siguió: alcanzó su vanguardia, y la pasó á cuchillo; ganando el grueso de los carlistas la escarpada altura llamada Sierra de Cambron, donde se hicieron fuertes.

Tenorio distribuyó con acierto su tropa y acometió por ambos flancos y el centro. Los carlistas parapetados en las peñas, y acudiendo á los puntos mas amenazados, oponian una vigorosa resistencia con fuego bien sostenido; y siendo el de los liberales de escaso efecto, mandóle suspender, y que se tomase la altura á la bayoneta, como se ejecutó en diez minutos, al mismo tiempo que la caballeria, penetrando por la espesura de la sierra, atacó por relaguardia, y desordenándolo todo, les obligó á huir. La infanteria y caballeria les persiguieron en todas direcciones, alcanzando así un brillante resultado para las armas de la reina.

La pérdida de los carlistas, segun el parte oficial, fué de ciento sesenta y tres hombres y veinte caballos muertos, y algunos heridos, cayendo en poder del vencedor una porcion de caballos, mulas, armas y efectos.

La pérdida de los liberales fué pequeña, segun el referido parte.

Los carlistas pasaban de cuatrocientos: los liberales no llegaban á trescientos.

Esta accion fué de suma importancia, porque ganándola, salvaron los liberales una cadena de trescientos rematados, á quienes pretendian los carlistas dar libertad; porque se libraron el Viso y otros pueblos inmediatos al camino real, amenazados por todo el grueso de los carlistas; porque la feria de Almagro no tuvo que temer una invasion, y porque tranquilizó los ánimos de los pueblos y de las capitales inmediatas alarmados justamente con el progreso de los carlistas, y la considerable reunion de sus fuerzas.

Todo lo varió de aspecto la accion del 25. A poco siguió otro suceso ventajoso. Mir murió el 30 en la escaramuza habida en los cortijos de la Fuente del Fresno. Su cadáver vino á Madrid el último dia de agosto.

ANDALUCIA.—ESTREMADURA.

INÚTILES ESFUERZOS DE LOS CARLISTAS EN ANDALUCIA.

LXXX.

Lo hemos dicho ya: no era Andalucía pais á propósito para los carlistas.

En el Mediodía de España, las poblaciones son mas grandes, mas ricas, mas industriales, mas civilizadas, y siempre se han distinguido por su amor á la libertad. Los carlistas no hallaban allí guaridas ni partidarios.

En vano aparece Buceta en la campiña de Tarifa el 4 de enero, y reúne penosamente secuaces. Perseguido, es destrozado y al huir Buceta y vadear el Gener, se ahoga. Hasta la naturaleza podía decirse que se les oponia.

Mas al centro, aunque en la costa, en las inmediaciones de Motril se presenta Garmendia con una partida, y es al momento destruida, y preso su gefe y catorce compañeros.

Luis Moreno, desertor de presidio, levanta en el distrito de Jaen otra partida, que no tarda en ser deshecha, fusilado Moreno, y presos veinte y cinco por cómplices y sospechosos.

Y por último, en agosto se pronuncia el Morito con unos cuantos hombres, en la inmediacion del cortijo de las Ventanas, provincia de Málaga, y son acuchillados por el destacamento de Lopez.

¿Quién habia de tentar fortuna con tan funestos precedentes? Solo algun insensato. Los partidarios de don Carlos no hallaban allí simpatías, sino una persecucion activa.

ESCARAMUZAS.—ACCION DE LA TRAPERA.—VARIOS PARTIDARIOS.

LXXXI.

Casi otro tanto sucedia en Extremadura, á pesar de tener en ella mas partidarios el carlismo.

Fray Lorenzo Piris, que se presentó á la cabeza de una partida de españoles y portugueses, fué aprehendido por los urbanos de Cilleros y Zarza la Mayor.

El ex-brigadier Mir, aquel partidario que murio en Castilla el 30 de agosto, penetraba en Extremadura cuando se veia acosado; y al frente de quinientos hombres llega

el 9 de junio hasta Herrera del Duque; pero Avecia, comandante de la columna movil de la línea de la Mancha, le salió al encuentro, y tuvo con él un reñido choque, en el que hasta dió cargas á la bayoneta.

Algunos dias despues entraron los carlistas en Alia y en Guadalupe, donde hicieron buena presa de cuanto les pareció útil. Marcharon luego á la casa de la Granja y de aqui á Castilblanco. Noticioso Avecia de este movimiento, corrió á este punto por un atajo, y alcanza á los carlistas en los valles y cuesta de la Trapera, cargándoles la caballería con valerosa resolucion y ensangrentándose á su placer. La infantería acometió al mismo tiempo por la derecha superando grandes obstáculos; mas resisten bizarros los carlistas y hacen mella sus tiros en la caballería liberal, retirándose despues ordenadamente, defendiendo las posiciones que iban ocupando, y que tenian que conquistar los de la reina. Guarécense, por fin, en un terreno sumamente escabroso, y donde ya no fué posible el ataque.

La accion fué sin cuartel: perdieron los carlistas cien hombres, y pocos menos sus contrarios, rescatando muchos efectos de Alia y Guadalupe. Los urbanos que acompañaron á la fuerza de Avecia, sellaron con su sangre su juramento.

El 18 de julio fué atacada la partida de Leon en la sierra de Portilla, contando algunos muertos y heridos, entre estos el gefe.

En el mes siguiente, vuelven á invadir el territorio los partidarios de la Mancha; y Mir y otros reúnen fuerzas en el valle de las Hocos; pero Avecia, siempre infatigable, marcha á atacarlos y se encuentra en el camino á Perfecto y á Peco, que huyeron con sus cuarenta caballos al ver la columna liberal, tan temible para ellos. Sanchez, que habia pertenecido á la partida de Cuesta en 1823 y en 1834, apareció el 17 con algunos compañeros en las inmediaciones de Torrecillas, entró en el pueblo, se proveyó de cuanto necesitaba, y se dirigió á Rotura y Navezuela, titulando á su gente urbanos de Trujillo, á fin de no alarmar á los pueblos. Pero les descubrieron los escesos que cometian, y fueron alcanzados el 19 cerca de la Nava por los verdaderos urbanos de Guadalupe, que les hicieron refugiarse en las asperezas de la sierra con pérdida de hombres y caballos. Dispersados, huyeron unos á Castilla, y otros se presentaron; siendo esta la historia de casi todas las partidas de Extremadura.

## ACERTADAS DISPOSICIONES DE CARRATALÁ.

## LXXXII.

Era á la sazón capitán general de Estremadura don José Carratalá, que mandó en la provincia desde abril á setiembre de este año, en que fué trasladado á Valencia.

Aunque Rodil preparó el espíritu público en favor de Isabel, procuraron minarlo de continuo los partidarios de don Carlos, por el grande interés que tenían en que les sirviese de apoyo una provincia limítrofe á Portugal. Así amenazaban é invadían á cada instante la Estremadura las partidas de la Mancha. Era preciso poner coto á estas correrías peligrosas; pero no había disponible en la provincia otra fuerza del ejército que unos ochenta reclutas del regimiento de caballería de la Reina, y para atender á lo mas preciso levantó Carratalá en pocos días un batallón y un escuadrón de francos. Aprovechando al mismo tiempo el espíritu liberal de los extremeños, fomentó la milicia urbana, y mejoró su organización, formando de ella algunos batallones de tiradores.

Aquellos honrados paisanos, aquellos sencillos labriegos, acudían dóciles á la voz del general, cuya llaneza les encantaba, y alegres y animados poblaban aquellos campos de instrucción, deseando llegara el día en que poder ser útiles á la causa que defendían.

Merced á la decisión de Carratalá, vióse organizada como por encanto la fuerza que necesitaba, y echando mano de la mejor preparada, acudió con ella á los confines de la provincia, rechazando á los carlistas que pretendían llevar la guerra á Estremadura. Unas veces en unión con la tropa, y otras solos, batieron allí los urbanos á sus enemigos, y les vencieron.

No parecía sino que querían demostrar los extremeños, que si fué en su suelo donde primero se levantaron pendones por don Carlos, en él era donde menos partidarios tenía, y donde mas y mas decididos enemigos del carlismo se abrigaban.

Los extremeños defendieron con hidalga bizarría su país, saliendo siempre con entusiasmo á campaña. Carratalá, que vió así justificada su prevision, conoció lo que vale infundir confianza en el pueblo, estimular su ardimiento y contar con su apoyo, sostenido de las naciones y de los tronos.

## GALICIA.

PARTIDAS CARLISTAS.— ESCARAMUZAS.— ESFUERZOS INÚTILES POR LLEVAR LA GUERRA Á ESTE PAÍS.

## LXXXIII.

En Galicia encontraba mas elementos el carlismo; pero era muy decidido el entusiasmo de los liberales.

Al principio de este año comenzaron á levantarse partidas, mas en breve fueron derrotadas ó dispersas.

Tal sucedió á la de Villaverde, hermano del arcedianó de Mellid, que se presentó en los primeros días de enero con unos cincuenta hombres, y á la de Sanchez y Balmaseda, compuesta de treinta y cinco hombres, batida el 13 cerca de la villa de Navalpino, y cogido y fusilado su gefe.

En febrero aparecen en la provincia de Santiago varias partidas con objeto de impedir se llevase á efecto la quinta decretada por el gobierno, y llevarse los mozos; mas todas tienen un éxito desgraciado. Don Pedro José Quiroga, sugeto de los mas influyentes, fué capturado, y tambien lo fué el ya conocido Torreyro, coronel y ex-comandante de los realistas de Leon, que regresaba de Portugal. Latorre y otros gefes fueron perseguidos y expulsados del territorio gallego, refugiándose la mayor parte á Portugal. Así se malograron todos los planes del carlismo; el país no les secundaba, bien avenido con la paz que disfrutaba.

En marzo merodeaban Sarmiento y el cura Jul; pero con tan poco suceso que nada se supo de ellos.

Posteriormente el párroco de Paradela, en unión con don José Martínez, ex-capitán de realistas, y otros, fraguan una conspiración. Descubierta, es preso Martínez, destinado á gefe de la partida que se organizaba, y previa formación de causa, es fusilado en Pontevedra en el mes de mayo.

El 13, el ex-canónigo de Santiago, don Francisco María Gorostidi, que se titulaba el *Coronel cardenal* y comandante general de Galicia, es derrotado por la tropa y urbanos en el monte de la Cabana, jurisdicción de Tabeiros, con muerte de siete hombres, mayor número de heridos, prisioneros y fusilados, entre ellos Gorostidi.

El 30 participaba el capitán general de Galicia hallarse tranquilo su dilatado dis-

trito, que habia recorrido y examinado, revistando á la milicia urbana, que encontró en todas partes llena de patriótico entusiasmo. La estimuló á uniformarse, la proveyó en lo posible de armas y municiones, y escitó el celo de las autoridades y cabildo para conservar la paz, haciéndoles responsables de su perturbacion.

Pero esta misma tranquilidad era un estímulo para los descontentos; y así vemos en el siguiente mes de junio á Sarmiento y á fray Antonio de Besa, recorrer con unos cuantos secuaces algunos pueblos. Alcanzados muy pronto, son batidos y fusilado Besa y otros dos de sus compañeros el 16.

El mes de julio empezó con la muerte de los partidarios Mato y el sanguinario Viñas (a) el Capador, cuyas crueldades hicieron se celebrara el suplicio de tal monstruo.

El 25 entran unos veinte y cinco carlistas en Súa, parroquia del Incio: queman dos casas; saquean otras; matan á un sordo-mudo y se dirigen luego á Lago, marchando en su persecucion varias columnas volantes.

Ocho ó diez carlistas se aproximan á la villa de Puerto Marin el 27; y el prior de la colegiata y el escribano Feijóo, estimulan el celo de los paisanos, que les persiguen, alcanzan y destrozan, matando á unos, capturando á otros y ahogándose uno en el Miño. Feijóo queda gravemente herido. La misma suerte sufrió la partida de Lopez.

Alcanzada el 10 de agosto en Lago, provincia de Santiago, por la guerrilla al mando del cadete Chicarro, la destruyó; y Vicente Lopez fué aprehendido el 17 en las inmediaciones de Bucelo por un grupo de urbanos y artilleros de marina.

Tales acontecimientos hicieron conocer á los carlistas gallegos que nada podían conseguir sin concertarse todos. Reuniéronse al efecto, y acordaron presentarse en la feria de San Saturnino, que se celebra el 20, apoderándose en ella de rico botin. Traslucido este plan, se dirigió á frustrarle una columna liberal, menor en número á las de sus enemigos; mas no impidió esta circunstancia rechazase resueltamente la invasion de los carlistas, y les venciese, á pesar de la tenaz resistencia que opusieron, resistencia que ocasionó alguna pérdida en ambos combatientes.

Por el mismo tiempo, la partida de Perez y Rosendo se atrevió á pasar el Sil por la barca de Paradela, y atacar á la villa de Castro Caldelas desde una eminencia que la

domina. Los urbanos de la misma no titubearon en acometerles en aquella posicion, y despues de dos horas de un vivo fuego, les obligaron á retirarse, aunque con poca pérdida. Avisóse al instante á los pueblos cercanos, pusieron en movimiento los liberales que habia en un radio de mas de seis leguas, coronaron con el mayor orden los caminos, avenidas, desfiladeros y montes; y los urbanos de Tribes, Larona, Valdehorras y Quiroga, lograron alcanzarles en su retirada y derrotarles, matando al gefe, hiriendo al segundo y haciendo varios prisioneros, dispersándose los demas.

El estudiante de Monterroso por el pueblo de su nombre, y Buron por Asturias, trataban de conseguir lo que otros no pudieron alcanzar; pero acosados por todas partes, fueron estériles sus esfuerzos.

El verano terminó desastrosamente para los carlistas en Galicia: la guerra no podia organizarse allí. Se trabajó y se trabajaba, sin embargo para ello, con empeño.

#### CASTILLA LA VIEJA.

ACCION DE HUERTA DEL REY.—PERSEVERANCIA DE MERINO.

#### LXXXIV.

Guarecido en los pinares de Soria dejamos á Merino al terminar el año 1834 (1), y allí estaba al comenzar el siguiente, instruyendo á sus reclutas al abrigo de aquellas escabrosidades. Era su ánimo enviar á las Provincias Vascongadas los que le sobrasen, ó mas bien le servian de estorbo. Parecerá esto peregrino; mas cesará toda estrañeza si se atiende á que estando, como estaba siempre, á la defensiva, le era embarazosa mucha fuerza.

Azpiroz, que sabia la ocupacion de Merino, se propuso estorbarla á toda costa, y cayó un dia sobre cien mozos que hacian ejercicio en Huerta del Rey. Atacados bruscamente, se acogieron los carlistas á la cresta del Collado, desde cuya ventajosa posicion resistieron valientes el empuje de las tropas de la reina; y fué tal la resistencia, que hicieron casi infructuoso el fuego de fusilería, teniendo que apelar los soldados de Azpiroz á la bayoneta, obligándoles por este medio, y merced á una carga decidida, á refugiarse en un gran pinar, donde no pen-

(1) Véase el tom. 1.º, pág. 246.

saron mas que en su salvacion. Pero perseguidos, tuvieron considerable pérdida, quedando en el campo treinta y siete muertos y llevándose bastantes heridos. Entre los primeros se contaban gefes de graduacion. La pérdida de los liberales no fué tanta; pero fué tambien considerable. Muchos de aquellos reclutas se batieron, no como soldados bisoños, sino veteranos.

El valor de su gente mitigó algun tanto el sentimiento que causó á Merino la derrota de Huerta del Rey. Proponiéndose vengarla, dirigióse con toda su caballeria y los restos de la infanteria por Talleya y San Leonardo para sorprender el Burgo de Osma. Sábelo Azpiroz, acude con su columna y frustra el proyecto del cura cayendo de improviso sobre sus avanzadas. Intenta atacar á Merino que se encaminaba á Duruelo, y al darle alcance cerca de San Leonardo, se dispersa toda su gente diseminándose, en grupos de seis y ocho hombres, é imposibilitando hasta su persecucion.

No habia combinaciones posibles contra tamaño enemigo; burlábalas todas, y sin cansarse fatigaba á los soldados de la reina, y les desesperaba haciendo inútiles tantos sacrificios.

Los hechos de armas no podian pasar de insignificantes encuentros que no podia evitar Merino, hallándose toda la sierra llena de partidas de la reina, que al fin le obligaron á guarecerse otra vez en los pinares. Aun allí le persiguieron; porque ya era cuestion de honra su captura; é invadido aquel escabroso terreno por numerosas fuerzas, evade Merino la persecucion, si bien se ve obligado á buscar un asilo en la provincia de Burgos, donde fué reuniendo toda su gente á fines de febrero, citada con antelacion para esta parte de Castilla.

Alli recluta nuevos mozos para presentarlos en campaña, y en tanto que instruye á unos, recorren otros los pueblos anejos para distraer la atencion del enemigo. En una de estas escursiones murió don Lucio Nieto, que tan dignamente reemplazaba á Merino en el mando.

Instruida ya la gente de Merino, y aliviado éste de sus dolencias, presentóse á fines de abril nuevamente en campaña, y se encontró á poco con Azpiroz en las posiciones de Pumarejos. Batiéronse ambos con resolucion, y fueron vencidos los carlistas con alguna pérdida, peligrando el gefe liberal, cuyo caballo fué herido.

Merino, que se hallaba en tierra amiga,

contaba á la sazón mil hombres de todas armas. Confiado en su fuerza, marchó con ella sobre Ontoria del Pinar, cercóla, la rindió é hizo prisioneros á varios de sus defensores cuando entró en el pueblo, fusilando á los que mas se habian resistido, sin tener en cuenta eran hijos de aquella villa, á la que tanto debía.

Envalentonado con este triunfo, dirigióse á Roa, á cuya vista se presentó al amanecer del 30, asaltándola sin prévia intimacion. Pero reunidos los urbanos por el administrador de rentas, Arraz, hacen una vigorosa defensa, y frustran los proyectos del invasor, que ceba su rabia incendiando las casas, y lo que es mas estraño en un sacerdote, haciendo quemar la iglesia, de cuyas regalías se titulaba defensor. Asi demostraban los carlistas su amor á la religion, enagenándose las simpatias de muchos honrados amigos que hallaban disculpa á otros escesos no menos vituperables. Roa se habia deshonrado pagando con un suplicio afrentoso los altos servicios del mas ilustre de sus hijos, y la Providencia castigó su ingratitude.

Marchó el cura por el camino de Olmedillo, llevando varios heridos; y el 3 de junio fué alcanzado en Doña Santos por la columna de Mir, trabándose la accion en la Peña de Majadal. Empeñado fué el ataque y la resistencia; pero á breve rato se pusieron en retirada los carlistas con la baja de algunos muertos y heridos, y de cien hombres entre prisioneros y pasados, rescatando además Mir los rehenas que llevaban de Ontoria.

Bajo las órdenes del general Ramirez continúa Mir persiguiendo á Merino: únense el 9, y todos sus esfuerzos no tienen otro resultado que los de los anteriores gefes. Merino, constante en su plan de rehuir todo encuentro que pudiera serle desfavorable, tenia entretenidas considerables fuerzas.

ACCION DE TORREGALINDO. — DESASTRES DE LOS CARLISTAS. — PACIFICACION DE CASTILLA LA VIEJA. — MARCHA DE MERINO Á OÑATE.

#### LXXXV.

Cuando mas entretenidas tenia Merino en su persecucion á las tropas de la reina, bajó el puerto de Campisábalo, y por las intermediaciones de Tiermes se dirigió á Caracena. Al saberlo Hoyos marchó á San Esteban de Gormaz para cubrir el puente,

participando este movimiento al coronel del provincial de Tuy, para que obrase con arreglo á él; mas las operaciones de uno y otro no impidieron que Merino, burlándolas, pasara el Duero antes que llegaran sus contrarios, y se dirigiese á Fuentelarból. Hoyos tuvo que retroceder y emprender nuevo movimiento, logrando al fin su caballería alcanzar á las guerrillas de Merino, que se habia dirigido por los pueblos de Lonquilla y Baldevarnés. Tiroteándose sobre la marcha por medio de asperísimas sierras, llegaron unos y otros á Torregalindo el 25 de julio; y atrincherándose Merino en el pueblo, situado á la falda de una escarpada cordillera, fué atacado, á pesar de su ventajosa posicion, resistiéndose vigorosamente desde los parapetos. Desalojada por fin la infantería con alguna pérdida, guarecióse á su caballería, que constaba de unos doscientos cincuenta hombres.

Reunidos los carlistas en número de mil doscientos, aunque solo mandaba Hoyos poco mas de quinientos hombres, admitió la accion que le presentó el cura fuera del pueblo. Con tal impetu embistieron desde luego aquellos, que forzaron á los liberales á ocupar una altura inmediata, de la que en vano trataron de desalojarles, pues una valerosa carga á la bayoneta rechazó á los carlistas, quedando dueños del terreno: fué á costa de abundante y preciosa sangre, pues murió Hoyos atravesado el pecho de un balazo. Mas de cincuenta hombres de uno y otro bando quedaron sin vida en el campo, y fué doble el número de los heridos.

Los carlistas tomaron el camino de Castriello de la Vega, dirigiéndose á repasar el Duero para volver á la sierra, marchando contentos porque no se consideraron vencidos aunque se retiraron.

Poco afortunado fué el mes de agosto para Merino. Perseguido incesantemente por Narvaez, Mir y Peon, tuvo con ellos varios encuentros, los mas de ellos desgraciados, siendo de los mas funestos para el cura, el que tuvo con la columna del último gefe, en el cual perdió mas de cien hombres.

Corrió despues Merino por la altura de Piqueras á la sierra de los Mondorios ó Cebollera, entrando en la mañana del 22, á cuyo punto tambien se dirigia Narvaez.

En Almarza fué luego batido por Mir, causándole mas de ochenta bajas. Tanto activó su persecucion que le hizo perder en poco tiempo la fuerza que á tanta costa reuniera.

Con no menos desastrosos resultados para

los carlistas de Castilla la Vieja, comenzó el siguiente mes de setiembre; y ni aun los bosques de Torbaños, la Campiña y Acinas, pudieron librarles de ser batidos y sufrir considerables pérdidas, de las que no siempre se repusieron.

El 26 pernoctó Merino en Palazuelos con unos doscientos caballos, y allí le acometió Sanabria, trabándose una pequeña accion, que dió por resultado la retirada de los carlistas, dejando doce muertos. En esta jornada estuvo en gran peligro la vida de Merino, cuyo caballo recibió una cuchillada.

Tantos y tan repetidos reveses apuraron á Merino, agregándose á ellos un suceso que la casualidad le deparó en su contra. Su caballo, desconociendo su voz, le dió un par de coces que le puso en mal estado, y le obligó á ponerse en cura, retirándose á una casa particular de Rebé, donde permaneció el resto del año.

En el interin mandó al Rojo de Puente-dura, su segundo desde la muerte de Nieto, marchase á las provincias Vascongadas con los doscientos caballos que tenia, quedando asi pacificada aquella parte de Castilla.

Merino, despues de su permanencia en la casa de Rebé, desde donde veia el humo de las chimeneas de Lerma, y casi oia el toque de los tambores y cornetas de tantas tropas como por allí pasaban, como centro de las operaciones, se propuso abandonar el antiguo teatro de sus glorias, hoy de sus desastres, y marchar á las Provincias, como lo efectuó en los primeros dias del siguiente año de 36.

La marcha de Merino á Oñate, como hemos dicho en otro lugar, dió fin por entonces á la guerra de Castilla, en la que se habian ocupado los oficiales y generales superiores, Quesada, Sarsfield, Manso, Ramirez, Azpiroz, Claveria, Mir, Hoyos, Linage, Obregon, Albuin, los cuerpos de la Guardia Real, de tropas valientes de linea, y hasta un batallon de estudiantes de Valladolid. El precio que se puso á su cabeza, y cuantos recursos se apuraron para lograr el esterminio del cura, todo fué inútil: supo burlar los planes mejor combinados, las persecuciones mas activas, los esfuerzos mas inauditos; y al cabo de dos años de continua lucha, sosteniéndose con escasisima gente las mas veces, y despues de sufrir considerables reveses, sacó de Castilla doble fuerza de la que trajo de Portugal, consiguiendo ademas su principal objeto, el de distraer respetables fuerzas, que pudieron prestar



grandes servicios en los campos de Navarra,

Grandes é importantes fueron los que á pesar de sus años y de sus achaques, prestó en Castilla Merino á la causa de don Carlos, y por ellos fué recibido con señaladas muestras de deferencia, colmándole su señor de elogios por las penalidades que en su obsequio habia sufrido. Así que estuvo mejorado, le agregó don Carlos al ejército de sus inmediatas órdenes.

VARIAS REFLEXIONES.

LXXXVI.

Difícil es la tarea del escritor cuando tiene que referir por primera vez sucesos de importancia, cuyos actores viven; cuando tiene que descubrir secretos graves y poner en evidencia las personas y las cosas; cuando tiene que combatir errores inveterados y preocupaciones arraigadas; cuando tiene, en fin, que descorrer el velo á hechos hasta hoy desfigurados por la conveniencia ó las pasiones.

Hemos estudiado detenidamente los acontecimientos que vamos á referir; tenemos las pruebas de lo que asentaremos, y vamos á juzgar con la imparcialidad que nos da nuestra independencia, á nadie ni por nada supeditada. Seremos explícitos, y no hipócritas, como algunos de los promovedores de aquella insurreccion, que luego apostrofaron, de que algunos fueron su Judas.

Nada tan difícil como escribir las revoluciones de los pueblos, porque hay que investigar su origen, penetrar sus arcanos, poseer los sentimientos y hasta las intenciones de sus actores, y todo á costa de inauditos esfuerzos, de activas y profundas investigaciones.

Así como se procura descubrir en una palabra casual, en una mirada inadvertida los pensamientos de un rey, lo mismo se deben leer en las palabras de los hombres de revolucion los suyos: unos y otros pertenecen á la historia y son su patrimonio. Porque hay palabras que esplican todo un acontecimiento, una revolucion, y por ellas se han sabido su origen y sus promovedores. Infinitos ejemplos podríamos presentar de esta verdad si fuera menester.

Este es el impropio trabajo que nos hemos impuesto. Escrita está la historia de un importante período en la sociedad secreta la Isabefina, y escritas quedarán las de otros sucesos no menos interesantes que todos de-

ben saber, porque son para todos una saludable enseñanza.

Así vamos presentando la historia de los partidos liberal y carlista, enlazando los grandes acontecimientos que variaron de aspecto la cosa pública, é hicieron avanzar ó retroceder en su marcha al mismo partido, que conspiraba muchas veces contra si mismo, y era otras juguete de ambiciones bastardas, de estúpida ignorancia, y aun de venal traicion.

DESUNION EN EL MINISTERIO (1).

LXXXVII.

Al finalizar el año 1834 no existia en el ministerio la unidad que necesitaba para su fuerza. Llauder era objeto de las rivalidades de sus compañeros. Distinguido por la reina Gobernadora, que le dispensaba favores de que no participaban los demas miembros del gabinete, era mirado con prevencion; y agregándose á esta falta de confianza la tendencia del secretario de la Guerra á un sistema mas opresor que el que regia, llegaron á temer por ellos y por el pais. La desunion fué mas marcada cuando se traslució que pensaba Llauder formar un ministerio de represion, quedándose con la presidencia. Tan seguro se creyó este hecho, que no se reparó en presentarle al público de una manera alarmante; y al efecto, *La Abeja*, periódico ministerial, publicó un artículo que obligó á Llauder á presentar su dimision; pero reunido aquella noche el consejo de gobierno y el de ministros, se resolvió no admitirla, y publicar en el mismo periódico otro artículo para destruir la impresion que habia causado el indicado.

Así lo hizo *La Abeja*; mas á pocos dias comenzó á hostilizar de nuevo á Llauder, y el mismo dia de la insurreccion de Correos, el 18 de enero, apareció un artículo en que

(1) En estos acontecimientos y en muchos de los que hemos referido y referiremos, estamos en completo descuerdo con cuantos escritores se han ocupado de ellos en diferentes obras, á pesar de que muchos eran personajes que figuraban en aquella época. Y como seria enojoso interrumpir á cada instante nuestra reseña, para hacer notar las inexactitudes que corregimos, cedemos de buen grado de tal alarde, asentando que nuestra discordancia está basada en datos y documentos incontestables. Citamos nombres de personas que viven, y pueden en su caso contradecirnos si nos hemos equivocado.

bajo el epigrafe *Mas sobre el ministerio*, insinuaba que no se habia desvanecido la crisis ministerial, y que la incertidumbre volvia á apoderarse de los ánimos y de los negocios. «En vano, decia, la opinion pública se ha pronunciado contra la formacion de un nuevo gabinete; en vano los periódicos de las provincias en ecos acordes responden al grito de la capital de la monarquía; en vano las cartas del bizarro ejército del Norte renuevan la profesion de fé de los valientes que derraman su sangre por la libertad y el trono; la ambicion no se satisface ni desiste de sus sordos manejos... Pero en el público se ha llegado á trascender *que no reina entre los ministros la union necesaria para constituir realmente un ministerio*; la intervencion estrangera y la guerra de Navarra parecen haber sido los puntos donde ha estallado la escision que ya de antemano se alimentaba de alejamientos y aun acaso de antipatias.... En cuanto á la guerra, suspiramos por verla terminada lo mas pronto posible; *pero creemos que si en su direccion se han cometido desaciertos y ligerezas, no es á la mayoria de los actuales ministros á quien debe echarse la culpa, puesto que no ha corrido á su cargo especial este ramo, ageno de su profesion y conocimientos*. En la actualidad conceptuamos indispensable un esfuerzo simultáneo y decisivo para dar fin á la contienda; pero para ello se necesita *ante todo consolidar el gabinete....*»

Seguia ocupándose de los planes que se suponian á una fraccion del ministerio, de las probabilidades de llevarlos á cabo, recordaba el papel de Polignac, y terminaba diciendo: «Nosotros, anhelosos por la felicidad de la patria, veriamos con gusto una franca y cordial avenencia entre los miembros del actual gabinete; pero si este desee no fuese realizable, faltariamos cobardemente á nuestra conviccion (y aun á nuestro temple) si abrigásemos por un momento la duda *de que deben tener mas peso moral cinco hombres de Estado, que uno, aunque arroje su espada en la balanza*. Ni creemos que entre los militares españoles falten sujetos capaces de llenar la pública espectacion y tomar con igual actividad é inteligencia las disposiciones que en la próxima primavera deben poner término á la guerra de Navarra.»

Seguramente que no podia darse mayor claridad, ni una prueba mas palpable de las diferencias en el seno del gabinete y del punto á que llegaban.

Llauder en el interin, dispuso el envio de tropas á Navarra, activó y circuló el decreto para una quinta de 25,000 hombres, hizo que la milicia urbana reemplazase á la tropa en el servicio de muchas plazas, y demostró una actividad hasta entonces inusitada.

CONSPIRACION LIBERAL.—PLAN DE LA INSURRECCION.

LXXXVIII.

Apercibido el público de la triste situacion en que se hallaba el gabinete, justificó con ella su descontento, y de diferentes y repetidos modos se insinuó á algunos ministros la necesidad que se sentia, y que no se podia demorar la mejora de la situacion política del pais, dándole mayores garantías políticas. En los estamentos y en la prensa se repetian diariamente las quejas de la nacion; mas los ministros, sin desoir las, no daban la menor esperanza de atenderlas.

Esto indujo á pensar en una insurreccion, cuya idea no se separaba de la mente de muchos liberales desde que se frustró el célebre proyecto de los isabelinos.

El partido liberal estaba ya cansado del Estatuto, verdadero anacronismo político; desconfiaba del gobierno que nada le ofrecia; veia con susto el ascendiente de los carlistas, los triunfos que iban consiguiendo, y se decidió á conspirar. Contóvole algun tanto el fundado temor de que empeorase la guerra, opinando algunos por que se coadyuvara decididamente á su término, aplazando para despues el pedir á Cristina una ley fundamental que garantizase la libertad y los derechos de los españoles. Pero esta opinion, tan patriótica como sensata, que parecia prevalecer, fué contrariada por las mismas circunstancias, por los planes que se atribuian á Llauder y por la division del gabinete.

Convenida la insurreccion, fué cuestionable si habia de comenzar en Madrid ó en las provincias: estas ofrecian seguir el ejemplo de la corte, mas Quiroga y Palarea opinaban porque comenzase el movimiento fuera de la capital. Optóse por lo primero; y estando unos por dilatar el golpe, y otros por apresurarle, se decidió no perder tiempo, y se fijó la ejecucion del plan para el primer dia festivo á las seis de la mañana, hora en que transitaba menos gente por las calles, evitándose así desgracias en los curiosos.

El regimiento de Aragon 2.º ligero acudiría á dicha hora á la Puerta del Sol á recibir instrucciones, por no hacer confianzas anticipadas. Una compañía de otra fuerza se dirigiría á la habitación del capitán general, permaneciendo en ella sobre las armas, evitando la salida de cuantas personas estuviesen dentro y de las que llegasen: á esta fuerza acompañaría un grupo de paisanos armados y otro de la milicia, dirigidos por una persona de representación, para arrestar al general con el mayor decoro. Otro grupo de paisanos y urbanos se dirigiría á cada una de las casas de los ministros, para conducirlos arrestados al principal. La fuerza de la Puerta del Sol se apoderaría de éste, tocaría en séguida generala para reunir la milicia, y se echarían al mismo tiempo á vuelo las campanas para aumentar la alarma. Como al toque de generala acudirían al principal ó á la casa del general el gobernador militar, el teniente de rey y demas autoridades, serian arrestados, así como las civiles y los gefes ó ayudantes que de los cuarteles saliesen á recibir órdenes, manteniendo de este modo en inacción á las tropas no comprometidas.

Desde la casa del general á la Puerta del Sol, se establecería una línea de paisanos paseando de trecho en trecho, para comunicarse ambos extremos.

Todo esto se habria de ejecutar en una hora, y la milicia, reunida al toque de generala, se colocaría en los puntos de antemano designados, como el Parque, plaza de Santo Domingo y otras posiciones no menos interesantes; ya para apoderarse en unas de los edificios, ya para apoyar en todas el pronunciamiento del pueblo.

Aseguradas las autoridades, los mismos grupos que se apoderasen de los ministros, irían á Palacio por la plaza de Oriente, y desde allí se adelantaría una comision suplicando una audiencia á S. M., á la que se presentarían otras personas de categoría que debian hallarse dentro de la regia morada con ese objeto. En ella pediría lo siguiente:

Aprobacion completa de todas las peticiones del Estamento de procuradores y separacion de los ministros por enemigos marcados de la sancion de aquellas. Designaríanse á S. M. los nuevos ministros, y se la suplicaría espidiera un decreto llamando á las armas á todos los españoles para estinguir la faccion.

Se contaba con que asentiría la reina,

avisando entonces al instante á los nombrados y á los subsecretarios, elegidos del mismo modo, para que dieran en nombre de S. M. un manifiesto á la nacion, que llevarian extraordinarios á las provincias. Ac-to continuo la tropa pronunciada volvería á sus cuarteles, excepto la mitad de la fuerza de Correos, que permanecería hasta el día siguiente, y medio batallon de cada uno de los de la milicia en los puntos de su reunion.

El general Quiroga se presentaría á tomar el mando de Castilla la Nueva, reservándose otro destino á Palarea que algunos querian en este.

Los ministros y el capitán general de-puestos saldrían desterrados.

Tal era el plan de la insurreccion del 18 de enero.

OTRAS CONSPIRACIONES. — JUNTAS DE LOS EXALTADOS. — ACUERDO DEFINITIVO.

#### LXXXIX.

No era esta la única conspiracion que entonces se fraguaba.

Varios de los compañeros de Llauder conspiraban contra él. Para obligar á la Gobernadora á destituirle, pensaron en promover una asonada en que solo se pediría *abajo Llauder*. Se hablaba sin reserva de los planes de éste, se designaban las personas con que contaba para realizarlos; oyóse al conde de Toreno espresarse con entusiasta energia contra esta cábala, y don Diego Martinez de la Rosa, hermano del ministro, acudía al Café Nuevo en las primeras horas de la noche, y peroraba con fogosidad, aunque sin elocuencia, esponiendo públicamente los males que se habian de seguir del triunfo de Llauder. El general Quesada, que era entre todos el personaje de más valía, se ocupaba tambien en los medios de resistir el proyecto del ministro de la Guerra. Y por último, la prensa toda alimentaba el público descontento, y hacinaba nuevos combustibles en aquella grande hoguera que amenazaba con un terrible incendio.

Era el propósito de los conspiradores ministeriales enviar á Llauder á su capitania general de Cataluña. El complot era dirigido por Toreno y Quesada, y este general se valía de Creus, capitán graduado de teniente coronel del 2.º ligero de infantería.

Los exaltados, que supieron los planes de los moderados, fingieron ayudarles para poder conspirar con este pretexto. Pensaban así valerse de sus mismas armas para combatirlos. Algunos se ofrecieron de buena fé á los ministros, y estos emplearon como en garantía, á muchos emigrados, hicieron á otros promesas, y se indicó á los que habian de promover el motin, que al pedir la salida de Llauder hicieran fuertes acusaciones á los demas ministros, los cuales acudirian á la reina Gobernadora manifestando la conveniencia de acceder á la demostracion popular. Acto continuo, los mismos promovedores ostensibles, asegurarian á los grupos estar concedida su peticion escitiándoles á que se retirasen inmediatamente á sus casas porque estaba la tropa sobre las armas é iba á venir sobre ellos, porque la policia estaba haciendo prisiones, porque el gobierno se habia indignado, y la reina asustado, diciendo era cosa de los carlistas. Que si algunos discoloros hacian otras peticiones se les contestaria que vendrian despues, que por entonces bastaba lo hecho; y como la policia se apareceria á poco con el auxilio de la tropa, prenderia á los mas osados.

Este proyecto embarazaba el de los exaltados, pues á la vez que unos querian apoyar á los moderados, otros, los mas, se negaban, no queriendo ser instrumentos de quienes habian de ser luego sus perseguidores. En la reunion en que se trató de este particular y de otros incidentes análogos, se habló mucho y muy inútilmente, hasta que uno de los conjurados, don Cayetano Cardero, con la vehemencia de su juventud y el entusiasmo de su patriotismo, pronunció una improvisacion, que si carecia de elocuencia en las palabras, la tenia en las ideas, espresadas con desaliño, pero con enérgica verdad. En su peroracion vino á decir que tenia la conviccion moral de que la mayoría del partido dominante no haria concesiones á la causa constitucional, y de que buscaba á los liberales para instrumentos de sus maquinaciones, á las cuales no debian prestarse porque podian por sí solos destruir los restos del absolutismo y dar la libertad á España; empresa fácil, en su sentir, con union y valor. Convengamos, decia, en un plan, para el mismo dia y la misma hora que han señalado los moderados: mostrémosles nuestro deseo de apoyar su proyecto; presentemos á la vez en lugar de grupos insignificantes grandes masas;

que los pocos urbanos que han de tomar parte se conviertan en toda la milicia urbana, y conseguiremos nuestro objeto.

El discurso de Cardero dió á aquella junta la animacion de que hasta entonces carecia; elogiáronle unos, calificaron otros el plan de imposible realizacion, y aunque todos celebraron aquella *calentura sublime y patriótica de Cardero*, la junta se iba á disolver sin acuerdo definitivo; pero insistió la mayoría en no separarse hasta convenir en lo que habia de hacerse, y se aprobó al fin el proyecto de Cardero, separándose para volver á reunirse al dia siguiente, á fin de deliberar la resolucion definitiva.

Reunióse con efecto la junta y faltaron dos asociados; uno porque decididamente no se prestaba á una ejecucion tan descabellada, segun dijo, y el otro, el general Quiroga, que avisó que tal vez no llegaria á tiempo; pero que se adheria á la opinion de la mayoría y estaba pronto á todo. Algun disgusto causó este incidente, mas la urgencia del tiempo aconsejaba obrar, y se designó la comision que habia de ir á Palacio. Acordose tambien que Quiroga se encargaria de la capitania general, y Palarea del gobierno militar de Madrid, poniéndose antes al frente de la milicia urbana.

El que habia de comenzar la insurreccion era don Cayetano Cardero, oficial del 2.º ligero, y ayudante de semana á la sazón.

Disolvióse poco despues de las once de la noche la junta, despidiéndose todos hasta la mañana siguiente, no sin protestar su puntualidad, como se protesta en estos casos para no cumplir sus mas solemnes juramentos muchos, cuyo patriotismo brilla solo en las palabras, cuando son pronunciadas sin riesgo.

## ANTECEDENTES.

## XC.

Madrid en tanto permanecia tranquilo; Madrid se divertia.

La reina Gobernadora asistia á una funcion en el Conservatorio de su nombre y creacion, acompañada de algunos ministros; en varios teatros se daban bailes de máscara, y pocos se cuidaban aun de lo que sabian iba á suceder.

El secreto de la conjuracion no era grande. El mismo Llauder supo á las tres de la tarde del 17, por el marqués de Vilu-

ma, superintendente á la sazón de policía, que se trataba de una bullanga para las seis de la tarde (no de la mañana) del siguiente día, el cual le advirtió que bastaba avisar al capitán general, para que se entendiese con él sin necesidad de tomar medidas alarmantes. Llamó al instante Llauder á dicha autoridad, y al punto se puso esta de acuerdo con el marqués.

Aquella noche debió haberse celebrado consejo de ministros, pero el de la Guerra recibió con sorpresa una carta (1) en que se le invitaba á ir al Conservatorio, y asistió hasta las doce de la noche, hora en que se separó de sus compañeros, y marchó á la secretaría, donde estuvo hasta la una, sin saber en tanto la anticipación del movimiento, que ya sabía el capitán general.

Pero ninguna de estas autoridades daba importancia á la insurrección, llegando á decir Viluma en su segunda comunicación del 17 al capitán general, que por su parte tenía por tan despreciable el proyecto, que no creía se realizara, y *si tal sucediese sería facilísima cosa destruirlo*. Manifestaba antes que se dirigirían varios grupos á las casas de los señores ministros para asesinarlos, y dar en seguida suelta á todos los elementos de desorganización con que contaba.

PRELIMINARES DE LA INSURRECCION.—CURIOSOS É IGNORADOS INCIDENTES DE LA MISMA.

### XCI.

Llegamos á la insurrección, que debe- mos detallar.

Cardero, que es el héroe de este drama, convino el día 17 con varios oficiales de su regimiento, en que á las cinco de la mañana inmediata estarían en el cuartel para formar toda la fuerza disponible, encargándose él del mando á invitación de sus compañeros y á solicitud de la clase de sargentos primeros. A las cinco y media deberían salir del cuartel y estar antes de las seis en la Puerta del Sol.

(1) «Hoy 17 de enero de 1835.—Mi estimado amigo: en virtud de que esta noche hay función en el Conservatorio, á que asiste S. M. nos parece conveniente ir á ella, y el dejar la reunión del Consejo de ministros para mañana á la una, si no tiene vd. en ello reparo.—Queda á la disposición de vd. su afectísimo amigo y compañero, Francisco Martínez de la Rosa.—Excmo. señor marqués del Valle de Rivas.

Retiróse á su casa y quedó en el cuartel el subteniente Rueda, que poseía por completo toda su confianza, por si ocurría novedad particular.

A las doce y media de la noche fué avisado Cardero de parte del coronel para que se presentase inmediatamente, y con la incertidumbre y la inquietud que es de suponer, obedeció. Su jefe le manifestó que se había descubierto una gran conspiración contra los ministros, y que en su virtud le daba la siguiente orden:

«A las cuatro en punto de la mañana se hallarán cinco patrullas compuestas de un oficial, un sargento y treinta hombres, las cuales deberán situarse en los puntos que á continuación se espresan, retirándose al cuartel despues de dadas las siete de la mañana. Deberán recorrer constantemente en todo este tiempo los puntos que se les señala, é impedir todo desorden y reunión de gentes en grupos; y caso de haber novedad darán inmediatamente parte al capitán general á su casa por medio de un ordenanza de la patrulla que sea inteligente, y si no hubiese novedad no darán parte. Solo al retirarse al cuartel lo dirán al capitán de prevención, para que con el parte de la mañana me lo participe á mi.

«*Cutré*, con su patrulla, calle de Atocha, desde San Sebastian á San Juan de Dios.

«*Galban*, calle de las Capuchinas y plazuela de los Afligidos.

«*Sangüesa*, calle de Hortaleza, desde la Red de San Luis á las cuatro esquinas, cerca de San Anton.

«*Zubieta*, calle del Sacramento, desde las monjas de este nombre hasta San Justo.

«*Valladares*, plaza de Santa Catalina de los donados, en donde está la inspección.—M. de Craywinckel.—En falta de algun oficial de los nombrados, irá la Matanza ó Mendoza.»

Comunicada esta orden escrita, manifestó el coronel deseos de ir al cuartel para hacer mas eficaz su cumplimiento, pero le espuso Cardero no habia necesidad de que se molestase, pues que él no se movería hasta verificada la salida de las patrullas, y convino en ello.

Al verse Cardero en la calle, conoció sin duda lo crítico de su situación, y corrió á esponerla á algunos de los conjurados para ilustrarse de ellos; pero á ninguno halló en su casa ó se le negaron. Va en seguida al cuartel, participa á Rueda lo ocurrido, reúne á los sargentos primeros, y dispone se

avise á los oficiales comprometidos para que acudiesen sin demora.

En la reunion de los sargentos manifestó Cardero que se habian comprometido á un pronunciamiento espontáneo y patriótico, y á sacrificarse por el bien de la patria sin la menor mira de interés, pues conseguido su intento solicitarian marchar al ejército del Norte á buscar la gloria combatiendo á los enemigos de la reina, por la que derramarían todos gustosos su sangre; pero una casualidad funesta, añadió, me ha traído á este sitio antes de la hora acordada, y en medio de mi pesar, tengo un placer en ver á todos reunidos y dispuestos con tanta anticipacion. Debo decir á vds. que el gobierno tiene en su mano el hilo de la revolucion; que hay perjuros que han violado la confianza en ellos depositada y descubierta á los ministros el dia y hora del movimiento, siendo lo peor, que segun las disposiciones tomadas, tenemos que ser instrumento de opresion contra la accion popular. En tan duro conflicto no tenemos otra alternativa que llevar á cabo nuestra empresa, si es que no se creen vds. fuera del compromiso por los nuevos incidentes, lo que manifestarán con franqueza, pues su ya conocido patriotismo les garantiza.

Despues de un instante de silencio contestaron unánimes los sargentos: *Estamos resueltos: si vd. nos conduce á la muerte, á la muerte vamos.*

El subteniente Rueda se espresó con no menos resolucion; y Cardero, en estos momentos sublimes en que domina el corazon, les dijo: «Mientras mayores son los peligros mayor es la gloria; la palabra que dimos la cumpliremos. Si el gobierno trata de contener la revolucion, hagámosle ver que ni sus disposiciones ni la muerte nos arredra de cumplir lo prometido. ¿Qué dirían los patriotas, si creidos en nuestras promesas, vieran que no solo faltábamos á ellas sino que éramos opresores de nuestros hermanos oponiéndonos á un pronunciamiento que va á derrotar al ministerio y destruir los abusos y desgracias de su mando? Tamaña afrenta no la podria yo sufrir sin degradarme, y puesto que la casualidad nos favorece, teniendo yo que dar cumplimiento á la orden del poder, sirvan sus mismas providencias á nuestro plan, y evitaremos victimas, por que ninguna quiero. Tiempo es ya de romper el dique á tanto sufrimiento, de que cese tanta arbitrariedad; seamos hijos dignos de la patria, y esta nos bendecirá cuan-

do la hayamos salvado. ¡A las armas! Formen vds. las compañías dentro de sus cuartros respectivas; hablen á los demas sargentos y cabos, y venir despues á tomar mis órdenes.»

Fué luego Cardero á ver á los soldados, y hallándose en este acto le avisó el capitán de la guardia de prevencion, que el gefe de la plana mayor del distrito estaba á la puerta del cuartel esperándole. Corrió á hablar con dicho gefe, que pretendia saber si las patrullas estaban en disposicion de salir, y que lo hicieran para dar parte al capitán general de estar cumplida su orden. Le contestó que aun faltaban dos oficiales por la distancia en que vivian, mas si tardaban, él mismo les supliria, y el subteniente abandonado (Rueda). El gefe, sin apearse de su caballo, marchó satisfecho.

Cardero se guardó muy bien de avisar á los oficiales designados por el coronel por no ser de su confianza; los que llamó estaban en las máscaras y no parecieron; é impaciente con la inaccion, da á los sargentos el santo y seña y las demas instrucciones oportunas, y ordena salgan del cuartel las patrullas á sus respectivos puntos, y que á la primera campanada de las seis en el reloj de la Puerta del Sol, cayeran sobre el principal, en cuyo punto estarian ya Cardero y Rueda.

El capitán de la guardia de prevencion era un obstáculo para la salida de la tropa en tanto número, y á fin de salvarle sin violencia le leyó Cardero la orden del coronel, aumentando el total de la fuerza. A pesar de esta precaucion, conoció al salir la tropa que era muy superior á la prevenida, y tuvo Cardero que convencerle de la conveniencia del exceso, y salió tambien; pero el gefe de la guardia, que no quedó satisfecho de sus razones, detuvo á las últimas hileras.

Cardero pudo ya respirar con algun desahogo: cada contrariedad, de tantas como sufría, era un peligro inminente para su vida.

Dirigióse con su fuerza á la calle del Escorial: mandó cargar las armas y esperó.

Previniendo que se detuviera decorosamente á cuantos por allí transitasen, se retiró, advirtiéndole que si á las cinco y media no habia regresado, marchasen al Principal, aproximándose despacio y cuidadosamente hasta oír la sorpresa que él ó Rueda efectuarían. Acercóse á la casa del coronel, y á poco vió llegar un soldado de su cuerpo que

llevaba un parte del capitán de la guardia del cuartel, notificando el excesivo número de tropa que había salido. Retuvo al ordenanza y tomó el parte.

Poco después fué á las inmediaciones de la casa del capitán general, donde halló á un soldado que iba á llamar al coronel del 2.º ligero. Dándose á conocer entonces Cardero como ayudante del cuerpo, le manifestó que él mismo llevaría el parte y que se retirase. Cardero se decidió entonces á presentarse al general. Anunciado, fué recibido al punto, y le dijo estaban cumplidas sus órdenes, pues que habiendo encontrado al ordenanza que iba á llamar á su coronel, él mismo se había encargado de buscarle y no le había hallado, creyendo estuviere recorriendo los puestos, viniendo él á ponerse á las órdenes de su general, por si en tanto podía ser conveniente.

Satisfecho Canterac de esta manifestación y de las contestaciones que le dió, le dijo que el ministro de la Guerra tenía toda su confianza en su regimiento, al que colmaría de distinciones, y que el próximo día lo sería de triunfo para las armas de la reina, pues los anarquistas y revolucionarios recibirían una lección más severa de lo que se imaginaban, y el gobierno podría seguir su marcha sin obstáculos, acabando hasta con las esperanzas de los demócratas; concluyendo con prevenirle que hiciese avisar de nuevo al coronel para que fuese al cuartel, y mandase que los gefes y oficiales francos de servicio se reunieran, poniendo la tropa sobre las armas y esperando sus órdenes.

Cardero marchó al instante á casa de algunos de los conjurados, y encontró cerradas todas las puertas, volviendo á su puesto á esperar la hora del rompimiento.

El gefe de estado mayor visitaba en tanto las patrullas, y cuando echaba de menos algún oficial se le contestaba que había ido á su casa por alguna prenda que se había dejado con la precipitación.

Dieron al fin las cinco y media de la mañana. Cardero entonces dejó en libertad á las personas detenidas y marchó decidido al Principal.

## DIEZ Y OCHO DE ENERO.

SORPRESA Y OCUPACION DEL PRINCIPAL.—  
MUERTE DE CANTERAC.

### XCII.

Vamos detallando estos sucesos porque así lo exige su interés; porque se vea que aun el que parecía más insignificante era de importancia para haber impedido la insurrección. Referimos un drama cuyas escenas tienen íntima conexión.

Cerca de la Puerta del Sol hizo alto la patrulla de Cardero. En el interin rendía el santo y seña la de Rueda con todas las formalidades de ordenanza y escrupulosamente, pues estaba prevenido el gefe de la guardia de que había algún motin. Sin sospechar de esta fuerza mandó arrimar las armas al cuarto vigilante, y cuando Rueda pidió permiso para que su tropa descansase en el ático de Correos á cubierto de la niebla, fué concedido, ó decidiéndose Rueda, lo cual ignoramos, se introdujo rápidamente con su fuerza en el cuerpo de guardia, y Cardero entonces, que todo lo observaba, se interpuso veloz con su gente entre las armas y la tropa de la guardia que iba á tomarlas.

Impedida de este modo su acción, y obligados los gefes á entregar sus sables, fueron encerrados en un cuarto y la tropa en el cuerpo de guardia, releváronse las centinelas, se colocaron otras, se situaron dos compañías fuera de la puerta del edificio, y se pusieron avanzadas, ocupando una compañía la lonja de San Felipe, elevada como la del Carmen Calzado y más larga que todo el frente de la casa de Cardero, que se ha levantado en su lugar.

Dieron las seis, y al sonar la última campanada ya estaban reunidos en Correos los setecientos treinta hombres que sacó del cuartel. Todos cumplieron exactamente sus prevenciones.

Para que se franquearan las habitaciones del edificio á fin de ocupar los balcones y ventanas, llamó al administrador y le insinuó urbanamente su propósito. Distribuida una tercera parte de ración de pan á cada soldado y una copa de aguardiente, que fué lo único que pudo comprar con su propio dinero y el de los sargentos, y formados en columna cerrada dentro del patio, Cardero les arengó lleno de fuego y patrio-

tismo, justificando el pronunciamiento ya realizado, y recomendándoles el valor y la disciplina, el respeto sobre todo cuanto habia en el edificio, porque un papel á que tocaran, seria lo bastante para que les abandonase quitándose la vida, que deseaba sacrificar con mas utilidad en favor de la libertad y de la reina.

Los soldados que escucharon con atencion no fueron impasibles al entusiasmo de su gefe: las lágrimas asomaron en los ojos de algunos, y Cardero no pudo menos de conmoverse. Desde entonces, este mútuo sentimiento de ternura ligó á todos con un lazo indisoluble, y nuevamente ofrecieron su vida en holocausto de la patria.

Distribuyó la fuerza por el edificio, y como tardara en desocuparse la tesorería por hacer el arqueo, acudió Cardero al saberlo, y por evitar el perjuicio que pudiera irrogarse en la traslación de los fondos, renunció á ocupar aquellas habitaciones aunque le eran necesarias, y encargó al administrador las cerrase, poniendo un centinela para su seguridad, á pesar de que el mismo administrador le dijo, que cuando tal nobleza veia en el gefe, y tanta honradez y subordinacion en la tropa, él mismo respondia del dinero.

En este tiempo iban acudiendo algunos agentes de policía en demanda de fuerza para efectuar prisiones, y al verse detenidos y presos por unas tropas silenciosas y ordenadas, se deslucian en reclamaciones enseñando sus títulos, protestando su adhesion al gobierno, y acriminando á los liberales exaltados, autores del movimiento. Hasta que hubo una víctima no creyeron los incautos su posicion.

El gefe de estado mayor se presentó en el Principal: recibióle Cardero fuera de la puerta, y oidas sus reconvenciones, le habló con claridad y le arrestó, dejándole la llave de la habitacion.

Aun no estaba colocada la tropa cuando se tocó diana por la banda de cornetas y tambores, lo cual apresuró la reunion de algunos de los oficiales comprometidos. Unos marcharon en seguida á sus regimientos, quedándose los del 2.º de ligeros.

El grupo de paisanos armados que debió estar en casa del capitán general, también se presentó, porque en el sitio señalado no pareció su gefe, el cual llegó al instante mal humorado por no haber encontrado á su gente. Cardero se despidió de ellos para que cumplieran su oferta, pues ya veian que él

la cumplió y les apoyaba. Lo mismo hizo con los milicianos que se le habian reunido, recomendándoles estuviesen en sus puestos.

Acto continuo mandó tocar generala, y acudiendo milicianos por todas partes, muchos de ellos ignorantes de lo que pasaba, les enviaba Cardero á sus destinos porque no queria en Correos mas que su gente, en cuyo valor y decision confiaba.

El capitán general se dirigió entonces á pie al Principal. Cardero y un teniente coronel salieron á recibirlo con señaladas muestras de atencion y respeto. Canterac comenzó reconviniéndoles y amenazándoles enérgicamente, y le suplicaron se tranquilizase, ofreciendo esponerle con exactitud cuanto habia ocurrido y sus causas. La contestacion del general fué dar á Cardero un golpe en el pecho con el puño de su mano derecha y el de su baston. Vaciló un momento Cardero con aquella ofensa: hubo un instante de inaccion y de silencio de parte de ambos, diciéndole al fin estrañarle aquel modo de proceder. Contenido por el decoro y el respeto, y atendiendo á que la desventaja estaba de parte del general, pudo dominarse. El teniente coronel habló á Canterac con entusiasmo del movimiento, mas éste, sin dejarle proseguir, le agarró la casaca hácia el pecho con tal impetu y violencia, que le arrancó algunos botones. Todavía la prudencia contuvo la cólera del ofendido. Cardero quiso poner un limite á aquella desagradable escena, y manifestó al general la necesidad de que se moderase, y de que, cediendo á la fuerza imperiosa de las circunstancias, se entregase arrestado. Llegó entonces un ordenanza de coraceros, y le mandó Canterac que fuese á todo escape á su cuartel y previniese al coronel que viniera al instante con su regimiento á castigar la sublevacion. Marchó, mas á una seña de Cardero, fué detenido por las avanzadas y arrestado en el patio de Correos.

El general se desesperó mas y mas: era natural en su posicion, y dijo á Cardero que le habia engañado, por lo cual sufriria todo el rigor de su enojo. Cardero le repuso, evitando otro golpe que le dirigia Canterac, que ya habia cubierto su autoridad y cumplido sus deberes, que lo demas era demasiado espuesto y comprometido, y que no buscasse victimas que á todo trance debian ambos evitar.

—¿Y qué proyecto es el de esta tropa? preguntó el general.

—El de apoyar, le contestó, la accion



popular por el convencimiento de que era necesario variar el gabinete, para que no fuesen ilusorias tantas promesas, sancionando S. M. todas las peticiones del Estamento de procuradores, como único remedio para salvar la patria de los males á que la tenacidad mas necia ó mas pérfida les conducia; que el pueblo, la mayoria de la milicia urbana y algunos otros cuerpos apoyaban el pensamiento.

Canterac aparentó oir con serenidad, y aprovechando un descuido de Cardero, le desenvainó su sable, y se dirigió a la compa a colocada a la derecha de la puerta, a cuatro   cinco pasos de donde los tres estaban.

Al verse Cardero sin su sable, se le colorc  el rostro; pero se contuvo: era Canterac su gefe. Solo dijo cruzando los brazos:

—*Mi general, esa accion no es propia de V. E.*

Canterac ya no hizo caso de él. Acudió a los soldados, obligando a los que habian preparado sus armas a ponerlas al hombro, principiando por las hileras del costado izquierdo de la compa a, y peg ndoles con el puño del sable para que obedecieran, y diciéndoles al mismo tiempo: *Maten vds. a esos oficiales.* Mas los soldados permanecian inmóviles.

Durante esta escena se agolparon varios guardias nacionales y paisanos armados, que desconcertados entre sí por falta de gefe, buscaban algun apoyo. El general, sin cuidarse de ellos, seguia ocupado con los soldados, y al llegar a la quinta   sexta hilera, aclamó el *Estatuto real*. La contestacion unánime fué; *Viva la libertad!* El general irritado repitió la misma voz, añadiendo *el órden*; y la milicia, los paisanos y la tropa repitieron su anterior aclamacion. Canterac, fuera de sí, dijo: *Viva el rey!* Quedan todos sorprendidos de tan estraño grito, al rmanse y preparan las armas. Pasmado Cardero de lo que no podia creer fuera otra cosa que una equivocacion, quiso advertir a Canterac el trastorno de su mente; mas no le deja oir su irritacion; y como preocupado por el silencio que todos guardaban, retratada la cólera en su semblante, repite desgraciado el funesto viva, y sin intervalo sonaron en los grupos varios tiros de fusil y de pistola, cayendo Canterac mortal al lado de Cardero, que se inclinó a él, le tom  la mano derecha y le vio cadáver. Una bala llevó a Cardero un boton y parte de la capona del hombro izquierdo, y un soldado

de los formados fué gravemente herido en el vientre. Esta es la mejor prueba de la inculpabilidad de Cardero, a quien se ha atribuido la muerte del valiente Canterac, victima de su deber y de su pundonor.

Cardero recogió y envainó su sable, mand  entrar el cadáver en el patio de Correos, y envió al hospital al soldado herido, conduci ndole los soldados de la guardia arrestados. Hizo despejaren el terreno los milicianos y paisanos, y algunos oficiales que habian acudido a Correos, se retiraron temerosos de las consecuencias de tan fatal incidente. Ademas del consecuente Rueda, solo quedaron unos cuatro   cinco con Cardero.

Varias personas notables se ofrecieron sinceramente a Cardero. Quiroga se fingió enfermo.

ASLAMIENTO DE CARDERO.—SU LUCHA.—PARLAMENTOS Y NEGOCIACIONES.—CAPITULACION.

### XCIH.

Muerto el capitán general, ya no era posible retroceder: habia que sostener la revolucion, que vencer   morir. Asi pensaron los soldados de Correos, y asi creyeron que pensarian la milicia y el pueblo; pero estos se asustaron de su misma obra. Pigmecos revolucionarios, les impuso, como a los niños, la vista de un cadáver y retrocedieron espantados.

Cardero, solo con su tropa, se vió aislado: los ministros no llegaban presos: el movimiento no era secundado en parte alguna, y el gobierno tenia tiempo de obrar y resistir. Entonces comprendió lo terrible de su situacion; pero antes que retroceder prefirió la muerte, aunque para resistirse no tenia cada plaza mas que treinta cartuchos, y solo habian comido los soldados una tercera parte de racion de pan. Pero aun confiaba en que no le abandonarían los que con tanto patriotismo le ofrecieran tanto, los que juraron preferir la muerte a vivir bajo la arbitrariedad del gobierno, los que no reconocian en otros patriotismo mas acendrado, y los que llamaban cobardia a la vacilacion: aun esperaba que viendo la milicia su decision se pronunciase en masa, pues no creia que todos fuesen débiles   inconsecuentes.

Pero eran ya las siete y media de la mañana, y todo permanecia tranquilo.

El general Bellido, gobernador de la

plaza, se presentó solo á caballo: salió Cardero á su encuentro: le contó simplemente lo acaecido, sorprendiéndole todo por ignorar las medidas tomadas por el capitán general aquella noche, sin contar con él, ni tener de ellas el mas pequeño conocimiento, cuando á él le correspondía llevar á cabo su ejecución. Omitiendo Cardero el arresto de este gefe, le suplicó vehementemente fuese á palacio á elevar á la reina Gobernadora la causa del movimiento, y á ratificar solemnemente la lealtad de todos hacia ella y hacia su augusta hija doña Isabel II, su amor á sus reales personas, añadiéndola no se asustase. Así lo prometió Bellido, y recomendando el orden fué á ponerse de acuerdo con Llauder.

Varios gefes y oficiales y autoridades locales se presentaron en el Principal, satisfaciendo Cardero á las preguntas de cada uno, según su clase; y á las 9 de la mañana se acercó al mismo sitio un oficial con parte de la compañía que debió haber ido á casa de Canterac. Reconvenido aquel por su morosidad, causa de tan sensible desgracia y de tan grave compromiso, probó su inculpabilidad, y dió una prueba de su decisión presentándose cuando arceaba el peligro.

Llauder, así que supo había estallado la insurrección y la muerte de Canterac, acudió á palacio, y reunido con los demas ministros recibió las órdenes de S. M. Montó á caballo, presentóse al primer batallón de la milicia urbana situado en la plazuela de la villa y calle del Arenal para cubrir las avenidas de palacio; dispuso que le siguiese un batallón de la guardia Real, la compañía de cazadores del regimiento de Saboya, coraceros de la Guardia, y los dos cañones que había en Palacio, y marchó sobre los sublevados.

Otra columna avanzaba al mismo punto por la calle de Alcalá al mando del general Bellido; otra venia en igual dirección por la Carrera de San Gerónimo al del conde de San Roman; una tercera bajaba por la de Carretas dirigida por Solá, y por la Red de San Luis descendía la cuarta, y á su frente Alvarez. Iba á tronar el cañon en el centro de Madrid, á derramarse iba sangre generosa y valiente que tanta falta hacia para sostener en otra parte la causa que unos y otros sostenian, y á trabarse un combate mortífero, y nada lo anunciaba por parte de los sublevados, que á todos dejaban transitar libremente, que se limitaban á estar en las rejas y balcones, con un silencio y un orden ad-

mirables. Y como todo habia pasado en el mismo silencio y la infausta muerte de Canterac tuvo lugar poco despues de la madrugada, la mayor parte de la poblacion nada sabia, y multitud de curiosos acompañaban confiados la música de la guardia de palacio que traia Llauder. Pero al acercarse las fuerzas de éste fueron detenidas por las avanzadas de las gradas de San Felipe, y por una compañía que dió frente á la calle Mayor. El ministro envió entonces á uno de sus ayudantes á intimar la rendición, que fué contestada negativamente. Repitióse por otro ayudante que exhortó á Cardero cediese, haciéndole conocer la desesperada situación en que se hallaba, bloqueado por todas partes, y que iba á ser atacado con vigor y reducida á cenizas la casa de Correos. Insistió Cardero en su negativa, contestando que él y su tropa estaban resueltos á quedar sepultados en las ruinas del edificio. El parlamentario se dirigió entonces á los soldados amonestándoles que abandonasen á Cardero, que le mandó severo retirarse. Al punto á que habian llegado las cosas, derramada la sangre de Canterac, la salvación de los sublevados podia estar en la resistencia, por las simpatías de su causa en el pueblo y la milicia, por la repugnancia de sus compañeros á batirles, por la debilidad del gobierno,

El ministro de la Guerra debió conocerlo así, debió comprender el peligro de la tardanza en apagar la sedición, y que se hallaba sobre un volcan que podia vomitar su fuego de un momento á otro, sin amigos el ministro, y rompió, cumpliendo con su deber, las hostilidades. Al pie de la casa de Oñate tronó el cañon, y llevó la muerte á curiosos indiscretos, á transeuntes pacíficos, á los pobres aguadores de la Puerta del Sol, y á las mismas columnas (1) de la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, respetando, como no podia menos, atendida la dirección desacertada de los fuegos, á los parapétados al costado de las piezas, enfiladas al Buen Suceso. Hija del aturdimiento debió ser tan deplorable torpeza, y no hicieron poco bien los defensores del atrio de San Felipe, apagando tan incalificable cañoneo. Dejó por fin de jugar la artillería, que habia lastimado á los suyos, y ya iba Llauder á emplear el batallón de la guardia Real, cuando le fué reclamado por perte-

(1) El brigadier Zamora fué muerto por una bala de metralla en la calle de Alcalá.

necer á la guardia de palacio, y tuvo que enviar dos oficiales de estado mayor á hacer presente á la reina la conveniencia de no desmembrar por entonces el batallon. En el interin tomó varias disposiciones, porque aunque tarde, conoció que no era fácil tomar la casa de Correos defendida por seiscientos hombres decididos, y que no podía hacer uso de la artillería, como le manifestó el director general del arma, conde de Casa Sarria, y el de ingenieros; y dejando al frente de la columna de la calle Mayor al general don Joaquin Ezpeleta, fué á recorrer los puntos donde se hallaban situadas las demas tropas, previniendo la ocupacion de las casas que cercaban el edificio de Correos, para proteger desde ellas el ataque apagando los fuegos de los sublevados, y asegurar el éxito. Mas en tanto que tenia lugar esta operacion, fué llamado á palacio al consejo de ministros y de gobierno que estaban reunidos, opinando alli el presidente del Consejo y otros, que como ministro no debía separarse de la junta. Opúsose á esta formalidad, pero hubo de haber disgustado, y dictó en seguida al subsecretario de Guerra, don Mariano Quirós, un oficio al general Bellido, manifestándole recaian en él por ordenanza las funciones y el mando de capitan general. Desde entonces quedó irresponsable Llauder de cuanto sucedió.

La cosa varió de aspecto. Ya no se trató de tomar con los coraceros un edificio tan fuerte como Correos; ya conoció Cardero que tenia que defenderse, y al ver espuesta la avanzada de las gradas de San Felipe, sobre la que se rompió el fuego desde los balcones de la casa de Oñate, la mandó retirar, haciéndolo á la carrera al oír la corneta, dejando un sargento muerto y dos soldados gravemente heridos. Cerráronse en seguida todas las puertas de la casa de Correos, y sostuvo con energía el fuego.

Avanza la columna de la calle de Alcalá para apoderarse del edificio, y al asomar por la esquina del Buen Suceso los primeros soldados, son detenidos por el mortífero fuego de los sublevados, lamentándose algunas víctimas.

Se hizo general el combate; de todas las esquinas y balcones se hacia fuego al principal, y los balcones y ventanas de este vomitaban sin interrupcion la muerte.

El cuarto batallon de la milicia urbana, que formaba parte de la columna de la calle de Carretas, oyendo á los sitiados dar vivas á la libertad y á Isabel II, no hizo

fuego y les mostró sus simpatías entablándose inteligencias y manifestando sus intenciones pacíficas el comandante don Diego Consul, Lacomme y el teniente de granaderos Lefebre. Esto hizo cesara el fuego por todo aquel frente.

Algunos soldados de los que defendian una de las ventanas bajas, llamaron á Lacomme y á Lefebre, y les explicaron su apurada situacion, diciendo que se les habia seducido con promesas de que toda la guarnicion y milicia urbana secundarian el movimiento; manifestaron tambien la escasez de recursos en que estaban, lo cual ratificó el sargento primero encargado de aquella parte. Los milicianos ofrecieron llevarles víveres, é invitaron al sargento saliese á hablar con el general Solá. Asi lo hizo sin autorizacion de sus gefes, que le prohibieron luego la entrada por mas que la suplicó.

Cardero estaba á la sazón en el piso principal del edificio haciendo sostener los fuegos de frente y oblicuos y estimulando el ardor de sus valientes (1), cuando le avisó Rueda de lo ocurrido en la ventana: vuela á ella, releva á los soldados haciéndoles ir al interior del edificio y al sargento encargado de la puerta por donde salió el de su misma clase; y conferenciando con Lacomme y Lefebre, permite que la compañía de granaderos se situe bajo los fuegos de aquel frente en señal de amistad y confianza.

Poco despues se aproximó el general Solá á la ventana, y se espresó con Cardero en términos corteses y conciliadores; contestándole éste con respeto que estaba resuelto á morir antes que degradarse, y que se habia pronunciado para no rendirse. Mirando con indignacion al sargento indica-

(1) Es digna de referirse esta anécdota que hemos sabido entre otras. Quando mas activo corria Cardero para avivar el fuego vió á un soldado sentado en un rincón, y preguntándole por qué se habia retirado de su puesto, contestó que estaba desmayado y entraban balas por el balcón. Entonces le tomó Cardero el fusil y le dijo: «Es vd. un cobarde; venga ese correaje que yo supliré la falta del único soldado que se muestra débil entre tantos valientes.» El soldado quedó un momento inmóvil, y se avalanzó de pronto á su arma, diciendo: «Deme vd. mi fusil, mi ayudante, que yo iré á mi puesto, pues no faltaba mas que ocupase vd. mi lugar y que no pudiese estar sobre todos para reprender y castigar á los que como yo, falten á su obligacion.» Cogió su arma, y siguió batiéndose con valor.

do, le llamó desertor; y defendiéndole Solá, se disculpó pidiendo entrar á su puesto, que se le negó como dijimos.

A este tiempo apareció por la Carrera de San Gerónimo un ayudante alzando un pañuelo blanco, y dando voces de parlamento, que se oían, á pesar del fuego: se le mandó ir á la ventana donde estaba Cardero y continuaba el general Solá. El parlamento se reducía á intimar á los sublevados se rindiesen y todos serian perdonados, menos los autores de la muerte de Canterac. Cardero se negó á rendirse; y en cuanto á la muerte del general, deplorándola como el que mas, dijo, que ninguno de los individuos bajo sus órdenes era autor ni ejecutor de ella, explicando el suceso.

Solá se ofreció de intermediario para con el gobierno, y propuso á Cardero suspender el fuego, á lo que éste accedió así que dejasen de hostilizarle. Así sucedió. Cardero no sostenía ya sino su honra; y al ver que el pueblo no quería ó no tenía decision para proclamar la causa por que él se había comprometido, habria cedido si su seguridad y la de los suyos no peligrasen de este modo.

Después que marchó Solá, acudieron algunos de los comprometidos en el movimiento, disculpándose con Cardero, y escitándole á que se sostuviera hasta la noche, dándole seguridades de que se generalizaría; mas Cardero, justamente irritado con esta nueva exigencia, se mostró descontento y desconfiado: pidiósele, por fin, entretuviese lo que pudiese las negociaciones siquiera una hora y accedió á este plazo.

En el interin llegó el coronel Minuisir con deseos de hablar á Cardero reservadamente y entró en el edificio, resultando de la conferencia con éste, Rueda y otros oficiales, escribiese el primero una enérgica, pero lacónica esposicion al Estamento de procuradores, que se habia reunido, esponiendo los motivos que impulsaron al pronunciamiento. Minuisir se encargó de llevarla á su destino, é inmediatamente acudieron á leerla en la mesa de la presidencia algunos procuradores; mas Argüelles, fuese por casualidad ó de intento, como es de presumir, derramó el tintero sobre ella y no pudo leerse; saliéndose por tan extraño medio de la duda acalorada de si habia ó no de darse cuenta en aquella sesion, y apagando las primeras chispas de un incendio que amenazaba producirse en el seno de la representacion nacional, adicta á los objetos que proclamaba la rebelion.

El duque de San Carlos tambien se presentó ofreciendo su mediacion para con la reina Gobernadora, que le mandaba hablase con el mismo gefe de los sublevados. Así lo hizo, y volvió á palacio llevando la única contestacion que podia dar Cardero en su compromiso.

Solá regresó anunciando que el consejo de ministros, presidido por S. M., indultaba á cuantos estaban dentro de Correos, á condicion de que franqueasen las puertas, entregasen las armas y municiones y formasen sin ellas fuera del edificio. Los generales Ricafort, Butron, Alvarez y otros que llegaron, ratificaron la proposicion; pero Cardero se negó resueltamente á esta condicion y todos se retiraron.

Cardero no veía garantida la promesa, y ya que no airoso, por falta de otros compañeros de conjuracion, queria salir con honra de su compromiso. Todavía esperaba de la debilidad y desconfianza del gobierno, de las simpatías de la milicia y del pueblo, de la noche, por fin; pero supo lo sucedido en el Estamento, del que tanto aguardaba; y este acontecimiento imprevisto, y el descontento que iba produciendo en la tropa encerrada, la inaccion, que les daba tiempo para pensar en lo critico de su estado, formando corrillos y hablando de su situacion, le hizo conocer lo falso de ésta. Habia pasado tambien con exceso la hora que se le fijó de plazo para el pronunciamiento general y nada sucedia.

El duque de San Carlos volvió con autorizados mensajeros ratificando el indulto y exigiendo que en vez de los fusiles dejaran los soldados el pie de gato. Tampoco satisfizo á Cardero esta modificacion; pero descaba poner un término á su compromiso, dejando bien puesto el honor de las armas y asegurada la suerte de sus valientes camaradas, y propuso esta capitulacion:

« Que se corriera un velo sobre los acontecimientos de aquel dia.

» Que se les conservara á todos sus respectivos empleos sin que se les pusiera la menor nota en sus hojas de servicio ni filiaciones, ni menos se les hiciese ningun cargo por aquellos sucesos.

» Que habia de salir al frente de sus soldados con tambor batiente y bayoneta armada hasta fuera de la poblacion.

» Que allí, colocándose en el puesto que por su clase le correspondia, seguiria la marcha con sus compañeros de armas al ejército del Norte á batirse contra los ene-

migos de la libertad para dar dias de gloria á la patria.»

Mucho sorprendió esta valiente propuesta de capitulacion; pero seguros á vista de la energia de Cardero de que no la variaria en lo mas mínimo, fueron á dar cuenta de ella al gobierno.

El plan habia fracasado; pero los demas conjurados estaban en acecho: la milicia no se habia unido al 2.º de ligeros; pero no le hostilizaba é iba interesándose por su suerte fraternizando en sentimientos: tampoco se habia pronunciado el pueblo; pero su disposicion á ello podia ser aprovechada en ocasion oportuna: no se habian sublevado otros cuerpos; pero estaban en ello no pocos comprometidos: el Estamento no prestaba su apoyo al gobierno; y con todos estos elementos se acercaba una noche eterna. El consejo de ministros cedió á la fuerza de las circunstancias, y la ilustrada Gobernadora aprobó en todas sus partes la propuesta, y así se comunicó solemnemente á Cardero.

#### SALIDA HONROSA DE LOS SUBLEVADOS.

#### XCIV.

Publicada solemnemente la capitulacion, mandó Cardero poner en libertad á los detenidos; hizo que la guardia anterior del Principal tomara las armas de nuevo y pusiera sus centinelas; manifestó el sitio en que se hallaba el cadáver de Canterac, y recomendando el órden y dignidad á los soldados, emprendieron todos la marcha con tambor batiente y tocando el himno de Riego, yendo Cardero con Solá á la cabeza de aquellos valientes, que en su tránsito por la Puerta del Sol, calle de la Montera y Fuencarral, fueron saludados por la multitud con entusiastas aclamaciones.

Aquellos sublevados, á cuyo paso hicieron las tropas los honores de ordenanza, no eran los vencidos, eran los vencedores. Alzando erguidos su frente y con el orgullo de la superioridad, caminaban satisfechos, sino por haber conseguido su deseo al sublevarse, por haber salido dignamente de su critica situacion.

El gobierno fué el vencido. Aislado en su impopularidad, estrellóse todo su poder en las paredes de un edificio defendido solo por un batallon escaso, que, si como fué solo, hubiera sido secundado por otro, viera Madrid variar en un momento las instituciones.

Fuera ya de Madrid, hizo alto la fuerza, y envainando Cardero su sable, dijo al general Solá que se colocaria en su puesto subalterno, pues unido ya á la demas fuerza del regimiento, debia tomar el mando el coronel: Solá le mandó que fuese á su lado y obedeció.

A las diez de la noche llegó el batallon á Alcobendas empapado en lluvia y lleno de lodo y de cansancio con la fatiga de aquel dia y la falta del rancho. Continó al dia siguiente su viage, y en Burgos fué separado Cardero y enviado á las islas Baleares.

#### OBSERVACIONES SOBRE LA INSURRECCION DEL 18 DE ENERO.

#### XCv.

Tal fué el desenlace de la insurreccion del 18 de enero. ¿Era el que debia tener? ¿Era el que se podia esperar lógicamente, atendiendo á los personajes que la impulsaron, á los elementos con que decian se contaba? No, seguramente. Mas diremos; nos asombra como un hombre del temple de Cardero, que se bastó para hacer el pronunciamiento, no sacó de él todo el partido que su situacion le prometia. Hizo mucho, sin duda, resistiendo y batiendo al poder, tratando de igual á igual con él y arrancándole una capitulacion que fué un timbre de gloria para los sublevados; pero pudo Cardero, en nuestro concepto, haber hecho aun mas.

Es preciso convenir en que la milicia, si no ayudó en masa ostensiblemente á los sublevados, simpatizaba con ellos y no los combatió; es preciso no olvidar que el espíritu público estaba pronunciado contra el gabinete. Por aqui se conocerá cuál era el poder de los insurrectos. Pero, aunque valientes, se asustaron de la magnitud de su obra al verse aislados, y éste fué su error. Despreciar debieron á los que los abandonaron, y ya que se propusieron morir ó asegurar la libertad, debieron haber hecho valer todo su poder, toda su fuerza, entonces debieron haber hecho capitular á sus enemigos; debieron haber hecho que el Estamento, reconociendo aquel paso como una necesidad de las circunstancias, manifestase si la peticion de los sublevados era conveniente y justa, y que se acatase de consiguiente su voluntad haciéndola cumplir. Así se hubiera dado el espectáculo de

una insurreccion postrada ante la libre representacion del pueblo, y que esta hubiese dado la ley como la competia; no la fuerza, porque nunca reconocemos este principio disolvente, porque no queremos que se erijan las leyes como los señores de Roma sobre el pavés de la soldadesca desenfrenada, que hoy aclaman á un emperador para asesinarle mañana.

Cardero temió sin duda echar tal responsabilidad sobre sus hombros; tenia ademas un plan formado y no concibió otro. Verdad que su situacion no fué la mas á propósito para modificarle. Cuando despues pensase que fué el árbitro de la suerte de la nacion; cuando despues comprendiese lo fuerte de su poder, aun encerrado en un estrecho recinto, y viese que solo salvó su vida y su honra, le habrá pesado no haber representado hasta su fin su papel de héroe, que merece mucho mas que otros autores de revoluciones.

Cardero, elevado desde entonces á una fama merecida, fué el principal personaje de esta insurreccion. El partido liberal tuvo mucho que agradecerle, porque hirió mortalmente al engendro político de Martínez de la Rosa; no así él á los que le abandonaron cobardemente, á los que dejaron preparar la resistencia, á los que permitieron se vertiese la sangre de los mismos á quienes habian impulsado á darles el triunfo y el poder.

Así suelen proceder los pro-hombres de los partidos: jugadores falaces que nunca pierden, y sobre cuyo rostro debiera caer gota á gota la sangre que hacen ellos se derrame, y quedar impresa su mancha para que fuesen conocidos!

## LOS ESTAMENTOS Y EL MINISTERIO.

## XCVI.

La triste situacion en que quedó el ministerio se reveló palpablemente en las discusiones que originaron en ambos estamentos los sucesos del 18. Mas que ministros parecian los consejeros de la corona unos reos que se presentaban ante sus acusadores y sus jueces. Allí todos les interpelaron, todos les hicieron cargos, todos les condenaban. Sus enemigos, por natural oposicion: sus amigos, porque les veian desprestigiados; y los neutrales, porque su conciencia les rechazaba apoyar á unos hombres que de-

jaron triunfante una insurreccion, que temian se reprodujese. Así que, entregado el gabinete á sus propios recursos, á sus débiles fuerzas, tuvo que hacer frente á un enemigo formidable, compacto, homogéneo, en medio de su estereogeneidad y que se batia con brío.

Terrible era, sin duda, la situacion de los ministros, mayormente no esgrimiendo todos el arma terrible de la elocuencia, indispensable en las luchas parlamentarias, porque ella es la que combate, la que hiere, la que mata, porque ella es la que suele triunfar. El que mas necesitaba poseer tales dotes era Llauder; pero ya veremos que, podria ser muy buen militar, mas era un pésimo orador. No contaba la oposicion con colosales ingenios; pero tenia un Alcalá Galiano (el tribuno de la Fontana), un Caballero, un Trueba, un don Joaquín María Lopez, que comenzaba entonces su brillante carrera, y otros que dirigian continuados y certeros tiros al gabinete, ora como Carrasco con su apasionada y exaltada oratoria, ora como el conde de las Navas, con sus sarcasmos y sus epigramas.

Derrotado antes el gobierno en la detenida discusion de los presupuestos, castigados severamente por el Estamento de procuradores, que rebajó á la partida de la casa real 12.800,000 rs., y disminuyendo casi todas alivió las cargas del pais en mas de 42.000,000 de rs., se presentaba sin prestigio y sin fuerza moral, porque ni uno ni otro supo conservar.

La necesidad solo pudo hacer que aquel gabinete se presentase ante los estamentos, donde ya sabia que no encontraria apoyo ni aun tolerancia, donde habia de ser acriminado por lo que hizo, por lo que dejó de hacer, y hasta por lo que llegase á pensar.

De cualquier modo, las Córtes estaban en su derecho; el pais necesitaba esplicaciones, y debia consignar por medio de sus legítimos órganos su opinion. Mas, escitado con los sucesos del 18 y con su desenlace, estuvo próximo á ser teatro de escenas mas terribles y sangrientas que las que apenas presenció; con autoridades y con gobierno, que veia no velaba como debia por la tranquilidad pública, que permitia su alteracion, que no evitaba el peligro, que permitia se contasen victimas inocentes.

Todo prometia que las discusiones serian acaloradas, borrascosas, porque ademas de tantos elementos para ello, ocupaban los

escaños del parlamento algunos de los promovedores de la insurrección.

DISCUSIONES EN LOS ESTAMENTOS. — DIMISION DE LLAUDER.

XCVII.

Bruscos, aunque desordenados, fueron los ataques dirigidos al gabinete en ambos estamentos; el duque de Gor le acusa de haber transigido con los rebeldes; García Carrasco manifestó que se había dicho que un individuo del gobierno trataba de presentar nuevos candidatos que reemplazasen á sus compañeros, y que causaba horror el decir quienes eran los sujetos que designaba la opinion pública como tales; que se temía en consecuencia que se estableciese un sistema duro y feroz, que fuese sorprendido el ánimo de la reina Gobernadora, y que se decía que una camarilla trataba de apoyar los nuevos candidatos, que eran partidarios de la intervencion estrangera, y de los cuales, alguno estaba en relaciones con personas de alta categoría de Paris, que siempre habían sido enemigas de la libertad española, y adictas al partido del deshonor y la infamia. «Si esto es así, añadía, como parece probable, pues la opinion pública rara vez se equivoca, el estamento ve que es imposible que el gobierno continúe en la manera en que se halla constituido... Digo, pues, que siendo ciertos estos clamores de los verdaderos patriotas, y la ansiedad que se nota en todas partes por la division que se dice haberse manifestado en el seno del ministerio, creo conveniente y necesario esponer á S. M. las circunstancias en que nos hallamos, y que sería conveniente que el ministerio se compusiera de hombres enteramente unidos y que caminasen á un mismo fin, ó por mejor decir, que marcharan por una misma línea... La variacion que ha sufrido en estos días el gabinete inglés, sirve de apoyo con otras cosas, para creer que se trata de protocolizarnos. Se dice más: que se trata de un matrimonio entre el hijo del desheredado don Carlos y la reina Isabel. Esto, que á primera vista parece extraordinario, se verá que no es imposible. Despues de la prolongacion que experimenta la guerra del Norte, despues que se está derramando tanta sangre, ¿qué extraño sería que en las relaciones diplomáticas, con el pretexto de evitar ese derramamiento de sangre se tratase de protocolizar-

nos? Es preciso preveniros antes de que se verifique esto.» Quéjase luego de que no esté mas adelantada la terminacion de la guerra del Norte, sobre lo que no había que culpar ni al ejército ni á su caudillo, de quien á pesar de los males, de que se hallaba mas aliviado, se esperaba que terminara la guerra, siendo garante de ello la confianza que en él tenían los patriotas de la provincia. Acusaba á Llauder de querer desacreditar á Mina para que no recogiera los laureles á que era acreedor, y acogía cuantos rumores llegaron á sus oídos, que le sirvieron de otros tantos proyectiles á su furibundo y apasionado ataque.

No carecia de verdad en muchas partes, é interpretaba el disgusto de la opinion pública; y seguramente que, á haber tratado desde un principio aquella cuestion un hombre de mas alcances que Carrasco y mejores dotes oratorias, hubiera conseguido un triunfo de valía. Pero el discurso de Carrasco, aunque formado con buenos materiales, era un edificio sin solidez que se derribaba al menor impulso; así que el mismo Llauder, cansando al Estamento con un panegirico de sus antecedentes militares y una profesion de fé política, á la que cada uno daría el crédito que quisiera, rebatió en parte los argumentos de su antagonista, y dejó en pie la cuestion principal, que era la de los hechos, sus causas y consecuencias.

Trueba y Cosío, con mas elocuencia que Carrasco, adujo los cargos de éste, y don Joaquin María Lopez, con el patriótico fuego que ya le distinguía, fué dando á la cuestion nueva forma; mas se encargó de refutarle un esperto adversario ya acostumbrado á luchas parlamentarias, y Martínez de la Rosa sacó el mejor partido posible de su penosa situacion, pero no triunfó. La cuestion se iba complicando cada vez mas, y el duque de Rivas y otros de sus compañeros en el Estamento de próceres, y los que en el de procuradores asediaban á los ministros, les ponian en tal aprieto, que el desenlace había de ser, ó el cansancio de unos y otros, ó la derrota.

El conde de las Navas, constante fiscal del poder, siempre agresivo, apasionado é incansable, parecía á aquellos tiradores que de cuando en cuando dirigen su puntería al corazon de un gefe de los enemigos. Sin razon muchas veces para sus ataques, parecía tenerla por el extraño modo de presentarlos. Incoherente en sus discursos, que mas parecían arengas tribunicias, gus-

taba su modo de decir, porque escitaba la hilaridad de su auditorio.

Este procurador consiguió declarase el Estamento que no se daría por suficiente-mente ilustrada la materia interin hubiese un procurador que tuviese pedida la palabra. Asi duró tres ó cuatro dias la discusion.

Pero hay en ella una circunstancia notable: algunos promovedores de la insurreccion estaban allí combatiendo al ministerio porque no la castigó ó porque no la evitó. Allí se oyó á Palarea, el que debia encargarse del mando de la milicia urbana, el que fué á abrazar á Cardero en cuanto se apoderó de Correos, el que se mostraba rival en patriotismo con Quiroga, á quien trataba de inepto, empezar su especie de discurso, diciendo que su corazon estaba conmovido por las escenas del 18, por lo que no sabia si acertaria á espresarse, pues aquel dia lo habia sido de crisis para la libertad, de luto para todo amante de las leyes, del orden, de la libertad y del trono. Se proclama sostenedor de la severidad absoluta de la disciplina militar, porque sin ella, decia, no hay victorias, no hay orden, no hay libertad, no hay ejército. Desde el momento mismo que la disciplina se pierde ó se relaja, la fuerza misma deja de ser el instrumento sostenedor de las leyes, de la libertad y de la independencia de la nacion.... Yo, añadía, censuraré y criticaré siempre la falta de disciplina que se cometió antes de ayer; pero, ¿debemos nosotros mirar el hecho de aquel dia solo bajo el aspecto de la insubordinacion é indisciplina? No, señores: lo debemos mirar bajo dos aspectos: primero, debemos atender á las circunstancias que nos rodean; y segundo, mirar á los promotores de la rebelion. Los ejecutores de este crimen no son mas que un instrumento; la mano oculta que los movió, el delincuente principal es el que se oculta todavía y al que se debe procurar castigar. Yo ví á aquellos individuos, que no eran todo un batallon, salir de la casa de Correos, tambor batiente, la bayoneta armada y la piedra puesta en la llave; yo los ví desfilar, y los conté casi exactamente y eran de quinientos setenta á quinientos ochenta hombres nada mas.... Si no se les hubiera hecho creer que habia algunos mas que ellos en la trama, y comprometidas personas de mayor categoria, no se hubieran arriesgado á cometer el crimen que cometieron. Yo no lo puedo creer. ¿Qué digo? á voz en grito lo proclamaron ellos

mismos. Aquellos desgraciados manifestaron públicamente que se les habia hecho creer que habia otros muchos individuos de otros cuerpos, y á mas, personas de alta categoria que se pondrian á su cabeza; que se uniria á ellos mucha parte de la poblacion, etc. Yo lo oí de boca de muchos que se lo habian oido á ellos; yo llegué al momento de marcharse, y lo confieso francamente, las lágrimas se me saltaron de los ojos al ver un batallon tan valiente que hubiese cometido un crimen, que es el colmo de la insubordinacion en la milicia.... *Yo declamo y declamaré siempre contra los autores de este crimen y de las desgracias que hubieran podido suceder, y si no demos una ojeada y veamos los acontecimientos como sucedieron y como debieron suceder si hubiera llegado la noche, y si simpatizando con estos individuos, porque daban los mismos gritos de, Isabel II y libertad que los sitiadores, se les hubieran unido algunos esparciendo el desorden y la desconfianza, ¿y entre quienes? entre los liberales, que eran los únicos cuya sangre se derramaba. Los verdaderos enemigos no se presentaron, no: yo no ví en el suceso de antes de ayer, lo confieso, sino la mano primordial, la principal que lo movió, la que quedó oculta: yo no ví sino al partido del Pretendiente que siempre nos está amagando para introducir la division y la discordia entre los liberales.... La division ha entrado ya entre los defensores de Isabel II, y he aquí por lo que yo creo que han sido sugerencias de nuestros enemigos, pues hay jóvenes inexpertos que, seducidos por las voces mágicas de Isabel y libertad, y viendo en su fantasia peligros que no pueden existir mientras los Estamentos no se hallen reunidos, se arrojan á cometer un crimen. El resultado es, que en mi opinion particular, y creo que no me equivoco, el suceso de antes de ayer es una victoria para el sanguinario Pretendiente, que trata de usurpar el trono de Isabel II y poner el yugo feroz que no consentirá ya la nacion española.*

¡Estraño discurso! ¡Y se atrevía Palarea á hablar en estos términos! Hubiéramos deseado haber puesto nuestra mano sobre su corazon, haber dirigido nuestros ojos á su rostro, para ver si éste no se sonrojaba y aquel estaba tranquilo....

La discusion se prolongaba; y como dijo muy bien el señor Alcalá Galiano, que no estaba desorientado de las causas de la insurreccion, mas que discusion parecia una



conversacion, algo importante por haberse dado en ella un desahogo á las doctrinas liberales. Hizo la reseña de lo tratado hasta entonces, y en su discurso combatió implacablemente al ministerio con argumentos indestructibles, espuestos con aquella epigramática elocuencia que le es tan propia, ¿Qué censura mas amarga podia hacerse de Llauder que decir: «El señor ministro de la Guerra ha dicho que tuvo aviso de esta sedicion el dia antes que se llevase á efecto, y que en el mismo dia á las nueve de la mañana, estando en la cama, le llevaron la noticia de la muerte del capitán general. Por cierto, con menos motivo un ilustre general, con quien no llevará á mal S. S. que le compare, el valiente Lafayette, por haber dormido en una ocasion semejante, se quedó por algun tiempo con el nombre de el general Morfeo.»

Condenaba Alcalá Galiano la rebelion; pero distinguia la justa de la militar. «El atentado, decia, fué horroroso; no hay palabras que basten á reprobalo; pero los infelices de la casa de Correos no estaban bastante ilustrados; y así, movidos de su buen ánimo y de su celo escesivo, oyendo continuamente las discusiones acaloradas por la justa causa, y sin tener conocimiento de los medios legales de remediar los males que creian existir, ¿qué extraño es que adoptaran los que tenian en su mano? ¿Qué extraño, cuando creian que el ministerio caminaba mal?» Así justificaba la rebelion, siendo en esto mas consecuente que otros; y terminó diciendo, que el único crimen de los sublevados era un escesivo amor á la libertad.

Caballero, Lopez nuevamente, Gonzalez, Argüelles, Abargues, Isturiz y el marqués de Montevirgen, acusaron con mas ó menos energía á los ministros, y les combatieron sin tregua. Y el duque de Rivas, Gil de la Cuadra y otros, les imitaban en el Estamento de Próceres. Pero quien mas asombro causó fué Quesada, el que con Llauder trató antes de imponer, como dice Burgos, la ley del sable al gobierno de Madrid.

Habia ya hecho Llauder dimision del ministerio de la Guerra, y con terrible violencia atacó el marqués de Moncayo sus actos, pidiendo al Estamento que, pronunciando contra ellos la mas esplicita reprobacion, exigiese al que de ellos se habia hecho reo la responsabilidad mas severa; y á falta de ley, como él la deseaba, pedia que

se improvisase una. Constante, ó mas enérgico que en el Estamento de procuradores, combatió á Llauder, y exclamó: «Se cree ó se dice, que hay en el gabinete una persona que ha conspirado contra las libertades patrias que tienen por base el Estatuto real, que ha querido empezar por derribar á sus dignos compañeros para zapar despues el edificio social. En discursos pronunciados en el otro Estamento, y que fuera largo rectificar, ha ostentado dicha persona con jactancia y aun *con desvergüenza poco comun*, varios servicios cuyo origen habria sido fácil aclarar, como lo es deducir las causas que, para cambiar de parecer, ha obtenido el que los esponia.»

No creeriamos este discurso á no verle escrito.

Llauder hizo dimision, y Martinez de la Rosa se encargó por el pronto de su cartera. ¡Qué extraño que los negocios de la guerra mareharan tan deplorablemente!...

Al dejar Llauder el ministerio y volver á Cataluña, él mismo, por mandado de la reina Gobernadora, estendió el decreto; y aquella misma noche fué nombrado gentil-hombre de cámara de la reina Isabel, por un decreto autógrafo en que le manifestaba Cristina que le concedia la llave «para darle una prueba de lo que aprecio sus servicios y la lealtad con que defiende el trono de mi querida hija.»

Antes de cesar en el ministerio firmó las órdenes separando del servicio á Cardero, y para que se estendiesen licencias absolutas á los sargentos que le siguieron, y nombró fiscal al brigadier, conde de Mirasol, para formar la causa y juzgar á los autores de la muerte de Canterac.

#### NUEVOS MINISTROS. — ESFUERZOS.

#### XCVIII.

Para reponerse el ministerio de lo que le lastimaron los ataques pasados, se propuso organizar la administracion pública, y comenzó por pedir la centralizacion para simplificar la parte administrativa de todos los fondos de la hacienda, y la fusion, por razon de economía, de los gobiernos civiles en las intendencias de provincia. Pero este proyecto del ministro del ramo, fué combatido por otros de sus compañeros, y muy especialmente por el del Interior, que, si bien transigia con la centralizacion, no aprobaba la fusion de cargos. La misma

oposicion encuentra en las Córtes, sin que se apoyara á Moscoso que, cansado, deja la cartera del Interior á los veinte dias de la dimision de Llauder: Garely dimite tambien la de Gracia y Justicia, reemplazándole don Juan de la Dehesa, y á Moscoso, don Diego Medrano, vice-presidente del Estamento de procuradores. A poco se proveyó la secretaria de la Guerra en don Gerónimo Valdés.

Con sesenta y tres firmas se presentó en 9 de marzo una peticion para que, considerando lo gravísimo de las circunstancias en que se hallaba el Estado, y la urgente necesidad de aumentar los cuerpos de la milicia urbana, se dignara la reina prestar la sancion al proyecto de ley que las Córtes habian aprobado para su organizacion: que se comunicaran las órdenes mas estrechas á las autoridades de las provincias para que bajo su irremisible responsabilidad, reanimaran, por cuantos medios estuvieran á su alcance, el espíritu público, y promovieran el alistamiento, formacion y aumento de los cuerpos que en su virtud se crearan, y que en cada provincia se formara un batallon de milicia urbana movable, compuesto de los que voluntariamente se inscribieran para servir en él, á fin de que el gobierno pudiera destinarle á los puntos en que mas útiles considerara sus servicios, incluso el de ocupar militarmente las provincias insurreccionadas, si por desgracia fuese necesario.

Los inespertos procuradores no supieron tratar debidamente esta cuestion, pues en último resultado fué un triunfo que Toreno arrebató á sus contrarios, que le concedieron carta blanca para disponer á su antojo de los fondos del Estado, bajo el pretexto de movilizar unos cuantos batallones de urbanos. El talento, la astucia que mostró en aquella ocasion el conde, le hicieron merecedor de su victoria.

Pero esto no eran mas que pequeños respiros. El ministerio arrastraba en tanto una existencia penosa; y si bien Toreno se halagaba con sus propias ideas de ambicion y le importaba poco la suerte de sus compañeros, siempre que no afectara á la suya, habia golpes de que se resentia todo el gabinete. La guerra era su peor enemigo, y no le podian vencer.

Uno de los principales miembros del gobierno, Martínez de la Rosa, cansado de tantos debates, enfermo de tantas vigilias, y aburrido de ocho meses de continua lu-

cha, hubiera dejado el ministerio si la eleccion de Valdés no reanimara moribundas esperanzas, que coincidieron con los ciento cincuenta millones votados por las Córtes para atender á la guerra.

Y en efecto, es atendida: nuevas fuerzas son enviadas á Navarra: se crea un ejército de reserva al mando de la Hera: se organizan nuevos batallones en todas partes, y los cuerpos francos, que tantos servicios prestaron á la causa liberal, y se publica el 23 de marzo la ley de milicia urbana con la adiccion que aprobó, despues de varias modificaciones el Estamento.

Por el ministerio del Interior se escitó el celo de los gobernadores para promover obras públicas, y acordó algunas providencias para alentar por su parte el espíritu público.

En los grandes peligros son los supremos esfuerzos. La causa liberal pasaba entonces por una de esas crisis decisivas. La guerra empeoraba como vimos: los generales de mas prestigio sucumbian: el orden no estaba asegurado en ninguna parte; solo un elemento de salvacion existia, la fé, el entusiasmo del pueblo liberal, y cuando á él se apelaba disminuia el conflicto. En el mayor peligro de la salvacion de la Francia, al fin del pasado siglo, el pueblo la salvó.

PROPOSICION CONTRA EL MINISTERIO.—MOTIN DEL 11 DE MAYO.

### XCIX.

Los esfuerzos que empezó á hacer el ministerio no dieron los resultados que eran de esperar: el mismo gabinete no supo sacar todo el partido que pudo de ellos, no supo aprovechar las circunstancias tan favorables que le proporcionaron los mismos sucesos; y como era natural, su situacion empeoró.

Quiso conjurar los peligros que le amenazaban facilitando y activando la intervencion estrangera, pero sublevó esta idea la opinion pública, y tuvo que tratar el gobierno con la mayor reserva, no atreviéndose á iniciar, una cuestion que creia de vida ó muerte para la causa liberal.

Se empeoraba la situacion del gabinete con las deplorables noticias que cada dia llegaban del teatro de la guerra, donde casi todo eran desastres, y prevaleciendo la opinion de aquel triste estado, reunió-

ronse en la casa de Caballero en la noche del 10 de mayo, unos sesenta procuradores, para adoptar una medida parlamentaria capaz de mejorar la situación política.

Al mismo tiempo que se ejecutaba esta reunión, supo el ministerio que se fraguaban planes de trastorno, y que hasta se había iniciado en algún círculo ó club la idea de asesinar á alguno de los ministros. Se concertaron éstos entonces con el capitán general, conde de Ezpeleta, y entre otras medidas, adoptaron la de situar en el Prado quinientos infantes y ochenta caballos, que se destacarían en patrullas para vigilar el Estamento.

Llegó el día 11, y una grande agitación reinaba en los alrededores del antiguo convento del Espíritu Santo. Al abrirse las tribunas se llenaron de gente, entre la que se vieron multitud de agentes de policía, cosa que indignaba al público, que no miraba bien unos huéspedes á que estaba poco acostumbrado. Todos hablaban unos con otros, y en el aspecto de cada cual se veía retratada la incertidumbre, el temor, la esperanza, todos esos resortes que conmueven el corazón y alteran el semblante.

Los procuradores no se mostraban menos agitados; en la sala de conferencias todo eran corrillos donde se hablaba con calor, con pasión, sin que el hallarse en el salón de las sesiones calmara aquella agitación que se hacía sentir en todas partes.

En la reunión habida en casa de Caballero se acordó presentar, como se efectuó al abrirse la sesión de este día, la siguiente proposición:

«Pedimos al Estamento que delibere y resuelva elevar una petición á S. M. manifestando que la marcha seguida por la administración actual ha causado males graves á la patria, y que, por lo tanto, el Estamento la juzga desacertada.»

El presidente se opuso á dar cuenta de tan grave proposición apoyándose en el reglamento; le contestó Galiano pidiendo como precedente la lectura del acta de la sesión del 19 de enero, y el presidente repuso con energía, que si á pesar de ser la proposición contraria al reglamento, del cual no podía apartarse, el Estamento, que era mas fuerte, quería que el reglamento se infringiera, desde luego se conformaba con que se le diera cuenta del documento de que se trataba.

Un no salido de los escaños de la asamblea, puso fin á aquel debate, y con él á

las esperanzas de muchos, y á los temores de algunos.

Pero no terminó aquí la cuestión; le da Lopez nuevo giro, califica de atentado horrible las medidas tomadas por los ministros, quejase amargamente de que en la tribuna pública se hubiesen introducido agentes de policía, y de que hacia poco tiempo que se había presentado una compañía á mano armada frente al Estamento, «como para venir á influir, añadía, en nuestras deliberaciones.»

La enérgica improvisación de Lopez, vestida con las brillantes galas con que él adorna sus discursos, no pudo menos de producir en las tribunas un efecto subversivo; y tal fué la agitación, que se mandó evacuar las tribunas y cerrar las puertas que á ellas daban entrada. Todo este público llevó al exterior del Estamento el tumulto que le agitó dentro; y en tanto que en la calle se formaban corrillos, y se peroraba, decía dentro Lopez: «Por mi parte, yo dejaría de ser procurador, ¿qué digo? dejaría de ser español sino pudiese aclaraciones sobre un agravio de tal trascendencia, hecho á la representación nacional, y que esta no debe tolerar en manera alguna.... Esto ha sido un atentado, un insulto hecho á la representación nacional.»

El gabinete tuvo que dar una satisfacción sincerándose de estos cargos, y Martínez de la Rosa, dijo: «Que el gobierno, á quien llegaron varios avisos de que se trataba de alterar la tranquilidad pública, dió en consecuencia á las autoridades la orden de reprimir cualquier tentativa; pero no se entrometió á prescribir esta ó aquella medida, lo cual corresponde á las autoridades. Una de estas medidas fué enviar aquí tropas; pero luego que lo supe, yo mismo salí á mandar que se retirasen.»

Descargado así de esta cuestión el gabinete, se ve nuevamente atacado por otro concepto. Argüelles, dando distinto rumbo al debate, pide esplicaciones al gobierno sobre el tratado de Elliot. Martínez de la Rosa le contestó alegando las razones de justicia, de conveniencia y de humanidad que precedieron al tratado, lo cual no siendo así, tenía el Estamento abierta la puerta para pedir la responsabilidad de los actos de los ministros, y entonces contestaría.

Arrojado así el guante le recogió la oposición, y Caballero dijo, que conocida la adhesión de los ministros á la estipulación de Elliot, se estaba en el caso, no solo de

dirigir una peticion á S. M., sino en el de promover una acusacion formal contra el gabinete, y exigirle la responsabilidad de su conducta. Quiso Martinez de la Rosa probar la ilegalidad de este procedimiento; pero cuatro votos de mayoría tomaron en consideracion la proposicion siguiente:

«Pido al Estamento que se sirva declarar que, conforme al art. 139 de su reglamento, puede legalmente ocuparse en examinar la conducta de los secretarios del despacho respecto de las estipulaciones entre el general Valdés y el rebelde Zumalacárregui, y por tanto, que se acuerde reclamar del gobierno el referido convenio.»

Este golpe fué terrible para el ministerio. La sesion se levantó, y como si dentro se hubiera juzgado la causa del gabinete y se le hubiera sentenciado, y fuera estuvieran sus ejecutores, al subir Martinez de la Rosa á su coche, comenzaron á gritar los grupos que le rodeaban; *Muera el traidor!* y le amenazan con algunas armas.

El elegido para victima, con ese valor de que ha dado tantas pruebas en bien criticas ocasiones, parecia una superioridad venciendo á aquella acalorada multitud; y conteniéndoles con su serenidad, tomó su carruaje y corrió á su casa, donde otros grupos le esperaban en actitud resuelta y amenazadora.

Peró aquella gente mas parecia que trataba de imponer al que era objeto de su enemistad que castigarle; porque pudo hacerlo, y sobre todo cuando un tiro, escapado accidentalmente á uno de los cuatro soldados que fueron acompañando á Martinez de la Rosa, ocasionó un conflicto que pudo ser terrible; pero terminó al llegar el capitán general, que separó la gente del coche y bajó de él el ministro sin ser molestado.

El motin se redujo luego á formar corrillos en algunos puntos y lanzar gritos sediciosos. Así desahogaron su furor aquellos fervorosos descontentos, que ni aun sabian lo que deseaban. Instrumento unos de agenas ambiciones, y obrando otros por impulso propio, no habia plan alguno, y aquello cesó como debia cesar, sin resultados.

Algunos urbanos se mezclaron en este motin; lo cual indignó á la generalidad; y ocasionó la dimision de algunos gefes, porque los verdaderos liberales reprobaban aquellos excesos como indignos de su partido, y sobre todo, como deshonrosos al uni-

forme que vestian, emblema del orden, de la tolerancia.

En el Estamento de Próceres se reprobó al dia siguiente con energia el motin, y en el de Procuradores se interpelaba al gobierno porque no evitó el tumulto, puesto que de él tenia avisos anticipados, y qué providencias habia tomado para descubrir y castigar á los asesinos.

No era justo este cargo al gabinete: era un arma de oposicion y nada mas, que despues de empleada reprobó, como no podia menos, el atentado del 11, siguiendo en esto al Estamento de Próceres y al Consejo de gobierno.

Llegó mas adelante el tiempo de darse cuenta del dictámen sobre la proposicion de Caballero para exigir la responsabilidad del ministerio: opina la mayoría que solo procedia dirigir una peticion á la corona, y Argüelles, en su voto particular, se opone á esto porque el caso de que se trataba era urgente, y se necesitaban medios mas eficaces y menos dilatorios, y proponia que mas que una peticion, se dirigiese á la reina un mensaje, suplicándole mandase comunicar al Estamento para su exámen la estipulacion de lord Elliot. Morales, en otro voto particular, disienta de ambos dictámenes.

Promoviése la discusion, y en último resultado un acto dramático de Martinez de la Rosa lo terminó todo. Contesta á los cargos que se le hicieron, y saca luego del bolsillo una copia del misterioso convenio, y á la vez que lo lee por artículos lo comenta.

La oportunidad de aquella inesperada manifestacion, dió el triunfo al gobierno, oponiéndose la mayoría aun á proceder á votar el dictámen de la comision.

En este acto dió el Estamento una prueba de gran cordura.

Peró empeñado el gabinete en gobernar en completo desacuerdo con la opinion pública, le estorbaban los Estamentos, que siempre han sido un obstáculo á la mala administracion, y usando la Gobernadora de su régia prerogativa, cerró la legislatura el 29 de mayo.

PIDE EL MINISTERIO LA INTERVENCION ESTRANJERA.

C.

No dejó de contribuir á la clausura de los Estamentos el discutirse por entonces en el ministerio la necesidad de la intervencion armadâ por las potencias signatarias del tratado de 22 de abril de 1834.

Atemorizado Valdés con el mal éxito de su campaña, creyó no quedaba al país otro recurso que apelar á la ayuda de estraños, para vencer á los que poco antes eran llamados cobardes facciones y hordas insignificantes, cuyo esterminio tenian próximo. Conoció, sin embargo, el ministro general en gefe la gravedad del asunto, y consultó de palabra y por escrito á sus generales, asintiendo la mayor parte á su opinion, con cuya garantía dirigió sus comunicaciones al presidente del consejo de ministros. Reunido con éste el Consejo de gobierno, apoyó la idea del general, y Martínez de la Rosa, opuesto siempre á la intervencion, hubo de ceder, y el 19 de mayo, despues de una conferencia con los representantes de Francia é Inglaterra, el conde de Raynevall y Mr. Villiers, escribió á nuestro embajador en París (duque de Frias), manifestándole que á pesar de los esfuerzos para terminar la guerra civil, S. M. veia con profundo dolor lejano su término; que á este mal se agregaba el mayor, del fundado recelo de que prolongándose la lucha, y casi desguarnecidas las demas provincias del reino, por acudir las tropas hácia las del Norte, no seria difícil que se desarrollasen nuevos elementos de rebelion en puntos distantes, ó bien que aprovechándose de tales circunstancias, se desencadenasen las pasiones populares por un extremo opuesto, y tuviera el gobierno que combatir á dos enemigos. Para atajar estos males, apelaba sin demora al medio previsto ya en el tratado de 22 de abril, y S. M. conceptuaba que era llegado el caso de reclamar la cooperacion efectiva de sus augustos aliados; pero de un modo pronto y eficaz para poner fin á una contienda tan ruinosa para la España, que podria ser embarazosa para sus antiguos aliados, y que pudiera con su prolongacion, y por efecto de sucesos imprevistos, llegar á complicar la situacion política de Europa.

A esta comunicacion siguió un proyecto de nota dirigida al gobierno francés repro-

duciendo la anterior; y casi en los mismos términos escribió Martínez de la Rosa á nuestro ministro en Lóndres, don Miguel Ricardo de Alava, diciéndole ademas que el encargo que á su ilustracion se fiaba tenia dos objetos principales:

« Primero, que ese gabinete, por el grande influjo que le prestan mil circunstancias, contribuya al mismo tiempo á que algunas potencias de Europa no pongan obstáculos é impedimento á la cooperacion de la Francia, estipulada anteriormente en el ya citado convenio, y á que una vez conocido el objeto y verdadero carácter de dicha cooperacion, no se opongan por parte de ese gabinete dificultades, que pudieran tal vez detener la inmediata cooperacion de la Francia en favor de la causa de S. M., ni ocasionar con gravísimo daño, incertidumbre y dilaciones. Al contrario, es de desear que la misma decision que mostró ese gabinete al celebrarse el tratado de 22 de abril, y sus artículos adicionales, se muestre ahora con igual franqueza y energía cuando se trata de poner en práctica sus principales disposiciones en favor de España, ya que esta nacion cumplió tan lealmente por su parte la obligacion que por dicho convenio se le impuso.

« Segundo, reclamar de este gobierno la cooperacion de sus fuerzas navales, con arreglo á los ya citados artículos, pues con solo ver ondear el pabellon británico en las costas del Norte, enviado para sostener la causa de la reina nuestra señora, y con la mas leve demostracion hecha por S. M. B. en algun puerto ó punto de la costa, bastaria para desalentar á los rebeldes mas obstinados en su mal propósito, y para quitarles hasta el último rayo de esperanza.»

Decíasele que era de la mayor importancia cualquiera demostracion por parte de la Inglaterra, por cuanto que produciria un influjo político muy ventajoso á favor de España, respecto de todas las potencias de Europa, y especialmente de las que se habian mostrado menos afectas á la causa de la reina, y porque dentro del reino mismo se conseguiria tambien el buen efecto de presentar, con la cooperacion de dos naciones tan poderosas, asegurado y próximo el triunfo definitivo, desvaneciendo cualquier desagradable impresion á que pudiera dar lugar la cooperacion de los franceses, por recuerdos de otras épocas, aunque ahora entran á sostener el legitimo trono y una prudente libertad.

Y por último, á estas comunicaciones, según otra de 20 de mayo, en que esponía las razones en que se apoyaba el gobierno para pedir la cooperacion de la Francia (1).

El gabinete español, pedía pues, el cumplimiento del tratado de la Cuádruple alianza, creyendo llegado el caso de cooperar decidida y francamente con la fuerza, por llegar el caso previsto en dicha estipulación.

NEGATIVA DE LA INGLATERRA Á LA COOPERACION.—INSISTENCIA DE TORENO.

### CI.

Casi al mismo tiempo que iban tales instrucciones á nuestros representantes, los encargados de la correspondencia de algunas de las grandes potencias, que existían todavía en Madrid, avisaron á los agentes diplomáticos de sus respectivos gobiernos en París, para que entorpecieran ó imposibilitaran la cooperacion.

El gobierno francés, además, que había seguido las discusiones de los Estamentos españoles, que no ignoraba el verdadero espíritu del país, contrario á la intervencion armada, y veía á Luis Felipe poco dispuesto, ya que estaba mas asegurado, á indisponerse con los soberanos del Norte, no quería echar solo sobre sus hombros tamaña responsabilidad; y ya que aparecía comprometido por el tratado de 22 de abril, pretendió asociar á la Inglaterra para obrar de acuerdo.

Los representantes de ambas naciones en Madrid, convinieron, y así lo manifestaron á sus respectivos gobiernos, en la peligrosa situacion del estado militar y político en que la España se hallaba, y juzgaban que la causa de la reina estaba en inminente riesgo.

Así, pues, nuestros representantes en Francia ó Inglaterra se dedicaron á conseguir los deseos de nuestro gobierno, y la primera hizo á la segunda las siguientes preguntas, que tuvieron las contestaciones que van á su pie.

«Primera. ¿Cree la Inglaterra que ha llegado el momento de una cooperacion armada pedida por la España?

»Respuesta. No ha llegado todavía.

»Segunda. ¿El *casus fœderis* como consecuencia del tratado de la Cuádruple alian-

za, es aplicable á las actuales circunstancias? ¿La Inglaterra querrá cooperar?

»Respuesta. Como no ha llegado el caso de tener que cooperar necesariamente, no puede la Inglaterra tomar parte en la cooperacion.

»Tercera. En el caso de realizarse la intervencion, ¿quedará la Inglaterra *in solidum* con la Francia de todas las consecuencias que aquella pueda traer consigo?

»Respuesta. Como no ha llegado el caso de tener que cooperar necesariamente, y en consecuencia del *casus fœderis*, tampoco hay para que se explique la Inglaterra. Sin embargo, si la Francia juzga conveniente acceder á los deseos del gobierno español, la Inglaterra no opondrá á ello obstáculo alguno.»

Esta contestacion no era en efecto satisfactoria; pero era concisa, clara y no daba lugar á nuevas discusiones.

Los motivos que se supuso obligaron al gobierno inglés á dar tales respuestas, eran principalmente de la política interior, efecto de la posicion vacilante en que se hallaba relativamente al rey, al parlamento, y aun al país mismo, pues siendo necesario en el caso de una cooperacion hecha por las tres potencias, formar un nuevo convenio, y presentarlo al parlamento, estaban seguros de su desaprobacion en ambas cámaras. «El gobierno, decía nuestro ministro en Londres al duque de Frias, cree que una guerra emprendida contra las potencias que la declarasen á la Francia para restablecer á Carlos X sobre el trono, ó á su línea, y arrojar al que actualmente le ocupa, obtendría la aprobacion del parlamento; pero no para el caso presente, pues no creen suficientemente probada la necesidad absoluta de la cooperacion ó auxilio, atendidos los recursos de la España, respecto de los rebeldes.»

En esto demostraban mejor juicio los hombres públicos de Inglaterra que el gobierno español.

«A esta razon muy fuerte, continuaba, se añade la reservada de la posicion del ministerio respecto del rey, que no dismula el disgusto y repugnancia que le ha causado la separacion del otro, que convenia mas á sus gustos, opinion é inclinaciones, no pudiendo olvidar ni perdonar el modo con que le han obligado á despedirlo. Seguros de que no lo aprobaria S. M. B., como parecen estarlo, no es de estrañar que eviten la obligacion que la Francia pide; pues des-

(1) Véase documento núm. 44.

aprobada por el rey, sería motivo suficiente para que ellos á su vez desocupasen los puestos, y para esto es menester que cuenten con la opinion de su partido.»

No queriendo la Inglaterra, pudo decir con razon la Francia, que, «fuera indiscreto comprometerse aislada y sola en un empeño que pudiera ser de alta trascendencia.»

Con el correo que llevaba á Madrid la noticia del mal éxito de la negociacion entablada, se cruzó el que enviaba Toreno reiterando las comunicaciones del 19 y 20 de mayo, insistiendo en la intervencion por creerla cada vez mas necesaria; y no variando en nada la marcha del nuevo ministro de Estado, respecto á su política anterior, reproducia los mismos motivos que Martínez de la Rosa para pedir la cooperacion de la Francia.

La prensa de París empezó á ocuparse de este asunto, y en cuanto se supo en Madrid, se exaltaron los ánimos, se vió herido con tal desaire el decoro nacional, y la opinion pública se declaró fuertemente contra el ministerio.

DESCONTENTO PÚBLICO. — MOTINES EN MÁLAGA, ZARAGOZA Y MURCIA.

## CII.

El descontento público ya era anterior á estos sucesos. La prueba está en la insurreccion del 18 de enero. Pero reseñaremos otras ligeramente.

En marzo, la impaciencia de los malagueños, y la torpeza de su comandante general, don Nicolás Isidro, causaron una conmocion que pudo haber sido mas funesta.

Felicitábase la vispera de San José con una serenata al gobernador civil, y el pueblo andalúz, tan propenso á entusiasmarse, lo hizo con este inocente regocijo, y en medio de esa alegría natural que producen la agitacion y el bullicio, se dieron algunas voces y vivas, y uno á la Constitucion. Don Nicolás Isidro se mostró altivo y amenazante con tal aclamacion, y si bien esto solo no hubiera lastimado á los malagueños, les irritó sobremanera los términos en que se produjo la autoridad militar. Yendo los urbanos al siguiente dia acompañando el cadáver de un compañero, entonó la música himnos patrióticos, y al oírlos el comandante general, envió á un ayudante para que hiciese callar la música.

Se estrañó tanto mas este mandato cuanto que en otras ocasiones habia visto aquella autoridad con indiferencia tales demostraciones públicas, y aun provocádlas con alguna al parecer ingénuas manifestacion. Así lo afirmó el ayuntamiento en una espesicion á S. M.

Tal inconsecuencia, y lo exasperados que de suyo estaban ya los ánimos de los liberales, unido á las provocaciones que se permitieron algunos de los pocos carlistas que encerraba Málaga, rompieron el dique que contenia las pasiones, y se desbordaron con mayor violencia. Considerables grupos corrian por las calles, y los cánticos patrióticos y atrevidas aclamaciones se oían por do quiera. La efervescencia aumentaba, y una temida y terrible esplosion parecia inevitable.

Isidro, que no supo ó no pudo contener la que provocó, se aconsejó prudentemente, y deponiendo el mando huyó el peligro. Se constituyó en autoridad el ayuntamiento; se asoció á varias personas influyentes y á los gefes de la milicia, y conjuró la tormenta, que cedió fácilmente á la autoridad popular.

Casi por el mismo tiempo presenciaba Zaragoza escenas aun mas lamentables.

Mostrábase algun tanto opuesto á las reformas el arzobispo de aquella diócesis, don Bernardo Francés y Caballero, y el descontento que esto produjo en los liberales, supo explotarle un fraile de la Victoria llamado Crisóstomo Caspe, que capitaneando una turba de paisanos, les guió á las voces de: *Muera el arzobispo, muera el cabildo!* al palacio arzobispal. Reunida la tropa y la milicia urbana como por encanto, se situó el capitán general con alguna fuerza en la plaza de la Seo delante del citado palacio, y libró á sus moradores del furor de aquella turba desenfrenada, cuyos puñales amenazaban inocentes vidas.

Rechazados de aquel punto, se dirigieron al convento de la Victoria, á aquel asilo que cobijó al mismo que iba á profanarle, y sin respetar el compañerismo, ni la ancianidad, ni cuantos vinculos unen al hombre en la sociedad, fueron asesinados cuatro religiosos en el coro, herido uno gravemente, y se salvaron los demas por el oportuno auxilio que prestaron los milicianos.

Aquella turba tropezó en la calle con el ejemplar canónigo don José Marcó, hermano del cardenal y querido por su erudicion y liberalismo, y lo asesinaron de un

trabucazo. La misma suerte sufrió otro clérigo en la escalera de una casa particular, y un lego de San Francisco que llevaba un parte á la capitania general, aumentó el número de las víctimas.

Corrieron á otros conventos; pero retrocedieron ante la actitud hostil del vecindario y la milicia, y solo en el de San Diego inmolaron á dos religiosos é hirieron á tres.

Restablecido el órden, se condujo á Barcelona al arzobispo, escoltándole para su seguridad un destacamento de urbanos de caballería.

Murcia fué á los pocos dias, el 6 de abril, teatro de parecidos desórdenes. El obispo y el intendente fueron el blanco de la ira de los descontentos: el pretexto una canongía, que se dijo iba á proveerse en un sugeto reputado por carlista. Alteraron el órden varios grupos, y aclamando á la reina y á la libertad, sagrados nombres que profanaban, rompieron el dique de la obediencia, y se desbordaron, siendo el resultado la muerte de tres individuos, herir á diez y ocho, y tener que fugarse el obispo y el intendente.

La noche y el aguacero que sobrevino, terminaron este motin, y se adoptaron algunas medidas para restablecer completamente el órden.

Los buenos liberales lamentaban estos escándalos que perjudicaban verdaderamente á su causa, y aumentaban las filas contrarias.

Es verdad que el pueblo tomó alguna parte en ellos; pero era instigado astuta y engañosamente, y valiéndose de su descontento. Grande era el que tenia, y hablando á sus pasiones, le señalaban una víctima y la inmolaba. Despues solia arrepentirse. Obraba, como obran las pasiones, ciegamente.

NUEVOS DESÓRDENES EN ZARAGOZA.—MEDIDAS QUE ADOPTA EL GOBIERNO.

### CIII.

Estos excesos eran el preludio de otros mayores.

Las sociedades secretas pululaban en España, y en todas se conspiraba sin tregua. El blanco era por lo general el gobierno; pero en las de mas crédito se trabajaba por proclamar la Constitución. El centro de casi todas las sociedades residia en Madrid,

y desde aqui se comunicaban las decisiones á los círculos de las provincias.

Estas debieron haber contestado al grito dado el 18 de enero en la Puerta del Sol; pero ofrecieron hacerlo y esperaban una ocasion. A falta de ella á propósito, se combinó en un pronunciamiento en Zaragoza para la noche del 5 de julio.

Mandaba la guardia de prevencion un oficial subalterno, y á media noche reunió una compañía del regimiento del Infante y se dirigió al centro de la ciudad en completa insubordinacion. Pero abandonadas, desorientadas y torpes aquellas fuerzas insurrectas, bastó la autoridad del comandante del cuerpo que, con resuelta energía, contuvo por el pronto la insurreccion, arrestó al oficial, se hizo respetar de la tropa y la llevó á su cuartel.

Pero aquel oficial no estaba solo, y aquel suceso ya era un pretexto. A la mañana siguiente pululaban los urbanos por todas partes, formaban corrillos, se criticaba la prision del oficial, se dieron vivas á la Constitución del año 12 y se proclamó la insurreccion.

Desde entonces todo fué desórden, anarquía. Sin un gefe de prestigio, se entregaron desalentados y ciegos á los mas punibles excesos; se allanaron y saquearon algunas casas y los conventos de San Agustin y Santo Domingo, á los que aquella bárbara multitud entregó á las llamas, despues de matar once religiosos: los que aclamaban la libertad, se convirtieron en tiranos y verdugos de sus semejantes.

Los buenos liberales, al ver aquellas escenas de latrocinio y de impiedad á que se entregara un populacho soez, retrocedieron y se pronunciaron en su contra. Esto alentó á las autoridades, débiles é irresolutas desde el principio, y apoyadas por la mayor y mas sana parte de la milicia urbana, pues la guarnicion era escasisima, se restableció el órden el dia 7, y dos de los delincuentes sufrieron la última pena en garrote vil, quedando asi satisfecha la vindicta pública de tamaño agravio, y la noble Zaragoza de tamaña afrenta.

El capitán general y el gobernador civil fueron separados por el gobierno, reemplazando al primero don Felipe Montes.

Por muy favorable que pareciera el resultado de estos movimientos para el gobierno, era cada uno un golpe que le lastimaba.

Pendiente la revolucion sobre su cabeza



como la espada de Damocles, creia ver en cada insurreccion cortado el cabello que la sostenia. Conocia bien que todos estos amagos anunciaban una conflagracion espantosa que amenazaba á toda la Península, la veia cercana, y creyó conjurarla adoptando medidas que estaban muy lejos de ser salvadoras. Mandó incorporarse al ejército ó á sus respectivos depósitos á los militares que, sin motivo suficiente, permanecian en Madrid; dispuso espurgar la milicia urbana de los miembros que no inspiraban confianza; prescribió á los capitanes generales y comandantes de distrito la formacion de comisiones militares para juzgar á los que intentasen turbar el orden público, é impuso penas á los afiliados en las sociedades secretas.

Con estas providencias, que quedaron escritas, creyó el gobierno salvar al pais y salvarse á sí mismo. Y para neutralizar el mal efecto que producirian en los liberales tales disposiciones, adoptó otras contra las órdenes religiosas. Suprimió en 4 de julio, perpétuamente de todo el territorio de la monarquía la compañía de Jesus; y por otro real decreto de 25 del mismo mes, se suprimieron los monasterios y conventos de religiosos que no tuviesen doce individuos profesos, declarándose también suprimidos los que estuviesen cerrados por efecto de las circunstancias; lo cual sirvió por el pronto, por la torpeza con que se hizo, para aumentar los batallones de los carlistas. Dióse nueva organizacion á los ayuntamientos de los pueblos; y todo esto que hubiera sido aplaudido por los liberales en otra ocasion, en esta solo fué considerado como una precisa concesion á las necesidades públicas, y por consecuencia, no agradecida.

Tales son los efectos que tiene la inoportuna tardanza de una reforma: de tal modo se suicidan los gobiernos que no se anticipan á las verdaderas necesidades del pais.

#### PREVENCIONES DEL GOBIERNO.

#### CIV.

La crueldad con que se seguia la guerra por ambos partidos en Cataluña, y lo exagerado de las pasiones de unos y otros, lamentable fruto que dejó sembrado el conde de España! hacian temer comenzara en aquella parte de la Península la conflagracion que tantos síntomas anunciaban. Y tan en ello estaba el ministerio, que ya en 14

de noviembre dijo al capitán general del Principado en una comunicacion reservada, que habiendo llegado á noticia de S. M., aunque por conducto no oficial, que los enemigos del trono de su hija, no perdonando medio alguno con que llevar adelante sus planes, hasta el de sugestionar á los mismos que estaban armados en defensa de tan caro objeto, habian proyectado una sublevacion general, que contando como puntos céntricos á Barcelona, Tarragona, Reus, Valls, Mataró y Torredembarra, se proponia, bajo las aclamaciones del Estatuto Real é Isabel II, atacar directamente al ministerio que merecia en el dia la confianza de S. M. para sustituirlo con otro que estuviera mas en armonía con la exaltacion de sus principios políticos, destituyendo al mismo tiempo á Llauder del mando para dar entrada en él á otro gefe que, aunque no se designaba, se suponía que tenia su residencia en Valladolid. «Uno de los motivos, decia el gobierno, que segun dichas noticias dirigen á los promovedores del desorden, es el de liberar á ese Principado de los arbitrios con que se halla gravado, tal como el que se creó para los estinguidos voluntarios realistas, y los impuestos sobre la sal y el papel sellado, para lo cual se dice que cuentan con mas de diez mil hombres de entre la clase de urbanos y otros institutos.»

Comunicábasele estas noticias al capitán general de Cataluña para que mantuviera el orden á toda costa y tuviera el mayor celo y vigilancia; y en otra comunicacion á los diez dias, le anunciaba que «la época fijada para abortar este inicuo plan era el 1.º de abril próximo, ó en los dias inmediatos.» Le recomendaba de nuevo la mayor vigilancia para prevenir cualquier tentativa de desorden, cualquiera que fuese su carácter y objeto, y que castigara con mano fuerte á los autores y cómplices de tales planes.

A poco de dirigir el gobierno esta última comunicacion reservada, recibió una esposicion (1), en que desde Manresa, el 21 de marzo, manifestaba el capitán general del ejército y Principado de Cataluña, lo apurado de su situacion por el incremento que recibian los carlistas, y los amagos de una grande insurreccion que preveia por parte de los liberales: que hacia los mayores esfuerzos para impedirlo; pero que habian echado profundas raíces los elemen-

(1) Véase documento núm. 15.

tos de desorden, y solo con la fuerza de las armas se podrian desarraigat. Por esto no podia desprenderse de las fuerzas que se le mandaba enviarse á Aragon, ni él podia salir de la montaña, donde su presencia contenia su levantamiento en masa en favor de los carlistas: que ya sabia los planes que se fraguaban de insurreccion, y daba cuenta de las providencias que adoptó para impedir estallasen. Conociendo ademas que él era el blanco de los tiros de los promovedores de la insurreccion, pedia al ministerio se hiciera el sacrificio de su persona y se le reemplazara por la que se juzgara mas á propósito para la direccion del Principado.

La situacion de Llauder y de Cataluña era cada vez mas critica. Llegó por entonces la noticia del tratado de Elliot, y produjo un efecto deplorable, porque dió la debida importancia á la guerra de Navarra, que el gobierno y las autoridades se empeñaron siempre en presentar como despreciable. ¡Errores funestos que nunca pagara debidamente el poder!

INSURRECCION EN REUS. — SITUACION DE LA PROVINCIA DE TARRAGONA.

#### CV.

La noticia de las ocurrencias de Zaragoza aumentó la agitacion de los ánimos de los catalanes: la efervescencia era ya grande, y el menor suceso seria la chispa que incendiaria los hacinados combustibles. Este suceso llegó.

Se supo en Reus, poblacion de las mas industriosas é importantes de Cataluña, que un destacamento de urbanos ó tropa, que regresaba de Arnés, habia sido sorprendido por los carlistas, y asesinado bárbaramente el oficial Monserrat y seis soldados, á uno de los cuales, urbano y padre de ocho hijos, se dijo que le crucificaron y sacaron los ojos por mandato de uno de los frailes que iba con los carlistas.

Bastó un hecho tan horrible para que el pueblo indignado rompiera el dique á la obediencia; y el 22 de julio, en vez de armarse todos é ir á esterminar á los autores del daño que lamentaban, emplearon su saña en contra de inofensivos edificios, ya que no lo fueran sus pobladores. La inesperada llegada del gobernador civil de la provincia con alguna fuerza del ejército contuvo el desorden; pero solo fué por al-

gunas horas, pues á la mitad de la noche, fueron invadidos algunos conventos, asesinados varios religiosos é incendiados los templos de San Francisco y San Juan.

En vano para evitar estos desórdenes que se preveian, el alcalde mayor de Reus, don José María Montemayor, acudió al gobernador militar solicitando un centenar de soldados del ejército; en vano el comandante Llorens y don Antonio Satorras, gobernador civil de la provincia, se esforzaron en contenerlos; no tenian fuerzas y todo era inútil; pues las pocas que les obedecerian serian estérilmente sacrificadas. «Estoy persuadido ahora, decia el citado gobernador al capitán general, como lo estaba aquel mismo dia, que el anuncio de formar diligencias indagatorias, hubiera renovado los horrores que acababan de cesar, y crei que el amenazar con el castigo, no habiendo fuerza para imponerle era dar inútilmente mas causa á la vindicta pública sin satisfacerla. Cuando he recibido el oficio de V. E., continuaba, tenia prevenido al alcalde mayor confidencialmente, que asi que reconociese totalmente asegurada la tranquilidad, le pasaria orden para abrir esta lamentable causa, y no creo que pueda darme este aviso con la brevedad apetecida, porque está amenazado el orden allí todavía, asi como en ésta (Tarragona), en Valls y otros puntos, y con insuficientes medios de pronto para conservarlo... Entretanto va complicándose cada dia mas la apurada situacion de estas autoridades por la audacia de la anarquia y por la emocion general que produce el abandono de los conventos por sus respectivas comunidades.»

A los pocos dias, el 28, el gobernador militar, don José María Colubi, manifestaba tambien el crítico y deplorable estado en que se hallaba el corregimiento, creciendo por momentos su mala situacion por los excesos cometidos en Reus, y que estaban prontos á estallar en otros varios puntos del distrito. Daba cuenta de los progresos que hacian los carlistas, y pedia fuerzas para evitar un conflicto que veia próximo y terrible.

QUEMA DE CONVENTOS EN BARCELONA. — APATÍA DE LAS AUTORIDADES.

#### CVI.

Por ser necesaria la presencia de Llauder en el foco principal de la guerra en Ca-

taluña, marchó á principios de julio á la Montaña, y dejó en su reemplazo al mariscal de campo, don Cayetano Saqueti.

Hallábase Llauder en Esparraguera, donde tomaba las aguas de la Puda, cuando supo las ocurrencias de Reus. En tal situación, autorizó á Colubi para obrar con toda la energía que le permitieran las circunstancias; mas cuando fué á presentarse en Reus de gobernador para restablecer el orden, se le impidió la entrada, cerrando las puertas, y se le dijo que el orden estaba restablecido, y que para nada le necesitaban.

No interrumpidas las comunicaciones entre Reus y Barcelona, pronto se supo en esta capital lo sucedido en aquel punto. Entonces se hizo circular por los descontentos la noticia de haberse hallado en uno de los conventos armas y otros efectos para los carlistas; y como algunos de los gefes de partidas eran eclesiásticos, dióse crédito á esta voz, y comenzó la agitación contra los frailes.

Anuncióse una funcion de toros en celebridad de los dias de la reina Gobernadora, y por festivo el 25 de julio, se dispuso para este dia. Era la sétima corrida de las que se daban en Barcelona, y asi como en las anteriores habia sido bravísimo el ganado, dejando no solo satisfechos, sino exigentes á los espectadores, en esta fué cobarde y huido, lo cual exasperó al público hasta el punto de destrozar y arrojar á la plaza los asientos y aun alguna columna de los palcos. Con un pedazo de la marmora de la contrabarrera, ató una turba el último toro, y le arrastró en horrible gritaría por las calles de la ciudad. Algunos grupos se dirigieron al convento de los Agustinos descalzos y apedrearon las ventanas, y otros fueron en tropel al de Franciscanos. La guardia del fuerte de Atarazanas, que está cerca, cerró el rastrillo, y se puso sobre las armas.

A poco se fueron formando grupos, que engrosaban en la plaza del Teatro y en la de la Boquería. La fuerza armada los separaba; pero se dispersaban en una parte y se reunian en otra.

Las autoridades se mezclaban entre la multitud para apaciguarla, distinguiéndose por su celo el teniente de rey, Ayerve, que en el momento que comenzó la bulla, descendió á la plaza estando aun el toro en ella, empleando despues los mas inauditos esfuerzos para contener á aquella desorde-

nada muchedumbre que le obstruia el paso por todas partes. Pero esta actitud de las autoridades se convirtió en breve en apatía.

Nada podia contener ya á los alborotadores, y el convento de Carmelitas Descalzos fué el primero entregado á las llamas, á cuya obra impia y destructora ayudaron algunas mugeres inmundas. El de Carmelitas calzados sufrió en seguida la misma suerte, y como si la electricidad comunicase el fuego, arden á la vez las puertas de otros conventos, y huyen sus moradores despavoridos en distintas direcciones, encontrando algunos la muerte donde creian hallar su salvacion.

Los religiosos que ocupaban el grande y nuevo convento del Seminario, hicieron frente á los incendiarios, que retrocedieron no sin dejar algunos heridos en la valiente defensa de los atacados.

Iban aquellos sicarios á pegar fuego al de Capuchinos y Trinitarios calzados, cuando el temor de que se propagara el incendio á las casas vecinas, hizo desistiesen. Tambien se salvó el de Servitas, por cundir la voz de que el cuerpo de artillería tenia muy inmediato su almacen de municiones.

En tanto que tenia lugar tan horroroso espectáculo, el furor no declinaba en parte alguna; las turbas, imitando á las olas de un mar tempestuoso, iban y venian, pareciendo á veces chocarse con recios embates, y presentándose horribles con su ronca gritaría y feroz bramido, que llevaba en pos la desolacion y el esterminio. Y es raro efectivamente que, á pesar de que fueron incendiados seis conventos, ninguna casa particular sufrió daño, ni nadie padeció con las ruinas que se desplomaban de varias partes.

Los conventos de monjas fueron respetados.

Avanzada la noche, cesó cansada la anarquía, y la nueva mañana vió pobladas las calles de numeroso gentío, que veia pasar los piquetes de tropa y milicia que la autoridad enviaba á recoger los frailes que se habian guarecido en algunas casas ó estaban en sus conventos, llevándoles para su seguridad personal á los fuertes de la plaza.

Pasado el peligro, se mostraron fuertes las autoridades; y casi con los mismos elementos que antes, trataron de imponer á los alborotadores, y publicaron un bando inoportuno, porque debió precederle el castigo de los incendiarios. En él se decia que, «Disposiciones fuertes, enérgicas, sin con-

»templacion ni miramiento á clases ni per-  
 »sonas, se seguirán en breve, y la terrible  
 »espada de la justicia caerá rápidamente  
 »sobre las cabezas de los conspiradores y  
 »sus satélites.... Los malvados sucumbirán  
 »del mismo modo por el peso de la ley en  
 »un juicio ejecutivo que fallará la comision  
 »militar con arreglo á órdenes vigentes. Al  
 »recordaros la existencia de aquel tribunal  
 »de escepcion, es justo advertiros que in-  
 »curriréis en delito sujeto á su conocimiento  
 »si á las insinuaciones de la autoridad com-  
 »petente no se despeja cualquier grupo que  
 »infunda recelo á la misma. El arresto se-  
 »guirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y  
 »las lágrimas del arrepentimiento serán una  
 »tardía espiacion del crimen.»

Este bando, y la llegada de Llauder á Barcelona, causaron el efecto contrario del que se propusieron sus autores. Los excesos de la insurreccion del 23 estaban impunes, y Llauder no era ya querido de los catalanes.

LLAUDER EN BARCELONA.—SU SALIDA PARA MATARÓ.

### CVII.

Apenas recibió Llauder la noticia de lo ocurrido en Barcelona, dirigió una circular á todas las autoridades, en la que despues de darles cuenta de las escenas de la capital, decia: «Este doloroso acontecimiento, en el mismo momento en que la presencia de los rebeldes á las inmediaciones de Igualada, y el cañon de alarma de Manresa, por la proximidad de los mismos, llaman con urgencia todas las fuerzas, y las disposiciones de mi autoridad, parece indudablemente combinado con la faccion carlista, ó á lo menos es absolutamente en su auxilio; en esta situacion, y no pudiendo dejar de ser mi primera atencion el combatir como hasta ahora, con todos los medios de que dispongo, las facciones, que hacen inauditos esfuerzos para aprovechar estas circunstancias, y robustecer la rebelion al trono legitimo de nuestra reina, sin perder de vista la suerte de los fieles urbanos y habitantes del Principado, que en los pueblos no tienen otras murallas que sus mismos pechos, he dictado todas las medidas que me sugiere mi celo y mi inalterable fidelidad á mi soberana y á su gobierno, para que se restablezca la tranquilidad con el esfuerzo de las leyes, y

»heróicas tropas y milicia urbana, y el celo de las autoridades é inmensa mayoría del honrado y culto pueblo barcelonés, al mismo tiempo que redoblo la actividad en la persecucion y esterminio de las facciones.»

A pesar del mal estado de su salud, y sin esperar al general Bassa y sus tropas, marchó á Barcelona, donde entró sin mas que sus ayudantes y una columna de doscientos sesenta hombres, con que reforzó la ciudadela.

Allgióse al ver en aquel pueblo, donde tenia su casa y sus bienes; donde aspiraba á vivir tranquilo como un particular sin autoridad ni cargos; en aquel pueblo, objeto de su mayor entusiasmo y cariño, las humeantes ruinas de los conventos y la insurreccion triunfante.

Reunió en palacio á los oficiales de la guarnicion y de la milicia, y les pronosticó los males que habian de seguirse, manifestándoles su decision de sostener á todo trance las leyes, y las órdenes del gobierno, deber que tambien era de ellos, dijo. Procuró conciliarlo todo con suaves medidas, y acordó con el gobernador civil, don Felipe Igual, que se facilitase la evacuacion de todos los conventos de la provincia de Barcelona, solicitada por los mismos religiosos, cuyas casas no habia medio de proteger. Al mismo tiempo distribuyó cerca de mil fusiles de que pudo disponer, entre los hombres de mas arraigo de los barrios.

Al medio dia del 27 se avisó á Llauder de que á las seis de la tarde iba á reunirse el pueblo en la plaza de Palacio. Su respuesta fué lacónica, y se dispuso á todo, si bien procuró evitar que la agresion empezase por la autoridad.

Dos compañías y dos cañones que mandó disponer, cargarian á la primera reunion; pero pasó la hora designada, y mas tarde solo se formó en la plaza un grupo que disolvieron cuatro ordenanzas de caballeria.

Entre ocho y nueve de la noche se presentó á Llauder don Narciso Bonaplata, capitán del primer batallon de la milicia, pidiéndole permiso, que le concedió, para emplear su compañía en defensa de su fábrica de vapor, que le constaba se queria incendiar, por instigacion de varios extranjeros, habiéndose hecho ensayos por la tarde desde la muralla con frascos incendiarios. A poco un ayudante de artilleria fué á recibir órdenes del general sobre el auxilio que solicitaba la fábrica, y Llauder le dijo, que no llegando á doscientos hombres la

tropa existente en la plaza, debía conservarse en el cuartel, pronta á obrar donde la necesidad lo exigiese; pues un auxilio de doce ó quince hombres de nada le serviría, y sería inútil si la milicia no protegía las propiedades.

Las patrullas, en tanto, disolvieron algunos grupos que se arrojaban sobre los libros estraidos de los conventos.

En este mismo día 27 salieron de Barcelona algunas partidas de incendiarios, siendo amenazada entre otras posesiones la bellísima torre titulada el *Laberinto*, del marqués de Alfaraz, de la cual hizo Llauder responsable al alcalde de Horta.

En el monasterio de Ebron, en Sabadell, Tiana, Mataró y otros puntos, tenían lugar al mismo tiempo desórdenes mas ó menos graves (1).

En la madrugada del 28 se presentó á Llauder una comision del ayuntamiento de Mataró reclamando su mas pronto auxilio, pues no podia contarse con los migueletes que se habian sublevado. En tan críticas circunstancias, Llauder marchó á Mataró con el fin de reprimir á los sediciosos, inducido tambien á ello por algunos de sus amigos que temieron por su vida viéndole blanco de los agitadores.

Antes de salir de la capital publicó una alocucion, en la que, lamentando los sucesos pasados, se despedía por ser llamado imperiosamente á proteger los pueblos, cuyos habitantes, sin murallas que los defendieran como Barcelona, quedaban espuestos al furor de los carlistas, á los que volvía á combatir y á prestar á aquellos patriotas el auxilio que merecia su lealtad y el valor con que defendian sus hogares. Confiaba al ejército, á la milicia, á las autoridades y al vecindario la conservacion del orden: decia que los bandos y órdenes de la autoridad serian ejecutados instantánea é irremisiblemente contra los infractores, pues de otro modo no tendrían término los desastres; que marchaba con esta confianza, dejando reforzada la guarnicion, lo que ya era un mal porque disminuía sus recursos, y que sería todavía mas sensible distraer las tropas del campo, donde defendian el trono y la libertad, por acudir á «reprimir y castigar á un puñado de asesinos que sería mengua prolongase sus crímenes.»

(1) Véanse los documentos del núm. 46.

INCENDIO DE CONVENTOS EN OTROS PUNTOS.—  
PROVIDENCIAS DE PASTORS EN BARCELONA.

### CVIII.

No bastaba la ruina de los conventos de Barcelona, y la pérdida de sus riquezas artísticas: era preciso que el siglo XIX contemplase horrorizado en otras partes tanto estrago y desolacion

Los incendiarios de la capital del Principado tuvieron bien pronto imitadores, y estendióse el esterminio á los conventos de Recoletos en Riudoms, al monasterio de Benedictinos en San Cucufate del Vallés, al de Gerónimos de Murtra, á los de Capuchinos de Mataró, Arenis é Igualada, al de *Scala-Dei*, el mas rico de cartujos de España, al de Montealegre, y á otros, destruyendo así aquellos templos, orgullo de nuestro suelo por las preciosidades que hasta en sus paredes atesoraban algunos.

Llauder, con mas valor y energía que en Barcelona, arrojó de Mataró á los sediciosos, sufriendo sus insultos, y los disolvió el 29 en Granollers.

Este arrojé de Llauder impuso á los alborotadores, y resuelto á mostrarse fuerte, envió á Barcelona con instrucciones al general don Pedro Nelasco Bassa, para que le reemplazase en el mando, firmando el 2 de agosto en Vich una circular á todas las autoridades militares, en que les recordaba el mas exacto cumplimiento de sus deberes y juramentos, haciéndoles responsables de su inobservancia, y de no emplear debidamente la fuerza para castigar á los perturbadores del orden público.

Previno antes al gobernador de Manresa (1) prendiese y castigase á una partida de incendiarios que iba á reproducir allí los horrores de otras partes, y dedicó luego todos sus cuidados á Barcelona, cuya situacion empeoraba.

La noticia de la llegada de Bassa, que se dijo iba encargado de formar una causa general á los autores de los excesos cometidos, volvió á agitar los ánimos de los barceloneses, y Pastors, que ejercía el mando por indisposicion de Saqueti, trató de disuadirles de semejantes ideas, convocando con este motivo á todas las autoridades.

(1) Es inexacta la noticia publicada en algunos periódicos de que mandase á dicho gobernador abandonase Manresa á los carlistas, por acudir con su tropa á la capital.

Antes hizo publicar un bando, anunciando que un cañonazo daría á conocer el estado de alarma, y el segundo sería la señal de que iba á desplegar todo su rigor la fuerza militar, á fin, decía, de que así pudiesen retirarse los curiosos.

En la reunion de las autoridades, manifestaron éstas los mas sinceros deseos de conservar la tranquilidad; y se acordó, además de varias medidas oportunas, convocar á los pro-hombres de los gremios de la capital, que se reunieron el día 30, y se mostraron indignados de los excesos cometidos, y dispuestos á ayudar á la autoridad y al gobierno. Pastors les dijo entonces, « que puesto á la cabeza de las tropas y de todos los hombres leales, sería el primero en proteger los intereses y hacer que tronase el cañon sobre los malvados.»

Reunióse además la junta consultiva, y luego la de comercio, á escitacion de ella misma, acordando ésta con Pastors nombrar una junta permanente compuesta de tres de sus individuos, tres de los pro-hombres de gremios, y otros tres del ayuntamiento, que bajo la presidencia de uno de los regidores, deliberase constantemente cuanto conviniese para reprimir á los alborotadores, y tranquilizar á las personas honradas.

Instalóse al momento la junta, y á poco se presentaron tres de sus miembros pidiendo á Pastors dos mil fusiles para otros tantos individuos que tenían dispuestos para auxiliar á la autoridad, mas solo pudieron armarse trescientos hombres; y otros ciento cincuenta de los matriculados de marina fueron armados y mandados por sus pro-hombres, y de todos dispuso el gobernador.

Bassa, en tanto, sabiendo lo ocurrido en Barcelona, marchó desde Cervera á Igualada con las fuerzas de su mando y las columnas de Churruga, Molero y Calvet, y Pastors le previno se situase con su division en el Bruch, y le remitiera toda la caballería posible, sin dejar desatendidos los puntos que ocupaban en la carretera, enviándole tambien algunos infantes si podia.

Adoptó Pastors además otras providencias, púsose de acuerdo con los gefes de varios buques estrangeros surtos en aquel puerto; trasladó á varias casas á las monjas, contra las que ya se conspiraba, y envió á Mallorca á diez y ocho religiosos que imprudentemente arribaron á Barcelona desde San Feliú de Guixolas, remitidos por el alcalde mayor y comandante de armas.

## ESFUERZOS DE LOS REVOLUCIONARIOS.

## CIX.

Los días iban pasando en Barcelona sin novedad aparente; pero la situacion era cada vez mas crítica.

Revivió el mal apagado incendio de San Agustín, y los conjurados ostentaron el proyecto de derribar la estátua de Fernando VII, colocada en la plaza de Palacio.

Sabian todo esto las autoridades: la policía tenía los nombres de los autores de los anteriores excesos, los conocia, los veia; pero no tenía fuerza para prenderlos ni castigarlos. ¡Terrible situacion de una autoridad en tal estremo!

La efervescencia de los perturbadores aumentaba por momentos, y á la vez crecía el pánico del vecindario pacífico. Así se aumentaba el terror, á lo que tanto contribuyeron los folletos y los pasquines que se reproducian por todas partes (1).

(1) Los dos que se recogieron decian así:

*Escudo tricolor.*

Constitucion ó muerte sea nuestra divisa: este grito, que nos hizo célebres en otra época, éste, enérgicamente pronunciado, nos librará de los males que nos aquejan. Constitucion quiere decir, fuera policía, fuera derechos de puertas, y fuera todas las gabelas que abruman al pobre pueblo: Constitucion, pues, nos hará felices, y abrirá un porvenir de comodidades, á los que ahora, á fuerza de trabajar, apenas pueden cubrir sus carnes y ganarse un pedazo de pan.

Con imitar las virtudes del gran pueblo, de los inmortales héroes de los tres días de julio, que no hicieron derramar una sola lágrima, mas que á sus enemigos armados, y supieron perdonar á los vencidos, y que ni un robo, ni una baja venganza empañó el brillo de su victoria, seremos dignos de ser gobernados por la Constitucion de 1812.

Ciudadanos, militares: decidíos en hacer parte con la gran mayoría del pueblo; ya veis que su objeto no es otro que dar impulso á la tan deseada y pura libertad: despreciad las persuasiones de unos pocos mal intencionados. Superiores gefes, que para encubrir sus inicuos planes desearian teneros sumergidos en la ignorancia, calculad que sois militares españoles, y por lo mismo ciudadanos como los demás, y que la union es la madre de la fuerza, y que con ella llegaremos á recobrar lo que tan inicuaamente nos robaron; y bajo estos saludables principios no se oiga otra voz que la de libertad y union, y guerra á muerte á todo el que quiera contrariarla. Así os lo aconseja y está dispuesto á sostener vuestro compañero de armas.

El folleto que se repartió con profusion en el teatro y en las calles, era notable: en él venia á decirse, «que el pueblo tenia formados dos proyectos muy meditados: que el de la noche del 25 se limitaba á dar una séria leccion al gobierno, que no debe abusar de la sensatez y probidad de una nacion: que la moderacion se convierte en desconfianza, y últimamente en desesperacion, siempre y cuando se ve que un gobierno habla mucho y nada hace, promete y jamás cumple, y que toda su politica consiste en mantener al pueblo en cierto equilibrio entre el temor y la confianza, sin darle ninguna garantia, sin proporcionarle la decantada seguridad personal, y sin libertarle de los tiranos provinciales que la oprimen: demostrar que el pueblo sabe hacer, y hace en pocas horas lo que el gobierno no ha querido hacer en muchos años por medio de leyes sabias y conformes á las luces y circunstancias del siglo: que en la ejecucion del proyecto no se traspasaron sus demarcados limites, y que á los gritos de libertad, el pueblo, lejos de codiciar lo ajeno, solo queria librar lo suyo propio de las clandestinas rapiñas de aquellas clases, que sin prestar favor alguno á la sociedad, quieren usurariamente ser recompensadas, que por todas partes respira en ellas grandeza, lo que debiera ser pobreza, y que lo tienen todo, cuando confiesan no tener nada: que el segundo proyecto era meramente personal, que el pueblo queria dar la leccion de que Cataluña no debe ser patrimonio de tiranos: y arredrar con un condigno castigo al tercero que, tal vez bajo diferentes bases, tratase de seguir la táctica de los primeros: que nunca se habia soñado en incendiar las fábricas de vapor, porque, añadieron, *jamás el fiero bruto ha despedazado la teta que le da la vida, ni el errante salvaje el bosque que le mantiene: que Barcelona no seria menos agradecida que aquellos, ni nunca la industriosa capital llegaria á desconocer sus propios intereses*: que se trataba de la destruccion de un periódico llamado *El Vapor*, cuyo nombre, medio articulado, oido por la autoridad la habia inducido á echar mano de la igualdad del nombre para desconceptuar á los reformistas: que el pueblo queria, y obtendria, cualesquiera que fuesen los grados de resistencia, la libertad civil, cuya piedra angular sea una legislacion sábia, justa y benéfica, que, asegurando los derechos de los ciudadanos, mande respetar su estado,

y limite las prerogativas del poder, y que sentando el principio de que el hombre libre no es patrimonio de nadie, haga reconocer el otro de que el rey es para la nacion y no la nacion para el rey: que el pueblo no debia ni podia tolerar que se le diga que se ha instituido un gobierno civil para dirigirlo, y que en el hecho solo vea los caprichos de un déspota, y un gobernador civil, cuyas facultades consisten únicamente en cobrar el sueldo y vestir el uniforme del ramo: que el pueblo no quiere que cuando se le dice que estamos en el precioso siglo de la regeneracion, suceda lo que nunca, de ser primero el castigo que la averiguacion del supuesto crimen, y que la informacion de la ley que lo califique....» Y despues de una rápida biografía del general Llauder y de sus consultores, concluia en estos términos: «Ciudadanos y urbanos, ¡viva la libertad! ¡muera el traidor! Acordaos de vuestros juramentos y perseverad en los mismos. ¡Valientes del ejército! recibid el sincero entusiasmo de un pueblo que os aprecia por vuestro valor, por vuestro patriotismo, por vuestra cordura y por la armonía que con él conservasteis. Acordaos que sois españoles, que esta nacion no ha presentado jamás la degradante escena de pelear el ejército contra el pueblo, que sois dignos defensores de la libertad y no viles instrumentos de un tirano. Confiaid en el pueblo, como el pueblo confia en vosotros, y ambos en los patriotas que os dirigen la voz, aguardando preparados la señal del combate: la esperiencia os ha acreditado que no es dudosa la lucha del hombre libre y del débil esclavo.»

Así, incitados de entrambas partes los ánimos, se podia temer que el combate fuese tan largo y sangriento como lo era el encono.

Ademas de estos papeles, se esparció una proclama sobrado enérgica (1), y bastaba ella sola para sublevar los ánimos ya escitados de los barceloneses.

Y en efecto, la revolucion estaba ya hecha en los espíritus: solo faltaba obrar; y según todas las apariencias, una noticia exacta ó falsa, una aclamacion cualquiera era suficiente á precipitar el rompimiento.

Todos estaban en esta persuasion, hasta las autoridades, que se hallaban perplejas, temiendo por un lado el rompimiento, y no atreviéndose por otro á adoptar medidas para impedirle, por no apresurarle.

(1) Véase documento núm. 17.

ASELINATO DE BASSA Y OTROS HORRORES.

## CX.

Don Pedro Nolasco Bassa, merodeaba cerca de Barcelona, pronto á entrar en ella al primer amago de insurreccion, ó cuando Pastors se lo previniese; mas conociendo éste el mal efecto que su entrada causaria, no siendo vano temor de los descontentos que iba á proteger la formacion de causa á los sediciosos, le detenía para que su llegada no fuera un pretexto de rompimiento.

Bassa, valiente siempre, se contenta por obediencia, no por temor. Bien sabia que los alborotadores estaban inquietos con su aproximacion á Barcelona; pero no le arredra su malevolencia, y estaba, no solo dispuesto, sino deseoso de hallarse en la capital.

Pastors creia poder conservar el órden con la llegada de la columna del coronel Burgués, y teniendo próximas las fuerzas de Bassa.

Así las cosas, supo éste, por su desgracia, que la agitacion de los ánimos crecia por momentos en Barcelona, que todo anunciaba un próximo rompimiento, y llevado de su decision, se vino sobre la plaza, adelantándose impaciente con su columna.

Sabe Pastors su llegada, y corre en su busca, hallándole en la calle de Gignas: abrázase, y le dice Bassa:

—Le sorprenderá á vd. mi venida, faltando en ella á lo que habíamos convenido; pero vd. lo sabrá todo.

Juntos marcharon á palacio; y á poco les participan hallarse la ciudad en conmocion, y que la gente acudia de todas partes á la plaza, presentándose antes de mucho en ella con sus músicas y bandera desplegada los batallones de la milicia, ocupando en columna cerrada todo aquel punto y sus inmediaciones. Esta fuerza era numerosa, mientras que la del ejército apenas pasaba de unos trescientos hombres, y tenia que cubrir muchos puntos, de modo que solo existian unos doscientos hombres francos de servicio en la Ciudadela.

Como Pastors ejercia el mando interinamente, y Bassa era el segundo cabo de la provincia, á una indicacion de éste resignó el mando, y recibió el santo y órdenes.

Pastors entonces le hizo presente que convenia á su seguridad, y era oportuno, que por la puerta interior del palacio saliese

al instante y se situase en la Ciudadela; pero Bassa le contestó que aun no era ocasion de adoptar esta medida.

En tanto aumentaba el gentío y la gritería, y los salones de palacio se llenaron de autoridades de todos los ramos, gefes, oficiales, eclesiásticos, ayuntamiento, diputacion y caballeros particulares, que en medio de aquella ansiedad se dirigieron á este punto deseosos de calmarla. Todos rodeaban á Bassa, rogándole pasase á la Ciudadela, si aun era tiempo, aconsejándole algunos que saliese al balcon principal á hacer una manifestacion al público, para desvanecer los infinitos rumores que corrian, no faltando quien le escitara á salir de la ciudad. Bassa permaneció en esa indecision, que es hija del asombro.

En tan crítica situacion, Pastors mandó por sí á uno de sus ayudantes á la Ciudadela, trajese toda la tropa franca de servicio, y la situase en el patio de palacio, de manera que pudiese contener á los que le invadieran.

Al mismo tiempo entraba en Barcelona una columna de cuatrocientos hombres perteneciente á la division de Bassa, y se situaba frente á la Aduana.

Los momentos eran ya decisivos, y Pastors manifestó á Bassa con amistosa energia lo grave de la situacion y la urgencia de tomar una resolucion cualquiera, ora fuese conciliante, ó fuerte.

—Amigo Pastors, le contestó, interin se estiende el acta que al parecer se desea, hágame vd. el favor de bajar á tranquilizar al pueblo, manifestándole mis deseos de órden y prosperidad.

Pastors corrió y manifestó á la multitud los sentimientos de su general, la dió conocimiento del acta que se iba á redactar y de lo demas que creyó oportuno para calmar aquella gente embravecida; pero unos le oyeron con desprecio y otros gritaron: *¡Muera ese tambien!* Arrastrado por los grupos de un punto á otro, vió que la columna recien llegada simpatizaba con los sediciosos, secundando sus gritos, que no eran otros que la muerte de su gefe. Indignado Pastors al ver tan villana ingratitud en los soldados, procuró desprenderse de la muchedumbre que le rodeaba, y volver á palacio, al avisarle iban las turbas á penetrar en él por la tribuna.

Al entrar en los salones le sorprendió verlos desiertos: solo habian quedado en ellos el coronel Gaset y don José Cortés, ayudante de plaza.



Bassa, rodeado antes de tanta gente de todas clases y categorías, estaba solo en su despacho.

Los amotinados invadían ya los corredores con espantosa gritería.

Pastors entró en el despacho del general, le abrazó y le dijo:

—Los momentos son preciosos: es preciso ganar tiempo: los amotinados están ya dentro de palacio.

Sin aguardar contestación, obligóle á salir por una escalera estrecha que estaba en la alcoba y conducía á las oficinas de estado mayor, y cerrando la puerta salió para los salones con la idea de contener á la multitud que ocupaba ya el llamado de los ayudantes, y armado pregonaba la muerte á gritos. Pastors se les cuadró delante, y preguntándoles qué querían, contestaron que la cabeza del general Bassa: replicóles que habían llegado tarde, pues había salido el general por la puerta interior, y estaría ya en la Ciudadela, ó embarcado. ¡Muera, pues, éste! repusieron irritados los invasores. Pastors, impávido empezó á disuadirles acaloradamente de su atentado, cuando el imprudente Bassa se apareció de pronto por una de las puertas laterales de aquella sala.

Reconocido de todos, no se oyó mas que un grito aterrador: ¡Este es, este es!... ¡A él, á él! y poniéndose Pastors delante, retrocedieron ambos hasta uno de los rincones de la sala. Asido Bassa de la faja de Pastors y guarecido por su mismo cuerpo, abrió éste los brazos, y colocando una mano en cada pared, presentó su pecho indefenso al hielero asesino, manifestando al mismo tiempo á aquellos desalmados los verdaderos deseos del general en beneficio de la población, y lo falso que eran los proyectos que le atribuían.

Más todo era ya inútil. Acortóse la distancia y á boca de jarro se disparó un pistoletazo, cuya pólvora quemó la sien izquierda y frente del general Pastors, quien en medio del dolor y aplicando á aquella parte sus manos, prorumpió en una de las interjecciones inevitables en ciertos casos, que contuvo á la multitud un momento; pero vuelto á su posición, se disparó un segundo tiro, que pasando su faja y uniforme, causó una pequeña lesión á tan heroico defensor, é hirió mortalmente debajo del corazón al infeliz Bassa, á quien por su mayor obesidad no podía cubrir del todo. Soltóse el moribundo de su faja, y al caer dijo á Pas-

tors apretándole la mano: — *Gracias, compañero mio, mil gracias.*

Pastors, aterrado, no pudo ya evitar que aquella multitud asesina se arrojase á Bassa como el buitre hambriento sobre su presa, le arrastrara por el salón inmediato, y arrojase por el balcón su cuerpo palpitante para consumirle luego en auto de fé inhumano....

¡Y esto se hizo en nombre de la libertad!... Mentira: no eran liberales los que asesinaban cobardemente á los que se batían contra los carlistas, defensores del despotismo.... No eran liberales los que encendían hogueras para un valiente, eran sicarios, eran el baldón de Barcelona, el oprobio de la humanidad, la mancha que empañaba el brillo del sol de la libertad.

#### NUEVOS HORRORES.

#### CXI.

Amamos al pueblo, porque á él pertenecemos: pero así como cortaríamos sin titubear un miembro canceroso de nuestro cuerpo, lo mismo estirparíamos del verdadero pueblo los miembros que le corroen.

El crimen de setiembre en Francia, repetiremos nuevamente, no fué el crimen de la libertad. El crimen de agosto en Barcelona, no lo fué del liberalismo. Los horrores que siguieron á la muerte de Bassa, arrastrado por las calles, quemado en una hoguera, no los cometió el partido liberal como veremos, no; cometiólos una turba desenfrenada y ebria, un bando de incendiarios que, llamándose liberales y aclamando la libertad, la profanaban con sus impuros labios. Los sentimientos liberales no estaban, no podían estar arraigados en su corazón. Ni podían pertenecer á ningún partido de principios, cualesquiera que estos fuesen, quienes se entregaban á tamaños excesos. Ningun partido español acogerá en su seno á tales monstruos.

Levántese en buen hora el pueblo si sus legítimas quejas son desoídas, si no tiene ya medio legal de hacerlas valer; pero que al oponer su soberanía á un poder tirano no insulte á su misma obra con sus excesos, no justifique con sus crímenes la tiranía de sus opresores.

Los asesinos, los tostadores de Bassa se desbandaron por la ciudad como un elemento destructor, asaltan las oficinas de los comisarios de policía, arrojan por los bal-

cones todos los muebles y legajos, y los quemar. ¡Tal era su afición á los autos de fé! ¡Y aclamaban á la patria y á la libertad!

Los papeles del Tribunal de Rentas, y los que había en la casa *Procura* del monasterio de Monserrat, fueron igualmente presa de las llamas.

En tanto derribaban algunos la colosal estatua de bronce de Fernando VII, y la reemplazaban con el retrato de la reina.

Estas escenas y otras no menos lúgubres, eran acompañadas de los cánticos descompasados de grupos feroces que paseaban las calles mostrando su regocijo y sosteniendo la agitación. Pero aun no eran bastantes los excesos cometidos, eran necesarios mas horrores, era preciso justificar que una mano estrangera, enemiga de nuestra prosperidad, atizaba por lo menos la llama de la discordia, y la fábrica de Bonaplata, salvada en el primer incendio, cedió ahora al irresistible empuje de la canalla. Así acabó aquel monumento erigido á la industria española por el ilustrado Ballesteros, cuya muerte llora el país. La astucia vió una ocasion de destruir aquel establecimiento, modelo de la fabricacion del algodón, y maquinaria, planteado por los entendidos Bonaplata y Vilaregut el año 1827, con el auxilio de 80,000 duros, nos parece, y supo aprovecharla, retardando el progreso, que inició, de la mas importante de las industrias del Principado, y sepultando entre ruinas el enorme capital que representaba. Gefes de la milicia sus dueños, y de ideas avanzadas, el oro, no hay duda, extraño, movió á la pillería, y redujo á escombros la creacion magnífica del reinado de Fernando.

En defensa de esta fábrica perecieron quince ó mas urbanos, y entre ellos algunos que habían capitaneado los dias anteriores los grupos que incendiaron los conventos. ¡Notable coincidencia!

Aquella turba necesitaba de pillage, y en la mañana del 6 corrió á la Aduana, depósito de las mercaderías del comercio, y pensó cebarse en tan rico botín. En otro extremo de la ciudad, se quemaban todos los efectos de una casa, con el pretexto de que su dueño celebraba los asesinatos del conde de España, y no ocupaba en su fábrica sino á los que reputaba por carlistas.

Los liberales, avergonzados entonces de contribuir con su indiferencia á aquellas escenas de devastacion, quisieron terminar-

las, y se pusieron decididos de parte de la autoridad.

#### RESTABLECIMIENTO DEL ÓRDEN.

#### CXII.

A ruegos del ayuntamiento, se encargó Pastors del mando, considerando este acto como el último sacrificio que podía hacer en aras de la tranquilidad; y á pie y sin sombrero, salió al instante de palacio, y por entre un inmenso gentío recorrió los principales sitios de la ciudad, admirándole unos, y compadeciéndole otros al verle en aquel estado.

Pasó por delante de la hoguera que consumió en la *Rambla* los restos del desgraciado Bassa; mandó apagar el incendio que había enfrente, y recobrando algun tanto su energía, montó á caballo, atravesó por entre la multitud que gritaba vivas y mue-  
ras, y fué á las casas consistoriales, donde constituidas las autoridades en junta auxiliar consultiva, se fueron enterando de las infinitas exigencias que se les hacían. Resolvíanse unas, se enviaban otras al gobierno, y se logró producir una calma aparente.

Al saberse la invasion de la Aduana, dirigióse Pastors á un batallón de la milicia y le arengó. Escuchado con imponente silencio, les dijo por último: *Nacionales, ¿quereis salvar la ciudad?* — *Si, mi general*, respondieron unánimes; y al momento tocaron ataque las bandas y músicas, salió el batallón al trote, y apareciendo á los pocos minutos el escuadrón de lanceros de la milicia, siguió gustoso á Pastors, y acuchillaron todos á aquellas turbas, que huyeron despavoridas.

Barcelona se salvó del pillage y de la devastacion. La autoridad recobró alguna fuerza, y el vecindario pacífico comenzó á tranquilizarse.

Don José Melchor Prat, hijo del país, y de opiniones bien liberales, reemplazó interinamente en el mando al gobernador civil, don Felipe Igual.

La junta consultiva publicó una proclama invitando á los liberales acudiesen al socorro de los demas de la provincia, oprimidos por los enemigos de la libertad, é hiciesen tremolar su pendon y el de Isabel desde las orillas del mar hasta las mas altas cimas de los montes, donde se ostentaban los carlistas orgullosos: Lamaba á todos á tan heroica empresa, y abría el regis-

tro en varios puntos de la ciudad, ofreciendo cinco reales y el pan. En la misma invitaba á que los ciudadanos que no pertenecian á la milicia devolviesen las armas que se les habian entregado, dándoles gracias por sus servicios.

El 6 se dió la siguiente

*Orden de la plaza.*

«Los que ahora se propasan al desorden, no tienen otra mira que el pillage y el asesinato: los buenos ciudadanos se unen al ejército para su esterminio, pues son muchos los que se me han presentado al efecto: por consiguiente encargo estrechísimamente á todos los comandantes de la fuerza, tanto de la benemérita milicia como del ejército, que guardando la debida union y armonía, hagan uso de las armas en cualquiera grupo de amotinados, destruyéndolos y conduciendo á los que capturen á la Real Ciudadela, á disposicion de la comision militar.—  
AYERVE.»

Entre otras medidas, acordó además la junta señalar cinco puntos céntricos á la fuerza militar; sacar de los fuertes á los regulares detenidos en ellos para destinarlos á donde conviniera; suspender de sus funciones á Civat (el delator de la conspiracion de Madrid el 24 de julio del año último), y á otros empleados; reponer al delegado de policia; nombrar nuevos censores de imprenta, y disponer que se aumentase la milicia con todas las personas que ofrecieran confianza.

La comision militar condenó á la última pena á Garri y Pardinás: al primero por cabecilla carlista, y al segundo por ser uno de los primeros que destruyeron la mencionada fabrica de vapor. La sentencia se ejecutó en la tarde del 7 por la tropa y la milicia reunidas, dándose así una satisfaccion, aunque incompleta, á la tan ultrajada vindicta pública.

SE ORGANIZA LA REVOLUCION.

CXIII.

El furioso motin se convirtió en una revolucion pacífica que suplicaba al trono «se dignase enviar á regir la provincia una persona de circunstancias explícitas é idéntica en los principios políticos que S. M. consignó en el Estatuto Real; que en el caso de que no fuese de su soberano agra-

do, se dignase disponer siguiese desempeñando su destino el actual comandante de armas, así como los demás empleos públicos vacantes se llenasen por sujetos dignos; que S. M. se pusiese al frente de las reformas civiles y eclesiásticas que tan imperiosa é instantáneamente reclamaban las necesidades públicas y el voto general de la nacion; que se erigiesen diputaciones provinciales en el Principado, y que se trasladase la universidad de Cervera á Barcelona.»

Esta esposicion no satisfizo á la generalidad; y decia el pueblo que nada tenia que ver con la revolucion el que estuviera en Barcelona la universidad de Cervera; que debia suponerse que S. M. habia hecho cuanto era dable en beneficio de la nacion, y que los ministros eran los que habian contrariado su voluntad; que la creacion de diputaciones provinciales era una medida de administracion muy secundaria, y que lo que se necesitaba eran principios de igualdad legal, de libertad civil, de facultad de constituirse por sí mismos, representacion nacional, jurado, en una palabra, la Constitucion. Por esto, decian, la mision de la junta era pedir lo conveniente á la reina con lenguaje franco, y aunque respetuoso, enérgico, explicando las causas del público descontento.

Creció éste, y le acalló la junta con una medida que aplaudió el pueblo cuando leyó el siguiente edicto:

*Habitantes de esta ciudad.*

«La junta de autoridades y comisionados del pueblo, atendidas particularmente las actuales circunstancias, considera de la mayor urgencia la creacion de una junta auxiliar consultiva que ayude eficazmente á las autoridades civiles y militares en las medidas que se crean necesarias para sostener, así la libertad y la causa de Isabel II, como el orden y la tranquilidad pública en que todos estamos igualmente interesados.

Esta nueva junta ha de ser el resultado del voto general de la poblacion, emitido libremente por las diferentes clases y situaciones sociales. Este es el modo de que obtengan toda la fuerza, duracion y confianza posible, y de que sea aprobada á un tiempo por todas las personas amantes de su patria.

El número de individuos de esta junta no pasará de doce para evitar la perjudicial lentitud con que proceden siempre las reu-

niones demasiado numerosas, y que seria diametralmente contraria á lo que exige el estado presente de las cosas públicas.

Su nombramiento se verificará por electores de toda clase y de los cuerpos de la milicia, en reunion con la junta de autoridades y comisionados del pueblo.

A tan interesante objeto se ordena y manda:

Artículo 1.º Habrá mañana domingo 9 del corriente, por la mañana, las juntas de eleccion siguientes:

Una de los priores, cónsules y pro-hombres de los colegios y gremios, en las casas consistoriales á las ocho de la mañana.

Otra de los dueños de fábricas de toda clase, á la misma hora de las ocho de la mañana, en la Real casa Lonja.

Otra de los comerciantes, á las doce del dia en la misma Real casa Lonja.

Otra de los nobles y de los hacendados en las casas consistoriales á la misma hora de las doce del dia.

Otra de cada uno de los seis cuerpos de la milicia, á saber: los tres de voluntarios, el de artillería, el de lanceros y el batallón 10.º, en el punto y en la hora de mañana mismo que designarán los respectivos comandantes.

Art. 2.º Las juntas de las clases serán presididas por un individuo de la de autoridades y de comisionados del pueblo. La de los cuerpos por su comandante ó el que haga sus veces.

Art. 3.º Cada una de estas juntas nombrará tres electores de entre los individuos de su clase, á pluralidad absoluta de votos.

Art. 4.º Todos los individuos de que ha de componerse cada junta deberán concurrir indispensablemente; en la inteligencia de que gravitará sobre los que no asistan, la mas estrecha responsabilidad, por tratarse de un objeto de tanto interés público.

La junta de autoridades y comisionados del pueblo espera que, correspondiendo todas estas reuniones á los francos deseos que la animan, se elegirán personas que por sus principios y demas circunstancias merezcan la opinion mas digna en estos momentos para el triunfo de la gran causa que defendemos, y en que está cifrada á la vez la subsistencia de la libertad y el sostenimiento del trono de nuestra idolatrada reina.

Asi será como, mas libres las autoridades en el desempeño de sus graves atenciones, podrá satisfacer cual corresponde, no solo al grande objeto del dia, sino tambien

del modo que sea dable á todos los negocios que no deben quedar parados sin notable perjuicio á los particulares del Estado.»

Celebráronse las juntas electorales con orden, á pesar de que eran numerosísimos los cuerpos y corporaciones que elegían, y nombraron los electores de los individuos que debían componer la junta auxiliar (1).

(1) *Colegios y gremios.*

Don Agustín Yañez, farmacéutico.—Don Luis Roquer, procurador.—Don Domingo Vidal, albañil.—Don Pelegrin Palers, zapatero.—Don Pablo Soler, impresor.—Don Magín Tusquets, tendero.

*Fábricas.*

Don Jaime Bosch y Quer.—Don Juan Vilaregut.—Don Andrés Subirá.

*Comerciantes.*

Don José Antonio Flaquer.—Don José Parladé.—Don Guillermo Oliver.

*Nobles y hacendados.*

Excmo. señor conde de Santa Coloma.—Don José Casagemas.—Don Cayetano Roviralta.

*Primer batallón de voluntarios.*

Don Mariano Borrell, capitán.—Don Luis Joy, ayudante.—Don Juan Gally, sargento primero.

*Segundo batallón.*

Don Mariano Vehils, capitán.—Don Ramon de Martí, capitán.—Don Antonio Venero, teniente.

*Sesto batallón.*

Don Antonio de Gironella, comandante.—Don José Manuel Planas, capitán.—Don Pedro Soler, capitán.

*Batallón de artillería de voluntarios.*

Don José Luis de Rocha, comandante.—Don Antonio Xuriguera, capitán.—Don Pascual Madoz, sub-brigada.

*Escuadrón de lanceros.*

Don Joaquin de Gispert, capitán comandante accidental.—Don Manuel Senillosa, ayudante.—Don Francisco Lama, lancero.

*Décimo batallón de milicia urbana.*

Don Juan Tamaró, sargento primero.—

La nueva junta convocó las diputaciones de los corregimientos de la provincia, é invitó á una confederacion liberal á los reinos de Aragon y Valencia; pudiéndose decir que desde entonces entró la revolucion en su cauce natural, y se hizo imponente.

El pueblo mostraba su soberanía, y se erigia en salvador de si mismo y aun del trono que respetaba, y por el cual derramaba gustoso su sangre.

MOTINES Y ESCESOS EN TARRAGONA, VALENCIA, MURCIA, MALLÉN, MONZÓN Y TARRAGONA.—PRONUNCIAMIENTO DE ZARAGOZA Y OTROS PUNTOS.

#### CXIV.

Llauder supo el 6 en Vich las ocurrencias de Barcelona, y sin fuerzas para reprimirlas, contribuyó en lo que pudo á dar fuerza á Pastors (1), y recibiendo á este tiempo la concesion de la licencia que tenia pedida, marchó escoltado dignamente á los baños de Escaldas en el vecino reino de Francia.

Tarragona en tanto imitaba el ejemplo de Barcelona. La noticia de lo ocurrido el 25 en esta ciudad, agitó los ánimos, y para calmarlos, espidió el gobernador civil pasaportes al arzobispo y á muchos eclesiásticos de gerarquía, contra quienes se manifestaba el encono, á todos los religiosos de la ciudad, disolvió sus comunidades, y

Don Antonio Miarous, urbano.—Don Bartolomé Vilaró, segundo comandante.

La junta de electores nombró para componer la junta auxiliar, á

Don José Casagemas.  
Don Juan Antonio de Llinás.  
Don Juan de Abascal.  
Don Mariano Borrell.  
Don Antonio Gironella.  
Don José Parladé.  
Don Pedro Figuerola.  
Don José Manuel Planas.  
Don Guillermo Oliver.  
Don Andrés Subirá.  
Don Ignacio Vieta, tendero.  
Don José Antonio Llobet.

Instalada esta junta, nombró por su presidente á don Antonio Gironella, por vicepresidente á don Juan Abascal, y secretario á don Francisco Soler, que desempeñó iguales funciones en la diputacion provincial de Cataluña en la última época de libertad, quedando disuelta de hecho la junta de autoridades.

(1) Segun comunicacion firmada en Puigcerdá el 8 de agosto.

procuró poner en salvo á los que habian escapado de la matanza de Reus.

A pesar de estas medidas, aun veía el horizonte oscuro; y aun cuando todo el clero regular habia abandonado el claustro, no consideraba seguros á sus individuos, ni á cubierto de tropelias sus edificios. Conseguió, sin embargo, frustrar algunos proyectos incendiarios; pero los últimos acontecimientos de Barcelona decidieron á los sediciosos.

Colubi, una de las víctimas predestinadas, salió de la ciudad al conocer que no podia hacer frente á la insurreccion. Una hora despues llegaron trescientos urbanos de Reus, é incorporándose á ellos los de Tarragona, aclamando todos á la reina, se dirigieron á matar al teniente rey y al mayor de plaza, á falta de Colubi. Refugiados éstos al cuartel de Saboya, se salvaron por el momento, gracias á la enérgica intercesion del brigadier Lausaca, á quien los amotinados nombraron gobernador, y á condicion de que se embarcaran los perseguidos. Hicieronlo así, y al retirarse el destacamento que los habia escoltado dejándoles en el buque, hicieron algunos revoltosos que atracasen al muelle, y asesinaron cobardemente á los dos gefes y á un oficial que los acompañaba, arrojando al mar los tres cadáveres.

Colubi, que iba vendido por su escolta, supo despedirla oportunamente, y refugiarse en Francia.

Tambien en Valencia, al mismo tiempo que se asesinaba á Bassa en Barcelona, se alzaron los descontentos á pretesto de que Quilez y el Serrador, despues de saquear varias poblaciones, habian llegado á Almenara. Principian por reunirse considerables grupos en las principales calles: tocan á generala á media noche, y aclamando á la libertad, piden el castigo de los presos por causas de conspiracion. Pero impacientes los sublevados, fuerzan las puertas de la torre de Cuarte, la cárcel de Serranos, la de San Narciso y las eclesiásticas, sacan los presos, los trasladan al Principal de urbanos, fusilan á las pocas horas á siete y transportan al Grao á mas de ciento para embarcarlos á Ceuta.

Los insurrectos no pasaron adelante en su saña, y respetaron á las autoridades, si bien don Francisco Ferraz se vió en la necesidad de hacer en Almodovar dejacion del mando de capitán general, que no desempeñaba á gusto de todos, á pesar de sus

antecedentes liberales, y de la reputacion que aun conserva entre los verdaderos amantes de la libertad y gentes honradas.

En obsequio público, el conde de Almodovar tuvo que transigir con la revolucion, que conluyo algun tanto la presencia del infante don Francisco y su familia, que estaban tomando los baños.

Entre las medidas que se adoptaron, fué una de las principales la disminucion de los derechos de puertar.

Murcia siguió el ejemplo funesto de Valencia. Habia en aquella capital una compañía movilizada de urbanos que no observaba rigidamente la disciplina; algunos grupos pidieron su encarcelacion, y las autoridades cedieron. No pasó de aqui el alboroto; pero sabidas las ocurrencias de Reus y las del 25 en Barcelona, cobraron nuevos brios los descontentos, dieron fuego á los conventos de Santo Domingo, la Trinidad, la Merced y San Francisco. Alcantarilla era á la vez teatro de iguales horrores con el convento de Mínimos, y faltó poco para que el de San Gerónimo en la Nora y el Santa Catalina del Monte, no fuesen tambien reducidos á cenizas.

Muchos liberales indignados lograron reprimir en Murcia tales escesos; pero podian mas que ellos las circunstancias, y al saberse lo ocurrido en Valencia, continuó la anarquia, y en la noche del 10 asaltaron quinientos sublevados la cárcel pública, estrajeron á tres individuos presos por conspiradores, los asesinaron y allanaron luego varias casas y las robaron.

En peligro la propiedad, alarmáronse cuantos tenian que perder, y ante su actitud imponente, se reunieron al fin las autoridades y la milicia, y cesó el desórden. Pudieron imponer castigos fuertes con el apoyo de gran parte de la poblacion; pero poco confiados en su poder, no hicieron otra cosa que tomar precauciones para evitar nuevos escándalos.

Zaragoza, pueblo tan exaltado, no podía permanecer aislada en medio de la insurreccion general, y comenzó por pedir la destitucion del capitán general, don Felipe Montes. Mas no era mal querido: mediaron ademas personas influyentes, y el resultado fué constituirse una junta, de la que aceptó la presidencia (1). Se hizo así la revolucion

(1) Formaban parte de ella el regente de la audiencia, don Alvaro Gomez Becerra, y tres procuradores á Cortes por la provincia.

de una manera digna, con mayor autoridad; y la junta, instalada el 9, comenzó á obrar desembarazada, acordando entre otras providencias cerrar los conventos de la capital, activar las causas de conspiracion, y destituir á los empleados desafectos.

A los dos ó tres dias, sin duda para evadirse Montes de todo compromiso, salió de Zaragoza á perseguir á los carlistas.

En Alcañiz se prendió fuego al convento de Capuchinos; y en Mallen, Monzon y Tarazona se proclamó la Constitucion de 1812.

En estos puntos fué donde mas se mostró franca la revolucion, pues no era otro su móvil que variar completamente las instituciones del pais, descontento del raquítico Estatuto.

#### INSURRECCIONES CARLISTAS EN LAS ISLAS BALEARES.

#### CXV.

Mientras en la Península se pronunciaban los liberales, en nuestras islas del Mediterráneo se pronunciaban los carlistas.

En los primeros dias de agosto se exigió del obispo de Mallorca emplease en una parroquia á un fraile liberal; resistióse el prelado, y tuvo que retirarse el 7 á Lluch.

Este suceso, en un pais donde tanta influencia ha ejercido el clero, donde hay tanta religiosidad y sencillez en las costumbres, bastó para que en la ciudad de Manacor se amotinase el pueblo en la noche del 9 al 10, desarmando y prendiendo á los urbanos y proclamando á Carlos V.

La insurreccion amenazaba propagarse, por los elementos con que contaba. Importaba impedirla, y al efecto acudieron al instante tropas de Palma, cuya presencia apagó la insurreccion.

Los liberales se prevalieron de esta fácil victoria, y consiguieron la supresion de todos los conventos, á que accedió el conde de Montenegro, capitán general de la isla, y se llevó á efecto.

Ningun esceso tuvo que deplorar Manacor. Allí no ejercian las pasiones la funesta influencia que en otros puntos: no habia allí agravios que vengar, ni victimas que sacrificar. Las innovaciones fueron administrativas, ora sancionando la redencion de censos verificada en el anterior período constitucional, ora preparando la devolucion de bienes nacionales á sus anteriores

compradores. No entraba de lleno el gobierno en el sistema á que los carlistas le arrastraban, y el partido que hacia frente á los carlistas, tenia que enseñarle sus deberes, como gobierno de justicia y de moralidad, ya que no de circunstancias. La devolucion, por ejemplo, de los bienes nacionales, era un acto de reparacion, que la causa de la propiedad, siempre y en todas partes sagrada, base del órden social, lastimada entre nosotros por una reaccion impía en su pretension de anular tres años, reclamaba con urgencia desde la muerte del soberano.

La sangre que derramaba en abundancia el pais, los males de todo género que la guerra le causaba, merecian ademas otras libertades y franquicias que las de los antiguos tiempos; la marcha del gobierno era á todas luces errada, y cuando pendia de sus yerros la vida y la propiedad de los que de suyo se habian comprometido en la lucha, no era extraño el descontento, era natural la exaltacion. Los conventos eran hostiles á la revolucion, y ni recataban su enemiga, ni dejaban de prestar, siempre que podian, su apoyo á la causa de don Carlos. Sus cláustros habian suministrado partidarios á este principe, y armas homicidas, y recursos de todo género en algunas partes. ¡Qué mucho que un desastre, que la inminencia de un peligro no hiciese volver los ojos de los que acababan de perder un hermano, ó temian perderlo todo, hácia esas reuniones de hombres, muchos de los cuales debian gozarse de sus desastres, y á quienes miraban prevenidos!.... ¿No debió el gobierno haberse adelantado á la supresion de los regulares, con la que tanto habria ganado la causa de la humanidad y el órden?

SITUACION DEL MINISTERIO. — SUS PROVI-  
DENCIAS.

### CXVI.

El gobierno, en medio de tantos desastres, parecia estar ofuscado; no veia mas que lo que sus aduladores le pintaban, y se hacia la ilusion de destruir la revolucion que levantaba su cabeza en el Oriente de España, á las primeras medidas enérgicas que adoptase. Mas no todos los ministros opinaban de la misma manera: los habia inclinados á transigir, y Alvarez Guerra, ora fuese por las simpatías que mostrase hácia algunos de los alzados, ora por sus

diferencias con algunos de sus compañeros, fué elogiado por la prensa exaltada.

Imponentes cada vez mas los alzamientos, creyó el gobierno que debia mostrar energia, y desvanecer al mismo tiempo la impresion que causó la conducta de Alvarez Guerra. Al efecto, dirigió una esposicion á la reina Gobernadora, proponiendo medidas vigorosas, y haciendo alarde de un poder que se desmoronaba.

Estéril esta manifestacion, y al ver el progreso de la insurreccion, se encargó al ministerio del Interior, como en espionacion de anteriores condescendencias, adoptase disposiciones fuertes que contuviesen la revolucion, y empezó amenazando con la suspension de sus empleos á las autoridades que fueran débiles ante los desórdenes, revelando con tan tibia disposicion su debilidad.

La misma situacion del ministerio le hacia aparecer débil: habia solo cuatro ministros, y dos estaban en la Granja al lado de la reina. El del Interior y el de Gracia y Justicia; Alvarez Guerra y García Herreros, presagando sin duda la tormenta, no se mostraban resueltos á conjurarla, y parecia como que deseaban entenderse con ella para sobrenadar en el naufragio. Toreno y el duque de Ahumada, menos afectos á los principios que se proclamaban, ó mas confiados, tenian fé en el porvenir; y encantados sin duda en los jardines de la Granja, se creian omnipotentes para destruir una revolucion, á la que daban menos importancia de la que tenia.

Quesada, depuesto del mando de la Guardia Real, no se dió por satisfecho con el de la capitania general de Madrid, que renunció descontento, quedando tanto ó mas quejoso Rodil, relevado de la inspeccion de infantería.

Toreno al mismo tiempo, conocia que con el dinero podria hacer frente á cualquier situacion, y negoció con el banquero Ardoín una anticipacion de 300,000 libras esterlinas, obligándole la necesidad á librar las dos terceras partes; pero protestadas las letras, perdió crédito el gobierno, y empeoró su estado. No queria comprender las circunstancias que atravesaba, mas fuertes que él, y se suicidaba, perjudicando á la nacion, no por su muerte, sino por dejar de poner el debido remedio á sus males.

Pensóse en altas regiones en confiar la formacion del ministerio á don Agustín Argüelles, no siendo ostraña Inglaterra á este

pensamiento; pero no se prestó el procurador por Asturias á relevar á su paisano, y el ministro británico, Mr. Villiers, tuvo que negociar en la Granja la eleccion de un nuevo gefe del gabinete.

La revolucion iba en tanto cundiendo por la Peninsula, y en Madrid se notaban ya síntomas de una próxima insurreccion.

Tales antecedentes provocaron el 14 de agosto una reunion magna en palacio, á la cual asistieron los ministros, el Consejo de gobierno, los decanos del Consejo Real y algunas autoridades locales, bajo la presidencia de la reina Gobernadora, que á este fin se trasladó precipitadamente desde la Granja.

Resistir á las exigencias que se presentaban como necesidades públicas, en vez de estudiarlas y satisfacerlas en lo posible, fué lo que se decidió torpemente en junta tan autorizada.

INSURRECCION DEL 15 DE AGOSTO EN MADRID.—SU ORIGEN.

### CXVII.

Antes de ocuparnos de la tibia insurreccion de agosto por la milicia madrileña, espondremos su origen.

La cárcel de Corte estaba á la sazón atestada de presos políticos de todas categorías: allí habia curas, frailes, abogados, oficiales y guerrilleros de la Mancha, implicados en su mayor parte en conspiraciones carlistas; allí existian nacionales comprometidos en la matanza del 17 de julio, y en el ligero molin contra Martínez de la Rosa el 11 de mayo; allí estaba, por fin, Aviraneta, de cuya prision hemos dado cuenta (1).

En la cárcel de Corte estaban daguerreotipados los partidos que destrozaban la Peninsula: ella presentaba los dos bandos con sus pasiones, con sus odios, con su intolerancia y con su fanatismo.

El gobierno de la cárcel, es decir, el alcaide y todos sus sirvientes, favorecian á los carlistas, porque participaban de sus opiniones, y esto hacia que se mostrasen mas osados, y se erigieran en señores de aquel lóbrego recinto. El abogado Selva y algunos de los regulares presos, eran los que allí llevaban la voz.

Una conspiracion carlista, cuya direccion estaba en la cárcel se fraguaba en si-

lencio. Instruido de ella el gobierno, envió en concepto de preso al coronel don Andrés Robledo con la secreta mision de observar y dar parte de las tramas carlistas de que estaba algo informado el ministerio.

Robledo y Aviraneta se entendieron en breve, y á los pocos dias ya estaban al corriente de la conspiracion carlista, de la que el primero instruía al gobierno en sus partes diarias que redactaba Aviraneta. Tan grave halló el contenido de estas partes, que al punto envió á la cárcel á dos comisarios de policia con celadores, auxiliado de sesenta miliones aragoneses, y fueron encerrados en los calabozos el alcaide y dependientes, el abogado Selva, el ex-capitan de realistas y escribano García, que lo era de la causa contra Aviraneta y varios curas y frailes. Comenzó á instruir un voluminoso proceso por el juez de primera instancia, don Modesto Cortazar, hoy senador del reino, y los destinos de alcaide y demas personal de la cárcel, se proveyeron en sujetos liberales, aliviándose con esta mudanza el estado de los presos de esta opinion.

No era menor que en las provincias en fermentacion, el descontento de los liberales en Madrid.

El estado de las cosas exigia otra marcha diferente, pronunciada por las reformas políticas, enérgica contra sus enemigos. En tal situacion, y sin esperanzas de que cediese el ministerio de su insensata resistencia, estaba en el corazon de los exaltados el alzamiento; y explotando esta disposicion, concibieron y propusieron algunos planes para realizarle los gefes de la oposicion. Desechados, y sin lograr ponerse de acuerdo, acordáronse del fundador de la sociedad secreta *La Isabelina*, don Eugenio de Aviraneta, como el único capaz de dirigirles, y al efecto fué comisionado y se le presentó el ayudante de la milicia don N. R. acompañado de otros oficiales de la misma. Espuesto que le hubieron el objeto de su mision, y asegurándole la confianza que tenian en sus recursos, Aviraneta exigió para tratar del caso la garantia de su encargo. No les conocia; deseaba que algun capitan, amigo suyo, le respondiese, y habiendo indicado á R., agente de Bolsa, trajéronle á poco, y amigo de todos, y abrigando iguales sentimientos, sentóse Aviraneta, cogió la pluma, y estendió el plan en los términos siguientes:

«Pasado mañana, 15 de agosto, hay funcion de toros, y da el piquete de la plaza

(1) Véase el tomo 1.º, pág. 287, colum. 2.ª



la milicia. En vez de disolverse en la mayor, tocarán sus tambores generala, espaciándose por la población, y los de los demas batallones, regresando á la plaza, como punto de reunion. Se ocuparán las casas de la plaza, y se harán barricadas en las avenidas de los arcos. Tambien se ocupará el telégrafo, para impedir se avise al gobierno. Una compañía se posesionará de la puerta de Hierro, ó impedirá el paso al Sitio (La Granja). Hecho esto, se pondrá inmediatamente en libertad á Aviraneta, que dirá lo demas que deba ejecutarse.»

Conforme á este plan, se pronunció antes de llegar á la plaza Mayor el piquete que venia de los toros, y al toque de generala por sus tambores y los demas que hicieron salir (1), se reunió toda la milicia en aquel punto al entrar la noche del 15 de agosto de 1835.

Sin ver oposicion, entregáronse á la inaccion los alzados, como si Madrid no contase una guarnicion, superior á su fuerza. Sin curarse mas que de lo que veian, redujose toda su estrategia á ocupar las casas de la Panadería y de Oñate, á abrir unas zanjillas que se salvaban con facilidad, y á situar el segundo batallon junto á San Andrés, á la mira del cuartel de San Francisco. Todos los demas como si no existieran. Esto por lo que hace á la parte militar. En cuanto á la política, todo se redujo á redactar y remitir á S. M. una respetuosa exposicion pidiendo mas garantías políticas, más decision contra sus enemigos, protección á los defensores del trono. Y como si nada mas hubiera que hacer, como si tanto apurasen las circunstancias que ni pudiera titubearse por la reina Gobernadora, como si todo lo hiciese esperar la buena redaccion del citado documento, obra de plumas elegantes, entregáronse los directores de aquel movimiento á una incomprensible apatía, y produjo sus resultados su insensata confianza.

Por no molestar á Aviraneta, suponiendo que descansaria, no le pusieron en libertad aquella noche. Acaso habria sido diferente el éxito del alzamiento, á poder influir en él desde su principio este preso. ¡Por no molestar á un preso retardar su libertad!... ¡y retardarla creyéndole necesario!... Basta esta consideracion para conocer

(1) Parece ser que el señor G. obligó á tocar generala despues de aconsejar á algunos del piquete de los toros lo que debia hacerse.

los puntos que calzaban en materias revolucionarias los gefes de aquel movimiento.

Sin ver mas que lo que sus ojos alcanzaban, olvidándose de todo, tranquilos y satisfechos de no ser molestados, pareciéndoles demasiado la posesion no disputada de la dichosa plaza, y sin el genio necesario para llevar adelante su propósito, nada hicieron y todo quedó á la aventura.

Las autoridades superiores, al ver su abandono, se recobraron bien pronto del sobresalto que les causó un acontecimiento que no esperaban. La oficialidad de la milicia se componia en gran parte de empleados públicos. Aprovechando el gobierno esta circunstancia, les hizo comprender que perderian su destino si no se retiraban á sus casas, y se presentaban en la oficina, dando parte de haberlo verificado. Asi lo hicieron algunos, y su falta introdujo el desánimo en las filas. Contribuyó á ello tambien la presentacion amigable del capitán general y de Quesada, y sus exhortaciones, aunque al pronto fueron desatendidas.

Libre por fin Aviraneta á las once del 16, dia festivo, habló con varios gefes y oficiales de la milicia, desconfiados ya de la empresa, estrañándole sobremanera no haber una cabeza que dirigiese. No se habia nombrado, en efecto, junta; todos hablaban y proponian, sin que recayese, con tanta divergencia de pareceres, acuerdo alguno. En vano trató Aviraneta, en compañía del capitán M. del B., de que se formase una junta que reanimase el espíritu, que comenzaba á decaer, de la milicia nacional, y tomase medidas capaces de dar cima al pronunciamiento. Habló al efecto al capitán general del ejército, duque de Zaragoza, y á otros personajes conocidos y de prestigio, y posicion autorizada; mas todos se negaron. Era tarde: se habia dejado escapar la ocasion. Consultado entonces acerca de la situacion y del partido que convendria tomar en tan apuradas circunstancias, manifestó con franqueza que habia fracasado el pronunciamiento por haber dejado pasar tanto tiempo sin hacer nada, tiempo que el gobierno habia aprovechado en prepararse y desalentar á muchos, siendo de opinion que, como medida estrema, y ante la imposibilidad de salir airosa de un choque contra la guarnicion, saliese la milicia á Guadalajara, donde se pondria en comunicacion con los pronunciados de Zaragoza, asegurando que desde luego vendria á reunirsele un regimiento de caballería, mandado por su amigo

el coronel don Antonio Martín, hermano del *Empecinado*, con quien estaba en inteligencia.

Desechada esta propuesta, de casi imposible ejecución por sus inconvenientes gravísimos, y mas arriesgada aun que un combate en las calles, sirviendo de parapetos las casas, y haciendo inútil la caballería y artillería, ya no quedó esperanza de buen éxito, entregándose al acaso; y ni aun se pensó en salir con honra de aquel conflicto.

Al comenzar la tarde, decidióse el gobierno á salir de aquel estado, seguro como estaba del triunfo, contando con las tropas, el cansancio y desánimo de la milicia; y dejó ver sus fuerzas, que destacaron avanzadas frente á las de la milicia. Concentrados con este motivo en la plaza cuatro batallones y los dos escuadrones de la fuerza ciudadana, y replegándose al centro poco á poco las avanzadas, fueron avanzando con actitud hostil los del ejército; y estrechados en aquel sitio, el peor sin duda para una defensa por sus diez entradas, enfiladas por la artillería de los bloqueadores, era una temeridad la resistencia, y no permitiendo el capitán general que la milicia se retirase, le abrió la entrada, que verificó con respetables fuerzas. La milicia dejó las armas, y los enemigos de la libertad no tuvieron el placer de que corriese la sangre de sus defensores, vertida por ellos mismos. La población salió de su angustia, y respiró libre de su inquietud. Cinco mil de sus hijos tornaron ilesos á su hogar, y volvieron al seno de su familia desolada. Todos unos, no hubo vencidos ni vencedores. Agenos enteramente al pensamiento de mejorar la situación política si hubiese de costar una gota de sangre liberal, no era caso, ya que habia sido estéril por mal dirigido su alzamiento, de hacer alarde de un amor propio tan extravariado como insensato, comprometiendo la subordinación y disciplina de los mismos que defendían sus hogares y prodigaban su sangre por los objetos que la milicia aclamaba. Por esto fué débil, por esto cedió ante el peligro para la causa comun de un combate con los bizarros soldados que tanto necesitaban en los campos de batalla, y que tanta gloria adquirieron despues. Cumplian su deber las tropas restableciendo el orden alterado, y faltaban al suyo los milicianos sosteniendo aquel estado de cosas, favorable únicamente á los carlistas. El ejército debia seguir hermanado con la milicia: una esci-

sion era el triunfo de don Carlos. Otra cosa habria sido si se tratase de opuestos principios. El 7 de julio y las playas gaditanas nos autorizan á pensar de esta manera. La milicia de Madrid, atacada bruscamente y de improviso en la misma plaza al amanecer de aquel dia, venció á pesar de siete dias de fatiga, á los bravos batallones de los Guardias que se arrojaron á sus bayonetas, ciegos por su rey, alentados con la esperanza del saqueo. En ellos iban el vencedor de Mendigorría, y otros jóvenes é intrépidos oficiales, lustre despues del ejército, como ya lo eran de la nobleza de España. Inútil fué su empeño; estrellóse todo su ardimiento en la serenidad y firmeza de los que se batian por primera vez, y tuvieron que pronunciarse en fuga desordenada cansados de pelear con la muerte. Los mismos vencedores del 7 de julio midieron con gloria sus armas en el Trocadero y cerca de los muros de Cádiz con las mejores tropas francesas. Gran parte de ellos constituia la milicia del dia 15 de agosto, era el mismo su espíritu, y ahora contaba en sus filas gefes valientes del ejército. La misma, pues, habria sido á la vista de los objetos mas queridos de su corazón, si tuviera enemigos que vencer.

No los habia, y por esto se condujo el gobierno con moderación. Así lo exigian tambien las circunstancias. Nadie fué perseguido, y todo acabó sin la menor desgracia.

No sucedió así al dia inmediato, y he aqui justificado el que no tuviese ánimo la milicia para batirse con los suyos. Gozosos los carlistas de que la milicia hubiese depuesto sus armas, y creyendo ilusos que el no disputado triunfo del gobierno era el suyo, se levantaron osados en los barrios bajos, y persiguieron de muerte á los nacionales. La insurrección, promovida y mantenida especialmente por las mugeres mas inmundas, se hizo en breve alarmante, y la caballería, que no se habia disuelto como la infantería, porque compuesta en su mayoría de sujetos acaudalados, no era mirada por el gobierno con tanta desconfianza, se reunió autorizada por el capitán general con la velocidad del rayo, y vendió cara la sangre de sus compañeros, restableciendo al momento el orden. A los pocos dias espíó en el patíbulo su delito una vieja sanguiñaria y desalmada, una de las muchas furias que solo á cuchilladas aprendieron que no habia llegado todavía otro año 23.

El 15 y 16 de agosto prueban bien que

no son las gentes de letras las mas á propósito para dirigir una insurreccion militar. Espronceda, V. de V. y otros vieron la diferencia que hay de escribir tranquilos á obrar agitados, de la literatura á la política, á la guerra.

Vuelto del Sitio el ministerio, su presidente, el conde de Toreno, ofreció doscientas onzas de oro y un empleo á quien descubriese el paradero de Aviraneta, y la policia hizo los mayores esfuerzos para buscarle. Aviraneta se ocultó, y á los cuatro días salia en medio del dia por la puerta de Alcalá en direccion de Zaragoza.

Poco tiempo despues de estos sucesos, vino á Madrid desde Barcelona don Francisco Guiu, sobrino del padre Pouch, conocido en toda Cataluña por el Dominico de Vich, tío y sobrino complicados en la misma famosa causa de Aviraneta é incidente de Barcelona. Su objeto era conseguir el sobreseimiento de dicha causa. Se presentó al fiscal de la audiencia de Madrid, don Laureano de Jado, y por las recomendaciones que traia para él, le recibió muy bien. A la sazón tenia sobre su bufete, y estaba examinando la causa de los presos de la conspiracion de la cárcel de Corte, y le dijo á Guiu: «Estoy admirando el genio fecundo y travesura de Aviraneta. El consiguió embrollar su proceso de tal manera, que ha sido preciso á los tribunales poner en libertad como inocentes á todos sus cómplices, y él ha logrado su libertad fraguando desde la cárcel el pronunciamiento del 15 de agosto en la plaza Mayor; y para complemento de su maquiavelismo, aquí tiene usted este proceso de la conspiracion de la cárcel de Corte, que es la concepcion mas revolucionaria que han podido imaginar los hombres para vengarse de los que él tenia por sus enemigos, y hasta del mismo juez, comisionado régio y del escribano de su causa. Este proceso está vestido con tales declaraciones y pruebas, que me veo obligado á pedir contra los presuntos reos, cuando menos un presidio: pues bien, como fiscal estoy en obligacion de obrar de esta manera, y como particular, estoy convencido y casi seguro, que todo el proceso no es mas que un solemnisimo embrollo, fraguado por la profunda imaginacion de Aviraneta.»

#### ENÉRGICA DEBILIDAD DEL MINISTERIO.

#### CXVIII.

Terminada de este modo la insurreccion de agosto, merced en parte á la intervencion de don Vicente Beltran de Lis, que calmó á Quesada, dispuesto á lo último á romper las hostilidades, aquel ministerio, temeroso antes, se mostró ahora fuerte, y los consejeros de la corona residentes en la Granja, que ya tomaban medidas para trasladarse á Burgos en el caso de que triunfassen los urbanos de Madrid, fueron acaso mas allá que sus compañeros en la adopcion de medidas enérgicas.

Por de pronto se puso á Madrid en estado de sitio; se creó una comision militar para juzgar breve y sumariamente á los que se aprehendiesen con armas, formasen grupos y reuniones «cuyas voces y movimientos fundasen una prudente sospecha, y á los que se hallasen en el sitio de los escesos y no se apartasen á la primera intimacion;» se disolvieron los batallones de la milicia pronunciados, á calidad de proceder á su nueva organizacion; se suprimió el *Eco del Comercio*, de tanto influjo entonces en la opinion, y se pusieron ininidad de trabas á los demas periódicos.

Los procuradores Alcalá Galiano y Chacon fueron presos, asi como los urbanos que fueron á presentar la esposicion en la Granja. La policia baseó inútilmente al conde de las Navas, Isturiz y Caballero, complicados, segun se decia, en la insurreccion.

Reducidas á Madrid estas providencias, eran estériles para la dominacion del ministerio en la Peninsula, y solo demostraban su debilidad estos alardes de poder. El ministerio estaba herido de muerte y tenia que sucumbir. Las circunstancias tenian mas fuerza que su voluntad, debian arrastrarle, y le arrastraron. Cuanta mayor fuese su resistencia, mas violento sería el golpe, mas terrible la caída.

Haciéndose quiméricas ilusiones, y como para disimular su situacion, envió á las provincias para que se anunciase con las mil trompetas de la fama, una mal redactada circular en que daba cuenta de su triunfo en los pomposos términos siguientes:

«Ministerio de lo Interior. — Primera seccion. — Circular. — Un acto de escandalosa insubordinacion de una pequeña porcion de la milicia urbana, puso en grave

compromiso la tranquilidad de esta capital en la tarde del día 15 del actual, sobre todo desde el momento en que, á favor del toque de generala, acordado por los sediciosos, consiguieron éstos reunir en la plaza la mayor parte de los batallones 1.º, 3.º y 4.º. Hombres audaces, que se suponían apoyados por la fuerza destinada á proteger el orden y la tranquilidad pública, han intentado sumir al pueblo en la anarquía; pero el ilustrado celo de las autoridades superiores, secundado por la imponente actividad de las tropas de la guarnición y de una parte de la misma milicia, y por la juiciosa sensatez del pueblo, consiguió desde luego circunscribir á un punto el fuego de la insurrección armada, y descubriendo á la inmensa mayoría de los individuos de la milicia urbana el precipicio á que muy pocos querían conducirles, se ha restablecido completamente el orden, retirándose todos á sus casas sin que haya habido necesidad de verter ni una sola gota de sangre. S. M. la reina Gobernadora, que mira con justa indignación tales demasías, ha adoptado ya medidas vigorosas para evitar se reproduzcan con mengua del gobierno y de los pueblos; y al comunicarlo á V. S., le prevengo de real orden acuerde las mas oportunas disposiciones, á fin de que se mantenga á toda costa el sosiego público, tanto en la capital como en los pueblos de esa provincia. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 17 de agosto de 1835.—Alvarez Guerra.—Señor....

PROPAGASE LA INSURRECCION.

## CXIX.

Candió por el interior el movimiento de las capitales mencionadas, prendiendo en la pacífica Castilla la Vieja el fuego de la insurrección. En Valladolid fué obligado Castañon, sin embargo de contar con tres mil hombres de tropa, á mandar se evacuasen y cerrasen los conventos el 18 de agosto.

En el propio día tuvo el general Jalon que hacer lo mismo en Salamanca; y en Málaga tuvo lugar á la vez uno y otro, siendo gobernador Santa Cruz.

El día 19, el escasisimo populacho que cuenta la ilustrada Cádiz, invadió los conventos, siguiendo otras ciudades tan pernicioso ejemplo.

Solo en Burgos y en Palencia pudieron

las enérgicas exhortaciones de la autoridad evitar iguales tropelías.

Esta persecución lamentable probaba completamente lo mal que se miraba á los frailes, que de hecho quedaron suprimidos en España, como lo fueron en breve por un real decreto. Degenerados mucho hacia los institutos religiosos, refugio, por lo general, de la pobreza, de la holgazanería é ignorancia, introducida en su seno la relajación, inútiles, en fin, para el bien, no encubrían su aversión, en otras épocas probada, á las ideas liberales, hostilizándolas en lo posible.

Pero no era su estinción el principal objeto del movimiento revolucionario, no era para relegar los frailes á la historia para lo que se formaba una conspiración en toda España, para lo que se comprometieron tantos intereses y tantas vidas se arriesgaron; otro era el objeto. Aragon arrojó el guante, y Málaga se alzó tambien el 23 proclamando la Constitución. Un regimiento de línea la vitoreó igualmente, y la milicia le secundó, arrestando á algunos oficiales que intentaron oponerse, y embarcándoles para Ceuta. El gobernador, Santa Cruz, tuvo que ceder, y ocupó la presidencia de la junta directiva de gobierno que se nombró. El primer acto de ésta fué publicar una proclama justificando el alzamiento con los ejemplos de Barcelona, Zaragoza y Valencia. Adoptó luego varias medidas administrativas en alivio de la población, y envió á Granada una columna de dos mil hombres con objeto de propagar el movimiento revolucionario.

Cádiz no habia proclamado el Código que tuvo allí su cuna, á pesar del disgusto y los perjuicios que habia irrogado la clausura de los Estamentos á los comerciantes que, fiados en ella sus capitales; pero al ver los carteles que anunciaban los sucesos del 15 y 16 en Madrid, arrancáronlos los urbanos con la punta de sus bayonetas, y dieron vivas á la milicia madrileña y á la Constitución. Secundó sus aclamaciones el regimiento que mandaba el coronel Osorio, y las repitió el gobernador de la plaza, Hore, que dias antes se habia opuesto á la insurrección, é hizo frente á una tentativa con grave riesgo.

Nombrado presidente de la junta, se acordó principalmente dirigir una esposición á la reina Gobernadora pidiendo la caída del ministerio y la convocatoria de

las Córtes constituyentes; pero dividiéronse las opiniones sobre los términos de la espocision, y se dejó pasar el tiempo, hasta que una demostracion popular lo precipitó, formalizándose y remitiéndose el 25.

La junta se habia desprestigiado, y á pretexto de que no habia tomado parte en su nombramiento todo el pueblo, convocóse á los vecinos por parroquias, y se eligió la nueva junta auxiliar y consultiva de las autoridades.

En Algeciras y en San Roque se instalaron tambien juntas; y Osorio salió de Cádiz á la cabeza de una columna á propagar la revolucion en los pueblos importantes de la provincia.

Vaca, comandante militar del Puerto de Santa María, envió tropas para oponerse á su marcha; pero se pasaron á los constitucionales, y fué conducido aquel, preso al castillo de Santa Catalina.

Osorio marchó triunfante por Jerez á San Lucar; y no hubiera parado hasta Sevilla, á no saber que otros se le anticiparon.

Los urbanos de esta capital, reunidos en su cuartel, aclamaron la Constitucion; pero el capitán general, príncipe de Anglona, que desde dias atrás luchaba resuelto por impedir el alzamiento, todavía pudo dominarle, y consiguió se retirasen los milicianos. Al saberlo los de Utrera, vinieron en ayuda de sus compañeros. Noticioso de su aproximacion el gobernador civil, convocó á vista de la inminencia del conflicto, de la fermentacion que se dejaba sentir, y de las disposiciones que comenzaban á notarse en la guarnicion, una junta de personas notables, y mientras deliberaban lo que convenia hacer, por evitar ante todo el derramamiento de sangre, se pronunciaron los voluntarios ligeros de Andalucía al grito de viva la Constitucion. Impotente Anglona con esta defeccion, tuvo que doblegarse á la fuerza de las circunstancias, y resignó el mando en el marqués de la Concordia, saliendo de Sevilla disfrazado. El mismo gobernador civil y el nuevo capitán general, se pusieron á la cabeza de la junta de gobierno.

Granada siguió el ejemplo de Sevilla. Hubo á principios de agosto algunos conatos de insurreccion con varios pretextos; pero al saberse que se acercaban los constitucionales de Málaga, alármanse los ánimos, comienza la agitacion, es desterrado Villapadierna, coronel del 4.º regimiento ligero de caballería, aparecen pasquines alarman-

tes, se cruzan las patrullas, reúnese el acuerdo, conferencian las autoridades, y no habian llegado á Albama las tropas de Málaga, cuando las de Granada aclaman la Constitucion el 26 en union con la milicia, y siendo reemplazado el capitán general Rojas, con don Vicente Abello, que pidió el 29 á la reina una constitucion que las Córtes debian establecer, proclamando el 31 la de Cádiz, y haciéndola proclamar en los principales pueblos de la provincia, é instalando los ayuntamientos constitucionales, á influjo de la columna de Málaga, que entró el 29 en Granada, compuesta de tres mil hombres entre tropa, urbanos y paisanos armados de los pueblos.

Unos pocos del populacho intentaron, á favor de las circunstancias, saquear la Aduana y otros puntos; pero pronto fueron reprimidos con vigor y presos algunos. El anciano general Campana, pudo haber sido víctima del fanatismo é intolerancia de aquellos momentos de exaltacion; pero al fin fué puesto en libertad para el extranjero.

Almería, Jaen y Córdoba secundaron el movimiento de Granada, y la junta de la antigua córte de los califas se limitó á pedir la remocion del ministerio y la convocatoria de los Estamentos; siendo de estrañar que uno de los individuos de esta junta fuese fraile.

Otros y otros puntos se alzaron contra el gobierno. La revolucion podia ya considerarse general y triunfante en todo el reino, pues ya se constituyeran en legisladoras unas juntas, ya se limitaran otras, como la del Ferrol; á suplicar reverentes la formacion de una nueva ley electoral y el pronto y favorable despacho de las peticiones hechas por el Estamento de procuradores, todas se rebelaban contra el poder y todas se emancipaban de él. Estremadura, Castilla y Galicia tenian tambien sus juntas de gobierno.

La revolucion era ya fuerte, porque era de principios, porque era popular. Por eso no la combatieron las tropas, por eso la sostendria el pueblo. Demasiado comprendió el ejército lo que simbolizaban don Carlos y su augusta sobrina, el término natural de la lucha, sus necesarias consecuencias. Algunas juntas devolvieron á sus legítimos dueños los bienes que compraron durante la segunda época constitucional, y á esta medida, tan beneficiosa á millares de personas acomodadas, y al país en general, como de

rigorosa justicia, seguía la disminucion de los derechos de puertas, que interesando á todos en el régimen que se inauguraba, favorecía mas visiblemente á los pobres, á quienes es mas gravoso el recargo en los artículos de primera necesidad, sobre que principalmente pesaba tan oneroso impuesto.

La junta de Valencia, estimulada continuamente por las de Cataluña, se distinguió por la infinidad de medidas revolucionarias que adoptó, figurando en todas el conde de Almodovar, cuyo mando revolucionario sancionó el gobierno con ánimo de que no fuese mas adelante. Sucedió, empero todo lo contrario. Y no tan solo se limitó á legislar en la provincia, sino que declaró la junta valenciana, y decia á la reina en 22 de agosto, que las peticiones que fueron á presentarla á la reina el 16 los urbanos de Madrid, no eran peculiares suyas, sino los votos de los reinos de Valencia, Aragon y Cataluña, y los de los hombres de bien de la nacion entera.

Mas adelante, al ver al gobierno seguir resuelto la senda que se calificaba de desastrosa, y contra la que se pronunciaba el pais, se aclamó mas decididamente en algunos puntos la Constitucion de Cádiz, impidiendo don Joaquin María Lopez fuese proclamada desde luego en Valencia. En vano, y por consideraciones atendibles, trató tambien de evitar se nombrase una junta de gobierno de los reinos de Valencia y Murcia, cuya vicepresidencia se le confirió.

En una proclama que publicó el 4 de setiembre, esta junta, decia: «que el grito de justicia, de garantías y de guerra á los opresores que abusaban del poder, habia resonado en todos los ángulos de la Península; y que á su brazo tocaba satisfacer la impaciencia de las demas provincias.... Empuñemos las armas, añadia, y no las dejemos hasta haber obtenido el triunfo.»

A mas avanzó esta junta. El dia 9 acordó publicar un manifiesto dirigido á la Inglaterra, Francia y Portugal, espresando su confianza de no encontrar en ellas oposicion á sus principios liberales; remitirle á los embajadores de aquellas potencias, para evitar que se les sorprendiese, y comunicarlo al mismo tiempo al ejército del Norte.

Para hacer mas fuerte la resistencia, y dar mayor autoridad á la junta, enviaron algunas poblaciones de los reinos de Valencia y Murcia sus diputados, y se puso en comunicacion con las de Barcelona y Zara-

goza á fin de establecer una junta central de la corona de Aragon.

La junta de Alicante espuso sus deseos con no menor energia, y si por el pronto pudo impedir el general gobernador Villalobos se hiciese lo propio en Cartagena, verificóse al fin el 12, siendo destituido, y teniendo que refugiarse el general Valdés á bordo de un buque extranjero.

## EL MINISTERIO Y LA REVOLUCION.

## CXX.

En tanto que en todas las provincias se formaban juntas revolucionarias, el gobierno, impotente contra ellas, se entretenia en combatir las publicando en la *Gaceta* artículos doctrinales, objetando bajo todos aspectos los deseos de los pronunciados. Duro y fuerte su lenguaje cuando se hizo la ilusion de vencerles, recomendaba la union y la tolerancia ahora que los temia.

Los autores de la insurreccion del 15 de agosto en Madrid, dijo que eran, ó partidarios de don Carlos ó anarquistas de oficio; y que esta segunda clase «se componia de hombres violentos, ignorantes, sin moralidad ni mérito alguno, cobardes que nunca han querido ni merecido cumplir con sus obligaciones, pero ambiciosos en sumo grado, y turbulentos y agitadores por hábito, porque ninguna esperanza les quedaba de elevacion, sino en el trastorno de la sociedad (1).»

Solo para esto tenia fuerza el gobierno; para insultar á los vencidos, para usar de un lenguaje que no permitia en la prensa de la oposicion, y que nunca debió permitirse por su inconveniencia. Solo le faltaba citar los nombres de los *cobardes é inmorales*; pero todo Madrid los sabia, porque casi todos tenian un nombre público, y algunos eran procuradores de la nacion.

Pero á los dos dias, ocupándose el mismo periódico oficial de la union que debia reinar entre los liberales, decia «que la disidencia entre los que querian el desarrollo rápido de las instituciones y la inmediata reforma de todos los abusos, y los que para asegurar estos beneficios deseaban seguir una marcha, si bien progresiva, lenta y

(1) *Gaceta de Madrid* del 29 de agosto.

segura, eran oposiciones, hijas del mas acendrado patriotismo.» Recomendaba la union por interesante á todos, y en ella añadia, «nadie cede á nadie: no se hace ningun sacrificio costoso al amor propio: tampoco hay que renunciar á un sistema para admitir otro extraño....»

Estos artículos, que se mandaban reproducir en los periódicos de las provincias por el ministerio del Interior, como lo comprueba mas de una comunicacion que tenemos á la vista, causaban en el público un efecto contrario al que se proponian sus autores, porque revelaban con mas evidencia la debilidad del ministerio, que fué reformado, sin que por esto adquiriera mas fuerza. Bien al contrario: Castroterreño, que reemplazó á Ahumada, era un octogenario que no podía emplear la energía necesaria, y á que se resistia su edad, y Riva Herrera, que sucedió á Alvarez Guerra, habia pertenecido en las Cortes al partido ministerial, y aunque honrado, su carácter duro exacerbaba los ánimos. El despacho de Marina, que dimitió Alava, se confió á don José Sartorio, que podría ser muy buen marino; pero que era una nulidad política y parlamentaria.

Nombró el gobierno capitanes generales para algunas de las provincias sublevadas, y al paso que los diarios de Barcelona anunciaban que no recibirian á su paisano el general Manso, en Aragon y en Valencia se disponian á resistir á las nuevas autoridades haciéndoles frente con la fuerza.

A ella opuso el ministerio artículos de la *Gaceta*, en que manifestó «que ya pasó el tiempo de las consideraciones; que se acercaba la hora de la justicia; que desgraciado del que se pusiera bajo su inexorable segur; y que el gobierno estaba resuelto á no tolerar por mas tiempo semejantes escándalos.» Y adoptó providencias que estaban de acuerdo con esta manifestacion; pero ya inútiles. Los rayos que en su ira fulminaba el poder, eran impotentes ante la decision y el apoyo de las juntas: sus anatemas eran vanos, porque no tenia fuerza para contrarestarlas. Cuando enviaba tropas á reducir alguna poblacion, la defeccion de ellas era la inmediata consecuencia, como sucedió con la columna que, al mando de Latre, dirigió contra Andalucía.

El gabinete, cada vez mas ofuscado y temerario, llegó en su excesivo amor propio hasta el extremo de comprometer el trono envolviéndole en su ruina. Con la sola firma de la reina Gobernadora, publicó el 2 de

setiembre un manifiesto á la nacion, en que, reprobando con términos durísimos la insurreccion, se hacia decir á esta elevada señora, entre otras cosas: «he resuelto, en fin, reprobar altamente la desobediencia, los descarríos y los torpes y abominables hechos de algunos individuos, y señalar de nuevo á la nacion el camino que desde muy á los principios he trazado á la marcha de mi gobierno, y del que de manera alguna me desviaré, como el medio mas adecuado, de llegar al término de asegurar la felicidad de España, conciliando los intereses y derechos del trono con los de la nacion. Este será el de las mejoras prudentes y sucesivas que consiente el estado del reino, sirviendo de base el Estatuto Real, y dando á uno y otro el detenidó desarrollo y aplicacion que las circunstancias reclaman; mas siempre por el modo legal y único que indican las instituciones actuales, que es el de las Cortes divididas en dos estamentos. Cualquiera otro llevaria á inevitable ruina, pudiendo comprometer hasta la independencia misma de la nacion. Por tanto, he dispuesto que mis ministros, no apartándose de esta senda, repriman vigorosamente al que se quiera apartar de ella, adoptando providencias que, al paso que anuncien olvido y reconciliacion para aquellos que, no siendo incendiarios ni asesinos, se sometan en breve tiempo á mi gobierno, indiquen tambien y manden aplicar castigos pronto y severos á los que insistan en sus estraviados y criminales intentos; resuelta yo á no perdonar medio para alcanzar el fin importante y sagrado de restituir la tranquilidad al reino.»

Este imprudente manifiesto, que solo podía haber aconsejado con conocimiento de causa el mayor enemigo de la reina Gobernadora, era la mayor prueba de la torpeza de los ministros, y da lugar á bien amarga censura; pero no necesitamos hacerla, sino reasumir la unánime que ha merecido. Entonces y despues fué calificado de tardío esfuerzo de la energía ministerial, de alegato incoherente y contradictorio que amenazaba halagando, que pretendia reprimir estravíos con promesas de concusiones, que adulaba al partido que afectaba combatir, que pretendia disculpar lo mucho que se habia dejado de hacer con la enumeracion de lo poco que se habia hecho. «Todavía (1), como si se temiese que la

(1) Burgos, *Anales del reinado de Isabel II.*

declaracion que se hacia en el manifiesto de respetar el Estatuto fuese mal vista por las gentes á quienes se trataba de calmar, no salió á luz sino acompañada de un decreto, por el cual se decretaba la devolucion de los bienes nacionales, sin embargo de haberse pocos dias antes (el 21 de agosto) reservado á las Córtes la decision de este punto. Lo apurado de las circunstancias en que se redactó el manifiesto, no permitió sin duda reparar en esta contradiccion, ni aun en la inutilidad de la concesion misma, que ya las juntas establecidas en las tres cuartas partes del reino habian decretado, y de cuyas resultas muchos de los compradores de aquellos bienes estaban en posesion de ellos, antes de que el gobierno presentase á estos su tardío y forzado asentimiento.»

El gobierno, queriendo aun hacer alarde de un poder que se le escapaba de las manos, disolvió (en la *Gaceta*) las juntas, declarándolas ilegales y usurpadoras, y á sus miembros responsables de los fondos públicos, etc. Exaltadas mas y mas con estos actos de desesperacion las juntas, y comprometiendo á todos los alzados, produjeron su efecto inmediato, embravecen la revolucion y reducir á la nulidad mas absoluta el poder del gobierno, desunido á mas en su situacion agonizante.

El general en jefe del ejército del Norte (1), y algunos capitanes generales le sostenian á duras penas; pero como solo alcanzaba su mando á los puntos donde no imperaba la revolucion, sin oposicion ésta, cobraba de dia en dia mayor brio, y avanzaba en sus exigencias.

## ACTITUD DE LAS JUNTAS.

## CXXI.

Vióse, en efecto, la impolítico é inoportuno del manifiesto de la reina Gobernadora en las manifestaciones enérgicas que contra él produjeron la mayor parte de las juntas. Algunas procuraron disolverse; pero las mas cobraron nueva audacia, y arrastraron tras sí á otras poblaciones. Sin aquel deplorable escrito, no se hubiera dado lugar á otros irreverentes para el trono: no habria dicho la junta de Alicante que «el presen-

timiento, y aun el instinto de los pueblos, han tenido que buscar en la abstraccion de las órdenes y decretos dictados por el gabinete la medida de las necesidades públicas, y que luchando entre el deber de cumplir disposiciones y decretos emanados de una region elevada, y la existencia del Estado, han preferido en algunas ocasiones recurrir á la inobediencia para sostenerle;» y como si esto no fuera bastante, se apresuró á desmentir las seguridades dadas en la *Gaceta de Madrid* citando las órdenes contrarias al Estatuto Real.

La junta de Zaragoza se negó á disolverse, y dijo en su célebre manifiesto del 10: «No mas treguas, no mas fantasmas, no mas apatía, no mas abusos, no mas dictaduras, no mas transacciones ominosas. Estos son nuestros votos generales y unánimes.» Y seis dias despues añadía: «He aqui como el orgullo y petulancia de un ministro revolucionario que tiene sitiadas en el Pardo las personas reales con un cordon sanitario para impedir que el clamor nacional tenga acceso al trono, produce un efecto diametralmente opuesto al que creó su descarriada fantasia. La nacion queda restituida, por la misma política del ministerio, á su estado primitivo social. El mismo ha disuelto los débiles vinculos que le unian con el pueblo. Este usa legitimamente de un derecho de insurreccion, y continuará la transicion hasta constituirse como corresponde á la dignidad nacional.... De hoy mas, en lugar de reverentes esposiciones, solo presentaremos batallones, y los himnos de la victoria y los de libertad serán entonados por nuestros valientes sobre los alcázares de los palacios de los orgullosos sibaritas.» Y por último, un acreditado periódico de la misma ciudad decia: «Nunca hubo tan justos motivos para ir á la córte con banderas levantadas, y sacar la fiera atada, y entregarla, cortadas las uñas y arrancados los dientes, á la turba del pueblo para que le de el pago de sus crueldades y alevosias.»

Y á medida que tenian lugar publicaciones semejantes, íbase robusteciendo el poder revolucionario, constituyéndose en Barcelona una junta gubernativa, decidida á oponerse á lo que el gobierno de Madrid acordara, por tender á la disolucion del Estado, decia.

En Granada se declaró á la reina Gobernadora en estado de opresion, y se hizo imponente su estado de resistencia.

En Badajoz se calificó á los ministros de

(1) Véase documento núm. 18.



anarquistas y enemigos de la patria y del trono, si en el término de doce días no se separaban de sus destinos. La junta permitió además se imprimiera un manifiesto á la nacion española, en el que se pedía la formacion de causa á todos los ministros desde abril de 1834.

En Cádiz se declaró unánimemente al conde de Toreno reo de alta traicion; y en Sevilla se decía al mismo tiempo: «el gran capitán de nuestro siglo no consiguió subyugarlos; ¿y lo conseguirían un poeta y un agitador?... los ministros quieren la guerra, y la tendrán.» En iguales ó parecidos términos se iban espresando todas las demás juntas, constituyéndose en gubernativas.

Niegan algunos escritores la homogeneidad del alzamiento; y los hechos nos demuestran lo contrario. Había, en efecto, en las provincias, diferentes exigencias mas ó menos progresivas; pero esta diferencia era secundaria de su primordial objeto, y se obedecía en muchas á peticiones del momento por contentar á todos y mantener la union. Pero todas estaban acordes en condenar la marcha del gobierno, y en exigir garantías políticas, y este fué el motivo de la revolucion: todas querían una variacion de régimen que se creía necesaria, dotar al país de instituciones liberales, insuficientes y mezquinas las consignadas en el menguado Estatuto, y para esto proclamaban la Constitucion de recientes épocas, hija del siglo, sin próceres vetustos, ni aristocráticos arriños, nacida en el estruendo de la mas gloriosa de las luchas, por la que tantos sacrificios habian hecho los mas de los defensores de la reina. Intérpretes las juntas de la verdadera opinion de los liberales, sin trabas entonces, ejercian un poder; mas no de coaccion, como se ha querido suponer, sino verdaderamente popular, porque fueron elegidas directamente por el pueblo, y estaban apoyadas por él, en el mero hecho de no retirarles su confianza, lo cual siempre podia hacer, porque siempre tenia la fuerza y la libre manifestacion por todos medios de su voluntad.

Estas juntas tan decididamente revolucionarias, eran tambien respetables por los sujetos de importancia en todas las posiciones sociales que contaban. Grandes capitalistas, generales, altos magistrados y funcionarios públicos, personas elevadas por su rango, prestigio y ciencia; he aqui los que se habian comprometido por la revolu-

cion, los que la prestaban su autoridad.

Al mismo tiempo veíase al gobierno abandonado de todos, y ya era una temeridad desafiar la tormenta que amenazaba inundar la España de calamidades. El ejército del Norte era el único que restaba al gobierno; pero la causa de la reina peligraba, y si batía á sus compañeros, iba á contar dos guerras civiles la Península.

No sabemos si llevándole á batir la revolucion hubiera hecho lo que la columna que con Latre envió el gobierno hacia Despeñaperros para apagar el fuego revolucionario en Andalucia. Avistáronse estas tropas el 17 de setiembre con las pronunciadas que mandaba el brigadier Villapardierna, y en vez del choque temido por algunos, se pasaron los soldados de Latre á las filas de Villapardierna vitoreando á la Constitucion. El general abandonado, tuvo que retirarse con la caballería y los artilleros.

#### PROYECTO DE INTERVENCION ESTRANGERA.— SU NEGATIVA.

### CXXII.

En tan terrible situacion, vuelve Toreno sus ojos á los estraños, y solicita la intervencion estrangera, para destinar alguna parte del ejército de las provincias á sofocar la insurreccion.

Tal intento, despues del desaire anteriormente sufrido, era una aberracion inexplicable; en el claro talento de aquel hombre de Estado, á no dominarle la pasion, y si tenemos en cuenta la antipatia del país á la mediacion de otros en nuestras contiendas, era un insulto que el ministro hacia á la nacion.

Pero la Francia dió una leccion elocuente á tan terco gobernante. El *memorandum* (1) de nuestro embajador en Paris, el señor duque de Frias, fué contestado lacónica, pero claramente, por el ministro de Relaciones estrangeras, duque de Broglie (2).

Ni los exagerados progresos de los carlistas, ni lo temible, por sus tendencias, de los pronunciamientos, ni los peligros hábilmente abultados del trono de Isabel,

(1) Véase documento núm. 49.

(2) Id., id., id.

hicieron á Francia acceder á la cooperacion.

No hacia mucho (el 28 de junio), que habia condescendido el gabinete francés en que se formase una legion de argelinos, que llegó á Cataluña en número de cuatro mil ciento, al mando de Bernelle, elevado desde coronel á mariscal de campo. Con este refuerzo creia haber dado al gobierno es-

pañol una prueba de que se interesaba por la causa liberal, á la que consideraba con bastante poder para triunfar de los carlistas sin ayuda de estraños.

De todos modos, esta negativa fué el golpe de muerte para el ministerio, combatido por el ministro inglés, que apresuró la venida de Mendizabal, el Mesias de los liberales.

The first part of the paper deals with the general theory of the subject. It is shown that the theory is based on the principle of least action. The second part of the paper deals with the application of the theory to the case of a particle in a magnetic field. It is shown that the theory predicts the existence of a magnetic moment for the particle. The third part of the paper deals with the calculation of the magnetic moment for a particle in a magnetic field. It is shown that the magnetic moment is proportional to the spin of the particle.

## LIBRO V.

FORMACION DEL EJÉRCITO DE RESERVA.—LA HERA SE ENCARGA DE SU MANDO.

### I.

El incremento que iban adquiriendo los carlistas del Norte en la primavera de este año, decidieron al gobierno á formar un ejército de reserva, cuya creacion fué decretada el 17 de marzo, confiándose el mando en gefe al general don José Santos de la Hera (1).

Destinado á impedir las escursiones de los carlistas de las Provincias Vascongadas en Castilla la Vieja, y á pacificar estas, se procuró situarle en un terreno estenso que abarcara los límites de Navarra, Alava y Vizcaya, atendiendo á las provincias de Soria, Logroño, Burgos y Santander.

El 1.º de abril se encargó La Hera del mando en la antigua ciudad de los condes de Castilla; pero no estaba aun organizado su ejército. Los cuerpos que debian componerle estaban diseminados en tan vasto territorio; y casi todos ocupados en perseguir las partidas carlistas que en él tenian el conocido teatro de sus operaciones. Mas La Hera se mostró activo; eligió como punto

(1) Don Manuel Latre y don Mateo Ramirez fueron nombrados generales de division: la brigada de caballeria se confió á don Manuel Breton: la subinspeccion de este arma y de la de infanteria, á don Ramon Gomez Bedoya; fué gefe de plana mayor, don José María Peon, y don Evaristo San Miguel fué puesto á sus órdenes.

de reunion á Bribiesca y los campos de Bureba; convocó á ellos á la mayor parte de los cuerpos; y en tanto que se reunian, puso á Burgos en buen estado de defensa, estableció dos hospitales militares, procuró acumular en la ciudad los elementos necesarios para establecer un parque y maestranza de artilleria, y fundó despues hospitales provisionales en Logroño, Miranda y Bribiesca, á donde marchó el 9, y pudo revistar el ejército.

Al día siguiente marchó á las merindades de Castilla la Vieja para reconocer por sí mismo el pais y la linea establecida en aquel flanco, el mas vulnerable y descubierta, distribuyendo convenientemente las fuerzas que debian conservar y defenderle. Inspeccionó luego las guarniciones de Medina de Pomar y Villarcayo, revistó la division de Latre, acantonada en Bocos, Villasante y otros puntos de las merindades y del Valle de Mena, y regresó por el de Valdivieso á Bribiesca, donde encontró á Valdés, cuyas órdenes recibió.

La Hera dirigió columnas móviles á perseguir á las diferentes partidas carlistas que, procedentes de Merino y Villalobos, tenian en consternacion el pais de sus correrias, habiendo tenido por resultado la muerte de Niéto y la prision de Carnicer, sucesos que ya conocemos. Tambien impidió la division de Latre, mandada por La Hera, que Castor insurreccionase la provincia de Santander, á la que se dirigia desde Vizcaya despues de invadir las Encartaciones.

La derrota de Iriarte en Guernica, y el

amago que casi por el mismo tiempo hicieron los carlistas sobre Bilbao, obligaron á La Hera á penetrar en Vizcaya, recogiendo en Balmaseda las fuerzas de Latre. Supo á poco los movimientos que efectuó Espartero, y desistió de su intento.

Disponíase La Hera á perseguir á Sopenana, Castor, Ibarrola y otros que merodeaban por Arciniega y la sierra de Ayala; pero noticioso de que Zumalacárregui, con grandes fuerzas se dirigia á penetrar en Castilla, envalentonado con el triunfo que obtuvo en Artaza, marchó precavido.

«Doblando la vuelta de Arciniega, y ya muy próximo á entrar en dicha villa, llegó á su noticia la invasion que el enemigo intentaba, traspasando el Ebro, y á poco tiempo tuvo á la vista las primeras tropas de su vanguardia, por lo que, abandonando su primitivo objeto, se apresuró á impedir la ejecucion de tan osado movimiento, que en aquellas circunstancias, lejano el ejército del Norte, y desprovistas de tropas las provincias de Castilla, amenazaba ser de una ventaja para los rebeldes, y de incalculables peligros para la causa de Isabel. Era indispensable, por lo mismo, no perder un solo instante, y en su consecuencia, mientras avanzaba con las tropas que conducia á su inmediacion por el flanco del enemigo, á fin de ganarle el frente y detenerle á todo trance, espidió rápidas comunicaciones para que se le incorporasen el general Latre, que debia pernoctar en Sodupe, y el general Espartero, que salvados los restos de Iriarte en Guernica, debia hallarse en Bilbao. Al mismo tiempo daba parte de todo al en gefe Valdés. La fortuna favoreció plenamente medidas tan acertadas; pues á pesar de la dificultad de las comunicaciones, casi siempre interceptadas, llegaron todas las fuerzas á su destino; y al día siguiente, entre cuatro y cinco de la tarde, se encontraron reconcentradas las tropas disponibles de ambos ejércitos, con la concurrencia de Latre sobre Medina de Pomar, y la de Espartero, La Hera y el general en gefe Valdés, sobre Miranda de Ebro y Armiñon, viéndose por lo tanto Zumalacárregui en la precision de abandonar su empresa (1).»

Después de ésta operacion, que valió á La Hera el empleo de teniente general, se separaron ambos ejércitos, y el de reserva regresó á Bribiesca, desde donde activó su

gefe la persecucion de Merino y Villalobos. Formó al efecto diferentes columnas, encargando á Latre que con las de su mando conservara la línea establecida desde Losa y Balmaseda hasta Castrourdiales y Santofia.

Pero eran escasas las fuerzas de que podia disponer para defender tan estenso territorio; y disgustado de no poder concluir con los carlistas, y de ver lo que empeoraba el estado de la guerra en las Provincias Vascongadas, sin que pudiese hacer otra cosa que ser espectador de la situacion que se venia encima, dimitió el mando. Hizo lo mismo el general Valdés en Miranda de Ebro, desde donde el 24 de junio avisó á La Hera las variaciones ocurridas en el mando en gefe del ejército conferido á don Juan Tello por indisposicion de Breton y ausencia de Espartero, que estaba operando sobre Bilbao.

La Hera marchó al día siguiente á Miranda, conferenció con Valdés, conoció los gravísimos inconvenientes de que el mando de las tropas del Norte fuese ejercido, aun por pocos días, en la forma que se habia dispuesto; las grandes dificultades y conflictos que ofrecia, con muchas, urgentes y trascendentales atenciones que llenar, y con escasos medios de hacerlas frente.

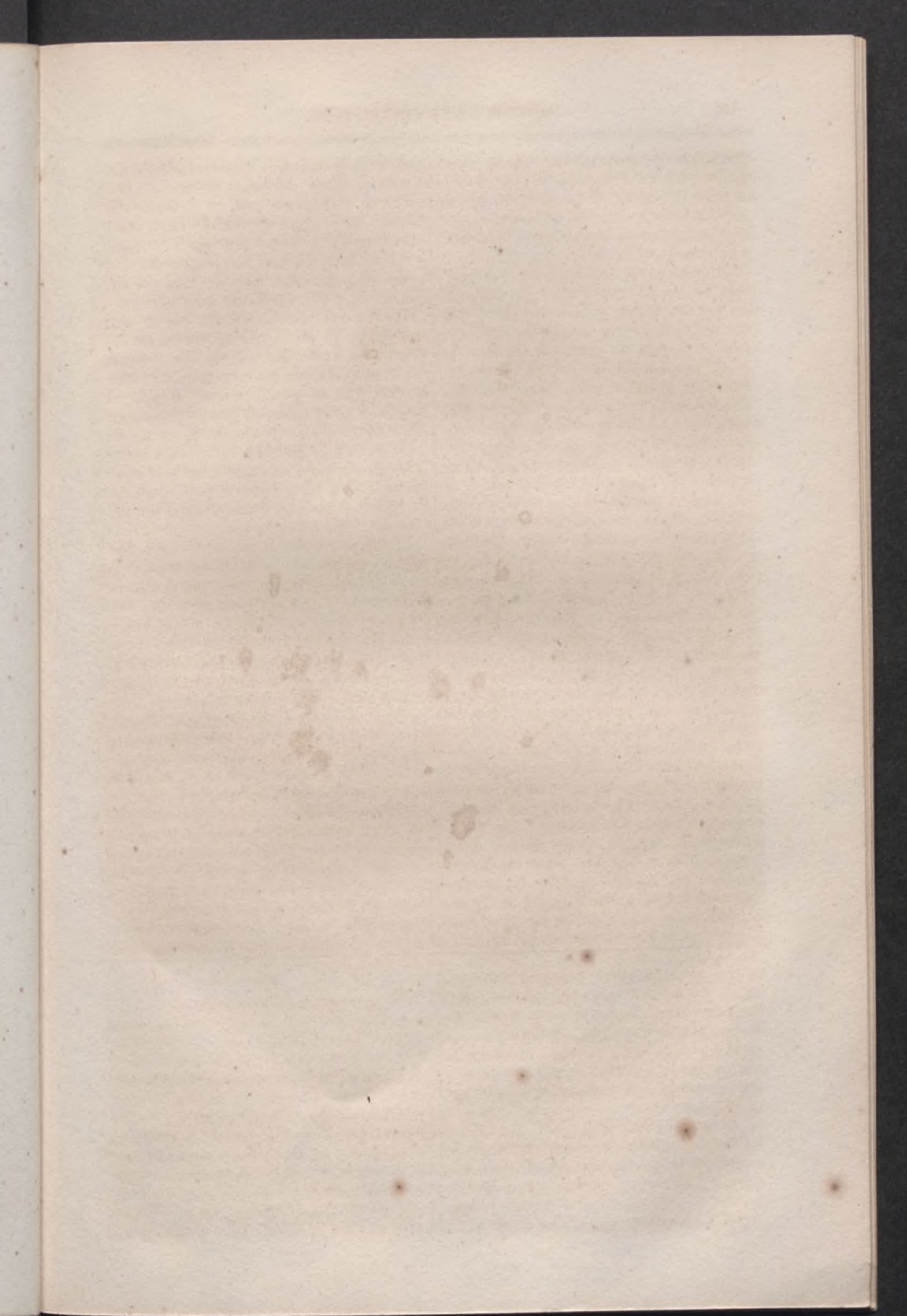
El puesto, por lo mismo que era de peligro, era de honra, y La Hera se decidió á echar sobre sus hombros tan grave responsabilidad. El mismo día 25 se encargó del mando del ejército del Norte. No le correspondia, no era llamado á ejercerle; mas «le aceptó libre y espontáneamente por habersele hecho entender de la manera mas autorizada y competente en aquellos tristes momentos, que su aceptacion era el mejor medio de evitar males, que acaso serian irreparables, y que podria libertarse á Bilbao con la prontitud que el caso requería y La Hera deseaba.»

#### DISPOSICIONES DE LA HERA.

##### II.

En aquellas circunstancias tan difíciles para la causa liberal, la necesidad mas apremiante era salvar á Bilbao. Lo exigía su heroísmo, lo reclamaba su importancia. Su pérdida, ya lo veremos mas adelante, habria hecho necesaria la intervencion. Comprendiéndolo así el nuevo general en gefe, mandó que Gurrea y Lopez, acantonados en Casa la Reina, Haro y otros pun-

(1) *Biografía del general La Hera.*





B. Blanco lit.<sup>o</sup>

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

El General

D. LUIS FERNANDEZ DE CORDOBA.

tos de la Rioja, se plegasen al cuartel general, situado en Miranda. Reunidas estas y otras fuerzas el 25, emprendió la marcha el 27 por Puentelarrá y Espejo, pernoctando en Osma y Villalba de Losa, el 28 en Arciniega, el 29 en Sopuerta, estando el 30 en Portugalete.

Fuóle entretanto concedida la dimision del mando del ejército de reserva, que se confirió á Latre, y á Córdoba interinamente el del ejército de operaciones, previniendo se le entregara el mando en el momento que se presentara en el cuartel general.

La situacion de La Hera no podia ser mas crítica; su continuacion en el mando y su retirada, presentaban graves inconvenientes: debia obediencia al gobierno, arrostrar fuertes compromisos, y Bilbao en tanto pedia socorro, y S. M. habia prohibido á Valdés se aventurase una accion decisiva sin grandes probabilidades de triunfo.

En tal estado las cosas, se le reunió Espartero en Balmaseda, á quien por ordenanza y disposicion de Valdés correspondia el mando del ejército de operaciones, y Latre en Portugalete. Como medio mas acertado, convocó en esta villa á todos los oficiales superiores; les manifestó las órdenes recibidas, la obligacion que le imponian de entregar el mando á los dos citados generales, añadiendo, que no por esto dejaria de concurrir personalmente y como simple voluntario á las operaciones que se dispusieran. La opinion unánime fué que conservase el mando hasta la presentacion de Córdoba, conciliando asi el debido respeto á las órdenes del gobierno con el interés de la causa pública, y se salvase á Bilbao, que era el mal de mayor trascendencia que convenia evitar, y el mas inminente. Aceptaron todos la responsabilidad de este acuerdo, y se consignó por lo mismo solemnemente en un acta que todos firmaron (1).

Lo que sucedió despues hasta la entrada del ejército liberal en Bilbao, ya lo tenemos consignado en este tomo (2). Añadiremos, sin embargo, que el 2 de julio se pusieron espeditas las comunicaciones de la plaza por mar; se destruyeron las obras de los sitiadores y se reconstruyeron y mejoraron en lo posible las fortificaciones, proveyendo de artillería, víveres y municiones á la ciudad.

En la tarde del mismo dia se disponia

La Hera á marchar en la madrugada del siguiente en persecucion de los carlistas; pero se presentó aquella noche el general Córdoba, encargóse del mando, y al dia inmediato, La Hera, con Latre y el ejército de reserva, salió para Bribiesca y continuó solo su viage á Madrid.

DON LUIS FERNANDEZ DE CORDOBA.

### III.

Cualquiera que llevase este nombre debia elevar sus sentimientos, porque constantemente le recordaria el gran capitán del siglo XVI, el vencedor de Italia, la espada siempre victoriosa de la grande Isabel I, cuya memoria es glorioso blason de nuestra patria.

Sin duda inspiraba al Córdoba de nuestros dias la memoria de su abuelo, cuando le vemos desde niño distinguiéndose en sus estudios y sobresalir en su carrera, que vino á cortar la muerte de su padre, sacrificado en 1810 en el Potosí en defensa de la causa española.

Tenia don Luis á la sazón doce años (1), y el fin desgraciado de su padre, general de la armada, le hizo variar de carrera, y fué agraciado con el empleo de cadete de reales guardias de infantería, que empezó á servir en 1811.

Alumno en la academia especial de cadetes, escedia en aprovechamiento á sus compañeros; pero sus opiniones liberales le postergaron, y derrocada la Constitucion en 1814, sufrió castigos de correccion, y fueron recogidos sus libros por el tribunal, llamado santo por antonomasia, sufriendo tan solo, merced á una dama parienta del inquisidor, una severa amonestacion.

El rey presidió en 1819 los exámenes, y satisfecho de los no vulgares conocimientos del alumno liberal, le nombró S. M. alférez, haciendo asi justicia á su antigüedad olvidada, y á su saber desatendido. Córdoba se creyó desde entonces obligado al monarca.

Dispúsose á poco una espedicion dirigida á pacificar el continente americano, y Córdoba, deseoso de vengar la muerte de su padre, solicitó y obtuvo ser destinado al estado mayor general del ejército de Ultramar. Pero este ejército proclamó la Consti-

(1) Véase el documento núm. 20.

(2) Véase la pág. 86.

(1) Nació el 2 de agosto de 1798, en la ciudad de San Fernando (isla de Leon.)



lucion en las Cabezas de San Juan, y ni marchó Córdoba, ni tuvo parte en esta sección militar. El mismo ha dicho que, «no sabe si hubiera entrado en la conspiración á serle conocida; pero como nada supo ni pudo saber de tal negocio por hallarse en Cádiz en comision del servicio, fué de hecho completamente extraño á toda la conjuración.»

Este período, de los mas importantes de la vida de Córdoba, porque decidió de su suerte y de sus sentimientos políticos, lo cual ha sido objeto de no pocos escritos, lo explica perfectamente él mismo, y á él dejamos hablar con elocuente exactitud.

«El 3 de enero, dice, me hallaba yo en Cádiz indispuerto, cuando al oscurecer entró una persona en mi casa, diciendo que el telégrafo acababa de dar parte de que, sublevado el ejército expedicionario por no embarcarse, había muerto y amarrado á todos sus generales, y se hallaba en marcha sobre la Isla y Cádiz, en donde debía entrar aquella noche. Al instante pasé á presentarme á las autoridades, á quienes ni de vista conocia, y que reunidas en un cuartel me confirmaron lo que llevo dicho, manifestando que no se podia, con el débil y único batallón expedicionario de Soria, que fraternizaba ya con sus compañeros, evitar la entrega de la plaza á los sublevados. Nada, ni una palabra, se pronunció por nadie entonces sobre la Constitucion, ni de cosa alguna que pudiese ligar la insurreccion militar con la causa política, sin embargo de que habia sido proclamada por los sublevados. Discurriéndose cómo salvar á Cádiz, se creyó que, defendida la Cortadura, estaba asegurada la plaza; pero ¿con qué tropa defenderla? la marina no podia desembarcar ninguna hasta las tres, hora de la marea, y esto si calmaba el temporal. Entretanto se pudieron juntar cuarenta y ocho antiguos urbanos, de los cuales tomé el mando, y con los cuales llegué á las doce de la noche á la Cortadura de San Fernando, completamente desmantelada desde la última guerra. Vi al instante que era imposible soñar en defenderla á la mas ciega temeridad; y confieso que no formé tal designio al tocar las dificultades y saber que ya se alcanzaban á ver las tropas sublevadas, las cuales se presentaron un cuarto de hora despues de mi llegada al fuerte. Las dejé acercarse sin hostilizarlas hasta la misma contraescarpa, y presentándome solo sobre el parapeto, les di por mí mismo las voces

de *Alto, quién vive y reconocimiento*, despues de las cuales añadí: *¿cuál es el objeto con que viene esta tropa?*—Ahora se lo diré á vd., contestó el que parecia mandarla; *pues entre vd.*, repliqué, señalándole el camino que debia tomar para penetrar en la fortaleza, y dando en voz alta orden al que mandaba el rastrillo, de bajarlo. En este momento, y á pesar de una esplicacion tan pacífica, me dispararon de la columna de quince á veinte tiros, cuyas balas silbaron muy cerca de mis oidos, no presentándose mas objeto que yo á quien dirigir las. El lenguaje me pareció mas enérgico que persuasivo, y á quien solo hablaba con la fuerza, menester era contestarle con la misma. Dando un salto al terraplen, ordené á los paisanos hacer fuego, los que muy temerosos dispararon sus armas al aire, sentados como estaban en la banquetta. Habia allí dos piezas: pregunté al artillero que con ellas hacia la salva del fuerte:—*¿Están ya cargadas?*—*Si.*—*Pues fuego....* faltaba la mecha: mi cigarro la suplió. Estos dos tiros rechazaron la agresion; pero enarbolaron mi bandera política, fijaron mi suerte, y me señalaron un puesto y un partido que no elegí, que habia estado, que estuvo casi siempre en contradiccion con mis ideas ó inclinaciones; pero al que fui tan fiel como lo he sido, lo soy y lo seré siempre en todos los actos de mi vida pública ó privada á cualquiera causa ó persona que mi fé recibia. Mi entrada en la carrera política por el acontecimiento que decidió del resto de ella, me ha parecido que podia justificar estos detalles. Desde este momento, el hombre material fué un realista, el hombre mental conservó sus ideas y sus sentimientos; estos nunca alterados; pero aquellas, modificadas segun la razon y la esperiencia, fueron recibiendo las lecciones del gran libro del mundo y de la vida. Todo el resto de mi vida pública es una consecuencia lógica y forzosa de aquel suceso; y mi carrera, como la carrera de casi todos los hombres, se formó á semejanza del curso de los rios, que se dirigen por el cauce que va formándoles el aumento de las aguas que enriquecen su curso y determinan invariablemente las leyes y condiciones de su corriente.»

Córdoba, desde entonces, se emplea en combatir á la revolucion, y el 24 de enero prestó un señalado servicio á la causa realista, evitando el pronunciamiento de las tropas que guarnecian la plaza de Cádiz,

instigadas por don Santiago Rotalde. Reanimado el espíritu de los soldados, bate á los que les sitiaban, recupera la ciudad, pone en libertad á las autoridades aprisionadas, arresta á los gefes y oficiales del batallón de Soria, puesto al frente de este mismo cuerpo sedicioso, y restablece la autoridad con ciento veinte hombres que le siguieron.

En las deplorables escenas á que los soldados realistas se entregaron en los tristes días del 10 y 11 de marzo, se interpone entre los amotinados y el pueblo, y ahorró víctimas, si bien no evitó la horrible matanza de aquella soldadesca desenfrenada y dirigida por autoridades á quienes se culpó justamente. Culpóse también á Córdoba, y cuando fué á Madrid á incorporarse á su regimiento, fué perseguido y desterrado á Cádiz á responder á los cargos que contra él resultasen en la causa formada por aquellos sucesos, que aun recuerdan con dolor é indignacion los gaditanos. Pero nada arrojó la causa contra él; y despues de veinte y dos meses, fué rehabilitado para volver á su cuerpo, del que le rechazaron sus adversarios políticos.

Despechado Córdoba, y solicitado por los agentes del rey, que conocian su ardimiento, le llevaron á la presencia de Fernando, á quien dijo por último *estaba seguro de sublevar los cuerpos de la Guardia Real para derribar la Constitucion ó perecer*.

Satisfecho el rey de su decision, le autorizó para todo, y obró Córdoba en su consecuencia, derramando copiosamente el oro que recibia.

Pronto se vieron los resultados de su energía. El motin del 30 de junio, en que fué asesinado por sus mismos soldados el capitán Landaburu en la misma escalera de palacio, y el combate del 7 de julio, probaron al rey la adhesion, la bizarria y capacidad de Córdoba. Estrellado su valor en el valor de los nacionales, españoles también; salvado por casualidad de la muerte en tan sangrienta jornada, pues que llegó hasta los cañones, ocultóse en palacio, desde donde marchó con pasaporte francés á París. Allí siguió trabajando contra los liberales, tomando una parte activa en el proyecto de formar una regencia presidida por el infante de Luca, y se unió luego á las fuerzas realistas que se organizaron en Navarra.

Agregado despues al ejército francés y

á la junta provisional de gobierno formada en Oyarzun, separóse de ella en Burgos, consiguió su disolucion, y desde Madrid, incorporado al ejército marchó con el cuerpo expedicionario francés destinado á Andalucía, y formó en su vanguardia.

Hallóse en el poco glorioso sitio de Cádiz, y en la toma del Trocadero, afrentosa para los franceses, que apenas dieron cuartel á sus defensores, padres casi todos de familia; y al besar la mano al rey despues de estos sucesos, pidióle, no sabemos por qué causa, pasar á la carrera diplomática. El 7 de noviembre de 1823, fué nombrado oficial de la primera secretaria de Estado; el 24 de julio de 1825, secretario de la embajada en París, y el 21 de junio de 1827, ministro residente en Copenhague, ascendiendo á ministro plenipotenciario de Berlin el 23 de enero de 1829.

Estando en Suiza de paso para Italia estalló la revolucion de 1830, y escribió con este motivo una estensa y prudente carta á Fernando VII pronosticando cuanto sucedió despues. En peligro la absoluta autoridad del monarca, y confirmando los sucesos que predijo en su notable escrito, corrió leal á Madrid, donde Calomarde, sabedor de todo, previno en su contra el ánimo del rey, y logró se le hiciese volver á Italia. Detúvose en Vitoria, á pesar de las órdenes terminantes en contrario, tibiamente comunicadas por el subdelegado Amirola, y teniendo lugar entonces la invasion de Vera, presentóse á la autoridad militar, desplegando el mayor celo y actividad contra los emigrados liberales.

Terminado aquel triste episodio, marchó Córdoba á Berlin. A virtud de la noticia que ligeramente dió el embajador francés en Madrid, túvose allí por muerto al rey. A ser cierta, dice Córdoba, se hubiera puesto del lado de don Carlos; mas subió luego Zea al ministerio, deseó verse con su amigo Córdoba en París, trataron allí de la cuestion de Portugal, y la identidad de sentimientos hizo que el nuevo ministro trasladase á nuestro representante en Berlin á la córte de Lisboa.

El recibimiento que le hizo Cristina, le cautivó: era jóven, noble, y ofreció servirla contra las pretensiones de don Carlos. Veia en ella una madre que cuidaba, único escudo y amparo, de sus tiernas niñas próximas á la horfandad, y no vacitó el diplomático, que tan leal habia sido al padre de las inocentes princesas.

Esto no obstante, llevaba el encargo de servir celosamente los intereses de don Miguel, y establecer en Portugal el despotismo ilustrado de Zea. Mas el que tan previsor fué en Suiza, aparecía ahora poco avisado, no viendo sin duda mas que por los ojos de Zea, cuyas torpezas por no conocer el pais que regia, hemos visto en su lugar.

Consecuencia inmediata de la situación política en que estaba España, era el alejar del trono y del pais á don Carlos; y atendiendo á la parte que tomaba en los asuntos de gobierno la princesa de la Beira, natural era tambien que siguiese esta señora la misma suerte, y al efecto se previno á Córdoba solicitase del monarca portugués el llamamiento de su hermana, llamamiento al que éste hubo de acceder no muy gustoso.

Córdoba, que en esto sirvió, como debia, lealmente al gobierno, vió entibiadas algun tanto sus relaciones con don Miguel y con los infantes españoles. Dimitió el cargo por librarse acaso de la borrasca; pero no se le admitió, y arrastrado por las circunstancias, tuvo que hacer frente á don Carlos, no dejando de conocer que el sistema que este príncipe pensaba establecer, no era el que reclamaban los adelantos del siglo.

Referidos en el tomo primero los actos de Córdoba como representante nuestro, que acabaron por hacerle enemigo del infante español y de sus servidores, que tramaron mas adelante su muerte, despues de procurar en vano don Carlos ganarle para su causa, añadiremos que vino á Madrid á mediados de 1834, y consultado por Martínez de la Rosa sobre los asuntos de Portugal, opinó por el inmediato reconocimiento de doña María, y por la intervencion armada, que con diez mil hombres llevó á cabo Rodil.

Sus campañas diplomáticas fueron premiadas con la faja de mariscal de campo, que obtuvo sin haber pasado por los anteriores grados de la milicia, y este general improvisado se incorporó al ejército expedicionario de Portugal, y con él marchó á combatir en el Norte á los soldados de don Carlos.

En Burgos le dió Rodil ochocientos hombres, con los que batió á Cuevillas cuando pasaba el Ebro. Este suceso hizo que se aumentase la fuerza á sus órdenes, y formando con ella la tercera division, se le confirió su mando. Encargado de la es-

colta de toda la artillería del ejército hasta Puente la Reina, desempeñó esta comision á placer de Rodil.

Entró en breve en las Provincias, y conocidas ya sus operaciones en aquella época, veamos ahora las que emprendió de general en jefe del ejército, cargo que le lisonjeara estraordinariamente, pues satisfacía sus ideas de noble ambicion, y presentaba un risueño porvenir á sus brillantes esperanzas.

Jóven y con talento, solo necesitaba que la fortuna le siguiese tendiendo su mano, y le guiase por la carrera que de nuevo habia emprendido, erizada ahora de dificultades, y preñada de peligros, mas grave que la diplomática, pues el error de un despacho podia subsanarse; pero una batalla perdida, un movimiento mal calculado, un error ó una imprevision no se podia enmendar ni deshacerse, poniéndose ademas en evidencia.

CÓRDOBA MANDANDO INTERINAMENTE EL EJÉRCITO.—SU ALOCUCION.

#### IV.

Los laureles que habia conquistado Córdoba de gefe de division habian acabado de borrar del ánimo de los liberales los recuerdos de Cádiz y del 7 de julio, del Trocadero y de Navarra; y los que, cuando se ofreció á ir al ejército del Norte á pelear por Isabel querían oponerse á su marcha, le designaban ahora para general del mismo.

Hallábase en Madrid despues de su gloriosa cooperacion en los campos de Artaza, donde á la cabeza de un batallon y con el fusil de un granadero, dió una carga á la bayoneta, tan brillante como feliz, y salvó luego á los refugiados en Abarzuza, cuando la dimision de Valdés dejó sin gefe al ejército, y puso al gobierno en el grave deber de reemplazarle. No faltaban militares dignos en los generales de division; pero se temian sus rivalidades, y no todos querían aceptar tan espinoso cargo en circunstancias tan críticas. Aunque gastado y de salud quebrantada, el gobierno pensó en Sarsfield; pero en tanto le consultaba sobre su estado, la opinion pública se pronunció decididamente por Córdoba, y fué llamado al Consejo de ministros. Allí espuso que no se encargaria del mando superior sino interinamente y mientras durase el conflicto en que se hallaba el ejército, asegurando que

las tropas cumplirían con sus deberes, y no se harían indignas de su antigua gloria, ó él no sobreviviría á su deshonra, y comprometiéndose á salvar á Bilbao ó morir bajo sus muros.

Nombrado con la calidad que puso por condicion, partió al instante, alcanzándole en Valladolid un correo del gobierno, que le llevaba la recomendacion de no parar hasta reunirse al ejército, del cual acababan de recibirse tristísimas noticias. Ignoraba el gobierno que el general La Hera hubiese tomado en aquel abandono el mando de las tropas. Córdoba siguió en posta hasta Bribiesca, y desde este punto, con una escolta de seis caballos, anduvo aquella noche ocho leguas hasta encontrar á Zarco del Valle que marchaba con otros diez, llegando juntos á Balmaseda. En este punto se le reunió el brigadier Iriarte, avisado por Córdoba como práctico en el terreno; y creyendo una temeridad atravesar por medio del enemigo con solo ochenta infantes que pudieron reunirse, le dijo el nuevo gefe: *Es preciso llegar al ejército ó morir; vea vd. de conducirme, sin hablar de detenciones ni peligros.*

Obedeció Iriarte, y desempeñó felizmente su mision, pues aunque fueron tiroteados todo el camino por las partidas de Castor, llegaron con fortuna á Portugalete, donde supieron el levantamiento del sitio. Córdoba hubiera querido se dilatase aquel momento suspirado por haber conquistado él su gloria.

Corrió á Bilbao, encargóse del mando en la misma noche del 3, y publicó al dia inmediato la siguiente alocucion, en que toma por divisa *Isabel y libertad*, palabras mágicas que inflamaban el corazon de los soldados, y que nunca se pronunciaban estérilmente.

«Compañeros: ansioso de continuar participando de vuestras gloriosas fatigas regresaba al ejército, cuando una orden de S. M. me acaba de confiar el honoroso encargo de mandarlo. En otras circunstancias habria resignado un puesto tan difícil y superior á mis cortos talentos y esperiencia, como ya lo hice dos veces que accidentalmente recayó en mí el mando en gefe de este ejército. El honor y el patriotismo me prescribían hoy el deber de aceptarlo; pero tambien confieso que si he admitido con profundo reconocimiento esta señalada prueba de la real confianza, es por que la tengo muy grande en vuestro valor, entusiasmo y

disciplina. No fui testigo de tantas hazañas, de tan increíbles trabajos sufridos, sin saber todo lo que pueden alcanzar y merecer los valientes que triunfaron en Nazar, Artaza, Olazagoitia, Mendaza, Larraga y en tantos otros lugares que ilustraron vuestro denuedo y firmeza. Si, soldados: he creído que seguireis con noble brio al que conduciendooos por el camino del honor, fué siempre el primero en vuestras fatigas y nunca el último en vuestros peligros; al que en nombre de la patria solicita vuestra cooperacion. Unamos resultadamente nuestros esfuerzos para sostener el trono y la libertad, y conseguiremos con orgullo la gratitud y aplausos de la posteridad y el crédito y honor del ejército español, con cuyo uniforme heredamos los estímulos de tantos siglos y empresas gloriosas como le ilustraron.

»En el momento que os hablo, veinte y cinco mil hombres estrangeros al servicio de nuestra reina han empezado ya á desembarcar en nuestros puertos: cien mil hombres mas no tardarian en seguirlos si fuesen precisos. El principal caudillo enemigo ha sucumbido ante los muros de esta heroica ciudad: todas las facciones concentradas sobre ellos no han osado asaltar una sola vez la brecha que defendian, y á que les provocaban la benemérita guarnicion y los valientes urbanos. A vuestra aproximacion han huido á sus montañas. Este es, pues, el momento de la crisis: que todo el que abrigue un corazon noble y libre, una á los míos sus esfuerzos. *Isabel y libertad* sea nuestra divisa; *muerte ó libertad* nuestro grito de guerra; *muerte ó libertad* el término de nuestras fatigas, la recompensa de nuestras proezas.

»Conoceis ya mi severidad en reprimir las faltas contra el orden y disciplina. Yo os lo recuerdo; pero con la noble confianza de que no me hallaré nunca en la dolorosa necesidad de demostrar que soy inexorable en castigar á los que pervierten estos preciosos é indispensables elementos de la victoria. Compañeros, empieza una nueva campaña; nuevo es tambien nuestro ardor y mayor nuestra esperiencia. La guerra, variando de proporciones, se ha hecho mas militar y menos penosa. Si los rebeldes engreidos se atreven á combatirnos, yo cuento demasiado con vuestro valor para no ofrecerlos la victoria.

»Dado en el cuartel general de Bilbao, 4 de julio de 1835.—El comandante general en gefe, Luis Fernandez de Córdoba.»

## PRIMERAS OPERACIONES DE CÓRDOBA.

## V.

En el mismo día que Córdoba habló al ejército como su jefe, supo oficialmente el nombramiento en propiedad de Sarsfield para el mismo cargo.

Dos días estuvo Córdoba en Bilbao procurando su reparacion y defensa; revistó y arengó las tropas, y tomó disposiciones para emprender la marcha por el camino real de Orduña. Sacar al ejército por aquella direccion de las posiciones que ocupaba, con la escasa fuerza que tenia, y en la disposicion general á que habian llegado las cosas, era una empresa bien árdua: no lo ignoraba, dice Córdoba; pero tomar una direccion menos peligrosa, añade, hubiera sido prolongar el desaliento, mostrar desconfianza en el valor del soldado, acrecentar por consiguiente su desmayo, cuando á toda costa urgía reanimarle; era ademas llegar tarde para impedir otros golpes que podian darle los carlistas en otros puntos, sin tropezar con quien lo estorbase.

Resolvióse, pues, á superar la mayor dificultad, y el ejército llegó á Vitoria en tres días, habiendo encontrado á una legua de Bilbao á seis batallones carlistas en posicion, que no aguardaron á las columnas de ataque, dirigidas á desalojarlos. Perseguidos muy de cerca por espacio de dos horas y hasta lo mas elevado de aquellas encumbradas montañas, siguieron en retirada hácia el valle de Arratia.

Castor entonces, favorecido por el terreno, intentó atacar por retaguardia á las tropas de Córdoba; mas no cogió á éste desprevenido. Destacado O'Donnell con alguna fuerza, hizo frente á los carlistas, que tenaces, fueron por las alturas tiroteando á las columnas y amenazándolas con un descabro, que evitaron las compañías destinadas á proteger la marcha del ejército, y don Santiago Mendez Vigo, que pasó á la retaguardia y se condujo con serenidad y acierto.

En Amurrio unas, y en Orduña otras, pernoctaron al fin las tropas de la reina; pero aun no podian contarse seguras; faltaban todavia obstáculos que vencer, y los carlistas desde Murguia enviaban fuerzas á apoderarse de la tantas veces disputada y famosa peña de Orduña y otros puntos formidables que obstruirian el paso de

Córdoba. Mas previéndolo todo, anticipase á ocupar aquel paso; y cuando las primeras compañías de la vanguardia, destinadas á esta operacion subian por un lado á la peña, lo hacian por el opuesto los carlistas. Rompieron éstos el fuego al avistar á sus contrarios; pero contestados y cargados á la bayoneta, cedieron la posicion con alguna pérdida, y Córdoba pudo vanagloriarse de conducir su ejército con seguridad el 6 á Puentelarrá, y el 7 á Miranda de Ebro.

DON VICENTE GONZALEZ MORENO.

## VI.

Al jóven adalid de la causa liberal opuso la carlista un caudillo de cincuenta y ocho años, que ni tenia la enérgica actividad de aquel, ni su noble emulacion, por mucho que le interesara el triunfo de su causa.

Hijo Moreno de la ciudad de Cádiz, donde nació el 9 de diciembre de 1778, se embarcó á los dos años para América, á cuyo ejército fué destinado su padre; y falleciendo éste á poco, regresó á la Península, fué admitido de cadete para estudiar matemáticas en la academia de ingenieros de Barcelona, y mereció por los rápidos progresos que hizo en sus estudios, las notas mas sobresalientes de sus profesores. A su conclusion ingresó en el regimiento de Saboya, donde ascendió por rigurosa escala, mereciendo la consideracion de sus gefes por su exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones.

Encanecido en el servicio de las armas, no carecia de práctica en la guerra, pues que en el año 1793 se le ve peleando en la accion de Canos, en el socorro de la Isla, en el sitio y rendicion de Villafranca, en las tomas de Montalvan, Corruellos y Oleta, en la batalla de Trullas, en la retirada al Balouce, en la defensa de Montesguia y en el ataque y toma de la linea, baterias y campo de Villalonga. En el siguiente año de 1794, se halló en la retirada de Boulon y sosteniendo la del ejército de la Inclusa, y en la accion de Mortellá, siendo á la sazón segundo teniente.

En la gloriosa lucha de nuestra independencia prestó importantes servicios á la causa nacional. Era primer teniente graduado de capitán cuando el 24 de mayo de 1808 alarmó al reino de Valencia, y se puso al frente del pueblo armado, publi-

cando en un bando á su nombre bajo el título de comandante del pueblo armado, la guerra á la Francia, y aprestándose á la lucha con la heroica resolucion de la juventud, y con el entusiasmo del que pelea por la patria.

Creó el 25 de junio la junta suprema de Valencia, haciéndola reconocer como soberana, y dispuso la proclamacion de Fernando. Alistó nueve á diez mil hombres, creando varios cuerpos de tropas, y el regimiento infantería del Turia, del que fué nombrado comandante, despues coronel, y á poco segundo comandante general del ejército del Ebro, distinguiéndose por su actividad y celo, premiados con el entorchado de brigadier.

En campaña durante toda la guerra de la independéncia, cumplió siempre con su deber como gefe de brigada ó de division, y mereció varias veces se le manifestase el aprecio que se hacia de sus servicios.

Al regreso de Fernando, demostró bien á las claras sus sentimientos antiliberales, y fué encargado de hacer se reconociesen en la provincia de Guipúzcoa los decretos de 4 de mayo.

En 1819 fué nombrado por el rey fiscal en la causa de la conspiracion general de Cataluña de 5 de abril de 1817; y en febrero de 1820 fué destinado al ejército de Galicia contra los libres de la Coruña.

Realista siempre, fué encargado en 1822 por el rey de contrarevolucionar las Provincias Vascongadas; pero el suceso de Aranjuez le hizo permanecer en Madrid, donde recibió orden verbal del rey de tomar el mando de los cuatro batallones de Guardias, en el Pardo, derrotados por la milicia el 7 de julio y guiados por el que ahora era el gefe del ejército enemigo. Debíó tambien haberse puesto al frente de la contrarevolucion en Lorca; pero fué preso en Villatobas á su paso. Libre, y vuelto á Madrid, entra luego en la vanguardia del ejército aliado, y despues combate á los constitucionales en varios puntos. Torna á la corte al año siguiente, 1824, nombrado presidente de la comision ejecutiva de Madrid y Castilla la Nueva, hasta que en 7 de mayo marchó á encargarse del gobierno de Santander.

Comienza el año 1831 y con él graves acontecimientos para España. Se hallaba Moreno en Madrid, pretendiendo por los servicios que habia prestado en favor del absolutismo durante la anterior época consti-

tucional. Merced á ellos sin duda, mereció ser nombrado gobernador de Málaga, donde despues de su llegada, demostró su manera de gobernar en el siguiente edicto, espresion genuina de su caracter.

«Habiéndose esparcido en los dias últimos varias noticias alarmantes, que, aunque falsas hasta la ridiculez, no por eso dejan de alterar el reposo y sosiego público, no sin sospechar con grave fundamento que se publican espresos solo con este objeto, y dirigidas por una mano enemiga de la España y de los españoles; deseando conocerlas y en ellas el origen de males de tanta trascendencia, autorizo á cualquiera persona, de la clase ó condicion que sea, para que lo descubra, ofreciendo suficiente prueba de su delacion bajo la seguridad de obtener en el acto una gratificacion de cien duros, y de que su nombre y las circunstancias de su denuncia serán guardadas con irrevelable sigilo; y si la persona que presentase aquellos datos perteneciese á la clase militar ó al presidio, deberá contar con que ademas de recibir la gratificacion designada, será recomendada por mí y en razon de su servicio á la real piedad del rey nuestro señor, para que sin perjuicio de aquella recompensa, obtenga las demas gracias á que la bondad de S. M. le considere acreedor.—Málaga 9 de marzo de 1831.—El general gobernador, Gonzalez Moreno.»

Con estas y otras providencias por el estilo, pensaba Moreno frustrar los planes de los liberales en aquella época; sin embargo, el 1.º de diciembre se presentó Torrijos con cincuenta y dos compañeros por el lado de Algeciras. Venian ya todos vendidos desde Gibraltar, y así se vió que en cuanto pisaron tierra, se encontraron, en vez de amigos y auxiliares, á las tropas realistas que mandaba Moreno. No se hizo en verdad esperar mucho su deseo, y con falaces promesas, logró vencer la temeraria resistencia que los liberales comenzaron á hacer en una alquería, donde se habian hecho fuertes; y se rindieron á discrecion.

Conducido á Málaga Torrijos y sus compañeros, fueron fusilados el 11 de diciembre, sin que por ser domingo se suspendiera la ejecucion de estos desgraciados.

Tan horrorosa catástrofe atrajo sobre Moreno el dictado de *verdugo de Málaga*, del cual quisieramos sincerarle; pero son insuficientes las pruebas en contrario, y los esfuerzos que han hecho sus amigos, por declinar sobre augustas personas la respon-

sabilidad que hallamos solo en Moreno.

La capitania general de los reinos de Granada y Jaen, fué el premio dado á Moreno por los sucesos de Málaga, confiriéndole al mismo tiempo la presidencia de la real chancillería, como cumplía á todos los capitanes generales. En enero de 1832 tomó posesion de este nuevo destino, siendo relevado de él á los diez meses por el excelentísimo señor don Pedro Agustín Giron, marqués de las Amarillas, y teniente general de los ejércitos.

Moreno marchó á Andújar á esperar la orden para fijar su residencia; y señalado su cuartel en Sevilla, partió á dicho punto á fines de enero del 33, por no habérselo permitido antes el mal estado de su salud.

Variada algun tanto la política de España, comenzo á mirarle el gobierno con prevencion, no faltándole motivos para considerarle hostil á las reformas que se iban introduciendo. Moreno por su parte no dejaba de prepararse á la nueva lucha que disponian sus correligionarios, y así lo acreditó cuando le vimos en Portugal al comenzar los partidos á combatir frente á frente.

Unido á don Carlos en el vecino reino, formó parte de su comitiva, acompañándole en sus escursiones desacertadas, y siempre huyendo, espuesto siempre á caer en manos de Rodil ó Sanjuanena. Encargóse á Moreno que merodease con una pequeña fuerza por terrenos á propósito; pero su mision fué completamente estéril, como ya dijimos en otro lugar, y don Carlos y don Miguel hubieron de ausentarse del suelo portugués.

Las operaciones militares de Moreno se circunscribieron entonces á determinados lugares de la frontera, y á los puntos de Avés, Galbeas y Abrantes, sin conseguir otra cosa que sostenerse con trabajo. La siguiente carta dirigida á don Carlos, demuestra exactamente los movimientos que Moreno hizo á la sazón, y la reproducimos íntegra con la misma ortografía del caudillo carlista.

«Señor.—A consecuencia de cuanto tuve la honra de participar á V. M. por el teniente coronel don Lorenzo Solana, me puse en marcha desde Avis para el Guadiana, pero al presentarme en Evora al comandante general del Alentejo conde de Boumont, no se atrebió este general á permitirme continuar sin consultar á Santarem, prueba clara de que nada se había advertido por parte del ministerio portugués. Al segundo

dia de esta nueva y fatal demora, recibí pasaporte de la intendencia general de policía, y zanjadas por la dificultad del tránsito, adelanté inmediatamente á los subtenientes don José Sanchez y don Dionisio Navarro, destinados por V. M. para esta empresa. Con el objeto de aclarar el camino de Monra á Serpa, me adelanté la mañana del 25 último hasta dos leguas del punto atacado, llevando conmigo cuarenta oficiales montados en buenos y malos caballos.

»Este avance hecho no sin algun riesgo porque de nuestros caballos solo los son catorce ó diez seis; y el resto por ser jacas de poca estatura no pueden resistir carga, salió sin embargo á Serpa en concepto de nuestros oficiales, deslumbrando al enemigo quien nunca debia persuadirse encontrarse sobre su flanco izquierdo, con un grueso de caballería que no fuesen los doscientos caballos de Bourmont, al que suponian nueve leguas de Serpa.

»Sea de esto lo que quiera, los pedristas abandonaron la empresa, y yo despues de haber entrado en la mencionada plaza el 27 con el general Bourmont, cierto ya de que el enemigo se habia retirado á Alermola, pasé el Guadiana, viniendo á este punto á poner en egecucion mi plan primitivo. Se ha perdido un tiempo precioso en Avos, y V. M. conoce mejor que yo si desde luego se hubiese entablado mi plan algo mas lento, pero sentado mas en firme que el adoptado, tendria dinero y hombres para formar su base, en lugar de que á la fecha me falta absolutamente el primer artículo; los oficiales que me acompañan se hallan miserabilísimos, y á costa de mucho trabajo, apenas he podido reunir una compañía ligera de infantería de sesenta plazas con doce fusiles que he comprado, único armamento que he podido proporcionar. El oficial conductor de este pliego don Juan Argüelles uno de los que me acompañan desde mi emigracion de España, podrá informar á V. M. circunstanciadamente del estado de estos oficiales y tropa, cuyo número es de ciento cuarenta incluyendo cuarenta flamencos, franceses é italianos, pasados del servicio de don Pedro, que he admitido al de V. M.—Dios guarde la vida importante de V. M. muchos años.—Ehora 4 de abril de 1834 á los R. P. de V. M.—Vicente Gonzalez Moreno.»

Desde Portugal marchó Moreno á Francia, y en 1835 se presentó en las Provincias

Vascongadas, recibiéndole don Carlos con placer, y distinguiéndole con el mando superior del ejército, porque así convenia á algunos.

## SITUACION DE MORENO.

## VII.

Al tomar Moreno el mando del ejército, pidió los documentos de la secretaria de campaña, los estados de fuerza, de recursos, de municiones y calzado, las noticias reservadas y de confianza, y cuanto le era necesario para el conocimiento de la situacion de las tropas que iba á mandar; y á pesar de que, por las circunstancias, los almacenes, los depósitos y todo lo indispensable al ejército se hallaba en parages reservados y al cargo secreto de personas de confianza, á todo se le contestó que nada se sabia, y solo se le entregó el sello de estado mayor. La autoridad del general, hasta entonces tan fuerte, tan robusta y tan absoluta, nació debilitada, precisamente cuando era mas necesario su vigor.

Moreno, pues, se halló en una situacion desagradable, que solo toleró por la imposibilidad en que se encontraba de emprender inmediatamente operacion alguna el ejército liberal.

Moreno, sin que sepamos la causa, parecia como embarazado al principio de su mando, que le hacian mas difícil la oficiosidad de amigos falsos.

No carecia Moreno de conocimientos teóricos y de talento; pero ni su avanzada edad, ni su dilatada carrera, ni sus preveniciones contra la juventud le constituian á propósito para la clase de guerra que debia hacer, y para las tropas entusiastas que habia de mandar. Estaba ademas Moreno supeditado á la camarilla de don Carlos, ó sea al partido apostólico, que empeñado en dar un impulso directo á los negocios de la guerra desde el fondo de los gabinetes, iba acumulando tales desaciertos, que tenian que dar necesariamente lamentables resultados. El ejército carlista, por otra parte, aunque siempre decidido y resuelto, no se sentia animado de aquella confianza, que, rayando en adoracion, habia experimentado hácia su antiguo gefe: la guerra habia perdido su primer carácter por la retirada del ejército de la reina á la orilla derecha del Ebro; ya no se trataba de encuentros repetidos y de columnas parciales: las opera-

TOMO II.

ciones eran complicadas y ejecutadas con fuerzas numerosas; los cuerpos permanecian largos dias en unos mismos puntos sin batirse; esto daba lugar á murmuraciones y á disgustos entre los soldados que, acostumbrados al ardor de los combates, miraban como inaccion y falta de esfuerzo lo que atribuian otros á la situacion de la guerra. Añadiase á esto las rivalidades y discordias que comenzaron á reinar en el cuartel general, y á las que en vez de poner coto el gefe, alimentaba, como basta para demostrarlo la coalicion ó liga que formó con el cura Echevarría, el gentil-hombre Villavicencio, y algun otro, asociándose mas particularmente en contra de Maroto. Los resultados de estos sucesos eran fáciles de prever; el ejército carlista perdió con la fuerza moral la material, y puesto en evidencia, sufrió en los memorables campos de Mendigorria un descalabro á que no estaba acostumbrado.

El nombramiento de Moreno, si hemos de juzgar por las cartas que unos á otros gefes se dirigian, fué mal recibido por el ejército. En prueba de nuestra opinion, citaremos un párrafo de una que escribia un general á un ministro de don Carlos. «Su real magestad, decia, ha perdido lo que no puede calcularse, en el concepto de los estrangeros y de la misma España, con el nombramiento de Moreno. Léanse los papeles públicos, y se notará la opinion que merece; y pregúntese á los españoles carlistas y se convencerá cualquiera del odio con que se le mira. En el año 27 se declaró enemigo del príncipe de Asturias de acuerdo con Calomarde, y si marchó á Portugal, no fué por adicto á la justa causa que sostenemos, sino por salvarse de la persecucion que sufría. Larga es la historia que de Moreno puede presentarse; mas el tiempo la arrojará, y Dios quiera que nuestro soberano no tenga de que arrepentirse.»

Por de pronto las intrigas, que ya hemos visto pululaban en el campo carlista, fueron adquiriendo colosales proporciones en perjuicio de la causa, tan necesitada de union durante aquella lucha.

SITIO DE PUENTE LA REINA.—MOVIMIENTOS DE MORENO Y DE CÓRDOBA.

## VIII.

Sabedor Moreno del disgusto que causó su eleccion, y de la oposicion que se le ha-



cia, procuró hacerse digno del mando que se le confiara, y ya que no pudo impedir la marcha del ejército de Córdoba por la Peña de Orduña, se decidió á sitiar á Puente la Reina, destacando al efecto á Eraso con su division.

Llegó este gefe, reconoció y circunvaló la poblacion, y el 13 de julio ya tenia colocadas baterias. Los tiradores, estrechándose cada vez mas, sostenian un vivo fuego á medio tiro de fusil, que fué contestado por la infantería y artillería del fuerte. San Just, que mandaba, no esperaba pronto socorro, y lleno de ardimiento, hizo una salida con ciento cincuenta hombres, divididos en dos pelotones, tan brusca, que dió por resultado la muerte de doce artilleros que ocupaban la trinchera, y la ocupacion de ésta y la de las piezas y municiones. Tres batallones que envió al momento Eraso, no dieron tiempo para conducir al fuerte las cuatro piezas, dos de las cuales se clavaron, ni el total de los efectos aprehendidos. Los ciento cincuenta bravos hicieron frente á tan superiores fuerzas, replegándose cuando fué prudente. Despues desistieron los carlistas de su intento al aproximarse Córdoba.

Los sitiados perdieron poco mas de una docena de hombres entre muertos y heridos, y doble número los carlistas.

Córdoba permanecia en Vitoria abasteciéndola, y al saber la presentacion de los carlistas en Puente la Reina, marchó rápidamente por Peñacerrada y Logroño, salvando segunda vez un punto tan interesante.

Conseguido su objeto, pernoctó el 14 en Lárraga.

Instruido Moreno de sus movimientos, se propuso observarle de cerca para batirle con oportunidad, y en la misma noche descanzó en Mañeru y sus inmediaciones.

Al siguiente día pasó el Arga, y se apoderó de las brillantes posiciones que dominan á Mendigorria.

BATALLA DE MENDIGORRÍA.—SITUACION DE AMBOS EJÉRCITOS.—ARENCA DE CÓRDOBA.

### IX.

Los bien combinados movimientos de Córdoba, le pusieron en situacion tan favorable, que ora presentase la batalla, ora la admitiese ó rehusase, podia obrar con libertad y desembarazo, ventaja inapreciable en aquella guerra, y á que debió las mas de

las victorias el ejército carlista. Brindóle su contrario con el combate, y no siendo Córdoba de los que le esquivaban, pasó sin vacilar el Arga por el puente de Lárraga, y llevó su cuartel general á Artajona, resuelto á franquear el paso que le impedia el carlista. Esto no obstante, conoció que habia peligro, y no quiso echar solo sobre sí la responsabilidad de tamaña empresa. Reunió en su alojamiento á Oráa, Lopez y don Manuel Gurrea, y á las observaciones de Córdoba, contestaron acordes que «las tropas, indignadas de que se las hubiese culpado tan gratuitamente de las desgracias ocurridas en la guerra, deseaban lavar su reputacion mancillada, y abatir con su comportamiento en la batalla, los fueros de la calumnia, y que no existia motivo alguno para dudar de su ardimiento y denuedo.» Satisfizo á Córdoba esta explicacion, y propuso luego si seria conveniente atacar al enemigo en las posiciones que ocupaba. En esto no hubo tanta armonia de pareceres; pero Córdoba adoptó el de Oráa, que se fundaba en poderosas razones para no abandonar los campos de Mendigorria, donde, si los carlistas cometian la imprudencia de provocar el combate desde sus posiciones, teniendo el rio á la espalda, el triunfo era mas que probable.

Córdoba mas confiado entonces, obró.

Moreno habia colocado su cuartel general en Mendigorria, donde se alojó don Carlos con el cuartel real, y sus tropas en las posiciones inmediatas que ocupaban unas á otras toda la estension desde la izquierda del Arga por el camino bajo de Lárraga y cerro de la Corona, hasta cerca de la confluencia del camino de Obanos con la carretera de Puente la Reina. A la derecha del rio estaba la division alavesa, que es la señalada en el plano con el núm. 1, (1) á fin de observar y proteger en su caso la retirada de las demas fuerzas.

La línea de batalla carlista tenia defendida su derecha por el rio; su izquierda lo estaba por la misma escabrosidad del terreno.

El plan estaba bien concebido: el general, que quiso demostrar sus talentos militares dando una batalla con soldados que, si bien valientes, estaban mas acostumbrados á escaramuzas y acciones de guerrillas, presentó una línea sostenida por otra de ba-

(1) Véase el plano de la batalla de Mendigorria.

# PLANO DE LA BATALLA DE MENDIGORRIA.

Fecha el día 16 de Julio de 1835.

Levantado á vista por el Ten.<sup>te</sup> Coronel de Estado Mayor, D.<sup>o</sup> C. X. de Sandoval.

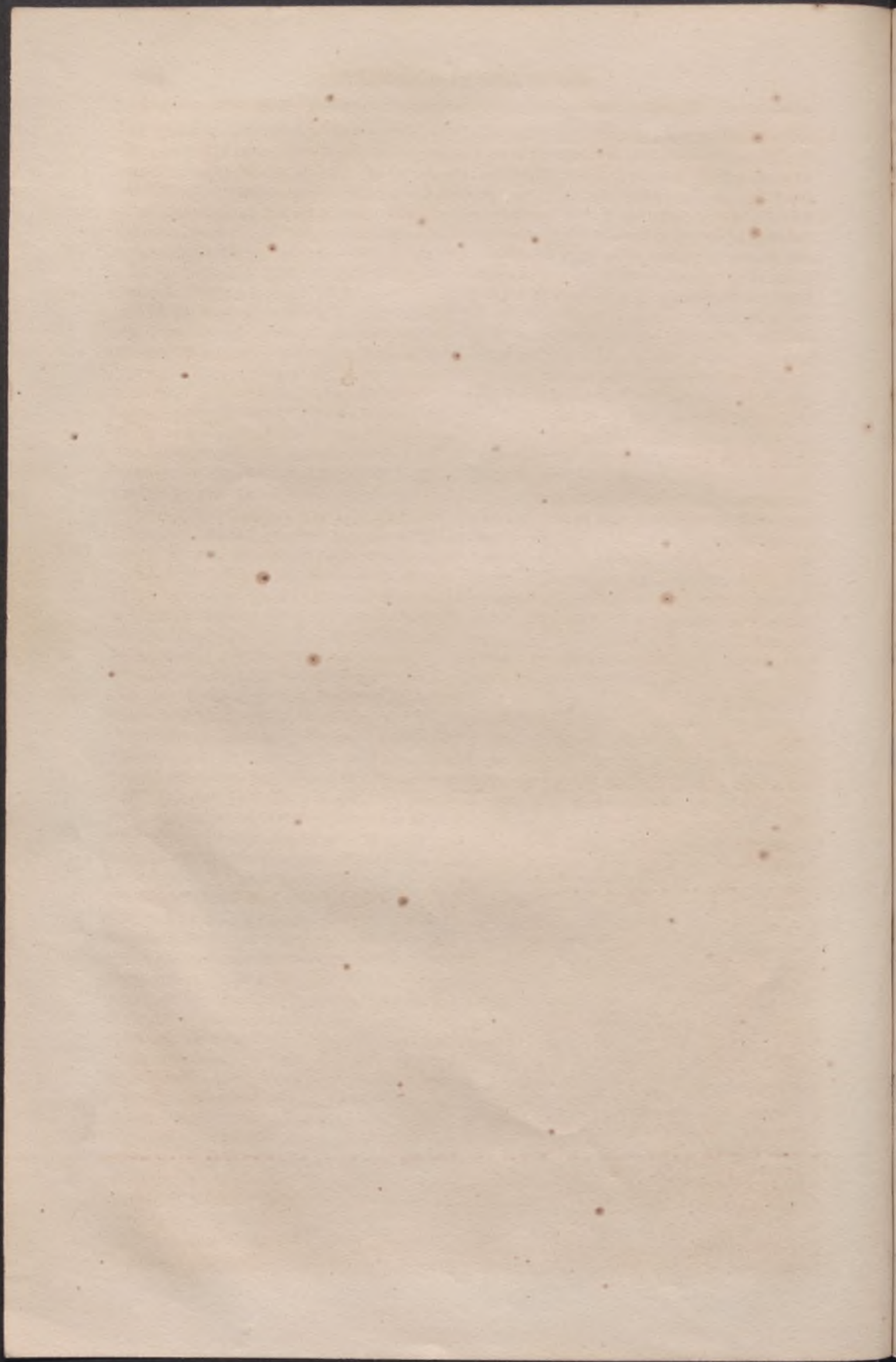


Indicaciones.

Infantería de la Reina.  
Caballería de Idem.

Artillería.

Infantería Carlista.  
Caballería de Idem.



tallones en columna cerrada, y colocados de tal suerte, que, ya los unos prontos á avanzar por los huecos de los batallones en línea, ya los otros pudiendo servir de apoyo para la reaccion de un batallon disperso, todos se hallaban en disposicion de proteger con provecho y utilidad la línea de batalla. La caballería tenia tambien colocacion oportuna para acudir á donde la necesidad la reclamase.

Esta situacion de las tropas, era sin embargo demasiado atrevida, porque caso de retirada, no podia tener lugar mas que por el puente de Mendigorria y los vados del Arga.

Se ha censurado con razon á Moreno el dejar el rio á su espalda con tanta confianza; y esta circunstancia, que sin duda es una falta, pues nunca debe un general, por mas confiado que esté del éxito, dejar de asegurar su retirada, no dejó de tenerla en cuenta el gefe carlista, que se propuso sin duda obligar por este medio á que se batieran sus soldados con toda decision, mostrar al enemigo su seguridad, y dar en fin una batalla decisiva que le franquease el paso del Ebro y la entrada en Castilla con un ejército victorioso que llevase á don Carlos á Madrid.

Moreno lo disponia todo con entusiasmo inequívoco, con voluntad enérgica, con fé patriótica. Decia á un amigo suyo pocos dias antes de la accion. «Mi enemigo es Córdoba, y esto no me importa, porque es general improvisado; y por cierto que si tiene ahora tanta fortuna como el 7 de julio en Madrid, pobre causa de los negros; está bien parada.... Por eso tengo deseos de una batalla, pero verdadera batalla, que asegure el triunfo de nuestro amado soberano; y si los que por envidia me hacen la guerra no me destruyen mis proyectos, yo enseñaré á Córdoba que es tan torpe militar como diplomático.»

No lo fué á pesar de este pronóstico. En la madrugada del 16, atronada por el toque general de diana, repetido por aquellas montañas, hizo un reconocimiento con la brigada de vanguardia al mando de Gurrea, que fué la primera que tomó posicion, y la primera tambien que cambió sus tiros con las guerrillas carlistas (1).

Córdoba vió que el enemigo le esperaba, y el jóven caudillo liberal aceptó sin

(1) La línea de guerrillas carlistas está anotada con el núm. 43 en el plano.

vacilar el reto. Forma sobre la marcha el plan de batalla y manda que Espartero, que se hallaba en Lárrega, se sitúe en la izquierda del rio (1), cubriendo el camino del dicho punto, formando así la izquierda de la línea que debia acometer las posiciones del cerro de la Corona, y facilitándole la conduccion de la artillería.

La brigada de don Santiago Méndez Vigo, ocupó el centro de la línea con el cuartel general (2), dominando, merced á dos favorables posiciones, el camino de Artajona.

Gurrea formó el ala derecha (3), y tanto por la colocacion de sus columnas, como por su posicion en la cresta de una altura inmediata al estremo de la izquierda de la línea carlista, parecia dispuesto á envolverla ó á apoderarse de la carretera de Puente la Reina y acometer por la espalda.

Don Froilan Méndez Vigo (4) observaba con su brigada para atacar á la de Eraso, situada en Obanos, y un batallon en Artajona custodiaba los bagajes del ejército, el hospital de sangre y los caballos de los oficiales de infantería.

Lopez, con su caballería (5), ocupaba un camino ventajoso entre los caminos de Lárrega y Artajona.

La batería rodada ocupó el sitio marcado con el núm. 11 al principio de la accion, y al fin de ella pasó al 12.

En tal posicion ambos ejércitos, la mitad del dia fué la señal del combate.

A las doce avanzó toda la línea de Córdoba, que desanimada antes, se ostentaba ahora ávida de gloria y de pelear. El carlista, entusiasmado en alto grado no se mostraba menos ardiente; así que la resistencia fué tan decidida como el ataque; pero por culpa del gefe no se obró, y cansados de resistir los soldados, cedian. Espartero embistió el cerro de la Corona, é hizo resonar el nombre de Isabel en lo mas alto de aquella formidabile posicion, y Gurrea atacó el ala izquierda con tanta bravura y bizarría, que bien pronto brillaron las bayonetas de los soldados de la reina en la eminencia de los cerros, ocupados antes por los de don Carlos.

Las divisiones del centro, mandadas por don Santiago Méndez Vigo y el baron del

(1) Véanse los núms. 5 y 4 del plano.

(2) Números 5 y 6.

(3) Números 7 y 8.

(4) Número 9.

(5) Número 40.

Solar, y dirigidas por Córdoba, acometieron no menos impetuosamente, y si bien hallaron mas obstinada resistencia, y necesitaron emplear mayores esfuerzos, el éxito fué el mismo: los carlistas fueron sucesivamente arrojados de unos puestos en que poco antes se ostentaban ufanos.

Obtenida esta ventaja, prosiguen los soldados de Córdoba avanzando, y los mismos carlistas que tantas veces habian hecho frente á sus contrarios, tan valientes sin disputa, ceden ahora con el mayor desorden, y dando unos gefes la orden de replegarse, y otros la de sostenerse, ocupan unos el puente, agólpase á él la multitud, y corren todos á guarecerse en la reserva. Estrecho para tantos el paso del Arga, y huyendo despavoridos de las bayonetas de los defensores de la reina, atraviesan el rio por diferentes puntos, los que hallan obstruido el puente, hallando no pocos la muerte donde buscaron su salvacion. Este desastre fué consecuencia de dejar el rio á la espalda. Un momento antes, Moreno, conociendo la critica situacion de don Carlos, acudió con los batallones 2.º y 3.º de Alavá, que estaban en observacion, como dijimos, y tomó una altura que se halla al frente de dicho pueblo, en la cual pudo contener al enemigo por espacio de una media hora, que don Carlos aprovechó para pasar el puente con gran riesgo.

Ocupado Mendigorria por las tropas de la reina, intentaron éstas varias veces forzar el puente, defendido por Villarreal bizarramente, hasta que tuvo que retirarse por habersele acabado las municiones.

Entonces fué cuando Espartero, á la cabeza de un batallon, acomete á la bayoneta á los bravos defensores de aquella comunicacion, y los derrota y persigue una media legua hasta Cirauqui, recibiendo su caballo dos balazos (1).

El centro de la línea aclamaba al mismo tiempo á Isabel II en las calles de Mendigorria, donde entró el baron del Solar al frente de su division á pie, por desmontado, y Gurrea hizo mas completa con su ala derecha la dispersion de los carlistas, obligando á muchos á lanzarse al Arga.

Ardiendo en ira Moreno, y corriendo de un lado para otro, procura rehacer sus dispersas huestes y dar la cara al abrigo de la reserva. Ocupa con ellas las elevadas

(1) Por esta accion obtuvo Espartero la gran cruz de Isabel la Católica.

posiciones de Cirauqui, Mañeru y Lorca; pero las fuerzan sin detenerse los liberales, y de nuevo triunfan, desordenando ya completamente á los carlistas, perseguidos sin encono.

Sin embargo de este resultado, las tropas de Moreno, particularmente las de su centro, mandadas por el siempre intrépido Villarreal, se defendieron con brio; pero fué mayor el empuje del 1.º y 4.º regimiento de granaderos de la Guardia, mandados por don Evaristo San Miguel, que tuvieron la gloria de vencer tanta resistencia y la aspereza del terreno, triunfando á costa de mucha sangre. Solo esta brigada perdió la mitad de la gente que costó al ejército aquella victoria. Este ataque tan distinguido fué sostenido por dos batallones del Principe.

Un piquete de lanceros carlistas, mandado salir oportunamente de entre las viñas, detuvo valerosamente el combate por algun tiempo, hasta que Córdoba les mandó cargar por sus ayudantes de campo y otros oficiales, en número de diez á doce.

El baron de Meer, Tello, Bernuy, Rivero, Montenegro, Buerens, Oráa, Barreiros y otros, fueron mencionados por Córdoba en su parte al gobierno, ademas de los gefes de brigadas y divisiones, de la manera mas honrosa (1).

Los carlistas tuvieron cerca de dos mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros, y costó unas mil al ejército liberal el vencimiento. La lucha fué reñida y porfiada. Se ganaron á la bayoneta las posiciones mas importantes, y gefes y soldados solo pensaron en vencer sin reparar en el peligro, que tanto despreciaba su gefe.

Despues de esta batalla memorable, arengó asi Córdoba á sus tropas.

«Compañeros: mi corazón, entregado al júbilo mas puro, se congratula en tributaros á nombre de S. M. y de la patria, los sentimientos de admiracion y gratitud que merece vuestra conducta y últimas hazañas.

»El 16 de julio será el mas glorioso recuerdo de esta terrible y penosa guerra: con él se han afianzado el trono de nuestra

(1) Narvaez fué gravemente herido en la cabeza marchando á la de su regimiento, el de la Princesa, arrollando á sus contrarios: y creyéndole muerto sus soldados, *ya no hay bola*, dijeron algunos aludiendo al empeño que siempre tenia porque diesen bola á la cartuchera, *bola, y mas bola*, contestó Narvaez.

inocente reina y las instituciones de un pueblo digno de la libertad que ellas le aseguran: él ha restablecido el lustre de nuestras armas y el antiguo crédito del ejército español: él ha confundido, finalmente, la jactancia y el orgullo de los enemigos de la patria, que, confiados en tantas ventajas locales, han probado que la fuga era el solo medio de sustraerse á vuestro noble ardimiento. Yo contaba con él, y os lo aseguro, compañeros, vuestra conducta no me ha sorprendido.

»Diez días han trascurrido desde que salvaisteis el heróico pueblo de Bilbao, y ya os hallais sobre los muros de Pamplona, haciendo cincuenta leguas en siete marchas. Las facciones reunidas, para cerraros la salida de aquella villa, á favor de los espesos bosques y desfiladeros de Vizcaya, huyeron á vuestra vista intimidadas por la decision de vuestra marcha. Forzando por primera vez su paso, la Peña de Orduña ha perdido su antigua reputacion. Para vuestro valor, cuando lo dirige la disciplina, nada hay de inespugnable. Vitoria amenazada, nos vió volar á su socorro; y reanimado su leal vecindario con vuestra presencia, sabe que ha vuelto á ser el centro de vuestras operaciones. Apenas empezabais á reposar de vuestras fatigas, cuando fué preciso venir á socorrer á vuestros hermanos de Puente la Reina: el enemigo blasonaba ya de su posesion, y para asegurarla, concentró todas sus fuerzas sobre las formidables posiciones de Mendigorria, á una y otra parte del Arga. El pueblo ora ya el centro y la fortaleza de su linea: una brigada enemiga situada en Obanos amenazaba nuestro flanco y retaguardia: juzgué que todas estas dificultades y ventajas eran inferiores á vuestro valor. Compañeros, mi confianza era justa: pero confieso que habeis escedido á mis propias esperanzas. El paso de carga y el grito de Isabel y libertad, muerte ó victoria, ha triunfado de todos los obstáculos: los que victimas de tan noble arrojo han perecido por la patria, vivirán en su eterna memoria y reconocimiento: suya es nuestra sangre toda, y pronto nos hallarán á pagar con ella la deuda de honrados ciudadanos. Puente la Reina queda libre, demolidas las trincheras donde un puñado de sus valientes defensores clavó los cañones enemigos, matando sobre ellos al comandante de la artillería rebelde. Pamplona respira ya por nuestra victoria, y sus muros os esperan con la corona

debida á los defensores de la libertad.

»Cuando todos son héroes en un ejército, la recompensa es difícil; pero ¿cuál mas lisongera para nosotros que la idea de hacer palpar de gozo y admiracion el corazón de todo buen español? Sin embargo, entretanto que propongo á S. M. las gracias que merece vuestro denuedo, yo se las doy muy cordiales al ejército y á cada uno de sus individuos. ¡Feliz el general que no puede elogiar á ninguno sin ofender á todos!

»Compañeros: union, confianza y disciplina: á estas condiciones os ofreci conducir á la victoria: todos hemos cumplido con nuestro deber y nuestras ofertas, y todos seguiremos recogiendo nuevos laureles, mientras igual sea vuestra observancia á aquellos preceptos. Cuartel general de Puente la Reina 17 de julio de 1833.—Vuestro comandante general en gefe interino, Luis Ferdinandez de Córdoba.»

#### OBSERVACIONES SOBRE LA BATALLA DE MENDIGORRÍA.

##### X.

Los resultados de esta jornada pudieron haber sido mas favorables al ejército de la reina; pero no habia costumbre de dar batallas ni de pelear en línea, y no fué por eso enconada la persecucion. Y no dejaron de cometerse faltas notables; pero las perdonó el entusiasmo de la victoria. En esta ocasion se notó la indisciplina del ejército. El mismo Córdoba lo dice en sus memorias hablando de esta batalla: «hubiera podido ser el término de la guerra sin la desgraciada fatalidad que nos privó de sacar todo el fruto que la victoria prometia, por lo mucho que en esta batalla habia arriesgado el enemigo, confiando ciegamente en la superioridad que con sus recientes ventajas se atribuia. Pero los malos hábitos de guerra que habian contraido nuestras tropas, dispersándose en la victoria como en la derrota, no permitieron dar á nuestro triunfo todo el alcance de que era evidentemente susceptible; y don Carlos y sus huestes se salvaron por instantes de una posicion desesperada.»

Don Narciso Lopez se condujo de una manera inesplicable. Al frente de una caballería numerosa vió tranquilo huir al enemigo.

Si los carlistas hubieran tenido mejores gefes en algunos puntos, si hubiera existido

mas unidad en las disposiciones, otro hubiera sido quizá el resultado de aquella jornada.

Pero es evidente que Moreno, ya fuese por ineptitud ó por aturdimiento, pues uno y otro demostró en esta batalla, no tomó ninguna disposicion importante, y los carlistas tuvieron que ceder el campo despues de una tenaz resistencia.

La torpeza del general hizo estéril tanta sangre valerosa como allí se derramó, y á no haber sido por Villarreal, tal vez hubiera perecido don Carlos. Asombra en verdad la confianza de Moreno, que llegó hasta el punto de alojar al príncipe en Mendigorria, cuando nada tenían dispuesto para su defensa, y cuando en caso de una derrota, no había otra retirada que un puente, que naturalmente se obstruiria con los fugitivos, si no era antes ocupado por el enemigo, para impedir este único medio de salvacion.

Seguramente que en Mendigorria pudo ver muertas don Carlos sus esperanzas; pero sin duda le salvó allí la Providencia, en quien él tanto confiaba, deparándole á Villarreal, citado con encomio por el mismo Córdoba, porque fué el que mas empeñada resistencia mostró, el que defendió el puente, el que conquistó laureles en aquella honrosa derrota.

Moreno se puso en evidencia, y se desprestigió.

Unas víctimas mas hubieran quizá contribuido á aborrar algunos años de guerra.

Córdoba, satisfecho del triunfo por sus ventajas morales, mostróse descontento de algunos gefes.

SITUACION DE CÓRDOBA Y DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

## XI.

Moreno corrió á Estella á ocultar su derrota, y Córdoba voló á Pamplona á ostentar su triunfo, que le valió el empleo de teniente general.

Allí, sin embargo, instó á Sarsfield se encargase del mando para que había sido nombrado, mas éste tuvo el buen tacto de no aceptarle, y el gobierno á seguida confirmó en él á Córdoba interinamente.

Rehusar esta honra en aquellas circunstancias, era altamense inconveniente, y juzgó no le quedaban medios honrosos para resistirla, ni la gratitud, ni el honor, ni el patriotismo. Ha dicho despues, que consi-

deró como una desgracia para él tan alta investidura; debemos creerle; pero esta desgracia pudo haberla trocado en una gloria venturosa.

No hay duda que era sumamente difícil y espinosa su situacion, y que no estaba en él solo el vencerla; por eso escribia con grande acierto al ministro de la Guerra, el duque de Ahumada, al dia siguiente de la batalla de Mendigorria: «Hemos ganado ayer seis meses de vida: por este término respondo de contener al enemigo en sus antiguos límites. Que el gobierno aproveche el plazo para buscar recursos y crear elementos con que sostener, conducir y concluir la guerra.»

La situacion administrativa del ejército era en extremo deplorable. Cuando Córdoba tomó el mando, estaban exbaustas las cajas. La sublevacion de casi todas las provincias del reino, privó de recursos al gobierno, y prolongándose tamaño conflicto, hizo Córdoba que el ordenador escribiese, y lo hizo además él mismo, á las autoridades y juntas de los pueblos alzados, esponiéndoles el triste estado, los apuros, el abandono en que quedaban las tropas; y cuán funesto podria llegar á ser á la causa nacional el desentenderse en aquella disidencia con el poder, de las privilegiadas consideraciones á que eran acreedores los que al frente del comun enemigo sostenian con las armas en la mano los derechos de la nacion y de la reina, que todos los bandos liberales reconocian y proclamaban.

El vencedor de Mendigorria, rodeado entonces del aura popular, confió en el éxito de su llamamiento al patriotismo de los liberales; pero tan enconados estaban los ánimos contra el ministerio, que ahogó la pasion aquel noble sentimiento, y todo pareció mejor que el prolongar su dominacion. Estéril el feliz pensamiento del bizarro caudillo, que solo pedia pan para sus soldados á cambio de victorias, permaneció el ejército en la misma penuria y olvido, hasta que Mendizabal, de quien ya nos ocuparemos mas adelante, atendió á tan apremiante necesidad.

Córdoba en tanto, tuvo que distraer su atencion á la subsistencia de las tropas, y al efecto creó arbitrios indirectos, recaudados por la administracion militar; repartiéndolo con prevision laudable lo que muy poco á poco podia obtener, y á costa de mil esfuerzos, para sostener todo un ejército en campaña y en pais enemigo, prefiriendo el

haber del soldado al del jefe, representando de continuo al gobierno, suplicándole reparase en lo posible la causa general de quejas y descontentos; luchando sin tregua con las consecuencias de su situación, desesperándose con tener que subordinar sus operaciones á la falta de recursos, dejando acreditar, sin contradicción, la opinión de que nada faltaba al ejército, opinión que comprometía su crédito personal, y que no le era licito, dice, rectificar sin grave daño de la causa pública. En vano, mortificado hasta este punto ofreció su dimisión cien veces para poder hablar, en vano apuraba sin cesar al gobierno.

Y el servicio de víveres era en aquella guerra de tanta dificultad como coste, porque no se limitaba al abasto diario de las tropas que ocupaban ó recorrían el país, sino que le constituía principalmente el repuesto de los almacenes que se habían tenido que establecer en los puntos fortificados, ya para que no careciesen de las provisiones que hacía necesarias el estado de sitio y de constante bloqueo en que se hallaban, ya para asegurar la precisa subsistencia del soldado en operaciones, contrarios sus naturales, estéril su suelo, y dominado por los carlistas.

Vacios los almacenes, lo espuso así en sentidas quejas al gobierno, quien comisionó á don Agustín Alinary, último contratista de abastos, que ya no pudo continuar el suministro por el atraso de los pagos.

El gobierno no cumplía con los asentistas, y estos no cumplían á su vez con el ejército (1).

(1) El siguiente ejemplo citado por Córdoba en su *Memoria*, es una parte de la historia de las contrataciones.

«En el mes de noviembre me anunció el ministerio que había tomado la resolución de establecer grandes almacenes en Burgos, Santander, y no recuerdo que otro punto, encareciendo con razón las ventajas que de la realización de estas medidas habían de resultar. Los acopios quedaron contratados con don Jaime Ceriola, comerciante de Madrid, y debían quedar entregados por terceras partes en los primeros días de diciembre de 1835, enero y febrero de 1836. Pues bien: ni aun en la primera de estas tres partes con que habíamos debido contar para el principio de diciembre de 1835, se hallaba entregada en la época en que dejé el mando, es decir, en agosto de 1836; y cuando sobre tan dilatados atrasos, dirigía la ordenación del ejército reclamaciones á los comisionados del asentista, contestaban que ellos eran meros corresponsales de don Jaime Ceriola, que su comisión se limi-

Rodeado de tantos apuros Córdoba, reunió al jefe de la plana mayor general, al inspector general de la guerra y al ordenador del ejército, y se reconoció unánimemente la necesidad de acopiar tres millones de raciones en diferentes puntos. Al efecto trataron con Alinary, y presentaron al general en jefe el proyecto de contrata, que modificó, obteniendo del contratista rebajara el precio de los artículos, que puso harto subidos. El gobierno, á cuya aprobación fué esta contrata, la dividió en dos partes; aprobó la primera mitad, y reservó la segunda para situación mas desembarazada. De los siete á ocho millones á que ascendieron los suministros hechos en virtud de esta contrata, no recibió el asentista de las cajas del ejército mas que unos dos millones; el resto fué pagado en libranzas sobre la intendencia general de Madrid.

El alimento de las tropas tenía que sacarse del país, y el estado en que éste se hallaba no era el mas á propósito. Se acababan de perder casi todos los puntos fortificados en el interior del país, y con ellos los recursos que á su abrigo se sacaban, y los almacenes en ellos formados para proveer á las columnas de operaciones.

¡Pérdida irreparable porque era imposible conquistar y restablecer por entonces aquellos puntos!

La guerra no era ya lo que había sido: el mismo Córdoba conocía, y lo dice, que había pasado en pocas semanas, material como moralmente, de un estado no muy distante de la infancia, á la vida viril y robusta: las condiciones, los principios, las ideas aplicables al primer período, eran completamente inaplicables al segundo.

Embarazaba mas y mas esta situación de del joven caudillo, que tuvo que emplear todo su ardimiento, toda su energía, toda su autoridad para sostener el ejército, único

taba á entregar al ministro de hacienda militar de tal ó cual punto, tal ó cual partida de determinado comestible, y que cesaban sus poderes con la entrega que les había dado origen; y si se les encargaba transmitir al menos las reclamaciones á su poderdante, comunicaban pocos días después las respuestas que de éstos recibían, las cuales se reducían á explicar que, no pagando el gobierno las primeras remesas enviadas, ó no pagándolas sino en papel de dudosa, ó cuando menos, lenta y difícil realización, se juzgaba el asentista autorizado, no solo á demorar las sucesivas entregas, sino á solicitar la rescisión de la contrata, como en efecto la estaba solicitando.»



valladar en aquellos días de turbulencias interiores de las huestes briosas de don Carlos. Impuso castigos, abrió causas en casos graves, separó á los mas caracterizados gefes de la administracion, y la reglamentó, invitó á las autoridades civiles examinasen los pedidos é interviniesen en los repartos de los suministros, y reguló con un celo digno del mayor elogio todo lo concerniente á los ingresos y distribucion de caudales. El soldado, en medio de su escasez, estaba satisfecho de su gefe; no asi los pueblos, que se quejaban justamente de sus sacrificios; pero aquel no podia morir de hambre, y Córdoba y los gefes militares, no solo tuvieron que prescindir de estas quejas, sino emplear la fuerza, que es tambien *ultima ratio famis*.

El gobierno se vió precisado á poner coto á estos desmanes inevitables, y creyendo al mismo tiempo útil ensayar un sistema de pacificacion general de las provincias rebeldes, combinado con la coaccion armada, resolvió al fin contratar con las diputaciones de las mismas provincias el suministro de raciones, dando las mas completas seguridades de su pago, eximiendo de esta suerte á los pueblos inmediatos al teatro de la guerra, de tan enorme contribucion.

Enviaron las diputaciones sus delegados á Madrid, celebráronse las contratas; pero no pudo realizar el Tesoro los pagos estipulados, y cesaron en breve los suministros gastando hasta el último maravedí las diputaciones, y encontrándose peor que nunca el ejército, porque no sabian sus gefes cómo ni dónde buscar el alimento del soldado.

Viviendo en continua escasez y privaciones, sin tener asegurado el servicio de víveres, no se podian emprender importantes operaciones, porque el resultado de una victoria nunca podia ser un rico botin, pues los carlistas, como estaban en sus casas, no llevaban consigo mas que lo preciso. Y todo lo era al ejército de la reina, teniendo que conducirlo consigo: invadir el país, ni era empresa fácil, ni podia dar por resultado los recursos que muchos creian. Las invasiones que se practicaron patentizan esta verdad (1). Y para estas operaciones al interior del país, dominado por los carlistas, necesitaba Cór-

(1) «Muchas veces, dice Córdoba, entráramos á viva fuerza en aquel territorio, poniendo así á prueba el remedio que los críticos proponian contra el mal; pero en ninguna hallamos esos víveres y ranchos que nos faltaban.»

doba llevar provisiones proporcionadas al tiempo que hubieran de durar aquellas, necesitaba acémilas, y apenas bastaban las que habia para surtir de lo indispensable á la guarnicion de los fuertes de la línea. Al fin el gobierno, conociendo la falta y la importancia de este medio para la guerra, contrató el servicio de mil acémilas, que aunque insuficientes (1), eran algo; mas solo se reunieron unas setecientas caballerías mayores, y eso al finalizar el mando de Córdoba; y no duró mucho tiempo este servicio, porque cansados los arrieros de inútiles reclamaciones para su pago, y aburridos de las penalidades y los peligros de la campaña, desertaron casi todos con sus recuas.

Este era el estado deplorable de la administracion del Norte, importantísimo de conocer para apreciar con alguna exactitud los acontecimientos que diremos, para comprender su heroismo y sufrimientos.

El soldado era valiente; pero ¿cómo ejercitar su brío, desnudo, hambriento, y aun sin cartuchos para batirse? ¿Qué aliciente para arrojarse á la muerte podian tener unas tropas, cuyos heridos veian no pocas veces abandonados á la saña enemiga, por no tener ni dónde ni en qué trasportarlos?

Preciso es no hacernos ilusiones: los ejemplos que se han querido aducir de otras guerras son inadmisibles en esta, que no se parece á ninguna, como lo dijimos en el *Discurso preliminar*. Algo hemos ido dándole á conocer; pero aun nos falta mucho que decir para que se comprenda la elevacion de esa lucha de gigantes, teniendo que descender para ello á pormenores de que no podemos prescindir.

#### FUERZA DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

### XII.

Todos los generales en gefe del ejército de operaciones se lamentaban de la escasez de fuerzas que tenian á sus órdenes, y aunque se le agregó el de reserva, no se aumentó su fuerza, teniendo que atender á las cuatro provincias limitrofes, antes protegidas por aquel.

La union por consiguiente fué nominal, pues que de los treinta mil hombres de que se componia, no ingresó un solo soldado

(1) Una quinta parte de las que se necesitaban.

en el de operaciones, destinados aquellos, y no en valde, á la persecucion de las partidas, que amagaban constantemente la provincia de Santander, y á las que invadían las de Burgos, Soria y la Rioja.

El ejército del Norte, incluso los treinta mil hombres del ejército de reserva, se componía de ciento veinte mil, de los cuales solo una tercera parte estaba en disposición de operar.

Córdoba, con los estados de fuerza en la mano, demostró al gobierno, que la fuerza empleada en las guarniciones existentes ascendía á cuarenta y dos mil infantes, y mil setecientos caballos, incluyendo las guarniciones ocupadas por la reserva; que de estas guarniciones no se podía sacar un soldado para las operaciones por ser tan débiles, que los gobernadores clamaban por refuerzos, sin que ninguna se hallase en situación de resistir por sí sola un sitio sin un pronto socorro del ejército.

La fuerza en revista estaba muy lejos de ser la disponible, porque no se contaba en las filas la llamada en *comision*, que ascendía á un diez y siete por ciento, (unos veinte mil hombres), los enfermos, heridos y otras bajas de guerra, subieron á veces hasta veinte y dos por ciento dando un resultado de otros veinte mil hombres, quedando así reducido el ejército de operaciones á unos treinta y seis mil efectivos. He aquí la única fuerza disponible para operar en campaña en toda la estension de ocho provincias, dominadas cuatro de ellas por el enemigo, hostiles sus habitantes y habiendo de atender al socorro con las atenciones generales de numerosas plazas y á su abastecimiento.

Tal era el estado de fuerza del ejército del Norte, antes de ser reforzado con las legiones auxiliares y la quinta de los cien mil hombres.

MAROTO AL FRENTE DE LA DIVISION VIZCAINA.

### XIII.

Dando el descanso necesario al fatigado ejército y organizándole en cuanto la escasez de recursos se lo permitía, pasó Córdoba la mitad de los meses de julio y agosto, fijándose en Navarra,

En tanto los carlistas trataran de recuperar lo perdido en Mendigorria y aprovecharse de la escision de los liberales que, consagrados á hacerse fuertes contra el gobierno

y desorganizándolo con la independencia de sus juntas la administración pública, abandonaban el principal objeto olvidando la guerra al comun enemigo. Los sediciosos gritos de las ciudades alzadas llegaron necesariamente al campamento de don Carlos, que comprendió no podía ofrecérsele ocasion mejor para obtener ventajas positivas y una reconocida preponderancia sobre sus contrarios. Pero tambien entre los carlistas (eran tambien españoles), tomaron consistencia las escisiones, y se empezaron á romper ostensiblemente los vínculos que antes les unieran, y que habian, andando el tiempo, de causar su ruina.

Maroto levantado el sitio de Bilbao, siguió con Eraso hasta que á pocos días, y queriendo alejarle Moreno, le escribió diciéndole que don Carlos habia preguntado por él. Ofendido aquel, decidióse á retirarse á Francia, para no volverse á acordar de don Carlos, de quien se creia desairado; pero cediendo á las instancias de algunos amigos, marchó á verle. El principe le recibió sin estrañeza, mas esquivó entrar en conversacion sobre la última entrevista en que le confirió el mando del ejército; y procurando Maroto inspirar confianza á don Carlos, se desentendió de lo que en su interior sufría y se venció á sí mismo.

Seguió en la córte de don Carlos con Eguía, que se presentó por este tiempo en el campo carlista; reanudó con él antiguas amistades, y marcharon juntos haciendo un papel bastante ridiculo, segun manifiesta el mismo Maroto, pues hubo dia en que hasta los alojamientos les faltaron por rivalidades de Moreno, Villavicencio, y el apostentador del cuartel general.

Cansado Maroto de formar parte de los muchos ociosos que acompañaban aquella córte errante, á los cuales daban con fundamento en los pueblos el epíteto de *ojalatero* (1), le manifestó un dia á don Carlos su disgusto por esta inaccion y el deseo que tenia de serle útil trabajando en favor de su causa, ó retirándose sino de las provincias. El resultado fué su nombramiento de comandante general de las fuerzas y señorío de Vizcaya, cuyo destino se hallaba vacante por la prision de Valde-Espina y Zabala y la separacion de La Torre, que últimamente le desempeñó.

(1) Ya demostraremos mas adelante el origen de esta palabra, que tanta importancia llegó á adquirir.

Visitó á Moreno, y marchó á su destino. Al frente de las fuerzas de Vizcaya vió que tenían todo el valor, disposición y entusiasmo que se requiere para la fatiga y en breve completó su organización y disciplina, ayudándole la diputación foral, que se prestó á todos sus pedidos.

Sin detenerse avanzó contra Bibao, cayó sobre la ría, cortó la comunicación por un puente de madera construido en muy pocas horas, y procuró impedir las de la plaza por la parte de tierra, haciendo al efecto cortaduras y trincheras.

Desembarcaban al mismo tiempo en Portugalete las primeras fuerzas inglesas enviadas en apoyo de la reina y de los derechos de la nación, y se estacionaron á la vista del 7.º batallón vizcaíno, que mandaba Andechaga, con el que sostuvieron serias escaramuzas de dudoso éxito.

El bloqueo de Bilbao se iba estrechando y llegando á verse cortadas las comunicaciones de los cónsules inglés y francés con los buques de la ría y los que cruzaban por la costa, reclamaron seriamente y apelaron por fin á la fuerza presentándose á vencer el paso del Nervion, consiguiendo únicamente perder algunos hombres, cayendo uno en poder de los carlistas, devuelto por Maroto en vez de fusilarle en cumplimiento de las terminantes órdenes de don Carlos.

No fué menos generoso este gefe con el cónsul de Francia, cuando sin tener en cuenta graves contestaciones, le facilitó los víveres que le pidió y de que carecía la ciudad.

#### PROYECTOS DE MAROTO.—RIVALIDAD ENTRE EL Y MORENO.

#### XIV.

El bloqueo de Bilbao iba haciéndose ya un sitio formal. Maroto abrigaba lisonjeras esperanzas acerca de esta villa. Estimulábale además ciertos sentimientos de rivalidad: había censurado los trabajos de Zumalacárregui, Eraso y Moreno, y se proponía demostrar mayor pericia que ellos en el sitio de una plaza.

Confianza en que Moreno detendría á Espartero en el caso probable de que acudiera éste en auxilio de la invicta capital de Vizcaya, resolvióse á obrar y pidió á don Carlos artillería y cuatro batallones mas

que se hallaban donde no creía hiciesen falta.

Moreno, con mal disimulada envidia, torció el ánimo de don Carlos, y en vez de aumentar las fuerzas del gefe de Vizcaya, dispuso se disminuyesen mandando un batallón á la línea de San Sebastian (1). Es verdad que la guarnición de esta plaza, según lo participaba á Maroto desde Urnieta el 28 de agosto el comandante general carlista don Miguel Gomez, hacia tres días entonces que estaba amenazando una salida resuelta, para la cual estaba prevenida la legión inglesa. En la tarde del 27 salieron dos columnas, dirigiéndose una por la parte de Alzá á Astigarraga, quedando la otra á corta distancia del campo de San Francisco protegiendo á la primera que no pasó de los montes de Amezaga, desde cuyo punto volvió á la plaza sin haber hecho fuego. Aquella noche se embarcaron algunas compañías inglesas con la mayor reserva sin que Gomez supiera su dirección fijamente.

Ezpeleta desde Miranda avisa en tanto á Córdoba el peligro en que se hallaba Bilbao y le pidió el refuerzo de una brigada para marchar á su socorro. Envía Córdoba á Espartero con su división, y ofrece ir él mismo á sostenerle y á mandar una expedición que consideraba difícil y arriesgada.

(1) El oficio comunicándole esta determinación evidencia la ojeriza que le tenía Moreno. Dice así:

Estado mayor general del ejército.—Excmo. Señor.—S. M. ha visto con desagrado la falta de cumplimiento á la soberana disposición que comunicó á V. E. en 24 del mes pasado para que la división de Guipúzcoa fuese reforzada con un batallón de su mando, habiendo V. E. padecido una equivocación respecto á creer, que las fuerzas enemigas reunidas en San Sebastian no tratarían de hacer salidas contra las estacionadas sobre aquel punto en su observación, pues según V. E. habrá sabido ya, realizaron una en bastante número, la que felizmente fué rechazada vigorosamente por los valientes batallones guipuzcoanos.—El triunfo conseguido en esta acción, ha hecho que en parte no sea necesario por ahora poner en ejecución la referida determinación, que debió obedecerse y cumplimentarse inmediatamente y por lo mismo suspenderá V. E., sin que esto obste para que, poniéndose de acuerdo con el comandante general de Guipúzcoa, pueda éste recibir la cooperación de sus fuerzas en los casos y circunstancias que le tengo prevenido.—Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Piedramillera, 4 de setiembre de 1835.—Vicente Gomez Moreno.—Escelentísimo señor comandante general de Vizcaya.—(Es copia del original).

A poco partió á Miranda, y ya habian marchado aquellos generales; saliendo tambien á su escitacion de San Sebastian Lacy-Evans á dar el mismo socorro.

Las fuerzas auxiliadoras de Bilbao no encontraron el obstáculo que se aguardaba en las de Moreno. Maroto no podia contrarrestarlas, pues tenia que atender ademas á las de la plaza y á las de Portugalete, y se retiró sobre Villaro y otros pueblos á un flanco de la direccion de Espartero.

Moreno llegó á Durango, á donde convocó á los batallones vizcainos. Obedeció su gefe, y mediaron sérias contestaciones, oponiéndose Maroto á continuar á las órdenes de su rival. Comunicado así á don Carlos, mandó se manifestase por escrito, y lo hizo así Maroto en la notable esposicion que ponemos por nota, ahorrándonos reproducir las contestaciones de que hemos hecho mérito, y cuyos originales obran en nuestro poder (1).

(1) Comandancia general del ejército de Vizcaya.—Excmo. Sr.: Consecuente siempre con los impulsos de mi corazon, nunca he deseado otra cosa que lo mejor en obsequio de mi soberano, todo por él y solo para él.

Tengo la dulce satisfaccion de haber sido uno de los primeros que se decidieron á sostener sus sagrados derechos al trono de las Españas, y nada ha podido afligir mi espíritu hasta el presente. Rigorosa prision, amenazado á sufrir una muerte afrentosa; el abandono de mis tiernos cuatro hijos, y la pérdida de considerables intereses, todo, todo me ha parecido poco para contribuir al sosten de la justa causa en que los buenos españoles están comprometidos; mas Excmo. señor, el desaire, la indiferencia ó el desprecio de tan marcadas circunstancias es lo que no puede superar mi corazon. La reconvenccion que estampa el papel que en copia núm. 4.º incluyo á V. E., me demuestra que no sirvo á gusto del monarca. La falta de cumplimiento á la orden que comprende, fué por su mejor servicio, como demostraré. El dia 24 me puse sobre la linea de Bilbao con solo seis batallones, y dicha orden para remitir uno de estos á las del comandante general de Guipúzcoa se estendió en la misma fecha. Cuando yo la recibí estaban comprometidas las de S. M. sobre Bilbao, al mismo tiempo que no dudaba ni podia dudar una cabeza bien organizada, que con oprimir dicha plaza se llamaba mas oportunamente la atencion que pudiera haber en San Sebastian, como así sucedió, y por consiguiente que las atenciones que aquel comandante general la pudieron haber motivado, desaparecieron. Sirvase V. E. leer y meditar con la imparcialidad y recto juicio que le caracteriza, la adjunta copia núm. 2.º y se convencerá del fundamento légal de mis reflexiones. Por consiguiente,

En tanto que don Carlos resolvía sobre la esposicion de Maroto, obedeciendo éste las órdenes de Moreno, se situó aquella noche en puntos en que podia ser derrotado por Espartero á su regreso de Bilbao, operacion que previó Córdoba.

Sabiase en el campo carlista la salida del gefe liberal de la plaza, y Maroto pudo suponer entonces que Moreno trataba de desacreditarle, dejándole comprometido en aquella posicion solo con las fuerzas viz-

Excmo. señor, yo estimo como injuriosa la áspera reconvenccion del general Moreno. No es el rey, mi señor, quien la ha dictado, no; es la emulacion y personales resentimientos. El general Moreno no podrá olvidar que en Portugal pude contrariar sus miras de conducir al monarca á una muerte cierta, ó cuando menos á que cayese en poder de sus enemigos; y en las presentes circunstancias, apoyado en el mando para que S. R. M. le ha preferido, procura hacerle formar conceptos contrarios á la razon y á la justicia; y yo, Excmo. señor, no puedo sucumbir á tal maquinacion con fria indiferencia. Seria altamente delincuente si sofocase mis justos sentimientos. No puedo continuar sirviendo á las órdenes del general Moreno sin comprometer mi honor, y éste, Excmo. señor, me es mucho mas apreciable que la vida.

El general Maroto, despues de cuarenta años de nobles y leales servicios, se decidió por la justa causa del señor don Carlos V, ya por principios como por convencimiento, despreciando los destinos y ofrecimientos particulares hechos por el gobierno contrario; cuando últimamente el general Moreno se fugó de Sevilla, fué temeroso de la persecucion indispensable á que habia dado lugar su comportamiento en la época de su mando como gobernador en Málaga, siendo detestado por todos en general. Españoles liberales y realistas lo miran con horror, y la causa del rey nuestro señor ganará muy poco con el mando de dicho general; y esta verdad la demostrará el tiempo, si al presente no se siente ya. Vuelvo de nuevo á manifestar á V. E. no puedo continuar en el servicio á las órdenes de dicho gefe, y por lo tanto, ruego á V. E. manifieste al rey, mi señor, esta mi decision para que se digne exonerarme del cargo de comandante general interino de Vizcaya, y para que se me conceda su real permiso para retirarme á Francia, á donde siempre estaré sujeto á su soberana voluntad como un vasallo fiel y agradecido á las bondades de su rey; pero que no pudiendo serle útil, á pesar de sus nobles deseos, procure escusarse de nuevos compromisos que le hagan incurrir en su real desagrado.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general en el camino real de Durango, 40 de setiembre de 1833.—Excmo. Sr.—Rafael Maroto.—Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

cainas. No esperando auxilio, procuró apoderarse de sitios ventajosos, según la dirección que creyó llevaría Espartero.

Este fué cruzando los altos de Ollargau para tomar el camino de Orduña, y Maroto situó su hueste en los altos de Arrigorriaga, dejando solo un punto de ataque que ofrecía favorable defensa. Abandonó la población que Espartero ocupó, deteniendo aquí su impetuosa marcha, que hubiera arrollado á los carlistas sin la previsión de su gefe.

#### ACCION DE ARRIGORRIAGA Y PASO DEL PUENTE DE BOLUETA.

##### XV.

A los cuatro mil seiscientos cuarenta y ocho hombres de fuerza útil para operar que contaba la division de Vizcaya (1), se agregaron al fin algunos batallones para poder con todos impedir el regreso de Espartero á Bilbao. Desde el primer movimiento de éste, cambió Maroto de posiciones, y pidió á Moreno auxilios y órdenes: dió aquellos, y en cuanto á estas, repitióle lo que antes le dijera, *que no las daba sino al frente del enemigo.*

Moreno colocó en Arrigorriaga dos escuadrones al mando del coronel Real, y dos batallones navarros. Los gefes de estas fuerzas se presentaron el 10 á Maroto pidiendo órdenes, que no habian recibido de Moreno, sabiendo positivamente que Espartero saldria de Bilbao al amanecer del siguiente dia. Dióles Maroto eslocacion oportuna y aguardó al gefe liberal, que no se hizo esperar mucho tiempo, marchando tan rápidamente sus tropas, que obligó á Maroto á pasar al otro lado del rio, poniéndole en tal aprieto, á pesar de sus anticipadas prevenciones, que una de las compañías de tiradores que sostenian la retirada, tuvo que seguir á paso doble por el camino real, no pudiendo atravesar el puente, teniendo el mismo Maroto que arrojarle al vado por no quedar en poder de la guerrilla de caballería, mandada por Zabala. La caballería carlista se retiró, cruzó la montaña, y haciendo un largo rodeo, fué á unirse á Moreno, é hizo luego suma falta.

Satisfechas las tropas de la reina con la retirada de sus enemigos, avanzaron confiados y con el mayor arrojo al puente y vados; pero hallaron una resistencia heroica en toda la línea carlista, que ya se había

formado, trabándose un fuego horroroso.

Los defensores de don Carlos se batian con orden, y los cuerpos de la línea se relevaban por otros cuando concluian las municiones. Resistieron impávidos las vigorosas acometidas de las columnas, y las hicieron replegarse á las alturas, y emprender la retirada, que pudo haber sido desastrosa, sin la marcha que hemos citado de la caballería. Incorporando al paso una columna inglesa que estaba en observacion, volvió Espartero á Bilbao, no sin sufrir en el camino alguna pérdida.

Todo el dia duró esta notable accion, en la que se derramó no poca sangre, y corrió la del mismo Espartero, que nunca esquivaba el peligro, y estuvo á punto de caer prisionero como el caudillo contrario, antes su compañero en América.

En la retirada cubria aquel la retaguardia del ejército con dos batallones y dos compañías de preferencia, defendiendo el terreno palmo á palmo. Mas al llegar al puente de Bolueta, un cuarto de legua de Bilbao, hallóle ocupado por el enemigo, y en tan critica situacion, empeorada por haber agotado las municiones, atacó sin vacilar á la bayoneta, recurso de los bravos, puesto á la cabeza de su pequeña columna, y dando una carga briosa con sus ayudantes y seis ordenanzas, franqueó el paso del puente. Ya comenzaban sus valientes á pasarle, cuando volvieron los carlistas sobre él con porfiado empeño, y segunda vez volvió á cargarlos, mezclándose entre sus lanzas y bayonetas, y batiéndose cuerpo á cuerpo con ellos largo rato, hasta que rebasó el puente, no sin recibir un balazo y una lanzada. A pesar de estas heridas, se batió como un leon por espacio de una hora, y mas tiempo se hubiera batido á no terminar el dia de tan terrible jornada (1).

Cerca de mil hombres perdió la division de Espartero entre muertos, heridos y prisioneros, contando los carlistas mas de doscientos heridos.

Los liberales entraron en Bilbao, y los carlistas se enseñorearon en sus posiciones.

#### ACCION DE LOS ARCOS.

##### XVI.

Distante del teatro de los sucesos que acabamos de referir, tenia lugar el 2 de se-

(1) Véase documento núm. 21.

(1) Por ella se le concedió en 27 de abril de 1856 la gran cruz de Carlos III.

tiembre una accion gloriosa para la caballeria de la reina, por mas que exageraron sus resultados.

La verdad fué que, Aldama con una de las brigadas del ejército del Norte, se encontró en los Arcos con respetables fuerzas carlistas, trabándose una accion reñida, en la que tuvo la principal parte la caballeria de ambos bandos. Allí estaban los escuadrones de lanzeros de la guardia, mandados por el bravo Leon, que ni oia las balas, ni conocia el peligro, y estimulados por su ejemplo y su voz, atacaron en union con los cazadores á caballo de la misma arma, por frente y flanco á los carlistas, y no obstante las ventajosas posiciones que ocupaban, triunfó la caballeria en aquellas breñas.

Leon tuvo dos caballos muertos, y uno herido, y su vida peligró mas de una vez.

Con solos setenta y dos caballos (1) contuvo en una de las diferentes cargas que dió, una columna enemiga de considerables fuerzas, y su valor, su decision y la energía y arrojo con que atacó, le hicieron acreedor á los mayores elogios, y á que la caballeria fuese aclamada por la infanteria, admirada de su arrojo.

En recompensa de su bizzarria, Córdoba colocó en el pecho de aquel valiente, en presencia del ejército, la cruz laureada de San Fernando.

La pérdida de unos y de otros, llegó á cuatrocientos entre muertos, heridos y prisioneros; batiéndose todos con intrepidez.

CRITICA SITUACION DE EZPELETA.—TORPEZA DE MORENO.

### XVII.

Al saber Córdoba la costosa retirada de Arrigorriaga y sus consecuencias, ocupó con una division la llanada de Alava, por llamar hácia sí, la atencion de los carlistas.

Ezpeleta no podia permanecer en Bilbao, y se arrojó á salir en direccion á Balmaseda, aménazándole Moreno de cerca. Córdoba, que habia previsto esta salida, se trasladó para auxiliar á su compañero á la Peña de Orduña, atrayendo á Moreno y llevándole entretenido hasta Puente Larrá, por no considerarse con fuerzas bastantes para batirle. Al fin se aperció Moreno del intento de su

(1) *Vida de don Diego Leon*, por don Carlos Massa y Sanguinetti.

entendido contrario, y volvió sobre Ezpeleta. Consigue engañarle Córdoba nuevamente, pero vuelve á desengañarse Moreno, y rodea á Ezpeleta en Medina de Pomar con fuerzas superiores, y una caballeria numerosa en terreno llano, cuando carecian de ella los liberales.

Cuevillas mandaba los ginetes carlistas de vanguardia, y al ver la ocasion de derrotar completamente á Ezpeleta, lo avisa á Moreno, quien sin leer el parte le pone debajo de la almohada de su cama.

Córdoba que calcula lo crítico de la situacion de su camarada, marcha velozmente sobre Oña, resuelto á salvarle ó pe-recer. Gana de noche los pasos de la Horradada, y previene á Ezpeleta que, reforzado con alguna artilleria, iba decidido á atacar á Moreno al día siguiente. Intercepta este el parte, y á pesar de tamaña fortuna, no se mueve á destrozár á Ezpeleta mientras llega Córdoba, para destrozarle despues.

Corre Cuevillas incomodado al cuartel general, quéjase de la inaccion, y oye á la vez la queja de Moreno de que nada le ha avisado: busca Cuevillas al conductor del pliego, y se halla tan fresco y tan sano en el sitio que hemos citado, debajo de la almohada de la cama de Moreno.

No se necesita otro hecho para poner en evidencia á un general, no se necesita otra prueba para acabar de confundir en el des-crédito al que ya lo estaba en el concepto de los hombres entendidos.

La division de Ezpeleta se salvó, y á los que han atribuido este suceso á sus maniobras y al auxilio que le prestó Córdoba, de lo cual hace este mismo alarde en sus memorias, ignoraban este incidente.

Ezpeleta, sin que lo pudiera remediar se veia perdido, y Córdoba no tenia fuerzas bastante para impedir la derrota que le amenazaba. Los campos de Medina de Pomar hubieran presenciado un desastre si Moreno se hubiera tomado la molestia de leer el parte de Cuevillas. Fortuna fué para los liberales la torpeza del gefe de los carlistas, que pagó á poco con su destino, convencidos ya sus amigos de que no era lo mismo hacer la guerra que fusilar.

RELEVO DE MAROTO.—INTRIGAS Y CALUMNIAS.

### XVIII.

Maroto se dirigió desde Arrigorriaga á

proponer á don Carlos el plan de operaciones que habia concebido. Reduciase á circunvalar á Bilbao con todas las fuerzas disponibles. Confiaba en el éxito, y ofrecia rechazar con cuatro batallones á Córdoba, impidiendo así su auxilio á la plaza.

Pero dejemos hablar al mismo gefe carlista, que dice en su vindicacion: «Hallábase don Carlos amorosamente entretenido escribiendo á la princesa de Beira, cuando llegué á su alojamiento, donde me obsequió con una antesala de cerca de una hora, recibíendome al fin con la mayor indiferencia, estasiado al parecer con la carta que tenia sobre la mesa de su despacho: escuchó el resultado de la accion de Arrigorriaga, sin volver la cabeza, y solo cuando le hablé de los compromisos en que me habia puesto la conducta militar de Moreno, manifestó con evidentes demostraciones el desagrado que le causaba. Para mas tenia yo motivo, pues fué hasta criminal la conducta de Moreno, porque se desentendió de los avisos y partes que le envié para que me auxiliase y ocupara los puntos necesarios en tan críticas circunstancias, y para que concurriese á una accion que habria sido muy funesta á Espartero. No le parecieron desacertadas las reflexiones que le emití acerca de las operaciones que debian seguirse á las ventajas obtenidas; pero mediaba un grande obstáculo difícil de vencer: las rivalidades de Moreno, y sus fatales y necesarias consecuencias.»

Quiso don Carlos poner término á aquella vergonzosa discension, mediando al efecto Arizaga; pero ó tuvo poco acierto, ó poca fortuna, y la escision continuó, y Moreno y Maroto fueron una calamidad para la causa carlista, porque renovaron las mal apagadas cenizas de la discordia, siguiendo el funesto precedente de Zabala y Valde-espina, y dejó desde entonces de reinar en el cuartel general la armonía que tanto necesitaba la causa.

Moreno dejó á Maroto delante de Bilbao, altamente resentido de que no se adoptase su plan. A poco, creyéndose éste abandonado, se situó en Villaro.

Hostilizaronse cuanto podian los dos gefes rivales, formando Moreno una liga con el general Uranga, el cura Echevarría y el gentil-hombre Villavicencio, para persuadir á don Carlos que habia querido sublevarse Maroto con la division vizcaina. «Creyó (1)

cándidamente el principe cuanto se dijo contra mí, y las inmediatas consecuencias de tan peligrosa credulidad fueron harto fatales á su causa, por cuanto escitaron, no ya el solo y personal resentimiento del general, tan innoble é injustamente agraviado, sino el de todos aquellos gefes sus subalternos á los cuales alcanzaba la calumnia. Las tropas carlistas del señorío, quedaron sumamente disgustadas por privarles de las gracias que merecieron por su comportamiento en Arrigorriaga, llegando hasta tal extremo el encono de Moreno y la debilidad de don Carlos, que reservándose el parte detallado que de la accion le dirigi, publicaron otro que enviara Moreno, falso en todas sus partes, é injurioso á los vizcainos.»

Depúsose á Maroto del mando, por resultado de esta intriga, entregóse de él su segundo, Sarasa, y se comisionó á Mazarasa para averiguar sumariamente la conducta militar y política del primero, averiguacion en que se descendió á hechos de la vida privada, que ocasionaron escándalos y mas tarde desgracias.

«El temor de ofender, dice Maroto, en lo mas sagrado el honor de dos personas complicadas en estos sucesos, y que aun existen, me impide hablar con la claridad que deseara; pero no ocultaré que don Carlos será siempre responsable ante Dios y los hombres de haber ocasionado la muerte de un honrado militar, que falleció al pesar de verse infamado y calumniado en lo mas delicado de su honor, en una órden dada por el mismo principe, á quien habia consagrado todo su afecto y prestado repetidos é importantes servicios (1).»

«Reservada.—Durango 1.º de octubre de 1835.—Mi estimado R.: dejando por ahora estar el asunto de las personas, que tenemos tratado, ocúpese vd. de celar lo que diga ó haga el señor Maroto, que podrá ser nada bueno; porque le parece que ha sido agraviado en sumo grado por S. M., cuando al contrario le ha disimulado, y esperado mucho. No es eso solo, sino que un tal B., bien conocido, favorito suyo, segun dicen, mediante su hija, habla mucho y desanima las gentes; y vea vd. si puede averiguar, que no será difícil, porque lo

(1) Nosotros, respetando el honor de las personas que intervinieron en este asunto, insertaremos dos documentos que apreciarán esas mismas personas, y damos así algunos mas pormenores de un suceso que no aclara Maroto.

(1) Vindicacion de Maroto.

hace donde quiera, lo que propale; y si se deja conocer en el público el trato de dicho Maroto con dicha hija de B., y da en él algun escándalo, con todas las particularidades que pueda, con estension á cualquiera otra persona, y queda suyo servidor que S. M. B.—J. de L.»

« Señor don J. de L.—Elorrio y octubre 2 de 1835.—Mi gefe y señor: en contestacion á la reservada que vd. se sirvió dirigirme ayer, digo que el Excmo. señor general Maroto es positivo se halla en esta con su ayudante alojado frente á la iglesia; y con respecto á su conducta, puedo asegurar á vd. que solo con dicho su ayudante le veo los mas de los dias asistir á misa, y alguna que otra vez dar su paseo, y en seguida retirarse á su alojamiento sin asociarse con nadie. En cuanto á B. y su señora hija, me he informado de un sacerdote amigo mio que trata en la misma donde se halla alojado, y me ha asegurado que ni padre ni hija han sido vistos en esta, y que la misma dueña de la casa se lo ha asegurado tambien asi; que al contrario, que la conducta de dicho señor general, por lo que de él han observado, que es ejemplar, y por lo que yo mismo he visto de dicho señor, es cierto asi, sin que pueda decirle á vd. otra cosa en contrario y en contestacion á su estimada. Queda á las órdenes de vd. este su servidor Q. B. L. M. de usted.—L. R.»

Maroto, despues de entregar el mando, pidió permiso para pasar al estrangero, permiso que se le negó, diciéndole permaneciese en el punto que le acomodase, pues pronto se necesitarian sus servicios. Insistió inútilmente, y permaneció en Tolosa, á donde yendo á parar algun tiempo despues don Carlos, pasó á ofrecerle sus respetos, y si bien la primera entrevista no le fué satisfactoria, logró hablarle en particular, expresándose en estos términos:

—Señor: yo quisiera saber, si fuera posible, en qué he faltado á V. M., porque de nada me arguye mi conciencia.

—¿Te acuerdas de lo de Durango con Moreno?

—Yo creia que V. M. lo habia olvidado, puesto que me lo hizo olvidar á mi por los encargos que me dirigió por medio de don José Arizaga; ¡y ojalá que V. M. hubiese escuchado entonces mis justas reclamaciones, que hubiera ganado mucho su causa!

—Sí, pero despues te pusiste á dar em-

pleos á la division que te confié, y creo no te correspondia.

—Señor, yo no hice mas que desempeñar las funciones de los comandantes de los batallones, arreglando las compañías y nombrando sargentos y cabos: obligado á formar las brigadas, encargué su mando á los gefes á quienes por su graduacion y antigüedad les correspondia, presentando á V. M. las propuestas por conducto competente, para que recayese su soberana aprobacion en ellas; y en esto creo haber servido á V. M. desempeñando las obligaciones de un gefe, porque el que manda fuerzas militares, debe organizarlas y ponerlas bajo el pie de instruccion y disciplina necesarias.

Le recordó luego don Carlos otros hechos no muy exactos, y entre ellos el de carácter privado que hemos referido, lo cual exasperó á Maroto de tal suerte, que olvidando el sitio donde estaba, prorumpió en sentidas y enérgicas reclamaciones, y aplazó ante el tribunal de Dios á los autores de tan atroz calumnia. Satisfecho el príncipe de sus esplicaciones, procuró en vano tranquilizarle.

Don Carlos marchó luego á Navarra, siguiendo á Moreno, cuyo mando se le escapaba de las manos, pues no hacia otra cosa que aumentar su descrédito con sus continuos desaciertos.

#### OPERACIONES.—VARIACION DE GEFES CARLISTAS.

### XIX.

Córdoba marchó tambien á Navarra para avanzar en su plan y el sistema de bloqueo, y oponerse al paso de las expediciones, ó al curso de las operaciones que por aquella parte intentaban los carlistas.

Revolvieron estos con todas sus fuerzas, y las concentraron sobre el Zadorra, para sitiar el débil punto de la Puebla y caer sobre Vitoria, cuya toma no era entonces improbable. Al efecto llevaron artillería, y construyeron espresamente un camino para rodarla. Córdoba, que conoció el peligro, voló á socorrer á ambos puntos.

Su enemigo se apoyaba en las grandes posiciones del desfiladero del Zadorra, y habia cortado el puente de Armiñon. Moreno creyó con esto seguro el triunfo. Córdoba veía una empresa arriesgada, pero gloriosa.



En su marcha llega á Miranda, y en uno de esos arranques del genio, se presenta á los prisioneros que allí habia, y les dice: «El gefe de vds. viene á sitiar á la Puebla para tomar á Vitoria; ha reunido al efecto todo su ejército, y sin duda ha contado con que yo acudiré á impedirlo. Necesita, pues, gente, y no quiero yo privarle de vds., ni á vds. del gusto de asistir á la batalla. La posicion que ocupa es excelente para él; pero vayan vds. á asegurarle de mi parte que mañana seré dueño de ella.»

Y lo fué, y Vitoria quedó libre.

Moreno era ya imposible en el mando. Sostenerle era una obcecacion, á todos funesta, y que podia costar muy cara. Decidida al fin su separacion, vacilóse en designarle sucesor, y al fin el 21 de octubre se le llamó á la inmediacion de don Carlos, se nombró general en gefe al teniente general conde de Casa-Eguía; gefes de division con mando, á los mariscales de campo don Francisco Iturralde, don Bruno de Villarreal y don Miguel Gomez: gefes de brigada con mando de tales, á los brigadieres don José Antonio Goñi, don Pablo Sanz, don Tomás Tarragual, don Bartolomé Guibelalde, don Simon de La Torre, don Prudencio Sopolana, don Carlos Perez de las Vacas, don Juan Beamurguía y al coronel don José María Arroyo: gefe de estado mayor del general en gefe, al mariscal de campo don José Mazarrasa: igual cargo en la tercera division, al brigadier don Juan Antonio Zaratiegui, y al de igual clase don José Miguel Sagastibelza, la comandancia general de Guipúzcoa.

#### EGUÍA.

#### XX.

El efimero mando de Moreno dejó inolvidables y funestos recuerdos en el campo carlista.

Sucedíole don Nazario Eguía, que nació en Durango el 28 de julio de 1777, y siguió la carrera de la Iglesia hasta ser tonsurado por el obispo de Calahorra.

Gozosos sus padres en tener en su hijo mas predilecto un ministro y defensor de la iglesia de Jesucristo, estaban muy lejos de creer que en vez de defenderla con palabras de bondad y mansedumbre y en el interior de un templo, lo haria con las armas en el campo de batalla como general aguerrido.

En la guerra de España contra la republicana Francia, entró Eguía á servir en las compañías armadas que levantó el señorío, contando apenas diez y seis años.

De disposicion para el estudio, pasó al colegio militar de Zamora, uno de los tres que habia en España bajo la direccion del real cuerpo de Ingenieros, donde estudió hasta la tercera clase, pasando despues á Madrid á continuar la carrera al lado del coronel Giraldo. Tan lucidos como rápidos fueron los progresos que hizo en sus estudios en los tres años que vendria á estar en los citados colegios; proporcionándole un brillante exámen el ascenso de subteniente de ingenieros en 1799. Obtuvo despues en tan distinguido cuerpo los empleos de teniente, capitán segundo de cazadores, primero de minadores, sargento mayor y teniente coronel.

En la guerra que en 1801 declaró al Portugal nuestro gabinete, instigado por el de Francia, tomó Eguía parte, perteneciendo al grueso del ejército que marchaba con Godoy. Se halló en el sitio de Campomayor que se estableció con grande aparato á la llegada de la artilleria gruesa el 24 de mayo, y el 29 del mismo se aproximó hácia Arronches, cerca de cuya plaza habia colocado su vanguardia el general portugués. Los importantes servicios que en estas y posteriores facciones prestó Eguía, fueron remunerados cumplidamente por el gobierno.

Hallábase Eguía en 1807 en el campo de Gibraltar, cuando se dispuso una nueva invasion al Portugal en union de los franceses, de los cuales un cuerpo, al mando de Junot salió de Salamanca el 12 de noviembre del año referido y en el puerto de Perales se incorporó con la division del general español don Juan Carrafa, que salió del campo de Gibraltar para este fin. Siguió operando Eguía en esta poco gloriosa campaña, hasta que vino á interrumpirla la declaracion de guerra publicada con moribundos ecos en Madrid el Dos de Mayo de 1808.

Continuaba Eguía con el general Carrafa en Lisboa cuando llegó esta noticia, poniendo en bastante aprieto y alarma á Junot, quien trató á todo trance de inutilizar á los españoles, valiéndose de un astuto ardid para desarmarlos, conduciéndolos despues é bordo de los pontones que habia en el Tajo. No sufrieron esta última suerte algunos de los oficiales mediante su palabra de honor arrancada despues de una alevos-

sía, por la cual se fugaron muchos á España con grave riesgo de sus vidas, y entre estos se hallaba Eguia, que pudo reunirse al ejército de Andalucía, siendo destinado de comandante de ingenieros en la segunda division que interinamente mandaba Grimarest.

Formó Eguia parte del ejército del Centro, denominado el tercero, y hácia mediados de octubre de 1808 se encontraba ya á la izquierda del Ebro, donde se hallaban de concierto reunidos mas de setenta mil españoles. Repasaron el río de resultas de la desgraciada accion de Lerin; y capitularon honrosamente ante seis mil franceses con su correspondiente artillería y unos ochocientos caballos, solo mil españoles mandados por don Juan de la Cruz Mourgeon.

El 23 de noviembre se halló en la accion de Tudela y en las fatales posteriores de Calahorra y Cascante. Encargado de diversos y arriesgados reconocimientos en Somosierra, al oponerse los españoles al paso de los franceses, demostró su pericia y profundos conocimientos militares, como tambien en los que practicó luego por el Tajo. En la noche del 8 de diciembre tomó parte en la accion de Santa Cruz de la Zarza, y mas tarde fué nombrado comandante de la fuerza de ingenieros de la division que mandaba el mariscal de campo don Francisco Javier Venegas. Unido á éste se retiró con él á Uclés el 11 de enero siguiente, y se halló en la deplorable accion de este punto, donde merced á sus esfuerzos se salvaron los dragones de Castilla, los cuerpos de Lusitania y Tejas, con alguna infantería que mandaba el vizconde de Zolina, hoy duque de Granada.

Comisionóse á Eguia por esta época para reconocer las posiciones y el castillo de las Peñas de San Pedro, y destinósele luego en la misma clase de comandante de ingenieros á la vanguardia del ejército de la Mancha, que mandaba el general duque de Alburquerque. Nombrado á poco teniente coronel, se distinguió en la accion de Mora y Consuegra, adónde se replegó con la division á que pertenecía: presentáronse ante ella los franceses el 22 de febrero; apelaron á las armas ambas fuerzas, y en las vicisitudes de la escaramuza mereció Eguia que Alburquerque, su gefe, le recomendara á la Junta, diciéndola que, «con sus conocimientos militares, acreditados ya en otras ocasiones, le fuera en la presente de gran utilidad.»

Pasó con el mismo duque y un cuerpo auxiliar del mismo ejército á Estremadura, donde mandaba don Gregorio de la Cuesta, con quien se halló en las batallas de Medellín y de Talavera; recibiendo Eguia la orden del gobierno para pasar á las inmediatas de lord Wellington, lo que verificó en Deleitosa, y en cuya comision siguió hasta la retirada de las tropas inglesas sobre Portugal, volviendo al ejército español que mandaba don Francisco Eguia y en el que desempeñó las funciones de primer ayudante general, y las de cuartel-maestre general interino, hasta que siendo reemplazado aquel por don Carlos de Ariaga fué don Nazario á Sevilla, asiento de la Junta central. Allí permaneció hasta que despues de la desgraciada accion de Ocaña, fué nombrado cuartel-maestre del ejército de Estremadura, que mandaba el ya citado duque de Alburquerque.

El destino de cuartel-maestre estaba designado en el de mariscal de campo, y solo hubo escepciones en aquellos tiempos en favor de Morla y de Eguia. Tales y tan honrosas escepciones, solo eran debidas á los conocimientos científicos y práctica instruccion de ambos gefes.

Emprendida la retirada por el duque de Alburquerque sobre Sevilla, y las islas de Leon y Cádiz, Eguia como su cuartel-maestre fué el que conociendo todos los recursos de mar y tierra, tomó las disposiciones para la primera defensa de aquellos puntos, pudiendo decirse que él fué allí el áncora que salvó la independencia española.

La prueba de los eminentes servicios que prestó Eguia está en el mismo proceder de la Suprema junta que quiso conservar á su lado, no obstante, de que fueron relevados los generales y demas gefes que en la isla mandaban.

Hizo Eguia formidable aquella posicion inspirando tanta confianza al gobierno sus bien construidas fortificaciones, que no desalentó un momento entre los habitantes la ardiente llama del patriotismo, los cuales repetian de continuo que seria la isla la tumba de los franceses, y conocieron estos en su porfiado empeño por estrechar y prolongar tenazmente el sitio (1), lo inútil de sus esfuerzos, porque ni los sitiadores conquistaban la isla, ni los españoles se rendian.

(1) No se levantó el sitio de la isla gaditana hasta agosto de 1812.

Encargóse Eguía durante su estancia en la isla de las revistas de inspeccion de varios cuerpos que salieron para Ultramar, mereciendo señaladas y repetidas distinciones.

Creóse el necesario cuerpo de estado mayor general, y Eguía en su primera promoción, fué nombrado ayudante general y segundo jefe del 4.º ejército que se hallaba en la isla quedando en ella de comandante general despues de la retirada de los franceses.

Eguía en todo el periodo de su vida que llevamos trazado ligeramente, obtuvo la cruz y escudo de distincion de Portugal, la de Tarancon, Mora de Rey, el escudo de Medellin, la de Talavera, isla de Leon, la de Chiclana donde prestó extraordinarios servicios en las escaramuzas que se tuvieron con los enemigos, la del cuarto ejército, y la de San Hermenegildo, así como la cruz y placa de tercera clase de la real y militar orden de San Fernando; siendo además de tantas y tan honrosas distinciones, declarado *benemérito de la patria*.

Conquistada la independencía española por sus defensores, regresó á la Península el cautivo monarca, y ascendió á Eguía á mariscal de campo, siendo también nombrado fiscal de la real y militar orden de San Fernando y vocal del consejo de generales de Castilla la Nueva.

En 1815 fué destinado al ejército de los Pirineos Occidentales que mandó el conde del Abisbal, donde tuvo varias comisiones, y entre ellas la de ser designado para mandar la division que debió obrar contra el malogrado Porlier, cuando se pronunció en la Coruña en la mañana del 19 de setiembre del citado año, proclamando la Constitucion de 1812. La pronta sofocacion de esta tentativa, ahogada por los mismos que seguian á Porlier, escusó las operaciones que hubiera emprendido Eguía, y quedó sin ejecucion el proyecto, así como disuelto también el ejército á que pertenecía.

De resultas fué nombrado jefe de la plana mayor de Castilla la Vieja, y á poco trasladado á la de la Nueva.—En la formacion de los cordones de sanidad que se establecieron en el litoral de Andalucía y de la Mancha, sirvió de comandante general en los que se estendian por Sierra Morena y el Tajo.

Acació á la sazón el pronunciamiento de Riego, y hallándose Eguía en Santa Cruz de Mudela, pudo, no sin grave riesgo,

presentarse en Madrid para ir á desempeñar el nuevo destino que le confirió el rey, de jefe de la plana mayor del ejército de Galicia. La proclamacion del código gaditano impidió á Eguía acudir al desempeño de su cargo, y le precisó á quedarse de cuartel en Madrid, permaneciendo en la coronada villa todo el tiempo que duró el sistema constitucional. Concluido este, uno de los primeros nombramientos que hizo Fernando, fué el de Eguía para comandante general de la provincia de Tuy. No habia entonces provincia de España de la importancia política que está, por corresponder á ella la plaza de Vigo, una de las que mas se habian pronunciado en favor de la Constitucion. Eguía obtuvo además del mando militar de Tuy, el político, siendo corregidor y subdelegado; despues segundo cabo de la capitania general de su distrito; y á poco ascendió á capitán general de aquel reino. Casi al mismo tiempo fué nombrado en propiedad para igual cargo en las Provincias Vascongadas; pero no pudo acudir á desempeñarle, por haberle encargado el gobierno varias comisiones, nombrarle presidente de la real audiencia de Galicia, y encomendarle la formacion de dos expediciones para la Habana, únicas que por aquellos tiempos salieron.

Confirióse á Eguía la traslacion á Santiago de todas las autoridades de la Coruña, y en este acto, que tanto le han acriminado haciéndole aparecer de un carácter tan fiero como enérgico, no hizo mas que se cumpliesen inexorablemente las ordenes del rey. Era, sin embargo, Eguía, militar, y tenia cierto orgullo en ser rígido en el cumplimiento de su deber.

En la ocupacion de la Coruña y su puerto por una division y escuadra francesa, nada dejó que desear Eguía: merced á su acertada conducta, consiguió evacuasen uno y otro sin las reclamaciones y disgustos, que en los demas parages.—Este acontecimiento le grangeó el afecto de los habitantes de Galicia. En cuestiones de nacionalidad se mostraba como verdadero español; en las de partido se dejaba manchar en el fango de las pasiones. Esto dió causa á muchos de sus desaciertos, y á que los liberales, á quienes trató con sobrado rigor, le miraran como uno de sus implacables enemigos. Sus determinaciones, tan militares como bruscas, desconcertaban comunmente cuantos planes forjaban los liberales en sus clubs revolucionarios. Considerába-

le el rey por estas causas con particular predileccion, y entre otras pruebas de su real aprecio, le dió la del tratamiento de Escelencia, gracia que se estendió luego á todos los mariscales de campo, que fuesen inspectores generales y presidentes de audiencia, y le condecoró con la gran cruz de la real y distinguida órden de Isabel la Católica.

Llegó en esto el año de 1829, y tuvo entonces lugar un hecho harto ruidoso, y el cual referiremos tal como aconteció, sin ocuparnos de los comentarios é inculpaciones que sobre él se han suscitado. Dirigióse por el correo de Astorga un pliego cerrado con el sobre para Eguía, el cual tenia la costumbre de despachar todos los asuntos por sí, en union de sus respectivos secretarios, y al abrirle en medio de ellos, estalló con grande estruendo, llevándole los dedos de ambas manos la infernal composicion con que estaba cerrado, y lastimándole en su cara y cuerpo de un modo horrible y extraordinario.

Hechos de esta naturaleza son en verdad repugnantes. Culpóse de este atentado al partido liberal, sobre lo que constantemente y con pruebas ha protestado; aunque justifica por otra parte algun tanto tal inculpacion la coincidencia de otros pliegos iguales, que se abrieron ya con precauciones, y fueron dirigidos al palacio de Madrid, y entre otros, uno á la princesa de Beira, actual esposa de don Carlos. Varios sucesos que con posterioridad tuvieron lugar en España y fuera de ella, indujeron á sospechar si seria consecuencia de un vasto plan general fraguado por estrangeros; pero nada podia asegurarse á ciencia cierta, sin que pasara de meras conjeturas en cuantas averiguaciones se hicieron, inclusa la sumaria que para lo mismo se formó. Despues de hacer las mayores diligencias, no quiso aumentar el número de los procesados por conjeturas y suposiciones, y desistió en la averiguacion de ellos, alegando á este efecto las declaraciones de uno de los presos en Cádiz por la muerte de su gobernador Hierro, dadas ante el sargento mayor de la plaza, don Manuel Reyes, en las cuales espresó «sabia la maquinacion del pliego, y que don Francisco Linage, empleado entonces en la capitania general de Galicia, tenia parte en el proyecto (1).» Trascribimos testualmente las palabras, sin comen-

(1) Véase documento, núm. 22.

tario alguno, creyendo un deber consignarlas, si bien no admitimos la exactitud que puedan tener, pues Linage continuó gozando el favor de Eguía y recibiendo las mismas pruebas de afecto y consideracion que anteriormente le dispensaba. Formóse otro proceso en la auditoria de Guerra de Valladolid contra el contador del hospital de Burgos, llamado Vidal, por el cual resultaban vehementes sospechas de que hubiese sido quien echara el pliego en el correo de Astorga; pero en todos los actos que mediaron en tan desagradable asunto, se echó de ver la falta de razones para señalar al culpable. A consecuencia de tales acontecimientos fué la real órden que apareció en la Gaceta de Madrid del sábado 14 de noviembre de 1829, en la que se decia que: «Conformándose el rey nuestro señor con el dictámen de su Consejo de Ministros, habia tenido á bien autorizar al capitan general de Galicia, don Nazario Eguía para que, bajo las precauciones oportunas, pudiese firmar con estampilla, mediante á haberse inutilizado en el real servicio.»

En el propio año fué ascendido Eguía á teniente general, y de esta manera el rey Fernando premió los importantes servicios que le prestara, en obsequio del sosiego y tranquilidad del reino.

En la invasion de 1830 comenzó á cundir en la Península el fuego de la insurreccion. Sobre seiscientos hombres penetraron por Urdax en Navarra, al paso que Bordas capitaneaba á varios emigrados en Francia, introduciéndose con ellos por Galicia, y la sosegó.

Este, como capitan general de Galicia, comunicó al gobierno en 20 de octubre de 1830 un parte en que le daba conocimiento de la esterminacion y aprehension de los individuos que acompañaban á Bordas, ejecutándose con ellos la última pena que el rey habia mandado imponer en ultteriores decretos, y habiendo sido fusilados algunos (1).

Mas tarde acaeció una circunstancia que merece ser citada. La real audiencia de Galicia, de la que, como ya se ha dicho, era presidente don Nazario Eguía, felicitó al rey en el mes de diciembre del año espresado por el alumbramiento de doña Ma-

(1) Lo fueron las personas siguientes:— Pedro Gomez, José Rodriguez, Gerónimo Guerrero, Francisco Martinez, Pablo Perez, Antonio Gomez, Francisco Gomez, y Juan Garcia.

ria Cristina, y en ella se decía que era un don inestimable que aseguraba la paz y felicidad de los vasallos con la *garantía de la sucesión directa* á la corona. Palabras que mas tarde desmintió el general Eguía con su conducta.

Al enfermar el rey en la Granja, depositando en seguida las riendas del gobierno en manos de su esposa la reina Cristina, esta señora inauguró su mando destituyendo á Eguía del suyo, que fué el que primero se depuso al comienzo de aquella nueva era. No podían, sin embargo, ser desatendidos los numerosos servicios que contrajera en su larga carrera militar, y fueron recompensados con el título de conde de Casa-Eguía.

Su separacion, si bien fué sentida por el partido realista, porque la política del general estaba intimamente unida á sus designios, no pudo menos de ser satisfactoria á muchas familias, que lloraban los rigores de su mando, á pesar de las buenas cualidades de militar que distinguían á Eguía. El abuso de las deportaciones y los destierros, únicamente por la oposicion de principios políticos, no era el mejor medio de grangearse la pública estimacion, cuando todos los sucesos evocaban una nueva época de libertad y tolerancia. Por estos motivos, la separacion del general Eguía, se consideró como precursora de un benéfico cambio de ideas y principios políticos en la Península. Tal vez el mismo general la consideró así desde luego, y por esta razon pasó al vecino reino para procurar, por cuantos medios se ponian entonces en juego, aunque todos infructuosos, evitar la caída del partido realista, ó en otro caso organizar su resistencia armada y dar principio á la guerra civil.

Encargado luego de efectuar árduas comisiones en Portugal, atravesándole en bien azarosas circunstancias, le valió su buen desempeño le concediera don Miguel la gran cruz de la Torre y Espada de aquel reino. A su regreso pasó de cuartel á Valladolid, donde permaneció algunos meses, al cabo de los cuales obtuvo su traslacion á las Provincias Vascongadas, su pais natal.

Hallábase en Pamplona á la defuncion de Fernando, y dando Eguía justo motivo para que sospechara el gobierno, no solo por sus bien conocidos y notables antecedentes, sino tambien por la amistad que con don Santos Ladron y Zumalacárregui le unia, y con cuantos abundaban en sus mismas ideas

políticas, acordó aquel su deportacion á San Sebastian y le obligó á ella. El general Solá y Castañón le dieron en el tránsito un paso para Zaragoza.

Este suceso tan sencillo, y que no debiera dar lugar á interpretaciones, las ocasionó por parte de los amigos políticos del conde, diciendo que les abandonaba en lo mas crítico de su situacion. Tal hemos oido á algunos, si bien parece haber en este juicio algo mas de ligereza que de razon. Segun el mismo conde, su imposibilidad física para presentarse en los primeros dias de la guerra, le obligó á quedar, de acuerdo con Zumalacárregui, para que éste le avisase en el momento que debía emplear sus disposiciones y persona en favor de la nueva causa que proclamaba á don Carlos. Así lo esperaba Eguía, y entretanto pasó á Sós, Pau y Larbes (Francia).

Recibió en efecto aviso de Zumalacárregui, diciéndole que el ensanche de las operaciones militares y los sucesos, proporcionaban ya que su persona diese la utilidad que hacia tiempo deseaba en favor de la bandera que en su pais se habia tremolado y defendia, prescribiéndole que sin mas espera se pusiera en marcha. Ejecutólo el conde cuando hacia pocos dias que habia fallecido aquel caudillo, y el 17 de julio de 1833 se presentó á don Carlos en Estella, donde el denominado cuartel real se hallaba; pudiendo reconocer si era bien ó mal recibido, como claramente demostraremos en la continuacion de estas páginas, y los beneficios que produjo á la causa carlista su presentacion en los campos de Navarra.

Agregado al momento á la comitiva de don Carlos, le siguió á todas partes como ya hemos dicho.

Eguía salió de aquella posicion, siendo nombrado virey de Navarra; pero la junta, apoyada en sus fueros, rechazó este nombramiento por residir don Carlos en el pais, y de aqui tomóse ocasion para hablar sobre la disidencia que hubo comunmente entre el general y la junta, lo cual atrajo algunas lamentables consecuencias en lo sucesivo. La espada y los conocimientos del conde, se consideraban necesarios, y se le nombró para reemplazar á Moreno.

En efecto, el conde tomó posesion del mando de todas las tropas de Navarra, y los carlistas se prometian grandes resultados de tal nombramiento.

Habia una gran necesidad de poner á la cabeza del ejército carlista un gefe do-

lado de grandes conocimientos militares, de carácter y energía, así como de valor y prestigio con la tropa. Bien puede decirse que poseía Eguía todas estas cualidades; porque aunque algunos carlistas estaban resentidos de él por no haberse presentado antes en las Provincias, lo olvidaban en gracia de sus buenos antecedentes, predisponiendo mucho en su favor el mutilamiento de sus manos, la notoriedad de su valor y la exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones, así como el respeto que á todos infundían sus servicios.

Esto, unido á la necesidad que habia en el ejército de contar con un buen gefe á su cabeza, cuando aun lloraba la muerte de Zumalacárregui y la pérdida de Mendigorria, hizo que fuese bien recibido el nombramiento del conde de Casa-Eguía para tan importante cargo, contribuyendo tan favorable circunstancia para el agraciado á que se llevase adelante su plan sin el menor obstáculo. Reorganizo Eguía sus fuerzas, formó de ellas divisiones y brigadas de operaciones y reserva, y entusiasmado el soldado, le disponia al combate, que ya esperaba con la confianza de la victoria, á pesar de que sus contrarios habian sabido aprovecharse de los precedentes triunfos, y cobrando nuevo brio, animado el ejército con grandes recursos de propios y extraños, se establecieron tambien estensas líneas unidas á los rios Ebro y Arga, continuando su construccion en el invierno de 1835 al 1836.

## ACCION DE GUEVARA.

## XXI.

El nuevo caudillo carlista deseaba medir sus armas con su contrario, y en breve se le deparó la ocasion que apetecia.

Dispuso el gobierno á fines de setiembre se trasladase la legion inglesa desde Bilbao á Vitoria, y teniendo Córdoba reunido el ejército en la llanada de Alava, envió á Espartero, ya curado de sus heridas, para que con su division protegiese la marcha de los ingleses por Durango, atravesando así el interior del pais, y reservándose Córdoba la empresa de cubrir esta operacion, que sorprendió verdaderamente á los carlistas, pareciéndoles mas que atrevida y temeraria, y que el gefe liberal consideró segura si era puntual, como lo fué, su ejecucion.

Emprendió la marcha Espartero el 18 de octubre; y Córdoba se propuso, por me-

dio de una operacion estratégica, atraer hacia sí el grueso de las fuerzas carlistas, obligándolas á abandonar las formidables posiciones que ocupaban cerca de Bilbao.

Entraba en los planes de Córdoba hacer ver al enemigo que volveria á penetrar en Salvatierra, donde tenia sus hospitales y almacenes, y al efecto salió de Vitoria á las siete de la mañana del 27 de octubre.

Eguía, en tanto, se corrió hacia Arlaban para caer sobre Espartero y los ingleses. No satisfizo á Córdoba este proyecto; mas no alteró por ello su plan, y siguió su camino, llegando á las nueve de la mañana á la venta de Echavarri.

Aniversario de la accion de Alegria (1), que lo fué para los carlistas, aun estaba endurecido aquel suelo con la sangre que tan abundante le regó: parecia verse la sombra de O'Doyle pidiendo venganza de su funesta muerte, y que acudia el vencedor á recoger nuevos laureles.

Ambas huestes se avistaron: el choque era ya inminente; las dos le deseaban.

El caudillo de don Carlos desfiló contramarchando en direccion paralela al flanco izquierdo del ejército liberal, y ocupó las ásperas cordilleras que sirven de base al castillo de Guevara. Córdoba movió tambien sus tropas, y dió frente al enemigo.

La vanguardia liberal marchó denodada á ocupar el pueblo de Salvatierra, al mismo tiempo que otras fuerzas avanzaban por ambos costados del castillo á atacar á los carlistas. Sobre el flanco izquierdo de estos movióse tambien con rapidez la brigada de Mendez Vigo; y la marcha decidida de las demas tropas que formaron en la alta cordillera que domina el camino real de Salvatierra fijó la accion.

El buen orden y bravura de este ataque sorprendió á los carlistas, que así permitieron se apoderase de Salvatierra la vanguardia de Córdoba; mas saliendo de su estupor al verse cortados, corrieron al castillo, donde fueron cargados briosamente á la bayoneta por un batallon de cazadores de la Guardia, que los arrolló. Mendez Vigo ocupa al mismo tiempo las posiciones de la izquierda, y precipita á los carlistas al profundo valle de Barandia, donde se hallaban sus masas.

En otro terreno la accion podria darse por terminada: aquella retirada hubiera sido decisiva. Pero veamos cuán lejos estuvo de

(1) Véase tom. 1, pág. 243.

serlo. Desde las opuestas márgenes del Zadorra, que atravesaba el valle, se sostuvo un fuego acertado y vivísimo, y tuvieron lugar varios ataques, sin otro resultado que mutuas pérdidas, porque eran españoles unos y otros, y se recobraban con la misma bizarría que se tomaban, importantes posiciones. Mas después de algunas horas, empezaron á replegarse los carlistas hácia el centro de sus fuerzas, y Córdoba creyó asegurado su triunfo si entraba en Salvatierra. Reconcentra á este fin sus tropas, y Eguía entonces, que tenía de reserva la mayor parte de las suyas, destaca una nube de tiradores, encomienda á Villarreal el ataque á la retaguardia de Córdoba, y revolviendo vigorosamente con las columnas, ocupa los puntos que dejan desguarnecidos los contrarios, y cargan intrépidos los carlistas sobre el estrecho puente del Zadorra.

«Ocurrió entonces, dice uno de los testigos oculares de aquella acción, uno de esos sucesos en que jamás se detiene el cálculo militar, y que pueden destruir, sin embargo, el plan más diestro y mejor concertado; una de esas condiciones fortuitas á las que tantas veces va encadenada una victoria ó una derrota. El batallón de infantería al que se mandó desplegar para detener á los tiradores carlistas, salió contra ellos á la carrera, perdiendo el orden y regularidad del ataque. Este imprudente alarde de valor pudo serle funesto si la caballería carlista hubiera cargado sobre él; pero hubo de contenerla el aspecto de la caballería cristina, que mandada por el brigadier don Diego Leon, ofrecía un frente imponente y respetable. Al poco tiempo una mitad de esta arma atacó con decisión la izquierda carlista, haciendo treinta prisioneros, mientras que un escuadrón de húsares de la Princesa, bajo las órdenes de don Juan Zabala, dió una carga brillante en los llanos de Andicana, y obligó á los carlistas á abandonar este punto, dejando algunos prisioneros en poder de sus adversarios. Después de estos reiterados ataques, Córdoba reunió de nuevo sus fuerzas, y colocadas en masas por escalones sobre la cordillera, siguieron con paso firme su marcha á Salvatierra: el grueso de las tropas continuó apoderándose de los sitios más ventajosos por su posición topográfica, y la artillería, la caballería, y dos batallones de la Guardia Real, fueron por la carretera cubriendo la retaguardia. La noche venía ya á envolver con sus sombras á los beligerantes, y esta circunstancia

debía proteger la marcha de las tropas, mas los carlistas atacaron enérgicamente el flanco y retaguardia de aquellas con cuatro batallones, toda su caballería y una numerosa banda de tiradores: el tranquilo valor de la infantería cristina, la pericia y denuedo de sus gefes, y una oportuna carga dada á las siete de la noche por los lanceros de la Guardia Real, inutilizaron las tentativas de los carlistas, y permitieron á las tropas de la reina llegar al punto objetivo de sus operaciones. Había terminado la acción, pero no el deseo de continuarla. Entre dos ejércitos que siguen ocupando líneas contiguas é inmediatas, y que han ensayado sus fuerzas, debe suponerse siempre el afán de batallar. Si á esto se agrega el genio especial de la guerra y el sistema militar de los carlistas, apenas podía dudarse que al alzar la noche del 27 su denso y sombrío velo, llevara en pos de sí la suspensión de las hostilidades. El general Córdoba, que creía muy verosímil el combate del día siguiente, se afirmó en esta idea cuando supo que los carlistas habían sido reforzados con cinco batallones, y que se posesionaban de las gigantescas cordilleras de Guevara, y del castillo que lleva su nombre. Antes de emprender el regreso á Vitoria, quiso oír el dictamen del gefe de la plana mayor don Marcelino Oraa, acerca de la dirección y orden que debía llevar el ejército á vista del enemigo, y de las disposiciones que habían de tomarse en el caso de un nuevo ataque. Oraa espuso su opinión de una manera precisa y luminosa, apoyándola en los severos principios de la táctica, en la índole de la guerra, y en la actitud de los carlistas. Córdoba, apreciándola en todo su valor, dió, en armonía con ella, sus disposiciones. Salieron las tropas isabelinas de Salvatierra á las nueve de la mañana del día 28, yendo la segunda división, la artillería volante y los heridos por el camino real, y dirigiéndose las demás por las alturas de la derecha. A poco rato descubrieron al enemigo amparado por sus formidables posiciones, y decidido á disputarles el paso.»

Empapadas dejaba Córdoba en sangre valiente de hermanos aquellas verdosas montañas y fértiles llanuras, conduciendo á Vitoria un gran convoy de heridos.

Eguía en su parte formado aquella misma noche en el campo de Guevara, presentaba esta jornada como un triunfo para las armas de don Carlos, y á la vez que Cór-

do se jactaba de haber entrado en Salvatierra, Eguía se vanagloriaba de haber batido á su contrario, y de estar en las mismas posiciones, y dispuesto á batirle al día siguiente.

Córdoba, en efecto, ni podia permanecer en aquel punto, ni avanzar demasiado. El y cuantos espusieron su consejo, pensaron bien en decidir el regreso á Vitoria, no exento, sin embargo, de peligro; pero todas las operaciones los ofrecian y hubo de apelarse á la mas necesaria.

Distinguiéronse en esta accion Oráa, Mendez Vigo (don Santiago) O'Donell, Narvaez, Roncaly y Córdoba, hermano del general en gefe.

## RETIRADA DE CORDOBA DE SALVATIERRA.

## XXII.

La situacion del ejército liberal era critica: Córdoba temia un desastre aunque confiaba en su valor y en su pericia. No fiándose de sí en tan apuradas circunstancias, oyó el parecer de otros y se decidió á obrar, porque el joven caudillo no adolecia de inaccion cuando habia peligros que arrostrar, gloria que conseguir. Gefes y soldados estaban animados todos de los mismos sentimientos, y no esperaban, sino que deseaban el combate.

Eguía participaba del mismo entusiasmo que su valiente enemigo: los años no le pesaban, y todos sus gefes y su tropa creian seguro el triunfo que empezaron á obtener el día anterior. Estaban satisfechos de su proceder y no trataban de desmentir la confianza que aun en sí mismos tenian ellos. Habian ganado en respeto y en fuerza moral, y estaban seguros de su conservacion.

Los carlistas ocupaban orgullosos las mismas posiciones que formaban las cordilleras y castillo de Guevara, apoyando en este su centro y desplegando sus alas á los pueblos de derecha é izquierda. La reserva ocupaba el llano de Barandia á la defensa del Zadorra, estendiéndose algunas fuerzas que al avistar á las liberales en una altura paralela, se replegaron, quedando en actitud imponente.

Tanto lo era, que Córdoba no se atrevió á batir os, y se cuidó solo de emprender su movimiento de retirada. En vano le retaba Eguía, en vano provocaban los carlistas al combate. El gefe liberal y el que lo era de la plana mayor, Oráa, no pensaron mas

que en guarecerse en Vitoria, considerando á los carlistas mas como un obstáculo que era preciso rechazar, que como un enemigo á quien era necesario batir.

Eguía, que sabia la intrepidez de los liberales, esperaba el combate; mas cuando vió pronunciada la retirada, envió á su gente sin tardanza á estorbar una marcha que le quitaba una victoria.

Córdoba se preparó á hacer frente, y una bateria de montaña y las guerrillas contuvieron algun tanto á los carlistas. Protegia la marcha la primera brigada que se mantuvo en posicion delante del enemigo, hasta que las demas tropas se situasen en las eminencias de Argomaniz con una bateria volante, tomando tambien las alturas del otro lado del camino, á fin de amparar á su vez el movimiento de la primera brigada y dela retaguardia. Esta operacion, en efecto, era de las mas dificiles de la guerra, y convenimos en que se necesita valor, serenidad y una disciplina severa en todos los soldados, pericia y constante denuedo en los gefes, y una precision admirable en todos los movimientos, para sostener un ejército la retirada presentando su retaguardia y flancos al enemigo, superior en número, y sobre un terreno agrio y quebrado como el que por todas partes les rodeaba. Creemos nosotros mas, y es, que, si el ejército liberal hubiera sufrido un desastre en aquellas montañas, las derrotadas huestes hubieran emprendido su fuga á Vitoria, y entonces, al descender á la llanura en que tenian que entrar, con el desaliento de una derrota, hubieran sido acuchilladas por la caballeria carlista, hasta que lograsen ponerse al abrigo del cañon de la capital.

Sin duda hubo de pesar Córdoba estas razones cuando no se atrevió á dar la batalla, y cuando apelando al único recurso que le quedaba, se hallaba aun en tanto peligro, porque la contingencia mas pequeña podia desbaratarlo todo y causar un desastre.

La retirada se emprendió con acierto; y con no menor procuraron Villarreal é Iturralde romper la retaguardia, lanzándose contra ella impetuosamente, y volviendo y revolviendo con celeridad sobre uno y otro flanco para penetrar en ellos y deshacerlos; pero fueron inútiles todas sus tentativas, todos sus amagos simultáneos, toda su intrepidez. La tropa aumentando su entusiasmo con el son de los marciales instrumentos, se batia y marchaba formada con el mayor ór-



den. Precedían las guerrillas y apoyaba las reservas que mandaba Oráa con valor y con su conocida inteligencia.

Por todas partes había encuentros, se sostenían acciones, y la inminencia del peligro parecía aumentar el ánimo del soldado que cantaba al compás de las músicas y del estampido del cañón.

Los carlistas veían se les escapaba su presa, y eran inútiles sus esfuerzos; pero aun tenían una esperanza; su caballería era poderosa, y descendió al llano á decidir la jornada; pero es cargada valerosamente y se ampara á la infantería. El ejército liberal se contó ya seguro: los disparos de sus enemigos eran ya lentos y lejanos, la retirada se efectuó.

Córdoba pudo envanecerse: fué una retirada, es cierto, pero gloriosa. La de Jenofonte fué un triunfo. El 28 de octubre pudo haber fenecido el ejército de operaciones del Norte y su pérdida hubiera envuelto la de las demas divisiones, la de toda la provincia de Alava, inclusa su capital, y puesto al gobierno en la mas crítica situación.

La pérdida de ámbos ejércitos en los dos dias se ha calculado en doscientos muertos y ochocientos heridos, perdiendo además los carlistas unos cien hombres entre prisioneros y presentados.

Eguía, pudo decir, como así lo participó desde Ozaeta á don Carlos, que batió al enemigo obligándole á emprender la retirada y persiguiéndole hasta que se puso al abrigo del cañón de Vitoria, y Córdoba pudo jactarse de haber cumplido su propósito de entrar en Salvatierra, porque para proteger á Espartero tuvo que volver á salir al siguiente dia.

La operacion no merecia tanta fatiga y tantas pérdidas. Ocupó las posiciones de los carlistas; pero fué momentáneamente: entró en Salvatierra; pero fué para desocuparle á las pocas horas y tener que retirarse, declarando que no se atrevió á batir á los carlistas. Para proteger el regreso de Espartero y la legion inglesa, pudo haber entretenido á Eguía sin aventurar accion, sin el temerario empeño de ganar á la bayoneta unas posiciones insostenibles á la sazón, sin la poco juiciosa vanidad de pasearse en un villorrio que era á la vez testigo de su entrada y de su retirada.

¿Qué podía ostentar Córdoba en Vitoria? El prestigio que tuvo que compartir con Oráa de una retirada inteligente y feliz, pero á costa de seiscientos hombres de menos

en las filas, y de tenerse que retirar, ya que no se diga huir; de la vista de los carlistas. Estos son los laureles que conquistó Córdoba en los dias 27 y 28 de octubre.

Córdoba podía y debía estar en efecto satisfecho y admirado, como lo declaraba de la conducta del ejército; pero éste no debía estarlo mucho del cariño que les tenía su gefe cuando tan inutilmente les sacrificaba. En las treinta y seis horas que estuvieron ausentes de Vitoria tuvieron quince de combate y 27 de continua fatiga, y ¿para qué? para jactarse de que «el inespugnable castillo de Guevara se humilló á las invencibles bayonetas, y de haber marchado cuatro leguas con todo el ejército enemigo á los flancos y retaguardia sin que lograrse forzar una sola de las guerrillas, ni hacer un solo prisionero..» ¿Qué queda de esta gloria como ya hemos dicho, cuando el castillo tuvo que ser abandonado como las demas posiciones, y que ese ejército que no logró forzar una sola guerrilla ni hacer un solo prisionero, estuvo provocándole á un combate que no aceptó?

LESIONES AUXILIARES DE INGLESES, PORTUGUESES Y FRANCESES.

### XXIII.

La negativa de las potencias aliadas á una intervencion armada, no impidió que se organizasen legiones de voluntarios, autorizadas competentemente por los respectivos gobiernos, como vemos entre otros documentos, en un suplemento á la Gaceta de Londres del 11 de junio (1).

(1) En la corte de San James, el 40 de junio de 1835, asistiendo S. M. al Consejo.

En un acto del año 59 del reinado de Jorge III, intitulado:—Acto para impedir el alistamiento de los súbditos de S. M. en el servicio extranjero, y el equipo ó envío de buques para la guerra, sin real licencia, de estos dominios, se declaró que si un súbdito inglés, sin previo permiso firmado por el rey, ó declarado por orden dada en Consejo, ó por proclama de S. M., tomase ó aceptase comisiones militares, ó entrase en el servicio militar, ó se alistase como oficial, soldado ó marino para concurrir á operaciones de guerra en auxilio de un príncipe ó Estado extranjero, ó de una persona que ejercitase ó pretendiese los poderes del gobierno en un pais extraño, ó consintiese en ir á él con el propósito de alistarse ó hacer el servicio militar en cualquier calidad que sea, ya por mar, ya por tierra, reciba ó no paga ó recompensa

Pero antes de seguir los pasos de estas legiones, añadiremos algunas palabras á las que sobre la intervencion armada tenemos dichas. Uno de los personajes que tomaron una parte mas directa y activa en este grave asunto fué Córdoba, decidido partidario de la intervencion, el cual escribia á un procurador á Córtes, de influencia y amigo suyo, que le reconvenia por sus ideas, en estos términos: «Si Zumalacárregui estuviese á las puertas de Madrid y otras provincias del reino rebeladas, el pais dividido, el tesoro exhausto y la poblacion cansada de la lucha y de los males que engendra, y las leyes sin fuerza, y la libertad y el trono en peligro, por consecuencia de todas estas causas, ¿consentiria vd. entonces en la cooperacion? ¿Le negaria vd. su voto? ¿Preferiria vd. á aquella la ruina del Estado?—En este caso, ciertamente que la admitiria, respondió; pero como no estamos en este caso....—Pues ya ve usted, replicó, como esto no es mas que una cuestion de fechas y distancias, de pura prevision, y lo que es mas, de datos prácticos y esperiencia material. Lo que vd. no quiere hasta aquella estremidad, lo quiero yo ahora para evitar los grandes males por donde á ella habriamos de llegar; porque creo que la guerra y la rebelion irán creciendo infaliblemente, y disminuyendo en igual proporcion nuestros recursos para sostener aquella. Usted tiene que juzgar las cosas desde Madrid; yo he formado mi opinion en el ejército y sobre el terreno; lo que vd. no puede ver desde su posicion, lo

por su alistamiento, será mirado como culpable de delito, y por lo tanto quedará sujeto á las penas, multa y prision que en el citado acto se mencionan.

Pero S. M., oido el dictámen de su Consejo privado, deseando facilitar á todos sus súbditos los medios de entrar en el servicio militar de mar ó tierra de S. M. Isabel II, reina de España, ha venido en mandar: que desde el 10 de junio del presente año en adelante, pueda cualquiera alistarse en dicho servicio en calidad de oficial (con comision ó sin ella), de soldado, marinero ó marino, servir á S. M. Isabel II en cualesquiera operaciones por tierra ó mar, ir para ello á cualquier punto, aceptar cualquier comision ó sueldo de la reina de España, y recibir cualesquiera sumas, premios ó pagas por dicho servicio.

Esta licencia y permiso tendrá fuerza y vigor solamente por espacio de dos años, contados desde el mencionado 10 de junio, á no ser que por órden dada en Consejo se amplie dicho periodo.—W. L. Bathurst.

he podido yo alcanzar desde la mia, mas avanzada. Los temores que algunos tienen de la Francia, no los tengo ni los concibo yo, porque la conozco, su espíritu, su situacion, y al rey que la gobierna, y no hallo el menor fundamento á esos miedos pueriles, en mi concepto exagerados y absurdos. El gobierno de Luis Felipe es un gobierno de órden, de libertad y de progreso, y no puede ser un gobierno de ambicion, conquista y recepcion. Sé lo impopular que es ahora mi opinion; pero como sé tambien que no es el pueblo quien ilustra á los gobiernos en las cuestiones prácticas y especiales, sino los gobiernos los que deben ilustrar á los pueblos, y como me parece que el nuestro vive en el dia alucinado sobre la enfermedad que le aqueja, guardo mi opinion, que ha de llegar á ser la suya, y es en mi el producto de mi razon, de mi patriotismo y de mi conciencia, sin que el conocimiento de su impopularidad pueda destruir la conviccion que la produjo y sostiene.»

No era infundada la opinion del héroe de Arlaban. Ya Valdés la tenia, cuando en la primavera de este año le envió á proponer al gobierno la cooperacion directa de las potencias aliadas, como único medio de terminar pronto la lucha. El Consejo de ministros mostróse desde luego contrario á la propuesta, hasta que esponiendo Córdoba con su acostumbrada energia la situacion exacta de las cosas, todos, menos el presidente, se pronunciaron en favor de esta medida, y aun éste, Martínez de la Rosa, no la negó su voto, pues que comprendiendo la posible trascendencia de un paso tan delicado, aplazó hasta meditarle profundamente, su decision, mostrando su patriótica repugnancia á petición tan dolorosa, al mismo tiempo que su justo temor de que no fuese la cooperacion concedida por la Francia, segun las previsiones de nuestro embajador en Paris, el señor duque de Frias, y su deseo de evitar al pais este desaire. Y en breve, ya cediese al voto unánime de sus compañeros y á la opinion del ilustrado gefe del ejército, ya quisiese evitar una crisis ministerial en tan apuradas circunstancias, ó ya se convenciese de su necesidad, Martínez se declaró tambien por la intervencion, y se pidió.

Poco seguro el gabinete inglés, negóse á la cooperacion que el de Madrid le reclamaba, y temeroso á la oposicion que se preparaba á combatirle porque habia compro-

metido sin utilidad á la Inglaterra, con el tratado de la Cuádruple Alianza, en el caso de que triunfara don Carlos, propuso después á España un tratado de comercio para introducir las manufacturas de algodón, sueño dorado de los ingleses.

Así esperaba desconcertar el ministerio whig á los toris, pues que para que no quedase en proyecto el tratado, habia encargado con la mayor eficacia al representante inglés en Madrid, le negociase á toda costa, combinándole al efecto con un empréstito garantido por los rentas de aduanas de España, que de hecho se trasladaban á Lóndres, por deberse hacer allí los adeudos que habrian de responder del pago de los intereses y amortizacion del empréstito que se ofrecia.

Llegó á traslucirse en el público esta exigencia (este carácter le daban las circunstancias), y siempre desfavorable á la intervencion estrangera la opinion nacional, aumentóse el descontento, y llovieron nuevas quejas, y fué acusado el gobierno hasta de concusionario, cobrando nuevo aliento la insurreccion liberal.

Ante la oposicion que halló un pensamiento tan funesto, lo mismo en las regiones del poder (justo es decirlo), que en la nacion, el ministro de Lóndres en Madrid empezó á favorecer con su influencia al partido que creyó se prestaría mas á sus designios, comenzando desde entonces esa funesta intervencion política que se interpuso por algun tiempo, y se mezcló en todos nuestros asuntos; pero no hubo partido entonces que á trueque de sobreponerse á su contrario, se suicidase á sí propio, arruinando nuestra naciente industria, y humillando nuestra nacionalidad, y ni aun el mismo don Carlos, que tan necesitado estaba de recursos, á quien tan fatal habria de ser la intervencion, se mostró jamás dispuesto á deber el triunfo de su causa á un tratado antinacional (1). ¡Tan encarnado estaba en la altivez española el espíritu de independencia, que todo lo sacrificaba á tener que agradecer á estraños la victoria!

Volviendo á las legiones: el gobierno inglés, á pesar de todo, queria hacer algo en favor de la causa liberal, y halló al fin un medio, promoviendo el alistamiento de una

legion, que vendria con escarapela española, y á sueldo de la España, y de su cuenta y riesgo.

Formóse la legion y vino á España, donde tuvieron los alistados que aprender el ejercicio antes de ir á batirse, por ser casi todos estraños á la milicia, lo cual no permitió emplear desde luego esta fuerza, retardando así el auxilio. Su influencia moral, á pesar de no representar á la nacion de que procedian aquellas tropas, era innegable; pero ¿cuánto no costaba? Seguramente que con los millones que consumieron al Erario español (1) se habria podido mantener, como dice el señor marqués de Miraflores, un cuádruple de batallones de tropas ligeras del pais, que hubieran llenado mil veces mejor el servicio.

Mas eficaz fué sin duda el auxilio del gobierno francés, cuya legion se componia, no de reclutas bisoños, sino de soldados argelinos ya guerreados, que empezaron á ser útiles cuando desembarcaron en Cataluña. Al subir al poder Mr. Thiers, partidario de la cooperacion armada, procuró aumentar las fuerzas destinadas á España, y procedió con la mayor actividad á formar una nueva legion en Pau, cuyo número quiso ascendiese á veinte mil hombres; pero al saberlo casualmente Luis Felipe, pues se obraba sin su anuencia, pidió esplicaciones á su ministro, tuvo que declarar éste su plan, y reprendido por el rey, hizo dimision. Tambien Portugal envió una legion, fuerte de mas de seis mil hombres, escogidos y disciplinados, que honraron el valor lusitano.

Tales fueron las vicisitudes que tuvo por entonces la cooperacion armada de las potencias signatarias del tratado de la Cuádruple Alianza, estorbándole por todos los medios que estaban á su alcance, los agentes que obraban de cuenta de don Carlos, ó de las potencias del Norte, á las cuales no queria agraviar el rey ciudadano, mostrándose inconsecuente con un tratado, al que tanto empeño tuvo de asociarse. Pero le importaba poco al sabio monarca esta inconsecuencia, con tal de sostenerse en un trono que habia aceptado con hipócrita repugnancia.

(1) A 200.000.000 de reales hacen subir algunos su costo.

(1) Ya veremos las proposiciones que rechazó, y con especialidad la que tenia por objeto permitiera que en su nombre se conquistaran las islas Filipinas.

UTILIDAD DE LAS LEGIONES AUXILIARES.

## XXIV.

Aunque adelantemos algun tanto la narracion, manifestaremos el juicio que de la utilidad y eficacia del auxilio de las legiones extranjeras, manifestó su mas decidido partidario, sin perjuicio de reseñar sus hechos en la guerra.

Los portugueses se condujeron valerosamente en Balmaseda al verse atacados á su llegada el ejército. Su gefe, el baron de Las Antas, estaba animado de los mejores deseos; pero no podia faltar á las instrucciones de su gobierno, que le prescribian entonces detenerse en reserva, y no combatir sino en la mas extrema necesidad.

En cuanto á la legion francesa, poco acostumbrada su gente á las largas y rápidas marchas que requería la guerra, era muy inferior su movilidad á la de nuestros soldados, y era un obstáculo su retraso á las operaciones prontas y continuas de un género de campaña tan especial, como el de las Provincias Vascongadas. No pudiendo tampoco operar por si solas, por lo corto de su número, fueron colocadas en una situacion estacionaria, y destinadas despues á construir y defender las importantes líneas de Zubiri, donde ya veremos los servicios que prestaron.

Desmintiendo Córdoba la hostilidad que se le supuso hácia la legion inglesa, pues llegó hasta facilitarla fondos, cuando no estaba sobrado de ellos el ejército, manifiesta que el general Evans tuvo que luchar en su organizacion con obstáculos inmensos, porque solo él y un cortísimo número de oficiales distinguidos conocian la profesion y la guerra. Esto, unido á las privaciones que empezaron á padecer, á la nostalgia que produce naturalmente la ausencia de la patria, á las fatigas de las marchas y á la escasa gloria que se alcanzaba en aquella clase de lucha, desanimó á gefes y soldados, teniendo que limitar sus operaciones á las cercanías de Vitoria, no dejando por esto de prestar importantes servicios en las fortificaciones de Treviño y Peñacerrada, en guardar la capital de Alava, y en dominar su llanura.

Por lo demas, exigir de aquellas tropas, como de las nuestras, marchas de diez á doce leguas, hambrientas y desnudas por terrenos montuosos, donde, como se ha di-

cho muy bien, cada batallon, cada compañía, cada soldado se veia precisado á obrar las mas veces por las inspiraciones de su propio instinto ó de sus hábitos, era poco menos que imposible. Lo que hacia el soldado español en uno y otro campo, no estaba al alcance de ninguno de Europa (1). La Italia lo ha visto admirada: nuestros cazadores han sido por su soltura y extrema movilidad el asombro de las tropas napolitanas y austriacas, apenas hicieron mella en sus filas aquel calor meridional, la insalubridad del clima, las tempestades que les molestaron á campo raso; siempre subordinados y alegres, no deseaban otra cosa que honrar á su patria, y la honraron ostentando estas cualidades y su arrojo. Gracias á ellos se salvaron los napolitanos de una derrota cierta por Garibaldi, Pero á ¿qué ir tan lejos por un testimonio mas de la escelencia

(1) No cedo, no, á las sugestiones del orgullo nacional, cuando con una grande experiencia de la lucha sostenida en Navarra, y despues de haber recorrido toda la Europa, afirmo con la resolucion del mas intimo conocimiento y con la imparcialidad de un hombre superior á la vanidad de necias fanfarronadas que el soldado español no tiene superior, no tiene semejante en la guerra de montaña, como no lo tuvo en otro tiempo, y no lo tendria ahora en ninguna clase de guerra, si las circunstancias generales del pais permitiesen á una mejor organizacion militar utilizar sus casi invencibles cualidades físicas, sus heróicas prendas morales, y sobre todo, esa admirable docilidad, ese imperturbable buen humor, esa incansable constancia, que ni el hambre debilita, ni la intemperie y la desnudez enfrian, que no alteran en fin, ni la derrota, ni ninguno de los reveses de la guerra: ente verdaderamente sublime algunas veces, siempre extraordinario, que ejecuta, corriendo mas bien que andandó, marchas tenidas por imposibles: que entretiene cantando las mas apuradas privaciones, que se embriaga de entusiasmo al ver correr su propia sangre; que hace suya personal, la causa por la cual pelea; á quien la desgracia irrita y no abate; á quien por último no arredra el escarmiento de tantos compañeros de fila que despues de haber perdido un brazo ó una pierna, no tienen mas amparo que la caridad pública, mas alimento que el que mendigan por las calles, mas abrigo de su desnudez que los miserables andrajos que una limosna les arroja; pues la patria en su pobreza, no puede, ni asegurar el sustento de sus mutilados defensores, ni regalarles al despedirlos, en memoria siquiera de la mucha sangre con que las empaparon, las destrozadas prendas del escaso vestuario con que vivieron y durmieron tres años.— Memoria justificativa del general Córdoba.

del soldado español? ¿Cuándo ha estado vestido nuestro ejército, cuándo atendido? ¿Y cuándo ha dejado por esto de pelear como los estrafios? ¿No causó el mayor asombro la ligereza de los guías que organizó Espartero, y que solo podía seguir en su marcha veloz y sostenida la brillante escolta de este caudillo? Mentira parecerá un día, que no existamos ninguno de los que presenciábamos entusiastas el movimiento de los cazadores de Luchana, que contaron no pocas jornadas de diez y seis leguas, llegando mucho antes que la caballería, tras la cual salían, y á la cual dejaban atrás siempre. Baste decir para la historia que la rapidez en el marchar de aquellos incansables cazadores, antes carlistas muchos de ellos, fué conocida con el nombre de *Paso de Luchana*, que se da desde entonces al mas ligero.

OPERACIONES DE CÓRDOBA Y DE EGUÍA.—  
TOMA DE ESTELLA.

XXV.

Córdoba, apenas permaneció un día en Vitoria, y el 29 de octubre volvió á salir para el interior del país, á fin de llamar hácia sí la atención del grueso de los carlistas y dejar espedito el regreso de Espartero con los ingleses por el camino de Durango; pero la necesidad de trasladar los almacenes y equipages por aquel escabroso terreno, obligó á Espartero á tomar otra direccion.

Concentrados los carlistas sobre la derecha de Córdoba, ni intentaron incomodarle, lo cual atribuyó á temor el gefe liberal, porque los bosques y escabrosidades del terreno les brindaban á probar fortuna con algun éxito.

La marcha de Córdoba á Navarra tenia por objeto operar sobre el Arga, que debia servir de base á su sistema de guerra y de bloqueo en las célebres líneas. Los carlistas en tanto, se preparaban á sitiar de nuevo á Puente la Reina, cuyo puesto era á la sazón de grande importancia. «Uno de sus gefes, dice Córdoba, que vino de parlamento á Logroño, se jactó conmigo mismo de que yo no podia impedir la toma de aquel punto, que ellos podrian reducir en cuarenta y ocho horas.

—¿Le tomarán vds. en los primeros tres dias? le pregunté.

—En estos tres dias, respondió él, no; pero luego sí.

—Pues advierta vd. á su general de mi parte, le repliqué, que se apresure, porque si no aprovecha los tres dias primeros, le doy mi palabra de que luego le será imposible tomarle, ni aun sitiarse.»

Es muy digno de atencion que los hechos de Córdoba siempre eran consecuencia de sus planes, que anunciaba al enemigo muchas veces lo que se proponia ejecutar, como lo anunciaba al gobierno, como lo anunciaba á las tropas que, como él dice, veian siempre en sus proclamas el programa de sus operaciones.

Al dia siguiente de la referida conversacion, dirigióse á Los Arcos el digno descendiente del gran capitán, y los carlistas á Estella. Varió aquel hácia la Solana, y cayó sobre la Ribera, pasando por la base del Montejurra, y atravesando de noche los malos puentes del Arga y del Ega, temiendo verse atacado en tan peligroso terreno.

Para evitar hiciesen la misma marcha los carlistas, fueron volados á los dos dias todos los puentes del primer rio, que no quedaban en poder de las tropas liberales. Fortificó á Lárraga, desmintiendo la imposibilidad que de hacerlo presentaban los ingenieros, y evitó con estas medidas acertadas la temida invasion al otro lado de ambos rios.

Córdoba tuvo en Oráa un fiel y entendido ejecutor de su plan. Al efecto, fué comisionado el 8 de noviembre, y puesto á la cabeza de las tropas de la Ribera, se dirigió á volar los puentes de Belascoain é Ibero, lo que verificó en los dias 10 y 12, bajo los fuegos ya del enemigo. Recibió luego órden de Córdoba para que se le reuniera en Logroño; pero le encontró entre Lárraga y Lerin, y continuó con él su marcha.

Los carlistas, por entonces, empezaron á amagar seriamente á Bilbao, y al saberlo Córdoba, corrió á dirigir personalmente unas operaciones que creyó eran de alta trascendencia, á juzgar por lo que se vislumbraba de los planes de Eguía. Y en efecto, comenzó éste á poner en aprieto á Córdoba, distrayéndole por varios puntos para dar un golpe terrible á cualquiera de las divisiones en que estaba desmembrado el ejército de operaciones.

En Navarra estaba el mayor peligro, y á él voló el gefe liberal. Para llamar la atencion de sus contrarios, cayó sobre Es-

tella, y á pesar de la viva resistencia que opusieron sus defensores, la tomó á viva fuerza el 15.

Eguía sintió este golpe, que previó y trató de evitar disponiendo que el brigadier don Francisco García se replegase sobre la ciudad; pero lo hizo de flanco, privándola de su eficaz auxilio, y facilitando así la entrada en ella de los liberales. Entonces, debiendo pernoctar el mismo día en Murieta y sus cercanías la segunda division, pasó Eguía á Arveiza, á una media legua de Estella, y disponiendo allí la reunion de fuerzas, se dirigió en la mañana del 16 sobre Estella, para atacarla por todas partes.

Córdoba no encontró en la ciudad habitantes ni recursos, y la ocupacion de este punto era por cierto poco envidiable para el ejército liberal. Parte de las fuerzas de éste quedaron acantonadas en la Solana y Villatuerta, y previendo lo inminente de un choque, les dió instrucciones para el movimiento del día siguiente.

El combate en las posiciones de Cirauqui y Mañeru, que precedió á la ocupacion de Estella por las tropas de la reina, habia aumentado el ardor de unos y otros combatientes, que deseaban medir nuevamente sus armas. Los carlistas no temian pelear en terreno para ellos tan conocido: los liberales se creian con poderoso ascendiente sobre sus enemigos; y con la misma facilidad que ocuparon á Estella, pensaban ocuparían las posiciones que eligieran. Todos, pues, se aprestaban con decidido entusiasmo al combate del 16.

## ACCION DE MONTEJURRA.

## XXVI.

Al salir Córdoba de Estella en la mañana del 16, Eguía, que ya habia dispuesto atacar á la ciudad, lo hizo á los que la abandonaban, y cargó bruscamente sobre la retaguardia, provocando una accion, que se hizo en breve general y tenazmente empeñada. El elevado y escabrosísimo Montejurra ofrecia al ejército liberal magníficas posiciones, y treparon á ellas, trepando también los carlistas, y disputándose porfiadamente su escarpada y elevada cima, que fué ganada y perdida sucesivamente por unos y otros.

Córdoba presentaba una línea demasiado estensa por verse precisado á ligarse con Tello hasta Dicastillo, y no podia concen-

trarse sobre la izquierda antes de batir á las fuerzas que se dirigian en progresivo aumento sobre su derecha. Conociéndolo así Eguía, trató de acometer por ambos flancos para envolver la línea enemiga.

San Just tomó entonces una posición avanzada, y dió una brillante carga á la bayoneta con un batallón del Infante, apoyado por otros dos que sostenian un fuego vivísimo, pudiendo á su abrigo retirarse, sin ser molestados, los puestos de la derecha. La caballería al mismo tiempo, dió dos cargas que rompieron el cuarto escuadrón carlista, causándole entre otras pérdidas la de treinta prisioneros.

Eguía, Villarreal y todos los gefes carlistas hacen denodados esfuerzos; pero al fin son rechazadas sus tropas por aquella parte, y las concentran en seguida sobre el ala izquierda enemiga, acometiéndola con mas bizarro empeño si cabia. Allí fué disputada hasta la posesion de unos corrales que un batallón de Borbon conquistó á la bayoneta á pesar del fuego mortífero y á quema-ropa que se le hacia; allí costó un combate la posesion de una cerca, de una peña, allí en fin, se ganó el terreno palmo á palmo.

Los carlistas se guarecieron, por último, en un bosque, y sus enemigos llegaron á Allo, donde mandó Córdoba formasen sus tropas en columna al otro lado del pueblo, y presentó nuevamente la batalla en un llano donde podia obrar desembarazadamente la caballería.

Eguía se contentó con recobrar á Estella, y ver que su contrario se replegaba á Lerin.

Desde este punto participó á don Carlos como un triunfo la accion de Montejurra, y como una conquista la posesion de Estella.

La pérdida, á juzgar por los partes oficiales de uno y otro gefe, fué considerable; pero está exagerada, é ignorando exactamente su cuantía, diremos que Córdoba apreció la suya en solo veinte y ocho heridos y diez y ocho contusos, y Eguía la de los carlistas en unos cien hombres, atribuyendo á su contrario mas de quinientos. Córdoba manifestó haber entrado en Lerin llevando cien prisioneros (1).

(1) De las operaciones que acabamos de referir, dió cuenta Córdoba en la siguiente proclama, algo hiperbólica.

*Orden general del 17 de noviembre de 1835.*

Soldados: el enemigo se jactaba de que

Pero no siendo nuestro ánimo apreciar las acciones por el número de bajas, sino por sus consecuencias, bien pudo presentar el gefe carlista las de este encuentro

no volveriais nunca á penetrar en la córte de la rebelion, y antes de ayer entrasteis en ella á viva fuerza. El caudillo rebelde corrió mucho para llegar á tiempo de huir de sus muros, de vuestra vista, y pasó la noche construyendo parapetos con que defender las avenidas de las Amézcoas. Desconcertados sus planes sobre Aragon y Bilbao, vino á recoger el fruto, una humillacion mas en Estella.

Ayer trató de vengarla, demostrando con mas cólera y violencia, que inteligencia y denuedo, la marcha, que, de concierto con nuestros compañeros de la Solana, hacíamos á esta villa. ¡*El Montejurra!* ¿Qué terreno mas ventajoso para los que se titulan reyes de las montañas, con menos confianza en sus armas que en la proteccion del pais que han fanatizado sus arrogantes y desacreditados embustes? Vosotros habeis visto el resultado, y les habeis por segunda vez demostrado que los soldados de Isabel II se baten en todos frentes, terrenos y situaciones. Nuestra marcha fué lenta y firme, terrible y gloriosa; y los que venian á ofrecer hierros á vuestras manos, recibian en vuestras terribles descargas la mejor prueba de que ellas no son dignas de llevar otro que el de las armas con que defienden á su patria. Todos los cuerpos han tomado parte en este combate, todos han rivalizado en firmeza, á todos he oido con orgullo y emocion aclamar á nuestras augustas reinas y á la libertad, al cargar ó rechazar al enemigo. La caballeria hizo los prodigios de valor con que ya se ha familiarizado, llevando á su colmo el terror que inspira á nuestros contrarios. ¡Honra á sus invencibles lanzas, y que los que tan dignamente las empuñan para honra de este ejército, reciban, soldados, el justo tributo que les debe nuestra amistad y admiracion!

Al llegar á Allo se nos presentó un terreno mas abierto, y aunque sabia que la mayor parte de los cuerpos habian apurado sus municiones en ocho horas de tan fatigoso combate, conocí tambien de todo lo que aun era capaz vuestro valor. En esta confianza, reconcentrando nuestras fuerzas mientras cuatro compañías contenian al enemigo, formé y ofrecí la batalla á todas las de los rebeldes reunidas. No olvidaré jamas, soldados, el orden admirable, el ardor estremo con que despues de diez horas de fatiga os presentásteis á desafiar como en una parada la jactancia de esos soldados montaraces, que solo se atreven á combatir entre breñas y bosques: sus gefes obraron con prudencia tocando á retirar en Dicastillo. ¡Ojalá que alucinados por la arrogancia hubieran recogido el guante! Gerona, Infante, Estremadura, Soria, Castilla, Navarra, Mallorca y Borbon, vosotros les habriais dado una leccion de prudencia, que por desgracia para vez olvidan ellos. La artilleria y la caba-

como favorables á sus armas por volver á enseñorearse de Estella, cuya importancia era notoria para los carlistas.

Y no fué estéril para la causa liberal este combate de ocho horas de fuego y veinte y una de fatiga, porque ocupó el ejército, aunque momentáneamente, un pais enemigo y llamando sobre sí la atencion del grueso de los carlistas, impidió operaciones que hubieran sido de gravedad. Además, en aquellas circunstancias, tenia que estar siempre á la vista del enemigo, y batirse cuando hubiera ocasion, en cualquier punto, y por cualquier objeto.

Esta era la terrible situacion del ejército de la reina.

Al entrar Eguía en Estella, mandó se prendiese en clase de represalias á un número igual de habitantes á los que Córdoba habia llevado presos, escogiéndoles de entre los mas marcados por desafeccion á don Carlos, dando pase á uno de ellos para que, marchando al cuartel general de los liberales, obtuviere la libertad de los primeros, y la devolucion de las cantidades exigidas. Previno tambien al padre guardian de San Francisco, desterrase de la ciudad en el término de veinte y cuatro horas, á un religioso que se habia quedado á recibir á las tropas de la reina, y despues de adoptar otras disposiciones que las circunstancias requerian, asentó sus reales en la ciudad á fin de regular su sistema de campaña, deponiendo de resultados de la anterior accion de sus mandos respectivos, á don Pascual Real y á don Tomás de Reina, gefes de adquirida reputacion militar.

llería del ejército vieron frustrarse vanamente sus esperanzas; pero Bilbao, libre de sus impotentes amenazas; la expedicion de Aragon regresando cobardemente á sus guaridas; los graneros de la Solana aligerados; la capital inespugnable humillada; el nuevo caudillo prevenido en todas partes y desacreditado; seiscientos de los suyos tendidos en el campo, en los hospitales ó en nuestro poder; ahí tenéis, compañeros, lo que el ejército, lo que el ejército no, lo que solo quince batallones habeis ejecutado en treinta y seis horas. Que los pueblos alucinados comparen la seguridad que les prometen sus seductores con el recuerdo de la presencia de nuestras armas en Ochandiano, Durango, Salvatierra, Estella y la Solana, durante las dos últimas semanas.

La segunda division al mando del brigadier Vigo, ha merecido la gratitud del ejército y de la patria por la rapidez de las marchas y oportunidad de sus movimientos para cubrir el Aragon ó perseguir á sus invasores.—Luis Fernandez de Córdoba.

EGUIA Y CORDOBA.—SORPRESA DE LA COLUMNA DE CORDEU.

XXVII.

Eguia, después de estos sucesos, tuvo serias y desagradables contestaciones con la junta de Navarra, que al fin no produjeron resultado particular. El general se retiró á Villatuerta, donde fijó su cuartel, é hizo prender á varios vecinos en represalias de los que tambien se habia llevado Córdoba.

Cuando tenian algun intervalo, por pequeño que fuese, las operaciones militares, se guerreaaba en la corte de don Carlos combatiendo reputaciones respetables y aumentando la discordia con diferentes pretestos. Dícenos Eguia que, aunque en ninguna intriga tenia intervencion, no se hallaba escludido de sus efectos, por ser por su elevada posicion el blanco de muchas maquinaciones. Indispúsose por esta razon con algunas personas que rodeaban á don Carlos, siendo una de ellas Maroto, con quien, olvidando anteriores relaciones, se enemistó, y le creyó caudillo de la rebelion que creia se fraguaba, como así lo comunicó á don Carlos (1).

(1) Maroto, ocupándose del cambio de sentimientos en Eguia, de acuerdo con él antes en condenar las intrigas cortesanas, manifiesta la causa de su rivalidad en este hecho.

«Cuando la legion inglesa, al abrigo de las tropas de Espartero, entró en Bilbao, unos guerrilleros que tenia yo destacados en observacion á los costados de la ría, se arrojaron sobre algunos rezagados y capturaron ocho individuos, entre los que se hallaban seis músicos y dos tiradores, los cuales, en virtud de las órdenes de don Carlos, debieron todos haber sido pasados por las armas en el instante; pero como me pareciese que el ejecutar esta sentencia con los músicos, á quienes solo sus instrumentos y no otras armas se habian cogido, seria escóder el sentido de las órdenes, consulté al ministerio de la Guerra, proponiendo ademá que se destinasen á los batallones en la misma clase de músicos, y el ministro Villemur contestó particularmente que consultaria el negocio con don Carlos. Llegada la órden para que entregase el mando de la division vizcaína á Sarasa, mi segundo, le manifesté lo ocurrido respecto á los músicos, y le aconsejé que si pasaban algunos días sin resolucion los pusiese en libertad, entregándoles los instrumentos y señalándoles el erpo en que servirían, como así se verificó. Habíame inspirado tambien para esta compasion un jóven de doce á catorce años, aprehendido entre ellos, al cual le destiné á mi

No menos contribuyó á la creacion de nuevos enemigos de Eguia, la oposicion que

servicio personal; vistiendo su desnudez y educándole con algun esmero. Tenia el adolescente inglés tan bellas disposiciones, que al poco tiempo de estar á mi lado hablaba el español y me servia con una puntualidad y cuidado extraordinario, lisonjeándome esto sumamente, por lo cual empezábele á cobrar un particular cariño, pudiendo saborear la satisfaccion que me causara el haberlo salvado la vida; y agradecido el jóven, se esmeraba continuamente en sus cuidadosas atenciones, felicitándose por los buenos brazos en que parece le habia arrojado la Providencia, que sin duda velaba por el prisionero. Hallábase éste en Oñate, cuando se presentaron otros de sus conciudadanos al servicio de don Carlos, pasados de la legion, que habia ya sufrido sus reveses, y tuvo que concurrir á la presencia del príncipe para servir de intérprete. La curiosidad movió á los palaciegos á indagar el origen de su permanencia en mi casa; y desde entonces trataron de sacrificarle alegando que era al fin un prisionero de guerra, comprendido en la pena de muerte. Don Nazario Eguia mandó á los pocos días se redujesen á prision todos los ingleses que se hallaban en el caso de este jóven, previniéndome tambien le entregase mi criado. Por un amigo que tenia en la secretaría, supe que se habia dado órden para fusilar inmediatamente á los prisioneros; y este inesperado acontecimiento á que se resentia la humanidad y me costaba violencia el creer, vi que habia sido obra de Eguia y Villavicencio.

«Natural era mi resistencia á una disposicion que iba á privar de la vida á seis infelices, incluso el muchacho que estaba á mi servicio, y despues de haber sido destinados los músicos á la banda de un cuerpo que todos los días iba á tocar á el alojamiento de don Carlos, en tanto que comia; así que al llegar á mi noticia, no perdoné medio alguno de cuantos estaban á mi alcance para contrariarla y suspenderla. Valime de personas de influencia para que hablasen á don Carlos y á todos sus consejeros; procuré interesar al infante don Sebastian, y no contento con estos solos pasos, despaché inmediatamente á mi ayudante de campo, el capitán Elorriaga, para que verbalmente rogase á Sarasa, en cuya division servian fielmente los prisioneros, y á quien se habia dirigido la órden, la suspendiese interin se lograba su revocacion. Tomó igualmente parte en este incidente un personage inglés que se habia presentado en el cuartel de don Carlos y era conocido por el baron de Haver, el cual rogó personalmente al infante don Sebastian para que contribuyese al logro de la gracia solicitada por mí. El católico don Carlos, á pesar de tantos empeños, opuso tan tenaz resistencia, que no parecia sino que su corazon se habia cerrado á todo sentimiento humano y generoso en favor de aquellos desgraciados; pero las instan-



de público se decía manifestaba á la salida de la expedición de Gomez, si bien formó (para desautorizar las pretensiones de aquella), una columna expedicionaria de doscientos hombres, cuyo mando fué encomendado al canónigo Batanero, diciendo en sus órdenes que *pasaba á sitiar á la corte de doña Isabel II.*

Córdoba en tanto, se ve precisado á moverse velozmente sobre Alava y la Rioja; pero sabe á fines de noviembre que se reúnen grandes fuerzas en Navarra para facilitar el regreso de la expedición de Guergué; y si no evitó la entrada del respetable cuerpo expedicionario, hizo se sorprendiera á unos doscientos hombres de la columna de la Ribera, que guiaba Cordeu, quien hallándose en Aoiz, se vió cercado por don Leon Iriarte, y perdida casi toda su gente, muriendo en las calles unos, y quedando prisioneros los mas, y entre ellos su valiente gefe, cuyos hechos nos son ya conocidos.

Esta pérdida fué lamentable para los carlistas, que perdieron, además del Rojo de San Vicente, á Santocildes, que venia en esta vanguardia de la expedición. El mismo día 30 fueron tambien apresados en Gallipienzo, los veinte y ocho que formaban la partida de Manolin.

cias siguieron, y al fin cedió, aunque con la precisa condicion de que inmediatamente se entregasen para el cange como prisioneros, privándome en virtud de esta determinacion de mi protegido.

»Habia formado Eguia un decidido empeño en que se cumpliese la primera orden de don Carlos, y varias veces me reconvinó para la entrega del jóven.... ¡Oh! ¿qué beneficio redundaba á este señor con derramar tan inocente sangre? Eguia anhelaba el aterrador espectáculo del suplicio; mas yo estaba resuelto á salvar á toda costa á mi favorecido, y hasta habia mandado apostar cuatro caballos con la firme resolucion de fugarle con él de las Provincias si no hubiera conseguido la revocacion de la sentencia. Solo una simple y humana compasion me impulsó á salvar á mi infeliz criado, y en el momento en que lo creí un deber sagrado, me arriesgué á todo, y todo lo hubiera sacrificado con la fuga, si solo á tal costa hubiera podido ser conservada la vida del adolescente inglés, que residiendo actualmente en Lóndres, es testigo de cuanto va espuesto, diciendo ello mas que lo que pudiera trazar la pluma mas elocuente; porque así como hay dichas é infortunios inexplicables, hay hechos que les amenguarían los comentarios.»

TOMA DE LAS CASAS FUERTES DE ARAMBARRI Y DE SAN BARTOLOMÉ.—BLOQUEO Y BOMBARDEO DE SAN SEBASTIAN.

### XXVIII.

En Guipúzcoa tenian lugar al mismo tiempo hechos parciales, que no carecian de importancia.

El 23 llegó á Hernani don Joaquin Montenegro, director de la artillería carlista, con tres piezas de grueso calibre, y la tercera division, que le servia de escolta. Al siguiente dia, preparado ya todo al efecto, batió la casa fuerte de Arambarri, inmediata á San Sebastian, sin que los fuegos de la plaza pudieran evitar cayese en poder de los sitiadores. Guarnecía aquel punto un destacamento de treinta y tantos soldados del provincial de Oviedo, quienes á pesar de ver ceder á impulsos de la artillería enemiga las débiles tapias de su recinto, hicieron muro con sus pechos. Don Pedro Argote redobló sus esfuerzos, y los carlistas despreciaron el heroismo de aquel puñado de valientes; heroismo que acabó con su vida. Allí quedaron tendidos, sirviendo de ejemplo á las demas guarniciones los bravos defensores de aquel punto, y entre ellos su digno gobernador.

Ufano el carlista con este triunfo á la vista de una plaza importante, avanzó en sus pretensiones, y á los dos dias ya tenia emplazada su batería para batir otros fuertes que le hacian dueño de las comunicaciones con Francia. Iba á romperse el fuego cuando se presentó un ayudante del general frances Arispe, amenazando invadir el territorio español al primer disparo de la artillería carlista, lo cual hizo desistir de la empresa, por evitar que el ejército de Francia, aprovechando aquel pequeño incidente, se pronunciasen decidido en favor de la causa de la reina.

Lo sucedido en Arambarri, hace que el ayuntamiento de San Sebastian, en los dias 25 y 26, eleve dos esposiciones al general en gefe del ejército, noticiándole en la primera la pérdida de este punto, y en la segunda, los trabajos que hacian los carlistas á la vista de la plaza; y en la mañana del mismo dia 26, llama á las armas á todos los comprendidos en la edad de diez y ocho á cincuenta años que no eran nacionales, y á los que además quisieran presentarse voluntariamente: se tienen algunas reuniones y

se adoptan otras medidas. Se nombra el 27 una junta de defensa y seguridad, y se invierten los últimos días del mes y los dos primeros de diciembre en organizar la defensa de la plaza.

Los carlistas en tanto continúan sus trabajos de sitio en distintos puntos.

Exasperados, se arrojaron á un hecho audaz. La caserna que tenian los liberales en el convento de San Bartolomé bajo el fuego de los muros de la plaza de San Sebastian, fué batida y tomada el 5 de diciembre despues de cuatro horas de un certero fuego con un cañon de á treinta y seis, y dos de á veinte y cuatro. La guarnicion pudo salvarse abandonando el punto, merced á una salida ejecutada por la fuerza del provincial de Oviedo, franca de servicio, al mando de su gefe superior don Joaquin María Belloso. Demolieron los carlistas aquellas fortificaciones y quemaron el puente de madera.

El 6, sin perjuicio de las medidas tomadas por la municipalidad, manifiesta ésta al ministro de la Guerra sus sentimientos, sin ocultar nada de lo que contemplaba conducente al honor de las armas liberales, y á que no aumentaran los carlistas su influencia, convenciendo á los pueblos de que tenian sitiada la única plaza de armas de las tres Provincias Vascongadas, y estaban próximos á entrar en ella. Y con respecto á los habitantes, se espesaba en estos términos:

«El principal y primer objeto se reduce á suplicar á V. E. tenga la bondad de asegurar á S. M., que este vecindario sostendrá la denodada resolucion que al primer grito impío de los rebeldes en octubre de 1833, tomó de sacrificarse para mantener el trono legítimo y la santa causa que defendemos. Los rebeldes nos circundan, pero no nos arredran: la vista de sus batallones ha aumentado nuestra energía y afirmado nuestra resolucion: armados y unidos para honor nuestro á la corta guarnicion de la plaza, cuyo valor y decision son bien conocidos, mantendremos sobre estos muros el pendon de Isabel II, redoblando nuestros sacrificios en proporcion de las dificultades que se nos susciten.»

Al concluirse de redactar esta esposicion recibió el ayuntamiento un oficio de Montenegro, en que le manifestaba estar resuelto á bombardear la plaza; que viera si tenia que esponer algun medio que evitara las fatalidades que amenazaban al pueblo, en cuyo caso recibiria en audiencia á un oficial

de la guarnicion, un individuo del ayuntamiento y otro del comercio; pero en el preciso término de dos horas, que pasadas sin contestacion, seria la señal para dar principio activamente á las hostilidades.

El ayuntamiento despreció esta intimacion, que dió á conocer al vecindario entusiasmado, que recorrió por la noche las calles entonando himnos patrióticos.

A las diez comenzaron las bombas á iluminar el oscuro espacio, sosteniendo pausadamente el fuego hasta cerca de la madrugada.

El bombardeo se dirigia mas á intimidar que á combatir, pues en vez de combatir á las murallas, lo hacian á las casas indefensas, lo cual no honraba mucho al sitiador, que ocasionó víctimas inocentes.

Estas ventajas hicieron se formalizase desde entonces el bloqueo de San Sebastian, ya que no podian los carlistas emprender el sitio de la plaza, bien murada, para que pudiese ser obra de pocos dias su toma. Y aunque no se prometian apoderarse de ella, aun cuando no esperaban un gran resultado material, se propusieron demostrar su aliento, y ya fuese por obligar á la guarnicion á una salida y combatirla en campo raso, ya por atemorizar, efectuaron el bombardeo, ejecutando esta operacion con doble empeño, por cuanto se les habia impedido atacar á Behovia. Pero al punto se interpuso el cónsul francés, pidiendo se suspendiesen las hostilidades en tanto que evacuaban la plaza sus conciudadanos, y accedió á ello el general carlista, no sabemos si por deferencia ó temor, ó por haberse inutilizado los morteros.

ÚLTIMOS MOVIMIENTOS DE LOS EJÉRCITOS DE OPERACIONES LIBERAL Y CARLISTA EN EL NORTE, EN ESTE AÑO.

## XXIX.

Era el plan de campaña que habia concebido Eguia *ofensivo-defensivo*, y segun él, se dispuso á atacar la plaza de Guetaría, despues de haber mandado ejecutar con la debida reserva los necesarios reconocimientos, presentándose á mediados de diciembre al frente de dicha poblacion para batirla, á cuyo fin llevaba tres piezas de artillería, de hierro, únicas que por entonces tenian los carlistas para esta clase de empresas.

Presentóse efectivamente en la villa de

Azpeitia el 18 de diciembre, y al siguiente día ya se hallaba en campo de Guetaria, rompiendo el fuego contra esta plaza á las once de la mañana. Formalizó completamente el sitio empeñado con obstinacion el ataque, del que en nada desmerecia lo porfiado de la resistencia, para la que contaban los sitiados con trece piezas de artillería, suficiente número de defensores, y de gobernador el valiente don Juan Otalora. Dejó Eguía encomendados los trabajos del sitio al director general de artillería, don Joaquin Montenegro, y se dirigió á los confines de Alava y Guipúzcoa, para hacer frente á los movimientos que el general de la reina preparaba. Quería estar á la expectativa de ellos, é ir poco á poco tomando cuantos puntos fortificados tenian los liberales en las Provincias del Norte.

Córdoba, al ver que se dirigia el enemigo á la costa, consideró este movimiento como favorable á su causa, por cuanto supuso que obraba así por no poder intentar nada sobre el grueso del ejército. Suposición gratuita por cierto, y algun tanto jactanciosa, porque Eguía, lejos de variar su plan, le amplió mas bien, si cabe, pues ya hemos visto que era *ofensivo-defensivo*. Los pueblos de la costa tenian ademas reconocida importancia, porque servian para el embarque y desembarque de tropas liberales y efectos militares, y la marina prestaba un auxilio continuo y efectivo. En poder de los carlistas los principales puntos, quedarían privados sus contrarios de socorros tan eficaces.

A pesar de lo que dice Córdoba en cuanto al juicio que formó de las anteriores operaciones de su adversario, se apresuró á oponerse á sus designios por todos los medios que estaban al alcance de sus elementos y recursos, no muy sobrados en comparacion de las necesidades que diariamente se reproducian en todas partes y en todos sentidos. Lamentábase de que las escaseces y miserias eran de todos los instantes, y que cuando las tropas tenian una cosa, les faltaban ciento: cartuchos, dinero, raciones, brigadas, almacenes, vestuario, calzado, útiles, trabajadores, todo faltaba, ora junto, ora separado; y todo, sin embargo, era indispensable en aquella guerra, que, sin tales elementos, decia, es tan imposible como representar una comedia sin actores, sin pieza, sin trages y sin teatro.

Tantas privaciones y penalidades, hallaron un lenitivo de opinion en la del go-

bierno, en la de las Cortes, en la del pais. El ejército y su digno gefe eran aclamados por su bizarria, por su constancia y heroismo.

Córdoba dirigió el 29 de noviembre desde Bribiesca una felicitacion á ambos estamentos, y en ella renovaba el juramento del ejército, *de derramar hasta la última gota de la sangre que corria en sus venas por la independencia y libertad de la patria, y por el trono legitimo de la reina*. Recibieron las Cortes con gratitud esta felicitacion, y acordaron su reconocimiento, dar las gracias, y «se hicieron un deber en celebrar el valor, constancia y decision del ejército, y de su benemérito caudillo, así como su disciplina y constante decision en favor del orden público;» añadiendo el de procuradores, «que las fuerzas del ejército, marina y guardia nacional empleadas hasta aqui en hacer la guerra al bando rebelde, habian merecido bien de la patria.»

Es innegable que prestó servicios, que, aunque autorizado para abandonar algunos puntos fortificados, los conservó; que contuvo á los carlistas en el Ebro; que persiguió cuanto pudo las expediciones, ya que no le fué posible impedir las; que encerró y bloqueó algun tanto á los carlistas en sus montañas; conquistó la parte llana del pais, reorganizó el ejército, mejoró su administracion, promovió el espíritu guerrero, mantuvo á las tropas mas obedientes y disciplinadas, y que cumplió, en fin, lo que habia prometido.

Asombra en verdad la incansable actividad que se vió en Córdoba: siempre á caballo y robando al sueño el tiempo que invertia en sus comunicaciones al gobierno, que forman gruesos legajos. Todo lo hacia por sí, todo lo escribia por su mano, y solo su juventud, su entusiasmo, su emulacion de gloria, pudieron hacerle superior á tantas fatigas y penalidades de cuerpo y de espíritu como sufrió en los seis últimos meses de este año; pero mas le esperaban en el siguiente.

ESCESOS DE LOS CHAPELGORRIS Y SU CASTIGO.

### XXX.

Nos ocuparemos ligeramente de un acontecimiento, tan lamentable como ruidoso, que tuvo lugar por entonces y ocupó á los mismos estamentos.

Hallábase Espartero el 11 de noviembre

en Haro, y sabedores los carlistas de que iba á pasar por los puertos donde se hallaban para dirigirse á Peñacerrada, trataron de oponérsele, y no creyendo acertado el gefe liberal forzar aquel paso, retrocedió, dirigiéndose á la villa de Labastida, en cuyo pueblo, en el de Briñas y otros, se entregaron algunos de los voluntarios de Guipuzcoa, titulados chapelgorris (gorras coloradas), á los mas reprobados escesos, profanando las iglesias, robando objetos sagrados, y atropellando á personas respetables por su carácter y autoridad.

Indignado Espartero de tamaños escesos, y dejándose llevar de la ira mas que de la prudencia, resolvió castigarlos, y los castigó de una manera que estuvo muy lejos de ser justa, y que provocó un grave conflicto para la causa pública. Formó su tropa el 13 de diciembre entre el pueblo de Gomecha y la venta de Paracuatro, mandó al batallón de Chapelgorris formar pábellones y salir al frente de la division, y colocado á su lado izquierdo Espartero, dijo en alta voz:

«Este batallón es el deshonor de toda la division, de todo el ejército y de la nacion entera: antes de anoche han robado la iglesia del pueblo de Ulibarri, sucedió lo mismo en Labastida; pero todo se ha de descubrir aquí, y sino, yo aseguro que daré fin de toda esta pandilla de ladrones.»

A este lenguaje, cuya calificacion dejamos al lector, sucedió un minucioso reconocimiento, en el cual no se encontró mas que un rosario de plata, un chaleco de seda y un candelero de metal. Espartero, sin embargo, ordenó en seguida al gefe de la plana mayor, fuese diezmando el batallón, y quintado el diezmo, y fusilados inmediatamente los individuos á quienes tocase la suerte. Los desgraciados á quienes cupo, fueron conducidos con piqueles de otros cuerpos á retaguardia de la division, y fusilados, previos los auxilios espirituales.

Espartero no tuvo presentes los heroicos servicios que aquel batallón habia prestado, ni reparó en sacrificar inocentes para castigar culpables. Una de las victimas de aquel arrebato, fué el desventurado Alzate, decidido liberal desde anteriores épocas, padre de cinco hijos, alcalde de un pueblo, modelo de honradez, y que se presentó voluntariamente á Jáuregui, por ver en la guerra un campo mas dilatado á su patriotismo.

El conde de las Navas y don Joaquin Maria Ferrer, levantaron en el Estamento

de procuradores su voz acriminando con enérgica indignacion el hecho, y pidiendo «que respondiese á la vindicta publica el autor de semejante atentado.»

No procedió Espartero con la cordura en aquel caso necesaria, y los mencionados representantes del pais, tomaron con calor el negocio, y presentaron una sentida esposicion al presidente del Consejo de ministros, acompañada de una relacion original, firmada por el gefe y oficialidad del batallón de voluntarios de Guipúzcoa, «para hacer oír, decian, la voz de la justicia vengadora, cuya espada debe caer sin distincion de personas sobre los que de cualquier modo hubiesen faltado á ellas.» Pedian el exámen del caso en consejo de guerra; que se averiguase la conducta de todos, y si resultaban inocentes las diez victimas sacrificadas en el campo de Gomecha, sin forma de juicio, se indemnizase á sus familias, aparte del castigo que mereciese su autor.

Remitiéronse á Córdoba las reclamaciones, que trasladó á Espartero, y éste contestó refiriendo detalladamente los escesos cometidos, y acriminando aun mas que lo habia hecho, la conducta de los voluntarios de Guipúzcoa; pero no pudo, por mas que lo procuró, probar que obró con justicia y sin pasion. Por culpable que fuese la conducta de los chapelgorris, por grande que fuese la necesidad del castigo, no se debió prescindir de los trámites legales, cuyas fórmulas se cubrieron. La suerte de centenares de hombres, la mayor parte inocentes, ¿no valia siquiera la pena de un proceso verbal?

Solo puede atenuar tan sensible ligereza de un general, no menos entendido que benemérito, su deseo laudable de que no se alterase la disciplina del ejército, de que no apareciesen los liberales como profanadores de los templos. Pero si respetamos sus intenciones, si las aplaudimos, no así el modo de hacerlas cumplir. Nuestra conciencia se subleva á vista de la injusticia, cuando parte, sobre todo, de la autoridad; cuando es, por desgracia, irreparable.

Quizá la vindicta pública exigiese mas vidas; pero que las designase, que no quedasen impunes los culpables, que no fuesen á la muerte los inocentes. Jamás debe ser sacrificado el inocente, ni puede la sociedad sacrificarle. No hay sociedad donde tal acontezca. Imposible que hubiera sido el descubrimiento de los delincuentes, (ya fueron algunos descubiertos) hubiera purgado el

batallon el exceso de unos pocos, no con la infamia, sino con su sangre en los puestos de mas riesgo, con aumento de penalidades. Se sortea un batallon cuando todo él es culpable y merece la muerte segun ordenanza, y la humanidad rechaza tanto derramamiento de sangre, no cuando puede haber uno solo que sea inocente. Espartero, obrando legalmente, habria evitado el conflicto que tan fatal pudo ser á la nacion; y á nosotros, que admiramos sus brillantes y distinguidas cualidades, sus gloriosos hechos de armas, su ardimiento en los combates, sus inmensos servicios al pais, procurándole la paz, el disgusto de narrar este suceso, y de atribuirle á la impremeditacion. Sin ella, la justicia habria quedado satisfecha, toda vez que no la faltaban agravios, á juzgar por su comunicacion, en la cual decia lo siguiente:

«Si alguna injusticia se ha cometido, es sola la de no haber hecho mas general el escarmiento, y que éste hubiese abrazado á las clases superiores, tan delincuentes como las de los demas individuos del cuerpo, acostumbrados antes de ahora á la ejecucion de tales crímenes, como podrá observar V. E. por lo que hasta ahora arroja la causa; estando bien seguro, por los disgustos que me ha dado en el poco tiempo que ha estado á mis órdenes, que su comportamiento habrá sido constantemente igual, y que en vez de haber sido útil, habrá, como llevo espuesto, fomentado la rebelion.» Y opina-ba, por último, que el batallon franco de voluntarios de Guipúzcoa quedase disuelto, y se diseminase su fuerza.

Córdoba fué del mismo dictámen, y el gobierno obró cuerdamente en zanjar el negocio, que iba tomando colosales proporciones y podia producir aflictivos resultados, en obsequio del carlismo: la opinion pública estaba irritada, estábalo el Congreso, y los enemigos del trono constitucional comenzaban á gozarse de tan lamentable escision.

#### LOS OJALATEROS.

#### XXXI.

Una palabra tiene á veces una grande significacion en los partidos, y colosal importancia, como lo comprueba el apodo que sirve de epigrafe á este capitulo.

El oficial de caballeria carlista, don Carlos O'Donnell, jóven, valiente, instruido y gracioso decidor, volvía en una ocasion

de un hecho de armás, y algunos de sus amigos que no las manejan, al oírle referir el suceso le contestaron: «¡ojalá hubiesen vds. atacado por tal ó cual parte! ¡ojalá hubiesen vds. hecho tal ó cual movimiento! ¡ojalá!... Pero les interrumpió O'Donnell replicando con viveza:

—Siempre están vds. con ojalás, ¿son ustedes *ojalateros*?»

Esta espresion corrió de boca en boca, y desde entonces era *ojalatero* todo el que no militaba, y como esta ocupacion era la principal y mas necesaria, ese nombre parecia imprimir un baldon á todos los que, pudiendo, no tomaron las armas. Y el espíritu de partido adoptó luego este epíteto como un medio de herir, como hirió, á clases y personas respetables.

El siguiente párrafo de una de las cartas que nos han dirigido sobre este particular, revela exactamente la importancia de tan significativo apodo.

«Si al pasar los batallones por un pueblo ó sus inmediaciones, veian los voluntarios entre las gentes que salian á verlos, alguno que le creyesen *ojalatero*, principiaban á decir los unos: ¡*ojalá ataquen!* y contestaban otros: y *ganemos*. Esto producía la hilaridad en las filas, que comunicándose desde la cabeza á la cola eléctricamente, se convertía en una gritería infernal, haciendo que desapareciesen los *ojalateros*, y los que no lo eran, para que no se les tuviera por tales. Aun entre los mismos navarros, ocurría algunas veces el que, si un oficial ó un voluntario, cualquiera, que habia estado curándose de sus heridas, no se presentaba en las filas en cuanto dejaba las muletas, se le llamaba, si bien en tono de chunga, *ojalatero*, por sus mismos cóvecinos y amigos, y muy particularmente por las muchachas del pueblo. Todo revelaba en aquellas decididas gentes el empeño comun, el deseo vehemente de que se pelease sin tregua ni descanso para vencer; mas luego degeneró dolorosamente la *ojalatería*, haciéndola valer como arma de partido; luego se quiso que los que no pertenecian á cierta fraccion fuesen *ojalateros*: los *ojalateros*, *transaccionistas*, y *estos traidores*. Tanta animosidad para juzgar de las personas, y tan poco discernimiento para saberlas conocer, fué sumamente ruinoso á la causa carlista.

La hidra de la ambicion que se presentara en Portugal en toda su deformidad y con sus siete cabezas, despues de haber lle-

nado allí su funesta mision, se trasladó apresurada á Navarra; y si bien en un principio la repelieron vigorosamente como planta exótica la sierra de Urbasa y los montes de Ulzama, mas tarde fué recibida en las antecámaras, ejerciendo desde ellas su maléfica influencia. Habia personas que, aunque colmadas hasta mas no poder de empleos, consideraciones y favor, temian que don Carlos, sentado en el trono, no tendria bastantes gracias para satisfacer su insaciable avidez, y por eso todo les causaba celos, todo les hacia sombra, y nadie que no fuese ellas solas podia inspirar confianza. Pero por desgracia de todos, hubieron de contentarse con lo que allí poseyeran, porque la discordia que promovieron imprudentemente, y la imprevision de quien debiera haberla cortado á tiempo los vuelos, hicieron que *ojalateros* y no *ojalateros* fuéramos envueltos en las ruinas del grandioso edificio levantado á tanta costa, y desplomado por los cimientos repentinamente.

Ahora bien; si á pesar de las distinciones que dejamos hechas, hubiese todavia quien quisiese atribuir á los navarros en general las vejaciones que han podido sufrir algunos sugetos á titulo de *ojalateros*, eso seria una injusticia notoria, como lo fuera en alto grado el considerarlos enemigos de los demas españoles que se les unieron para hacer causa comun.»

## ZURBANO.

## XXXII.

La guerra civil, como la de la independencia, tuvo tambien, como hemos visto, sus héroes populares, sus hombres, que sobresaliendo de entre la multitud en que habian estado confundidos, se elevaron sobre los demas, y se pusieron al nivel de los mas grandes, si no sobresalieron. El génio necesita ocasion, y cuando se presenta, se manifiesta.

El partido carlista contó indudablemente mas hombres de esta clase en sus filas que el liberal; pero debe tenerse en cuenta la diferencia que hay de la causa de un gobierno establecido, á la que no tiene otro terreno que el que va conquistando. En esta todos están autorizados á obrar; en aquella todos tienen que obedecer; en una hay que conquistarlo todo, en otra que conservarlo. Los Viriátos han aparecido siempre en los alzados: solo el que se sienta con valor se

arroja á las empresas atrevidas. Zurbano fué, sin embargo, una escepcion de esta regla.

Nació este desgraciado personaje en Varea, barrio inmediato á Logroño, que cuenta solo treinta y dos vecinos en veinte y dos casas, el 29 de febrero de 1788, siendo sus padres humildes labradores, si bien recordaban alguna vez, que uno de sus antepasados habia usado escudo cubierto de morrion y cimera, con dos águilas imperiales coronadas en campo de plata, como prueba evidente de la hidalguía de su linage.

Estos antecedentes debieron inducir á los padres de Martin Zurbano á darle carrera, y siendo á la sazón preferida la eclesiástica, le dedicaron á estudiar latin en Logroño, cursando luego la filosofia ó ciencia de razonar. Pero el jóven estudiante no se sentia muy inclinado á los libros, y gustaba mas de burlar la vigilancia de los hortelanos y coger su fruta, que de aprender las lecciones. El primero en las peleas, llegó á ser por su astucia y por su valor el caudillo sin rival de sus compañeros; y apenas tenia diez y seis años, cuando por castigar una ofensa hecha á su hermano, provocó y humilló á un hombre.

La muerte de su padre, varió su posicion, y por ayudar á su hermano Justo, trocó los libros por la reja, la vida inquieta y bulliciosa del estudiante, por la tranquila y monótona del labrador; pero cuando la invasion francesa arrancó á nuestra juventud del seno de las familias para pelear por la independencia de la patria, el pendenциero estudiante, que llevaba sin grande aficion el arado, corrió á las armas, y se alistó voluntario en la partida de Cuevillas, su enemigo en la lucha, objeto de esta obra. Pero hubo de disolverse esta partida, y regresó Zurbano á su pueblo, en el que continuó siendo labrador. Casóse luego, y algun tiempo despues arrastraba en el contrabando una vida llena de azares y peligros, en la cual recibió lecciones que practico despues.

Bien conceptuado entre sus convecinos, dedicados en su mayor parte á tan azarosa profesion, recibió de ellos la investidura de alcalde de Varea, al que prestó beneficios dignos de eterna gratitud. En su tiempo, ninguno del pueblo fué á servir de soldado, haciendo creer que todos los mozos eran pequeñuelos.

En 1820 fué nombrado por sus compa-

ñeros subteniente de nacionales de caballería; y el mismo que á nadie persiguió, ni delató de sus contrarios políticos, se vió al entronizarse la reaccion espuesto á ser víctima de una asechanza, de la que le sacó ileso su buena estrella, pues no le acertó ninguno de los disparos que le hicieron escondidos los que no se le atrevían de frente.

Salvó en aquella misma época á algunos amigos políticos con su fortuna y su arrojo, y aumentando este proceder plausible la odiosidad de los realistas, le provocaron de continuo, llegando á formarle un sumario. Pero elevado al corregidor, no solo le absolvió, sino que condenó á sus calumniadores y testigos falsos.

Zurbano, sin embargo, perdonó al que mas enemigo se mostró de él, y hasta compartió con él su fortuna y su mesa. Este solo rasgo basta para enaltecer á un hombre.

«La presencia de Zurbano, segun vemos en su bien escrita historia (1), de donde tomamos estos apuntes, no revelaba la humildad de su cuna; su actitud era gallarda, y aunque de cabeza erguida, no era altanero su aire.

«Jamás una fisonomía se ha revelado con mas facilidad. Su mirada era fija y penetrante; en su movilidad y su semblante, espresaba la energía de su carácter. Jamás el corazon ha estado tanto en la cara. Su conversacion era animada; su lenguaje cortado, sembrado de comparaciones exactas y picantes cuando referia alguna anécdota propia ó agena, segun su gusto dominante.

«Empezada la guerra civil, hallábase Zurbano oculto por sustraerse al fallo de una causa formada con motivo de uno de esos lances en que su género de vida le empeñaba con frecuencia. Zumalacárregui, que conocia lo útil que podía serle, procuró atraérsele con toda clase de ofertas; pero Zurbano le contestó «que él no volvía la cara, y que estaba decidido á sostener los derechos de la reina y de la nacion, y á combatir á muerte sin descanso á sus enemigos.»

Fraguábase en tanto en Logroño una conspiracion espantosa y bárbara. Se trataba de que á la aproximacion de don Basilio García, se le uniesen algunos partidarios, dejando antes en la ciudad rastro

terrible de desolucion y esterminio. Era el proyecto dar fuego por una mina que al efecto se habia abierto, al almacén de pólvora que encerraba el convento de San Francisco, y en el cual existian ciento cincuenta y siete mil doscientos cartuchos, cuarenta y dos quintales de pólvora, ciento sesenta y cuatro granadas cargadas, y otros pertrechos de guerra. A cinco varas del almacén estaba en el mismo convento el hospital militar con quinientos treinta y ocho enfermos y heridos, y á una vara el civil, con diez y siete. El dia señalado era el 5 de febrero, y ya iba á tener lugar la ejecucion de tan inhumano atentado, cuando llega á noticia de Zurbano. Vuela al gefe político, que lo era don Pio Pita Pizarro, le participa el hecho, marcha éste inmediatamente, y halla al sacristan y á un fraile en un subterráneo con la mecha ya dispuesta.

Logroño debió desde entonces su existencia á Zurbano. Pita Pizarro quiere compensar este servicio señalado, y le propone pida la gracia que le plazca. Anhelando prestar nuevos servicios á la causa de su reina, recibiria, le contestó, como una merced la autorizacion de formar una partida de caballería é infantería para operar en la Rioja alavesa, con la precisa condicion de que se habia de sostener del pais enemigo, sin ser en nada gravoso al erario nacional.

El gobierno, atendiendo debidamente la recomendacion de Pita, que en su claro talento creia descubrir en Zurbano un notable defensor de la causa liberal, dió á principios de julio la competente autorizacion. El gefe político le facilitó diez caballos con sus monturas, que dió Zurbano á otros tantos amigos, no menos valientes que él, equipando á cuatro mas de infantería.

Comenzó dedicándose contra los aduaneros carlistas, y llamó á su partida de *contra aduaneros*, apellidada por el pueblo de la *Muerte*, por la banderola negra que flotaba en sus lanzas. Aquella pequeña partida sin uniforme, sin instruccion, sin disciplina, guiada solo por su patriotismo y entusiasmo, no tenia otro estímulo que la victoria, otro premio que la gloria de vencer á sus enemigos. Iba á militar en un terreno invadido por los carlistas, á batirse contra centuplicadas fuerzas, sin temor á la muerte, ganoso de servir á la patria. Nada, sin embargo, atemoriza á aquellos valientes, y

(1) Por don Eduardo Chao.

confiando en la causa que defendian y en sí mismos, marcharon á la Rioja alavesa, que les ofreció ancho campo á sus astucias, á su valor, á sus operaciones, campo en el que habia de adquirir Zurbano un nombre de todos conocido.

ZURBANO EN CAMPAÑA.

XXXIII.

Las esperanzas que hizo concebir Zurbano no se vieron defraudadas. El nuevo guerrillero no iba á pelear emboscadamente contra un ejército, iba á ponerse frente á frente contra otros partidarios, que eran como él entusiastas, conocedores del terreno y astutos. Este era el mayor obstáculo al visoiño campeon; y sin embargo, nada le arredra: no hay peligros para él, porque no piensa en ellos, y la misma necesidad de sostenerse es el mayor estímulo de acometer todo género de empresas y salir airoso de ellas.

El Villar, Abalos, Samaniego, Barrio-Busto, Yécora, Bargota, Labastida, Peñacerrada, Aldea de la Poblacion, Torres, Sausol, Lauciego, Tejera de Cripau, Albaisa, Bernedo y otros puntos, testigos fueron de sus triunfos mas ó menos importantes. En todos se distinguió como bravo, y cuando no alcanzaba un rico botin, ostentaba como glorioso trofeo no escaso número de prisioneros.

Tan brillante carrera estuvo á punto de ser interrumpida por la traicion. El cura de Dallo, partidario como él de la causa liberal, fuera por emulacion ó enemistad, en la mejor armonia y operando muchas veces de acuerdo, avisó uno de sus movimientos á los carlistas, y solo su valor y el de su gente le libró de no perecer en la emboscada que le armaron.

No pagó el cura su traicion; pero pronto se puso en evidencia. En el mes de agosto, despues de ver frustrado su plan de entregar á Peñacerrada á los carlistas, pasóse á éstos por huir de un justo castigo. Tambien sus nuevos amigos estuvieron á punto de hacerle espiar otro esceso; pero lo evitaron algunos gefes.

Zurbano, consecuente siempre, halla medio de indemnizar á la causa de la reina de la falta de uno de sus defensores, aun-

que no de los mas útiles, por su mal proceder, y la insubordinacion de su gente. Velez como el rayo, interrumpe á los carlistas en la pacifica posesion de las riberas de Alava y Navarra; destruye sus henchidos almacenes de granos en Bernedo, matando á veinte y cuatro enemigos y haciéndoles algunos prisioneros; y al terminar el año, sorprendió nuevamente á los carlistas en San Vicente de la Sonsierra y sus campos, y les ocasionó una pérdida considerable.

Los resultados no podian ser mas lisonjeros para Zurbano y para la causa que defendia, pues en tan corta campaña y con tan escasa fuerza, habia causado á los carlistas una pérdida de mas de quinientos hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y se habia apoderado de cuantiosos recursos. Aquella partida de tan poco halagüeno aspecto en su creacion, instruyóse, se disciplinó, y aumentándose diariamente, fué mas temida que una division del ejército; y el nombre de *Martin Varea* empezó á ser tan conocido en España como el de nuestros mas afamados guerrilleros de la lucha contra los franceses.

ESPEDICION Á CATALUÑA AL MANDO DE GUERGUE.

XXXIV.

Como una consecuencia natural de los progresos que iban haciendo los carlistas en las Provincias Vascongadas, se presenta el origen de las expediciones, que, partiendo de aquel foco de la guerra, iban á llevarla por todo el resto de España. Habíase hecho creer á don Carlos que bastaba la presentacion de alguna gente en casi todas las provincias que no eran dominadas por sus armas, para que se levantasen en masa á defenderle. Habia, es verdad, muchos pueblos dispuestos á abrazar su causa; pero no eran los mas, ni los mas grandes, cuya mayoría, como tenemos demostrado, era, por su ilustracion, adicta á la de la reina, simbolo de libertad entonces.

La primera expedicion que se preparó, fué á Cataluña, donde se ballaban hacimados sobrados elementos para empeñar en el Principado una lucha tan formidable como la que alimentaban las Provincias Vascongadas. Se pensó en que Maroto dirigiera la



espedicion, y le escribió al efecto Villemur, aconsejándole lo solicitase de don Carlos; mas aquel le contestó que nada pediría, si bien aceptaría el mando que voluntariamente se le confiriese. No debió satisfacer á don Carlos esta contestacion, porque nada se le volvió á decir de tal proyecto cuando se trasladó al cuartel real de Oñate, donde vió con sorpresa conferido el cargo que se le habia propuesto, al coronel Guergué, por influjo de su íntimo amigo y paisano Echevarria, promoviéndole al mismo tiempo á brigadier.

Casi todas las expediciones tuvieron suma importancia, y no careció de ella la de Guergué, que, con un puñado de gente salió de Estella, penetró en Aragon por Verdun, pasó por Huesca y Barbastro, y marchando de Poniente á Oriente por la Montaña del Principado hasta el Mediterráneo, visitó el campo de Tarragona hasta Valls, dirigióse antes serpenteando hasta cerca de Barcelona, avanzó al cabo de Creus, se aproximó á los Pirineos por la Junquera y por mucho mas allá de Escaló, y volvió por fin á Navarra, sin haber recogido el fruto de tantas marchas y fatigas, sin haber sabido aprovechar tantos elementos como fué reuniendo al paso.

De nada sirvió que derrotase algunas veces las fuerzas liberales que se le oponian; inútil fué la ocupacion de muchos pueblos, el aumento de su gente y el entusiasmo en un principio de las tropas expedicionarias; la torpeza por un lado, y las intrigas por otro, hicieron estériles á la causa carlista tantos sacrificios, y aumentaron á la historia páginas de sangre y de escándalo, que ocupan un lugar importante en esta expedicion, la primera que salió de las Provincias.

Sin los desórdenes que surgieron en las filas, de los mismos oficiales, que parecian querer imitar en la discordia á los liberales que se destrozaban en las ciudades, el aspecto de la guerra civil habria cambiado; mas todo se iba conjurando contra don Carlos, cuya causa estuvo muy amenazada de sufrir una importante trasformacion al regresar á Navarra los expedicionarios, efecto de las negociaciones que se entablaron con Córdoba, y de las cuales nos ocuparemos á su tiempo.

## GUERGÚE.

## XXXV.

Don Juan Antonio Guergué, natural de Navarra, comenzó su carrera militar de cadete de infantería el 18 de febrero de 1809, recibiendo su bautismo guerrero en la accion de Sausol, el 8 de diciembre, á las órdenes de don Javier de Mina. Hallóse al año siguiente en las de Tarazona y de Arnedillo, en la de Cornago en 1811, en la del monte de Yerdá, de Orduña y en las de Bilbao el 13, 14 y 24 de agosto, en las cuales se distinguió; en las de Salinas de Añana y Nanclares, Durango, y algunas otras en los años sucesivos; encontrándose teniente al terminar aquella lucha, mas gloriosa que prudente.

En 1822 se presentó al ejército realista, y fué ascendido á capitán el 22 de agosto, dia de su presentacion, concurriendo á las acciones de Zapatzuca, campos de Aybar y Barrasoain. Gefe de columna, tomó el 14 de octubre á Estella, guarnecida por veinte y ocho soldados constitucionales. El 15 hizo prisionero al coronel Fernandez con los trescientos cincuenta hombres de su columna, y mandó despues las acciones de Chauri y Aranaz, y posteriormente la de Viana, consiguiendo desarmar á los milicianos de infantería y caballería.

A las órdenes del general en jefe del ejército realista de Navarra, don Francisco Eguía, pasó luego á las de Quesada, y estuvo en la accion de Nazar, desarmó á los milicianos del Ciego y la Guardia, en Alava, y el 7 de enero de 1823, concurrió á la jornada de Muniain, y á los dos dias á la de Estella, á las órdenes de don Santos Ladrón. Dirigió las de Peñacerrada y la Rissueña: encontróse en el bloqueo de Pamplona á las órdenes de don Carlos de España, y en el de Lérida, dando en el interin la accion de Camarasa.

Era teniente coronel al finalizar el año de 1824. A los seis años recibió el grado de coronel, y sirvió en los batallones de Numantinos, Rioja, Alava, Mallorca, Victoria, Málaga y provincial de Logroño.

Adicto siempre al partido absolutista, siguió identificado con él en las vicisitudes por que pasó, hasta que inaugurada la guerra civil, siguió su suerte, mostrándose apasionado en sus ideas.

Designado por su decision para mandar

la expedicion á Cataluña, en órden de 6 de agosto, se le facultó ámpliamente para cuanto juzgase necesario á su mayor éxito, y se pusieron á su disposicion las fuerzas siguientes, y con la organizacion que se espresa, no con la que otros han supuesto.

BATALLONES.	INFANTERÍA.			CABALLERÍA.			MUNI- CIONES.
	Gefes.	Oficiales.	Tropa.	Gefes.	Oficiales.	Tropa.	Cargas.
Guias de Navarra . . . . .	2	29	597	»	»	»	»
Sétimo batallon de id. . . . .	2	32	623	»	»	»	»
Noveno id. de id. . . . .	2	30	459	»	»	»	»
Columna de la Ribera de id. . . . .	2	5	208	»	»	»	»
Primero de Castilla. . . . .	4	23	546	»	»	»	»
Caballería { Escuadron expedicio- expedicionaria. } nario. . . . .	»	»	»	1	10	105	»
Id. de señores oficiales. . . . .	»	»	»	»	10	»	»
Brigada de municiones. . . . .	»	»	»	»	»	»	30
Totales. . . . .	12	119	2433	1	20	105	30

*Nota.* Llevaba ademas dos piezas de á lomo y 20,000 rs.

Iban ademas como auxiliares en el mando de la espresada fuerza, y para el de la que pudiera crearse, don Blas Maria Royo, coronel de infantería, ayudante general de estado mayor, y como tal gefe de estado mayor de la expedicion; don Gabriel de Laci, primer ayudante de estado mayor; don José Maria Fortun, segundo idem; don Vicente Vera, ayudante adicto, y don Bernardo Alonso de Santocildes, oficial que habia sido del ministerio de la Guerra, y teniente coronel de caballería, encargado de la secretaría de campaña.

Los gefes de los cuerpos eran los siguientes:

INFANTERÍA.

*Batallon de Guias.*

Primer comandante, el coronel de infantería don José Juan de Torres.

Segundo, id., don Bautista Bergara.

*Sétimo batallon.*

Primer comandante, don Joaquin Sa-  
güés.

Segundo, id., don Francisco Tomás.

*Noveno batallon.*

Primer comandante, don Sebastian Echarte.

Segundo, id., don Martin Lerga.

*Décimo de Castilla.*

Primer comandante, el coronel graduado don Juan O'Donnell.

Segundo, id., don José Linares.

*Columna de la Ribera.*

Primer comandante, don Victoriano Cor-  
deu (el Rojo.)

Segundo, id., don Angel Castillo.

CABALLERÍA.

*Escuadron de oficiales de la Legitimidad.*

Gefe del escuadron, don Miguel Lordan.

MARCHA DE LA ESPEDICION.—SU ENTRADA EN HUESCA.—SU BANDO Y PROCLAMA.

XXXVI.

Hallábase Guergué en Estella, ciudad donde pocos años despues fué fusilado por sus mismos compañeros, cuando el 8 de agosto emprendió su movimiento, lisongeado con el honor que se le dispensaba, y con el porvenir que le ofrecía una espedicion que, aunque llena de peligros, le presentaba ancho campo de lucimiento y de gloria. Pernoctó en Olo, y el 9 lo verificó, y su gente, en Larrainzar, Iraizoz, Olagüe y Arraiz, donde supo que Gurrea, su contrario, se hallaba en la Ribera de Navarra, entre los rios Arga y Aragon, en expectativa de sus movimientos. Por esta razon descansó el gefe liberal en Huarte y Villaba, y el carlista ocupó el 10 los mismos puntos que el dia anterior.

El 11 marchó la espedicion por Olagüe y Zubiri á pernoctar en Erro, Olondriz, Arrieta y Esnoz, sabiendo Guergué en este dia por el comandante de la columna de la Ribera, que al atravesar éste la carretera de Montreal, fué cargado por Gurrea, que le dispersó alguna gente; mas no impidió se cubrieran los puntos de Berdum y Jaca, como se le habia encargado para disimular el movimiento.

El 12 marchó por Zaraquieta, Nagoren, Orbaiz, Itoiz y Aoiz á pernoctar en Zabaza, Irurozqui y Ozcoide, y el 13 penetró en Aragon, atravesando el escabroso puerto de Ollate por Castillo Nuevo, último pueblo de Navarra, y pernoctó en Salvatierra, Berdum y Villareal.

Gurrea, en tanto llevaba siempre en jaque á la division espedicionaria, hasta que en Huesca quedó á retaguardia.

Desde que salió la espedicion de Navarra, empezó á ser racionada con bastante dificultad; y su gefe comprendió entonces la responsabilidad que llevaba sobre sí, lo cual le aterró algun tanto, en vez de confiar mas en si propio. Pero ya no era cosa de retroceder; y el 14, atravesando por el puente del rio Aragon y Paternuei, fué á pernoctar á Ena, Oscia y Centeñero. Empezó luego una marcha de once horas, yendo á descansar el 15 en Yecra, habiendo pasado por Javierrelatre y el Pantano de Huesca.

La sorpresa de esta capital fué el objeto

de aquella marcha forzada; pero no se les presentó resistencia por retirarse aquella noche á Barbastro los quintos y urbanos que la guarnecian.

En la marcha hizo Guergué algunos prisioneros, interceptó el correo de Francia, portador de comunicaciones del embajador, duque de Frias, al gobierno, y á la madrugada del 16 se presentó á la vista de Huesca. El cabildo y algunos individuos del ayuntamiento, salieron á cumplimentarle. Alojáronse los cuerpos con todo descanso, despues de oír misa en la plaza, y tomó Guergué algunas medidas que creyó necesarias, recogiendo las armas de los nacionales, abriendo un alistamiento de mozos, y apropiándose en el convento de San Francisco las alhajas de las comunidades religiosas allí depositadas, las cuales, previo inventario que formó el canónigo Cebollero, parece fueron entregadas al obispo de Barbastro.

Dejando á Santocildes con algunas compañías de guías encargado del mando de la provincia, le dió orden de observar el siguiente bando:

*Don Juan Antonio Guergué, dueño y señor del palacio Cabo-Almería de Legaria y sus pertenecidos, caballero de la real y militar orden de San Fernando, condecorado con la cruz de Fidelidad militar de primera clase y otras varias por acciones distinguidas de guerra, ayudante general del estado mayor general del ejército, brigadier de infanteria y comandante general de la division de Aragon, etc. etc.*

Encargado por la piedad del rey nuestro señor don Carlos V de remover en este reino cuantos obstáculos se opongan á hacer resaltar la justicia de su sagrada causa, y deseando corresponder dignamente á tan honórfica comision, hago saber á todos sus habitantes:

1.º Que los alucinados que hayan tenido ó tengan la debilidad de abandonar sus hogares y el reposo de sus familias incorporándose en las banderas de la titulada reina Gobernadora, y emprendiendo una marcha en que el delirio de su fantástica imaginacion los precipita, cometen una falta de la mayor trascendencia en persuadirse que por solo el hecho de haber tomado las armas para sostener la usurpacion experimentarían el menor perjuicio en sus personas é intereses; en su consecuencia, y no anhelando

S. M. otra cosa que el acoger bajo su manto paternal á sus hijos extraviados, invito á todos en su real nombre á que depongan inmediatamente las armas y se me presenten para darles las garantías que se conceptúen necesarias para su seguridad y la de cuanto les pertenezca.

2.º El término para gozar de este beneficio será el de cuarenta y ocho horas despues de las que se contemplen necesarias para que llegue á su noticia esta invitacion soberana.

3.º Por consecuencia de los dos artículos que preceden, concedo á los habitantes de este reino, que habiendo pertenecido á la titulada milicia urbana ó á otro cuerpo, han permanecido y siguen pacíficos en sus casas, á los primeros dos horas de término, y á los segundos veinte y cuatro, para que en los respectivos ayuntamientos entreguen el armamento, fornituras, municiones, equipo y vestuario, en inteligencia que al que despues de haber espirado este término se le encontrase alguno de los artículos expresados, será tratado con todo el rigor de las leyes de la guerra; lo mismo que si los comprendidos en el artículo primero persistiesen en las filas de la usurpacion y cayesen prisioneros, experimentarán el castigo á que su contumacia los haga acreedores.

4.º Para la entrega en igual forma de armamento, municiones, equipo, vestuario, sillas de montar, bridas, caballos y yeguas que lleguen á seis cuartas y media y demas pertrechos de guerra, son comprendidos todos los habitantes de esta ciudad y su partido, sea cual fuere su opinion y categoría, quedando sujetos los negligentes á sufrir el castigo de su inobediencia.

5.º Cuantos gefes, oficiales y voluntarios realistas tuvieron en otro tiempo la honra de pertenecer á unos cuerpos que se miraron como el único sosten y baluarte del trono, están hoy en mayor obligacion de corresponder dignamente á la confianza que de ellos se hacia. En su vista, todos aquellos y cuantos no hubiesen correspondido á la milicia urbana y se encuentren en la edad de diez y ocho á cuarenta años, se presentarán en esta ciudad en el preciso término de veinte y cuatro horas, para ser incorporados en las banderas de nuestro legítimo soberano, sin perjuicio de que la próxima creacion de una junta de agravios entienda en las exenciones y se conceda su licencia á cuantos corresponda de justicia.

A los ayuntamientos haré de su cumpli-

miento en la parte que les toca, la mas severa responsabilidad, que estenderé, si fuere necesario, hasta el último rigor.

Cuartel general de Huesca, 16 de agosto, de 1835.—El comandante general, Juan Antonio de Guergué.

A este bando, tan criticado en la córte carlista por falta de energia, siguió esta proclama, que creemos deber publicar aqui.

Aragoneses: encargado por el soberano agosto que nos rige del mando de una division de su ejército, que lleno de glorias en Navarra, las trasmitiese á otras provincias, no podia mi corazon experimentar mayor efusion de alegria que dirigiéndome á vosotros. El rey nuestro señor, que de cerca vela sobre todos sus amados pueblos, y que sabe con todo el dolor de su paternal corazon, la opresion que de largo tiempo ejerce sobre vosotros el despotismo militar y el desenfreno de las mas agitadas pasiones, encubierto con el doble crimen de la mas negra usurpacion, me manda, no á hacer la guerra á este pais, clásico por su jamás desmentida fidelidad, sino á ayudarnos á sacudir tan pesada carga, corriendo presurosos á inscribiros en las filas de los leales que tengo la honra de presentaros con quienes identifican vuestras costumbres, vuestras leyes, nuestra sacrosanta religion y vuestro constante ardor en defensa de tan sagrados objetos. Testigos habeis sido de los horrendos crímenes cometidos en Zaragoza por una horda de alevosos, partidarios supuestos de Cristina; no ignorais los atentados mas inauditos perpetrados en Madrid, y repetidos por desgracia en Cataluña y en diferentes ángulos de la Peninsula, disfrazados únicamente con las voces de libertad y república en que quieren sumirnos: en todas partes, con este especioso pretesto, el puñal fratricida de los nuevos regeneradores se asesta contra el clero, las comunidades religiosas, contra la virtud misma; y en una palabra, ni el templo de Dios ni el santuario de las leyes están exentos de sus sacrílegas manos: todo lo sabeis, ¿y será posible que en medio de tantos males, que tan de cerca os amenazan, permanezcais por mas tiempo en un criminal silencio? No cabe tal pusilanimidad en pechos aragoneses; la nacion entera espera salvarse por vuestros esfuerzos: dejad vuestras faenas y corred presurosos á inscribiros en las banderas de nuestro legítimo soberano, donde hallareis

á los heroicos navarros y castellanos, que no dejando ya enemigos que combatir en aquel pais, vienen únicamente á abrazaros como amigos y á ayudaros como vecinos; en sus filas no brilla otra cosa que la virtud, la subordinacion militar y el valor, prendas que tambien os son inherentes, con las cuales quedan en todas partes desvanecidas las diatribas con que nuestros enemigos han tratado de denigrarnos; abrazad esta resolucion con la lealtad que os es característica, y en breve acabaremos de allanar el camino del trono al mejor de los reyes, coronándoos primero de laureles las victorias á que os conducirá (ó perecerá entre vosotros) vuestro comandante general y compañero.— Juan Antonio de Guergué.

Huesca 16 de agosto de 1835.

La expedicion, cumplido su objeto, siguió su marcha á Barbastro, donde tambien entró.

ENTRADA DE LA ESPEDICION EN CATALUÑA.  
SU SITUACION APURADA.

### XXXVII.

Las detenciones á que se veian precisados los expedicionarios, tanto para proveerse de lo necesario, como para propagar la insurreccion, permitieron les alcanzaran sus perseguidores, y el 20 lo fueron por el capitán general de Aragon, don Felipe Montes, los de la retaguardia de la division que, á las órdenes del coronel don Juan O'Donnell, quedó en Barbastro.

Las fuerzas de Santocildes lo hubieran sido tambien en Huesca por Gurrea, si favorecido por la oscuridad de la noche, no hubiese aquel ganado la barca de la Peña de la Cambra para atravesar el Cinca, y haciendo una jornada extraordinaria, no lograrse al dia siguiente incorporarse en Benavarre con la division, como lo hizo O'Donnell, sin pérdida considerable. Sobradamente indemnizada con los que se presentaron en Huesca y Barbastro obedeciendo el bando anterior, creó Guergué un batallon con el título de Voluntarios de Barbastro, armándole con los fusiles recogidos en ambos puntos.

Montes y Gurrea ocuparon á Tamarite y Monzon; y una columna de urbanos, que se hallaba en Benaque, bajó al saberlo á unirse con los anteriores gefes, mas tropezó en Roda con Guergué, quedando prisione-

ros los comandantes de los urbanos de Tamarite y Alcampel, victimas mas adelante del encono de los partidos y de la guerra.

Dirigióse Guergué á Tremp, cabeza de partido de la Conca de este nombre, cuya guarnicion se habia retirado, y siguió por Arens y Talarn, incorporándosele sobre la marcha el atrevido partidario don Antonio Borges, que operaba en la Montaña que dividia Aragon de Cataluña, con unos quinientos hombres.

En la misma noche del 25 se presentó tambien á Guergué don Jacinto Orleu, coronel de voluntarios realistas, poniendo á su disposicion los tres mil quinientos á que ascendia el número de los que se pronunciaron tres dias antes.

El 26, los tenientes del regimiento infanteria de Zamora, Oiza y Palacios, destacados en Orgañá, auxiliados por algunos mozos del mismo pueblo, desarmaron á los urbanos, y con aquellos y los treinta y tres hombres de su destacamento, se presentaron al gefe carlista, haciendo traicion á sus juramentos.

Los últimos dias de agosto los invirtió Guergué en atravesar trochas y veredas intransitables hasta llegar á Guisona; avanzando un destacamento al mando de Santocildes al pueblo fortificado de Oleana, que tomó, retirándose su guarnicion y la de Peramola á Pons.

Ningun obstáculo se oponia á la marcha de la expedicion: entraba en capitales como Huesca y Barbastro, en pueblos fortificados como Oleana; fuerzas considerables se le aumentaban, y sin embargo, cuando mas en auge parecia estar, era su situacion mas crítica.

Desde el momento en que pisaron el suelo catalan, no oyeron otra cosa que la campana de somatén, y el grito de *mueran los carlistas*; y aunque no pasaba de estos alardes la resistencia que hallaban en los pueblos defendidos, imponentes el aspecto de tantas poblaciones que no veian amigas, y que servirian de auxiliares á las tropas de la reina que les perseguian de cerca.

Pero no era esta su mayor desgracia: las tropas expedicionarias iban descalzas, desnudas y hambrientas, y en ninguna parte encontraban por su multitud, los recursos de que tanto necesitaban. Estas privaciones producian el descontento de aquellos soldados, cansados ya de tantas penalidades y fatigas, sin el resultado que se prometian, y murmuraban y pedian volver á

Navarra, que era la verdadera tierra de promision de los carlistas, por la fertilidad de su suelo.

Creyéndose impotente Guergué para contrarrestar aquella adversidad, tomó la resolucion de las almas comunes: desistió de su adelantada empresa, renunció á radicar la guerra en Cataluña, y para dirigirse otra vez á Navarra, dividió sus fuerzas en dos columnas, al mando la una de O'Donell, y al suyo la otra. Abriéndose cuanto lo permitió la posicion de las tropas en su seguimiento á fin de racionarse con menos dificultad, y evadir su encuentro, convinieron en reunirse hácia el 6 de setiembre en las inmediaciones de Graus, como así lo ejecutaron en la noche del mismo día.

Trató Guergué de vadear el Cinca cerca de Barbastro, y de atacar á Montes, que ocupaba este punto, si le salia al encuentro, abriéndose paso á todo trance para Navarra; pero una tempestad horrorosa, que sobrevino á media noche, puso al Cinca invadible, y colocó á Guergué en una posicion mas crítica y apurada. Retrocedió entonces á Graus, continuó amagando á Benasque, con objeto de cruzar la montaña de Aragon y conseguir su propósito; mas se le habian anticipado las fuerzas de la reina, que tenian á Benasque bien defendido, ocupando Montes á Barbastro y las barcas del Cinca, Gurrea á Tamarite, y la legion argelina la Conca de Tremp. No quedaba otro arbitrio á Guergué para prolongar algo mas su existencia en el apuro en que se veia, que continuar rio arriba; y en la noche del 9, despues de once horas de marcha, pernoctó en Abidaller, á orillas del Esera, y el 10 continuó por Pont de Suert, sin saber qué partido tomar, porque ademas de las columnas citadas, Pastors se hallaba con la suya en Guerri.

Pero este gefe liberal cometió un error que salvó á los carlistas, pues deslumbrado con el movimiento aparente de Guergué, abandonó el interesante punto de San Juan de Lern, por donde justamente se salvó la expedicion, que hubiera entonces sucumbido irremediamente, porque ni un esfuerzo de valor la era ya posible para salvarse.

Prueba evidente del peligro en que se halló Guergué, si para algunos no lo fuese la situacion en que le tenian cogido como en una red las columnas contrarias, menos causadas y bien racionadas, que ya estuvo para procurarse una capitulacion honrosa

con Gurrea, ó penetrar en territorio francés.

Pero no fué solo el desacertado movimiento de Pastors el que salvó á Guergué: contribuyeron á ello poderosamente la entereza del gefe de su estado mayor, la de su secretario Santocildes, y los conocimientos prácticos que manifestó poseer el gefe del resguardo Bellido, todos los cuales sacaron al caudillo carlista de la confusion y perplejidad en que yacia, pues ni aun sabia aprovecharse del descuido que cometió Pastors.

Con el designio de pasar al Bajo Aragon á través del Principado, San Juan de Lern sirvió de paso á la mal parada expedicion.

#### SITUACION DE LOS CARLISTAS CATALANES Y DE LLAUDER.

#### XXXVIII.

Los carlistas catalanes, que nunca habian dejado su pais, sufrían en tanto notables vicisitudes. Despues de haber saqueado la mayor parte de los pueblos, que vieron abandonados por haber reconcentrado Llauder las tropas y urbanos en los fuertes, empezaron á verse apurados para subsistir. Este resultado, favorable por una parte á la causa liberal, le era muy adverso por otra, y si Llauder se le habia propuesto, no habia meditado acaso lo suficiente sus graves consecuencias; era lo mismo que talar un monte para evitar su incendio.

Los carlistas tuvieron así necesidad de aproximarse á los fuertes y á las grandes poblaciones para buscarse la subsistencia, aunque cada racion les costase un combate; y no llevando la mejor parte en muchos, experimentaron pérdidas considerables; y la muerte de Colomer, Fon, Llaugé, Saura, Viñas, Vallés, el Teulé, Bolét, Bragué, marqués de Sampedor y otros gefes de partidas, fueron otros tantos triunfos para la causa que habian hostilizado. Fué tambien el encuentro que el coronel Niubó tuvo el 19 de julio en Pasanan con algunas partidas reunidas, obrando en consecuencia de las órdenes directas de Llauder, por cuyo resultado, y el de las operaciones de los gobernadores de Tarragona y Lérida, tambien prescritas, se presentaron á indulto en el distrito de Tarragona mas de cuatrocientos carlistas.

Bassa, Churruca, Vilanova, Oliver, Calvet, Cols y otros, perseguian incesan-

temente á Tristany, Ros de Eroles y al Muchacho, los cuales, careciendo de recursos, pasaban una vida miserable y angustiosa. Solo el conocimiento que tenían del terreno, y las simpatías con que en muchos puntos contaban, les proporcionaron á veces hacer algunas sorpresas, en las que obtenían favorables resultados.

Pero es asombroso que, aun arrastrando aquellos rebeldes una existencia tan azarosa, sufriendo continuos descalabros, y presentándose á indulto muchos de ellos, la situación de la provincia no mejorase: nuevos y briosos jóvenes llenaban el vacío de los muertos y presentados, y siempre que había fusiles no faltaban muchachos de ardiente fé por la causa que abrazaban, que los empuñasen.

Esto no obstante, sin las conmociones que tuvieron lugar en Cataluña y hemos referido, Llauder hubiera visto coronados felizmente sus esfuerzos. Tenía, no hay que dudarlo, decidido empeño en pacificar su distrito, y los mismos carlistas son testigos del temor que les infundía aquel general denodado, que servía mejor la causa liberal en el campo de batalla que en el gabinete del ministerio; que manejaba mejor la espada que la pluma; que entendía algo más de guerra que de gobierno.

Llauder luchaba además con un inconveniente, que era el inconveniente con que todos luchaban, la escasez de fuerzas para proteger todos los pueblos. En vano las pedía al gobierno; éste no podía hacerlas surgir del suelo como los guerreros de la fábula, y cuando desguarnecía un punto para satisfacer los apremiantes deseos de un general, nuevos acontecimientos obligaban á distraer á otro sitio aquellas tropas. Insistía Llauder en su envío, y en 20 de julio le contestó desde San Ildefonso el ministro de la Guerra, Ahumada, diciéndole que la reina Gobernadora se había enterado de los sucesos que le refería con fecha del día 11; que no dudaba de la realidad de los hechos, ni de las razones que le obligaban á pedir con repeticion se mandaran fuerzas á aquella capitania general; «mas V. E., le decía, que ha sido secretario del despacho de la Guerra, sabe cuáles son las fuerzas que el gobierno tiene disponibles, y cuántas las atenciones que se ve en la necesidad de cubrir, perentorias todas, y siempre urgentes. Es por tan poderosos motivos por los que en varias ocasiones se le ha dicho á V. E. por este ministerio, que

no tiene S. M. tropas disponibles que mandar á Cataluña.»

No podía darse comunicacion más desconsoladora; y en ella, sin embargo, se confiaba «en que el celo de Llauder sería empleado de tal modo, que las facciones no progresarian.»

Esto era imposible, y así se vió que las fuerzas carlistas que fueron batidas y dispersadas en Pasanan, volvieron á reunirse en el mismo punto, sin que nadie les molestase; y que la Conca quedaba desde luego á merced de las partidas que quisieran invadirla, pues las escasas tropas que operaban en el distrito, tuvieron que reconcentrarse en Valls, Reus y Tarragona, á donde las llamaron los desórdenes revolucionarios, tan favorables á los carlistas.

Colubi movilizó entonces los urbanos de Brañin, Puigpelat, Alió y otros pueblos; pero su corto número solo podía ser útil para perseguir los dispersos ó pequeñas gavillas; mas no para oponerse á las crecidas fuerzas ya organizadas y en creciente aumento.

Warleta se retiró entonces con sus columnas al distrito de su cargo, y Van-halen con la suya, daba pocas señales de vida.

Llauder no podía llevar á bien las negativas del gobierno, y le calificaba de imprevisor, porque en vez de reforzar la guarnicion del Principado, se sacaban de él tropas que no se reemplazaban. Insistió en sus reclamaciones, pero fueron vanas. Y cada una era de mayor gravedad, mas difícil de atender. En febrero pedía para atajar los males tres mil hombres; en abril cuatro mil, en junio ó julio seis mil, y últimamente ya no creía bastante este número. Tal incremento iban tomando los carlistas.

En efecto, al poco tiempo se contaban en el Principado de Cataluña mas de veinte mil hombres, que á obrar con mas inteligencia y union sus gefes, á saber aprovecharse de la expedicion de Guergué, á no haber ocurrido los desastres que referiremos, la guerra en aquel país hubiera tomado el imponente aspecto que en las Provincias Vascongadas.

#### CONCLUSION DEL MANDO DE LLAUDER.

#### XXXIX.

La escolta que acompañó á Llauder se vió á su regreso sitiada en Tuxent, donde

sin murallas ni viveres resistió once dias contra considerables fuerzas carlistas.

Ya hemos visto lo imponente de éstas: el estado del pais, era por tanto lamentable. En una esposicion dirigida á Mina en 7 de octubre, decia la junta de la Montaña:

«Las facciones divagaban de bosque en bosque, obligadas casi siempre á transitar de noche, padeciendo trabajos los mas penosos, cargados de miseria, salvándose solamente en las dispersiones y ocultacion de los habitantes del pais, sin que de nuestra parte hubiese mas que pequenísimas columnas en el Llobregós, Solsona, Cardona y Bagá. Las poblaciones estaban defendidas; y con ellas y otros puntos militares establecidos en posiciones acomodadas y ventajosas, se lograba hacer mas dificiles los tránsitos del enemigo, y mas penosa y desesperada su situacion. Los pueblos no se atrevían á ir á aumentar la faccion viendo la desesperada vida que llevaban, asi como el trágico fin de Romagosa y su colosal empresa, siendo de ahí que Tarragona, á pesar de sus decididos esfuerzos y conatos, y de los de sus partidarios, tampoco pudiese llegar á formar una regular gavilla. Ahí tiene V. E. la época pasada: veamos la presente, prosigue la junta. Desocupados todos los puntos militares, las poblaciones abandonadas, Solconay y Berga bloqueadas, y aun esta plaza de Cardona, á lo menos en muy dificil comunicacion, y sin que con fuerzas que no sean muy respetables se pueda salir de sus puertas. Sansó, teniendo fijado su asiento en San Lorenzo de Moruñis, y recogiendo en aquel pueblo cuantos viveres y provisiones vienen destinados á nuestras poblaciones, dicta allí sus leyes con el mayor sosiego y seguridad: al propio tiempo que, estableciendo un hospital en el santuario de Nuestra Señora del Hort, nos acredita la prepotencia que han tomado las bandas rebeldes, cuando es sabido que en la pasada época era la pena mayor que los afligia, teniendo que curar sus heridos en alguna cueva ó barraca, y á lo mas fiándolos á la contingencia de alguna casa liberal, á la que se obligaba con terribles amenazas. Oñana, Orgañá, Torá, la incomparable Tuxen y otras ocupadas por el enemigo; estendido éste por varios otros puntos del Principado, y lo que es mas, con poder para obligar á nuestras tropas á una marcha retrógrada desde la Seo de Urgel hasta Agramunt, pasando por esta plaza y Calaf, despues que el infeliz y valiente comandante

Sebastian, con su acreditada y meritoria columna, estuvo á punto de perderse entre los tres puentes de Orgañá. El espíritu público, la influencia de aquella en éste, ¡ah! señor, solamente trasladándose á este desgraciado pais es como de ello puede tenerse una idea.»

Otras esposiciones se hicieron en este sentido, y aunque está bastante recargado el colorido, hay verdad en el fondo.

El mando de Llauder en Cataluña ha sido juzgado, mas por espíritu de partido que por sus hechos. Llauder, no hay duda, cometió errores: valióse de medios desacertados; pero ¿cabe culparle de tibieza, de falta de celo y adhesión á la causa de la reina? Si no recogió el fruto que se prometía y tanto procuró, no fué culpa suya en la mayor parte; fuélo mas bien de los mismos que le censuraban. El no pudo impedir el prodigioso aumento que, merced á las causas en otro lugar apuntadas, tuvieron los carlistas, aumento al cual contribuyeron en mucho, como hemos visto, los mismos que le acusaban de no ser liberal, los mismos que se atrevieron á echar sobre la frente de un militar honrado y decidido por la causa de la reina la calumnia de concusionario de indebidas exacciones. Fuera de la guerra, todos vemos sin peligro, con serenidad todas las cosas; todos la dirigimos perfectamente sobre el papel, en el fondo de nuestro gabinete; todos hallamos yerros, todos les habríamos evitado, todos sabemos mas que cuantos generales tomaron parte en esa lucha; que todos los de Napoleon, que marchitaron sus glorias, que abatieron sus laureles á los pies de los facciosos de aquella época, acaudillados por curas y frailes, por pastores ó labriegos; que todos los de la república, impotentes para con los paisanos de la Vandée. Las guerras civiles son el escollo de los militares: la ciencia de la guerra es en ellas casi inútil. El enemigo no se presenta sino cuando reúne las mayores probabilidades del vencimiento, escogiendo posiciones ventajosas para el ataque, defensa y retirada. Diseminado casi siempre, contando por lo general con el pais, sin miramientos ni consideraciones que guardar, sin leyes que respetar, sin intereses que proteger, suyo lo que es de sus adversarios y aun de sus afectos, llevando sin murmurar toda clase de privaciones, porque á ellas se ha arrojado voluntario, sin que las derrotas y descalabros parciales le desalienten, porque ha contado con unas y



otros, burlando siempre la persecucion de las masas, embarazadas de suyo, merced á su propia ligereza y movilidad, á su sistema de dispersion, llega á hacerse impalpable, invasible para el ataque, terrible para librarse de sus acechanzas, en todas partes reproduciéndose. Agréguese á todo la inclinacion á la guerra de los voluntarios, su osadia y valor, su fanatismo, el genio de los gefes, la constancia española en el sufrimiento, y dígase, no por nosotros, sino por los extraños, si no llevaban en esta lucha mejor parte que el ejército las bandás rebeldes, si podían los generales, con opuestas condiciones, obrar con arreglo al arte, alcanzar las ventajas que su pericia y su valor hubiera podido conseguir de otro ejército. La misma contienda se encarga de hacer patente nuestro juicio. Mina, Jáuregui, Amor, Albuin y tantos otros, terror de las legiones, que al través del desierto llevaron las águilas francesas á las Pirámides de Egipto, ¿lo fueron acaso de los guerrilleros de don Carlos? ¿No fueron de la mayor importancia los servicios prestados por partidas de voluntarios de Isabel? Téngase, pues, entendido, que cuando, aparte de faltas de tanto bulto que no admitan disimulo, y evidencien una ignorancia ó un descuido indisculpables, critiquemos las operaciones de los encargados de la guerra, lo hacemos siempre con la íntima conviccion de que nada omitieron á su alcance por mejores resultados, de que á todo eran superiores las circunstancias, de que sus mismos contrarios, ante los que muchas veces se eclipsaban glorias tan puras como justamente adquiridas, habrian eclipsado ante ellos la suya, cambiada la posicion. Zumalacárregui, Eguia, Villarreal, Zaratigui, Negri, y los principales gefes carlistas, habian salido del ejército; todos los caudillos que por tanto tiempo tuvieron en peligro el trono de Isabel II, que hicieron necesario el apoyo moral y material al de mayores potencias, todos los esfuerzos del pais, que tantas batallas ganaron, y que no fueron, por fin, vencidos, todos, menos Cabrera, eran compañeros de nuestros generales. ¿Qué habria hecho Zumalacárregui siguiendo de coronel de un cuerpo? Batirse á las órdenes de su gefe como se batieron los demas; ascender por su denuedo y bizarría como ascendieron otros; llegar, si se quiere, por su inteligencia á mandar como Córdoba y Espartero un ejército que carecia de todo, en un pais enemigo, sin dominar otro terreno

que el que pisaba, costándole cada movimiento, cada socorro, cada convoy un ataque en posiciones escogidas del contrario, sujeto á las órdenes del gobierno. Las situaciones eran opuestas, y deben tenerse muy en cuenta para juzgar de unos y otros imparcialmente.

Pero volviendo á Llauder, tan lejos estuvo, y esto fué comun en nuestros generales (dicho sea haciendo á su probidad la debida justicia), de abusar de su posicion con los caudales públicos, de apropiarse recursos que las desatendidas y apremiantes necesidades de la guerra hacian precisos, que, como lo prueba en sus memorias, fué gravado en sus intereses, que destinó muchas veces para sufragar gastos oficiales. No puede, pues, culparse de impura su administracion sin cometer la mayor de las injusticias, sin faltar completamente á la verdad. Ella hizo, por el contrario, marcado contraste con la de su antecesor el conde de España, cuya memoria fué tan fatal para los españoles bajo todos conceptos.

#### DEFENSA DE TORÁ Y OTRAS OPERACIONES.

#### XL.

Quando los liberales daban tregua á sus pasiones, y miraban en su rededor y veian lo que habia utilizado el comun enemigo sus disensiones, parecia cobrar nuevo brio; y sin que les asustara el multiplicado número de sus contrarios, se lanzaban á la pelea y oponian con su entusiasmo un fuerte dique al progreso de la insurreccion.

Esta cobró una osadia cruel y horrible, que demostró impiamente en Camarasa (1); mas la indignacion que causaron tan bárbaros y viles asesinatos, fueron causa de que otros pueblos hicieran defensas tan heroicas como Torá. El 8 de agosto se presentaron á su frente Sansó, Tristany, Ros

(1) Una partida de carlistas sorprendió á este pueblo á fines de mayo, y los cincuenta urbanos que le guarnecian se refugiaron á la iglesia para defenderse. Incendiada por los carlistas, rindiéronse los urbanos. Asesinados inhumanamente su capitan, su teniente y el alcalde, fueron atados los demas de dos en dos por la espalda, degollados, y arrojándolos desde el puente al rio Segre con piedras enormes por si acaso no estaban bien muertos. Este hecho horrorizó de tal modo á los habitantes de las cercanias, que dejaron de abastecerse por mucho tiempo del agua y de la pesca de este rio.

de Eroles, Grabat de Guisona, Borges, Toriana de Vellber, Camas-cruas y el Muchacho con unos dos mil hombres.

Para hacerles frente solo contaba el capitán de Saboya, don Matías Chamorro, con ciento diez, entre soldados y urbanos que de los pueblos de las inmediaciones se reunieron en Torá á la noticia de la aproximación de los carlistas.

Sansó intimó la rendición, y despreciada, se rompieron las hostilidades, siendo tan tenaz la defensa de los sitiados, como empeñado el ataque. Cortadas las aguas, quemadas algunas casas y pajares, y amenazados de destruirlo todo, presentaba el pueblo un espectáculo deplorable: cercado de las llamas por todas partes, conmovian los ánimos los alaridos de las víctimas, aturdió la gritería del combate. Este cuadro aterrador, que duró treinta y ocho horas, no fué, sin embargo, bastante para desalentar á tan animosos defensores: creció por el contrario su decisión, y como si no fuera suficiente el valor de aquellos bravos, una muger, doña Concepcion Preciado, esposa de Chamorro, ó de otro capitán de Saboya, recorrió sable en mano los puntos de mayor peligro, aumentando el entusiasmo de los combatientes, y suministrándoles víveres.

La columna que mandaba don Manuel Sebastian, y salió de Cardona al saber el sitio de Torá, llegó á tiempo, y á la bayoneta desalojó á los carlistas de todas sus posiciones, ayudada en esta operación por los sitiados, que no se mostraron menos briosos en el campo que tras las débiles tapias de aquella villa insignificante.

Mas de doscientos heridos y de setenta muertos fué el resultado personal de aquella pelea encarnizada.

A poco tuvo lugar en Villavella otro combate mas sangriento, porque no se dió cuartel, y cuantos fueron alcanzados fueron muertos. Rovira, llamado el Pep del Pó, atacó con su batallón de cuerpos francos á dos mil carlistas: hacen estos frente; se chocan con bravura, usan los francos de la bayoneta, vencen, y dejan regado de sangre y poblado de cadáveres el terreno que conquistan. Calvet sostiene otra acción el 12 con los carlistas en Bacarizas; y el 13 es atacada la villa de Prats de Llusanés por Roquila y Altamira.

Invadía ya á este tiempo la expedición navarra el territorio aragonés, y el capitán general de este distrito procuró hacer fren-

te á tan incómodos huéspedes, reuniendo al efecto todas las fuerzas disponibles.

Pero sigamos á la expedición en su marcha, porque con ella están ya enlazados los hechos militares de Cataluña.

PENURIA DE LA DIVISION ESPEDICIONARIA.—  
SUS OPERACIONES ULTERIORES.

XLI.

Con esperanza de mejor fortuna, continuó Guergué rio arriba hasta Coll de Gerona, adonde llegó en la noche del 11 de setiembre, pisando nieves, pernociando el 12 en Escaló. Al día siguiente marchó por San Juan de Lera á Castalbó, y el 14 durmió en Noves, á la márgen del Segre, entre Orgañá y la Seo de Urgel.

Su situación en este punto fué apuradísima. Su división, casi toda descalza y mal racionada mucho hacia, estaba además aspeada, y para que fuese mas aflictivo su estado, ni tenia aquella noche esperanza de sustento para el soldado, cuyo disgusto se iba haciendo imponente.

En tal apuro, con Gurrea á retaguardia, inmediato Pastors, que se hallaba á la izquierda en la Seo, á la derecha Sebastian, ambos á la vista, y con el Segre delante, no quedaba otro arbitrio á Guergué que esperar la aproximación simultánea de sus perseguidores, hacer alguna resistencia dentro del pueblo, y obtener una capitulación que pusiera á cubierto el honor de unas fuerzas tan atribuladas con tan continuas penalidades. Pero la fortuna, caprichosa siempre, dió trazas de salir de aquel conflicto.

Reuniéronse los gefes en el alojamiento de Guergué, y conformes con la indicado determinación, lamentábanse únicamente da aquella noche, cada vez mas angustiada por la desesperación del soldado, que rabiaba de hambre. Mas Royo y Santocildes, como los mas influyentes con Guergué, tomaron el feliz partido de hacer subir los gastadores del batallón de guías que daban la guardia, y haciéndoles romper dos arcas que constituían la tesorería de la división, se contaron las existencias á presencia del tesorero Dumas, canónigo de Huesca, y se pagó una quincena á la tropa, distribuyendo además seis reales por plaza, que es cuanto dieron de sí los fondos (1).

(1) Ya hacia dias que Royo y Santocildes habian observado entre los batallones llevar

Desde entonces la escasez se convirtió en abundancia, y contento el soldado con tener que comer, recorría alegre las calles cantando, sin pensar en que quizá al día siguiente volvería á encontrarse en el mismo apuro: el soldado español nunca piensa en mañana: no es pasajero su entusiasmo ni su fé, nunca le falta la esperanza.

Aprovechando Guergué estos momentos, hizo marchar al batallón de guías de Navarra, al de voluntarios de Barbastro y á la columna de la Ribera, que eran las tropas mejor calzadas, á situarse antes del amanecer á las inmediaciones de Orgañá y márgenes del río Segre á las órdenes del coronel don José Juan de Torres, con el encargo de atacar á Sebastian en el caso de que intentase pasar el río para unirse, como era de esperar, con Pastors.

Así sucedió; y al tiempo de pasar el Segre Sebastian, cayó sobre él Torres, y en aquella desventajosa posición, consiguió éste batirle, haciéndole varios prisioneros.

Torres pasó á descansar y cuidar de los heridos á Orgañá, y Sebastian, por la margen izquierda del Segre, llegó á la Seo de Urgel. Pastors no salió de esta plaza; Gurrea tampoco avanzó en aquel día; y Guergué pudo conducir sus fuerzas en la noche del 15 á Orgañá como quien conduce un cuerpo de inválidos.

En este pueblo y en el de Oleana, donde descansó los días 16 al 20 (1), reorga-

á mal el lleno de aquellas arcas, suponiendo en ellas grandes caudales. Esta opinion, influyó mucho en el descontento del soldado, y era de la mayor importancia patentizar la verdad, del modo y forma con que se hizo.

(1) En este mismo día 20 recibió un oficio de Tristany, segun vemos en la *Gaceta* oficial carlista, en que le participaba por extraordinario, que con una columna de navarros y fusileros antiguos de Gerona, alcanzó el 19 en las inmediaciones de Manresa una columna de doscientos hombres, á quienes, segun el citado parte, «causó la pérdida de ciento cincuenta y siete entre muertos, heridos y prisioneros, siendo el número de estos últimos de setenta y uno, hallándose entre ellos un capitán y dos subalternos, y aprehendió además ciento sesenta fusiles.»

El mismo periódico oficial añade, que Albert, en cumplimiento de las órdenes de Guergué, se dirigió hácia la marina para operar hácia la costa, llegando en la madrugada del 15, en virtud de una marcha forzada durante toda la noche, á la villa de Pineda, guarnecida por doscientos treinta hombres, incluso ochenta urbanos del pueblo, sobre los que manifiesta, consiguieron algunas ventajas, y

nizó sus fuerzas y las proveyó abundantemente de calzado.

No se hallaban mucho mejor provistas las tropas liberales, y ya veremos cómo Gurrea, después de obtener de Pastors los necesarios recursos, tuvo que abandonar la persecucion de Guergué y retirarse á Aragon en cumplimiento de órdenes superiores.

Guergué, durante su descanso, envió el 19 al coronel O'Donell con algunos navarros y agregados catalanes sobre Pons, Torá y Sanahuja.

Al mismo tiempo bajaba Pastors á Orgañá, desde donde escribió atentamente á Guergué, dándole las gracias por el buen trato que había dispensado á los heridos y prisioneros del encuentro del 15, ofreciéndole hacer lo mismo por su parte. En vista de esta comunicacion el jefe, contestó acompañándole una copia del tratado de Elliot, y pidiéndole respuesta de su conformidad, la cual no obtuvo.

Mandó replegar después á O'Donell sobre Vilanova, y lo verificó dejando bloqueado á Pons, y habiendo hecho que abandonasen á Sanahuja y Torá las fuerzas que guarnecian estos puntos.

De esta manera se preparaban ya á tomar la ofensiva sobre las tropas de la reina, y al efecto hizo avanzar el 20 algunas fuerzas del Ros de Eroles hasta el Coll de Nargó, á media hora de donde estaba Pastors: quien conociendo tarde la desventajosa posición en que le habían colocado la atrevida marcha de Guergué por una parte, el descalabro de Sebastian por otra, y mas que todo, el abandono en que le dejó Gurrea, emprendió el terrible paso del Lluch, del que damos cuenta en las operaciones de Pastors, hasta Solsona, á donde llegó con sus fuerzas en la noche del 21.

En toda ella le fué hostilizando por los flancos el comandante general carlista de la Alta Cataluña, Sansó. Guergué, con objeto de alcanzarle en Solsona, llegó á dicho punto en la madrugada del 22: avistó su columna que marchaba á buen paso hácia Cardona; pero deslumbrado con la apatía aparente del jefe de esta guarnicion, que le dejó tranquilamente acampar á medio tiro

se dirigieron sobre Malgrat, que ocuparon después de una pequeña accion, saliendo en breve hácia Gerona. A su paso, y á un cuarto de hora de Tordera, se encontraron con una columna liberal que les hizo frente, y emprender una retirada bien sostenida, segun el parte referido.

de fusil de la poblacion y posesionarse del convento de Capuchinos á treinta varas de la muralla, perdió un tiempo precioso en inútiles comunicaciones con su gobernador, á quien intimó la rendicion. Puso éste dos horas de término para conferenciar con el ayuntamiento y oficialidad, y pasadas, le volvió á intimar la entrega, contestando que se le habia encargado la defensa de aquel sitio al tenor del art. 21 de las ordenanzas generales para oficiales, y que á ello estaba resuelto con cuantos individuos le acompañaban. Durante el periodo citado, celebrábase en la sacristía de Capuchinos un consejo de gefes, en que todos, á escepcion de Guergué, fueron de opinion de seguir á Pastors y alcanzarle en Cardona, prometiéndose su completa destruccion, lo cual no dejaba de ofrecer bastantes probabilidades, si se atiende á las escasas fuerzas de Pastors, cuyo espíritu no debia estar muy animado á causa de la reciente desgracia de Sebastian; por lo estenuadas que se hallaban con la fatiga de la víspera, y por la presencia de un enemigo envalentonado con la ventaja que acababa de conseguir, y el desarrollo espantoso que se notaba en los pueblos á favor de la causa carlista. Asi lo debió comprender el general Pastors, cuando no esperó la madrugada del 23 en Cardona, y siguió su marcha para el Llobregat.

Grande fué el sentimiento de los gefes carlistas el ver frustrada tan halagüeña perspectiva, porque Guergué, con el carácter indeciso que le era peculiar, se obstinó en que, por consecuencia de un oficio que habia recibido la víspera del conde de la Tour (conde de España); debia seguir á proteger su entrada de Francia, como se le tenia prevenido de real orden, y en que sobre la marcha obtendria las ventajas que la suerte le proporcionase, sin separarse de ningun modo de aquella preferente comision. Y en efecto, vista la última contestacion del gobernador de Solsona, dispuso que Ros de Eroles quedase encargado del sitio de aquella plaza; que Borges lo hiciese del de Pons y demoliera las fortificaciones de Sanahuja y Torá, dictando otras disposiciones á Sansó, gefe de la Alta Cataluña, quien le participó que el 18 habia hecho Borges cincuenta prisioneros en Alentora y Artesa del Segre, y doscientos cincuenta en Castell de Asens, y que continuaba su marcha para Olivan, atravesando el Llobregat. A su aproximacion se fugaron las guarni-

ciones de Caserras y Gironella, y puso sitio á Berga y Prats de Llusanés (1).

CONTINUAN LAS OPERACIONES DE GUERGUE EN SU MARCHA.—PRISION DE O'DONELL Y DEL CONDE DE ESPAÑA.—DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS DE CATALUÑA.

## XLII.

La situacion de Guergué habia cambiado totalmente, y á su amparo mejoraba la de las fuerzas que mandaban Ros, de Eroles, Borges, Caballeria, y Sobrevias (a) el Muchacho, por aquella parte; las de Masgoret y Valls en el campo de Tarragona, y las de Pons en diferentes puntos. Todas se aumentaban estraordinariamente, y todas, ó la mayor parte habian conseguido alguna ventaja.

No podia ser otra cosa en la escasez estrema de tropas de la reina, en medio de las infinitas atenciones que pesaban sobre ellas, y con el desaliento que infunde á un ejército ver al enemigo alcanzar de continuo ventajas y acrecentar su fuerza moral.

Don Jaime Guitart, al mismo tiempo, acababa de organizar dos batallones con la denominacion de 1.º de Vich y 1.º de Ampurdan, y fuerza cada uno de setecientos hombres y cincuenta caballos, con los cuales hizo presente á Guergué se ponía á sus órdenes, quien le contestó le comunicaria lo conveniente.

Pasó éste el 28 por las inmediaciones de Olot, cuya guarnicion destacó un piquete de caballeria en observacion de la columna carlista, que le obligó á replegarse, y continuó su marcha por Castellfullit, y al llegar á San Jaime, se halló la vanguardia con dos compañías del regimiento de América, que se vieron precisadas á encerrarse en el caserío de Archifreda, jurisdiccion de Montagut, donde se batieron todo aquel dia y noche. A la mañana siguiente salió del caserío un oficial de parlamento, y regresó con él el gefe de estado mayor carlista Royo, y quedó estipulado entregar los sitiados su armamento y equipo, y que los que no quisieran tomar parte por la causa de don Carlos, serian protegidos en su in-

(1) Mientras la guarnicion de este punto tocaba á someten y hacia algunos disparos de fusil, la division carlista, formó armas en pábellon, y tocando las charangas la jota y fandango, se entretuvieron los soldados en bailar por espacio de hora y media.

corporacion á la guarnicion mas inmediata. Abrazaron el primer partido ciento treinta y un hombres de tropa y tres oficiales, y fueron escoltados hasta las inmediaciones de Figueras, dos de estos y veinte y tres soldados en cumplimiento de tan honrosa capitulacion. Continuó el 29 Guergué por bajo de los fuegos del Vesalú, intimó á su guarnicion se rindiera; contestóle el gobernador no reconocia otro gobierno que el de Isabel II, y dirigiéndose á pernoctar á Sissetella y pueblos inmediatos de Lledó, ocurrió entonces un lance peregrino. Distribuidas las papeletas de acantonamiento á los cuerpos que componian la division, fueron estos desfilando por las inmediaciones de Lledó, cuya guarnicion, creyendo sin duda habian desfilado todos, abandonó el pueblo, y encontrándose de improviso con el 7.º batallon de Navarra, armóse tal barullo, que todos entraron revueltos en el pueblo, posesionándose de él Guergué, que pocos momentos antes le habia respetado. Hizo en este encuentro Guergué algunos prisioneros; pero se fugaron la mayor parte, y se le unieron algunos; tambien recogió varios pertrechos y bastantes camas, que remitió al hospital de San Lorenzo de Morunís; y el 30 descansó en el mismo punto.

El gobernador de Figueras, que la víspera estaba en Navata con seiscientos infantes y veinte y cinco caballos, se replegó á esta plaza.

En los dias desde el 1.º al 4 de octubre, recorrió Guergué distribuyendo sus fuézas convenientemente, la mayor parte del Ampurdan, tocando en Rosas y Llausá, Aquelana, la Junquera, el Pertus y San Lorenzo de la Muga, de cuyos puntos se habian retirado las fuerzas que los ocupaban, haciendo una buena recoleccion de armamento, caballos, y cuanto podia serle útil, sin olvidarse de derribar las fortificaciones.

Cuatro compañías de guías llegaron á la línea divisoria de España y Francia en el Pertus en persecucion de los urbanos y resguardo de la Junquera, y allí hicieron alto; mas como estos continuasen haciéndoles fuego, y los navarros no pudieran contestarles, parlamentó con el gobernador francés de Bellagarde el secretario de Guergué, solicitando el desarme de los internados, lo que fué ejecutado sobre la marcha; y reclamando tambien la entrega del armamento, contestó el gobernador no estar autorizado al efecto; pero que si se reproducia

superioridad. Así se hizo, y el dia 5 recibió Guergué la contestacion del gefe militar del distrito, manifestándole con la mayor urbanidad, que aunque no estaba autorizado para entrar en contestaciones con los gefes carlistas, le aseguraba que en lo sucesivo no volveria á permitir la entrada de fuerza alguna en territorio francés.

Este mismo dia, 5 de octubre, volvió Guergué sobre Olot, á donde llegó el 6, reuniendo en sus inmediaciones muy cerca de cinco mil hombres de las fuerzas de Valls, Tristany, Masgoret, Massana, Grau, Sansó y parte de las navarras, dejando sobre Camprodon á don Ignacio Brujó con las suyas. Tomó á muy poca costa la ermita de San Francisco, situada en una posicion eminente que domina el pueblo, y atacando á éste sin tregua todo el dia y noche, intimó la rendicion á su gobernador en la mañana del 7, dándole de término dos horas; contestóle éste que iba á reunir el ayuntamiento y clero para tratar del asunto; pero que necesitaba mas tiempo para resolver. Guergué le concedió otra hora, y el gobernador de Olot, que debia tener noticia del movimiento de Sebastian y Calvet, dejó pasar el plazo, y ya no volvió á mediar comunicacion alguna, por lo que Guergué trató de hacer por la noche el último esfuerzo, poniéndose asaltar el pueblo. Dió las disposiciones al efecto; pero entrada ya la noche cambió de resolucion porque tuvo noticia de que la columna enemiga al mando de los citados Sebastian y Calvet, venia sobre él, como efectivamente lo verificó, pernoctando á tres cuartos de hora en el pueblo de las Presas.

En la misma noche previno Guergué al coronel O'Donell quedase á la vista de Olot con el batallon 1.º de Castilla y las fuerzas catalanas recientemente pronunciadas, en observacion de los movimientos y direccion del enemigo, mientras él se dirigia hácia la montaña con el fin de proteger la entrada del conde de España. O'Donell insistió con repeticion en que se le dieran instrucciones terminantes sobre si habia ó no de atacar; pero Guergué, consecuente con su indeciso carácter, dejó á su arbitrio el obrar como mejor le pareciese, y se dirigió á Lledó con casi todas sus fuerzas. O'Donell fué atacado en la mañana del 9, y despues de haber sostenido y conservado con el 1.º de Castilla la posicion que embistió el enemigo con mayor empeño, dirigióse á animar con su ejemplo la línea ocupada por los catalanes,

y vióse envuelto, cayendo prisionero, sin duda porque le acometería de improviso algun accidente que le privaría de accion, (padecía de mal de corazon), pues no se sabe de ningun otro que sufriese su suerte.

El 10 siguieron las fuerzas de la reina á Besalú en busca de Guergué, y éste, dividiendo las fuerzas en tres columnas, una de mil quinientos catalanes, otra compuesta de las fuerzas de Tristany, parte de la del Campo de Tarragona, quinientos hombres del 9.º de Navarra, y toda la caballería, dirigió aquella por el centro, y ésta á Manresa, marchando con la segunda á Baigets por Molló. El conde de España estaba en Seret, Francia, y debía entrar aquella noche, el 12 de octubre; pero hasta el 16, en que Guergué recibió el oficio siguiente, nada supo.

«Columna volante del ejército del rey don Carlos V, en el Principado de Cataluña. — A las cinco de la mañana ha llegado el espreso que tenía á la parte de Francia, y dice que es cierto que España, Sobrevias, el gobernador de Cardona, y otros oficiales, fueron presos por tropa, gente de Armaña y guardia nacional: del general Sansó nada se sabe. Antes de ayer, España y Sobrevias comieron juntos en el meson de San Lorenzo de Serdás, sin ser atados, y esta noche han pernoctado en Seret. Yo sigo mi marcha para Pardines, desde cuyo punto avisaré si hubiese alguna novedad. Dios, etc. Villalonga 16 de octubre de 1835. — Señor comandante general de Aragon (1).»

Entonces Guergué se dirigió por Pie-

(1) Aunque á su tiempo nos ocuparemos debidamente de este período de la vida del conde de España, no dejaremos de indicar ahora que Guergué y sus compañeros manifestaron claramente que el mismo conde se habia dejado prender por evitar su entrada en España, á la cual le instó don Carlos repetidas veces, llevándole por último un joven español, Gil de Bernabé, una carta autógrafa de don Carlos, en la que le suplicaba no rehusase por mas tiempo acceder á sus ruegos. El conde á su vez, y algun otro, ha dicho que Guergué habia recibido fuertes sumas de algunos gefes realistas para impedir su entrada, porque se sabia estaba dispuesto á poner término á sus exacciones y vandalismo.

Sin otros datos para dilucidar este punto interesante, y no siendo empresa fácil hallarlos, dejamos juzgar al lector. Nuestras observaciones serian hipotéticas, y la historia no es asunto de hipótesis, sino de hechos. Solo asentaremos que, nada hemos hallado que justifique deslealtad alguna en Guergué.

drafita, Gironella, Caserras y Monclá á Navés. La junta titulada gubernativa del Principado invitó á Guergué á tomar el mando del mismo y la presidencia, presentándosele al efecto el vice-presidente y una comision de su seno, á lo cual se negó Guergué (1). En la misma fecha se le hizo igual invitacion por el comisionado de don Carlos en Francia, que en su nombre le encargaba se diera á reconocer como gefe superior, á lo que contestó que ni su honor ni su delicadeza se lo permitian, pero que sin embargo continuaria en obsequio de la causa mandando hasta que don Carlos nombrase á otro gefe mas digno; y continuó por Monclá, Vilandén, Santa Susana, San Justo y Madre de Dios de Pinós, llegando en la tarde del 22 á Torá, donde reunidas la mayor parte de las fuerzas, que subdividió en Lledó, verificó la organizacion del ejército del Principado en esta forma.

La division de Gerona comprendia los partidos de este nombre; el de Mataró y Vich, y se compuso de las fuerzas de don Ignacio Burjó, de Albert, de Masana, de Grau, y de cuantas partidas operaban en el distrito de los mismos; las que se organizarian provisionalmente en dos brigadas, con los gefes de aquellas y éstas, que eran Burjó, Albert y Zorrilla.

La division de Lérida comprendia los partidos de este nombre, Talarn, Valle de Arans y Puigcerdá, y se formó de las fuerzas de don Antonio Borges, don Bartolomé Porredon y don Jacinto Orteu, organizadas en dos brigadas. Fué nombrado gefe de la division el coronel don José Juan de Torres, y de brigada, don Antonio Borges y don Bartolomé Porredon.

La division de Manresa comprendia los partidos de este nombre y Cervera, y se organizó en dos brigadas con las fuerzas de don Benito Tristany, don Clemente Sobrevias, don Juan Caballería y don José Galceran. El gefe de la division fué don Benito Tristany, y de brigada don Juan Caballería y don Clemente Sobrevias.

La division de Tarragona comprendia el corregimiento de este nombre y el de Villafranca, y se compuso de las fuerzas de

(1) Componian esta junta, don Roque Canal, don José Montañez, don Juan Pedro Sanz, don Narciso Ferrer (a), don Sebastian de Mantades y don Mauricio Carria, vocal secretario.

(a) Este eclesiástico fué prisionero en Aoiz al volver con la expedicion.

don Martin Vall, de las de don José Masgoret y demas partidas sueltas que operarian en su distrito. Fué gefe de division don Matias Vall, y de brigada don José Masgoret y don N. N.

La fuerza total á que ascendió el ejército carlista en Cataluña fueron veinte y dos mil trescientos sesenta y tres infantes, y trescientos noventa y cinco caballos.

Al hacerse esta division se celebró una junta borrascosa, en la que Guergué, si hubiera sido hombre de mas resolucion, hace con aquellos gefes lo que Maroto con él. Pero acabó aquella de mala manera, y el espíritu de insubordinacion quedó triunfante.

OPERACIONES DE PASTORS.—SITUACION APU-  
RADA EN QUE SE HALLÓ.—SU REGRESO Á  
BARCELONA.

### XLIII.

Hemos referido como por incidencia los hechos militares en que figuró Pastors, y como éste era el gefe principal en Cataluña, interesa su exacto conocimiento para aclarar sucesos oscuros, dar la clave de otros y conocer exactamente las operaciones de las fuerzas del Principado en este período interesante.

Pastors, despues de pelear contra la insurreccion en las calles de Barcelona, fué á combatir á los carlistas en el campo.

Dirigióse primero á Cervera con el fin de abastecerla de municiones para su defensa y la de la línea de Llobregós, amenazada entonces por la expedicion navarra; y llegado á la Seo de Urgel y reunidas cuantas fuerzas pudo, incluso un batallon de la legion francesa al mando de Conrad, restableció su comunicacion con Gurrea, que habia interceptado un repentino movimiento de los carlistas.

Celebrado un consejo en Pons, se convino que Pastors obraria sobre las fuerzas del Ros de Eroles, Borges, Artau y de otros, en tanto que Gurrea operaria sobre la expedicionaria hasta obligarla á dejar el suelo catalan. Revista Pastors sus tropas, prométense mutuamente ambos gefes constante y mútua cooperacion, divide aquel su corta fuerza en dos columnas, y logra á poco la rendicion de Guimerá con los quinientos hombres que la guarnecian; restablece la línea del Llobregós y Bajo Segre; organiza las tropas que á su tiempo debian ocupar

el corregimiento de Talern, y restituye á Tremp y su Conca al dominio de Isabel II, librándoles de la dominacion carlista.

La expedicion habia salido en tanto de Cataluña, apurada por Gurrea, y Pastors, que, aunque ya incomunicado con él, continuó, sin embargo, sus operaciones contra el Ros y Horteu de la Pobla, que dueños de Gueri y sus ricas salinas, las defendian con empeño. Pero atacados con no menor teson, fueron desposeidos del pueblo y de sus manantiales de riqueza.

Esta pérdida, y la posicion en que ya se hallaban los carlistas, segun tenemos manifestado (1) prometian un resultado lisonjero á los liberales, pero no lo debió comprender así Pastors, pues no creemos fuese motivo para el movimiento que hizo al saber que una fuerza carlista habia contramarchado, y que se habian sacado moldes en cera de las llaves de los castillos de la Seo. Justo era é importante el castigo del traidor y sus complicés, si los habia; pero mas justo é importante, era conseguir el triunfo que la apurada situacion de los carlistas ofrecia á Pastors.

Dividida la fuerza de éste entre los castillos y puntos avanzados que exijan mayor defensa, los movimientos de los carlistas, y los que, órdenes superiores (2) precisaban á Gurrea para volver á Navarra por Aragon á la mayor brevedad, le pusieron en la situacion mas comprometida, y haciendo un esfuerzo con unos cuatrocientos hombres de la columna del coronel Churruca y ochenta caballos, formalizó un reconocimiento sobre el pueblo de Pla y alturas inmediatas. Y supo despues que Eroles y Horteu trataban de pasar el Segre, y envió dos compañías á Peramola, siguiendo esta direccion la columna de Solsona, y avisando á Gurrea no le abandonase en aquel conflicto, á pesar de las órdenes que hubiese recibido. Este contestó que no podia acceder á sus deseos sino le remitia seis mil raciones y veinte y cinco mil reales, que tanto necesitaba, y un oficio terminante que cubriese su responsabilidad; á todo lo que accedió Pastors, aun dejando á sus soldados con media racion durante algunos dias. Previno tambien á Conrad que tomase parte en la combinacion, reducida á que Pastors con cuanta fuerza pudiese reunir se dirigiria por Orgañá á dar el ataque á los enemigos que ocu-

(1) Véase página 224, columna 1.ª, línea 52.

(2) Véase documento num. 25.

paban á Oliana y Peramola, mientras lo verificaba Gurrea al mismo tiempo, llegando el 20 de setiembre al último punto.

Ya hemos visto que dos días antes se había presentado Guergué con toda su gente al N. O. E. de la Seo de Urgel con direccion á Noves para reunirse á las fuerzas catalanas, lo cual hacia mas indispensable el ataque combinado, por lo que reunió Pastors todas las fuerzas inclusa la columna del coronel Sebastian, que al incorporarse sufrió la sorpresa que hemos referido, por haber sido interceptada una orden que se le remitía.

Al amanecer del 19, marchó Pastors hácia Orgañá con poco mas de dos mil infantes y sesenta caballos, esperando todos con entusiasmo el momento de la accion. Escesivamente mayor el número de los contrarios, confiaba el gefe liberal en la cooperacion de Gurrea, como estaba convenido y dispuesto ya todo el 20, recibió una comunicacion de éste, en que le copiaba desde Guerri el 18, la siguiente real orden.

«El señor secretario interino de la Guerra, dice al brigadier don Manuel Gurrea, comandante general de la vanguardia del ejército de operaciones, lo siguiente.—En el momento que reciba V. S. esta real orden (si es que no lo ha verificado ya, como se le previno en la del 9), marchará sin escusa ni dilacion de ninguna especie, con la brigada de su mando á ponerse á las órdenes del general en gefe del ejército de operaciones en Aragon de quien depende. De real orden lo digo á V. S. para su pronto y puntual cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 11 de setiembre de 1835. —Terreño.»

Añadiendo su determinacion con estos renglones.

«Yo conozco mejor que nadie la posicion actual de V. E., y el grave compromiso en que va á encontrarse; pero la reina me manda marchar á Navarra, y es preciso obedecer. Mañana diré á V. E. con exactitud la direccion y posicion que ocupen los rebeldes. Dios, etc.»

Esta inesperada contrariedad causó á Pastors un sentimiento extraordinario: veia burladas sus esperanzas en el momento mas precioso, en el instante mas decisivo; y gracias que recibió la comunicacion, pues á no haberla enviado Gurrea duplicada, se hubiera visto Partors mas comprometido, porque interceptaron una los carlistas.

El gefe liberal, en tamaño conflicto,

reunió al gefe de estado mayor Lasauca, á Conrad y otros que, al saber la resolucion de Gurrea, se indignaron de su proceder.

Pero no eran los momentos para dedicarlos á la desesperacion y á la ira; era menester la prudencia y el consejo, porque sabedores los carlistas de la marcha de Gurrea, se corrieron á ocupar los dificiles puntos por los cuales Pastors tenia que pasar, hallándose de consiguiente cercado con toda la fuerza en una hondonada, cuyas alturas ocupaba la columna de Sansó, que, considerando segura su presa, la estrechaban mas y mas cada vez.

En tal apuro, y urgiendo una decision cualquiera, se resolvió una marcha de flanco para pasar á la línea del Llobregós, y ampararse en ella, reuniendo el mayor número de fuerzas. En su consecuencia, pasaron las tropas el Segre por el puente del Espia, y marcharon á Solsona por el áspero y casi inaccesible punto del valle de Lluch que los carlistas descuidaron por lo mismo.

A costa de mil trabajos y de mucho tiempo subieron por aquellas estrechas y escabrosas sendas las caballerías, arrastrando con desesperacion los artilleros las piezas, y haciendo todos inauditos esfuerzos para llegar á la cúspide del cerro. Penoso y terrible fué aquel paso erizado de insondables precipicios, donde tanto se aventuró, pero donde se salvó todo: las piezas, las acémilas, toda la fuerza, excepto dos soldados franceses que se suicidaron á la mitad de la subida, por no querer sufrir mas penalidades.

Grandes fueron en efecto las que se sufrieron, y se necesitaba todo el valor, toda la fortaleza y constancia del soldado español para hacerse superior á ellas.

Concedido un corto descanso á la fuerza, marchó Pastors hácia los caseríos de Mompol, á donde se presentó Sansó incomodándole por los flancos; pero le hizo frente con ventaja, y batió ademas á un centenar de carlistas que se le interpuso en el camino de Solsona.

Llegado que hubo á este punto, le reforzó y abasteció cuanto le fué posible, haciendo lo mismo con Cardona; dejó en los dos alguna gente, y con el resto se dirigió á la línea del Llobregós, que encontró abandonada por órdenes de su antecesor, en los sitios de Sanahuja y Torá, cuyas fortificaciones estaban demolidas.

Esta nueva contrariedad le obligó á variar de plan, y con objeto de aumentar su fuerza y rehabilitar la tropa del calzado que



tanto necesitaba, entró en Agramunt, donde halló á un batallón de la legión estrangera, que creyó enviado en su auxilio. En esta persuasión, al dirigirse Pastors á su comandante en el acto de presentársele con su oficialidad, le manifestó que el objeto de su venida á Agramunt no era otro que el que se uniesen á su fuerza para regresar al siguiente día en persecucion del enemigo, á lo cual contestó el indicado comandante no serle posible complacer á sus deseos á pesar de los que á él le animaban, por hallarse con órdenes terminantes del general de la legión, para emprender, al amanecer del siguiente día, su marcha á Balaguer, no solo con su batallón, sino además con el otro perteneciente á la misma, mandado por Conrad, que se hallaba á disposicion de Pastors. Presentándose entonces este gefe, abrazando al general y con lágrimas en los ojos, le dijo: «Acabamos de recibir una órden que nos ha sumido en la mayor afliccion: nos separamos de un general, del que tantas pruebas hemos merecido de aprecio, y con el sentimiento de no poder continuar á sus inmediatas órdenes. En críticos momentos fuimos abandonados por la division de Gurrea, y ahora, mi general, lo es usted nuevamente y en iguales circunstancias por mi batallón, que es lo que á mí y á toda mi oficialidad aflige.» Palabras que probaban los sentimientos que animaban á esa fuerza y á su comandante, tan en oposicion con los de otros, que al parecer mostraban formal empeño en contrariar los planes de Pastors.

Los esfuerzos de este para impedir esta segregacion de fuerzas fueron inútiles. A la vez recibió una comunicacion de Mendizabal, fechada en Madrid el 1.º de octubre, en que se le prevenia «que sin perder tiempo ni fatiga, y animado por el patriotismo que le distinguia, hiciera cuantos esfuerzos fuesen necesarios para perseguir sin cesar las facciones hasta destruirlas, venciendo con su actividad cuantas dificultades encontrase.»

No es de extrañar la desesperacion de Pastors al contemplar lo que le pasaba, al ver que los carlistas invasores se ostentaban orgullosos, penetraban en el riñon de la provincia, y se mantenian firmes en sus puestos como desafiándoles. Asombrado Pastors de tanta audacia, creyó á sus enemigos en inteligencias con las oficinas militares; pero varió despues de opinion. No habia en verdad motivo para tal recelo: no era neco-

sario que las oficinas faltaran al debido secreto para que los carlistas supieran los movimientos de las columnas liberales por los partes que interceptaban, por los confidentes que tenian.

Quedó, pues, Pastors de resultas de estos desmembramientos sin soldados, sin numerario y sin comunicaciones del gobierno ni de la capital del Principado, que, en contestacion á las suyas, le indicasen la marcha que habia de seguir en medio de tantas dificultades.

Para dar algun descanso á se columna y discurrir nuevas operaciones, se situó en Cervera, donde organizó dos columnas que salieron en persecucion de los carlistas, mandada la primera por Sebastian, y se dirigió á Guisona, y la otra, guiada por Calvet, pasó á Agramunt.

Pastors permaneció en tanto en Cervera con los veinte caballos de su escolta y doscientos cincuenta hombres del 1.º ligero, para sostener aquel punto y restablecer las comunicaciones indispensables con la corte y Barcelona, sin lo que se arriesgaba todo.

Por entonces, y para sincerarse de las hablillas que se propalaron en su contra, dirigió al ministerio la siguiente comunicacion, sobrado importante por los demas particulares que abraza, y en tan íntima conexion con lo que vamos refiriendo.

«Tengo el honor de pasar á manos de V. E. la adjunta relacion de los acontecimientos, vicisitudes y operaciones de este cuartel general durante la época trascurrida desde la entrada de la faccion navarra hasta el día de la fecha. Ninguna otra noticia puedo dar á V. E. de los demas puntos del Principado.

»Diestros y astutos los rebeldes, se dedican esencialmente á interceptar, no solo los correos, sino hasta las mas sencillas comunicaciones; es que me veo privado de datos con que poder enterar é ilustrar á V. E. sobre el estado de la provincia. Mis relaciones no se estienden mas allá del radio de dos ó tres leguas, que es hasta donde alcanza la fuerza moral de mi presencia y la física, aunque muy escasa, de mi escolta. Nada puedo decir á V. E. tampoco del estado de la capital, de donde no tengo mas noticias que las vagas y poco dignas de crédito que se transmiten de un pueblo á otro. La única noticia oficial que ha llegado á mis manos durante mi permanencia en este punto, ha sido la que me da el gobernador de Manresa con fecha 27 del pasado,

participándome que el grueso de la facción navarra se había dirigido á Prats de Llusanes, que á ella se habían reunido las facciones de la alta montaña, componiendo en el día un total de ocho á diez mil hombres en solo aquella parte de la provincia. De este dato, de los que resultan de mi relación, y de los que he dado á ese ministerio en mis comunicaciones anteriores, podrá inferir V. E. fácilmente el estado á que se halla reducida la Cataluña en el día, y lo urgente que es atender al remedio de tantos males con un aumento de fuerzas proporcionado á la grave situación en que nos ha puesto la invasión de la facción navarra. Molesto parecerá por cierto el estar llamando la atención del ministerio cada día con repetidas reclamaciones, que sin duda no pueden ser atendidas, cuando, á pesar de estar apoyadas en las mas sólidas razones, han sido desoídas hasta el día; pero las circunstancias han variado por efecto de la nueva invasión y la marcha de las tropas auxiliares. Esta provincia industriosa, productiva y digna de mejor suerte, está próxima á ser presa de los implacables enemigos de nuestra augusta reina; y faltaria á uno de mis principales deberes, si, responsable de su conservación, no reclamase, como con urgencia reclamo, los auxilios y cooperación del gobierno, sin los cuales no es posible hacer perder á los rebeldes la preponderancia é influencia que han tomado en esta última desgraciada época. Todo lo que elevo á la alta consideración de V. E., suplicándole encarecidamente se sirva hacerlo presente á S. M. la reina Gobernadora, para que, penetrada de la importancia é interés que tiene el trono de su augusta hija en la conservación de Cataluña, se sirva dictar las providencias que fuesen de su real agrado para restablecer en ella el imperio de su autoridad, facilitando los medios de arrojar de su suelo las bárbaras hordas del Pretendiente, que la arruinan y asolan. Etc. etc. Dios guarde, etc.

»Me consta, casi á no dudarlo, que la maledicencia ó la intriga no me han perdonado, ni á las valientes tropas que tengo el honor de mandar, y que tantas pruebas han dado de valor y decisión en mil repetidos encuentros. Mi honor ajado y su reputación vulnerada en la cuerda mas sensible para un militar, exigian una manifestación, la que hago, de todas mis operaciones; y por tanto espero se servirá V. E. darle publicidad en los periódicos de esa capital, á fin

de embotar los tiros de los malévolos, y desengañar á los crédulos, que con tanta facilidad se dejan arrastrar y alucinar, sin tener datos positivos para fijar su opinión en materias tan delicadas.

»Debo esta franca exposición de los hechos ocurridos durante mi ausencia, á la provincia que S. M. se dignó confiarme interinamente; la debo al gobierno y á la nación entera, y la debo sobre todo á mi honor y al de los dignos oficiales que mas inmediatamente me rodean. La malicia ha vulnerado en lo mas vivo mi reputación y la de aquellos beneméritos militares, llevando la calumnia hasta el punto de suponer que, mientras con mi silencio afligia la capital de este Principado, ansiosa de saber la suerte que corrimos en tan delicadas circunstancias, tenia apostados andarines hasta la corte para comunicarme y entenderme directamente con el gobierno. Inútil seria tratar de confundir á los autores de una suposición tan denigrativa, pues que estoy bien cierto que jamás darán la cara para probarlo: todavía seria mas inútil el tratar de sincerarme con los que conocen mi modo de pensar; pero debo hacerlo á los ojos de los demas: debo protestar, como protesto y desmiento, tan baja calumnia, asegurando á todos mis conciudadanos, á todos los españoles, que no he recibido comunicación alguna del gobierno durante mi permanencia por la montaña, y que no he tenido otras con la corte que las oficiales, cuyas copias he pasado siempre al comandante accidental don José de Castellar. ¡Ojalá hubiese podido ponerme en continua comunicación, no solo con el gobierno, sino tambien con la capital del Principado, cuyas noticias anhelaba con la mayor inquietud! Cervera 1.º de octubre de 1835.—El comandante general interino, Pedro María de Pastors.»

A los pocos dias dejó Pastors á Cervera llevando su escolta de caballería y una compañía de la columna de Niubó; pasó por Igualada y Esparraguera, y visitando los destacamentos de Casa-Massana y el Brunet, siguió luego á Manresa, donde permaneció hasta el 15, regresando al siguiente, y marchando á Barcelona, en cuya ciudad entró el 17, sabedor del nombramiento de Mina para gefe del Principado.

## ENCUENTROS SANGRIENTOS.

## XLIV.

La guerra tomaba un carácter feroz en Cataluña. Pequeños combates habian tenido consecuencias espantosas, porque habian sido inhumanamente sacrificados los prisioneros de uno y otro partido: allí, entre aquellas breñas, se peleaba con horrible encarnizamiento; allí no regia el tratado Elliot; allí no se daba cuartel, y acciones y encuentros, que apenas costaban sangre, daban lugar á que se derramase abundantemente, cuando enfiado el ardor de la pelea se inmolaba cruelmente á los rendidos.

A mediados de setiembre, atacado Roset por el coronel Niubó en Guimerá, se encerró en el castillo con cerca de quinientos hombres. Niubó se apoderó del pueblo con la legion estrangera, ocupó los contornos del castillo, abrió zanjas, construyó parapetos, intimó la rendicion; pero rechazada con valerosa arrogancia, se rompió el fuego el dia 20. No podian resistir los sitiados el de la artillería, y pidieron capitulacion; pero desoida, continuó el fuego, y á los doce disparos se rindieron á discrecion. Roset y treinta y tres mas fueron fusilados en el mismo Guimerá, doce en Verdú, veinte y dos en Tárrega y tres en Igualada: los restantes fueron conducidos á Lérida.

En aquella campaña de tantas rivalidades en que unos ú otros tomaban la ofensiva con empeño, en que unos y otros obtenian ventajas, unos y otros sacrificaban víctimas, que parecia formaban decidido empeño en aumentar el catálogo de los horrores que llenan las páginas de tan funesto periodo.

Si terrible fué para los carlistas el anterior encuentro en Guimerá, lo fué aun mayor el de San Quintin el 23 de octubre. Sorprendidos en este punto Pitxot, Llar de Copons y Masrox con mil doscientos hombres, tuvieron que ceder el pueblo á los liberales, despues de una porfiada resistencia que les costó mucha gente, y hubiera sido mayor su pérdida si hubieran acudido á tiempo otras fuerzas de la reina que tomaron distinta direccion: los prisioneros fueron fusilados al siguiente dia.

Estos y otros acontecimientos de su clase, no tenian otra consecuencia que el derra-

mamiento de sangre, que se vertia tan abundante como inútilmente. Hoy se conquistaba un punto, y mañana, ó al mismo tiempo, se perdia otro: en uno quedaba enrojecido el suelo con sangre liberal, el otro con la carlista.

## MARCHAS DE LA ESPEDICION.

## XLV.

El 24 de octubre avanzó una columna liberal hasta Vickfret, á una hora de distancia de Torá, y sorprendió al teniente coronel don Gerónimo Jardaná, encargado de cubrir aquel punto con sesenta hombres, de los cuales perdió buena parte. Quedóse allí el liberal, y al medio dia fué rechazado hasta Guisona por las fuerzas navarras, quedando prisionero el gobernador de Guisona, coronel Monfá, como si fuera represalia de O'Donell. Ambos eran gefes, y mandaban ambos una columna. Y para que hubiera mas paridad en su suerte, los dos tuvieron el fin que ya manifestaremos mas adelante, sin omitir la verdad, por triste y desagradable que sea.

El 26 se dió á reconocer Guergué como comandante general de Aragon y Cataluña, publicando y llevando á cabo la organizacion de las fuerzas del Principado en los términos ya referidos. Ocupó los últimos dias del mes en dirigir instrucciones á Cabrera, Quilez, Miralles, Forcadell y Tornér: mandó á don José Juan de Torres á tomar el mando de la division de Lérida, llevando á sus órdenes el batallon de Barbastro, y amagó un movimiento sobre la Cerdeña; pero la nieve, por una parte, la desercion de algunos individuos del batallon de guias de Navarra por otra, y la natural indecision de Guergué, sobre todo, ocasionaron su regreso á Torá, y hasta el 4 de noviembre anduvo vagando por este pueblo y los de Castellfullit, Cohill, San Martin, Prats del Rey y Fonallosa. Por fin el 5 emprendió un movimiento con las fuerzas navarras, tres batallones de Manresa y los guias de Tarragona, hácia el centro de Cataluña por Alujas, Concabella, Torrafeta, Belbey, Toraja y Ostrafranc, en la ribera del Sió, continuando por Berdú, Villagrasa y Angresola, fogueándose con la guarnicion de Targa, y siguiendo por San Martin de Baldá, Belianas, Borjas, Venta de Santa Lucía y Binalbé, á donde llegó el 8. Sabe allí que los nacionales de Bimbodí, á quienes

habia intimado la rendicion , se retiraban , y destacó unos cuantos caballos con varios oficiales en su seguimiento. Alcanzados con los de Espluga de Flanco y Montblanc á la salida de este pueblo , y despues de un pequeño encuentro , pernoctó en dicho Montblanc é hizo demoler las fortificaciones de estos tres puntos , y la de Berberá , que tambien fué abandonada el mismo dia.

El 9 intimó la rendicion á Valls , donde se habian reunido los urbanos de varios pueblos ; pero despreciada la intimacion , se puso en marcha por el Coll de Lilla á Foscaldas.

Al mismo tiempo Torres , que se habia apoderado de la Poble de Segur , tuvo el 6 un encuentro con la columna de Conrad , y vencido , se vió precisado á retroceder hácia Guerri y Pallaresa.

Tristany , con otra columna navarro-catalana , fuerte de cuatro mil quinientos hombres , se trasladó desde Torja y demas pueblos de la ribera del Sió , á Tárrega , atacándola por dos puntos ; los navarros por el camino de Ofegat , y los catalanes por la parte de las Garrigas y carretera de Villagrasa. En ambas poblaciones hallaron invencible resistencia en las tropas que mandaba Niubó.

Con este desengaño se replegó el canónigo á las alturas del castillo del Mort , donde atacado por una columna de tropa y nacionales , tuvo que retirarse hácia Anglesols y Villagrasa.

Otra entró el 9 en Montblanc , á la cual pretendieron atacar los carlistas al pasar el puerto de Lillas , si intentaba dirigirse á Valls ; pero no se atrevió al fin el irresoluto Guergué á emprender esta operacion , porque las fuerzas liberales avanzaron sin novedad hasta dicho punto , y Guergué pernoctó en Plá , dando otra direccion á las tropas que tenia en posiciones.

El 10 salió para Serrall por Guimerá á pernoctar á Berdú ; el 11 durmió en Toraja ; el 12 por Belbey , Grá , Sigés , Guardiola y Cabanabona en Pons ; y el 13 , con un ayudante y dos ordenanzas , marchó á tomar , no sabemos qué medidas , á San Lorenzo de Piteus ó de Moriñs , quedando el gefe de estado mayor , Royo , encargado del mando y direccion de las fuerzas.

Estas se iban ya cansando de tantas marchas sin resultados ni necesidad : la espedicion se parecia al Judío Errante , andando y andando siempre.

VICISITUDES Y DESORDENES DE LOS ESPEDICIONARIOS.—ACCION DE CLAVEROL.

#### XLVI.

El 11 de noviembre regresaba de Vich á Barcelona una columna de nacionales de esta ciudad y de tropa , al mando del coronel Luna , protegiendo en su marcha un convoy de mercancías. Segarra , Puigoriol , Pocaropa y otros , al frente de setecientos infantes y unos treinta caballos , les salieron al encuentro en las formidables posiciones de Puigfré , San Miguel del Grau y Puig-Gracios ; pero las buenas disposiciones de Luna , que supo disponer con acierto el combate , lo bien que le secundó Rivas á la cabeza de los granaderos y tiradores de la blusa , mozos de escuadra y rondas volantes , y la intrepidez de todos , vencieron el grande obstáculo que se puso á su marcha , y la siguieron orgullosos , entrando en Barcelona triunfantes aquellos jóvenes que salieron en verdadero castigo de su exaltacion.

La division espedicionaria se dirigió el 14 por Sanahuja y Biosca á pernoctar en Torá , llevádo á su flanco derecho las fuerzas catalanas que la vispera habian sufrido bastante pérdida , especialmente los guías de Tarragona , á las inmediaciones de Gramunt.

A la salida de Guergué ya se notaba bastante descontento en los soldados , y se habian desertado algunos.

El dia 15 ; los comandantes de los batallones 7.º y 9.º navarros , manifestaron al gefe de estado mayor el disgusto que reinaba entre los suyos al aproximarse de nuevo á la montaña , donde tantas privaciones habian experimentado. Royo dispuso entonces patrullas y retenes por la noche , y tomó cuantas medidas le sugirió su rígido carácter. Mas todo fué en vano ; la insurreccion estaba ya en el corazon de todos , y para evitarla se trató , entre otras cosas , la de volver al centro de Cataluña , á pesar de las órdenes de Guergué , para que renaciese el entusiasmo ; pero habiendo reunido á los gefes para conferenciar sobre este movimiento , le manifestaron éstos su imposibilidad , porque tenian la completa conviccion de que aquella misma noche se desertarian todos , y únicamente marcharian unidos en la direccion de Navarra ; porque ésta era su tierra de promision.

Ya de noche , vuelven los gefes á repe-

tirle que la situacion se agravaba por momentos, y á las once de ella emprende un movimiento largo y penoso por entre nieves, llegando á las doce horas á Oleana, haciendo ir siempre al flanco derecho á la division de Tarragona, y un batallon de Manresa. Dió conocimiento á Guergué de todo lo ocurrido, y le pidió acelerase su incorporacion.

Hasta el 18 descansaron los navarros en Oleana, conservando bastante subordinacion y prestándose á combatir, porque habiendo avanzado una columna liberal hasta Guardiola, al saber la vispera por algunos pasados del 9.º de Navarra el estado de desórden de sus compañeros, y disponiéndose á combatirles, desistió de su propósito al ver la posicion imponente de los carlistas, y retrogradó á Guisona y á Gramunt.

En la noche de este dia llegó Guergué, y tomó entre otras medidas la de despachar un oficial por Francia al cuartel de don Carlos, esponiéndole la triste situacion á que se veia reducido por la insubordinacion de sus tropas, insubordinacion que no tenia otro móvil ni objeto que el deseo de regresar á su pais; pintando ademas el desarrollo de la opinion carlista en el principado, el considerable aumento de fuerzas durante su permanencia, y pidiendo en su vista el envio de otras que no fuesen navarras, para atender á la consolidacion del ejército naciente; Concluia Guergué manifestando que despues de entretener cuanto le fuera posible la division navarra, la encaminaria con don José Juan de Torres, acompañándola ademas tres mil catalanes, para que con esta *alta* en Navarra, no se resintiera aquel pais de la *baja* de las fuerzas que en su lugar reclamaba. Despues de dado este paso, hizo formar el batallon de guias, de donde nacia todo el descontento, le arengó, y ofreció uniformarle, haciéndole por último presente que habia solicitado su relevo. En esta sesionidad exigió á sus individuos palabra de esperar subordinados; pero aunque muchos gritaron *si*, muchos tambien callaron ó dijeron *no* por lo bajo; y antes de dos horas, tomaron todos las armas, y salieron por las calles en desórden gritando *ule, ule, á Navarra*, contraseña que tenian concertada para alarmarse unos á otros y reunirse. Entonces Guergué hizo tocar marcha y dirigió al batallon de guias á Orgañá, pero al pasar por el Coll de Nargó, se insurreccionó parte del escuadron expedicionario, y se marcha-

ron diez y ocho caballos con un trompeta tras el batallon de guias.

Esto sucedia el 19, y el 20 avanzó Guergué para Airamunt, donde se le reunió Torres, á quien habia escrito desde Oliana, diciéndole:—«No puede vd. formarse una idea de la desmoralizacion en que se halla el batallon de guias y el mal estado en que ha puesto á los demas; y como vd. no saque algun partido de él, como lo espero, nos va á hacer perder todo el mérito de la expedicion, y á llenar de sentimiento el paternal corazon de S. M., pues se hallan resueltos á marchar á Navarra en desórden: conquese asi, Torres, véngase vd. á la posta para poder concurrir á este sentimiento que á todos ha de causar la ligereza y tenacidad de estos hombres, que cerrando los oidos á toda reflexion, solo siguen su capricho y tenaz idea (1).»

(1) Sin esperar la contestacion á esta carta, que interceptó don Pascual Madoz, que servia á la causa liberal con la espada de la justicia y la del militar, volvió á escribir esta otra mas apremiante aun: «La enfermedad, decia, va de mal en peor: el batallon de guias, en una completa rebelion, se ha dirigido desde Oliana á Orgañá, bien que ha sido despues de dar la órden; pero estaba convenido de que lo harian sin ella: con esta gente no bastan reflexiones, y á pesar de que los gefes y oficiales están en el mejor sentido, les es forzoso continuar á su frente hasta que veamos el medio mejor de evitar á S. M. el sentimiento que de otra suerte le proporcionamos: confio, sin embargo, que el aprecio que vd. se grangeó en el largo tiempo de su mando, será tal vez suficiente á calmar la ansiedad de esta canalla, y al efecto conviene que desde el punto á donde alcance á vd. esta carta, se dirija á la vereda que desde Orgañá va á Taus, y de este hácia la loma, que les exhorte, ofrezca y en una palabra, que haga todo cuanto le dé la gana á fin de contenerlos, siquiera hasta que llegue el relevo que he solicitado á S. M. por tres conductos seguros y un gefe ademas de mi confianza, que salió esta mañana para el real, y asi como puede vd. crear el pesar que ocasionariamos al rey, no debe quedarle duda que el relevo vendrá como he pedido, y que para salvar nuestro honor y asegurar el aprecio que nos dispensó el soberano, segun las reales órdenes de 31 del último octubre que he recibido hoy mismo, y que la premura del tiempo no me permite comunicarle de oficio, entre ellas el nombramiento de comandante general con amplias facultades para hacer y deshacer; solo nos resta contener esta gente quince dias. Ademas de los medios que le ha de sugerir su travesura, seria muy conducente el que tenga vd. todo preparado para conducirlos á Tremp y atacar con resolucion. Por Dios, Torres, vd. conoce la trascendencia de

El 21, las tropas de la reina que ocupaban á Guisona y Agramunt, marcharon por la izquierda de Guergué á reunirse con las de Tremp, y estas á Talarn y éste á la Pobra de Segur. Las tropas liberales amagaron el ataque; Guergué tomó una posición ventajosa, pero no bien penetraron sus batallones el proyecto, cuando estalló otra nueva rebelión, tomando el 7.º de Navarra el camino de Salas, gritando que no querían atacar, sino seguir á Navarra, costando mucho trabajo á los gefes y oficiales el contenerlos, porque decían que atacando y teniendo herido el amor de sus compañeros les obligaría á permanecer en aquel país. Fué, por fin, preciso darles palabra de que no se atacaría, pero que si el enemigo continuaba avanzando era preciso defenderse porque de otra suerte hasta les cerrarian el paso para Navarra. Que se le abrierian á la bayoneta, contestaron los navarros y se restableció el órden, sosteniendo las posiciones.

Pasóse el día 21 á la vista unas fuerzas de otras, y á su caída regresaron á Tremp las de la reina, y Guergué quedó en la Pobra de Segur. El 22 destacó éste la columna de la Ribera con su comandante Cordeu por el Alto Aragon en la direccion de Navarra, para que le diese noticias anticipadas, y se decidió á conducir por sí mismo la division insurrecta. Inconsecuente en todo, dispuso se quedaran los tres mil catalanes que con aquel objeto habia conducido hasta allí á las órdenes de Torres, móvil principal de la desercion, segun supo Guergué. A las veinte y cuatro horas de la separacion de Torres, justificóse que éste en persona anduvo ofreciendo en la noche del 21 cuatro duros á cada soldado de caballería que desertase, y que habia puesto en juego idénticos manejos con el batallon de guias, al que habia mandado largo tiempo.

Emprendida la marcha el mismo día 22 con la division que habia sacado de Navarra, desmembrada de unos trescientos que habian desertado, de los cuales muchos cayeron prisioneros en el Cinca, fué por Roda, Puebla de Roda, Lascuarre y Laguarre, marchando doce horas sin descanso.

Con la nueva aurora del 23 salió Guergué por Graus á Barbastro, caminando otras doce horas. Con esta precipitacion, cuando

se tenian noticias de la situacion de Guergué, no era ya tiempo de prevenirse. Asi, al cruzar la vanguardia de éste el Cinca, dió de improviso con una descubierta de caballería de los nacionales, mandada por el capitán don Jacinto Plana, que fué hecho prisionero y conducido á Navarra; la guarnicion de Barbastro tuvo lugar apenas para retirarse á Monzon, pasándosele á Guergué ocho soldados de guias de Navarra, que prisioneros en el Cinca, habian ingresado en las filas liberales.

Torres dirigió con esta fecha desde la Pobra de Segur una esposicion á don Cárlos, que era mas bien un memorial para reemplazar á Guergué en el mando, manifestando las desgracias de que era causa, cuidando bien de ocultar las que él originó. No le faltaba razon en los cargos que dirigia al gefe; pero no le sobraba para la relacion que de otros hechos hacia, en los que faltaba á la verdad al esponer sus causas. Mas, necesitaba ponerse en buen lugar, y á eso aspiró en su esposicion (1).

Tratando una columna liberal de aprovecharse de la insubordinacion de los carlistas, acudió en busca de Torres y le halló en este mismo día 23 en las inmediaciones de Montesquieu. Pudiendo apenas Torres desplegar sus guerrillas, se retiró á su amparo escalonando los batallones, con el objeto, al parecer, de llevar á los contrarios, como lo hizo, á las ventajosas posiciones de la Pobra de Segur y Claverol, donde éstos no rehusaron el combate, que empezó con algunos disparos de la artillería de la reina, empeñándose á poco una accion porfiada en el ala derecha de los carlistas. No secundó la izquierda tanta bizarría; y su débil resistencia permitió á los contrarios apoderarse del monte de Claverol, desde donde por segunda vez se dirigieron contra el costado del puente que hay sobre el Noguera, ocupado por dos compañías parapetadas. Contuvo la artillería el inoportuno acometimiento de los guias y el refuerzo de los carlistas á los demas puntos, continuando, sin embargo, el ataque con empeño, hasta que la noche se interpuso entre ambos combatientes, ocultando con su oscuridad mas de cincuenta muertos que quedaron en el campo. El número de los heridos se hizo esceder á doscientos.

un paso tan espantoso como el de este cuerpo y no ignora que en nuestra carrera un cuarto de hora desgraciado pierde el mérito que costó muchos años y fatigas conseguir.»

(1) Véase documento, núm. 24.

## INSUBORDINACION DE BORGES.

## XLVII.

Los carlistas continuaron retirándose, y aunque veían en su marcha el término de sus penalidades, la insubordinación no cedía. Y no eran ya los expedicionarios los insurrectos; Borges, que mejor que seguir supeditado á otro, quería obrar independientemente por no tener freno á sus excesos, rompió el dique de la disciplina, y ofició á Torres diciéndole que la escasez de viveres y la desnudez de su gente, le obligaban á retirarse á la montaña, de donde los mas de los suyos eran naturales, para sufrir allí menos privaciones. Esto, no obstante, se ofrecía á acudir donde el servicio le llamase. Como su objeto no era otro que el manifestado, reclamaba la caballería que tenía á sus órdenes, y las municiones que de su pertenencia debían existir en su poder.

A vista Torres de tanta audacia, puso en conocimiento del ministro de la Guerra (1) esta falta de Borges, justamente cuando hallándose las brigadas reunidas en Tous, tenía dispuesto un movimiento en observación de una columna liberal que ocupaba á Tremp, á cuya cooperación le había prevenido inútilmente. Torres no se recató en manifestar que Borges «quería, al parecer, seguir en su sistema de capricho y desórden, y que no podía dar una idea del mal estado de los pueblos ocupados por este gefe y otros. Continuas molestias, vejaciones é insultos, seguidos de la rapiña y el robo, sembraban la miseria en el país.» Añadía lo comprometido que quedaba por tal rebeldía, y opinaba que don Carlos se dignara disponer pasase al cuartel real, y que otro gefe tomara el mando de sus fuerzas.

## REGRESO DE LA ESPEDICION.—OFICIALES PRISIONEROS.

## XLVIII.

Combinando la expedición su marcha en la mañana del 24, sacó en clase de preso al obispo de Barbastro y á sus familiares.

En el camino interceptó un oficio del gobernador civil de Huesca al alcalde mayor de Barbastro, en que le participaba que el coronel Conrad se dirigía á pernoctar á

Angües, y que al día siguiente continuaria para Barbastro, porque se sabia que los navarros volvian á su país uno de aquellos días, atendida la situación en que se hallaban en Cataluña. Guergué con esta novedad, aceleró la marcha por ocupar, si le era posible, á Angües; pero Conrad se le anticipó. Travóse un combate en que Guergué llevó la peor parte por la precipitación y mal órden con que conducía sus fuerzas, anhelando únicamente tomar el pueblo. Pronunciado en derrota, completa hubiera sido sin la presencia de una fuerte columna, mandada por don Toribio Sainz, que embistió de frente, y una carga de caballería, dada por la izquierda. Restablecido el órden en las fuerzas de Guergué, merced á estos movimientos, Conrad se replegó al pueblo, desde donde continuó el fuego, y Guergué su camino, pernoctando en Ibieca, hora y media de allí. El obispo y familiares, sobrecogidos, escaparon y se volvieron á Barbastro. Las fuerzas de la reina que la víspera estaban en Benavarre, avanzaron al oír el fuego, y de haberse adelantado mas, habrían conseguido batir á Guergué y destrozarle.

El 26 siguió por Copollano, los Cestales, Molinos, Barluengo y Apies á Bolea. Conrad regresó á Huesca. El 26 prosiguió por Sarsa y Anzañigo á Ena. Aquí supo la dirección de Cordeu por el rumbo de Navarra.

El 27 fué por el rio Aragon á Berdun, por Salvatierra á Castillo-Nuevo el 28, y al día siguiente pasó por el puerto de Ollate á Navascues y Aspuz.

En esta noche salió Guergué con don Narciso Ferrer y dos ordenanzas montadas, para el cuartel de don Carlos, con objeto, sin duda, de dar cuenta de cuanto ocurría; pero encontrando en Aoiz á Cordeu con la columna de su mando, que Guergué habia mandado desde Cataluña en observación de las fuerzas de la reina, y como le manifestase que la division de Mendez Vigo habia pernoctado aquella noche en Lumbier, pidió cuatro paisanos de los que siempre habia preparados en los pueblos de Navarra para cuanto se ofrecía, y escribió la siguiente carta, que fué interceptada sobre la misma mesa.

«Aoiz 30 de noviembre, á las diez de la mañana.—Mi estimado general. Acabo de llegar á este punto, donde he sabido que la columna de Mendez Vigo pernoctó ayer en Lumbier; sírvale á vd. de gobier-

(1) Véase documento núm. 25.

no mientras yo siga para mi destino.—De usted, etc.—Bernardo A. de Santocildes.»

Mientras se escribía esta carta, una compañía de la columna de Cordeu, que estaba en observación á la entrada del Pueblo, dejó aproximar impasiblemente las fuerzas enemigas que supuso compañeros de expedición, á una distancia tan corta, que el gefe que mandaba la vanguardia, don Leon Iriarte, no pudiendo comprender aquella apatía en los carlistas, cargó con su caballería, en cuyo momento comprendieron aquellos, aunque tarde, la gravedad de su error y sucumbieron (1).

Mendez Vigo vió aquella noche á los gefes y oficiales prisioneros, á quienes trató con la mayor consideración, permitiendo á Santocildes escribirse á Royo sobre asuntos particulares, y ofreciéndole poner de su parte lo posible porque llegase á su destino.

Al saber Guergué la ocurrencia de Aoiz, dirigió su marcha para Roncesvalles, en dirección al Baztan, hasta Elizondo, á donde llegó el 3 de diciembre. Descansó el 4 y 5, siguiendo el 6 á Riezu, Muez y Arguñano, donde permaneció dos días.

El 9 marchó al cuartel real de don Carlos, donde fué llamado, quedando Royo encargado del mando de la división, y continuó en él hasta el último día del año, en que se dió á los cuerpos otro destino.

Los gefes, oficiales y soldados prisioneros en Aoiz, fueron conducidos el 1.º de diciembre á Lumbier, y de allí á Pamplona, donde permanecieron algunos días, y luego á Lárrega, hasta que á la llegada de Córdoba el 23, les hizo conducir á su alojamiento, y después de hablarles afectuosamente, y de una conferencia reservada que tuvo con Cordeu, se despidió de todos, quedándose Santocildes á tener otra con el mismo general y el conde de Almodovar, ministro de la Guerra á la sazón, y que se hallaba presenciando las operaciones de la guerra en el Norte. Al día siguiente fueron mandados, de resultas de estas conferencias, al campo carlista, los gefes, oficiales y tropa prisioneros, sin esperar la llegada del cange; y á los pocos días fué también llamado Santocildes al cuartel real, y encargado de una misión especial, pasó á Vitoria á verse con Córdoba, de todo lo cual nos ocuparemos en el tomo III.

(1) Véase la pág. 208.

SE ENCARGA MINA DEL MANDO DE CATALUÑA.

## XLIX.

Los baños de Canteretts, y el acertado tratamiento del doctor Lallemand, fueron restableciendo la salud de Mina. Antes de su curación, ya se le invitaba desde Aragón á ponerse al frente del pronunciamiento contra el ministerio Toreno; y en el mismo mes de agosto pidió al gobierno la junta de Barcelona, le confiase el mando del Principado; mas fué desestimada esta petición, avanzando en tanto el estado crítico del país.

Hallándose Mina en Pau, recibió á mediados de setiembre nuevas invitaciones de Aragón y Cataluña, y aun de Madrid, para que sin pérdida de tiempo regresase á España; y el ayuntamiento de Pamplona al mismo tiempo, le rogaba no olvidase su país natal, y decía á la reina Gobernadora, entre otras cosas:

«El general Mina, que en todas partes puede prestar servicios importantísimos, en ninguna puede ser mas útil, en ninguna mas necesario, señora, que en Navarra, que desafortunadamente es también donde la rebelión presenta un aspecto mas imponente. Lejos del ayuntamiento de Pamplona la inoportuna idea de entrar en odiosas comparaciones; aun mas lejos todavía la injusticia de deprimir en lo mas mínimo el mérito del valiente guerrero que hoy manda el ejército del Norte de España. Pero las circunstancias particulares que concurren en aquel general, es incuestionable que le garantizan recursos y ventajas con que no puede contar otro alguno. El ayuntamiento esponente lo ha visto prácticamente, y por lo mismo lo afirma con mas decisión.»

El cambio saludable que operó en el espíritu del país la subida de Mendizabal al poder, llevó á Mina al mando de Cataluña, y á Palafox al de Aragón. El 2 de octubre recibió Espoz su nombramiento, y al contestarle, dijo, «que no creía que él calmase la efervescencia que existía, pues por mucha confianza que inspirase, tendrían siempre los que se habían puesto á la cabeza de los movimientos un pretexto para continuar en su obra, por ser su objeto la reunión de Cortes generales, elegidas libre y espontáneamente para arreglar las cuestiones que se agitaban, y de las que dependía la suerte futura de la nación.» Prueba de



esto es, añadía, «que á pesar del cambio de ministerio, y de que los individuos que componen el nuevo inspiran toda confianza, las juntas siguen en su marcha hostil contra el gobierno; y según mis noticias, su opinión es de que si ceden sin tener seguridades, todo se quedará en promesas. Yo pregunto ahora, para el caso de marchar á Cataluña: ¿aquella junta se ha de disolver, ó ha de continuar en sus funciones? Si el ánimo del gobierno es de que cese, ¿se cuenta con la voluntad de aquel cuerpo para ello, ó espera que yo le obligue, bien sea por la persuasión ó por la fuerza? Si antes de que yo obtenga una categórica respuesta á esta pregunta, recibiese mi nombramiento sin venir acompañado de algunas instrucciones, muy necesarias en el día, aceptaré el cargo; pero antes de posesionarme de él, pediré aclaraciones sobre la conducta que deberé observar, y si ellas no fuesen compatibles con los sentimientos que me han dominado en todo el curso de mi vida, renunciaré y dejaré que otro menos escrupuloso que yo vaya á ocupar aquel destino.»

El gobierno le contestó al instante que deseaba la disolución de las juntas; pero por acuerdo y convencimiento de ellas mismas, no por la fuerza; que los capitanes generales nombrasen de entre sus individuos las de armamento y defensa hasta que eligiesen las diputaciones provinciales, que con mas legalidad tomarían sobre sí este cargo. «Así que, añadía, por este respeto no puede usted tener escrúpulo ni empacho, pues la intención es pura y de buena fé. Esto se ha hecho en Estremadura, y se ha dado por orden formal.»

Apremiado, emprendió Mina su viage el 8 de octubre á Perpignan, siendo á su paso visitado en Tolosa por Llauder, emigrado entonces, el cual, según dice aquel, tuvo grande empeño en sincerarse de su conducta en el año 1830 con la expedición de Vera, queriendo demostrar que estuvo muy lejos de ejecutar al pie de la letra las rigorosas órdenes que le comunicaba el ministro de la Guerra, Zambrano. Tranquilizóle Mina: enseñó Llauder algunos papeles relativos á la conmoción de Cataluña, y en ellos aparecía, entre otras cosas, que, si bien los gefes militares, y en especial el primero de los que se hallaban en Barcelona, seguían á la cabeza de las tropas el torrente de las circunstancias, no desconocían la autoridad del mismo Llauder, aun-

que desprendido de ella y ausente, y seguían con él correspondencia, asperando su vuelta al mando.

Llegado á Perpignan, recibió á Colubí, cuya visita no le fué tan grata como la de Llauder, por ser mas grave el motivo de su resentimiento con aquel.

Al saberse en los primeros pueblos españoles de la frontera la proximidad de Mina, se apresuraron las justicias á darle parte del estado de las circunstancias, no muy lisongero en verdad, lamentándose de que la división de Gurreea que llegó á Cataluña persiguiendo á la expedición de Gurgué, abandonase el Principado, precisamente cuando mas necesaria era en él su presencia, por cuyo motivo la insurrección se propagaba estraordinariamente en las montañas, ningun liberal se contaba seguro. «Los empleados en Puigcerdá, dice Mina, y en muchas otras administraciones fronterizas, se habian visto obligados á abandonar sus puestos y á internarse en Francia para libertarse de los atropellamientos de la facción, cuyo carácter era el de ferocidad. Para mí esto no podia ser nuevo, yo que tenia bien estudiada y aprendida la índole de aquellos intratables montañeses, mas propensos al mal que al bien, por el embrutecimiento en que viven, sin idea ninguna de educación, y porque se habian apoderado de su espíritu hombres malignos, de entrañas tan de tigre como el gefe que influía en ellos, el conde de España, de quien fueron viles satélites cuando mandaba en Cataluña.»

Estando Mina en Perpignan, entró éste preso, frustrada su tentativa de penetrar en el Principado.

Mina consiguió le fuesen entregadas las armas recogidas á los carlistas en distintas ocasiones, y recibió del general de la división de los Pirineos Orientales, conde de Castellane, la oferta de prestarle cuantos auxilios y servicios le reclamase y estuviesen en la esfera de sus facultades.

Anunciando Mina su marcha por mar, la emprendió con grave peligro por tierra, sin mas precauciones que apostar algunos nacionales de observación. Llegó en posta á Figueras, con sorpresa de su gobernador, y siguió al día inmediato su viage á Barcelona, donde entró sin aviso, y se alojó en una casa particular, hasta que á su costa se habilitó el palacio destinado al capitán general. Ni sus dolencias, ni sus años le detuvieron ante el peligro, y sin gloria que

conquistar ni posición, arrojóse á tan aventurada empresa, sin atender mas que á la voz de su patria, que de nuevo reclamaba sus servicios.

DISOLUCION DE LA JUNTA DE BARCELONA.—  
PRIMERAS PROVIDENCIAS DE MINA

L.

La junta de gobierno de Barcelona anunció la llegada de Mina en un manifiesto (1) notable, lisongero al jefe militar del Principado, y al gobierno porque volvian á la clase privada los vocales de la misma, satisfechos de uno y otro.

Correspondiendo Mina á la confianza de la junta, publicó esta proclama, en que marcó la conducta que se proponia seguir.

«CATALANES: honrado con vuestros sufragios, y agraciado por S. M. la reina Gobernadora, en nombre de su augusta hija, nuestra muy amada legítima reina doña Isabel II, me he encargado del mando del ejército y capitania general de este Principado.

«Apasionado y constante admirador de vuestras virtudes cívicas, y deseoso de acreditar mi reconocimiento á las distinciones que os debo, me entrego desde luego entera y exclusivamente al cuidado que S. M. me ha encomendado muy particularmente de mejorar el triste estado á que tienen reducido el país aquellos pocos de sus malos hijos, que bajo de una bandera rebelde, trastornan todas las leyes positivas, porque no pueden vivir sino en medio de turbulencias, ni medrar de otro modo que sacrificando á su desmoralizada ambición las fortunas, y aun las familias de los pacíficos ciudadanos que viven y progresan en la paz y en el orden.

«Una misión semejante me condujo en otra época cerca de vosotros, y merced á la franca, generosa é ilimitada cooperación que debí á los leales y libres catalanes, que unieron sus esfuerzos á los del valiente ejército que tenían bajo mi mando, el orden y la paz fueron restablecidos en el Principado, destruyendo á unos de sus enemigos y obligando á otros á abandonar este privilegiado suelo, donde solo debe respirarse honor, patriotismo y libertad. Y si no gozamos de nuestro triunfo por muchos días, fué efecto de causas que no existen hoy.

«Los mismos enemigos que vencimos nos provocan en el día, y los venceremos como entonces, habiendo entre nosotros la misma unión, igual constancia, y sufriendo con la propia resignación los sacrificios que nuestra hermosa y justa causa reclama. ¿Y qué importa cualquier sacrificio, que debe considerarse momentáneo, cuando él nos producirá el inmenso bien de asegurar para siempre la paz, el orden, nuestra libertad y la de nuestros hijos y nietos, bajo el centro de una reina, cuyo nombre recuerda á la España los tiempos de su mayor prosperidad y grandeza?

«Empeñado habeis, catalanes, vuestro honor y palabra para esta noble y liberal empresa: el grito que lanzasteis contra los perversos que despedazaban las entrañas de la madre patria y quieren verla esclava, resonará en todo el ámbito de la monarquía, y en todas partes se aprestan muchos miles de brazos libres para cooperar á tan heroica decisión. Al arma, pues, catalanes; no sean vanos los propósitos: españoles todos, al arma; ninguno que pueda manejarla sea exento de llevarla hasta que hayan desaparecido esas facciones fraticidas. Virtuosos y valientes soldados del ejército, guardias nacionales, constancia; un impulso simultáneo, unido, de todos los buenos, en breves días dará fin de los malvados. Guerra sin término á todos los cabecillas que no se sometan, y á cuantos se obstinan en oponerse á nuestra marcha con las armas en la mano; los que las depongan y se retiren á tiempo de las hordas faciosas serán admitidos en el gremio de los libres. Pueblos de Cataluña, haced que vuestros hijos las abandonen, y no les dispenseis ninguna clase de auxilios, porque de otro modo vuestra ruina es infalible: acordaos de lo acaecido en otra época, y no deis lugar á que se renueven aquellas escenas.

«Nos amenazan los enemigos de la patria con cadenas, calabozos, inquisición y cadalsos; y ¿habrá un solo español que espere apáticamente sufrir esta serie de horrores, y no prefiera morir antes mil veces con gloria en el campo del honor? No, no es posible. Hagamos conocer á los partidarios del despotismo y al mundo entero que los españoles queremos y merecemos ser libres, pues que sabemos arrostrar impávidos toda clase de privaciones, todo género de fatigas y peligros, hasta el de la muerte, para conseguirlo.

«Nunca mejor podemos dar esta prueba

(1) Véase documento núm. 26.

que en los momentos mismos en que la representación nacional, de acuerdo con el gobierno de S. M., va á ocuparse de acordar y determinar las bases sobre las cuales ha de restablecerse la ley fundamental de la monarquía, donde quedarán consignados desde ahora esplicita y terminantemente, sin que se deje lugar para tergiversaciones, *las verdaderas libertades patrias y las regalías* que competen á la corona. Mientras los padres de la patria, reunidos en el santuario de las leyes, fijan en su sabiduría los destinos futuros de ella, nosotros, sus hijos, corramos con velocidad tras de esos malvados cabezas de facción y sus engañados cooperadores, hasta abismarlos, pues ellos son el único obstáculo que hoy se opone á que gocemos en plena y dulce paz de los beneficios de nuestra regeneración política.

«Catalanes, vuestro capitán general está decidido á exhalar su último aliento en esta patrótica empresa; cuenta con vosotros, con vuestra unión, cordura, disciplina y sumisión á las leyes; seguidme con entera confianza de que procuraré conducirlos por la senda del honor y de la gloria, al paso que otros ilustres capitanes dirigen por la misma á los demas bravos del ejército y patriotas, armados como nosotros en favor de la libertad y del trono de Isabel II.—Barcelona 25 de octubre de 1835.—Francisco Espoz y Mina.»

En seguida procedió Mina á crear una junta de armamento y recursos, cuyo nombre demostraba su objeto, y cuyas funciones cesaron con el establecimiento de la diputación provincial.

Para plantear el general su marcha de gobierno, oyó á todos y los halló solícitos y bien animados. Algunos elementos contrarios oponían obstáculos á su marcha para impedir el término de la guerra, en cuya continuación estaban interesados por espíritu de partido unos, y por interés particular otros.

Decidióse, pues, á salir á campaña, encomendando á la fuerza ciudadana la guardia y custodia de los fuertes y la tranquilidad de los pueblos, servicio penoso en muchos puntos. Antes habia conferenciado con los gefes de la de Barcelona, y acordando cierta organización, que no llegó á realizarse por abandono quizá, envió á don Pascual Madoz al valle de Aran, para que armando toda la gente del país, cuyo espíritu liberal se manifestaba resueltamente, cerrase el paso á los auxilios que por

aquella parte recibían los carlistas. Los servicios que prestó Madoz, justificaron lo acertado de su elección.

Antes de dejar Mina á la capital, le rogaron los liberales que temían la repetición de anteriores escosos, declarase en estado de sitio la ciudad y el distrito: repugnábale esta medida, y consultó al gobierno; pero fueron tales las instancias y protestas que se le hicieron, y tales, segun manifiesta él mismo, las seguridades que se le ofrecían de que no habia otro medio de que en su ausencia no peligrase el sosiego de la ciudad, y aun para acabar con los carlistas, que para tranquilizar aquellos ánimos recelosos de la mayor y mas sana parte de sus moradores, la vispera, ó antevispera de su marcha, publicó un bando que nada dejaba que desear en cuanto á medidas de terror (1).

(4) Decia así:

*Don Francisco Espoz y Mina, Ilundain, Ardaiz y Aleman, teniente general de los reales ejércitos y capitán general del ejército y Principado de Cataluña.*

Quando los enemigos de nuestra reina y de las libertades de la nación, lejos de ceder á los repetidos llamamientos que se les han hecho, persisten en su criminal intento de rebelión y esterminio, asesinando á cuantos españoles leales caen en su poder, como se ha verificado mas singularmente en estos últimos dias, es ya indispensable por parte del gobierno de S. M. que la mas inflexible severidad suceda á ruinosas consideraciones. Por tanto, en virtud de la autorización que S. M. la reina Gobernadora me tiene acordada, ordeno y mando:

1.º Declaro en estado de sitio todo el distrito de la capitania general del Principado de Cataluña.

2.º Por consecuencia, la autoridad militar absorbe toda la administración del distrito.

3.º Seguirán, no obstante, las autoridades actualmente establecidas, despachando los negocios de sus respectivas atribuciones locales, en todo lo que no diga relacion á nuevas disposiciones generales, las cuales someterán á mi aprobación.

4.º Me reservo, durante el país subsista en estado de sitio, alterar esta disposición en dependencias y personas, variando el curso de los negocios segun conviniere al servicio.

5.º A los facciosos se les concede el término preciso de quince dias desde la publicación de este bando, para que depongan las armas y se sometan al gobierno de S. M. la reina.

6.º Pasado este tiempo sin haberlo verificado, todo rebelde sufrirá la pena establecida por las leyes.

Mal recibido por sus amigos en Madrid, no le ocultaron la impresion que les habia causado algunos de los artículos por su escisiva dureza. Mina, que apreciaba en sumo grado á sus amigos, respetaba sus consejos

7.º Serán pasados por las armas todos los que presten á los facciosos en cualquier forma ó manera auxilios de armas, municiones, víveres, dinero ú otros efectos. Quedan sujetos á la misma pena los conductores de estos artículos, y los que promuevan la rebelion y estravien la opinion de los pueblos y de los hombres, sea por el medio que fuere.

8.º Igualmente serán fusilados los que tuviesen correspondencia con la faccion y los conductores de ella, sea esta de la clase que fuere.

9.º Sufrirán la misma suerte el baile ó alcalde, y el cura párroco de los pueblos, y la persona principal de las familias que habiten las ventas ó casas solares donde se refugien y abriguen facciosos, á menos que en el acto de hacerles cargo no justifiquen haberse hallado sin fuerzas para rechazarlos, y haber dado parte de la estancia de aquellos con toda brevedad á las tropas de la reina mas inmediatas, ó á los comandantes de los fuertes mas próximos al pueblo, ó casa invadida por los rebeldes.

10. Los padres, tutores ó cabezas de familia de éstos, son responsables con sus personas y bienes de los males que causaren los rebeldes á los leales. Las personas serán confinadas á otros puntos, y los bienes de la familia servirán para resarcir á los patriotas los daños que se les causaren.

11. Para ejecutar este resarcimiento, no se usarán mas formalidades que la de presentar los perjudicados una simple instancia al baile ó alcalde del pueblo y territorio de las casas solares; y este funcionario y el síndico del propio lugar, pondrán su V.º B.º á la reclamacion, si la hallan en forma y justificada, y á la presentacion de este documento, indiferentemente al comandante de armas mas inmediato, ó al alcalde mayor del partido, pondrán á los reclamantes en posesion de los bienes de las familias castigadas, sean muebles ó inmuebles.

12. Si estos bienes no fueren suficientes á resarcir el daño causado, se hará un reparto proporcional segun sus haberes, entre los notoriamente desafectos al gobierno de S. M. la reina, hasta completar la cantidad determinada, cuya calificacion de desafectos se hará por los ayuntamientos respectivos. Si ocurriesen dificultades en la ejecucion de esta providencia, me reservo allanarlas á la vista del sencillo parte que deberá dárseme de ellas.

13. Las autoridades todas del distrito de Cataluña, quedan encargadas, cada una en lo que la concierne, de la puntual ejecucion de lo contenido en este bando; bien entendido que á todas y á cada una les exigiré la mas severa responsabilidad por cualquiera contravencion que cometieren.

y procuraba seguirlos, y se afectó por su desaprobacion.

Encargado del mando el segundo cabo don Antonio Maria Alvarez, partió Mina á campaña, resuelto á no volver á Barcelona hasta haber castigado bien á los carlistas.

## MINA EN CAMPAÑA.

## LI.

Al emprender Mina las primeras operaciones militares, comprendió que aquella lucha presentaba inmensas dificultades, y destruía por consiguiente muchos de sus proyectos, mas ilusorios que bien calculados.

Lleno de fé y ardimiento, y con laudable actividad, se le ve persiguiendo á los carlistas en todas direcciones sin alcanzarles nunca. Reunidos, se dispersaban cuando se veían hostigados, haciendo de esta manera imposible su destruccion. En vano iba siempre sobre Tristany: siempre se le escapaba de las manos, y lo mismo que hacia este partidario, el principal entonces de los de Cataluña, hacia los demas.

Pero aun sin batir á los rebeldes, fugitivos siempre, alcanzó un triunfo moral, que se hizo sentir desde luego. Animado el partido liberal, se congratuló mas y mas de su eleccion, porque supo poner á raya las demasías de los cabecillas, y logró tranquilizar muchos pueblos, espuestos antes á los escesos de las facciones.

Era su primordial propósito atacar á los carlistas que tenian como centro de sus operaciones el fuerte de Santa Maria del Hort, é iba ya consiguiendo ventajas evidentes, cuando los mismos liberales distrajeran su atencion. Barcelona era nuevamente teatro de punibles escesos, favorables solo á la causa de don Carlos.

Pero dejemos por ahora á Cataluña, y reseñemos la guerra del Maestrazgo, nuncio ya de su importancia no lejana, y ya peligrosa para la causa de la legitimidad y de las libertades públicas, desde un principio unidas en lazo indisoluble.

14. Se publicará, comunicará y circulará este bando con todas las formalidades. Dado en Barcelona á 29 de noviembre de 1835.—Francisco Espoz y Mina.—P. D. D. E. S. C. G.—El brigadier gefe de la plana mayor, Laureano Sanz.

## MAESTRAZGO.

ARAGON, VALENCIA Y MURCIA.

## LII.

Reparada del mejor modo posible la mal aconsejada disposicion de don Carlos en Iturmendi (1), el propio interés dió alguna unidad á las operaciones de las partidas carlistas, que vagaban sin concierto por el pais conocido con la denominacion de Maestrazgo.

Conformes en la conveniencia de que una mano dirigiese y emplease sus esfuerzos, no era dudosa la eleccion. El ascendiente que Cabrera habia adquirido sobre todos sus compañeros, ascendiente legítimo, porque era debido á su arrojo é inteligencia, á su perseverancia y celo, hizo que los demas gefes de partidas, mas ó menos numerosas, reconociesen su superioridad, y acordados, emprendiéronse movimientos y diéronse acciones de importancia en que no llevaron la peor parte. Estos sucesos les dieron nuevos partidarios y mayor osadia, siendo al mismo tiempo menos eficaz la persecucion por la multitud de causas que embarazaban la accion de las tropas de la reina. Este abandono en que se les tuvo, les dió tiempo para instruir sus reclutas y organizarlos, y cuando tenian necesidad de batirse, lo hacian ya con menos temor.

El gobierno prevenia sin cesar á los gefes militares que persiguieran con tenacidad á los carlistas; pero que no se empeñaran en atacarles en sus posiciones inaccesibles, que á mas de la inutilidad de ocuparlas, tenia la desventaja de fatigar y desalentar las tropas, objeto especial de los carlistas, para conseguir por este medio resultados favorables; dejaba á la prudencia de los gefes lo que debieran hacer en tales casos, que era en último resultado lo que siempre podia hacer el ministerio, pues era difícil, si no imposible, dirigiera las operaciones militares desde el despacho, cuando ni aun los mismos que estaban en campaña podian formar acertados planes.

Y era en verdad difícil formarlos contra Cabrera y sus compañeros, que invisibles unas veces, sorprendiendo otras, y siempre en un continuo movimiento, cansaban la constancia de sus mas decididos per-

seguidores, agotaban sus fuerzas y burlaban su mas rigida vigilancia.

Así llegó á adquirir la guerra en esta parte de España la importancia que ahora veremos, y anunció Cabrera (1), comenzando ya sus páginas sangrientas.

## ACCION DE PRAT DE COMPTE.

## LIII.

En los movimientos que emprendieron por distintos puntos las fuerzas carlistas, las que se dirigieron á los montes de Chert se vieron mas inmediatamente perseguidas y aun provocadas por una columna de unos seiscientos hombres. Cabrera y Forcadell, que no hallaban obstáculo en admitir el ataque, ordenaron su resistencia, dando la conveniente colocacion á sus tropas, cuyo centro mandaba don José María Arévalo, capitán del ejército liberal que se pasó á los carlistas.

## (4) En esta proclama:

Voluntarios: nuestros enemigos, que lo son tambien de la patria, nos darán el triunfo, porque ya veis cómo se aumentan nuestras filas desde las asonadas de Madrid, Zaragoza, Barcelona, Murcia y otros puntos. Allí asesinan á la faz del dia, se rebelan contra las autoridades, saquean las casas, entran en los templos, y dentro del coro matan á los religiosos indefensos, como ha sucedido en Zaragoza; destierran á vuestros padres, esposas é hijos, fusilan sin formacion de causa, y se cometen todas esas iniquidades que publican cada dia los periódicos de la revolucion. Los que se llaman justos y benéficos obran así, sin que se castiguen tantos y tan atroces crímenes. Y aun se atreven á llamarnos á nosotros foragidos y facciosos. Ellos sí que son facciosos, porque cada dia quieren un gobierno; ellos sí que son sanguinarios al publicar sus bandos y decretos como los de Lauder, Noguera, Alvarez, Lorenzo, Rodil y otros, dignos de los Herodes ó Nerones. No os fieis de sus palabras, voluntarios; ya veis la suerte que han tenido los que se acogieron á varios indultos, que cuando mas tranquilos vivian, fueron presos los mozos y casados que habian figurado entre nosotros como oficiales en el Bajo Aragon y Maestrazgo, y con muy pocas escepciones los mozos fueron destinados á los cuerpos de la Habana, y los demas á los presidios de Cádiz, Cortagena y Alicante. ¿Y qué ha con seguido con esto la revolucion? Aumentar nuestras filas, como veis sucede todos los dias. Pronto tendremos un ejército si nuestros enemigos continúan así, y pronto nuestro soberano don Carlos V se sentará en el trono de sus mayores. Valor, pues, y constancia, espera de vosotros quien nunca os abandonará y es vuestro compañero.—Cabrera.

(1) Véase la pág. 108

Preparados unos y otros á la pelea, comenzó el fuego, generalizándose en breve en todas las líneas, y despues de estar el éxito indeciso por algun tiempo, abandonaron los liberales las posiciones con alguna pequeña pérdida, y siguieron hácia Chert, en tanto que Cabrera llevaba sus heridos á á la masía del Bosch y Forcadell acampaba cerca de sus enemigos.

El 23 de junio se reunieron estos gefes carlistas con Torner en Prat de Compte, á donde se dirigió al amanecer del siguiente dia don Antonio Azpiroz con su columna; lo que sabido por Cabrera, se dispuso á recibirle, y dió las disposiciones que creyó oportunas á fin de caer sobre los liberales á su paso por un barranco profundo. Entraron en él sin las precauciones debidas, y acometidos furiosamente, se desordenaron algun tanto, vi-to lo cual por Azpiroz, que si fué descuidado era valiente, trueca el mulo que montaba por su caballo, ordena su gente, y con brava bizzarria rechaza á los enemigos y se abre paso; dirigiéndose en medio de una granizada de balas á Prat de Compte, en cuyas eras presentó la batalla. No la esquivó Cabrera, que acometiendo al centro y flancos de la linea liberal, obligó á éste á guarecerse en el pueblo, donde se sostuvo hasta la llegada de Montero con su columna, que presentó tambien la batalla al carlista, que no aceptó y se retiró á la Muela de Prat de Compte.

Esta accion pudo haber costado toda la columna á Azpiroz, pero solo le costó unos treinta y tantos muertos, y una caída al gefe que le obligó á dejar el mando.

Los carlistas, ya que no lograron todas las ventajas que se prometieron, su pérdida fué pequeña, y contaron con algunos fusiles mas, que eran otros tantos soldados, y otros efectos.

DEFENSA DE LOS NACIONALES DE AZUARA.—  
CABRERA Y SUS RECLUTAS.

#### LIV.

Al mismo tiempo que Cabrera y Forcadell se batian en Prat, Quilez lo hacia en Santa Olea, y el Serrador cerca de Cantavieja, con menos fortuna que los primeros.

Uno y otro desde su separacion de Cabrera habian aumentado su gente, contando ya Quilez mas de quinientos infantes y unos cuarenta caballos.

Montañés, Boné y otro organizaban al

mismo tiempo partidas mas ó menos respetables, que aunque no tomaban la ofensiva incomodaban, y eran temibles unidas á otras fuerzas, y siempre causaban daños en sus merodeos.

Quilez, y no Cabrera, como otros creen, se dirigió sobre las márgenes del Nonaspe á caer sobre Maella; pero le salió el infatigable Nogueras al encuentro, y entre Valconuma y Valdelardacha se trabó una escaramuza, cuyo resultado fué el de algunos muertos de una y otra parte, y el salvar á Maella, que era lo mas importante.

Quilez sorprendió á Azuara en la madrugada del 5 de julio, y no pudiendo defender el pueblo sus diez y seis nacionales, por estar situado en un barranco que forma la estrecha huerta del rio Camarasa, se refugiaron á la iglesia, que era el castillo obligado de todos los pueblos, y en ella, despreciando la capitulacion que les propuso el invasor, se propusieron vender cara su vida.

Los carlistas ocuparon las casas inmediatas á la iglesia, y al ver se estrellaba en ella su decision, la prendieron fuego, obligando el humo á sus defensores á guarecerse en la torre, inutilizando la escalera, para hacer asi mas inaccesible su puesto, harto desesperado. Nuevamente les intima la rendicion el carlista apoderado ya de la iglesia, ofreciéndoles perdonar su resistencia; pero era ésta decidida, y al ver Quilez la inutilidad de su empeño, desistió de él, no sin haber probado antes asfixiarles con los combustibles que prendió en la iglesia, y produjeron un humo infernal, aunque sin el resultado que aguardaba quien de tales medios se valia.

En cambio de los cuatro ó seis hombres que perdió, y de ver su proyecto frustrado, se llevó algun botin de las casas de los liberales; y huyendo de la columna de Mancho, que acudia á Azuara, se retiró hácia Sécera y Alacon.

No con mejor éxito intentó Cabrera en estos dias apoderarse de Cherta, que supo defender su comandante de armas, apoyado por otro destacamento de tropa y nacionales que, como veremos, operaban activamente, y podian considerarse muchos tan soldados como la tropa de linea.

El movimiento de Cabrera no fué, sin embargo, estéril en resultados; pues en su corta expedicion, aumentó su gente con mas de trescientos hombres que fueron á aumentar los depósitos de Beceite, donde

Arévalo les daba alguna instruccion, no mucha, porque segun Cabrera, debia aprenderse á ser militar en el campo de batalla, que aqui, en efecto, son mas eficaces las lecciones.

No podia ser tampoco la instruccion enteramente completa, porque faltaban armas, y en cuanto se cogian al enemigo, se armaba con ellas á otros tantos mozos, que desde luego ingresaban en las filas y adquirian, quizá á las pocas horas de su incorporacion, el bautismo guerrero que les hacia militares, porque ya habian oido la pólvora y oido silbar las balas.

ZURITA.—ACCION DE YESA.

LV.

Zurita, guarnecido por ocho nacionales y veinte y cinco movilizados de Valencia, se vió acometida por Cabrera, Forcadell y otros, capitulando despues de un corto tiroteo sus escasos defensores, á condicion de entregar las armas y marchar libremente á sus casas. Cumplióse lo pactado con los de Valencia, mas no con los de Zurita, de los cuales fueron fusilados cuatro el dia 11 en Codoñera (1).

Con direccion á Rafales, y pasando por el citado Codoñera, donde tan infausto recuerdo dejó Cabrera, y por Castelserás llegó á Andorra y á Crevillen el 14, haciendo en estos puntos y en Olieta y Montalvan grandes acopios de viveres, armas y municiones, y aumentando considerablemente sus filas, sin esponer sus bisoños voluntarios á un choque arriesgado. Así, cuando la columna de Martin se presentó á batirse, esquivó prudente la accion, poco seguro de los suyos, sin armar en parte.

Cruzando por Alventosa, la carretera de Aragon y Valencia, continuó el grueso de los carlistas á Yesa, á cuya intermediacion

(1) Dos de estos desgraciados, Francisco Dauden y Pelegrin Gil, eran ancianos que apenas podian andar, y los otros dos, hijos de don Rafael Fuster, de diez y seis á diez y ocho años de edad. A las súplicas que se hicieron á Cabrera en favor de estos jóvenes, contestó inhumano que su padre podria librarlos presentándose á ser fusilado. Al oír la madre una condicion tan horrible, cayó desmayada, y á su lado, muerto como de un rayo, el tercer hijo que llevaba á sus pechos.

(Historia de la guerra última en Aragon y Valencia, por los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado.)

se presentó en las alturas una columna enemiga, compuesta de poco mas de quinientos infantes de cuerpos francos y nacionales, y veinte caballos del regimiento del Rey, y diez de milicianos de Benaguacil, al mando del comandante de caballería don Adrian Jacome. A su aproximacion mandó Cabrera practicar un reconocimiento, y formó en columna su division para contramarchar en retirada, colocándose á retaguardia para sostenerla con dos compañías, por ser el puesto mas peligroso.

Jacome mandó avanzar, y al ver el movimiento de Cabrera, forzó la marcha, rompieron sus guerrillas el fuego, Cabrera desplegó las suyas, hasta que vió la caballería dispuesta á cargar, dirigiendo entonces sus fuegos sobre los flancos de la masa contraria. Recibió esta fuerza orden de estenderse en batalla; pero mal ejecutado este movimiento, se aprovechó de él Cabrera y atacó con éxito, desordenándola. Solo unos cien hombres se mantuvieron firmes, y despreciando el fuego y las cargas de la caballería carlistas, se empeñaron en ganar lo que sus compañeros perdian. Pero cayó al fin sobre aquel puñado de valientes el grueso del enemigo, y circunvalados en el carrascal, fueron horriblemente acuchillados, prefiriendo la muerte á ceder en lo mas minimo de su heroico propósito. En vano persiguió tenaz Cabrera el resto de la columna confiando en su destruccion: su escasa caballería, así que estuvo fuera del monte y pudo hacer uso de sus lanzas, contuvo al vencedor y protegió la retirada del resto de la fuerza (1).

(1) La vida de Cabrera corrió aquel dia graves é inminentes peligros. aparte de su riesgo en la accion, porque sabido es que era el primero en la pelea. Intentando alcanzar á un capitán que, rendido de fatiga, se asió á la cola de un caballo, le intimó se entregase, y al contestarle, *ahora voy*, tiró á Cabrera una estocada, que salvó, acuchillando en el acto á su infortunado enemigo. Otro oficial prisionero, en el acto de entregar el sable á Cabrera, quiso herirle; pero cogida la accion, fué él el herido y muerto en el acto.

Digan lo que quieran las partes carlistas, los liberales no perdieron mucho mas de cien hombres; pero fué considerable la porcion de armamento y municiones que adquirieron aquellos, y de que tanto necesitaban.

RENDICION DE ALGUNOS FUERTES.—HERÓICA  
DEFENSA DE ALBOCACER.

## LVI.

Cabrera se dirigió en seguida á las masías inmediatas á Alpuente, con ánimo de caer sobre su guarnicion; pero se puso ésta en salvo al saber la derrota de Yesa, y se enseñorearon los carlistas de aquel punto, marchando despues á Chelva, donde aumentaron su gente y sus recursos.

Prósperamente concluyó para los carlistas el mes de julio, y el 3 de agosto llegó Cabrera á la Puebla de Benifasá, llevando un rico botín malamente adquirido.

Los demas partidarios, que con mas ó menos fortuna hacian correrías por el pais, devastábanle igualmente,

Turner atacó á Calaceite, y la defensa de su guarnicion le obligó á retirarse. Serrador, con ochocientos infantes y mas de cien caballos, se incorporó á Quilez, y atacaron juntos la fortificacion de Puebla de Arenosa. Próxima á rendirse, se acercó una columna en su auxilio, á cuyo encuentro salió Quilez, y esperándola en un barranco, la acometió hasta con piedras, obligándola á retirarse hácia Arañuel. Interponensala otras fuerzas carlistas, y se abre paso despues de un reñido choque, en que corrió abundante la sangre liberal.

Victorioso Quilez, volvió á la Puebla y se le rindió su guarnicion de sesenta y cinco hombres, desesperanzados ya de auxilios. No le convenia la conservacion del fuerte, y le demolió.

El de Zucaina, en la ribera del Mijares, se rindió tambien fácilmente al dia inmediato, quedando prisioneros los treinta y tres hombres que le defendian, sufriendo la misma suerte los diez que guarnecian el punto fortificado de Cavanés, cerca de Villafanés, despues de haber hecho una brillante resistencia. Mayor habria sido la que aquellos puntos le opusieran; pero Quilez y otros partidarios solian respetar las capitulaciones que Cabrera despreciaba, y no se ensangrentaban por lo general, como éste, con los indefensos é infelices prisioneros.

Envalentonados y engrosados los carlistas con estos triunfos, marcharon Quilez y el Serrador á atacar la guarnicion de las Cuevas de Vinromá, á las órdenes de don Bautista Vidal. Encerrada en el fuerte, se apoderaron los sitiadores de las casas contiguas. Era tan corta la distancia, que á

unos y otros separaba, que se hablaron los que antes habian sido compañeros de armas. La guarnicion quiso capitular; pero no era Vidal de los hombres que se rendian fácilmente, y temiéndole sus subordinados, le abandonaron. Prisionero, aunque no se daba entonces cuartel, fué cangeado.

La buena estrella que guiaba á los carlistas, les hizo creer que nada detendria ya su victoriosa marcha, y engreidos con estas ventajas, se dirigieron á Albocacer el 6. Guarnecian este pueblo veinte y ocho soldados al mando de Lasantas, y de acuerdo con los pocos nacionales que mandaba el juez, Palomera, se propusieron defender el pueblo, y á ello se aprestaron con resolucion. Reciben á balazos á los carlistas, sin atemorizarse por su número, y heridos éstos en su orgullo al ver que unos pocos les provocaban, contestaron con ardor. Atacado á la vez por diferentes puntos aquel puñado de valientes, y no pudiendo cubrirlos á un tiempo, repléganse á la iglesia, dominada por otros edificios, desde cuyas ventanas y tejados se les hizo un fuego mortífero. Lejos de desanimarse, sin esperanza de salvacion, le sostienen desde las troneras, y sin ceder ningunos, suspende la noche el porfiado asedio.

Intimada durante ella la rendicion, fué desechada, sin embargo de no exigirseles mas que la entrega de las armas y municiones. ¡Tal era su corage y patriotismo!

Exasperó á los sitiadores esta negativa, y redoblando su empeño, tratan de conseguir por los acostumbrados medios del incendio, lo que no creian tan fácil por las armas. Arriman porcion de combustibles á la puerta de la iglesia, los prenden, y mientras arden las puertas, procuran otras horadar las paredes.

No desisten por esto los sitiados, y regulando su defensa á medida que lo iban exigiendo las circunstancias, y perdidos en la iglesia, retiranse á la torre, cortan la escalera y se aprestan á vender caras sus vidas.

Dueños del templo los carlistas, nuevamente les intiman la rendicion, haciéndoles ver lo temerario de su resistencia, y lo decididos que estaban á hacerlos perecer de cualquier modo. Que sabian morir, mas no rendirse, fué la contestacion sublime de aquellos héroes.

Ya no quedaba otro recurso al prestigio de los carlistas que vencer, y sin reparar en los medios, queman paja para asfixiarles



con el humo. No consiguen su objeto, y los titulados defensores del altar, pegan fuego á la iglesia, y sitiados y sitiadores la ven convertida en cenizas, aumentando ellas el heroísmo de los primeros y el despecho de los segundos.

A las ocho de la siguiente mañana se les hacen tercera vez proposiciones; pero tienen el mismo éxito que las anteriores. Avergonzados los carlistas al verse despreciados por tan reducido número de valientes, fian á la fuerza de la pólvora, y no á la suya, el vencimiento, y prefieren quedarse sin un cartucho, y las posibles y arriesgadas consecuencias á que la falta de municiones les dejaria espuestos, á tener que retirarse sin haber conseguido su intento. Era un medio horrible, volar la torre; pero no le rechazaba la guerra; y le hubieran puesto en obra á no saber que Nogueras se aproximaba. No atreviéndose á esperarle, se retiraron á Benasal las fuerzas carlistas llenas de rabia, mas que por la impotencia de sus esfuerzos, por lo poco en que las tuvieron los beneméritos defensores de Albocacer, cuyo digno ejemplo debió alentar á otras guarniciones.

#### NUEVOS TRIUNFOS DE QUILEZ.

##### LVII.

De la resistencia que halló Quilez en Albocacer se indemnizó el 11, apoderándose del fuerte del Horeajo con los treinta hombres que le guarnecían, haciéndose ademas con buen número de fusiles.

El 12 se le rindieron Ortells, Villores y Palanques, y el 13 capitularon los ciento cuarenta y dos hombres que formaban el destacamento de Beceite.

El de Valderobles, á condicion de poder marchar á Zaragoza, capituló tambien, y sin faltar Quilez á lo estipulado, se contentó con los doscientos fusiles y cinco caballos que pudo así proporcionarse. Regresó á Belmonte y Castellote, cuyo fuerte se le entregó, y el Serrador se dirigió á la parte de Valencia. Satisfechos ambos con las ventajas obtenidas, se retiraron á los puertos á dar descanso y organizar su gente.

#### ASPECTO DE LA GUERRA EN EL ORIENTE DE ESPAÑA.—MANDO DE NOGUERAS.

##### LVIII.

Asienta con verdad un historiador de Cabrera que los carlistas del Maestrazgo y Bajo Aragon empezaron á armarse con los mismos fusiles de sus enemigos; y convenimos con él, como lo hemos visto comprobado en los anteriores capitulos, en que el sistema de fortificaciones aisladas produjo resultados contrarios á los que se esperaban, y en que la persecucion no era entonces muy activa.

La lucha tomaba otro aspecto. Provistos los carlistas de armas, municiones y recursos, arrancados unos en buena lid, y otros en mala, tomaron la ofensiva, y la tomaron con la osadía que sabia inspirarles su gefe, con el arrojo consiguiente á tantas y tan repetidas ventajas. No parecia sino que el pais estaba enteramente abandonado y á merced de sus devastadores.

Es muy comun en la guerra apelar á la crueldad cuando se sufren reveses, y no se tiene fé en poder repararlos por otro medio. Así se vió á los liberales querer reparar su falta de actividad y desaciertos, y detener el creciente desarrollo, que merced á sus propias culpas adquirieron los carlistas con medidas tan extraordinarias como ilegales; con providencias que se llamaban fuertes porque eran crueles; eficaces porque eran destructoras. Bandos de destierro, de confiscacion, de muerte y de esterminio aparecian en todas partes: hechos que no pendian del individuo remediar, acciones que la humanidad aconsejaba, que la voz de la sangre imponia, eran consideradas en cuanto podian perjudicar á la causa, ó no la favorecian, como delitos dignos del último suplicio: en ellos se hacia responsable al padre de la conducta politica del hijo; al hermano de la del hermano, y ni aun el sexo debil, al que la naturaleza ha puesto bajo la salvaguardia del hombre, se libraba del castigo. La humanidad parecia degenerar en esta lucha bárbara, irracional y cruel; en esta guerra que parecia no tener otro objeto que el comun esterminio.

Unos y otros eran, mas bien que sustentantes de principios elevados que habian, en su aplicacion, de hacer la felicidad de una misma patria en su sentir respectivo, instrumentos de Lucifer guiados por un fu-

ror ciego que les impulsaba á cometer los mas reprobados excesos, considerados por ellos, sin embargo, como actos meritorios.

La infracción de las capitulaciones, las represalias, todo cuanto pudiera contribuir á la destruccion del hombre por el hombre, que debiendo ser su mayor enemigo, todo lo ponía en juego con vandálica decision, con propósito impío, con satisfaccion inhumana. Pero no apenemos nuestro corazón anticipando reflexiones sobre hechos próximos.

El aspecto de la guerra, era bajo este pie, capaz de infundir temores al mas osado, y de arredrarlo. Así lo conoció el poder, aunque mirando siempre los peligros á tanta distancia. Esto no obstante, adoptó providencias que creyó eficaces, siendo la mas importante, en vista de las frecuentes invasiones que de un territorio á otro ejecutaban los carlistas, aprobar lo dispuesto ya por otros gefes, á saber: que las columnas destinadas á operar, no se detuvieran en los límites de sus distritos, y pudiesen perseguir en todos á las facciones. El ceñirse al terreno de su circunscripción habia irrogado inmensos perjuicios, imposibilitando la destruccion de las partidas que, cuando se veian acosadas por una columna, salian del distrito que ésta tenia demarcado, y cuando habian llamado la atencion de otra, ya se habian puesto en salvo.

Los gefes de las tropas de la reina, que no esquivaban género alguno de sacrificios, traspasaban á veces estos límites; pero no se atrevian á internarse por las rivalidades que ocasionaba esta estralimitacion, como las que produjeron al principio de la guerra entre el general en jefe del ejército del Norte y Quesada. Teniendo sin duda en cuenta este antecedente, y por evitar todo disgusto, Noguerras, á principios de este mes, agosto, manifestó sus deseos de entrar en el Bajo Aragon, á donde se dirigian los carlistas, operando en él con las fuerzas del brigadier Alcalá.

El capitán general de Aragon no pudo menos de acceder reconocido á tan celosa propuesta, advirtiéndole á mayor abundamiento, que el gobierno tenia recomendado muy especialmente, y él prevenia, que las tropas en el territorio de los tres reinos operasen acordes y sin reparar en los límites de ninguno.

Esta determinacion; que hubiera producido ventajosos resultados á ser mas pronta, no podrá ofrecerlos ahora completos, por-

que los carlistas se habian aumentado considerablemente, y existian en muchos puntos, porque cada provincia tenia atenciones apremiantes que cubrir, y porque no eran bastantes las fuerzas.

Lejos, pues, la esperanza de reprimirse la guerra, presentaba, por el contrario á la causa de la legitimidad un porvenir sombrío, que no podia conjurar con los escasos elementos que contaba. Reducidas las operaciones á continuos movimientos, en que solian llevar la mejor parte los carlistas, las tropas se fatigaban y disminuian, y sufrían y se desanimaban los pueblos.

Para dar unidad á la persecucion, creyó útil, y aun necesario, el capitán general de Aragon, reunir el mando en un solo gefe, que obrando del modo que juzgase mas conveniente, tuviera toda la seguridad necesaria del exacto cumplimiento de sus disposiciones; y en consideracion á las circunstancias que reunia Noguerras, le confirió este mando, que el gobierno hizo estensivo á toda la parte que forman los confines de Cataluña, Aragon y Valencia. Haciéndole responsable de sus operaciones, le revistió al propio tiempo de amplias facultades para perseguir á los carlistas indistintamente y con absoluta independencia de las autoridades militares de dichas provincias.

No era desacertada la eleccion; Noguerras habia demostrado entusiasmo ardiente, actividad infatigable, constancia férrea, y de entre todos los gefes del ejército, ninguno era tan terrible á Cabrera como Noguerras, su perseguidor incansable, su sombra, el que en ninguna parte le dejaba detenerse, el que le salia muchas veces al encuentro de sus proyectos, pareciendo como que los adivinaba.

ENTRADA DE CABRERA EN SEGORBE. — ACCION DE LA JANA.

LIX.

Aligerados los carlistas del rico botín que hicieron en las escursiones que ya conocemos, emprendieron otras.

Cabrera y Forcadell subieron el 11 hácia la parte de Caila, donde supieron que la columna de Buil debia pernoctar en Adsaneta. Propusieronse batirla, mas no lo lograron, á pesar del modo astuto con que lo intentaron, porque Buil conoció ser un ardid el desórden que manifestaron los carlistas al pasar por frente del pueblo, y permanec-

ció quieto con su gente, marchándose la contraria á Useras.

Aquí les resistió el destacamento, que tuvo que encerrarse en el fuerte, que era la iglesia. Rodeados por los invasores, desprecian la intimacion de rendirse, ven arder la iglesia, se guarecen á la torre, definiéndose allí bizarros, y dispuestos á morir antes que rendirse, ven, por fin, marchar á Cabrera, que sin esperanza de domar la altivez de aquellos valientes, frustrado su deseo de que Buil se presentase, y no viniéndole perder tiempo, se dirigió á la parte de Alcora, Onda y Vall de Almonacid.

Aquí acordó con Forcadell en invadir la importante ciudad de Segorbe, lo cual no era empresa muy difícil, pues no estaba fortificada, y habian emigrado la mayor parte de los nacionales. Comenzó por oficiar á las autoridades, exigiendo ocho mil duros, dos mil raciones y el armamento de los urbanos, y se aprestó á ser dueño de la poblacion, á pesar de saber que Noguerras le iba á los alcances.

Divide Cabrera su gente en dos mitades, y dejando á Forcadell en observacion en la altura del castillo y convento de San Blas, acompañado del grueso de la division, entró él en Segorbe en la mañana del 18 con la caballería y dos compañías de Tortosa. Recibió parte de cuanto habia pedido, hizo se recogieran todos los caballos útiles, ordenó por un bando la presentacion de las armas, monturas, municiones y demas efectos de guerra, y prescribió tolerancia con todas las opiniones. Estuvo en sesion con el ayuntamiento, visitó al obispo, con quien conversó sobre el estado de la guerra, y en vista de la aproximacion de Noguerras, dió las disposiciones que creyó convenientes.

A los primeros tiros, corrió, sin embargo, á Navajas en retirada, pues no creyó poder hacer frente á Noguerras, que libró á Segorbe de tan incómodos huéspedes.

Abultada por los partes de uno y otro la escaramuza de Segorbe, solo diremos que Cabrera, con su entrada en Segorbe, acrecentó su ascendiente; y que Noguerras, salvando á la ciudad y haciendo retirar á su invasor, inauguró felizmente su mando.

Desde Gaibel se dirigió aquel á Cirat, sierra de Engarcerin y Cuevas de Vinromá, á donde llegó el 24, y al día siguiente, Torner y el Serrador. Incorporados todos, marcharon el 26 hácia Salsadella, pasando cerca de la columna de Decreff, que se hallaba en San Mateo. Sabedor éste de la

proximidad de los carlistas, aunque no de su número, cayó de repente sobre la vanguardia que dirigia el Serrador, cuando desde Cerera se dirigian á la Jana, y la desordenó impetuosamente. Pero iba en buen orden el grueso de las fuerzas, que caen sobre Decreff, y no pudiendo resistir tan desigual combate, sufre gran pérdida, que hubiera sido mayor sin el auxilio de Noguerras, que no perdía de vista á su enemigo.

Los carlistas, satisfechos de esta jornada, y de las armas que arrancaron á sus contrarios, siguieron su marcha, sin que el salvador de Decreff pudiera estorbarla.

#### OPERACIONES DE QUILEZ.

##### LX.

Para burlar la persecucion de Noguerras, segun unos, y con objeto de atender mejor á la manutencion de sus fuerzas y emprender nuevas operaciones, segun otros, resolvieron Miralles y Torner unirse á Quilez en Aragon, mientras Cabrera y Forcadell marchaban á los puertos de Beccite, su cuartel general y seguro auxilio.

Betea se vió entonces sitiada por Quilez, que, con bastante fuerza para formalizar el cerco, se propuso rendirla. La aproximacion de la columna de Montero no le hizo desistir, y como era peligroso esperarla, salió á su encuentro, y la atacó sobre el camino de Gandesa. Pero mas esperto y mas militar Montero, hizo un movimiento tan acertado y atrevido cambiando de frente, que se puso delante de los carlistas, y dejándolos á su espalda, entró en el pueblo, debiéndole los sitiados su salvacion.

Retrocede Quilez á Aragon, aumentando sus recursos en los pueblos que invade al paso; y á las inmediaciones del Horcajo sostiene una empeñada accion con la columna de Verdugo, perdiendo ambas partes una decena de muertos y tres ó cuatro heridos.

Sin quedar castigada ninguna de las dos columnas, siguen sus operaciones, variándolas segun lo exigian las circunstancias; porque en aquella clase de guerra, como es fácil de suponer, cabian pocas combinaciones, y mas que á los planes, habia que sujetar al acaso los movimientos. Unos tras otros siempre: cualquier descuido, la menor equivocacion, producía una sorpresa, un ataque, una contramarcha, ó la invasion de un pueblo.

DEFENSA DE RUBIELOS.—HORRIBLES ASESINATOS EN NOGUERUELAS.

## LXI.

Cabrera, en tanto, con dos batallones y unos cuarenta caballos, acompañado de Forcadell, llevó su gente á Aragon y á la provincia de Teruel, con menos enemigos que impidieran sus operaciones.

La importante y rica villa de Rubielos sirvió de estímulo á Cabrera, porque su posesion tenia ademas la ventaja de quitar un obstáculo á sus correrias al interior del pais.

No creyendo el gefe tortosino dificil la empresa, se dirigió el 10 ó el 11 de setiembre á la poblacion á la cabeza de sus paisanos, y emprendió el ataque contra los nacionales y soldados que la guarnecian, quedando Forcadell en posicion de poderle proteger. Con temerario arrojo se lanzó dentro de la villa, despues de haberla franqueado rompiendo las puertas, á pesar de la resistencia que le opusieron.

Los sitiados se refugian á un pequeño fuerte establecido en el convento, despues de haber peleado en las calles. Allí los nacionales y una compañía del provincial de Ciudad-Real, con el capitán retirado Gil, se deciden á hacer una resistencia heroica.

Taladran los carlistas las casas de las calles del Cármen y Carrer-luengo, y se apoderan del punto avanzado que establecieron los nacionales en el Granero del Obispo, á la confluencia de ambas calles. Reducidos así los sitiados al convento, se defienden en él valientes, rechazando los ataques de toda la noche, y ni las minas, ni las tortugas que formaban con carros llenos de colchones y sacos de lana, ni cuantas tentativas hicieron los sitiadores, amortiguaron en lo mas mínimo el ardor de aquellos bravos.

Cuanto mayor era su obstinacion, se aumentaba mas la de Cabrera. Espuesto á morir en una tortuga, dos de los cinco hombres que la formaban quedaron sin vida, y otros dos fueron heridos, siendo Cabrera el único que salió ileso, se propuso vengar la muerte de sus compañeros, y satisfacer su propio orgullo, que creia ofendido con la heroica resistencia de los sitiados.

Intentando diferentes medios de apoderarse del fuerte, procuró derribar una pared por medio de una casa contigua. Terrible

iba á ser entonces la situacion de los liberales; lo conocen, y para aislarse prenden ellos mismos fuego á la casa; mas el viento que sopla, comunica el incendio al convento, y á poco todo el edificio es presa de las llamas, y ofrece un cuadro espantoso y aterrador. Pero aun se resisten los cercados: contando sin duda los momentos en que se verian envueltos entre las llamas, todavia quieren aprovecharlos.

Mas ya no era posible librarse del fuego ni sufrir el hambre, la sed y la fatiga, otros tantos enemigos que les combatian implacables. Enarbolan un pañuelo blanco en señal de capitulacion, y firman Cabrera y Forcadell la condicion aceptada de conservarles la vida. Fiados en este pacto se entregan, y son á seguida fusilados muchos de aquellos esforzados prisioneros al pie de la misma torre que habian defendido tan bizarramente (1). Conducidos los restantes al campo de la Dehesa, término de Noguereuelas, mandó Cabrera hacer alto, y comieron todos el rancho. Concluida esta operacion, formó un cerco de infantes y caballos, dejó á los prisioneros en cueros, y les invitó á que se salvaran corriendo. Huyeron en efecto, muriendo lanceados aquellos infelices, hallándose algun cadáver con veinte y seis heridas. La humanidad se estremeció y Cabrera conquistó un titulo sangriento, perdiendo en Rubielos cuarenta hombres entre muertos y heridos (2).

ENCARNIZAMIENTO DE LA GUERRA.

## LXII.

Los anteriores sucesos y la falta de fuerzas del ejército para proteger los pueblos, produjeron un desaliento inesplicable, que facilitó nuevos triunfos á Cabrera. No es de estrañar, por tanto, que los nacionales,

(1) Así consta del parte que el gobernador militar interino de Teruel, don Mariano Miguel Polo, dirigió á la capitania general de Aragon el 15.

(2) El ayuntamiento de Noguereuelas recogió y dió sepultura en su cementerio á las sesenta y cinco victimas, hasta que en 1841, los nacionales de Rubielos y otros, las autoridades locales y la superior de la provincia, don Francisco Santa Cruz, que refiere este hecho, de acuerdo con la eclesiástica, trasladaron sus restos á Rubielos, celebrando un aniversario solemne y pomposo (a).

(a) Véase documento núm. 97.

viéndose abandonados, dejasen unas armas que solo servían para comprometerles, y las entregasen en la capital, refugiándose en ella los mas comprometidos.

Las autoridades de tan dilatado territorio hacían repetidas instancias á los gefes de las columnas para que acudiesen en su auxilio; pero los gefes, animados del mejor deseo, se veían perplejos en el punto á que habían de dar la preferencia, pues si el gobernador militar de Teruel pedía se presentasen á fin de alentar el abatidísimo espíritu público de toda su comarca, é imploraba las órdenes mas terminantes para que se prestase socorro con la mayor premura, porque se perdía sino el país, y se comprometía la tranquilidad y seguridad de la capital, otros gobernadores manifestaban los mismos deseos en opuestos puntos, y todos demostraban así el imponente estado de la guerra, y la crítica situación que en aquella parte de España se atravesaba.

Los ánimos estaban así alarmados en todas partes: era general el desaliento, y unida la situación de la guerra al estado político, la crisis de Aragón y Valencia no podía ser mas allictiva.

El brigadier don Francisco Ocaña, á quien ya conocemos por los sucesos de Giga y Elizondo, por su mando en el ejército del Norte, y que ahora reemplazaba en Zaragoza al capitán general de Aragón, decía en vista de todo esto á Nogueras, que «por su reconocido prestigio era el único á quien le era dado sostener la confianza de los amantes del trono legítimo, oponiéndose al torrente de la rebelión, á que había dado margen la conducta de personas que tan mal habían correspondido á las esperanzas que hicieran concebir, y que, aunque juzgaba inútil indicarle los medios que contribuirían á este objeto, no podía menos de decirle que cuantos individuos de la gavilla del infame Cabrera cayesen en poder de las tropas de su mando, fuesen en el acto pasados por las armas, sin distinción alguna, cuya medida debiera ser extensiva á los curas y personas influyentes que directa ó indirectamente cooperasen al fomento de las facciones, no quedándole duda de que, á favor de disposiciones enérgicas y decisivas, podría neutralizarse el efecto producido por tan desagradables ocurrencias.»

No era ya posible otra cosa que el rigor; la guerra, pues, iba á ser aun mas sangrienta, sin contemplación de ninguna especie; mediaba un abismo entre unos y

otros combatientes; era preciso contener las crueldades con la crueldad, y para comprender este encarnizamiento, menester era hallarse en el teatro de la guerra entre unos ú otros para presenciar y oír una y cien veces sucesos horribles, sufrir sus consecuencias, sentir las emociones del corazón. Después de trece años, leyendo tranquilamente estas páginas, no es posible comprender lo imperioso de las circunstancias que exigieron un sistema tan contrario á la humanidad.

#### ABANDONO DE MORA.—DEFENSA DE REQUENA.

### LXIII.

En su incansable actividad, intimó Cabrera desde Linares al comandante de Mora la rendición, amenazándole sino con la muerte de los de Rubielos.

Pesábale á la guarnición de aquel punto no hacer frente á su odiado adversario; pero veíase abandonada, desalentado, si no enemigo, el paisanage; y primero que arriesgar una resistencia de éxito, cuando no deplorable, por lo menos dudoso, se retiró á Teruel, dejando algunos fusiles inútiles y doce piezas de sayal, que fué todo á poder de Cabrera cuando hizo su entrada en la población.

Los carlistas, sin ser perseguidos, invadieron el 12 á Alcalá de la Selva, y por la Puebla de Valverde, fueron el 14 á Sarrion, luego á Manzanera y á Torrijas, y el 19 á pernoctar en Utiel, donde se les incorporó Cubells, á quien Cabrera confirió el mando de la caballería, que sirvió de base para formar el 2.º regimiento de Tortosa.

El 20 marchó contra Requena, en cuya parte antigua, llamada la Villa, tiene una posición elevada y defendible; no así la nueva, situada en un llano, dominada por las alturas inmediatas.

Por estas comenzó Cabrera acertadamente el ataque, dirigiéndose alguna fuerza con serenidad y arrojo hácia el barrio de las Peñas. Contóvola una compañía de nacionales, y unos y otros se batieron con bizarro empeño, siendo esto causa de que se formalizase el cerco de Requena y su defensa. Los carlistas se aproximaron, y á su vez, las torres, ventanas y tejados de la población aparecieron coronados de gente armada, mientras las mugeres y los muchachos abrían zanjas en las calles y formaban barricadas. Al mismo tiempo, unos ciento

diez nacionales de Cofrentes llegaban en auxilio de sus compañeros.

Esta decision demostró á los carlistas la temeridad de su intento, y lamentando unas sesenta bajas, marcharon por Sieteaguas á Manzanera, trabándose antes de llegar á este punto una pequeña escaramuza, que habria sido accion formal si el terreno hubiera permitido maniobrar á la caballeria de la columna de Amor y Buil, quienes al siguiente día volvieron á alcanzar á los carlistas cerca de Mora, causándoles alguna pérdida.

Seguidos por aquellas asperezas, se internaron los carlistas en los pinares de Alcalá y Linares, y por las Bailias y Bajo Aragon, se refugiaron en Beceite.

#### ACCION DE ORTA.

#### LXIV.

Nogueras operaba en tanto con su acostumbrada actividad, y sabiendo que las fuerzas reunidas de Quilez, Miralles y Torner se dirigian á atacar á Gandesa, acudió á su auxilio, y el 24 se encontraron uno y otro en las alturas de Orta, donde tuvo lugar una reñida accion, que comenzó siendo atacadas las posiciones carlistas por el regimiento provincial de Burgos al mando de Verdugo, que los desalojó de ellas, y les hizo sufrir luego una mortífera y acertada carga de caballeria, que decidió la accion, á pesar de la resistencia que opusieron.

Todas las probabilidades de la victoria estaban en favor de los carlistas, porque era doble su número y ocupaban ventajosas posiciones; tomando por esto la iniciativa, y provocando sus guerrillas á Nogueras, cuyo ánimo no era batirse por no arriesgar en un lance la suerte de la guerra. Por esto se le vió echarse á un lado del camino, é ir á tomar posiciones para hacer frente á sus numerosos enemigos, que los asombró no hubiese cargado de improvisó como acostumbraba.

Pero Nogueras nunca esquivaba el combate á que se le provocaba, y sin que le arredrase el número de sus contrarios, ni verles tras una serie de cercas que les servian de parapetos, lanzóse denodado contra los que se contaban vencedores, y venció.

En este choque, como es de suponer en todos donde la desigualdad numérica de los combatientes es tan visible y tan tenaz el empeño de todos, hubo momentos en que

pudo sufrir una derrota completa el que alcanzó el lauro, hubo instantes en que unos cuantos ginetes liberales hicieron mas de seiscientos prisioneros, que se les escaparon porque, faltando fuerza para custodiarlos, no pudieron sostenerlos.

En la dispersion que produjo la caballeria del ejército, pudieron haberse obtenido ventajas de gran valer, si la aspereza del terreno no hubiera sido un obstáculo á la persecucion, á cuya circunstancia debieron los carlistas el poder guarecerse tras las tapias de las heredades, donde se rehicieron, para pasar en seguida á los cerros, casi inaccesibles, de los puertos. Merced á la fragosidad del terreno, aunque Quilez, Miralles y Torner perdieron la accion, no sufrieron una completa derrota. Este combate, que provocaron los carlistas en la confianza de destruir á Nogueras, como todo lo prometia, aumentó su prestigio y su reputacion de valiente y entendido.

De ochenta y cuatro muertos fué, segun él, la pérdida de los carlistas, y de veinte y seis, segun Quilez. Creemos inexactos ambos partes; mayor debió ser el estrago en la conquista de tan formidables posiciones, y en una carga, que autoridad competente para los carlistas ha apellidado de mortífera, y en un combate de mas de tres horas. Si á esto se agrega que fueron desordenados en las cargas de la caballeria, que no se daba cuartel, se comprenderá que, aun Nogueras, se quedó corto en su cálculo. Los heridos ascendieron á trescientos, segun algunos. No aparece tan clara la baja de las filas liberales, cuyo número no puede determinarse, si bien es indudable que fué mucho menor, aunque no insignificante, atendida la firmeza y constancia de su adversario.

Este triunfo alentó á los liberales, y se encargó muy especialmente á Nogueras, hasta por el gobierno, que aprovechase esta favorable circunstancia para ganar la voluntad de los pueblos y excitar un verdadero entusiasmo; que alentase la confianza de los tímidos y la decision de los resueltos, ya para aumentar las fuerzas que voluntariamente se prestasen á salir á campaña, ya para tener noticias ciertas de las operaciones de los carlistas, y para obtener recursos de los pueblos.

Todo, en efecto, era menester: habia que combatir á los enemigos, y que halagar á los amigos; que contrarrestar el influjo del fanatismo, que tan bien servia á la causa

de don Carlos. Poco valia á los carlistas el apoyo material de unos cuantos frailes; pero muchas ventajas morales les debian. Contaban en sus filas algunos eclesiásticos, y entre ellos el renombrado padre Escorigüela (1), predicador notable; cuya palabra empleaba con exaltacion ardiente y furiosa en pró de la causa absolutista, predicando en los pueblos, en el campamento, en todas partes, una cruzada de exterminio contra los liberales. Acompañábanle otros misioneros de iguales creencias y sentimientos; y escusado es indicar siquiera la influencia que ejercerian sobre los rústicos y sencillos paisanos, á quienes hacian alistarse en las filas de don Carlos.

Los carlistas se dirigieron á Beceite. Noguerras penetró en Orta, dueño del campo. Envió á Gandesa los heridos, y al dia siguiente marchó por la falda de los puertos á Valderobles, en donde pernoctó. Al otro dia, los carlistas fatigados y hambrientos, tuvieron que dejarse en Peñaroya los ranchos dispuestos, que sirvieron para la columna de Noguerras, viéndose los carlistas perseguidos y precisados á internarse en los puertos.

#### ACCION DE MUNIESA.

#### LXV.

Todas las fuerzas de don Carlos se iban abrigando á los puertos de Beceite. Cabrera, que comprendió lo inoportuno é inconveniente de tal aglomeracion, que haria escasear las subsistencias é interrumpir las escursiones, tan fecundas en buenos resultados, en breve volvió á campaña, eligiendo cada gefe el terreno donde mas ventajas se prometia.

Y tal era la audacia de Cabrera y su confianza en sí mismo, que dió quince dias

(1) Este eclesiástico se halló tambien en la notable accion de Mayals, que dejamos descrita en el tomo I, página 198; y es fama que yendo entre los pelotones de los fugitivos con un Santo Cristo al pecho, al pasar el Ebro, temió ahogarse y le arrojó. Los soldados carlistas que vieron esta accion, la consideraron horriblemente impia, y en poco estuvo no matasen al que la ejecutó. Algunos otros hechos podriamos citar de este sugeto, no muy favorables para él; pero creemos baste el referido.

de licencia á la infanteria para que visitasen á sus familias, y dejando á Forcadell y Arévalo en los puertos para reunirlos, marchó con la caballeria, por no estar ocioso, al encuentro de Quilez sobre Valderobles, á fin de combinar alguna operacion. Pero los encuentros de Orta y Peñaroya frustraron su plan.

Noguerras perseguia á Quilez, decidido aun á internarse en los puertos, y con ánimo de que no se uniese al Serrador; pero no le fué posible impedirlo. Juntos en Alloza, marcharon á Alcorisa, donde fueron alcanzados y perseguidos á pesar del rio Guadalupe, hasta que tomaron posiciones en las formidables que les ofrecia el Salto de la Cabra. Rompióse el fuego, y no siguió adelante por retirarse los carlistas hácia la parte de Muniesa.

En sus campos les dió alcance Noguerras el 1.º de octubre, y sin aguardar las tres companias de infanteria que seguian de cerca á los ciento cuarenta ginetes que mandaba, con mas arrojó que prudencia, avanzó contra la caballeria de Quilez, que halló inesperadamente apoyada por la infanteria del Serrador.

Pero ya no era tiempo de retroceder, ni lícito vacilar: carga, se traba un sangriento combate de caballeria, y antes que la infanteria de Noguerras llegase, ayudando la contraria con oportunidad á sus ginetes, acometió impetuosamente, y puso en grande aprieto á sus enemigos. Para hacer mas critica la situacion de éstos, Noguerras, herido, cayó de su caballo, y cayeron tambien otros, lo cual introdujo el desorden, precursor de la derrota. A punto de sufrirla Noguerras, la oportuna llegada de los infantes varió la escena, y se duplicó el empeño de unos y otros por conseguir el triunfo. Bravos igualmente, eran españoles, acabó por cansancio la jornada. Algunos nacionales de caballeria sellaron alli con su vida su juramento.

Garzon, gefe de la caballeria carlista, á quien se supuso muerto, siguió su correria á Montalvan y Campo de Cariñena, desarmando á los nacionales de aquellos pueblos, alistando á unos cuatrocientos hombres, y recogiendo á la fuerza víveres, calzado y dinero, dejando en todas partes memoria de sus escursiones.

Noguerras, por lo escaso de sus fuerzas y por el estado de su herida, no persiguió al enemigo, que se retiraba en buen orden. Satisfecho con quedar dueño del campo,

después que su impremeditado ardor le espuso, y á los nacionales que le acompañaban, á un desastre que, en aquellas circunstancias, hubiera sido terrible y habría acrecido la audacia de los carlistas, tamaña entonces, y acabado de desalentar á muchos pueblos, cuya situación era desesperada, necesitaba también descanso su columna.

ATAQUE DE ALCANAR Y OTROS PUNTOS.—  
SANGRIENTA DERROTA DE LA COLUMNA DE  
VINAROS.

## LXVI.

Alcanar, guarnecido por un pequeño destacamento, era uno de los puntos que importaba tomar á los carlistas por dominar aquel terreno, beneficiando las salinas de San Carlos, introduciendo por mar los víveres y pertrechos y obteniendo otras ventajas, de que se cuidaría el padre político de Cabrera.

Fuera de este interés, la importancia militar ó política de la villa era de todo punto insignificante.

Cabrera, Forcadell y Arévalo, con dos batallones y la caballería, se dirigieron á sorprender la población, emprendiendo su marcha desde Rosell la noche del 17 de octubre. Al amanecer llegaron á la ermita del Remedio, que abandonó su destacamento, el cual se encerró con la guarnición en el fuerte, dejando al enemigo dueño de la villa.

Casas aspilleras y débiles tapias de tierra formaban el primer recinto del fuerte: la iglesia era el segundo. Sesenta nacionales al mando de don Antonio Boria le defendían. Cuando ya no pudieron sostener la primera defensa del fuerte, la abandonaron, y fué inmediatamente ocupada por los carlistas, que para apoderarse de la iglesia apelaron al acostumbrado medio de incendiarla ó destruirla de cualquier otro modo. Mas era preciso para ello aproximarse, y á fin de conseguirlo, formaron los galápagos ó tortugas que en Rubielos, y Cabrera, temerario siempre, fué uno de los que se metieron dentro del carro, y el único quizá que salió de él ileso, porque la inesperada lluvia de piedras que arrojaron con acierto los sitiados, destruyeron aquella máquina original é improvisada.

No le desalentó este revés, y tranquilizando á sus soldados, alarmados con el susurro de la llegada de fuerzas en auxilio de los sitiados, mandóles descansar y continuó

preparando la rendición de los que, acordándose de Rubielos, no podían entregarse.

A poco, la algarazca de los sitiados aseguró á Cabrera de la llegada de una columna enemiga, compuesta de cuatrocientos trece infantes y veinte caballos entre nacionales, francos y carabineros, que salió de Vinaros ignorando la considerable fuerza que iba á combatir.

Cabrera dejó alguna gente para contener á los sitiados, y con la restante y Forcadell y Arévalo, avanzó al encuentro de sus enemigos, yendo de vanguardia con él las compañías de cazadores y caballería. Ordenadas, les dijo:

«Ea, muchachos, ahora sí que viene el enemigo; pero no temáis, que no pueden ser sino los soldados de parada de Vinaros, pues si fuese tropa del ejército, ya tendría yo aviso. Espero que seguireis mi ejemplo, y venceremos. Vo'untarios. ¡viva el rey!»

Los liberales ya llegaban á Alcanar, cuando comprendieron la superioridad del enemigo; pero solo atendieron á su valor; que iban á perecer sus compañeros; que era peligrosa la retirada, y se decidieron á seguir adelante. Forman en batalla, adelantan sus guerrillas, y Cabrera arenga de nuevo á los suyos, diciéndoles:

«Muchachos, allí están; la victoria es indudable, á pesar de que los enemigos se presentan con tanta barahunda de clarines, cornetas y tambores: veremos si son algo mas que militares de parada.»

Manda calar bayoneta y acometer, y con tal ímpetu se da esta carga, que los liberales ceden al fin, y se introduce en sus filas el desorden. Testigos fueron aquellos campos de una espantosa carnicería. No se dió cuartel, y ninguno se rendía. Cuando algun nacional ó soldado se veía solo y cortado por muchos, moría defendiéndose. Allí quedaron tendidos mas de cien valientes enrojando aquel suelo con su sangre, cruelmente derramada (1).

(1) No obstante del estupor y desaliento que se apoderó de los nacionales de Vinaros desde el primer avance de Cabrera, que les indujo á una fuga y dispersión simultánea y desordenadísima, siendo esta la causa de su infortunio, ocurrieron combates y resistencias individuales muy denodadas, que, dando ocasión de mayor encono, hicieron que sofocase toda clase de sentimientos de humanidad hacia los nacionales, sin que las relaciones de paisanaje, ni la conformidad de religion, ni quizá entre muchos de los combatientes los vínculos de la sangre, bastasen á mitigar la



Los sitiados en Alcanar, despues de haber visto desde la torre el triste resultado de la accion y la desgracia de sus compañeros y amigos, continuaron defendiéndose, aunque sin esperanzas de auxilio. En vano quemaron los carlistas la puerta de la iglesia, y atacan con obstinacion: los cercados apelan á todos los medios de defensa (1).

Pasaba el tiempo, y la fatiga era ya superior á su ánimo: el triunfo de los sitiadores, de cualquier manera que fuese, era infalible; no quedaba, pues, ninguna esperanza. Angustiada su situacion con los lamentos de las mugeres que acompañaban en el fuerte á sus esposos, á sus padres ó á sus hijos, fuéles preciso aceptar una capitulacion que aseguraba su vida y libertad, y se rindieron en la mañana del 19. Los valientes defensores de Alcanar marcharon á Vinaroz, y el mismo Cabrera les acompañó hasta muy cerca. Atribuyen algunos tan inesperado comportamiento, á los proyectos que Cabrera tenia sobre Alcanar, viéndose con asombro el castigo que impuso á unos cuantos de sus soldados, que siguiendo la costumbre, tuvieron el bárbaro placer de incendiar cinco casas.

Aquel mismo dia dejó Cabrera á Alcanar, y marchó á San Carlos de la Rápita, desde cuyo puerto le cañonearon algunos

obcecacion y encarnizamiento que les dominaba en aquel maldadado trance. Allí pereció la juventud mas florida de Vinaroz. Allí pelearon amigos con amigos, condiscipulos entre condiscipulos, y los recuerdos de la infancia desaparecieron, y las emociones de la amistad se sofocaron, y á la voz de viva el rey ó viva Isabel II, el furor y la muerte recorrian aquellas desoladas llanuras. Allí murieron con otros estimables jóvenes, don José Julian, don Joaquin Ayguals, don Juan ballestero y don Francisco Martí, ornamento y prez de la hermosa villa que les vió nacer.

«Eran mis amigos desde la infancia: Cabrera consigna estos nombres en su *Diario*; séame licito recordarlos tambien, y derramar una lágrima á su memoria. Dia fué este de indecible quebranto para la villa de Vinaroz, que conservará siempre el ominoso recuerdo de tan inesperada calástrofe, llorando la desventurada suerte de muchos padres, hijos, esposos, parientes y amigos. Leccion horrosa, que solo puede trasladarse con lágrimas de sangre en los anales de nuestras discordias civiles para escarmiento de la posteridad.»

(Vida de Cabrera por Córdova.)

(1) Uno de los recursos de que se valieron fué el de arrojar colmenas llenas de abejas que atormentaron á los carlistas colocados cerca de las paredes de la iglesia acechando el momento de entrar en ella.

buques ingleses y españoles surtos en él.

Se dirigió desde allí á la Cenja, donde penetró el 24, y atacó su fuerte, apoderándose de las casas contiguas al primer recinto. Quizás se hubiera apoderado del segundo sin la aproximacion de una columna liberal, que le precisó á retirarse á la parte del Martinete.

El 26 capituló la pequeña guarnicion del fuerte de las Roquetas en los arrabales de Tortosa, y á los pocos dias la de Cherta, situado á la orilla derecha del Ebro, por donde se retiró embarcada su guarnicion.

Como ni le convenia, ni podia conservar este fuerte, le mandó demoler, y se retiró á la Puebla de Benifasá, y participó desde aqui á don Carlos sus triunfos.

#### PROVIDENCIAS DE LA COMISION DE ARMAMENTO Y DEFENSA DE ARAGON.

#### LXVII.

Los hechos que acabamos de referir, causaron una profunda sensacion en Zaragoza y en cuantos puntos fueron conocidos, a pesar del cuidado que se puso en ocultarlos.

La comision de armamento y defensa, creada de real orden en la capital, se ocupó en escogitar los medios que pudieran atajar el incremento extraordinario y terrible que tomaba la guerra, ya que no terminarla, y acordó, entre otras medidas, el fomento de la guardia nacional de Aragon; la espulsion para Málaga, Ceuta é islas Baleares de las personas de cualquier clase, sospechosas de emplear su influjo contra el sistema liberal, y el destierro fuera de Aragon de las que en él estuvieran confinadas procedentes de otras provincias. Encargó á todas las autoridades civiles y militares ejerciesen la vigilancia mas activa sobre los desafectos, requisó, previa indemnizacion, todos los caballos útiles, y privando así á los carlistas de este recurso, y exceptuando únicamente los de los nacionales y oficiales de infantería; espulsó á los gitanos, por constar traficaban en caballos para los carlistas, escluyendo á los que tuvieran ocupacion fija ó abonasen las autoridades, y procuró asegurar la tranquilidad de los pueblos, haciendo responsables de su conservacion con sus personas y bienes á los ayuntamientos, curas, escribanos y vecinos poderosos é influyentes. Propuso ademas en sesion de 31 de octubre al capitán general, lo conveniente

que seria declarar en estado de sitio los distritos donde operaban y se abrigaban los carlistas; y esta autoridad, con presencia de lo prevenido por real orden, autorizó á los gefes en campaña para que usasen de las facultades que correspondian á un gefe superior militar estando el pais declarado en estado de guerra.

Muy propias eran de las circunstancias todas estas determinaciones, y no las criticamos. Solo nos condolemos de que los horrores que hemos lamentado iban á aumentarse, y de que la guerra tomaba cada dia un carácter mas pronunciado de fiera.

LUCENA.

LXVIII.

Don José Miralles, conocido por el Serador, y Torner, marcharon por insinuacion de Cabrera sobre Lucena, en tanto que él llamaba con sus movimientos la atencion de las fuerzas hácia otro punto distante para proporcionarle asi la ocupacion de aquella por sorpresa ó de otro modo, advirtiéndoles, no se ensangrentasen con sus moradores.

Con dos mil infantes y cincuenta caballos á sus órdenes, se presentaron á la vista de Lucena en la tarde del 1.º de noviembre, confiando entrar sin resistencia en la villa por el temor en que creian á sus defensores.

Eran estos unos pocos nacionales, cuyo valor suplía al número, y aunque les impresionó la llegada de los carlistas, depusieron todo recelo, y trataron de acreditar que no en vano habia depositado en ellos la patria sus armas.

Circunvaló Miralles la poblacion con bien poca inteligencia, pues no impidió la salida de algunos á dar parte de su situacion á la columna que estuviese mas próxima; y exigió contestacion al siguiente oficio que pasó, y merece ser trascrito sin variacion alguna.

*«Me dirijo a ese pueblo con 3000 valientes de infanteria y Ciento quarenta caballos con el objie to tan solo en que si de ponen las armas a esta inbitacion de paz que les ago en nombre del rey N. S. tratarlis con toda consideracion dejando quietos y tranqui los a esos á vitantes conforme lo he echo con los demas pueblos que han ovedecido, pero si desgraciadamente no ha tienden á esta voz de paz, en el momento hoygan un tiro daré orden para abrasar desde la primer masada del termino hasta*

lo mas sagrado de la Poblacion.—*No creo a Us tan perlinases que quieran de clararse tan abiertamente enemigos deun Rey tan venigno y que por ley divina y umana le corresponde la corona como hes costante que la ma no del Todo Poderoso guia sus pasos siendo el terror de sus enemigos.—*Dios guarde a Us muchos años. Cuartel general de Vistabella 1.º de noviembre de 1835.—José Miralles.—Señores justicia y ayuntamiento y comandante de urbanos de Lucena.»

Como era lógico, este parte fué objeto de burla por lo que se prestaba al ridiculo, y no tuvo contestacion. Siguieron los sitios en sus preparativos de defensa, y volvieron á recibir otra intimacion, creyendo Miralles no habia llegado á su poder la primera. Recordábales en ésta su primera comunicacion, y les conminaba con que si dentro de una hora no deponian las armas, serian aquella noche quemadas todas las masadas del término, que hasta entonces habia mirado con consideracion, añadiéndoles, *y mañana seran esos a vitantes reducidos a ceniza con todo el pueblo a imitacion de Cortes de Arenoso con la diferencia que de aquellos oi sus clamores y de Us meharé sordo porque asi se lo merecen si antes no se humillan.»*

Los lucenenses le contestaron al instante de una manera atrevida é insultante. En su nombre, decia el comandante de la guardia nacional «no defraudarian la confianza que de ellos habia hecho el gobierno, entregándoles cuarenta mil cartuchos, cuatro mil granadas de mano y quinientos fusiles, todo lo cual le imponia el deber de defender aquel baluarte hasta derramar la última gota de sangre: que estaba prevenido para recibir cual correspondia á un enemigo de la patria que con tanta atrocidad asolaba la provincia; que como hombres libres no sabian quebrantar el juramento sacrosanto que pronunciaron, ni menos transigir con los ladrones, incendiarios y asesinos.—Dios guarde á vd., terminaba diciendo, tan pocos años su vida como lo desea el comandante y demas nacionales de la villa.—Señor cabecilla de ladrones y facinerosos.»

Esta comunicacion no podia menos de irritar á Miralles y desbordar su cólera. Asi es que mandó bárbaramente incendiar las masias, destruyendo con ellas la fortuna de pacíficos labradores alejados de la discordia que dividia á los españoles.

A la luz de aquellas horribles llamas

escribió sin duda Miralles su tercera intimación, diciendo, que la respuesta que habían dado á su anterior, era indecente é impropia de la civilización que querian aparentar; que era incendiario para los pertinaces, y humano para los humildes; y que para acreditarlo, les invitaba por última vez á que depusieran las armas.

Recibióse este oficio en la madrugada del 2; y habiendo llegado á la sazón á Lucena el comandante don Francisco Sangués, que con treinta y un individuos de su batallón, acudió en pocas horas desde Castellón tan luego como supo el aprieto de la villa, fué contestado con entusiasta entereza, diciendo que ni les intimidaban las llamas que veían, ni las cenizas con que les amenazaba, y desafiándoles á comenzar el combate.

No se hizo esperar éste, y el Serrador atacó por cuatro distintos puntos á la población, resistiendo sus defensores con tal intrepidez, que contuvieron el ímpetu con que se arrojaron los carlistas al asalto. Dueños de dos casas, desde las cuales estaban al abrigo de los fuegos, intentaron agujereándolas, facilitar la entrada en Lucena. Así lo habrían conseguido á no haberse apercebido de la novedad los liberales, que echaron al instante á tierra una casa vecina, é hicieron un parapeto con sus escombros.

Pero un esfuerzo de los carlistas podia vencer esta débil resistencia y poner en grande aprieto á los valientes de Lucena. Resueltos á todo, antes que á entregarse, pudieron adquirir mayor brío al ver que nuevas fuerzas venían en su auxilio.

Era la columna de Buil, que merced á una marcha forzada y casi increíble, por la celeridad con que la había ejecutado, estaba ya á la vista de Lucena. Miralles trata de oponérsele desde ventajosas posiciones, y los liberales, aunque fatigados, se ordenan para la batalla, y atacan denodados á los carlistas, que no esperaban tal arrojamiento.

Los sitiados hacen al mismo tiempo una salida oportuna y embisten con saña á los sitiadores, que no pudiendo resistir á unos y otros, ceden, y las tropas de Buil entran en Lucena orgullosas de su triunfo y en medio de los aplausos de sus habitantes.

Los carlistas, abandonando algunos viveres que habían acopiado, emprendieron su retirada sin poder ser perseguidos por el cansancio de las tropas, llevándose bastantes heridos y dejando trece muertos; no apenando esto tanto á Miralles como el no

haber podido castigar los insultos que había recibido, y que por herir su amor propio le lastimaban mas que una derrota.

Miralles se retiró á la parte de Benasal, y Torner á la Fatarella.

#### EMBESTIDA DE CABRERA Á ALCAÑIZ.

#### LXIX.

La herida de Nogueras fué causa de bastante importancia para que se propalase entre los carlistas la noticia de su muerte, predicándola algunos sacerdotes, entre ellos el padre Escorigüela, que la presentaron como uno de los sucesos con que mas hacia prosperar la Providencia la causa de la religión y de don Carlos.

Influyó tan notablemente en el espíritu público este acontecimiento, que llegó á llamar la atención del capitán general de Aragón, don Francisco Serrano, y se decidió á salir á campaña para contener el progreso de la insurrección; pero inútiles todos sus esfuerzos, regresó á Zaragoza, y avisó á Nogueras que si no iba en breve á Alcañiz para desengañar al pueblo iluso, y demostrar que vivía, el levantamiento en masa y la pérdida del Bajo Aragón era segura.

Era necesario de parte de Nogueras un esfuerzo de patriotismo, y arreglando una cama en un carruaje, marchó por la izquierda del Ebro y por Caspe á Alcañiz, á donde llegó, abiertas aun las heridas que un mes antes recibiera, cuyos dolores mitigó el júbilo con que fué recibido, haciéndole olvidar todas sus penalidades el ser considerado tan útil á una causa que con tanta fé y entusiasmo servía.

Cerciorados todos de su existencia porque le vieron y le hablaron muchos, bastó este desengaño para desalentar á unos, é infundir á otros ánimo. Los liberales veían ya en él una segura garantía contra los planes de sus enemigos, y éstos los miraban contrariados.

No fué, sin embargo, Cabrera de los que se desanimaron, y aunque era un grande obstáculo á su atrevido plan la llegada de Nogueras á Alcañiz, no desistió de su propósito; reunió para llevarle adelante todas sus fuerzas, y burlando á la columna de operaciones, que le observaba de cerca, se presentó repentinamente sobre Alcañiz. Postrado en cama se hallaba Nogueras, cuando le dijo su ayudante que estaban los enemigos á la vista y en gran número.

—«Mande vd. ensillar mis caballos, le contestó, que toquen generala, y que venga el gobernador.» Cumplidas estas órdenes, montó Noguerras á caballo con mucho trabajo, subió al castillo, y vió en efecto una gran masa carlista que habia llegado por la parte de Castelseras, y otra por la de Valdealgorfa, que venian resultamente á la ciudad. El comandante de artillería, de Pedro, hizo fuego con tal acierto, que las granadas cayeron en el centro de las filas, y las balas rasas enfilaron su cabeza.

Al disparo de la primera granada se tendieron en tierra, y despues de la explosion se levantaron tirando las gorras al aire y vitoreando á don Carlos; mas á la segunda, que tambien cayó en medio, y que al reventar hizo mas estrago, no hubo ya aclamaciones, sino una marcha precipitada hacia la retaguardia, poniéndose fuera del alcance de los proyectiles. Lo propio hizo la columna de Valdealgorfa, y ambas desplegaron guerrillas en una línea estensa acercándose á la plaza y haciendo su reconocimiento. Entonces conoció Noguerras que su presencia en el castillo no era ya tan necesaria como en la ciudad, y haciendo bajar á ella casi todos los soldados, la recorrió y vió estaba circunvalada por una parte con una muralla regular, y por otra con las tapias de las huertas, y tomando las disposiciones que creyó convenientes, atendiendo á que solo contaba con la escasa guarnicion del castillo, varias partidas sueltas y la guardia nacional, dividió la defensa en cuatro puntos, confiando el mando á los gefes de su mayor confianza, incluso al coronel don Eulogio Verdugo, que se hallaba injustamente arrestado. Todo el día, desde las once, en que se presentó Cabrera, se pasó en reconocimientos sostenidos por fuertes guerrillas: y por la noche, como lo previó Noguerras, fueron asaltadas las tapias de las huertas, penetrando los carlistas en la carretera que conduce á la plaza. Rechazóles á la bayoneta Verdugo á la cabeza de un peloton de tropa, y reforzó aquel punto como el mas débil. Tambien fueron atacadas con empeño las puertas; pero sin éxito, en el discurso de la noche.

Al despuntar la aurora reunió Cabrera sus tropas á la vista de la plaza; quejóse de su cobardia, les ofreció dirigir el asalto de día á la faz de todos, ofreciéndoles veinte y cuatro horas de saqueo y entera libertad para todo; y diciéndoles, por último, que el que tuviera resolucion para seguirle sa-

liera al frente, salieron pocos, y se retiró.

Reconvino despues á los gefes por su cobardia, y le contestaron que les habia engañado, diciéndoles que Noguerras estaba postrado en cama, que le subirian al castillo en una camilla, y subirian tambien todas las tropas á defenderle y ellos se apoderarian entonces fácilmente de la ciudad y de todos sus bienes, no habiendo, por último, en el castillo otra artillería que dos *geringas* que Noguerras habia llevado de Taragona; siendo asi que eran un cañon de á treinta y dos y un obus de siete pulgadas, y que Noguerras no estaria tan postrado, cuando le vieron á caballo recorrer la línea; concluyendo con manifestarle que ya veia la opinion de todos desaprobando su proyecto de atacar á Alcañiz, estando dentro para su defensa *el diablo de Noguerras*: asi le llamaban algunos.

Triste hubiera sido la suerte que habria sufrido Alcañiz, centro de los emigrados del Bajo Aragon, si se hubieran llevado á cabo los deseos y proyectos de Cabrera, que no esperaba fuese tan bien dirigida y heroica la breve defensa de su guarnicion, decidida á vencer ó morir. El enemigo, por el contrario, se presentó con todas sus fuerzas, reuniendo para esta importante empresa, hasta las partidas mas insignificantes. Haciéndose dueño de Alcañiz, aunque por pocas horas, adquiria Cabrera un prestigio inmenso y grandes recursos, y bien valian estas ventajas el esfuerzo que intentó, y que por su magnitud asustó á los que no participaban de su resolucion.

CABRERA SIENDO COMANDANTE GENERAL DEL BAJO ARAGON.

### LXX.

La guerra del Oriente de la Península empezó á llamar la atencion de la córte de don Carlos, que no dudándose ya que se debia á Cabrera la importancia que ya tenia, le nombró, en premio de su acreditada lealtad, servicios y conocimientos, comandante general interino del Bajo Aragon, por decreto fechado en Durango el 11 de noviembre, y refrendado por Villemur.

Este nombramiento no podia menos de lisonjear á Cabrera, y en cuanto le recibió el 23 del mes citado, nombró á Arévalo gefe de estado mayor, y á Ojeda, su ayudante, dándolos á reconocer en la órden general de aquel día, dada en Cantavieja,

á cuyo punto hizo acudir á Quilez , á quien participó , y á los demas gefes , su nombramiento. Reunidos todos , les inculcó la necesidad de seguir unidos , de afirmar la disciplina , de proteger á los pueblos fieles á su causa , y de dar ejemplo de obediencia y valor á los voluntarios , conminando con el mas severo castigo cualquier falta de los deberes de cada uno.

Al dia siguiente dirigió una espresiva proclama al ejército de Aragon (1), prometiéndole el sacrificio de su reposo y existencia , esperándolo todo del valor , de los sacrificios y decision del soldado , y asegurándoles que sus armas serian el azote de los liberales , para lo cual les reclamaba la union , el valor , la subordinacion y confianza en los gefes , y el amor y proteccion al país que les sostenia y contemplaba.

A la vez dirigió una circular á los pueblos de Aragon (2), pidiéndoles cooperasen á sus conatos , siendo uno de los mas principales , decia , atender á la defensa de aquel país , clásico de la lealtad , procurar por cuantos medios le fuera posible , no serles gravoso , respetar las propiedades y ofrecerles seguridad y garantías. Prevenia luego á los ayuntamientos le prestaran ciertos servicios , bajo pena de la vida , haciendo asi terrible y desesperada la situacion de los mismos pueblos cuyo apoyo demandaba , porque igual castigo tenian por parte del gobierno si le obedecian.

Dirigióse despues Cabrera hácia la parte de Tortosa , creyendo poder sorprender á Alcañiz , como acabamos de ver , y al cabo de cinco dias que perdió en esta esperanza , siguió hácia Villalba , donde halló á Torner , que no le quiso reconocer por gefe , alegando que su division era dependiente de Cataluña , y que tenia nombrada una junta (3) para entenderse con el cuartel general del Principado , al que únicamente obedecia.

Torner conducia entonces dos batallones y treinta caballos.

Continuó Cabrera su marcha , evitando prudente un conflicto entre compañeros , y

(1) Véase documento núm. 28.

(2) Véase documento num. 29.

(3) Se componia de los sujetos siguientes: Presidente , el mismo Torner. — Vocales , don José Castellá , don Francisco Mateu , don José Antonio Salvado y don Mauricio Batlle. — Secretario , don Juan Costa , ex-capellan del regimiento de Bailen , compañero de Llangostera cuando en 1834 se pasó á los carlistas.

se ocupó en dar una completa organizacion á todos los ramos necesarios á su pequeño ejército , pues tal podria llamarle en breve (1). Organizó igualmente las tropas ; com-

(1) Son notables las siguientes lineas que sobre este particular se leen en la vida de Cabrera por el señor Córdoba.

«Su primer cuidado , dice , fué organizar un hospital en lo mas recóndito de aquellos montes. Nombró un director y dos capellanes , con órdenes muy estrechas para que le hicieran presente las necesidades del establecimiento , que serian atendidas con preferencia á todas. Destinó inválidos , escogió algunos cirujanos sangradores , pues á la sazón solo habia de esta clase en aquellas filas , encargó á otros que durante la expedicion recogiesen vendajes , medicinas , con todo lo necesario á la curacion de los enfermos , y dió un sucinto reglamento para el régimen de dicho hospital , y de los que se proponia crear en distintos puntos.

«El interesante ramo de municiones llamó tambien la atencion del nuevo comandante general carlista. Los repuestos que existian de las tomadas al enemigo eran insuficientes para seguir la campaña que Cabrera preparaba ; y aunque en algunas plazas fuertes dominadas por el partido de la reina , tenia personas que con frecuencia le suministraban pólvora y balas , este medio , sobre dispendioso , era eventual. Resolvió , pues , crear en lo interior de los puertos una fábrica de municiones ; buscó arrieros para que proporcionasen azufre , salitre , plomo y otros articulos ; adquirió operarios versados en este género de elaboracion ; nombró director de la fábrica á un oficial inteligente , que por sus heridas no podia hacer el servicio de campaña , y mandó que cada ocho dias le diesen parte del estado y progreso del establecimiento. Las autoridades cristinas tuvieron sin dada noticia de que existia esta fábrica , y prohibieron , bajo severas penas , el trasporte de salitre , plomo y azufre.

«Las bases para la administracion ó hacienda militar , fueron las mismas que tenia adoptadas desde que empezó á mandar. A cada division acompañaba un recaudador ó depositario , el cual se ponía de acuerdo con su respectivo gefe antes de exigir á los pueblos raciones y dinero. Para la division aragonesa fué elegido don Manuel Garzon , coronel carlista ; para la valenciana , don Mariano Fontea , capitán ; y para la tortosina , el de igual clase don Ramon Ojeda. Cada cuerpo debia pasar á estos recaudadores los presupuestos ó relaciones por conducto del segundo comandante , y con el V.º B.º remitirse á Cabrera para el *Dese* hallándolas conformes. En seguida se verificaba la distribucion entre los habilitados. Cuando habia suficientes fondos , repartianse cuatro reales diarios al soldado , cinco al cabo , seis al sargento y media paga al subalterno. Las clases de capitanes hasta coronel , que era entonces la mayor graduacion

pletó batallones; les dió gefes; encargó á otros el cuidado de formar ó aumentar sus

en las filas de Cabrera, cobraban el tercio de sus haberes. Trascurrea á veces algun tiempo sin poder recibir la menor cantidad, y todos indistintamente tomaban igual racion que la tropa; por manera, que calculándose lo que devengaban y lo que recibian, cada soldado cobraba medio real diario, y con igual proporcion las demas clases.

El artículo de suministros estaba encomendado al factor adicto á cada division y á los sargentos de brigadas. Las raciones y bagajes se pedian con auencia del gefe respectivo; y como en aquellas filas no habia aun paradas ni visitas de hospitales y cuarteles, dispuso Cabrera que los abanderados presenciassen la entrega de raciones; y muchas veces, para no distraer á los oficiales de filas, estos mismos abanderados mandaban las partidas destinadas á hacer los pedidos de viveres y demas vituallas. Era factor de la division aragonesa don N. Mora; de la tortosina, don Miguel Marchenat, y de la valenciana, don N. Bonet. Estos factores daban los recibos visados por el gefe, y á falta de factores los abanderados.

El vestuario debia tambien ser objeto del cuidado de Cabrera. Rebajó del servicio á todos los sastres que servian en sus filas, y estableció un taller en los mismos puertos. El paño que tomó en el castillo de Mora de Rubielos no bastaba para vestir á toda la tropa, y Cabrera dió orden de construir chaquetas y pantalones, uniformando á las compañías de preferencia. En aquella fecha, los carlistas del Maestrazgo y Bajo Aragon, usaban el vestuario que cogian á las tropas de la reina, y siendo insuficiente para todos, el traje del país. Las boinas del país vasco no se conocieron en el campo de Cabrera hasta el año de 1836, que empezaron á introducir las Llangostera, Forcadell, Arévalo y el mismo Cabrera. Los demas gefes y oficiales tenian gorras de cuartel ó morriones que cada cual se proporcionaba, sin sujetarse á una exacta uniformidad.

Para proveer de calzado á su gente, veíase Cabrera en grandes apuros. Como las marchas eran tan continuas, y generalmente por caminos ásperos y montuosos, el calzado de esparto ó de cáñamo que se usa en aquel país, (las alpargatas) debia renovarse con mucha frecuencia. Llegó á tal estado la escasez de este artículo en ciertas épocas, que se vieron los carlistas precisados á comisionar personas de su confianza para la compra de las alpargatas que desechaban los paisanos, y alguna vez se retardaron las operaciones porque la gente estaba descalza. Cabrera quiso remediar tan grave daño, y por medio de sus agentes en Caspe, Val de Uxó, Horcajo y Barrachina, pueblos dedicados á la fabricacion de alpargatas, mandó hacer acopios de este género. Estableció, finalmente, en los mismos puertos, un taller para la recomposicion de armas, que dirigian dos subalternos, con obli-

gacion de proporcionar materiales y atender á la subsistencia de los operarios, á cuyo objeto destinó la fuerza suficiente.»

huestes; nombró una comision militar para cuando fuese menester, y contando tres mil cuatrocientos diez y seis infantes y doscientos diez y ocho caballos (1), salió de los puertos para el Maestrazgo á avistarse con Miralles, que no se mostraba mas decidido que Torner á someterse á la autoridad de Cabrera, que, á su juicio, no tenia mas títulos que él para el mando superior. No se llegó á efectuar esta entrevista, y el nuevo comandante general, que ya pensaba en grandes empresas, comprendió necesitaba mas caballeria; y para aumentarla, se dirigió hácia Castilla, donde hallaria tambien mayor abundancia de recursos.

## DESASTRE DE TERRER.

## LXXI.

Retiróse despechado sin pensar por entonces en otros golpes de mano, y marchó por Aliaga, Rubielos del Campo, Pancrudo, Riberas del Jiloca y Fuentes, aproximándose el 13 al pueblo de Terrer, inmediato á Calatayud.

No lejos iban al mismo tiempo desde Madrid un batallon de Soria y unas compañías de zapadores. Avisados á tiempo de la proximidad de los carlistas, y aconsejados se llegasen á Calatayud, dejando la carretera y tomando el camino de Moros desde Ateca, emprendieron este movimiento, cuando nuevos avisos les hicieron sin duda variar este propósito y seguir su anterior camino, hasta que cerca de Terrer supo esta columna se hallaban cerca los carlistas, y se decidió á retroceder hácia Ateca. Mas no le dieron tiempo sus enemigos que, guiados por Quilez, la cargaron impetuosamente, desordenando á unos soldados, que desobedientes á la voz de sus gefes, les abandonaron. Un capitán de zapadores, al verse solo, se atravesó con su espada, prefiriendo la muerte á la vergüenza de mandar aquellos cobardes.

A escepcion de unos treinta ginetes, toda la columna se perdió, quedando unos en el campo, y nuevecientos prisioneros, segun el parte de Cabrera.

Este suceso amilanó á los pueblos, y llenó de pavor á los liberales; y Cabrera.

gacion de proporcionar materiales y atender á la subsistencia de los operarios, á cuyo objeto destinó la fuerza suficiente.»

(1) Véase documento, núm. 50.

con el botín de un triunfo no disputado, siguió á internarse en Castilla, satisfecho de haber inaugurado tan felizmente su mando.

ACCION DE MOLINA.

LXXII.

Apenas restablecido de sus heridas, volvió Nogueras, como deseaba, á tomar una parte activa en la campaña; y de acuerdo con el capitán general, don Juan Palarea, concertó las operaciones que mejor resultado prometían.

Cabrera iba adquiriendo una reputación temible, y se necesitaban otros elementos para destruirle. No se descuidaba; y aunque conoció el nublado que sobre su cabeza se formaba, trató de librarse, sirviéndole de mucho el haber interceptado algunas comunicaciones interesantes que el gobierno dirigía al capitán general, y en especial una en que le prevenía que bajo su responsabilidad atacase á los carlistas, para lo cual sería aumentada su división con fuerzas suficientes, singularmente de caballería.

Este arma de tanto efecto sobre un enemigo escaso de ella, y más escasa su organización, bisoña en gran parte su infantería, era la que más imponía á Cabrera, y no siendo prudente aguardarla, se internó en la serranía de Cuenca, donde los infantes podían operar solamente con ventaja y ejercitarse sus reclutas. «No quiero comprometer á estos muchachos, decía á sus oficiales, que ni han oído silbar las balas, ni quizá saben muchos de ellos disparar un fusil. Conviene que forcemos la marcha hácia el monte antes que Palarea reúna sus fuerzas.»

Palarea, conociendo sin duda el intento de su enemigo, se movió desde Segorbe, y en largas marchas llegó hasta Calatayud. Siguió adelante, y cerca de Molina avistó á los carlistas. Combinó entonces sus movimientos con las fuerzas de Oribe y de Espinosa, por no arriesgar el éxito de la acción; y Cabrera, á quien ya no pareció decoroso esquivar el encuentro, hizo frente, diciendo á los suyos: «De cobardes es morir por la espalda: vuestra divisa sea, rey y valor;» y les mandó tomar posición en el cerro de las Tejeras, distribuyendo convenientemente las fuerzas de Quilez y del Organista de Teruel, que se unieron por entonces, con lo cual pudo contar con una división respetable en número.

Quilez mandaba la caballería, colocada

en terreno á propósito, Cabrera el centro, Forcadell el ala derecha y el Organista la izquierda.

Palarea dividió su gente en cinco columnas. Rompieron el fuego las guerrillas; y á poco mandó Palarea atacar á la bayoneta, cargando á la vez la caballería sobre el centro. Allí Cabrera, dicho se está, que ofrecería una tenaz resistencia, empeñando una acción sangrienta. El combate era mortífero; en ambas huestes se luchaba con valor y decisión; pero cede Cabrera, y se bate en retirada. En las alturas y castillo que dominan á Molina, vuelve á hacer frente á Palarea, y se traba de nuevo la batalla: obstinábanse los carlistas en recuperar lo perdido: batíanse como leones, permaneció algún tiempo indecisa la victoria; pero se inclinó á los liberales, y en vano hizo Cabrera heroicos esfuerzos con sus batallones de Tortosa. Abandonados por la caballería, de la cual se apoderó un terror pánico, escapó vergonzosamente por un barranco: los bizarros escuadrones del ejército les deshicieron completamente, despreciando su nutrido fuego, y fué completa la derrota. La salvación de la caballería, merced á su fuga, la atribuyen unos á orden del mismo Cabrera, que quiso así librarla de la suerte que la amenazaba por su inferioridad; otros pretenden que lo dispuso Quilez con el mismo fin, y no ha faltado quien culpe á subalternos del miedo que se apoderó de ella.

Digno es de singular mención un hecho en que se distinguió Cabrera, según asegura un escritor ya citado. En el momento crítico del correr de su caballería, Cabrera echó mano de uno de esos recursos que le ofrecían su corazón y su genio; metió espuelas al caballo, y llamando la atención de sus contrarios hácia sí, les gritó: *Aquí debeis venir; dejad á los que huyen, yo soy Cabrera.* Y atrajo á sí, en efecto, la atención de todos, dando tiempo á que muchos fugitivos vadeasen el Gallo. Después decía á los suyos:

—De buena me he librado por salvaros; ved mi capa acribillada por siete balas: aun no habrá llegado mi hora.

A vista de hechos de esta naturaleza, no era extraño fuese el idolo de sus voluntarios.

Esta jornada costó á los carlistas más de trescientos muertos, y mayor número de heridos y prisioneros, rescatándose los que lo fueron en la acción de Terrer, los cuales

contribuyeron al triunfo de sus compañeros. Perdieron además sobre mil quinientos fusiles, y no despreciable botín, y vieron dispersada una gran parte de su gente. La pérdida liberal fué muy inferior, llegando escasamente á ochenta hombres entre muertos, heridos y contusos.

Las consecuencias de tan brillante hecho de armas hubieran sido de mas importancia, y acaso decisivas, á saberse aprovechar.

Cabrera marchó hácia la sierra de Albarracín, y desde allí al cuartel general de los puertos, llegando el 21 á Rosell, donde participó este revés á don Carlos, y dió quince dias de licencia á su gente *para mudarse la camisa*, como los vascongados.

Quilez se quedó en las cercanías de Cella.

#### ÚLTIMAS OPERACIONES DEL AÑO.

#### LXXIII.

La accion de Molina parecia el preludio de otra no menos desgraciada para los carlistas. A poco, el 19 de diciembre, dieron en las inmediaciones de Aldamuz con la columna de Espinosa, que les causó considerables bajas, dispersándoles por los montes contiguos á Moya; y el mismo dia, el marqués del Palacio y el coronel Casanova batieron al Serrador y Torner en Prat de Conte. Desgracias mayores esperaban á los carlistas, que amortiguaron el entusiasmo de muchos, sirviendo á Cabrera y otros gefes de lecciones, que les hicieron conocer no se hallaban aun en disposicion de hacer frente en batalla formal á las tropas contrarias, mas disciplinadas é instruidas, y que debian limitarse á la guerra de montaña y brigandage, á que no podian acomodarse sus enemigos. Asi que, mas cauto, dispuso Cabrera algunas correrias y sorpresas, que aun asi fueron penosas por lo frio y lluvioso de la estacion, y que mas bien que á obtener ventajas sobre sus enemigos, se limitaron á proveerse de armas y víveres, que eran la necesidad constante de los carlistas, máxime despues de los últimos encuentros en que habian perdido tantas.

A este efecto pasó á Añon con ochocientos infantes y doscientos cincuenta caballos de la division de Quilez, y despues á Escatron, en cuyo pueblo sorprendió el 27 á los nacionales, que á su llegada se encerraron en el fuerte; exigió 6,000 rs., y fué á

la Zaida, y el 28 á Quinto, donde cobró igual suma, y saqueó algunas casas, continuando á Codos y Belchite, donde fué aumentando su botín.

Nogueras, que habia pernctado en Híjar, se dirigia tambien á este punto, y al saber lo de Añon, tomó el camino de Azuara, donde apenas se detuvo una hora, y siguió el 29 con precipitacion hácia Herrera. El gefe liberal, forzando su marcha cuanto le fué posible, llegó en breve á Azuara y á Letus, y sabiendo aqui la ligereza con que caminaba Cabrera, por evitar le alcanzase, dió un corto, pero necesario descanso, y continuó al dia siguiente la persecucion.

El 20 se unió la pequeña columna del capitan Toja con la del brigadier Tolrá, y de acuerdo con Nogueras, se dirigieron á la Puebla de Alborton para impedir, en combinacion, que se dirigiesen nuevamente los carlistas á la ribera de Daroca.

Por otros puntos fué destinado Beltran con ciento cincuenta carlistas á recorrer los pueblos de la parte de Rosell con objeto de acopiar víveres; y sorprendido por Vidal, sufrió alguna pérdida.

Torner permaneció en el alto corregimiento de Tortosa, obrando de su cuenta, sin sufrir reveses, á que no se esponia.

Boné se ocupaba en ser el portador de la correspondencia del real, y los demas gefes se preparaban á nuevas operaciones, pudiendo decirse de todos, que en los últimos dias del mes estaban entregados al descanso, y la mayor parte de los soldados en sus casas celebrando las festividades de la estacion.

#### PROVIDENCIAS DEL GOBIERNO.—CONDUCTA DE SUS FUNCIONARIOS.

#### LXXIV.

Palarea correspondió dignamente á la confianza que en él depositó el gobierno, pues no pudo haber inaugurado de una manera mas brillante su mando.

El ministerio, ó mejor dicho, Mendizabal, su alma, felicitábase con razon de su obra, y del acierto en la eleccion de gefes y distribucion del mando en estas provincias. Viendo que no habia producido todos los efectos que se propuso la real orden de 24 de agosto, dictada con el fin de destruir prontamente los carlistas de las provincias de Castellon de la Plana, Teruel y



corregimiento de Tortosa, resolvió en otra de 21 de diciembre, que se encargase Palarea de la primera y tuviese á sus órdenes seis batallones y dos escuadrones (1); y No-gueras de la segunda, como gobernador y comandante general, poniendo á su disposición cinco batallones y dos escuadrones (2). Al propio tiempo, era la voluntad de S. M. que no fuera inconveniente esta segregación de mando para que todas las tropas persiguieran á los carlistas en cualquiera provincia ó territorio hasta conseguir su completo aniquilamiento. Así se comunicó á los capitanes generales de Aragón, Valencia y Cataluña, concertándose en su consecuencia operaciones que empezaron á producir lisongeros resultados á la causa liberal; pero que desgraciadamente para el país no se prosiguieron, embraveciendo al fin una lucha que debió ser sofocada, anticipando el término de la guerra civil, y ahorrando á España ríos de sangre, mares de lágrimas y sacrificios sin cuento. Ningun gobernante trabajó en los siete años con tanto ahinco por restituir la paz á su patria, ninguno allegó para ello tantos medios, y ninguno también encontró, por lo general, menos decidida cooperación.

El triunfo de Molina alucinó á los liberales. Otros le siguieron que fueron considerados como el principio de la destrucción total de los carlistas. Lo mismo que habían creído el año anterior fuese su tumba la derrota de Mayals, lo mismo les pareció ahora verla en Molina. Multitud de carlistas se sometieron entonces á indulto; y el gobernador de Teruel decía ahora que pasaban de tres mil los presentados. Muchos de ellos eran los derrotados en Mayals, y muchos volvieron á serlo mil veces. Las autoridades se alucinaban con frecuencia, presentando no muy exactos los hechos y sus consecuencias por exceso de amor propio en la bondad y acierto de sus disposiciones, inspirando al gobierno una confianza perjudicial en cuanto distraía del Maestrazgo su atención. Los que veían desapasionadamente las cosas estaban muy lejos de mostrar confianza en el pronto fin de aquella guerra; pero no eran creídos porque se les consideraba interesados de tener mucha tro-

pa que les cuidara sus propiedades y les garantizase su tranquilidad.

El gobierno se mostró cauto, sin embargo, y recomendaba la mayor actividad cuando era mayor el número de los presentados, para exterminar á los gefes con los pocos que les siguieran; pero participaban algunas autoridades de la ilusión de que aquellos restos concluirían por sí mismos, y casi los abandonaron, lo cual equivalió á protegerles. Y fué mas allá su imprevisión, pues nada espusieron contra el destino de algunas fuerzas á Cataluña, cuando en breve iban á ser tan necesarias en estos antiguos reinos de Aragón y Valencia.

Los carlistas se aprovecharon de estos errores. Aquellas partidas reducidas casi á la nulidad al finalizar el año anterior, que, aun engrosadas en los primeros meses del actual, estaban limitadas á la defensiva, siendo aun cortas las tropas que les perseguían, y que huían y se dispersaban evitando todo encuentro, toman después la ofensiva, triunfan y hacen necesario el envío de nuevos gefes y de mayores fuerzas. La victoria es otra vez patrimonio de éstas; pero se duermen á la sombra de sus laureles, y aquel Proteo, que creían despedazado y exterminado, vuelve á erguir su frente, adquiriendo colosales formas.

Esto prueba que el carácter de aquella guerra no se comprendía aun y que no se había estudiado. Así era en verdad.

Mendizabal, sin embargo de su alejamiento del teatro de los sucesos y de sus vastas atenciones, lo comprendió algún tanto: así le vemos decir, como ministro de la Guerra, en 26 de diciembre, «que al paso que veía con la mayor complacencia la presentación á indulto de los carlistas, como resultado feliz del impulso que se empezaba á dar á las operaciones militares, y del decaimiento que naturalmente debía producir en los partidarios de don Carlos, quería se tomasen las disposiciones indispensables para que estas primeras ventajas no fueran tan estériles y efímeras como otras veces. Cada vez, añadía, que ha sido batida una facción, se han presentado á pedir gracia muchos de los que la componían, los cuales han vuelto otra vez á las filas de la rebelión cuando las circunstancias les han vuelto á parecer favorables. El medio, pues, de exterminar radicalmente las facciones, es cuidar de que no vuelvan á renacer estas circunstancias. Este es el objeto principal de la solicitud del gobierno, que al ver á la nación entera volar

(1) Eran los primeros de Ceuta; uno de Lorca; uno Leon y dos de francos de Valencia, y los segundos del regimiento del Rey.

(2) A saber: dos del Rey; uno de Bailen; el provincial de Ciudad-Real, y otro franco de Aragón. Los escuadrones eran del 4.º ligero.

á las armas , como si fuese llamada á un gran festin , no perdonará medio alguno para llenar las justas esperanzas de los amigos del trono legitimo y de la libertad de la patria... Las tropas , continuaba , que han batido y dispersado á las facciones reunidas de los confines de Aragon , Valencia y Cataluña , deben ahora acabar de esterminarlas para siempre... ahora que los carlistas han perdido por lo menos la mitad de su fuerza ; y aun suponiendo que ésta permaneciese toda reunida , las tropas destinadas á la persecucion pueden dividirse para perseguirlas con infinita superioridad en varias direcciones para no darles tregua ni descanso , y para sacar todo el fruto posible de las derrotas que han sufrido. Es mas que probable que cada cabecilla se dirija ahora con su partida á los territorios que mas conoce y en donde mas ascendiente tiene , y nuestras tropas deben subdividirse tambien en varias columnas , cuyo mando se ha de confiar á oficiales intrépidos , infatigables , conoedores en cuanto sea posible de la topografia del pais , y que sepan mantener las tropas en la mayor subordinacion y disciplina. De otro modo , los triunfos son estériles , y la presencia de las fuerzas de S. M. en los distritos donde la rebelion se ha arraigado , en vez de pacificarlos , los irrita y los hace mas enemigos. Los que se han presentado ya deben ser respetados , sin que á nadie le sea licito molestarles de modo alguno ; pero es preciso tambien hacerles entender que se ha acabado ya el tiempo en que podian ir y volver á la faccion impunemente , segun les acomodaba.»

Estas prevenciones del gobierno , tan bien entendidas y oportunas , no fueron ejecutadas por todos debidamente , á pesar del deseo que á todos animaba. Algunos se vieron , es verdad , por la desmembracion de fuerzas , imposibilitados de secundar con mas eficacia las disposiciones superiores.

Menos confiados los carlistas , celebraron la seguridad de sus contrarios , y contando con ella , esperaron rehacerse en breve. Los rigores de la estacion les favorecian , porque no permitian una persecucion activa , y todo lo que fuera no molestarles , era un triunfo para ellos , porque descansaban y adquirian nuevos partidarios y brios para lanzarse á una nueva campaña.

## CASTILLA LA NUEVA.

## LXXV.

Volvemos á esta porcion de la Península , donde ardia tambien la guerra. Pasaremos ligeramente la vista por ese territorio , porque no es una verdadera campaña la lucha que le ensangrienta ; es una lucha de vandalismo , á veces sin otro plan ni objeto que el pillage , las venganzas y el saqueo ; sin ninguna otra regla ni pensamiento elevado , brotando por todas partes horrores , y siendo terror de la humanidad sus hordas indisciplinadas , refugio de muchos criminales.

De poca importancia en un principio estas cuadrillas , empezaban á ser mas temidas por su número y osadía ; tomaron la ofensiva en varios puntos , y ya iban siendo casi estériles los esfuerzos de las pequeñas partidas que les perseguian , haciendo necesarias mayores fuerzas , siquiera para proteger á los pueblos de sus temidas invasiones , y la vida del viagero y trajinante inofensivo.

## ENCUENTROS.

## LXXVI.

La muerte de Mir , de que ya hemos dado cuenta , fué lamentable para sus compañeros , que se vieron nuevamente alcanzados en la Encarnacion á principios de setiembre por la misma columna de Piedrabuena , que obtuvo sobre ellos visibles ventajas.

Fitor alcanza el 10 y bate en la Garganta de Padilla á Recio , el Lechero y otros , matándoles diez hombres á costa de pocos menos ; dirigen el 28 á Manzanera , ocupada por un destacamento , que les resiste y rechaza.

Terminaba ya setiembre , cuando sabedor Serralta de que Orejita , con unos ochenta infantes y sesenta caballos debia aproximarse á Mestanza ó Hinojosa , dispuso un movimiento en combinacion con la columna de Menoja y los guardias nacionales de Puerto Llano , que fueron á ocupar el puerto. Los carlistas que se hallaban en Mestanza abandonaron este punto al aproximarse sus enemigos , cuya caballería les persiguió , logrando alcanzarlos en un cerro elevado , á la inmediacion del rio Tablillas. Allí toma-

ron posiciones los carlistas y se defendieron valientes, retirándose unos y otros al cerrar la noche.

Al amanecer del siguiente día, ya tenían ocupado los carlistas el puerto, resueltos á defenderle, como lo hicieron papapetados en las peñas. Los liberales se propusieron franquearle, y merced á un valeroso esfuerzo lo consiguieron, llevándolo en retirada á sus contrarios hasta la Solana, donde volvieron á hacer frente. Pero no se sostuvieron mucho, y tomando la caballería la dirección del Hoyo, la infantería se retiró á su abrigo.

En la Solana aumentó Orejita su gente con treinta andaluces al mando de don Jose Fernandez.

Sin otro resultado importante acabó el mes citado, perdiendo unos veinte á treinta hombres ambos combatientes.

En el siguiente, octubre, vemos á Orejita unas veces solo, y otras con Terrero, hacer correrías continuas, apareciendo en los sitios mas distantes, logrando, merced á su continúa movilidad, algunas sorpresas, sufriendo tambien algunas, y sucediéndose unos á otros los mas encontrados sucesos. Son tan variadas como frecuentes las vicisitudes de aquellas bandas temibles y desalmadas: derrotadas hoy, se presentan mañana con inaudita osadía desafiando una columna y batiéndola.

Así adquiria aqui la guerra un carácter especial é indefinible, porque no era dable seguir los movimientos de aquellas partidas, corriendo siempre, ya huyendo, ya avanzando, segun las necesidades del momento, que hijas eran de las circunstancias de actualidad sus operaciones y del acaso.

#### EL ORGANISTA EN LOS ARCOS.

#### LXXVII.

El Organista, á quien ya hemos visto en Aragon y Valencia; de donde procedia, hacia escursiones á Castilla.

Mandaba una columna en la provincia de Cuenca el coronel Morales, y el 10 se dirigió hácia los Arcos, sabedor de hallarse en este punto ó sus inmediaciones, el citado partidario con trescientos infantes y treinta caballos, á los cuales atacó á las tres de la mañana del 11, causándole una pérdida considerable, pues llegaban á sesenta los muertos. No fué está la principal ventaja, fué el aliento que dió al espíritu público,

decaído en aquellos pueblos, por ver tantas veces señorearse en ellos los carlistas, y engrosarse con los mismos mozos que debían servir á la reina en la nueva quinta.

Por aquellos días, Peco, Terrero y otros, se batieron con sus adversarios en una posición inaccesible cerca de las Navas de Estena, que dominaba la senda por que habían de pasar los liberales. Critica era la situación de éstos; mas no se acobardaron al verse sorprendidos, y se defendieron bizarramente. Pero no podían avanzar y retrocedieron despues de hacer inútiles esfuerzos, retirándose tambien los carlistas, dejando unos y otros algunos muertos. Los carlistas, á pesar de ser doble su número, pues llegaban á trescientos, no alcanzaron la victoria que se presentaba suya.

El día 23 fueron alcanzados Romo y Perfecto en el valle de la Idiondera. Resistense obstinadamente al abrigo de unas ventajosas posiciones, y se retiran con insignificante pérdida.

Casi al mismo tiempo es alcanzada la partida de Cipriano en la sierra de los Castillejos, y batida con pérdida de unos doce hombres.

El Chaleco y el Ventero merodean con poca gente por los montes; piérdela en varios encuentros; adquieren nuevos prosélitos en otros, y arrastran de todos modos una vida siempre azarosa, por no dar cuartel unos ni otros. Consecuencia del encarnizamiento de aquella lucha sangrienta, son, por último, batidos Perfecto, Sanchez y el Apañado, y muertos en los distintos encuentros que tuvieron.

Pero como hemos visto varias veces, el vacío que estos partidarios dejan, le llenan otros, no menos briosos y feroces, y á quienes no sirve de escarmiento el terrible fin de sus compañeros. Llenos de saña contra los liberales, viértela con horror, y sin distinguir de personas, es convertida la Mancha en un teatro de desolacion. Ni pueden labrarse las tierras, porque no están libres las yuntas, ni el tráfico puede hacerse sino en convoyes.

#### GALICIA.

#### LXXVIII.

La Estremadura no sufría ya los terribles efectos de la guerra. No así Galicia, donde puede decirse que progresaban los carlistas. Buron, Lopez, Monteiro, Peña,

Requena y otros, con esa constancia gallega, tan fuerte, tan tenaz, se empeñaban en hacer de sus partidas columnas respetables, y nada perdonaban para ello; siendo de lamentar, que para conseguirlo empleasen muchas veces hasta medios reprobados por todo el que abrigase sentimientos humanos. Así se vieron en aquella tierra pacífica cometerse horribles asesinatos, y á los hombres degenerados en mónstruos.

En vano la partida de Buron, que contaba ya unos doscientos hombres y se internó en Asturias, fué batida y dispersada el 1.º de setiembre sobre el pueblo de Tablada, partido de Ibias, por el capitán Baquero: volvió otra vez al teatro de sus operaciones, y los ocho hombres que perdió, en breve fueron reemplazados con esceso.

El 19. los ciento cincuenta hombres que mandaba Lopez, fueron batidos en el Coto de Oines ó inmediaciones de Dodro, con la pérdida de seis muertos y varios heridos. A los diez dias, vuelve á ser atacado Buron cerca de Barcia. No se presentó sino con ciento veinte hombres, que bastaron para sostener valientes el combate, y emprender una retirada con orden y sin gran pérdida, con el sentimiento de no lograr su principal objeto, que era el de hacer un buen botin en la feria de Barcia, lo cual hubieran conseguido sin la oportuna llegada de aquel destacamento.

En los dias 6, 7 y 8 de noviembre, tuvo Acha varios encuentros con las partidas de Monteiro, Peña, Bullan y Sambreiro, en los puntos de Meira, Navia de Suarna y Paradina; pero sin resultados notables, como no los tuvieron los de la guardia nacional de Taveiros con la partida de Requena, y otros que se efectuaron en los primeros dias de diciembre.

El 12 dieron con las fuerzas del capitán Tizon unos doscientos carlistas, y se trabó una reñida pelea en los puntos de la Gola-da. Empeño mostraron unos y otros en vencer, y esperaban conseguirlo los liberales, cuando acudieron de improviso contra ellos unos cien infantes y cincuenta ginetes que estaban emboscados, salvándose de una derrota, y matando veinte y siete hombres, sin que sepamos el número de la que tuvo Tizon.

Valdés, gefe de la partida de Fonsagrada, tuvo otro encuentro en Mixallos con las fuerzas de Monteiro y Peña, en el cual los carlistas, á pesar de ser favorecidos por el temporal y las posiciones que ocupaban é

imposibilitaban todo ataque, fueron batidos y dispersados con alguna pérdida, y fusilados los diez que quedaron prisioneros.

En general no podian todavia los carlistas hacer frente á las tropas: eran bisoños, y ni aun disparar sabian muchos. Por esto se limitaban comunmente á invadir pueblos ó parroquias pequeñas, donde se abastecian de cuanto necesitaban, obrando en varios puntos con una crueldad que desdecia del pacifico carácter gallego.

## BANDO DE MURILLO.

## LXXIX.

El capitán general de Galicia, don Pablo Murillo, conde de Cartagena, indignado con la relacion de los escesos que desde un principio cometian los carlistas, declaró, para ponerles coto, á catorce partidos en estado de sitio. «Siendo tal la perversidad, barbarie y vileza de las facciones, decia, que por desgracia del fidelísimo reino de Galicia y mengua del crédito de su antigua lealtad, infestan algunas partes de su territorio, que indignos sus cabecillas y secuaces del nombre de guerreros, han preferido el de salteadores y asesinos, robando, mutilando y matando á infelices indefensos; y habiendo, sin embargo, hombres tan malvados ó ilusos que les auxilian y esfuerzan, porque creen que defienden sus intereses, y pueblos tan apáticos é insensibles, que no dan un paso para impedir siquiera sus crímenes: la voz de la justicia está clamando que, á lo menos, los desgraciados que por su adhesión á la justa causa que defienden todos los buenos españoles, son víctimas de la venganza de tan crueles y desnaturalizados enemigos, sean indemnizados por aquellos que pudiéndoles contener con su influjo, no los contienen; que pudiéndolos resistir con la fuerza no los resisten, y que en vez de contribuir á su persecucion, los abrigan, los ocultan, los dirigen, los auxilian y fomentan. Por tanto, en virtud de real decreto de 20 de octubre último, y con acuerdo de la junta auxiliar de armamento y defensa de esta capital, declaro en estado de guerra los partidos de Arzua, Ordenes, Santiago, los de Villalba, Fonsagrada, Nogales, Sarriá, Quiroga, Monforte, Chantada, Lugo, y los de Salin y Tabeiros. Todo daño que en adelante causasen las facciones será indemnizado en la mitad por el cabildo de la iglesia catedral comprensiva del lugar en

que se hubiere causado el daño, y la otra mitad por los curas y habitantes del radio de una legua en contorno, mancomunadamente. Serán relevadas de esta responsabilidad las familias en que el padre ó alguno de los hijos se halle inscrito en la guardia nacional del territorio.»

Grandes perjuicios causó este bando á los carlistas, no esperado de quien hacia doce años, en una alocucion á los pueblos y tropas del cuarto ejército, publicada el 2 de junio de 1823, llamaba á los nacionales de Galicia, que eran los únicos que contrariaban su deslealtad (1), «la hez de la nacion; hombres alucinados; el resto de los partidos que tanto daño nos causaron; temerarios que desconocen la voz de la razon,

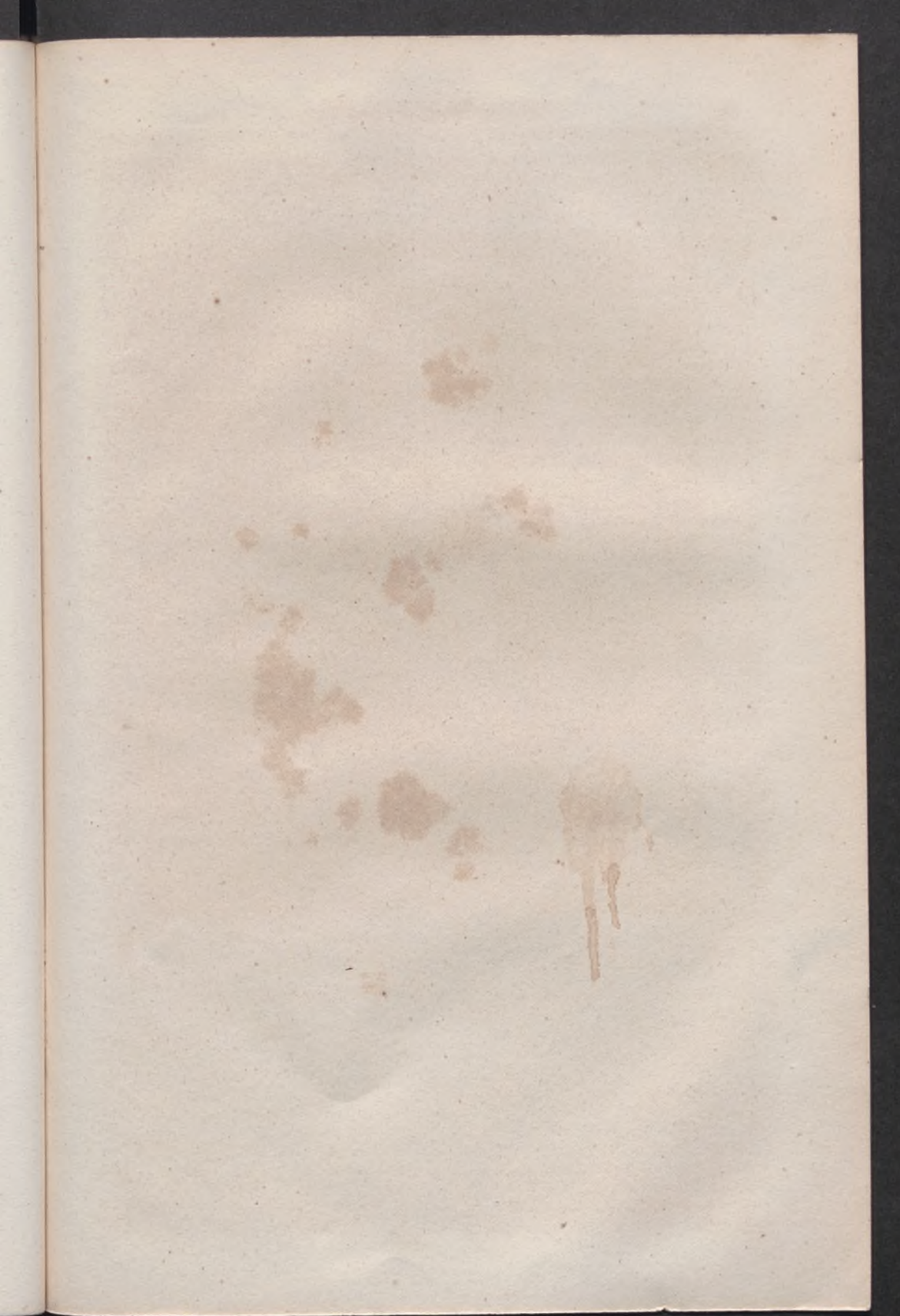
(1) Sabido es que Labisbal, Murillo y Ballesteros no defendieron la Constitucion que habian jurado sostener, y que facilitaron la invasion francesa, y su nada envidiable triunfo.

pretenden seguir el camino de la anarquía, y se complacen en la desolacion del pais que los sustenta.»

Sacando á plaza estas palabras combatieron los carlistas el bando de Murillo; pero no fueron atendidos por los liberales, que veian ahora en el antiguo militar español el nuevo y decidido partidario de la libertad, el terrible enemigo de los carlistas y de las pasadas instituciones que defendian, el entusiasta defensor de Isabel, resuelto á exterminar á los defensores de don Carlos.

Este bando le colocaba en una posicion franca; no admitia interpretacion ninguna de sus palabras; los liberales le aplaudieron, y los resultados no fueron dudosos por el pronto.

La guerra se hacia aqui, como en todas partes, con rigor sangriento, cuando no con crueldad. La cabeza de algunos gefes carlistas se puso á precio, y éstos le pusieron á su vez á la Murillo.





D JUAN ALVAREZ MENDIZABAL.

## LIBRO VI.

MENDIZABAL.

### I.

Como vimos al finalizar el libro IV, no podía ser mas critica la situacion del pais. Los carlistas en prosperidad, la guerra cada dia mas recrudescida, las provincias sublevadas, el gobierno sin amigos, sin dinero y sin crédito. La revolucion dominaba casi toda la Península; pero aunque resueltamente hostil al poder, era débil, y torpe, incoherente; porque sus gefes no sabian hacerla, y los que tenian la osadía necesaria para su propósito, carecian de las demas dotes del revolucionario. Esto, aparte de que el móvil de la rebelion en algunos puntos fué el interés particular, y conseguido, no se curaron de otra cosa sus autores.

Para fortuna de la causa liberal, un español, lejos entonces de su patria, era el destinado á salvarla. Y acaso no comprendia todo lo terrible de la crisis en que se hallaba nuestra Península, lo recio de las tempestades que la azotaban.

Este español era don Juan Alvarez y Mendizabal, llamado para combatir á la revolucion que prohibió y que la representó en el poder. Templándola y acallando sus exigencias, la hizo venir en su auxilio y en el del trono, que comenzaba á decaer.

La hermosa y culta Cádiz vió nacer á Mendizabal en 24 de febrero de 1790, y el ambiente revolucionario que respiraba la Europa, enviado entonces desde las márgenes del Sena, debió alimentar al tierno infante, inculcándole las ideas que ya le distinguieron en sus primeros años.

Hijo de don Rafael Alvarez y de doña Maria Mendez, ambos del comercio, trocó este apellido por el de Mendizabal, á fin de librarse de las persecuciones políticas que desde muy jóven empezó á experimentar de parte de los invasores, á quienes hizo frente denodado. No le libró esta precaucion de ser preso y conducido á Granada; pero aquella imaginacion verdaderamente meridional, siempre inquieta y atrevida, y fecunda siempre, no le abandonó en tan terrible situacion. Iba con otros á ser fusilado, y le sugirió medios de fugarse haciendo lo verificasen primero sus compañeros.

Mendizabal siguió prestando importantes servicios á la causa de nuestra independencia; y cuando se formó el ejército expedicionario á Ultramar, fué de los primeros que trataron de aprovechar sus disposiciones en favor del régimen constitucional, y á su decision y actividad, á su crédito y recursos, debió las cabezas de San Juan la celebridad que adquirió el primer dia del año de 1820. Y no se limitó á procurar recursos al ejército, desprendiéndose de los suyos,



el movimiento no siguió, y hacian falta pechos esforzados que hiciesen frente á las fuerzas que le contrarestaron: el de Mendizabal se presentó á todos los riesgos, y no soltó las armas mientras fueron necesarios sus brios. Satisfecho de su obra, continuó tranquilo en el comercio, sin dejar de vestir el uniforme de miliciano.

De nuevo vió Cádiz á los franceses, y la causa constitucional reclamaba el apoyo de sus partidarios. Allí hacia falta el brazo de Mendizabal, allí su talento para crear y ordenar medios; y su brazo y su talento la sostuvieron en lucha tan desigual. Tanto se distinguió entonces, que fué á llorar en pais extranjero los males de su patria (1). Sus buenas relaciones, su probidad y conocimientos mercantiles, le conquistaron pronto en Lóndres un puesto de la mayor confianza, y él fué el banquero, como lo tenemos ya insinuado, de la expedición á España en 1830, y el que con su genio multiplicó los recursos que para ella le facilitó Mr. Ardoain. Multiplicándose á fuerza de actividad y celo, hallóse presente en todas partes, sin cuidarse de su interés; y fueron tan eficaces sus gestiones, que la expedición fué en gran parte obra suya, y que no fueran mas funestas sus consecuencias.

Frustrados sus deseos, el ardiente campeón de la causa liberal, halló nuevo campo en que consagrarse á su triunfo con el mayor ardimiento; y don Pedro, al venir de su imperio del Brasil, no halló un hombre de tanto genio como Mendizabal para que le ayudase en la empresa grande de conquistar un reino. Comprometiendo Mendizabal su fortuna, á costa de incansables vigilias adquirida, logrando interesarse en el proyecto á sus amigos poderosos, en breve don Pedro zarpó del Támesis con un ejército y una escuadra respetable, que formó como por encanto el proscrito de Cádiz; y doña María de la Gloria ciñó en sus sienes la diadema que le habia usurpado su tío don Miguel en ausencia de su hermano.

(1). Tenemos la órden original de prision y embargo de bienes para que sufriese la pena ordinaria de garrote y confiscacion, á que fué condenado por la real audiencia de Sevilla como autor del alzamiento de 1820. Contiene una lista de treinta y cinco nombres, entre los que se hallan los de Isturiz, Ceruti, Cuetos, Galiano, San Miguel (don Evaristo), Quiroga, Espinosa, Gamboa, Valdés (don Cayetano), Giscar, don Vicente Beltran de Lis, hijos, y otros.

Portugal vió en el trono á su reina legitima, porque Mendizabal sostuvo con los inagotables recursos de su genio la lucha que hizo necesaria la resistencia desleal del infante.

Y no pararon aquí sus servicios. Exhausto el erario despues de la guerra, Mendizabal hizo frente á las necesidades públicas, y elevó el crédito del Estado. Una carta de la reina (1), y una cruz, galardonaron tan-

(1) Los siguientes documentos dan idea de los servicios que prestó Mendizabal.

«Juan Alvarez y Mendizabal. Yo la reina os envío mucha salud.

»Habiendo vos desempeñado las importantísimas comisiones de que fuisteis encargado durante la regencia de mi augusto padre, que santa gloria haya, el duque de Braganza, demostrando el mas laudable celo en bien de la causa de la libertad portuguesa y de mis derechos á la corona, y contribuyendo por vuestra actividad y grande conocimiento en los negocios para elevar el crédito nacional al alto punto á que ha llegado, con tan gran provecho de la Hacienda pública del Estado: he tenido á bien agradeceros tan importantísimos servicios, y en especial aquellos de que por vuestro noble desinterés y por efecto de la bien calculada economía, resultaron á la nación sumas de consideracion y de provecho en las transacciones manejadas por vos: yo confío en que empleareis el mismo celo, honra y desinterés en la continuacion del desempeño de las importantes funciones que os fueron cometidas durante la regencia de mi augusto padre, de gloriosa memoria, de que me habeis ya dado pruebas durante mi reinado. Lo que me parece participaros para vuestra inteligencia y satisfaccion. Escrita en el palacio de las Necesidades á 18 de octubre de 1834.—La reina.—José de Silva Carbalho.—Para Juan Alvarez y Mendizabal.»

«Al caballero don Juan Alvarez y Mendizabal, ministro de Hacienda y secretario de Estado de S. M. C.

»Yo la reina de Portugal, Algarbe y sus dominios, os saludo cordialmente. Queriendo daros un testimonio del alto aprecio en que tengo los eminentes servicios que habeis prestado á mi real persona y á la causa de la legitimidad y de la libertad de la nacion portuguesa; considerando que á vuestros incansables esfuerzos, á vuestro talento y celo por el restablecimiento de la Carta constitucional para el bien de esta nacion, se debe en muy gran parte el apresto de la escuadra y de la expedicion que salió de los puertos de Inglaterra, que se reunió en Belle-Isle y de allí partió capitaneada por mi augusto padre, de feliz memoria, en direccion á las islas de los Azores; considerando que para el costo de ta-

tos méritos y desinterés tan grande; y tornó á su escritorio el que había dispuesto de un reino.

ADVENIMIENTO DE MENDIZABAL AL PODER,

## II.

Este era el hombre que Toreno, tan apurado por los efectos del descontento público, eligió para que le salvase. Notorios los servicios que venía prestando á la causa liberal, su nombramiento fué bien recibido hasta de los enemigos del conde. La opinion pública enalteció el patriotismo de Mendizabal, y la prensa liberal que veía que la de Londres, París y Lisboa le saludaban como al regenerador de su patria, batió palmas y le vitoreó tambien.

Sus antecedentes no podían ser mas re-

maña empresa, en virtud de transacciones mercantiles hasta allí sustentadas en vano, pudisteis reunir los medios que tanto contribuyeron para que el valiente ejército libertador, bajo las órdenes de S. M. I. desembarcase en las playas del Mindelo y entrase en la heroica ciudad de Oporto; considerando que durante la gran lucha que por espacio de un año se sostuvo en las puertas de la misma ciudad, á pesar de la incertidumbre y de los rigores de la fortuna, de la prolongacion de la guerra y de tan varios y multiplicados contratiempos, los inagotables recursos de vuestro genio sostuvieron con socorros continuos de metálico, viveres, armas y pertrechos al ejército libertador y á la escuadra, en tanto que la ciudad fiel y algunos patriotas, dignos de este nombre, concurrieron tambien con los medios posibles para el triunfo glorioso de las armas constitucionales, llevando á cabo vos en esos tiempos calamitosos, transacciones importantísimas y organizando la famosa expedicion que llevó al Sur del reino esas fuerzas terrestres y navales, cuyas victorias fueron tan funestas al usurpador; y siendo igualmente de grandísima valia los innumerables servicios que prestásteis á la causa portuguesa desde que la capital fué ocupada por el gobierno legitimo, hasta el término del dominio de la usurpacion, y desde entonces hasta ahora en los contratos que celebrásteis con gran ventaja de la nacion para suministrar al gobierno los recursos que en medio de la desorganizacion general del reino, y despues de tan continuas calamidades era imposible alcanzar; habiéndoos conducido siempre en tales negociaciones con el mas noble desinterés y generosa abnegacion, cediendo en beneficio del Estado utilidades de que legitimamente pudisteis aprovecharos, sin cesar de dedicaros enteramente al bien de la causa de Portugal y del gran príncipe, bajo cuyos auspicios la Divina Providencia coronó las hazañas del

comendables, y se esperaba del que había salvado á doña Maria de la Gloria, salvaria tambien á Isabel.

Nadie podia subir al ministerio rodeado del prestigio que subió Mendizabal. Con simpatías en España y en las naciones que protegían á la reina, halagado con las promesas de cooperacion de poderosas casas de banca, bien visto personalmente de los gabinetes de Londres, París y Lisboa, á los cuales visitó, ¿qué mas podia desear el país?

Mendizabal miró su eleccion como una recompensa providencial de sus esfuerzos y sacrificios por la libertad. Su fortuna, siempre comprometida en empresas patrióticas, estaba entonces afectada por la enorme baja que los fondos españoles sufrían en los mercados extranjeros, á causa de los reveses de la guerra. Así que la reputacion de su nombre, su suerte, su crédito, sus principios políticos, todo estaba interesado vivamente en que Mendizabal empleara toda su energia, toda su actividad, todo su patriotismo, en asegurar el trono de Isabel II y las instituciones liberales.

Y todo lo empleó. Comprendía, aunque distante de su patria, las mas apremiantes necesidades que tenia que remediar; y siendo él mismo el agente de sus deseos, puso toda su eficacia y actividad en acelerar el alistamiento, equipo y organizacion de la legion auxiliar inglesa. Conseguido este objeto, habló para proporcionarse recursos pecuniarios; y lisongéandose obtenerlos mas tarde, corrió á París en los primeros dias de agosto, donde entabló combinaciones finan-

partido constitucional con la mas completa victoria; mereciendo por tantas pruebas de noble y de constante adhesión que S. M. I. os tuviese por amigo hasta el fin de su preciosa vida, en cuyos últimos y dolorosos momentos le acompañásteis. Por todos estos servicios, y por todos los demas de la mayor importancia prestados siempre generosamente ó ayudado de vuestros colegas en la comision de aprestos, ó solo, como agente financiero del gobierno portugués en Londres.

«Tengo á bien elevaros á la dignidad de gran cruz de la antigua y muy noble orden de la Torre y Espada, del Valor, Lealtad y Mérito; lo que me parece poner en vuestro conocimiento para vuestra inteligencia y satisfaccion, y para que desde ahora podáis usar de la insignia respectiva que con ésta os envío.—Fecha en Lisboa en el palacio de las Necesidades á 17 de agosto de 1853.—La reina.—Rodrigo de Fonseca de Magalhaes.—Al caballero don Juan Alvarez y Mendizabal, ministro de Hacienda y secretario de Estado de S. M. C.»

cieras con el banquero Ardoain, y siguió á Lisboa, conferenciando á su arribada en Santander sobre operaciones militares con los generales Alava y Evans, y de política á su paso por Vigo, con un personaje amigo de Toreno.

Detenido en la corte de Portugal el tiempo necesario á sus negocios, apresuró su llegada á España, cuya situación hacian cada vez mas crítica las juntas revolucionarias; y el 1.º de setiembre le recibia la de Badajoz y varias personas principales de la provincia, y le exhortaron á deshacerse en cuanto llegara á Madrid de su compañero Toreno.

Allí tuvo ocasion Mendizabal de enterarse del verdadero estado del país; y cuando á los cuatro dias llegó á la Granja, se presentó al instante á la reina Gobernadora, esquivando todo compromiso hasta enterarse completamente en Madrid de la opinion pública; pues empezaba ya á tener la conviccion de que la desacertada conducta del gobierno habia acelerado, mas que contenido, la esplosion del disgusto general, y creia en la absoluta necesidad de mudar de sistema.

Llega el 7 á Madrid y conferencia con sus antiguos amigos, que pertenecian al partido liberal avanzado; y sin estar completamente de acuerdo con ellos, ve al embajador inglés, Mr. Villiers, y se afirma en el juicio que habia formado de la necesidad de sacrificar á Toreno si no queria sacrificarse á sí mismo, asociándose á su impopularidad.

Este ministro, á pesar de verse aislado y combatido de todos, pues si la prensa de Madrid le respetaba, no era por afecto, sino por temor, no parecia decidido á dejar el puesto; pero al oír de Quesada, capitán general de Madrid, que en el caso de que se alterase la tranquilidad pública no respondia de la seguridad de su persona, resignóse. Su amor propio no le permitia darse por vencido, y mucho trabajó con su reconocida energia y fortaleza por seguir adelante. Es indudable que pensó en nombrar un gabinete de personas que le fuesen adictas, y que luchó para ello con Mendizabal, á quien al retirarse se proponia arrastrar consigo; y lo hubiera realizado por el ascendiente que tenia sobre la reina Gobernadora, si la circunstancia de hallarse enfermo el embajador francés no le impidiera combatir al inglés, empezando á ser ostensible desde entonces la parte activa y directa que en

nuestros asuntos han tomado los estraños.

Hubo un momento en que Toreno creyó seguro su triunfo, porque estaba decidida la Gobernadora á encargar á Riva-Herrera la formacion del nuevo ministerio, pero desde la plaza de toros vuela Villiers al Pardo, y la convence de la impopularidad de semejante variacion, y de la necesidad de poner á Mendizabal á la cabeza del gobierno, como lo reclamaba la opinion pública, tan poderosa entonces, y á la que hasta temerario era despreciar. Disculpable este paso por el interés de Inglaterra en el triunfo en España del principio liberal, fué mas por sus buenos resultados. La reina llamó á Mendizabal, y éste le prometió sostener el Estatuto Real y no permitir se menoscabasen en lo mas mínimo las prerogativas del trono. Era esto el 14 de setiembre, y en su noche fué llamado Toreno al Pardo para estender los decretos. Escribióles el subsecretario de Estado Villalba, y al reparar S. M. la sequedad con que dictaba el conde el que hacia relacion á su persona, respondió que le bastaba saber su buena voluntad, creyendo conveniente no dar nuevos pretextos á las pasiones para encenderse mas, y tratar con mayor desacato al trono.

En los mismos términos severos con que á presencia de Mendizabal dictó el conde el decreto de su relevo, dió tambien los de sus compañeros, á escepcion del duque de Castroterreño, de quien decia S. M. estaba muy satisfecha de sus buenos servicios. Riva-Herrera era relevado del ministerio de lo Interior; y Herreros, que desempeñaba el despacho de Gracia y Justicia, subsistió algunos dias mas.

El ministerio Toreno cayó con júbilo de los liberales, que saludaron con aplauso el de Mendizabal. ¡Lástima que un hombre de la capacidad y resolucion de Toreno diese lugar con su resistencia al ensanche oportuno de las libertades, á una escision, autora de tantos males!... Si menos terco en contrariar el espíritu público, nunca satisfecho del mezquino Estatuto, le hubiese guiado levantando el edificio de aquellas á medida que las necesidades le reclamaban, el gobierno del conde de Toreno habria hecho la felicidad del país, tan destrozado desde entonces por la desunion que creó entre los liberales. El conde de Toreno reunia dotes para gobernar, que muy pocos cuentan.

## DISPOSICIONES DE MENDIZABAL.

## III.

El mismo día del advenimiento de Mendizabal al poder, puso en manos de la Gobernadora un manifiesto ó programa (1) que, si bien podia calificársele de poco esplicito, de ninguna manera podia decirse de él, como dijo un escritor, cuyo saber y memoria respetamos y cuyo apasionamiento injusto compadecemos, *que era obra de una buena fé estúpida, ó de una astucia profunda.* «En sus elogios y reprobaciones, añade, en sus esperanzas y promesas, el manifiesto todo era un monumento de ignorancia, si se habia estendido de buena fé y con ánimo de cumplir algo de lo que en él se ofrecia; y de maquiavelismo, si la intencion del autor era deslumbrar para entretener, interin las gentes de su partido se apoderaban de la autoridad.»

El manifiesto de 14 de setiembre abrió el corazon de los liberales á la mas grata esperanza. Eminentemente liberal y patriótico, como su autor, ni presentó á su partido vencedor del otro, ni cedió á las exigencias de la revolucion, triunfante á la sazón. Proclamó con el acento mas sentido y sincero la union de todos los liberales, mas necesaria que nunca entonces; y sin tocar á ninguna de las régias prerogativas, sin alterar la forma de gobierno existente, dió á los derechos que emanan, y son el sosten del régimen representativo, el cimiento de la legalidad, que reconoció y basó en el Estatuto.

No pudo calificarse á Mendizabal de ambicioso, ni habrá hoy quien así le califique de buena fé (2). Procediendo de una manera

(1) Véase documento núm. 51.

(2) En el manifiesto al pais que publicó Mendizabal el 18 de octubre de 1851, se hallan estas notas:

«Como no ha llegado hasta ahora el caso de hacerse públicos algunos actos de mi administracion, diré únicamente que hallándome acreedor del gobierno por gruesas cantidades y poseedor de garantías que con ventaja propia hubiese podido realizar cubriéndome de mi alcance, bastó la circunstancia de ser ministro de la corona, cuando se dió cuenta de los tres expedientes que á este asunto se refieren, para inhabilitarme voluntariamente de echar mano de este recurso legal y espedito, prefiriendo abandonar la seguridad de mis intereses á la buena fé nacional, y esperar el

muy contraria de la que algunos le atribuyeron por espíritu de partido, dió una verdadera prueba de abnegacion y de desinterés personal, reservando la presidencia que le correspondia del ministerio, á don Miguel Ricardo de Alava, nuestro embajador en Lóndres, nombrado para la cartera de Estado. Renunciada aquella, recayó por esta razon en Mendizabal, y dimitió á pocos dias el ministerio de Estado, prefiriendo su posicion diplomática en Lóndres Reemplazado por el conde de Almodovar, nombrado antes para el departamento de la Guerra, ocupó el puesto del marqués

resultado de una liquidacion, que habiendo seguido todos los trámites debidos desde 1844 acá, se ha terminado al fin por el Tribunal mayor de cuentas, faltando solo la realizacion del saldo á mi favor en la forma que las Cortes acordaren á propuesta del gobierno de S. M.»

## Resoluciones que se citan.

4.<sup>a</sup> Seis de noviembre de 1855.—«He dado cuenta á S. M. de este expediente, no para reclamar el pago de la libranza de 1.560.000 reales, como pudiera, ya fuese en reembolso de mis suplementos, ó ya como un crédito legitimo á mi favor, sujeto en último caso al resultado de una cuenta, sino para que conste que me abstengo por ahora de toda gestion sobre dicha cantidad, sin menoscabo de mi derecho, y que jamás ha entrado en mi poder ni he autorizado procedimiento alguno para hacerla efectiva.»

2.<sup>a</sup> De la misma fecha.—Giro de 2.000.000 de reales sobre la Habana.—«A lo resuelto en esta fecha en expediente sobre Manila, respecto al giro que se hizo á mi favor en 1823 por la suma de reales vellon 4.560.000. Este es el modo con que procede el actual secretario de Hacienda; algun dia se apreciará.»

3.<sup>a</sup> Veinte y dos de febrero de 1836.—«El origen de las inscripciones á que se refieren los comisionados de Lóndres, me es tan conocido, como que soy uno de los principales comisionados; y estando firmemente persuadido de que siendo las inscripciones el verdadero titulo que constituye al poseedor de las mismas en acreedor del Estado, nada mas justo que sean satisfechas en cualquier mano que se encuentren, como el verdadero medio de conservar el crédito nacional, respetando la fé de los contratos; pero atendiendo á las particulares circunstancias en que se encuentran las inscripciones en cuestion y al estado de nuestro crédito, he inclinado el ánimo de Su Magestad á que ordene que, de conformidad con la propuesta de los comisionados y de lo que espone la mesa en favor de la conversion con arreglo á dicha ley de 1834, se verifique la conversion, quedando el gobierno responsable al reintegro de los valores de que va á disponer.»

de Rodil. Encargóse á don Martin de los Heros el ministerio de lo Interior, despues de haber sido nombrado para el mismo, don Ramon Gil de la Cuadra; don Alvaro Gomez Becerra fué elegido para el de Gracia y Justicia, y en obviacion de nuevas dificultades se quedó con el de Marina Mendizabal.

Constituido asi el gabinete, siguió fielmente la marcha que habia inaugurado Mendizabal, con diferentes providencias en que él solo tuvo parte.

La mas principal entonces, por ser interés del momento, era la sumision de las juntas, verdadero poder que frente á frente del gobierno, le desprestigiaba, quitándole toda la fuerza. Ya hemos visto la irritacion de aquellas corporaciones populares, y según ella, se comprenderá fácilmente lo árduo y difícil de semejante empresa. Mendizabal, sin embargo, de carácter conciliador, con un corazón de niño en aquel cuerpo colosal, firme en su propósito de no presentar á un partido como vencedor del otro, y de unir á los liberales, nada omitió á este fin; mantuvo al trono en la posesion de sus prerogativas, no alteró la forma de gobierno que halló existente, y sin indebidas concesiones, consiguió su objeto, porque se comprendió la lealtad de sus intenciones.

Levantó el estado de sitio en que habia sido declarado Madrid; dirigió por el ministerio de lo Interior una circular á las autoridades de las provincias, anunciando que S. M. se habia dignado mandar que las exposiciones que de diferentes puntos del reino se dirigian al trono, fuesen tomadas en consideracion y examinadas por los respectivos ministerios; ofreció garantías liberales; recomendó la concordia de los españoles, y el orden legal; y adoptó acertadas providencias, que dieron la seguridad de las intenciones del gobierno, que dijo en real decreto de 25 de setiembre, era la voluntad de S. M. «cubrir con un velo que á nadie le fuera lícito descubrir los pasados acontecimientos y olvidarlo todo.» Poniendo en boca de la reina Gobernadora las palabras que la situacion requería, las juntas reconocieron su autoridad, y fué objeto del entusiasmo público la misma señora, cuyo prestigio habian amenguado con su imprudente resistencia los anteriores consajeros.

Los nombramientos de Mina, Quiroga, Espinosa, Palafox, Odaly, Sancho, Infante, Lopez Baños, Grases, Lopez Panto, y otros para el mando de varias provincias, fueron

una prenda segura de que se deseaba cumplir lo que se ofrecia.

Como complemento de estas medidas saludables y oportunas, publicó la *Gaceta* varios artículos, en los cuales se esplanaba el programa de Mendizabal, siendo dignas de transcribirse las siguientes líneas.

«El gobierno español está seguro de terminar pronto y gloriosamente la guerra de las Provincias Vascongadas con solos los recursos nacionales; pero impone por condicion que el orden público se restablezca, y restablecido y la confianza, bastará el movimiento rápido y ascendente del crédito público para proporcionar medios; y para conseguir este resultado, no habrá necesidad de aumentar en un maravedí la deuda pública; bastarán los recursos ordinarios y los del crédito, siempre bajo la condicion del restablecimiento del orden.»

Y aun mas aseguraba el órgano del gobierno de la manera mas positiva.

«El ministro de Hacienda, decia el periódico oficial, tiene, por decirlo así, en su faltriquera las compañías y los capitales necesarios para abrir las comunicaciones interiores, de que tanta falta siente nuestro suelo, para promover todos los ramos de riqueza pública, para hacer útil y productivo al Estado la administracion de los bienes nacionales, y para elevar, en fin, la nacion española al grado de prosperidad y riqueza á que está llamada. El gobierno, añadia, no piensa consumir en movimientos inútiles, en marchas laboriosas, ni en combates gloriosos, pero estériles, las fuerzas que reúne para la grande empresa de la pacificacion. Hasta que tenga á su disposicion todos los recursos necesarios para una victoria completa é infalible, no empezará los movimientos militares. Su campaña no debe durar mas que uno ó dos meses, y la ocupacion de todas las guaridas de los facciosos debe ser simultánea. No se contentará ni con el valiente ejército del Norte, ni con los cuerpos auxiliares e-trangeros, ni aun con las tropas recientemente levantadas en las provincias de la monarquía. Cuando penetren en el país enemigo, no les ha de faltar ni un solo hombre del número que se juzgue necesario para concluir la guerra en pocos dias. Es probable que el actual ministro de Hacienda tenga concebido un sistema administrativo de este ramo. Mucho ha visto en los países estrangeros: mucho ha manejado y aprendido por su propia experiencia, y no sin resultados útiles para un reino vecino.

Los hombres inteligentes podrán inferir cuales son sus principios, y cual el sistema que tiene meditado. Pero se guardará muy bien de emprender su planta en la totalidad, hasta que lleguen las circunstancias propicias para el buen éxito: un pedante se apresura siempre á manifestar lo poco que sabe; un empírico promete y alucina aunque no sepa si podrá cumplir sus promesas: el verdadero publicista, el hombre de conciencia, ni hace mas promesas que las que está seguro de realizar, ni emprende la ejecucion de su plan hasta que llegan las circunstancias oportunas y la estacion conveniente.»

Por el pronto consiguió Mendizabal un resultado grande. Renació la confianza, el espíritu público liberal se dispuso á todo, y Mendizabal fué considerado como el regenerador de la Península. No podia rodearle mayor prestigio. Al leerse sus sinceras promesas, al discutirse la posibilidad de su ejecucion, al comprenderse que Mendizabal estaba dotado de ese genio creador escitado por los obstáculos, que vence las dificultades, y que, á semejanza del sol cuando deshace las nieblas que le eclipsan, aparece mas brillante despues de rasgar el velo que le cubre y oscurece, concibió el pais las ilusiones mas lisongeras.

Lo sucedido en Portugal, decia mucho tambien en favor de Mendizabal, y era una garantía de la verdad de sus promesas y de su cumplimiento.

## SUMISION ESPONTANEA DE LAS JUNTAS.

## IV.

General el entusiasmo de los liberales, merced á las oportunas disposiciones de Mendizabal, se vieron sus resultados: la autoridad del gobierno fué reconocida por las juntas sin humillarse, dando el ejemplo la de Galicia; le siguieron las de Valencia, Zaragoza, Barcelona, Estremadura, y sucesivamente las demas. Las que mayor poder habian representado, las que habian tenido mayores exigencias, se sometian ahora gustosas y voluntariamente, sin que se les hiciese concesion alguna, sin promesas, sin otra cosa que correr un velo sobre todo lo pasado, y ofrecer el gobierno asegurar la libertad de los ciudadanos y la felicidad del pais. Tan patrióticas eran sus intenciones, y tanta era su fé en Mendizabal.

Mas bien por el espíritu de algunos disci-  
pulos, que por razones de patriotismo, sub-

sistian algunas juntas en Andalucía, especialmente la creada en Andújar, que seguia gobernando como soberana; pero aisladas, y las desagradables escenas que presenciaron Cádiz y Sevilla, socabaron su prestigio, y al fin tuvieron que someterse y contribuir por su parte á la union de todos, que era el constante pensamiento de Mendizabal, la base de sus planes (1).

(1) La junta de Cádiz, impulsada por su secretario, don J. G. de Villalta, mostró una resistencia decidida á someterse; y en el mismo dia 23, en que la junta de la Corona estendia su sumision, decia la gaditana en su manifiesto:

«Háblase de la reunion de los Estamentos segun las bases de la real órden, llamada por un ridiculo y fementido paralogismo, Estatuto Real, y se trata asi de obstruir el único camino de salud que á la patria le queda, que consiste en la reunion de las Córtes constituyentes. La junta faltaria á sus deberes si no manifestase en términos esplicitos los sentimientos que la animan. El llamado Estatuto Real y el sistema por él establecido, son, respecto á la libertad política de la nacion, lo que la hipocresia respecto á la virtud. Los españoles libres no quieren parecer libres, sino serlo. No han tomado las armas solo para derribar al traidor Toreno, cuyo nombre mancillára el decoro gubernativo, sino para derrocar el principio de la tiranía, y solo las depondrá cuando lo hayan derrocado.»

Revocó luego los poderes de los procuradores de su provincia, declarando nulos los actos que en el ejercicio de ellos hiciesen, y lo comunicó asi á las demas juntas gubernativas para que la imitasen.

Otra esposicion dirigió á Mendizabal, en la que, á la par de los elogios personales que le dispensaba, decia:

«Antes verán sus hijos destruidos piedra á piedra los muros de esta capital; antes teñida en sangre la mar que los circunda, y abrumadas de los cadáveres sus olas, que depongan sus armas sin ver ya establecido el Congreso constituyente que han pedido, compuesto, no de cien hombres venales que inunden y asedien las antesalas del ministerio, sino elegidos por la nacion, segun los principios de aquellas leyes que dictó la nacion misma deliberando bajo el tiro de la artillería enemiga... Si, por salvar los fragmentos de un sistema desacreditado, se sitúa V. E. entre los enemigos del bien; si permite que se empeñe la lucha en defensa de una teoria sofística; si un solo fusil se dispara, la junta de Cádiz previene á V. E. del modo mas solemne que será responsable á la patria, y ante la representacion nacional se le pedirá estrecha cuenta de la sangre derramada de sus hermanos.»

Sin embargo de estos alardes, á los pocos dias se sometió la junta de Cádiz, y la no menos entusiasta de Córdoba y otras.

La de Andújar, que hemos citado en el

Las juntas se ofrecieron al gobierno, y el gobierno aceptó su ofrecimiento. Mendizabal tuvo el feliz pensamiento de emplear aquel poder revolucionario, que amenazaba acabar hasta con el trono, en obsequio de su obra y del país. Asoció las juntas á su plan, considerándolas mas como aliadas que como sometidas, y por real decreto de 21, creó las diputaciones provinciales, rueda de la Constitución de Cádiz, con ob-

testo, era la central de las ocho provincias andaluzas, y se hallaba instalada desde el 2 en aquella poblacion. Tenia de presidente al conde del Donadio, diputado de Jaen, liberal entusiasta y de los principales gefes de la sociedad *Isabelina*. Hizo algunos nombramientos militares, y el 3 dirigió una proclama á los andaluces anunciándoles el deseo de la formacion de un código fundamental por Cortes constituyentes, y «que no dejarían las armas hasta consolidar el trono por este medio, y esterminar al principe rebelde.» Anunció su instalacion al gobierno; trató de reducir á las juntas de Sevilla y Córdoba, que se habian sometido; envió para ello alguna fuerza á las órdenes de los coroneles Osorio y Lancha; pero se resistieron los liberales sevillanos y prendieron á Osorio, enviándole á Badajoz. Lancha, al saber estos acontecimientos, no se atrevió á cumplir su encargo en Córdoba, y esperó órdenes de Sevilla ó de Madrid. Al mismo tiempo se sublevaron en Andújar contra la junta misma las fuerzas que ella habia creado, y se marcharon á Villa del Rio, donde se sometieron á la reina.

La junta veia ya desmoronado su poder: pero la alentaron los nuevos sucesos de Cádiz, donde se reinstaló la junta, si bien á los pocos dias se sometió completamente al gobierno.

Las de Málaga, Granada, Almería y Jaen, conservaban su actitud decididamente hostil de acuerdo con la central de Andújar; pero tales escándalos suscitaron, que estuvieron á punto de apelar á las armas unas provincias contra otras, y la consecuencia de aquellos desórdenes fué su desprestigio.

El conde de las Navas marchaba, sin embargo, firme en su propósito de hacer triunfar sus principios en Madrid; y cuando vió la defeccion de los soldados de Latre, enviado á hacerle frente, se consideró ya fuerte, y en vano envió el gobierno á que le redujeran á su pariente y colega don Rodrigo Aranda, á sus intimos amigos el diplomático Aguilar y el procurador Chacon, á los periodistas Espronceda y Bernabeu, y hasta al comandante general de la provincia, don Narciso Lopez. Aun á Quiroga detuvo en Mañanares sin permitirle que continuase su viaje á Granada, cuya capitania general acababa de conferirsele.

Pero pocos dias despues todo terminó, y las buenas intenciones del gobierno fueron reconocidas por los liberales.

«Nadie mejor que las diputaciones, decia el real decreto de su creacion, podrá encargarse del armamento y defensa de sus territorios respectivos contra las empresas de las facciones. Donde haya algunas chispas de este funesto incendio, las apagará inmediatamente la energía de las diputaciones: donde no las haya, impedirá que caigan y que prendan. ¿De cuántos cuidados se veria libre el valiente ejército de S. M., cuya atencion, dirigida esclusivamente contra las fuerzas principales del enemigo en las Provincias Vascongadas, lograria triunfos mas rápidos y decisivos? Claro es que esta atribucion de las diputaciones, meramente accidental é hija de las circunstancias, será solo interina, y no debe durar mas tiempo que el que tarde en concluirse la guerra civil.»

Infundian confianza estos sentimientos del gobierno; pero los mas cautos recelaban que para liberalizar la marcha politica, encontrase obstáculos en altas regiones, que no serian temibles si el pueblo continuaba en una imponente espectacion. Este temor hizo se resistiesen las juntas á disolverse; y el gobierno, antes de dejar tomar cuerpo á esta oposicion, las autorizó prudente, con el nombre de comisiones de armamento y defensa, hasta la constitucion de las diputaciones.

Contentos los liberales con esta determinacion, la aplaudieron y ofrecieron todo su apoyo á un ministerio que de tal modo simpatizaba con sus ideas.

Desde entonces puede decirse que el orden quedaba restablecido, pues aunque subsistia el poder revolucionario, se aquietó, y tuvo bastante que hacer con cuidar de la guerra, que absorbía en casi todas las provincias la atencion general.

Mendizabal, ademas, publicando cada dia grandes y utilisimas disposiciones, llamaba hácia si la atencion publica, que tuvo ya en qué ocuparse con la convocatoria de las Cortes, acontecimiento que no carecia de gravedad, y en el que estaba fija la espectacion general, porque en él se cifraban muchas esperanzas.

#### CONVOCATORIA DE CORTES.

#### V.

Las Cortes, fórmula de la representacion nacional, garantía de legalidad, de mora-

lidad y de orden; las Cortés, tan de antiguo aclimatadas en nuestro suelo, y á cuyo influjo y ciencia han apelado en todos tiempos el rey y el ciudadano, el magnate y el pechero, y que unas veces en forma de concilios, y otras en congresos de diferente eleccion, siempre han sido el juez, el árbitro compondor de toda clase de contiendas, y sus juicios, cuando libres, han sido acertados y beneficiosos; las Cortés, en fin, base de las instituciones liberales y apoyo firme del trono, eran consideradas en 1833 como el único médico de salvacion del país.

Pero no todos estaban acordes en la forma. Unos querian que fuesen de nueva eleccion; otros que se compusiesen de los diputados de la última legislatura en la precedente época constitucional; que fueran constituyentes y producto de una nueva ley electoral; y por fin, que se reunieran los mismos estamentos autorizados para satisfacer las necesidades públicas.

Aunque tan diversos los pareceres, estaban conformes en una idea, la de que se oyese pronto la voz de los representantes del pueblo, que deseaba tener en la administracion del Estado la intervencion que le corresponde.

Prevaleció la tercer opinion, revistiéndola de la conveniente legalidad y el 28 firmó la Gobernadora el decreto de convocatoria, y en él decia, «que para enlazar mas íntimamente el trono de su hija con las libertades de la nacion, habia resuelto consultarla en su órgano mas cierto y legitimo, las Cortés del reino, convocadas segun un sistema electoral que representase los intereses nacionales con mas amplitud que el que regia. Estas Cortés, añadia, revisarán el Estatuto Real para asegurar de una manera estable el entero cumplimiento de las antiguas leyes fundamentales de la monarquía; desenvolverán los principios de gobierno contenidos en la esposicion de 14 de setiembre, y constituirán definitivamente la gran sociedad española.» Mandóse, pues, por el mismo decreto, que los próceres y procuradores se reuniesen para el 16 de noviembre, á fin, no solo de establecer el nuevo sistema electoral, sino para deliberar sobre otros puntos de la mayor urgencia, señaladamente los relativos á la consolidacion del crédito público.»

TORENO Y MENDIZABAL.

## VI.

Estas medidas, que ensalzaban mas y mas al gabinete Mendizabal, ponian aun mas en evidencia la imprudente conducta del anterior, presidido por Toreno y continuacion del de Martinez de la Rosa, que pudiendo haber legado tantos bienes, causó, sin intencion, tantos males.

El conde, como ha dicho muy bien un malogrado escritor, trató en su desamparada situacion de prepararse una caida honrosa; pero aun en el caso de haber elegido el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la direccion del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martinez, aun sostenido por una intervencion, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no era, en efecto, hombre de revolucion: sobrábale escepticismo y faltábale ambicion; no la ambicion que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambicion, tan necesaria en el hombre de Estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales: la ambicion de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; la de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo, deja al trono y al pueblo en lucha abierta; la de Napoleon, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera: ambicion que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energia y la perseverancia: ambicion, foco inmenso de vida, de que ni una sola chispa animaba al conde de Toreno. Privado de toda conviccion fuerte, única fuente de las virtudes civiles, ni se adheria á principios fijos, ni tenia creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo eran mas imperiosas en él que los intereses políticos, y poco le importaba el mando, con tal que de sus ruinas pudiera salvar las comodidades de la vida, y el refinamiento sibarítico que presidia á sus inclinaciones. Si bien superior á Martinez de la Rosa en capacidad, no era por eso mejor ministro de revolucion. Su indiferencia le hizo poco mirado en la eleccion de los funcionarios públicos, y no diremos nosotros que como rentista; pero sí como administrador y como gobernante fué su reinado incompleto.

Así se le juzgaba por los hechos, y así



puede juzgarle la historia, que siempre le colocará en el número de los primeros oradores parlamentarios. Su elocuencia, es cierto, no se parecía ni á la de Martínez de la Rosa, ni á la de Galiano; mas dialéctica que elocuente, en la acepción rigurosa de la palabra, discutía mas que persuadía, y conveniencia, si no arrastraba: no sorprendía; pero probaba, y era elegante y conciso, ingenioso y afilante. Se poseía, y nunca decía sino lo que quería decir; una vez provocado, volvía-se acre y mordaz; exasperado, su lengua era un puñal. Nadie conocía mejor que él hasta donde podía contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesión de las anteriores Cortes, supo casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento, capaces de desarmar á sus mayores enemigos.

Tal era el hombre á quien reemplazaba Mendizabal. No poseía éste el gran talento, la inmensa capacidad del conde; pero no carecía de estas dotes envidiables, y tenía en su ventaja una inventiva que suplía satisfactoriamente el *summum* de aquellas cualidades. Como el dios de la fábula, sacaba soldados de la tierra, y hacia aparecer rica una nación exhausta.

Al revés de Toreno, tenía esa noble ambición que le hizo sacrificar su fortuna por el triunfo de sus ideas. Si el uno apetecía los gozes de la vida, el otro quería la satisfacción de sus convicciones, aun á trueque de una vida frugal. En el conde todo era cabeza; en Mendizabal corazón: aquel apenas tenía creencias; éste se alimentaba de ilusiones. El primero, con su grande capacidad, no pudo conseguir auxilios de hombres ni dinero; el segundo lo consiguió todo, á pesar de lo muy distinta que fué la situación respectiva de ambos, desfavorable hasta lo sumo para Mendizabal.

ESCESOS EN ALGUNOS PUNTOS, Á PESAR DEL GOBIERNO.

## VII.

De aquella insurrección de todas las provincias, de aquella sublevación de todos los ánimos, es cierto que no surgió un gran hombre que hubiera completado la revolución; pero si no existía, ó no se puso en evidencia, libertóse la revolución de la posibilidad de que se la matase en un hombre.

Las medidas revolucionarias que se adoptaron, lo fueron sin subvertir las instituciones del país, y tuvieron de este modo ese sello de legalidad que ha venido luego á ser respetado por la reacción, no muy escrupulosa en este punto.

Pero no se debe culpar al gobierno de todos aquellos actos que las juntas ejecutaron, de los excesos que cometieron, porque al obrar así aquellas corporaciones desobedecían al poder legal, y se ponían en pugna con él.

Sería una palpable injusticia hacer al ministerio responsable de aquella efervescencia que subitamente produjo en algunas poblaciones la noticia de los desmanes de los carlistas, de las represalias que le siguieron, venganza quimérica y ciega, que ni el dolor del propio mal, ni el deseo en sus autores de poner con ella término á los horrores de sus adversarios, podían disculpar. Por desgracia hemos visto sancionado siempre este pretendido derecho en todas las guerras civiles, sin reparar que solo sirve para encarnizarlas mas y hacerlas doblemente inhumanas, aun prescindiendo del sacrificio de inocentes víctimas.

Ni pudo evitar el gobierno que en Rivadeo, Talavera, Almagro, San Roque, Algeciras, Castellón y otros puntos se erigieran las autoridades de *motu proprio* en poder dictatorial, y removiesen empleados unas, suprimiesen otras conventos, desterrasen algunos á una muger inofensiva, que defendía en juicio su derecho, y se atropellase á la justicia. Las circunstancias eran demasiado críticas de parte del gobierno y bien escaso su poder para que pudiese reprimir con mano fuerte como en tiempos sosegados, turbulencias que los sucesos provocaban, y á que tanto se prestaba la exaltación de los ánimos á vista del peligro común. Deseoso el ministerio de calmar la irritación que habían producido anteriores yerros, y de restablecer y afirmar en todas partes el orden, recomendaba incesantemente la unión, y proclamaba el olvido de todo lo pasado. Hizo notar además que en estos desórdenes se lastimaban mas los mismos que los promovían; y así lo vió Cataluña cuando pudo observar: ya tranquila, que la insurrección que promovió y alentó, casi arruinó su industria y dejó sin ocupación millares de operarios; introduciéndose por los puertos del Mediodía géneros ingleses por valor de 500,000 libras esterlinas, y no escasa porción por la costa Cantábrica,

Consiguíose, es verdad, el derribar á Toreno; pero lo mismo pudo haberse conseguido sin tantos males y sin derramar sangre inocente.

## SUPRESION DEL CLERO REGULAR.

## VIII.

Una de las cuestiones entonces palpitantes que el nuevo ministerio se encargó de resolver, sin duda porque ya lo estaba de hecho por las juntas, fué la de la esclaustracion del clero regular.

El haber servido al principio de la guerra algunos conventos para la fabricacion de municiones y de asilo á los carlistas; el haber promovido tan directa y eficazmente como el de Capuchinos de Bilbao y otros, la lucha civil, y los auxilios que muchos prestaban á los rebeldes, previnieron en contra de todos al partido liberal, á que eran evidentemente desafectos. Veía el país que multitud de frailes habian, mas que en otro tiempo, abandonado aquellos asilos de paz por el campamento, y trocado el sayal del religioso por el uniforme, la cruz por el fusil, y esparciendo por do quier en nombre de un Dios de paz y de amor, á quien ofendian, la desolacion y espanto.

Consideróseles justamente por esto como enemigos, y enemigos terribles, porque eran ricos, y por consiguiente poderosos. Sin estos motivos, la oposicion que mostraban las comunidades á un órden de cosas que limitaba su poderio, tan pernicioso en la relacion de los institutos monásticos, como ageno á su índole, y su ojeriza á las innovaciones, les hicieron incompatibles con la época, de que eran á la verdad un anacronismo. Ya no ilustraban los claustros los Sandoval y Sigüenza, los Leones y Granadas, los Feijóo y Marianas: no eran ya los monasterios el refugio y depósito de las letras; no era la vocacion la que les poblaba, no les santificaba la virtud. Impotentes ya para el bien que en los primitivos tiempos habian producido, de suyo desacreditados, ellos mismos pronunciaron su sentencia. No podian subsistir, y no subsistieron.

Y no desconocia la nacion los servicios que las comunidades religiosas habian prestado á las ciencias. Sabido era generalmente que los monasterios fueron en lo antiguo las copiosas fuentes de la historia y los venerandos asilos de los conocimientos humanos. Cuando las invasiones esterminadoras

de los bárbaros, ahuyentaron la civilizacion del Oriente, el saber, cual una virgen que solo vive con la paz, se albergó en los pacíficos claustros, donde se recogieron y guardaron los preciosos manuscritos salvados de la devastacion que acompañaba á la conquista. Allí fueron respetados los tesoros de la ciencia, porque pobres entonces los monasterios, no escitaban la codicia de los invasores; allí se conservaron aquellos preciosos documentos que habian de regenerar la sociedad y difundir la ilustracion en el mundo.

Encerrada estaba la instruccion en aquellas moradas silenciosas, porque no podia estar en otra parte, siendo la sociedad guerrera. No viven las letras en los campamentos, ni se mecen al estruendo de las armas; y no hay tiempo para manejar la pluma cuando se tiene ceñida la espada. No hubiera compuesto Garcilaso sus poesías si hubiera estado de continuo en Africa, ni Cervantes habria dado á luz su inmortal *Quijote* á no haber contado con la quietud de una cárcel.

Somos deudores á los monasterios de la historia de la edad Antigua y de la Media, porque en ellos se guardaron los manuscritos de la primera, y se escribieron los de la segunda; y no hay persona medianamente docta que ignore la grande, la inmensa utilidad de estos trabajos. Sin ellos hubiera dormido mucho tiempo la ciencia.

No niegan los mayores enemigos de los frailes que fueron los conventos el origen de la civilizacion moderna; que solo en ellos no se estinguió la ilustracion en los siglos bárbaros; y si se nos objeta que muchas obras preciosas del siglo de Oro de la literatura latina fueron borradas para escribir los frailes sobre sus pergaminos antifonarios y libros de coro, tambien fueron borradas, diremos, las de San Agustín para escribir los versos de los poetas Venusino y Mantuano.

El que ha querido saber nuestra historia ha tenido que acudir á obras de los religiosos, únicos que podian escribirla. Desde San Isidoro, ¿qué tesoros literarios no encontramos en los conventos?

Y no era esto solo en España. Inglaterra y Alemania, Francia é Italia, deben tambien á los monges la conservacion de su literatura. No se necesita ser muy versado en la historia de estos países para recordar gloriosos nombres de escritores que siempre vistieron la cogulla.

Ademas de templo de las letras, éranlo tambien los conventos de las bellas artes. La arquitectura, la escultura y pintura contribuian de consuno á embellecer aquellos edificios donde se rendia culto á Dios y al saber, donde al par que se veneraban las reliquias de los santos, se guardaban los manuscritos de los sabios, donde se dirigian preces á la Providencia y se promovia a civilizacion. Todavía nos asombran las maravillas que encierran algunos monasterios, donde hemos tenido que estudiar los adelantos de la civilizacion, á cuya cabeza estaban los frailes y difundian con celo.

Dobiéronse á ellos muchas invenciones, é introdujeron en muchos puntos la imprenta, esa *luz del cielo*, como la llamaba el papa Leon X, que la acogió entusiasta en sus estados y de que hizo uso seis años antes que París. Los benedictinos la llevaron á Inglaterra é Italia, y por el mismo tiempo se imprimia ya en los principales monasterios de España, como lo prueban las ediciones que aun se conservan.

Pero, ¿qué mas gloria para los monasterios que esa genealogia de eminentes varones en las letras y en las artes, en las ciencias, en la politica y hasta en la milicia? Enorgullézcanse las primeras con fray Luis de Granada y de Leon, con Estella y el padre Yepes, con Sandoval y Marquez, con Arias Montano y Agustin, con Cano y Buriel, con Risco y Feijóo, con Villanueva y Bartolomé de las Casas, con Florez, Mariana, el eminente hablita Sigüenza, y con tantos otros de inacabable catálogo. El padre Villacastin comparte en el Escorial con Juan de Herrera la gloria de aquel insigne monumento, y sin acudir á otros puntos, testigo es todavía ese templo, orgullo del cristianismo, del genio de sus moradores. ¿Y no hemos visto en nuestros dias á un lego de la compañía de Jesus reconstruir el famoso puente de Almaraz, ante cuya dificultad retrocedió la ciencia de propios y extraños? Acosta nos describe la historia natural del nuevo mundo; Ponce enseña á hablar, muchísimo antes que L' Epeé, á los sordomudos, y Carranza está allí, á quien no libró su saber de sus vicisitudes, quizá ocasionadas por su fanatismo. El cardenal Mendoza, el padre Talavera y Deza resplandecen en politica; y al frente de un ejército vemos á Jimenez de Cisneros conquistando á Granada y Oran, como habiamos visto al arzobispo don Rodrigo combatiendo en las Navas de

Tolosa, y á otros prelados dirigiendo otras batallas.

Colon y su conquista son inseparables de fray Perez de Marchena; Hernan Cortés, de Bartolomé de Olmedo; Cervantes, de fray Gil, que le rescata del moro; los niños espósitos deben á San Vicente de Paul su asistencia; el monge Aretino, dota á la música de una nota, la sétima, ¿qué falta, pues, á su gloria?

Pero aun tiene la historia de los frailes otra página gloriosa, su democracia.

En efecto; no ha existido institucion tan democrática como la de los frailes. No se preguntaba por su clase al que llamaba á sus puertas: los mas pobres y humildes formaban las comunidades; en ellas no se conocian distinciones: el poderoso como el débil, lo mismo el magnate y el de estirpe régia, que el mas desvalido, todos eran considerados igualmente. Los conventos eran el baluarte que en aquella edad de gobierno feudal se levantaban contra el poder de los señores: el elemento democrático contra el aristocrático. Y el pechero, que apenas hallaba proteccion en las leyes, la hallaba, y amparo, en el monasterio, que socorria tambien su pobreza. Rodeados estos edificios de sencillas moradas, ostentábanse esbeltos y parecian estar velando por el pueblo, á que pertenecian, y por el cual se interesaban, predicando la fraternidad evangélica, recomendando la caridad con el ejemplo, y cuidando á la vez que de las almas, de la felicidad terrestre de los fieles.

En los institutos religiosos profesábase inalterable el principio democrático; digalo la eleccion de sus prelados y superiores, la de todas las cargos de su república, la regla de todas las órdenes monásticas, y á buen seguro que se halle la mas mínima cortapisa á la voluntad legitima de la mayoría.

Su mision en la sociedad parecia no ser otra que proteger al pueblo y á los pobres; y ellas fueron la cuna del espíritu de asociacion, que ejercitaron en provecho de los menesterosos.

Asóciense los templarios para librar á los peregrinos de los bandidos que infestaban el camino de Jerusalem; funda San Juan de Dios los hospitales para cuidar de los enfermos; San José de Calasanz educa la niñez; rescatan otros religiosos los cautivos, y fórmanse por todas partes sociedades á impulso del espíritu evangélico, sin otro objeto que la caridad cristiana.

Nada mas natural, por tanto, que fuesen

tan respetadas y amadas las comunidades, que habian fertilizado campos estériles, que daban alimento al cuerpo y al alma, medicina al enfermo, instruccion á la juventud, favor al desgraciado, y á todos proteccion y amparo. Eternas habrian sido prosiguiendo esta senda; pero desviadas de ella por efecto necesario de los tiempos á que habian contribuido, no quedaba, justo y sensible es decirlo, sino el recuerdo de sus pasadas glorias, la historia de los grandes servicios que habian prestado á la humanidad.

El saber no necesitaba ya del recogimiento de los claústros. Los mismos que habian encendido la antorcha de la civilizacion, trataban con empeño de apagarla con auxilio del llamado Santo Oficio, sustituyéndola con la de las hogueras, porque no era el amor al prójimo quien hacia abrazar, por lo general, el claústro, sino la perspectiva de una vida tranquila y cómoda, la que hacia llamar á sus puertas á los que ni se sentian llamados al trabajo, ni con disposicion de sobresalir en el mundo, librándose asi de la miseria y de las armas.

Ya se habian ensañado con sus mismos compañeros, no perdonando ni aun al eminente Mariana, que, como fray Luis de Leon y otros ilustrados religiosos, se ve perséguido por combatir abusos en observancia de su instituto.

Habian tambien degenerado de sus principios democráticos, porque á fin de que les conservasen sus privilegios, se ponian al lado de los reyes que mas tiranizaban á los pueblos, y les querian para dominarles, tan esclavos como ignorantes.

Ni ya se cuidaban de llenar el objeto de su creacion las órdenes consagradas especialmente á la caridad, aunque no habian dejado de existir los bandidos en la Palestina, ni los cautivos en Africa.

Así fué que el pueblo habia ido retirándose su respeto y su amor; y cuando les vió franca y descubiertamente atizando el fuego de una guerra fratricida, aumentando implacablemente los infortunios de su patria y en rebelion abierta con el poder temporal, disolviolas, atento á su conservacion, consiguiendo su propósito.

El gobierno, que por deber y por conviccion habria hecho lo propio, gozóse de que se le hubiese aborrido una medida tan grave y fuerte con la sancion anticipada de la supresion de las comunidades religiosas, legalizó la obra de la revolucion en esta parte.

## PROVIDENCIAS RELATIVAS AL CLERO.

## IX.

Ya el ministerio Toreno habia comenzado la esclaustracion del clero regular, decretando la supresion de los conventos que no contasen doce religiosos, en cuya determinacion obró con arreglo á las constituciones pontificias, que prescribian ese número para formar comunidad y cumplir sus individuos con la observancia de la disciplina religiosa.

La importancia de esta reforma parcial se comprende con solo decir que llegaban á nuevecientas las casas religiosas que en su virtud se cerraban.

Las juntas dieron luego celoso cumplimiento á esta disposicion, ensanchando sus límites, pues que tambien suprimieron otras casas cuya existencia no tenia impedimento legal. Así que, cuando subió Mendizabal al poder, se halló con que ya era un hecho la esclaustracion en general del clero regular, y considerando que el completar esta medida era una necesidad política, la sancionó revolucionariamente, pues que sin la intervencion y cooperacion de la potestad eclesiástica con arreglo á los cánones de la Iglesia, apoyándose en la voluntad y conveniencia nacional, dió mayor amplitud al decreto de Toreno; y en el del 11 de octubre se declararon estinguidas las comunidades religiosas, y se mandó que de los conventos que, segun el decreto, debian subsistir, no pudiese haber mas que uno de una misma orden en cada pueblo.

Decia la reina Gobernadora en aquel decreto, «que, aunque por su anterior de 25 de julio aplicó el remedio que le pareció exigian entonces mas de pronto los graves males que causaba á la religion y al Estado la subsistencia de tantos monasterios y conventos, faltos del número canónico de individuos y que se necesitaba para la observancia de la disciplina religiosa, todavia las representaciones que se le habian dirigido de varias partes de la monarquía le hacian estimar indispensable y muy urgente una reforma mas estensa, considerando cuán desproporcionado era á los medios actuales de la nacion el número de casas monásticas que quedaba, cuán inútiles é innecesarias eran la mayor parte de ellas para la asistencia espiritual de los fieles, cuán grande el perjuicio que al reino se le

seguía de la amortización de las fincas que poseían, y cuánta la conveniencia pública de poner estas en circulación para aumentar los recursos del Estado y abrir nuevas fuentes de riqueza.»

Dispúsose además que los monasterios y conventos que, aunque no fueran de los que debían quedar suprimidos, se hallaren cerrados á la sazón por cualquier causa, permanecieran en el mismo estado, hasta que con la debida concurrencia de las Cortes se acordase lo que mas conviniera; reservándose S. M. suprimir todos los conventos si lo solicitaban, ora el prelado local y las dos terceras partes de los religiosos de coro, ora el ayuntamiento del pueblo respectivo con apoyo de la diputación de la provincia.

Fácil era colegir que lo que se deseaba y procuraba era la supresión de todas las comunidades de religiosos, llegándole en breve su vez á las de monjas.

Los esclaustrados quedaron en una situación precaria, pues la penuria del erario no permitió que se les pagasen con puntualidad los cinco reales que se les asignaron durante su vida; y á esto se debió que no pocos empuñasen las armas y fuesen á aumentar las filas de la rebelión. Muchos jóvenes mal avenidos con la regla, celebraron su libertad, y los jesuitas, honor, sin duda, por su ilustración y otras prendas, de la religión del Crucificado, emigraron en su mayor parte.

No pararon aquí las providencias respecto del clero: el poder, viéndole hostil, creyó deberle reducir á la nulidad, y todas las providencias se encaminaron á este objeto. Prevínose á los obispos se abstuviesen de dar dimisorias y conferir órdenes mayores bajo ningún título, ni por ningún motivo ni pretexto: abolióse el privilegio que disfrutaban los eclesiásticos de ser juzgados por su propia jurisdicción en las causas que se les formasen por delitos graves: dictáronse reglas oportunísimas y acertadas para mejorar los estudios eclesiásticos y desterrar de los seminarios el espíritu de secta y de partido; y fueron estrañados del reino y ocupadas las temporalidades de varios obispos, que se habían negado irrespetuosamente á facilitar las noticias que para el arreglo del clero se les pidieran; y hasta intervino el poder civil en el órden interior de los templos, introduciendo el uso de las sillas.

Dejaron de existir las comunidades religiosas que no se consagraban á la ense-

ñanza de los niños pobres y á la asistencia del desvalido enfermo, porque se habían suicidado. Si la revolución no respetó los claústros, fué porque los claústros no se hicieron respetar, porque vió en ellos el foco de la lucha que desgarraba el país. Enemigas de la reina y de las libertades públicas, si las disolvió el gobierno, fué en uso del legítimo y sagrado derecho de defensa, fué correspondiendo á su oposición. Un deber no menos elevado reclamaba la estirpación de tantos abusos como el fanatismo y la prepotencia clerical habían cometido en anteriores siglos, acumulando riquezas que distraían de la producción á setenta mil hombres, y fomentaban una mendicidad perjudicial.

Esta parte del clero, es verdad, fué mirada con prevención y perseguidos muchos de sus individuos, pero ligada mas estrechamente á la obediencia al poder temporal, faltó mas. Desconociendo su misión, provocó y se atrajo las iras de la revolución.

#### DISTINCIONES Á LA FUERZA ARMADA.

##### X.

Era antitesis del clero el pueblo armado, la milicia urbana, cuyo nombre se cambió por el de guardia nacional, que recordaba otras épocas que se querían francamente resucitar, evocando al efecto su entusiasmo, sino sus glorias.

Nada se omitió por Mendizabal para li-songear esta fuerza popular, tan considerable por su número y prestigio. El gobierno salido, puede decirse, de la revolución, no podía marchar sin el auxilio de la milicia ciudadana, y procuró captarse su confianza.

Esta institución era, además de utilísima, indispensable entonces; porque no solo permitía salir á campaña á todo el ejército, sino que prestaba grandes servicios en la persecución de pequeñas facciones; y guardando los pueblos, no solo los libraba de las escursiones é invasiones, sino que las entretenía y perjudicaba. Podía también en aquella época de entusiasmo movilizarse una buena parte, viniendo á formar una especie de reserva, de que tanto había menester el ejército; y como por vía de ensayo, se puso en tal pie la parte de la provincia de Madrid, organizándola militarmente á las órdenes del brigadier don Narciso Lopez, y bajo la inspección del mariscal de campo, don Antonio Seoane.

El ejército fué tambien objeto preferente de la atención del gobierno, y al mismo tiempo que Mendizabal decretaba la quinta de cien mil hombres, se crearon tres batallones de cazadores con el título de la Reina Gobernadora, porque su armamento, vestuario, equipo, prest y pagas de los gefes y oficiales, todo sería abonado durante la guerra de la asignacion señalada á esta augusta señora, que además ofrecía pagar de su bolsillo privado un sobresueldo vitalicio de 180 reales á los soldados que se inutilizasen en campaña, y á las viudas, hijos, padres ó hermanas huérfanas de los que muriesen en el campo de batalla. Créose tambien el establecimiento de inválidos; se declaró que el tiempo de campaña transcurrido y que transcurriese hasta la conclusion de la guerra se contaría doble á los que la hicieran activamente dos años cuando menos, y se previno á los capitanes generales é inspectores no propusieran para destinos pasivos mas que á los militares que hubiesen sufrido arbitrariedades por sus opiniones liberales, y á los que se hubiesen inutilizado para el servicio.

Este proceder era lógico: en guerra, lo mas necesario era el ejército; no es, pues, de estrañar se le favoreciese y se procurase por todos los medios posibles escitar su entusiasmo.

A este fin se hacia que la reina Gobernadora revistase las tropas y milicia en Madrid, dirigiéndoles una enérgica proclama en que enaltecia las virtudes, la lealtad y sufrimientos del ejército español y de la milicia, que apellidaba benemérita. Así Mendizabal, celoso del prestigio del trono, rehabilitó el de la viuda ilustrada de Fernando, tan menguado poco hacia por la ceguedad y obstinacion de menos liberales consejeros.

Todo esto, sin embargo, no era mas que el preludio, los incidentes del gran pensamiento de Mendizabal.

#### QUINTA DE CIENTO MIL HOMBRES.

### XI.

Siempre han pagado los pueblos los desaciertos de los gobernantes, y en todas las situaciones desesperadas ha sido preciso apelar á las masas dóciles, que han dado su fortuna y su vida por salvar el honor de la nacion, de una causa.

La causa liberal necesitaba con urgencia soldados y dinero, y asaltó á la mente fe-

cunda de Mendizabal un pensamiento grande y sencillo, tan propio de una inteligencia elevada como de un hombre de administracion y de política.

No habia ocultado su pensamiento, y hasta le insinuó francamente en los artículos doctrinales de la *Gaceta*. Aun así leyóse con asombro este preámbulo al decreto llamando á las armas á todos los españoles de diez y ocho á cuarenta años para aprontar desde luego cien mil hombres.

«Señora: V. M., que tan generosa y noblemente se ha constituido madre de los españoles, trazando á su augusta hija, nuestra inocente reina, el camino de gloria por donde ha de conducir un día á esta nacion magnánima al término de ventura que tanto merece, no podrá estrañar que al tener yo la honra de proponerle hoy una medida grande y poderosa para dar fin á la contienda civil que nos devora, escuse demostraciones que tendrían lugar si fuese preciso convencer su real ánimo de la importancia y urgencia de adoptarla.

»Verdades palpables son, señora, conformes á la esperiencia de todos los siglos, y robustecidas hoy en España por el eco fuerte y sostenido de la opinion pública, que la union de los amantes del trono y de la libertad es la primera necesidad de nuestra patria, y que una vez obtenida, como dichosamente se ha verificado, en honor de la sensatez proverbial de los españoles y mengua de las malas artes de sus enemigos, la conclusion de la guerra, á que sirve de teatro el Norte de la Península, debe ser el objeto comun de los conatos de todos; pudiendo lisongearnos entonces de que los negocios interiores tomarán la direccion que reclaman el bien del pais y el espíritu del siglo, y que no pueden menos de proporcionar los esfuerzos reunidos de la corona y de los representantes de la nacion.

»Para terminar la guerra no han faltado ciertamente, ni faltan, señora, el valor y la constancia en el heroico ejército que por tanto tiempo la sostiene, y que despreciando obstáculos respetados por los soldados mas aguerridos de nuestra época, ha sellado con su sangre en mil encuentros gloriosos su prometida fidelidad: solo son necesarios medios proporcionados para superar las ventajas, harto notorias, que la topografía, las tradiciones y la indole toda del pais han dado desde los tiempos mas remotos á los habitantes de Navarra y las Provincias Vascongadas.

»El empleo simultáneo y pronto, rápido, de estos medios, no solo servirá para evitar males comunes á los hijos de una misma patria, y lágrimas amargas á la humanidad, sino que disminuirá realmente los sacrificios pecuniarios que la prolongacion de la guerra ocasionara, llenando así las condiciones de la verdadera economía. Ni este esfuerzo extraordinario debe arredrar á los que con razon temen por la prosperidad del país. Antes de que la Europa hubiese aumentado sus ejércitos hasta el punto de contar, cual hoy sucede, más de tres millones de soldados, y cuando no se habia conocido todavía la fuerza mágica del crédito, era ya máxima admitida que un Estado podia, sin grave daño, armar por poco tiempo veinte mil hombres por cada millon de almas.

»La manifestacion abiertamente hecha por los habitantes de las distintas provincias del reino, de hallarse prontos á empeñar sus vidas y haciendas por asegurar, con el estremo de los facciosos, la corona de España en las sienas de vuestra escelsa hija, y las libertades públicas á la nacion que tantos sacrificios ha hecho en épocas distintas por recobrarlas, es uno de los mas firmes apoyos de mi propuesta, confiado, como lo estoy, en que este pueblo heroico que en 1808 admiró al mundo con tan altos hechos de valor y virtud, repetirá hoy aquel glorioso alarde de civismo y lealtad; y asegurando en su seno la paz doméstica, á cuya sombra han de florecer las instituciones que deben producir su ventura, contribuirá eficazmente al mantenimiento de la general de Europa. Tiempo es ya de que se apague en la Peninsula la tea de la discordia, y desaparezca el pretexto de que se valen en su daño los enemigos de su gloria y su fortuna. Cien mil hombres aumentados á los que hoy pelean por conseguirlo, organizados y empleados con la celeridad, vigor y tino que dan el convencimiento, la esperiencia, el entusiasmo y el impulso de un gobierno consagrado esclusivamente al bien del país, á cuyo frente se halla V. M., estrecharán sucesivamente el espacio que los enemigos mancilan ahora con su presencia, inutilizando con indudables victorias sus esfuerzos, hasta ocupar el suelo todo de la insurreccion, y acabar con ella para siempre.

»A fin de alcanzar tan importantes resultados, tengo el honor de proponer á V. M. el adjunto real decreto que encierra el llamamiento á las armas de todos los españoles desde la edad de diez y ocho á cuarenta

años, y el apronto desde luego de cien mil de ellos, cuya organizacion y habilitacion en todos conceptos propongo tambien á V. M. separadamente.

»Medida tan grande y trascendental es al mismo tiempo tan conforme á la elevacion de sentimientos de esta nacion generosa, que al tomarla V. M., impelida por la gravedad de las circunstancias, no es posible dudar de la sincera aprobacion de las Córtes, cuyas tareas han menester la seguridad y reposo que les preporcionará este grande refuerzo; por el cual acabando con los enemigos del trono y de la libertad, se afianzarán los destinos de la patria, y se abrirá á las generaciones venideras la carrera de prosperidad que á tanta costa les prepara la presente. Madrid 24 de octubre de 1835.—Señora:—A L. R. P. de V. M.—Juan Alvarez Mendizabal.»

Para equipar el nuevo ejército, ponerle en pie de guerra y cubrir sus atenciones, necesitaba Mendizabal mucho dinero, y se le procuró fijando en 4,000 rs. el rescate del servicio, ó en 1,000 y un caballo apto para el servicio, y este medio dió un resultado de 25.000,000 de rs. y setecientos caballos.

Esta quinta no produjo, de consiguiente, los cien mil hombres señalados, porque ademas faltó el cupo de las provincias exentas, y el de otras aumentó en parte las filas carlistas. A ellas fueron muchos mozos de la Rioja, Aragon, Castellon de la Plana, Cuenca, Toledo, Ciudad-Real y otros puntos. Lopez y varios gefes de partidas carlistas en Galicia, las engrosaron con los quintos de Santiago: de Pontevedra, de Zamora y Salamanca pasaron algunos á Portugal, á pesar de que algunas autoridades impusieron á los pueblos el pagar 4,000 rs. por cada quinto que se ausentase, cuando ellos ó sus padres no pudieran pagarlos.

Por todas estas causas, apenas llegó á cincuenta mil hombres el efectivo de la quinta extraordinaria.

No eran pocos, sin embargo, los soldados que improvisó Mendizabal, y si no por el pronto, iban á ser mas adelante un grande alivio para el ejército, no obstante el desden con que los recibió Córdoba porque no se le enviaron ya formados, por lo cual se quejó amargamente, como veremos.

El gobierno no podia hacer mas: habia hecho demasiado, pues aun para crear esta fuerza respetable, tuvo que vencer grandes obstáculos, por la oposicion que siempre

muestra el pueblo á la mas odiosa de las contribuciones. Para apreciar debidamente este gran servicio, es necesario comprender la situacion del pais y la del gobierno, sin otro poder ni otra fuerza moral que la que el mismo pueblo le daba.

## REFUERZO DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

## XII.

La primera atencion del gobierno fué reforzar, atendiendo á reclamaciones incessantes, el ejército de operaciones; y como apremiasen las circunstancias, fué haciendo marchar los quintos que se iban reuniendo en los depósitos.

Son notables las lineas que acerca de este refuerzo consagra Córdoba, culpando á otros por defenderse á si propio.

«Los quintos, dice, que nos fueron enviados, llegaron muy tarde á mil puntos distintos y bastante lejanos entre sí; no tenian instruccion ninguna, ni los acompañaba nadie que pudiese dársela; venian sin armas y sin vestuario, y no fueron por consiguiente un refuerzo, no; sino la mas pesada carga que haya tenido el ejército en el tiempo que le mandé, y el mayor embarazo para mí. En todo no pasaron de diez y siete mil hombres, que fueron repartidos en todos los cuerpos y en todos los ángulos del vasto territorio que cubria el ejército. Hubo que ocuparse en vestirlos y armarlos, y lo que es peor, en instruirlos; de manera que por primera vez iban á confundirse un ejército de operaciones con un campo de instruccion, cuando todos saben que son cosas incompatibles. Lo primero no fué fácil ni prontamente conseguido, porque no existian en los almacenes del ejército los recursos que para ello se necesitaban. El armamento que envió el gobierno llegó á plazos, malo ó bueno, y de distinto calibre, lo que produjo grandes estorbos y suma confusion. El cartucho no cabia en su canana; el fusil era de distinto calibre que el cartucho. En cuanto á la instruccion, tambien fué lenta, tambien fué difícil, y me obligó á organizar cuadros de oficiales, sargentos, cabos y soldados de los cuerpos del ejército para el campo de instruccion que se formó al Sur del Ebro, cuya saca dejó á aquellas clases muy reducidas en los batallones beligerantes, hasta el punto de no quedar ya en ellos ni la mitad del número indispensable para manejarlos y conducirlos. La condicion fisica de

los quintos no podia ser peor. La desercion al enemigo fué grande, cuando muy poco antes de dejar yo el mando empezaron, mal instruidos todavia, á incorporarse en los batallones activos. Aumentaron los consumidores, aumentaron la escasez y la miseria. Con sus primeras marchas llenaron y obstruyeron los hospitales y entorpecieron la agilidad de las tropas, que tenia que subordinarse á la debilidad con que sobrellevaban la fatiga los nuevos compañeros. Por último, no llegaron á batirse nunca en el ejército antes de mi salida, á no ser un centenar de ellos, en la corta y brillante defensa de Villalba de Losa, que socorri á las veinte horas de sitio; y puedo asegurar que, juntos todos ellos antes de formarse como hoy deben estarlo, hubieran dado un dia de diversion á un solo batallon guipuzcoano.

»Es cierto que de un hombre chico (1) ó grande se hace un buen soldado; pero el tiempo, la fatiga, la instruccion y los combates son indispensables para formarle; y repito que no lo estaban los quintos todavia al dejar yo el mando. Por consiguiente, no los tuve sino como una carga presente, por mas que ofreciesen esperanzas para un porvenir no muy remoto; y de ningun modo será justo, ni yo puedo consentirlo, que se me cuenten como refuerzo, aun cuando pudiesen llamarse refuerzo, el corto número de ellos que recibí. ¿A qué, pues, se redujeron esos fantasmagóricos recursos que, segun mis acusadores, debia haber puesto á mi disposicion la retumbante quinta extraordinaria de cien mil hombres, para acabar de un golpe con la guerra del Norte? Ya ha visto el público á lo que las enfermedades y la desercion dejaron reducidos diez y siete mil muchachos, lenta y dificilmente vestidos, lenta y dificilmente armados, lenta y dificilmente instruidos; y por último, inhábiles aun al combate en el tiempo que yo pude disponer de ellos. Y lo pregunto á todo hombre de buena fé, ¿es esto lo que entendió al condenarme sobre los datos erróneos que circulaban? ¿Eran iguales los hechos que se asentaban como ciertos para culpar mi pretendida inaccion? ¿Puedo yo ser responsable de los entorpecimientos políticos ó financieros que, lejos del teatro de la guerra, paralizaron las grandes medidas que pare-

(1) Alude á que muchos de los soldados eran de corta talla, porque no tuvo en cuenta la estatura, con el fin de hacer mas llevadera la carga.



cian prometer al pueblo como al gobierno, recursos proporcionados á la magnitud de la empresa apetecida? No es mi intencion, seguramente, descargar en otros esa responsabilidad que tan legitimamente rehuyo por mi parte. Ya me hago cargo de que los males de que me duelo, tuvieron su origen en causas superiores al esfuerzo de la mas celosa y mas hábil administracion; pero no puedo menos de restablecer en su verdad hechos ocurridos con desdoro de mi crédito, y lo que es peor, con detrimento de los intereses nacionales, que no pueden menos de padecer cuando se adormecen los pueblos en siempre peligrosas ilusiones.»

## SITUACION DEL GOBIERNO.

## XIII.

En las crisis de los estados es precisa la audacia, y es salvadora, como lo fué para la Convencion nacional francesa en junio de 93. Y en verdad que, si combatida por estraños que amenazaban todas sus fronteras, por los vendeanos y los departamentos confederados y tambien por los girondinos, fué apurada su situacion, no lo era menos sin enemigos estraños la del gobierno de la reina, porque una guerra civil asolaba la Península, y los amigos se hacian mas terribles aun por sus exigencias.

El ministerio Mendizabal no podia seguir las huellas de su antecesor sin suicidarse y sumir al pais en la mas espantosa anarquía: hizose, pues, revolucionario, y en esto, ademas de obrar lógicamente, demostró conocer su situacion y la de la causa liberal, que comprendia su mision, y se colocó á la altura de las circunstancias. Verdadera ciencia de gobierno.

Si desconociéndola hubiese marchado contra el torrente de la opinion, ¿qué suerte hubiera sido la de la causa liberal? Presa de unos y otros, los estraños nos habrian hecho pagar muy cara la salvacion del trono legitimo.

Estrañanse algunos escritores de la cooperacion que prestó al gabinete el partido liberal avanzado, y le formulan apasionados por ello cargos. Si se hubieran podido despojar del espirito de partido, habrian visto estaba en el orden natural de los sucesos que las sociedades secretas (cuya existencia probaba la intolerancia del anterior ministerio, porque no hay clubs donde hay libertad), se asociasen al poder y le dieran

su fuerte apoyo, llegando á mostrarse algunos de sus individuos los apóstoles del re-generador. Unos en la prensa, otros en la tribuna, y todos en los cafés y corrillos, emprendieron una especie de propaganda, en que los artículos, los discursos, las manifestaciones de toda especie, se sucedian sin interrupcion en pró del ministerio, revisiéndole del prestigio tan necesario para gobernar en tiempos agitados.

La *Revista Española*, periódico que se distinguia por sus ideas avanzadas, se presentaba como el órgano de las principales sociedades secretas, exhortando al pueblo á que tomase las armas y apoyase al gobierno: llovieron los donativos patrióticos y el pais se prestó generalmente hasta con entusiasmo á los inmensos sacrificios que su salvacion exigia.

Y á pesar de todo, la situacion del tesoro era crítica, y los gastos le abrumaban. Unos 8.000,000 importaban mensualmente las legiones auxiliares, el presupuesto anual del ejército español pasaba de 400, y el estraordinario de cuerpos francos, nacionales movilizados y otras fuerzas, ascendia á cerca de 80, cuyas atenciones, con otras indispensables de guerra, hacian necesarios unos 60.000,000 de rs.

Esta penuria hacia preciso un empréstito que facilitaria la desamortizacion eclesiástica, destinando los bienes de las comunidades á la estincion de la deuda, cuyos intereses ascendian á 232 000,000.

Los donativos patrióticos correspondieron, es verdad, á las esperanzas del gobierno; pero ¿de qué servian en aquellas circunstancias unos 21.000,000 (1) y multitud de objetos, cuando se consumian aquellos en diez dias, y las prendas en pocos meses?

La Inglaterra se prestaba á todo; pero era á costa de la ruina de nuestra naciente industria; y aunque Mendizabal escuchó en su estrechez las proposiciones que se hicieron, no las admitió. El tratado de comercio que se dijo iba á ajustarse, de nadie conocido oficialmente, no podia consagrar en el patriotismo y legalidad de Mendizabal la suerte de la industria algodonera. No era tan insensato que fuese á sublevar toda la Cataluña; y el pais ha visto despues con qué juicio pensaba Mendizabal acerca de esta grave y dificil cuestion. Lejos de ser abolicionista, ostentóse partidario de una proteccion racional, cuando ningun compromiso

(1) Véase documento num. 52.

le impedía manifestar francamente sus opiniones. Por tanto, nosotros creemos, y con algun fundamento, que Mendizabal pretendía liberalizar los aranceles; pero no admitir libremente y sin condiciones las manufacturas inglesas de algodón.

El gobierno fué conllevando, lleno de fé en el porvenir, la escasez de recursos, situacion tan congojosa hasta la apertura de los estamentos, en cuyo apoyo confiaba. Era fundada su esperanza: habia, en efecto, tranquilizado las provincias y dirigido la exaltacion contra los rebeldes: habia sabido sacar provecho del entusiasmo que habia inspirado dando soldados al ejército, dinero al tesoro, prestigio al trono, confianza al desaliento, y arraigando en todos la esperanza del término de la guerra mas ó menos pronto. Y todo en poco tiempo. Demostró prácticamente que la España podia mucho todavía, porque eran grandes sus recursos, y que las ideas liberales se habian difundido mas de lo que muchos creyeran.

¿Y merecía Mendizabal verse tratado despues como lo fué? ¿Carece de genio el hombre que, sin otro auxilio que el de su palabra, enfrena una revolucion y lleva á las montañas de Navarra no pocos voluntarios?

## LEGISLATURA DE 1835.

## XIV.

El 16 de noviembre se abrió en Madrid la segunda legislatura de las Cortes convocadas con sujecion al Estatuto Real. Mendizabal puso en boca de la reina Gobernadora un discurso (1) que satisfizo, como era de absoluta necesidad, las exigencias de la opinion dominante. Se ofreció todo lo que era prudente, y lo que no, se recataba.

«Tres proyectos, decia, de los mas importantes se presentarán á vuestra deliberacion: el de elecciones, base del gobierno representativo; el de libertad de imprenta, que es su alma, y el de la responsabilidad ministerial, que es su complemento, asegurando, y al mismo tiempo haciendo compatibles la inviolabilidad del monarca y los derechos de la nacion.»

El pais, lo mismo que las Cortes, le recibió con aplauso; y en tanto que en uno y otro Estamento se nombraba la comision que habia de contestarle, se procedió á la elec-

cion de la mesa, obteniendo mayor número de votos, y siendo por consiguiente elegido por la corona, Isturiz y don Antonio Gonzalez para presidente y vice del Estamento de procuradores, pues el de próceres, de nombramiento del gobierno, recayó en don Pedro Gonzalez Vallejo, obispo ejemplar de Mallorca. Los secretarios fueron elegidos sin oposicion; y el ministerio vió en estos primeros actos que no la tendria por el pronto á cuanto propusiera.

El discurso de apertura prometia mucho, como se ve, y en esto fué censurado por algunos que no creian fácil se cumpliera, como sucedió. Pero no culpemos por ello al gobierno, sino á los que debiendo ayudarle, se opusieron á su marcha.

Cuando en el poder se reconocen sanas intenciones, cuando se ve una decidida voluntad á llevar á cabo sus compromisos, cuando en su cumplimiento está interesada su existencia, las oposiciones deben deponeer todo resentimiento por cuestiones secundarias, y mostrar con su desinterés su patriotismo, con su abnegacion el deseo de la felicidad pública, elevándose tambien á la altura de aquel.

Cierto es que el gobierno se hacia muchas ilusiones, porque con dificultad ha ocupado el poder hombre que las alimente tanto como Mendizabal, ni que tanto haya hecho por realizarlas. Engañábase su buen corazon, y se engañaba á sí mismo creyendo en imposibles, juzgando á los demas por sí mismo. Tuvo la desgracia de que no le comprendieran los hombres que le rodeaban, de que no hicieran justicia á sus sentimientos, y aun tratasen de precipitarle en un abismo los que debieron haberle prestado su apoyo en la senda recta que emprendió. Algunos llegaron á mostrarse inconsecuentes, combatiendo lo mismo que habian aprobado en la contestacion al discurso régio.

En su respuesta se mostraron ambos cuerpos colegisladores de acuerdo con el gobierno, encontrando apenas oposicion el proyecto, siendo mas unánime la voluntad de los próceres, á pesar de su mision conservadora, que la de los procuradores, hombres mas de revolucion que los individuos de la alta cámara. Pero se sentaba en la otra el desgraciado perorador constante Perpiñá, opositor sistemático, cuyos débiles argumentos fueron destruidos por Argüell's y Galiano, que no necesitaron emplear para ello su convincente elocuencia.

El gobierno no podia menos de estar

(1) Véase documento núm. 33.

satisfecho del país. Se obedecieron sus mandatos, y se aplaudieron sus promesas. Esto le obligaba más, y se apresuró á presentar los proyectos de ley que ofreciera.

Pero á fin de aprovechar la buena disposicion de las Córtes, y de poder obrar con el necesario desembarazo consagrándose á la guerra, dió con oportunidad un voto de confianza, una dictadura de que no abusó, á la verdad, y que sujetó á ciertas reglas.

#### VOTO DE CONFIANZA.

#### XV.

El 21 de diciembre leyó Mendizabal en el Estamento de procuradores un decreto, en el que la reina Gobernadora, con el fin de que al espirar el año pudieran recaudarse legalmente las contribuciones públicas, sin menoscabo ni entorpecimiento en las graves atenciones del servicio personal, y tomando en consideracion que las circunstancias extraordinarias en que se hallaba el país, no habian permitido al gobierno la formacion detenida de los presupuestos de ingresos y gastos, ni ocuparse de los arreglos convenientes en la administracion de la hacienda pública para proponer á las Córtes los medios de cubrir todos los gastos ordinarios y extraordinarios del Estado, autorizaba, en nombre de su augusta hija, al ministerio, para que propusiese á las Córtes un proyecto de ley pidiendo un voto de confianza del modo y en los términos que hallase mas convenientes.

El gabinete, á consecuencia de esta autorizacion, presentó á las Córtes el siguiente proyecto de ley.

«Se autoriza al gobierno de S. M. para que pueda continuar recaudando en el año próximo de 1836 las rentas, contribuciones é impuestos señalados en la ley de 26 de mayo último, y para que, sin alterar los tipos esenciales de ellas, pueda hacer por via de ensayo las variaciones que estime convenientes en el sistema de administrarlas y exigir las, con el objeto de aumentar sus valores y disminuir en lo posible las trabas y perjuicios que causan á los contribuyentes y al tráfico, aplicando sus productos á los gastos del Estado, sujetándose en los ordinarios á las partidas previstas y expresadas en la misma ley de presupuestos para el de 1835, y pudiendo disminuir dichos gastos; pero no aumentarlos.

» Se autoriza igualmente al gobierno de

S. M. para que pueda proporcionarse cuantos recursos y medios sean necesarios á la mas completa asistencia de la fuerza armada y al logro del alto objeto de poner un breve término á la guerra interior; pero sin poder buscar ni tomar estos medios en nuevos empréstitos, ni en la distraccion de los bienes del Estado, que están destinados, ó en adelante se destinen, á la consolidacion y amortizacion de la deuda pública; antes bien procurará asegurar y mejorar la suerte de todos los acreedores de la nacion.

» El gobierno presentará los presupuestos del año de 1836 y dará cuenta á las Córtes en la primera legislatura inmediata del uso que hubiere hecho de estas facultades extraordinarias.»

Pasó este proyecto á la comision que se nombró (1), y á los tres dias, despues de algunas conferencias con Mendizabal, en que la dejaron satisfecha sus buenas y sinceras intenciones, se presentó un dictámen favorable.

La comision no detalló, limitándolos, los medios de que el gobierno se valdria para que no fuese vano su propósito consignado en el art. 2.º, y sin ver tan claro como Mendizabal, á pesar de sus esplicaciones, la posibilidad de llevarle á cabo, confió y esperó el milagro, pues así consideraba la realizacion de un pensamiento cuya base no era conocida. Pero la cuestion era de confianza, inspirábala Mendizabal, y le favoreció el dictámen.

Puesto á discusion, combatióle Orense; pero fueron tan débiles sus objeciones que no le hicieron mella; y el conde de las Navas, aunque pidió la palabra en contra, se ocupó en combatir la administracion pasada, el fusilamiento de los chapelgorris por Espartero, y divagó sobre otros asuntos, ajenos enteramente á la cuestion.

Llególe su vez á Martinez de la Rosa, y no teniendo sin duda razones que oponer, presentó leves faltas de formalidad en la presentacion del proyecto, y manifestó las dudas que le ocurrían sobre la clase de medios que emplearia el gobierno para llenar su compromiso. Pero este orador se mostró como su carácter, ambiguo; parecia que luchaba entre el deber y las consideraciones de partido; y cuando pronunciaba una pa-

(1) La componian los señores Ferrer, Fontagut Gargollo, Garcia Carrasco, Aguirre Solarte, Ortiz de Velasco, Llano Chavarry, Crespo de Tejada, San Just y Calderon Collantes.

labra que le presentaba en oposicion franca y decidida, una salvedad inmediata le volvia á colocar en esa posicion casi indefinible que aun conserva.

Mantilla imitó al conde de las Navas, y Toreno tomó la palabra, esperándose de él la verdadera oposicion al dictámen.

El conde, segun un entendido escritor, personaje en aquella época, y poco amigo de Mendizabal, burló los cálculos de todos, y desflorando apenas la cuestion principal, eludiéndola con destreza y coqueteria, anunciándose dueño del secreto de Mendizabal, y vendiendo á éste la fineza de recatarle, llegó por una série de transiciones hábiles á recaer sobre su administracion; echó, hablando de ella, los cimientos de su rehabilitacion parlamentaria, y se preparó á hacer mas tarde una oposicion menos disfrazada. El discurso pronunciado por Toreno en la sesion del 29, aunque calificado en general de lánguido y descolorido, fué, no obstante, una obra maestra de astucia; pues halagando y desarmando con él á Mendizabal, de cuya actitud estaban pendientes las tribunas y la gran mayoría de los procuradores, logró cautivar la atencion de éstos y de aquellas, y aun escitar rumores de aprobacion. Verdad es que Toreno habia tomado sus medidas para producir este efecto; que se habia reconciliado con algunos miembros influyentes de las sociedades secretas, y solicitado y obtenido su neutralidad, ya que no su cooperacion; y que profundamente versado en la intriga, poseedor de los secretos, no siempre inocentes, de sus antiguos cómplices, disponiendo aun de ellos por su oro y por la superioridad de sus luces, imponia con su actitud respeto á sus enemigos. Pero no es menos cierto que Mendizabal cayó en el lazo, y que, lisongeado por Toreno, se apresuró á manifestar la satisfaccion que le causaba la hábil reserva con que éste se habia expresado, resultado del discurso por él pronunciado en aquella sesion memorable, muy notablemente mejorada la posicion de su autor. Galiano mismo no titubeó al siguiente dia en llenarle de elogios.

Perpiñá, que siguiendo su costumbre no podia dejar de tomar parte en esta discusion, habló tambien, y nada añadió, nada la esclareció, nada convenció, y puede decirse que nada hizo, no escediéndole despues en mucho Medrano.

Los honores de aquella notable discusion fueron para don Antonio Gonzalez, y Alcalá

Galiano, cuyos discursos, como no podia menos de suceder, conmovieron y arrastraron á aquel Estamento, dispuesto de suyo en favor del ministerio. Por grandes que hubieran sido los cargos de los pocos y libios opositores, los pulverizaran aquellos atletas de la tribuna, y en especial Galiano, el tribuno elocuente de la Fontana, que supo presentar el voto de confianza como el único medio de salvacion que quedaba á la causa de la reina y de la libertad.

Asi lo consideraban, sin embargo, aun los mismos de la oposicion, que, lejos de negar su apoyo al ministerio, declararon estar dispuestos á concederle los recursos que pidiese y las autorizaciones que necesitase, exigiendo como una condicion para dar su voto, saber lo que votaban, porque decian, y con razon, que habian pasado ya los siglos de los milagrosos y de los alquimistas.

Habia ya un motivo en las Córtes españolas para que las cuestiones se consideraran bajo diferentes aspectos, siendo uno de los principales lo que pudieran afectar á uno ú otro de los dos mas notables partidos en que se dividia el liberal. Asi vemos algunas veces en esta discusion culpase mutuamente los procuradores en vez de combatir al ministerio; y vemos tambien mas marcada la linea que dividia á conservadores y exaltados, ó sea moderados y progresistas.

Llegó, pues, el momento de la votacion, y antes de ella protestó Mendizabal la sinceridad de sus intenciones, asegurando que si el Estamento desaprobaba su proyecto, no serian los ministros los que aconsejasen á la corona su disolucion. «Si no encontramos, añadió, esa inmensa mayoría, tan necesaria para resolver el problema con la íntima union de todos los poderes del Estado, nos quedará el consuelo de poder decir, restituidos á la vida privada y seguros del testimonio de nuestra conciencia: hicimos cuanto supimos, cuanto debimos y cuanto pudimos por nuestra patria.»

Estas palabras conmovieron profundamente á todos, y habiéndose procedido bajo su impresion á votar el dictámen, solo tres procuradores le negaron su aprobacion, absteniéndose doce de votar, y aprobándole los ciento treinta y cinco restantes.

Pasó el proyecto al Estamento de próceres, que nombró al instante la comision, la cual se apresuró tambien á dar su apoyo al gobierno. Leído su dictámen en la sesion del 11 de enero por el conde del Montijo,

aprobóse en la del 14, sin mas voto en contra que el del marqués de San Martin de Ombreiro.

El pais dió á Mendizabal el voto de confianza que pidió (1), y decimos el pais, porque fuera de los Estamentos ningun español leal se le negó. Todos los que acataban y defendian á la legitima heredera de cien reyes, tenian fé en la fé del antiguo y desinteresado campeon de la libertad, en su indudable y ardiente patriotismo, en su corazon franco y sincero. Podrian algunos dudar de que pudiese alcanzar por dificil su ansiado objeto; pero ninguno de que faltase á sus palabras, de que se consagrarse sin descanso al bien de la nacion. Buen deseo era la principal condicion que se queria en el gobierno, y nadie le habia manifestado en tanto grado, ni de él habia ya dado pruebas mas positivas que el proscrito de Cádiz. Por eso el partido liberal se entregó en sus brazos.

Nadie se arrepintió de haber puesto su confianza en quien tantos sacrificios habia hecho en tantas épocas por la causa liberal, en quien habia ya salvado otro trono igualmente disputado, y todos esperaban que el que supo calmar tan brevemente las pasiones, á pesar de su encono, terminaria la guerra, aunque no fuese en el corto tiempo que prometia.

Los antecedentes tan honrosos como extraordinarios de Mendizabal, y sus hechos, ya eran una garantía de su marcha futura. El corazon de todos se abrió á la mas grata esperanza.

#### PROYECTO DE LEY ELECTORAL.

### XVI.

Corria ya el año de 1836 cuando se aprobó el voto de confianza ó de necesidad, como muy acertadamente fué llamado en el Estamento de próceres; pero en vez de dejar interrumpidas las tareas de la corta legislatura de 1835, daremos breve cuenta de ellas; pues en nada altera este incidente el plan que en esta obra nos hemos propuesto. Trátase de proyectos de ley presentados con anterioridad al de confianza, de cuestiones que pueden tratarse con separacion; y á fin de quedar mas desembarazados para narrar otros acontecimientos, detendremos

(1) Véase documento núm. 54.

los primeros dias del año, con que comenzará el tomo III.

El proyecto de ley electoral, el de reforma de la guardia nacional, el de represion del tráfico de negros, el de libertad de imprenta y el de responsabilidad ministerial, fueron los sometidos por su urgencia y oportunidad al exámen de los representantes del pais. Por de pronto, el interés general se reasumia en el primero, porque la ley de elecciones era, en efecto, la base de las instituciones que habian de regir; pues que nadie dudaba que el Estatuto Real, ya en el descrédito que merecia, no podia subsistir. Mas esta ley era la gran cuestion de los partidos en que se dividian los liberales, á los que daremos ya la denominacion que á sí mismo se daban, de moderados y exaltados. Los primeros se asustaban del ensanche que querian dar los segundos á las libertades públicas, como si se tratase de un pueblo regicida y de dificil gobierno, y éstos veian por el contrario el mas firme baluarte del trono y del orden público en la aplicacion franca del principio de la soberania nacional.

Sial advenimiento de Mendizabal al poder se unieron algun tanto estos bandos, y trataron de dar fuerza al que proclamaba tolerante la union de todos, la cuestion electoral vino á ser la manzana de la discordia entre los ultramontanos y los regalistas de la libertad, cuya division nació infaustamente en la segunda época constitucional. Unos y otros quisieron calcar en ella sus principios y prepararon todas sus fuerzas para conseguirla. La ocasion no podia ser mas propicia.

En los círculos políticos, en los cafés, en la prensa, en la tribuna, en todas partes estaba siempre abierto el palenque de la liza. Mendizabal no veía fantasmas, y se ahorra la tarea de combatirlos. La libertad era una verdad, y en aquella provechosa agitacion, debieron aprender anteriores gobernantes que, no hay peligro en dar suelta al pensamiento de un pueblo tan sensato como el español. En los círculos se intrigaba, en los cafés se *charlaba*, en la prensa se escribia, siendo la *Revista* y la *Abeja* los órganos contendientes, y en la tribuna se combatia frente á frente. La *Abeja*, que pasaba por órgano de Martínez de la Rosa, y la *Revista*, que redactaba Alcalá Galiano, emitian, con la envidiada libertad de que gozaba entonces la prensa, todos los pensamientos, todos los deseos; y si no se esclarecian lo suficiente en el crisol del debate,

culpa era de las pasiones, que ofuscaban á veces la razon.

Asi que, al empezar la discusion de la ley electoral, ya comprendia el pueblo su importancia, y que prejuzgaria legalmente si el Estatuto habia de ser reformado en sentido mas ó menos monárquico ó democrático.

El gobierno, á fin de hacer mas popular su obra, y que llevara el sello de autoridad que le impondria la cooperacion de personas ilustradas, habia nombrado en setiembre para la redaccion del proyecto de ley á don José María de Calatrava, á don Juan de Madrid Dávila, á Quintana, Galiano y Ortigosa. Esta comision no pudo ponerse de acuerdo en el particular de si la eleccion habia de ser directa ó indirecta, adoptando el primer extremo la mayoría de la comision, y formando voto particular Calatrava y Ortigosa.

En cuanto á dar el derecho electoral, estuvo unánime la comision, y rebajó á 6,000 rs. los 12,000 que el Estatuto exigia de renta para ser elegido.

El ministerio hizo suyo el dictámen de la mayoría; pero sin rechazar prudente el de la minoría, huyendo así una cuestion de gabinete, y manifestando su deseo de que las Cortes examinasen uno y otro con la debida madurez, para que se adoptase definitivamente el que mas seguridades ofreciera de dar una representacion nacional capaz de terminar á la obra de la regeneracion politica.

Presentados tan hábilmente á las Cortes, la comision encargada de examinarlos (1), despues de multiplicadas y largas conferencias, adoptó un sistema misto, en el cual debian entrar electores delegados y por derecho propio: serian estos los mayores contribuyentes y capacidades (2), y aquellos nombrados por juntas de vecinos, sin derecho de elegir directamente, estando en razon de un elector por cada ciento cincuenta vecinos; y los de derecho propio en la de

(1) Se componia de los señores Argüelles. Alcalá Galiano, María Serrano, Lopez, Someruelos, Montalvo y Castillo, Aguirre Solarte, Calderon Collantes y Caballero.

(2) Alcalá Galiano manifestó que se habian admitido éstas porque representaban la opinion liberal, y que por lo mismo se habia reducido el número de votantes contribuyentes: no habiéndose atrevido los redactores del proyecto, decia, á rebajar el censo, han abierto la mano á votantes de otra especie, entre los cuales hay menos peligro de tropezar con carlistas.

ciento por cada diputado. Cada provincia se dividiria en distritos, á donde se acudiria á votar, designando cada elector todos los diputados de la provincia y los suplentes, haciéndose luego en la capital el escrutinio.

Este proyecto tuvo tambien dos votos particulares. Uno que formuló el marqués de Someruelos, haciendo mas restrictiva la ley, pues rechazaba los electores delegados y la eleccion por provincias, proponiendo colegios electorales de á cincuenta mil almas, que nombrarian cada uno un procurador y un suplente; que la posesion para ser diputado fuera de una renta de 12,000 reales y la edad de treinta años, en vez de veinte y cinco; los señores Montalvo, Calderon Collantes y Serrano, querian que las capacidades hubiesen de pagar 100 á 200 reales de contribucion.

Estos antecedentes daban lugar desde luego á no muy favorables conjeturas. Tres los proyectos, se despertarian en su discusion rivalidades; y si el gobierno no sabia dirigir los debates y dominar la discusion resistiéndose razonablemente á lo que no fuese conforme á sus ideas, y haciendo al mismo tiempo concesiones que desarmasen á la oposicion, que aun no podia ser compacta, porque se presentaba en linea por primera vez, las consecuencias podian ser desagradables.»

Al comenzar los debates el 8, dijo el ministro de la Gobernacion que ala comision habia introducido en el proyecto de ley varias modificaciones y alteraciones que el gobierno adoptaria ó no, segun lo que arrojará de sí la discusion; pero que de todos modos esta no era una cuestion de sistema politico, ni aun de sistema ministerial.»

Esta declaracion no la creyeron todos conveniente, por cuanto que con ella se separaba hasta cierto punto de sus mas ardientes defensores, como eran los individuos que formaban la mayoría de la comision: demostraba tambien que el ministerio no tenia sistema fijo, pues le harian los debates formular su opinion; y de esta manera se presentaba sin fuerza, sin prestigio, aislado, y permitiendo á las oposiciones coligarse.

Mostrándose partidario de la eleccion directa, combatió Martínez de la Rosa el dictámen de la comision: opinaron lo mismo algunos otros; y Toreno, sosteniendo los mismos principios, hizo observar que el sentido literal del proyecto daba á entender se conferian á los diputados prerrogativas que demostraban la intencion de

abolir el Estamento de próceres; por lo cual queria quedase bien consignado, que ni el Estatuto, ni ley alguna podian variarse sin la intervencion de los próceres y de la corona. Tranquilizáronle los individuos de la comision; y cuando el gobierno manifestó despues por boca de Mendizabal sus intenciones, declaró que el Estamento de próceres concurriria á la revision del Estatuto Real, y que hacia suyo el proyecto de ley de la primitiva comision, adoptando sus principales bases, sin desechar por eso las modificaciones que no estuviesen en pugna con ellas. Admitia, pues, «la union de la propiedad representada por los mayores contribuyentes, con la capacidad representada por varias profesiones: la eleccion por provincias y no por distritos: la libertad de elegir á cualquiera español por cualquier provincia, y las modificaciones hechas en el importe y calidad de la renta para ser elegido.»

Segun se ve, el gobierno eludia la cuestion de si habia de ser la eleccion directa ó indirecta; pero no podia permanecer mucho tiempo en esta reserva, porque discutida suficientemente la totalidad del dictámen, acordó unánime el Estamento proceder á la discusion por artículos, que por cierto no empezaba con los mejores auspicios.

Sin que merezca ocuparnos la discusion de los tres primeros artículos, solo diremos del 4.º, que el gobierno, irresoluto en su deseo de conciliar todas las opiniones, y previendo una derrota que no podia ó no sabia evitar, le abandonó á su suerte. El artículo era fuertemente combatido por la oposicion moderada, que veia en él una garantia para los progresistas, y éstos le defendian con toda la elocuencia de Galiano, con toda la pasion de las Navas, y cuando esperaban que el ministerio les apoyase, le vieron, con asombro, de acuerdo con los moderados, y votar con ellos al único ministro procurador, el señor Heros.

La comision quedó derrotada: noventa y siete votos contra cuarenta y dos la hicieron retirar su dictámen, y la mayor efervescencia reinó entonces en el Estamento: casi todos los procuradores pedian á la vez la palabra: los progresistas trinaban contra un ministerio que, despues de haber sido defendido por ellos con entusiasmo, se divorciaba en esto de la comunión; y no sabemos los cargos que unos y otros se hubieran dirigido á no interrumpir oportunamente el presidente tan tumultuosa escena levantando la sesion.

En aquella noche mediaron algunas esplicaciones entre el ministerio y la comision, justamente resentida; y en la sesion siguiente dió Mendizabal cumplidas satisfacciones, manifestando que aceptaba los artículos restantes. Satisfecha con esto la comision, las huestes progresistas marcharon mas acordes, consiguiendo se aprobase el art. 5.º, que establecia la base de mayores contribuyentes, mas lógica que la de la cuota fija que defendian los moderados con mas pasion que razones, alegando argumentos ambiguos.

El art. 6.º, que trataba de las capacidades, fué hábilmente combatido por Toreno, y el Estamento desaprobó por setenta y nueve votos contra sesenta y tres el dictámen de la comision; pero adoptó un término medio, y aprobó por ochenta y dos votos contra treinta y seis el voto particular de la minoria, que exigia el pago tambien de alguna cuota al saber.

Reservábase la gran batalla para el artículo 17, y por eso fueron discutidos los demas sin grande interés. Trataba de la eleccion por provincias; y como era esta una verdadera cuestion de partido, porque los moderados consideraban mas seguro su triunfo en los distritos, al paso que los progresistas creian el suyo en las capitales, reunieron todos sus fuerzas, y los brillantes y magníficos discursos de Argüelles, Galiano, Lopez y Caballero, no pudieron destruir el efecto causado por los de Martinez de la Rosa y Toreno. La comision y el gobierno fueron derrotados por cinco votos, habiéndose abstenido de votar quince procuradores.

El ministerio recogió el fruto de su sistema en abandonar á sus amigos y defensores en la votacion del art. 4.º, alentando así á la oposicion y preparándola el camino para un triunfo como el que consiguió en la memorable sesion del 24.

CONSECUENCIAS DE LA SESION DEL 24 DE ENERO.—DISOLUCION DE LAS CORTES.

## XVII.

Quando la oposicion, mas apasionada que prudente, vió las consecuencias que habian de seguir á su proceder, y que habia derrotado á un ministerio que apoyaba el pais, se asustó, y muchos de sus individuos corrieron presurosos á ofrecer su apoyo á Mendizabal, y á proponerle la disolucion del Estamento popular.

Si el objeto de los moderados habia sido provocar una crisis ministerial, conocieron al punto que la retirada de Mendizabal dejaba sin gobierno al pais, como lo declara francamente uno de los ilustrados personajes del partido moderado, añadiendo «ser notorio que durante la crisis, nadie osaria cargar con la enorme responsabilidad que el dictador (asi llama á Mendizabal) habia echado sobre sus hombros.»

Mendizabal, necesario entonces, estaba indeciso en la conducta que habia de seguir: ya pensaba aceptar como un hecho consumado la votacion del 24 y dejar seguir tranquilamente hasta su fin la discusion pendiente; ya considerarla como cuestion de gabinete, y dimitir; ya disolver las Córtes; pero todo tenia sus inconvenientes, y no leves. En el primer caso, su posicion en el Estamento era desairada; en el segundo, ponía al borde del abismo á la nacion, y en el último se ponía en contradiccion consigo mismo, porque al comenzar los debates de la ley electoral habia dicho noble y patrióticamente que el gobierno haría cuanto estuviera de su parte para que el Estamento actual estuviera reunido, si era posible, hasta la víspera misma del día en que el otro le reemplazase, pues le consideraba como su mayor garantía, y que habia pedido el voto de confianza con la intencion de usar de él en presencia de las mismas Córtes.

Sin atreverse por el pronto á salir de esta crítica situacion, reservóse mas tiempo para darle una solucion favorable, y ofició al presidente del Estamento de procuradores para que suspendiera las sesiones hasta que el gobierno pudiera asistir á ellas; en su consecuencia, los procuradores reunidos el 25 para continuar la discusion pendiente, se retiraron.

Mendizabal, tan resuelto, tan revolucionario en el buen sentido de la palabra, parecia estar abrumado por el peso de cinco votos, y comprendiendo todo lo grave y delicado de su posicion, tuvo conferencias con sus amigos, con la Gobernadora, que se hallaba en el Pardo, y apoderado de su ánimo una agitacion febril, aumentada por la falta de descanso (1), se decidió al fin á

(1) Cuando abrumaba el sueño á Mendizabal, quedábase solo en el despacho, y apoyando la cabeza en ambas manos, dormía un cuarto de hora. En sus rápidos viajes al Pardo, aprovechaba para lo mismo el tiempo, y pasaba algunos días sin dormir, merced al uso

consultar al consejo de gobierno, que aconsejó la disolucion de las Córtes.

No tenia otra solucion la crisis tan imprudentemente provocada y con tanta falta de patriotismo, y el 27 leyó Mendizabal el decreto de disolucion en los Estamentos, señalando el 27 de febrero para las nuevas elecciones con arreglo á la ley vigente. Por amor á la legalidad, negóse Mendizabal á publicar una ley provisional. Convocóse la nueva legislatura para el 22 de marzo.

Mendizabal respiró y pudo entregarse con su acostumbrada actividad á seguir dotando al pais de las reformas que reclamaba.

El gabinete, en tanto, estaba incompleto. Mendizabal desempeñaba las carteras de Hacienda y Estado con la presidencia, y las de Guerra y Marina las ofreció varias veces á algunos de los hombres de mas prestigio del partido exaltado, las que llevaba interinamente; pero no se decidieron éstos á aceptarlas hasta ver el aspecto de las nuevas Córtes. Otra cosa creemos tenia derecho á esperar de ellos la causa pública y el mismo Mendizabal.

#### SATISFACCION DADA Á BURGOS.

#### XVIII.

Fuerte el ministerio con la opinion pública, fué bien recibida la medida de cerrar las Córtes. Su principal mision es legislar, y cuando el pais, destrozado por los partidos, arde en guerra fratricida y están exaltadas las pasiones, no pueden formarse las leyes con la tranquilidad que necesitan. El santuario de los legisladores se convierte entonces en palenque de contiendas, y en vez de discursos profundos y razonados, se pronuncian arengas tribunicias. El gobierno, además, no podia, tan reducido en su personal, atender á la discusion de ambos Estamentos, sin abandonar los asuntos de la guerra, y el procurarse los recursos necesarios para ella.

Todos los proyectos tenían que ser mirados en el interés de partido, y no podían, por lo mismo, convenir á todos. Concedióse, es verdad, unánimemente el voto de confianza; pero se concedió por haber sido considerado de necesidad.

Hallábase en el mismo caso el proyecto

del baño. Asi quebrantó su salud tan solícito gobernante, acreedor por solo esta circunstancia á la gratitud de sus conciudadanos.



de arreglo de la milicia urbana, y la satisfaccion dada por el Estamento de próceres al ilustrado don Javier de Burgos. Estaba en el interés de todos los liberales reglamentar y aumentar la fuerza ciudadana, cuyo nombre se varió por el mas significativo de guardia nacional; y existia una razon de justicia en rehabilitar la mal parada honra del que facilitó el empréstito de Guehard, arrojado el año anterior del Estamento sin ser oido. Una comision de próceres y procuradores, encargada del examen de aquellas operaciones, declaró, escuchando solo á la razon, que nada habia digno de censura en la parte que en ellas tuvo Burgos y que, habiendo cesado los motivos de su suspension temporal, se le citase de nuevo á las sesiones. Este acuerdo unánime se proclamó en la sesion pública del 2 de enero, y comunicado que le fué á Paris, donde residia, contestó aceptando la parte dispositiva de la resolucion, y protestando contra el supuesto de que aquella calumnia hubiese sido antes un motivo legítimo de suspension, esponiendo en su protesta las consecuencias que podia tener mas tarde el reconocimiento virtual ó implícito de aquel principio.

MARCHA DEL MINISTRO DE LA GUERRA AL EJÉRCITO.

XIX.

Apurado el gobierno por los repetidos y angustiosos partes de Córdoba, quiso comprender por si mismo el estado del ejército y de la lucha difícil del Norte. El conde de Almodovar, ministro del ramo, salió para las Provincias para arreglar, decia el decreto, con presencia de la situacion de aquel pais y del estado de las tropas existentes, y contando las que iban á reforzarle, los planes de campaña, así en el ejército del Norte, como en los de Castilla y Aragon, proveyendo á la disciplina, subsistencia y demas ramos militares, políticos y económicos, enlazados con la guerra, de la manera que lo juzgara mas conveniente. Llevaba Almodovar en su compañía al general Alava, nombrado últimamente embajador de España en Paris, y el 12 de diciembre llegó á Burgos, donde fué á esperarle Córdoba, que se reunió con Lacy Evans y Zarco del Valle. Juntos marcharon á las Provincias Vascongadas, reconocieron el campo de operaciones, revistaron las tropas, informó-

se el ministro de la opinion de los generales y de las autoridades, procuróse cuantos datos podian ilustrarle, y aprobando en su consecuencia la conducta del general en jefe, adoptó como suyo su plan, y se identificó, segun parece, de tal modo con Córdoba, que protestó no continuar en el ministerio si dejaba el mando.

Tal fué la identidad en el modo de ver las cosas el ministro y el jóven caudillo: tan satisfecho quedó aquel de sus esplicaciones y esfuerzos. Algunos han supuesto lo contrario, fundándose sin duda en no ser tan avanzados los principios políticos de Córdoba, como los del pronunciado de Valencia; pero aparte de que la cuestion no era de mayor ó menor exaltacion, sino de deber militar, nada justificó posteriormente la existencia del supuesto desacuerdo.

ADMINISTRACION CARLISTA.

XX.

Pasemos al campo contrario, y antes de tratar de sus operaciones, veamos si su situacion económica era menos angustiosa que la del gobierno liberal.

Poco podemos añadir sobre la administracion del ejército carlista, despues de lo que tenemos manifestado incidentalmente al hablar de la guerra.

Al principio de ésta eran las diputaciones forales las principalmente encargadas de la recaudacion y distribucion de los ingresos, y de proporcionar recursos para atender á las necesidades tan apremiantes de las tropas; y hasta que se montó una administracion militar ordenada, no se hacia recomendable el sistema que regia en este punto. Y aun establecidas á la llegada de don Carlos á las Provincias, las oficinas de ordenacion, bajo la direccion de un intendente general que hiciese menos sensibles á las juntas las atenciones que pesaban sobre ellas en un todo hasta aquel momento, no pudo introducirse el orden necesario.

Por esto se quejaban algunos gefes de que el real diario, asignado á los soldados, y el tercio de paga á los oficiales, no se satisfacia con la puntualidad que se habia venido haciendo desde noviembre del año anterior; añadiendo el gefe de la division vizcaína que, no obstante haber caudales de sobra para estas atenciones, solo se habian dado cuatro cuartos al soldado, y medio tercio de su paga á los oficiales.

El presupuesto de la mitad de la paga que se había entregado á cada batallon, ascendia á unos 18,000 rs., de los cuales se rebajaba el haber de los soldados con licencia, aunque constasen en revista, y el de los enfermos y heridos, quedando así el presupuesto de cada batallon reducido á unos 14,000 rs.

Ni aun esta cantidad se satisfacía: el tercer batallon de la division vizcaina estuvo cuatro meses sin percibir un maravedí, y el depósito solo recibió un dozavo de paga durante dos meses, no contando despues con medio alguno.

Don Cárlos mandó varias veces se abonase un real al soldado y un tercio de paga al oficial; mas no siempre tuvo efecto esta disposicion. No se pensaba bien de la inversion dada al importe de las pagas retenidas, sabiéndose únicamente que se habían contratado por Eraso unos mil capotes, de los que no se habían visto mas que la mitad, que se hicieron tomar algunas prendas descontando su coste del medio tercio que se pagaba á los oficiales y no del que se retenia, llegando á decir algun gefe que se partia la utilidad de este beneficio entre algunos de los que manejaban este asunto (1).

Y no faltaba dinero en general, porque las diputaciones apelaban á todos los medios posibles de adquirirlo. Cuando se apoderaron los carlistas de Durango, de Ochandiano, de Orduña, de Bermeo y de otros puntos, pusieron á contribucion los bienes y rentas de los liberales, y ademas del cobro de las contribuciones retrasadas, se les exigió un grueso empréstito forzoso, que el mismo diputado Moguer cobró personalmente de todo el clero y hasta de las monjas, á quienes se hizo estensiva. Las imposiciones á los liberales eran gravosas en extremo, no escaseando las de mil y dos mil duros.

Era objeto de quejas la diputacion vizcaina, á quien se suponía con recursos, lamentándose su atraso en los envíos de zapatos y capotes, prendas las mas necesarias é importantes. Contratista habia de las últimas, á quien se debian 69,000 rs., sin embargo de recaudar la diputacion las rentas que pertenecian á la corona, como el escusado, bulas, etc.

Denunciábanse y se condenaban en su consecuencia multitud de abusos, y en un

(1) Para las boinas del soldado se descontaban de su paga á 46 rs., cuando se vendian mucho mejores en Guernica á 11 y á 40 rs.

documento que tenemos á la vista, se lee que «los inventarios de los efectos y comestibles hallados en los puntos evacuados por el enemigo, principalmente en Durango, no contienen la vigésima parte de lo que se halló; y de lo que esta plaza contenia, podrá informar el alférez de caballería Espinal, que presencié lo que habia.»

A fin de remediar estos males, se clamaba por las juntas generales, que debian convocarse en Guernica cada dos años.

No era tanto el descontento en este particular en las demas provincias; pero en todas se resentia el ejército de esa falta de orden, que en unos puntos provenia de las personas, y en otros de las circunstancias. Todo era nuevo; todo habia que crearlo, y las mismas necesidades presentaron su remedio, y fueron armonizando en lo posible unos elementos heterogéneos, salvas algunas escepciones.

PROVIDENCIAS ADMINISTRATIVAS DE DON  
CÁRLOS.

XXI.

Para hacer frente á las vastas atenciones de la guerra, pensó don Cárlos en un empréstito, y entabladas al efecto algunas negociaciones, autorizó á Mr. Tassin de Mesfilles el 19 de diciembre de 1833 para contratar un empréstito de 5.000,000 de duros, valor nominal; pero sobrevinieron algunas dificultades, y quedó sin efecto la estipulacion.

En 14 de junio de 1834, el baron Mauricio Haver se obligó á realizar un empréstito de 125.000,000 de francos al 50 por 100, con destino á las urgentes atenciones de la guerra. No consiguió su intento, y en 15 de setiembre del mismo año renovó su compromiso, permitiendo se recurriese á medios que, sin alterar las condiciones fundamentales de su obligacion, se creyesen convenientes para facilitar su cumplimiento, siempre de acuerdo con él y los señores Jange y Gower, sus cointeresados. Pero viendo don Cárlos que esta modificacion no habia surtido los efectos que de ella esperaba por las promesas que motivaron su adopcion, á pesar de haber usado el baron de Haver con demasiada amplitud, y hasta con exceso, de las facultades que se le confirieron en 15 de setiembre, y que, si bien por el nuevo arreglo consiguió proporcionar algunas cortas sumas que no

fueron admitidas, estaba probada la imposibilidad en que se hallaba de cumplir las obligaciones contraídas.

Consideró rescindido el contrato, y pensó en otros medios para cubrir las necesidades de su causa, anulando en Zúñiga el 4 de marzo de 1835 el contrato de empréstito con Mr. Tassin, quien dirigiera al comisario régio carlista, don Blas Calle y Navarro, las reclamaciones que tuviese que hacer. Anulábase igualmente el contrato de 14 de junio y la declaración de 15 de setiembre, sin perjuicio de los derechos adquiridos por los poseedores de obligaciones emitidas, si habían verificado ó completaban su pago; y se mandaba que «los que tuviesen derechos que hacer valer en virtud del uno y del otro artículo ó contrato, recibirían como prenda de las sumas de que hubiesen sido reconocidos acreedores, ó como interesados en el referido empréstito, títulos de éste al curso que en él se estipulara y hasta concurrencia de sus créditos; y que los que se hallasen en dicha categoría y no aceptasen estos títulos sino como prenda, serían reembolsados por medio de reservas proporcionales sobre las cobranzas, divididas dichas reservas en tantos plazos como los que hubiera de pago en la realización del nuevo empréstito despues de la primera entrega y á contar de la segunda, reservándose don Carlos el anticipar este reembolso si el estado de los fondos lo permitiese; pues su firme propósito era hacer pronta justicia á los acreedores, sin omitir medio alguno para conseguirlo.»

Don Carlos legislaba como soberano absoluto, y aunque sus esfuerzos no conseguían un éxito lisonjero, debe decirse, en honor de la verdad y suyo, que se mostraba demasiado escrupuloso en negociar empréstitos. A no haberlo sido tanto, habría conseguido algunos millones; pero no era de los que esclaman, *detrás de mí, el diluvio*, y antes que arriesgar intereses que consideraba respetables, antes que admitir un tratado oneroso ó que vulnerase el decoro nacional, prefería perderlo todo. Así lo demostró, y así lo probaremos en otro tomo. Tenía además una fé ciega en el triunfo de su causa; lo esperaba todo del país; confiaba en el favor del cielo, y así es que nunca procedió como un monarca aventurero, sino como un soberano que no quería empañar el brillo de la magestad con ningún acto punible.

Sus convicciones le hacían obrar á veces

con demasiada candidez, pues no puede calificarse de otra manera el decreto que dió en Segura el 17 de mayo de este año (1). Por él declaró anulado en todas y cada una de sus partes el empréstito contratado por el gobierno *usurpador* con la casa de Ardoain y compañía de París, disponiendo que sus obligaciones no fuesen reconocidas ni admitidas á liquidacion, bajo cualquier forma que se presentasen, aun cuando sus tenedores exhibiesen certificados ú otra especie cualquiera de documentos, etc.

Muchos de sus parciales criticaron con razon estas decisiones, no por su objeto, sino por la evidente inoportunidad de su publicacion. Faltaba diplomacia á don Carlos y discrecion; pero le sobraba leal franqueza, y estaba satisfecho de un proceder que, por mas que halagase á su conciencia, perjudicaba á su causa.

#### REFORMA ADMINISTRATIVA EN LA CÔRTE DE DON CARLOS.

#### XXII.

La administracion carlista no mejoraba todavía; las quejas se aumentaban, y estando ya don Carlos en Vergara, y creyéndose por consecuencia en una situacion próspera y segura, consideró llegado el caso de arreglar tan importante ramo, como lo hizo en 10 de junio.

Con el establecimiento provisional de las oficinas de ordenacion de Navarra y Provincias Vascongadas, que ya hemos indicado, juzgó don Carlos que podria introducirse el orden apetecido y la economia necesaria; pero luchando siempre con dificultades, y creyendo indispensable cerca de sí una dependencia directiva que reuniese las atribuciones de administracion, recaudacion y distribucion, y en la que ingresasen todos los fondos para su aplicacion á las atenciones del Estado, creó una oficina general mista que reuniese las facultades de la hacienda civil y militar, centralizando en sus cajas todos los fondos destinados á las obligaciones del Estado, verificándose su distribucion por la intendencia, mediante orden de la secretaría de Estado; y despues de varias prevenciones reglamentarias, manifestaba ser su voluntad que la intendencia general del ejército vasco-navarro cesara en sus atribuciones y quedasen reducidas sus depen-

(1) Véase documento núm. 35.

dencias á la de la ordenacion de Navarra y Provincias Vascongadas, subordinadas inmediatamente á la intendencia general.

Remedios mas radicales necesitaba en la parte económica la causa carlista, que carecia de un hombre capaz de sobreponerse á todos los obstáculos por sus conocimientos administrativos.

Pero ya veremos en el año inmediato á nuevos hombres al frente de la administracion carlista, y las variaciones mas importantes que esperimentó.

La hacienda militar fué causa de varios decretos, que para su conocimiento extractamos en el apéndice (1), y que hemos tomado de un indice de las órdenes y decretos que espidió don Carlos por conducto del ministro de la Guerra desde su entrada el 9 de julio de 1834, hasta fin de diciembre de 1835.

ADMINISTRACION DE JUSTICIA EN EL PAIS CARLISTA.

XXIII.

La administracion de justicia se hallaba enteramente abandonada y en la situacion mas deplorable. Creóse para remediarla una asesoría que se llamó Real, que al propio tiempo que atendiese á los negocios de su instituto, desempeñase á la intermediacion de don Carlos un juzgado superior, que evitando á los ministros ocuparse de asuntos de este ramo distraiendo su atencion, desempeñase con oportunidad y precision los encargos cometidos á su direccion y cuidado, bajo las reglas y observancia de los artículos siguientes:

1.º «Nombrado por dicho decreto mi asesor el ministro togado de mi Consejo de la Guerra, don José Manuel de Arizaga, me propondrá éste los sugetos de capacidad y suficiencia que crea indispensables para el cabal desempeño de sus atribuciones, á fin de que por conducto de mi secretario del despacho, recaiga mi soberana resolucion.

2.º «Ocurrirá el espresado mi asesor con su parecer ó informe á todos los asuntos que yo tuviese á bien mandar se le remitan por la secretaría del Despacho, con arreglo á lo prevenido en el decreto de su nombramiento.

3.º «Cuidará muy especialmente se lijen los delitos que se cometan en la presente

guerra de un modo determinado, y las penas que con arreglo á las leyes deban imponerse á sus perpetradores de una manera clara y que eluda todo género de dudas y de interpretaciones, consultándome para este efecto los decretos que crea útiles y necesarios, para que por las referidas secretarías del Despacho, pueda yo resolver lo conveniente.

4.º «Dependerán de dicho juzgado superior indistintamente los de guerra y los de los corregimientos existentes ó que yo tenga á bien establecer en lo sucesivo, dirigiéndose á él los recursos de apelacion, queja ó agravio que se interpusieren de las providencias dictadas por aquellos: sustanciará una segunda instancia en cuanto sea compatible con lo prevenido en las leyes y la situacion hostil en que se hallen las provincias, y terminará el negocio ó pleito abocado á su conocimiento con el fallo que pronuncie.

5.º «Este juzgado superior pedirá una relacion nominal todos los meses á los indicados en el artículo anterior, en la cual la darán de los negocios pendientes, su estado, y de los que hayan concluido por sentencia, sobreseimiento y separacion ó avenencia de las partes.

6.º «En los asuntos criminales que no estén literalmente sujetos á lo prevenido en los artículos de las Reales Ordenanzas, los juzgados militares no llevarán á efecto sus providencias sin consultarlas antes con el establecido á la intermediacion de mi real persona para que éste las inspeccione y proceda á confirmarlas ó revocarlas, cuya circunstancia obrará de la misma manera en los de los corregimientos existentes y juzgados de letras que yo tuviese á bien crear.

7.º «Los juzgados civiles que ejerzan la real jurisdiccion ordinaria, darán parte al superior de todos los sucesos y acontecimientos que ocurran en su respectivo distrito, sin perjuicio de verificarlo por separado al ministerio de que dependa.

8.º «Todos los que aspiren á prestar sus servicios en la carrera literaria, presentarán los documentos que acrediten la conclusion de sus estudios y demas necesario en la secretaría encargada de este ramo; y antes de elevarse á mi soberana resolucion el expediente instruido, se pasará á mi asesor para que lo examine y vea si está ó no conforme á lo prevenido en los reglamentos publicados por los gobiernos legitimos para la carrera de la jurisprudencia, y en las le-

1) Véase documento núm. 56.

yes particulares que fijan las circunstancias que han de concurrir en los que soliciten entrar en el desempeño de judicaturas.

9.º «Las quejas ó recursos que se hiciesen en reclamación de las providencias dadas por las juntas y diputaciones, se dirigirán á las secretarías del Despacho á que correspondan, y solo en los casos en que se disputen puntos sujetos á fueros ó leyes particulares de estas provincias, se pasaran á mi asesor, á no ser que juzgue yo oportuno oír su parecer ó mande se le remitan.

10.º «Las juntas y diputaciones de las provincias no ejercerán actos judiciales ni formarán procesos, y solo en los casos en que lo exigiese el ejercicio de sus peculiares atribuciones económicas y gubernativas, instruirán los oportunos expedientes, de los que tambien conocerá mi asesor con arreglo á lo dispuesto en el artículo anterior.

11.º «Igualmente quiero y mando que en lo que sea compatible con el estado actual de estas provincias, el referido mi asesor y sus dependencias se arreglen en sus procedimientos á lo establecido por las leyes y práctica constante de los tribunales de reino. Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente á su cumplimiento. — Está rubricado de la real mano. — Dado en el Real de Oñate á 4 de diciembre de 1835. — A don Carlos Cruz-Mayor.»

#### LA GENERALÍSIMA.

#### XXIV.

Segun un amigo nuestro, cuya opinion merece crédito, no hallando don Carlos en la tierra, despues de la muerte de Zumalacárregui, un general que le sustituyese, hubo de buscarle en el cielo, y en 1.º de agosto declaró generalisima del ejército á María Santisima, bajo la advocacion de los Dolores, mandando se celebrase al dia siguiente la bendicion del estandarte que llevaba su divina imagen.

Se ha presentado este hecho como una prueba oficial de fanatismo, y se le ha puesto en ridículo, sin embargo de que las Cortes de Cádiz declararon á Santa Teresa patrona de las Españas, de que los aragoneses nombraron su capitana á la Virgen del Pilar, cuya imagen é invocacion enardeció su entusiasmo; porque estos ejemplos que citamos por recientes, pudiendo hacerlo de muchos otros en la antigüedad, aunque sin tan exacta aplicacion, porque se trataba de

guerras religiosas, ó en las que la religion tenia al menos una gran parte, no justificaban esta disposicion. La guerra de 1835 no era la de 1808, y habian pasado veinte y siete años, inútilmente para pocos. Don Carlos, en su fé ciega, que nunca quisieron ilustrar sus directores espirituales, lo esperaba todo del cielo, y le invocaba de continuo, atribuyendo á su proteccion las victorias. Por eso queria un lábaro celestial, y por eso el estandarte de la Virgen de los Dolores era para él su mas gloriosa y apreciada enseña.

#### PROPOSICIONES PARA RESCATAR AL CORONEL O'DONELL.

#### XXV.

Antes que escribir las últimas y sangrientas páginas de este tomo, arrojariamos, si nos fuera lícito, la pluma, por no referir crímenes que angustian el ánimo y oprimen el corazon. Pero patrimonio como son de la historia, fuerza es consignarlos á despecho de la humanidad.

En Cataluña, merced al carácter de sus naturales, se aumentaba el encono de las pasiones á la par de la guerra, y en todas las ciudades, los clubs ejercian, y en otras populosas, un predominio soberano.

Abundaba en la mayoría de los liberales el deseo de unas buenas instituciones; pero no reinaba la mejor armonía en los medios de formarlas, y les separaba mas y mas la escogitacion del mas legal y oportuno. Obraban en tanto los mas osados alterando el órden en daño de la causa liberal.

Las enemistades de los liberales emigrados, sus rencillas, y hasta sus odios, perjudicaban á todos sus correligionarios; y como eran reconocidos por los pro-hombres del partido y se les rendia un culto mas tradicional que lógico, ápenas se atrevian otros á obrar fuera de la órbita por ellos trazada, órbita bien estrecha por cierto, é irregular.

No es de estrañar, por tanto, que no surgiese de las prepotentes sociedades secretas un pensamiento elevado, salvador; que gastasen los liberales sus fuerzas en luchas estériles y hasta perjudiciales, y que los males del país fuesen en aumento progresivo.

Mendizabal, en vista de esta situacion, sin duda grave, trabajó con leal y sincero propósito y con esfuerzo por mejorarla, pro-

curando ejercer una influencia saludable con todos; pero no faltaron impacientes que comenzaron á desconfiar, si no de sus intenciones, de la realizacion de sus promesas, y de aqui los sucesos del año siguiente.

El pueblo miraba apasionado los acontecimientos, y se poseía de esa febril agitacion, precursora de las revoluciones, de esa inquietud que lleva la revolucion al espíritu antes que á las manos.

El poder no podia ser aun ejercido tan franca y patrióticamente como se deseaba; mas no era por esto el objeto de las iras de los descontentos; las reconcentraba contra el enemigo á quien combatia. Le odiaban de muerte; y cuando se presentó en Barcelona uno de sus mas queridos gefes, lo que era bastante motivo para ser mas odiado por los liberales, empezó á renacer en los mas apasionados el deseo de sacrificarle en holocausto de los males que causaba el carlismo. Pero seria esto un asesinato: vió rendido, preso á su contrario, y procuraron los liberales tranquilizar su agitacion.

O'Donell, el prisionero en la escaramuza de Olot, quedó encerrado en la ciudadela.

Los carlistas habian apresado á su vez, como ya dijimos (1), al gobernador de Guisona, Monfá, y á los comandantes de los nacionales de Tamarite y Alcampel. Todos estos, sin embargo, importaban menos á los carlistas que su estimado coronel, cuyo rescate deseaban.

Una noche acudió al cuartel general de Guergué la esposa de Monfá, y en esta conferencia la aconsejó el gefe carlista fuese á Barcelona y obtuviera de Mina el asentimiento al tratado de Elliot, del que por dos veces le habia remitido copia, y ni aun contestó. Antes de partir esta señora, la acompañó Santocildes, á quien unian vínculos de la mas sincera y antigua amistad con O'Donell, á que abrazara á su esposo, obteniendo primero de Guergué el consentimiento y beneplácito de que la misma señora, si conseguia el cange de O'Donell, se darian en equivalencia de su marido á los dos comandantes de nacionales citados, y aun carta en blanco para que asegurase la entrega de cualquier otro de la clase de tropa ó urbanos que existieran en el campo carlista. Aquella señora partió llena de sentimiento y esperanzas; pero Mina no se dió por entendido. Monfá fué conducido al siguiente día al fuerte de San Lorenzo de Piteus, donde

(1) Véase la pág. 234, cap. XLV.

estaban los comandantes citados de Tamarite y Alcampel, y O'Donell siguió en la ciudadela de Barcelona.

#### ESFUERZOS DE PASTORS POR SALVAR Á O'DONELL.

#### XXVI.

O'Donell se hallaba encerrado en un calabozo de la ciudadela, mas la amistad que de antiguo le unia con Pastors, gobernador del fuerte, le fué de grande alivio; por los favores que le dispensó sin compromiso. Sin esta circunstancia, ni habria podido el prisionero estar en correspondencia con su desconsolada madre, ni escribir á Guergué solicitando que se remitiese en su lugar un gefe de igual graduacion que quedase en rehenes mientras él iba al campo carlista á responder en un consejo de guerra de su conducta militar en Olot (1).

Los prisioneros carlistas, y en particular O'Donell, eran objeto de las iras de algunos, que pensaban en sacrificarles en represalias y venganza de los fusilamientos y asesinatos de las facciones. Tan crítica se fué haciendo la situacion de aquellos desgraciados, que Pastors, deseoso de prevenir una catástrofe, manifestó varias veces al segundo cabo, don Antonio María Alvarez, que mandaba la capital en ausencia de Mina, lo necesario y urgente que se hacia trasladar al gefe carlista á otro punto de mayor seguridad para el mismo interesado. Pastors se avistó ademas con el cónsul inglés, su amigo, en demanda de su apoyo para que fuese admitido en uno de los buques de su nacion en clase de prisionero, por salvar así su vida. Accedió generosamente sir James Anesley, facilitando la traslacion, exigiendo únicamente la iniciativa del capitán general. Negósele Alvarez por no creerse facultado para esta resolucion, y esperando Pastors, que, ya porque consultase este particular con Mina, ó porque lo alarmante de la situacion le moviese á evitar el mal que temia, dejó pasar algunos días.

Aparece en tanto en los periodicos de Bar-

(1) Contestósele que su conducta y comportamiento en Olot habian sido tan dignas como de costumbre; no obstante lo cual, se habia hecho su propuesta al coronel don José Juan de Torres, quien se negó á admitirla; pero que no dudase que se hacian todos los esfuerzos imaginables para conseguir su rescate.

celona un parte de Mina manifestando desde San Lorenzo de Moruñs el 26 de diciembre, que los carlistas continuaban defendiéndose en el Hort, estrechados por las tropas todo lo posible; y que un prisionero, fugado la noche anterior tirándose por los derrumbaderos, habia declarado que los carlistas, atropellando todas las leyes de la guerra, habian fusilado á treinta y tres compañeros que tenian en su poder, incluyendo en este número á todos los oficiales; «de consiguiente, añadía Mina, si esto es así, las medidas sucesivas que pienso dictar los contendrán en adelante.»

La verdad fué, por desgracia, que los sitiados advirtieron á Mina que cada cañonazo que les disparase, costaria la vida á un prisionero, y empezaron quitándose á Monfá y á los comandantes de nacionales que tenian presos.

Esta noticia causó, como era natural, profunda indignacion en los barceloneses, y de ella participó igualmente la escasa fuerza del ejército que guarnecia la ciudadela, perteneciente al regimiento de Saboya, del cual, para mayor infortunio, tenian prisioneros los carlistas del Hort algunos oficiales.

Pastors, alarmado nuevamente con este suceso, volvió á insistir en la traslacion de O'Donell á un buque; pero Alvarez le contestó «que no extrañaba sus continuas reclamaciones sobre tal objeto, cuando habia sabido que, faltando al cumplimiento de la comunicacion que se le tenia prevenida, no solo habia separado de su aposento al prisionero, sino que le habia tenido varias veces á comer con él.» Reconvenccion que, hiriendo en lo mas vivo al general Pastors, le obligó á responder: «que ni como subalterno, ni como gefe, ni como general habia faltado jamás en lo mas mínimo al exactísimo cumplimiento de las órdenes prescritas por sus superiores; que el coronel O'Donell no habia sacado ni un pie de su prision, estando en sus facultades el poderle visitar cuantas veces quisiese, como responsable que era de su persona, así como de las de los demas presos que estaba encargado de custodiar; y si lo hacia casi diariamente con el citado coronel, ofreciéndole cuanto de él dependiese, y no estuviese en oposicion con su responsabilidad y órdenes que se le tenian comunicadas, creyó y creía aun, era un deber, hijo del reconocimiento y de antiguos lazos de amistad que le unian; y que la facultad que le habia concedido al prisionero de escribir, recibir correspondencia

y hablar con su apoderado, habia procedido de la superior autorizacion suya, y no de condescendencia; concluyendo por exigir al citado general Alvarez que se formase una sumaria informacion sobre el hecho para confundir al calumniador.»

Pastors tornó á suplicar al segundo cabo tuviese á bien acceder á la traslacion de O'Donell, tantas veces solicitada, y cada momento mas perentoria. Que resolveria mas adelante, le dijo, y volvió Pastors á palacio con igual demanda en la tarde del 3 de enero. No tuvo esta gestion favorable resultado, y rogó á su salida al secretario del general, el coronel don José Feliú de la Peña, intercediese continuamente con S. E. á fin de obtener la autorizacion, remitiéndosela, aun cuando fuese á última hora, pues que las voces que corrian eran cada vez mas alarmantes.

Todos los esfuerzos de Pastors fueron inútiles.

#### PELIGRO DE LA CIUDADELA.

#### XXVII.

Al N. E. de Barcelona, dentro de la misma, está situada la ciudadela, formando un pentágono regular, con cinco baluartes é igual número de rebellines, contraguardia, foso seco, camino cubierto sin estacada, y sus respectivas plazas de armas entrantes y salientes.

Esta fortaleza, cuya guarnicion necesaria, segun reglamento, debe ser de tres mil hombres, no contaba en la mañana del 4 de enero mas que un pequeño destacamento del regimiento de Saboya, que no llegaba á ciento cincuenta hombres, ocho artilleros y ochenta y un milicianos nacionales. He aqui toda la fuerza para la defensa de un punto de tanta estension, para la custodia del presidio, que encerraba trescientos quince rematados, y la defensa de los tres almacenes de pólvora, que contenian tres mil cuarenta y un quintales, y una cantidad inmensa de municiones, mistos y pertrechos de guerra, y ochenta y cinco prisioneros carlistas.

Como se dirigia contra éstos la saña popular, reforzóse la guardia al medio día del 6 con unos setenta y cuatro soldados, única fuerza útil de un medio batallon del 20 de linea, sin armas la mayor parte y de nueva creacion.

Ya se notaban sintomas evidentes de una conmocion, y en la Plaza de Palacio

se formaban grandes grupos, que engrosaban por momentos. Pastors, ocultándose, á la vista del grave peligro que amenazaba á los carlistas en un carruaje de alquiler, corrió á la ciudadela, atravesando por el inmenso gentío que ya le obstruía el paso.

La multitud marchó al mismo punto por frente del palacio con tambor batiente dando vivas á Isabel II y á la libertad. Cerca del fuerte se aglomeró en el glacis. La avanzada principal de la ciudadela manifestó entonces á Pastors la imposibilidad de contener aquella oleada; mas sin embargo, hizo levantar el puente levadizo, distribuyó la poca tropa disponible en los baluartes mas espuestos, y dejó una corta reserva para atender á lo mas necesario.

En vista los amotinados de estas disposiciones para impedirles la entrada, saltaron al foso é incendiaron la puerta con las infinitas hachas de viento que de antemano llevaban encendidas.

En tan apurada situación, Pastors, sin órdenes de la superioridad, y no atreviéndose á cargar solo con la responsabilidad de las desgracias que acarrearía dar fuego á los cañones, envió con el ayudante don Juan García este oficio al segundo cabo, que obtuvo la contestación que le sigue.

«Excmo. señor: mi situación es cada momento mas apurada: no he recibido contestación alguna á las manifestaciones que tengo dirigidas á V. E.: V. E. conoce los elementos de esta guarnición, como las atenciones que encierra este recinto. Hallándome en comunicación con V. E., no puedo disparar un cañonazo sin la superior aprobación de V. E.: auxilios me son indispensables, y sobre todo órdenes terminantes, que serán por mi parte exactamente obedecidas, aplicando por mi mismo la mecha en el cañon, si necesario fuese, cualquiera que sea el compromiso en que ponga mi existencia esta determinación. Ordenes, excelentísimo señor, órdenes sobre todo. Dios guarde á V. E. muchos años. Guardia del Principal de esta Real Ciudadela, 4 de enero de 1836, á las cinco y media de la tarde.—Excmo. señor general segundo cabo.»

Contestacion marginal.

«Hoy 4: reuna V. E. toda la fuerza sobre los puestos avanzados, á fin de que con ella se impida á los revoltosos su subida á la muralla, valiéndose antes de medios persuasivos y de conciliación, habiendo ya manifestado á un ayudante de la plaza de esa ciudadela dijese á V. E. de mi orden el que

cuide V. E. mucho de contener á los de adentro, pues con respecto á los de afuera me hallaba yo tomando providencias.»—  
Rúbrica.

En tanto que recibía Pastors esta contestación, acompañado del teniente rey, subió al parapeto contiguo á la puerta principal é invitó desde allí á los sublevados declarasen su objeto. Contestáronle al punto les entregase á los presos carlistas y á su frente á O'Donell. Replicóles no estaba facultado para ello, y que lo haría si mostraban una orden superior. Procuró además calmar su efervescencia por cuantos medios suaves le sugirió su buen deseo; pero todo fué inútil. El tumulto se aumentaba, y á vista de la debilidad de la situación de Pastors, eran sus exigencias mas imperiosas.

Vuelve á subir Pastors al parapeto con el coronel Montero, que casualmente se hallaba en el recinto, y propone se nombren uno ó dos comisionados que, en union de dicho coronel se presentasen al segundo cabo, y esponiéndole sus deseos, esperen su resolución. Así lo prometen, y Montero sale por una de las poternas. Pero no cumplieron los alzados este pacto, y reproduciendo con mas fuerza sus gritos y exigencias, Pastors recibe verbalmente del ayudante García la orden que hemos trascrito.

Si el caso no fuese tan serio, podría tomarse á burla decirle que «cuidase mucho de contener á los de adentro, pues sabia que durante el dia habian entrado en la ciudadela algunos á secundar el movimiento de los de afuera; y con respecto á éstos se hallaba tomando sus disposiciones.»

Nadie se movía ni podía moverse dentro de la ciudadela; nada habia allí que temer: en su recinto era donde arreciaba por instantes el peligro; los fosos eran los que estaban cubiertos de gente armada y furiosa con escaleras, y á la que cada vez se hacia mas difícil contener: así envió á decirselo al segundo cabo y mandó en el interin reforzar un poco mas la custodia de los presidios y almacenes de pólvora.

CONDUCTA DEL GENERAL ALVAREZ.

## XXVIII.

Alvarez permanecía en tanto muy tranquilo en su palacio, si no como Pompeyo disfrutando de las delicias de Cápua, como el general que duerme á la vista del enemigo.



Rodeado de militares, nacionales y paisanos, pasábase allí el tiempo en acaloradas y estériles discusiones. Ni un buen pensamiento surgió de aquel laberinto de opiniones.

En vano el ayudante García demostró la crítica situación de las cosas: en vano espuso enérgicamente la verdad, y se inflamó á vista del peligro; no parecía sino que estaba embotada la sensibilidad de aquellos hombres, encadenada su voluntad y coartada su acción. Nada les dijo su deber, nada su honor. Unos pocos se mostraron dispuestos á cumplir aquel y á mirar por éste; pero obedecieron sin duda á otro poder que subyugaba el suyo, y se aquietaron.

Pero oigamos al mismo García lo que pasó en aquellos terribles momentos, no se crean parciales nuestras palabras, de lo que tanto huimos en nuestra obra.

*Relacion en estracto de los avisos verbales que dió por mi conducto el Excmo. señor gobernador de esta Real ciudadela al Excmo. señor general segundo jefe de este ejército y Principado, y de las contestaciones que del mismo modo recibí de este superior jefe para aquel en la tarde del 4 del actual, con motivo de las desagradables ocurrencias de aquella noche en esta real fortaleza.*

« Poco antes de las cinco de la tarde del citado día, me mandó el general Pastors que, saliendo por la puerta del Socorro, fuese á palacio y dijese al general Alvarez, que una considerable parte del pueblo, agolpándose al glacis y atropellando la guardia avanzada del principal, se hallaba sobre el puente y el foso, con intento, según las voces que daban y sus preparativos, que habían de incendiar el puente levadizo; y que en su consecuencia esperaba se le auxiliase con fuerza, ó bien que se le diesen instrucciones de lo que debía hacer. Esta orden quedó cumplimentada en seguida por mi parte, y á ella me contestó el general Alvarez dijese al general Pastors: « Que cuidase de contener á los de dentro, pues sabía que durante el día habían entrado en la ciudadela algunos para secundar el movimiento de los de afuera; y que con respecto á éstos estaba tomando sus disposiciones. » Sin perder momento me volví por el mismo camino á la ciudadela para dar la antecedente contestación, y al entrar vi venir corriendo hácia mí al general gobernador, que sin darme casi tiempo á que le enterase de

ella, me mandó volver á palacio á decir: « Que los alborotadores, en número de más de ciento, se preparaban á subir por unas escaleras que habían traído, y que esperaba una pronta resolución para evitarlo, ú ordenes terminantes. » A esta segunda orden salí corriendo hasta llegar á palacio, donde encontré al general Alvarez rodeado de muchos gefes y oficiales é individuos de los batallones de nacionales, y de otras personas, que hablando casi todas á un tiempo sobre el modo y medio de contener al pueblo, nada resolvían, privándome por un buen rato de hablar á S. E.; pero al fin lo conseguí, añadiéndole en voz alta que en la ciudadela, no solo se temía el que fusilasen á los facciosos presos, sino el que por buscarlos volasen los almacenes de pólvora y mistos, ó el que abriendo los presidios, diesen la libertad á seiscientos ó setecientos facinerosos y ladrones que encerraban, capaces de cometer todo género de excesos y tropelías. Al oír esto se redoblaron los esfuerzos del general, los de un coronel que allí estaba, y mis exageraciones, dirigidas á conmover en favor de mi comisión los ánimos de los presentes; pero todo fué infructuoso, pues no se tomó disposición alguna.

« Llevado, no obstante, del deseo de sacar á mi general gobernador de la crítica posición en que le consideraba, y habiendo oído en medio de esta confusión al comandante Gironella que iría con su batallón hácia la ciudadela para contener al pueblo, se lo dije al general Alvarez, y me mandó que me fuese con dicho comandante; siendo la única contestación que me dió S. E. á este segundo aviso. Busqué al señor de Gironella, que ya había desaparecido, y encontrándole en la Plaza de Palacio, le recordé su oferta, y le dije que S. E. me mandaba fuese con él; pero desentendiéndose de todo, y estando ya marchando su batallón hácia San Sebastián, me dijo no se separaba de sus nacionales. En vista de esto, vuelvo á subir á palacio, se lo digo á S. E., y sin darme contestación, continuó exhortando á todos los que le rodeaban, hasta ofrecerles que al día siguiente se facilitaría á todos los facciosos presos; con lo cual únicamente consiguió que un oficial y unos diez ó doce nacionales de todas clases fuesen conmigo á enterar de esta disposición á las gentes por si se conseguía el que desistiesen de su intento y se retirasen á sus casas; lo que no tuvo efecto, porque dijeron que debía ser aquella noche misma, resul-

tando de esta terquedad que el oficial y nacionales desapareciesen, dejándome entre la muchedumbre, de la que pude zafarme con mucho trabajo hasta entrar en palacio, en cuyo cuerpo de guardia me estuve hasta que supe que se habían ya bajado los puentes levadizos de la ciudadela, á la que me fui en cumplimiento de mi deber. Real Ciudadela 5 de enero de 1836. — El capitán, primer ayudante supernumerario, Juan García.»

ESCALAMIENTO DE LA CIUDADELA. — ASESI-  
NATOS.

### XXIX.

A unos doscientos pasos del glacis de la ciudadela, se hallaba la Plaza de Palacio preñada de batallones, escuadrones y artillería, y la luz siniestra de los hachones de la multitud amolinada, permitía ver sus movimientos. Desde las cuatro de la tarde hasta cerca de las siete, en cuya hora se realizó el escalamiento de la ciudadela, estuvo la milicia y estuvieron las autoridades contemplando impasibles aquella escena de horror, sin que en este intervalo apareciese un soldado á secundar los esfuerzos de su gobernador, cada vez mas inútiles por el progresivo aumento y las exigencias de los sublevados.

Impacientes ya éstos, y fraternizando con ellos la tropa que custodiaba la fortaleza, empezaron á escalar la muralla. Sábalo Pastors por el teniente coronel mayor de Saboya, y trata de reforzar aquel punto y prevenir el atentado; pero se le dice al mismo tiempo que arde la puerta principal, y corre á ella, haciendo antes responsables de todos los puntos á sus respectivos gefes.

Esta responsabilidad era de todo punto ilusoria; porque ni podían hacerse obedecer de los soldados, ni en ello mostraban, por infructuoso, mucho empeño. Los paisanos decían á los soldados que iban á vengar á sus gefes, á éstos, que á sus compañeros, y el grito de represalias y de «venganza á nuestros compañeros, amigos y parientes asesinados,» aturdió el espacio y se confundía con las aclamaciones de todos á Isabel II, á la libertad y á Saboya. Entre los mismos amotinados se reclamaba el orden y la disciplina; pero eran tales la gritería y confusión, que nadie se entendía, y se dejaban llevar unos á otros del mas osado.

Corre Pastors al sitio escalado, creyendo que la tropa, obedeciendo sus órdenes, ha-

bria cortado las escaleras é impedido la subida; pero halla á los centinelas mezclados con la multitud, y el baluarte lleno de gente. Amonéstales se tranquilicen, y García, que regresa á la sazón de palacio, les manifiesta de parte del general, que al día siguiente serian los presos juzgados y sentenciados por una comisión de los gefes de la milicia.

Era tarde para todo; y empujándose aquella masa compacta, y gritando unánime:

«Que se nos entreguen las facciosos prisioneros y no perturbaremos el orden; queremos hacer un acto de reparadora justicia,» iban como las olas agitadas que se estienden por la orilla, derramándose por la ciudadela.

Pastors, en medio de aquella multitud que le aturdió, esforzándose inútilmente por hacerse oír. Conseguió un momento; pero los que iban invadiendo el baluarte, perturbaban aquel instantáneo silencio con sus aclamaciones y amenazas, y empezaban todos á pedir las llaves de los calabozos, lanzando acusaciones contra el gobernador, y amenazándole y á su familia. Nada, sin embargo, le intimida, á pesar de verse solo, pues á escepcion del alcaide, don Mateo Brun, nadie levanta una voz en su auxilio, nadie le defiende en su resistencia á las exigencias de los amotinados con un valor temerario.

Pero, ¿qué importaba á éstos que no les diese las llaves de las prisiones teniendo fusiles? Corren, pues, á ellas, y rompen las cerraduras de sus puertas á balazos.

Entonces, á la siniestra luz de las antorchas, en aquellos calabozos, cuyas paredes ennegrecían aun mas el humo de los hachones, se consumaron escenas tan sangrientas é inhumanas como las del 2 al 6 de setiembre en la capital de la república francesa, y los alaridos de las víctimas se mezclaron con el estruendo de los fusilazos, presentando un cuadro tan aterrador á la vista como al oído. Allí fueron todos inmolados sin piedad: allí fué ocioso pedir justicia, inútil desear morir cristianamente: la piedad habia huido de aquellos corazones, reemplazada por el furor político. Y dejándose llevar de su sed de venganza, ávidos de nuevas víctimas, creyendo hallar prisioneros en los almacenes de pólvora, corrieron á ellos con las hachas encendidas. Pero Pastors, con una energía, digna de memoria eterna, se desprendió de cuantos le rodeaban, voló al primer almacén amenazado, y

con el teniente rey y sargento mayor, se puso frente á la puerta, rogando á los invasores que antes que forzarla, hollasen sus cadáveres, evitándole de este modo ser espectador de una esplosión que sepultaría á todos bajo las ruinas de la ciudadela y de una gran parte de Barcelona.

El acento de estas palabras les probó su verdad, aterrados se dirigieron de allí á donde los tiros y los ayes de nuevas víctimas llamaban su frenética atencion. Uno de aquellos desalmados, al retirarse, intentó asesinar traidoramente al que así le salvaba; pero afortunadamente desvió su puñal, apoderándose de él, Pascual Lopez, soldado de Saboya, único que se decidió á seguir á Pastors.

En Atarazanas, Canaletas y el Santo Hospital, donde tambien habia prisioneros carlistas, se repitieron iguales escenas, sin oposicion.

#### REUNION EN CASA DE ALVAREZ.

### XXX.

A las ocho y media se presentaron algunos nacionales á la puerta principal de la ciudadela; la mandó abrir Pastors y entraron batiendo marcha hasta la plaza, donde se dispersaron como por encanto. Reconviene el gobernador á un oficial que con un corto número quedó formado, le contestó que «aquella fuerza era una comision de los nacionales que iba á enterarse de si habian sido ó no ejecutados los malvados, como deseaban y merecian.»

La mayor parte del 2.º batallon de nacionales, con el coronel don Ramon Miguel á su cabeza, llegó tambien á la ciudadela; y convencidos de las ejecuciones, quedaron la mitad en el puente de piedra, y el resto entró en la plaza, cooperando con algunos lanceros nacionales y tropa á despejar el recinto, lo cual se consiguió á las diez y media.

Terminado ya todo en la ciudadela, corrió Pastors á participar á Alvarez lo ocurrido, y le halló rodeado de las autoridades y gefes de los batallones de linea y de la guardia nacional, discutiendo el modo de contener los escesos no terminados y que patentizaban los tiros que se oian, y eran los fusilamientos de los prisioneros de Atarazanas, Canaletas y Santo Hospital.

Pastors manifiesta que, al ver tan patente la impunidad, y aun proteccion, que se

concedia á semejantes atentados, oyó al fin dirigirse el general Alvarez á todas las autoridades allí presentes, y con particularidad á los comandantes de nacionales, preguntándoles con energia si se hallaban ó no resueltos é impedir la continuacion de tamaños desórdenes; y poniéndose éstos en pie le contestaron, «que lo ofrecian y cumplirian, asegurándole que se contendrian los escesos, *menos el de ser fusilados los prisioneros facciosos, pues esta era la voluntad general.*»

«Semejante proposicion, dicha en alta voz á presencia del capitán general interino, que en el acto de no contradecirla era claro que á ella se adheria, ó por lo menos que no la contrariaba, no dejó duda á Pastors de la poca energia de esta autoridad, que le esplicaron claramente las causas de la conducta observada respecto á los insurgentes que lograron apoderarse de la ciudadela, así como las consecuencias funestas que se hubieran seguido de una resistencia por su parte inútil, al mismo tiempo que opuesta á las miras de la *voluntad general*, autorizada y sostenida por la primera autoridad de Barcelona, y aun puede decirse originada, por haber sido ella la que con la irreflexion y poco meditacion publicacion del parte ya citado y su comentario, escitó la alarma y la indignacion en un pueblo agitado ya con sobrada vehemencia por pasiones encontradas y á cual mas violentas é irresistibles (1).»

En efecto; lo único notable que hizo aquella reunion de autoridades, fué consignar en un acta (2) su impotencia y su abandono.

Pastors no quiso hacerse cómplice y se retiró, ofreciendo al general remitirle al siguiente dia una exacta relacion de lo ocurrido (3).

Apenas daba crédito Pastors á lo que veia; pareciéndole imposible que tan elevada autoridad, abdicara de tal manera, no solo de un poder que tan justamente podia emplear, sino hasta lo que el buen militar, lo que el hombre debe conservar siempre con orgullo.

(1) Biografía de Pastors.

(2) Véase documento num. 57.

(3) Idem 38.

## SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DELS HORTS.

## XXXI.

San Lorenzo de Piteus, cuyas fortificaciones mandó derribar Llauder, era la constante guarida de los carlistas de aquella parte de la montaña. Guarnecíala á la sazón Tristany con seiscientos hombres que, no pudiendo resistir á las fuerzas superiores de Mina, tuvieron que permitir la ocupase éste, como lo verificó el 23 de diciembre.

Inmediato el santuario de Nuestra Señora dels Horts, se encerraron en él doscientos carlistas de los mas intrépidos, al mando de Miralles. El edificio estaba convertido en un verdadero fuerte, y abastecido de víveres y municiones para un mes; circunstancia que aguijoneó mas y mas el deseo de Mina de ocuparle. A fin de imponer á los defensores y á los que pudieran auxiliarles, adoptó severas medidas; pero fué amenazado con represalias, y se contuvieron los sacrificios empezados. Estrechóse el sitio, rompióse el fuego, y entonces fué cuando tuvo lugar la muerte referida de algunos prisioneros del ejército y milicia, arrojados por las ventanas á un precipicio.

Así creemos murió el desgraciado Monfá y otros de sus compañeros, por cuya vida en vano fué su esposa á suplicar á Mina. ¡Cruel rigor que acabó con decididos partidarios de la libertad, dignos de mejor suerte, y causó las víctimas que han visto nuestros lectores se inmolaron en Barcelona!

Pasando á este punto Mina, quedaron Iriarte y Niubó estrechando el sitio, que procuraron levantar Burjó, Boquica, Caballería, Castell y el mismo Tristany, reunidos al efecto en los pueblos inmediatos. El 20 de enero atacaron los campamentos del Plá de Sobol, Casas de Posadas, Roca Foradada, y aun al mismo San Lorenzo. Pero á pesar de esceder entonces su fuerza á la de los sitiadores, fueron vencidos. Mas crítica así la situación de los encerrados en el Horts, decidiéronse á abrirse paso para salvarse de una muerte segura, careciendo ya de provisiones y completamente imposibilitados de todo auxilio. Salen aquellos valientes en la noche del 23; pero se les observa, son rechazados y cercados, y perecen casi todos, incluso el gefe. Algunos se despeñan en los precipicios por salvarse, y muy pocos llegan á guarecerse al abrigo de la fuerza de Tristany.

TOMO II.

Los vencedores se ensangrentaron con sus enemigos, creyendo habian dado muerte á todos los prisioneros; mas al ocupar el Santuario encontraron ciento cuatro compañeros que habian sido respetados por los carlistas, siquiera fuese por temor si caian ellos prisioneros.

¡Tal era el carácter de la guerra civil de Cataluña! Sangre y esterminio por doquier; matanza y desolacion entre hermanos, todos valientes, todos útiles á su patria.

## RESPONSABILIDAD DE LA AUTORIDAD MILITAR EN LOS ASESINATOS DE BARCELONA.

## XXXII.

Entre las ciento y tantas víctimas inmoladas en Barcelona al ciego furor de las pasiones políticas, contábase como se puede inferir por lo dicho, don Juan O'Donell, el carlista den dado y caballero, digno de otra muerte. Su noble cabeza sirvió de juguete á la plebe, y su cuerpo fué arrastrado por las calles.

La misma suerte cupo á algun otro para mengua de sus autores, para baldon de la autoridad que consintió tan horribles excesos, y que no impidiéndolos, se hizo cómplice de su perpetracion, dañando gravemente en vez de servir á la causa liberal.

Nadie disculpa á la indolente autoridad militar que por desgracia mandaba en Barcelona, porque ni aun autorizó á sus subordinados á obrar como deseaban en tan crítica situación, por salvar cuando menos su honor: indignados de presenciar impasibles tamaño escándalo, todos hacen responsable al general don Antonio María Alvarez de los crímenes que empañaron un momento las glorias de la culta Barcelona, que mancharon las páginas de nuestra historia, que costaron, recrudesciendo la lucha, tantas vidas de partidarios ardientes y leales de ambas causas.

Referidos y probados los tristes sucesos á que aludimos, tijan de una manera evidente la conducta deplorable de un gefe á quien todos acusan, y que sin duda lamentaria el motin y preveeria sus consecuencias; pero á quien faltó el necesario aliento y confianza de sí mismo para tomar otra actitud menos débil é imprevisora. El general Alvarez tiene dadas sobradas pruebas de amor á la libertad y al orden, de buenos sentimientos y de valor, para que se le pueda creer mal intencionado. Ha bajado, además, al sepul-

cro, y esta circunstancia nos haria en otro caso ser mas circunspectos. Nosotros, que profesamos el principio de que la autoridad, lo mismo la militar que la civil debe sacrificar su vida á su deber, y que no tendríamos palabras bastantes á encarecer la gloria del general Alvarez muriendo, caso necesario, por sostener el órden con la espada que para ello ceñia, no podemos desconocer lo difícil de la situacion, y si bien creemos que no habria faltado quien á todo hubiese cerrado los ojos, y hubiese ofrecido su existencia en holocausto de su obligacion, tambien nos parece que colocados otros en el puesto del que nos ocupa, hubieran evitado un choque, de que no podian salir bien librados, y cuyo éxito hubieŕa sido no menos funesto á los infelices é inofensivos prisioneros, y en estremo fatal á la causa que la milicia y el ejército sostenian de consuno. El carácter fuerte de los catalanes, su exaltacion por el sacrificio de los prisioneros del Santuario, su fuerza, la insignificante del ejército, las simpatías de ésta, del mismo cuerpo precisamente que algunos de los sacrificados, y las de la numerosa milicia, todo era para arredrar al mas valiente. Pero no se trata de colision, porque habria sido temeraria; trátase de prevision, que no se tuvo, de esfuerzos imaginables que no se hicieron, de medidas que revelasen decision á sostener la tranquilidad, que no se emplearon. Este es el cargo que hacemos á quien Mina fió su sostenimiento.

#### NUEVOS ACONTECIMIENTOS EN BARCELONA.

#### XXXIII.

Los cadáveres de la Ciudadela fueron trasladados de órden de Pastors al cementerio, quedando aun por las calles algunos restos humanos, horror de las almas sensibles.

La noche concluyó pacífica; pero al dia siguiente tuvo la insurreccion otras exigencias, y considerables grupos, sostenidos por la fuerza de la milicia, aclamaron la Constitucion de 1812 y puso la lápida, custodiada por dos centinelas, en el pórtico de la Lonja.

Alvarez, avergonzado entonces de su inaccion, salió al fin de ella y se mostró enérgico.

Impulsado por las demas autoridades, y apoyado por una gran parte de los nacionales, que no querian saliese la Constitucion

de un motin sangriento é inhumano, opúsose á aquella manifestacion, y fué sofocada, como acaso pudo serlo la anterior.

Haciendo Alvarez ostentoso alarde de su mando, recorrió las filas de la tropa y de la milicia, dirigióles una arenga (1), de que por respeto á sus cenizas no queremos decir cosa alguna, y se mostró satisfecho de haber contenido una insurreccion de ideas liberales, despues de haber permitido la de actos sangrientos. Y al paso que dejaba impunes á los autores de los asesinatos del 4, castigaba á los que sospechaba tenian alguna parte en la bullanga de la tarde del 5. Asi aparecia cómplice en la una, juez en la otra, porque asi mostraba que si hubiese adoptado el 4 las medidas preventivas que el 5, teniendo, como tenia, con tanta antelacion, noticias ciertas de que se trataba de sacrificar á los prisioneros, no habria tenido que avergonzarse la capital del destino que cupo á aquellos desgraciados.

Esto que aparece de su conducta, se confirma mas y mas por sus mismos documentos oficiales. Humeante aun la sangre de las víctimas, dió esta otra proclama, de que tanto se podria decir igualmente.

«Barceloneses: el órden público se halla restablecido. Los señores comandantes de la guardia nacional han prometido mantenerlo, auxiliados de sus respectivos cuerpos. Queda, pues, al cuidado de éstos el que no se observe la menor perturbacion, en inteligencia de que las patrullas de los mismos tra-

(1) Decia así:

«Guardias nacionales de todas armas: Isabel II, la libertad y la patria se sonrien con agradecimiento al contemplaros; os dan las gracias, beneméritos y verdaderos patriotas, y yo os admiro con entusiasmo. Los carlistas habian buscado ilusos, que provocando á la rebelion con pretextos lisongeros, os robaron luego vuestras propiedades, y atropellando la resistencia de ciudadanos libres y leales, abrir despues la puerta al ridiculo Pretendiente. Todo lo habeis conjurado con vuestro patriotismo: sois grandes y dignos hijos de la patria. Buscad y denunciadme los instigadores en la noche mas hermosa que los buenos pueden gozar, y el rigor de la ley caerá sobre ellos. Todo lo espero, y me prometo con vuestro apoyo, y los vecinos todos conmigo os repiten aplausos de gratitud por habernos salvado de la mas horrorosa catástrofe. Con la union y la fuerza que poseemos, tiembren nuestros enemigos, sea cual fuese su máscara ó disfraz. Barcelona 6 de enero de 1836.—El general segundo gefe de este ejército y principado.—Antonio María Alvarez.»

tarán con todo rigor á los que de nuevo dieren el menor motivo ó señal de querer alterar la tranquilidad, como tan decidida y noblemente lo ejecutaron el 6 de agosto, salvando las propiedades de todos. Yo confío, barceloneses, que presentaremos al mundo este magnífico ejemplo de paz y de orden. Barcelona 5 de enero de 1836.—El segundo general, Antonio María Alvarez.»

Antítesis de esta proclama es el bando, también del 6; pero ¿obraba por inspiracion propia, ó impulsado por otros? Los hechos nos demuestran lo segundo, y por ellos vemos que una gran parte de los nacionales se opuso á que se aclamase la Constitucion, y fué un miliciano quien apagó las luces que alumbraban la lámpida y la quitó.

El bando decia así:

«Usando de las facultades que me están conferidas en el estado de sitio en que se encuentra esta plaza, segun el art. 1.º del bando del Excmo. señor capitán general de 20 (debe ser 29) de noviembre último, ordeno y mando:

Art. 1.º »Todo grito contra el actual sistema de gobierno, se declarará subversivo, y como tal se impondrá la pena de las leyes al que lo pronuncie y á los que se hallaren en la reunion que se hubiese proferido. Para los mismos efectos se declara sedicioso todo grito ó espresion que tienda á alterar la tranquilidad, y motivo, toda accion contra el orden público.

Art. 2.º »Los muchachos mezclados en las reuniones ó que alboroten por las calles con vivas ó mueras, serán destinados como vagos, de tambores á Ultramar; los padres, parientes ó tutores pueden evitarlo cuidándolos como deben.

Art. 3.º »Se disolverá todo grupo ó reunion alarmante por las patrullas de la guardia nacional, amonestando que se retiren; si no lo verificasen en el acto, serán arrestados y comprendidos en las penas del artículo 1.º

Art. 4.º »Se formará una comision militar compuesta de seis gefes, dos del ejército y cuatro de la guardia nacional, la que presidirá el coronel que nombraré para juzgar en el acto á los comprendidos en el presente bando. Barcelona 6 de enero de 1836.—El general segundo gefe del ejército y Principado, Antonio María Alvarez.»

El ayuntamiento dirigió también el propio día su voz á los barceloneses, diciéndoles entre otras cosas lo siguiente:

«Ayer disteis una leccion terrible á los

viles agentes de la usurpacion y á los pocos y malos ciudadanos que, haciendo causa comun con ellos, habian concebido el temerario empeño de introducir entre nosotros la tea de la discordia. Pero sus esperanzas fueron vanas, y el cuerpo municipal de Barcelona, lleno de júbilo, se complace sinceramente al ver terminados los momentos de agitacion.»

Refiriéndose á los sucesos del 4, decia:

«Si circunstancias imprevistas han ofrecido á nuestros ojos algunas escenas lamentables, preciso es que las apartemos de la memoria, mayormente cuando no pertenecen al carácter generoso de este vecindario. Regocijaos, pues, barceloneses.... Vivid tranquilos: ocupaos en vuestras tareas y labores. Reposad en la confianza y patriotismo que os deben merecer las autoridades que os gobiernan.... Ellas velan por vuestro bienestar.... ¿Quién podrá, pues, turbaros un momento en vuestros quehaceres, cuando en las mismas, en el cuerpo municipal, en todos los batallones de la fuerza armada y guardia nacional, y entre todos los buenos ciudadanos interesados en la gloria de la nacion, ya no se oyen otros deseos ni otras palabras que las voces encantadoras de viva Isabel II, orden, libertad y union?»

Al participar Alvarez al gobierno los anteriores sucesos, trató de justificar los asesinatos del 4, como si pudiera disculparlos el sacrificio de algunos prisioneros dels Horts, y el que se hubieran escapado á los carlistas un oficial y un sargento presos por un delito militar.

El ministerio comprendió perfectamente sobre quién recaía la responsabilidad de aquellos acontecimientos, y se negó prudente á satisfacer la demanda de algunos próceres, apoyada por el duque de Osuna, y otros individuos de aquel cuerpo, que exigian diese cuenta de unas escenas que el público habia calificado debidamente. Y no se culpe al ministerio de que halagó á la guardia nacional de Barcelona; pasiva espectadora del asalto á la ciudadela, obedeció á las circunstancias y premió su decision por la causa de la reina, y estimulándola oportunamente á que se sacrificara en su defensa.

SE PRESENTA MINA EN BARCELONA.

XXXIV.

En la tarde del 6, el ejército que se agolpaba en la Rambla y las voces que empezaban á oirse, produjeron una pequeña alarma, que terminó al verse la causa. Era la presencia de Mina, á quien todos saludaban, y cuya llegada se ansiaba y se bendecía por los amantes del orden, considerada como prenda de su estabilidad, porque la mayoría del pueblo y en su buen juicio, se creía sin autoridad, habiendo abdicado de hecho la que habia visto venir la pasada tormenta sin tratar de conjurarla.

Mina voló á Barcelona luego que supo habia sido teatro de tan lamentables desórdenes, sin otro acompañamiento que el del gefe y oficiales de estado mayor, los ayudantes de campo y el capellan Apezteguia; siguiéndole á poca distancia unos doscientos mozos de escuadra, por ser los únicos que podian marchar á la carrera, acostumbrados á la rapidez de los movimientos.

Difícil es espicar la sensacion que causó en el espíritu del general, dicen sus *Memoorias*, y los sentimientos que experimentó cuando llegó á conocer las circunstancias del suceso del día 4; y no dejó de llamar mucho su atención la ocurrencia del 5. Todo se habia hecho y estaba concluido en su ausencia: las personas sospechosas, ó contra las que la autoridad tenia pruebas, se hallaban arrestadas; así que creyó, y para ello tuvo razones muy poderosas, que en aquel estado, lo único que le incumbia era el dar fuerza á las disposiciones publicadas por el general segundo cabo, y así lo verificó por medio de una corta alocucion á los barceloneses, concebida en estos términos:

«A mi llegada á esta plaza me dió cuenta de los desagradables sucesos ocurridos en ella, y que todos presenciaron, el excelentísimo señor don Antonio Maria Alvarez, que, como segundo gefe de Cataluña, me ha representado durante mi ausencia. Jamás hubiera creído que dentro del recinto de la liberal Barcelona se abrigasen hombres que, so color de promover la libertad é invocando un sagrado nombre, entronizasen la anarquía, hollando las leyes y arrastrando en pos de sus inicuos planes el trono de nuestra inocente Isabel y las libertades patrias. ¡Cuánta sorpresa me ha causado verme engañado, y cuánto placer siente mi corazón

al tributar la debida gratitud á los buenos que con su actitud dieron bien á conocer la ninguna cooperacion que deben prometerse de ellos los perversos que tratan de alterar la pública tranquilidad, ya asegurada!

«Catalanes, vuestra existencia política estriba en el sostenimiento del orden, en la union y en la tranquilidad, y estad seguros que, conservando estas garantías, jamás peleará lo que tanto deseo conservar.

» ¡Tiembren los malvados! Las disposiciones prescritas por mi segundo en el bando del día 6 del corriente, sabré llevarlas á debida y puntual ejecucion, reservándome tomar cuantas otras sean necesarias para hacer conocer que la ley impera, y que sufrirá sus efectos todo aquel que quiera hollarlas.

» Isabel II, libertad y orden: ved aqui repetida mi profesion de fé. Los que profesaren otros principios, ó huyan á aumentar esas hordas de asesinos que invocan otro nombre, ó prepárense á que la ley use de su fuerza con ellos.

«Honrados ciudadanos de Barcelona, tranquilizaos: unios todos contra ese puñado de perturbadores de vuestra paz; la autoridad está con vosotros; ella vela y destruirá las maquinaciones de los malos. Creedme. Barcelona 8 de enero de 1836.—Francisco Espoz y Mina.»

Despues de esta manifestacion, no quiso hacer averiguaciones, y obró en esto prudente, sobre los anteriores sucesos. Ya hemos visto la nulidad á que la fuerza del ejército se hallaba reducida: no era escaso el número de milicianos que habian tomado parte en las primeras ocurrencias, y era peligroso sondear la llaga. Por esto, cuando le hablaron en favor de los desterrados á Canarias (1), indicándole una persona de toda su confianza, que si los presos eran deportados sin formacion de causa, se calificaria esta medida de arbitraria. Mina respondió: —«Mi deber, si intervengo en este asunto, es sujetar á los presos á un consejo de guerra. ¿Será mejor emplear este medio, por el que habrá que fusilarlos, ó que, aunque sea ilegalmente, sean desterrados á Canarias, de donde podrán volver pasados algunos meses?»

Por esto se culpó á Mina de obrar con demasiada indulgencia; mas si dejó de mostrarse tan severo como la justicia exigía, se mostró tan hábil como la conveniencia reclamaba. ¿Habrian apoyado la ejecucion de

(1) Véase el capítulo siguiente.

sus compañeros los batallones de la guardia nacional? ¿Cuáles habrían sido las consecuencias de su negativa?

La falta de salud de Mina le postró nuevamente en cama, si bien no por esto se dispensó del despacho.

## PROYECTOS Y DEPORTACIONES.

## XXXV.

A consecuencia de los acontecimientos que dejamos referidos, fueron deportadas algunas personas (1), y entre ellas don Eugenio de Aviraneta, á quien ya conocen nuestros lectores, y que no llevó otro objeto á Barcelona que combatir los planes de los carlistas, sin que tuviese la menor parte en los asesinatos del 4; por el contrario, los reprobó y lamentó; así lo jura por su honor; así lo ha publicado, y nadie le ha contradicho. Pero revolucionario, por genio para ello, asustaba su nombre, y bastó esta circunstancia para que no se le creyese completamente ajeno á la direccion de los acontecimientos.

Y en verdad que de cuantas publicaciones se hicieron de aquellos sucesos, ninguna ofrece la originalidad y el interés que el folleto de los señores Aviraneta y Beltran, titulado *Mina y los proscriptos*, impreso en Argel, y del cual no se encuentra ejemplares (3).

Segun él y otros antecedentes que tene-

(1) Don Antonio Gironella; don José Montero; don Tomás Beltran Soler; Ignacio Bonifaci; Ignacio Balat; Negri; Champaner; Rojas; don Francisco de Paula Gonzalez; don José María Pons; don Francisco Raull; don Agustín Gal; Juan Nevot; don Domingo Vila; Jaime Vidal, de catorce años, y don José Galindo.

(2) Es notable este primer párrafo del folleto.

«Al ver la falsa posicion en que se hallaba la Cataluña por efecto de las maquinaciones de una faccion solapada y anárquica, por nuestro propio honor nos vemos precisados á descorrer el velo y manifestar las insidiosas intrigas de hombres viles y mercenarios, proselitados á un bando ambicioso y de ocultos emisarios de don Carlos y del gabinete de Luis Felipe, á fin de que el pueblo español conozca evidentemente la verdadera causa de los acontecimientos ocurridos en Barcelona el 4 y 5 de enero último, y el proceder criminal del segundo cabo de aquellas provincias, don Antonio Maria Alvarez, á quien en parte es debida la atroz persecucion que estamos sufriendo.»

mos á la vista, se creyó útil marcharse á Cataluña Aviraneta á fin de sostener y aumentar el espíritu liberal de algunas de sus autoridades y habitantes, y fué garantizado con una carta de Mendizabal (1), á que el portador dió la importancia que á la de Urias. En Valencia trataron de disuadirle prosiguiera su viage, que consideraban peligroso; pero confió en las ofertas que se le habian hecho, y continuó á Barcelona.

Súpose en tanto que sus compañeros y amigos en la córte habian recibido un extraordinario de Paris, avisándoles la salida de un coronel y tres capitanes sardos para Cataluña, con nota de sus filaciones y el objeto de su viage, que no era otro que el de fomentar un levantamiento en Barcelona, al paso que en Génova se disponia una expedicion miguelista contra Portugal. Participó al momento esta noticia á Mendizabal, y á Beltran de Soler, quien hallándose en Barcelona, la trasladó inmediatamente á Mina. En su consecuencia fueron presos en la fonda de las Cuatro Naciones los citados extranjeros, que fueron precisamente las primeras victimas que cayeron bajo el puñal homicida en los calabozos de la ciudadela. Sin esta desgracia, hubieran podido ser importantísimas sus revelaciones.

Aviraneta llegó á bordo del *Bulear* á la capital del Principado el 27 de diciembre: presentóse al dia siguiente á la esposa de Mina, por encontrarse éste en campaña, y dirigió á poco dos comunicaciones al presidente del Consejo, segun habia convenido, anunciándole que habia conseguido encontrar el foco insurreccional del carlismo y de la intriga estrangera en Cataluña, y que tenia introducida en su junta suprema persona de toda su confianza, que le pondria al corriente de cuanto maquinasen: que pensaba despachar comisionados á Perpiñan, Marsella y Génova, para que, puestos en contacto con los cónsules españoles de aquellos puntos, desentrañasen todos los planes, rogando á Mendizabal les oficiase al efecto; y por último, que esperaba el regreso del general Mina para formar, de acuerdo con él, un plan contra-revolucionario que desorganizase radicalmente el carlismo de Cataluña.

Ocupábase en estos trabajos, cuando le sorprendieron las escenas del 4 de enero, y al saberlas, corrió á ofrecer sus servicios al general Alvarez y á la esposa de Mina,

(1) Véase documento núm. 39.



quien le manifestó cuanto había ocurrido y estaba ocurriendo en la junta celebrada con asistencia de los comandantes de los batallones de la guardia nacional, que deseaba se hiciesen represalias con los prisioneros de la ciudadela, por lo cual rogó aquella señora al general Alvarez lo consignase así en el acta.

Cuando estalló la insurrección del 5, se personó Aviraneta con Alvarez, á quien encontró lleno de temor y zozobra, y el cual, llevándole á uno de los balcones del salón, le dijo:

—Tengo la mayor confianza en vd., porque me constan sus antecedentes: dígame usted francamente. ¿hay alguna prevención popular contra mí? ¿Se quiere atentar contra mi vida? Porque en este caso voy á renunciar inmediatamente el mando.

—No hay ninguna prevención contra usted, le contestó Aviraneta; y por lo que he podido vislumbrar, este movimiento tiene un origen impuro. Si vd. deja el mando, dejará vd. acéfala la ciudad, y por consiguiente entregada á los horrores de la anarquía. Sosténgase vd. hasta la llegada del general Mina.

Al mismo tiempo le aconsejaba Feliú de la Peña medidas violentas; pero Alvarez, sin saber qué partido tomar, abandonado de todos, preguntaba de nuevo:

—¿Qué me aconseja vd., Aviraneta, en trance tan apurado, para que pueda sosegar al pueblo?

—Que reúna vd. los colegios gremiales, ya que no tiene vd. ayuntamiento ni ninguna autoridad que le auxilie.

Aviraneta continuó después en palacio, ora acompañando al general Alvarez, ora en la sociedad de la señora de Mina y del amigo de éste, don Pedro Gil. Retiróse á las once y media de la noche á su casa, y á la hora y media fué sacado de la cama por la policía y fuerza armada, y conducido á bordo del navio inglés *Rodney*, con las demas personas citadas. A pocos días fueron trasbordados á la fragata *Artemisa*, que los condujo á las islas Canarias, á disposición del capitán general.

APRECIACION DE LOS ANTERIORES SUCESOS  
POR VARIOS ESCRITORES.

XXXVI.

En el folleto citado se leen párrafos notables, cuyo juicio dejamos al lector, dando

de ellos un ligero extracto, y presentándole como complemento de los acontecimientos que acabamos de citar.

«¿Quién provocó, dice, el asesinato de los presos? Mina, con el parte que dió desde el Santuario dels Horts anunciando el horroroso asesinato de treinta y tres prisioneros; su confidente Xaudaró, por medio del periódico que redactaba, y su.... Mentor, Feliú de la Peña, quien le entregó una copia de aquel parte fatal en la misma noche del día en que le recibió.... ¿Dónde está el que capitaneaba á los asesinos en la noche del 4, el que habiendo subido á la cortina de la ciudadela, puesto al frente de los agresores arengó al gobernador; el que pidió las cabezas de las víctimas que estaban bajo la custodia de su honor militar; el que, por convenio de Pastors se unió con el coronel Montero para personarse con Alvarez, á fin de que abandonase al Marat barcelonés el sacrificio de tantas víctimas?... ¿Cómo no se le embarcó en la fragata *Artemisa* para Canarias? ¿Quién amenazó con los puñales y violentó al comerciante Gironella para que se pronunciasse con el sexto batallón de la guardia nacional?... Los paniaguados de Feliú, los confidentes de Mina (1). ¿Dónde está el acta de la junta

(1) «En el artículo comunicado en *El Español*, núm. 83, vemos que es público lo acaecido con Gironella: éste, si se quiere, es el único que aparece criminal entre nosotros, siempre que el ministerio Mendizabal se crea con derecho á declarar criminal al que aclame la ley fundamental de su país; pero cuando así fuese, ¿podrá llamarse criminal una persona á quien en tan críticas circunstancias, en el momento en que la autoridad emudecía, y solo reinaba el puñal y el terrorismo, se le dice: *Parte de nuestros enemigos acaban de sucumbir á los golpes de estos puñales. Las autoridades no han opuesto resistencia á nuestra venganza, ó por mejor decir, nadie manda aquí mas que nosotros. Nuestro plan es proclamar la Constitución. Nos falta un ciudadano de acreditada honradez, de responsabilidad y de influjo, y os hemos elegido para que deis el grito de ¡viva la Constitución! Si no obedecéis, considerad que la cabeza de O'Donnell está separada de su cuerpo, y que esta muerte es la que aguarda á cuantos se opongan á nuestros mandatos. El puñal os vigila.*

» Así se espresa don Wenceslao Aiguales de Izco, que suscribió aquel artículo, y casi en los mismos términos se esplica don Gervasio Gironella en otro comunicado que leímos en dicho periódico. Siendo tan públicos estos hechos, es regular que la autoridad los sepa, que sobre los mismos se haya formado espiediente, y que por fin se convenza de que enviando á

celebrada en el anochecer del día 4 de enero, poco antes de consumarse el sacrificio de las víctimas de la ciudadela? ¿Dónde están consignadas las palabras y los votos de los comandantes de la guardia nacional, en aquel fatal momento, y que tantas veces rogó la señora de Mina, á presencia de Aviraneta, al general Alvarez, se consignasen en dicha acta? ¿Por qué no han sido confinados á Canarias aquellos comandantes que dijeron abundar en las mismas ideas, y que tomaban bajo su responsabilidad las consecuencias de aquellos acontecimientos? ¿Por qué se hizo el ejemplar con solo el comandante Gironella? ¿Por qué el 4, solo se trataba de asesinatos, y el 5 se habló de Constitución, y á muchos de nuestros gobernantes debe serles indiferente que los españoles nos asesinenos mutuamente, con tal que no se trate de los derechos é intereses del pueblo? ¿Por qué habiendo suspendido el gobernador, teniente de rey y sargento mayor de la ciudadela, no se ha hecho otro tanto con el general Alvarez, que es el único criminal que á primera vista se presenta? ¿Por qué no se formó causa á los primeros? ¿Por qué no se formó tambien al segundo cabo, quien sabiendo por el parte que le dió el general Pastors quince días antes la existencia del plan de asesinato, no tomó las medidas necesarias para evitarlo, sino que lo toleró á sangre fria, y quizá provocó la catástrofe?»

Preguntan luego los motivos que tuvieron Alvarez y Mina para desterrarlos á quinientas leguas del teatro, sin consultar al gobierno, de los sucesos; y por qué si tenían pruebas no les entregaron á los tribunales (1).

Canarias á personas que no pudieron tener parte en tamaños atropellamientos, cometió la mayor de las injusticias, y un asesinato civil, de cuyas consecuencias debe ser responsable ante la ley y ante el tribunal de la opinion pública.»

(Nota 21 del citado folleto.)

(1) En otro folleto de Aviraneta, impreso en Madrid en 1837, se halla la siguiente nota:

«Después de terminar el ministerio Mendizabal, á solicitud de varios compañeros míos de infortunios, pidió el gobierno al capitán general de Cataluña los antecedentes y causas que motivaron la deportacion á Canarias; y el general don Pedro Maria Pastors, segundo cabo del Principado, dijo en contestacion, que en aquella capitania general no aparecia nada contra los que fueron deportados.

«Todos representaron á S. M. invocando justicia. Yo lo hice con la mayor energia el 3

Laméntanse después de la injusticia con que se procedió contra ellos; esponen varios hechos, ajenos de este lugar, y terminan su escrito con las esposiciones á las autoridades

de febrero de 1836 por conducto del comandante general de las islas Canarias, pidiendo la formacion de causa. En uno de los párrafos de mi representacion decia á S. M.:

«En ella (en la causa que solicitaba se me formase) *podré manifestar los crímenes de unos gefes, que no contentos con provocar el movimiento del 4 y 5 de enero, autorizaron á sangre fria con su presencia, y quizá dirigieron los asesinatos del 4, prepararon los acontecimientos del 5, por fines que no se ocultan á cuantos están iniciados en los misterios de secretos conciliábulos, dirigidos á miras parciales de un cierto número de individuos, á ambiciones encontradas de personas orgullosas é intrigantes, al entronzamiento ó ruina de determinados sugetos, y al establecimiento de perniciosas doctrinas.*»

«El interesantísimo papel publicado por el patriota don Vicente Bertran de Lis, con el título de *Demostracion que hace de las proposiciones sentadas en el escrito que ha publicado sobre la aplicacion de mil millones de bienes nacionales para premiar á los que se distinguen en la presente lucha*, me ha suministrado la clave del secreto de la horrenda trama de Barcelona. Dice el señor Bertran de Lis en la segunda columna de su *Demostracion*.

«Esta idea produjo las promesas de concluir la guerra en seis meses, sin empréstitos ni aumento de contribuciones, y de aqui el voto de confianza y la posibilidad de manejar los intereses del Estado de modo que se hiciera necesario. Conocia el señor Mendizabal muy bien, que según todos los cálculos de probabilidad y de una regular lógica, no podían llenarse sus promesas, y por esta razon puso las condiciones para cumplirlas de que *debía haber ventajas en el ejército, que había de tener el apoyo de los Estamentos, y que no se había de alterar el orden público*. Es decir, que para disculparse luego cuando se viera que no se cumplieran estas ofertas, le era necesario que no hubiera ventajas, que le faltara el apoyo del Estamento, y que se alterara el orden público en alguna provincia.» *Las tres cosas ocurrieron.*

«Se necesitaba, pues, á todo trance que se alterara el orden público en algun punto de la monarquia, y se escogió sin duda á Barcelona para ejecutarlo luego que yo hubiese llegado con la carta de *Urias*, que me entregó el mismo señor Mendizabal. Bien penetrado de que había sido victima inocente de una trama páfida, en la representacion que le dirigí desde Argel con fecha 13 de marzo de 1836, como á presidente del Consejo de Ministros, le puse el párrafo siguiente para que entendiése que había dado en el secreto de tanta infamia.

«No es nuevo en iguales casos ver á los gobernantes provocar convulsiones popula-

des, al gobierno y á la reina, en las cuales se quejan sentidamente de haber sido atropellados, y demandan una reparacion.

*res, tramar conspiraciones sin plan y sin objeto, acalorar los ánimos, ya sea por medio de noticias de desgracias exageradas, ó con desacertadas providencias que irriten á los buenos, para tener ocasion de saciar venganzas particulares, y por medio de un abuso de autoridad asesinar y procribir á determinadas personas que infundieran temor ó desconfianza á la faccion tiránica ó á los satélites que ésta tiene asalariados.*

» Al señor Mendizábal no le importaban los clamores de tantas víctimas sacrificadas por la arbitrariedad, el objeto estaba conseguido; tenia ya el pretexto para disculparse de las promesas no realizadas.

» Atacado por el señor duque de Osuna en el Estamento de próceres el 22 de enero de 1836 para que presentase los antecedentes de criminalidad de los deportados á Canarias, contestó que no existia ninguno en el ministerio, no obstante el trascurso de diez y seis dias. Meses despues tampoco los presentó.

Pastors, destituido del mando, espuso tambien lo que su conciencia y honor reclamaban (1).

Tal fué el desenlace de los ruidosos acontecimientos de Barcelona, que hemos narrado cumpliendo nuestro deber, tal cual los hemos comprendido. Mas grato nos habria sido omitirlos, si con su omision hubiéramos podido desglosarles de la historia, en la que están consignados, y á la cual pertenecen.

¡Triste mision la del que tiene que oprimir su pecho, al evocar recuerdos que ofenden á la humanidad y empañan las glorias de su patria!

como debía, para satisfacer los deseos del ilustre Estamento, la vindicta pública y el decoro y responsabilidad del gabinete. ¿ Pero qué habia de presentar si nada existia ni aparecia en la misma capitania general de Barcelona, segun la contestacion del segundo cabo, el general Pastors, al ministro de la Guerra?

(1) Véase documento núm. 40.

## ADICIONES.

## I.—Al capítulo LIII del libro IV, página 70.

Aunque en nada destruye lo que manifestamos sobre el ataque de Zumalacárregui á Villafranca, y sorpresa de Descarga, creemos completar estos sucesos con las siguientes líneas, de una corrección hecha en la biografía de Espartero, publicada en la obra del *Estado Mayor del Ejército*, que con tanto lujo da á luz el señor Chamorro.

«El general en jefe de las tropas de la reina, don Gerónimo Valdés, creyó que su honor, y el interés de la causa que defendía, estaban íntimamente ligadas á la conservación de Villafranca, y se propuso socorrerla á todo trance. Al efecto acordó que el ejército se pusiera en marcha dividido en tres columnas, las cuales debían partir de diversos puntos, y siguiendo varios convergentes, caer en las inmediaciones de Villafranca. La primera de estas columnas, á las inmediatas órdenes del general en jefe, debía adelantarse desde Pamplona; la segunda, regida por el general Oráa, avanzaría desde el valle del Baztan, y la tercera, á cuya cabeza iba el general Espartero, emprendería su movimiento desde Vitoria. Fiel á las instrucciones que había recibido Espartero, pronunció su marcha en la dirección de Vergara, habiendo mandado á sus espías que adquiriesen las noticias posibles acerca del movimiento de Oráa y del general en jefe; pero no recibiendo alguna que pudiera satisfacer su justa impaciencia, se resolvió á situarse sobre la altura de Descarga el día 2 de junio, punto el más estratégico y á propósito, ya para darse la mano con las fuerzas combinadas, ya para imponer á los carlistas, ó ya finalmente, para

tener una doble línea de retirada, bastante sólida y segura en la dirección de Vitoria á Bilbao. La posición de Descarga, aunque muy dominante y en cierto modo inespugnable, ofrecía, sin embargo, algunos accidentes y varios peligros. En efecto, al pie de aquellas empinadas crestas se abren profundos barrancos cubiertos de maleza, que presentan mucha facilidad para una emboscada. Espartero adoptó prontas y eficaces disposiciones para asegurar los puntos más espuestos, y al decir de uno de sus biógrafos, se estableció allí como providencialmente un vivac, el más arreglado á las reglas de castramentación que se vió jamás en ninguna ocasión de la pasada lucha, á juicio de personas inteligentes en la materia. Las tropas que dirigía Espartero constaban de las divisiones de Alava y Vizcaya, y de una brigada auxiliar navarra, regidas inmediatamente y respectivamente por el barón del Solar de Espinosa, el conde de Mirasol y el coronel Ulibarri. Estas fuerzas habían sufrido mucho durante su marcha por un terreno áspero y difícil, y bajo una atmósfera glacial. Lejos de encontrar alivio en la posición de Descarga, los infelices soldados, sin medios de guarecerse contra la lluvia, no podían manejar sus armas ni encender las hogueras necesarias para secar sus vestidos empapados en el agua.

»La razón y la experiencia acreditan sobradamente el grande y pernicioso influjo que los padecimientos físicos ejercen sobre la parte moral. Y considerando al propio tiempo cuán afectada se hallaba esta en las tropas de la reina por los últimos acontecimientos, fácilmente se comprenderá la posibilidad y el resultado de una sorpresa. Viva era la ansiedad del general Espartero

viendo que trascurrían las horas sin que apareciesen las fuerzas de Oráa y Valdés, y redoblaba su inquietud el ruido del cañon carlista, que tronando sobre Villafranca reducía á la mas angustiada situacion á los sitiados. A las doce del dia dejó de percibirse el fuego de la artillería enemiga, y un rayo de esperanza iluminó el espíritu del general Espartero, pues lo atribuyó á la presencia por aquel lado del general Valdés, y bajo esta impresion, y en esta creencia, reputó como tropas de la reina á las que en la hora de las cuatro avanzaban formando largas columnas en la direccion de Descarga; pero no tardó en convenecerse de que aquellas fuerzas pertenecian al ejército sitiador, y se replegaban sobre Villarreal y Zumarraga con el objeto de ampararse contra el fuerte temporal de agua, que segun las señales atmosféricas, debia sobrevenir al principio de la noche. No resultaron fallidos estos cálculos y temores; las nubes se desgarraron con mayor estrépito, y empezaron á arrojar torrentes de agua, siendo tanta y tan profunda la oscuridad de la noche, que no podian distinguirse los objetos á dos pasos de distancia. Esta circunstancia y el deseo de esperar por mas tiempo el concurso de las otras fuerzas sabelinas, inclinaron el ánimo de Espartero á permanecer toda la noche en la eminencia de Descarga, pero cuando ya habia adoptado esta resolucion, supo por un espia de su confianza que el general Oráa habia sido derrotado en la sierra de Larramear, (1) y que no se tenia noticia alguna del general Valdés, lo que autorizaba á creer que este gefe se hallaba aun á considerable distancia.

»Esta idea, unida al deplorable estado de sus tropas, alteró completamente el pensamiento del general Espartero. Comprendiendo la probabilidad de que Zumacárregui se arrojará en las gargantas de Salina ó Elgueta cortándole la retirada sobre Vitoria ó Bilbao, viendo por otra parte que la combinacion habia fracasado de todo punto, y considerando que su permanencia en Descarga solo podia acarrearle un desastre, se apresuró á precaverle, y dió orden para descampar y hacer movimiento retrógrado.

»Las tropas isabelinas recibieron esta orden á las siete de la tarde; las alas debian confluír siguiendo los radios mas cortos so-

bre la carretera, á fin de continuar la marcha iniciada por el centro, que compuesto de la division de Alava, y mandada por el baron del Solar, llegó á Vergara á las diez y media de la noche, sin ser molestado por los enemigos. El temporal era cada vez mas adverso, y multiplicaba los obstáculos de esta triste expedicion: el cielo encapotado y sombrío despedía una lluvia fina y abundante, que impelida por fuertes ráfagas de viento, daba de cara á los soldados: la débil luz de las moribundas hogueras lanzaba sus últimos fulgores, estinguéndose bajo el golpe del agua, y haciendo mas sensible la lobreguez de la noche. Favorecian singularmente estas circunstancias cualquier sorpresa por parte del enemigo.

»En efecto, la brigada auxiliar de Navarra que seguía inmediatamente el movimiento de la division de Alava, se vió atacada por fuerzas contrarias, cuyo número ignoraba. Eran estas cuarenta caballos y cuatro compañías de infantería, que el general carlista Eraso habia hecho salir de Villarreal de Zumarraga, entre ocho y nueve de la noche, con el objeto de que observaran las tropas de la reina, cuya marcha debia ser vacilante é insegura por el estado fangoso del terreno y por el rigor de la intemperie; y advirtiéndolo los carlistas concibieron el atrevido proyecto de caer con tan escaso caudal de gente contra el grueso de los isabelinos, proyecto que de temerario hubiera podido calificarse si el éxito no le hubiera legitimado: treparon por el cuerpo de una de aquellas eminencias; llegaron al punto donde se hallaba un centinela, y al *quién vive*, dado por aquel, contestan estos con el grito de ¡viva Isabel III! y avanzando siempre le desarman, y se arrojan impetuosamente sobre las avanzadas de Navarra. Las tropas de esta acostumbradas á desafiar la muerte en cien combates, se desordenan no pudiendo formar con un precipicio á su izquierda y una altura ocupada por el enemigo á su derecha, y estando en marcha, ora porque aquella atmósfera glacial les impidiera hacer uso de sus fuerzas; ora porque su moral estuviese dolorosamente afectada, segun hemos dicho, por los repetidos desastres que espermentaban las tropas de la reina, ora finalmente porque la sorpresa hubiera enervado sus bríos, lo cierto es que se desbandan, envuelven en la fuga á sus gefes y oficiales é introducen la confusion y el desaliento en la division de retaguardia. Breve como la ocasion, rápido como el pen-

(1) Debe ser Larrainzar.

samiento, impetuoso como el deseo de la victoria, fué el golpe que dieron á esta los caslistas, y el concurso de las mismas circunstancias y á mas el ejemplo dado por las fuerzas de Navarra, produjeron el mismo resultado que en el ataque anterior. El desconcierto es grave desde un principio, el desórden llega al fin á su colmo, las sombras de la noche impiden distinguir amigos y enemigos, y los carlistas repiten los vivas á la Reina para lograr mejor sus designios.»

**II.—Incidentes relativos al general Espartero, ampliando el capítulo XV del libro V, página 118, sobre la accion de Arrigorriaga y paso del puente de Bolueta.**

«Las fuerzas de Ezpeleta y Espartero habian realizado el fin que les prescribiera el general en jefe, y no podian permanecer inactivas en un extremo de la línea, habiendo quedado algunos puntos muy débiles ó mal protegidos. Por otra parte, la entrada en Bilbao de la legion inglesa, que debía permanecer y reorganizarse en esta plaza, haria ilusoria cualquiera nueva tentativa de los carlistas. Al apoyo de estas consideraciones, Ezpeleta dispuso que las tropas de su inmediato mando y las del general Espartero, regresaran á los puntos que antes habian ocupado. En la mañana del 11 de enero pronunciaron estas tropas su movimiento, llevando Espartero la vanguardia, dirigiendo Ezpeleta el centro, y cubriendo la retaguardia Evans con sus ingleses, los cuales habian de regresar á Bilbao desde San Miguel de Basauri. Los carlistas arrojaron dos ó tres batallones sobre los isabelinos, á fin de entorpecer la marcha de éstos, ya muy difícil por lo escarpado y ágrío del terreno. Sin embargo, el intrépido Espartero arrolla al enemigo en los diferentes choques que empeña, y persiguiendo con tanto ardor como firmeza, sintiéndose siempre sostenido por las fuerzas de Ezpeleta y Evans, penetra sin grandes dificultades en el pueblo de Arrigorriaga, y se apodera del fuerte que domina allí las agitadas corrientes del Nervion, venciendo la resistencia que opusieron los carlistas, y haciendo algunos prisioneros. Supo por éstos que don Carlos, á la cabeza de diez y ocho batallones y trescientos jinetes, marchaba desde Durango con direccion á Bilbao, ignorando el movimiento operado por las tropas de la reina. El carlista, al decir de los prisioneros, de-

bia hallarse en aquellos momentos sobre el camino de Durango, al otro lado de las alturas de Arrigorriaga. Esta noticia fué un rayo de luz que hizo concebir á Espartero la posibilidad de oprimir á los carlistas con un ataque de frente y flanco. El podia, en efecto, ocupar con su division las mencionadas alturas de Arrigorriaga, y marchando las fuerzas de Ezpeleta y Evans por el camino real de San Miguel de Basauri, colocarían á don Carlos en la situacion mas critica. Participó esta idea al general Ezpeleta, quien á su vez la consultó con Evans y Alava; pero la opinion de éstos fué contraria á la de Espartero, fundándose para combatirla en que las fuerzas inglesas no tenian aun aquel grado de organizacion, disciplina y esperiencia que se necesitaban para llevar á feliz cima un combate porfiado y peligroso. Adoptóse, por consiguiente, una determinacion opuesta, y se mandó que el ejército isabelino hiciera su movimiento retrógrado sobre Bilbao.

»Se emprendió casi á presencia del enemigo esta operacion arriesgada; los cuerpos de Ezpeleta y Evans siguieron la carretera de San Miguel de Basauri, y llegaron á Bilbao, habiendo empeñado un ataque con varios destacamentos enemigos. Pero Espartero ocupaba en aquellos instantes el punto de mayor peligro; cubria la retaguardia y esperaba recibir sobre sus brazos todo el ejército carlista. En efecto, éste avanzó rápidamente desde el camino de Durango, y pretendió envolver la retaguardia isabelina. Espartero efectuó la retirada por escalones con mucho órden y firmeza. El combate es desigual; pero la serena intrepidez del general isabelino contiene los progresos del carlista, y disputa el terreno palmo á palmo. Defendiase con esta tenacidad en la creencia de que Ezpeleta y Evans protegerian su espalda; pero cuando llegó á la altura de Ollargan, ocupada por el último escalon, observó que las dos precitadas divisiones no ocupaban los puestos donde las suponía; mas no pudiendo persuadirse de que le hubieran dejado en una situacion tan critica, juzgó que estarian ocultas por una revuelta ó recodo que forma el camino real, cerca del puente de Bolueta. Pronto se desvaneció, sin embargo, esta lisonjera esperanza. Las fuerzas de Ezpeleta y Evans se hallaban ya en las inmediaciones de Bilbao, peleando con los carlistas que habian cruzado el rio, y Espartero se vió frente al enemigo con un solo batallon, pues los de-

mas, faltos de municiones, habian recibido orden suya para dirigirse á la plaza y proveerse del suficiente número de cartuchos. Espartero defendió la altura de Ollargan desesperadamente y hasta que sus soldados quemaron el último cebo. Entonces ordenó que el batallon verificara un movimiento sobre el flanco izquierdo, y formado en batalla cayera con rapidez sobre el camino cubierto en las márgenes del Nervion. Aquí alteró la formacion de este cuerpo, prescribiendo la de cuatro en fondo, como la mas á propósito para practicar el paso del puente. ¿Pero cuál fué la sorpresa y la indignacion de Espartero al observar que en este punto, llave única de la comunicacion con Bilbao, no habia un solo soldado de la reina que pudiera proteger y amparar el paso de sus compañeros? Entonces demostró ese denuedo extraordinario que forma el rasgo mas sobresaliente de su carácter militar. Espartero se lanza al puente, acompañado de cinco ordenanzas; pero al punto se ve asaltado y envuelto por cuarenta caballos carlistas que habia en la margen opuesta del rio. El batallon que seguia no pudo prestarle auxilio alguno, exhausto como estaba completamente de municiones. Pero no receja en este inaudito empeño, y sigue

peleando con una constancia admirable.

»Los habitantes de Bilbao, asomados á las ventanas y balcones, presenciaban este combate heroico, y sus leales pechos palpitan bajo el sentimiento de la desgracia que amenazaba al general Espartero, sin que les fuera dable venir en su socorro, hallándose interpuestos entre la plaza y el rio algunos batallones carlistas. En lucha tan desigual y terrible recibe Espartero dos golpes de lanza; pero disparando una de sus pistolas, hiere mortalmente en la cabeza al gefe que mandaba los caballos carlistas, lo que debilitó algo la impetuosa acometida de éstos; algunos infantes que militaban bajo la misma bandera, tendidos sobre la margen del Nervion, dirigieron sus balas al puente, y una de ellas atravesó el brazo izquierdo de Espartero; mas este intrépido general, ocultando su herida para no desalentar la tropa, envainó su sable, tomó las bridas del caballo con la mano derecha, y permaneció en aquel sitio peligroso hasta que hubo pasado el último soldado. Los demas batallones que formaban la retaguardia, y que habian marchado á Bilbao para municionarse, no se atrevieron á cruzar el puente, y se dirigieron á un vado difícil y profundo, donde perecieron ahogados muchos hombres.»

El general Espartero, al observar que el batallon que seguia no pudo prestarle auxilio alguno, exhausto como estaba completamente de municiones, no receja en este inaudito empeño, y sigue peleando con una constancia admirable. Los habitantes de Bilbao, asomados á las ventanas y balcones, presenciaban este combate heroico, y sus leales pechos palpitan bajo el sentimiento de la desgracia que amenazaba al general Espartero, sin que les fuera dable venir en su socorro, hallándose interpuestos entre la plaza y el rio algunos batallones carlistas. En lucha tan desigual y terrible recibe Espartero dos golpes de lanza; pero disparando una de sus pistolas, hiere mortalmente en la cabeza al gefe que mandaba los caballos carlistas, lo que debilitó algo la impetuosa acometida de éstos; algunos infantes que militaban bajo la misma bandera, tendidos sobre la margen del Nervion, dirigieron sus balas al puente, y una de ellas atravesó el brazo izquierdo de Espartero; mas este intrépido general, ocultando su herida para no desalentar la tropa, envainó su sable, tomó las bridas del caballo con la mano derecha, y permaneció en aquel sitio peligroso hasta que hubo pasado el último soldado. Los demas batallones que formaban la retaguardia, y que habian marchado á Bilbao para municionarse, no se atrevieron á cruzar el puente, y se dirigieron á un vado difícil y profundo, donde perecieron ahogados muchos hombres.

El general Espartero, al observar que el batallon que seguia no pudo prestarle auxilio alguno, exhausto como estaba completamente de municiones, no receja en este inaudito empeño, y sigue peleando con una constancia admirable. Los habitantes de Bilbao, asomados á las ventanas y balcones, presenciaban este combate heroico, y sus leales pechos palpitan bajo el sentimiento de la desgracia que amenazaba al general Espartero, sin que les fuera dable venir en su socorro, hallándose interpuestos entre la plaza y el rio algunos batallones carlistas. En lucha tan desigual y terrible recibe Espartero dos golpes de lanza; pero disparando una de sus pistolas, hiere mortalmente en la cabeza al gefe que mandaba los caballos carlistas, lo que debilitó algo la impetuosa acometida de éstos; algunos infantes que militaban bajo la misma bandera, tendidos sobre la margen del Nervion, dirigieron sus balas al puente, y una de ellas atravesó el brazo izquierdo de Espartero; mas este intrépido general, ocultando su herida para no desalentar la tropa, envainó su sable, tomó las bridas del caballo con la mano derecha, y permaneció en aquel sitio peligroso hasta que hubo pasado el último soldado. Los demas batallones que formaban la retaguardia, y que habian marchado á Bilbao para municionarse, no se atrevieron á cruzar el puente, y se dirigieron á un vado difícil y profundo, donde perecieron ahogados muchos hombres.

## DOCUMENTOS.

### NÚMERO 1.

S. M. el rey de la Gran Bretaña á su ministro de relaciones exteriores el vizconde de Palmerston.

El rey acusa al lord Palmerston el recibo de su carta de ayer, y no puede oponerse al cumplimiento de lo que pide el marqués de Miraflores, ó mas bien el gobierno español, de que algunos buques pequeños de la escuadra de S. M. bajo el mando del vicealmirante Parker, sean enviados á la costa del Norte de España, con orden de entrar en caso de necesidad en alguno de los puertos de aquella costa, pero garantizando que no tomarán parte alguna en la lucha que continúa en las provincias; y S. M. autoriza al vizconde de Palmerston á comunicar al almirantazgo el placer que tendrá en ello.

Como quiera que sea, el rey no puede menos en esta ocasion de mirar con sumo sentimiento, por no decir disgusto, el carácter sanguinario de aquella lucha, y los principios bajo que siguen esta guerra el general Quesada y otros oficiales de los que mandan las tropas de la reina; carácter que aparece á los ojos de S. M. como contrario á lo que dicta la humanidad en cualesquiera circunstancia, y bajo la mas rigurosa justicia.

S. M. aprobando altamente, como lo hace, la última representacion hecha sobre el particular por Mr. de Villiers al señor Martinez de la Rosa, y sintiendo hayan sido hasta ahora infructuosas las anteriores, no puede llegar á creer que haya entre sus buques ni entre su gente, quien, ni aun del modo mas indirecto, pudiera prestarles ayuda en un sistema tan sanguinario, y desea por lo tanto que el vizconde de Palmerston suplique al marqués de Miraflores que haga saber á la reina regenta de España el deseo íntimo y personal de S. M. de que se adopten medidas que sujeten los procedimientos

de los empleados y oficiales de su gobierno y ejército, á un sistema calculado para conciliar mas bien que para destruir á aquellos á quienes es del interés de S. M. la reina llamar á su deber.

S. M. el rey confia que la reina Gobernadora verá en este paso un firme deseo de su triunfo y prosperidad, y se lisonsea de que no apelará en vano á los ilustres individuos á quienes, por la publicacion de una amnistia general, ha dado recientemente una prueba de su moderacion y clemencia, atributos propios de su sexo.—Firmado—William.—Londres 4 de junio de 1834.

### NÚM 2.

#### Carta de Orán á Valdés.

Irurita 6 de mayo de 1835.—Excelentísimo señor don Gerónimo Valdés.—Mi venerado general: para contestar á la favorecida de vd. de 4 del actual en toda la estension que demanda su objeto, seria preciso entrar en la cuestion del plan de campaña mas adoptable á la clase de guerra que me ocupa, calidad del terreno y demas circunstancias que se reunen, ó conocer el que vd. se propone seguir; pero cualquiera que sea este, manifestaré sucintamente la utilidad que ofrecerá la conservacion de los valles de Baztan, Bertizarana, Lerin, Basaburua Menor y las cinco Villas, que componen el distrito que me habia señalado, y las desventajas que ocasionaria su abandono. Este pais por sus recursos y confinacion con Francia, ofrece en sí subsistencia para las tropas, y por su localidad auxilios del extranjero. Si conviene privar á los enemigos de estos medios, debe conservarse, y sino ser abandonado. Determinado á ocuparlo en el primer concepto, se me mandó fortificar á Santesteban, y establecer casas fuertes en Oyeregui, Ordax y Vera, y promover voluntaria ó forzosamente el armamento de sus



habitantes. Inmediatamente me empleé en las obras de los tres primeros puntos que están concluidas, y se iba á trabajar en el último cuando me fué preciso suspenderlo para proteger un convoy que desde los Aldeides se llevó el 28 á Pamplona, y sucesivamente me he visto precisado á mantenerme en contacto con los puertos de Velate y Donamaria, para estar á la mira de las operaciones de Zumalacárregui sobre la Lezama y Larraun, cumplir lo que vd. me habia ordenado en 16 del pasado sin perder de vista el pronunciamiento de estos habitantes, de cuya buena predisposicion hubiese tenido en el dia mayor fruto, si hubiera contado con el metálico, equipo, municiones y vestuario que he solicitado y no se me ha enviado. De las indicaciones de vd. concibo no conviene en el principio de sostener puntos fortificados y que adopta el de ocupar el pais con una fuerza, que apoyada en los naturales opere ofensiva y defensivamente, segun las circunstancias; y al efecto desea saber cuales podrán ser los progresos que se obtendran en ocho ó quince dias sobre su decision.

Siendo la obediencia el norte de mis operaciones, espero las órdenes de vd. para arreglarme á ellas, y en el caso de que deba abandonarse el todo, se servirá vd. insinuarme cuanto haya de hacerse con los almacenes de boca y guerra, hospital, armas, etc.; y en el de dejar los dos batallones, decirme los que han de ser estos, en cuyo supuesto ruego á vd. se digne destinar á otro punto en que pueda ser mas útil á su afectísimo subordinado y atento seguro servidor Q. B. S. M.—Marcelino Oráa.

### MUM. 3.

#### Comunicado de Oráa sobre la accion de Larrainzar.

Si el respeto debido al elevado destino de un ministro general en jefe, revestido con todas las facultades régias (*y el temor del abuso de autoridad*), han podido ser la causa en bien del servicio, de guardar silencio á el ultrage hecho á los cuerpos de la segunda division que tuvieron la desgracia de sucumbir á los elementos en la malhadada jornada del 29 de mayo último, ya es tiempo de romperlo y descubrir la verdad, presentando los hechos segun acontecieron, á fin de conservar ileso el honor, atrocemente ofendido en la órden del 1.º de junio próximo pasado, que publicaron vds. en su periódico en 10 del mismo.

Sin saber si el Excmo. señor general don Gerónimo Valdés habia formado algunos planes, y cuales eran para la salida de la indicada division del Baztan, ó el motivo por qué teniendo entre S. E. y el general

Espartero treinta y cinco batallones, con mas de mil caballos, necesitaba de la misma para levantar el sitio de la guarnicion de Villafranca, donde se duda si llegaba á un tercio el número de enemigos, si como ustedes suponen era aquel su objeto, el movimiento de la segunda division para el punto señalado era poco militar, muy aventurado á la intermediacion del enemigo, y nada á propósito para conseguirlo. Si por el contrario S. E. hubiese accedido á las justas reclamaciones y oportunas insinuaciones del brigadier Jáuregui, hubiese sido socorrida aquella guarnicion el 31 de mayo ó 1.º de junio; y no solo se hubiera conseguido levantar el sitio, sino acaso dar un golpe á la faccion, siempre que S. E. protegiese la operacion con los trece batallones y la caballeria que tenia á su intermediacion, y el general Espartero con los otros veinte y dos, dirigiéndose el primero por Alsasua, y el segundo por Villarreal y Ormastegui. La segunda division situada en Irurita podia haber marchado sin riesgo alguno en un dia á Oyarzun, dejando á su izquierda á los cuatro batallones enemigos que estaban en Oiz, Urroz y Lavayen, haberse reunido con la brigada de Jáuregui, que se hallaba en San Sebastian ó Tolosa, y al dia siguiente, con los diez u once batallones que juntarian los dos gefes, hubieran atacado decididamente á los sitiadores, y obtenido los resultados que segun vds. se proponia S. E., y no hubiera sido extraño que en la retirada sufriesen algun golpe los enemigos por las tropas de S. E., las del general Espartero, ó se les cogiese la artilleria. En la marcha de la segunda division á Oyarzun ó Hernani, no habia ningun obstáculo, los cuatro batallones enemigos se quedaban cinco ó seis horas á la izquierda del camino: la plaza de San Sebastian y fuerte de Tolosa, que aseguraban en todo evento el movimiento, servian de apoyo para la operacion. Ignoro por qué no se obró asi, pues no me parece aventurado afirmar, que la guarnicion de Villafranca se hubiera salvado de este modo, y que se podian conservar hoy los fuertes de Tolosa, Vergara, Durango, Ochandiano y Salvatierra. Este hubiera sido el plan seguido por cualquiera otro gefe que hubiese mandado, conociendo el terreno y sabiendo la situacion de los enemigos y de nuestras tropas.

La segunda division habia tenido hasta el 29 la gloria de haberse conservado y salido con lucimiento de los apuros y peligros en que la pusieron, y la satisfaccion de haber socorrido en algunos á varias columnas; lo que, y el haber permanecido tanto tiempo en el Baztan sin haber sido atacados y sin haber experimentado los reverses de la guerra de Navarra, dió lugar á la emulacion y celos, y se trató de comprometerla para

abatir el orgullo con que podían presentarse sus individuos vencedores, respetados y siempre temidos de sus enemigos: al efecto se discurrió el movimiento y arregló de modo que, aprovechándose el enemigo del mal tiempo, y favorecido de los desfiladeros ó de los bosques, batiese la division en la marcha, y si llegaba á Aldaz ó Lecumberrí, puntos señalados, fuese atacada por unos diez y seis ó veinte batallones, como hubiera sucedido si S. E. se movía por donde pensaba y le dejaba en dichos puntos, en cuyo caso la derrota hubiera sido mayor, y más completa la satisfaccion de los que fundan su patriotismo en su ambicion.

El horroroso temporal de aquellos dias era conocido; y sin embargo, S. E. envió el 27 desde Pamplona una orden por triplicado al comandante general de la division, para que bajo toda responsabilidad estuviese el 28 en uno de los indicados pueblos ó sus inmediaciones, si la recibía á tiempo, y cuando no el 29, dejando en las guarniciones la tropa precisa para la defensa. En la noche del 28, bajo un sobre, llegaron las tres órdenes, y en la madrugada del dia siguiente emprendió la division la marcha por Oyaregui y Santesteban, de cuyas guarniciones sacó cinco compañías de granaderos de la Guardia Real provincial, que la reforzaron; y despues de haber dejado las mochilas y tomado tres raciones por plaza, salió diluviando, y la continuó por Donamaria al puerto de Larraga y Larramear (1), en cuya altura se situó el 2.º batallon del cuarto regimiento de la Guardia Real de infanteria y la compañía de cazadores del provincial de Sigüenza en el camino que podía traer el enemigo, mientras hacia un pequeño alto y se reunían los cuerpos en el boquete de Elzaburu. El batallon enemigo, acantonado en Oiz, al aproximarse la division á Donamaria, fué á Urroz, y reunido con el que habia en este pueblo y los dos de Lavayen, salieron por la derecha de la altura de Larramear, al mismo tiempo que el espesado batallon de la Guardia Real de infanteria estaba desfilando para seguir la marcha, en cuya disposicion fué atacado por el flanco derecho, y el soldado que se hallaba con el arma inutilizada, cansado y completamente embotado por el mal camino, agua, granizo y frio, no pudo hacer resistencia, se desordenó á los primeros tiros, se propagó á los demas cuerpos el desorden y se aumentó en el desfiladero de la bajada, que estaba anegado de agua y lleno de un barro que le hacia caer á cada momento. El tercer batallon del regimiento de infanteria de la Princesa, y no el 1.º, colocado en las

avenidas del desfiladero, cargó sobre los enemigos, que picaban la retaguardia, los rechazó, matando á un oficial y otros individuos, y rescató á varios oficiales, sargentos y soldados que estaban prisioneros, con lo que terminó la refriega.

Los dispersos que iban á la cabeza equivocaron el camino, no escucharon el toque de corneta, y en vez de tomar el de Elzaburu, llevaron el de Iraizon; de lo que resultó haberse ahogado bastantes soldados en los rios de la Ulzama, que salieron de madre, y en las lagunas que se formaron con la lluvia, y haberse muerto de espasmo otros que no pudieron pasar ni ser socorridos durante la noche, cuyo número se aproximaría á unos cien hombres.

El comandante general de la division, con mas de dos tercios de ella, pernoctó en Elzaburu, distante menos de legua y media del campo de la accion, y unos setecientos cincuenta individuos en Iraizon, los cuales se marcharon el 20 á los Berrios sin conocimiento de aquel, cuyo movimiento le precisó á seguir la misma division para su reunion. Esta es la verdad de lo ocurrido.

Mas si S. E. no hubiese dado una orden tan terminante, y hubiese dejado á la prudencia del gefe de la division el movimiento, no hubiera emprendido una marcha que debia producir tan funestos resultados; pero en el deber de obedecer ciegamente al superior, no pudo menos de hacerla contra su opinion y presentimiento.

Los elementos, pues, y no los facciosos, fueron la causa de un suceso tan desgraciado; y á pesar de esto, sin esperar el resultado del sumario que á solicitud del gefe se mandó instruir, se dió al ejército la orden general, que fué revocada, que con alguna variacion han insertado vds. en su citado periódico, al mismo tiempo que se disponia de una division que tanto se la ultrajó, para una expedicion la mas arriesgada de cuantas ha habido en Navarra, cual es el levantamiento de las guarniciones del Baztan, cuya operacion se verificó en 5 de junio á la intermediacion del enemigo, trayendo mas de trescientos enfermos, ciento veinte convalecientes, seiscientas mochilas, las armas de los que no pudieron salir del hospital, la artilleria, las municiones de guerra y casi todas las provisiones de boca. Los que supieron hacer esto, mucho mejor y con menos esposicion hubieran marchado con las otras divisiones y la caballeria á socorrer á la guarnicion de Villafranca si se les hubiera mandado: no se hizo, sin duda por no entrar en el plan de S. E. el socorrerla (1).

El 2.º batallon del regimiento de infan-

(1) Oráa y otros escritores dan este nombre á Larraiozar, lugar del valle de Ulzama, á cuatro leguas de Pamplona.

(Nota del autor de esta obra.)

(1) Véase lo que sobre este particular se dice en la primera adición de este tomo, pues según Espartero, Valdés dispuso socorrer á Villafranca.

(Nota del autor.)

teria de la Princesa, tres compañías de granaderos de la Guardia Real provincial y el batallón de Orense, quedaron guardando los siete fuertes del Baztan, y no se hallaron en el encuentro del 29; pero no se le esceptúa en la expresiva orden del 1.º de junio.

Esto es lo ocurrido con la segunda division.

Estando enfermo el general Mina, la pequeña fuerza del ejército de Navarra, mandada por los gefes de division, fué tan respetada y temida de la faccion, que jamás se atrevió ésta á empresas de alguna consideracion fuera de las lineas de montañas y sus vertientes; y aun huía de éstas cuando, reunidas las divisiones ó en combinacion, dirigian sus movimientos sobre las mismas. En este estado se hallaban las cosas de Navarra cuando la entrada de los refuerzos de abril, cuyos recursos no se supieron aprovechar.

A esta causa, y no á otra, deben atribuirse los desgraciados sucesos últimos, pues no ha habido un ejército que haya derramado su sangre mas generosamente que el del Norte: el gefe, el oficial y el soldado conocian por propia esperiencia el ningun resultado de las operaciones, y que se les conducia al sacrificio, y se han presentado con un entusiasmo y decision que no tiene ejemplo. Su lealtad en diez y ocho meses ha sido á toda prueba: hay batallón que ha perdido cuarenta y siete gefes y oficiales; y sin embargo se le insulta.

Jamás ha estado la indisciplina en el grado que han supuesto hombres interesados en desacreditar al ejército; pero si se hallaba indisciplinado y desanimado, ¿por qué no se restableció el orden... y empezaron las operaciones de las Amezcuas con tropas indisciplinadas que no podian inspirar confianza?... Un general... se hubiera ocupado antes de emprenderla, en inspeccionar los cuerpos, en examinar el estado del ejército, su organizacion, oyendo á los gefes de mérito de que abunda, y en enterarse de los adelantos, organizacion é instruccion y recursos de los enemigos, así como en el modo de hacer la guerra y en conocer el espíritu del país para sacar el partido posible, armando los naturales susceptibles de ello.

¡Seamos imparciales! señores editores, hablemos sin pasion y sin espíritu de partido, y convengamos en que... no se ha obrado en justicia con la segunda division como lo comprueban otros hechos de que omite hablar por ahora el militar pundono-

roso y ofendido español Q. S. M. B.—Marcelino Oráa.

NOTA. No se inserta integro este largo comunicado por no haber sido publicado á su tiempo; y no teniendo actualmente su importancia primitiva, hemos sustituido con lineas de puntos los periodos que no tienen relacion con los hechos y que pueden herir susceptibilidades.

#### NUM. 4.

##### Fuerzas liberales en Bilbao.

Dos batallones del regimiento voluntarios de Valencia, 4.º de ligeros. Un batallón de Gerona, 5.º de ligeros. Regimiento provincial de Ronda. Cuatro compañías del provincial de Compostela. Dos compañías del Real cuerpo de artillería. Media compañía del Real cuerpo de zapadores. Una compañía de salvaguardias de Vizcaya y partidas sueltas del 3.º y 18.º de linea, de los provinciales de Alcazar de San Juan, Mondoñedo y otros cuerpos, á cuya fuerza ademas se unia la del batallón de la milicia urbana y compañía de artillería urbana de Bilbao; las dos de auxiliares, la compañía de urbanos de Begonia y destacamento de los de Durango, quienes durante todo el sitio alternaron en el servicio con igual decision que sus compañeros.

##### FUERTES.

El de Larrinaga colocado en el flanco derecho que defiende la plaza por la derecha del rio, dotado con un obús de á siete, y cuatro cañones de á doce, ocho, seis y cuatro.

El de Mallona colocado en el costado izquierdo de la espresada linea de defensa, y dotado con un obús y tres cañones de á ocho, seis y cuatro.

El de Solocoeche situado á la izquierda de el de Larrinaga en la media linea, dotado con dos cañones de á ocho y cuatro.

El del Circo de Begonia colocado entre los de Solocoeche y Mallona y en el ángulo adelantado de la linea.

Con la premura y los esfuerzos extraordinarios se construyó en los primeros dias del sitio una cureña de á veinte y cuatro para montar un cañon de este calibre: se subió una pieza de á diez y ocho al fuerte de Larrinaga; se colocó la bateria de cohetes á la congreve, que por la mala calidad de estos fueron de poca utilidad: se construyó una nueva bateria á espaldas de la cortina que desde el fuerte del circo corre por la derecha á la puerta de Iturribide batiendo el camino de Munguia á donde se subió otra pieza de á diez y ocho; se prepararon y dotaron una pieza de calibre de á ocho de fierro, dos de á cuatro de batalla y

cuatro de á tres, de carril estrecho para acudir con ellas á los puntos en que fueran necesarias. Se aumentó la dotacion de municiones en los fuertes: se abastecieron estos de aguas potable y para refrescar las piezas: se dispuso la elaboracion de cartuchos de cañon, y se colocaron granadas de mano en las puertas de San Agustin, Achuri y convento de San Francisco.

**NUM. 5.**

**Boletín extraordinario del 13 de junio de 1835. — Comandancia general de Vizcaya.**

**HABITANTES DE BILBAO.**

El ruido del cañon os habrá hecho conocer la proximidad del enemigo, y que unido con la milicia urbana me preparo para defender vuestros intereses y vuestras familias, libertándoos de la ruina y del baldon que os ocasionaria la entrada de un enemigo cuyo temerario empeño es cambiar de mano las fortunas y hacer retrogradar el mundo, volviendo á sus semejantes al tiempo de la oscuridad y del vilipendio. Estoy seguro del desempeño de las tropas, y confío en vuestra ilustracion, y en el celo de las autoridades civiles, para conservar la tranquilidad y el orden en medio de los peligros que os aseguro no serán de muchos dias, porque sé los auxilios con que cuento, y los que me llegarán en breve.

Encargo á todos el exacto cumplimiento de las advertencias que en mi nombre hizo el ayuntamiento en su bando del dia 9, y prevengo que castigaré con arreglo á las leyes, á cuantos se ocuparen de propalar noticias alarmantes, que si nada influyen sobre los hombres honrados y de corazon español, desalientan á los pusilánimes, y dan armas al enemigo para seducir á los incautos. Los bilbainos, tan generosos como patriotas, se defenderán aunque se arruinen, esta ha de ser la persuasion de todos. — Bilbao, junio 15 de 1835. — M. el conde de Mirasol.

**Boletín extraordinario del 13 de junio de 1835. — Comandancia general de Vizcaya.**

**SOLDADOS:** El enemigo se ha presentado á la vista para coronar nuestros esfuerzos y los trabajos de estos dias con el laurel de la victoria; hemos concluido nuestras fortifica-

ciones, asegurado con ellas nuestra superioridad y un pueblo entusiasta y valiente nos contempla esperando de nosotros la seguridad de sus propiedades y de sus familias, y la conservacion del honor que fian en vuestra lealtad y en vuestra bravura; tengo motivos para lisonjearme de vuestro desempeño, estoy contento de vuestro porte y espero que tan subordinados como valientes cumplireis mis órdenes, llenareis mis deseos y estareis tranquilos sobre el resultado que no es de ninguna manera dudoso. Si el sitio se estrechare, si por su duracion tuviereis que sufrir algunas privaciones, yo las participaré con vosotros como he participado los desvelos, vuestro rancho será el mio, y sin diferencia en las comodidades ni en el peligro seré participe de las glorias que alcanzarán vuestras armas. Que ninguno se aparte del camino que marco es mi único encargo, y yo os prometo dentro de muy pocos dias descanso, y los premios con que la munificencia de S. M. galardona á los leales y valientes. — Viva Isabel II. — Viva su augusta madre. — Viva la libertad. — Bilbao, junio 13 de 1835. — M. el conde de Mirasol.

Milicianos urbanos de Bilbao, el ejército no tiene ejemplos que ofreceros por que vosotros se los habeis dado en los combates, sea nuestra divisa la union, y nuestros únicos gritos. — Viva Isabel II. — Viva la reina Gobernadora, — Viva la libertad. — M. el conde de Mirasol.

**NUM. 6.**

**Intimacion de Eraso.**

Señor gobernador ó gefe superior militar de la plaza de Bilbao. — Acordaos que sois español y que vuestra inútil resistencia solo sirve de instrumento á la destruccion de un pueblo rico y hermoso. No debéis ignorar que el 25 fué batida la columna gruesa que venia en socorro de la plaza, y que ya exánime y sin aliento para darle, esperiméntó una grande desercion. Lejos de venir un segundo refuerzo, lo he recibido yo de un considerable número de valientes; en fin, todo, como dejo dicho, no sirve mas que para hacer infructuosos vuestros esfuerzos, los que únicamente ocasionarán el derramamiento de sangre española y la reduccion á cenizas de uno de los mas preciosos pueblos de la España.

Si os convenceis de unas razones tan justas, como prueba de lo que me complazco en hacer el menor número de desgraciados entre españoles, puedo asegurar y prometeros que la clase de urbanos de esa villa, sea cual fuere su origen, serán trata-

das las personas del mismo modo que lo han sido en Villafranca, Vergara, Eibar y otros puntos guarnecidos. Cuartel general de Bolueta 27 de junio de 1855.—Francisco Benito de Eraso.

### NUM. 7.

#### A los individuos del ejército de operaciones del Norte.

Soldados: me lisongeo de que en los momentos críticos que van á poner de nuevo á prueba vuestra decision y valentía, responderéis en un todo á vuestra reputacion, tan justamente merecida, y á lo que en las actuales circunstancias espera de vosotros la nacion entera. Cuando una poblacion tan esforzada, tan animosa y del todo benemérita reclama vuestro auxilio; cuando vuestros hermanos de armas se distinguen con tantos rasgos de denuedo y bizarría combatiendo contra los enemigos del trono de Isabel II y de la patria; cuando desde tantos dias se está oyendo el ruido del cañon que anuncia una lucha á muerte entre ellos y sus encarnizados adversarios, ¿en qué pecho de los individuos de este ejército no hierve el deseo de entrar á la parte en el honor de pelear por la mas justa de las causas, y en la gloria que va sin duda á coronar sus nobles sacrificios?

En los pocos dias que tengo el honor de reemplazar interinamente á un gefe respetable y á todas luces benemérito, cuya ausencia será de todos lamentada, he visto el excelente espíritu de que os hallais todos animados; he visto sobre todo en la constancia con que soportais una marcha tan penosa de tres dias, con no pequeñas privaciones, que habeis conocido el importante objeto de este movimiento. Esta decision y alegría de que os miro penetrados, es para mí la garantía mas segura, el presagio mas animado del éxito feliz que va á coronar este esfuerzo momentáneo. No será vano este presagio, compañeros. No dudo de que ha llegado un dia de prosperidad para las armas de Isabel II y de la patria. Respirará

Bilbao al fin de tantos dias críticos y amargos de un sitio en que está comprometida su fortuna; abrazarán sus valientes defensores á sus hermanos de armas que marchan en su auxilio, y la nacion entera dará aplausos á una accion que la librárá á ella misma de tantas inquietudes.

En vuestras armas se cifra hoy en gran parte su felicidad y libertades. Seamos siempre dignos apoyos de esta nacion grande, que con tanto interés tiene puestos sus ojos y depositada su confianza en el patriotismo de sus defensores.

Dado en el cuartel general de Sopuerta 30 de junio de 1855.—José Santos de la Hera.

### NUM. 8.

Bilbrinos leales: cuando vuestra decision é impavidez en los veinte dias de sitio ha hecho ver á las hordas facciosas que os acechaban como segura presa, que aun sus innobles medios de mover vuestra sensibilidad destruyendo el pueblo y asestando sus tiros, mas bien á las personas débiles é impotentes, se estrellaria en vuestra constancia, al ayuntamiento toca elogiaros por vuestro comportamiento. Dirigido por el ilustrado celo é incansable actividad de nuestro comandante general, conde de Mirasol, y unidos sus esfuerzos con la tropa de todas armas que guarnecen la plaza, y tan bizarramente ha llenado su deber, habeis dado un digno ejemplo á los que se han alistado para defender el trono de Isabel II y afianzar las libertades patrias.

El ayuntamiento se complace en dar este testimonio publico, tanto á vosotros, como á la tropa de la guarnicion y urbanos agregados, de lo gratos que le han sido estos servicios: su memoria será permanente, porque lo son tambien los beneficios que se han alcanzado para el bien particular del pueblo y la causa pública. Bilbao 1.º de julio de 1855.—Por el ayuntamiento de esta villa, su secretario, José Plácido de Casañiza.

## NÚM. 9.

## ESTADO QUE MANIFIESTA LA PERDIDA EN MUERTOS, HERIDOS, CONTUSOS Y PRISIONEROS.

	MUERTOS.			HERIDOS.			CONTUSOS.			PRISIONEROS.		
	Gales.	Oficiales.	Tropa.	Gales.	Oficiales.	Tropa.	Gales.	Oficiales.	Tropa.	Gales.	Oficiales.	Tropa.
Valencia, 4.º de ligeros.	»	2	15	»	5	52	»	»	»	»	»	41
Provincial de Mondoñedo.	»	»	5	»	1	11	»	»	»	»	»	»
Id. de Compostela.	»	»	2	»	»	2	»	»	2	»	»	»
Id. de Alcázar.	»	»	»	»	»	4	»	»	1	»	»	»
Real cuerpo de artillería.	»	4	2	1	»	5	»	»	»	»	»	»
Provincial de Ronda.	»	»	»	»	»	4	»	1	»	»	»	»
Marina.	»	»	4	»	»	4	»	»	»	»	»	»
Gerona, 3.º de ligeros.	»	»	1	»	»	15	»	4	3	»	»	»
Príncipe, 3.º de línea.	»	1	»	»	»	1	»	»	1	»	»	»
Almansa, 18 de Id.	»	»	1	4	»	8	»	»	»	»	»	»
Salvaguardias de Vizcaya.	»	»	2	»	»	10	»	»	5	»	»	»
Milicia urbana de Bilbao.	»	»	»	»	1	14	»	4	10	»	»	»
Total.	»	4	27	2	7	125	»	5	20	»	»	44

NOTA. No se incluyen las mugeres y niños.

## NUM. 10.

## Comunicacion á Mirasol.

Solo el valor é infatigable actividad de tan digno caudillo como V. S., me presenta un ameno campo para poder recomendar, como lo hago, á la benemérita milicia urbana auxiliar de esta heroica villa. Estos honrados vecinos, en el último tercio de su vida, han demostrado de un modo positivo quererla perder sembrando el trono de su adorada Isabel con laureles teñidos en sangre propia y enemiga; mas la cobardía de sus contrarios les ha privado por ahora de este aumento de gloria. Mi larga y honrosa carrera de las armas me ha proporcionado el ver rasgos de valor; pero mi general, ¿de qué expresiones me valdré para decir á V. S. que ninguno se iguala á la impavidez que demostraban estos heroicos ancianos, que asustados de balas, en medio de las bombas y granadas que á sus pies reventaban, entre el espeso polvo y denso humo que producian las ruinas de sus casas, solo se oía el vigoroso eco de su voz que decía: «bajad, cobardes: nuestros pechos reemplazarán los parapetos que vuestra artillería ha derribado, y en las puntas de nuestras bayonetas

hallareis vuestro escarmiento?» Estos hombres virtuosos, abandonando su hogares, fortunas y familias, corren armados por las calles en medio de tantos proyectiles con el objeto de dar socorro á cuantos eran envueltos en las ruinas, cuidar de los muebles que salvaban, patrullando noche y dia todo el pueblo, sin que el orden público fuese alterado en lo mas mínimo. Tan noble ejemplo, dió lugar á que las mugeres y aun los niños, prestasen su parte proporcional de servicios en tan aciagos momentos. No me atrevo á recomendar á los contusos ni á los bravos oficiales que andan á esta milicia ni á sus demas individuos, porque animados todos de unos mismos sentimientos, descaban á porfia y á costa de su sangre, presentar este nuevo testimonio de su indudable patriotismo. Podrá V. S., si gusta, elevarlo al gobierno; mientras que yo, en cumplimiento de deberes de mi obligacion, lo pongo en conocimiento de V. S. Dios, etc.—El comandante de la benemérita milicia urbana auxiliar de esta villa, Pedro Diaz Serrano.

## ESPOSICION DE LA MILICIA AUXILIAR DE BILBAO.

Las dos compañías llamadas de ancianos, ó la milicia auxiliar urbana de esta villa,

compuesta toda de individuos que, por su edad, han sabido en épocas anteriores servir de baluarte á su patria, hoy mas que nunca acérrimos sostenedores de la causa justa de nuestra inocente reina Isabel II, no pueden mirar con apática indiferencia el que esas hordas de foragidos, huyendo el combate, asesten sus horribles bombas desde Miravilla y cueva de Porgiron, para que, destruyendo la poblacion, tal vez consigan por su estrépito y por las ruinas, apocar los ánimos que sean menos valientes que los que suscriben; cuyo en concepto, y para hacer ver á esos destructores de la humanidad lo que pueden el valor y la sensatez de principios adquiridos por la edad y la experiencia.

A V. S. suplican se digne concederles la gracia de que pasen á apoderarse de las baterías que los enemigos tienen en los dos referidos puntos, á fin de restituir á sus conciudadanos una gran parte del sosiego, y hacer todavía algo en obsequio de su patria y de su reina. Merced que esperan de la bondad de V. S., á quien Dios guarde muchos años. Bilbao 29 de junio de 1835.

#### NÚM. 11.

##### Memoria facultativa sobre la herida, enfermedad y muerte de Zumalacárregui.

Serian las cuatro de la mañana del día 15 de junio de 1835, cuando ya nos hallábamos en movimiento; empezó en seguida el fuego de ambas partes en los diferentes puntos del bloqueo, rompió el suyo con viveza la batería del Circo, y yo me situé en la sacristía de la iglesia de Begoña, como punto céntrico de las operaciones y en donde se colocó desde muy temprano el general para dirigirlo todo. A las ocho poco mas ó menos se me presentó su secretario don Juan Antonio Zarátegui, diciéndome que fuese inmediatamente con él á ver al general que habia sido herido y se hallaba sin conocimiento. Pregunté al secretario algunos pormenores sobre esta desgracia, y me dijo que hallándose el general en uno de los balcones del palacio de Begoña que daba vista al barrio de Achuri, echado de pechos sobre su barandilla y dando disposiciones para la colocacion de una batería, habia recibido un balazo. Acto continuo me trasladé al lugar de la catástrofe, y á mi llegada encontré al general sin conocimiento en una de las salas del precitado edificio, sentado en una silla, sostenido por varios oficiales de estado mayor, y rodeado de algunos otros. Pedí en seguida un vaso de agua fria, que le tiré sobre el rostro, y con este estímulo volvió en sí entreabriéndome los ojos. A todo esto mi principal cuidado en aquel momento era saber á

donde habia recibido el balazo, y al efecto dirigí esta pregunta á las personas que allí estaban, ninguna de las cuales pudo satisfacerme, porque nadie lo sabia. Explorado todo su cuerpo, y con particularidad la cabeza, pecho y vientre, nada encontramos, y como el general aun no hablaba, seguimos examinando el resto del cuerpo. Por fin hallamos un agujero del tamaño de una bala de fusil en el pantalon rojo, y examinada la pierna derecha vimos el mismo agujero en el tercio superior y parte anterior é interna de aquella, rozando el borde interno del hueso de la tibia á la distancia de dos pulgadas poco mas ó menos de la articulacion femoro-tibial, ó llámese rodilla. En este momento empezó á hablar el general, manifestando un vivo deseo de que se le sacase pronto de aquel punto, lo que se verificó en seguida con inminente riesgo suyo y de todos los que le acompañábamos, pues desde aquel instante se redobló el fuego por aquel punto con tanta valentía, que teniendo que atravesar al descuberto un largo espacio, fué un verdadero milagro que no sucumbiésemos, porque las balas de cañon pasaron por encima de nuestras cabezas y por nuestros costados. No parecia sino que los de la plaza y fuertes habian conocido lo que pasaba entre nosotros, segun el ardor con que redoblaban sus descargas. Por fin llegamos á una casa como á mitad del camino de Begoña á Puente-Nuevo, en donde nos detuvimos por la comodidad y seguridad que ofrecia.

En este punto le coloqué en un colchon en el suelo, se le descolgó el pantalon, se le quitó la bota y reconoció la herida. Era esta con efecto de bala de fusil habiendo penetrado por el sitio que se ha dicho ya. En el escrupuloso reconocimiento que practiqué, observé que su direccion era de arriba abajo y hácia el interior de la pierna, atravesando los músculos gemelos, ó sea la pantorrilla. Es de advertir aquí que el general tenia sumamente desarrollado el sistema muscular, y como consecuencia de él era su pantorrilla estremadamente gruesa. Por esta razon, y ya fuese que el proyectil hubiese variado de direccion al rozar con la tibia, ya por la gruesura de la pantorrilla, por mas que se hizo tanto en el reconocimiento interior como en el exterior, no se pudo averiguar de un modo positivo el sitio en que aquel estaba, mas no obstante esta dificultad, propuse en aquel momento su extraccion. El general y los que le acompañaban se opusieron abiertamente á una operacion, propuesta en la seguridad que me inspiraban mis conocimientos anatómicos, de que me hubiera sido fácil sin comprometer tan preciosa existencia verificar la extraccion del proyectil. Un poco de paciencia por parte del general hubiera bastado para fijar su verdadera residencia.

Pero mi responsabilidad cesó desde el momento que se manifestó tan tenaz oposicion, oposicion invencible si se atiende al genio del paciente, y al convencimiento que adquirí despues de que desde aquel momento se fijó su imaginacion en el curandero Petriquillo, Gelos y otros de esta ralea para que le curasen.

Al ver mi insistencia sobre la necesidad de proceder á la extraccion de la bala se me preguntó si la permanencia de ella en aquel punto produciria algun peligro, á lo que contesté que no, pues en esta y otras campañas se ha visto á muchos sugetos vivir con balas dentro de su cuerpo, y en partes mas delicadas, sin que esperimentase su salud la menor alteracion, no obstante que algunas se habrian pasado por entre los tejidos presentándose en la superficie del cuerpo, y otras permanecian siempre ocultas. En virtud de esto se me dió por el intendente Zabala un pomito, que segun me dijo, contenia el legitimo bálsamo de Ma-lást, y lo apliqué al general, colocando en la herida una planchuela empapada en dicho bálsamo, su compresa, y cubriendo el todo con su correspondiente vendage circular. Se colocó al general en unas parihuelas con dos colchones; dió sobre la marcha algunas instrucciones al general Eraso, á quien confirió el mando del ejército, y llegamos á Puente-Nuevo.

A aquella hora, pues serian las diez de la mañana, el calor se hacia sentir con notable fuerza, y como manifestase el general que iba bastante incómodo en dichas angarillas, se le trasladó á una cama de sofá que se sacó al efecto de la fonda de las Tres Hermanas, colocando un toldo blanco encima para que no le molestase el sol; se le preguntó entonces que á dónde queria marchar, y contestando que á Durango, prevenida ya al efecto la compañía de guias de Navarra para su conduccion, rompimos la marcha acto continuo.

A un paso igual de marcha de tropa, y con relevo de rato en rato, llegamos en lo mas fuerte del calor á Zornoza, en donde descansamos un par de horas. Colocamos al general con su misma cama en el zaguan de la casa del boticario, la que por su anchura, comodidad, por hallarse en la carretera y ser piso bajo era el mejor local del pueblo. Allí se le dió una limonada y fumó un par de cigarros, verificado lo cual volvimos á continuar nuestro camino. Apenas llegamos á esta villa entrada ya la noche, nos dirigimos al antiguo alojamiento del general, poniéndole con toda comodidad en la mejor habitacion. Instalado en ella, y despues de un rato de descanso le ordené una sangria que en seguida fué hecha, y ademas el uso de la horchata de las simientes menores. A poco rato vino un ayudante de don Carlos

diciéndome pasase á palacio, pues se hallaba á la sazón el cuartel real en el indicado pueblo. Pasé en efecto, y despues de las ceremonias de costumbre me preguntó el rey qué me parecia de la herida, y por qué se habia espuesto el general á recibirla, á lo que contesté que si bien la herida no era de consideracion por el sitio que ocupaba, y por las partes que habia interesado, podia complicarse con una enfermedad que temia se desarrollase, pues hacia dias que estaba enfermo y muy espuesto á contraerla, lo que si se verificase por desgracia, presentaria bastante cuidado, y podria quizás comprometer hasta su existencia. En cuanto á la esposicion á recibir el balazo indiqué que siempre habia visto al general correr estos y aun mayores peligros. Con esto me despedí de don Carlos, el cual antes de salir yo del cuarto me dirigió estas palabras: «dile á Tomás que no salga mañana hasta que yo lo vea, y que pasará á su alojamiento bien temprano.»

Vuelto yo á este, no bien habia entrado en el cuarto cuando me preguntó el general «¿qué le ha dicho á vd el rey?» á lo que le contesté refiriéndole la conversacion que habiamos tenido, y su determinacion de verle á la mañana siguiente. A esto último no puse el general muy buen semblante, diciendo «¿qué querrá de mí?... veremos... pero si tarda no me detendré.» Encontré en el cuarto al titulado cirujano de cámara don Teodoro Gelos, é igualmente á un facultativo inglés que se hallaba por casualidad de tránsito en dicho pueblo. Segun me dijeron habian sido enviados por el cuartel real para ver la herida, lo que verificaron. A media noche llegaron los generales Iturralde y Villarreal; con los que habló el herido un largo rato, dándole instrucciones. A este último, que me habló despues en la sala inmediata, tuve ocasion de manifestarle mis temores. Se marcharon luego, y el enfermo estuvo mucho tiempo descansado, disfrutando de un sueño harto tumultuoso é inquieto. Oyósele hablar contra el ministro Cruz-Mayor y sobre la colocacion de las baterias y cañones; se despertó en seguida, pidió refresco, le tomé el pulso y se le encontré lleno, duro y frecuente. Tenia el semblante muy animado, los ojos encendidos, un poco de inyeccion sanguinea en la conjuntiva, la lengua encendida en sus bordes y punta, y con un empaste blanco en su dorso. Viendo este grupo de síntomas que observaron conmigo los precitados profesores les manifesté mi dictámen, reducido á volverle á evacuar á beneficio de otra sangria, y conformes todos en su necesidad se le hizo en seguida. Fuí asimismo de dictámen de que no se le removiese de Durango, asi por el estado en que se hallaba, como por lo caloroso de la estacion, pues segun lo que habia oído ha-



blar á los generales sobre el punto á que se dirigian, nos faltaban aun dos dias de camino, es decir doce leguas, de manera que lo que consiguiésemos con el plan propuesto lo perderíamos con la precipitada marcha. Todos convinieron conmigo en esta idea, y yo fui el encargado de manifestársela al general.

A la madrugada entré en el cuarto de éste, y le dije: «mi general, ¿ha visto usted qué calor tan insoportable ha hecho ayer, y cuanto le ha molestado el viage? Desde nuestro arribo á esta, como vd. habrá podido conocer, no se ha perdido un momento en practicar cuanto ha sido necesario para su alivio. Se ha conseguido alguno, pues al presente se halla vd. en muy buen estado, y para que este continúe sería muy acertado suspender la marcha por algunos dias, y pasados estos podrá vd. disponer lo que guste, en la seguridad de que de otro modo nos esponemos á perder lo que tenemos adelantado.» A estas palabras contestó el general con las siguientes: «Jamás he variado mis resoluciones una vez tomadas con todo el lleno de mi voluntad. En cuanto el rey venga y me hable, saldremos en seguida para el punto que he dispuesto.» Despues de un momento de silencio continuó como esforzándose por decir una cosa desagradable: «Anoche se me olvidó decir á vd. que he mandado al cura Zabala á buscar un paisano mio llamado Petriquillo, sugeto que entiendo mucho de males de esta clase, y que me ha curado en otras ocasiones. Este me sanará ó me echará al otro mundo. — Muy bien, mi general, repliqué yo. Mucho me alegraré que no queden defraudadas nuestras esperanzas, y como adoptada esta determinacion no hago ya falta á su lado, me permitirá vd. que vuelva al sitio donde hago mucha, y del cual solo me he separado en virtud de un mandato especial.» Eso de ir al sitio no, repuso el general, porque yo quiero que me siga vd. como médico para lo que se me pueda ofrecer.»

Al dia siguiente bien temprano llegó don Carlos al alojamiento del general, entró sin aparato alguno, y colocado á la derecha de la cama fijó enternecido los ojos en él, median-do entre ambos el siguiente diálogo. «¿Cómo te hallas, Tomás?—Señor, bien.—¿Y cómo te has espuesto á ser herido? ¿no sabes que un general en jefe nunca debe esponerse á tanto peligro?—Señor, lo sé, pero tampoco ignoro que el buen artillero debe morir al pie del cañon. Además, ninguna cosa se hubiera hecho bien de no estar yo delante, y como ya he vivido barto tiempo, y tengo el convencimiento de que en la presente guerra todos debemos morir, me es indiferente el resultado de mi herida.—Y bien ¿á dónde piensas ir?—A Cegama.—Mira que está muy lejos, que te puedes empeorar, quédale aquí.—No señor, he dicho que á Cega-

ma, y V. M. no dudará que allá voy, porque conoce mi carácter.—Bien hombre, le conozco, pero cuidate por Dios.»

Apenas salió el rey de la estancia del enfermo ordenó éste la salida que se verificó al momento. Llegamos al medio dia á Villarreal, donde descansamos, en cuyo pueblo nos alcanzó el curandero Petriquillo con el cura Zabala. Se presentó al punto al general cuyo semblante animó una ligera sonrisa de esperanza al ver al hombre que, en su concepto, le habia de curar. Acto continuo el curandero empezó á ejercer sus funciones. Le quitó todo el apósito que se le habia puesto en las inmediaciones de Bilbao, sustituyó una fuerte untura que él mismo le dió con manteca y cuyas bruscas fricciones principiaban en la cadera y terminaban en el pie, hecho esto cubrió toda aquella parte con una venda ancha empapada en vino, colocó en la herida una planchuela con bálsamo samaritano y envolvió todo con un vendage particular que el mismo cortó de una sábana. El general sufrió todas estas operaciones sin dar ninguna señal de dolor en la parte afectada.

Serian las cuatro de la tarde cuando emprendimos de nuevo la marcha llegando á boca de noche á Vergara donde descansamos. No hubo otra novedad en el camino que la de empezarse á quejar el general de dolores en la parte herida. El facultativo inglés se asombró del singular método de curacion adoptado por Petriquillo, y yo, que desde aquel momento previ lo que por desgracia llegó á suceder, manifesté mis temores á uno de los ayudantes de Zumalacárregui llamado don Pedro Ceces. La noche se pasó poco mas ó menos como la anterior, se me preguntó qué régimen dietético se debería seguir y contesté que dicta rigorosa y la limonada gomosa á pasto.

En la madrugada del dia siguiente 17 continuamos la marcha tomando la carretera de Francia y llegamos al medio dia á Ormaistegui. Aquí, despues de la triste entrevista del general con sus parientes, descansó un rato del calor que habia sufrido en el camino, hasta que habiendo repetido Petriquillo la cura que habia hecho en Villarreal se produjeron con mas fuerza los dolores. A la caída de la tarde nos pusimos en marcha, y salvando las dos leguas que nos faltaban, llegamos á Cegama en muy buena hora. Allí se le colocó en una buena alcoba de la casa de su prima, y se le dejó descansar.

Hallábase en el mismo pueblo asistiendo á don Carlos Vargas, segundo secretario del general, un tal Bolloqui, que habia sido cirujano de Guias, y se le llamó porque el facultativo inglés se habia marchado desde el camino á reunirse á su cuerpo, que era el escuadron sagrado. Congregados en junta

aquella misma noche Gelos, Petriquillo y Bolloqui, convinieron unánimes en que lo primero que debia hacerse era practicar un reconocimiento en la herida, lo que efectuaron á pesar de mi oposicion. Varias veces introdugeron la sonda sin otro fruto que el de martirizar al enfermo, aumentando nuevos dolores á los que ya tenia; pues habiendo tomado el proyectil, primero una direccion recta y despues oblicua, no era tan fácil como les parecia dar con su verdadera posicion, tarea que dificultaba mas la inflamacion que habia empezado á manifestarse en toda la circunferencia. Esta tercera tentativa mas ruda que las anteriores, fué causa de que pasase el general una noche mas tormentosa; pues estuvo continuamente desvelado, con la lengua seca y encendida, con sed inestinguible, mucho desasosiego y la orina escasa y ardorosa.

Viendo el estado poco lisongero del paciente, hice presente á los interesados la necesidad de que se celebrase una junta. Accedieron á mi indicacion, y constituidos en junta los profesores del pueblo con los sugetos ya referidos, les hice la historia de la enfermedad, les manifesté su complicacion con la herida de una manera evidente, les hablé de la facilidad con que en todas las estaciones, pero mas particularmente en la del calor, la irritacion de las heridas de armas de fuego se refleja sobre varios tejidos, y con especialidad sobre la membrana mucosa gastro-intestinal, y por último les indiqué, que para combatir tanto una como otra era de absoluta necesidad emplear con la mayor urgencia medios enérgicos; pues si se atendia solamente á la herida, los demas sintomas se agravarian en términos de declararse con suma facilidad una fiebre gastro-entero-encefalitis, ó sea adinámico-atáxica que comprometiese su existencia, y que respecto á la bala no debia darnos ningun cuidado por el sitio que ocupaba y por las partes que habia interesado. Sin agraviar á dichos profesores, tengo la íntima conviccion que en la parte puramente médica no fui comprendido por ninguno de ellos y menos que por nadie por Petriquillo. Sin embargo, fuese por complacerme ó porque mi razonamiento les pareciese de algun peso, casi todos convinieron conmigo en que se aplicase á toda la inmediacion de la herida, ó sea á la parte mas interesada, un gran golpe de sanguijuelas, en que despues de desprendidas estas se le pusiesen cataplasmas templadas de harina de la simiente de lino con rigorosa dieta, limonada gomosa fria á pasto y varios enemas emolientes: todo se hizo en el momento y tuve la satisfaccion de que á las pocas horas cesasen los dolores de la pierna; pues las sanguijuelas produgeron una evacuacion abundantisima, y los enemas muchas evacuaciones albinas fetidissimas de ma-

teriales detenidos algunos dias en el canal intestinal. La noche fué bastante tranquila.

El dia 19 se presentaron reunidos todos los sintomas que hasta entonces se habian observado. Se me indicó que el general deseaba tomar algun alimento sólido, á lo que me negué abiertamente, asi como tambien á la entrada de tantas personas en su cuarto. Venian unos con deseo de verle y otros á hablar de asuntos del servicio, y como el ayudante de guardia no obedeciese la órden rigorosa que le habia dado, busqué ocasion oportuna para hablar al general, á cuyo efecto me coloqué con Gelos en la alcoba inmediata, y aprovechando un momento en que quedó solo, entré y le dije: «para que marche usted bien en su herida como en lo demas que padece, se hace preciso que olvide por unos dias que es general y no piense en otro negocio mas que en el interesante de su salud, prohibiendo la entrada de las personas que la pueden alterar, y consintiéndola solo á las absolutamente necesarias.» «Siento, me replicó, no poder complacer á vd. de una manera tan rigorosa, porque como es necesario que yo sepa todo lo que pasa, es preciso que se acerquen á mí cuantas personas están encargadas de la direccion de los negocios. No obstante, por lo que hace á las demas, daré á los ayudantes de guardia las órdenes oportunas.» Esto queria decir en buen castellano que pensaba hacer cuanto se le antojase, y asi fué que desde aquel momento pareció la casa un jubileo. Confidentes, generales, ayudantes, individuos de las diputaciones de las provincias Vascongadas y Navarra, amigos, curas, frailes, etc., no cesaban de entrar y salir, añadiéndose á esto que mis órdenes sobre la mas estricta dieta eran desaprobadas por Petriquillo y comparsa, que audaz las infringia, ya dándole caldos muy sustanciosos, ya otros alimentos sólidos, lo que si bien se hacia á hurtadillas, como suele decirse, llegaba á mi noticia por personas de la misma casa que me lo decian despues. A pesar de esto continuó bastante bien este dia á beneficio sin duda de la repetición de los enemas y cataplasmas emolientes á la parte afecta; pues con los unos se fué limpiando el vientre de algunas impurezas, y con las otras cesaron completamente los dolores, empezando á notarse, aunque en corta cantidad, alguna supuracion. El pulso se mantuvo regular, solo noté una ligera exacerbacion á la caída de la tarde. La lengua mas húmeda y menos encendida en sus bordes y punta, y la capa amarillenta en su dorso mucho mas clara, poca sed y las orinas menos encendidas. La noche fué tambien sosegada como la anterior; pues aunque soñó alto hablando contra Cruz-Mayor, dando órdenes á sus batallones y ocupándose de los sucesos de la guerra, este sueño no alteró su tranquili-

dad, y fué como el de algunas personas que en sana salud relacionan por la noche lo que les ha sucedido de día.

Al siguiente 20 todo marchaba bien: concedí sin esfuerzo al general por la mañana, una jicara de chocolate que habia pedido con instancia, y que no podia producirle el mal que otros alimentos que se le daban á escondidas. Hice la misma prescripcion médica que el día anterior: al verificarse la cura salió una ligera esquirla del borde interno de la tibia que el proyectil habia rozado: la supuracion aun era corta: ligera exacerbacion en el pulso á la caída de la tarde; muchos mas entrantes y salientes que el anterior; noche tranquila.

En los días 21 y 22 no hubo de notable mas que algunas deposiciones albinas biliosas, promovidas á beneficio de la continuacion de los enemas, mucha remision en los demas sintomas antes enunciados, la herida en buen aspecto y un poco mas de supuracion. En el día 22 tuvieron los referidos profesores y Petriquillo varias juntas á las que no asistí, lo uno porque no me llamaron, y lo otro porque me formé la idea de que cualquiera cosa que maquinasen para la extraccion de la bala no habia de contar con mi asentimiento hasta tanto que el general se hallase restablecido de su enfermedad. Observé que aquel día entraron en el cuarto del general muchas personas, algunas de las cuales no podian menos de producir una grave exallacion en su ánimo. Una y otra vez lo manifesté así á los interesados; mas viendo el ningun fruto que sacaba, me propuse desde aquel día no volver á hablar sobre este punto, siendo buen testigo de esto el vicario de Huarte-araquil que lo presencié varias veces.

En la madrugada del 23 volvieron los facultativos á repetir la tentativa de sondar la herida, y aunque les manifesté mi oposicion haciéndoles presente que sobre ser esta operacion de ningun fruto podrian con la sonda producir mayores males y sobre todo despertar los dolores que tan felizmente habiamos calmado, despreciando este saludable aviso lo verificaron. Pero ¿qué sucedió? ¿qué resultados dió esta operacion? Martirizarlo y nada mas. Desesperando de poder encontrar el punto de apoyo del proyectil, los obcecados profesores desistieron de su empeño curándole como los demas días. Por espacio de dos horas estuvo experimentando el general los resultados de aquella imprudente tentativa, y ni un momento cesó de quejarse; mas al fin se amortiguaron los dolores, en cuyo instante pude conocer cual habia sido el objeto de las renniones del día anterior, objeto á que concurría el beneplácito del general. La extraccion de la bala era el pensamiento culminante de los médicos y el mas vivo deseo del general, deseo que no fué difícil

vislumbrar al ver la paciencia y el silencio con que sufrió la dolorosa maniobra. Entonces recapacitando conmigo mismo, me hice las siguientes observaciones: «estos hombres han imbuido al general en la necesidad de que se le extraiga la bala, y no conociendo su estado actual no se les alcanza que los sintomas de la enfermedad no están mas que disminuidos y que al menor chispazo se han de reproducir con la mayor fuerza; olvidan que no hay botica en el pueblo para lo que repentinamente pueda ocurrir, pues la mas próxima es la de Segura, que dista una lengua de aqui, y por decirlo de una vez, conducen á ciegas al general á una muerte cierta. Mi posicion es bastante crítica bajo todos conceptos; pues ni en el pueblo ni en las inmediaciones hay un profesor de carrera que pueda contrabalancear conmigo la errada opinion de los tres. Mas sin embargo de todo eso me defenderé hasta el último, y jamás consentiré nada que sea contrario á lo que la sana razon y la conciencia médica me dicten.»

Embebida mi mente en estas reflexiones, llegué al comedor donde me esperaban los parientes del general para tomar el chocolate. Concluido el desayuno, y como entrasen todos reunidos, les manifesté que no obstante la mejoría del enfermo, se habia hecho cuanto podia conducir á empeorarlo por los médicos que merecian su confianza, los cuales, tenaces en su propósito, acababan de hacer otra tentativa con la sonda para explorar la herida, operacion en que se habian entretenido largo rato y sin mas resultado que molestar al paciente y reproducir sus dormidos dolores. En virtud de esto les indiqué cuanto convendria citar para junta á los cirujanos del pueblo, únicos de que se podia disponer, y todos accedieron á mi peticion.

Fueron, pues, llamados dichos profesores, y á poco rato entramos en junta. En ella les hice presente, reproduciendo los mismos principios que en la primera, toda la marcha que habian llevado la enfermedad y herida hasta aquel momento, la necesidad que habia de continuar en el mismo método sobre la primera, hasta que la naturaleza, ayudada de la medicina, segun los sintomas se presentaran, se sacudiese; y en órden á la segunda no volver á hacer uso de tentativas imprudentes con sondas, y ademas, aplicando solo los emolientes hasta que del todo se hubiese establecido la supuracion, lo que no se habia verificado ya en atencion á que la naturaleza se hallaba ocupada en sacudirse de la enfermedad, y realizado esto no dudasen vendria muy abundante y de buena calidad, y manifestándose un foco purulento en la circunferencia de la bala, se conoceria el punto de su estancia, pudiéndose hacer con el acierto debido la contra-

abertura; además de que toda herida que se halla ya en el período de irritación no debe tocarse con semejantes instrumentos, máxima consignada en las obras de los más célebres cirujanos nacionales y extranjeros. Por la misma razón y por la profundidad de la herida tampoco debía tener lugar el desbridamiento, pues la sonda no había podido aun fijar el sitio que la bala ocupaba. Últimamente, les manifesté que jamás suscribiría á que se hiciese operación alguna sin haberse curado la enfermedad en cuestión; que verificado esto podrían hacer lo que gustasen, en atención á que yo no representaba allí otro papel que el de médico, según me había dicho el general á la salida de Durango; que tuviesen un poco de paciencia hasta el día catorce de la enfermedad, día en que se presentaría regularmente una crisis, y siendo favorable como esperaba en atención al estado actual del enfermo, les dejaría obrar según mejor les pareciese, pues por mi parte había cumplido con mi deber.

Quedaron todos conformes con este parecer, y la junta se levantó. A poco rato, y estando solo, se me reunió un ayudante de campo, y me dijo: «Doctor, trabaja vd. en balde. Lo que vd. hace esos hombres lo des hacen: están imponiendo al general por detrás de vd., y me temo mucho.—Suceda lo que quiera, le repliqué, mi conciencia está tranquila porque la marcha que me he propuesto seguir es la más racional. Si esos hombres ignorantes hacen alguna de las suyas, sobre ellos recaerá la responsabilidad.»

El parte que se dió este día al cuartel real fué como en los tres días anteriores, de hallarse el general más aliviado de su complicada dolencia. Llegó la hora de retirarnos á descansar, y antes de verificarlo le hicimos la última visita; le tomé el pulso que hallé con una ligera exacerbación, continuando respecto á lo demás en muy buen estado. Pidió un vaso de naranja, se le dió y nos retiramos.

Como me hallaba tan rendido, no solo por la absoluta falta de descanso que experimentaba mi cuerpo desde el sitio de Bilbao, sino también por la continua agitación en que estaba mi espíritu, y como por otro lado el buen estado del enfermo me inspiraba confianza, me dormí profundamente, aunque sin desnudarme. Serían las dos de la mañana del 24 cuando al despertarme por efecto de un ligero ruido que cerca de mi habitación se sentía, me encontré sin Gelos, que dormía en la misma alcoba, percibiendo un desacostumbrado rumor en la pieza inmediata donde descansaba el ayudante de campo de guardia. Me incorporé acto continuo lleno de cuidado, abrí la puerta, y encontré al referido ayudante don Dámaso Berchel, que se paseaba por la sala sumamente alegre. Preguntéle que había sucedi-

do. «¿Qué ha de suceder? me contestó, que el general dentro de pocos días estará bueno y á la cabeza de su ejército á pesar de los temores de vd. Gelos, Petriquillo y Bolloqui acaban de sacarle la bala, y véala vd. en este plato que ya ha corrido por todo el pueblo, á pesar de la hora que es.» Con efecto, me acerqué á la mesa y reconocí la bala; estaba un poco aplastada hácia el lado que había rozado con la tibia, sin que tuviese otra cosa de particular. Verificado esto me lamenté sin reparo de una imprudencia cuyos funestos resultados no debían hacerse esperar mucho. Pasé en seguida á ver á los operadores y los hallé en el comedor. Estaban á la sazón lavándose sus manos ensangrentadas, cual pudieran hacerlo tres carniceros que acabasen de desollar una res. «Y cómo, les dije, ¿se han atrevido ustedes á hacer la operación á estas horas contraviniendo á lo que se acordó en la junta de ayer?—El general, me contestó Gelos, me ha llamado y mandado en seguida que le hiciese la operación.—¿Y vd. es tan docil, repuse, que no ha tratado de persuadirle de lo intempestivo de la hora para hacer una operación tan delicada y que no era de absoluta necesidad, y ha accedido sin réplica al mandato del general? ¿Con que si éste le hubiera mandado á vd. que le hubiera tirado á un pozo, lo hubiera verificado sin réplica? Se han verificado los deseos de vds. contra todo el torrente de mi voluntad, que no podían creer muy favorable á su proyecto cuando con tanto cuidado ha salido vd. de la cama sin que lo sintiese.—Se hallaba usted profundamente dormido, me dijo, y á más como sabíamos que no había de acceder, no le hemos querido despertar.—Bien, le contesté, el mal está hecho, y ya es inevitable. Sobre vds., pues, recaerá toda la inmensa responsabilidad de este paso.—Si señor, la aceptamos entera porque dentro de pocos días el general se hallará mandando su ejército.—Sea enhorabuena, dije por último al presumido cirujano, y dando por terminado un diálogo que me iba siendo enojoso, nos retiramos ambos á descansar. Gelos se quedó dormido en seguida, pero á mí no me fué posible conciliar el sueño pensando en lo ocurrido, muy particularmente en el destrozo que habrían hecho en el general para hallar la bala.

Habrían pasado dos horas cuando sentí quejarse mucho al general, y pedir sin cesar refresco al cura Zabala, que se había quedado de guardia aquella noche. Disperté á Gelos en seguida y le dije: «Mucho se queja el general, sin duda deben vds. haberle hecho gran destrozo para hallar la bala.—Ha habido precisión, me contestó, de hacerle dos aberturas bastante profundas, por lo que no es extraño que se queje.—Pues bien, nos levantaremos, y se le recetará al-

gun calmante. — Eso no es tan urgente, en viniendo el día lo haremos» repuso Gelos, y se volvió á quedar dormido. Por lo que hace á mí me hallaba tan desvelado, y me dolían tanto los lamentos del general, que pasado un rato me levanté de la cama, y como el ruido despertase á Gelos preguntóme éste sorprendido: «A dónde va vd.?—A ver al general; le contesté, que se queja cada vez mas.—Pues yo tambien me levantaré» repuso.

Eran las seis de la mañana cuando pasamos al cuarto del enfermo, me coloqué á la derecha de la cama y Gelos á la izquierda, le miré el semblante, que encontré bañado de un sudor frio y con todos los caracteres de la muerte, le pulsé en ambos brazos y observé que ya no latian las arterias radiales, y si muchos saltos de tendones; mandé á Gelos que pulsase al enfermo, y despues de haberlo verificado como quisiese hablar-me por lo bajo le di á entender que fuera lo haríamos. Cuando nos íbamos á retirar, el general con voz algo trémula, pero conservando aun mucho valor me dirigió la palabra en estos términos: «Ay, doctor, estoy perdido, me hallo peor que cuando tenia la bala dentro! Si le hubiese creído á vd. no me hubiera visto en este caso. Son insoportables los dolores que sufro.» Estas palabras me traspasaban el corazon, pero haciendo un esfuerzo le animé lo mejor que pude, y nos retiramos.

Cuando nos hallamos fuera le pregunté á Gelos «¿Y qué le parece á vd. del estado del general?—Un poco agravado; el pulso está bastante fuerte.—¿Y nada mas? repuse con precipitacion.—No señor.—Pues bien, hasta ahora he tenido que sucumbir por fuerza al cúmulo de atrocidades que han estado vds. cometiendo de continuo, deshaciendo por detrás la obra que á través de tantos obstáculos procuraba yo llevar adelante. Ya han consumado vds. su grande obra. Pues sepa vd. que no hay recurso humano que pueda librar al general de la próxima muerte que le amenaza; se hace preciso llamar desde luego á su segundo secretario para que vea el medio de que sin perder momento haga el general sus disposiciones espirituales y temporales; que un ordenanza vaya inmediatamente á la botica de Segura á buscar un fuerte calmante que voy á recetarle sin mas objeto que el que no se diga que nada se ha hecho, debiendo acto continuo dar aviso á los de la casa, pues urge el que sepan este suceso.» Aun queria Gelos persuadirme de que debíamos esperar, pues en su concepto no estaba tan agravado el enfermo para tomar estas medidas, pero yo le contesté que nada tenia que ver en aquel negocio, que la responsabilidad era ya toda mia, y que como conocia bien el terreno que pisaba, no queria que se dijese

mañana que el general habia muerto sin ningun auxilio espiritual, hallándose á su lado un profesor de carrera que viéndolo á todas horas debió conocer la gravedad de su mal.

Reunidos los parientes del enfermo, les manifesté la fatal situacion en que se encontraba, lo que les sorprendió tanto mas cuanto que se les habia asegurado cuando fueron despertados á media noche, que el general se hallaria mandando el ejército dentro de breves dias. Aun no querian dar entero crédito á mi relacion, cuando llegó su secretario apoyado en dos muletas. Sabido por éste el caso en que nos hallábamos, dió crédito no obstante su sorpresa, á mis veridicas palabras, y entre uno y otro arreglamos el medio mejor de disponerle para recibir los auxilios espirituales. Una ligera insinuacion hecha con maña bastó para que el enfermo manifestase que lo deseaba, y aprovechando tan feliz coyuntura, recibió con cristiana confianza los auxilios de la religion. Hablósele despues de disposicion testamentaria, y mostrándose muy dispuesto á hacerla, se limitó á decir: «Lo poco que hay es de mis hijas.»

En aquel momento recordé que dias antes habia hecho traer de la botica de Segura un calmante por si se ofrecia á media noche. Mandé, pues, que se le diese á cucharadas alternando con el caldo, en el que tambien hice que se le echase otra de vino de Málaga. A las diez volvió el ordenanza con el fuerte calmante que acababa de recetar aun no hacia dos horas, y en su compañía el profesor de Segura, que apenas vió al enfermo, convino conmigo en que estaba próximo á espirar. Las convulsiones y saltos de tendones que habian subido de todo punto empezaron á declinar; conservó su conocimiento hasta el último instante, y espiró á las once menos cuarto del precitado dia 24 de junio del año de 1855 á las diez horas poco mas ó menos de hecha la malhadada operacion de la extraccion de la bala.

Acto continuo le descubrí la pierna, le quité todo el apósito y me asombré de ver dos heridas que sobre la parte posterior de dicha pierna le habian hecho, la una interesando la mitad de la parte superior del gran tendon de Aquiles en la insercion de los músculos gemelos, la otra en el costado opuesto y un poco mas abajo. Ambas eran de dos pulgadas de longitud, y su profundidad hasta los huesos tibia y peroné; pero como estuviesen llenas de sangre y yo no tuviese á mano ni esponja para limpiarlas, ni lugar para hacer el reconocimiento escrupuloso que deseaba, pues al momento empezó á entrar gente á verle, me retiré de aquel sitio.

Llamóme en seguida el secretario don Carlos de Vargas y me dijo que era preciso

que inmediatamente escribiese lo ocurrido para dar parte al cuartel real y general, á lo que contesté que no tenia inconveniente, y llamando en seguida á un amanuense de la secretaria dicté la historia de los padecimientos del general hasta su muerte con la posible concision, pues urgia el que llegase á su destino con toda brevedad, no pudiendo disponerse del cadáver hasta recibir instrucciones. Concluida, la hice firmar por Gelos y Bolloqui que se hallaban presentes, los cuales aunque lo resistieron al principio, preguntados por el secretario si se faltaba en ella á la verdad, y como contestasen que no, les repitió que la firmaran ó lo ponía así por diligencia. En vista de esta terminante resolucion, la firmaron. Se buscó en seguida á Petriquillo, mas éste tan luego como vió los preparativos de aquella mañana y oyó que se decia que el enfermo iba á fallecer muy en breve, bajó á la cuadra, dispuso su macho y desapareció sin decir una palabra. Aunque he permanecido en la artilleria y despues trece meses en el estado mayor, no he vuelto á verle mas.

Deseando conservar intactos los restos del general para hacer ver en cualquier tiempo la causa que motivó su precipitada muerte, á mas de la historia referida, pedí al secretario acompañase con los demas documentos y oficios unos para el ministro Cruz-Mayor, reducido á que se me permitiese embalsamarlos, y aguardé en el mismo pueblo la contestacion. Llegó esta al otro dia por la tarde, y se decia de real orden: Que S. M. quedaba enterado de todo, y no accediendo al embalsamamiento, se prevenia con aquella fecha al director de artilleria, don Joaquin de Montenegro, para que inmediatamente pasase á Cegama, disponiendo se colocase el cadáver en una caja con tres llaves, presenciase el acto de las exequias, y le diese supultura en el sitio que por su retiro le pareciese mas á propósito. Con este último paso del ministro me acabé de convencer de cuanto habia oido al general en vida sobre la mala voluntad que le tenia, pues ni aun despues de su muerte quiso ocultar el rencor que le profesaba.

NUM. 12.

**Penston á la viuda é hijas de Zumalacárregui.**

Teniendo en consideracion el elevado mérito y distinguidos servicios y constante lealtad del malogrado teniente general de mis reales ejércitos, don Tomás Zumalacárregui, he venido en nombrarle capitan general de los mismos; y con motivo de su gloriosa muerte, conceder á su viuda, doña Pancracia Olló, el sueldo entero que le correspondia por su espresado empleo de te-

niente general, y la pension de 2,000 reales anuales á cada una de sus tres hijas. Todo en recompensa de las eminentes y heroicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo. Tendréislo entendido y dispondreis su publicacion y puntual cumplimiento. Dado en el real palacio de Durango á 25 de junio de 1835. — Está rubricado de la real mano.

**Real decreto confiriendo grandeza de España y titulos á la familia de Zumalacárregui.**

Ansiando mi paternal corazon multiplicar en favor de mis leales vasallos, muestras de gratitud y amor, y queriendo premiar los extraordinarios esfuerzos de estas heroicas provincias en la memoria del distinguido caudillo, que con el auxilio del cielo supo confundir la revolucion usurpadora, llenando de gloria á la nacion entera, y de asombro á toda Europa; para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debidamente la lealtad, y que sirva por siempre de noble emulacion, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito, vengo en conceder al capitan general de mis reales ejércitos, don Tomás Zumalacárregui, grandeza de España de primera clase, con los titulos de duque de la Victoria y conde de Zumalacárregui, para si, sus hijos y descendientes legitimos, con relevo del pago de lanzas y medias anatas, reservándome señalar, esterminada la usurpacion, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculacion anexa á la misma grandeza y sostener perpétuamente el decoro de la dignidad á que le elevo, siendo mi soberana voluntad, que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones, entre desde luego en posesion de esta merced su hija primogénita, doña Ignacia Zumalacárregui, de quien pasará á sus hijos varones, y no teniéndolos, á sus hijas, y de ellos á sus descendientes habidos de legitimo matrimonio, observándose la prelación de grado, edad, sexo y linea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la doña Ignacia muriese sin sucesion legitima, pasarán la grandeza y bienes á su hermana segunda, doña Josefa Zumalacárregui, guardándose el mismo orden de sucesion establecido para aquella; y si ésta falleciese igualmente sin sucesion, recaerán, bajo las espresadas reglas, en la tercera hija, doña Micaela Zumalacárregui y los que de ella vinieren, debiendo el heredero y sucesor de esta grandeza, tomar siempre por primer apellido el de Zumalacárregui, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales, y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio el que se case con la doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero ademas, que al advenimiento de la paz, se

exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacárregui, del sencillo sepulcro en que hoy yacen, se trasladen á Ormaiztegui, y precedidas las correspondientes exequias, se depositen en digno mausoleo con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la provincia de Guipúzcoa, á cuyo patriotismo y celo confío la ejecucion de esta mi real voluntad; que se erija en aquella villa á la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo; que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de mis ejércitos. Por último, tengo á bien conceder á la duquesa viuda la banda de Maria Luisa. Tendréislo entendido y dispondreis su cumplimiento. Real de Villafranca á 24 de mayo de 1836.—Yo el rey.—A don Juan Bautista de Erro.

### NUM. 13.

#### DECLARACION.

Don Francisco Garcia, brigadier de infanteria, gefe que fué de la primera brigada de la segunda division del ejército real de Aragon, condecorado con varias cruces de distincion por acciones de guerra, etc. Bajo mi palabra de honor, declaro: que en el año de 1835, hallándome de comandante de las tropas carlistas del Bajo Aragon, y teniendo que pasar á las Provincias Vascongadas y cuartel real el digno brigadier de caballeria, don Manuel Carnicer, se me instó para que le acompañase, á lo cual me escusaba porque acababa de prestar igual servicio al Excmo. señor conde de Morella, coronel en aquella época, pero convencido á las instancias de dicho Carnicer, por ser sugeto que apreciaba á causa de haber servido en Guardias Walonas y seguido despues de compañeros en la clase de capitanes en los reales ejércitos en la época del año 22, se dispuso nuestro viage, realizándolo en los términos siguientes.

Emprendida la marcha de la columna, á corta distancia se separó le infanteria, y la caballeria nos acompañó hasta las paredes de Josa: allí se mandó llamar á un tal Manuel, que tambien habia servido con nosotros en Guardias, sugeto de satisfaccion por los servicios que tenia prestados á la causa, y con él entramos en su casa, marchando la caballeria á reunirse con el resto de la fuerza. En la casa de dicho Manuel se disfrazó de arriero Carnicer, que yo ya lo estaba; se mandaron llamar dos paisanos de Lecera, nombrados Francisco Sevil y N. Manero, comandante de caballeria en el tercer regimiento de Aragon, el primero, y cabo de la misma el segundo al tiempo de la emigracion: reunidos todos y en presencia de

la muger del citado Manuel, se trató de nuestro viage, que emprendimos al dia siguiente, acompañándonos hasta Muniesa el citado Manuel con dos caballerias de su pertenencia, de donde se volvió á su casa, y los cuatro seguimos á Lecera á parar en casa de una hermana de Sevil. En dicho pueblo se practicaron las diligencias para el pasaporte, y se compraron tres jumentos; Pedro Ibañez, arriero del citado pueblo, y el nombrado Manero, fueron á Ariño á comprar alumbres; y al dia siguiente tomamos el camino con nueve caballerias, el Ibañez, Manero, Carnicer y yo, saliendo de Lecera con tres ó cuatro horas de sol, á vista de todo el mundo, pudiendo asegurar que nuestra marcha incógnita era sabida en el pueblo de mas de veinte personas. El mismo dia nos encontramos con seis arrieros de la misma poblacion, que nos miraban con mucha atencion, y el Ibañez se paró á hablar con un cuñado suyo que venia entre ellos. Al entrar en Alca por insinuacion de Carnicer, me separé para comprar dos navajas, y á la salida, camino de Alema, hallé á Ildonso Oroz, de Calatayud, el cual me dijo habia conocido á Carnicer, que él le creia carlista por haber servido la otra época; y siendo sugeto de mi confianza, por tener un hermano que habia servido en nuestras filas de caballeria en la época de la anterior Constitucion, y prometiéndome sigilo, le descubri el secreto, haciéndole varias preguntas sobre si habria inconveniente para reunirnos á Merino, y diciéndome que no, nos separamos, me reuni á mis compañeros y seguimos para el Fresnillo. En la posada de este pueblo hallamos á don Joaquin Salbo, teniente de caballeria, que de incógnito y vendiendo jabon se hallaba allí curándose una herida: éste nos dijo no habia que tener cuidado de los posaderos, pues eran de toda satisfaccion; y mientras que nosotros arreglábamos las caballerias, Salbo y Carnicer se separaron á hablar á solas. Al dia siguiente salimos del Fresnillo, unido á nosotros el Salbo á instancias de Carnicer: en Cerain se compró un macho, que pagó Carnicer; Ibañez y Manero fueron á Burgos con sus recuas, llevando el encargo de comprar aparejos para el macho; y los tres, cada cual con su caballeria, seguimos á la Ventilla: allí trajeron los aparejos los arrieros y se volvieron para Burgos. En la Ventilla se le habló á Carnicer para que nos dirigiésemos por Reirosa, y que hablando con Villalobos ó Merino podia ser nuestro paso menos peligroso, y no quiso. Antes de llegar á Pancorbo encontramos cuatro soldados de caballeria y un cabo, que iban echando mueras á Carnicer: éste seguia adelante montado en un macho, y nosotros nos detuvimos á darles de beber. Al llegar al puente de Miranda de Ebro nos pidieron los pasaportes, y vis-

tos, el centinela nos franqueó el paso hasta la caseta de los carabineros, donde se nos pidieron segunda vez los pasaportes, diciéndonos no llevábamos autorización para pasar á Provincias. Luego le preguntaron á Carnicer que qué tenía en la cara, (pues con un parche y un pañuelo ocultaba un lunar), contestó que padecía una fluxion de muelas, á cuyo acto el oficial de carabineros le dijo sacando un oficio: *Descubrete, niño, la cara: has venido á dar en las manos de tu mayor enemigo*; haciéndoles al mismo tiempo una relacion del oficio, que decía sustancialmente estas palabras: «Por uno de los vados del Ebro ó puente de Miranda debiera pasar Carnicer, vestido de arriero, con otro. *Vigilancia, vigilancia, redoblar la vigilancia.*» Acto continuo se nos preguntó si le conocíamos, y contestamos que no, pues se nos habia unido en el camino; á pesar de eso fuimos conducidos al cepo: luego trajeron un corneta que habia en Guardias, llamado Morillo, y le reconoció; en vista de lo cual fuimos conducidos á la presencia del comandante de armas, quien nos instó para que declarásemos conocer á Carnicer, amenazándonos con la muerte, y contestamos siempre no conocerle. Fuimos conducidos al castillo, y al día siguiente ó á los dos dias de fusilado Carnicer me subieron al cuarto de banderas, donde estaban los piquetes y religiosos franciscanos para auxiliarme, y el gobernador me dijo que era inútil el negar, pues el compañero habia declarado que era capitan de la otra época, y que habia estado en Ceuta por la causa del Royo; visto lo cual, confesé ser cierto. Interrogándome qué graduacion tenia en la actualidad, contesté que la misma que la época anterior. Seguidamente vino un escribano, y diciendo declarase, porque el hombre en el artículo de la muerte debia ser verdadero, contesté que nada tenia que decir, y que descubriria cuanto supiese despues de tener indulto de la reina Gobernadora; motivo por el cual suspendieron la ejecucion, y subiendo acto continuo el corregidor, me preguntó si declararia si venia el perdon, y contestándole que sí, dijo iba á solicitarlo, y me volvieron al cepo junto á Salbo.

A los pocos dias nos condujeron á Burgos, y en Bribiesca se nos notificó el perdon, y se nos dijo podíamos declarar ámpliamente, reduciéndose mi declaracion á que Sevil y Manero eran encargados de llevar la pólvora á Ariño para la fabricacion de cartuchos á cargo de don José Masipe y un tal Blesa, ya difunto entouces, que hacia de confidente á donde se le mandaba: esta declaracion fué convenida con Salbo, y citamos á dichos sugetos porque estaban comprometidos y avisados.

Fuimos conducidos á Burgos, donde permanecemos diez meses y dias, en cuyo in-

termedio se nos pidieron nuevas declaraciones, que no variamos. Conducidos á Vitoria en union de varios carlistas venidos de la Coruña y el Ferrol, fuimos cangeados todos el 25 de enero de 1836. Esta misma relacion hice á S. M. en Oñate á mi presentacion de cangeado. Y por ser la verdad, lo firmo en Pau á 8 de julio de 1844.—Francisco Garcia.

#### NUM. 14.

**El ministro de Estado al embajador de S. M. en Paris. — Razonces en que se apoya el gobierno para pedir la cooperacion de la Francia. — Mayo 20 de 1835.**

Excmo. señor.—El oficio que adjunto remito á V. E. me ahorra el tener que repetirle, asi su objeto como su gravedad é importancia, limitándome por lo tanto en esto á aquellas consideraciones que por su naturaleza deben quedar reservadas, pero de que debe estar enterado V. E. para dirigir con mas acierto y tino la importante negociacion que se le confia.

Apesar de todos los esfuerzos hechos por el gobierno, y de tener reunido en las provincias rebeladas un ejército de mas de cincuenta mil hombres, perfectamente abastecido de todo; á pesar de las esperanzas que se habian concebido al encargar el mando de aquellas fuerzas y de las existentes en las provincias limitrofes al digno general don Gerónimo Valdés, ministro de la Guerra, revestido por S. M. de las más amplias facultades, ha hallado éste al ejército en tal situacion por causas que seria tan largo como inútil referir, que no cree dicho gefe posible el emprender operaciones militares de importancia, y con probabilidades de buen éxito, sin reorganizar previamente las fuerzas que acaudilla.

Mas la situacion de aquel pais, el espíritu hostil de sus habitantes, y el género peculiar de esta clase de guerras, que no consienten descanso ni respiro, hacen que sea poco menos que imposible que haya lugar ni tiempo á propósito para la reorganizacion del ejército, ni consienten tampoco en que se aguarde á que se le incorporen dentro de uno ó dos meses refuerzos que ha de dar de sí la ya verificada quinta.

Aun con estos inconvenientes tal vez no habria resuelto el gobierno de S. M. reclamar el auxilio de sus poderosos aliados, si no hubieran estimulado á ello dos consideraciones del mayor peso: primera, que el general Valdés ha espuesto oficialmente y de la manera mas terminante y perentoria, que no halla ningun otro recurso mas que el espresado, ya por el apoyo de una fuerza material estrangera, y ya porque el solo anuncio de su venida reanimaria el espíritu del ejército, al paso que quebrantaria el



ánimo obstinado de los rebeldes. Es de advertir también que, habiendo consultado dicho general, separadamente por escrito y bajo su responsabilidad á los principales jefes de aquel ejército, casi todos han sido de su propio dictamen, lo cual ha debido influir grandemente en la decision que ha tomado el gobierno de S. M.

Otra consideracion no menos poderosa que ha influido igualmente para hacerle adoptar esta medida, ha sido el preveer, que si por desgracia acaeciese algun desastre á una ó mas de las divisiones del ejército del Norte, ó si los rebeldes lograsen estenderse á esta ó esotra provincia limitrofe, qualquiera suceso de esta clase podria producir simultaneamente dos efectos opuestos, y ambos de funestimas consecuencias, á saber: insurreccionarse alguna otra provincia del reino por hallarse casi todas ellas con muy escasas guarniciones, ó producir la misma gravedad del peligro, ó su temor abultado un desencadenamiento de las pasiones populares, á impulso de un partido que propende á los desórdenes y á la anarquía, como acaba de verse por desgracia en varios puntos del reino.

Estas razones principales y otras de menor cuantía, han decidido al Consejo de Ministros, reunido de órden soberana con el Consejo de Gobierno, á que creyese que era llegado el caso de aconsejar y proponer á S. M. que reclamase la cooperacion y auxilio de sus augustos aliados.

Afortunadamente el tratado de 22 de abril del año próximo pasado y sus artículos adicionales, previeron ya este caso y anticiparon el remedio, siendo aquellas estipulaciones de tan conocida ventaja en las circunstancias presentes, cuanto por una parte quitan al relacionado auxilio el aspecto indecoroso y sensible de una intervencion estrangera, reduciéndolo á la categoria regular de una fuerza auxiliar prestada por un aliado á otro en virtud de un previo convenio; al paso que por otro lado coloca al gobierno de S. M. en la favorable posicion de no invocar la cooperacion de sus aliados, bajo el concepto general de buena amistad y correspondencia, sino de reclamar el fiel cumplimiento de una estipulacion explicita y solemne.

Bajo este concepto quiere S. M. que vuecelencia entable esta negociacion con el tacto y miramientos que por su naturaleza exige, así para allanar las dificultades que pueda ofrecer por parte de ese gabinete, como para que reducida á ese objeto y sin desnaturalizar su propia indole, no vulnere ni lastime la independencia de la nacion y el decoro de la corona. S. M. cree que seria suficiente para lograr el importante objeto que se propone, el que ese gobierno enviase el número de tropas que conceptúe necesari-

rio para ocupar la Navarra y las Provincias Vascongadas, en tanto que el ejército del Norte, aumentado con doce mil hombres de la nueva quinta, impedia que los rebeldes estendiesen la insurreccion á otras provincias, y colocaba al gobierno en una posicion bastante firme y elevada para dominar así todos los partidos y enfrenar sus demasias.

A V. E. le será fácil dar á conocer indistinctamente á ese gobierno lo mucho que le importa que se afiance lo mas pronto posible la paz de la Peninsula, sin dejarla espuesta á tantos peligros y azares; siendo claro y evidente que no pudiera entronizarse en España, aun cuando fuese por poco tiempo, el Pretendiente y su partido, ó bien, por el extremo opuesto, trastornar el órden existente y desencadenarse la anarquía, sin que, en uno y otro caso, se suscitara riesgos y compromisos sumamente graves para esa nacion y para la dinastía que la rige, sin contar con los peligros y obstáculos con que pudiera hallarse algun dia, si se complicaba la situacion política de Europa, y tenia que combatir en otras fronteras contra poderosos enemigos.

S. M. confia en que estas consideraciones vencerán cualquiera incertidumbre que pudiera detener á ese gabinete, y que cabalmente el recelo de que pueda la prolongacion de la guerra civil dar fuerzas y esperanzas á los que desean trastornos y revoluciones, podrá contribuir á que, por parte de ciertas potencias, no se ponga impedimento ni obstáculo á la cooperacion de la Francia, para conseguir un fin que aleja tantos riesgos de mas de una clase, y que ofrece una prenda de estabilidad y firmeza á la tranquilidad general de la Europa.

El ánimo y los deseos de S. M. son proceder en un todo de acuerdo con sus augustos aliados, á fin de que, reclamando á un tiempo de ellos la cooperacion respectiva á que cada cual se obligó en el tratado de 22 de abril y en sus artículos adicionales, se logren tres objetos de suma importancia; primero, ofrecer á la Europa un testimonio irrecusable de que subsiste en vigor el mencionado tratado, y de que se realizan sus efectos; segundo, aprovecharse del influjo moral de semejante union entre las potencias signatarias, para quitar toda esperanza al partido rebelde y evitar que se derrame mas sangre española por una y otra parte; tercero, lograr que, viéndose á un tiempo la cooperacion armada de las tres potencias que firmaron con España el convenio, aparezca este paso bajo su verdadero aspecto, alejando toda idea de intervencion de una nacion mas poderosa, en los asuntos domésticos de otra mas débil, sino como la concurrencia de varias partes interesadas mas ó menos en que se consiga un fin comun.

La intencion, pues, de S. M. es dirigirse

simultáneamente á sus tres augustos aliados, con el objeto de ver si se logra que al mismo tiempo se pongan en ejecucion los artículos 5.º y 4.º del tratado de 22 de abril, y los artículos 2.º y 5.º de los adicionales al mismo tratado, de suerte que, al mismo tiempo que pasen las tropas francesas el Pirineo para ocupar las Provincias Vascongadas, aparezcan los buques de S. M. B. en las costas del Norte para proteger el triunfo de S. M., y desengañar á los ilusos que siguen todavía las banderas del Pretendiente; al paso que una division de tropas portuguesas se acerque á los confines de aquel reino con el nuestro, pronta á cooperar en caso necesario.

Esta combinacion de esfuerzos simultaneos ahorraria á la nacion incalculables daños, y sería al mismo tiempo el medio mas á propósito para que la cooperacion de los augustos aliados de S. M. fuese para ellos menos costosa y menos duradera. Estas reflexiones son tan poderosas, que no será difícil á la ilustracion de V. E. inculcarlas en el ánimo de ese gabinete, y con el mismo objeto, y para que los representantes de S. M. en las tres córtes aliadas procedan de comun acuerdo, comunico de real orden copia de estos despachos á los ministros de S. M. en las córtes de Lóndres y de Lisboa; siendo la voluntad de S. M. que V. E. establezca con el primero las comunicaciones que exigen la importancia de este asunto, y la necesidad de que reine el mejor acuerdo y armonía entre ambos gabinetes para asegurar el buen éxito de esta negociacion.

Con lo espresado en este oficio, y con lo que contiene el ostensible de fecha de ayer, tiene V. E. los datos suficientes para entablar con aquel pulso y detenimiento que por su naturaleza exige, sin esponerse en ningun caso á una negativa ó repulsa, que sería tan poco decorosa al gobierno de S. M., como fecunda en lamentables consecuencias, por cuya razon es la voluntad de S. M. que hasta que V. E. vea allanadas las dificultades que puedan presentarse, y tenga todas las probabilidades de obtener el auxilio que se reclama, no presente V. E. á ese señor ministro de Negocios Estrangeros la nota cuyo original remito á V. E. de real orden, para que en su caso y oportunidad la comunice á ese gobierno en la forma acostumbrada.

Juzgo inútil encargar á V. E. que, una vez decidido el gobierno de S. M. á dar este paso por lo grave de las circunstancias y por evitar peligros posibles, urge que se lleve á cabo cuanto antes esta negociacion; y que ese gobierno se decida sin demora á prestar la cooperacion solicitada. Este solo anuncio produciria un efecto sumamente favorable á la causa de S. M., atajaría tal vez las intrigas de algunos gabinetes que quie-

ren poner trabas y obstáculos y ahorraria el derramamiento de sangre en las Provincias Vascongadas y riesgos y desgracias en otras. Motivos todos harto poderosos para que su magestad, atendiendo igualmente á los cálculos de la prudencia y á los sentimientos de su corazon, desea cuanto antes ver realizado un proyecto de que tantas ventajas se promete para la pacificacion de estos reinos. — Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de mayo de 1855.—Firmado.—Francisco Martinez de la Rosa.— Señor embajador de S. M. en Paris.

#### NUM. 15.

#### Exposicion del capitán general de Cataluña al gobierno.

Capitanía general del ejército y principado de Cataluña.—Excmo. señor: las comunicaciones que recientemente he tenido la honra de dirigir á V. E. desde Berga, Cardona y esta ciudad, manifestándole la delicada situacion de este Principado, por el incremento de las gavillas rebeldes y el vasto plan de la faccion carlista, habrán demostrado á V. E. la necesidad que habia de recibir aumento de fuerzas para atender á su tranquilidad y sofocar los elementos de desorden que por todas partes se ponen en accion. Los esfuerzos que personalmente he hecho, los obstáculos que he vencido y todo linage de sacrificios, no han bastado para aniquilar á los enemigos que, aunque desconcertados y batidos en muchos puntos, han echado profundas raices, y a por la decadencia del espíritu público, como por la funesta impresion de muchas ocurrencias que han alarmado sus deseos y esperanzas, dando lugar en tal estado, á que los instigadores y emisarios del Pretendiente hayan podido sacar su partido, que comprometiendo á muchas familias, es difícil desarraigar, como no sea por la fuerza de las armas. Esta situacion se complica extraordinariamente por las maquinaciones que en sus sociedades proyectan los demagogos, produciendo la impunidad con que obran, la licencia con que imprimen sus doctrinas, y el tono amenazador con que se erigen intérpretes de la opinion pública, tal efecto en los ánimos, que la consecuencia es el descrédito, la falta de prestigio de una autoridad que no tiene medios de destruir estos preliminares de desorganizacion, consiguiendo por último formar planes atrevidos para despojarla del mando y renovar los atentados de funesta memoria que los perturbadores consiguieron aqui y en otros puntos por iguales caminos. Meditando los de combatir ambos extremos revolucionarios para aniquilar á los rebeldes é imponer á los turbulentos, lo que me habia obligado á reclamar

de V. E. el envío de tropas á este Principado, he recibido por el último correo las dos reales órdenes de 11 y 14 del corriente, en que por la primera se me previene envíe dos regimientos á Aragon, uno de caballería y otro de infantería; y por la segunda, confirmandome las tramas que ya estaba siguiendo, avisado ya amistosamente por una autoridad civil y otras confidencias, tambien amistosas, se me descubre la estension de ellas y la proximidad de una explosion, cuyo escándalo acabará de sellar las locuras y estravios con que se intenta manchar nuestra regeneracion, para caer sin remedio en el mas bárbaro despotismo; porque las ideas anárquicas y demagógicas están reducidas en Cataluña al litoral de Barcelona y algun pueblo de la costa; pero en el resto se miran con horror, y la sola tendencia de ellas basta para seducir y armar á los pueblos, ocasionando, como ha ocasionado, el estravio de los que forman las gavillas rebeldes.

V. E. conocerá que en este estado, el separar dos regimientos de Cataluña, cuya sola reunion por la diseminacion en que se hallan, produciria dificultades, dejando muchos puntos en descubierto, seria lo mismo que entregarse en manos de las facciones; los medios de contenerlas están muy lejos de ser suficientes, y viendo el progreso de la insurreccion, las desgracias sufridas en algunos puntos y las maquinaciones de los inquietos, he rogado á V. E. con tanto empeño se me auxilie para conservar la tranquilidad de una de las mas importantes partes de la monarquía, cuyo trastorno seria acaso tan funesto como el de Navarra, atendido el carácter y tenacidad que estos habitantes han desplegado en iguales guerras.

No hay que confiar en la movilizacion de la milicia urbana, pues que esta fuerza, ademas de costar inmensas sumas, que agotan los recursos del país, está movilizada cuanto es posible: no siendo suficiente, ha sido preciso aumentar las compañías corre-gimentales y formar compañías de guías; por manera que este arbitrio con que se cuenta para reemplazar á los regimientos está ya empleado. Es menester tambien conocer que la milicia urbana movilizada, sale con violencia de su instituto; en ella no hay, ni es fácil restablecer disciplina, carecen de instruccion y costumbre para las operaciones y marchas: llegan á ser molestos y aun perjudiciales á las columnas, hasta el punto de haberme suplicado varios gefes su separacion por inutilidad para la guerra y pernicioso ejemplo para la subordinacion y disciplina; en una palabra, todo lo que sea distraer á estos cuerpos de defender algunos puntos focales, mantener la guarnicion de fuertes ó el orden en sus domicilios, es hacerse una ilusion costosa en la

esperiencia, ademas de consumir caudales con que podrian sostenerse fuerzas de incomparable utilidad.

Dignese V. E. penetrarse de la verdad de unas demostraciones que sus conocimientos militares y práctica de campaña le harán estimar en su justo valor. Me lisongo de no haber omitido sacrificio alguno para el bien de mi patria y defensa del trono de nuestra legitima soberana, y baria con sumo gusto el del envío de los regimientos que se me piden, si aun con ellos no considerase tan comprometida y difícil la suerte de este Principado. Por esta causa desde mi regreso de la corte no he tenido descanso alguno: gastado, por decirlo así, el antiguo presligio de mi presencia, porque han visto que con ella no se han contenido los desórdenes de otras partes, que tanto temen y aborrecen estos pueblos, en vano les he predicado confianza; ya no surten el mismo efecto mis palabras, y aun cuando su fuerza todavia desarma á algunos, la verdad es que es preciso apelar á las armas, al tiempo, á la conviccion progresiva y á la necesidad de estar permanentemente en el campo para contener á los desleales. Yo previ la marcha de estos sucesos hace tiempo, y comprendiendo sus dificultades y la imposibilidad de superarlas desde que se separaron de mi autoridad varios resortes del mando y la administracion, hice presente á S. M. que deseaba y aun era conveniente, se me admitiese la respetuosa dimision que hacia de este mando, con cuyo motivo renuevo y ruego á V. E. se digne ver la esposicion que á dicho fin dirigí á esta superioridad en 23 de agosto del año próximo pasado. Graves circunstancias y sucesos muy notorios aumentan la necesidad de reproducir aquella súplica; y cuando veo que los revolucionarios toman por pretexto mi persona, y las mas acertadas disposiciones para acudir á la defensa de este país; cuando el espíritu de intriga y de difamacion cunde asombrosamente para tachar las mas claras reputaciones; cuando una vida llena de servicios eminentes no basta á contener la pérfida ingratitud de los que imprimen y divulgan toda clase de calumnias para irritar los ánimos y manchar una fama respetable, medios que impunemente se emplean, me parece que el sacrificio de mi persona debe anticiparse á quitar todo pretexto á la maledicencia y dejar al gobierno espedito y en plena disposicion de substituirme con la persona que juzgue mas á proposito para la direccion de este Principado, y que acaso mas feliz, pueda lograr resultados mas satisfactorios. Se agrega á estas consideraciones el mal estado de mi salud y la influencia de mis continuadas tareas, que han debilitado sobremanera mi padecida constitucion, viéndome en la necesidad de antici-

par el uso de las aguas sulfurosas, que me producen algun alivio.

Entretanto, ni el estado en que se halla mi responsabilidad me permite desmembrar sus fuerzas con el envio de los dos cuerpos que se me piden: continuo trabajosamente superando los cuidados y atenciones que me cercan; y para desconcertar los desiguos anárquicos que se me anuncian en la citada real orden, no solo envio al general Bassa á Barcelona, en la imposibilidad de abandonar yo por ahora la montaña, sino que á los gobenadores civiles y delegados de policia, hago el mas estrecho encargo para la debida vigilancia, y que procedan con toda firmeza y energia contra los perturbadores si intentasen consumir su obra, aplicándoles instantáneamente todo el rigor de las leyes, que sabré hacer respetar en defensa de la conservacion del orden y del crédito del gobierno, aun á costa de mi existencia.

—Ruego á V. E. que, tomando en consideracion cuanto dejo espuesto, se digne elevarlo á la de S. M. la reina Gobernadora, y comunicarme en su consecuencia las órdenes que fuesen de su real agrado. Dios guarde á V. E. muchos años. Manresa 21 de marzo de 1835.—Excmo. señor.—El marqués del Valle de Rivas.—Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

P. D. Escrito este oficio, vuelvo á recibir otro de suma veracidad y exactitud, en que se me anuncia desde Tarragona, fecha del 19, lo que adelantan en sus tramas los enemigos del orden, y que es perentorio desbaratar sus horrendos proyectos. En Barcelona, Valls y Reus, tienen los anarquistas ecos fieles, dice el escrito, que seguirán el impulso, ó la promoverán de las autoridades. Al general Colubí prevengo que pase sin demora á Tarragona, y de acuerdo con la autoridad civil, proceda á desconcertar los planes de los perturbadores, puesto que si yo abandonase la montaña, aunque fuese por poco tiempo, en el estado en que se halla, y por un motivo semejante seria provocar su levantamiento en masa, lo que aumenta, como V. E. puede pensar, el conflicto que ofrecen insurrecciones tan encontradas, en que de acuerdo las facciones carlina y anárquica, marchan osadamente á un fin, que es la destruccion del gobierno y el Estatuto Real. Repito á V. E. que nada omitiré de cuanto conduzca á sofocarlas.

#### NUM. 16.

#### Comunicaciones sobre los desórdenes ocurridos en Mataró y Sabadell.

Gobierno militar y político de la ciudad y correjimiento de Mataró.—Excmo. señor: ya preñe á V. E. que los individuos que

deben formar estas compañías de partido eran los que intentaban perturbar la tranquilidad pública de esta pacifica ciudad, y efectivamente, si bien no ha habido desórdenes algunos de consideracion hasta ahora, que son las nueve de la noche, sin embargo, se han resistido abiertamente á salir esta tarde para sus cabezas de partido, conforme se ha resuelto esta mañana en junta, llena de todas las autoridades y mayores contribuyentes de esta ciudad, esparciéndose por las calles y gritando que no marcharian como no se les entregase las armas, pues que se les queria comprometer per el camino, con otras voces alarmantes; y si bien todas las autoridades, algunas personas de esta ciudad del mayor rango, y varios oficiales han estado amonestándoles al orden y á la obediencia, no ha habido medio para reducirles á la razon, sin que haya tampoco sido suficiente el suministrarles la correspondiente escolta de urbanos y carabineros para acompañarlos hasta sus puntos, toda vez que pretestaban no querer salir por falta de armas, ni menos bastado el poner sobre las armas la fuerza de esta milicia urbana para apaciguarles, á fin de no comprometer la tranquilidad pública. Por fin, en este estado, como iba ya anocheciendo, se ha resuelto que cada uno volviese á sus respectivos alojamientos, con prohibicion de salir de ellos en toda la noche, y se ha dispuesto que estos urbanos sigan sobre las armas, esto es, la misma fuerza y en el mismo modo que lo ha estado la noche anterior, con ánimo de dar parte á V. E., como lo verifico, para que en vista de todo y con toda urgencia, se sirva V. E., si lo halla por conveniente, disponer pase á esta ciudad un piquete de infanteria con algunos caballos para enviarlos con mas seguridad á sus destinos, ó bien se digne V. E. resolver lo de su mayor agrado. Dios guarde á V. E. muchos años. Mataró 27 de julio de 1835.—Excmo. señor.—P. A. de S. G.—El coronel comandante de armas, Roman Hediger.—Excmo. señor capitán general de este ejército y Principado.

Gobierno militar y político de Mataró y su partido.—Excmo. señor: el baile real del pueblo de Tiana, con fecha de ayer, me dice lo siguiente:

El capitán de la compañía de la milicia urbana de este pueblo, desde elredecor del monasterio de Montealegre, me da parte verbal, como á las dos horas de esta mañana ha comparecido un grupo de tres ó cuatrocientos malévulos á los alrededores de dicho monasterio, gritando viva Isabel II, la libertad, y mueran los frailes, tratando de apoderarse del destacamento que allí habia para custodiarlo: hicieron éstos una vigorosa

resistencia despreciando el fuego de aquellos: pero no obstante han tenido que ceder á la superior fuerza que les ha acometido, habiéndose apoderado los malévolos del edificio: en un momento le han incendiado por todas partes. Al momento de haber oído los primeros tiros los demas urbanos de este pueblo, han acudido allí acompañados del sargento segundo de la milicia, José Vivet, quienes reunidos con los del destacamento, que han tenido que retroceder, han embesitado de nuevo, y han vuelto á apoderarse de los mismos puntos que ocupaban, habiendo desaparecido los malévolos sin saber su direccion. Al instante he reunido al ayuntamiento, y habiendo pasado á inspeccionar lo sucedido, hemos encontrado el convento ardiendo en todas sus partes; pero no la casa llamada la Correría, que todavía está intacta. La fuerza armada de la milicia de este pueblo, que ha sido destacada en aquel punto, está fatigada sobremanera, tanto por el cansancio que le ha causado la vigilancia y correrías que ha tenido que hacer en las noches anteriores, como por lo acaecido en esta última, motivo de hallarse fuera la partida del destacamento de San Feliú de Codinas, que llegó ayer.

Lo que me apresuro á comunicar á V. S. para su inteligencia y satisfaccion, esperando al propio tiempo que, en vista de dicho suceso, se dignará providenciar lo que sea de su agrado. Lo que traslado á V. E. para su superior conocimiento y demas efectos oportunos. Dios guarde á V. E. muchos años. Mataró, etc.

Bailía Real de Sabadell.—Excmo. señor.—Con fecha 27 del corriente puse en conocimiento de V. E., que á ejemplo de las ocurrencias de la capital, se habían observado en esta villa sintomas de las mismas ideas, con respecto al convento de Capuchinos de la misma, lo que dió motivo y decidió á los religiosos á abandonar el convento para evitar con su ausencia el desorden que amenazaba, y tal vez mayores males si llegaba el caso de realizarse el motin que se fraguaba. El ayuntamiento, en union con el señor comandante de armas, tomó varias providencias para contener á los malévolos, con los cuales se logró disipar toda reunion sospechosa, y últimamente evacuado el convento por los religiosos, se puso en él una guardia de urbanos para evitar el merodeo y la rapiña de los efectos que quedaron en él por la precipitada salida de los padres; pero esta providencia ha sido vana, pues que no ha sido posible contener á los perturbadores del orden, que esta tarde, despues de haber saqueado el convento, habiendo casualmente pasado una partida de

urbanos del pueblo de Rubi, que iban á relevar el destacamento de San Feliú de Codinas, ha sido la señal de consumir el incendio que se temía, habiendo pegado fuego en dicho convento, que en un instante se ha reducido á cenizas gran parte. Desde luego el ayuntamiento, en union con el señor comandante de armas, han dispuesto reunir las fuerzas del batallon de milicia para contener á los incendiarios para que no se dirigiesen á otros edificios, y para conservar en lo posible la tranquilidad pública, amenazada con tan amarga ocurrencia en las criticas y extraordinarias circunstancias en que nos hallamos con el escandaloso ejemplo de la capital. Lo que pongo en conocimiento de V. E. para su inteligencia y gobierno, y cumplimiento de mi deber. Dios guarde á V. E. muchos años. Sabadell, etc.

P. D. Son las ocho de la noche, y el ayuntamiento se halla en la mayor consternacion, reconociéndose imposibilitado de contener á los amotinadores ni de conservar el orden, pues se oyen voces subversivas y sobremanera alarmantes para continuar el plan de incendio que se ha desarrollado, y lo que desalienta al ayuntamiento, es la poca confianza que le merecen algunos urbanos de esta villa, dirigiéndome por lo mismo á V. E. para su pronta presencia en esta villa.

#### NUM. 17.

#### Proclama á los catalanes, al ejército y á la milicia de Cataluña.

La espulsion de los frailes la consintieron y aprobaron todos los amantes de la libertad: el voto de Barcelona está pronunciado: que no vuelvan los frailes, pero que no haya desórdenes: que siga la tranquilidad y el sosiego.

Que para atender al servicio de la plaza se hubiese reforzado la corta guarnicion con cuatro ó quinientos hombres, que se organizase un armamento en cada barrio, esto estaba en el orden. Pero que los pérdidas Llauder y Bassa, renovando sus acostumbradas traiciones entreguen la provincia á los facciosos, agolpando todo el ejército en Barcelona para vengar resentimientos personales y desarmar la milicia con la capa de castigar los hechos del 25, hechos que toda la poblacion consintió, este es un crimen atroz, que la muerte no es bastante á espigar.

Todas las columnas del Principado están en movimiento sobre Barcelona; las mejores líneas de operaciones militares están abandonadas; varios pueblos, que tras de débiles fortificaciones con sus valientes urbanos, bajo el amparo de las tropas, se de-

fendian contra las incursiones de los facciosos, quedan ahora á merced de los carlistas: en una palabra, el Principado se pierde. ¿Cuál es el pretexto de este alevoso crimen? ¿Les interesa mas á Llauder y Bassa combatir por los frailes que por Isabel II y la justa libertad? ¿Cuál es el estado de Barcelona? ¿Qué desórdenes hay? ¿A qué propiedades se atenta? Los incansables Pastors y Ayerve responden con razon y con sobrada seguridad de la tranquilidad pública. Si cualquiera intentase robos ó incendios, el mismo pueblo haria ejemplar justicia. Los robos é incendios están en las fantásticas cabezas de unos cuantos farolones y viles asalariados de Llauder que propalan temores y amagos, que mal pueden existir cuando ellos insultan tan impúnemente con su presencia la sensatez de los barceloneses.

El mal es manifiesto y debemos todos conocerlo. Quitados los conventos y monasterios que pagaban la faccion con las enormes sobras de sus rentas, los facciosos de Cataluña hubieran hecho por quince dias escesos de rabia; pero acosados luego de la miseria, faltándoles el socorro, se hubieran desbandado; ocupados por tropas los mejores puntos y redoblando sus esfuerzos los pueblos y milicia, la faccion sucumbia. Llauder cambia los sucesos y trueca en ruina la salvacion de nuestra patria: abandonando poblaciones ricas al saqueo, dará á los facciosos los recursos que solo sacaban de los frailes; viendo que las tropas se retiran, la faccion se engruesa; los milicianos, sin apoyos de tropas, se verán agobiados por fuerzas superiores; los liberales tendrán que huir; Cataluña sera otra Navarra, y Llauder dirá «que lo han causado los liberales con los hechos del 25 de julio.» ¡Alevosía atroz!

No para en esto la infamia del nuevo tigre de Cataluña; ha llegado á la vileza de reclamar auxilio de bayonetas extranjeras para consumir sus inicuos planes por la desconfianza que le inspira el patriotismo del ejército.

En tan critica situacion, sin la franca decision de todos los buenos, les daños serán irreparables. Los momentos son criticos: los ayuntamientos, las corporaciones, los gefes de toda Cataluña si no quieren que se les tenga por cómplices de Llauder, deben al instante tomar prontas medidas para nuestra salvacion, y esponer al gobierno el inico modo con que se vende nuestra patria.

Catalaños, ejército, milicia, conced vuestra posicion, todavia es tiempo. Tras de Llauder y Bassa vienen los cadalsos, la esclavitud, Carlos V y la Inquisicion. Bassa.... la cacareada espada de Llauder, que ningun faccioso ha visto, sirve solo contra españoles mismos; á la campaña de Lacy y de Vera piensa añadir la de Barcelona: su rabia y su ambicion se han de saciar con sangre de

sus compatriotas: reunios y evitad la ruina de la patria.

Bravos soldados del ejército, del pueblo habeis salido; entre el pueblo teneis á vuestros padres y hermanos; vosotros sois los primeros interesados en la libertad de nuestra patria; las armas que con tanto honor empuñais, no se mancharán sin duda con la sangre de vuestros hermanos, pues se os han confiado, no para servir á traidores, asesinos y tiranos, sino para defender la libertad bajo la égida del trono de la inocente Isabel.

Ciudadanos todos, corred á las armas; guerra á los tiranos que quieren oprimirnos, y que se han quitado por fin la máscara con que nos habian engañado, que el movimiento sea unánime, y sea nuestra divisa: abajo los tiranos, viva Isabel II, viva la libertad.

## NUM. 18.

### Proclama de Córdoba al ejército del Norte.

Compañeros: mientras que grandes perturbaciones conmueven al reino y dividen á los amantes de la libertad y del trono, nosotros combatimos y vencemos por el trono y la libertad, salvando la patria de la ruina á que inevitablemente la conducirian los progresos de la desunion y del delirio que por doquiera cunde y se manifiesta bajo diferentes formas y con distintos fines. El ejército del Norte presenta hoy un grande y magnifico espectáculo, cuando en medio de tales convulsiones y trastornos solo se ocupa de multiplicar sus esfuerzos y fatigas para contener y hacer humillar por todas partes los destructores de nuestros derechos; y ciertamente la gratitud y la estimacion de nuestros conciudadanos, el afecto de nuestra augusta reina y la admiracion de la Europa entera, anticipan ya á tan heróica conducta los premios que le reservan un dia la posteridad y la historia. Nuestra mision era combatir y triunfar; y si como ciudadanos deploramos en el fondo de nuestro corazon los infortunios de la patria, sabremos cumplir nuestro deber como militares, hasta sacrificar nuestras vidas por sostener el trono y las leyes que hemos jurado, y por cuyos sagrados objetos se han regado los campos del honor con tanta sangre generosamente vertida.

Los grandes socorros que llegaban de todas partes para terminar esta larga y horrenda lucha, se han distraido para hacer frente á disensiones que, aun sin considerar mas que el momento en que estallaron, nadie puede dejar de calificar de absurdas y funestimas: una parte muy considerable de nuestras mismas tropas ha recibido tambien igual direccion, y hasta que cese la discordia, no podemos contar sino con nues-

tros solos esfuerzos. Sé hasta donde éstos alcanzan, compañeros, y por eso, no solo os lo anuncio sin temor, sino que me he constituido responsable de contener al enemigo común de las libertades patrias, en los límites que le han trazado nuestras gloriosas armas al pie de sus escabrosas montañas. Cese la discordia, y ellos verán si las hay inespugnables para nuestro valor.

Mas en tales circunstancias quiero y debo dirigiros mi voz, á fin de que sepais y de que sepa todo el mundo los principios y sentimientos que han de conducirme invariablemente en la época presente, y mientras ocupe el importante puesto que me está confiado, evitando así que pueda ser sorprendida la buena fé de todos por las pasiones ardientes de los unos, ó por las miras ambiciosas de los otros, y logren los gritadores estraviarnos del camino recto que nos señalan nuestros deberes, el bien público, la honra y el crédito de nuestras armas. Mientras que yo me halle á la cabeza de este ejército, y el ejército continúe pagando mis afanes y desvelos con la confianza que me manifiesta, y que forma mi orgullo y mejor recompensa, declaro solemnemente que sus armas no servirán nunca sino para sostener las libertades de la nación, el orden público y el trono de Isabel II, que considero como la mejor garantía de aquellos y de este. No reconoceré jamás otras alteraciones en la ley fundamental del Estado, ni otras autoridades que las que legítimamente ha establecido ó establezca en adelante el poder legal, es decir, el que forma con recíproco acuerdo y ejercicio la corona y la representación nacional; porque en la union de éstos está la ley, está la libertad, el derecho, el bien de la patria y el remedio de sus males, y fuera de ellos la tiranía, la usurpacion, la disolucion social, el fin de todas nuestras esperanzas y derechos, la ruina de esa misma independencia nacional, por cuyo amor fuimos los españoles tan justamente celebrados y temidos en todas las épocas de nuestra brillante historia.

Quien intentase locamente separarnos de tales principios, no solo seria criminal, seria tambien un insensato, que dividiendo la opinion para debilitar la fuerza de este ejército, hoy baluarte de la patria, abriese al enemigo la brecha por donde trata de asaltarla para luego sumergirla en todos los horrores del despotismo, de la supersticion y de las feroces venganzas, que serian el inevitable resultado de la reaccion y el término cierto de nuestras locas discordias. La situacion general del reino, el incremento que toman por todas partes las facciones, la impotencia que muestran para contenerlas las provincias que se han emancipado de la autoridad central y legitima, desconociendo la conocida máxima de que no hay fuerza

sin union, atestan que no os hablo de vanos recelos, sino de hechos ciertos, evidentes, de todos conocidos y cuyas consecuencias están al alcance de todas las inteligencias. A nuestra union y firmeza solo es dado hoy el contrarrestarlos; por todos debemos tener la cordura que todos parecen haber perdido.

Compañeros, mi corazon me anuncia que á este valiente ejército está reservada mayor gloria que la de vencer en el campo á los enemigos de la libertad. Si, yo espero que vuestra union y vuestras virtudes han de servir muy pronto de ejemplo y de apoyo á la reconciliacion de todos los buenos españoles que, amando sinceramente aquella, quieren cimentarla sobre el órden para que prospere por el imperio de las leyes; lo espero, por mas que hoy se encuentren aquellos agitados ó convertidos en instrumento ciego de pasiones mas vivas ó de miras menos nobles y sinceras que las que han servido á estraviar el mayor número de los disidentes. Tiempo vendrá en que los partidos podrán disputarse el poder sin tanto peligro, y las opiniones dividirse sobre la mayor ó menor latitud y perfeccion que convenga dar á las leyes; mas hoy es preciso ocuparse solo de salvarlas, de afirmar el trono que identificó con ellas su existencia, de arrancar las armas al partido que nos disputa el territorio donde han de reinar ese trono y esas leyes.

He espuesto al ejército con la severidad y la franqueza que me caracterizan, cuáles son mis principios y deberes; y á ellos repito que será arreglada ó invariable, cuanto firme y completa mi conducta. Celoso de la honra y de la gloria de nuestras armas, como gefe, del bien de mi patria, como ciudadano, de la confianza de S. M., como súbdito, he de corresponder á todas estas obligaciones, aunque me viese en la dolorosa necesidad de castigar con la prontitud del rayo, con toda la severidad de las leyes, y en el interés general que así lo exige, á cualquiera que intentase quebrantar aquellas para desunirnos y separarnos del camino recto y legal. Y á este fin recuerdo como vigente la órden general dada al ejército por su ilustre general en gefe el Excmo. señor don Francisco Espoz y Mina desde su cuartel general de Pamplona en 25 de enero del presente año, con motivo de las tristes ocurrencias que turbaron la tranquilidad de la capital del reino en 18 del mismo mes, cuya órden volverá á ser leída á todos los cuerpos del ejército durante tres dias consecutivos despues de recibida ésta, á cuyo especial objeto formarán las tropas, con asistencia de todos los señores gefes, oficiales y sargentos, y repitiéndose luego la lectura los domingos de cada semana, precediendo un redoble de silencio, hasta tanto que cese la desunion que aflige á la patria

y á todos sus buenos hijos; y encargo bajo su responsabilidad personal á todos los comandantes generales de fuerzas y territorios, plazas y lugares fortificados, que cumplan y hagan cumplir, guardar y ejecutar puntualmente y en toda su estension la referida orden, leyéndola á las tropas al mismo tiempo que la presente allocucion. Dado en mi cuartel general, etc. Vitoria á 9 de setiembre de 1855.—Luis Fernandez de Córdoba.

### NUM. 19.

**Memorandum del embajador de España en París, tratando de probar al gobierno francés que era llegado el caso de la cooperacion y la necesidad de que las tropas francesas ocupasen las Provincias Vascongadas.—París 8 de setiembre de 1835.**

La cuestion española tal como se presenta en el día ha dejado de ser; aun para las potencias que no han reconocido á la reina doña Isabel II, una cuestion de sucesion, puesto que en su esencia y consecuencias es puramente monárquica.

La reina Gobernadora, deseando contraponerse á las ideas absolutistas de los partidarios del Pretendiente, y sobre todo contrarrestar toda faccion revolucionaria que intentase proclamar la impracticable Constitucion de 1812, otorgó el Estatuto Real, fundado sobre las antiguas libertades que gozaban las diferentes coronas de España reunidas por el enlace de los reyes Católicos. S. M. la reina regente juntó las Cortes bajo la base sancionada, y no rehusó dar su sancion soberana á aquellas leyes que eran favorables á la causa pública, y aun espontáneamente propuso algunas que solo eran consecuencia de sus maternales deseos, acreditados desde el fallecimiento del rey don Fernando.

Entretanto que S. M. dedicaba sus desvelos al bien procomunal del reino, la faccion del Pretendiente, favorecida por la localidad del terreno y rudeza de los habitantes de las provincias sublevadas, se engrosaba en número y acostumbraba á los combates contra las tropas de doña Isabel II. S. M. en aquellas circunstancias mandó toda su fuerza militar contra unos pueblos que combatian, ya por la seducion de sus gefes, ya por conservar privilegios ominosos al resto de la monarquía, siendo de notar que las provincias sublevadas son las únicas en España que, á pretexto de sus fueros, protestaron en 1715 contra la exclusion de las hembras para reinar en España, ó sea el informe é ilegal auto acordado de Felipe V. ¡A tal punto ciegan las pasiones cuando la ambicion ó los intereses parciales son el móvil de las acciones humanas!

El gobierno de S. M. C. creyó haber llegado el caso de pedir el entero cumplimiento del tratado de 22 de abril, no porque juzgase que sus reales armas fuesen insuficientes para vencer á los carlistas, sino porque previó que lo desguarnecidas que quedaban las provincias fieles á su soberania pudiera facilitar á los revolucionarios demócratas el poner en agitacion el reino: S. M. sabia tambien que, hermanados éstos y afiliados en sociedades secretas con los que existen en otros paises de Europa, podrian comprometer, no solo la dignidad de su trono, sino tambien la de los soberanos sus aliados, y aun la de los monarcas que no eran signatarios del tratado de la Cuádruple alianza. Razones que no son de este lugar hicieron que se negase la cooperacion armada, y su negativa fué el grito de alarma ó toque de generala, para que los revolucionarios de España alzasen la bandera de rebelion.

Constitucion de 1812, federalismo, demagogia, todo ha sido puesto en accion por gentes ambiciosas ó pérfidas, que la presencia de un pueblo obediente y mas circunspecto que ellos ha confirmado con su indiferencia la opinion que tenian de él los hombres honrados que deploraban tantas calamidades.

Así, pues, puede repetirse que la cuestion española no es ya cuestion de sucesion, sino cuestion monárquica, que tiene el apoyo de la fuerza numerica de una nacion tan fiel á sus reyes como la española, y el voto de los hombres de bien que tienen que perder, y que por lo tanto se hallan fraternizados en sentimientos con todos los que se hallan en igual situacion en los demas paises de Europa.

La vecindad de la Francia y las antiguas relaciones de ambos paises, las continuas comunicaciones, y las dos veces que sus ejércitos han hecho mansion en España, hacen que los intereses bien entendidos de ambos pueblos, y la conservacion de los dos tronos actuales se hallen muy comprometidos, siempre que las teas de la discordia ó la cuchilla de la anarquía se alzase en cualquiera de los dos paises. Bajo este punto de vista parece debe mirar la Francia la actual situacion de la Peninsula, ya que tiene la fortuna de que el cetro de S. M. Luis Felipe ponga á raya las facciones revolucionarias que al otro lado de los Pirineos alzan la cabeza contra una memoria real, á favor de las pretensiones de la usurpacion, ó quizá de acuerdo con ella.

Al punto que han llegado las cosas, cuando la unidad y el decoro de la corona de Carlos III se halla desmembrada y ofendida por pretensiones ilegítimas por un principe de su sangre, y por las violencias de un partido tan enemigo del trono de doña Isa-



bel II, como de cuantos existen en el universo, parece haber llegado el caso de que una nacion vecina, poderosa y aliada de S. M. C., acuda á sostener la corona en sus sienas, y á facilitar con su auxilio el que las armas de S. M. se hallen libres para correr á los puntos ó provincias donde se profana su augusto nombre, y se entroniza la insurreccion.

Tan poderosas razones deben convencer al gobierno de S. M. el rey de los franceses, de la conveniencia de que una fuerza militar francesa ocupase las Provincias Vascongadas, á fin de que, ahuyentada por este medio la faccion carlista, llegase á desaparecer, y por lo tanto el ejército español se hallase en estado de combatir la anarquia en las demas provincias de España; pues si en Madrid una guarnicion de tres mil hombres escasos ha podido restablecer el orden en el mes de agosto pasado, y el gobierno ha tenido tanta fuerza que ha desarmado tres batallones sublevados de la milicia urbana, no puede caber duda en que si hubiera guarnicion en otros puntos no se verian las juntas insurreccionales de algunas provincias mandando descaradamente y disponiendo de los fondos públicos, ni tampoco en las calles y plazas tropeles de asesinos y de incendiarios perpetrando impunemente el robo y el asesinato.

La cuestion que forma la base de este memorandum tiene ya tal importancia, que es para el trono de doña Isabel II cuestion de vida ó de muerte, y no para que suceda á S. M. en la monarquia española este ó el otro principe, sino para que el cetro español se vea destrozado por una faccion revolucionaria europea que ensaya sus fuerzas en España, porque lucha con una memoria real debilitada por pretensiones del que, si considerara los males que causa con ellas á la dignidad real, se apartaria de un camino que, aunque le hiciese llegar al logro de sus deseos, no le constituiria un trono mas seguro que el de su augusta sobrina que trata de derribar. Si el obstinado principe llegase á convencerse, como pudiera probarsele, que muchos que toman su nombre quieren destruir su poder despues del triunfo; y si el pueblo español se convenciese igualmente de que muchos de los que proclaman libertad, Constitucion de 1812, derechos del hombre, etc., son agentes de la usurpacion, y que se hallan muy en acuerdo todos ellos para destruir la monarquia, cualquiera que fuera el monarca, pronto se restableceria la paz de la Peninsula, pues don Carlos renunciaria á su empresa, y el cetro de la reina doña Isabel, sostenido por la opinion del convencimiento, caeria sobre los revolucionarios demócratas. Empero la espantosa calamidad que aflige á España ha salvado el Pirineo, y ya el sangriento jacobinismo no

puede alzar los puñales contra los retirados cenobitas, como ha sucedido en España, en las calles de París, al frente de una guardia nacional fiel y numerosa, y burlando la diligencia de un gobierno tan ilustrado como justo, ha buscado por abrigo una casucha para amarrar unos viejos cañones de fusil á una mala tabla, y atentar contra la vida de un rey que hace la felicidad de sus pueblos, y de unos principes que por sus virtudes presentan tantas esperanzas de ventura á los paises que lleguen á gobernar, ya por su derecho, ya por los enlaces que contrairgan. Mas á qué punto ha llegado el encono contra la monarquia, puede verse en que en el atentado del 28 de julio no es una venganza personal la que armó á un asesino para deshacerse del rey y de los principes, sino que puede decirse que Fieschi era el asesino de la humanidad en masa, pues que tiraba sin discernimiento sobre ella para destruir la monarquia. Ejemplo que quedará consignado en la historia para probar hasta dónde ha llegado en el siglo XIX el odio contra la dignidad real.

Pues si el 28 de julio, cuando apenas habia noticias de los asesinatos de Reus, y que se temian algunos otros, se ha visto con tanto escándalo atentar contra la vida de S. M. el rey de los franceses, ¿qué no podrá esperarse cuando la revolucion anárquica se haya sentado de firme en todas las provincias de España? ¿qué no podrá esperarse cuando los revolucionarios españoles se hayan perfeccionado en la perfidia con las lecciones de todos los que acuden á la Peninsula, y con las de los prófugos del proceso de abril, de los cuales se sabe que alguno ha acaudillado los grupos que asesinaron al general Bassa en Barcelona? Las sociedades secretas se hallan minando todas las sociedades políticas, y con mucha mas facilidad siguen su camino en los paises en donde la beneficencia de las leyes protege la libertad individual, y la expresion de la opinion pública interpretada las mas veces por las pasiones; pero en España ejerce un imperio mas poderoso por las circunstancias en que se halla el pais y la índole de su gobierno de tutoria ó regencia. A semejantes daños, solo la Francia se halla en el caso de hacer frente. Una nacion donde el *saludable justo medio* no es un ente quimérico ó teórico, sino un ser que tiene, por decirlo así, existencia física, que debe á la justicia y prevision de su rey, á los intereses públicos, á la industria, á la agricultura, á la ilustracion, á la administracion departamental, á la opulencia de su hacienda, á la disciplina de su ejército y á la perfecta organizacion de la guardia nacional, es á quien corresponde tender un brazo de salvacion al trono de S. M. C. y al poder de su augusta madre; y salvando el trono español, será la Francia la

que preservará á todos los demas de Europa de los embates de la democracia anárquica, que quizás aguarda completar su triunfo en Madrid para triunfar en otras partes. No se trata para conseguir tan sagrado fin de una expedicion que debiese ocupar toda la Peninsula: bastaria que una fuerza militar proporcionada al objeto ocupase las Provincias Vascongadas y Navarra, apoyada en las plazas fronterizas de las mismas que las tropas de S. M. la reina conservarían ó partirían su guarnicion con la fuerza auxiliar de la que un tratado particular podia arreglar el modo y compensaciones.

La causa de la justicia, la causa de la humanidad, la causa de la monarquía reclaman la cooperacion armada de la Francia, y los fusiles carlistas que continuamente hacen fuego sobre el puente de Behobia, y á que ha tenido que contestar repetidas veces el cañon francés, reclaman el que la bandera tricolor aleje de las fronteras francesas el ruido de la guerra, lanzándola al otro lado del Ebro para que las tropas de la reina acaben con las fuerzas del Pretendiente y puedan enfrenar las pasiones revolucionarias.

Si la Francia desoye la voz de la verdad en esta ocasion, si no se asombra al ver el abismo que se halla abierto á la linde de sus fronteras; en una palabra, si no acude á la defensa del trono de la reina doña Isabel II, la Francia en esta cuestion de *vida ó muerte* para la monarquía, á mas de los peligros que la amenazan para en adelante, queda responsable á la posteridad de todas las calamidades que van á caer sobre una nacion vecina y aliada suya, y de todas aquellas que corriendo el tiempo trastornaren á la Europa entera empuñandola en guerras y revoluciones, cuyo fin no verá la generacion presente ni tal vez la venidera.

Paris 8 de setiembre de 1835.

*El ministro de Negocios Estrangeros al embajador de S. M. C. en Paris, contestando al memorandum de éste de 8 de setiembre de 1835.—Setiembre 15 de 1835.*

El gobierno del rey ha tomado en seria consideracion el memorandum presentado por el señor embajador de España, con el objeto de probar la conveniencia y la necesidad de una ocupacion de tropas francesas en las Provincias Vascongadas. El gobierno no ha ballado en los argumentos en que se funda un motivo suficiente para acceder á lo que ha negado hace tres meses con motivo de una peticion semejante. El tratado de 22 de abril de 1834, y los articulos adicionales de 18 de agosto, tienen únicamente

por objeto, en lo perteneciente á España, el impedir las tentativas del Pretendiente contra el trono de la reina Isabel. No puede decirse que la cooperacion indirecta acordada con este fin á las tropas de S. M. C. por sus aliados haya sido ineficaz. En efecto; bien sea que la naturaleza del terreno y la situacion particular de las Provincias Vascongadas hayan permitido al Pretendiente el prolongar hasta hoy un estado de guerra, que puede que no ceda sino con la accion del tiempo, secundado por un conjunto de medidas hábiles y prudentes, es hoy en dia tambien evidente que este principe aislado de todo apoyo exterior y reducido á sus propios recursos que se agotan de dia en dia, no está en posicion de intentar ningun golpe decisivo, y que no podrá sin esponerse á una ruina casi segura salir del estrecho circulo en que pelea quince meses hace. Su presencia en España es, sin duda alguna, el origen de muchos desastres particulares, pero no amenaza de manera alguna la existencia del gobierno de la reina. En este estado de cosas, hoy menos que nunca es la ocasion de una determinacion tan grave, tan fecunda para los dos paises en consecuencias casi incalculables como seria el mandar un ejército francés al territorio español. Esto manifestado, el gobierno no se ceñirá de la manera mas indirecta á las estipulaciones convenidas el año último, no seria sino separándose de estas estipulaciones relativas únicamente á don Carlos, que pudiera hacérselo aplicable á una clase de hechos que los negociadores ciertamente no previeron. No es, pues, admisible esta interpretacion: los intereses de la politica francesa, los de la nacion española, tan celosa por su independencia, y tan contraria á toda mezcla de extranjeros en sus asuntos interiores, rechazan igualmente un sistema semejante, y el gobierno francés cree que seria desconocer sus intereses en lo mas esencial el dar á las cláusulas del tratado de 22 de abril la estension indicada en el memorandum de S. E.

Aprovecho, etc.

NUM. 20.

**Acta de la reunion del 30 de junio de 1835 en Portugalete.**

En la villa de Portugalete, á las siete de la tarde del dia 30 del corriente, se reunieron en la casa alojamiento del Excmo. señor don José Santos de la Herra, general en gefe interino del ejército de operaciones del Norte, y por orden suya los mariscales de campo don Manuel Latre y don Baldomero Es-

partero; los brigadieres baron del Solar de Espinosa, don Federico Bermuy, don José Clemente Buerens, baron de Meer, don Marcelino Oráa, don Santiago Mendez Vigo, don Juan Tello, don Felipe Ribero, don José María Chacon, don Manuel Gurrea y don Evaristo San Miguel; los coroneles don Froilan Mendez Vigo, don Segundo Ulibarri, don Lorenzo Cerezo, don Joaquin Ponte, todos gefes de division, de brigada y otras varias dependencias en el referido ejército de operaciones. S. E. sometió á su deliberacion dos puntos esenciales. Primero, que habiendo recibido en la mañana de aquel dia su exoneracion del cargo efectivo que ejercia de general en jefe del ejército de la reserva, con órden de entregar su mando al general don Manuel Latre, no podia considerarse como general interino del ejército de operaciones. Segundo, que habiendo recibido asimismo la comunicacion de que el mariscal de campo, don Luis Fernandez de Córdoba, estaba nombrado general en jefe del referido ejército de operaciones y muy próximo á reunirse á las tropas de su mando, tenia sobre si una gravisima responsabilidad, cualquiera que fuesen las operaciones que emprendiesen las tropas de la reina acantonadas en Portugaleta y acampadas en sus alrededores. Por una parte parecia estar indicado por las circunstancias y la fuerza misma de las cosas, que dichas tropas, tan superiores en número á las de sitio presentadas por los enemigos, marchasen adelante y las buscasen, consiguiendo con el levantamiento del asedio uno de los triunfos mas importantes, que sobre influir de un modo ventajoso en el crédito de nuestras armas, libreria de las angustias de su apurada situacion á un pueblo rico, de un gran peso como plaza de comercio, y digno por sus esfuerzos de un socorro á tiempo por los verdaderos defensores del trono de Isabel II y de la patria, ademas de lo que se debia á su valiente guarnicion, que tan heroicamente peleaba contra sus encarnizados enemigos. El retroceder despues de haberse adelantado hasta este punto, debia producir los efectos mas funestos, tanto en la parte fisica como en la moral de las operaciones de la guerra, abatiendo el ánimo de los defensores de la reina y confesando indirectamente de un modo vergonzoso su inferioridad con res-

pecto á los rebeldes. Mas por otra parte, las órdenes terminantes que se habian recibido del gobierno de no aventurar empresa alguna que pudiera comprometer la suerte de las armas, y la consideracion de hallarse tan próximo el general que se iba á encargar del mando del ejército, arredraban á dicho general interino, haciéndole ver las graves consecuencias que se seguian y su terrible responsabilidad en caso de ocurrir una desgracia que, aunque no probable é inverosímil, tampoco se hallaba en la esfera de las cosas imposibles.

Dichos generales, brigadieres y coroneles, despues de haberse informado del estado de las cosas, y deliberado con el detenimiento y madurez que exigia un asunto de esta trascendencia, se decidieron unánimemente sobre el primer punto. Que el Excmo señor don José Santos de la Hera continuase mandando el ejército de operaciones del Norte mientras no se presentase el general encargado de este mando; y sobre el segundo, que siendo en su concepto el mayor mal que pudiera sobrevenir á la causa de la reina, y una mancha indeleble para las armas, que con tanta constancia la defienden, el retroceder delante de los enemigos, abandonándoles una rica poblacion y una guarnicion esforzada, que con tanto teson la defendia contra los rebeldes, se marchase á ellos desde luego segun lo requerian las circunstancias del terreno y otras consideraciones, dejando estos pormenores militares á la prudencia y tino del general, en cuyas luces y decision tenian depositada su confianza.

Y para que esta decision tuviese el carácter de formalidad segun lo exigia la gravedad de la materia, firmaron todos su voto despues de levantada la sesion y leida que les fué el acta de ella, en que les pareció exacta y en todas sus partes conforme á lo resuelto y decidido.

Portugaleta 50 de junio de 1855. — Baldomero Espartero, Manuel de Latre, Joaquin de Ponte, Segundo Ulibarri, José María Chacon, Marcelino Oráa, Felipe Ribero, Juan Tello, Evaristo San Miguel, Manuel Gurrea, Froilan Mendez Vigo, Ramon de Meer, Santiago Mendez Vigo, el baron del Solar de Espinosa, Federico de Bermuy, José de Buerens, Lorenzo Cerezo.

## NUM. 21.

## EJERCITO REAL DE VIZCAYA.

Estado que manifiesta la fuerza total de las dos armas, infantería y caballería.

	Gefts.	Capitanes.	Tenientes	Subtenientes.	Sargentos. Prims. Segs.	Cometas. Tambores.	Cabos. Soldados.	Total.
Primera de Guías. . . . .	»	4	3	1	9	3	119	131
Segunda. . . . .	»	1	»	2	8	5	116	129
Primer batallon. . . . .	5	10	43	23	51	21	969	1,041
2.º . . . . .	5	14	17	22	45	15	705	765
3.º . . . . .	5	10	18	14	43	20	688	732
5.º . . . . .	5	12	11	24	62	25	831	951
7.º . . . . .	5	8	49	20	96	21	917	1,054
5.º de Castilla. . . . .	1	7	»	11	25	5	526	350
Caballería... . . . .	»	»	»	1	1	»	14	15
Fuerza total.. . . .	16	60	83	118	342	143	4,705	5,176
Enfermos y heridos. . . . .	2	4	8	12	22	8	356	432
En comision del real servicio. . . . .	14	56	75	106	320	105	4,567	4,724
Quedan para formar.. . . .	»	5	2	7	4	2	100	116
Quedan para formar.. . . .	14	55	75	109	316	103	4,267	4,608

Durango 9 de setiembre de 1835.

MARTIN DE BENGOCHEA.

NOTA. El primer batallon tiene ciento ochenta y siete reclutas para la fuerza presente que manifiesta.

## NÚM. 22.

## Reseña del atentado contra la persona del general Eguía en 1829 (1).

Si los sucesos extraordinarios han sido en todos tiempos transmitidos á la posteridad, parece no debe omitirse la narracion veraz y circunstanciada del hecho acaecido en la capital del reino de Galicia la mañana del 29 de octubre de 1829, hecho el mas inaudito de cuantos se han conocido hasta ahora.

Los acontecimientos de Portugal ofrecieron desde su desarrollo hasta su terminacion cuidados tan extraordinarios como los mismos sucesos, porque era consiguiente tratasen de difundir la misma anarquía en el reino fronterizo, y particularmente en las

(1) La estension de este documento, escrito por el mismo Linage, nos hacen omitir las observaciones sobre la situacion de Galicia y otros objetos que no interesan á nuestro asunto.

provincias limitrofes, contando para ello en Galicia con los que por dos ocasiones habian sido ya los agentes y colaboradores para promoverla. Pero la prevision del capitán general, sus prudentes medidas, la actividad constante, la vigilancia mas esquisita y el tino con que dirigia todas sus acciones, conservaron la tranquilidad y el sosiego público, ya en el periodo de la emigracion de los realistas portugueses, ya durante su permanencia en Orense, mandando el ejército de observacion, y ya cuando de resultas del alzamiento de Oporto, cayó sobre la frontera de Galicia todo el nublado de hombres que lo promovieron. Este último pasage, capaz de confundir en su posicion al general mas esperto, tuvo el éxito mas feliz y el mas interesante para la tranquilidad de uno y otro reino, por la prudencia y enérgicas disposiciones del capitán general don Nazario Eguía, logrando en virtud de ellas, desarmar á mas de seis mil hombres

decididos y arrojados, dispersarlos en puntos donde pudiesen ser menos perjudiciales, conducirlos á los puertos donde habian de realizar su embarque, y en una palabra, hacer desaparecer como el humo á todos los cabezas de la rebelion de Oporto, y á las tropas con que la sostuvieron, convenciéndoles de que el apoyo con que contaban en Galicia, y por el que se dirigieron tal vez con preferencia á esta provincia, estaba ya reducido á la misma impotencia que sus columnias, siendo una la accion del importante triunfo sin haber tenido que apelar á las armas.

Una conducta tan rigida de suyo, ofrece la consecuencia del encono que conservarían los agentes revolucionarios contra el capitán general que habia trastornado sus planes y mas halagüeñas esperanzas, que habia vencido obstaculos casi insuperables, y que por medio de su politica los tenia tan á raya. Así es que por una razon muy natural, debia temerse que aquellos apurasen todos los recursos para vengar la constante y fuerte oposicion con que el capitán general habia destruido sus proyectos, y ejecutado operaciones que les eran tan contrarias, y mas que todo para librarse de una persona que por sus principios, ni daba lugar á poner en práctica las tramas, ni ofrecia la mas leve esperanza de que llegasen á tener efecto; pero la misma impotencia á que habian quedado reducidos por la esquisita vigilancia, dilató su ejecucion, frustrado ya un paso que se miró con indiferencia, siendo así que debió llamar la atencion y que tiene gran analogía con el suceso del 29 de octubre.

Pero entremos en el relato de este hecho que al principio se ofreció detallar, y que la precision de formar un juicio exacto sobre las verdaderas causas que le prepararon, ha suspendido hasta ahora.

La mañana del referido día 29 de octubre, recibió S. E. el correo de Castilla y el de Lugo: segun costumbre, llamó á los secretarios y oficiales de las respectivas oficinas, á fin de resolver aquel conforme iban abriendo los pliegos, atendiendo á la vez en los pequeños intervalos que mediaban de la abertura de uno á otro á la resolucion de asuntos de que daban cuenta los oficiales. Se hallaban presentes en dicho día los coroneles graduados secretarios de la subinspeccion de voluntarios realistas y de la capitania general, don Antonio Soto Alfeyan y don Juan Valsa de la Vega: los capitanes don Francisco Linage, y los tenientes don José Carrero y don Mariano de la Torre. Estaba para terminarse la resolucion, como que solo faltaban tres pliegos, cuando tomó S. E. uno de ellos cerrado en octavo y del grueso de poco mas de dos dedos. Al mismo tiempo de disponerse para abrirlo, dirigió

la palabra levantando la cabeza, al capitán Diaz, que se hallaba al lado opuesto de la mesa, un poco á la izquierda del frente de S. E., quien siguiendo hablándole, estendió los brazos á fin de abrir el pliego. Una espantosa detonacion y la sorpresa dejó como petrificados á los circunstantes, cuyo asombro creció al ver á su general vertiendo sangre del rostro, sacar al frente la mano derecha, y observar la levita que tenia puesta, enteramente derrotada por las bocamangas y parte que cubria el vientre.

En aquellos momentos, cuya verdadera respectiva posicion es imposible definir, porque el hombre mas sereno cederia á la fuerza de los afectos ó ideas encontradas, no hubo de los espectadores quien percibiese, ni remotamente sospechase, que la detonacion y su sensible estrago emanase del pliego que poco antes se vió en las ya aniquiladas manos de S. E. Un asesino introducido en la pieza fué lo que se ocurrió á todos ó á la mayor parte; y algunos, creyendo poderle dar alcance antes que se escapase de la casa, se precipitaron corriendo hasta el cuerpo de guardia, cuyos individuos habian tomado las armas por aquel estruendo, y aseguraron que inmediatamente á él, nadie habia salido. El general, manifestando en su triste situacion un valor extraordinario, se levantó del asiento, y dejando el despacho salió al salon que le precede, donde se mantuvo algunos minutos regándole de sangre. Varios oficiales volaron en busca de facultativos, otros quedaron al lado de S. E., y despues de cortar las mangas de la levita y los pantalones para colocarle en la cama, se vió patente el horroroso estrago ocasionado en su cuerpo.

Tal fué, que por la violencia de un misto fulminante quedaron destrozados gran parte de los miembros de su persona, produciendo en él las gravísimas heridas que se dirán y que pusieron su vida en el último peligro, aun despues de haber tomado las precauciones mas enérgicas, sin detenerse en medios, y olvidándose de la delicadeza individual, así para mutilarle como para las demas operaciones y curaciones dolorosas que hubo necesidad de ejecutar y sucesivamente continuar para salvar su vida, no obstante la incertidumbre de conseguirlo. Por esta razon, antes de pasar á curar á su excelencia se hizo preparar espiritualmente, y es bien seguro que á pesar de todo hubiera perecido á no ser por su buena naturaleza, serenidad, docilidad y asistencia esmerada, cual no cupo mas.

Apenas cundió por el pueblo tan horroroso atentado, casi todos los facultativos de esta ciudad, así médicos como cirujanos que en ella existian, acudieron al momento al auxilio de tan digno gefe, presentándose en su casa, y prestandose con sus personas y

conocimientos. Pero como el caso en su clase era de tal delicadeza que solamente podía entregarse en manos conocedoras y diestras, con juiciosa y decorosa franqueza, á una voz convinieron en que el doliente fuese exclusivamente auxiliado por don José Manuel Lazcano y don Sebastian José Suarez. Sin embargo, no se separaron de aquel punto durante las operaciones y curaciones de primera intencion á que ayudaron, y hasta que no se ahuyentó el peligro, alternaron en diarias guardias, acompañando á Lazcano, que estaba permanente.

Trece fueron las mas principales heridas que sufrió la persona de S. E. diseminadas por el cuerpo, desde la cara hasta los muslos inclusive, además de un sin número de salpicaduras que se estendieron por todas partes, y los efectos de la explosion, que desfloraron la piel, y alcanzaron, no solamente á los parages que estaban al descubierto, como la cara, sino al pliegue de la ingle izquierda, partes pudendas y vientre.

Dispuestos los aparatos, se procedió á la curacion de primera intencion, empezando ésta por las heridas de los muslos y vientre; en seguida á las amputaciones, así de la mano derecha en su totalidad, como del pulgar y parte del dedo del medio de la mano izquierda, concluyendo por todas las otras, en cuyos preparativos hasta terminar la referida curacion de primera intencion, incluso el muy preciso espacio de tiempo necesario para la deliberacion de lo que era indispensable ejecutar, se ocupó el término de doce horas, entendiéndose desde las del medio dia hasta las de la noche, sin que hubiesen cesado los profesores de trabajar y S. E. de padecer crueles tormentos; pero con una presencia de espíritu indecible. A todos estos sufrimientos debe añadirse la incertidumbre que por muchos dias se tuvo de poder conservar el resto de la mano izquierda y escusar su mutilacion, como felizmente se ha logrado.

Otra de las pruebas que no dejan dudar la serenidad y espíritu que mantuvo S. E. en aquellos momentos de consternacion, fué las órdenes que dictó de cuidar de su existencia, para que la provincia no experimentase el menor desorden con motivo de su desgracia; y no ocultándosele el grave peligro que corría su vida, mandó ante todas cosas se avisase al señor comandante general de la provincia de Tuy, segundo cabo del reino, para que viniese á Santiago á encargarse de su gobierno, preguntando con frecuencia si se habia despachado el espreso, y si iba en términos que á su vista no se demorase su presentacion, sin duda para asegurar y evitar se alterase en manera alguna y bajo ningun pretexto la tranquilidad

pública, que constantemente habia conservado durante su mando.

En aquellos momentos y en los dias sucesivos, no habia quien, sabedor del lastimoso estado en que se hallaba S. E., se persuadiese que podia salvar su vida; pero nunca mas comun el interés, mas general el sentimiento, ni mas aunado el deseo para contribuir al alivio y derramar el consuelo posible á su angustiada familia. Puede decirse, que no solo fué un dia de luto para la capital de Santiago, sino para toda Galicia. Personas de todas clases se precipitaban en los primeros dias á saber el estado del paciente: no era una curiosidad ni un deseo de figurar contra los propios sentimientos; era la espontánea voluntad y cierta solicitud de alcanzar la satisfaccion que buscaban oyendo que vivia y disfrutaba de alivio. Todos concurrían con un silencio producido de la misma pena. Aquellos que no tenían satisfaccion en la casa para ofrecer la expresion de sus sentimientos á las personas interesadas, lo hacían á las mas allegadas, ansiando verse ocupados y que se dispusiese de ellos. Cuantos oficiales existían en Santiago procuraron quedarse á velar á su general, queriendo ser todos partícipes en las vigalias.

Por otra parte se concurría á los templos á implorar su salud del Dios de las misericordias. Las corporaciones los mantenían constantemente abiertos con funciones solemnes que se celebraron, no solamente en Santiago, sino en todos los demas pueblos, como sufragios para alcanzar del Todopoderoso la conservacion de los dias de su capitán general.

Las diversiones públicas se cerraron á impulsos del dolor que alcanzó aun á los que en ellas tenían cifrada su subsistencia y las de sus familias.

Los ayuntamientos de las respectivas capitales, los cabildos y otras corporaciones acudieron á S. M. con esposiciones enérgicas, consignando en ellas el intenso dolor que semejante desgracia habia ocasionado á los habitantes é individuos que representaban, los beneficios que el reino de Galicia habia recibido de su capitán general don Nazario de Eguia, y cuantas razones le sugirieron los hechos para hacer conocer el unánime deseo y las conocidas ventajas de que continuase en el mando, si tenían la dicha de que sobreviviese, á fin de seguir disfrutando de la paz y tranquilidad que habian conseguido durante su gobierno.

En dichas esposiciones se vió el general interés de los gallegos y cuanto puede formar el elogio mas sobresaliente de un general que ha gobernado con prudencia y justicia, captándose el amor de los pueblos que la piedad de S. M. fió á su cuidado.

Santiago 1.º de abril de 1830.

:

## MUM. 25.

## Comunicacion de Gurrea á Pastors.

Confidencial. — Castelbó 16 de setiembre de 1835, á las siete de la noche.—Mi amado general: despues de diez horas de marcha por los caminos que vd. conoce bien, he llegado á este pueblo; pero la mayor parte de la division que está bajando esta maldita cuesta, se pondrá hecha una miseria de agua, pues hay tormenta horrorosa, y la noche está durísima; mas era preciso sacar á vd. del embarazo en que se hallaba á toda costa. ¿Qué hago yo mañana? He aquí una cuestion espinosa. Tuve terminantes órdenes para no pasar de ningun modo las fronteras de Aragon: algunas reflexiones que hice me valieron el permiso de entrar en este Principado; pero que por ningun pretesto pasase el Noguera Palleresa. Dos son las salidas que los rebeldes tienen desde los puntos que ocupaban hoy: por Oliana ó sus inmediaciones, en la direccion de Solsona, y desde Orgañá por el camino real hácia la Conca de Tremp. Mi arribo á este punto les ha obligado á moverse como es natural; pero no sé hasta ahora en cuál de las dos direcciones: regularmente, y como vd. decia á Conrad en su escrito de hoy, será sobre la Conca. De todos modos es preciso que yo vuelva mañana sobre Guerrí por dos razones: primera, por las terminantes órdenes que llevo dichas; y segunda, porque de no hacerlo así, la compañía que está en la Pobla de Segur y las que están en Mentorn, se hallan altamente comprometidas, y yo puedo evitar este mal, que de otro modo no tendria remedio. En este caso dígame usted en contestacion á qué punto debe dirigirse Conrad mañana, pues con mi proteccion puede unirse á vd. si conviene, sin peligro de ninguna clase. No sé por qué me veo con los brazos atados, cuando los navarros entran en este Principado. ¿Cataluña no es España? ¿Podrá haber tranquilidad en Aragon mientras los navarros existan en Cataluña? No. ¿Qué medio nos queda, pues? Si los rebeldes no marchan para Aragon, yo procuraré estar en la Conca ó sus inmediaciones. Sirva á vd. tambien de gobierno que tengo órdenes terminantísimas para pasar á Navarra á marchas dobles, y los portadores de estas órdenes han sido dos ayudantes de Córdoba. Adios, mi querido general, cuente usted siempre con la eterna amistad de Manuel Gurrea.

P. D. A Conrad lo he dejado en Pallers.

## NÚM. 24.

## Exposicion de don José Juan de Torres.

Señor: cuando el honor y el deber exigen servicios importantes, he sido uno de los fieles vasallos de V. M., que he tenido el honor de prestarlos con el mayor placer, sin que los peligros hayan deslumbrado la gloria con que se ha coronado en Navarra y en esta provincia el batallon de Guias que he tenido el honor de mandar por espacio de tres meses, pero como la inconstancia en algunos hombres tiene su cabida, y muy particularmente en la clase de tropa, que algunas veces con poco se disgustan, con sumo dolor de mi corazon, no puedo menos de elevar á L. R. P. de V. M. la conducta de una division que al entrar en Cataluña admiró sus habitantes, siendo el terror de los enemigos de V. M., y que los catalanes, envidiando las victorias que se preparaban, se pronunciaron decididamente á favor de la justa causa, y en pocos dias el ejército real se aumentó con mas de diez mil hombres.

Esta valiente division siguió contenta en los primeros dias de su entrada en la provincia, y no empezó á disgustarse hasta que se la obligó á marchas forzadas, en las cuales no podia racionarse, faltándole el prest y todo lo necesario para conservar su moralidad, por cuyo motivo concibió funestas ideas del gefe superior que la dirigia; y aunque por de pronto no prorumpió en quejas, sin duda alguna por la veneracion y respeto que tenia á sus oficiales, con todo, dió muestras de su desmoralizacion, cometiendo algunos excesos, que no se castigaron por considerar que la necesidad obligaba, hasta que por fin fué tan temida de los amigos como de los enemigos; y en esta situacion, los traidores trabajaron incesantemente hasta hacerle concebir la idea de abandonar la provincia para privarla de las glorias y laureles que en el campo del honor hubiera cogido si en vez de observar al enemigo le hubiese atacado antes de dar lugar á reunir mayores fuerzas.

Los motivos porque no se emprendió un ataque decisivo son ocultos, y solo lo sabia el comandante general don Juan Antonio Guergué, cuya conducta llegó hasta el estremo de que los gefes y oficiales de la division se disgustaran porque se preparaba un golpe fatal que no pudieron resistir los fieles vasallos de V. R. M.; digo, estos valientes que solo respiraban sumision y obediencia, y que anhelaban con vivos deseos ver á V. M. en el trono deseado; y conocida la frialdad é indecision del gefe que lo dirigia, hizo concebir ideas grandes de valor; y cuando los enemigos habian logrado reducir en el alto Pirineo la valiente division navarra,

obligándola á marchar por los puertos de mayor riesgo, entre la escasez y miseria, entonces fué cuando se resolvió atacar á la columna del general Pastors que se hallaba en Orgañá persiguiendo la division catalana; y este dia, tan memorable para las armas de V. R. M., pudo sofocar el fuego de la discordia que secretamente minaba para aterrar la division: entonces fué cuando pudo darse principio á la expedicion del Ampurdán, donde logró hacer la requisicion de caballos, armamento y aun caudales para sostenerse; mas como no se realizó lo que se deseaba, se emprendieron nuevos movimientos, y aunque parecia que esta division se hacia dueña de toda la provincia, en mi concepto se la envolvía en mayores peligros que antes, porque el soldado, cansado ya de tantas marchas, se hallaba mas disgustado, y deseaba, como en su principio, volver á Navarra, y estos recelos dieron motivo para la reunion de varios gefes de la provincia, en Tora, en donde se celebró el acta solemne nombrando gefes de division, distribuyendo las fuerzas en brigadas para operar, con el nombre de divisiones de Tarragona, Lérida, Manresa y Gerona, amalgamando las fuerzas que militaban en dichos distritos; y como fui nombrado comandante general de la de Lérida, me fué preciso dejar con dolor de mi corazon el mando del batallon de Guías para reunirme á mi division, la cual á los tres dias de mi llegada sostuvo un vigoroso ataque en la Pobra de Segur, de la columna estrangera estacionada en Tamarite, que de real orden ocupó este pais, en donde debia operar hasta destruirla; pero como conseguí batirla completamente con pérdida de muchos hombres, lo abandonaron, dándome lugar para bloquear los de Tremp, que en número de secientos defendian su fortificacion.

Ni todas estas glorias, ni otras que se habian conseguido en la provincia, pudieron hacer olvidar á la division navarra el concepto de su desercion, y cuando, por razon de las circunstancias, se hallaba en esta villa para dar un ataque decisivo á los seis mil enemigos reunidos en Tremp, cual torrente impetuoso rompió los diques de la obediencia, y con el mayor escándalo desampararon las filas con gritos, ¡á Navarra! ¡á Navarra! dejándome en un mar de confusiones y peligros por la proximidad de los enemigos. Triste dia fué para los leales el 21 de noviembre, dia que llorará Cataluña particularmente, este pais que fué testigo de la marcha que emprendieron los batallones 7.º, 9.º y Castilla, mientras que Guías y Colomina iban dispersos por distintos rumbos. Ni los ruegos de algunos oficiales, ni las promesas de los gefes, ni la vista de su comandante general fueron bastante para reducir á sus soldados á la obediencia, por

cuyo motivo se separó la junta superior de Principado, que seguía á su presidente, y á no haber sido por la constancia y teson de los gefes catalanes, se habrian igualmente dispersado sus batallones.

Este mal, que no podia menos de sentirse, hubiera sido menor si el señor comandante general don Juan Antonio de Guergué no hubiese abandonado la provincia con el especioso pretexto de presentarse á V. R. M. para responder de su conducta, pues debia ante todo haber dado las disposiciones convenientes para que no faltase gefe que ocupase su lugar, mayormente teniendo á la vista las dos columnas enemigas; resultando en conclusion el haberme visto obligado, como coronel mas antiguo, á tomar el mando en gefe, sin caudales, sin relaciones confidenciales, y sin la correspondencia general ni particular para poder dirigir tan vasto como delicado destino. Visto, pues, por algunos beneméritos oficiales el desorden y confusion con que quedaba este Principado, y conocido el mal que debia causarles presentarse á S. M. con el negro borron de insubordinados, se resolvieron á acompañarme y auxiliarme en la gran obra de la restauracion de este Principado, interin que V. M. tenga la dignacion de disponer lo de su real agrado en circunstancias que el espíritu público y seguridad pública no pueden menos de resentirse, enviando á esta provincia un gefe superior decidido, interin éstos, organizando el batallon de Guías de Navarra con los varios dispersos que se me han presentado, pues con la cooperacion de los señores comandantes y demas oficiales, cuya relacion tengo el honor de acompañar á V. M., no dudo conseguiré grandes ventajas á favor de la justa causa.

Suplico á V. R. M. reciba esta relacion de mis sentimientos con su acostumbrada benevolencia, bien seguro que todos mis afanes y desvelos se dirigen á concluir pronto la causa, y de ningun modo oscurecer la conducta de estos batallones y de sus gefes, porque desgraciadamente he sido testigo de los padecimientos con escasez y miseria con que los ha conducido el comandante general, y los muchos peligros á que han sido espuestos, y por lo mismo ruego á V. R. M. mire con ojos compasivos este pais, en el cual, aunque hay hombres dispuestos para la guerra, faltan armas, municiones y algunas piezas de artilleria, con un buen gefe á su frente para concluir en breve con los enemigos de V. R. M. Interin ruego al Todopoderoso conserve y guarde su interesante vida para consuelo de los leales. Pobra de Segur, 25 de noviembre de 1835.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—José Juan de Torres.



## NUM. 25.

**Ejército real de operaciones de la izquierda.**

Comandancia general interina de Cataluña. — Excmo. señor: con el mayor sentimiento pongo en conocimiento de V. E. el acto de inobediencia que acaba de cometer el jefe de la segunda brigada don Antonio Borges, después de haber reconocido mi autoridad y seguido por algun tiempo obediendo mis órdenes y tenido el honor de operar en las acciones tan reñidas que el 6 y 25 del actual se me proporcionaron contra las fuertes columnas enemigas que se presentaron en este pais. Ayer, hallándose las brigadas reunidas en Taus, dispuse hiciesen un movimiento, destinando la segunda á esta villa por considerarlo muy conveniente en atención á que una columna enemiga ocupa la villa de Tremp, á fin de observarla y de terminar las demas operaciones que se ofrezcan; y viendo que anochece y no se presentaban, resolví officiar á su jefe, manifestándole ser conveniente al real servicio ocupar el punto de esta villa, en donde con mucha facilidad podia socorrerse la tropa, y en contestacion me mandó los oficios, copia de número 1.º y 2.º, resistiéndose redondamente al cumplimiento de sus deberes y deseando pasar á otro punto que quizá no serviría de ningun mérito, dando lugar á que no pueda yo continuar mi plan de operaciones por faltarme las fuerzas de su mando. El genio discolo de este señor no me era desconocido; pero creia que revestido del carácter elevado que representa, no le haria concebir jamás unas ideas tan contrarias al orden y disciplina, que tanto se requiere en el ejército. Pero acostumbrado á divagar por los pueblos de la otra parte del Monsein y obrar á su voluntad, quiere, al parecer, seguir su capricho y quizás el desórden que se observaba antes de organizarse las brigadas y la marcha tan necesaria que se ha entablado para operar con el debido acierto y no comprometer las fuerzas sin necesidad. No puedo dar una completa idea á V. E. del mal estado de los pueblos en el tiempo que alguno de estos jefes ocupaba alguno de ellos, porque el desórden y la confusion eran los puntos de mira de todos los que tenian las armas en la mano, y resultaban continuas molestias, vejaciones é insultos, que seguidos de la rapiña y robo, sembraban la miseria en el pais; y como actualmente se trabaja con el orden debido, todos los pueblos están contentos y confian en la benevolencia del paternal gobierno del rey nuestro señor. El comprometimiento en que me deja la inocencia ó rebeldía de este jefe lo dejo á la superior ilustracion de V. E. y los efectos

desagradables que pueden producir se tocarán de cerca. Tal es la influencia que tiene el mal ejemplo de un superior; y para que no me vea en el disgusto de tomar medidas desagradables, opino podrá S. M. dignarse disponer pasase al cuartel real, y que otro gefe tomara el mando de su fuerza, en una ocasion que tanto se necesita para batir á los enemigos. V. E., no obstante, resolverá lo que sea de su superior agrado, pues la union es lo que deseo y el órden y obediencia de todas las clases. Dios guarde á V. E. muchos años. Gerri, 26 de noviembre de 1835. — Excelentísimo señor. — José Juan de Torres. — Al Excmo. señor secretario del despacho de la Guerra.

## NUM. 26.

**Manifiesto.**

Catalanes: en los grandes momentos en que un justo y eléctrico temor, autorizado por la marcha falaz y tortuosa del hombre del poder, produjo en vosotros la patriótica llama que ha destruido por siempre las esperanzas del oscurantismo y de la moderacion engañosa, vuestra decision sublime dió origen á esta junta, en cuyo amor á las libertades legales fué depositado el encargo de llevar á cabo la obra prodigiosa de tan noble pronunciamiento. Una mision tan eminente, tan grandiosa, y en circunstancias tan extraordinarias, no arredró á vuestros comisionados, pues si reconocieron que les faltaban talentos para su ejecucion, sintieron en su alma patriótica impulsos de civico valor, que les parecieron suficientes á suplir lo que la escasez de inteligencia pudiera menoscabar. Vosotros habeis presenciado su marcha, la habeis visto lidiar brazo á brazo con el sagaz ministro que obcecaba la magestad, y que despreciando sus decretos de proscripcion y muerte, supo levantarse mas imponente, y comunicando su eléctrica centella á todos los ángulos de la monarquia, derrocar la silla fatal, á cuya caida la nacion entera pareció salir otra vez de su angustia y desolacion.

Un hijo de la libertad, un hombre de una vida llena de garantías, ha tomado las riendas del Estado, y un guerrero sin mancha, que esta junta reclamaba en sus angustias, se ha puesto al frente de este pais destrozado. Del primero han emanado ya remedios radicales, pues la formacion de la ley de los derechos y deberes del hombre libre está decretada; el segundo... esta antigua é invulnerable columna de la libertad, está con nosotros. ¿Cuál es, pues, ahora el deber de la junta? ¿Qué puede faltar para que su mision esté del todo gloriosamente terminada? Daros ejemplo de acatamiento y sumision á tan solemnes garantías, y no servir de pre-

testo con una permanencia mas dilatada á es-  
cisiones funestas, que son la única via de  
triunfo á que aspiran nuestros encarnizados  
enemigos. No será esta junta la que por  
vanas fórmulas, ó alambicando insignifican-  
tes graduaciones, que solo el Código prome-  
tido debe fijar, detenga el movimiento de la  
libertad, la marcha de unos gefes acredita-  
dos, y paralice los valientes lejos del verda-  
dero campo del honor, mucho menos cuando  
el noble desprendimiento de la mejor de las  
reinas nos da el magnánimo ejemplo que to-  
dos debemos imitar, como único que puede  
abatir el orgullo de nuestro pertinaz adver-  
sario, afianzando con su caída la libertad del  
pueblo español. No duda, pues, esta junta,  
que su resolucion estará en la conciencia de  
todos los verdaderos amantes de la patria, y  
esta resolucion no puede ser otra que la de  
volver á la clase privada para seguir en ella  
individualmente contribuyendo con sus ha-  
beres y su sangre á la consolidacion de la  
libertad nacional.

Esto mismo espresó aproximadamente al  
gobernador civil en oficio de 11 del corrien-  
te, rectificando las ideas concebidas por el  
gobierno sobre su formacion, procedimientos  
é intenciones; y si ya antes prelió para la  
época de su disolucion la llegada del caudi-  
llo ilustre que hoy poseemos, fué porque en  
esta sola circunstancia halló la garantia su-  
ficiente para dejar el puesto con confianza  
y sin temor. Asi acaba vuestra junta; é  
interin os prepara el manifiesto de todas sus  
operaciones, sus individuos, si en las difi-  
ciles circunstancias de que se han visto ro-  
deados han conseguido hacer algun bien á  
sus conciudadanos, ya no aspiran á otra glo-  
ria ni puede haber para ellos mas esqui-  
sita recompensa. Barcelona 22 de octubre  
de 1835.—El gobernador civil interino, José  
Melchor Prat, vicepresidente.—El intenden-  
te interino, Antonio Salas, Antonio de Gi-  
ronella, José Mariano de Cabanes, Pedro  
Moret, Juan Vallés, Juan Antonio Llinás,  
Gerónimo Oliver, José Casajemas, José An-  
tonio Llovet, Erasmo de Janer y de Gomi-  
na, Leodegario Sierra, Andrés Subirá, José  
Parladé, Ignacio Viela, Pedro Figuerola,  
Gabriel Castells, Francisco Soler, secretario.

#### NUM. 27.

##### Exhumacion de los restos de los defen- sores de Rubielos.

En la noche del 40 de setiembre de 1841,  
el lúgubre clamoreo de las campanas anun-  
ció la funcion del siguiente dia. En éste, y á  
las seis de la mañana, el ayuntamiento, pre-  
sido por el señor gefe superior político, el  
cabildo y capitulo eclesiástico y la milicia  
nacional, salieron en direccion de Nogue-  
ruelas, cuyo ayuntamiento y milicia espera-  
ban la comitiva de Rubielos en los lindes de

ambos pueblos. Reunidos y llegados al cam-  
po de la Dehesa, donde fueron sacrificados  
los sesenta y cinco valientes, se entonó un  
solemne responso á toda orquesta, y con-  
cluido, se hizo una descarga por la milicia  
reunida. Los recuerdos que excitaba aquel  
lugar, los lúgubres acentos de la música, el  
tono patético del discurso y el estrépito de  
la descarga, causaron en el corazon de todos  
los concurrentes una emocion tan profunda,  
que brotaron abundantemente lágrimas de  
sus ojos y regaron aquellos céspedes enro-  
jecidos aun con sangre tan generosa. En se-  
guida el mismo cabildo y capitulo, con la  
lúgubre comitiva, se dirigió al cementerio  
de Noguerauelas, donde yacian los cadáveres  
de aquellos sin ventura, y se hizo la exh-  
umacion de sus restos por el señor canónigo  
vicario don José Guillen, con asistencia  
tambien del cura párroco y capitulo ecle-  
siástico de dicho pueblo, y cantado un res-  
ponso con música y entonando el Miserere,  
se marchó procesionalmente con los restos  
depositados en la hermosa urna trabajada  
con este objeto, y conducida por cuatro ca-  
bos de la milicia de Rubielos, á la iglesia  
parroquial del indicado pueblo, donde se  
cantó con toda solemnidad una misa de di-  
funtos á toda orquesta, con un responso en  
la misma forma.

Finada ésta y cantados los responsos y  
preces que prescribe el ritual, fueron con-  
ducidos los restos procesionalmente y por me-  
dio de un inmenso pueblo, que no cesaba de  
derramar lágrimas, al cementerio de la villa.

La arenga pronunciada por el señor gefe  
político y mencionada en esta relacion, es la  
siguiente:

Nacionales, ciudadanos todos, ¿veis esa  
urna? ella encierra los restos mortales de  
sesenta y cinco valientes, que hoy hace seis  
años, despues de haberse defendido como  
bravos, obligados por una fatal desgracia,  
hubieron de sucumbir entregándose á un  
enemigo pérfido y desleal, que faltando á la  
capitulacion pactada, á las leyes de la guer-  
ra y á los deberes que nos impone la santa  
religion que profesamos, y que impio profa-  
naba, llamándose su defensor, los sacrificó  
del modo mas cruel é inhumano.

Rubielos, 12 de setiembre de 1841.—Fran-  
cisco Santa Cruz.

#### NUM. 28.

##### Proclama al ejército de Aragon.

Voluntarios: viva el rey. Al encargarme  
del mando de las fuerzas existentes en este  
reino, suelo privilegiado de decision y leal-  
tad con que la munificencia del rey nuestro  
señor se ha dignado honrarme, no puedo  
menos de dirigiros mi voz y manifestaros los

sentimientos que me animan en favor de la justa, santa y legítima causa que con tanta gloria como admiración defendemos.

Testigo desde el primer día de vuestras proezas y sufrimientos, no me considero digno de ponerme á vuestro frente; pero sumiso á las órdenes de nuestro amado soberano, os prometo el sacrificio de mi reposo y existencia, y os probaré con la ayuda de Dios, que deseo corresponder á la augusta confianza que me dispensa el mejor de los monarcas. Grande es sin duda la empresa que me propongo; y ciertamente desconfiaría de su buen éxito si no contase con vuestro valor, vuestros sacrificios y decisión, con la espontánea cooperación del país y con la justicia de la causa.

No lo dudeis, valientes é invencibles voluntarios; vuestras armas serán el azote de los que cobardemente cebaron las suyas en inocentes sacerdotes, pacíficos paisanos, débiles mugeres y carlistas indefensos. Voluntarios, unios, valor, subordinación y confianza en vuestros gefes; amor y protección al país que nos sostiene y contempla. Con estas bases conseguiremos el aprecio de nuestros conciudadanos y vengaremos el ultrage hecho á nuestra sacrosanta religion y veneradas leyes, colocando en el trono de sus mayores á nuestro idolatrado y legítimo monarca. Voluntarios, sea nuestro lema: ¡Viva la religion! ¡Viva el rey! ¡Viva la patria! Cuartel general de Cantavieja 24 de noviembre de 1835.—Vuestro comandante general y compañero, Ramon Cabrera.

#### NUM. 29.

##### Circular á los pueblos de Aragon.

Habiéndome encargado de la comandancia general de los beneméritos y leales pueblos del Bajo Aragon y de su valiente ejército, y conociendo lo crítico de la situación y la necesidad absoluta de dar un impulso vigoroso á las operaciones de la guerra, todos mis esfuerzos serian inútiles si no fuesen apoyados por la unánime cooperación de pueblos tan decididos é identificados en el sosten de una causa tan justa y santa. Aragoneses, sin vuestra protección me seria imposible obtener del enemigo comun las ventajas que me prometo; y á no contar con ella, desistiría de la empresa de continuar en lucha tan desigual, tanto en el número como en recursos y organización.

Uno de mis principales conatos es el de atender á la defensa de este país, clásico de lealtad, y procuraré por cuantos medios conciba no seros gravoso, respetar vuestras propiedades y ofreceros seguridad y garantías. Vuestro apoyo será el precursor de grandes resultados, y esta halagüeña esperanza debe obligar á todo fiel aragonés á la

enérgica cooperación que reclaman los inimitables esfuerzos de un ejército tan leal como sufrido y valiente, que caminando progresivamente de victoria en victoria, llegará á poner en el trono de San Fernando á nuestro rey y señor don Carlos V, y restablecerá en España la paz que imperiosamente reclama el bien y la felicidad de ella.

Estos son, honrados aragoneses, los sentimientos que abriga mi corazón, á los que no faltaré jamás. Y para dar principio á las operaciones, creo de mi deber dictar las prevenciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Las justicias y ayuntamientos, con inclusion de los secretarios, dirigirán á mi cuartel general, ó al gefe carlista mas inmediato, partes circunstanciados del número y movimiento del enemigo, dando noticia hasta de las conversaciones por las cuales pueda venirse en conocimiento de alguna operación, en la que las armas leales puedan conseguir algunas ventajas, cuya falta ú omision en dar los partes castigaré hasta con la última pena, segun lo exija la gravedad del caso; así como cualquier servicio que se preste de esta naturaleza, si es autoridad, la tendré presente, y si particular, le recomendaré cual corresponde.

2.<sup>a</sup> Se hará saber á todos los dispersos, heridos y desertores que se hallen en los pueblos, ó sepan las justicias el paradero de los indicados, se presenten á los batallones ó regimientos de que proceden, dentro del preciso término de ocho días, contados desde el recibo de la presente, si fuesen heridos ó enfermos, para que pasen al hospital con baja del cuerpo, pues pasado dicho término sin cumplirlo, quedarán unos y otros sujetos á las penas que marcan las Reales ordenanzas para los desertores en campaña.

3.<sup>a</sup> No se darán raciones de ninguna especie ni bagages á individuo alguno, sea cualquiera su clase y categoría, sin que presente á la autoridad el documento ó pase que autorice su marcha.

4.<sup>a</sup> A ningun militar dependiente de la Hacienda ni de otro ramo se le suministrarán mas raciones que las se le marquen en los auxilios, y el que exigiere mas, probado que sea el haberlas percibido, por solo este hecho, quedará suspenso de empleo.

5.<sup>a</sup> Las justicias quedan obligadas á dar parte de los que, enterados de las disposiciones precedentes, se negaren á su cumplimiento.

6.<sup>a</sup> y última. Cada justicia dará la posible notoriédad á la presente circular para que llegue á noticia de los individuos comprendidos en ella, y con nota de quedar enterados, se me devolverá cumplimentada por la última justicia que la reciba. Cuartel general de Cantavieja 24 de noviembre de 1835. El comandante general interino, Ramon Cabrera.

NUM. 50.

EJERCITO REAL DE ARAGON.

Estado general de la fuerza que tenía dicho ejército en diciembre de 1835, clasificación de la parcial de batallones y regimientos, y la total de cada division.

TOMO II.

DIVISIONES.	PLANAS MAYORES.													Fuerza por divisiones.											
	Coroneles. G. de division.	Idem de regimiento.	Tenientes C. mayores.	Prims. C. de escuadron.	Segundos id. idem.	Ayudantes.	Abanderados.	Capellanes.	Cirujanos.	Sargentos de brigada.	T. mayores.	C. de T. y trompetas.	Capitanes.		Tenientes.	Subtenientes.	Sargentos primeros.	Id. segundos.	Cornetas y clarines.	Tambores.	Cabos primeros.	Id. segundos.	Voluntarios.	Total de hombres.	Idem de caballos.
De Tortosa... { 1.º batallon... 2.º Id. . . . .	»	»	»	1	1	4	4	1	1	1	1	»	8	8	9	8	24	4	6	52	30	452	535	»	956
De Valencia.. { 1.º batallon... 2.º Id. . . . . 4.º batallon... 2.º Id. . . . .	1	»	»	1	1	4	4	1	1	1	1	»	8	8	12	8	25	4	6	30	52	417	319	»	893
De Aragon... { 3.º Id. . . . . 4.º Id. . . . .	»	»	»	1	1	4	4	1	1	1	1	»	7	10	15	8	27	4	7	55	51	401	508	»	1567
Total general. . . . .	2	»	»	3	6	8	7	7	7	8	4	4	54	54	78	56	166	7	42	204	214	2,727	3,416	»	5,416

CABALLERIA DE AMBAS DIVISIONES.

1.º regimiento de Aragon. . . . .	2	1	2	2	»	2	2	1	2	2	1	1	4	4	6	4	11	3	»	42	12	127	170	154
2.º Id. de Tortosa. . . . .	»	»	1	1	»	1	1	»	»	»	»	»	2	5	2	2	5	2	»	6	7	88	110	84
Total general. . . . .	2	2	3	3	»	3	3	1	3	3	1	1	6	7	8	6	16	3	»	48	19	215	280	218

Nota. En el total de caballos no van incluidos los de los señores gefes ni oficiales, ni los de los individuos de plana mayor.

## NÚM. 31.

## A. S. M. la reina Gobernadora.

Señora: doce años he vivido ausente de la patria, y en medio de tantos acontecimientos como me rodearon, no pasó un día sin que mi memoria y mi corazón no formasen un voto ardiente por la felicidad de esta misma patria.

Si asociado á la empresa sublime de un príncipe grande é ilustrado, la causa de la humanidad entera me hacia celebrar con entusiasmo los triunfos que sentaron en el trono de Portugal á su augusta hija la reina fidelísima, mi alma se enagenaba de gozo al contemplar en ellos un presagio, ó mas bien un precursor de otra suerte no menos venturosa para mi país.

V. M. se dignó nombrarme para desempeñar el ministerio de Hacienda, y me impuso así unos deberes, ya que no superiores á mi resolución y buena voluntad, muy espinosos y graves en las circunstancias en que se halla el Estado. La inmensidad del peso hubiera podido acobardarme, si de una parte no me estimulara la gratitud á la real confianza de V. M., y de otra no me infundieran aliento las virtudes y el patriotismo de tantos hombres eminentes y distinguidos, que son el ornamento y las esperanzas de España.

Dediquéme entonces con afán al arreglo de los muy importantes negocios que, enlazados con el crédito y bienestar del reino vecino, se hallaban puestos á mi cuidado por el gobierno de S. M. fidelísima, y al fin logré concluirlos, si no con la brevedad que deseaba, con toda la actividad posible.

Pisé por fin, señora, el suelo amado de la patria, y con franqueza lo confieso á V. M., por primera vez de una vida no acostumbrada á ceder al temor ni al sobresalto, conocí dentro de mí mismo que las dificultades habian crecido hasta tal punto, que todas mis fuerzas no bastarian para sobrellevarlas. Hombres de bien, de virtud sin mancha; cuantos me han saludado á mi regreso, todos á porfía han intentado persuadirme á que mi sobrecogimiento no se ajustaba con la opinion pública ni con lo que á ella se prometia, mas que de mis luces, de mi celo y de mi antigua decision por la santa causa que está defendiendo España, la causa del trono de Isabel II y de las leyes fundamentales, en que descansa la única y verdadera libertad.

Gratos y de consuelo podian ser tales anuncios; pero la voluntad de V. M. acabó de triunfar de mis temores. Yo he oido de su augusta boca que se halla resuelta á formar un ministerio que satisfaga las necesidades legítimas del país, que quiere no se

pierda un momento en dictar con tino y ejecutar con acierto todas las medidas que sean oportunas para calmar las pasiones, reunir y conciliar los ánimos, extinguir las discordias y hacer que la voluntad de los españoles sea una, y ésta la de salvar y hacer feliz y poderosa á su patria. Las bendiciones del país, acompañadas de lágrimas de placer, recibirán estas medidas de ventura, á que es tan acreedor el leal y magnánimo pueblo español.

Constituido un ministerio compacto, fuerte, homogéneo, y sobre todo responsable, que se robustezca con las simpatías y el apoyo de la representación nacional, el gobierno de V. M. habrá de dedicar simultánea é incansablemente sus conatos y tareas á poner breve y glorioso fin, sin otros recursos que los nacionales, á esa guerra fratricida, vergüenza y oprobio del siglo en que vivimos, y mengua de la voluntad de la nación; á fijar de una vez y sin vilipendio la suerte futura de esas corporaciones religiosas, cuya reforma reclaman ellas mismas de acuerdo con la conveniencia pública; á consignar en leyes sabias todos los derechos que emanan y son, por decirlo así, el único y sólido sosten del régimen representativo; á reanimar, vigorizar, ó por mejor decir, á crear y fundar el crédito público, cuya fuerza asombrosa y cuyo poder mágico debe estudiarse en la opulenta y libre Inglaterra, y en pocas palabras, á procurar y afianzar con las prerogativas del trono, los derechos y los deberes del pueblo, porque sin este equilibrio es ilusiva toda esperanza de pública felicidad.

Estas leyes levantarán y darán concluido, según lo ha prevenido V. M., el magestuoso edificio de nuestra libertad legal, y elevarán la nación á aquel grado de gloria, de grandeza y de poder que la Gran Bretaña debe á los principios consignados en su Carta magna y en su celebrado bill de derechos. Solo de este modo, señora, puedo arrojarme al árduo desempeño de la inmensa obligación que he contraído; y solo sometiéndonos todos al imperio santo de las leyes, y sin mas esfuerzos que los exigidos por ellas, podremos decir muy pronto: «La patria se salvó, y con ella el trono de Isabel II y sus garantías legales.»

Madrid 14 de setiembre de 1835. — Señora. — A L. R. P. de V. M. con el mayor respeto su mas obediente y fiel servidor. — Juan Alvarez y Mendizabal.

COMISION ESPECIAL DE DONATIVOS PATRIÓTICOS.

ESTADO que manifiesta las cantidades recaudadas por la Comision por productos de donativos patrióticos, asi en la capital, como en las provincias del reino, en 7 de noviembre de 1835, hasta 31 de octubre de 1837 y su distribucion, á saber :

	DEBE.			HABER.	
	Rs. vn.	M		Rs. vn.	M
Alava.....	56,653	26	Remitido al tesoro público, en metálico, por el Banco español de San Fernando en virtud de reales órdenes desde 6 de enero de 1836, hasta 30 de junio del presente año, según relacion número primero.... 14.719,175 17 Idem por la Comision, en metálico, a consecuencia de real orden de 31 de mayo del corriente año, según relacion número segundo..... 1.132,359 6 Idem por el Banco español de San Fernando en metálico á la Caja nacional de Amortizacion, á virtud de real orden de 22 de marzo de 1836..... 4.000,000 Idem por idem en idem al Ministerio de la Gobernacion, á virtud de reales órdenes de 26 y 28 de junio de idem..... 100,000 Abonado al mismo Banco, por razon de cambios y gastos desde 21 de noviembre de 1835, hasta 14 de dicho mes del de 1837, según sus cuentas..... 80,454 13 Gastos comunes de la Comision, hasta fin de 1836..... 40,534 34 Por quebranto sufrido en la negociacion de libranzas, letras y moneda..... 17,035 18 Cantidades de que han dispuesto las autoridades de las provincias, según relacion número tercero..... 827,285 19 Existencia en el Banco..... 56,275 5	15.851,534 23 6 4.000,000 100,000 80,454 13 40,534 34 17,035 18 827,285 19 20.886,845 2	
Albacete.....	50,572	15			
Alicante.....	265,746	48			
Almeria.....	87,409	32			
Avila.....	58,034	27			
Badajoz.....	709,615	22			
Barcelona.....	239,601	4			
Burgos.....	212,275	17			
Caceres.....	64,243	16			
Cadiz.....	1.413,179	47			
Castellon.....	44,023	30			
Ciudad Real.....	417,531	6			
Córdoba.....	228,351	27			
Coruña.....	233,304	14			
Cuenca.....	121,683	28			
Gerona.....	26,012	6			
Granada.....	170,303	33			
Guadalajara.....	141,370	13			
Guipúzcoa.....	14,367	4			
Huelva.....	35,986	16			
Huesca.....	601	22			
Jaen.....	136,162	6			
Leon.....	409,050	28			
Lérida.....	14,953	31			
Logroño.....	59,877	13			
Lugo.....	43,076	10			
Madrid.....	4.089,388	2			
Malaga.....	480,062	32			
Murcia.....	412,890	18			
Navarra.....	36,061	14			
Orense.....	46,494	30			
Oviedo.....	298,739	27			
Palencia.....	405,518	17			
Pontevedra.....	3,383	25			
Salamanca.....	160,894	32			
Santander.....	372,312	26			
Segovia.....	48,442	19			
Sevilla.....	831,155	22			
Soria.....	63,831	17			
Tarragona.....	32,088	8			
Teruel.....	46,069	30			
Toledo.....	96,926	7			
Valencia.....	242,089	11			
Valladolid.....	192,649	23			
Vizcaya.....	4,171	33			
Zamora.....	51,250	22			
Zaragoza.....	293,949	17			
<b>ISLAS BALEARES.</b>					
Mallorca.....	92,868	32			
Menorca.....	3,495	30			
Ibiza.....	2,099	8			
Canarias.....	142,119	24			
<b>ULTRAMAR</b>					
Puerto Rico.....	940,034	22	8.081,976 31		
Habana.....	2.973,482	26			
Cuba.....	2.313,588	49			
Filipinas.....	1.855,470	32			
Espanoles residentes en Francia.....	154,400	15			
Id. en Lóndres.....	296,272	21			
Pagaduria del ejército del Norte.....	27,794	»			
<b>TOTAL.....</b>	<b>20.943,420</b>	<b>7</b>	<b>IGUAL.....</b>	<b>20.943,420</b>	<b>7</b>

NOTA. Ademas de las cantidades recaudadas en metálico por donativos patrióticos, lo han sido otras en efectos, como zapatos, botas, camisas, paños y lienzo, los que por real orden de 8 de mayo de 1836, se han puesto á disposicion del señor intendente general del ejército.—Madrid, 24 de diciembre de 1837.

## NUM. 33.

**Discurso que en la sesion régla para la apertura de las Córtes generales del reino, pronunció la reina Gobernadora doña María Cristina de Borbon, en 16 de noviembre de 1835.**

ILUSTRES PROCERES Y SEÑORES PROCURADORES DEL REINO.

Siempre me será grata la reunion de las Córtes que, de acuerdo con el gobierno de mi augusta hija, han de deliberar sobre las cuestiones mas interesantes al bien de la nacion y del Estado; pero nunca mas que ahora, cuando principia una nueva era de reconciliacion y de patriotismo. Mi corazon se complace sobremedera contemplando la lealtad y sensatez del pueblo español, y concibe la fundada esperanza de ver terminadas en breve, por los sacrificios de esta gran nacion, las calamidades de la guerra civil. Tengo la mayor complacencia en expresar ante vosotros sentimientos que me son tan agradables como madre de Isabel II y como reina Gobernadora de España.

He depositado mi confianza en los ministros que veia honrados con la de la nacion. Si los representantes de la monarquía española, que rodean en este momento el sòlo de mi amada hija, los favorecen igualmente con la suya, espero que, sin nuevos empréstitos ni aumento de contribuciones, se hallarán recursos, no solo para terminar la guerra de los facciosos y hacer frente á las demas obligaciones del Estado, sino tambien para mejorar la suerte de sus acreedores, así nacionales como extranjeros, y fundar sobre bases sólidas el crédito público.

Los soberanos signatarios del tratado de la Cuádruple Alianza continúan dándome pruebas repetidas de su adhesion á los principios consignados en él, prestándose á cuanto mi gobierno juzga favorable á la santa causa que defendemos. A este tratado debe mi augusta hija los cuantiosos auxilios de armas y municiones prestados para sostener su trono por mi augusto aliado el rey de la Gran Bretaña, y la autorizacion dada por aquel gobierno á los súbditos ingleses para tomar las armas en su defensa. Fiel á la misma confederacion, el rey de los franceses, mi augusto tío, ha autorizado tambien la traslacion desde las costas de Africa á Cataluña de esa legion estrangera que tan esenciales servicios ha empezado ya á hacer á nuestra justa causa. Iguales resultados debemos esperar de la concurrencia de los diez mil portugueses que, segun el convenio hecho con S. M. F., mi muy amada prima, y como consecuencia de aquel tratado, han comenzado ya á entrar en nuestro territorio. Sus magestades el emperador del Brasil, los re-

yes de Dinamarca, Suecia, Bélgica y Grecia, y la república de los Estados-Unidos del Norte de América, conservan con nosotros la perfecta union y amistad que constantemente nos han profesado. Nuestras relaciones con otras potencias son conformes á la línea de política que siguen todavia sus gobiernos, y á la dignidad é independencia de nuestra nacion.

Se han entablado negociaciones con los Estados de la América española, y he creido conveniente á los intereses de la nacion y del trono, y muy propio de la confianza que me inspiran las Córtes, consultarlas sobre un negocio de tanta importancia y trascendencia, salva la prerogativa de la corona.

La fidelidad del valiente ejército de mi augusta hija, harto probada en las alternativas de la cruel guerra del Norte, y su adhesion constante á la causa nacional, son superiores á todo elogio; baste decir que ha sostenido dignamente el nombre de ejército español. Han sido, pues, justos y merecidos los beneficios que le he dispensado, aunque inferiores á mis deseos por la estrechez de las circunstancias. Solo hay uno que llena mis votos, y es la ereccion de la casa de inválidos, establecimiento digno de una nacion benéfica y guerrera.

La necesidad urgente de terminar con prontitud la guerra civil hará crecer mas allá de los limites ordinarios el ejército, aumentado ya con las fuerzas estrangeras auxiliares, cuyo valor y excelente disciplina infunden las mejores esperanzas. El sacrificio será grande, aunque momentáneo; pero la igualdad con que se ha dispuesto el alistamiento ha sido aprobada por esta nacion, amiga esencialmente de la justicia. Las pruebas de entusiasmo y desprendimiento que recibo diariamente de todas las clases del Estado, demuestran que para los españoles nada hay árduo ni costoso, cuando se trata de defender el trono y la patria.

He tenido por conveniente dar á la parte de la nacion armada en defensa del orden interior, y movilizada en caso necesario para el servicio activo, el nombre de Guardia nacional, que parece expresar con mas exactitud el objeto de tan saludable institucion: su reglamento necesita de algunas modificaciones que se os propondrán.

Muchos beneméritos españoles, los mas de ellos inscritos en la Guardia nacional, han dado testimonio con su sangre del patriotismo que ardia en sus corazones. Yo no podia olvidar tan nobles sacrificios; y así he dispuesto que las huérfanas de los que hayan perecido ó perezcan á manos de los facciosos, victimas de su adhesion á la causa del trono legitimo y de las libertades patrias, sean educadas en el colegio de la Union, nombre que me ha parecido conveniente, puesto que la época de su fundacion es la

misma en que se reunen y reconcilian todos los verdaderos españoles.

Tres proyectos de los mas importantes se presentarán á vuestra deliberacion; el de elecciones, basa del gobierno representativo; el de la libertad de imprenta, que es su alma; y el de la responsabilidad ministerial, que es su complemento, asegurando y al mismo tiempo haciendo compatibles la inviolabilidad del monarca y los derechos de la nacion.

Varios decretos útiles se han circulado por la secretaría de Hacienda, señaladamente el que tiende á disminuir las condenas por causas de contrabando, y que es tan grato á mi corazon, porque su objeto es aliviar infortunios, y restituir á la sociedad muchos brazos útiles, con provecho de la agricultura y de las artes, y no menor ventaja de la moral pública. Mas no ha sido posible formar todavía un plan general de este ramo vastísimo. Espero que autoriceis á mi gobierno para hacer en él las modificaciones que convengan, y que le pongan en situacion de presentar á las Cortes venideras un sistema completo de administracion de Hacienda. Cuando sea conocido el ingreso de las rentas que producen estas modificaciones y el total de los gastos, así ordinarios como extraordinarios, se presentará el presupuesto con la exactitud debida, la cual, atendidas las circunstancias actuales de la nacion, es imposible verificar en este momento. Creo á mi gobierno digno de esta confianza: á las Cortes toca aplicarla en los casos que convenga.

En el orden judicial han desaparecido muchos abusos, y se ha establecido un sistema regular y uniforme en la marcha de los tribunales. Continúa trabajándose con celo y teson en la redaccion de los nuevos códigos y en el arreglo del clero, cuya junta, compuesta de prelados y de otros individuos llenos de virtudes y conocimientos, no cesará en sus trabajos hasta completarlos. Se os presentará un proyecto de ley para fijar de una manera decorosa la suerte de los regulares.

Debemos dar gracias á la divina Providencia por el buen estado de la salud pública, y por la cosecha, sino colmada, á lo menos suficiente, de este año. Las Cortes podrán enterarse de cuanto se ha hecho y se medita hacer en materias administrativas á favor de los pueblos. A estas materias pertenecen la organizacion de los ayuntamientos y de las diputaciones provinciales, un nuevo reglamento de gobiernos civiles, el carácter municipal y popular que se dará á la policia, la destruccion de los obstáculos y trabas que se han opuesto hasta ahora á la libre circulacion de las personas y géneros de un punto á otro de la monarquia, y en fin, las mejoras hechas y proyectadas en el

sistema de enseñanza, para cuya perfeccion ninguna suma me parecerá excesiva.

Los bienes de propios, los montes y los pósitos han llamado particularmente mi atencion. Se os presentará una ley para la enagenacion de los primeros combinada de tal manera que sin disminuirse los precios de las fincas ni perjudicarse los pueblos, puedan tal vez los productos de sus ventas subvenir á todos los gastos del sistema de caminos y canales que ha de plantearse en corto número de años y que, favoreciendo el trasporte y el comercio, dará valor á los frutos y por consecuencia á las tierras, cuyo precio se habrá aumentado ya con la multiplicacion de los regadíos. La riqueza privada y la del Estado crecerán así en una rápida progresion, y los bienes nacionales, afectos á la estincion de la deuda pública, podrán venderse con la debida estimacion: mucho mas si los pósitos, conservando siempre su antiguo y benéfico destino, sirven tambien de base á los *bancos de provincia*, que se formarán para favorecer las especulaciones industriales, y entre ellas la mas importante por sus consecuencias públicas y privadas; que es la compra de los bienes nacionales. El gobierno, convencido de que nunca es buen administrador de esta clase de propiedades, se propone, con la concurrencia de las Cortes, poner en venta inmediatamente todas las que se hallan ahora en su poder, y todas las que por iguales causas puedan pertenecerle en adelante.

Al sistema de comunicaciones, que es la primera necesidad de España en el orden material, se refiere el convenio que he concluido con S. M. F. sobre la navegacion del Duero, y que se hará estensiva á la del Tajo, Miño y Guadiana.

Tales son, ilustres próceres y señores procuradores del reino, las cuestiones que han de someterse á vuestra deliberacion. De la lealtad, patriotismo y sabiduría que os distinguen, espero los mas felices resultados. El gobierno representativo es el que mas conviene á la civilizacion actual: mi intencion es que esta nacion, tan digna de ser libre y feliz, goce las libertades que emanan de aquel régimen, unidas al orden público, condicion necesaria de toda sociedad humana. Grandes sacrificios ha hecho y continúa haciendo este pueblo magnánimo por sostener el trono de mi augusta hija. Mi nombre está asociado, quizá por una particular disposicion del cielo, á estos generosos esfuerzos, y yo no escusaré tampoco ni desvelo, ni sacrificio alguno para que reciban los españoles la digna recompensa en la consolidacion de su libertad y de su ventura.—Yo la reina Gobernadora.—Está rubricado de la real mano.



## NUM. 34.

## Voto de confianza.

Doña Isabel II por la gracia de Dios, reina de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Menorca, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y Tierra Firme del mar Océano, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, de Brabante y de Milan, condesa de Abspurg, Flandes, Tirol y Barcelona, señora de Vizcaya y de Molina, etc., etc., y en su real nombre, doña Maria Cristina de Borbon, como reina Gobernadora durante la menor edad de mi escelsa hija, á todos los que las presente vieren, sabed: que habiendo juzgado conveniente presentar á las Cortes generales, con arreglo á lo prevenido en el Estatuto Real, un proyecto de ley sobre el voto de confianza pedido por el gobierno á las mismas, y habiendo sido aprobado dicho proyecto de ley por ambos Estamentos, como á continuacion se espresa, he tenido á bien darle la sancion real.

Las Cortes generales del reino, despues de haber examinado con el debido detenimiento y observado los trámites y formalidades prescritas, el voto de confianza pedido por el gobierno de S. M., presentan á V. M. el siguiente proyecto de ley, para que si lo tiene á bien se digne darle la sancion real.

Artículo 1.º Se autoriza al gobierno de S. M. para que pueda continuar recaudando las rentas, contribuciones é impuestos aprobados en la ley de 26 de mayo último, y para aplicar sus productos á los gastos del Estado, sujetándose en los ordinarios á las disposiciones que contiene, pudiendo disminuirlos, y de ningun modo aumentarlos, hasta que se presenten los presupuestos á las Cortes en la primera próxima legislatura.

Art. 2.º Se autoriza igualmente para que sin alterar los tipos esenciales de las contribuciones, pueda hacer las alteraciones que estime convenientes en el sistema de administrarlas y exigir las, con el fin de aumentar sus valores y de disminuir en lo posible las trabas y perjuicios que causan á los contribuyentes y al tráfico.

Art. 3.º Se autoriza del mismo modo al gobierno de S. M. para que pueda proporcionarse cuantos recursos y medios considere necesarios al mantenimiento y sosten de la fuerza armada, y á terminar dentro del mas breve término posible la guerra civil. El gobierno no podrá proporcionarse es-

los medios en empréstitos ni en la distraccion de los bienes del Estado destinados ó que en adelante se destinen, á la consolidacion ó amortizacion de la deuda pública, cuya mejora procurará asegurando la suerte de todos sus acreedores.

Art. 4.º El gobierno dará cuenta á las Cortes en la próxima inmediata legislatura del uso que hubiese hecho de las facultades extraordinarias que se le confieren por la presente ley y de las conferidas anteriormente.

Sanciono y ejecútese. — Yo la reina Gobernadora. — Esta rubricado de la real mano. En el Pardo á 16 de enero de 1856 — Como presidente interino del Consejo de Ministros, Juan Alvarez y Mendizabal.

Por tanto, mando y ordeno que se guarde, cumpla y ejecute la presente ley, como ley del reino, promulgándose con la acostumbrada solemnidad para que ninguno pueda alegar ignorancia, y antes bien sea de todos acatada y obedecida.

Tendréislo entendido y dispondreis lo necesario á su cumplimiento. — Está rubricado de la real mano. — En el Pardo á 16 de enero de 1856. — A don Juan Alvarez y Mendizabal.

## NUM. 35.

## Real orden.

Informado de las astucias de que se vale el gobierno usurpador de Madrid, que viendo el mal estado de sus asuntos pretende sacar partido de las favorables disposiciones manifestadas por mí con respecto á los empréstitos legalmente contratados y reconocidos por mi muy caro hermano el señor don Fernando VII hasta 6 de octubre de 1852, y penetrado yo de que su objeto es alucinar á los capitalistas españoles y extranjeros, é inducirles á que se interesen en el empréstito que dicho gobierno ha negociado con la casa Ardoain y compañía de Paris, dándoles á entender con estas y otras ilusiones que será reconocido por mí bajo tan artificiosa forma, para estimularlos con el aliciente de una ganancia cierta en todos casos á comprometer sus caudales en auxilio de los impotentes esfuerzos de una faccion; movido por la rectitud de mis principios, y á fin de evitar á los capitalistas los perjuicios que les acarrearía tan infundada esperanza, mientras que por otra parte la proteccion evidente del cielo, los hechos heroicos de mis tropas y la manifestacion de la mayoría de los españoles anuncian el próximo triunfo de mi justa causa, he venido en decretar y decreto lo siguiente:

1.º El empréstito contratado por el gobierno usurpador con la casa Ardoain y compañía de Paris, queda anulado en todas y cada una de sus partes.

2.º Las obligaciones de dicho empréstito no serán reconocidas ni admitidas á liquidación, bajo cualquier forma que sea, aun cuando los tenedores presenten certificados, testimonios ó cualquiera especie de documentos para acreditar que las que se exhibían habían sido cambiadas por otras de los empréstitos anteriores.

3.º No serán reconocidos como fondos públicos ó como créditos contra mi real erario, sino los certificados librados en el modo y forma establecidos con anterioridad al 6 de octubre de 1832, que estén corroborados de las fechas correspondientes á las diferentes épocas, firmados por los que en ellas estaban autorizados al efecto, debiendo además tener los mismos sellos y contramarcas que se usaban entonces.

Tendréislo entendido y dispondréis lo correspondiente á su cumplimiento.—Yo el rey.—Dado en el real de Segura á 17 de mayo de 1835.—A don Carlos Cruz Mayor.

### NÚM. 36.

**Índice de los reales decretos que el rey nuestro señor se ha servido expedir por conducto del ministerio de la Guerra, desde su feliz entrada en sus dominios el día 9 de julio de 1834 hasta fin de diciembre de 1835.**

JULIO DE 1834.

#### FECHAS.

- 15 Alocucion del rey nuestro señor á todos los españoles manifestando su feliz entrada y sus paternales sentimientos.
- Id. Alocucion del rey nuestro señor á sus soldados y á los del ejército enemigo, espresando á los primeros su gratitud y cuánto puede la disciplina, y asegurando á los otros su piedad si depusieren las armas.
- Id. Real decreto nombrando secretario de Estado y del despacho de la Guerra al conde de Villemur.
- Id. Real decreto de indulto para el ejército rebelde y demas fuerza armada defensora de la usurpacion.
- Id. Real decreto nombrándose el rey nuestro señor general en jefe de su valiente ejército, y al teniente general don Tomás Zumalacárregui jefe de su estado mayor general.
- Id. Real decreto declarando S. M. nulos y ningunos todos los empréstitos y demas actos del gobierno usurpador.
- 14 Real decreto, por el que S. M. se ha servido nombrar sus ayudantes de campo á los mariscales de campo don Fernando Zabala y don Francisco Benito Erasó, y al brigadier de infanteria baron de los Valles.
- 16 Real decreto estableciendo provisionalmente una junta consultiva.

Id. Real decreto para que los generales, gobernadores y demas gefes y autoridades de las plazas, castillos y fortalezas de los dominios del rey nuestro señor se sometan á la obediencia de sus reales disposiciones y presten el homenaje de fidelidad.

17 Real órden mandando el levantamiento general de los mozos y viudos sin hijos en Navarra y Provincias Vascongadas segun sus fueros.

Id. Real órden comunicando el real decreto de la misma fecha, por el que se manda erigir un monumento en el sitio mas publico de la plaza de Pamplona, para conservar la memoria del general don Santos Ladron; que se coloque á éste en la Guia como á capitán general; que todos los años se celebre en dicha plaza un aniversario con asistencia de todas las autoridades por la muerte de aquel ilustre caudillo; que se conceda á su viuda el sueldo por entero de teniente general y la banda de la real órden de Maria Luisa, y á la hermana de aquella, doña Matea Rodriguez, honores de camarista.

Id. Real decreto declarando enemigos sujetos á las penas establecidas para los delitos de lesa magestad, á todos los que obedecieren órdenes, decretos, bandos y providencias que dimanen del gobierno intruso.

18 Real decreto declarando en estado de bloqueo todas las plazas, castillos, casas fuertes y demas puestos ocupados por los enemigos.

19 Real decreto mandando que los comandantes generales, juntas y demas autoridades, cesen en la facultad de conceder empleos de provision real, y se limiten á proponer.

21 Real decreto mandando que don Carlos Cruz Mayor se encargue interinamente de la primera secretaria de Estado.

51 Real órden mandando que las respectivas juntas de provincia entiendan y resuelvan los expedientes de exencion del servicio de las armas, acordado en el levantamiento general.

#### AGOSTO.

2 Real decreto nombrando vocal de la junta consultiva á don Carlos Cruz Mayor como encargado de la primera secretaria de Estado.

5 Real órden declarando las atribuciones de las juntas en cuanto á la recaudacion de fondos.

20 Real órden y reglamento para la compañía de infanteria y destacamento de caballeria de honor de S. M., compuesta la de infanteria de cuarenta na-

varros, veinte guipuzcoanos, veinte vizcainos y veinte alaveses, y la montada, de veinte navarros, todos hijos-dalgos.

## SETIEMBRE.

- 7 Real decreto confirmando los fueros de Vizcaya.
- 13 Real orden estableciendo el sistema de presupuestos del ejército, forma de percibir las cantidades que importen, rendición de cuentas, y que cada provincia invierta en su ejército lo que recaude.
- 16 Real orden aclaratoria de la anterior.
- 20 Real decreto comunicando el fallecimiento de S. M. la reina nuestra señora, mandando se vista por un año el luto y se hagan exéquias.
- 27 Real orden mandando que las órdenes que dan los factores para que los pueblos entreguen vino á los transeuntes á quienes se les embarga, se espidan en lo sucesivo por los comandantes de los batallones.

## OCTUBRE.

- 1 Real orden concediendo una racion de pan, carne y vino diariamente á los padres pobres de voluntarios, mugeres é interesados de la clase de tropa que han sido espulsados de sus pueblos por las autoridades intrusas.
- 9 Real decreto mandando que hasta nueva orden no se dé curso á ninguna instancia en solicitud de licencia para contraer matrimonio.
- 10 Real decreto relevando de los mandos de Vizcaya al marqués de Valdespina y al general don Fernando Zabala, destinándolos al cuartel general de Navarra hasta nueva orden.
- 15 Real orden general al ejército con motivo de la desobediencia del marqués de Valdespina y general don Fernando Zabala, declarando que no ha tendido en modo alguno á desconocer la justicia de su causa, ni á proteger la usurpacion.
- 16. Real decreto proveyendo las vacantes de la diputacion de Vizcaya con motivo de la separacion del marqués de Valdespina y general don Fernando Zabala.
- 1d. Real orden estableciendo un depósito civil y militar de Vizcaya para todos los gefes, oficiales y emplados aspirantes á colocacion.
- 17 Real orden para que los comandantes de unos cuerpos no admitan á los desertores de otros cuerpos, sino que los

remitan á los batallones á que pertenecen.

- 19 Real orden declarando nulos y ningunos todos los empleos y grados concedidos en Navarra y Provincias Vascongadas por las juntas y comandantes generales despues del dia 12 de julio de 1854.
- 27 Real decreto para que en lo sucesivo no se forme sumario alguno contra eclesiásticos sin que primero se dé parte á S. M. del delito cometido para resolver lo conveniente.
- 30 Real decreto indultando de la pena de muerte y de toda otra aflictiva á todos los prisioneros existentes de las gloriosas acciones de los dias 27 y 28, escepto los gefes y oficiales.

## NOVIEMBRE.

- 1.º Real orden mandando que los regimientos de caballeria se titulen provisionales por el orden numérico, siendo primero el de Navarra, 2.º el que tiene á sus órdenes el general don Gerónimo Merino, 3.º el del brigadier don Santiago Villalobos.
- 2 Real orden mandando que las tropas se racionen donde operan, aunque sean de otras provincias, sin que se exija el pago de los suministros hechos por unas provincias á los batallones de otras.
- 4 Real decreto concediendo pensiones á las familias de los que han muerto y murieren durante la presente guerra; mandando que interin no se entra al percibo de la pension, los agraciados gocen las raciones de pan, carne y vino.
- 5 Real orden concediendo el uso de media firma al Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra, conde de Villemur.

## DICIEMBRE.

No se espidió ninguna real orden general.

## ENERO DE 1835.

- 2 Real decreto declarando que el presbitero don Juan Echevarria, presidente de la real junta gubernativa de Navarra, se halla legitimamente autorizado para ejercer la jurisdiccion general castrense.
- 7 Real decreto concediendo exencion del servicio á un hijo de cada viuda, siempre que la mantenga con su trabajo.
- 15 Real orden mandando que los comandantes de provincia den directamente parte al ministerio de cuantos sucesos ocurran en su distrito dignos de ele-

- varse al soberano conocimiento de su magestad, sin perjuicio de que se comuniquen además entre sí estos mismos acontecimientos.
- 23 Real decreto para que no se ejecute la pena de espatriacion, privacion de empleo ó muerte sin espresa aprobacion de S. M., exceptuandose únicamente de esta regla los espías y prisioneros.
- 30 Real orden mandando que todas las instancias en solicitud de pensión ó viudedad vengan por conducto de los comandantes generales, y que éstos autoricen desde luego á las viudas para el percibo de las raciones.
- Id. Real orden señalando á los cirujanos de batallon el sueldo provisional de 800 reales vellon mensuales, y el de 400 á cada practicante.

## FEBRERO.

- 4 Real decreto concediendo el doble tiempo de servicio á todos los que en la presente guerra sirven al rey nuestro señor en el ejército, partidas, comisiones, oficinas y establecimientos.
- 9 Real orden sobre la conducta que debe observarse con los sugetos que conducen correspondencia de cónsules ó representantes de naciones extranjeras.
- 17 Real orden para que en cada provincia se forme un consejo de guerra permanente.
- 20 Real orden para que no se de curso á ninguna instancia sobre ascensos militares por solo servicios ordinarios.
- Id. Real orden para que no se toque el conducto del gefe del estado mayor general sino en los asuntos que le pertenecen como á tal.

## MARZO.

- 14 Real decreto anulando el que con fecha 31 de diciembre de 1834 espidió el gobierno usurpador para una quinta de veinte y cinco mil hombres, y haciendo responsables las justicias y autoridades que lo ejecuten.
- 18 Real orden mandando que las juntas de provincia declaren todas las exenciones de la ordenanza de reemplazos, y su adicional, á los padres é interesados que la soliciten por sus hijos, excepto á los que sentaron plaza voluntariamente.

## ABRIL.

- 18 Real decreto mandando que los comandantes generales de provincia den directamente al ministerio de la Guerra

como tales las partes de las acciones de guerra y demas sucesos de su clase, y que como gefe de division los den al gefe del estado mayor general, y que éste lo haga tambien á S. M.

- 27 Real orden mandando que en todas las propuestas para empleos ó grados militares se espese, si el interesado respectivo tiene ó no real despacho del empleo ó grado anterior al que se le asciende.

## MAYO.

- 1.º Real orden para que los comandantes generales de las provincias no permitan que ningun gefe, oficial ó empleado de su distrito pasivo ó en ejercicio se presente en el cuartel real sin obtener antes real permiso, y que todas sus instancias se dirijan por conducto de los respectivos comandantes generales.
- 5 Real decreto para que á ningun reo de muerte se le aplique la pena sin darle veinte y cuatro horas de término para prepararse á morir como cristiano.
- 22 Real orden declarando que los tenientes de la Guardia Real de infanteria cuando son admitidos en el ejército no necesitan mas requisitos para darse á reconocer como capitanes efectivos que la orden de su colocacion, y que se arreglen sus antigüedades conforme al reglamento.

## JUNIO.

- 6 Real orden aplicando al ejército las municiones, armamento, artilleria, caballos y cajas de fondos que se cojan al enemigo, dándose una gratificacion á los aprehensores.
- 14 Real orden declarando que la imposicion de multas á los enemigos del rey nuestro señor corresponde por ahora á las juntas y diputaciones provinciales.
- 25 Real orden comunicando el real decreto del día 21, espedido por la primera secretaria de Estado, para que se pase por las armas á todo extranjero que se aprehenda defendiendo la usurpacion.
- 24 Real orden mandando se observe la del 7 de diciembre de 1827, respecto al tratamiento de excelencia.
- 25 Real decreto nombrando capitan general al inmortal don Tomás Zumalacárregui; concediendo á su viuda el sueldo entero de teniente general, y á cada una de sus tres hijas la pensión de 2,000 reales.
- Id. Real orden declarando que las familias de los urbanos están desafortadas y sujetas á las justicias ordinarias.

## JULIO.

- 4 Alocucion del rey nuestro señor al ejército con motivo de la muerte del general Zumalacárregui.
- 5 Real orden mandando que cuando se intercepte algun correo se remita al ministerio la balija sin abrirse carta ni oficio alguno.
- 7 Real orden mandando se hagan inmediatamente en las provincias las clasificaciones que faltan por empleos obtenidos antes del 12 de julio de 1834.
- Id. Real orden para que inmediatamente se hagan las propuestas para las vacantes que resultan en los cuerpos y se remitan al ministro por conducto del gefe de estado mayor general
- Id. Real orden mandando se formen luego las relaciones de inútiles de la clase de tropa, á los que se concede los 40 reales vellon mensuales y retiro á dispersos.
- 8 Real orden mandando que en la secretaria de cada comandancia general se nombre un oficial que se encargue esclusivamente de instruir los espedientes de viudedad y pension.

## AGOSTO.

- 1.º Real orden declarando generalísima del ejército á Maria Santísima, bajo la advocacion de los Dolores; y mandando se celebre al dia siguiente la bendicion del estandarte que lleva su divina imágen.
- 2 Real decreto mandando que el estandarte generalísimo no haga honores ni á la real persona, sino solo al Santísimo Sacramento.
- Id. Real alocucion al ejército al depositar el estandarte generalísimo en el regimiento de caballeria lanceros de Navarra.
- 22 Real orden para que se dediquen los cuerpos á formalizar las correspondientes hojas de servicio de todos los individuos que constituyen el ejército carlista, dictando las reglas que al efecto han de observarse.

## SETIEMBRE.

- 5 Real orden para que no se de curso á ninguna instancia sin que los interesados acrediten cuanto esponen, y que los comandantes generales al dirigir las que se hallen documentadas en forma, espliquen terminantemente su opinion respecto á lo que se solicita.
- 24 Real orden, por la que se manda establecer en Mondragon un depósito para

los militares y empleados aspirantes á colocacion.

## OCTUBRE.

- 6 Real orden mandando que á ningun gefe, oficial ó individuo de otra clase que no se halle en servicio ó comision, se dé mas que una racion de pan, carne y vino, escepto á los que tienen familia, pues á estos se darán las dos que marquen sus pasaportes.
- 21 Real decreto nombrando general en gefe del ejército al conde de Casa-Eguia, con facultad de proponer á S. M. cuanto crea conveniente.
- Id. Real decreto llamando cerca de la real persona al teniente general don Vicente Gonzalez Moreno, mediante haberse suprimido el empleo que obtenia de gefe del estado mayor general.
- Id. Real orden nombrando gefes de division con mando, á los mariscales de campo, don Francisco Iturralde, don Bruno Villarreal y don Miguel Gomez; y gefes de brigada, á los brigadieres don José Antonio Goñi, don Pablo Sanz y don Tomás Tarragual de la primera division; don Tomás Guibelalde, don Simon de la Torre y don Prudencio Sepelana de la segunda; don Carlos Perez de las Vacas, don Juan Beamurguia y el coronel don José Maria Arroyo de la tercera.

## NOVIEMBRE.

- 1.º Real decreto, por el que S. M. se digna nombrar á su muy caro y amado sobrino el infante don Sebastian Gabriel de Borbon y Braganza, su primer ayudante general de campo.
- 14 Real orden para que en los distritos donde no hay cosecha de vino no se exija este articulo para raciones; pero que si se encontrase de venta ó de tránsito se embargue y se pague por la provincia que ha debido hacer el suministro, ó en aquel liquido por los pueblos de la misma en que se recoja.
- 16 Real orden para que todos los individuos pertenecientes al fuero militar que se consideren agraviados, por no haberse recomendado su mérito en las acciones por suspension ó privacion de empleo, finalmente todos los que reputándose perjudicados, sea cualquiera que fuese el asunto, tengan que solicitar justicia, lo verifiquen dentro de quince dias contados desde hoy.

## DICIEMBRE.

- 11 Real orden mandando que en las solici-

- tudes de agravio á que se refiere la de 10 del mes último, se entiendan directamente con el ministerio de la Guerra los generales de division por lo respectivo á los cuerpos de su mando, y los comandantes generales de las provincias por los que no pertenecen al ejército de operaciones, para que de este modo tengan alivio las muchas é interesantes atenciones que pesan sobre el general en jefe.
- 12 Real orden para que por ahora no se dé curso á instancias en solicitud de sueldos ó créditos sobre el real Erario anteriores al día 10 de junio último.
- Id. Real orden concediendo indulto á todos los desertores de la brigada vizcaina que en el término de quince dias se incorporen á sus cuerpos.
- Id. Real orden aclaratoria de la de 14 de noviembre último, declarando que la facultad de embargar el vino para raciones debe cesar, siempre que las diputaciones de las provincias donde no se hace cosecha de aquel artículo pongan depósitos de él ó faciliten fondos á los pueblos para hacer el suministro.
- 20 Real orden mandando que cuando algun general se viere en la necesidad de suspender de empleo por causas justas á alguno de los que sirven á sus órdenes, nombre al mismo tiempo un fiscal que forme sumaria al interesado sobre el motivo que ha dado lugar á aquella providencia y se le oiga en justicia.
- 26 Real orden declarando á quien corresponde la preferencia en el mando de las armas en igualdad de clase ó grado, debiendo recaer en aquel que en uno ú otro concepto haya reconocido antes el legítimo gobierno del rey nuestro señor ó sido nombrado por S. M.

## NUM. 37.

## Acta de lo acordado en la reunion de autoridades en casa del general Alvarez.

Reunidos en este real palacio de orden del Excmo. señor general segundo gefe de este ejército y Principado, el mariscal de campo don Antonio Maria Alvarez, que presidia, el gobernador civil interino de esta provincia, los ilustres señores regente de la real audiencia é intendente de este Principado, y una comision del Excmo. ayuntamiento de esta ciudad, el Excmo. señor general director de ingenieros con el comandante de plaza del mismo real cuerpo, el brigadier de la real armada y comandante de marina, el señor coronel primer comandante de carabineros, y los primeros gefes ó

comandantes de los cuerpos de la guardia nacional de esta ciudad, no habiendo comparecido, aunque para el efecto citados, el alcalde de esta capital, el subinspector del cuerpo de artillería ni los señores gobernadores de la mitra; y habiéndose dado cuenta del estado de la tranquilidad pública y del trastorno sucedido en la tarde del dia de hoy: despues de haber convenido en que, sin embargo de la eficacia y órdenes del mencionado Excmo. señor general segundo gefe, no habia podido evitarse la catástrofe cometida contra los presos acusados del delito de infidencia y de rebelion, por la falta de tropas y subordinados, y por la irritacion que habia causado en los ánimos del público la conducta de los rebeldes con los prisioneros, por lo que á pesar de haberla querido evitar los mismos y mencionados comandantes de la guardia nacional no se pudo conseguir, se acordó que desde luego se emplearan todos los medios de persuasion para relirar á sus casas á los amotinados, á fin de evitar otros estragos. En tal estado se dieron repetidos avisos de quedar restablecida la pública tranquilidad, y por precaucion se acordó tambien que á las siete del dia de mañana formaran todos los batallones, incluso los de Barrio, manteniendo cada uno de ellos dos patrullas de treinta hombres cada una; que no se permita entrar por las puertas de la ciudad á gente sospechosa, reforzándose todas sus guardias, singularmente la de la puerta de Mar para impedir la entrada de marineros; que á las nueve de la mañana sean revistados todos los batallones personalmente por el Excmo. señor general segundo gefe, haciendo en el acto una alocucion para que sus individuos conozcan la absoluta precision en que están de mantener el orden á toda costa, obedeciendo á las autoridades y las leyes, que se prohiban las fogatas de costumbre en el dia de mañana á la noche; que desde el amanecer patrullen los alcaldes de barrio bajo la inmediata vigilancia del cuerpo municipal; que se pague el socorro como movilizados á todos los guardias nacionales ó cuerpos voluntarios de la misma arma en el dia de mañana; y despues de haberse determinado otras medidas parciales y cuantas estaban en los alcances de las autoridades respectivas, firmaron la presente acta y se retiraron á las doce de la noche del dia 4 de enero de mil ochocientos treinta y seis.—José Melchor Prat, G. C. I.—José Parreño.—Francisco de Olavarrieta.—Ramon Luis Escobedo.—Francisco Huarte Jáuregui.—Juan Vilaregut, regidor.—Buenaventura Sanz.—Joaquin Martí, teniente de alcalde.—José Rivas, regidor.—Antonio Viadera, regidor.—El comandante de marina, Casimiro Vigodet.—El segundo comandante, primero accidental del 15.º batallon de la guardia nacional, To-

más G. Barba.—El segundo comandante de la guardia nacional de artillería, A. Xuri-guer.—El primer comandante del 11.º, José Bosch y Pausas.—El primer comandante del 2.º batallón ligero de la guardia nacional, Félix Rivas.

### NUM. 38.

#### Comunicacion de Pastors refiriendo los sucesos del 4.

Excmo. señor: los siempre horrorosos sucesos de la tarde y noche de ayer en este punto militar que está á mi cargo, me imponen la obligacion de elevarlos á conocimiento de V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes. Ayer mañana no tenia esta fortaleza mas guarnicion que un pequeño residuo del regimiento de Saboya 6.º de línea, y lo restante cubierto por la fuerza de la guardia nacional en las vastas y delicadas estensiones de este recinto. A las doce del día entró á instalarse dentro de él algo mas de medio batallón del regimiento número 20 de infantería de línea, sin armas la mayor parte de su gente y en el estado de nueva ereacion que V. E. no ignora, y todos sin municiones ni piedras en sus pocos fusiles. Como á las cuatro de la tarde recibí partes de que se aglomeraban gentes sobre el glacis de la entrada en esta fortaleza, y en su consecuencia puse toda la tropa armada que pude reunir, incluso asistentes, sobre las armas, y la distribuí en los puntos que creí oportuno. Continuando los partes de la avanzada del Principal, en donde habia colocado el primer ayudante de este estado mayor, don Francisco Solo, de que no podian contener la gente que solicitaba entrar, mandé levantar el puente levadizo; pero los amotinados, atropellando por todo, pasaron el de piedra y llegaron al borde en que aquel estriba, y bajándose al foso hasta la escarpa, amenazando asaltarle y pegar fuego á la puerta, para cuyo efecto tenian varias hachas encendidas: recibí del señor oficial de la guardia del Principal el parte de que efectivamente las habian ya arrimado á ella: con este motivo envié á V. E. el señor ayudante don Juan Garcia, á fin de que enterado V. E. de mi posicion, se sirviese darme órdenes terminantes que creyese V. E. convenientes para su puntual cumplimiento, cuyo señor ayudante tuvo que verificar su salida por la puerta del Socorro, siéndole imposible verificarla por la principal. No llegando la contestacion de V. E., dirigí un oficio á V. E. escrito y fechado en la guardia del Principal, que entregué al paisano Rafael Gomez, á fin de que por su trage lograrse ponerlo en manos de V. E., solicitando nuevamente de V. E. auxilio exterior, órdenes terminantes, y si

podia usar de la artillería. V. E. recordará el decreto que V. E. tuvo á bien insertar en mi oficio que me fué devuelto. Durante estas escenas, y desceoso, tanto de que V. E. se hallase enterado de ellas, como del recibo de sus superiores órdenes, me asomé varias veces sobre el parapeto de la muralla á preguntarles su objeto, y siempre me contestaron pidiéndome los presos por facciosos, y principalmente á O'Donell: yo les contesté que no estaba en mis facultades, que me trajesen una orden superior y seria obedecida, amonestándoles por cuantos medios me ocurrieron al buen orden y tranquilidad, sin perjuicio de solicitar cuanto creyese oportuno. Nada bastaba á persuadirles: les propuse si querian que el coronel don José Montero, que se hallaba en aquel punto conmigo, fuese con dos que ellos comisionasen á hacer á V. E. presente lo que ellos alegaban; pero que mientras no cometiesen ningun esceso: lo prometieron así. Montero fué, habló con ellos, y volvió diciéndome que le habia sido imposible atravesar. El genlio aumentaba, así que el número de hachas encendidas y escaleras que colocaban á la muralla con exigencias cada vez mas imperiosas: el tiempo urgía, y yo sin la contestacion de V. E. que esperaba con ansiedad. Bien pudiera en otras circunstancias haber barrido la artillería los que ocupaban el puente de piedra; pero ¿quién responde del resultado de un primer cañonazo tirado entre liberales españoles, y mayormente sin órdenes superiores para ello que de V. E. solicitó? Se me dió parte del baluarte del Rey que subian por las escaleras, y que no seria posible al corto número de tropa el contenerlos por mas persuasiones que se hiciesen. Subí sin pérdida de tiempo y mandé al señor oficial que se hallaba en él de que por todos los medios hiciesen lo posible para derribar las escaleras, en cuyo momento, recibiendo el aviso del señor oficial de la guardia del Principal de que parecia notarse fuego en la puerta: bajé á ella con el objeto de enterarme del mas pronto peligro, cuando al poco rato se me da conocimiento de hallarse ya en aquel baluarte un sin número de gente armada: acudo á él, y ¿cuál fué mi sorpresa al ver tenia mucha proteccion su subida? Tengo ya manifestado á V. E. el que se hallaba cubierto el servicio de la plaza por voluntarios nacionales. A el tumulto, mezclado ya con la tropa de la guarnicion, solo se le oian aclamaciones á la libertad, á Isabel II y á Saboya, con gritos mezclados de orden, amenazas, disciplina, encono y demas pasiones opuestas, que era imposible calmar. Sin embargo se avinieron al parecer á mis razones, de que no atentarian, á lo menos dentro del recinto, contra la vida de los detenidos, y que de éstos solo dejaria se llevasen al que citaban,

custodiándolo ellos mismos hasta la presencia de V. E. para su determinacion. En esos momentos regresó de palacio el señor ayudante García con la manifestacion de V. E., que ni atendieron ni hubieran al parecer atendido antes. Fué prodigioso el genio que en un momento se halló sobre la muralla, una gran parte armados, diciéndome ser voluntarios, y que querian vengar el atentado cometido por los rebeldes, habiendo asesinado á sus parientes, á sus amigos, defensores de la libertad y de Isabel II, y que así exigian los facciosos que se hallasen en el recinto, protestando que éste era solo su objeto, que verificarian con aquel orden que no deseaban perturbar. Efectivamente le mantuvieron por algun corto tiempo, y aun puedo decir parecia no desatendian mis reflexiones; pero aumentándose el genio de todas clases y su griteria, empezaron prontas y mas resueltas exigencias, pidiendo igualmente tres facciosos ya rematados que se hallaban en el presidio, y la libertad de otros que se han presentado esta mañana espontaneamente. Excmo. señor, solo presenciando tan sensible y comprometida posicion puede ella describirse; y no esperando los amotinados las llaves, que con frecuentes amenazas exigian al alcaide, rompieron la puerta principal de la torre, siéndolo las demas naturalmente por haberse ya apoderado de ellas. Los detenidos fueron muertos progresivamente, faltándoseme al ofrecimiento que se me hizo: igual suerte cupo á los detenidos en los calabozos sobre la puerta principal: los almacenes de pólvora fueron milagrosamente salvados, pues que queriéndolos reconocer con las hachas encendidas, nos pusimos con el teniente de rey y sargento mayor frente de su puerta, rogándoles pasasen antes por encima de nuestros cadáveres, y demas enérgicas espresiones que exigia el caso. En este trance se me dió conocimiento de hallarse un medio batallon de voluntarios nacionales en ella con el objeto de restablecer el orden; entonces mandé se abriese, pues que este era el que se deseaba: entró batiendo marcha hasta la plaza, y al llegar á ella se quedó, sin saber cómo, en entera dispersion, mezclándose con los demas; no habiendo sucedido así con el medio batallon del 20 de línea, á cuya cabeza venia el coronel don Ramon Miguel, que con el mayor orden entró poco despues, y quedando en formacion en los puntos que se le destinó, procuró con la guarnicion la salida de los amotinados. Los inmensos almacenes de pólvora que se hallan en ésta, el depósito del vestuario del regimiento de Saboya, así que los tres presidios ocupaban todo mi cuidado á la vista de las infinitas hachas con que se alumbraban los amotinados; y luchando entre un sin fin de vicisitudes, tuve la mayor satisfaccion en ver la

eficacia é interés con que el señor teniente de rey, sargento mayor y señores ayudantes y oficiales de la guarnicion cooperaron á fin de evitar mayores desgracias, no perdonando ni medio ni fatiga para conseguirlo, hallándose siempre dispuestos á mis órdenes para llenar tan laudable objeto. Este aciago incidente ha producido la muerte de los facciosos, cuya lista tengo el honor de incluir á V. E., y cuyos cadáveres fueron inmediatamente conducidos al cementerio... etc. etc.

## NUM. 39.

**Carta de Mendizabal á Mina.**

Madrid 30 de noviembre de 1835.

Mi querido general: por los beneficios que deben resultar á la justa causa, y por el concepto que me merece el dador de ésta, el señor de Aviraneta, suplico á vd. le considere como persona de confianza; de la buena inteligencia y acuerdo de vds. no dudo resultarán motivos de satisfaccion para todos, y en esta creencia preveo igualmente que accederá vd. á mis deseos.

Es de vd. siempre afectisimo amigo que B. S. M.—J. A. y Mendizabal.—Excmo. señor don Francisco Espoz y Mina.

## NUM. 40.

**Reclamacion de Pastors.**

Excmo. señor conde de Almodovar.—Muy señor mio y de mi mayor respeto: aunque no tengo el honor de conocer á vd. personalmente, las circunstancias en que me hallo constituido, y la confianza que me inspira el concepto general de su bello carácter en medio de su elevada categoria, me deciden como caballero, como ciudadano español y como compañero de clase en la carrera de las armas, á dirigir á vd. estos renglones para manifestarle que en vista de mi parcial suspension de mando, que me impuso el capitán general de Cataluña, en el gobierno de la Real Ciudadela de Barcelona, sin haberme hecho el menor cargo ni pregunta, dirigi por su conducto una esposicion á su magestad pidiendo (como propio del honor de nuestra clase) se me juzgase en consejo de guerra de oficiales generales. A mi llegada á ésta remití otra igual por la via reservada; cuando á los pocos dias (y en la que me hallo con permiso del general Mina para restablecer mi salud), he sabido con asombro que ni éste dió curso á la que debia, sin embargo de habérmelo ofrecido con las mayores seguridades, ni en este ministerio se ha dado tampoco á la otra por no haber llegado la que debió con su informe remitir el espresado general. Fácil será co-



nocer á la penetracion de vd. que tal conducta en aquella autoridad, despues de los parciales atropellamientos cometidos con solo las inocentes autoridades de la ciudadela, da bastante margen á sospechar no le acomoda lleguen mis clamores á llamar la atencion del gobierno de S. M., porque entonces llegará infaliblemente el momento de correrse el denso velo que se pretende mantener sobre las horrosas escenas del día 4 de enero, que él mismo suscitó y que otras autoridades dejaron suceder, pudiendo con facilidad haberlas completamente evitado: en el manifiesto que para el público y para la Europa tengo estendido para publicarlo cuando convenga en vindicacion de mi honor, único patrimonio que puedo legar á mis hijos, pruebo hasta la evidencia cuanto tengo el honor de manifestar á vd.

Los acontecimientos del 3, ninguna relacion tienen con los del 4, por mas que asi haya querido hacerse entender por fines muy particulares. Como quiera que sea, usted con sus talentos militares, y animado de la delicadeza y nobles sentimientos de pundonor que en todos sentidos le caracterizan, no podrá menos de convenir conmigo en que este aciago suceso no debe ni puede quedar asi. Un movimiento en masa de un inmenso pueblo liberal, irritado por la inhumanidad del enemigo y provocado á la venganza por su mismo general en gefe, produjo las lamentables catástrofes que ninguna autoridad de Barcelona supo ó no halló medios de cortar; y solo á mi se me suspende, publicándose esta determinacion en la orden general del ejército en los términos mas ofensivos. ¿Tan poco aprecio merece esta faja, estas condecoraciones, mis antiguos servicios, y sobre todo mi interino mando en aquel Principado en circunstancias bien dificiles y espinosas, como vd. no ignora, que sin la debida consideracion á estas circunstancias, cargo, ni menor pregunta, se me suspende, se me priva de los emolumentos que constituian parte de mi sueldo, recaen sobre mí y mi familia perjuicios irreparables, y por último se estiende la providencia y se publica en todos los periódicos, con el deseo al parecer de que circulara por todo el reino y toda España, previniendo su opinion contra mí, y tildando mi honor y concepto militar con las expresiones de «ser útil y conveniente al mejor servicio de la reina y de la patria?» Sea usted franco, mi venerado general, ¿qué

entenderá todo lector de estas palabras? ¿Soy yo acaso algun traidor, algun desleal, algun cobarde, algun inepto, algun hombre vicioso ó sin honor que pueda inspirar sospechas ó desconfianzas á mi soberana ó á mi patria? Póngase vd. un momento en mi lugar y entonces sirvase vd. conocer que estaria impaciente como yo para obtener segun los trámites justos de la ley la mas escrupulosa y pública vindicacion de mi concepto, tan ligera y atrozmente atropellado. La prudencia de un capitan general pudiera todo haberlo previsto y evitado; y aun en el caso de haber ya sucedido, pudo haberse averiguado, juzgado y castigado en los términos que mejor el gobierno conviniese, sin atropellar inocentes ni ofender la reputacion de honradísimos acreditados militares. He reclamado la ley, y la ley fallará: ahora es cuando ha de acreditarse la inexorable é imparcial justicia de un gobierno representativo, y mil veces clamaré sin cesar á los pies del trono de nuestra augusta y benéfica reina Gobernadora; y yo no dudo que S. M. me oirá y administrará justicia: a este fin reitero mi solicitud, como vd. verá en demanda de ser juzgado en consejo de guerra, como tambien llenos de razon y de honradez lo han solicitado los dos gefes, mis inmediatos subalternos, contra quienes, sin saber por qué, se cebaron tambien las providencias adoptadas, suplicando unánimemente la formacion tambien de una causa general que descubriese los verdaderos culpables de tan lamentables acontecimientos. He creido debia dar lugar á este desahogo en el seno de las meditaciones de vd., y ojalá me fuese posible verificarlo pronto de viva voz, en cuyo caso, suspendiendo toda cuestion, me sujetaria gustoso á su parecer de vd. y consejo que tuviese vd. á bien darme, bien persuadido que en ninguno podré hallar mas interés que en el superior gefe de la honorífica carrera á que tengo el honor de pertenecer: con este motivo tengo igualmente el gusto de incluir á vd. una instancia en solicitud de real licencia para pasar á Madrid, por ser solo mi anhelo el verle y desahogar mi corazon. Conozco que abuso de las bondades de vd.; pero confio tambien que, convencido de mi apurada situacion, disimulará la molestia con que le importuna su mas atento y subordinado, seguro servidor que con la mayor consideracion besa su mano. — Pedro Maria de Pastors. — Valencia 3 de marzo de 1836.

## APENDICES.

En el capítulo LXV (1), que lleva por epígrafe: *Levantamiento del sitio de Bilbao y operaciones del ejército liberal*, copiamos una narracion de un ayudante del general Latre, adicionándola con una parte de un comunicado del general La Hera, comprensivas una y otro de unas mismas operaciones, no en la mayor armonía para algunos. Esto mismo nos hizo prescindir de nuestro juicio, por creernos incompetentes á fallar en tan delicado asunto, no porque nos arredrara su magnitud, sino porque presentados ya los argumentos, pudiera creerse parcial nuestro fallo. Por esto mismo dejamos de insertar la tan debatida carta, que se supone de Espartero, fechada en Quincoces el 28 de junio, que se ve en tantas obras, y desmentida por La Hera en tantos comunicados; y por las mismas razones hemos prescindido de otros particulares que, no afectando á la historia, les hemos negado la importancia que se les ha querido dar.

No así procedimos con otros sucesos que omitimos por no tener las suficientes pruebas para demostrarlos; siendo uno de ellos el plan de establecer en España una regencia, en cuyo pensamiento parece que estaban Luis Felipe, Toreno, Zumalacárregui y algun otro; pero mas parapetados con los datos que recibiremos, trataremos esta cuestion en el apéndice á esta obra. Por el pronto consignaremos que, aunque algunos han querido suponer que el general La Hera entraba en esta combinacion, es inexacto de todo punto, como lo prueba evidentemente

su conducta desde el momento que se decidió á marchar á Miranda de Ebro el 25 de junio.

Y á propósito de este suceso; anhelando tener sobre tan importante período toda la seguridad, y conviccion de quien escribe la historia, podemos afirmar, por habérsenos así referido, los siguientes hechos que importa dejar consignados.

### 1.º

**Causas porque el general Lallera hizo dimision del mando en jefe del ejército de reserva en principios de junio de 1835.**

Le tomó en 1.º de abril de este año con la esperanza de que se le darian medios, y uno ó dos meses para organizar el ejército, cuya formacion se le encomendaba y cuya creacion se dispuso por decreto de 17 de marzo anterior (1). Fundábase la esperanza de La Hera en la palabra que al efecto le diera el general Valdés, ministro de la Guerra, quien no pudo cumplirla, bien porque sus colegas de ministerio le escitasen á ponerse desde luego al frente del ejército de operaciones y del nuevamente creado de reserva, ó bien porque deseando terminar cuanto antes la guerra, dirigiera en persona y mandara ambos ejércitos, disponiendo en su calidad de ministro del ramo, de todas las fuerzas del reino. Presentóse Valdés en el ejército diez dias despues que La Hera, cuando no habia éste acabado de

(1) Véase pág. 86.

(1) Véase pág. 167.

organizar el suyo, y cuando ocupado en ello no habia tenido aun tiempo para hacerse conocer y adquirir el prestigio conveniente entre las tropas.

Por circunstancias particulares quedó La Hera reducido á la condicion de simple espectador y capitán general del distrito de Burgos, sin mas ejército que algunas partidas formadas para perseguir á los guerrilleros que pululaban en el país de su mando, como ya hemos visto en el testo de esta obra; y en semejante situacion, violenta en extremo para él, resolvió hacer dimision de un mando que no podia ocasionarle sino la pérdida de su reputacion cuando ocurriese, y por falta de tropas no pudiera evitar, algun contratiempo de importancia en su distrito.

Valdés creyó hallarse en el caso de hacer dimision del ministerio de la Guerra, y al reemplazarle el duque de Ahumada, con quien se dijo estaba ofendido por cuestiones militares, La Hera, á quien Ahumada, consideraba el hombre querido de Valdés, parecia no quedar en gran favor con el nuevo ministro.

Muchos esperaban, y no sin falta de fundamento, que á Valdés reemplazara en el gabinete don Valentin Ferraz, encargado del despacho de la Guerra durante su ausencia.

La Hera por su parte, que habia presenciado en el despacho de la Guerra una visita de Ahumada á Valdés, y conocia á aquel, tuvo por cosa segura que, si no era relevado Valdés en el acto y se esperaba una ocasion en que poderlo hacer con fundamento, por lo menos se trataria desde luego de dejarle sin amigos en el mando. Presumió por tanto La Hera que se recibiria con gusto su dimision si la hiciese; y como ansiaba por las razones indicadas dejar cuanto antes su cargo, pensó en hacerla cuando los actos del nuevo ministro la justificasen ó pudieran servirle de pretexto para salir de la desagradable situacion en que se hallaba. Sospecharon algunos que no tenia, al parecer, menos prisa Ahumada por colocar á su cuñado don Joaquin Ezpeleta, y ascenderle á teniente general. La ocasion que buscaba La Hera se presentó al comunicarle una instruccion sobre el modo de hacer la guerra,

en la cual descendíase á pormenores y pequeñas tales, que en opinion de La Hera, hubieran motivado su dimision, aun sin las causas que ya tenia para dejar un mando que solo en el nombre ejercia. Hizo, pues, su dimision ó remitió la que tenia preparada, y le fué admitida, nombrándose para sucederle al citado Ezpeleta, encargando interinamente el mando de la reserva al general Latre.

Tales son varias de las principales y verdaderas causas de la dimision de La Hera.

## 2.º

En cuanto á los que pudieran desacertadamente atribuir morosidad al general La Hera, les contestaremos con los hechos, que demuestran, por el contrario, y en esto estriba la mayor gloria del general, una decision tan resuelta que bien merecia otro nombre; y le merecia, porque saltando por toda consideracion, se apoderó del mando de otros gefes que le obedecieron y le aclamaron despues como á suyo, cual consta en el acta de Portugaleta que insertamos en el número 20, pág. 343 de este tomo.

Terminante este documento, hasta su sola lectura para comprender su importancia: examínense los antecedentes, véase la situacion del ejército, y no se dudará lo que fué la junta de Portugaleta; pero eran las circunstancias mas poderosas, y se consideró á La Hera muy digno de guiar al ejército en aquellas tan críticas. Si en la corte habia interés en que no se salvara á Bilbao para justificar la intervencion francesa, en el ejército le habia, y grande, en salvarle á toda costa; y no era por cierto el gefe aclamado el que necesitaba estímulos: no los necesitaba tampoco ningun general: unánime fué su decision.

A La Hera, cuya dimision estaba ya admitida, le preocupaba mucho la salvacion de Bilbao, la del ejército y la del país, y en este periodo le vemos jugar un albur peligroso: por esto se asoció á la responsabilidad de todos; por esto, alentado con tan unánime prueba de confianza, ordenó acto continuo la marcha, y al amanecer del siguiente dia 1.º de julio prosiguió el movi-

miento , consiguiendo la inmarcesible gloria de salvar á Bilbao , donde entró á las tres de la tarde del mismo dia , llevando á su lado al general Espartero.

Esta es en resúmen la simple relacion de los hechos , bastante para demostrar de una manera incontestable , no solo que La Hera no vaciló , sino que con la mayor decision se resolvió á tomar el mando que dejó Valdés y con la resolucion mas completa de marchar sin demora sobre Bilbao: su actividad no pudo ser mayor , puesto que principi6 á mandar dando órdenes de marcha y que no se detuvo un momento hasta llegar á Portugalete, *donde tampoco perdió el tiempo*, segun hemos referido. Conviniendo en que Latre y Espartero ansiaban la salvacion de Bilbao ; sin entrar en la cuestion de si es cierto ó no que Latre recibiese y contestase la órden de reunirse y que el general Espartero escribiese desde Quincoces á La Hera en los términos que otros han referido , es indudable despues de leer los documentos auténticos que hemos transcrito y otros que hemos tenido presentes , que el lustre general La Hera no tenia necesidad de que le escitasen á marchar sobre Bilbao: es indisputable que no habia en el ejército ningun general ni gefe mas decidido , mas

resuelto que él á salvar á la villa á todo trance , á cualquier precio y lo mas antes posible. Solo asi se comprende que se encargase en tan difícil situacion de un mando que no le correspondia y que sin dilacion se pusiera en marcha con todas las fuerzas disponibles: solo asi que el general Espartero no le reclamara el mando que , como se ha dicho , le correspondia por mas de un título : solo asi puede creerse que Espartero y Latre cediesen sus respectivos derechos á un general á quien el gobierno acababa de dejar en situacion de cuartel ; y solo asi , por fin , se concibe que todos los generales y gefes de ambos ejércitos unánimemente le nombraran , como le nombraron en Portugalete , general en gefe , declarando que merecia toda su confianza y dejando á su arbitrio la adopcion de las disposiciones que juzgase convenientes.

En conclusion, el gobierno , aunque con atraso , el 29 , « aplaudió y aprobó la celeridad y celo con que el general La Hera , luego que supo la indisposicion del general Valdés , marchó desde Bribiesca á Miranda para encargarse del mando del ejército de Norte, » y tambien con atraso le dió las gracias por la salvacion de Bilbao.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



# INDICE.

## LIBRO IV.

	PAGS.		PAGS.
Celandieta.—Ormaiztegui. . . . .	5	Conduccion de un convoy.—Oraá en Vera. . . . .	56
Partidas carlistas.—Rivalidad entre algunos gefes liberales. . . . .	6	Preliminares para el tratado de Elliot. . . . .	57
Urbiso. . . . .	7	Tratado de Elliot. . . . .	58
Sorpresa en la venta de Rivero.—Urbanos de Lequeitio.—Don Carlos. . . . .	8	Derrota de Iriarte en Guernica. . . . .	60
Elizondo. . . . .	9	Defensa del convento de Renteria. . . . .	61
Apresamiento de la goleta <i>Isabel Ana</i> . . . . .	Id.	Ataque Irurzun. . . . .	62
Accion en el puente de Arquijas el 5 de febrero. . . . .	40	Importancia de la ocupacion del Baztan. . . . .	63
Accion en el puerto de Belarte.—Sitio de Giga. . . . .	42	Sitio y toma de Treviño. . . . .	64
Apuros de la brigada provisional. . . . .	14	Abandono de los puntos fortificados por los liberales.—Estado próspero de los carlistas. . . . .	65
Socorro á Maestu. . . . .	46	Evacuacion del Baztan. . . . .	66
Obstáculos á la marcha de Mina. . . . .	Id.	Accion de Larrainzar.—Derrota de Oraá. . . . .	68
Notable incidente. . . . .	48	Castigos por el desastre de Larrainzar. . . . .	69
Dificultades para socorrer á los fuertes. . . . .	20	Evacuacion definitiva del Baztan. . . . .	Id.
Situacion apurada de Mina. . . . .	Id.	Ataque de Zumalacárregui á Villafranca.—Sorpresa de Descarga. . . . .	70
Movimiento de Mina. . . . .	21	Ocupacion de Villafranca, de Tolosa, de Vergara, de Eibar, de Durango y de Ochandiano. . . . .	71
Accion de Larrainzar. . . . .	22	Dimision de Zumalacárregui. . . . .	73
Sucesos de Lecaroz y sus juicios. . . . .	23	Don Carlos en Vergara. . . . .	Id.
Toma de los Arcos. . . . .	25	Situacion de los liberales y carlistas del Norte. . . . .	74
Accion de Larraga. . . . .	27	Causas que originaron el primer sitio de Bilbao. . . . .	Id.
El Baztan. . . . .	28	Primer sitio de Bilbao. . . . .	75
Movimientos y operaciones. . . . .	29	Sitio de Bilbao.—Estado de la plaza.—Presentacion de los carlistas.—Entusiasmo de los bilbaínos.—Destruccion del fuerte del Circo. . . . .	76
Torpezas de Lopez.—Llegada de Mina á Pamplona.—Varias operaciones.—Importancia de los carlistas. . . . .	31	Error de Zumalacárregui.—Destrozos en el campo sitiador.—Descontento de Zumalacárregui.—Su herida y retirada del sitio. . . . .	79
Toma de Echari-Aranaz. . . . .	32	Bombardeo.—Auxilio frustrado é inútiles salidas de la plaza.—Interregno. . . . .	80
Olazagoitia. . . . .	33	Triste situacion del ejército liberal. . . . .	82
Partidas.—Escuadron de la Legitimidad. . . . .	34	Prosecucion del sitio.—Preséntase en él don Carlos. . . . .	Id.
Manifiesto de los carlistas. . . . .	Id.	Patriotismo del ayuntamiento.—Parlamentarios carlistas.—Entusiasmo de los bilbaínos.—Prosigue el bombardeo. . . . .	83
Accion de Arroniz. . . . .	36	Levantamiento del sitio.—Operaciones	
Vizcaya y otros puntos. . . . .	37		
Accion de Villaro. . . . .	38		
Maestu. . . . .	39		
Plan de Oraá.—Accion de Escurra. . . . .	40		
Disposiciones de Oraá.—Decision de los valcarleses. . . . .	42		
Término del mando de Mina. . . . .	44		
Planes de Mina. . . . .	46		
Juicio critico sobre el mando político de Mina. . . . .	47		
Don Gerónimo Valdés. . . . .	49		
Movimiento de Valdés.—Sus proclamas. . . . .	51		
Accion de Artaza. . . . .	54		

PAGS.	PAGS.
del ejército liberal. . . . .	86
Intrigas de los cortesanos carlistas.— Operaciones de las fuerzas sitiadoras.	89
Muerte de Zumalacárregui. . . . .	90
Una carta interesante. . . . .	92
<i>Cataluña.</i> —Incremento de las partidas carlistas.—Abatimiento de los libera- les. . . . .	95
Vuelve Llauder á Cataluña.—Arresto del cónsul de Cerdeña. . . . .	96
Mal sistema de Llauder.—Hechos mili- tares. . . . .	97
<i>Maestrazgo.</i> —Aragón.—Valencia.—Mur- cia.—Llegada de Cabrera á Navarra. —Su entrevista con Villemur y con don Cárlos.—Su regreso.—Peligros. . . . .	98
Guardias de los carlistas.—Encuentros. Cabrera en campaña.—Junta de gefes.— Operaciones.—Accion de Azolla. . . . .	100
Escaramuzas.—Bandos.—Mosqueruela y Caspe. . . . .	103
Situacion de los carlistas en el Maes- trazgo. . . . .	105
<i>Castilla la Nueva.</i> —Escursiones de los carlistas.—Sus guaridas.—Escaramu- zas. . . . .	107
Progresos de los carlistas.—Accion de Cambron.—Muerte de Mir. . . . .	108
<i>Andalucía.</i> — <i>Extremadura.</i> —Inútiles es- fuerzos de los carlistas en Andalucía. Escaramuzas.—Accion de la Trapera.— Varios partidarios. . . . .	109
Acertadas disposiciones de Carratalá. . . . .	112
<i>Galicia.</i> —Partidas carlistas.—Escara- muzas.—Esfuerzos inútiles por llevar la guerra á este pais. . . . .	Id.
<i>Castilla la Vieja.</i> —Accion de Huerta del Rey.—Perseverancia de Merino. . . . .	114
Accion de Torregalindo.—Desastres de los carlistas.—Pacificacion de Castilla la Vieja.—Marcha de Merino á Oñate.	114
Varias reflexiones. . . . .	116
Desunion en el ministerio. . . . .	Id.
Conspiracion liberal.—Plan de la insur- reccion. . . . .	117
Otras conspiraciones.—Juntas de los ex- altados.—Acuerdo definitivo. . . . .	118
Antecedentes. . . . .	119
Preliminares de la insurreccion.—Curio- sos é ignorados incidentes de la misma.	120
<i>Diez y ocho de enero.</i> —Sorpresa y ocu- pacion del Principal.—Muerte de Can- terac. . . . .	122
Aislamiento de Cardero.— Su lucha.— Parlamentos y negociaciones.—Capi- tulacion. . . . .	124
Salida honrosa de los sublevados. . . . .	128
Observaciones sobre la insurreccion del 48 de enero. . . . .	Id.
Los Estamentos y el ministerio. . . . .	129
Discusiones en los Estamentos.—Dimi- sion de Llauder. . . . .	130
Nuevos ministros.—Esfuerzos. . . . .	132
Proposicion contra el ministerio.—Motin del 41 de mayo. . . . .	133
Pide el ministerio la intervencion es- trangerá. . . . .	136
Negativa de la Inglaterra á la coopera- cion.—Insistencia de Toreno. . . . .	137
Descontento público.—Motines en Mála- ga, Zaragoza y Murcia. . . . .	138
Nuevos desórdenes en Zaragoza.—Medi- das que adopta el gobierno. . . . .	139
Previsiones del gobierno. . . . .	140
Insurreccion en Reus.—Situacion de la provincia de Tarragona. . . . .	144
Quema de conventos en Barcelona.— Apatia de las autoridades. . . . .	Id.
Llauder en Barcelona.—Su salida para Mataró. . . . .	143
Incendio de conventos en otros puntos. —Providencias de Pastors en Barce- lona. . . . .	144
Esfuerzos de los revolucionarios. . . . .	145
Asesinato de Bassa y otros horrores. . . . .	147
Nuevos horrores. . . . .	148
Restablecimiento del orden. . . . .	149
Se organiza la revolucion. . . . .	150
Motines y escesos en Tarragona, Valen- cia, Murcia, Malleu, Monzon y Tara- zona.—Pronunciamiento en Zaragoza y otros puntos. . . . .	152
Insurrecciones carlistas en las islas Ba- leares. . . . .	153
Situacion del ministerio.—Sus providen- cias. . . . .	154
Insurreccion del 45 de agosto en Madrid. —Su origen. . . . .	155
Enérgica debilidad del ministerio. . . . .	158
Propágase la insurreccion. . . . .	159
El ministerio y la revolucion. . . . .	161
Actitud de las juntas. . . . .	163
Proyecto de intervencion estrangera.— Su negativa. . . . .	164

## LIBRO V.

Formacion del ejército de reserva.—La Hera se encarga de su mando. . . . .	167	Situacion de Moreno. . . . .	177
Disposiciones de La Hera. . . . .	168	Sitio de Puente la Reina.—Movimientos de Moreno y de Córdoba. . . . .	Id.
Don Luis Fernandez de Córdoba. . . . .	169	Batalla de Mendigorria.—Situacion de ambos ejércitos.—Arenga de Córdoba.	178
Córdoba mandando interinamente el ejér- cito.—Su alocucion. . . . .	172	Observaciones sobre la batalla de Men- digorria. . . . .	184
Primeras operaciones de Córdoba. . . . .	174		

PAGS.	PAGS.		
Situacion de Córdoba y del ejército del Norte. . . . .	482	fuerzos de Cataluña. . . . .	227
Fuerza del ejército del Norte. . . . .	484	Operaciones de Pastors.—Situacion apurada en que se halló.—Su regreso á Barcelona. . . . .	230
Maroto al frente de la division vizcaina. . . . .	485	Encuentros sangrientos. . . . .	234
Proyectos de Maroto.—Rivalidad entre él y Moreno. . . . .	486	Marchas de la expedicion. . . . .	Id.
Accion de Arrigorriaga y paso del puente de Bolueta. . . . .	488	Vicisitudes y desórdenes de los expedicionarios.—Accion de Claverol. . . . .	235
Accion de los Arcos. . . . .	Id.	Insubordinacion de Borges. . . . .	238
Critica situacion de Ezpeleta.—Torpeza de Moreno. . . . .	489	Regreso de la expedicion.—Oficiales prisioneros. . . . .	Id.
Relevo de Maroto.—Intrigas y calumnias. . . . .	Id.	Se encarga Mina del mando de Cataluña. . . . .	239
Operaciones.—Variacion de gefes carlistas. . . . .	494	Disolucion de la junta de Barcelona.—Primeras providencias de Mina. . . . .	241
Eguia. . . . .	492	Mina en campaña. . . . .	243
Accion de Guevara. . . . .	197	Maestrago.—Aragon, Valencia y Murcia. . . . .	244
Retirada de Córdoba de Salvatierra. . . . .	199	Accion de Prat de Compte. . . . .	Id.
Legiones auxiliares de ingleses, portugueses y franceses. . . . .	200	Defensa de los nacionales de Azuara.—Cabrera y sus reclutas. . . . .	245
Utilidad de las legiones auxiliares. . . . .	203	Zurita.—Accion de Yesa. . . . .	246
Operaciones de Córdoba y de Eguia.—Toma de Estella. . . . .	204	Rendicion de algunos fuertes.—Heróica defensa de Albocacer. . . . .	247
Accion de Montejurra. . . . .	205	Nuevos triunfos de Quilez. . . . .	248
Eguia y Córdoba.—Sorpresa de la columna de Cordeu. . . . .	207	Aspecto de la guerra en el Oriente de España.—Mando de Noguerras. . . . .	Id.
Toma de las casas fuertes de Arambarri y de San Bartolomé.—Bloqueo y bombardeo de San Sebastian. . . . .	208	Entrada de Cabrera en Segorbe.—Accion de Jana. . . . .	249
Ultimos movimientos de los ejércitos de operaciones liberal y carlista en el Norte, en este año. . . . .	209	Operaciones de Quilez. . . . .	250
Escesos de los chapelgorris y su castigo. . . . .	210	Defensa de Rubielos.—Horribles asesinatos en Noguerauelas. . . . .	251
Los ojalateros. . . . .	212	Encarnizamiento de la guerra. . . . .	Id.
Zurbano. . . . .	213	Abandono de Mora.—Defensa de Requena. . . . .	252
Zurbano en campaña. . . . .	215	Accion de Muniesa. . . . .	254
Expedicion á Cataluña al mando de Guergué. . . . .	Id.	Ataque de Alcanar y otros puntos.—Sangrienta derrota de la columna de Vinaro. . . . .	255
Guergué. . . . .	216	Providencias de la comision de armamento y defensa de Aragon. . . . .	256
Marcha de la expedicion.—Su entrada en Huesca.—Su bando y proclama. . . . .	248	Embestida de Cabrera á Alcañiz. . . . .	258
Entrada de la expedicion en Cataluña.—Su situacion apurada. . . . .	220	Cabrera siendo comandante del Bajo Aragon. . . . .	259
Situacion de los carlistas catalanes y de Llauder. . . . .	221	Desastre de Terrer. . . . .	261
Conclusion del mando de Llauder. . . . .	222	Accion de Molina. . . . .	262
Defensa de Torá y otras operaciones. . . . .	224	Ultimas operaciones del año. . . . .	263
Penuria de la division expedicionaria.—Sus operaciones ulteriores. . . . .	225	Castilla la Nueva. . . . .	265
Continúan las operaciones de Guergué en su marcha.—Prision de O'Donell y del conde de España.—Distribucion de las		Encuentros. . . . .	Id.
		El Organista en los Arcos. . . . .	266
		Galicia. . . . .	Id.
		Bando de Murillo. . . . .	267

## LIBRO VI.

Mendizabal. . . . .	269	gobierno. . . . .	278
Advenimiento de Mendizabal al poder. . . . .	271	Supresion del clero regular. . . . .	279
Disposiciones de Mendizabal. . . . .	273	Providencias relativas al clero. . . . .	281
Sumision espontánea de las juntas. . . . .	275	Distinciones á la fuerza armada. . . . .	282
Convocatoria á Córtes. . . . .	276	Quinta de cien mil hombres. . . . .	283
Toreno y Mendizabal. . . . .	277	Refuerzo del ejército del Norte. . . . .	285
Escesos en algunos puntos, á pesar del		Situacion del gobierno. . . . .	286





PAGS.	PAGS.		
Legislatura de 1835. . . . .	287	Conducta del general Alvarez. . . . .	304
Voto de confianza. . . . .	288	Escalamiento de la Ciudadela.—Asesi-	303
Proyecto de ley electoral. . . . .	290	natos. . . . .	303
Consecuencias de la sesion del 24 de en-		Reunion en casa de Alvarez. . . . .	304
ro.—Disolucion de las Córtes. . . . .	292	Santuario de Nuestra Señora dels Horts.	305
Satisfaccion dada á Burgos. . . . .	293	Responsabilidad de la autoridad militar	
Marcha del ministro de la Guerra al ejér-		en los asesinatos de Barcelona. . . . .	Id.
cito. . . . .	294	Nuevos acontecimientos en Barcelona. .	306
Administracion carlista. . . . .	Id.	Se presenta Mina en Barcelona. . . . .	308
Providencias administrativas de don Car-		Proyectos y deportaciones. . . . .	509
los. . . . .	295	Apreciacion de los anteriores sucesos por	
Reforma administrativa en la córte de		varios escritores. . . . .	310
don Carlos. . . . .	296		
Administracion de justicia en el pais car-			
lista. . . . .	297		
La generalisima. . . . .	298		
Proposiciones para rescatar al coronel			
O'Donnell. . . . .	Id.		
Esfuerzos de Pastors por salvar á O'Do-			
nell. . . . .	299		
Peligro de la Ciudadela. . . . .	300		

## ADICIONES.

I. Al capitulo LII del lib. IV, pag. 70	313
II. Incidentes relativos al general Es-	
partero, ampliando el cap. XV	
del lib. V, pag. 418, sobre la ac-	
cion de Arrigorriaga y paso del	
puente de Bolueta. . . . .	315

## DOCUMENTOS.

Número 1. . . . .	317	Número 47. Proclama á los catalanes,	
Número 2. Carta de Oráa á Valdés. . .	Id.	al ejército y á la milicia	
Número 3. Comunicado de Oráa sobre		de Cataluña. . . . .	338
la accion de Larrainzar. . . . .	318	Número 48. Proclama de Córdoba al	
Número 4. Fuerzas liberales en Bilbao.	320	ejército del Norte. . . . .	339
Número 5. Boletin extraordinario del		Número 49. Memorandum del embaja-	
45 de junio de 1835.—Com-		dor de España en Paris. . . . .	344
mandancia general de Viz-		Número 20. Acta de la reunion de 30 de	
caya. . . . .	321	junio de 1835 en Portu-	
Número 6. Intimacion de Erasos. . . . .	Id.	galete. . . . .	343
Número 7. A los individuos del ejército		Número 21. Ejército real de Vizcaya. .	345
de operaciones del Norte. . . . .	322	Número 22. Reseña del atentado contra	
Número 8. . . . .	Id.	la persona del general	
Número 9. Estado que manifiesta la pér-		Eguia en 1829. . . . .	Id.
dida en muertos, heridos,		Número 23. Comunicacion de Gurreea	
contusos y prisioneros. . . . .	323	á Pastors. . . . .	348
Número 10. Comunicacion á Mirasol. . .	Id.	Número 24. Esposicion de don José Juan	
Número 11. Memoria facultativa sobre		de Torres. . . . .	Id.
la herida, enfermedad y		Número 25. Ejército real de operaciones	
muerte de Zumalacárregui. . . . .	324	de la izquierda. . . . .	350
Número 12. Pension á la viuda é hijas		Número 26. Manifiesto. . . . .	Id.
de Zumalacárregui. . . . .	334	Número 27. Exhumacion de los restos	
Número 13. Declaracion. . . . .	332	de los defensores de Ru-	
Número 14. El ministro de Estado al		bielos. . . . .	351
Embajador de S. M. en		Número 28. Proclama al ejército de	
Paris.—Razones en que		Aragon. . . . .	Id.
se apoya el gobierno pa-		Número 29. Circular á los pueblos de	
ra pedir la cooperacion		Aragon. . . . .	352
de la Francia.—Mayo 50		Número 30. Ejército real de Aragon. .	353
de 1835. . . . .	333	Número 31. A S. M. la reina Goberna-	
Número 15. Esposicion del capitan ge-		dora. . . . .	354
neral de Cataluña al go-		Número 32. Comision especial de dona-	
bierno. . . . .	335	tivos patrióticos. . . . .	355
Número 16. Comunicaciones sobre los		Número 33. Discurso que en la sesion	
desórdenes ocurridos en		régia para la apertura de	
Mataró y Sabadell. . . . .	337	las Córtes generales del	
		reino, pronunció la reina	

	PAGS.		PAGS.
Gobernadora doña María Cristina de Borbon, en 16 de noviembre de 1835. . . . .	356	reunion de autoridades en casa del general Alva- rez. . . . .	363
Número 34. Voto de confianza. . . . .	358	Número 38. Comunicacion de Pastors re- firiendo los sucesos del 4. . . . .	364
Número 35. Real orden. . . . .	Id.	Número 39. Carta de Mendizabal á Mina. . . . .	365
Número 36. Indice de los reales decre- tos de don Carlos. . . . .	359	Número 40. Reclamacion de Pastors. . . . .	Id.
Número 37. Acta de lo acordado en la		Apendices. . . . .	367



# RECTIFICACIONES.

Pág.	Col.	Lín.	Dice.	Debe decir.
38	1. <sup>a</sup>	34	Larrizaga.	Larrinaga.
Id.	2. <sup>a</sup>	44	á las de	á las filas de
45	1. <sup>a</sup>	37	el	al
69	2. <sup>a</sup>	45	primer	tercer
72	2. <sup>a</sup>	28	leemos en un artículo adicional, que	leemos, que en un artículo adicional,
75	1. <sup>a</sup>	6	el de Guevara	el de la Puebla de Arganzon.
80	2. <sup>a</sup>	42	de ochocientos quinientos	de ochocientos cincuenta
104	2. <sup>a</sup>	56	y Vizcaya	y Valencia
102	1. <sup>a</sup>	9	ó Sevil Salvo	Salvo ó Sevil.
106	2. <sup>a</sup>	55	logra	consigue
223	1. <sup>a</sup>	3	Solconay	Solsona
232	2. <sup>a</sup>	43	es que	asi es que
238	2. <sup>a</sup>	28	El 26	El 25
245	2. <sup>a</sup>	1	y se afectó	se afectó
249	1. <sup>a</sup>	7	que debiendo ser su mayor enemigo,	que no debiendo es su mayor enemigo,
259	1. <sup>a</sup>	54	ofrecióles	prometióles
299	1. <sup>a</sup>	45	Señora, si conseguia	Señora, ofreciera, si conseguia
300	2. <sup>a</sup>	49	del 6	del 4



REPTIFICACIONES



# PLANTILLA.

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO SEGUNDO.

---

Retrato de Zumalacárregui. . . . .	5
Id. de Valdés. . . . .	49
Plano topográfico de Bilbao. . . . .	76
Retrato de Cordoba. . . . .	169
Plano de la batalla de Mendigorria. . . . .	178
Retrato de Mendizabal. . . . .	269

PLANTILLA

PARA LA CONFECCION DE LAS FICHAS DE LOS LIBROS DE LOS AUTORES

Nombre del Autor  
N.º de Fichas  
Nombre del Libro  
Año de Publicación  
Editorial  
Lugar de Publicación

